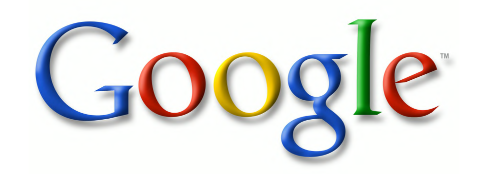
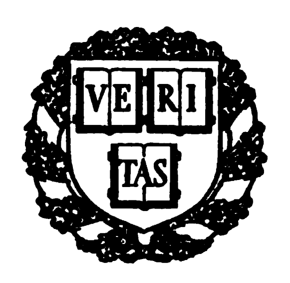
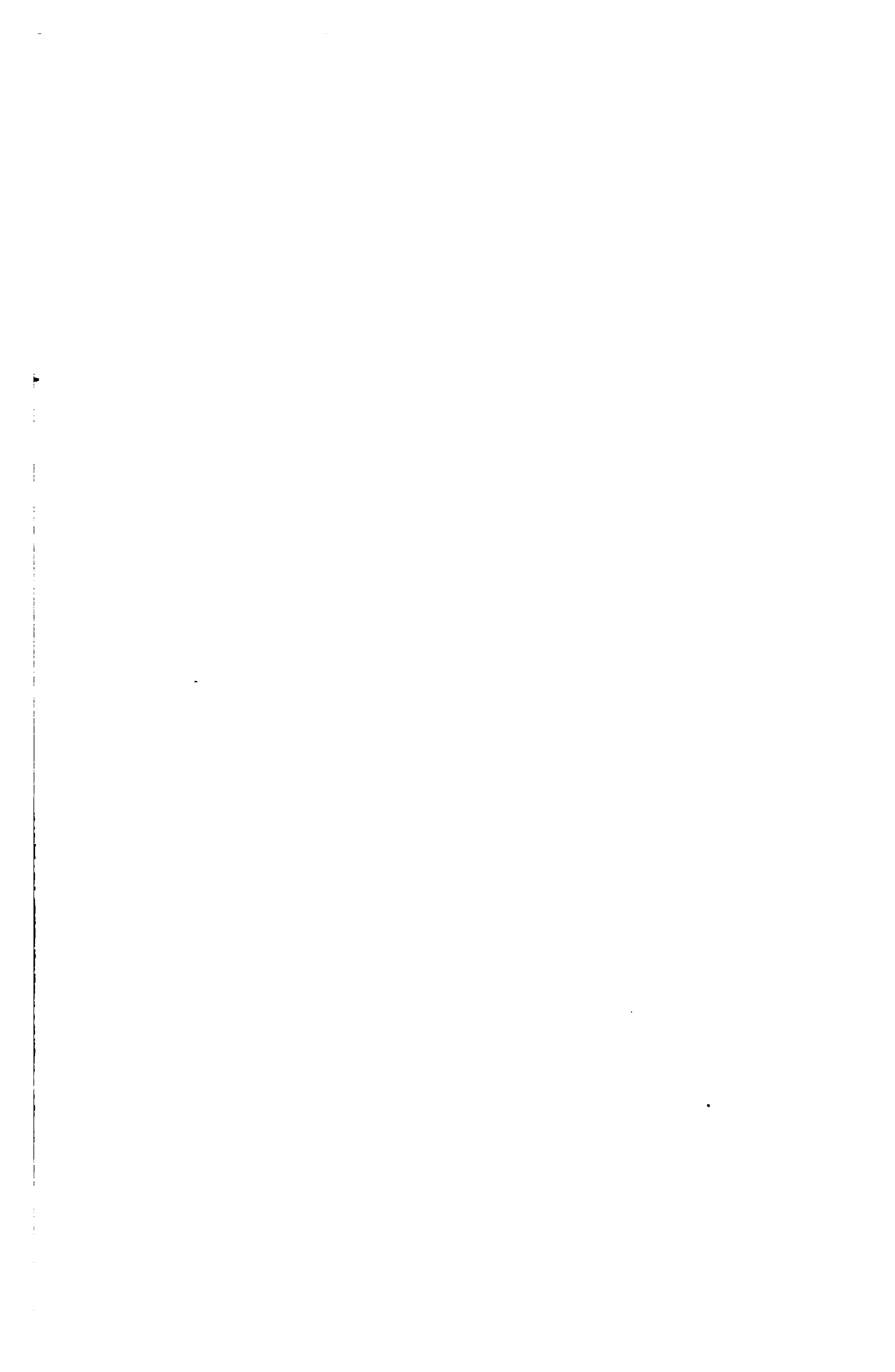



VE RI
TAS



Nueva Biblioteca de Autores Españoles
bajo la dirección del
Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo
4

Comedias de Tirso de Molina

Tomo I.

Colección ordenada é ilustrada

por

D. Emilio Cotarelo y Mori

de la Real Academia Española.



Madrid
Bailly-Baillière é Hijos, Editores
Plaza de Santa Ana, núm. 10.
1906

NUEVA BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES
bajo la dirección del

Comedias de Tirso de Molina

Tomo I.

por

Emilio Cotarelo y Mori

de la Real Academia Española.

Madrid
Bailly//Baillière é Hijos, Editores
Plaza de Santa Ana, 10.

Comedias de Tirso de Molina

Tomo I

Impreso en la Tipografía
de Archivos y Bibliotecas
para los editores
Sres. Bailly/Baillière é hijos.
1906

Nueva Biblioteca de Autores Españoles
bajo la dirección del
Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.
4

Comedias de Tirso de Molina

Tomo I.

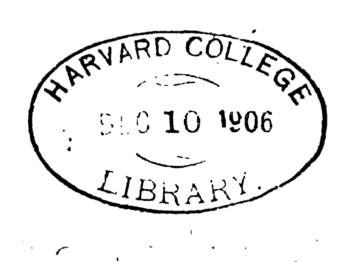
Colección ordenada é ilustrada

por

D. Emilio Cotarelo y Mori
de la Real Academia Española.



Madrid
Bailly//Baillière é Hijos, Editores
Plaza de Santa Ana, núm. 10.
1906


HARVARD COLLEGE
DEC 10 1906
LIBRARY

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

DON ALEJANDRO PIDAL Y MON

Trece años van transcurridos desde que, en 1893, tuve la honra de dedicar á V. mi *Tirso de Molina: Investigaciones bio-bibliográficas.* Hacía votos en este libro porque se publicasen todas las obras de este peregrino ingenio. Cábeme hoy la satisfacción de ser editor, si no de un Tirso *completo,* al menos de las obras dramáticas suyas que no han podido figurar en la gran colección de *Autores españoles;* y con el resultado de mi trabajo me presento de nuevo ante V., principalmente para atestiguarle mi no entibiada amistad y mi admiración, siempre creciente, hacia sus talentos y virtudes.

E. Cotarelo.

DISCURSO PRELIMINAR

I

SOBRE ESTA COLECCIÓN

Don Juan Eugenio Hartzenbusch publicó en la ***Biblioteca de Autores españoles*** un tomo de *Comedias escogidas de Tirso de Molina*, comprensivo de treinta y seis obras dramáticas de este poeta. Eligió las que mejor le parecieron; y como era hombre de claro talento y acendrado buen gusto, acertó casi siempre; pero, con ser el tomo de TIRSO el que más piezas de teatro contiene en toda la *Biblioteca*, vióse obligado el colector á dejar fuera otras muchas, sin más razón que la de que no podían tener en él cabida. A subsanar esta falta y llenar este hueco vienen hoy los dos tomos que á TIRSO destina esta *Nueva Biblioteca de Autores españoles*. Comedias hay en nuestra colección que no desmerecen al lado de las mejores y más famosas de las ya conocidas. Pero, tratándose de un autor como TIRSO DE MOLINA, ninguna producción suya debe quedar en el olvido. Aun la pieza de plan más desordenado, de menos interés dramático, suele encerrar, ya una sorprendente pintura de carácter, ya gallardas descripciones, bien animadas escenas villanescas, diálogos inimitables y siempre un estilo rápido y nervioso, lenguaje castizo y elegante, torrentes de poesía y versificación armoniosa, vibrante, fácil y variada hasta lo indecible.

A la luz de estas indicaciones es como deben de ser leídas y saboreadas las comedias de TIRSO DE MOLINA y, en general, las de nuestros dramáticos de la grande época. No importa que muchas de sus obras no resistan hoy la representación en el teatro: el gusto público ha cambiado por completo en la manera de entender y apre-ar este espectáculo. Aquellos discreteos de damas y galanes; aquellas largas relacio-es de los sucesos de actualidad; aquel sacar de espada por el menor motivo; aquellos nces maravillosos; aquella mezcla de temas de la mayor profanidad con otros del ás crudo ascetismo, eran el mejor alimento dramático para el pueblo español del si-o de los Felipes; y como eso le fuese ofrecido, importaba poco que la acción tuviese desarrollo lógico; que el carácter de los personajes pecase de inconsecuencia, y

menos aún que el argumento del drama sirviese para demostrar esta ó la otra tesis moral, social ó política.

Respondía el drama así concebido á lo que, en gran parte, presenciaban sus ojos; y el convencionalismo teatral llegaba á tal extremo que admitían sin empacho que en un mismo acto, y sin previo aviso ni apariencia exterior, se cambiase dos y tres veces el lugar de la escena; y no así como quiera, sino saltando de Madrid á Nápoles y de allí al Egipto ó Palestina. Un lacayo que representaba un ciudadano leonés del siglo IX satirizaba con grandísimo donaire las costumbres de la corte de Felipe IV; un personaje hebreo de la corte del Rey David hablaba de bajar al Prado á solazarse en las tardes de otoño; otro, egipcio y habitante de Alejandría, ponderaba despacio los talentos del regocijado entremesista Luis Quiñones de Benavente, y enumeraba los entremeses y jácaras que últimamente había compuesto.

Buscaban el pueblo y los autores un arte menos refinado, pero más esencial; y, menospreciando la conveniencia de los medios con el fin, ponían todo su esmero en la expresión de los afectos, en el choque violento y aislado de los hechos y de las personas, en la enérgica pintura de los caracteres, hermoseándolo todo con los primores de lenguaje, versificación y estilo. Y en verdad que lograron superabundantemente lo que se proponían; y aún más, una verosimilitud interna, tanto mayor cuanto más grande é interesante es el suceso que describen. Véase, por ejemplo, si el último acto de *La Venganza de Tamar*, obra de Tirso de Molina, es ó no un trasunto fiel, aunque terrible, de la infeliz corte del santo Rey de los *Salmos* en la época de su vejez, no obstante los discreteos del diálogo, los anacronismos y otras incongruencias.

Así es como hay que tomar nuestro teatro antiguo. No debemos disputar con Aníbal sobre el arte de la guerra; sino procurar entender y explicar sus portentosas hazañas. Y es la prueba mayor de incultura y grosería de entendimiento pedirle á un autor del siglo XVII que dramatice como un poeta moderno.

Entre las comedias que siguen hay algunas que son las más desordenadas de nuestro Tirso, pero que, á la vez, son de las mejor escritas y versificadas; y no era razón que, sólo porque no responden á la pauta moderna de esta clase de obras, quedasen siempre relegadas al olvido. Además en el plan de esta *Nueva Biblioteca* entraba el publicar todo el teatro de aquel autor célebre; y esto baste para contestar á los reparos que algunos escrupulosos pudieran hacer.

Aunque se ha dicho que ninguna de las obras impresas en el tomo dedicado á Tirso en la *Biblioteca de Rivadeneyra* tendría cabida en la nuestra, hemos debido hacer una excepción en pro del famoso drama *El Burlador de Sevilla*, tanto por ser la comedia peormente editada por Hartzenbusch, como por la extraordinaria importancia de ella. Reprodúcese, pues, ahora por vez primera el texto de 1630, cotejado con los de 1649 y 1654, también desconocidos á Hartzenbusch. Y á manera de complemento se añaden una esmerada edición de la refundición anónima del *Burlador* publicada con el título de *Tan largo me lo fiáis*, según el único ejemplar conocido, hoy de mi propiedad, de esta comedia, no del todo bien reimpresa en 1878 por los difuntos

Marqués de la Fuensanta del Valle y D. José Sancho Rayón; y la inédita de D. Alonso de Córdoba y Maldonado *La Venganza en el sepulcro*, pieza casi desconocida á los que modernamente han escrito sobre el *Don Juan*, tema que parece despertar en estos días un interés mayor que nunca.

Quizá con estas ilustraciones cesará la tendencia de algunos escritores extranjeros que, poco conocedores de los secretos de nuestro idioma, quieren despojar á Tirso de la propiedad de esta obra, sin más razón que la de no haber sido publicada por él mismo, cuando apenas hay otra en que mejor resplandezcan sus peculiares condiciones de autor dramático, de poeta y de hablista original é ingenioso, sobre todo en los dos últimos actos de ella.

Reimprimimos también, aunque ya lo habían sido antes en la *Biblioteca de Autores*, uno entre las obras de Calderón y otro con las demás de D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, los dramas de Tirso, titulados *La Venganza de Tamar* y *Siempre ayuda la verdad*, para que el lector tenga en solos tres tomos todo el teatro profano del Maestro Téllez.

De los cinco autos sacramentales que se conocen como indudables de Tirso, dos, los titulados *El Colmenero divino* y *No le arriendo la ganancia*, publicó D. Eduardo González Pedroso en el tomo de *Autos* de la repetida *Biblioteca de Autores* (volumen LVIII). Aquí sólo debíamos, pues, reproducir los otros tres, uno de ellos inédito.

Con la autoridad de D. Bartolomé José Gallardo, tan profundo conocedor del genio literario de nuestro Tirso como revelan las importantes papeletas bibliográficas *inéditas* que, al fin, hemos tenido la fortuna de ver, gracias á la generosidad del grande y universal maestro D. Marcelino Menéndez y Pelayo (1), publicamos también la comedia inédita *Bellaco sois, Gómez*, que, efectivamente, parece haber salido de la pluma del gran Mercenario.

Las demás comedias, aun algunas que nos parecen harto dudosas, hemos incluído en nuestra colección, porque son las que ya de antiguo vienen considerándose como de Tirso, por críticos tan respetables como Durán, Hartzenbusch y Mesonero Romanos.

Digamos ahora algunas palabras acerca de cómo hemos procedido en la reproducción de los textos. A la anárquica y absurda ortografía de los impresos del siglo XVII hemos sustituído la hoy corriente en todo lo que no puede afectar al sonido de las palabras. Siguiendo ejemplos de editores ilustres, hemos dividido los actos en escenas, que facilitan la lectura y las citas ó referencias de estas comedias; pero no nos hemos

---

(1) Este, como tantos otros artículos que de-an de figurar en el mutilado y con todo porten-so *Ensayo de una Biblioteca española de libros ros y curiosos*, se hallan hoy bajo la segûra arda del Sr. Menéndez y Pelayo, por donación l Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros, com-ador de la biblioteca de Sancho Rayón. Con la rme cantidad de papeletas inéditas de Gallar-tiene pensado el actual Director de la Biblioteca Nacional formar un quinto tomo del referido *Ensayo*, que no será menos importante que los ya conocidos, porque, entre otros muchos, llevará artículos de Tirso de Molina y de Quevedo, totalmente omitidos, y otros, como los de Cervantes y Lope de Vega, sólo publicados en una pequeña parte. Así se hará una restitución debida á aquel gran bibliógrafo, tan mal apreciado en vida y tan ingratamente recompensado aun después de muerto.

atrevido á cambiar las acotaciones (como hizo Hartzenbusch) ni añadir palabra alguna, excepto la de «Dichos», para indicar que en la nueva escena siguen los de la anterior y alguna repetición de la frase, siempre breve, empleada por el autor al mismo propósito, cuando creímos que la claridad lo exigía. Tampoco hemos puesto el lugar de cada escena, aunque podía facilitar la inteligencia del drama, á fin de que, en todo lo posible, sea el texto el mismo que pudo salir de manos de Téllez, ó, al menos, el más antiguo.

Cuando hemos podido disponer de más de uno se han señalado las variantes en los casos dudosos; hemos intercalado algún monosílabo, que se echaba de menos, para completar el verso, pero indicándolo siempre, ya por medio de corchetes ó en nota al pie de la plana. Hemos corregido sin advertirlo las erratas de menos valor y mayor evidencia, como cuando á la palabra faltaba una letra ó estaba mal colocada dentro de ella. Si la errata era de todo un vocablo, generalmente lo hemos advertido en nota.

Ponderar la dificultad y enojo que causa reproducir obras de este género, cuando se empieza por carecer de buenos copistas y los originales son poco accesibles, ya por únicos ó por hallarse en establecimientos públicos sólo abiertos unas cuantas horas, y no las más cómodas, en no todos los días, es empresa á que renuncio por no hallar términos para ello. Comedia va aquí cuyo cotejo me ha llevado cerca de una semana, y no digamos cuando se trata de estudiar las variantes de algún manuscrito. Y así y todo han quedado bastantes erratas y otros descuidos, que salvaremos al final con las nuevas variantes y correcciones que proponemos al texto y no hemos colocado al pie de él por no llenarlo de notas innecesarias.

II

VIDA Y OBRAS DE TIRSO DE MOLINA

I

Nacimiento y primeros años.—Los primitivos biógrafos de TIRSO (1571-1600).

Lenta y trabajosamente ha ido formándose la biografía, bien incompleta aún, del MAESTRO TIRSO DE MOLINA, ó sea, el PADRE FRAY GABRIEL TÉLLEZ, Mercenario calzado, que publicó sus obras con aquel seudónimo. Esta identidad de persona consta de multitud de datos de absoluta certeza que no hay para qué presentar reunidos; pero que aparecerán de los documentos que en adelante hemos de producir ya íntegros ó ya en extracto.

A las breves palabras que á TIRSO consagró su amigo y paisano el Doctor Juan Pérez de Montalbán, en el entretenido libro que intituló *Para todos*, impreso por primera vez en 1632 (1); á las no mucho más explícitas del insigne bibliógrafo D. Nicolás Antonio, quien registró en su *Bibliotheca hisp. nova* (2) el nombre de nuestro célebre Mercenario con el debido elogio, y á las no siempre seguras, aunque nunca desprecia-

---

(1) «El Padre Maestro Fray Gabriel Téllez, Presentado y Comendador de la Orden de Nuestra Señora de la Merced; predicador, teólogo, poeta y siempre grande, ha impreso y escrito con el nombre supuesto de EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA muchas comedias excelentísimas y los *Cigarrales de Toledo*; y tiene para dar á la estampa unas *Novelas exemplares*, que con decir que son suyas, quedan bastantemente alabadas y encarecidas.»

DR. JUAN P. DE MONTALBÁN: *Indice de los ingenios de Madrid*, al fin de su *Para todos*. Madrid, 1632, y otras muchas veces impreso.

(2) «F. GABRIEL TÉLLEZ.—Matritensis, ordinis Sanctae Mariae de Mercede, Redemptionis Captivorum, sacrae theologiae magister, genio et ingenio obsequens, quod ad musarum artes ferebatur, plures Comoedias in theatris exhibendas, simul et alia aeque festiva et ingeniosa in vulgus edidit, prudenter his omnibus modesteque proprium nomen subducens, atque fictitium TYRSI DE MOLINA inscribens: poeta est facilis et ingeniosus. Ab eo prodierunt:

Comedias de Tirso de Molina: Earum lemmata: *Palabras y plumas.* (Siguen los otros once títulos de la *1.ª Parte.)* Matriti in 4.

Segunda parte de las Comedias. Ibidem in 4.

Tercera parte de las Comedias recogidas por D. Francisco Lucas de Avila. Dertusae, 1634, in 4.

Soluta etiam oratione edidit:

Los Cigarrales de Toledo. Matriti in 4.

Deleytar aprovechando; juxta Horatii illud *utile dulci.* Matriti, apud Regium typographum 1635 in 4. Huic tamen operi proprium nomen affixit.

Cessit vivis circa annum MDCL.»

NIC. ANT.: *Nov.* I, 510.

bles noticias que reunió la constancia del benemérito D. José Antonio Alvarez y Baena en su diccionario biográfico de *Hijos ilustres de Madrid* (1), han ido agregándose muchas, aportadas más bien por la casualidad que debidas á la investigación hecha de propósito por los devotos y constantes aficionados que tuvo este poeta en el siglo que acaba de transcurrir.

La dificultad de hallar noticias personales de TIRSO consiste en la misma profesión suya. Sin grandes relaciones, ni con el mundo exterior ni con sus coetáneos, anduvo el poeta toda su vida de convento en convento, casi sin dejar huellas de su paso en ninguna de las diversas poblaciones en que llegó á residir temporalmente. Por eso los archivos públicos y privados, que tan pródigos se muestran en estos últimos años en noticias referentes á otros grandes escritores, permanecen sólo mudos cuando de TÉLLEZ se trata. Es perfectamente natural. Su persona desaparecía en la de la comunidad que le albergaba; ni contratos ni otro acto alguno de los que se consignan en documento podía realizar como individuo; sus conexiones amistosas tenían que ser muy superficiales fuera del claustro, ya que ni él mismo sabía cuánto podría durar su tránsito por cada pueblo, en el que tampoco le era dable frecuentar asiduamente el trato de las gentes. No es de creer, pues, que en ningún tiempo lleguemos á saber mucho más de lo que hoy se sabe de la vida de nuestro fraile. Su biografía ha de ser siempre principalmente literaria.

Sin embargo, el estudio más detenido de los cronistas de su Orden ha suministrado algunos pormenores tan nuevos é interesantes como breves desgraciadamente. No hablo de las fugacísimas referencias de Fray Bernardo de Vargas, cuarto ó quinto cronista de la Merced, en su historia impresa en Palermo en 1622 (2), cuando vivía TIRSO; ni

---

(1) «P. MTRO. FR. GABRIEL TÉLLEZ. Fué muy estimado en la Corte por sus poesías, siendo seglar; y teniendo ya edad madura (tal vez más de 50 años) tomó el hábito de la Orden de la Merced Calzada por el año de 1620. En ella fué Presentado y Maestro de Sagrada Teología, Predicador y Teólogo de mucha fama, Difinidor y Coronista de esta provincia de Castilla, la que en 29 de Septiembre de 1645 le eligió Comendador del Convento de Soria. Murió por el año de 1648 de muy avanzada edad *(a)*.

Escribió *Los Cigarrales de Toledo* que imprimió con el nombre del MAESTRO TIRSO DE MOLINA, en Madrid, 1631, en 4.°

Comedias, baxo el mismo nombre, 1.ª y 2.ª parte. Madrid, 1616, en 4.°, y la 3.ª que recogió D. Francisco Lucas de Avila, é imprimió en Tortosa, 1634, en 4.°

El oso y la colmena, auto sacramental que anda impreso.

Un *Acto de contrición* en verso: Madrid, 1630, en folio.

(a) Después de los autores de Madrid; Don Nicolás Antonio, tomo I, pág. 390, y noticias del Convento de la Merced de Madrid.»

Deleytar aprovechando: dos tomos que con el mismo nombre de TIRSO DE MOLINA dió á luz, Madrid, 1635, en 4.°; y en 1765 se han reimpreso, según debía hacerse con las demás obras, por ser todas muy raras.

Genealogía del Conde de Sástago. Madrid, 1640, en folio.

Novelas exemplares.

Historia general de la Orden de la Merced. Dos tomos en folio, que dexó manuscritos.

ALVAREZ y BAENA: *Hijos de Madrid* (Madrid, 1790), tomo II, pág. 267.

(2) Historiando el P. Vargas los sucesos de la Orden en el año 1605, escribe: «*Ingens virorum, suae sanctimoniae vitae, et litterarum praestantia Religionem nostram illustrantium (quos longissimum esset recensere et in medium adducere) á saecularibus personis celebratorum, per haec tempora floruit numerus. Inter plures, aliquos, nec omnes omissos faciamus, hic collocamus.*» Sigue un catálogo de mercenarios ilustres por sus talentos y escritos; y al tratar de los ingenios encabeza la lista con el nombre de TIRSO, diciendo: «*Famosissimi Poetae...* FR. GABRIEL TÉLLEZ *et Fr. Alphonsus Ramon, et hic plura etiam opu-*

de las equivocadas especies que acerca de él recogió, al mediar el siglo XVII, el granadino Fr. Pedro de San Cecilio, en su aparatoso *Catálogo* de los varones ilustres de aquella Orden, todavía inédito (1); ni menos aún de las insignificantes y poco exactas frases del P. Manuel Mariano Ribera, en su conocida historia de la Merced, impresa en 1726 (2). Mayor cuidado puso en adquirirlas y mayor extensión dió á sus noticias el P. Fr. Antonio Ambrosio de Harda y Mújica en su erudita y bien ordenada *Biblioteca de escritores mercenarios* (3), que compuso á principios del siglo XVIII, é inédita se conserva aún en nuestra Academia de la Historia. El P. Harda recoge y amplía las noticias de D. Nicolás Antonio, y corrobora las que los Mercenarios del Convento de Madrid suministraron después á Baena, y que ante la poca autoridad de este escritor habían sido puestas en duda. Es documento de mucha importancia biográfica el del ignorado bibliógrafo mercenario. Y no lo es menos el de otro correligionario suyo, de

---

scula in lucem edidit.» Y en el *Indice* de materias añade: «*Gabriel Téllez, Mercenarius, famosissimus Poeta. 440 B.*»

FR. BERNARDO DE VARGAS: *Chronica ordinis B. Mariae de Mercede ab anno 1218 usque ad presentem annum 1622.* T. II, *Panormi, apud J. B. Moringum*, 1622, f. 440.

(1) «*Núm. 56.*—P. Presentado FR. GABRIEL TÉLLEZ, natural (según entiendo) de Toledo y hijo de la provincia de Castilla, insigne Poeta castellano, Cómico y Lyrico, y en su tiempo de los más célebres de España. Escribió un tomo intitulado *Deleytar aprovechando;* y en él una Novela á quien llama *El Vandolero,* cuyo sujeto es San Pedro Armengol, secular y religioso.

»No es esta obra la que más acredita á nuestro glorioso mártir; pues quien leyere sus cosas reducidas á novela no hará della mejor concepto que el que se suele hacer de otras novelas que corren. Pero, al fin, él pretendió servir al Santo con el genio y talento que Dios le dió; y dello tenemos exemplar en otras Religiones de mucha suposición.

»Conocí al P. Presentado TÉLLEZ en Sevilla quando vino de la provincia de Santo Domingo y caminé con él hasta la villa de Fuentes, donde yo era actual comendador el año de 1625. No tengo dél otra noticia.»

Catalogos de los Patriarcas, Arçobispos y Obispos que han salido de la Orden de nuestra Señora de la Merced, Red.n de cautivos, dende el año 1218 en que fue fundada hasta el presente de 1659. Sa- [illegible] *de diversos autores é instrumentos autenticos,* [illegible] *el P.e fray Pedro de San Cecilio, Descalço de* [illegible] *isma orden.* Ms. original en 4.°, sin foliar, de [illegible] de 400 fojas. En el artículo: «Autores de di[illegible]os estados y dignidades que hacen mención [illegible] glorioso Mártyr San Pedro Armengol.»

[illegible]omo el P. San Cecilio escribía á muy larga [illegible] de los sucesos (en 1659), nada tiene de extraño que confunda los tiempos. No fué en 1625 cuando TIRSO vino de la isla de Santo Domingo, sino mucho antes, según veremos.

(2) «16. El 7.° general Cronista fue el P. M. FR. GABRIEL TÉLLEZ, cuya *Crónica* se escribió en Madrid, año de 1639: y lo fidedigno de este autor queda comprehendido en la formal expresión de las siguientes palabras, escritas en la introducción de la obra: «*Revolví papeles antiguos y modernos: leí Autores y Crónicas impresas y manuscritas; busqué noticias de Archivos y depósitos.*»

»Formó este autor un tomo (no son sino dos) entero de la Mercenaria historia que quedó póstumo manuscrito.»

FR. MANUEL MARIANO RIBERA, *Primitivo, militar, laical gobierno del Real y Militar Orden de N. S. de la Merced, Redempcion de cautivos cristianos... Barcelona, por Pablo Campins, impresor, año 1726,* folio, 78 págs. de preliminares, 636 de texto y 78 de índice. V. pág. 271.

(3) «R. P. M. FR. GABRIEL TÉLLEZ. Matritensis ortu, et Sacra Mercedariorum professione, vir fuit foelici faecundoque ingenio natus, quo juventam agens Compluti assiduis in litterarum quarumcumque studis, vigiliis, celeri negotio S. Theologiae evassit Magister: amoenus et efficax Verbi Dei Concionator: Antiquarum rerum indagator, sedulus Historiographus, de Musis stipatus, cum eis saepiuscule congresus decertabit Poeta facilis at ingeniosus qui raptus in earum artes plures *Comedias*, aliaque festiva et ingeniosa in vulgus laetandum exhibuit, proprio nomine modesti subducto esi fictitio TYRSI DE MOLINA applicato quo sequentia ab eo elaborata prodierunt Poetica his hispanis lemmatibus rotulata:

Palabras y plumas; El pretendiente al revés; El árbol del mejor fruto; La villana de Vallecas; El melancólico; El mayor desengaño; El castigo del penseque: 1.ª et 2.ª pars; *La gallega Mari-Hernández; Tanto es lo de más como lo de menos;*

que luego hablaremos, y que vino á resolver las dudas sobre la época en que TIRSO se hizo fraile.

Los autores hasta aquí citados convienen en su casi totalidad en que FRAY GABRIEL TÉLLEZ fué natural de Madrid. Así lo afirmó él mismo repetidamente (1), y como madrileño le tuvieron sus contemporáneos (2). Confírmalo igualmente la inscripción de un retrato de TIRSO, que á deshora vino á aparecer en el mismo convento de la Merced, de Soria, en que el poeta vivió los últimos años, murió y fué sepultado (3).

Compensó, quizá con ventaja, este lienzo la pérdida de otro que existía en el convento de Madrid y fué sustraído en la época de la invasión francesa; porque á la vez nos da la fecha muy aproximada del nacimiento, la precisa de la muerte y noticia de otras circunstancias de la vida de TÉLLEZ (4).

La celosa de sí misma: Amar por razón de estado.

Quae cum Matriti prodissent primo separata, postea ibidem ad unum volumen in 4.º redacta in lucem prodierunt anno 16... sub hoc titulo:

Comedias del M. Tyrso de Molina. I parte.

Cui subsequuta est *Segunda parte.* Matriti, in 4.º, anno 16...

Quibus adjuncta est *Tercera parte*, quam Dertusae in 4 luci dedit D. Franciscus Lucas de Avila, anno 1634.

Scripsit etiam versa oratione *Actum contritionis,* Matriti, in fol., anno 1630, quem inter Historicus Apparatus Matritensis Archivi servatum vidi tomo 5.º—*Genealogiamque Comitis de Sastago:* Matriti, in fol., anno 1640.

Soluta oratione scripsit:

Los Cigarrales de Toledo, opus. in 4.º praelo datum anno 1621.

Deleytar aprovechando, sive utile dulci mixtum, Matriti, in 4.º, anno 1635, quod opus reproductum fuit etiam ibidem anno 1677.

Historiam generalem ordinis B. V. Mariae de Mercede, duobus tomis in fol. distinctam quae hodie in Archio Matritensis servatur, praelo disposita.

Obiit Diffinitor Castellanae Provintiae, Adnumantiae dierum plenus, mense februario, anno 1648, bono odore virtutis et doctrinae de se posteris relicto. Agit de eo D. Nicolaus Antonius in sua *Hispana Bibl.*, tomo I, fol. 390; M. Vargas, tomo II, *Histor.*, fol. 440.»

Bibliotheca Scriptorum Regalis ac Milit. Ordinis Inmaculatae Virginis Mariae de Mercede, Redemptionis Captivorum, per Fr. Antonium Ambrosium de Harda Muxica, ejusdem sanctae Religionis alumnum constructa et alphabeto cognominum disposita. Ms. original; tres volúmenes en 4.º

Comienza la obra, sin más prólogo ni advertencia, con el artículo correspondiente á Fr. Gregorio de Acciso. Al final lleva algunos otros escritos del P. Harda. Se custodia este libro en la Biblioteca de la Academia de la Historia: sign. E, 38-40.

Fr. Ambrosio de Harda era natural de Milán, donde nació en 1672, hijo de padre *cántabro* y de madre milanesa. En 28 de Julio de 1685 entró en la Merced. Pronto se dió á conocer, porque un sermón suyo que se halla al fin de su *Biblioteca* dice que fué escrito en 26 de Agosto de 1691. Pero su bibliografía parece obra de la edad madura.

(1) En la portada de su obra *Cigarrales de Toledo* y en el texto, cuando dice: TIRSO, aunque humilde pastor de Manzanares...»

(2) Por ejemplo, Lope de Vega, en el elogio que le enderezó en su *Laurel de Apolo*, en 1630, silva VII:

> Si cuando á FRAY GABRIEL TÉLLEZ mereces
> estás, ¡oh Manzanares! temeroso,
> ingrato me pareces
> al cielo, de tu fama cuidadoso;
> pues te ha dado tan docto como culto
> un Terencio español y un *Tirso* oculto.

(3) Dió noticia del hallazgo D. Vicente Poleró y Toledo, en su *Catálogo de los cuadros del Marqués de Santa Marta* (Madrid, 1874), á quien pertenecía el lienzo.

(4) Lleva el cuadro la inscripción siguiente: «El Rdo. P. Mtro. FR. GABRIEL TÉLLEZ, Comendador que fué de esta Provincia, hijo de este convento, varón de insigne prudencia, predicador y maestro en Teología, definidor y cronista de la Orden. Fabricó el retablo principal, el camarín, los colaterales y todo el adorno que se ve en la nave de la iglesia. Dejando la sacristía llena de preciosas alhajas y ornamentos para el culto. Nació en Madrid en 1572. Murió en 12 de Marzo de 1648, á los 76 años y cinco meses de edad.

Según la inscripción del retrato, vendría á nacer por el mes de Octubre de 1571. No hemos hallado su partida de bautismo, ni creemos que exista hoy en ninguno de los archivos parroquiales de la Corte, donde por diversas causas han desaparecido varios tomos de bautismos de la época correspondiente á este suceso (1). Pérdida bien de lamentar, porque nos deja en la incertidumbre sobre la familia y condición social en que vino al mundo el grande autor dramático.

En el ya mencionado libro de los *Cigarrales de Toledo*, escritos en esta ciudad, alude TIRSO á «una hermana suya que tenía en su patria, parecida á él en igenio y en desdichas». (*Cigarral I*). Esto demuestra que su familia residía en Madrid, pero no nos da indicio de quién fuese. Más dudosa es aún la referencia á un cierto sobrino, llamado Francisco Lucas de Avila, que aparece coleccionando algunos tomos ó *partes* de comedias de TÉLLEZ. Por las razones que expondremos, al hablar de ellas, abrigamos casi la certeza de que este sobrino es solamente imaginario; un nombre elegido para honestar el hecho de que un fraile sexagenario imprimiese libros de comedias. Pero, aunque así no sea, poco adelantamos con saber de la existencia de un pariente cuyo apellido era harto vulgar entonces (2).

De todas suertes, la familia de TIRSO no debía de estar desposeída de medios de fortuna, cuando pudo darle instrucción, que habría adquirido primero en el estudio de la villa, fundado algunos años antes de su venida al mundo, y luego en Alcalá de Henares.

Fr. Antonio Manuel de Hartalejo, maestro general de la Religión, hijo también de este convento, copió este retrato.»

La circunstancia de haber vivido el P. Hartalejo después de mediar el siglo XVIII (era General de su Orden en 1774 y fué Obispo más tarde) inspiró algunas dudas acerca de la autenticidad del lienzo. Pero la noticia de la existencia de otro hasta el siglo XIX, en el convento de Madrid, que parece haber visto D. Antonio Gil y Zárate, y del cual sería copia el de Soria, así como la minuciosidad de la inscripción y su carácter, tan propio de un cuadro de tal clase, y, sobre todo, la misma fisonomía del retratado, alejan, á nuestro juicio, toda idea de falsificación ó engaño.

La inscripción encierra, sin embargo, un ligero error en cuanto á la fecha del nacimiento de TIRSO. Si murió en 12 de Marzo de 1648 á los 76 años y cinco meses, no pudo haber nacido en 72, sino á fines ó mediados de Octubre del o antes, esto es, 1571. El error es fácilmente plicable. Sabía el que mandó poner el rótulo echa exacta de la muerte del poeta, como más ente y más importante para el convento, y la d que contaba: hizo el cómputo por años ente-, sin reparar en que el fallecimiento ocurrió al icipio del año 1648 y en que TIRSO pasaba algo de los 76 años, y no tuvo presentes los dos meses y días de exceso que resultan de dichas fracciones y retrotraen el nacimiento al año de 1571.

(1) En la parroquia de San Sebastián no comienzan los libros bautismales que hoy existen hasta 1600; en la Santa Cruz, faltan, en el tomo I, las partidas desde Mayo de 1571 á Enero de 1572 (época en que debía figurar la de TIRSO); en la de San Millán, no hay libros parroquiales anteriores al siglo XVIII, á causa del incendio de la iglesia antigua (ya desaparecida) en aquella época y otro en 1868; y la hemos buscado en vano en los libros de Santa María, San Martín, San Ginés, San Salvador y San Nicolás, San Miguel, San Justo, Santiago y San Luis, siempre contrayendo nuestras investigaciones á la fecha que resulta de la inscripción del retrato, poco más ó menos. El Sr. D. Cristóbal Pérez Pastor, mi docto amigo, y tan conocedor de estos archivos, me aseguró no haber tropezado tampoco con la deseada partida.

(2) Vivía á la sazón un Francisco Lucas de Ávila, autor de entremeses y colector de una *Parte* de las comedias de Lope de Vega; y poco antes había escrito villancicos y coplas en Madrid otro Francisco Lucas de Avila, (V. Barrera: *Catálogo del teatro antiguo español.)*

Esto último consta por varios testimonios. Uno de ellos lo constituyen las palabras con que el poeta dramático y novelista madrileño Matías de los Reyes, le ofrece su comedia *El agravio agradecido* (1), diciendo haber cursado con TÉLLEZ *desde las primeras letras;* y consta, por su declaración propia, que Reyes hizo estudios mayores en Alcalá.

El Padre Harda, como hemos visto, recuerda también la asistencia dilatada de TÉLLEZ en las escuelas complutenses; y casi lo mismo viene á decir el autor anónimo del prólogo antepuesto á la última edición de la obra de TIRSO titulada *Deleitar aprovechando* (2), edición hecha por sus compañeros de hábito de Madrid, que es de suponer estuviesen bien informados.

En sus comedias hay frecuentes alusiones al gremio estudiantil, sobre todo de Alcalá de Henares. Describe la vida escolar en todos sus aspectos: dentro y fuera de las aulas; los ejercicios académicos; oposiciones á cátedras y sistema de hacerlas (de que puede servir de ejemplo el acto tercero de *El mayor desengaño*), y hasta de las picardías y hábitos viciosos de la gente de manteo, como se ve en la primera escena de *Por el sótano y el torno*, que pasa en la famosísima Venta de Viveros, escena enteramente igual á la primera de *Bellaco sois, Gómez*. Quien con tal insistencia y verdad reproducía estos temas era porque constituían los más agradables recuerdos de su primera juventud.

Con todo; registrados cuidadosamente los expedientes escolares de la antigua universidad de Alcalá de Henares, que hoy paran en la Central, no se ha hallado el de nuestro poeta, entre los de muchos contemporáneos suyos; y esto hace presumir que tal vez no cursase en ella, sino en los estudios que tenían los colegios, ó tal vez en algún convento. Y hemos aquí llegado á uno de los puntos culminantes de la biografía de TIRSO: el de su entrada en la religión de la Merced.

---

(1) «*El agravio agradecido*, por Matías de los Reyes, natural de Madrid. Dirigida al Padre Presentado FRAY GABRIEL TÉLLEZ, religioso de la Merced.» En la dedicatoria, que suscribe en Villanueva de la Serena á 21 de Septiembre de 1622, dice además que leyó esta comedia á TIRSO en su propia celda. Hállase la obra en las *Seis comedias*, de M. de los Reyes. Jaén, Pedro de la Cuesta, 1629, 4.°

(2) *Deleytar aprovechando. Por el famoso Tirso de Molina. Madrid, Imprenta de Antonio Marin, 1765. Se hallará en la Portería del Convento de la Merced Calzada de esta corte.* 2 volúmenes en 4.° A la dedicatoria de TIRSO sigue: «Prólogo y noticia del autor de esta obra». Sin firma. En este prólogo se dice que TIRSO era natural de Madrid; que gastó su juventud en Alcalá, y que, «en pocos años, se hizo dueño de muchas ciencias». Que se ignora en qué año tomó el hábito; pero que fué antes de 1620; que algunos, por lucrarse, repitieron las impresiones de sus comedias «y aun le prohijaron algunas, que en su fisonomía están diciendo que ó son retales ó postizas».

II

Tirso *religioso mercenario.—El convento de Guadalajara.—Primeras obras dramáticas* (1601-1613).

No la hizo, es cierto, en el Abril de su vida, como era harto común á la sazón; pero tampoco esperó á la edad madura, según largo tiempo se tuvo creído, á fin de poder explicar la no muy tolerable libertad de algunas de sus comedias, suponiendo haber sido escritas antes de ingresar en el estado religioso.

Según resulta de los apuntamientos inéditos del P. Fr. Juan de Talamanco, mercenario alcarreño y cronista general de su Orden, que vivía á principios del siglo XVIII, y examinó con esmero el archivo del convento de la Merced de Guadalajara, cabeza de la provincia religiosa de Castilla, Tirso era novicio en aquel convento el 14 de Noviembre de 1600 y profesó en él á 21 de Enero de 1601, siendo Comendador Fr. Baltasar Gómez y General de la Orden el P. Medina (1).

Que Tirso de Molina había hecho su noviciado en Guadalajara lo había apuntado ya un moderno bibliógrafo de la Orden de la Merced (2); pero como no expresaba fechas ni siquiera indicación del origen de tal noticia, aunque nosotros la recogimos en nuestro libro anterior sobre Tirso (3), apenas si nos atrevimos á darla crédito.

---

(1) Débese este importante dato, con otros muy curiosos acerca de Tirso, al erudito catedrático de la Universidad de Zaragoza, nuestro buen amigo, D. Manuel Serrano y Sanz, quien los hizo públicos en los números 591 y 592 (15 y 30 de Noviembre de 1894) de la *Revista de España*. Titúlase el cuaderno del P. Talamanco: *«Registro de los papeles del Archivo del Convento de Guadalajara, para el fin de recoger las memorias conducentes á la historia de la Orden.»* En una carta al Comendador del convento de la Merced de Madrid, fechada á 24 de Octubre de 1735, daba el P. Talamanco noticia de sus indagaciones históricas, diciendo: «Doy quenta á V. Rma. de que, en consequencia de lo que comuniqué á V. Rma. en esa corte, y sobre de que se sirvió de dar una carta para su debido efecto, llegué á este convento de Guadalaxara, en donde fui muy bien recibido y hospedado del P. Comendador. Traté luego de mi encargo y, desde el dia 12 del presente, he estado encerrado en el Archivo rebolviendo y registrando sus papeles: he trabajado como un negro, pero con grande gusto, porque he hallado preciosas noticias que aclaran mucho nuestras historias.» Y sigue particularizando algunas.

[illegible] as relativas á Tirso las expone en estos términos: «Fr. Gabriel Téllez y Fr. Hernando de [illegible]o, eran novicios en Guadalajara en 14 de Noviembre de 1600. Es cierto que profesó Fr. Gabriel Téllez en Guadalajara; pero estoy en duda si tomó el hábito en dicho convento; si no hubiese cierta noticia de haberle tomado en Madrid, como presumo, se habrá de tener por hijo del convento de Guadalajara, como lo fué Orio.»

Quizá pueda resolver la duda del P. Talamanco esta *Nota* de Gallardo: «He visto los libros de profesiones de la Merced calzada de Madrid, desde 1567 á 1630 y tantos, i no se contiene la partida de Fr. Gabriel Téllez. It. en el año 1620 profesaron dos solos religiosos, fr. Diego de la Cruz, en 2 de Octubre, i fr. Francisco Rosales, en 24 Diz.e — Madrid, 9 de ag. 1839—Gallardo—Solo se lee la partida de un fr. Melchor Tellez, toledano.»

Más adelante registra el Padre Talamanco la profesión de Tirso en los términos dichos arriba.

Del P. Talamanco habla también el Sr. D. Juan Catalina García en su rica *Bibliografía de los escritores de la provincia de Guadalajara*, Madrid, 1899, pág. 512.

(2) El P. José Antonio Garí y Siumell en su *Biblioteca Mercedaria*, Barcelona, 1875, 4.º; página 298. El P. Garí no vió los papeles del P. Talamanco, porque supone la profesión de Tirso muchos años después del que, en realidad, tuvo efecto.

(3) Tirso de Molina. *Investigaciones bio-bibliográficas. Madrid, 1893*, 8.º; págs. 22 y 30.

El convento de la Merced de Guadalajara, bajo el nombre de San Antolín, fué fundado en 1300 por la Infanta D.ª Isabel, señora de Guadalajara, Ayllón é Hita, hija de Sancho IV. Esta dama, «para facer bien é merced á los frayres de Santa Olalla, de Barcelona, é para que sean tenudos de rogar á Dios por mí (dice en la escritura de donación), tengo por bien de les dar una casa que yo he en el arrabal de Guadalfaiara, la cual dicen Santo Antolín, para en que fagan una iglesia de Monesterio» (1).

No mucho después, en tiempo de D. Alfonso XI, el famoso caballero Fernán Rodríguez Pecha, italiano de origen, Camarero mayor del Príncipe D. Pedro (luego don Pedro *el Cruel)* y su mujer Elvira Martínez, Camarera mayor de la Reina D.ª María, fundaron cuatro capellanías, bien dotadas, en este convento, y eligieron en él lugar para su enterramiento. La escritura de fundación, confirmada por Alfonso XI, lleva la fecha de 19 de Junio de 1337. Todavía la patrona Elvira Martínez, después de viuda, enriqueció el convento con donativos de cuantía en huertas, viñas y tierras.

En 1492 la Reina Católica D.ª Isabel, por favorecer á la comunidad de San Antolín, «extramuros de la cibdad de Guadalaxara, de la Orden de Santa María de la Merced», les cedió «la Sinagoga que se llama de los Toledanos, que los judíos de la dicha cibdad dexaron al tiempo que salieron de estos nuestros Reynos, donde pudiésedes (les dice) facer casa de enfermería para que los dichos religiosos se curasen»; pues alegaban ellos no tener lugar para los enfermos (2).

Con estas y otras donaciones el convento de Guadalajara fué enriqueciéndose y cobrando importancia, á tal punto que en 1576 se establecieron en él estudios de Artes, explicados primero por Fr. Luis de Heredia, después Vicario Apostólico. En 1587 se reunió en Zaragoza un capítulo de la Orden de la Merced. Acordóse en él dividir la provincia monacal de España en otras dos, separadas por el río Guadiana, y designarlas con los nombres de Castilla y Andalucía. Hízose cabeza ó capital de la primera al convento de Guadalajara, y por esta razón se reunieron con frecuencia en el siglo XVII capítulos provinciales de la Orden en dicha ciudad, y acaso por tal causa lo eligió TIRSO para formular en él sus votos monásticos.

En la exclaustración fué vendido y derribado este célebre convento, del que ni las ruinas se conservan hoy, siendo su solar convertido en vulgares eras de labranza. Los papeles de su archivo fueron quemados por los franceses en 1808, si no es excusa de los encargados de hacer la incautación en 1836, que en otros casos acudieron á este cómodo expediente para disculpar su incultura (3).

---

(1) SERRANO Y SANZ: *Nuevos datos biográficos de Tirso de Molina*. En la *Revista de España*, de 30 de Noviembre de 1894; págs. 141 y siguientes.

(2) SERRANO Y SANZ: *Ob.* cit., pág. 152.

(3) Don Bartolomé José Gallardo, que en los últimos años de su vida había llegado á sospechar, no sabemos cómo, la profesión de TIRSO en Guadalajara, hizo algunas diligencias para comprobar el hecho; y entre sus papeles se halla la mitad de una carta dirigida á un amigo suyo, desde Guadalajara, en 19 de Agosto de 1839 y en ella este párrafo:

«Con respecto á la partida de profesión de Fray Gabriel Téllez *i* cuanto tiene relación con su persona nada se puede averiguar en esta ciudad; porque en Amortización solo ecsisten los libros de gastos del Convento y unos títulos de pertenencia *que se pudier on salvar de los franceses, los cuales quemaron el archivo*, según resulta de una información que ecsiste en sus oficinas. No con-

Y volviendo á la profesión de Fr. Gabriel Téllez, no dejaría de ser importante conocer los motivos que le obligaron á retrasarla hasta los veintinueve años. ¿Hubo tal vez algún temporal arrepentimiento después de terminados los estudios necesarios para su entrada en la Orden religiosa? No sería imposible. Lo más común era que el ingreso en religión fuese hecho en la primera juventud, antes de los veinte años, y después comenzaban los estudios más profundos é importantes, especialmente de Teología. Así, al menos, sucede con infinidad de casos que hemos procurado estudiar. Puede decirse que casi desde la infancia seguían la *carrera de fraile*.

Con Tirso sucede lo contrario. Esperó á tener algún conocimiento práctico del mundo antes de sujetarse á una vida que quizá no siempre halló muy holgada.

De todas suertes la vacilación, si la hubo, no debió de durar más de siete ú ocho años, en cuyo período de tiempo, no sólo no sabemos nada de su vida, sino que ni aun inducir ni columbrar siquiera, con algún fundamento, cuál haya sido (1).

No cultivó la amena literatura en estado de seglar. Tirso no gozó la precocidad de Lope de Vega ni Calderón de la Barca. Por sus propias palabras sabemos que empezó tarde á componer para el teatro; y, entre las obras dramáticas cuya fecha ha podido conocerse, no hay ninguna anterior á 1605. Comprueban estas ideas el silencio que acerca de su persona guardan los diversos escritores que al expirar el siglo XVI y en los albores del siguiente nos transmitieron los nombres de los primeros dramáticos compañeros de Lope.

Ni éste mismo, en su *Jardín*, compuesto en los primeros años del siglo XVII, aunque publicado, con la *Filomena*, en 1621; ni el canónigo D. Antonio Navarro en su *Discurso en favor de las comedias*, ni Agustín de Rojas, de ejercicio cómico, que escribía

---

tento con esto, me he visto con Fray Rufo, el Mercenario, que guardaba algunos apuntes curiosos referentes al Convento, i tampoco ha podido satisfacerme. Sin embargo me ha dicho que aun suponiendo que estubiese el archivo del Convento no se averiguaría nada, porque ninguno profesaba fuera del Noviciado que estaba en Madrid, en cuyo convento estarán las noticias que se piden. En Alcalá también se encontrará alguna cosa, pues para recibir á cualquiera colegial era necesario practicar justificaciones de limpieza de sangre i otras que descubrirán noticias referentes á la persona de aquél. Siento no poder complacerte, para que tú cumplieses con *el Caballero* que me citas.» (Papeles inéditos de Gallardo.)

El precepto de hacer la profesión en Madrid se[illegible] a posterior al siglo XVII, porque, como hemos vi[illegible]o, Tirso positivamente la hizo en Guadalajara.

[illegible]) Suponiéndolo mucho mayor, imaginaron al[illegible]nos biógrafos que Tirso había sido soldado, ca[illegible]do y hombre de vida aventurera. Sólo como cu[illegible]iosidad literaria y por ser el único caso en que ve[illegible]os á nuestro fraile convertido en personaje de [illegible]omedia, citaremos el dramita de D. Francisco Flores García, *El nacimiento de Tirso. Cuadro dramático en un acto y en verso, original. Representado por primera vez en el Teatro Martín el 10 de Octubre de 1879. Madrid, Arregui, editor, 1879.* 4.°, 33 págs. Intervienen en la obra, además del protagonista, Lope de Vega, Leonor, el Conde de Alvarado y Ordóñez. Gabriel Téllez es un galán enamorado de Leonor, dama casquivana que ama también al Conde, lo cual provoca un duelo entre ambos que en vano trata de evitar Lope, ya sacerdote. Téllez mata á su rival en el mismo jardín de su casa, en un desafío sin testigos, y á renglón seguido le manifiesta su amada que le aborrece. Preséntase Lope y le aconseja que deje el mundo y cultive su grande ingenio poético, á la vez, y en tan oportuno momento, que impide que el desesperado mozo se traspase el pecho con un puñal. Entonces, como él mismo dice,

> Ya que la piedad divina
> me muestra el camino abierto,
> hoy Gabriel Téllez ha muerto...
> Nace Tirso de Molina.

De modo que en realidad no viene á ser el nacimiento de Tirso, sino el de su seudónimo.

en 1601 su célebre *Viaje entretenido*, publicado en 1603, y que en la *Loa de la Comedia* enumera casi todos los autores de su tiempo, recuerdan á nuestro fraile, indicio evidente de que aún no había dado al teatro ninguna obra.

Mucho más extraño es que Cervantes le haya omitido en el prólogo de sus comedias, impresas en 1615, al señalar entre los que *habían ayudado al gran Lope á llevar la máquina* de su teatro, al Doctor Remón, Miguel Sánchez, Mira de Amescua, el canónigo Tárrega, Guillén de Castro, Gaspar de Aguilar, Luis Vélez de Guevara y Fernando de Galarza, cuando ya Tirso había producido y hecho representar un gran número de piezas dramáticas.

Esta omisión del príncipe de nuestros novelistas se advierte igualmente, con no menor sorpresa, en otra obra suya publicada el año antes: el *Viaje del Parnaso*, destinado á elogiar y censurar á todos los poetas de su tiempo. Dió cabida en él á 125 poetas, muchos hoy casi del todo desconocidos, y en ninguna parte del libro suena el nombre de Fr. Gabriel Téllez, ni siquiera el seudónimo de Tirso de Molina.

Don Cayetano Alberto de la Barrera, en el artículo Téllez, de su famoso é insigne *Catálogo del teatro antiguo español*, parece inclinarse á que el Mercenario está implícitamente citado entre aquellos seis autores que, según Cervantes, *estando en divinos puestos, y en sacra religión constituidos*, tenian, á pesar de ser amigos de las Musas, por molestas las alabanzas. Nombró á cinco, como fueron: el Dr. Francisco Sánchez de Villanueva, el Maestro Orense, Fr. Juan Bautista Capatáz, el Dr. Andrés del Pozo y Fr. Alonso Remón. En cuanto al sexto no dice más que lo que sigue:

El otro cuyas sienes ves ceñidas
con los brazos de Dafne en triunfo honroso,
sus glorias tiene en Alcalá esculpidas.
En su nuestro teatro vitorioso
le nombra el cisne en canto no funesto,
siempre el primero como á más famoso.
A los donaires suyos echó el resto,
con propiedades al gusto debidas,
por haberlo compuesto ó descompuesto (1).

Este elogio que, como tantos otros del autor del Quijote, parece algo equívoco, puede referirse á cualquiera lo mismo que á Tirso. Desde luego hay que rechazar la supuesta alusión del verso

En su nuestro teatro vitorioso

que fué lo que indujo á Barrera á equivocarse.

La palabra teatro no significaba entonces, como hoy, el conjunto de las obras dramáticas de un autor, sino, además de los otros sentidos propios (edificio, espectáculo, institución, etc.), se aplicaba al tablado, cadalso ó palenque levantado para actos solemnes y, por extensión, al local, paraninfo, y al aparato donde y con que se celebraban las más importantes ceremonias en las universidades: tomas de grados, oposiciones, gallos, conclusiones, disputas y otras semejantes. Quiere, pues, decir Cervantes que en

(1) Cervantes, *Viaje del Parnaso*, Madrid, 1614, cap. IV.

las aulas de Alcalá de Henares, tal vez en las de su Universidad, había brillado como orador, controversista ó escritor donairoso á estilo de colegial, el poeta cuyo nombre calla, quizá por el carácter irónico del último terceto, cuyo sentido exacto no penetramos.

La causa de preterición tan singular, que pudiera ser indicio de enemistad si no supiéramos que Tirso nombró varias veces y siempre con elogio ó sin rencor á Cervantes, puede adivinarla otro más perspicaz (1); nosotros la ignoramos.

Y, sin embargo, ya en 1610 vemos citado á Tirso como autor dramático por uno del oficio. Publicó tres años después, en Sevilla, el famoso *autor de compañías*, ó sea el director ó jefe de ellas y también escritor de comedias, un librito en verso titulado *Letanía moral*, pero que suena aprobado en 23 de Mayo del referido año de 1610, y en una lista de *ingenios* que va al final, nombra, entre otros muchos, al «*Padre fray Gabriel Téllez, mercenario, poeta cómico*».

Es muy probable que Tirso habitase por entonces el convento de Madrid (2); residencia que pronto hubo de cambiarse por la de Toledo, lugar siempre de su predilección, donde sabemos que se hallaba á fines de Mayo de 1613, como resulta de la protesta de fe que puso al fin de la primera parte de su comedia de *Santa Juana*. Allí

---

(1) Quizás este silencio pudo mover á la distinguida escritora D.ª Blanca de los Ríos á considerar al Maestro Tirso como autor del *Quijote* publicado bajo el nombre de Alonso Fernández de Avellaneda. En su trabajo (*España moderna*, de Abril de 1898, pág. 103), como en otros, lució, una vez más aquella dama su buen ingenio y mucha lectura; pero no creemos haya convencido á nadie sobre la inesperada solución que propone al célebre enigma cervantino.

En mi anterior estudio acerca de Tirso de Molina indiqué la sospecha de si Cervantes confundiría á Téllez con el Dr. Remón ó Ramón, á quien atribuye la paternidad de muchas comedias. Las palabras que empleó en el *Prólogo* de las suyas son éstas, después del grande é indiscutible elogio de Lope: «Y si algunos, que hay muchos, han querido entrar á la parte y gloria de sus trabajos, todos juntos no llegan á la mitad que él solo. Pero no por esto, pues no lo concede Dios todo á todos, dejen de tenerse en precio los trabajos del Doctor Ramón, *que fueron los más*, después de los del gran Lope.»

Tan lejos está de ser esto cierto, cuando el mismo Cervantes cita luego á Guillén de Castro y Luis Vélez, sino que del Dr. Remón no se conocen más que cinco comedias; ni nadie le concedió gran fecundidad en esta parte, ni él se tuvo por autor dramático.

Cervantes sabía que Fr. Alonso Remón era fraile mercenario, como lo prueba su incoloro elogio contenido en el *Viaje del Parnaso*; quizás supiese también que el que en 1615 tenía escritas y representadas comedias á centenares era un mercenario que se disfrazaba con el seudónimo de Tirso de Molina y tal vez creyese que este falso nombre correspondiese al primero. Entonces tendría fácil y natural explicación su mutismo.

(2) Parece que en 1608 se hallaba aún en el convento de Guadalajara, según los términos en que se expresa al registrar en dicho año, y en su *Historia de la Merced*, la muerte de un compañero: «*Murió en Guadalajara* el muchas veces venerable P. Mro. Fr. Diego Coronel, cuyas excelencias merecían cuadernos dilatados y más capaces de lo que permite nuestra historia. Castísimo varón.... *Conocile mucho* y siempre para confusión de mis imperfecciones. *Vi algunas veces en su celda* el retrato (dicen que al natural) del gran Pastor Claravalense y, á permitírseme, afirmara que no era de este santo, sino una viva copia de nuestro Maestro Coronel... Fue tan extremado en no admitir mancha en el hábito, como se afirma del primero; pues si decía San Bernardo que el monje que en lo que se viste consiente algún género de inmundicia también se descuidará en las del alma, nuestro Mro. Coronel, ya que no lo dijese con la lengua, *nos lo amonestaba* con las obras, porque le daba en cara cualquiera especie de desaliño. A esta causa, *nuestro monasterio de Guadalajara*, de quien fué hijo, estuvo de suerte limpio y aseado mientras cuidó de su gobierno (y fué no corto)....» (Tomo II, fols. 205 y 206.)

mismo compuso las otras dos partes de esta obra, cuya tercera lleva una licencia para su representación fechada en Madrid el 15 de Diciembre (1).

III

Viaje de TIRSO *á la isla de Santo Domingo.—Regreso.—Permanencia en Sevilla. Amistad con el Dr. Salinas* (1615-1617).

Propios impulsos, ó más bien órdenes superiores, le llevaron en 1615 á América. Si hubiéramos de creer al P. Fr. Pedro de San Cecilio, este viaje no se habría efectuado sino en 1625, pues así lo indica este cronista al decir: «Conocí al Padre Presentado TÉLLEZ en Sevilla, cuando vino de la provincia de Santo Domingo, y caminé con él hasta la villa de Fuentes, donde yo era actual Comendador, el año 1625.»

Que esta fecha está equivocada (y es equivocación trascendental, pues afecta á la época de la aparición del *Burlador de Sevilla)*, lo hemos demostrado en otra parte (2), probando que se hallaba aún en Madrid el 24 de Septiembre de 1624. Pero ahora podemos establecer con certeza este hecho tan importante en vida del Mercenario.

Los pormenores, aunque poco explícitos, de este viaje, están referidos por el mismo TÉLLEZ en su algún tiempo obscurecida *Historia general de la Merced*, que manuscrita y autógrafa, en dos tomos en folio, se conserva en la biblioteca de la Academia de la Historia.

Copiaré el pasaje que, á la vez, sirve para conocer cómo escribía el autor la prosa histórica.

«La Real Audiencia (que reside en la isla que llaman la Española y ciudad de Santo Domingo), escribió al Supremo Consejo de las Indias proveyese de Religiosos nuestros, ejemplares y doctos para reformar los Monasterios que en aquella Provincia necesitaban de letras y observancia. Lo cierto es que la pobreza summa de aquellas partes descaminaba á los nuestros para que sin licencia de sus Prelados se pasasen los que eran importantes á otras más acomodadas y que quedando solos los inútiles padecía la [Religión] algún descrédito. Los extremos siempre desbaratan las leyes y virtudes; el de la mucha abundancia descamina á no pocos del Perú (como ya insinuamos) y el de la falta de lo preciso para la vida desbarató agora en esta isla lo político y lo religioso no solo de los nuestros pero aun los de las otras Ordenes. Por eso solicitaba á Dios el Sabio para si la mediania que tiene el lugar mas seguro entre la penuria y la abundancia.

»Era tan poca la suficiencia de los que vivian en el Monasterio nuestro cabeza de la Provincia y frecuentado de la ciudad Metrópoli que no podia fiárseles si no era á cual ó cual el ministerio de la Penitencia y la devocion con que se veneraba nuestra Iglesia no solo en la ciudad y

(1) Autógrafos de la *Santa Juana* existentes en la Biblioteca Nacional. FERNÁNDEZ GUERRA: *Don Juan Ruiz de Alarcón*. Madrid, 1870, 4.°, página 186. Este autor asegura que en dicho día 15 de Diciembre de 1613 se representó en Toledo la *Segunda parte;* pero es aserción que no fundamenta.

(2) *Tirso de Molina. Investigaciones bio-bibliográficas*, pág. 55.

isla pero en todas las comarcanas y aquella inmensidad de mares, por la milagrosa imagen de Nuestra Redentora, que con título de las Mercedes pocos son tan infelices que no las hayan recibido de su mano, que lastimados de esta falta escribieron la Chancilleria y los dos Cabildos de la Catedral y Ayuntamiento al Real Consejo (como he dicho) para que se remediase.

»Diose este aviso de parte de los Oidores supremos á nuestro General Ribera (1) y él puso los ojos en el padre Lector (después fue Presentado) fray Juan Gomez que actualmente leia en nuestro Colegio de Alcalá de Henares, para estas ocurrencias. Y no sé si en esta parte anduvo el General tan acertado como en otras muchas; porque ni la edad ni la experiencia podían salir fiadores suyos por no haber hasta entonces manejado los oficios y gobiernos menos considerables que son como rudimentos para los mayores; pero siendo hombre el General no habia de acertar en todo y sin pasar por los medios asaltar á lo encumbrado. Ni tuvo este Padre la culpa, ni dejó después mal satisfechas á las Provincias de la Nueva España cuando le encomendaron su gobierno, sino sus pocos años y malas compañias. En efecto el referido y otros cinco, á quienes se les debe la restauración total de aquellos Monasterios, pasaron á la dicha isla, á costa de la Real Hacienda y fueron recebidos asi de la Chancilleria como de todo lo colegiado de aquella ciudad noble con el aplauso y gozo imaginable viendo ya en parte cumplidos sus deseos.

»Eran los que llevaba el dicho General fray Juan Gomez, los padres fr. Diego de Soria, fray Hernando de Canales, fr. Juan Lopez, fr. Juan Gutierrez y fr. Gabriel Tellez *que escribe esta segunda parte* y el que menos hizo y valió menos, porque los cuatro compañeros suyos y el Prelado desde que pusieron los pies en el Convento dicho, de tal suerte restauraron pérdidas y enmendaron descuidos, que predicando, leyendo, amonestando infatigablemente se transformó por ellos no sólo aquella casa, pero las demás de su obediencia en comunidad de ejemplarísimos varones, en escuela de Religiosos sabios, en comercio de espirituales intereses y en un retrato del Paraiso. Asentáronse estudios que hoy dia lucen con lucimiento estraño de sus naturales sin necesitar ya de Lectores extranjeros, porque aquel clima influye ingenios capacísimos puesto que perezosos. Y en fin los que antes los habian lástima despues la convirtieron en envidia, de manera, que no fueron las persecuciones pocas (siendo yo testigo) que se padecieron por algunos de la más aplaudida religion, que no quisieran fueran nuestras mejoras tantas. Especialmente se introdujo en aquella ciudad y isla la devocion de la limpieza preservada de la Concepcion Purísima de nuestra Madre y Reina, cosa casi incógnita en los habitadores de aquel pedazo de mundo descubierto» (2).

Gallardo, en una nota bibliográfica de esta obra (que también conoció y estudió), opina que el viaje á la Española lo realizó Tirso en 1616. Esto parece inducirse de otros sucesos inmediatos que el historiador de la Merced refiere á dicho año.

Pero el mismo Téllez declara la verdadera fecha en otra obra suya, titulada *Deleitar aprovechando* (3); donde, al hablar *in extenso* de cierta milagrosa y antigua imagen de Nuestra Señora que había en Santo Domingo, en el Convento de la Merced, y se festejaba cada año en el día de su Natividad (8 de Septiembre), añade que se ejecutó «este devoto reconocimiento en el de mil y seiscientos y quince»; y, entre otras

---

(1) Llamábase Fr. Francisco de Ribera. Fué [illegible] xvii General de la Orden y elegido en el mismo [illegible] de 1615, en el capítulo general celebrado á [illegible]incipios de Junio, en Calatayud.

(2) *Historia general de la Merced*, tomo II, folio 240 vto. y siguientes.

(3) Impresa en 1635, y que describiremos oportunamente.

[illegible] que auto- [illegible] concu- [illegible] hicieron pre- [illegible] roman- [illegible] aldeanos [illegible] Esta «lle- vóse el premio con todos los votos» (1).

Si, pues, en [illegible] de Septiembre de [illegible] se hallaba ya [illegible] Santo Domingo, no cabe duda que en este año, y no después, habrá hecho el viaje. El tiempo que en la isla residió es lo que no nos consta. La importancia de los asuntos que le condujeron, que en modo alguno puede suponerse despachase con brevedad, y el no hallar noticias suyas en los dos años siguientes, nos llevan á presumir que en la Española transcurrieron ambos agradablemente para nuestro poeta.

Sin embargo, un pasaje de su *Historia general de la Merced* pudiera hacernos presumir que no dos, sino tres años, permaneció en la isla, si bien las fechas no concordarían exactamente con otros datos auténticos. De todas suertes, copiaremos el lugar aludido de su *Historia* [illegible] vuelto y siguientes:

«Entrando el año [illegible] á los principios de él, cuando los vientos [illegible] aquel clima [illegible] en la mayor parte de aquella grande y fértil isla y [illegible] un terremoto horrible, que dió en tierra con lo más fuerte y vistoso de sus fábricas, durando esta desdicha más de cuarenta días con mortales temblores de la tierra á tres y cuatro veces en cada uno. [illegible] en manos de su perdición todos los isleños y en especial los de la ciudad que es corte [illegible].»

Sigue largamente describiendo los efectos de esta desgracia, como quien había sido testigo de ella, y recordando los prodigios que la Virgen de la Merced de Santo Domingo obró en tales días, añade:

«Después el siguiente año, diligenciando el P. Presentado Fr. Juan Gómez, Vicario gral. de [illegible] y *los compañeros que llevó consigo*, todo el cabildo, Justicia y Regidores en forma de ciudad y ayuntamiento, la Chancillería, con su presidente y gral. entonces D. Diego Gómez de Sandoval, y sus oidores representando la Real Audiencia, votaron á nuestra imagen soberana por única patrona y sucedió esta acción debida el día de su Natividad deseada.»

Al regreso obtuvo recompensa de sus trabajos, siendo nombrados Fr. Juan Gómez, Vicario General de la isla y su provincia, y Fray Gabriel Téllez, *Definidor general de la misma*. Con tal carácter se halló en el mes de Junio de 1618 en el Capítulo ó Junta de la Orden celebrado en Guadalajara, para la elección de Maestro General, votando en favor del P. Fr. Ambrosio Machín, que fué el XXXVIII General de la Merced (2).

---

(1) *Deleitar aprovechando*, Madrid, 1635, folios 183 y 187 vto.

(2) Téllez: *Historia general de la Merced*. Tomo II, fol. 281.

Si la repetida noticia del Padre San Cecilio es exacta en cuanto á lo demás, entonces sería cuando TIRSO estuviese en Sevilla, si ya no es que pasase también por ella en 1615, al embarcarse para América. En una ó en otra fecha debió de trabar amistad con el famoso sevillano Dr. Juan de Salinas, Capellán del Hospital llamado *de las Bubas*, y poeta satírico y jocoso al modo de nuestro Mercenario. Era mayor que él, como nacido en 24 de Diciembre de 1559, y hombre de excelente contextura, pues alcanzó gran longevidad, muriendo, de más de ochenta años, el 5 de Enero de 1643.

Entre sus versos hay una composición suya, «A cierto papel y Decima que le envió el Padre TIRSO DE MOLINA, lucido ingenio de la Orden de Nuestra Señora de las Mercedes», que dice:

> Apenas de tu papel
> gusté lo dulce del verso,
> cuando lo TIRSO en lo terso
> fui reconociendo en él.
> Con la antífona «¡oh Manuel!»
> y los «¡oh!» de los tercetos,
> sentí en júbilos secretos
> dilatado el corazón,
> en la alegre espectación
> del parto de tus concetos (1).

No fué, por tanto, en 1625, sino en época muy anterior, cuando TIRSO pudo idear el asunto de su *Burlador de Sevilla*, si, como se asegura generalmente, existía entonces tradición histórica sobre tan célebre personaje.

IV

Tirso en Toledo. — Venida á Madrid y larga permanencia en la Corte. — TIRSO *y Lope de Vega* (1618-1621).

En Guadalajara no permanecería el P. TÉLLEZ más que el tiempo necesario para el Capítulo. En breve le hallamos en su tranquila y alegre residencia de Toledo. Consta por el *Libro de la Hermandad de defensores de la Purísima Concepción*, existente en la Biblioteca Nacional, que TIRSO se hallaba en la imperial ciudad por el mes de Septiembre de 1618, pues con tal fecha se inscribió por tal defensor y «le firmó el convento de Santa Catalina de la Orden de Nuestra Señora de la Merced de Toledo», firmando á continuación FR. GABRIEL TÉLLEZ (2).

Por estos días debió de componer su comedia *Doña Beatriz de Silva*, en que recuerda el movimiento de simpatía que en España produjo la declaración pontificia de

(1) *Poesías del Dr. Juan de Salinas y Castro.* Sevilla (Bibliófilos andaluces), 1869, 2 vols., 12.º — Véase tomo I, pág. 284.

(2) SERRANO: *Nuevos datos*, pág. 71. Firman también otros Mercenarios del convento de Toledo.

la probabilidad del futuro dogma de la Inmaculada, y prohibición de escribir en contra de él; y como toda clase de institutos y colectividades, cabildos, municipios, escuelas é individuos, se apresuraron á declararse defensores de aquella opinión.

En Toledo se habrán representado entonces algunos de sus autos sacramentales. El titulado *Los hermanos parecidos*, dice en su encabezado: «Representóle Tomás Fernández en la iglesia catedral de Toledo, entre los dos coros.» Y el que rotuló: *No le arriendo la ganancia*, dice: «representólo Pinedo, en Madrid, delante del Rey Felipe III»; pero antes quizá se hubiese dado en aquella ciudad, que también fué cuna de su otra obra, que bautizó con el nombre de *Cigarrales de Toledo.*

Y antes de pasar adelante, deberé deshacer el error en que incurrí en mi anterior estudio de Tirso relativo á haber sido nombrado por los años de 1619 Comendador del convento de Trujillo. Afírmalo así, aunque sin citar el año, el extremeño D. Fernando de Vera y Mendoza, en su *Panegírico por la poesía*, que se empezó á imprimir en Madrid y terminó en Montilla en 1627 (1) diciendo:

«El M. Fr. Ortensio Felix Paravicino, Provincial de la S.^ma^ Trinidad y Predicador del Rey N. S. hace versos de ingenio, elocuencia y profundidad; y de facilidad é ingenio el Presentado Fr. Gabriel Téllez, Comendador de la Merced en la ciudad de Trujillo.» (Fol. 54.) Pero como en la introducción de este libro se dice que quedó *á medio imprimir* «habrá seis años», y por otras deducciones que estableció el erudito Barrera, concluí, de acuerdo con éste, en que Vera escribía este pasaje en 1619, poco más ó menos. Como hemos de ver más adelante, el nombramiento no lo obtuvo Téllez hasta 1626; era, por tanto, reciente, cuando recogió la noticia D. Fernando de Vera (2).

En 1620 residía Tirso en Madrid, según aparece por la dedicatoria que Lope de Vega le hizo de su comedia *Lo fingido verdadero*, impresa en la *Parte* XVI de la colección del *Fénix de los ingenios* y suena aprobada por el Maestro Vicente Espinel, en 24 de Septiembre de aquel año, aunque se imprimió dos después. Es también curiosa esta dedicatoria, porque vemos por ella que Tirso había ya obtenido la dignidad de *Presentado* en su Orden:

«Al Presentado Fr. Gabriel Téllez, religioso de Nuestra Señora de la Merced, Redención de cautivos.—Algunas historias divinas he visto de Vuestra Paternidad en este género de poesía, por las cuales vine en conocimiento de su fertilísimo ingenio, pues á cualquiera cosa que le aplica le halla dispuesto; y con la afición que de esta correspondencia nace (aunque á los envi-

---

(1) Por Manuel de Payva, en 8.º

(2) En el mismo error incurrió Gallardo, que también conoció este curioso dato y se expresaba así en una de sus papeletas inéditas:

«De consiguiente, ya el año de 1621 se decía de molde que Fr. Gabriel Téllez escribía versos con facilidad é ingenio, que era Presentado y Comendador de la Merced en Trujillo.

«Con estas noticias, pasé yo el año de 1808 á Trujillo, recién evacuada la ciudad por las tropas de Napoleón, acabada de dar la batalla de Talavera, en rastro de los escritos del P. Téllez. Acompañé al Licenciado D. José Salustiano de Cáceres, que iba allá de Corregidor, tras Tormo, que no quería largar la vara.—En vano.» ¡Rara constancia de erudito que durante treinta y un años ó más, persiguió noticias acerca del famoso Mercenario!

diosos parezca imposible simpatía) quedé cuidadoso de ofrecerle alguna, y por ventura, en reconocimiento de lo que á todos nos enseña... la doy á la estampa con el nombre de V. Paternidad, y con muchas razones para que sea suya, á pesar de los que envidian sus obras, que tantos bien intencionados califican.»

Tirso correspondió á este elogio con otro estampado en su comedia de *La Villana de Vallecas*, escrita en este año de 1620, diciendo por boca de

D. Pedro. ¿Qué hay en Madrid de comedias?
D. Gabriel. La corte había alborotado
con *El Asombro*, Pinedo,
de la limpia Concepción;
y fuera la devoción
del nombre, afirmaros puedo
que en este género llega
á ser la prima.
D. Pedro. ¿Y de quién?
D. Gabriel. De Lope, que no están bien
tales musas sin tal *vega* (1).

La amistad entre estos dos grandes ingenios debió de haber comenzado en Toledo, donde Lope pasó algunas temporadas, con distintos motivos, no siempre confesables, aunque no deshonrosos, desde 1604 á 1611.

Tirso reconoció siempre la majestad del genio de Lope, confesándose discípulo suyo modesto y reconocido. Y lo era, en efecto. Quizá ninguno adivinó mejor la importancia de la revolución que en el drama había hecho el Maestro, y de seguro que nadie siguió sus huellas con más decisión, entusiasmo y fe en el acierto, así como ninguno se colocó más cerca del modelo ni en el número ni en la calidad de las obras.

¡Qué alegría, qué satisfacción no se descubre en nuestro fraile al ver que, gracias á Lope, ya el ingenio no tiene trabas molestas é inútiles! En adelante el escritor cómico podrá dar rienda suelta á su agudeza y á su talento, y todo tendrá cabida en aquel inmenso campo de la dramática española. Rugirán las pasiones más violentas al chocar entre sí; el espíritu caballeresco de raza, cuando no pueda manifestarse de hecho, porque una sotana liga los miembros del poeta, revelárase en maravillosas obras del entendimiento; las tranquilas y dulces emociones ante la contemplación de la naturaleza vestiránse con las galas de la poesía más inspirada y melíflua; el amor se desbordará en requiebros y diálogos animados, salpicados de ironía, aticismo, ternura y malicias que suspendan y embelesen al que los escuche; el chiste brotará á torrentes de los labios nunca cerrados de los lacayos y doncellas de servicio; la sátira correrá fina y sabrosa en los mil cuentos, descripciones, dichos agudos é inocentadas de los villanos y pastores y hasta el idioma se enriquecerá, creando palabras y formando giros nuevos que el ansia de originalidad y la fuerza expansiva de imaginaciones fortísimas arrojarán de sí como chispas un incendio.

---

(1) *La Villana de Vallecas;* acto I, esc. VI.

Con esta libertad bienhechora, y en posesión de los nuevos mundos de la fantasía descubiertos, el ingenio español, pródigo en sus conquistas, dará á la escena miles y miles de dramas que siglos adelante serán el orgullo de sus hijos y el asombro y envidia de los extraños.

Y todo esto era debido al hombre que, con acierto semidivino, había sabido elegir el instrumento, el medio y el tema para su grande obra en fuentes puramente nacionales. ¿Qué de extraño tiene, pues, que Tirso, cuando reflexiona sobre lo que Lope había hecho, exclame de este modo?

«Y habiendo él puesto la comedia en la perfección y sutileza que ahora tiene basta para hacer escuela de por sí y para los que *nos preciamos de sus discípulos* nos tengamos por dichosos de tal maestro y defendamos constantemente su doctrina contra quien con pasión la impugnare (1).

¿Ni cómo admirarnos de que, por el mismo tiempo, congregue á todo el pueblo de Madrid para oir aquel panegírico del gran poeta que corre por todas las escenas y constituye el asunto mismo de *La fingida Arcadia*?

LUCRECIA. No se pudo decir más;
hasta aquí la pluma llega.
ANGELA. Pluma de Lope de Vega,
la fama se deja atrás.
LUCRECIA. ¡Prodigioso hombre! ¡No sé
qué diera por conocelle!
A España fuera por velle,
si á ver á Salomón fué,
la celebrada etiopisa.
ANGELA. Compara con proporción;
que no es Lope Salomón.
LUCRECIA. Lo que su fama me avisa,
lo que en sus escritos leo,
lo que enriquece su tierra,
lo que su espíritu encierra
y lo que velle deseo,
mi comparación excusa;
y á él le da más alabanza
lo que por su ingenio alcanza
que á esotro su ciencia infusa.
Tan aficionada estoy
á la nación española,
que porque tú lo eres, sola,
contigo gustosa estoy
lo más del día.
ANGELA. Madrid
es mi patria, corte digna
de España, madre benigna
del mundo. . . . .
LUCRECIA. Di patria ilustre también
de Lope, y diráslo todo.
ANGELA. Si á tu gusto me acomodo
no es ese su menor bien.
LUCRECIA. Yo, después acá, que estoy
en el español idioma
ejercitada, si á Roma
á Tulio por padre doy
de la latina elocuencia,
y al Boccaccio en la toscana,
á Lope en la castellana
no le hallo competencia.
Más de un desapasionado
me ha dicho, de tu nación,
que en la prosa á Cicerón
estilo y gracia ha imitado,
y á Ovidio en la suavidad
y lisura de sus versos,
sonoros, limpios y tersos,
confirmando esta verdad
con lo que en sus libros hallo.
ANGELA. Si él ese favor oyera
¡qué bien le correspondiera!
¡qué bien supiera estimallo!
LUCRECIA ¿Agradece?
ANGELA. Aunque hay alguno
que apasionado lo niega,
es tan fértil esta *vega*
que paga ciento por uno.
Pero ¿qué piensas hacer
con tantos libros aquí?
LUCRECIA. Todos son suyos y así,
ya que no le puedo ver,
mientras gasto bien los ratos
que recreo en su lección,
si los libros suyos son,
veré á Lope en sus retratos (2).
. . . .
ANGELA. Todas estas son comedias.

(1) Esto escribía Tirso por los años de 1620 y estampó en el primero de sus *Cigarrales*, al final.

(2) Siguen enumerando largamente las obras no dramáticas de Lope.

LUCRECIA. *Décimaséptima parte*
ha impreso.
ANGELA. No hay que espantarte:
que aun esas no son las medias
que tiene escritas.
LUCRECIA. Pues ¿cuántas
ha compuesto?
ANGELA. Novecientas.
LUCRECIA. Si los años no le aumentas,
¿dónde hay vida para tantas?
ANGELA. Esta es verdad conocida
en España.
LUCRECIA. Yo le diera
por cada una, si pudiera,
Angela, un año de vida.
ANGELA. A novecientos llegara,
siendo otro Matusalén.
LUCRECIA. En él se lograran bien.

Con la parvedad que le permitiesen sus deberes asistiría también TIRSO por este tiempo á una sociedad literaria particular, pero que se ornaba con el ambicioso título de *Academia poética de Madrid*. Reuníala en su casa por los años 1617 á 1622 el Doctor Sebastián Francisco de Medrano, clérigo que había residido largo tiempo en Italia, de donde trajo el gusto por esta clase de sociedades; que se declaró presidente de su Academia y era muy frecuentada por los escritores de entonces. Que TIRSO asistió á ella algunas veces lo dice el propio Medrano en los preliminares de un libro de poesía que publicó algo después (1).

V

Publicación de los Cigarrales de Toledo.—Examen de esta obra (1621).

Deseaba TIRSO dar á la imprenta cierto ensayo literario distinto de las comedias; y, aunque no sin algún trabajo, pudo lograrlo en 1621 ó 1622, en que salió á luz la primera parte de sus *Cigarrales de Toledo* (2).

---

(1) *Favores de las Musas hechos á D. Sebastián Francisco de Medrano. Milán, Juan Bautista Malatesta, 1623*, 8.° En el prólogo de esta obra enumera los concurrentes á su Academia, que eran casi todos los principales poetas de Madrid.

(2) Madrid, 1621. No he visto esta primera y rarísima edición ni oí citar ningún ejemplar de ella. El de Salvá (*Catálogo I*, núm. 1441), tampoco lo era (según diré luego), y además carecía de preliminares. La primera mención que hallo de unos *Cigarrales* de 1621 es en el P. Harda, como se ha visto, y será cierto, atendiendo á la fecha del privilegio y aprobaciones de la que sigue:

LA SEGUNDA EDICIÓN lleva esta portada: *Cigarrales | de Toledo. | Primera parte. | Compvestos por el Maestro | Tirso de Molina natural de Madrid. | Vtinam. | A Don Svero de Qviñones y Acuña | Cauallero del habito de Santiago, Regidor pe petuo, y Alferez | mayor de la ciudad de Leon, Se or de los Concejos | y Villas de Sena, y Hibi | En Madrid | Por Luis Sanchez, impresor de Rey Nuestro Señor. | Año de 1624.*—4.° 7 h. pr s. y 563 págs.

Utinam de la portada es la letra de una divisa stá dentro una corona de laurel que sostienen la iguras del *Ingenio* y el *Favor*.

La hoja siguiente á la portada contiene la *Tassa*, á 4 mrs. pliego, de 73 que tiene. Fechada en Madrid, 6 Marzo 1624. A la vuelta comienza el privilegio por diez años que se copia íntegro, á nombre de *D. Gabriel Tirso de Molina*; Madrid, 8 Noviembre 1621.—Erratas: Madrid 22 Febrero 1624. El Lic. Murcia de la Llana.—Aprobación: «Por comisión del señor Vicario de Madrid y su tierra vi un libro intitulado *Cigarrales de Toledo*, compuesto por el Maestro don Gabriel Tirso de Molina, en prosa, y diverso género de versos, en el que no hay cosa contra la fe y buenas costumbres, sino muchas dignas del delicado ingenio de su autor, dispuestas con elegante y cortesano estilo, y con muestra de la erudición que en todas ciencias tiene el que las trata aquí; y de que se mande salgan á luz para alentar los ingenios á sutiles discursos y gastar algunos ratos de los que ocupa la ociosidad enemiga de toda virtud. En S. Martín de Madrid, á 8 de Octubre de 1621.—Fr. Miguel Sanchez.»

Aprobación: «Por mandado de V. A. he visto este libro, donde no hay cosa contraria á la fe y buenas costumbres. El ingenio y estudio del autor es grande, como se descubre en la materia entretenida destos discursos, donde hallarán los aficionados aparato notable de invención fabu-

Es una obra miscelánea, que contiene novelas, poesías líricas, comedias, cuentos, relaciones de fiestas, poemas cortos y romances descriptivos. Las comedias interca-

losa y artificio muy diestro en las comedias selectas que entremete. Puede V. A. dar licencia á su impresión. En Madrid á 27 de Octubre de 1621.--Don Juan de Jauregui.»

Décimas «de Lope de Vega Carpio.

Con menos difícil paso
y remotos horizontes
hoy tiene el Tajo en sus montes
las deidades del Parnaso.
La lira de Garcilaso
junto á su cristal luciente
halló de un laurel pendiente
Tirso, y esta letra escrita:
«Fénix en ti resucita
canta y corona tu frente.»
Digno fué de su decoro
el ingenio celestial
que canta con plectro igual
tan grave, dulce y sonoro.
Ya con sus arenas de oro
compiten lirios y flores,
para guirnaldas mayores,
á quien con milagros tales
los ásperos Cigarrales
convierte en selvas de amores.»

Décima «De don Alonso de Castillo Solorzano:

Si Toledo se hermosea
por tener sus Cigarrales,
con los sobrenaturales,
Tirso, Madrid se recrea.
Agradece á vuestra idea
que le dexe en sucesión
partos de recreación,
estancias de amenidad,
preceptos de urbanidad
y exemplos de erudición.»

Décima «De doña María de San Ambrosio y Piña, monja en la Magdalena de Madrid:

La fama, eterna alabanza,
ya no espera, no porfía
si el libro en quien la tenía
ya es gloria; no es ya esperanza.
Sólo vuestro ingenio alcanza
con el arte y la experiencia
esencia y ser de la ciencia,
délfico aliento de infusa,
lauro eterno vuestra musa,
luz, Gabriel, de inteligencia.»

Dedicatoria. (No dice de particular más de que le ofrece su libro, «tanto por pagar deudas de su padre, quanto por el interés que se le sigue de su patrocinio.»)

Prólogo. «Al bien intencionado.»

Texto: La pág. 563, última del tomo, no lleva paginación y sólo está impresa su mitad.

3.ª edición. Recientemente adquirí yo un ejemplar de una nueva y desconocida edición de este libro. Lleva la siguiente portada:

Cigarrales | de Toledo. | Primera parte. | Compvestos por el Maestro | Tirso de Molina natural de Madrid. | A Don Svero de Qviñones y Acvña | Cauallero del habito de Santiago, Regidor perpetuo, y Alfe- | rez mayor de la ciudad de Leon, Señor de los Concejos, | y Villas de Sena, y Hibias. | Vtinam | Con privilegio. | En Madrid por la viuda de Luis Sanchez | Impressora del Reyno. | Año de M.CDXXX. | (sic) *A costa de Alonso Perez. librero de su Magestad.*

4.°, 4 h. prels. y 212 fols. El *Utinam* de la portada no lleva alegoría alguna, sino una orla hecha con adornos tipográficos.

En el recto de la hoja siguiente está la *dedicatoria* á D. Suero de Quiñones y á la vuelta la *Tassa* (4 mrs. pliego; 54 pliegos=216 mrs.) Madrid, 6 de Marzo de 1624; la *Suma del Privilegio* (no íntegro) Madrid, 8 de Noviembre de 1621; y la *Fe de erratas*, diciendo que no las hay, á 22 de Febrero de 1624. La hoja siguiente lleva las *Aprobaciones* de Fr. Miguel Sánchez y *Don Juan de Iaurigui (sic)* y las dos *Décimas* de Lope de Vega y á la vuelta las de Castillo Solórzano y D.ª María de San Ambrosio. La hoja cuarta la ocupa toda el prólogo *Al bien intencionado.*

Esta edición de 1630 es la que Salvá creyó ser la primera, al observar que era completamente distinta de la anterior y la siguiente, si bien su ejemplar carecía de preliminares. Demuéstrase porque le asigna el mismo número de folios, 212, que contiene la presente. El tipo de letra es mucho más pequeño, así es que en vez de las 563 páginas sólo viene á tener 424 numeradas en 212 folios. Los preliminares están también alterados y el *Privilegio* abreviado.

4.ª edición. *Cigarrales | de Toledo. | Compvesto por el Maestro | Tirso de Molina, natural de Madrid, | A Don Svero de Qviñones y Acvña, | Cauallero del habito de Santiago, Regidor perpetuo y Alferez | mayor de la Ciudad de Leon, Señor de los Concejos | y villas de Sena, é Hibias. | Año* (Escudo del impresor.) *1631. | En Barcelona. | Por Geronimo Margarit. | A costa de Iusepe Genouart, mercader de libros.*

4.°, v. en b. Aprob. de Fr. Tomás Roca, en el convento de Santa Catalina á 3 de Septiembre de 1630 (Dice que los *Cigarrales* se habían impreso «seis años ha en Madrid» y le llama al autor «Don Gabriel Tirso de Molina»).--Aprobaciones de Fr. Miguel Sánchez y Jaúregui.--Décimas de Lope, Castillo y D.ª María de San Ambrosio.--Dedicatoria.--Prólogo y texto, que acaba al vuelto del folio 215 con la palabra *Fin*, y tres grabaditos representando una mosca, un ratón y una gallina cubriendo los huevos. La letra es también de más cuerpo que la de la edición de 1630, excepto en los versos y comedias, que es más pequeña. (5 h. prels. con la portada y 215 foliadas.)

ladas son *El vergonzoso en palacio*, *Cómo han de ser los amigos* y *El celoso prudente*. Incluyó también en ella su celebrada novelita *Los tres maridos burlados*, tantas veces reimpresa luego.

Hay además en este libro párrafos y especies que encierran algún interés biográfico. En el prólogo «Al bien intencionado», y suponiendo que habla el mismo libro, dice:

«*Ocho meses ha que estoy en las mantillas de una imprenta*, donde, como niño dado á criar, me enseñaron los malos resabios que en mí descubrieres; mentiras de un ignorante compositor, que tal vez añadía palabras, tal sisaba letras; y ojalá parara en esto y no se me acogiera, *llevándosele á mi padre el dinero adelantado* de mi crianza, *medio precio de mi impresión*, y me dexara jubón á la malicia, la mitad de seda y la otra de fustán, obligándole á buscarme nuevo pupilaje, mohatrar papel y trampear la costa. Un padre tengo y *dos ayos*.....»

Sigue en este estilo jocoso narrando el libro sus aventuras, y al final añade:

«Puédote afirmar que está ya comenzada (la 2.ª parte de él) y, en tanto que se perficiona *dadas á la imprenta doce comedias, primera parte* de muchas que quieren ver mundo, *entre trescientas que en catorce años* han divertido melancolías y honestado ociosidades. También han de seguir mis buenas ó malas fortunas *doce novelas*, ni hurtadas á las toscanas (1), ni ensartadas unas tras otras, como procesión de disciplinantes, sino con su argumento que lo comprenda todo.»

De estos párrafos se deduce que tenía el P. Téllez, en 1621, compuestas trescientas comedias (¡fecundidad verdaderamente pasmosa y sólo comparable á la de Lope!); doce novelas; empezada la segunda parte de los *Cigarrales*, y dadas *á la imprenta* (no *á luz*, como se supuso equivocadamente), doce obras dramáticas que serían *primera parte* de las suyas. La curiosa especie de que tuvo que cambiar de impresor, perdiendo la mitad de la costa y el haber tardado lo menos ocho meses en terminar la impresión, en combinación con la fecha de 8 de Noviembre de 1621 que lleva el privilegio, dificultan el hecho de que el libro pudiese salir á luz en el referido año, sino en el siguiente.

En el cuerpo de él se introduce Tirso á sí mismo, como se ve por este pasaje:

«Tirso, *aunque humilde pastor de Manzanares*, halló en la llaneza generosa de Toledo *mejor acogida que en su patria*, tan apoderada de la envidia extranjera; llegó en un pequeño barco,

---

(1) Maligna alusión á las *Novelas morales* del capitán madrileño D. Diego de Agreda y Vargas que publicó doce pequeñas en un volumen en 1620 (Madrid, por Tomás Junti, 8.º) y de indu- d ble carácter italiano. Aludió también á otra o ra del mismo Agreda titulada: *Los más fieles a iantes Leucipe y Clitofonte, historia griega, por A quiles Tacio, Alejandrino, traducida, censurada y parte compuesta* (Madrid, Juan de la Cuesta, 1 17, 8.º). La versión de Agreda no es del origi- n ni del latín, como hizo Pellicer, sino *del Tos- c no*, que es á lo que se refiere Tirso. En cuanto á éste, que no publicó ni la segunda parte ofrecida de los *Cigarrales* ni las *Novelas*, parece deducirse de sus palabras que se proponía desenvolver alguna tesis moral por medio de ejemplos; algo parecido á lo que había hecho en 1612 don Gonzalo de Céspedes y Meneses en su *Poema trágico del español Gerardo*, y después en su *Soldado Píndaro*, engarzando diversos episodios por medio de una ficción semejante á la que usó en los *Cigarrales*. Nada se ha conservado de estas novelas.

aunque curioso, hecho todo un jardín que hallara lugar entre los Hibleos, y en medio de él una palma altísima, sobre cuyos últimos cogollos estaba una corona de laurel. Trepaba el pastor por ella, vestido de un pellico blanco, con unas barras de púrpura á los pechos, *insignia de los de su profesión*, y ayudábanle á subir dos alas, escrito en la una *Ingenio* y en la otra *Estudio*; volando con ellas tan alto, que tocaba ya con la mano en la corona, puesto que la *Envidia* (1), en su forma acostumbrada de culebra, enroscándose á los pies procuraba impedirle la gloriosa consecución de su trabajo, aunque en vano; porque pisándola, colgaba de ellos esta letra, que sirvió también para los jueces: *Velis, Nolis.*»

Suponiendo TIRSO que para celebrar la vuelta á Toledo de cierto caballero y el feliz término de los amores de otros y sus damas, determinaron varios, amigos de todos, celebrar un torneo acuático sobre el Tajo y describe extensamente este esparcimiento, así como los sucesos y aventuras que lo prepararon.

Al verse reunidos, acuerdan pasar los cuarenta días de más calor del verano sin subir á Toledo, por las varias casas de campo ó *cigarrales* que ellos y sus amigos tenían distribuídas por las orillas del río. Y á fin de gozarlos entretenidamente, convienen en distribuirse el deber en cada uno de divertir á los demás en cada cigarral que le tocase en suerte.

Fueron veinte los que entraron á distribución; y como TIRSO no trató más que de lo hecho en los cinco primeros, parece que pensaba emplear cuatro tomos ó partes en describir los juegos y distracciones propios de los demás, si no es que abreviase en adelante.

Es curiosa la enumeración de los cigarrales más hermosos que había verdaderamente entonces en Toledo, y en los que TIRSO supone se celebraron las fiestas.

Comenzóse en el *Cigarral I* por la representación de la comedia *El Vergonzoso en palacio*, ya antigua; pues, como expresa el autor, había sido «celebrada con general aplauso diez años había, no sólo entre los teatros de España, pero en los más célebres de Italia y de entrambas Indias, con alabanzas de su autor, pues mereció que uno de los mayores potentados de Castilla honrase sus musas y ennobleciese esta facultad con hacer la persona del *Vergonzoso.*» Y, lo que es más curioso, parece que realmente se hizo por entonces en Toledo esta representación, pues añade luego que los adherentes con que se exornó tuvieron por autores, «de los tonos, á Juan Blas, único en esta materia; á Alvaro, si no primero tampoco segundo, y al Licenciado Pedro González, su igual en todo, que habiendo algunos años sutilizado la melodía humana, después, por mejoralla, tomó el hábito redentor de N. S. de la Merced, y en él es fénix único, si en el siglo fué canoro cisne. Los entremeses fueron de D. Antonio de Mendoza, cuyos sa-

(1) Es de notar la insistencia con que TIRSO se queja de los envidiosos de su talento. A ella aludió también Lope de Vega, en la dedicatoria de *Lo fingido verdadero*, como hemos visto; y TÉLLEZ no cesará de traerla á cuento en la *Dedicatoria* de sus comedias, en los prólogos y en muchos lugares de ellas, haciéndole exclamar en una ocasión (*Antona García*,

> Pues véndese ahora tanta
> envidia á ingenios diversos,
> que hay hombre que haciendo versos
> á los demás se adelanta;
> y, aunque más fama le den,
> es tal (la verdad os digo)
> *que quita el habla á su amigo*
> *cada vez que escribe bien.*

les y concetos igualan á su apacibilidad y nobleza; y los bailes de Benavente, sazón del alma, deleite de la naturaleza y, en fin, prodigio de nuestro Tajo».

Tirso compuso una *loa* para esta representación, que incluye, así como la comedia. A continuación, y con pretexto de hacer su defensa, explana aquella célebre y briosa apología del sistema dramático de Lope, entonces y algo antes rudamente combatido por los partidarios de la imitación clásica. El pasaje es tan importante que no debe de faltar en una biografía de Tirso:

«Con la apacible suspensión de la referida comedia, la propiedad de los recitantes, las galas de las personas y la diversidad de sucesos se les hizo el tiempo tan corto que, con haberse gastado cerca de tres horas, no hallaron otra falta sino la brevedad de su discurso. Esto en los oyentes desapasionados y que asistían allí más para recrear el alma con el poético entretenimiento que para censurarle. Que los zánganos de la miel, que ellos no saben labrar y hurtan á las artificiosas abejas, no pudieron dejar de hacer de las suyas; y con murmuradores susurros pican en los deleitosos panales del ingenio. Quién dijo que era demasiadamente larga y quién impropia. Pedante hubo historial que afirmó merecer castigo el poeta que, contra la verdad de los anales portugueses, había hecho pastor al duque de Coimbra, D. Pedro, siendo así que murió en una batalla que el rey D. Alonso, su sobrino, le dió, sin que le quedase hijo sucesor en ofensa de la casa de Avero y su Duque, cuyas hijas pintó tan desenvueltas que, contra las leyes de su honestidad, hicieron teatro de su poco recato la inmunidad de su jardín. Como si la licencia de Apolo se estrechase á la recolección histórica y no pudiese fabricar sobre cimientos de personas verdaderas arquitecturas del ingenio fingidas.

»No faltaron protectores del ausente poeta, que volviendo por su honra concluyesen los argumentos Zoilos, si pueden entendimientos contumaces, Narcisos de sus mismos pareceres y discretos, más por las censuras que dan en los trabajos ajenos que por lo que se desvelan en los propios, convencerse.

»Entre los muchos desaciertos, dijo *un presumido natural de Toledo,* que le negara la filiación de buena gana si no fuera porque entre tantos hijos sabios y bien intencionados que ilustran su benigno clima no era mucho saliese un aborto malicioso, el que más me acaba la paciencia es ver cuán licenciosamente salió el poeta de los límites y leyes con que los primeros inventores de la comedia dieron ingenioso principio á este poema; pues, siendo así que éste ha de ser una acción, cuyo principio, medio y fin acaezca, á lo más largo, en veinticuatro horas, sin movernos de un lugar, nos ha encajado mes y medio, por lo menos, de sucesos amorosos; pues aun en este término parece imposible pudiese disponerse una dama ilustre y discreta á querer tan ciegamente á un pastor, hacerle su secretario, declararle por enigmas su voluntad y, últimamente, arriesgar su fama á la arrojada determinación de un hombre tan humilde que, en la opinión de entrambos, el mayor blasón de su linaje eran unas abarcas, su solar una cabaña y sus vasallos un pobre hato de cabras y bueyes. Dejo de impugnar la ignorancia de D.ª Serafina, pintada, en lo dem[illegible]s, tan avisada que, enamorándose de su mismo retrato, sin más certidumbre de su original, q[illegible] lo que D. Antonio la dijo, se dispusiese á una bajeza indigna, aun de la más plebeya hermos[illegible]a, como fué admitir á escuras á quien pudiera con la luz de una vela dejar castigado y cor[illegible]lo. Fuera de que no sé yo por qué ha de tener nombre de comedia la que introduce sus person[illegible]s entre duques y condes, siendo así que las que más grandes se permiten en semejantes acciones n[illegible] pasan de ciudadanos patricios y damas de mediana condición.

»Iba á proseguir el malicioso arguyente, cuando, atajándole D. Alejo (que por ser la fiesta á su contemplación, le pareció tocarle el defenderla) le respondió. Poca razón habéis tenido..... La comedia presente ha guardado las leyes de lo que ahora se usa; y á mi parecer, conformándome con el de los que sin pasión sienten, el lugar que merecen las que ahora se representan en nuestra España, comparadas con las antiguas, les hacen conocidas ventajas, aunque vayan contra el instituto primero de sus inventores. Porque si aquéllos establecieron que una comedia no representase sino la acción que moralmente puede suceder en veinticuatro horas, ¿cuánto mayor inconveniente será que en tan breve tiempo un galán discreto se enamore de una dama cuerda, le solicite, regale y festeje y que, sin pasar siquiera un día, la obligue y disponga de suerte sus amores que, comenzando á pretender por la mañana, se case con ella á la noche? ¿Qué lugar tiene para fundar celos, encarecer desesperaciones, consolarse con esperanzas y pintar los demás afectos y accidentes sin los cuales el amoroso es de ninguna estima? ¿Ni cómo se podrá preciar un amante de firme si no pasan algunos días, meses y aun años en que haga prueba de su constancia?

»Estos inconvenientes mayores son en el juicio de cualquier mediano entendimiento que el que se sigue de que los oyentes, sin levantarse de un lugar, vean y oigan cosas sucedidas en muchos días; pues ansí como el que lee una historia en breves planas, sin pasar muchas horas se informa de casos sucedidos en largos tiempos y distintos lugares, la comedia, que es una imagen y representación su argumento es fuerza que, cuando le toma de los sucesos de dos amantes, retrate al vivo lo que les pudo acaecer; y, no siendo esto verosímil en un día, tiene obligación de fingir pasar los necesarios para que la tal acción sea perfeta; que no en vano se llamó la poesia pintura viva, pues imitando á la muerta, ésta, en el breve espacio de vara y media de lienzo, pinta lejos y distancias que persuaden á la vista á lo que significan; y no es justo que se niegue la licencia, que conceden al pincel, á la pluma, siendo ésta tanto más significativa que esotro.....

»Y si me argüís que á los primeros inventores debemos los que profesamos sus facultades guardar sus preceptos, pena de ser tenidos por ambiciosos y poco agradecidos á la luz que nos dieron para proseguir sus habilidades, os respondo que, aunque á los tales se les debe la veneración de haber salido con la dificultad que tienen todas las cosas en sus principios; con todo eso, es cierto que aun añadiendo perfecciones á su invención (cosa que puesto que fácil, necesaria) es fuerza que quedándose la substancia en pie, se muden los accidentes, mejorándolos con la experiencia. ¡Bueno sería que, porque el primer músico sacó de la consonancia de los martillos en la yunque la diferencia de los agudos y graves y la armonía música, hubieren los que agora la profesan de andar cargados de los instrumentos de Vulcano; y mereciesen castigo, en vez de alabanza, los que á la harpa fueron añadiendo cuerdas y, vituperando lo superfluo y inútil de la antigüedad la dejaron en la perfección que agora vemos!

»Esta diferencia hay de la naturaleza al arte; que lo que aquélla desde su creación constituyó no se puede variar; y así siempre el peral producirá peras y la encina su grosero fruto; y con todo eso, la diversidad del terruño y la diferente influencia del cielo y clima á que están sujetos, las saca muchas veces de su misma especie y casi constituye en otras diversas.....

»Pues en lo artificial, cuyo ser consiste sólo en la mudable imposición de los hombres, puede el uso mudar en los trajes y oficios hasta la sustancia y en lo natural se producen por medio de los ingertos cada día diferentes frutos, ¿qué mucho que la comedia, á imitación de entrambas cosas, varíe las leyes de sus antepasados y ingiera industriosamente lo trágico con lo cómico, sa-

cando una mezcla apacible de estos dos encontrados poemas; y que, participando de entrambos, introduzga ya personas graves, como la una y ya jocosas y ridículas como la otra.

»Además que si el ser tan excelentes en Grecia, Esquilo y Enio *(sic)* como entre los latinos Séneca y Terencio, bastó para establecer las leyes tan defendidas de sus profesores, la excelencia de nuestra española *Vega*, honra de Manzanares, Tulio de Castilla y Fénix de nuestra nación, los hace tan conocidas ventajas en entrambas materias, ansí en la cuantidad como en la cualidad de sus nunca bien conocidos, aunque bien envidiados y mal mordidos estudios, que la autoridad con que se les adelanta es suficiente para derogar sus estatutos. Y habiendo él puesto la comedia en la perfección y sutileza que ahora tiene, basta para hacer escuela de por sí; y para que, los que nos preciamos de sus discípulos, nos tengamos por dichosos de tal maestro, y defendamos constantemente su doctrina contra quien con pasión la impugnare. Que si él, en muchas partes de sus escritos, dice que el no guardar el arte antiguo, lo hace por conformarse con el gusto de la plebe, que nunca consintió el freno de las leyes, y preceptos, dícelo por su natural modestia; y porque no atribuya la malicia ignorante á arrogancia lo que es política perfección» (1).

El *Cigarral II*, que describe la fiesta en el Cigarral del Rey «agora del Marqués de Malpica», y se reduce á músicas y ejercicios caballerescos y galantes, sólo incluye la *Fábula de Pan y Siringa*, obra de D. Plácido de Aguilar, poeta madrileño, hombre del Almirante de Castilla y después fraile mercenario, discípulo, al parecer, gentil de Tirso, quien, por tal razón, la publicó aquí. Está el poema en octavas reales.

Una interesante y bien entretejida novela de *D. Juan de Salcedo y la Catalana Dionisia* forma el contexto del *Cigarral III*, aprovechando la ocasión para intercalar algunas poesías, como un gracioso romance al Manzanares. Por esta composición, y otras inclusas en *Deleitar aprovechando*, sabemos que Tirso adoptaba para patrocinar estos versos rústicos el seudónimo de Paracuellos de Cabañas.

En el *Cigarral IV*, renunciando al molesto cuidado de ir colocando sus versos líricos entre las narraciones en prosa, comienza por ensartar seguidas hasta 13 composiciones de todo género, y á continuación la *comedia famosa* de *Cómo han de ser los amigos,* que antes había estrenado Baltasar de Pinedo, «maestro en los deste oficio», como dice Téllez en el encabezado de ella.

Tampoco dejó de hacer el elogio y defensa de esta hermosa obra y darnos unas curiosísimas noticias y juicios sobre el arte de representar en su tiempo, diciendo:

«La sazón y destreza de los recitantes, las galas con que se adornaron *y la fama que ya la comedia tenía ganada en toda España,* fué tan á gusto del apacible auditorio, que no halló otra falta sino el quedarse tan poco... Entretenidas dos horas, dijo D. Melchor, tiene el entendimiento en una comedia cuando es buena. Martirio de tres ó treinta padece el alma, replicó D. García, cuando es mala..... Muchas comedias, dijo D. Alejo, han corrido con nombre de disparatadas y pestilenciales que, siendo en sí maravillosas, las han desacreditado los malos representantes; ya por errarlas, ya por no vestirlas, y ya por ser despropositados los papeles para las personas que

(1) Al fin del *Cigarral I*.

los estudian; las cuales, después que caen en otras manos, ó más cuidadosas ó más acomodadas, vuelven á restaurar con el logro la fama que perdieron. La del *Vergonzoso en palacio*, dijo D. Juan, pasó por esos naufragios, que, no pareciendo en la corte como merecía, en poder del mejor autor y representante destos tiempos, porque ni sabía el papel ni era á propósito sus años para la vergüenza y cortedad primeriza, que en materia de amores trae de ordinario consigo la juventud; después, en las demás compañías, que hubo pocas que no la representasen, ganó renombre de las mejores de su tiempo.

»Tres causas hallo yo, dijo D. Melchor, que todas juntas y cada una de por sí echan á perder un estudio tan digno de no malograrse. La primera es en vituperio del poeta; que ó no sabe trazarla ó escribe impropiedades tan indigestas, que revolviendo el estómago al sufrimiento, provoca á silbos y vituperios. Yo conozco uno de los más corpulentos y no de los más dignos, que en una comedia sacada de un *Flos Sanctorum* en romance, cuyo argumento fué la vida de uno de los jueces de Israel, se dejó decir, entre ciertas promesas que el gracioso hacía á no sé quién, que le traería el turbante del Gran Sofí. ¡Mirad qué gentil necedad profetizar un pastor los Sofíes que vinieron á Persia más de mil años después del nacimiento de Cristo! — Tragaría el vulgo, dijo D. Vela, con todo el aplauso y risa imaginable la turbantada que le dió el poetón. — Como esas zarandajas caben en el buche (respondió él) de la ballena plebeya. Llaman á la Tarasca *traga-caperuzas*, ¿y no queréis vos que el poblacho trague turbantes? — Yo se le colgara, después de muerto, acudió D. García, sobre su tumba, como capelo de cardenal, graduándole de presumido, no con borla, pero con borlas.

»La segunda causa, prosiguió D. Melchor, de perderse una comedia es por lo mal que le entalla el papel al representante. ¿Quién ha de sufrir, por extremada que sea, ver que, habiéndose su dueño desvelado en pintar una dama hermosa, muchacha, y con tan gallardo talle que, vestida de hombre, persuada y enamore la más melindrosa dama de la corte, salga á hacer esta figura una del infierno, con más carnes que un antruejo, más años que un solar de la Montaña y más arrugas que una carga de repollos; y que se enamore la otra y le diga: «¡Ay, qué D. Gilito de perlas!: es un brinco, un dix, un juguete del amor?»—En esa ocasión, dijo D. Lorenzo, castigar podrían por vagamundos cuantos pepinos pueblan muladares si no la sacasen colores á la cara, ya que no se las sacó la vergüenza. ¿Pues qué hiciérades vos, prosiguió, si viésedes enamorar á una infanta un hombrón, en la calva y barriga segundo Vespasiano, y decirle ella amores más tiernos que rábanos de Olmedo?—Sacárale yo á ése por alquitara, respondió, y quedara en la disposición acomodada para ese papel con una cabellera postiza.—Y si ese tal, volvió á decir D. Melchor, haciendo á un emperador saliese vestido como un Gómez Arias; y, queriendo dar un asalto á una fortaleza, subiendo por una escalera á vista de todos, ¿le viésedes la espada desnuda y subir con chinelas?—Diéraselas yo á comer, respondió, como el otro señor á su zapatero, guisadas (1).—Pues lo más intolerable, prosiguió, es ver errar los versos por instantes, estropeando pasos que merecieran, á recitarlos con fidelidad, suma veneración.—Sabed, dijo don Fernando, que, después que se usan representantes, no ha menester el Pegaso de Apolo herradores; porque ellos hacen este oficio, clavándole por puntos; pero castigáralos yo en la costa, como albéitares que mancan las cabalgaduras.—Ahora, señores, bueno está de murmuración, dijo la reina; emplead esos aceros en la cena que os llama, y dejad á los pobres, que harto hacen

(1) Esto cuentan del Príncipe D. Carlos, hijo de Felipe II y tal vez á él se refiera Tirso.

guardando en la memoria un proceso de papeles de cincuenta comedias, en no pasarse en el tablado de un dicho á otro, como delincuente entre dos jurisdicciones» (1).

El *Cigarral V* comienza desde luego con la novela de *Los tres maridos burlados*, cuento boccacciano, pero que también tiene su origen en las antiguas colecciones de *Exemplos*, *Castigos* y otros semejantes de la Edad Media. Síguela, sin intermisión, la comedia de *El Celoso prudente*, también *famosa*, según el encabezado, y asimismo estrenada por Pinedo. También parece el autor contento de ella, y termina con esta curiosa defensa del teatro en general:

«Bien afortunada fué en todo esta comedia, pues ni en los que la representaron hubo que notar menos que alabanza, ni en ella los escrupulosos hallaron cosa que no fuese á satisfacción de los gustos del arte.—Afilen agora, dijo D. Juan de Salcedo, los Zoilos murmuraciones en la piedra de la envidia; veamos si hallarán, los que parten un pelo, alguno en ésta digno de reprensión. Censuren los Catones este entretenimiento que, por más que le registren, no tendrán las costumbres modestas ocasión de distraerle. Aquí pueden aprender los celosos á no dejarse llevar de experiencias mentirosas; los maridos á ser prudentes; las damas á ser firmes; los príncipes á cumplir sus palabras; los padres á mirar por la honra de sus hijos; los criados á ser leales, y todos los presentes á estimar el entretenimiento de la comedia, que en estos tiempos, expurgada de las imperfecciones que en los años pasados se consentían á los teatros de España, y limpia de toda acción torpe, deleita enseñando y enseña dando gusto.—Apacibles predicadoras, replicó D. García, son las que en alabanza de sus autores no pasan de los límites honestos, pues persuaden y curan los ánimos que se quieren aprovechar de sus consejos disfrazados» (2).

Tal es este libro, mucho menos conocido hoy de lo que merece y censurado por los que no le han leído, atentos sólo á celebrar en Tirso el poeta dramático, como si le estuvieran cerrados los demás huertos de la amena literatura. No está, como afirmó Mesonero Romanos, escrito en estilo campanudo y afectado, sino con agudeza y originalidad de expresión, que deleita al que sin apresuramiento puede saborear tales primores. Encierra un abundantísimo vocabulario y hasta no tiene ejemplos de aquel adjetivar sustantivos y convertir otros en verbos, de que, aunque siempre con donaire, abusó Tirso en algunas de sus comedias. Todo queda dicho en su elogio con decir que es el mismo estilo que el de su conocida novelita de *Los tres maridos burlados*.

VI

Tirso *y los escritores madrileños.—Viaje á Zaragoza.—Certamen en la canonización de San Isidro* (1622).

Por el mes de Noviembre de 1621 publicó el Licenciado Pedro Arias una colección titulada *Primavera y Flor de los mejores romances que han salido ahora nuevamente*

(1) Al fin del *Cigarral IV*.

(2) Al final de la obra.

en esta Corte, recogidos de varios Poetas... dirigido al Maestro TIRSO DE MOLINA (1). Gran consideración le merecía nuestro fraile al Licenciado Pedro Arias, á juzgar por el respeto con que se expresa al dirigirse á él (2). En esta colección, que en vano hemos registrado buscando alguna noticia del Mecenas de ella, ninguno de los romances lleva nombre de autor; pero es fácil conocer el de algunos (3), además de dos que, sin dudar, corresponden á nuestro Mercenario (4) y acaso algún otro.

Deberes y atenciones de su profesión le llevaron en 1622 á Aragón. Reunióse en Zaragoza el 13 de Mayo Capítulo general para dar sucesor en el generalato al P. Ambrosio Machín, y salió electo Fr. Gaspar Prieto. No consta que TIRSO interviniese con su voto en esta elección, pero sí que asistió á ella, pues lo asegura él mismo en el folio 334 de la segunda parte de su *Historia de la Merced*, diciendo: «Yo, que estuve presente á todo, puedo afirmar.....», etc.

Pero pronto debió de regresar á la Corte (5), donde, á mediados de Junio, se celebraron solemnes festejos con motivo de la canonización de San Isidro y las de otros Santos. Formaba parte de las fiestas una justa poética en honor del primero, y á ella

---

(1) Madrid, Alonso Martín, 8.°, 8 h. prels. y 120 foliadas. Del Licenciado Pedro Arias habla Jiménez Patón en su *Elocuencia española*; y acaso sea el mismo que, según Quevedo, tuvo por criado en Alcalá al famoso D. Fernando de Acevedo, después Arzobispo de Burgos y Presidente del Consejo de Castilla.

(2) He aquí la dedicatoria:

«Al Maestro TIRSO DE MOLINA.—Aristotiles dixo: que la ofrenda que se dedicaba primero, no tenía paga equivalente, pues por mas que el valor de la correspondencia se anime á igualarse á ella, siempre queda en pie la ventaja de haber sido la primera. De donde debió de nacer la estima que haze Dios de la primicia; el labrador de los frutos primeros, y los padres de sus primogénitos. Esta que ofrezco á v. m. aunque en la substancia de diferentes padres (que sin menoscabo de su honra se precia de tenerlos) y en la disposicion mía, creo que ha ganado la calidad que ponderó el Filósofo en los primeros dones. Pues no sé que hasta agora se le aya dedicado á v. m. puedo alabarle sin miedo de reprehensión, pues las partes que le adornan son de acarreo, y no de mi cosecha, y esperar la estimación que sus propietarios merecen, de la en que todos los desapasionados y gentiles espíritus tienen á V. m. debaxo cuya proteccion está, á quien Nuestro Señor guarde.—Pedro Arias Pérez.»

(3) Por ejemplo, el que empieza:

> Vengada la hermosa Filis
> de los agravios de Fabio,

que es de Lope de Vega (en su novela *Guzmán el Bravo*); el de Quevedo:

> Los que quisieren saber
> de algunos amigos muertos,

que Durán dejó correr como anónimos en su *Romancero*.

(4) Son el que principia:

> Mal segura zagalera,
> la de los lindos ojuelos,
> grave honor de los azules
> dulce afrenta de los negros,

y este otro.

> Pero Gil amaba á Menga
> desde el día que en la boda
> de Minguillo el porquerizo
> la vió bailar con Aldonza.

Estos romances, que también estampó Durán sin autor, se hallan: el primero (en parte), en *La gallega Mari Hernández* (acto II, esc. I), y el segundo íntegro y más correcto que en Durán en *El pretendiente al revés* (acto III, esc. XVII.)

(5) A 17 de Julio de 1623 firma «FR. GABRIEL TÉLLEZ», con otros mercenarios del convento de Madrid, la escritura de aceptación que hace del Convento de la donación con que le favorece cierto D. Alonso de la Cueva. (*Archivo de protocolos*. Escrituras de Felipe Sierra, de 1623 y 1624, fol. 113.) Debo esta noticia á mi erudito compañero D. Cristóbal Pérez Pastor.

acudieron multitud de ingenios, pues había recompensas para *canciones*, *octavas*, *décimas*, *sonetos*, *redondillas*, *tercetos*, *liras* y otros metros. Concurrió á la justa «el Presentado FRAY GABRIEL TÉLLEZ», con cuatro octavas reales sobre los celos de San Isidro, gongorinas y artificiosas, y en las que sólo hay de notable aquella burlesca pincelada con que termina una de ellas, sobre los «celos de San Isidro»:

> Que bravos deben ser para quien ama
> celos que se apacientan en Jarama.

Presentó, además, cuatro décimas que, aunque más sueltas, tampoco sobresalen en nada. Así hubo de opinar el Jurado, que no les otorgó recompensa, y, por consiguiente, no mencionó Lope de Vega á su autor en el *Romance* destinado á ensalzar á los vencedores. Llevóse el primer premio de las octavas Guillén de Castro, y el de las décimas el Doctor Mira de Amescua (1).

La continua residencia en Madrid de nuestro poeta le daba ocasión de estrechar amistades con los más distinguidos autores de la Corte. Eralo el ingeniosísimo novelista y poeta dramático castellano D. Alonso del Castillo Solórzano, que alguna vez elogió debidamente al Mercenario, quien, á su vez, aprobó la colección de poesías de Castillo, titulada: *Donaires del Parnaso, primera parte* (2). Suscribe TIRSO esta aprobación en Madrid «en este Monasterio de Nuestra Señora de la Merced á 3 de Noviembre de 1623», llamándose «El Presentado FRAY GABRIEL TÉLLEZ».

Fué también en 1623 cuando D. Juan Ruiz de Alarcón, ayudado de ajenas y poco amigas plumas, escribió y publicó su infeliz *Relación* poética de las fiestas hechas al Príncipe de Gales, después Carlos I de Inglaterra, cuando vino á Madrid. Demostrado ya por Hartzenbusch y D. Luis Fernández Guerra, el primero en su *Discurso acerca del carácter dramático de Alarcón*, y el segundo, en su célebre libro sobre el mismo *Alarcón*, que la nube satírica que contra el mísero poeta corcovado descargó con aquel motivo, fué una broma de amigos (aunque bien pesada broma); y admitido que algunos, como Mira de Amescua y Luis Vélez de Guevara, que le habían ayudado en la formación de aquel engendro, fueron los primeros en zaherirle, ningún inconveniente

---

(1) Se incluyeron las dos composiciones de TÉLLEZ en la *Relación de las fiestas que la insigne villa de Madrid hizo en la Canonización de... San Isidro...* por Lope de Vega. Madrid, Viuda de Alonso Martín, 1625, 4.°, y reimpresa en el tomo XII de la gran *Colección de Obras sueltas* de Lope, hecha por D. Antonio Sancha. (Madrid, 1776-79, 21 vols. en 4.°)

(2) Madrid, Por Diego Flamenco, 1624, en 8.°, 8 h. prels. y 122 foliadas. Lleva además una aprobación de Lope de Vega. La de TIRSO es como sigue:

«*Aprobación*. Por comissión del señor don Diego Vela, Vicario general de Madrid, he visto vn libro intitulado, *Donaires del Parnaso*, que ha compuesto don Alonso de Castillo Solorçano, en que no he hallado cosa contra nuestra Fe y buenas costumbres, sino agudezas y sales, dignas del ingenio de su autor, y de la estimación que hazen dél en esta Corte todos los buenos ingenios. Por lo qual me parece muy digno de que salga a luz impresso, etc. En este Monasterio de Nuestra Señora de la Merced, á tres de Noviembre de mil y seiscientos y veinte y tres años.

EL PRESENTADO FRAY GABRIEL TÉLLEZ.»

hay en conceder que también el P. TÉLLEZ, de quien hay indicios era Alarcón amigo, colaborase en el cordelejo con la siguiente décima:

Don Cohombro de Alarcón
un poeta entre dos platos,
cuyos versos los silbatos
temieron y con razón,
escribió una *Relación*
de las fiestas, que sospecho
que, por no ser de provecho,
le han de poner entredicho;
porque es todo tan mal dicho
como el poeta mal hecho (1).

Al año siguiente de 1624, y con fecha 9 de Septiembre, aprobó también FRAY GABRIEL TÉLLEZ la novela pastoril *Experiencias de amor y fortuna*, escrita por su paisano el Licenciado Francisco de Quintana, sobrino del cronista de Madrid de igual apellido, y que luego fué gran teólogo y predicador famoso. Sólo dos años más tarde, y con el seudónimo de Francisco de las Cuevas, publicaba Quintana su obra (2). Y á la misma época corresponden los versos de TIRSO, laudatorios del poema *Orfeo*, del Doctor Juan Pérez de Montalbán, ó de Lope de Vega, pues no está aún resuelta la cuestión de paternidad de esta obra (3), que dicen:

«*Del Maestro* TIRSO DE MOLINA.»

Mientras memorias renuevas
del hermano de Faetón,
no echen de menos á Anfión

(1) *Poesías varias de grandes ingenios españoles*, recogidas por José Alfay. Zaragoza, 1654, 4.º—Un comento anónimo y satírico, que existe manuscrito en la Bib. Nacional, atribuye esta décima á un desconocido *Luis Téllez*; pero debe de ser error del copiante del opúsculo.

(2) En Madrid, por la viuda de Alonso Martín, 1626, en 4.º, 8 h. prels. y 198 foliadas. Dice la aprobación de TIRSO:

«Muy Poderoso Señor.—Estos discursos, prosas y versos, que se intitulan, *Experiencias de Amor y Fortuna*, cumplen ingeniosamente con la obligacion en que los puso su Autor, dando con politicos desengaños avisos discretos á juuentudes inaduertidas, y entretenimientos à los ratos que permiten los estudios al recreo, sin hallar en ellos cosa contra nuestra santa Fe, ni buenas costumbres, y assi puede V. alteza, si es seruido, dar la licencia que su dueño le suplica, etc. En Madrid á 9 de Setiembre de 1624 años.

EL PRESENTADO F. GABRIEL TELLEZ.»

(3) Dícese, y parece probable, que Lope dió este poema á su joven amigo para que lo imprimiese como propio, y que Montalbán, entonces de 20 años, así lo hizo. Lo cierto es que á nombre de éste salió á luz en 1624, con el título de *Orfeo... á la décima musa doña Bernarda Ferreyra de la Cerda. Señora Portuguesa.* Censura de 13 de Agosto de 1624; aprobación de Lope de Vega, fechada en Madrid á 21 de igual mes y año; versos laudatorios de D. Gabriel del Corral, TIRSO, D. Francisco López de Zárate y D. Jerónimo de Villayzán Garcés; prólogo de Lope. Se reimprimió el poema varias veces con otra obra de Montalbán, *Sucesos y prodigios de amor*, colección de novelas (fueron puestas en el *Indice*): y, entre ellas, en Barcelona en 1734 y en Madrid en 1738. En la de Barcelona no se incluyó el *Orfeo*, pero sí la novela de TIRSO, *Los tres maridos burlados*, con este encabezado:

Novela burlesca y entretenida, donde se declaran tres famosas burlas que honradamente hicieron á sus Maridos tres Mujeres de esta Insigne Villa de Madrid. Escrita por un Ingenio de esta Corte. También figura en la de Madrid.

Hay además otras muchas ediciones que contienen el *Orfeo* (Barcelona, 1639 y 1640; Madrid, 1723.) En la gran biografía de Lope, por D. Cayetano Alberto de la Barrera, publicada por la Real Academia Española, se insiste en la probabilidad de ser Lope el autor del repetido poema, que, según Barrera, había compuesto en competencia con el *Orfeo* de D. Juan de Jáuregui.

los griegos muros de Tebas.
Cuando al Estigio te atrevas,
donde Eurídice suspira,
canta, suspende y admira
y libre la sacarás,
en fe de que estima más
á tu pluma que á su lira.

VII

Carácter histórico de algunas comedias de TIRSO.—*Invectivas contra el culteranismo.*—TIRSO *perseguido.*—*Deja de escribir para el teatro* (1625-1626).

En el largo período que TIRSO habitó el convento de Madrid, compuso y se representaron gran número de comedias. Reflejan muchas de estas obras el espíritu, ideas y sucesos que más ocupaban la atención en aquellos tiempos. Ahora es la indigna elevación de tantos advenedizos, impuesta por el omnipotente favorito, el Duque de Lerma, y sobre todas, la del generalmente aborrecido Marqués de Siete Iglesias; después la innoble lucha por la privanza entre el mismo Duque, su hijo, el de Uceda y el P. Aliaga, confesor del Monarca; luego las desacertadas medidas de gobierno de unos y otros; y, más tarde, aquella explosión de odios que siguió al fallecimiento del piadoso Felipe III, en la cual no faltaron cadalsos, fieros encarcelamientos, destierros, confiscaciones, y la destrucción y aniquilamiento de algunas casas principales, sacrificado todo á los manes de los antes humillados, y en aras del nuevo sol, es decir, del nuevo favorito.

A todo esto y á otras muchas cosas, como son las modas de la época, las reformas suntuarias relativas á coches, lacayos y servidumbre, bordados de oro y plata, blondas, puntas y randas, sucesos militares en Italia y en Flandes, disputas literarias, fiestas, calamidades públicas, hay alusiones más ó menos encubiertas en los dramas del fraile de la Merced.

En una de las comedias escritas en vida de Felipe III (murió en 1621), *Ventura te dé Dios, hijo*, cuyo título es ya una alusión, y en la que nos parece ver á TIRSO, evocando recuerdos juveniles y con el Nebrija en la mano, sin poder meter en la cabeza las conjugaciones latinas, exclamar como el Otón de su obra:

¡Que deprenda yo tan mal
y que tan bien me enamore!

En esta comedia, pues, hay el siguiente diálogo entre el profesor y el discípulo:

FULVIO. ¿No os enseñé, ¡impertinente!,
los tiempos del verbo?—Estaba...
OTÓN. Ya, ya; no me acordaba,
FULVIO. Pues decí el tiempo presente.
OTÓN. El presente es bien bellaco,
si el cielo no lo socorre.
Moneda de vellón corre
y reinan Venus y Baco,

> *Labra casas la lisonja* (1);
> es pescadora de caña
> la verdad; la lealtad daña;
> *la ambición se metió monja* (2).
> Es ciencia la presunción;
> *ingenio la obscuridad* (3);
> el mentir sagacidad,
> y *grandeza* el *ser ladrón* (4).
> Vividor el que consiente;
> buhonera la hermosura,
> vende báculos la usura,
> y... ¡este es el tiempo presente!

No está mal conjugado el verbo *satirizar*, ni se mordía la lengua el supuesto estudiante. Debo confesar, sin embargo, que en las demás obras de TÉLLEZ quizá no se halle pasaje tan acre como éste, que nada debe á los más violentos epigramas de Quevedo ó del procaz Conde de Villamediana.

Hemos dicho que las contiendas literarias tenían igualmente plaza en las comedias del Mercenario; y ahora debemos añadir que este es uno de los temas que presenta con repetición en escena y aun en sus demás libros.

Ardía entonces en la república poética una verdadera guerra civil, provocada por aquella grande herejía que se llamó *culteranismo,* y que, á modo de enfermedad epidémica, fué poco á poco invadiendo é infeccionando el campo de las letras, incluso á los mismos que más rudamente le atacaron en sus comienzos (5). Y mientras reñían brabas peleas los adversarios de la nueva escuela, como Lope, Quevedo, Jáuregui, Cascales, los Argensolas, con el indomable D. Luis de Góngora, que fué el Lutero de ella, ayudado de sus discípulos el P. Hortensio Paravicino, Villamediana, Ribera (Atanasio Pantaleón) y D. José de Pellicer, entre otros, TIRSO se burlaba donosísimamente de

---

(1) Quizás aluda al Duque de Uceda, que por entonces edificaba el hoy Palacio de los Consejos, para su vivienda.

(2) Probablemente el ambicioso Fr. Luis de Aliaga, perpetuo aspirante á primer Ministro.

(3) Con seguridad alude á Góngora y sus secuaces.

(4) De tal calificaron sus enemigos, entre ellos el poeta satírico Conde de Villamediana, al gran Duque de Osuna, Virrey de Nápoles, perseguido después por el Conde de Olivares.

(5) Aunque TIRSO no se dejó arrastrar por la corriente como algunos (Jáuregui, por ejemplo) de los que hicieron oposición á la nueva secta, era tal su influjo que, sin querer, en determinados aunque no muy frecuentes casos, aparece escribiendo en *culto*. En prueba de ello, puede citarse el principio de la hermosa comedia *El amor y la amistad*, en que el interlocutor apostrofa á un monte de este modo:

> Alta presunción de nieve,
> Pirámide de diamante.
> Encélado, que gigante
> al primer zafir se atreve;
> el sol en tus cimas bebe
> espíritus de candor,
> y apenas su resplandor
> sale con luz pura y mansa,
> cuando en tus hombros descansa
> por ser el sitial mayor.

En otras tres décimas sigue hablando en este mismo estilo; muy armonioso, sin duda, pero muy semejante al del *Hipógrifo violento*, de don Pedro Calderón.

Donde se observan más resabios culteranos es en las poesías líricas de TIRSO, escritas en diversas épocas. En las obras en prosa de sus últimos años domina un conceptismo mitigado y el empleo de algunos neologismos, no todos admisibles, por su tendencia á convertir los sustantivos en adjetivos y en verbos; defectos que le censuraron sus coetáneos y de que él se defendió, no mal, en el prólogo de la quinta parte de sus comedias.

éstos en sus comedias, sacando á la vergüenza pública los vocablos que pretendían y consiguieron introducir en el léxico castellano.

Así, en *Celos con celos se curan*, hace exclamar á un criado:

> Miren vuesirías dos
> cuál anda ya nuestro idioma:
> todo es *brilla, émula, aroma,*
> *fatal*... ¡Oh, maldiga Dios
> al primer dogmatizante
> que se vistió de *candor* (1)!

En *Amar por arte mayor* (acto v, escena II), dice Bermudo:

> Gruñan cien varas de toca
> holandesa ó pichelinga,
> por cuya blanca gatera
> se asoma una cara mica.
> Mas usiría, *muchacha,*
> *brillante, esplendora, armiña,*
> *candor, crepúsculo, amago,*
> *aromas, coturno, pira*...
> ¿Ya en esa edad gruñizón?
> ¿Qué ha de hacer cuando sea tía?
> ¿qué cuando suegra ó madrastra
> si rapaza matroniza?

En *Amor y celos hacen discretos:*

> DUQUESA. ¡Bajo estilo!
> VICTORIA. Bien parece
> que tienes el alma culta.
> ¿Quisieras tú que empezara
> como otro que me escribió:
> «El cielo *hiperbolizó*
> *amagos* de su luz clara
> en vuestros, de mi amor, ojos:
> *animado* sol el uno,
> Norte el otro, á quien Neptuno
> *zafireos* rindió despojos?»—
> Rasguélo, en llegando aquí,
> viendo tan desatinados
> atributos estudiados,
> y airada le respondí:
> «La metáfora que arroja,
> causa, á mis ojos, querella;
> pues si uno es sol y otro estrella,
> yo, señor, seré bisoja.»

En *La celosa de sí misma*, es la comedia en que más prodigó sus dardos satíricos contra Góngora y sus secuaces:

> DON MELCHOR. ¿De qué suerte pude verla,
> si me embarazó los ojos
> aquella blancura tierna,
> aquel cristal animado,
> aquel...
> VENTURA *(criado)*. Di *candor*, si intentas
> jerigonzar critiquicios.
> Di que *brillaba* en estrellas;

(1) Acto III, escena III de la edición de *Autores Españoles*.

que *emulaba* resplandores;
que *circulaba* en esferas;
que *atesoraba diamantes;*
que *bostezaba azucenas;*
¡De una mano te enamoras;
por el sebo portuguesa;
dulce por la virgen miel
y amarga por las almendras!

Acércase luego Ventura á Quiñones, *dueña* de D.ª Magdalena, y le dice:

¿Tiene vuesadueñería
la mano, cual su señora,
culta, animada, esplendora,
gaticinante y arpía?

Ventura á su amo:

Mata, *rinde, esplende, brilla;*
hermoso *rasgón de gloria;*
luminosa saetía
para las flechas de amor:
sé *culto* aquí; critiquiza.

Habríamos de copiar multitud de fragmentos si hubiésemos de reproducir todos los que Tirso diseminó en sus comedias contra los culteranos (1), pues ni aun dejó de hacerlo en la última de las conocidas, escrita en 1638, cuando tenía setenta y un años de edad:

Brito *(pastor)*. ¿Qué es esto que relumbrina?
Alfonso. Un diamante, piedra fina.
Brito. ¿Lo qué llaman *esprendor*
el cura y el boticario?
Alfonso. ¿Quién?
Brito. Un par de entendimientos
que, á falta de pensamientos,
nos habran extraordinario.

La censura es más seria y fundada en sus obras prosaicas, como se observa en este pasaje de los *Cigarrales:*

«No son estos los versos... comprendidos en mi expurgatorio; que entre cultos y críticos hay diferencia grande. La pulicía y elección de vocablos exquisitos, acomodados con propiedad según el dialecto natural de nuestro idioma, siempre merece ser celebrada, pagando el cuidado al curioso jardinero, que, entre multitud de flores que cultiva, hizo un ramillete concertado de las más peregrinas y selectas..... Pero aquellos escabrosos en la primera digestión que necesitan de gramáticos intérpretes, obligando á construir Erasmos romancistas, desacomodando con violencia los adjetivos de sus sustantivos, y echando los verbos por contera de la oración, merecen, mientras sus autores no cantan la palinodia, ridículas inventivas, como el que, convidando á curiosos huéspedes les da guisadas las aves con sus plumas y las frutas con sus cáscaras, para que primero que entren en provecho al ingenio, se quiebren en ella los dientes del entendimiento: éstos vitupero y esotros reverencio y alabo» (2).

Pero todavía es mayor el desprecio que le inspira esta secta años adelante, viendo que en lugar de desaparecer extendía su predominio. En *Deleitar aprovechando*, obra

(1) V. la curiosísima esc. III de la jor. III de *La fingida Arcadia*, págs. 454 y 455 del presente vol.

(2) *Cigarral II*, fol. 84 vto. de la edición de 1630.

escrita en 1631, según veremos, y en su última novela *El Bandolero*, alude á ella, entre otros, en estos pasajes:

«Era discreta como hermosa: y cuantas veces conversaba con su hechizo, tantas encarecía la lisura de sus palabras que, desnudas de ponderaciones, ni la elocuencia crítica se las dificultaba, ni la penuria de conceptos sostituía ambajes y rodeos pomposos, con metáforas indigestas y vocablos adoptivos, que el uso de este siglo afectado gasta, salteando los idiomas extranjeros y españolizándolos, hacen un confuso mixto que, como monstruo procedido de especies diversas, ni bien es griego ni castellano.»

Y más adelante, suponiendo que Saurina, dama, premia cierta composición poética del joven Armengol, dice:

«Quiero premiar tu fábula con esta joya que no han de ser tan desgraciados tus versos como los de muchos que, encarecidos y no pagados, mendigan en los teatros la censura del vulgo idiota, expuestos á la envidia de los interesados; miserable cuanto ingeniosa profesión de una Arte, princesa de las liberales, vuelta ya mecánica, por obligarla la pobreza de sus dueños á hacer vendible lo que les concedió el cielo gratuito. Un sol es de diamantes la presea que tu dama te feria por mi mano; un laurel de esmeraldas le corona, para que sirva de jeroglífico á la lisura y agradable inteligencia de tu poema; pues siendo éstos invención de Apolo, no sé yo por qué causa los que agora le suceden afectan obscuridades desabridas; y, preciándose este planeta de manifestar á todos, no sólo la belleza de sus esplendores, pero aun lo más retirado á las tinieblas, los que agora versifican, adulterando su claridad, tienen por desaire que los entiendan. Aves nocturnas fugitivas de la luz hermosa, quizá porque con ella temen manifestar las manchas y lunares de su aparente estudio.»

Y no contento aún, hace que la misma dama proponga á unos compañeros de viaje que inventen y describan en manera de comparación, lo que sigue:

«Un exemplo ó símil que pinte al vivo la escabrosa propiedad destos ingeniosos modernos, que se intitulan críticos; que estoy tan mal con ellos que, á quien mejor los comparare, ofrezco en premio la pieza que á su gusto escogiere mañana en las ferias vidriosas que nos esperan. Concluiremos sin salir del propósito con el entretenido asunto que empezamos; y parará nuestra jornada (como si fuera de comedia) en entremés ridículo destos exagerantes paladines de Apolo, doctos por fe, que con lenguaje mestizo adulteran la legítima pureza de nuestro idioma; y, al contrario de la babilónica confusión hacen de muchas lenguas una, para echarlas á perder todas.»

Los símiles son tres, que los interlocutores exponen así:

«Dexemos simplicidades, replicó Ortelio, y reparen todos en la propiedad con que comparo á nuestros versificadores de ensamblaje. Yo digo que el boato de su fanfarrona perspectiva se parece á todas estas cosas. A los gigantones del día de *Corpus*, que fanfarrones y adornados en los exterior de damascos y brocateles, si examinan sus interiores, hallarán en un papelón pintado una alma de atocha ó heno. Digo más que sus poetas son los ganapanes que á poder de sudores y zancadillas hacen que parezcan lo que no son, llevándolos á cuestas, aplaudidos de la admiración vulgacha un día no más; porque todos los otros del tiempo sirven, arrinconados, de albergue á arañas y ratones. Son castillos y máquinas de pólvora, que embutidos de cohetes aguardan que se ponga el sol de la suficiencia á cuya vista no lucen; y en pasando el primer ímpetu ruidoso de su apariencia se quedan en sola la armadura, para relieves de muchachos y vecindad

de la basura. Ultimamente, digo que son villancico ó chanzoneta que cantada á bulto por la vocería de una caterva empapelada, se autorizan con el sonido armónico de las voces solas de toda una capilla, sin que haya quien se alabe de que entendió la letra; porque ni tienen pensamientos ni son más que espantabobos.....

»A mí me parecen estos obligados del humo, críticos abortos, dijo Lorino, un lienzo de boscajes y países, cuyos lexos se nos antojan alcázares sumptuosos, fuentes, quintas, ríos, damas, galanes, alamedas deleitosas; pero miradas con atención desde cerca, sólo vienen á ser unos embriones de la pintura, cuyas colores, sin inquietar las ultramarinas, no costean más que cardenillos, azafranes, yeso mate, y zumo de verdolagas en media sábana surcida de remiendos. Porque, ¿qué otra cosa son los versos hilvanados de tanto emplasto de vocablos hermafroditas, sino capa de pobre socarrón que con diferentes hilos cose retazos de toda color y materia, sin reparar en que el sayal se ladee con la raja, ni el paño con el lienzo, eslabonando cláusulas ni en romance ni en latín: pendón de sastre jaspeado de todo género de sisa» (1)?

Las burlas y sarcasmos que Tirso lanzaba contra una parte numerosa de los poetas de su tiempo suscitáronle no pocos enemigosque acechaban el momento de vengarse. Añádase á esto el escándalo real ó supuesto que otros manifestaban al ver á un fraile surtir de comedias, y no de las más devotas, los dos *corrales* de la Cruz y del Príncipe; llenarse el teatro de gente al solo anuncio de obra suya y salir luego á la calle riendo y celebrando los chistes y malicias de aquel apicarado ingenio.

Tradújose en hechos la mala voluntad que la envidia ó una demasiado estrecha moral habían ido acumulando contra el mercenario, y en 1625 se presentó al Consejo de Castilla una especie de queja ó denuncia en que se ponderaba cuán impropias de su estado eran aquellas habituales faenas de Tirso y se pedía que el Consejo recomendase á los superiores que recluyesen ó desterrasen al escandaloso fraile, prohibiéndole además componer otra comedia alguna (2).

Efectivamente, debieron de hacérsele indicaciones que Tirso tomaría quizás como ofensas, ocasionándose de todo un drama monacal del que no tenemos completas noticias, pero sí del resultado, que fué la salida de Tirso de Madrid, contra toda su voluntad; la formación de un proceso ó expediente (como hoy se diría) con caracteres de verdadera persecución, según la califica el propio interesado:

«*Tempestades y persecuciones invidiosas procuraron malograr los honestos recreos de sus ocios; y yo sé de alguna borrasca que, á no tener á V. S. por San Telmo, diera con él á pique.*»

Estas notables palabras van dirigidas por el mismo Téllez, bajo el nombre de su sobrino, á un noble caballero milanés, llamado Julio Monti, á quien dedica la *Tercera parte* de sus comedias. La condición de italiano del Mecenas parece indicar que en corte de Roma sería donde Monti prestaría sus favores al atribulado poeta cómico (3).

---

(1) *Deleitar aprovechando*, edición de 1635, folios 197, 209, 213 y 214.

(2) En el Archivo Histórico Nacional existe la noticia de esta querella, según me la ha comunicado mi erudito amigo y compañero D. Cristóbal Pérez Pastor. La noticia es aislada, faltando el expediente que debió de seguir á la denuncia.

(3) Quizá fuese pariente de César Monti, Patriarca de Antioquía y Nuncio en Madrid por los años 1630 á 1634.

Consecuencia de los sinsabores que esta contrariedad le produjo fué la resolución adoptada por TÉLLEZ de no escribir más para la escena. Persistió en ella durante diez años, según afirma en dos lugares de la misma *Tercera parte:* uno en el prólogo *A cualquiera;* al decir, siempre por boca de su postizo sobrino, que «en fe de la buena fama que adquirió (el autor) se ha echado á dormir no menos tiempo que el de diez años, escarmentado de trampas y mohatras»; y otro en la referida dedicatoria: «Dos lustros han corrido en que ni importunaciones de interesados ni preceptos acreedores han podido obligar sus sales á que reiteren sazones del teatro» (1).

Como esto se escribía en 1634, las fechas no convienen más que aproximadamente, por cuanto sabemos que en 1625 y en 1626 compuso algunas comedias (2). De todas suertes bien ganado se tenía el descanso nuestro poeta. *Más de cuatrocientas comedias* llevaba compuestas en veinte años, según él propio asegura (3), cuando renunció á seguir recogiendo laureles en el teatro. Y si se tiene en cuenta el viaje á Santo Domingo, en que emplearía acaso dos, otros viajes de uno en otro convento, enfermedades y ocupaciones, tal vez no será aventurado suponer que corresponden unas 25 piezas dramáticas á cada año. Y todas se representaron; porque el insaciable apetito del público devoraba todo lo que ofrecían poetas tan fecundos como TIRSO y Lope de Vega, que, como es bien sabido escribió, y vió representar ú oyó que lo habían sido *mil ochocientas*, es decir, más que en su época produjeron los teatros inglés, francés é italiano reunidos.

VIII

Salida de TIRSO *para Salamanca.—Es nombrado Comendador del convento de Trujillo.—Publica la* Primera parte *de sus comedias* (1626-1627).

Antes de Mayo de 1626 se hallaba ya TIRSO en Salamanca, probablemente desterrado; pues en dicho mes y año se reunió en Guadalajara un capítulo provincial de su

(1) Véase más adelante la bibliografía dramática de TIRSO: Prólogo y Dedicatoria de la *Tercera parte* de las Comedias.

(2) Según veremos en el *Catálogo dramático razonado* de TIRSO, las comedias *Habladme en entrando, No hay peor sordo...* se escribieron en 1625, en que los ingleses acometieron la ciudad de Cádiz, como se ve por diversos pasajes de ellas alusivos á dicho suceso; y al mismo año pertenece también la bellísima *Desde Toledo á Madrid*, pues en 1625 se rindió á nuestras armas la plaza de Breda, á cuyo suceso hace bastantes referencias. La titulada *La Huerta de Juan Fernández* se compuso en 1626, pues en las escenas v y vi del acto II, hay dos cartas fechadas á 29 de Marzo y 14 de Abril de 1626, y en el acto III, escena II, se alude á la inundación de Sevilla, por desbordamiento del Guadalquivir, ocurrida el 25 de Enero del mismo año. Después no se conoce fecha cierta de ninguna comedia hasta 1638 en que terminó en Madrid la de *Las Quinas de Portugal.* De modo que sólo ocho años llevaba TIRSO en 1634 de abandono en el cultivo del drama. Es probable que luego no volviese escribir otra alguna hasta la de 1638, y ninguna, de seguro, después.

(3) «Gusano es su autor de seda: de su misma substancia ha labrado la numerosa cantidad de telas con que cuatrocientas *y más* comedias vistieron *por veinte años* á sus profesores, sin desnudar, corneja, ajenos asuntos ni disfrazar pensamientos adoptivos.» (Dedicatoria de la *Tercera parte.)* Si, como hemos concluído, en vista de otros datos, no empezó TIRSO á escribir para el teatro hasta 1606 y cesó en 1626 como queda demostrado en la nota anterior, resultan exactamente los veinte años de actividad productora que acaba de apuntar. El mismo resultado se obtiene con las palabras del prólogo de los *Cigarrales*, escrito entre 1620 y 1621, donde asegura llevar compuestas 300 comedias en los *catorce años* antecedentes.

Orden, presidido por el saliente Fr. Gaspar Prieto, en cuyo puesto le sucedió Fr. Blas de Tineo, y entre los mercenarios que concurrieron al capítulo y tuvieron voto se cuenta á FR. GABRIEL TÉLLEZ, á quien designa el cronista Fr. Felipe Colombo con el aditamento de *«Redentor de Salamanca»* (1).

Quizá para endulzar la amargura de la anterior persecución, se nombró á TIRSO Comendador del convento de Trujillo, adonde, terminado el capítulo, se marcharía á residir. Y entonces y allí le conocería D. Fernando de Vera y Mendoza y para adornarle con su nueva dignidad, retocaría, en esta parte, su *Panegírico* ya citado. La fecha del nombramiento consta en el P. Colombo. De todas suertes la designación de TIRSO para Trujillo era una especie de destierro, del que se apresuró á salir cuanto antes. Y ya que no podía componer nuevas comedias (y eso que pudiera presumirse que en esta época pergeñó la trilogia de los *Pizarros*, naturales de Trujillo), se dedicó á reunir algunas de las viejas para darlas á la estampa, como lo hizo, imprimiendo su *Primera parte* dos veces al mismo tiempo ó en el mismo año, 1627, una en Madrid, según toda probabilidad, y otra en Sevilla (2).

---

(1) También el Sr. Serrano (*Artículos* citados) aportó á la biografía de TIRSO todos los datos contenidos en la fragmentaria é inédita *Historia general de la Merced*, que se conserva en nuestra Biblioteca Nacional. El P. Felipe Colombo nació en Guadalajara en 1624, entró en la Orden de la Merced en 1641 y murió en 20 de Octubre de 1684, siendo Comendador del convento de Guadalajara. Escribió sermones y vidas de Santos. (Véase Catalina García: *Escritores de Guadalajara*, pág. 84.) Desempeñó además el cargo de Cronista de su Orden y gozó fama de buen predicador.

En los fragmentos de su *Historia* trata diversas veces de TÉLLEZ, como iremos viendo, y sus noticias son ciertamente preciosas, porque se refieren á épocas poco conocidas de la vida de nuestro gran Mercenario.

(2) 1.ª EDICIÓN. Nos dijo TIRSO en sus *Cigarrales* que en 1621 tenía dadas á la imprenta doce comedias que habían de ser *Primera parte* de las suyas. Ignoramos por qué la impresión no se hizo por entonces. Debió de salir, al fin, á luz en Madrid en 1627, según se deduce del privilegio, tasa y erratas de la edición de Valencia de 1631, que luego describiremos. El Conde de Schack, en su *Historia de literatura y arte dramático de España*, tomo III, pág. 391 de la traducción castellana (Madrid, 1887), cita un ejemplar de esta impresión madrileña que dice le facilitó el librero de París Mr. Ternaux Compans; pero no da de ella más señas ciertas que el tamaño. La fecha es muy dudosa por las siguientes razones: 1.ª, estaría en la portada, y el Conde no copia ésta ó la copia equivocadamente; 2.ª, no da los títulos de las doce comedias que el tomo debía de contener, sino de once, faltando la última, lo cual prueba que el ejemplar que tuvo á la vista no tenía principio ni fin, y 3.ª, el Conde no manifiesta haber conocido *de visu* la reimpresión de 1631, pues de lo contrario hubiera establecido las diferencias entre una y otra. Lo que, al parecer, vió únicamente fué un ejemplar falto de la edición de Valencia de 1631, ó sea la tercera.

2.ª EDICIÓN. *Doce comedias nuevas del Maestro Tirso de Molina. A D. Alonso de Paz, Regidor de la ciudad de Salamanca. Primera parte.* Sevilla, Francisco de Lyra, á costa de Manuel de Sandi, mercader de libros, 1627.—4.º, 2 h. prels. y 296 foliadas (por errata dice 300). Esta edición carece de más preliminares que la *dedicatoria* y los *títulos* de las comedias que contiene, y se hallan en la hoja siguiente á la de la portada.

Comprende las siguientes:

Palabras y plumas.
El pretendiente al revés.
El árbol del mejor fruto.
La villana de Vallecas.
El melancólico.
El mayor desengaño.
El castigo del pensé que.
Segunda parte del pensé que, que es Quien calla otorga.
La gallega Mari-Hernández.
Tanto es lo de más como lo de menos.
La celosa de sí misma.
Amar por razón de estado.

(SALVÁ: *Catálogo* de su Biblioteca, I, 522.—Du-

La edición madrileña nos es, por hoy, sólo conocida por la reimpresión de Valencia de 1631; la de Sevilla ofrece de particular el estar dedicada por TIRSO á un don Alonso de Paz, Regidor de la ciudad de Salamanca, siendo así que había dirigido al parecer la de Madrid (que comprende las mismas comedias) á su amigo el Dr. Juan Pérez de Montalbán. Y sin embargo, TÉLLEZ censuraba á los que dedicaban en particular cada pieza á diferente sujeto; lo cual es ciertamente distinto que dedicar una misma obra á diversas personas.

El tal Regidor de Salamanca debía de ser amistad nueva, adquirida por TIRSO en Salamanca en 1625 ó 1626 cuando allá le enviaron. Termina su dedicatoria, que suscribe con el nombre de *El Maestro Molina*, con este párrafo: «Todas estas doce (comedias) salen á su nombre seguras, ó á lo menos ejercitadas al sufrimiento; pues habiendo pasado libres por los infortunios del teatro, maliciado ya de envidia y ya maliciado por la ignorancia, como soldados viejos gozarán la plaza muerta del sosiego y *paz* que les promete *el nombre* y agrado de V. md.»

De las doce comedias de esta *Primera parte* imprimió D. Juan Eugenio Hartzenbusch ocho y en el presente tomo van las otras cuatro, todas excelentes, excepto *El arbol del mejor fruto*, que nos parece más endeble. *El Melancólico* es superior á *Esto si que es negociar*, su refundición, en cuanto á que el carácter está mejor descrito y sostenido; pero no está tan graciosamente dialogada. *El mayor desengaño*, drama imponente, puede en ciertos respectos parangonarse con *El condenado por desconfiado*, cuya antítesis extremada viene á ser. Si Paulo se condena por demasiado desconfiado, á Dión le sucede lo propio por su excesiva soberbia y desprecio de la omnipotencia y misericordia divinas. *Tanto es lo de más como lo de menos*, en que están refundidas, con grande acierto, las dos historias sagradas del *Hijo pródigo* y del *Rico avariento*, es un drama igualmente bueno, salvo algunos defectos de pormenor, y se sabe que siempre ha hecho buen efecto en las tablas: en el siglo XVIII se representó mucho.

---

rán y Barrera citan otro ejemplar existente en la Bib. imperial de Viena.)

TERCERA EDICIÓN. *Doze* | *comedias* | *nuevas del* | *Maestro Tirso* | *de Molina.* | *Al Dotor Ivan Perez de Mon* | *talvan, natural de Madrid.* | *Año* (Escudo.) *1631.* | *Con privilegio.* | *En Valencia en casa de Pedro Patricio Mey.*—4.°, 2 h. prels. y 300 foliadas.

«*Suma del privilegio:* Tiene privilegio del Rey nuestro Señor el Maestro Tirso de Molina para imprimir estas doze Comedias suyas. Despachado en el Oficio de Diego González de Villaroel. Su fecha en 12 de Marzo de 1626.»

Tasa: á 4 mrs. pliego y tiene 74 y medio. En Madrid á 20 de Noviembre de 1626.

Erratas: Madrid 12 de Noviembre de 1626. El Licenciado Murcia de la Llana dice que corresponde con su original.

«*Al doctor Juan Perez de Montalvan.*

»Por ser estas doze Comedias de un tan aficionado de v. m. me atrevo á que salgan á luz debaxo de su amparo. Reciba este pequeño agradecimiento de un amigo que le desea mucha salud y aumentos en su persona, cuya vida prospere el cielo.—Amigo de v. m.»

«Títulos de las doze comedias.» Son las mismas doce de la edición sevillana y por el mismo orden.

Es muy singular que esta impresión, hecha en Valencia, traiga una fe de erratas suscrita en Madrid cinco años antes. Nótese también que no lleva ninguna de las *Aprobaciones* que debía. Todo esto demuestra la existencia de una edición anterior, correspondiente á dichos documentos, ó sea la de Madrid, 1627.

IX

Tirso de nuevo en Salamanca.—Fiestas en honor de San Pedro Nolasco (1629).

En 1629, celebró la Religión de la Merced, en honra de su fundador San Pedro Nolasco, solemnísimas fiestas en diversos lugares de España, especialmente en Madrid. Fué historiador de estas últimas el Cronista general de la Orden y autor dramático Fray Alonso Remón, quien reunió en su libro todo lo que se acostumbraba en semejantes casos: relación de los sermones, justas poéticas, representaciones, etc. Lleva además un gran número de composiciones poéticas de mercenarios y otros que no lo eran, pero ninguna de Tirso, á quien no nombra ni una sola vez en todo el libro (1). Prueba evidente de que no estaba en Madrid. Tampoco continuaba en Trujillo; porque en el mismo año se congregó en Guadalajara un Capítulo provincial, en el que fué nombrado Comendador de aquel convento el P. Velázquez (2). Acreditan, pues, que se hallaba en Salamanca, aunque no lo dice claramente, las palabras contenidas en su ya mencionada obra *Deleitar aprovechando*, cuando trata de «la Justa literaria (Palestra de Apolo la intitularon) que á la canonización de sus dos primeros héroes el fundador y patriarca de esta cándida milicia San Pedro Nolasco, y su primogénito en la gracia San Ramón Nonnat, ó no nacido, celebró la mayor Atenas y católico Parnaso, Salamanca; cuya liberalidad en los gastos, en el lucimiento, en la devoción, en la calidad y en el concurso, si no excedió pródiga á la que la Corte dedicó, *el mismo año*, al divino patriarca, compitióla á lo menos en lo obstentativo y no sé si mereció primer lugar en lo aliñoso. Una de las acciones tan aplaudidas de ella fué el desafío poético en que plumas águilas volaron tan sublimes que las perdió de vista la envidia emuladora; pero ¿qué maravilla, si eran sus plumas las de Salamanca?»

Tirso concurrió á todos los certámenes de esta justa, escribiendo veintiún composiciones poéticas diferentes y llevando el premio en algunas. Siguiendo el método iniciado en la justa de Santo Domingo en 1615 y continuado en otra celebrada en Toledo, con ocasión de la canonización de San Francisco de Borja, presentó duplicados versos para cada tema: uno en serio y otro en estilo rústico y gracioso (como si dijéramos el galán y el lacayo de sus comedias); sólo que aquí cambió su nombre serrano de Paracuellos de Cabañas por el de Gil Berrugo de Texares, sayagués. Así compuso dobles una canción real, una glosa, unas décimas, otra canción de arte menor (de esta clase tres), un romance endecasílabo, unas octavas, dos clases de sonetos, un madrigal

(1) *Las fiestas solemnes y grandiosas que hizo la Sagrada Religión de Nuesra Señora de la Merced, en este su convento de Madrid, á su glorioso Patriarca y primero fundador San Pedro Nolasco este año de 1629. Por el P. Maestro Fray Alonso Remón, Madrid, Imprenta de Reyno, M.DC.XXX.* 4.°, 129 páginas en todo; 15 de preliminares.

(2) Serrano: *Nuevos datos*, pág. 73.

y unos sáficos. Algunas de estas composiciones, sobre todo las de gusto popular, nos parecen buenas. Todas las incluyó en *Deleitar aprovechando* (1).

Si Tirso no estuvo en Madrid en el referido año de 1629, no creemos pueda ser autor de cierta rarísima *Relación* en prosa de las fiestas que en la Corte se hicieron á la entrada, en el mes de Octubre, del Príncipe de Guástala, Embajador del Rey de Hungría, para acompañar á la Infanta D.ª María, hermana de Felipe IV, ya casada por poderes con el futuro Emperador Fernando de Austria, y una *Loa* en verso al nacimiento del Príncipe de Asturias Baltasar Carlos (2). El autor declara haber visto

(1) Madrid, 1835; folios 318 y siguientes.

(2) El único ejemplar conocido de este opúsculo hállase en la biblioteca de la Real Academia Española y se titula: *Breve Suma, y Relación de Las grandiosas fiestas que en la Corte se hizieron á la entrada del señor Príncipe de Guastala, Embaxador de su Majestad el señor Rey de Vngría. Con una Loa al nacimiento del Príncipe de España. Compuesto por Grabiel* (sic) *Tellez. Impresa en Segovia por Gerónimo Murillo. Año 1629.* 8.º, 4 hojas.

Y para que se vea que no puede adjudicarse al autor del *D. Gil*, la copiaremos íntegra.

«Por no cansar al lector no escribo Prólogo largo, sólo verdad infalible; la cual, vista por los ojos, es todo al pie de la letra, deseando mi corto ingenio dar vuelo á mi torpe pluma. Y es cierto que el Excmo. Señor Príncipe de Guastala, Embajador por la Majestad Cesárea y Rey de Hungría, entró en Madrid, miércoles á 3 de Octubre. Fué recebido con la grandeza y aplauso como la ostentación requiere á semejante persona, con justa razón. Le acompañaban cincuenta caballeros de su tierra con vestidos tan costosos y galas admirables; á caballo el Sr. Embajador con tanta gala y bizarría, que invidiaba el sol, dándole todos mil parabienes. Llevaba 24 pajes suyos y 12 lacayos con librea de terciopelo negro con guarnición de oro: delante 36 acémilas con las armas imperiales. Salió á recebirle la grandeza de España y caballería á San Jerónimo con tanta gala y bizarría que parecia Madrid otras Indias, con muchas libreas diferentes y variedad de plumas de muchos colores. Entre el bullicio y grandeza llegaron los señores Duque de Medina de las Torres y el Sr. Condestable á un mismo tiempo y se saludaron las cortesias debidas y lo mesmo hicieron los demás señores que en el acompañamiento se hallaron. El Embajador y Príncipe iba en un caballo brioso en medio de dos grandes señores: el Duque de Medinaceli y el Condestable. La carroza del Sr. Príncipe Embajador detrás; y es tan bizarra, que es de terciopelo carmesí, bordada de oro con clavazón de plata sobredorada, y en los remates águilas, armas imperiales; con cuatro caballos lozanos; dos cocheros, con la misma librea. Luego seguía la carroza del Sr. Condestable, bizarra y tan bella sin comparación. Seguían otras carrozas y muchos coches que no lo digo por no cansar al letor. El Sr. Duque de Medina Coeli llevaba los pajes y lacayos con libreas de terciopelo negro, guarnecido de lama de plata y plumas blancas, muy bizarra en extremo. Por ser tantas las libreas que han salido, no me alargo á escribirlas; que sería menester un libro muy grande.

»Con la ostentación referida dieron vuelta por palacio y Platería y Plaza Mayor, hasta la calle de las Carretas, donde se hospedó su Excia. en casa del Marqués de la Pio[v]era.

»El día de San Francisco, á 4, después de mediodía, á las tres, con el mismo acopañamiento que entró su Excia. el Sr. Embajador fué á besar á sus majestades las manos y á la Sra. Infanta de España y reino de Hungría.

»Las joyas que trujo el Sr. Príncipe de Guastala para presentar á la Sra. Reina de Hungría son de tanta estima y valor, que pasan de más de 600.000 ducados.

»La noche que besó á los Sres. Reyes la mano hubo una máscara famosa, en la cual entró el Sr. Príncipe D. Carlos y, á su lado, el Sr. Conde-Duque: los demás grandes y señores le acompañaban todos con hachas blancas encendidas, en las manos, en la máscara y fiesta. Eran tantas las luces de palacio, plazas y calles que, desde lejos, parecía Madrid que se ardía en fuego. Dióse fin á las fiestas á las doce; las cuales fueron muy grandiosas.

LOA DEL NACIMIENTO

Alégrese toda España,
Flandes, Milán y las Indias;
también se alegre Lisboa
con Saboya y con Sicilia,
porque la reina Isabel,
después de los nueve días
que anduvo las estaciones,
tuvo parto de alegría.
A diecisiete de Octubre,
víspera de Evangelista,
á las seis de la mañana,
cuando ya Febo salía,
el Príncipe soberano,
hijo del Rey de Castilla,
regocijó toda España
y á todos los presos dicha.
Luego la siguiente noche,
por plazas, calles y esquinas
parecía Madrid cielo,
luces, música, armonías.
Duques, marqueses, señores,
repartidos en cuadrillas,
dos á dos, hubo carrera,
galán el que más podía.
Clarines y sacabuches,
trompetas y chirimías
repartiéronse por plazas,
donde las fiestas se hacían.
Era la corte otra Troya
por el gran fuego que ardía,
luminarias y cohetes,
mosquetes y artillería.
Los relojes y campanas
sueltas, tañen y repican,

«por los ojos» lo que describe con gran brevedad, y la *loa*, también corta, más bien parece romance para cantar los ciegos por las calles de Segovia, donde una y otra fueron impresas, dándoles por padre á un tal *Gabriel Téllez*, tal vez segoviano, que vino á las fiestas referidas.

Nada hay en el estilo de la *Relación* ni de la *loa* que recuerde el de nuestro mercenario; y sólo la casualidad del nombre hizo que, aparte de su gran rareza, mereciese los honores de una reimpresión elegante (1).

X

Tirso *vuelve á Toledo.—Termina la composición de su* Deleitar aprovechando.—*Examen de este libro* (1630-1632).

Probablemente en 1630 (2) pudo Téllez volver á Toledo, donde se hallaba á principios de 1631. Allí consagró un año entero á la composición de una obra que concluía á 26 de Febrero de 1632, para la cual solicitaba licencia de impresión tres meses después; pero que no salía definitivamente á luz hasta tres años más tarde.

Titulóla *Deleitar aprovechando* (3), para dar á entender que la enseñanza que el libro encerraba iba expuesta en amena forma, á fin de que más fácilmente y con mayor gusto pudiera ser recogida.

que al eco de tanto ruido
mudos y sordos oían.
Unos buscaban sus capas,
mujeres sus mantellinas,
otras sus chapines buscan,
cayéndose de ir á prisa.
Segunda noche, del jueves,
por la orden de la Villa,
hubo máscara famosa
de una tramoya exquisita.
Nueve naciones diferentes *(sic)*.
cada una con su insignia,
figuras de gran manera
provocando á todos risa.
Arpas, laúdes, vihuelas,
bandurrias, guitarras, citaras,
violines y sonajas,
cascabeles, campanillas.
Iban cantando seis voces,
cuatro galanes, dos ninfas,
y otros tocaban adufes;
toda pandorga cumplida.
No es justo quede en silencio
lo que pasó el primer dia
cuando nació el gran monarca,
es bien que se sepa y diga.
Hubo abierta puerta franca
á todos los que querian
besar la mano á su rey
prudente en sabiduría.
Miércoles, jueves y viernes
volvieron las noches días:
hachas, faroles y luces
casi la luz del sol privan.
Por el feliz parto alegre
los presos cantan y gritan,
que han de gozar del indulto
remedio de sus desdichas.
A veintiuno del dicho
cuatro comedias altivas
en público representan
por sus puestos repartidas.
A las cuatro de la tarde,
domingo en el mismo dia,
salió el Rey, nuestro Señor,
á ver la imagen divina
de Atocha, á quien va á dar gracias
por las mercedes cumplidas,
con tanto acompañamiento,
toda grandeza excesiva,
desde Atocha hasta palacio
hubo colgaduras ricas.
Previénense grandes fiestas;
mi pluma y lengua se aliña
para decir lo demás
á los que aguardan que escriba.

Tirso no pudo escribir las sandeces y vulgaridades que hay en estos versos.

(1) Hízola en 1896 el Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros, en Sevilla, por E. Rasco (16.°, 17 páginas), tirando sólo cincuenta ejemplares y obsequiándome con el número 2.

(2) En dicho año imprimió en Madrid, un *Acto de contrición*, en verso y en folio, según afirman el P. Harda y Alvarez Baena.

(3) 1.ª edición. *Deleytar* | *aprovechando.* | *Por el Maestro* | *Tirso de Molina* | *A* | *Don Lvis Fernandez de Cordova,* | *y Arze, Señor de la villa de Carpio, Caballero* | *del habito de Santiago, y Veyntiquatro* | *de Cordova.* | *Año* (Escudo con una Flor de lis.) *1635.* | *Con Privilegio* | *En Ma-*

Tan contento quedó de su trabajo, que no dudó en afirmar que siendo el quinto en el número de los hijos de su talento, era el mayorazgo en el amor que le tenía; y, al fin de él, ofrece una segunda parte, que de seguro no llegó á escribir.

---

drid, En la Imprenta Real. | *A costa de Domingo Gonçález, Mercader de Libros.*—4.°, 8 h. prels. y 332 foliadas. *Al fin:* «En Madrid, | En la Imprenta Real. | Año M.DC.XXXV.—A la conclusión del texto lleva una protesta sometiéndose á la corrección de la Iglesia, y la fecha: «En Toledo á 26 de Febrero de 1632 años.», que, al parecer, fué cuando lo terminó.

«*Suma del Privilegio:* Los señores del Consejo dieron privilegio al padre Maestro fray Gabriel Téllez de la Orden de nuestra Señora de la Merced por tiempo de diez años para poder imprimir este libro, intitulado *Deleytar Aprouechando*, firmado de su Magestad, y despachado en el Oficio de Marcos de Prado, escribano de Cámara. Dado en Madrid á seis días del mes de Agosto del año 1634.

»*Fe de Erratas*: Este libro intitulado *Deleytar Aprouechando*, está bien y fielmente impreso con su original. Dada en Madrid á 28 de Junio de 635. El Licenc.° Murcia de la Llana.

»*Suma de la Tassa*: Los señores del Consejo tasaron este libro intitulado *Deleytar Aprouechando*, compuesto por el padre Maestro fray Gabriel Téllez, á cuatro maravedís y medio cada pliego, y tiene ochenta y seis pliegos, que al dicho precio monta trecientos y ochenta y siete maravedís en que se ha de vender. Dada en Madrid á 5 de Julio de 1635. Despachado en el Oficio de Marcos de Prado y Velasco.

»*Licencia de la Orden:* Tiene licencia el padre Presentado fray Gabriel Téllez, Coronista General de todo el Orden de nuestra Señora de las Mercedes, Redención de cautivos, por nuestro muy Reverendo padre Maestro fray Pedro Merino, catedrático en propiedad de Salamanca y Provincial de Castilla de la dicha Orden, para presentar al Real Consejo un libro intitulado *Deleytar aprovechando*, después de haberle visto por su mandado religiosos de la Orden, graves y doctos que le aprobaron, de que yo el infrascrito Secretario de dicha Provincia doy fe. Su fecha en nuestro convento de Madrid á 24 de Mayo de 632. El Presentado fray Gabriel Adarço de Santander, Secretario.

»*Aprobación del Maestro Josef de Valdivielso*, Capellán de honor del Serenísimo Infante Cardenal: Este libro (cuyo título es *Deleytar Aprouechando*, y su autor el reverendo padre Maestro fray Gabriel Téllez, Difinidor desta Provincia y Coronista de todo el Orden de nuestra Señora de la Merced) merece la licencia que suplica, por ser todo devoto, sutil y entretenido, sin que en él haya proposición que no sea conforme á la sana doctrina de nuestra fé, reformación de costumbres y digna de las letras y ingenio de su autor, con que el señor Vicario General en esta Corte (que me le cometió) podrá seguramente dar su licencia en lo que le toca, etc. Madrid y Abril 8 de 1634, El Maestro José de Valdivielso.

»*Aprobación del padre fray Gerónimo de la Cruz, Lector de Teología Moral en el Real Monasterio de San Gerónimo de Madrid*: Con provecho mío he deleitádome en este libro (que ajustadamente cumple con el mesmo título, y V. Alteza me ha mandado censurar) y sólo para su alabanza (porque la comisión que se me ha dado no sufre panegíricos) diré lo que Gregorio Presbítero del grande Nacianzeno, cuando en su edad postrera poetizó contra los vicios que introdujo el apóstata Iuliano... Entiéndalo el gramático y pregúnteselo el romancista, perdonando lo prolijo de la autoridad, por lo proporcionado al sujeto, que merece por todos cuatro costados la licencia que á V. Alteza pide, sin perjuicio de la fé y costumbres, antes para reformación destas y confirmación de la otra, etc. En San Gerónimo el Real desta Corte á 22 de Junio de 1634.—Fr. Gerónimo de la Cruz.

»*A Don Luis Fernández de Córdoba y Arze, Señor de la villa del Carpio, Caballero del Hábito de Santiago, Presidente, Gobernador y Capitán General (que fué) de las provincias de Chile, Veinteicuatro de la ciudad de Córdoba, etc.*

»Desde el día primero que en casa de V. S. comenzaron sus agrados á favorecerme, deseé pagar réditos, siquiera dellos, hipotecándoles lo mejor de mi caudal (que de tan desvalido dueño, es fuerza que lo sean los retornos). En mi estimación ningún estudio mío con más derecho merece mis mejoras que este libro, hijo de mi talento corto, el quinto en número, pero el mayorazgo en el amor que le he cobrado. Costóme un año entero de desvelos, sin divertir la pluma á otros en que la inclinación me ejecutaba. Enamoróme la elocuencia histórica que San Basilio, obispo de Seleucia, escribió en griego de la ínclita Virgen y triunfadora mártir santa Tecla, y llegó á mis manos ya latina. Recreábanme los entretejidos sucesos, los acertados descaminos, y las derrotas misteriosas por donde el cielo guió al sacrosanto pontífice Clemente á sus padres y hermanos, para que héroes todos de la primitiva Iglesia, aquél fuese en la Monarquía Apostólica

Es obra de igual trabazón y contextura que los *Cigarrales de Toledo,* si bien los elementos que entran á formarla son completamente distintos. En vez de cuentos ale-

---

el segundo Vice Cristo (conforme la disposición de su glorioso Maestro. Pescador. Clavero. aunque el cuarto según el nombramiento de su cónclave), y los otros admiración de Asia, blasón de Europa, confusión de la fortuna, blanco de las adversidades, juego de las contingencias y triunfo de la virtud y la constancia. Enseñoreábanse de mis afectos los rodeados atajos por donde la gracia guió para más lustre de nuestra Milicia Redentora los pasos del Bandolero mártir, gloria de Cataluña, ejecutoria de sus hijos y verdadera imitación del que pendiente de un madero convirtió las afrentas del patíbulo en blasones y sus asombros en deseos, lográndosele los que abrasaban á nuestro catalán triunfante, de manera que tres días, joyel de un árbol, pájaro celeste, iris del elemento diáfano, trofeo de la aurora Virgen y viva similitud de su hijo Dios difunto, quebró los bríos á la muerte, y alargó los plazos á la vida para confusión de bárbaros y admiración de fieles.

»Buscaba, pues, mi pluma alguna disposición nueva que la medrase crédito con tales tres asuntos: tal vez imaginaba fiarlos al teatro en otras tres comedias: pero apenas me las consultaba el pensamiento, cuando retrocediendo, él mismo me advertía cuán desganado el auditorio á todo lo sagrado amenazaba atrevimientos, ya envidiosos, ya ignorantes (si los unos de los otros se distinguen), lo contingente del aplauso, lo peligroso de las ostentaciones carpinteras y pintoras (adonde han dado en acogerse como á portería de convento, las penurias de las trazas y sentencias): la poca fe que ganan las verdades con los ensanches mentirosos, que en semejantes argumentos añaden las musas, pues no hay comedia de las desta especie en que no pongan más prodigios de su casa que encierra un *Flos Sanctorum* (como les venga á cuento á las tramoyas) sin que escrupulicen los poetas las censuras que el Concilio sacrosanto Tridentino fulmina contra los que fingen milagros nunca sucedidos. Y últimamente recelaba el saber por experiencia lo poco que permanece la memoria de los varones célebres que por este camino se manifiestan al concurso, pues la que más duración goza es en la corte quince días, y en los demás pueblos tres ó cuatro, quedando al tercer año sepultados sus cuadernos en los legajos cuando mucho de algún tratante papelista. Vidas de santos (me decía asimismo) sencillamente impresas, por más que las sazone lo admirable de sus casos, se llevan consigo lo fastidioso, que todo lo divino. Los títulos solos de los libros espirituales dan de suerte en cara, que ofrecerle á un mercader el privilegio de valde para que los fíe al molde, es sentenciarle en la pérdida del gasto y la impresión al destierro de las especerías ó cartones (tan insípida tiene la devoción nuestra tibieza). ¿Novelas? Eso sí, libros de comedias, aunque salgan los tomos de veinte en veinte, quimeras y aventuras, con todo género de divertimiento aseglarado, por lo nuevo apetitoso, por lo eslabonado suspensivo, y por lo satírico picante. Estos se compran, se buscan, y apetecen, sin que (aunque diversas veces se impriman) se pierdan los libreros ni los lectores se empalaguen.

»Pues buen remedio (proseguía mi discurso) doremos esta píldora: hagamos una miscelánea provechosa, y á imitación de la abeja (que con su artificio y las flores de los romerales saca un tercer mixto que, saludable y dulce, ni es totalmente tomillo, ni romero, ni del todo degenera de sus virtudes y sustancia). Novelemos á lo santo, y entre lo marañoso y entretejido de lo raro de sus vidas fabriquemos estos tres panales que, lisonjeando al apetito enfermo, comunique confitado lo medicinal de sus ejemplos.

»Si tanto se recrea el común gusto con lo peregrino de los cuentos, lo enmarañado de los amores, lo temerario de la valentía, lo ingenioso de las trazas y lo quimérico de las aventuras. Ni en cuanto el Bocacio, el Giraldo, el Bandelo, y otros escribieron en toscano, Eliodoro en griego, en portugués Fernán Méndez Pinto, Barclayo en Francia, los autores de los *Belianises, Febos, Primaleones, Dianas, Guzmanes de Alfarache, Gerardos* y *Persiles* en nuestro castellano, pueden compararse (puesto que todas son patrañas) con los sucesos portentosos, raros y verdaderos destos tres sujetos.

»Determinado en fin en el empleo destas resoluciones, gasté el año que digo en aliñarlas. La curiosidad registradora siempre que las fiscalice, manifestará si cumplí (cuando no con sus deseos) con los míos. Coteje la *Patrona de las musas* con lo que escribió en tres libros de la milagrosa santa Tecla su devotísimo obispo *seleuciense:* los *Triunfos de la verdad* con lo que en diez (que San Clemente dedica al primo de nuestro Dios el menor Santiago y intitula de las *Recogniciones*): *El Bandolero* nuestro con lo que las Crónicas de su Orden refieren del Armengol divino. Y atrévase la novela más bien quimerizada con las que la gracia celestial (sin comparación de más sutil ingenio) para utilidad nuestra, alabanza suya y

gres contiene leyendas piadosas; en lugar de comedias, van autos sacramentales, y en sustitución de fábulas mitológicas ó satíricas, versos devotos (aunque no todos), escritos por el P. TÉLLEZ en varios certámenes en honor de algunos santos.

Lo que más bien á él le parecía de su obra son tres novelas á lo divino que tienen por asunto: una, *La Patrona de las Musas*, la vida, en parte apócrifa, de Santa Tecla, según las *Actas* de la Santa, libro correspondiente á los orígenes del cristianismo; otra, *Los triunfos de la verdad*, tomados de otro antiquísimo libro ebionita titulado las *Clementinas* ó *Recogniciones*, historia también fabulosa del Papa San Clemente y su familia, pero limpia de todo resabio herético, y, por último, la vida tradicional de San Pedro Armengol, uno de los fundadores de la Orden á que TIRSO pertenecía.

De estas tres novelas, la primera es ciertamente muy inferior á las otras dos. La segunda tiene interés dramático y agrada la lectura de su primera parte. Pero sobre todas descuella *El Bandolero*. Es obra, á nuestro juicio, indebidamente postergada y mal entendida (1). No sólo está escrita con notable vigor de estilo, riquísimo vocabulario, giros y frases construídas con primor y buen gusto, sino que me parece un admirable ensayo de novela histórica á la moderna. TIRSO pinta los caracteres y las personas, hasta en su traje y modo de conducirse, con exactitud arqueológica, y describe con gran verdad y arte los lugares en la época en que viven sus personajes. De ello hay un notable ejemplo en la pintura de Barcelona y sus fiestas en el siglo XIII, y otro al referir la vida de un labrador catalán por el mismo tiempo. De seguro que si se publicara en forma menos amazacotada que está en *Deleitar aprovechando*, se suprimiesen el larguísimo poema de *Píramo y Tisbe* (1.654 versos) y algunos episodios

---

gloria de sus héroes, entretejió y dispuso: saldrá de la competencia con la ganancia que Midas contra Apolo, que Aragues contra Palas, y yo con el acierto por lo menos de habérselas dedicado á V. S. (a) ...Capellán de V. S.—El Presentado, FRAY GABRIEL TÉLLEZ.»

2.ª EDICIÓN.—*Deleytar aprovechando. Por el Maestro Tirso de Molina. A la Excelentissima señora D.ª Maria de los remedios y la Cueua, Condesa de Fuensalida, y Virreyna de Nauarra. Pliegos* (Escudo con una flor de lis.) *86 y medio. Con licencia: En Madrid: Por Iuan Garcia Infançon. Año de 1677. A costa de Mateo de la Bastida, Mercader de libros.*

4.º; 6 h. prels. y 337 foliadas: la última por errata dice 328. Al fin, en hoja suelta: «Con licencia en Madrid, En la Imprenta Real. Año M.DC.XXXV.»

Este colofón hizo creer á algunos que esta impresión era la misma que la primera con nuevos preliminares. Nada más incierto: todo es diferente: papel, tipo de letra, contenido de las planas, etc.; es una verdadera reimpresión.

Después de la dedicatoria, que ocupa hoja y media y va firmada por La Bastida, siguen: la licencia de la Orden; la aprobación del Maestro Valdivicso (*sic*), la del P. Cruz; Suma de la licencia (Madrid, 15 de Marzo de 1677); Erratas (Madrid 23 Julio 1677); Tasa (Madrid 14 Agosto 1677); prólogo *A cualquiera*; Tabla y Texto.

3.ª EDICIÓN. *Deleytar aprovechando. Por el famoso Tirso de Molina.» Madrid. Imprenta de Antonio Maria, 1765. de hallará en la Porteria del Convento de la Merced Calzada de esta corte.*

4.º, 2 vols.—Dedicatoria de TIRSO.—*Prólogo y noticia del autor de esta obra.* (Sin firma.)

Hicieron esta esmerada edición los Mercenarios del Convento de Madrid, limpia de las erratas de la segunda.

(a) Sigue trazando una extensa biografía del Mecenas.

(1) Don Eustaquio Fernández de Navarrete en su *Bosquejo histórico de la novela española* (*Biblioteca de Autores españoles*, tomo 33, pág. LXVI), trata con algún desdén estos ensayos novelescos de TÉLLEZ. En dicho tomo se incluyó también la novelita de *Los tres maridos burlados*.

y digresiones ajenas al asunto, produciría no poca sorpresa ver escrita en el siglo XVII una novela histórica por el estilo de las de Walter Scott.

Las demás obras, que no forman parte del libro, y sólo ocasionalmente están puestas allí, son tres autos sacramentales, titulados: *El Colmenero divino*, con *Letra* y *Loa; Los hermanos parecidos*, precedido de *Loa* y *Romance*, y *No le arriendo la ganancia*, también con *Letra* y *Loa*.

Los diálogos dramáticos y poéticos, uno entre *Simón el Mago y el Apóstol San Pedro*, y el otro entre *San Pedro, San Clemente, Nicetas y Aquila*, están intercalados en la novela de *Los triunfos de la verdad*, á la que pertenecen; y se conoce que el autor quiso dar alguna variedad á su narración interrumpiendo la forma prosaica. Tampoco son esenciales en este libro la mayor parte de las poesías líricas que lo esmaltan.

Ahora, siguiendo el método que hemos usado en la descripción de los *Cigarrales*, haremos una rápida excursión por él. Las razones que le movieron á componerlo y acerca de la forma que le dió están claramente expuestas por Tirso mismo en la interesante dedicatoria que hemos puesto en nota. Veamos cómo realizó su propósito.

Supone, pues, que en los tres días de Carnaval tres familias madrileñas se proponen festejarlo de un modo diferente que el común de las gentes, reuniéndose en lugares distintos para leer poesías de asunto serio, representar piezas devotas y referir historias no profanas, á imitación de ciertas festividades que en sus Colegios celebraban los Jesuítas.

Las reuniones habían de ser dobles cada día; esto es, mañana y tarde. Congregóse la primera el *Domingo por la mañana* en una quinta que, «á los ojos de la Corte», y no lejos «del enano Manzanares», poseía el que primero iba á leer la novela de *La Patrona de las Musas*. Intercala en ella la *Fábula de Mirra*, con pretexto de describir algunas fiestas paganas en Antioquía, patria de la Santa, cuya leyenda escribe. En el mismo día, *por la tarde*, se hizo la representación de *El colmenero divino*. Tirso describe el aparato escénico para ella, y añade que el auto fué «años ha aplaudido de ingenios y plumas, primero en la imperial Toledo, con honra y provecho de su *autor*, Pinedo, y satisfacción del poeta». Recitóse la loa y cantaron varios músicos unas endechas alusivas á la fiesta; y á renglón seguido incluye Tirso los versos que presentó en 1622 en los certámenes con que Toledo celebró la canonización de San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier. Son unos tercetos, un soneto, unas liras, una glosa, una canción real, redondillas, un madrigal, unas octavas reales y un romance. Es de advertir que estas poesías son dobles, pues, como ya hemos dicho, Tirso escribía una en serio y otra jocosa, «á lo rústico», en todos los certámenes. Su nombre pastoril era aquí *Paracuellos de Cabañas*.

La fiesta del día siguiente se celebró en «la nunca bastantemente ponderada huerta del curioso y apacible Juan Fernández, regidor benemérito desta corte», como Tirso dice, y de la cual hace el siguiente elogio en prosa, como antes lo había hecho en su comedia del mismo título:

«Su dueño cumplió, sin ser poeta, el precepto de Horacio, entretejiendo lo dulce con lo provechoso; porque en Madrid, ni más amena, vistosa y acomodada quinta (hay) ni de interés tanto y tan lícito. Lo primero, por la comodidad cercana, con que se ofrece á los ojos luego que se entra por la Puerta de Alcalá; presidente á las frescuras del Prado, que en ella tienen principio. Lo segundo, con el estipendio interesable y limpio de infinidad de lavanderas, que, ninfas en vellón, de sus pilas y fuentes son consejeras sin garnachas, pero no sin mantellinas de la junta de la pulicía, puesto que á costa de mazos que, con no pequeño detrimento de sábanas y camisas tienen las veces del jabón, que llevan por ceremonia..... No necesita la *cuadra*, para quien la ha visto, de que se la pinte, ni para los que no la han gozado será circunstancia forzosa el describírsela. Basta haber hecho el pensamiento á que esta casa de placer es la primera de la corte y el salón della el principal de sus aposentos.»

A continuación va la novela de San Clemente, con el título ya dicho de *Los triunfos de la verdad*, y el mismo *Lunes*, pero *por la tarde*, se representó con loa y letra musical el auto de *Los hermanos parecidos*, «no poco célebre (dice) años ha, entre los dos coros de la iglesia (catedral de Toledo). Representóle Tomás Fernández». Añade que en esta segunda representación (que al parecer fué real y efectiva) á los asistentes «los deleitó la notable similitud de los que representaron á los dos hermanos, pues, fuera de la uniformidad de los vestidos, en la edad los tales y casi las facciones los buscaron de suerte parecidos que no hicieron falta *los dos Valencianos, sus primeros recitantes*, cuya semejanza tantas veces tuvo confusa á la atención misma». Inserta luego Téllez los versos que compuso en América en 1615, en honor de la Virgen María, de los cuales hemos hablado antes.

El *Martes por la mañana* (pues así estableció el autor la división de su obra: por días) le tocó «á la generosa huerta del Duque, al Prado, facilitada ya la permisión de su alcaide», ser el teatro de la nueva fiesta. «Compusieron el desahogado salón (ya muchas veces teatro de fiestas Reales, quando la privanza de su difunto dueño divertía en él la más piadosa Majestad que gozó España), adornáronle de brocados y calzáronle de alfombras y cojines. Erigieron después en el curioso patio (donde tantas veces en espectáculo festivo desesperados brutos cedieron provocados las fuerzas y las vidas á la costumbre y temeridad de nuestra patria) un capaz y vistoso tablado.....» Leyóse luego la novela del *Bandolero*, que ocupó toda la mañana, y el *Martes por la tarde* se ejecutó el auto *No le arriendo la ganancia*, «no poco aplaudido años ha, en esta corte, representándole Pinedo, en presencia del pacífico Felipe, Tercero deste nombre». Terminado el auto imprime Téllez las poesías líricas con que en 1629 concurrió en Salamanca á los certámenes en honor de San Pedro Nolasco, fundador de la Merced, cuando su canonización, de cuyos versos hemos hablado.

Al fin vuelve á ofrecer «la segunda parte... si consigue este libro lo que en el título insinúa», y las últimas palabras son: «En Toledo á 26 de Febrero de 1632 años.»

XI

Elogia Tirso *á algunos autores.—Es nombrado Cronista y definidor de su Orden.—Publica la* Tercera parte *de sus comedias antes que la* segunda (1632-1634).

Recuerdo de sus amistosas relaciones adquiridas en Salamanca son dos poesías con que celebró en una de ellas y con el nombre de *El Maestro Tirso de Molina, don Fr. Gabriel Téllez*, cierto poema titulado *El Adonis*, compuesto en octavas por don Antonio del Castillo de Larzával, é impreso en Salamanca en 1632 (1). Este mancebo, natural de dicha ciudad, tenía tal disposición para la poesía, que á los veintiún años de edad, y en el término de un mes, escribió su obra; y estaba tan bien relacionado como demuestran otras composiciones poéticas en loor suyo, obra de Calderón, Mira de Amescua, D. Antonio de Mendoza, Villayzán, D.ª María de Zayas, etc.

Ensalzó además con otra décima cierta obra que, con el título de *Verdades para la vida cristiana, recopiladas de los Santos y graves autores* (2), dió á luz en Valladolid, en el referido año, el Dr. Jerónimo de Alcalá Yáñez y Ribera, famoso autor de la novela *Alonso, mozo de muchos amos*, más conocida con el título de *El Donado hablador*. Este célebre médico, que falleció en este mismo año en que Tirso le elogia, aunque natural y vecino de Segovia, debió de ser amistad granjeada en Salamanca, adonde iría con frecuencia el Dr. Alcalá y donde imprimió años antes su otra obrita: *Milagros de Nuestra Señora de la Fuencisla*. Nómbrase en el encabezado de dicha poesía al autor de ésta: «El Padre Fr. Gabriel Téllez, *Difinidor general de la Orden de Nuestra Señora de la Merced y Lector en Teología*».

No fueron estos los únicos elevados puestos que Tirso alcanzó en su Orden.

En el mes de Mayo de este año de 1632 fué nombrado *Cronista general* de la Merced; y se averigua de este modo. Eralo en 1629, como él mismo dice, Fray Alonso Remón, quien vivía aún á principios de 1632, como asegura Montalbán en su *Para*

(1) *En la Oficina de Jacinto Taberniel, impressor de la Universidad*, 4.º, 44 páginas. No he logrado ver este folleto de gran rareza y, por tanto, no puedo hablar de la poesía de Téllez. Cítalo Gallardo en su *Ensayo de una biblioteca de libros raros y curiosos*, tomo II.

(2) *En Valladolid por Jerónimo Murillo, 1632*, 4.º hs. prels. y 432 págs.

Entre las composiciones en verso dedicadas al autor, hay la décima siguiente:

«*El Padre Fray Gabriel Téllez, definidor general de la orden de nuestra Señora de la Merced, Lector de Theologia. Al Doctor Alcalá.*

Décima:

Busque en tu ciencia divina
aforismos la virtud,
pues das, si al cuerpo salud,
á las almas medicina.
Dos borlas á su doctrina
celestial y humana ofreces,
que en fee que el nombre mereces,
que honrando tu sangre está,
eres al fin Alcalá
que en todas ciencias floreces.»

todos, y había fallecido en 1633, según consta en la impresión que en este año se hizo del segundo tomo de su *Historia general de la Merced*. Si, pues, en 24 de Mayo de 1632 era ya Téllez *Cronista general*, como afirma su compañero Fray Gabriel de Adarzo en la licencia para imprimir el *Deleitar aprovechando*, y á principios de este año vivía su antecesor Remón, claro está que muy poco después había obtenido el nombramiento. Alvarez Baena dice que fué cronista de la provincia de Castilla; y en este caso habrá desempeñado este cargo particular ó limitado antes que el general (1).

Y en este repetido año de 1632, á 26 de Noviembre, fué Tirso elegido *Definidor de la provincia de Castilla*, según nos dice él mismo en el tomo segundo (folio 407 vuelto) de su *Historia* manuscrita de la Merced. Confírmalo igualmente el P. Colombo, refiriéndose al capítulo celebrado en Guadalajara en dichos mes y año bajo la presidencia del General Fray Diego Serrano, al cual asistió Tirso, y en que se nombraron igualmente los otros tres (2) Definidores de provincia. Equivocóse, pues, el Doctor Alcalá al suponer al Padre Téllez en esta fecha Definidor *general*. Más adelante alcanzó ciertamente esta dignidad, como expresa la inscripción de su retrato; pero al presente los Definidores generales, que eran dos, y que también se designaron en el Capítulo de Guadalajara, fueron otros.

En los años 1633 á 1635 no sabemos por dónde anduvo Tirso. Indicio de que estaría ausente de Madrid vemos en el hecho de publicar en 1634 la *Tercera parte* de sus comedias en Tortosa (3), ciudad que no pudo elegirse sin algún motivo especial.

---

(1) El P. Ribera, en su *Historia de la Merced* (pág. 266), coloca dos cronistas entre los PP. Remón y Téllez, fundándose en las fechas de sus obras, así para éstos como para los demás que desempeñaron aquel cargo, cuya lista, según él, es la siguiente:

1.° Dr. Fr. Gaspar de Torres, Catedrático de Salamanca: Provincial de Castilla: *Tratado de la fundación Mercenaria. Salamanca, 1565.*

2.° Fr. Francisco Zumel, Catedrático de Salamanca: *De initio et fundatione Ordinis Beatae Mariae de Mercede, 1588.*

3.° Fr. Felipe Guimerán: *Historia de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, 1591.*

4.° Fr. Alonso Remón: *Historia de la Merced* en 2 tomos en fol. *1618.*

5.° Fr. Bernardo de Vargas: *Chronica sacri et Militaris ordinis Beatae Mariae de Mercede, 1619.* 2 tomos.

6.° Fr. Juan Antillón: *Epítome cronológico de los Generales que ha tenido la Religión de la Merced, 1636.*

7.° Fr. Gabriel Téllez: *Crónica de la Merced. Madrid, 1639.*

8.° Fr. Marcos Salmerón: *Recuerdos históricos y políticos de la Merced desde su principio hasta 1646.*

9.° Fr. Damián Esteve: *Símbolo de la Concepción, 1676.*

10.° Fr. Felipe Colombo: *Vida de San Pedro Nolasco, 1676.*

Pero es evidente que Fr. Bernardo de Vargas y y Fr. Juan Antillón fueron anteriores á Fray Alonso Remón, pues está demostrado que Tirso sucedió á este último.

La fecha del nombramiento la confirma el mismo Téllez en su *Historia* (folio 399) al decir: «Señalóse por general coronista de la Orden al Presentado Fr. Gabriel Téllez, autor de esta Corónica.»

(2) Serrano: *Nuevos datos*, pág. 73.

(3) *Parte | tercera de | las comedias del | Maestro Tirso | de Molina. | Recogidas por D. Francisco Lv | cas de Auila, sobrino del Autor. | A D. Ivlio Monti, Cavallero Milanés.* | (Escudo.) *Año 1634.* | *Con licencia | Impresso en Tortosa, en la Imprenta de Francisco Martorell, año 1634. | A costa de Pedro Escuer, mercader de libros de Zaragoça.* | (Al fin:) *Impreso en Tortosa en la Imprenta de Francisco Martorell, año 1634.*

4.°; 4 h. prels. y 298 foliadas.

«*Titvlos de las comedias que van en este libro:*
Del enemigo el primer consejo.
No hay peor sordo...
La mejor espigadera.
Averígüelo Vargas.
La elección por la virtud.
Ventura te dé Dios, hijo.

Como además se da el caso extraordinario de haber salido á luz antes la *tercera* que la *segunda* parte de aquellas colecciones, de ahí el interés que nos inspira tal anomalía bibliográfica. Mucho hemos divagado todos para explicarla; hoy el fenómeno nos parece una simple errata de la portada.

Que el tomo iba para ser *segunda* y no *tercera* parte, es indudable. En el prólogo se dice terminantemente: «Si estuviera yo (señor cualquiera) tan olvidado del buen pasaje que Vmd. hizo á los *Cigarrales* y *Primera parte de comedias* del Maestro Tirso de Molina, mi tío, como lo están sus divertimientos de la promesa..... *no asegundara* yo riesgos nuevos,» etc. Es evidente, pues, que este tomo se quiso fuese segunda parte, y por eso, al año siguiente, al imprimir la que había de ser tercera, se enmendó el error cometido.

No es admisible, como pensó Salvá, que estando ambas colecciones á la vez en la imprenta salió antes la tercera en Tortosa porque el impresor tendría menos trabajo,

---

La prudencia en la mujer.
La venganza de Tamar.
La villana de la Sagra.
El amor y el amistad.
La fingida Arcadia.
La huerta de Juan Fernández.»

Aprobación del Doctor Francisco Peroy, Capiscol, Canónigo y Pabordre de Tortosa; Tortosa, 13 de Septiembre de 1633.—*Licencia*: 2 Octubre.

Aprobación del Abad de San Cucufate, Jerónimo Guerau: Barcelona, 21 de Diciembre de 1633.

Licencia del Canciller D. Francisco de Eril: Barcelona, 21 de Diciembre de 1633.

«*A Qualquiera:* Si estuviera yo (señor Qualquiera) tan olvidado del buen pasaje que Vm. hizo á los *Cigarrales* y *Primera parte de Comedias* del Maestro Tirso de Molina, mi Tío, como lo están sus divertimientos de la promesa que vinculó en su decendiente, no asegundara en nombre suyo (aunque sin su permisión) riesgos nuevos que examinen si aún dura aquella buena voluntad primera; ó á imitación de los trajes y tocados se han mudado con las calzas y cuellos los humores y pasándose á valonas y sotanillas, descontenta el Autor agora después de tan aplaudido; porque él, en fe de la buena fama que adquirió se ha echado á dormir no menos tiempo que el de diez años, escarmentado de trampas y mohatras. En sus trece se está todavía, sin querer tomar la paleta para segundo cabe, contento con el buen acierto del primero. Mas yo que sentido, como mozo, de que él por casi viejo dé en avariento y recate en las navetas de dos escritorios lo que antes despreciaba por los teatros, he querido hacer almoneda (heredero suyo en vida) de sus bienes. A la plaza salen (que ya no se usan baratillos) los que pude sisarle: lastimado de ver que muchos papeles de esta especie que se aplaudieron en los corrales en virtud de los que los recitaron, se silben después en silencio leídos; y no me espanto, que es muy diferente la novia en la Iglesia compuesta y en el tálamo casera.

»Apologetizara yo el abono del Maestro con estos que llaman encomios y panegíricos, si no temiera que me dijesen que como sobrino suyo alababa mis agujas; pero estándolo él tanto como pregonan aun sus mismos compatriotas (que la aprobación de éstos es la más calificada, pues por ella medramos: *salutem ex inimicis nostris)* y como manifiestan los extranjeros en Francia, Italia y los dos mundos, ocasionaría á que me diesen con Séneca en los ojos, que dice: *Ineptum panegyricum, quod provat lucem solis:* quiere decir (señor Romancista y dama señora) que es necio quien gasta argumentos en probar que el sol es luminoso.

»Por lo menos tengo unas buenas nuevas con que sazonarle; y son que saldrán con toda brevedad y diligencia las *Novelas* prometidas (no te digo el nombre porque no se me amotine alguno en profecía). Y tras ellas la *Segunda parte de los Cigarrales;* y en medio destos dos, con el apellido verdadero de mi Tío, otro que se bautizará con el de *Deleitar aprovechando.*

»Excuse Vm. averiguaciones sobre si de una y otra fábrica ha de ser el alarife mi tío el Maestro ó su sobrino; que cuando me arrojo á afirmar que entrambos, poniendo de su parte aquél cuadernos escondidos y olvidados y éste nuevas añadiduras, no será mentira que me ejecute en la restitución. Ello dirá; y como Vm. se entretenga con provecho del entretenedor, ¿quién le mete en la ligitimidad ó bastardía de los inquilinos que no pretenden canonicatos ni colegios?

»Agasaje ahora á este huésped (siquiera por serlo). que no ocupará la posada más de lo que

por cuanto en 1634, en que éste acabó su impresión, no había empezado aún la de la segunda parte, como se ve por la licencia para ella, fechada á 8 de Diciembre del mismo año. La estampación de esta nueva parte sólo duró tres meses, pues las erratas y tasa llevan las fechas de 26 y 27 de Marzo de 1635.

Son documentos de gran interés biográfico el prólogo y dedicatoria de este tomo tortosino, que íntegros van en la nota. Por primera vez aparece en ellos un sobrino de nuestro fraile, y tan autorizado, que se cree con derecho á enmendar sus obras.

Casi nadie cree hoy en la existencia de tal sobrino. El lenguaje puesto en su boca es el mismo que Tirso empleó en sus demás obras: igual el estilo algo artificioso y el tono zumbón que emplea aun para hablar de sucesos que debían serle poco agradables. Hasta las metáforas y giros son los usuales del *Maestro*. En *Deleitar aprovechando*, por ejemplo, había dicho: «con sólo los rudimentos de las ciencias, el gusano de seda saca de su sustancia misma telas prodigiosas que adornan alcázares.....» *(El*

Vm. quisiere; pues puede echarle fuera cuando se le antojare y dele Dios tan buena salud cual fuere la intención con que la leyere. *Amén.*»

(*Dedicatoria:*) «A D. Julio Monti, caballero milanés, único Patrón del Dueño deste libro.

»El hurto (digno sin duda de alabanza más que de vituperio) que como ladrón doméstico de mi tío, Autor destas doce comedias, hice el verano pasado fiándome sus originales, me parece quedará restituído con mejoras llevándosele á V. S.; porque me consta de su misma boca que es tan dueño de los aliños de su pluma, como de todas sus acciones. Advertí que muchas veces ponderaba las liberalidades de que á V. S. le es deudor, tanto más de estima cuanto el agrado y gusto con que las ejecuta se aventaja á la estrechez de muchos...

»Esto le escuché (el agradecimiento á Monti) muchas veces; y no pocas ocupado en el desempeño de sus deseos, sé yo que cumplirán estudios más considerables sus esperanzas.

»Entretanto, pues, que éstas se perficionan, aunque sé yo que ha de costarme no pocas reprehensiones, saco á volar sin su noticia, debajo de las alas de V. S. estas doce comedias... en cuya labor engañaba melancolías, los asuetos del tiempo más útilmente empleado, á que le llevaban inclinaciones de su juventud curiosa. No medianamente ha de sentir ver peregrinar de nuevo sus anagramas por tanto tribunal de censu adores, que aunque dichosos en esta parte los que andan en tantas manos con general aprobación de todos le aseguran de este recelo; había ya con las canas retirado las musas profanas al sagrado del arrepentimiento, mejorándolas de estilo y asuntos.

Dos lustros han corrido en que ni importunaciones de interesados, ni preceptos acreedores han podido obligar sus sales á que reiteren sazones del teatro. Jubiladas, pues, de él, atreve mi confianza las presentes á plaza más desahogada. Cúlpenme los escrupulosos á mí, mas no á su artífice: que las faltas que registraren los atentos, como no lo son en los borradores de donde las he trasladado, no deben correr por cuenta suya...

»Gusano es su autor de seda: de su misma sustancia ha labrado la numerosa cantidad de telas con que cuatrocientas y más Comedias vistieron por veinte años á sus profesores, sin desnudar, corneja, ajenos asuntos ni disfrazar pensamientos adoptivos.

»Tempestades y persecuciones invidiosas procuraron malograr los honestos recreos de sus ocios: y yo sé de alguna borrasca que á no tener á V. S. por Santelmo diera con él á pique.

»A todos les consta, *velint, nolint*, del caudal de su autor, de la apassibidad y propensión con que V. S. le defiende: dilatarme en lo uno y lo otro merecerá la respuesta de Agesilao al embajador prolijo, y me podrán decir: *Eus hospes re necessaria, in non necessaria uteris.*

»Sólo advierto á V. S. que no he seguido la opinión usada de los que agora imprimen, dándole á cada comedia su ayo (por no decir Mecenas), no tanto por ahorrarme de dedicatorias, que éstas son fáciles, á costa de un par de latines, cuanto por no defraudarle á V. S. lo mismo que le presento: que en las más novelas y farsas que he visto nuevamente estampadas, si cada padrino se lleva la que se le encomienda, vendrále á caber al patrón de todo el volumen no más que la hoja primera y el pergamino... Don Francisco Lucas de Avila.»

Brunet y el conde de Schack citan una reimpresión de esta *Tercera parte*, hecha en Madrid, 1652, 4.°

Bandolero, folio 214). Y este mismo símil emplea al final de la dedicatoria al caballero milanés Julio Monti, de quien se confiesa muy agradecido, como puede verse más abajo. Así, pues, todo lo que aparece dicho por el supuesto Francisco Lucas de Avila debe entenderse serlo por el propio TÉLLEZ, y así tienen grandísima importancia todos los preliminares de sus comedias.

De las comprendidas en el tomo de que venimos hablando siete pertenecen á la antigua colección de *Autores españoles* y las otras cinco van en este volumen. Son: *La mejor espigadera*, tema bíblico tomado del *Libro de Rut* en que el poeta conservó la dulce y nativa poesía del original: las escenas de la recolección tienen un sabor idílico que encanta. *La elección por la virtud* es la historia del Papa Sixto V hasta su elevación al cardenalato. Son dignas de estudio, por lo que puedan afectar á la biografía de TIRSO, las escenas escolares, y muy lindos los caracteres femeninos encarnados en las dos hermanas del protagonista, mezcla indefinible y picante de candor y malicia, humor cáustico y corazón apasionado. *Ventura te dé Dios, hijo*, comedia cuya inverosimilitud está compensada con otras bellezas de pormenor. *La venganza de Tamar*, tragedia de intensa y sombría grandeza por la que se ve que ni aun los asuntos más escabrosos y difíciles degeneraban en manos de TÉLLEZ. Así lo entendió Calderón al colocar el acto tercero de *La venganza* como segundo y preparatorio del desenlace de su drama *Los cabellos de Absalón*, sin atreverse á retocarlo. Y *La fingida Arcadia*, escrita en 1622, tributo de admiración y respetuoso homenaje á su gran Maestro Lope de Vega, como ya hemos insinuado, á la vez que constituye una divertida comedia palaciega. El tipo del falso médico que viene á curar la locura de la Condesa es un digno predecesor del Sganarelle ó Bartolo del *Médico á palos*.

XII

Publica TIRSO *la* Segunda parte *de sus comedias.—Examen de la cuestión sobre la propiedad de algunas de estas obras* (1635).

En 1635 residía de nuevo TIRSO en Madrid, como se deduce de que en dicho año imprimió aquí su ya mencionado libro *Deleitar aprovechando*, á la vez que la retrasada *Segunda parte* de sus comedias (1).

(1) *Segvnda parte | de las | comedias | del Maestro | Tirso de | Molina. | Recogidas por sv sobrino | don Francisco Lucas de Auila. | Dedicadas á la venerable | y piadosa Congregacion de los Mercaderes de | Libros desta Corte, en la Tutela del Glo | rioso Doctor S. Geronimo. | En Madrid. | En la Imprenta del Reino, año 1635. | A costa de la Hermandad de los Mercaderes de Libros desta | Corte.*

4.º; 4 h. prels. y 300 foliadas.

V. en b. «Títulos de las *Comedias* y *Entremeses* que van en esta segunda parte del Maestro TIRSO DE MOLINA.

La Reina de los Reyes.

El Conde de Schack afirma, con evidente error, en su *Historia de la literatura y del arte dramático en España* (pág. 391), que se hizo una primera edición de esta *Parte* en Madrid en 1627: la dedicatoria de Tirso, la licencia y aprobaciones, todas

---

Amor y celos hacen discretos.
Quien habló pagó.
Siempre ayuda la verdad.
Los Amantes de Teruel.
Por el sótano y el torno.
Cautela contra cautela.
La mujer por fuerza.
El condenado por desconfiado
Primera parte de D. Alvaro de Luna.
Segunda parte de D. Alvaro de Luna.
Esto sí que es negociar.
Entremeses:
1, *La venta.* 2, *La primera parte de los Alcaldes.* 3, *Segunda de los Alcaldes.* 4, *Tercera de los Alcaldes.* 5, *Cuarta de los Alcaldes.* 6, *El Estudiante.* 7, *El gabacho.* 8, *El negro.* 9, *Las viudas.* 10, *El duende.* 11, *Los coches, de Benavente.* 12, *La malcontenta.*

«*Suma de la licencia:* Tiene licencia el P. M. Tirso de Molina para imprimir la *segunda parte* de sus Comedias, como consta de su original, despachado en el oficio de Diego González de Villarroel, Secretario de Cámara de Su Majestad, en ocho de Diciembre de 1634.»

Erratas: 26 de Marzo de 1635. El Licenciado Murcia de la Llana.

Tasa: A 4 mrs. pliego; la obra tiene 76. Madrid, 27 de Marzo de 1635.

Aprobación del Licenciado Pedro de Matallana, en Madrid á 10 de Noviembre de 1634: «He visto este libro intitulado *Segunda parte de las Comedias del Maestro Tirso de Molina,* etc., por comisión del Sr. Lorenzo de Iturriçarra, Vicario general desta Corte y su partido; no tiene cosa que se oponga á nuestra santa Fe y buenas costumbres; antes mucho de ingenioso y honesto entretenimiento; y la fama de su autor merece la licencia que suplica, etc. En Madrid, á 10 de Noviembre de 1634. El Lic. Pedro de Matallana.»

Otra aprobación: «Este libro que se intitula *Segunda parte de las Comedias del Maestro Tirso* (sic) es un pedaço de alivio para los estudiosos, de exemplo para que las juventudes huyan riesgos, y de alabança para el ingenio de su autor, sin perjuicio de las costumbres ni repugnancia á la Fe, y así seguramente se puede dar licencia para imprimirse, etc. En Madrid, á 20 de Noviembre de 1634. El Doctor Andrés de Espino.»

Dedicatoria:)

A la Venerable y piadosa Congregación de los Mercaderes de Libros desta Corte, en la Tutela del glorioso doctor san Gerónimo.

Hase de suerte avecindado en el mundo la ignorancia, y es tan inseparable la altivez presumida de los que saben algo, que se pudiera poner en duda cuál de estos dos opuestos accidentes viven más apadrinados y cuentan mayor número de profesores, filosofando luego cuál de ellas es más intolerable y perjudicial á las repúblicas...

»Que desestime pues, el ignorante lo mismo que aborrece, no es milagro; pero que el que adquiere fama docta, no agradezca á quien le dió los materiales y sacó de entre la idiotez plebeya, merece irremisible vituperio.

»Yo, pues, por no incurrir (virtuosa Congregación) en lo que reprehendo: reconocido á lo mucho que todo género de estudios deben á su profesión loable (cuyas tiendas son joyerías de la mayor potencia con que se adorna el alma, no de las caducas que gasta el artificio para suplir bellezas sino de las que perdurables, sin morir con la materia, autorizan á la forma...) agradezco por los que deben y no pagan, y luego por mí mismo el buen pasaje que han hecho á mis papeles; la liberalidad con que han redimido del Argel de la penuria mis trabajos; pues si no costearan sus estampas, murieran balbucientes entre las mantillas de sus cartapacios; y en muestras de que ni como ignorante (que me infamara á confesarlo) desestimo á tan socorridos bienhechores, ni como sabio (que no lo soy tampoco) libro en ingratitudes buenas obras la dedico destas doce comedias quatro, que son mías en mi nombre y en el de los dueños de las otras ocho (que no sé por qué infortunio suyo, siendo hijas de tan ilustres padres, las echaron á mis puertas) las que restan; con verdaderos y eficacísimos propósitos de patrocinarme en lo demás que escriba de tan liberales acreedores y confianza de que saldré lucido por la parte que es fuerza caberles á mis libros... El Maestro Tirso de Molina.»

Acaban las comedias al fol. 261; siguen los *Entremeses.* Intercaladas con ellos van las poesías líricas fols. 280, 286, 287, 293, 294, 297 v. y 300.

Los entremeses, excepto el de *La venta*, que parece es de Quevedo, deben de pertenecer á Luis Quiñones de Benavente, al menos son suyos *Los Alcaldes encontrados*, cuatro partes; *Los coches, El gabacho* y *La malcontenta;* estos dos últimos, según afirma el mismo Tirso en su comedia del *Rico avariento.* Las poesías líricas son: un romance «*A un poeta muy flaco y viejo, aconsejándole que se muera; A la derivación de Pisa-Gonzalo* (soneto); *A Io, cuando la enterró Juno, poniéndola tábanos en la cola transformada en vaca; A los celos* (soneto); *A una buscona que an-*

de fines de 1634, no dejan lugar á duda de que en 1635 fué cuando se imprimió por primera y única vez.

En la referida dedicatoria á la Hermandad de San Jerónimo se le confiesa TÉLLEZ muy reconocido por *el buen pasaje que han hecho á sus papeles y la liberalidad con que han redimido del Argel de la penuria sus trabajos, pues si no costearan sus estampas, murieran balbucientes entre las mantillas de sus cartapacios.*

Hasta aquí todo va bien; pero algunas líneas más abajo dice que les dedica estas doce comedias, «cuatro que son mías en mi nombre y en el de los dueños de las otras ocho (que no sé por qué infortunio suyo, siendo hijas de tan ilustres padres, las echaron á mis puertas) las que restan».

La opinión que hoy parece más autorizada, y es la que nosotros compartimos, para entender estas obscuras palabras, se reduce á que *Tirso* tiene efectivamente cuatro comedias enteramente suyas en el tomo y ocho que, aunque planeadas y escritas por él en gran parte, unas fueron interpoladas por mano desconocida y otras son producto de la colaboración de algún poeta amigo.

No es fácil distinguir las cuatro de la primera clase, porque en los encabezados todas llevan las palabras «Por el Maestro TIRSO DE MOLINA». Pero D. Juan Eugenio Hartzenbusch, el primero, sostuvo que tres de ellas eran *Por el sótano y el torno* y *Amor y celos hacen discretos* en que, al final, se declara TIRSO autor de estas comedias y la que se titula *Esto sí que es negociar* y es una refundición de *El Melancólico,* comedia indubitada del mismo.

Respecto de la cuarta se creyó algún tiempo que lo fuese el admirable drama de *El condenado por desconfiado;* mas creemos que ya no pueda dudarse de que sufrió algunas, aunque pocas, interpolaciones; pero torpes hasta el extremo de introducirle versos de Lope de Vega.

En las piezas tituladas *Siempre ayuda la verdad, Cautela contra cautela* y las dos partes de *Don Alvaro de Luna* colaboró, á juicio de Hartzenbusch y D. Luis Fernández Guerra, el insigne mejicano D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza. Como largamente hemos intentado demostrar en nuestro anterior estudio sobre TIRSO, parece, en efecto, seguro que hubo tal asociación dramática, al menos en las dos primeras. Que de hecho había existido, si no en éstas en otras comedias, viene á acreditarlo aquel célebre epigrama:

¡Vítor Don Juan de Alarcón
y el *Fraile de la Merced*...
por ensuciar la pared
y no por otra razón (1)!

---

daba siempre en coche y pedía á todos para dar al cochero; Epístola de un galán desengañado á una dama muy mudable y entretenida; Romance *A un amigo á quien convidó el autor para la Academia una noche de invierno* y su respuesta: Romance *A una vieja habladora que callando registraba á un galán lo que le pasaba con su dama desde su casa.*

Por su rareza incluímos estas poesías en el apéndice de nuestra reseña biográfica.

(1) Nos transmitió este epigrama, que quizá sea de Quevedo, D. Tomás de Erauso y Zabaleta, ó sea el Marqués de la Olmeda en su *Discurso crítico en favor de las comedias* (Madrid, 1751). Que TÉLLEZ hubo de sentir esta pulla se infiere de las expresiones del italiano Fabio Franchi, en sus

En las demás, como *Los Amantes de Teruel*, *Quien habló pagó* y *La Reina de los Reyes*, aparece otro colaborador que no es Alarcón; y, en fin, una reúne, á nuestro juicio, las condiciones necesarias para juzgarla la cuarta de las comedias que, en esta *Parte*, corresponden enteramente á TIRSO DE MOLINA.

Es la titulada *La mujer por fuerza* (1). Pertenece esta comedia al género de que tanto usó y aun abusó el poeta, y en que el enredo consiste en el disfraz masculino de la heroína, como son *La villana de Vallecas*, *Don Gil de las calzas verdes*, *Averígüelo Vargas*, *La huerta de Juan Fernández*, *Quien da luego da dos veces*. Pero con la que tiene tal analogía que, á haber usado el recurso de la medicina rayara en identidad, es con *El amor médico*, comedia indiscutible de TÉLLEZ.

El argumento es el mismo: muchas escenas, especialmente las primeras, se desarrollan del mismo modo; se emplea también para preparar el desenlace el medio de que la protagonista, en hábito hombruno, enamore á su rival. La traza, pues, pertenece indudablemente á TÉLLEZ; está bien versificada, y hay en ella gran unidad de estilo, lo que indica ser producto de una sola mano. Aunque la acción en los dos primeros actos se desenvuelve mansamente, acaso con monotonía, en cambio en el tercero hay un verdadero lujo de movimiento y *quid pro quos*. Supuesta y tolerada la inverosimilitud del disfraz, están bien preparados y son oportunos todos los lances, que se suceden con rapidez, y también están vencidas con habilidad las dificultades á que dan lugar tantos enredos. Hállanse asimismo sembradas por doquiera las célebres malicias *tirsescas*, y es digna y propia del autor la ocurrencia de pedir Finea por marido al Conde Federico, cuando todos, incluso el interesado, la creen un hombre, ya sea Celio, ya sea D. Alonso de Aragón, pues con ambos dictados la conocían los presentes, y sólo el espectador está en el secreto. Esta situación es exactamente igual á la de *El amor médico*.

Exequias poéticas de Lope de Vega: «Prevéngase á TIRSO, bajo censura particular, aunque generalísima, que escriba siempre; aunque *pared* y *Merced* sean consonantes; porque si bien puede una ballesta satírica manchar con una redondilla la pared blanca de un pastelero, no así la fama digna y letras de un ingenio como el suyo no menos docto que festivo.»

Al mismo episodio aluden estos versos de *La Ventura con el nombre*, comedia de TÉLLEZ, escrita cuando ya gozaba dignidades en su Orden:

BALÓN. Tirso puede sentenciallo;
que, después que es sacristán,
tien seso y no le verán
más coprista.
TIRSO. Yo escucho y callo;
pero algún dia hablaré,
en dejando la trebuna,
que á fe que tengo más de una
trabadura.
BALÓN. ¿Vos?
TIRSO. Sí, á fé;
y que me lo han de pagar
más de cuatro motilones
que ensuciando paredones
piensan que no he de tornar
á dar á *prumas mestizas*
que envidiar y que roer.
BALÓN. Y esto ¿cuándo tien de ser?
TIRSO. Más días hay que longanizas.

(1) Con la desconfianza que me inspiran mis opiniones cuando no están sostenidas por otros, he vuelto á leer hasta tres veces (dos de ellas al imprimirla en este tomo) *La mujer por fuerza*, y no me atrevo á modificar la opinión de arriba sustentada por mí, y en los mismos términos, hace trece años. No he intentado sostener que TIRSO fuese inventor de los disfraces varoniles de algunas de sus damas de teatro, sino que empleó este recurso muy frecuentemente, lo cual es de por sí un indicio; pero en *La mujer por fuerza* hay las demás circunstancias que van apuntadas, y creo que todas reunidas alguna fuerza habrán de tener.

La mujer por fuerza, pues, será la cuarta comedia exclusivamente propia de Tirso entre las de esta *Segunda parte*. Hasta la terminación de ella parece indicarlo, no empleando el plural al hablar de su autor.

> Aquí, senado, se acaba
> *La mujer por fuerza*, haciendo
> de la fuerza voluntad
> con que serviros *deseo*.

Pero con esto no pretendo establecer comparaciones ni negar que otros que se hallan en esta *parte* no sean del mismo poeta. Tan persuadido estoy de lo contrario, que pienso que en ninguna de ellas la colaboración ajena habrá sido grande.

En este punto opino exactamente como el Sr. Menéndez y Pelayo, que decía: «A pesar de la sagacidad con que la crítica va notando rasgos de la pluma de otros autores, nada tiene de temerario creer que, si no estuviéramos sobre aviso por la declaración de Tirso, leeríamos todo el volumen como producción de un solo ingenio, puesto que las desigualdades que en estas comedias se observan no son mucho mayores de las que en las obras auténticas y reconocidas de Tirso puedrá notarse» (1).

Sin embargo, como por alguna razón escribió Téllez las palabras que tanto nos dan que hacer, y como en algunas comedias hay tales caídas y defectos que no es posible atribuir al gran poeta, porque no son de los que solía cometer, es fuerza convenir en que por una ó por otra causa, una mano ajena, tal vez la del cómico dueño del manuscrito ó algún poeta asalariado de las compañías, las hubiese interpolado. Y acaso á esto aludía el mismo Tirso, cuando exclamaba:

> Un cierto componedor
> me avisa por la estafeta
> de que ya todo poeta
> tiene un teniente asesor:
> *uno escribe y otro firma;*
> y así salen las sentencias
> *con notables diferencias.*

Las restantes piezas del tomo son *La Reina de los Reyes*, *Quien habló pagó* y *Los Amantes de Teruel*.

La primera es una comedia cíclica que abarca un gran período de la vida de San Fernando, acabando con la toma de Sevilla, después de hacernos pasar por las de Córdoba, Jaén y Murcia. En el primer acto se aparece Nuestra Señora, y en el segundo dos ángeles que dejan al Rey un retrato de la Virgen, mucho más perfecto, como es de suponer, que otro que poco antes había esculpido para el mismo

> el Montañés famoso,
> que por solo en el mundo se señala,

como anacrónicamente dice la comedia. Y por cierto que el de hacer vivir al gran artista en el siglo XIII no es el único anacronismo, pues en la misma época se supone ya

---

(1) *Estudios de crítica literaria, Segunda serie, Madrid, 1895;* pág. 174.

conocida la baraja, con sus reyes de oros y de espadas. Concluye esta comedia, que no tiene nudo ni desenlace, con la entrega de la ciudad andaluza, diciendo:

> Esta es, por que fin le *demos*,
> la tradición que tenemos
> de *La Virgen de los Reyes*.

que quizás sería su primer título. En toda ella hay rasgos propios de TÉLLEZ, especialmente algunas frases del gracioso Paja.

Es seguramente de la invención de TIRSO la ingeniosa escena de los Mancebos y el Rey, que tiene su reverso cómico en la que se desarrolla entre el Rey moro de Granada y Paja, el truán de Garci Pérez de Vargas.

Con todos sus defectos, esta obra es incomparablemente mejor que otra, rarísima, sobre el mismo asunto, é imitación visible de ella, impresa suelta con el título de *La mejor luz de Sevilla, Nuestra Señora de los Reyes,* y obra del poeta sevillano D. Jerónimo Guedeja y Quiroga (1).

Quien habló pagó, es una comedia palaciega; está bien versificada y dialogada; pero carece de unidad. El título se deriva del castigo que una Reina de Aragón impone á un Conde de Urgel, de quien se juzga ofendida, por las argucias de cierto envidioso que le hace creer haberse alabado el Conde de merecer sus preferencias y favores. El primer acto, que es una buena exposición, parece tener algunos versos y pensamientos de don Juan Ruiz de Alarcón:

> Sois mujer, y con todas
> habían de ser los maridos
> ella el cuerpo y él la sombra.
> Si no lo sabéis, Tirena,
> sabed que la mujer propia
> siempre ha de andar en el pecho
> como la ajena en la bolsa.

El plan tiene no poca semejanza con otras indubitadas comedias de TIRSO: *El castigo del pensé que, El Vergonzoso, Quien calla otorga*, etc. Utiliza igualmente el disfraz masculino de una de las damas, aunque sólo en una ó dos escenas. Los versos descriptivos del campo tienen el sello horaciano que TIRSO sabía darles.

El asunto de *Los Amantes de Teruel* no es original de TIRSO, ni aun en la forma dramática, pues mucho antes había compuesto Micer Andrés Rey de Artieda su tragedia de *Los Amantes*, que son los de Teruel, así como después Montalbán lo tomó de nuevo para su obra de aquel título.

El drama de TIRSO es de los que más han padecido antes de volver á sus manos. Debieron de alterarse, no sólo muchos versos, sino hasta situaciones y escenas enteras. El estilo es ampuloso en unas ocasiones y en otras trivial y plebeyo. Ciertos pasajes recuerdan otros de *La Villana de la Sagra*, el papel de Laín es el que menos ha sufrido: en casi todo lo que dice hay huellas del lenguaje de TÉLLEZ.

---

(1) La impresión parece de fines del siglo XVII; no tiene lugar ni año, y está en 4.º, con 16 h. num.

Mucho menos desordenadas son las dos comedias relativas al *buen* Condestable Ruy López Dávalos y D. Alvaro de Luna, sobre todo la segunda, que es un buen drama. Un manuscrito antiguo de la primera parte, que existe en la Biblioteca Nacional, nos demuestra cómo se hacían las alteraciones en estas obras después que salían de manos de los autores. El dueño de esta copia ha suprimido, además de otros pasajes, la curiosísima escena en que interviene el poeta Juan de Mena y en que el Rey D. Juan II recita versos suyos, por cierto muy bien imitados de los cancioneros del siglo xv. En cambio reforzó alguna otra, como la del terrero, que le pareció de mejor efecto. ¿Qué tiene, pues, de extraño que al hallarse Tirso con tales cambios en sus obras rehusase reconocerlas?

Esta segunda de D. Alvaro parece haber sido escrita en los terribles momentos que precedieron al suplicio de D. Rodrigo Calderón. Y ¿quién sabe si eran un memorial en pro de la salvación de aquel infeliz privado estos versos que se ponen en boca del arrepentido D. Juan II?:

> Reyes deste siglo, nunca
> deshagáis vuestras mercedes,
> ni borréis vuestras hechuras.
> ¡Oh, quién á mis descendientes
> avisara que no huyan
> de los que bien eligieron
> para la mudanza suya!

XIII

Muerte de Lope.— Tirso no colabora en la Fama póstuma.— *Publica la* Cuarta parte *de sus comedias* (1635).

La muerte de Lope de Vega, ocurrida el 27 de Agosto de este año de 1635, fué considerada, y con razón, como una inmensa desgracia nacional. Muchos poetas consagraron sus versos á llorarla, y sus obras fueron después reunidas en un libro que se intituló *Fama póstuma*. Con sorpresa vemos que no figura entre los elogiadores Fray Gabriel Téllez; bien es verdad que se procedió en la composición de aquel tomo con bastante negligencia, pues, además de la falta de nuestro fraile, nótase también la de Quevedo, Alarcón, Rioja, Calderón, Mira de Amescua y Jáuregui, por no citar sino autores de primer orden.

No es creíble que la ausencia impidiese á Tirso rendir este homenaje póstumo á su antiguo maestro y amigo, porque justamente este año es de los que más necesaria hizo su presencia en Madrid el publicar no menos que tres obras extensas, como fue-

ron: *Deleitar aprovechando* y la *segunda* y *cuarta parte* de sus comedias. De esta última nos toca hablar ahora (1).

Como de costumbre, buscó TÉLLEZ un Mecenas para su cuarta publicación dramática. Fuélo el Conde de Sástago, D. Martín Artal de Alagón, cuya amistad con TIRSO debió de comenzar por entonces, tal vez por encargarle este magnate la genealogía de su casa, como nuestro autor recuerda en la dedicatoria. La *Genealogía* se imprimió cinco años después.

Fueron aprobadores de esta parte Lope de Vega, que escribió su censura cinco meses antes de morir, y á quien la ancianidad y sus grandes desgracias domésticas, que dieron el último golpe á su quebrantada salud, obligaron á ceñirse á lo más preciso en los términos aprobatorios. Contrasta este laconismo y sequedad con la efusiva aprobación ó apología que hace de TIRSO el Dr. Juan Pérez de Montalbán, que examinó estas comedias por encargo del Vicario de Madrid.

En cuanto á las piezas del tomo, advertiremos que son muy poco conocidas. Hartzenbusch sólo imprimió cuatro en su colección de *Autores Españoles*, como fueron *Privar contra su gusto*, *Celos con celos se curan*, *El amor médico* y *Don Gil de las*

(1) *Qvarta parte | de las Comedias | del Maestro Tirso | de Molina. Recogidas por D. Francisco | Lucas de Avila, sobrino | del Autor. | A D. Martin Artal | de Alagon, Conde de Sastago, Marques de Agui | lar, señor de la casa de Espes... | Año 1635. | 79 (pliegos) | Con privilegio. | En Madrid, Por Maria de Quiñones. | A costa de Pedro Coello, y Manuel Lopez, mercaderes de Libros.*

4.°, 4 hs. prels. y 308 foliadas. A la vuelta:

«Las Comedias que en esta *Quarta parte* se contienen son:

Privar contra su gusto.
Celos con celos se curan.
La mujer que manda en casa.
Antona Garcia.
El Amor médico.
Doña Beatriz de Silva.
Todo es dar en una cosa.
Amazonas en las Indias.
La lealtad contra la envidia.
La Peña de Francia.
Santo y sastre.
Don Gil de las calzas verdes.

«*Remisión del Vicario.*» Da licencia por haber sido examinado el libro por el Dr. Juan Perez de Montalban. Madrid, 1.° Febrero de 1635. Lic. Lorenzo de Iturrizarra.

«*Aprobación* del Doctor Juan Perez de Montalvan, Notario apostolico del Santo Oficio de la S. Inquisición. A la *quarta parte de las Comedias del Mtro. Tirso de Molina*...

»Por comisión y precepto del Señor Licenciado don Lorenzo de Iturrizarra he visto la *Quarta parte de las comedias del Maestro Tirso de Molina*, cuyo nombre es el mejor crédito de su censura; porque siendo suyas (que con esto se dice todo) no necesitan ni de elogios para su alabanza, ni de advertencias para su corrección. Pero supuesto que es fuerza cumplir... digo que no tienen cosa que disuene de la verdad católica, ni palabra que ofenda las orejas del más escrupuloso cortesano; antes bien, lo sentencioso de los conceptos admira; lo satírico de las faltas corrige; lo chistoso de los donaires entretiene; lo enmarañado de la disposición deleita; lo gustoso de las cadencias enamora, y lo político de los consejos persuade y avisa, siendo su variedad discreta como un ramillete de flores diferentes, que además de la belleza y la fragancia aficiona con la diversidad y la compostura.

»Si fuera este lugar de alabanzas, muchas se me ofrecían del autor; Maestro por su gran talento en las Sagradas letras y Apolo por su buen gusto de las curiosas Musas; y así me contentaré con asegurar que merece, no solo *lo* licencia que pide para imprimir esta *Quarta parte* sino un género de premio honroso para obligarle á que dé muchas á la imprenta en gracia de la lengua castellana, en honra de Madrid, su patria, en gusto de los bien intencionados y en pesadumbre de los maldicientes. Así lo siento. En Madrid, á fin de Enero deste año de 1635.—El Doctor Juan Perez de Montalván.»

«*Licencia del S. Vicario*». Es la remisión á

calzas verdes, todas excelentes. Las demás van en la colección presente. Entre ellas sobresale la trilogia de los Pizarros, que forma una especie de epopeya en acción de esta ilustre cuanto desgraciada familia. En las dos últimas partes puede admirarse la fuerza creadora de la imaginación de TIRSO. El estilo, entonación y lenguaje están á la altura de los hechos que recuerda.

En *Antona García* se complace en pintar un tipo de mujer hombruna, como *Mari-Hernández la Gallega,* llevado hasta la exageración; en *Santo y sastre* hay un bellísimo carácter en Margarita, la dulce y prudente esposa de San Homobono, que, á su vez, forma el más acabado contraste con el repulsivo, pero enérgicamente trazado de la impía Jezabel, en *La mujer que manda en casa.*

Montalbán fechada. Madrid, 24 de Enero de 1635; así como lo que antes llamó «Remisión» es la verdadera licencia.

Aprobación por el Consejo de Frey Lope de Vega Carpio: «Muy Poderoso señor.—La *Quarta parte de las Comedias del Maestro Tirso de Molina*, que por mandado y comisión de V. A. he visto, no tiene cosa en que ofenda ni á nuestra fe ni á las buenas costumbres. Muestra en ellas el autor vivo y sutil ingenio en los conceptos y pensamientos, y en la parte sentencia grave sus estudios en todo género de letras con honestos términos tan bien considerados de su buen juicio. Puede seguramente V. A., siendo servido, concederle la merced que pide para que salgan á luz y le gocen todos. Este es mi parecer. En Madrid, á 10 de Marzo de 1635 años. Frey Lope de Vega Carpio.»

Suma del privilegio al Maestro TIRSO DE MOLINA por diez años. Madrid, 8 de Marzo de 1635. Francisco Gómez de Lasprilla.

Tasa: A cuatro y medio mrs. cada uno de los 76 pliegos de la obra. 350 mrs. y medio. 2 Agosto 1635 en Madrid.

Erratas: «Está bien y fielmente impreso conforme á su original. Madrid, 1.° de Agosto de 1635. Lic. Murcia de la Llana.»

«*Prólogo A ti á solas.*

»Mil cosas tenía que comunicarte en puridad, y impórtame el secreto lo mismo que la fama que se desploma con las murmuraciones. Pero tiénenme tan embarazado los traslados de mi *Quinta parte* de comedias, sucesoras de esta *Quarta parte*, y el recelo de que no eches en corro lo que en chitón te confiare, que mortifico, á pesar de mi gusto mis afectos.

»Con todo eso si me prometes imposibles, que es ser guardadamas de tu lengua y apeteces lo que todos, que es picar en faltas que en nosotros nos parecen aradores y en los demás ballenas, búscame, cuando haya salido de la cuna mi hermano el *quinto* deste nombre. Hallarásme en la tienda de Gabriel de León, mercader destas sazones y nos daremos un buen rato á costa de los abusos en especie, sin riesgo de los individuos. Y entre tanto haz ganas (si es que te faltan, que no puedo creerlo) para la ensalada más sabrosa que jamás puso á su mesa la discreción provocada de la envidia. *Vale.*»

Dedicatoria: «A D. Martín Artal de Aragón, Conde de Sástago...

»Salen (señor) tan presumidas doce comedias de mi *Quarta parte,* después que el favor de V. S. las ha vestido de esperanzas, que ni me puedo averiguar con ellas, ni aspiran menos que á inmortalidades.

»Son todas hijas mías; y torcerles á las hijas sus inclinaciones en materia de tomar estado es desacierto prohibido. Más vale que pequen en desvanecidas que en pusilánimes: sigan su buena suerte: añadirán en manos de tal dueño créditos al que adquirieron por tantos concursos y teatros.

»Y adviértase que no suplico á V. S. las defienda de los tábanos plebeyos, que molestan más con el zumbido que con los aguijones; porque me parece una petición ésta tan imposible cuanto impertinente. ¿Quién hasta agora tuvo tanto espacio que se haya opuesto contra enjambres de zánganos de miel ajena, patrocinando libros y enfrenando libertades? Ni ¿qué empleo sería desautorizar las alabardas de tanto archero en escarmentar mosquitos que á soplos se castigan? Murmuren ellos y guárdeme Dios á V. S. para mayores asuntos de mi pluma; que si en el elogio que le he ofrecido no me lleva á pique mi atrevimiento, en más dilatados desvelos fío del buen pasaje destos más airoso espíritu que desempeñe réditos de mis obligaciones, y conceda el cielo la salud que por V. S. le suplico para deslastimar á cuantos nos compadecemos de la falta de ella en sujeto tan digno de vivir privilegiado de semejantes accidentes, etc. Capellán de V. S.—EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.»

En *Doña Beatriz de Silva* y *La Peña de Francia*, cuya acción coloca en la Edad Media, recuerda dos tradiciones piadosas, relativas la primera á la fundación del convento de la Inmaculada en Toledo, aunque en fecha anterior á la verdadera, y la segunda á un célebre santuario existente en las cercanías de Salamanca.

XIV

Publica Tirso *la* Quinta *y última parte de sus comedias.—Escribe su última obra dramática* (1636-1638).

Sin intermisión hizo Téllez salir al público la *Quinta parte* de sus obras de teatro (1). Ofreció en el prólogo un «sexto tomo» que contendría piezas de las más jocosas de su repertorio, según afirma; pero no lo hizo, con harta pérdida de nuestras letras.

---

(1) *Qvinta | Parte | de | Comedias | del | Maestro Tirso de Molina. | Recogidas por D. Francisco | Lucas de Avila, sobrino del Autor. | A D. Martin Artal de Alagon | Conde de Sastago, Marques de Aguilar, señor de la casa de Espis...* Año (Escudo.) *1636. En Madrid, En la Imprenta Real | A costa de Gabriel de Leon, Mercader de libros.*

4.°, 4 hs. prels. y 268 foliadas. En la portada el escudo del Mercader León. A la vuelta:

«Las comedias que en esta *Quinta parte* se contienen son las siguientes:

Amar por arte mayor.
Escarmientos para el cuerdo.
Los Lagos de San Vicente.
El Aquiles.
Marta la Piadosa.
Quien no cae no se levanta.
La República al revés.
La vida y muerte de Herodes.
La Dama del olivar.
Primera parte de Santa Juana.
Segunda parte de Santa Juana.»

Suma del privilegio, por diez años á favor de Francisco Lucas de Avila. Madrid, 24 de Julio de 1635.

Erratas: «Está bien y fielmente impresa con su original. Dada en Madrid, 1.° de Enero de 1636. Lic. Murcia de la Llana.»

Tasa: A cuatro y medio mrs. cada pliego de los 67 del tomo (8 rs. y 29 mrs.). Enero 9 de 1636. Despachado en el oficio de Juan Espejo.

Aprobación sencilla del Maestro Fr. Francisco Boil, Calificador del Sto. Oficio. Madrid, 30 de Junio de 1635.

Licencia del Vicario: Madrid, 3 de Julio de 1635.

Aprobación de D. Pedro Calderón de la Barca. «Muy Poderoso señor. Por mandado de V. A. he visto el libro intitulado *Quinta parte de las Comedias* del Mro. Tirso de Molina, recogidas por D. Francisco Lucas de Avila, en las quales no hallo cosa que disuene de nuestra Santa Fe y buenas costumbres: antes hay en ellas mucha erudición y exemplar doctrina por la moralidad que tienen encerrada en su honesto y apacible entretenimiento, efetos todos del ingenio de su autor, que con tantas muestras de ciencia, virtud y religión ha dado que aprehender á los que deseamos imitarle. No tienen inconveniente para imprimirse y así podrá V. A. dar la licencia que pide. Este es mi parecer. En Madrid, á 16 de Julio de 1635.—Don Pedro Calderón de la Barca.»

Dedicatoria: (Es un epigr. de Marcial; el x del lib. 4.°) traducido ó mejor adaptado en dos décimas por Tirso, sin mayor interés ni aplicación.

«*A ti solo.*

»Señor padre me dijo que te buscase en la libreria de la calle de Toledo en la tienda alegada en mi *Cuarta parte*, y que te llamabas el *Señor á ti solo:* y segun las señas eres el mismo.

»Ya pues, que di contigo has de saber que yo vengo (como su hijo) en nombre suyo porque

Tuvo en el presente por aprobador al joven y ya insigne autor dramático D. Pedro Calderón de la Barca, quien, en términos de simpática modestia, como que se excusa de censurar (aunque por deber) las obras del viejo maestro, á quien ensalza y glorifica sobria, pero dignamente.

Y es también de interés no escaso el prólogo *A ti sólo*, porque nos descubre cuán meditadas eran todas las innovaciones de lenguaje y estilo que Tirso adoptó en sus obras. Censuráronle sus coetáneos la costumbre de formar verbos de sustantivos, y él se defiende así de este como de los demás neologismos con la libertad de creación ó adaptación en los idiomas, siempre que redunde en su ventaja, ya abreviando el giro ó

Su mrd. anda tan ocupado en repartir envidias cuanto sin embarazo de sus escocimientos. Advirtióme te dijese de su parte que en *Sexto tomo* (de que ya señora madre está preñada) te cumpliría los brindis que en la *Cuarta* te hizo; que entre tanto nos riyésemos los dos á solas de unos bobarrones, cicateros del gracejo, que hurtando prosas impresas al sazonado, discreto y leído Don Francisco de Quevedo para los *parasitos* de sus comedias, ignoran que nuestro idioma, con lo que connaturaliza de las otras lenguas, ya de la latina, de quien es hijo, ya de la arábiga, griega, toscana y Amer*ica*, (*sic*) viene á tener caudal copioso de voces y sinónomos; y que ya los Coronistas no llaman al socorro de municiones y comida sino com*b*oyes y á los bastimentos *vivres*. Tan pesarosos están estos zánganos de que se aproveche nuestra lengua de las que conquistadas son sus súbditas que nos ocasionan á que maliciemos que hasta en las sisas quieren ser los únicos.

»Dirásles, pues, á los tales que este término *paralelo* es antiquísimo en Castilla y el deducir los verbos de los nombres cosa común en los gramáticos (cuya lista los ha excluído porque son antípodas de Antonio de Nebrija) y que según esto el *paralelar*, que tanto les escuece, significa, sin perjuicio del estilo, asimilar dos cosas ó más con igualdad y proporción tan justa que no los extrañe la diferencia; y que nos ahorremos de todas esas zarandajas de circunloquios cuando en un solo vocablo hallamos significación proporcionada á nuestro intento sin ofender ni al *dialecto*, ni al común modo de hablar de nuestra patria, pues ni se anteponen ni posponen los verbos ni adjetivos.

»Pero no te entenderán, aunque se lo digas; porque cojean del entendimiento y no saben que la *ceática* es esdrújulo, satisfechos de que entre las almohadillas y ruecas se autorizan con achacar á señor padre que se viste de voces huéspedas, en cuyos regazos *idiotizan* (este vocablo vaya á contemplación de su descalabradura) que á hacer caso los lebreles de los gozques caseros que *los* ladran, no fuera difícil contarles una letanía de disparates en la substancia de sus escritos que es pecar de cuatro costados contra el entendimiento; v. gr. llamar á los coches ruiseñores de los ramilletes de Provincia (tales se los depare su necedad á las almohadas, cuando tengan jaquecas).

»Decir que nuestros antípodas son los que tienen debajo de nuestras plantas sus cabezas de modo que andan de colodrillo y llevan las pantorrillas en el aire, ¡miren qué buenos latinos y qué bien entienden las significaciones del *anti* y del *pos-podos*, de los nominativos!

»Vendernos que un valiente luchando con un jayán le congojó de modo que soltándole compasivo, necesitó salir nadando por el piélago de su sudor; que en la carrera de un Píramo se desavecindó de la herradura de un bridón un clavo y voló tan Icaro que ya es estrella en el octavo firmamento para lucir el consonante de *clavo* y *octavo*,

Porque un consonante obliga
á lo que un bobo no piensa.

»Y tantas civilidades á esta traza; que á atreverse á despinzarlas alguno dieran en que entender á todos los pañeros de Segovia, buen provecho les hagan y con ellas este dístico que Marcial remite á los que se alaban de que de ninguno dicen mal, y los estrados y polleras los desmienten, va como su madre le parió, porque en latín no entendiéndole, no les para perjuicio; y es el 78 epígr. del Libro III.

De nullo quereris nulli maledicis (Avite)
Rumor dit, lingua te tamen esse male.

»Señor *A ti solo*, dígales todo esto ó no les diga nada, que están en el hospital de los precitos: quédese con Dios hasta que mi padre y él asegunden vistas, &c.»

ya dando á la expresión vigor y exactitud. Un estudio completo de las novedades filológicas de TIRSO creemos que ofrecería no poco interés para los inteligentes y aficionados.

De las comedias de esta *quinta parte* solamente dos figuran en *Autores:* son *Amar por arte mayor* y *Marta la piadosa*, ambas muy buenas, como es sabido. Las otras diez van en el tomo II de esta nuestra colección novísima. En ella, donde también incluiremos un completo y razonado catálogo general del teatro de TIRSO DE MOLINA, daremos sobre estas comedias algunas curiosas noticias que aquí serían prematuras, pues no van los textos.

No se desprendió TIRSO con esta publicación de todo lazo con la poesía dramática. Todavía en 1638 borrajeaba una comedia cuyo asunto era la fundación del reino de Portugal; comedia cuyo carácter guerrero-religioso la singulariza entre las demás de este ingenio, así como el aspecto histórico que pretende darle, en consonancia con los estudios y lecturas que entonces absorbían la actividad de su mente. Por eso ofrece interés la nota final con que autoriza la composición y estructura de su drama.

«Todo lo historial de esta comedia se ha sacado con puntualidad verdadera de muchos autores, ansí portugueses como castellanos, especialmente del *Epitome* (1) de Manuel de Faría y Souza, parte tercera, capítulo I, en la vida del primero conde de Portugal (pág. 339), D. Enrique, y capítulo II, en la del primero rey de Portugal (pág. 349), *et per totum*. Item: del librillo en latín intitulado: *De vera Regum Portugaliae Genealogia*, su autor Duarte Nuñez, jurisconsulto, capítulo I, de *Enrico Portugaliae Comite*, folio 2, *et* capítulo II de *Alfonso primo Portugaliae Rege*, folio 3. Pero esto y todo lo que además de ello contiene esta representación se pone, con su autor, á los pies de la Santa Madre Iglesia, y al juicio y censura de los que con caridad y suficiencia lo enmendaren. En Madrid, á 8 de Marzo de 1638.—El MAESTRO FR. GABRIEL TELLEZ.»

Esta última comedia de TIRSO, autógrafa, al menos desde la hoja novena, se conserva con la debida veneración y estima en la sección de manuscritos de nuestra Biblioteca Nacional (2).

XV

Nuevos honores de TIRSO.—*Adiós á las Musas.—Muerte de Montalbán.—Obras históricas de* TÉLLEZ: *La Historia general de la Merced* (1639-1640).

El P. Felipe Colombo registra en su crónica el nombramiento de *Maestro* á favor de TIRSO, en estos términos: «En 13 de Henero de 1639, se admitió un Breve de Urbano VIII, en que, á título de cronista general de la Orden, se hacía Maestro á FRAY

(1) Es el *Epítome de historias portuguesas*, impreso en Madrid 1628, 2 volúmenes en 4.º libro muy curioso de Manuel Faría y Sousa,

(2) Signatura *Vv*-617 antigua.

GABRIEL TÉLLEZ, con las exenciones que tuvo el Maestro Ramón, y por eso se le dió el lugar inmediato á los Padres Maestros del número, excepto el Maestro Orio, por cuanto estaba expuesto y confirmado.» Y en Octubre del mismo año se reunió un Capítulo provincial en Guadalajara para la ejecución y cumplimiento del anterior Breve (1).

Esta dignidad de Maestro no sería en Teología, porque la tal era grado que se adquiría en las Universidades, sino más bien puesto muy elevado (como que exigía un Breve pontificio) en la Orden de la Merced, acaso necesario para obtener el máximo de General.

Honores y cargos con ejercicio alejaron ya para siempre á TÉLLEZ del cultivo de la poesía; así, que sólo de cuando en cuando hallamos ya versos de circunstancias en algunos libros que salieron á luz entonces.

A principios de 1639 compuso dos décimas destinadas á llorar la muerte sentida y prematura del Dr. Juan Pérez de Montalbán, su grande amigo, y se estamparon en el florilegio poético que con el título de *Lágrimas panegíricas* recogió todas las demás composiciones alusivas al triste suceso (2). La de TÉLLEZ dice así:

A la malograda muerte del Doctor Juan Perez de Montalbán, el Licenciado TIRSO DE MOLINA.

Manzanares, ya sosiega
en siempre alegre horizonte
la Aganipe de tu monte,
la Castalia de tu vega;
ya á mejor Apolo llega,
porque sea su arrebol
(si hasta aquí Plauto español,
á quien hizo el Pindo salva)
Montalbán, *monte del Alba*,
tal Alba para tal sol.

Aguila, á la esfera suma
(si joven cisne primero
cantó en tu margen Homero)
voló con sola una pluma.
No temas que le consuma
la envidia, que no podrá,
si eternizándose está
(puesto que ausente de ti)
su *Para todos* aquí,
y él para todos allá.

Y poco posterior será otra décima escrita para el elogio del Condestable de Portugal, vencedor de Aljubarrota, en la *Vida y hechos heroicos* del mismo, compuesta por Rodrigo Méndez Silva é impresa en 1640 (3).

(1) SERRANO: *Nuevos datos*, pág. 73.

(2) *Lágrimas panegíricas á la temprana mverte del gran poeta, i teólogo, Insigne Doctor Iuan Perez de Montalban, Clérigo. Presbitero, i Notario de la Santa Inquisicion; natural de la Imperial Villa de Madrid. Lloradas i vertidas por los mas Ilustres Ingenios de España. Recogidas y pvblicadas por la estudiosa diligencia del Licenciado don Pedro Grande de Tena, su mas aficionado amigo. Madrid, Imprenta del Reino, MDCXXXIX*, en 4.°

La Aprobación del P. Niseno es de 12 de Febrero de 1639; el privilegio de 1.° de Marzo y las erratas y tasa de 5 y 6 de Septiembre.

Sobre 180 poetas loaron la memoria del grande amigo y discípulo de Lope. Empiezan las poesías con una del Príncipe de Esquilache, y al folio 16 vuelto, está la de TÉLLEZ.

(3) *Vida y hechos heroicos del gran Condestable de Portugal D. Nuño Alvarez Pereyra Conde de Barcelos, de Ouren de Arroyolos... Por Rodrigo Mendez Silva Lusitano. Año de 1640. Con privilegio Real en M.d por Iu.° Sanchez acosta de P.° coello mercader de libros.* 8.°, 19 h. prels. y 128 foliadas. A la vuelta repite las señas de la impresión.

Después del privilegio, tasa, aprobaciones, etc., lleva la dedicatoria del autor á D. Luis Méndez



En la rapidez con que Tirso procedió á imprimir las cuatro últimas partes de sus comedias adivínase el anhelo de terminar pronto con tales asuntos, para convertir su atención á otras empresas más conformes con sus hábitos, y, sobre todo, exigidas por cargo que desde 1632 venía desempeñando.

Encerrado, pues, en su convento de Madrid, empezó en 1637 á componer su *Historia general de la Merced,* á que varias veces nos hemos referido (1). Obedecía, además, los mandatos de los superiores de su Orden, como él mismo dice en la introducción: «Mandóme todo un Capítulo general que prosiguiese con la tercera parte de esta historia, las dos, primera y segunda, que el P. M. Fr. Alonso Remón, coronista general, dejó impresas... Obedecí al punto, con particular deleite mío, sin perdonar casi un día, en todo un año, que divirtiesen otros desvelos los de este asunto... y fué Nuestro Señor servido que la pusiese fin, comenzando sus sucesos donde los dejó mi antecesor, que fueron en el año 1570 hasta el presente de 1638.» Sin embargo, ya por

---

de Haro; luego el prólogo y una carta que desde Flandes envió al autor D. Francisco Manuel de Melo; soneto de D. Fadrique da Cámara, hijo del Conde de Villafranca, soneto de D. Francisco de Sosa; soneto de D. Rodrigo de Meneses, hijo del Conde de Castañeda; soneto de D. Francisco de Acevedo y Ataide; décima de D. Gutierre Marqués de Careaga; soneto de D. Gabriel Bocángel; soneto de Bartolomé Febo; soneto de Antonio Escribano; silva del Licenciado Domingo Martín Fernández.

Al fol. 73 empiezan las poesías en loor del Condestable con la «Del Maestro Tirso de Molina | *Al sepulcro del gran Condestable,* | *Epitafio.* |

> Mármoles, eternizad
> el prodigio que escondéis
> con cuyo exemplo admiréis
> al valor y á la piedad.
> Esta y su felicidad
> quitó á la patria el recelo;
> dió nuevos héroes al cielo,
> á la soberbia castigo,
> diadema y reino á su amigo,
> y un santo más al Carmelo.

Siguen sonetos de Sor Violante del Cielo, Antonio López de Vega, tres octavas de D. P. Calderón, décimas de Solís y Felipe Godínez, soneto de Rojas Zorrilla, epitafio de Luis Vélez, más versos de Gaspar de Avila, Moreto, Matos y otros de menor nombre, formando todo una especie de *Cancionero.*

(1) *Historia general de la orden de Nra. S.ª de las Mercedes. Redention de cavtivos, primera parte. Contiene las vidas y sucesos de vente y ocho Maestros Generales, desde el primero que fue nro. glorioso fundador y Patriarca S. Pedro Nolasco hasta el vltimo de los perpetuos, por el discurso de 359 años. Escribese tambien en esta 1.ª parte las vidas de muchos sanctos martires y Confesores Religiosas Virgines Varones eminentes en todo genero de letras y virtudes que florecieron en los dichos años. Compvesto por el P.e M.o fr. Gabriel Tellez, Coronista General de el dicho Orden de nra. Señora de la Merced R.on de cautiuos. En Madrid á catorce de Diciembre de el anno de 1639.*

Esta fecha corresponde únicamente al dia en que otro que no fué Tirso puso la portada al tomo; porque al fin de él dice:

«Acabóse en esta celda del monasterio real de nra. Sra. de las Mercedes Redempon. de cautiuos, de Madrid, á cinco dias del mes de Febrero de el año 1639. por el M.º Fr. Gabriel Téllez.» (Firma.)

Segunda parte.

Historia general del Orden de N. S. de las Mercedes R.on de cautivos. 2.ª parte. Contiene las vidas y sucesos de catorce maestros generales desde el vigésimo octavo que fue el 1.º de los de el Gobierno limitado de á 6 años hasta el 42 en que se dió fin á esta 2.ª parte. Refierense tambien en ella las vidas de muchos siervos de Dios, Sanctos y eminentes en Letras y observancia y muchas Religiosas perfectisimas: todos hijos de el dicho Orden. Compvesto por el P. M.º fr. Gabriel Tellez, Coronista general. En Madrid á los 30 de Marzo del año de 1639.

Al fin dice:

«En este Monasterio de Madrid á 24 de Diciembre año 1639, por el M.º fr. Gabriel Téllez, Coronista General de la orden.» Lleva su firma.

Manuscrito original y autógrafo en 2 volúmenes en folio de 417 hojas el 1.º y 460 el segundo con 4 más sin foliar. (Biblioteca de la Academia de la Historia; Ms. E-16 y 17.)

dar unidad á su trabajo, ó porque no le pareciese bien la obra del anterior cronista, que había tenido muy mal despacho, comenzó de nuevo á escribir la historia, desde su fundación, y rehizo la parte ya compuesta.

Terminó la primera parte y tomo el 5 de Febrero de 1639, y dos meses después empezaba la segunda, á que ponía fin el día de Nochebuena del mismo año.

Está escrita esta obra en estilo rápido y elegante, quizá más de lo que conviene á la seriedad y aplomo de una crónica; no precisa bastante los hechos; omite muchos de importancia y acaso tenga otros defectos de composición, que un detenido estudio comparativo con otras de igual clase y el conocimiento profundo de la materia puedan arrojar; pero no creemos merezca la desdeñosa censura que le aplica el P. Colombo al decir:

«El M. Fr. Gabriel Téllez escribió dos tomos, diciendo que era el desvelo de dos años. Poco tiempo es para cohordinar noticias de más de cuatrocientos. Pero no habiendo para ello visto más autores que al M. Vargas y á Corvera en la *Vida de Santa María de Cervellón* y el brevísimo *Prontuario* del M. Boil, como confiesa, tiempo le sobró para la obra. Más ha de treinta años que voy trabajando esta cultura y cada día se ofrece nuevo trabajo, habiendo en lo estudiado aún mucho que estudiar de nuevo» (1).

Que Téllez había visto más fuentes que las que señala el P. Colombo no hay necesidad de asegurarlo desde el momento que se propuso perfeccionar los dos enormes tomos del P. Remón, impresos en 1618 y 1633, y que teniendo á su disposición los papeles de todos los archivos, siquiera por decoro del cargo, los habrá examinado con mayor ó menor detenimiento. Además, el mismo Téllez estampa en su *Introducción* estas textuales palabras: «Revolví papeles antiguos y modernos, leí autores y crónicas impresas y manuscritas, busqué noticias de archivos y depósitos.» Y más adelante añade: «Paciencia y tiempo ha sido menester para ojear manuscritos, construir letras que, ó por la mucha senectud ó por lo ya no usado de sus caracteres, se dificultaban; pero todo lo sazona el gusto de la obediencia.» Si esto hizo, como no hay por qué dudarlo, claro está que la escasa erudición que su historia tiene obedece al propósito de escribir, más que una crónica autorizada, un compendio histórico de lectura fácil y agradable.

Otra de las obras históricas del Maestro Téllez compuesta por esta época, y de la cual tenemos noticia por la mención que de ella hace el mismo autor en la dedicatoria de la *Cuarta parte* de sus comedias es la *Genealogía de la casa de Sástago*. Cítanla también el P. Harda y Alvarez Baena, añadiendo que fué impresa en Madrid en 1640, en folio (2).

---

(1) Colombo: *Crón.*, fol. 8.--Serrano: *Nuevos datos*, pág. 71.

(2) En la *Biblioteca* de Franckenau no figura este libro.

XVI

Últimos años de la vida de TIRSO DE MOLINA, *Comendador del convento de Soria.— Su muerte en 1648.*

Según las curiosas noticias que á D. José Antonio A. Baena comunicaron á fines del siglo XVIII los Mercenarios del convento de Madrid, TIRSO fué nombrado en 29 de Septiembre de 1645 Comendador, ó sea superior, del de Soria.

De su vida en los cinco años anteriores no tenemos por hoy la menor noticia. Debía de llevar bien los setenta y cuatro de su edad cuando no temió, al ir á sepultarse en el convento soriano, el clima crudísimo de aquella región inhospitalaria.

Allí residió hasta el fin de sus días, quizá sin venir más á la corte. El convento de la Merced de Soria, fundado á fines del siglo XIV (1387), fué reformado hacia 1478, y sus religiosos permanecieron en el de San Martín hasta la exclaustración, en 1835.

La inscripción del retrato que hemos copiado al principio de esta biografía nos informa que, si el P. TÉLLEZ se olvidó de todo trabajo literario, no así de ornar y enriquecer la que ya había de ser su última residencia. Fabricó el retablo principal de la iglesia, los colaterales, un camarín y otros adornos que en el siglo XVIII se veían aún en ella. Procuró adquirir alhajas y ornamentos para el culto, y en todo lo demás atendió á la buena dirección y administración del convento.

El notario de Soria, Abad y Crespo, halló, hacia 1883, una escritura de carta de pago, otorgada en 5 de Octubre de 1646 por «el Padre Maestro FRAY GABRIEL TÉLLEZ, Comendador del convento de Nuestra Señora de la Merced de esta ciudad» (Soria), en la que, á nombre de dicho convento, confiesa haber recibido 1.500 reales por la limosna de 1.000 misas dichas en él en sufragio del alma de un cierto D. Francisco López del Río (1).

Esta es la última noticia que tenemos de la vida de nuestro fraile, si se exceptúa la de su muerte, ocurrida en el convento de Soria el 12 de Marzo de 1648, á los *setenta y seis años* y cinco meses de edad (2).

Ningún escritor del tiempo nos ha conservado noticias de su muerte; nadie lloró sobre su tumba; olvidáronle los poetas madrileños, bien es verdad que ya estaba muerto para el mundo hacía muchos años. Fué sepultado en el convento de Soria; pero nuestras bárbaras luchas políticas han hecho desaparecer sus preciados restos (3).

---

(1) V. *La Ilustración Española y Americana* de Mayo de 1883.

(2) Inscripción del retrato perteneciente al convento de Soria.

(3) La comisión nombrada en 1869 para inaugurar el frustrado *Panteón Nacional*, hizo algunas averiguaciones en Soria en busca de las cenizas del MAESTRO TIRSO; pero sólo adquirió el triste convencimiento que están perdidas para siempre.

Los papeles de TÉLLEZ, en que había comedias autógrafas (1), parece que vinieron, después de su fallecimiento, al convento de Madrid. Pero éste «fué demolido; sus moradores pasados á hierro en el horrible día del Carmen de 1834, y sobre el solar de la que fué casa de TIRSO se alza triunfante, como simbólico monumento de la cultura progresista, la estatua del gran desamortizador Mendizábal, bastante por sí sola para ahuyentar á las Gracias y á las Musas que anidaron en el alma de FR. GABRIEL TÉLLEZ. Cada época tiene los grandes hombres que merece, y los honra y festeja como puede» (2).

XVII

Editores, colectores, biógrafos y críticos modernos de TIRSO DE MOLINA.

Muerto TIRSO, murieron también sus obras. Como la mayor parte quedaron inéditas, sobre éstas se precipitaron los refundidores de la segunda mitad del siglo XVII, como hicieron sobre aquella parte de las de Lope, que padecieron igual infortunio, y dándolas como suyas, condenaron al olvido el nombre del que las había dado ser y forma.

Por los años de 1733 y 34 reimprimió algunas de las que figuraban en los cinco tomos legítimos de TIRSO cierta D.ª Terésa de Guzmán, que tenía lonja de comedias en la Puerta del Sol; pero no dió ninguna nueva, porque no las conocía. Así y todo, esta tentativa de rehabilitación cayó en el vacío, ó poco menos, y fué preciso esperar

(1) Aunque en el *Catálogo dramático* general y razonado de TIRSO, que publicaremos al principio del segundo tomo de estas comedias, se dará noticia individual de todas, como en esta biografía hemos ido especificando las que el mismo autor fué dando á luz, pondremos aquí también, sin discutirla, la lista de las que á su nombre figuran en otras colecciones ó sueltas:

El Burlador de Sevilla. (En diversas colecciones desde 1630.)
La firmeza en la hermosura. (Parte 37 valenciana, 1646.)
Desde Toledo á Madrid. (Parte 26 de varios, 1666.)
Amar por señas. (P. 27 de ídem, 1667.)
La ventura con el nombre. (Idem, íd.)
El Caballero de Gracia. (P. 31, 1669.)
La Romera de Santiago. (P. 33, 1670.)
En Madrid y en una casa. (P. 35, 1671.)
Sueltas:
Los balcones de Madrid.
Bellaco sois, Gómez. (Ms.)
El cobarde más valiente.
La Condesa bandolera.
Habladme en entrando.
El honroso atrevimiento.
La joya de las montañas.
La Peña de los enamorados.
Quien da luego da dos veces.
Santa Juana: 3.ª parte. (Autógrafa.)

No incluímos en esta lista *El Rey D. Pedro en Madrid ó el Infanzón de Illescas*, porque el señor Menéndez y Pelayo ha recabado, á nuestro ver con buenas razones, la propiedad de la comedia para Lope de Vega. A favor de TIRSO no había más presunción que la de figurar impresa en una colección antigua que contiene también otra obra suya, pero á nombre de Lope, y la opinión de Hartzenbusch que la incluyó en la *Bib. de Autores españoles*, opinión, sin embargo, abandonada por él más adelante y vuelta en favor de Lope.

(2) MENÉNDEZ Y PELAYO: *Estudios de crítica literaria. Segunda serie*, pág. 168.

todavía otros setenta años y á que el público, cansado de los disparates cómicos aplebeyados de Comella, Zabala y Moncín, así como de las frialdades clásicas de los afrancesados, empezase á ver sin disgusto, y mutiladas ó refundidas, algunas comedias de nuestros grandes autores antiguos, no ya Calderón (que nunca había dejado de ser popular y conocido en la escena), ni Moreto, Solís y Cañizares, sino el tan maltratado Lope de Vega y el resucitado Tirso de Molina.

Un literato eminente, aunque de modesta clase, pues no era más que apuntador en el *coliseo* del Príncipe, refundió con acierto *La Villana de Vallecas*, *Por el sótano y el torno*, *Don Gil de las calzas verdes* y otras que no llevan su nombre, porque su trabajo, en realidad corto, se redujo á suprimir pasajes desvergonzados ó escenas poco necesarias para el desarrollo del argumento. Tuvo Solís imitadores en esta tarea, loable hasta cierto punto, y el nombre de Tirso comenzó á salir del olvido dos veces secular en que yacía.

Vino luego D. Agustín Durán, gran apóstol de la libertad crítica y aficionado á nuestros antiguos dramáticos, como á toda la antigua poesía popular, y uniendo la predicación con el ejemplo, comenzó á publicar con el título de *Talía española* (1834) una colección de obras dramáticas de Tirso de Molina. Desgraciadamente no dió á la estampa más que el tomo I, que contiene tres comedias (1) y dos excelentes juicios de *La prudencia en la mujer* y *El condenado por desconfiado* y algunas noticias biográficas del poeta.

Pero el impulso estaba dado; y al mismo tiempo que unos, como el librero Ortega, reimprimían las obras de nuestro poeta, con discretos aunque superficiales juicios sobre sus comedias, escritos por buenos literatos como D. Félix Enciso Castrillón, D. Manuel Bernardino García Suelto y D. Manuel Eduardo Gorostiza (2); tarea en que acompañó á Ortega el editor D. F. Grimaud de Velaude, sin ilustraciones de ninguna clase (3), comenzóse tambien á investigar algo de la vida obscura del fraile que

---

(1) *Talía española, ó colección de dramas del antiguo teatro español, ordenada y recopilada por D. Agustín Durán. Tomo I* (único publicado). *Madrid, Eusebio Aguado, 1834.*

8.° marquilla. Correctas y bien impresas publicó, con dos juicios sobre *La prudencia en la mujer* y *El condenado por desconfiado*, estas tres comedias:

La prudencia en la mujer.
Palabras y plumas.
El pretendiente al revés.

(2) *Comedias escogidas del Maestro Tirso de Molina. Madrid, Ortega y Compañía, 1826-1834.*

4 vols. en 8.° Contienen 14 comedias, con un examen crítico al fin de cada una. Los textos son muy poco seguros é incompletos.

Tomo I. El vergonzoso en Palacio.
Por el sótano y el torno.
Celos con celos se curan.
Don Gil de las calzas verdes.

Tomo II. El amor y el amistad.
La mujer por fuerza.
Amar por razón de Estado.
La huerta de Juan Fernández.

Tomo III. Amar por señas.
No hay peor sordo...
Escarmientos para el cuerdo.
La elección por la virtud.

Tomo IV. Todo es dar en una cosa.
La romera de Santiago.

(3) *Teatro español. Madrid. D. F. Grimaud de Velaude, 1837.*

12.° En tomitos sueltos publicó ocho comedias, con un grabado al frente de cada una; y, entre ellas, las cuatro de Tirso que siguen:

Desde Toledo á Madrid.
Los balcones de Madrid.
El pretendiente al revés.
En Madrid y en una casa *(como de Rojas)*.

tan lindas comedias había producido, distinguiéndose en estos primitivos y todavía rudimentarios trabajos el ameno escritor de costumbres madrileñas D. Ramón de Mesonero Romanos, que, á la vez, refundió con notable gusto varias obras de Tirso (1).

Otros fueron á la vez editores, biógrafos y críticos del gran poeta, todo en la pobre esfera que entonces era lícito ó posible. Así dió, en 1838, á conocer en Francia, D. Eugenio de Ochoa, al creador del tipo europeo del D. Juan (2); y con más brío y suficiencia el insigne Hartzenbusch (1839-1842) la colección más rica y mejor ilustrada que hasta entonces se había hecho de ningún dramático del siglo XVII (3).

No citaremos entre los promovedores de este gran movimiento de rehabilitación y desagravio al que lo pudiera haber conducido mejor que todos; porque, hombre insaciable en el acopio de datos y materiales, todos sus peregrinos hallazgos y descubrimientos permanecieron ocultos hasta hoy mismo, que por mi conducto reciben, antes

(1) Don Ramón de Mesonero Romanos, refundió (con muy escasas alteraciones) las comedias *Amar por señas*, *Ventura te dé Dios, hijo*. *La dama del olivar*, con el título de *Lorenza la de Estercuel*, todas tres en 1826, y fueron representadas en los teatros públicos.

En 1837 leyó en el Ateneo de Madrid un *discurso crítico* sobre Téllez.

En el *Semanario pintoresco* le estudió de nuevo en su *Bosquejo histórico del teatro español* (1844).

En 1848 publicó un tomo titulado: *Tirso de Molina: cuentos, fábulas, descripciones, diálogos, máximas y apotegmas, epigramas y dichos agudos recogidos en sus obras*, con un *Discurso crítico* (Madrid, 1848, 8.°, págs.)

Una *Noticia biográfica* en el tomo 45 de la *Biblioteca de Autores Españoles*, al principio.

(2) *Tesoro del teatro español desde su origen (año de 1366) hasta nuestros días; arreglado y dividido en cuatro partes por D. E. de Ochoa. París, 1838.*

5 vols., 8.° francés, con retratos. El tomo IV contiene de Tirso las cuatro grandes comedias:

La prudencia en la mujer.
Don Gil de las calzas verdes.
El Burlador de Sevilla.
La beata enamorada, Marta la piadosa.

(3) *Teatro escogido de Fr. Gabriel Téllez, conocido con el nombre del Maestro Tirso de Molina. Madrid, Imprenta de Yenes*, 1839 á 1842.

12 vols. en 8.° marquilla. Comprende 33 comedias y extractos y noticias de otras. Al fin de cada una hay un juicio del colector; en el tomo X va la apología del *Vergonzoso*, una buena introducción en el 1.° y la biografía que Durán puso en su *Talía española* y algunas noticias de esta clase en el 3.°

Tomo 1.° La villana de la Sagra.
Marta la Piadosa.
Amor y celos hacen discretos.

Tomo 2.° Palabras y plumas.
La celosa de sí misma.
Privar contra su gusto.

Tomo 3.° Don Gil de las calzas verdes.
El celoso prudente.
Ventura te dé Dios, hijo.

Tomo 4.° El amor y el amistad.
La gallega Mari-Hernández.
No hay peor sordo...

Tomo 5.° La huerta de Juan Fernández.
El castigo del pensé que.
Quien calla otorga.

Tomo 6.° La prudencia en la mujer.
La villana de Vallecas.
Amar por razón de Estado.

Tomo 7.° Averigüelo Vargas.
Desde Toledo á Madrid.
La firmeza en la hermosura.

Tomo 8.° Amar por señas.
El pretendiente al revés.
El amor médico.

Tomo 9.° Celos con celos se curan.
Esto sí que es negociar.
El Melancólico.

Tomo 10. Por el sótano y el torno.
El vergonzoso en Palacio.
La venganza de Tamar.

Tomo 11. Del enemigo el primer consejo.
Amar por arte mayor.
El condenado por desconfiado.

Tomo 12. Extractos y examen de las demás.

de salir á luz, el aplauso respetuoso y admirativo con que todo español debe saludar el nombre inmortal de D. Bartolomé José Gallardo (1).

Pero otros grandes críticos habían, sobre la base de la edición primera de Hartzenbusch, hecho estudios muy estimables del teatro de TIRSO DE MOLINA. Al frente de ellos marcha D. Alberto Lista, que, por su parte, trajo alguna joya nueva al tesoro en formación del poeta madrileño (2). Y por igual senda fueron D. Francisco Martínez de la Rosa (3), D. Francisco Javier de Burgos (4) y D. Antonio Gil y Zárate (5).

A dar nuevo pábulo á este estudio vino en 1848 el ya mencionado Hartzenbusch, con la segunda y más copiosa colección de obras de TIRSO, reunida para la gran *Biblioteca de Autores españoles* (6).

En la misma *Biblioteca* se estudió y dió á conocer, aunque más tarde, á TIRSO como escritor de autos sacramentales por González Pedroso (7).

---

(1) Gallardo, que poseyó el manuscrito de la comedia, hoy no conocida, de TIRSO *La peña de los enamorados*, se proponía publicarla con una biografía del autor. Perdió ambas cosas en el naufragio que en el Guadalquivir padecieron casi todos sus papeles, el célebre día de San Antonio de 1823, cuando huyó á Cádiz precipitadamente el Gobierno provisional, en el que Gallardo tenía el empleo de bibliotecario y archivero de las Cortes. Posteriormente rehizo casi todo lo relativo á biografía en papeletas sueltas, como hemos tenido ocasión de apuntar en el texto. Estas papeletas no tardarán en ver la luz pública.

(2) Don Alberto Lista trató de las obras de TIRSO en dos distintas ocasiones. La primera en unas lecciones de historia del teatro español que explicó en el Ateneo en 1837 y se publicaron póstumas, en 1853, con el inexacto título de *Lecciones de literatura española... por D. Alberto Lista. Madrid, Imprenta de D. José Repullés, Librería de Cuesta, 1853*.

2 vols. en 8.° de 345 y 296 págs. Lo más notable de estas lecciones son algunas expresiones críticas en favor del *Burlador de Sevilla*, que con otras solas tres obras de TIRSO examina.

Mayor importancia tienen los 17 artículos sobre las comedias de TIRSO, contenidos en el tomo II (págs. 89-150) de sus *Ensayos literarios y críticos* (Sevilla: Calvo-Rubio y Compañía, 1844, 4.°). Estudia principalmente el lenguaje, estilo y versificación de las mismas, con exquisitas observaciones. Lista fué el primero que llamó la atención acerca de la comedia *En Madrid y en una casa*, impresa á nombre de Rojas, sosteniendo que era de TIRSO, cosa hoy indiscutible.

(3) En el *Apéndice sobre la Comedia. Obras completas*, tomo I. París, 1845, 8.°

(4) En un artículo publicado en el periódico *El Laberinto*. Lo reimprimió Hartzenbusch en los preliminares de su colección en Rivadeneyra.

(5) En su *Manual de Literatura. Madrid, 1844*, 8.°

(6) *Comedias escogidas de Fr. Gabriel Téllez (el Maestro Tirso de Molina) juntas en colección é ilustradas por D. Juan Eugenio Hartzenbusch. Madrid, Rivadeneyra, 1848*. 4.° ed. estereotípica. XLIV-725 págs.

Lleva al principio un breve prólogo del colector y los artículos de Durán, Mesonero, uno de los de Lista, Burgos, M. de la Rosa y Gil y Zárate. Un breve *Catálogo razonado* de las obras dramáticas de TIRSO, y como apéndices la 3.ª jornada de *Lo que hace un manto en Madrid*, fragmentos de una impresión de *El Rey D. Pedro en Madrid*, y los dos juicios de Durán sobre *La prudencia en la mujer* y *El condenado por desconfiado*.

Contiene 36 comedias que, por orden alfabético, son las siguientes: Los amantes de Teruel.—Amar por arte mayor.—Amar por razón de Estado.— Amar por señas.— El amor médico.— El amor y el amistad.—Amor y celos hacen discretos.—Averígüelo Vargas.—Los balcones de Madrid.— El Burlador de Sevilla.— El castigo del pensé que.—Cautela contra cautela.—Celos con celos se curan.—La celosa de sí misma.—El celoso prudente.—El condenado por desconfiado. —Del enemigo el primer consejo.—Desde Toledo á Madrid.—Don Gil de las calzas verdes.—Esto sí que es negociar.—En Madrid y en una casa.—La gallega Mari-Hernández.—La huerta de Juan Fernández. — Marta la piadosa.— No hay peor sordo.—Palabras y plumas.—Por el sótano y el torno. —El pretendiente al revés.—Privar contra su gusto.—La prudencia en la mujer.—Quien calla otorga.—El Rey D. Pedro en Madrid.—La ventura con el nombre.—El vergonzoso en Palacio. La villana de la Sagra.—La villana de Vallecas.

(7) Tomo LVIII de la Biblioteca de *Autores Españoles*. Contiene los autos: *No le arriendo la ganancia* y *El Colmenero divino*.

En esta noble empresa coadyuvaron algunos escritores extranjeros, con su talento y erudición, tales como el norteamericano G. Ticknor en su excelente *Historia de la literatura española*, aunque TIRSO no sale muy favorecido en esta obra; el benemérito alemán Adolfo Federico Schack, que en su por nosotros ya citada y preciosa *Historia de la literatura y arte dramático de España* (1) condensó y amplió los trabajos de Durán y Hartzenbusch especialmente, y con su criterio expansivo, ilustrado y verdaderamente estético, recabó para TIRSO todo el valor é importancia que después le han concedido críticos tan esclarecidos como sus paisanos J. Leopoldo Klein (2) y Adolfo Schaeffer (3), por citar sólo á los más eminentes. Y aunque con menos conocimiento del asunto, los franceses L. Viel-Castel (4), Philarste Chaeles (5), Alfonso Royer (6), Alfredo Gassier (7) y otros de menor importancia.

La biografía de TIRSO, que parece había sido escrita muy á principios del siglo XIX por un compañero de hábito (8) y muy poco después en las papeletas bibliográficas de Gallardo, progresó muy poco á causa de no ser conocidos estos trabajos. Así que cuando el ilustre, el inolvidable Barrera, reunió en su gran *Catálogo del teatro español* (9), todo lo que se sabía y lo que aportaron su erudición y diligencia, pudo ya abrigarse la esperanza de reconstruir algún día la vida de aquel grande ingenio.

El hallazgo inesperado del famoso retrato de Soria, en 1874, vino á enriquecerla con algunas noticias de la mayor importancia, que condensó luego D. Cayetano Rosell en una breve pero sustanciosa biografía de TIRSO DE MOLINA (10).

Deseosa la Academia Española de que hubiese una buena obra acerca de TIRSO y su teatro, anunció en 1886 un concurso sobre dicho tema, que sólo dió por resultado, para el público, el notable libro de crítica de D. Pedro Muñoz Peña (11).

Pocos años después cúpome la honra de publicar reunidas todas las indagaciones recogidas por Barrera y Rosell, con otras muchas que allegó mi curiosidad (12), y la

(1) Schack publicó su obra en 1845; pero en 1854 hizo en Francfort una nueva edición muy añadida. Esta es la que tradujo en 1886 y siguientes D. Eduardo de Mier en 5 vols. 8.°

(2) En el tomo 4.° de su *Historia del drama español* (págs. 114-185), *Leipzig, T. O. Weigel, 1874*, 4.° (En alemán.) Examina largamente algunos de los principales dramas.

(3) *Historia del drama nacional español. Leipzig, 1890*, 2 vols. 4.° (tomo 1.°, páginas 339-375.)
Analiza muchas obras. (En alemán.)

(4) *Ensayo sobre el teatro español. Paris, 1882*, 2 vols. 8.° (Son artículos publicados primero en la *Revue des Deux-Mondes* en 1840 y 1841. (En francés.)

(5) *La France, l'Espagne et l'Italie au XVIIe siécle. Paris, 1877*, 8.° (Reimpresión de sus *Estudios sobre España*, publicados en 1847.)

(6) Tradujo algunas comedias de TIRSO (Paris, 1863, 8.°) y escribió una *Historia universal del teatro*, en 6 tomos en 8.° (Paris, 1869-70.)

(7) *Le Théâtre espagnol. San Gil de Portugal de Moreto, Paris, Paul Ollendorf, 1898*, 4.°, 516 págs. (V. págs. 112-129.)

(8) El P. Fr. Manuel Martínez que murió siendo Obispo de Málaga en 1832, había, según dice Mesonero Romanos, escrito algunos cuadernos acerca de TIRSO, que Mesonero no ha visto ni nadie después de él.

(9) Madrid, 1860, 4.°--El artículo TÉLLEZ es la biografía más completa de las publicadas hasta entonces.

(10) En el *Almanaque de La Ilustración Española y Americana. Madrid, 1879*, en folio, con retrato.

(11) *El Teatro del Maestro Tirso de Molina, Valladolid, 1889*, 4.°, 694 págs.

(12) *Tirso de Molina. Investigaciones bio-bibliográficas. Madrid, 1893*, 8.°, 221 págs.

satisfacción de ocasionar el admirable artículo histórico y crítico del rey de la erudición moderna (1).

Y al año siguiente un joven, entonces modesto y hoy ya uno de los más notables eruditos de nuestra nación, ampliaba con nuevos é importantísimos datos mis investigaciones, como se ha visto, en este estudio, con las frecuentes referencias que hago al Sr. Serrano y Sanz.

Los doce años que de entonces acá han transcurrido nada han traído de nuevo para la biografía de TÉLLEZ, aunque sí mucho acerca de algunas de sus obras.

El descubrimiento de un texto desconocido de *El burlador de Sevilla* (2) recabó la atención de los críticos sobre este tipo dramático, tan famoso en toda Europa, y á él consagraron notables estudios (para entonces) D. Francisco Pí y Margall (3), don Manuel de la Revilla (4), D. Felipe Picatoste (5), D.ª Blanca de los Ríos (6), D. Joaquín Hazañas y La Rúa (7), el insigne académico Marqués de Valmar (8), y como resumen de todos estos trabajos y los de varios extranjeros, ampliados con las propias indagaciones, la eruditísima monografía del Sr. Arturo Farinelli (9), que es por hoy la más completa historia de las evoluciones y transformaciones que ha sufrido la leyenda dramática del *Burlador de Sevilla*.

Sobre las fuentes de *El condenado por desconfiado* ha versado el discurso de ingreso en la Real Academia Española de nuestro ya ilustre compañero D. Ramón M. Pidal, adicionado posteriormente con nuevos datos (10) y unos profundos artículos sobre el alcance filosófico y teológico de la obra por el P. Norberto del Prado, dominico (11).

---

(1) *Estudios de crítica literaria. Segunda serie Madrid, 1895*, 8.º, págs. 131-198.

(2) *Comedias de Tirso de Molina y de Don Guillén de Castro. Madrid, 1878*, 8.º

La refundición lleva el título de *Tan largo me lo fiáis*.

(3) *Observaciones sobre el carácter de Don Juan Tenorio*, como prólogo de la obra anterior; reimpreso en los opúsculos de su autor D. Francisco Pí y Margall. Creemos que fué lo primero algo serio que se escribió en España sobre este tema.

(4) Dos artículos en *La Ilustración Española y Americana*. 2.º semestre de 1878, págs. 255 y 282, y luego en sus *Obras completas*. (Madrid, 1883, *Estudios literarios*, pág. 431.)

(5) *Estudios literarios. Don Juan Tenorio por D. Felipe Picatoste. Madrid, 1883*, 8.º, 196 págs. *Últimos escritos de D. Felipe Picatoste. Madrid, 1892*. 4.º En la pág. 193 hay un artículo sobre *Don Juan y sus intérpretes*.

(6) Dos artículos en la *España Moderna* (Noviembre y Diciembre de 1889).

(7) *Génesis y desarrollo de la leyenda de Don Juan Tenorio. Sevilla, 1893*, 4.º, 48 págs.

(8) *Contestación al Discurso* de D. José Zorrilla en su recepción en la Academia Española. —Madrid, 1885, 4.º Reimpreso en las *Memorias de la Academia*, tomo VII.

(9) *Don Giovanni. Note critiche*. Dos largos artículos en el *Giornale storico della letteratura italiana*, vol. XXVII (1896, págs. 1 y 254: 149 págs. en 4.º)

El Sr. Farinelli nos parece algo injusto en sus apreciaciones sobre el libro de Picatoste, pues hasta entonces creemos era lo más copioso sobre la materia, y, aparte de algunas divagaciones, bien razonado; tanto, que el mismo Farinelli aceptó la división capital que, á mi juicio infundadamente, hizo aquél del carácter del Don Juan. Mr. de Magnabal había ya publicado en París, en 1893, un estudio sobre *Don Juan et la critique espagnole*.

(10) Madrid, 1902. Posteriormente el Sr. Menéndez Pidal ha publicado en el *Boletín hispánico* de Burdeos, Enero-Marzo de 1904 el artículo *Más sobre las fuentes del Condenado por desconfiado*. 4.º, págs. 38-43. Sobre esta comedia imprimió también Revilla otro artículo en *La Ilustración Española y Americana* de Junio de 1878.

(11) En la *Revista del Santísimo Rosario*. Vergara, 1904 y 1905.

El gran drama de *La prudencia en la mujer* ha inspirado un notable artículo sobre sus fuentes al renombrado hispanista Mr. Alfredo Morel-Fatio (1), y con anterioridad un extenso trabajo crítico que acompaña á su refundición de la obra hecha por D. Enrique Funes (2). Del drama de TÉLLEZ también hay una refundición póstuma de Hartzenbusch (3).

Tal creo que ha sido hasta hoy la suerte de TIRSO en la literatura (4). Nos lisonjeamos que nuestra publicación, facilitando el examen de textos hasta hoy poco accesibles, dará margen á estudios más perfectos y completos acerca del gran poeta.

Para que no se busque en este ensayo lo que yo no he querido poner, ni es obligación de un simple editor, diré que aun cuando no sería impertinente el estudio crítico sobre todas y cada una de las obras del Mercenario famoso, tal obra excedería con mucho los límites de este prólogo, ya harto dilatado. Solamente el trabajo del señor Muñoz Peña ocupa 700 páginas en 4.°, y versa únicamente sobre las comedias (y aun no todas) contenidas en la colección de Rivadeneyra. Al frente del tomo segundo irá un extenso *Catálogo individual y razonado* del caudal dramático de nuestro poeta con aquellas noticias y observaciones que más interés puedan ofrecer al lector inteligente.

(1) *Etudes sur le théâtre de Tirso de Molina, I. La prudencia en la mujer. Extrait du Bulletin hispanique d'Avril-Septembre, 1900. Bordeaux, Feret et fils, 1900;* 4.°, 54 págs.

(2) *La prudencia en la mujer. Comedia de Tirso de Molina, refundida en cuatro actos y precedida de un discurso por Enrique Funes. 2.ª edición, corregida por el refundidor. Santa Cruz de Tenerife, Imprenta de A. J. Benítez, 1889;* 4.°, LVII-177 págs.

(3) *La prudencia en la mujer, comedia en tres jornadas y seis cuadros, escrita por Fr. Gabriel Téllez, conocido con el nombre de Tirso de Molina. Refundida por Juan Eugenio Hartzenbusch. Madrid, Rivad., 1902,* 8.°, 94 págs. La refundición se representó en el teatro del Circo el 20 de Mayo de 1858; pero quedó inédita.

(4) No mencionamos otros muchos trabajos de menor importancia, ya porque nada nuevo dicen en la materia y ya porque no aspiramos á hacer una bibliografía completa de TIRSO DE MOLINA. Cuando, al principio de esta biografía, dijimos que la piececita *El nacimiento de Tirso* era la única obra en que nuestro personaje lo fuese literario, olvidábamos que mucho antes lo había sacado á escena, por cierto de un modo bien poco airoso, D. Luis Eguílaz, en su comedia *Una aventura de Tirso*, representada en 1855. Al final de la obra casa el autor á TÉLLEZ nada menos que con D.ª Feliciana Enríquez de Guzmán, que disfrazada de hombre, le persigue en toda la comedia, ni más ni menos que las andariegas damas en las del célebre Mercenario; y con mayor inverosimilitud, pues TIRSO ni la conoce.

III

APÉNDICE

Poesias líricas incluídas en la Segunda parte de las Comedias de Tirso de Molina.

I

«A un poeta muy flaco y viejo, aconsejándole que se muera.»

ROMANCE EN CONSONANTES

A ti, el hombre más subtil
que aguja de hacer filete;
con más pliegues en la cara,
que de un obispo el roquete;
A ti, que traes el juicio
puesto siempre al escudete,
porque no quiere estar fijo
en barrenado casquete;
A ti, relevante en prosa
como tabla de bufete
que daña su munición
más que la de algún mosquete;
A ti, que tienes el casco
más débil que su copete,
siendo veleta en la tierra,
siendo en el mar gallardete;
Otro poeta de bien
que nunca ha puesto bonete,
por hacerte algún favor,
te escribe aqueste billete.
Estima esta cortesía
para ponerla en membrete,
aunque teme de tu ingenio,
que sus versos no interprete.
Dice que, pues ya tu fama
llega ya á beber del Lethe,
que te dejes sepultar
en el nido de un ariete.
Que no debe ya vivir
un ingenio tan pobrete,
que es la fábula de todos
y de la risa el sainete.
Que á cualquier pequeña valla
de cuitado se somete
por no tener cortezón,
sino miga de mollete.
Jamás invocaste musa
sin prevención de alcahuete,
y, sin ayuda de amigo,
jamás hiciste motete.
Cae, amigo, de tu burra,
pues eres tan mal jinete,
que será como caer
de Valencia el Micalete.
Escoge honroso sepulcro,
pues yo te he ofrecido siete,
que el más humilde de todos
á tu vanidad compete.
Pondrán tu cuerpo subtil
más que filos de machete,
para darle sepultura,
en un bordado tapete.
Más armado y más galán
que un valiente matasiete,
desde la baja esquinela
hasta el encrestado almete.
Urna de labor costosa
á tu cuerpo se promete,
donde estés más celebrado
que en el vino está el luquete.
No llegará á tu sepulcro
ningún humano ribete,
en sabiendo que la parca
fué de tu vida corchete.
Muere, poeta caduco,
porque tu cuerpo se quiete;
que sin remisión la parca
ha tocado ya á jarrete.

II

De un amigo á quien convidó el Autor, para la Academia, una noche de invierno.

ROMANCE

Señor secretario: Anoche
ir no pude á la Academia,
que nieve y lodos obligan
á lo que el hombre no piensa.
Fuíme á ver de una hermosura
los extremos, que lo fueran
á haber menos que lo digan,
ya que hay tantos que lo sepan.
Es la mujer agradable,
cuyas ventanas y puertas
jamás sufrieron porfías
y nunca escucharon quejas.
Dase á todos muy barata,
aunque muy cara les cuesta;
y si no es por lo que dan,
viene á ser por lo que llevan.
Mas, si por la variedad,
es naturaleza bella,
en su hermosura es Lisarda
la misma naturaleza.
Teniendo tantos, no tiene
hombre que le favorezca,
y así, de lo que le sobra
le falta lo que desea.
Por armas tiene un botín
con una ingeniosa letra

que dice en letra vulgar:
«Alejandro de sí mesma.»
Con ésta fuí flaco anoche;
fuerte fuí anoche con ésta;
que el valor en la caída
fué más que en la residencia.
Y después de levantado
volví á caer en la cuenta
y que se pasó la causa
del daño que se recela.
Al fin, como condenado,
dando gracias por ofensas,
pagué de mi propia bolsa,
á mi verdugo, mi afrenta.
Esta noche no he dormido
llorando mis fortalezas,
pensando en lo que pasó
y temiendo lo que queda.
Rogad, amigo, á los cielos,
si os oyen sus luces bellas,
que mi temor sea por bien,
ó por menos mal siquiera.
Y que de tan grave culpa
se me dé la penitencia,
ya que lo pecó la carne
sin que los huesos lo sientan.
Y pues la imaginación
en los tristes atormenta
aun con afectos fingidos
como las verdades mesmas,
Ya que padezco en la mía,
pudiendo tener mis penas
remedios de vuestras manos,
no es justo que así padezca.
Respondedme y consoladme;
que, por mi desdicha, crea
que en sus extremos mayores
no hay mal que por bien no venga.

III

RESPUESTA Á ESTE ROMANCE

Disculpa el obedeceros
el que en escribir delinque
á versos que son tan doctos,
con ignorancias humildes.
No todos usan discretos
del sacro humor de Aganipe;
pues su pilón ya es patente
á caballos y rocines.
En el cuartago lenguaje
que mi musa me permite
(porque quien más no merece
no ha de pedir imposibles)
Os digo, señor amigo,
que vuestro ingenio felice
hizo falta en la Academia
del claro desdén de Clizie.
Si bien estáis disculpado
con el rigor insufrible
de la nieve y vendabal,
que una hiela y otro gime;
Mas quien con tanto calor
busca Lamias, busca Circes,
pudiera pasar los puertos
de Guadarrama y Bembibre.
Por la vista relación
hallo que gozar quisistes
empleo de ropería
adonde todos se visten.
En mesón de variedad,
donde huéspedes se admiten,
siempre es patente la estafa
y siempre expulso el melindre.
Detenidos pretendientes
adonde quejas publiquen
son embarazos de calles
por quien vecinos registren.
Menos escándalo causan
seis ocultos albañires
dándoles barro á la mano
que no un público cacique.
Hizo bien la tal señora
no hacerse uraña y difícil,
que en estos tiempos modernos
la que huye no se sigue.
Suelen estas mancebías
con brevedad remitirse
á galicias experiencias
y no se ignora el origen.
Todo venéreo bajel,
el timonero que rige,
debe temer el escollo
y guardarse de la sirte.
El vuestro, que anda surcando
mares de varios países,
para conocer bajíos
le conviene ser un lince.
Que en este mar de Madrid
hay Sirenas contra Ulises,
sin que la cera les valga
para que su encanto eviten.
Hay harpías que á las otras
les pueden dar falta y quince
de quien no hay presas que emboten
uñas que son tan sutiles.
Hay, mas ceso porque os canso;
y á esto podréis decirme
que al fin no hay cuerdo á caballo
ni hombre continente á un brindis.
Y si esto es ansí, os le hago
y os convido á varios chistes
en la futura Academia;
pues la passada no fuistes.

IV

A la derivación de «Pasa Gonzalo».

SONETO

Brígida de Rubiales, que la gala
De todo el fregonismo en sí atesora,
El alma inclina al talle (que enamora)
Del lacayo Gonzalo de Zavala.
Rendirle quiere pecho ó alcavala
Al niño Amor, que sus harpones dora,
Y en una noche en que señala hora
Aguarda al que ella estima, si él regala.
Dióla á su ministerio desempeño;
Las doce, y una, del relox, ha oído
Y ve que no venía su regalo.
Oyó las dos y ya, rendida al sueño,
dijo con un despecho desabrido:
¡Oh, cómo pasa el tiempo, y no Gonzalo!

V

A una vieja habladora que callando registraba á un galán lo que le pasaba con su dama desde su casa.

ROMANCE

Epílogo de los tiempos,
almacén de las arrugas,
archivo de las edades
y taller de las astucias.
Inmemorial poseedora
de una vida que madruga,
desde el tiempo de Noé,
á ser de muchas injuria.
Azote de los demonios,
polilla de sepultura,
salteadora de ahorcados
y contra los niños bruja.
Con tu larga senectud
(que no te parece mucha)
Sarra se murió en agraz,
Matusalén en la cuna.
Si resignara la Parca
el oficio que ejecuta,
por inexorable fueras
la primera en la consulta.
En lo anciano y descarnado
te toca el ser sustituta,
pues congregación de tabas
en tu pellejo se juntan.
¿Qué será verte en un cerco,
cuando el Cocito conjuras,
sin zapatos, patizamba,
sin tocado pelirrubia;
con el acebo en la mano,
que descerraje espeluncas,
que divierte el Cancerbero
y que al Flejetonte enturbia;
cuyo mandato obedece
toda la canalla inmunda
como á miembro de su centro,
como á dueño de su furias?
¿Qué será verte una noche
cuando, á las doce, desnuda,
para pisar esos aires
te vales de las unturas,
y penetrando bodegas,
brincando de cuba en cuba,
tanto chupas sus licores
como á los muchachos chupas,
hasta que en solio azufrado
el torpe cabrón adulas,
besándole aquellas partes
tan cursadas como sucias?
Y ¿quién te viera, ¡oh vestiglo!,
solícita como muda,
desbalijar de las horcas
los que el verdugo columpia;
pues aun en bocas cerradas
no tienen muelas seguras:
que para tus invenciones
de sus quijares las hurtas?
Tú forjas las tempestades,
tú los elementos turbas,
tú los granizos congelas
y tú desatas las pluvias.
A fuerza de tus conjuros
el día claro se enluta
y en las más peladas peñas
haces que nazcan lechugas.
Y con todas estas faltas,
no me ofende ni me injuria
tanto como ver en ti
que eres habladora suma:
que el truhán más aplaudido
y la monja menos zurda
será mudo en tu presencia
y ella será tartamuda.
A usarlo continuamente,
diera á tu falta disculpa;
mas, en mi daño callada,
¿quién ha de haber que lo sufra?
Pues el silencio destierra
esa lengua vagabunda,
no en ocasión de hacer mal
seas Pitágora sigura.
Sólo para locutorios,
donde se guardan clausuras
se remite á los oídos
el hacer papel de escucha.
Y la virtud del silencio
no es bien que se te atribuya
cuando por curiosidad
veces y voces renuncias.
Ya que oyes con silencio,
tenerle siempre procura,
no desentierres secretos
que nobles pechos ocultan.
Pena que si los revela
tu lengua vil y perjura
de la manera que suele,
vendiendo por vino zupia,
tremendo castigo aguarda,
que ya mi rigor le anuncia,
sin que puedan defenderte
los de la precita turba.
Con legiones de muchachos,
que es la más inquieta chusma,
me vengaré de tus yerros
y castigaré tus culpas.

VI

A los celos.

SONETO

Emulos del amor, celos mestizos,
linces al daño y al provecho ciegos,
que sois en los buchornos veraniegos
y sois en las heladas invernizos.
¿Qué mostachos se escapan ni qué rizos
á quien no prevengáis desasosiegos?
Si azulos os pintaron muchos legos,
los cultos os pintamos ya pajizos.
¿Qué razón hay que convenceros pueda?
Y si dais confusiones á tropeles,
¿cómo resistiré daños (1) atroces,
pues contra el alma, celos, que os hospeda,
mozos gallegos sois en no ser fieles
y mulas falsas sois en tirar coces?

---

(1) En el original dice: «como resistiré dos años atrozes.»

VII

A Io, cuando la desterró Juno poniéndola tábanos en la cola, transformada en vaca.

CANCIONES

La reina de las diosas,
de celos la altercaban picazones,
cosquillas venenosas,
que inquietan más que sarna y sabañones;
aunque Jove á su pecho, duro en celos,
le da satisfacción por caramelos.
En vaca transformada,
mira á la que es á ella preferida,
por su orden guardada
de aquel que en muchos ojos tuvo vida,
con quien después, Mercurio, astuto y fiero,
fué, de tantos ojales, botonero.
¡Oh tú, Ninfa encubierta,
por quien mi esposo olvida su familia
(dice, de celos muerta):
tú eres su fiesta, yo soy tu vigilia,
y, aunque en vaca el recato te transforma,
yo me tengo los cuernos, tú la forma!
Tábanos de Sodoma,
de circulares sitios, sanguijuelas
para vengarse toma,
que en su fuga le son vivas espuelas,
pues con sus aguijones le dan caza,
con quien parece perro puesta maza.
Aquí el sermón encajo,
pues se me vino el cabe de paleta,
tu mordaz, que, á destajo,
picas con aguijón que nos inquieta.
El curso no repitas, macho en noria,
que ni acá tendrás gracia, ni allá gloria.

VIII

A una buscona que andaba siempre en coche y pedía á todos para dar al cochero.

MADRIGAL

Trasunto de un truhán, ó alguna monja,
debiste de nacer á ser esponja:
muchos dudan, mirando cómo andas,
si fuiste tú primero ó las demandas;
los *Pater noster* son tus devociones,
porque constan de sólo peticiones;
el coche en que haces ruido
á un maestro de hacerlos le has pedido;
por estafa te sirven los cocheros,
y los caballos son de dos Archeros;
de la calle Mayor corres la costa
con más daño que hace una langosta;
que á pedir andas, siempre lo publica
cara mellada y mano baciuica;
pero que sea, yo sufrir no quiero
el santo por quien pides, el cochero;
que dicen en la villa
que de cepo le sirve ya su arquilla;
y aun afirman personas de importancia,
ó que es tu amigo, ó partes la ganancia;
las harpías te ofrezcan mil coronas,
que eres la quintaesencia de busconas.

IX

Epístola de un galán desengañado á una dama muy mudable y entretenida.

TERCETOS

La soberana gracia del Paráclito
sea conmigo en el primer capítulo,
pues que ya me escapé de ser Heráclito.
A ti, que de mudable te dan título,
siendo con tus amantes siempre incrédula,
terrible institución de tu capítulo;
Tú, que de archivoltaria tienes cédula,
por exceder á las de tu matrícula,
con esa preeminencia, á todos crédula;
A ti, que no te adorna una partícula
de estable y firme, siendo en esto única,
por dar motivo á la pasión ridícula,
Oye á aquel que de necio puso túnica
con que un tiempo observé tu secta pésima,
forzándome á seguir su guerra púnica.
Un cofrade que fué de la centésima,
si á número reduces ese oráculo,
que mejor llamaré afición milésima,
Este, que toma al desengaño el báculo,
huyendo de tu luz como murciélago,
despejado te escribe sin obstáculo.
Libre de verse en el profundo piélago
que á tantos sumergió el olvido trágico
por quien cobra renombre de archipiélago,
Ya, Circe, me escapé del rigor mágico
donde en ser tu galán estaba tísico
y convertido ya en monstruo selvájico.
Que el desengaño es un experto físico
y obligome á dejar tu trato herético,
persuadido por modo metafísico.
Fué la causa decirme un aritmético
que no reduce á número su péndola,
tus maridos de rito mahomético.
Y ella, hermosa beldad, por no ir siguiéndola,
de su secta reniego, que es cismática,
y desde luego estoy aborreciéndola.
Muchos enfermos hay en tu probática
que, no se pareciendo á la israelítica;
se quedan sin salud con su lunática.
Y aunque catezca yo de tu política,
de tus sentencias y de tu verónica,
más me valdrá seguir vida eremítica,
Que temo mucho en la región Plutónica
ver á mi alma, entre brasas, hética,
porque ha seguido tu virtud irónica.
Que Galeno me avisa en su profética
que estará muy á pique el que es motólito
de tener por mujeres gota artética,
Y aquel que de mudables fuere acólito
no se podrá escapar de una ceática,
aunque sean más limpias que un crisólito.
Huir pretendo tu engañosa plática,
que un tiempo tuve condición benévola;
mas ya guardo á otro gusto su pragmática.
Según del tuyo la intención malévola,
y, en fuego de tu amor, sacrificándome,
era, por tu servicio, un Mucio Scévola.
Mas ya que el tiempo va desengañándome,
vade retro, Satán (Lisarda rígida),
que ya con mis sentidos voy hallándome,
y apelo de tu tierra á otra más frígida.



COMEDIA FAMOSA

DE

CÓMO HAN DE SER LOS AMIGOS

PERSONAS

El Conde de Fox Don Gastón.
Don Manrique de Lara.
Tamayo, *lacayo.*
Don Ramón.
Tibaldo, } *caballeros.*
Renato, }
Armesinda.
Doña Violante, *su hermana.*
El Rey de Aragón.
Dos soldados.
El Rey de Navarra.
Un criado.
Rosela, *criada.*
Rey de Castilla.

Representóla Pinedo, maestro de los deste oficio.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Salen Don Gastón, *Conde de Fox, leyendo una carta, y* Don Manrique de Lara, *de camino.*)

(Carta.) «En fin, han levantado los ricos hombres y Grandes de Castilla por rey á don Alonso octavo, y han podido tanto con él las persuasiones de Fernán Ruiz de Castro y de don Lope Díaz de Haro, Señor de Vizcaya que, prendiendo á la reina, su madre, ha desterrado de sus reinos al conde don Pedro de Lara, el mayor Señor dellos, á quien por el deudo y amistad que conmigo tiene he favorecido y dado tierras en mi condado de Urgel. Su hijo don Manrique, por sus hazañas llamado *el Tornеador*, desnaturalizándose de toda España, se va á favorecer de Vuestra Excelencia, por la amistad que la casa de Fox ha tenido siempre con la de Lara. La fama de sus hazañas corresponde con su persona, á cuya vista me remito, satisfecho que será estimado como el valor de su sangre merece. El cielo guarde el Estado y vida de Vuestra Excelencia, como deseo y ese Condado de Fox ha menester. De Urgel, y Julio de 1126 años.—D. Jaime, *Conde de Urgel.*»

D. Gast. ¡Válgame el cielo! ¿En mi casa
tengo al Conde don Manrique?
Su dicha el alma publique,
pues tan adelante pasa.
Desde hoy, famoso español,
conociendo la ganancia
que ha de tener con vos Francia,
envidia me tendrá el Sol;
pues yo sé dél que se honrara
la luz de su cuarta esfera,
si por su guésped tuviera
á don Manrique de Lara.
Mas, pues yo solo merezco
la honra que me habéis dado,
la vida, hacienda y estado
con los brazos os ofrezco.

D. Manr. Esos estimo de modo,
que el pecho que los recibe
se honrará en ver que en vos vive
el valor de Francia todo
con ellos; y si hasta aquí
contra la fortuna airada
de mi desdicha pasada
quejas inútiles dí,
ya, famoso don Gastón,
sus rigores agradezco,
pues que por ellos merezco
veros en esta ocasión.
Pues si cuanto había perdido

en vuestra amistad he hallado,
si no fuera desdichado,
desdichado hubiera sido,
perdiendo el no conoceros.

D. GAST. Ya yo sé que en cortesía
vencéis, como en valentía,
á los demás caballeros;
y que en fe de que eso es llano,
si os llama vuestro valor
don Manrique el Torneador,
don Manrique el Castellano
los demás también os nombran;
pues porque todos os sigan,
vuestras razones obligan,
y vuestros hechos asombran.
Cesen encarecimientos,
que jamás la voluntad
gastó en la firme amistad
palabras ni cumplimientos,
y dadme despacio cuenta
de vuestra trágica historia.

D. MANR. Aunque me dé su memoria,
pena, serviros intenta
el alma. Y porque las leyes
cumpla desta obligación,
oid; sabréis lo que son
las privanzas de los reyes.
Después que el célebre Alfonso
de Aragón y de Navarra
se hizo rey en Castilla
y emperador en España,
dió libelo de repudio
á la reina doña Urraca,
por ser parientes los dos,
si es que fué aquesta la causa.
Reinó en Castilla y León,
como reina propietaria,
algunos tiempos en paz,
mediante el consejo y canas
del Conde don Pedro Anzures,
cuya prudencia y hazañas
darán en Valladolid
eterno nombre á su fama.
Mas muerto el Conde, y sintiendo
las condiciones voltarias
de algunos Grandes del reino
que una mujer sola y flaca
los gobernase, usurparon
por el rigor de las armas
las más importantes fuerzas
que las dos Castillas guardan.
Quiso acudir al remedio;
y ansí á don Pedro de Lara,
mi padre, manda que ponga
freno á su ambición tirana.
Hízolo, aunque con peligro,
sin que las fuerzas contrarias
de los rebeldes le hiciesen
volver al temor la cara.
Puso freno á su soberbia,
venciendo en una batalla
á don Fernán Ruiz de Castro,
con el señor de Vizcaya,
don Lope de Haro y quedó
con aquesto respetada
doña Urraca, y reprimidas
sus inquietas arrogancias.
Obligó tanto á la reina,
que pasando su privanza
de vasallo, á ser señor,
quiso ilustrar nuestra casa,
y hacelle rey de Castilla,
dándole mano y palabra
de esposa. Vez qué ocasión,
si supiéramos gozalla.
Hubiera llegado á efecto,
si en secreto ejecutara
los intentos de la reina,
mi padre; mas su desgracia
y cortedad difirieron
nuestras dichas y esperanzas,
hasta que destos sucesos
voló la parlera fama.
Alborotáronse todos,
y puesta Castilla en armas,
á don Alfonso, el Infante,
que en Galicia se criaba,
trujeron hasta Toledo;
y aunque en la edad tan temprana,
que los siete años cumplía,
por él pendones levantan,
y por rey todos le juran,
haciendo que á doña Urraca,
su madre, ponga en prisión.
Llegó luego la privanza
de don Fernán Ruiz de Castro
á tanto, que por su causa
quitó el rey las fortalezas
y lugares de importancia
á mi padre; como fueron:
Montes de Oca, Villafranca,
Villorado, Navarrete,
á Castrojeriz, á Anaya,
á Nájera, y otros pueblos
que ganaron las hazañas
de nuestros progenitores;
no parando su venganza
hasta echalle de Castilla,
desterrado. Huyó á Navarra,
y parando en Cataluña,
como pariente, le ampara
don Jaime, su primo, Conde
de Urgel, Manresa y Cerdania,
hasta que torne á dar vuelta
el tiempo y fortunia varia.
No pudo mi inclinación
de que viéndome en España,
sufriese el ver mis contrarios
sobre las sublimes alas
de la privanza y favor
del rey; y por ganar fama
fuera de mi patria y tierra,
(madre un tiempo, y ya madrastra)
vengo, valeroso Conde,
aquí, donde mis desgracias,
pues os conozco por ellas,
daré por bien empleadas.

D. GAST. Aunque cual propias las siento,
no sé si el contento iguala
de teneros en mi tierra
á la pena que me causan.
Pero si ajenas desdichas
las propias dicen que ablandan,
y pueden mejor llevarse

las penas comunicadas,
algún tanto me consuelo
por poner freno á mis ansias
con vuestros males á medias.
¡Ay, don Manrique de Lara!
Grandes vaivenes han puesto
vuestra quietud en balanzas,
pero puede resistillas
el valor que os acompaña.
Mas si rigores de celos
arrimaron sus escalas
la noche de la sospecha
á los muros de vuestra alma,
juzgad si serán mayores
tormentos sin esperanza
de remedio, siendo amor
quien me destruye y los causa.
Ví (nunca viera) en Narbona
la hermosura soberana
de Armesinda, hija del Duque,
ignorando que se entrara
al alma, amor, por los ojos.
Pero ¡qué necia ignorancia
sabiendo que son Sinones
que meten el griego en casa!
Adoré su simulacro,
quemando sobre las aras
de su memoria, deseos,
aromas que en humo pasan.
Quise decilla mis penas,
mas faltáronme palabras:
¡Ved cuán avaro es amor,
que aun el aire da por tasa!
Busqué medios pregoneros,
que son lenguas de quien ama;
rondé, serví, paseé,
de libreas rompí galas.
Entendióme, mas no pudo
ó no quiso dar entrada
á imposibles pensamientos
y á inútiles esperanzas:
bien digo, inútiles, pues
su padre, el Duque, la casa
con don Ramón de Tolosa,
aunque dicen que forzada
la libertad de Armesinda.
Y si esto es ansí, ¡mal hayan
leyes, que la voluntad
siendo libre, hacen esclava!
Ví concertarse las bodas,
y llena de luto el alma,
á Fox me vine á morir,
guardando para mañana
las obsequias de mi muerte,
si mi persona no basta
á divertir la memoria
que en vivos celos me abrasa.

D. M[illegible]. Conde, imposibles de amor,
con ser imposibles, hallan
en los peligros, remedio,
y ventura en las desgracias.
No dejes de ir á Narbona,
que si aborrece tu dama
[illegible]ierzas de amor, como es justo,
[illegible] cielo nos dará traza
[illegible]omo, aunque al Conde matemos,
[illegible] hojas marchitas nazcan
desa tu esperanza seca.

D. GAST. ¡Oh, ilustre valor de España!
con remedios imposibles
casi las heridas sanas
que me atormentan. Mas, vamos
que ya me promete el alma
por tu ocasión nueva dicha.
Mantenedor es mañana
de un torneo, el de Tolosa.

D. MANR. Pues, Conde amigo, ¿qué aguardas?
Entre todas mis desdichas
es la mayor que no hay armas
que hasta agora hayan sufrido
dos encuentros de mi lanza.
Entremos de aventureros;
verás caer la arrogancia
del de Tolosa á tus pies.

D. GAST. Más prometen sus hazañas.

ESCENA II

DICHOS y sale TAMAYO, lacayo, con un harnero

TAM. El caballo lo hizo bien,
y quien lo contrario siente,
si es rasca frisones, miente,
y si es lacayo, también

D. MANR. ¿Qué es esto? ¡Ah, loco!

TAM. ¡El ruín!

D. MANR. ¡Ah, Tamayo! ¡Ah, majadero!

TAM. Y pregúntele al harnero,
si era más que un celemín
y si me le dió por tasa.
Basta decillo Tamayo,
español protolacayo.

D. MANR. ¿Piensas que estás en tu casa?
Calla, ó vete noramala.

TAM. Para quien me escucha soy
hombre que mi razón doy.

D. MANR. ¡Necio! Salte de la sala;
vete á la caballeriza,
que está aquí el conde de Fox,
don Gastón.

TAM. ¿Aquí está, ox?
Cuando el hombre se encarniza
es caballo desbocado.
Vuestra Excelencia me dé
los brazos, la mano, el pie,
que le soy aficionado,
á fe de quien soy.

D. MANR. ¡Ah, necio!

TAM. Y si fuere menester
le haré cualquiera placer,
porque de hacellos me precio.

D. GAST. ¿Quién es este?

D. MANR. Es mi lacayo,
y tiene siempre este humor.

D. GAST. No es por agüero peor.
¿Cómo te llamas?

TAM. Tamayo;
porque Mayo enamorado,
á lo que dicen, de mí,
el mismo mes que nací
estuvo determinado
de robarme; y para aquesto,
sin advertir que lo vía
mi padre, me metió un día

entre las flores de un cesto;
mas llegando como un rayo
mi airado padre, le dijo:
¡ta! ¡Mayo! dejad mi hijo.
Y así me llamo Tamayo.

D. GAST. Buen gusto tiene.

D. MANR. Extremado.
Mas lo que tiene mejor
es, Conde, la ley mayor
que tuvo á señor, criado.

D. GAST. No es poco eso. Pues, Tamayo,
¿con quién el enojo ha sido?

TAM. Ya con nadie. Ahí han reñido
dos frisones con mi bayo.
Dile un pienso de cebada;
mas, según le despachó,
que no era pienso pensó.
Y como iba de picada,
al más cercano caballo
le dijo: *monsiur* frisón,
yo tengo hambre; más razón
será pedillo que hurtallo.
De ese medio celemín
he de comer la mitad
en buena conformidad.
Erizó el frisón la crin,
y dándole un mordiscón,
le echó [1], en fin, como grosero,
tras un relincho un no quiero.
Mi bayo, con la razón
airado: aquesa arrogancia,
dijo, os costará pesares.
Y señalándole á pares
los doce Pares de Francia,
se metió entre los frisones;
y con ser pares los dos,
si no le apartan, por Dios,
que me los reduce á nones.
Metióse en medio un gascón
con un palo [2] apaciguallo,
y sobre si mi caballo
ó el suyo tuvo razón,
llegó la pendencia, en fin,
á que, si no se repara,
casi le enceleminara
con el medio celemín
los cascos. Y satisfecho
mi agravio, me salí afuera:
esta es la hazaña primera
que dentro de Francia he hecho.

D. GAST. No dejaréis de aliviar
con este entretenimiento,
don Manrique, el pensamiento.
Vamos, que quiero aprestar
las armas, porque á Narbona
partamos luego.

D. MANR. El torneo
satisfará tu deseo.

TAM. Si vas á tornear, perdona,
que aventurero he de ser.

D. GAST. Mucho me habéis agradado.

TAM. Téngame por muy criado,
que lo sabré agradecer. *(Vanse.)*

ESCENA III

Salen ARMESINDA *y* ROSELA.

ARM. Si una fuerza resoluta
quiebra á mi gusto las alas,
¿para qué me ofreces galas
cuando el corazón se enluta,
Rosela? En vano disputa
tu lealtad, si al fin me fuerza
á que mi inclinación tuerza
y ame al Conde, que no es roble
la voluntad libre y noble
para dar fruto por fuerza.
¿Qué importa, amiga Rosela,
que me case aquesta tarde,
si con lo que el Conde se arde
se enfría el alma y se hiela?
Llega á la llama la vela,
que aunque encenderse es su estilo,
si el alma mojas ó el hilo,
al fuego resistirá.
Pues ¿qué efecto amor hará
donde es de nieve el pabilo?

ROS. Alivio suele tener
el tormento más terrible
viendo el remedio imposible
y que más no puede ser.
¿Hay pena como no ver?
Pues al ciego aquesta pena
la imaginación refrena
de no poder cobrar vista:
tu pena el alma resista
de mil imposibles llena.
Si esta tarde has de casarte
y tienes de ser esposa
de Don Ramón de Tolosa,
¿qué sirve desconsolarte?
Lo imposible ha de animarte.

ARM. ¡Qué mal remedio me ofrece
tu consejo! ¡Bien parece
cuán poco experimentada
estás! Lo adquirido enfada:
lo difícil se apetece.
¿No causa la privación
apetito al deseo vario?

ROS. La privación, de ordinario;
pero no la negación.

ARM. Con tu frívola razón
jamás mis penas gobierno,
que á los que abrasa el infierno,
con negárseles la gloria
martiriza la memoria
de ver que es su mal eterno.
¡Ay, Rosela! más tormento
tiene de darme el pensar
cuán tarde se ha de acabar
la pena que ahora siento.

ROS. Entretén el pensamiento
con los dones naturales
de tu esposo, pues son tales,
que hay pocos que en gentileza,

---

1 En el original, y en una impresión suelta de 1734, dice: «cesse eso» en vez del «le echó» que se ha puesto, porque lo otro no forma sentido ni verso. El manuscrito de la Bibl. Nac. decía: «y echó el grosero», que tampoco es mejor lección.

2 En la impresión de 1734: «á apaciguallo».

en discreción y en nobleza
á Don Ramón sean iguales.
Si ama la voluntad
el bien, en el Conde tienes
tantos números de bienes
que aborrecelle es crueldad.

ARM. Eso es dar en necedad.
Deja de buscar sainetes
al manjar que me prometes,
que sin ganas de comer
inútiles suelen ser
los más sabrosos banquetes.

ESCENA IV.

DICHAS *y sale* DOÑA VIOLANTE.

D.ª VIOL. ¿Qué es aquesto, hermosa hermana?
Cuando la fama en Narbona
tus desposorios pregona
y alegra su gente ufana;
cuando viendo lo que g na
con tan famoso heredero,
está el vulgo lisonjero
tan bizarro que, en la gala,
hoy el oficial se iguala
al grande y al caballero,
¿tú, Armesinda, estás ansí,
siendo el todo destas fiestas?

ARM. Violante, obsequias funestas
de mi libertad las dí.

D.ª VIOL. Ya tu esposo viene aquí
con toda la bizarría
de Francia, que aqueste día
honra el tálamo que esperas.

ARM. ¡Tálamo! Mejor dijeras
túmulo, Violante mía.

D.ª VIOL. ¿Túmulo? ¡Jesús, qué susto
me has dado! No quiera Dios,
sino que os gocéis los dos
por l·rgos años, que es justo.

ARM. Quien tiene cautivo el gusto,
de la muerte es un trasunto.

D.ª VIOL. Deja eso para otro punto.
Recibe á quien te honra hoy.

ARM. Sí haré. pues que muerta estoy,
que no hay honras sin difunto.

ESCENA V.

DICHOS *y salen el* DUQUE *viejo, el Conde de* TOLOSA *con una lanza de tornear,* TIBALDO *y* RENATO, *Caballeros.*

DUQUE. Lanza de roquete basta.
Haced quitar la cuchilla.

D. RAM. No he de quedar en la silla
menos, Señor, que con asta
de cuchilla de dos cortes.
Buena es aquesta y ligera.
Toma, y sea la primera
que me dés. *(Dásela á un criado.)*

Ti Aunque reportes
tu inclinación, el torneo
saldrá mas regocijado
si no fuere ensangrentado.

D. Tibaldo, siempre deseo
hacer las cosas de veras.

REN. Burlas de veras no son
apacibles, don Ramón,
que pesan las más ligeras.

D. RAM. Hoy, que soy mantenedor,
pretendo de hacer mi gusto.
Mas, cese Marte robusto,
y hablen hazañas de amor,
que aqueste es su tribunal.
Pues gozo de la presencia,
señora, de vuexcelencia,
aunque por Dios que hable mal,
hable Marte, y haga alarde
de su bélico furor,
que si es hijo suyo amor,
ni armas teme, ni es cobarde.
¿Cómo está vuestra excelencia?

ARM. *(Aparte.)* ¡Ay, cielos! ¿Cómo estará
quien sin libertad está?

D. RAM. Es la amorosa presencia
cárcel de la voluntad.
Si la vuestra vive presa,
la misma prisión confiesa
mi rendida voluntad;
aunque á imitación del ave,
desde pequeña encerrada,
que de la jaula quebrada
ni quiere salir ni sabe;
de tal manera el deseo
vive alegre en la prisión,
que della saco invención
y letra para el torneo.
Hecho Dédalo á Amor pinto,
que aquí, como en Creta, traza
los enredos con que enlaza
su confuso laberinto.
Después á mí en medio dél,
que en fe de cuanto celebra
su prisión el alma, quiebra
mi libertad el cordel
con que se libró Teseo;
y unos grillos á los piés,
con una letra después,
que explica así mi deseo:
(Letra.) «Si el más esclavo, ese es rey
en las prisiones de amor,
cuanto más preso, mejor.»
Mirad si estoy á la ley
que de la libertad priva
el alma que tenéis presa.

DUQUE. Conde, Armesinda os confiesa
estar, como vos, cautiva.
Idos á armar, que ya es hora.

ESCENA VI

DICHOS *y salen* DON GASTÓN, DON MANRIQUE *y* TAMAYO.

D. GAST. Corrida el alma quedara
si estas bodas celebrara
Armesinda, mi señora,
(Aymerico valeroso)
de mí, y tomara venganza
mi pena de mi tardanza.

Dɪ·que. ¡Oh! Conde Fox, famoso,
quejas formaba al amor
que os tengo, viéndoos ausente,
siendo tan deudo y pariente;

mas ya con vuestro valor
el desposorio y torneo
quedará honrado en extremo.

D. RAM. Ya, ilustre don Gastón, temo
que llevándoos el trofeo
y alabanza de la fiesta,
no nos habéis de dejar
honra que poder ganar

D. GAST. La que Narbona os apresta,
basta que la suerte os rinda,
pues cuando otra no ganéis,
¿qué mayor joya queréis
que por esposa á Armesinda?

TAM. *(Aparte.)* ¿Cuándo nos han de alabar
á nosotros?

D. MANR. No he querido,
Tamayo, ser conocido,
que importa el disimular.
Á don Gastón he avisado
que aquí quien soy no publique.

D. GAST. Vuelve, amigo don Manrique,
los ojos á aqueste lado,
y si eres águila mira
mi bella mal maridada.

D.ª VIOL. *(Aparte.)* Hasta aquí viví engañada.
Basta, que ha sido mentira
la fama que don Gastón
tuvo de tu pretendiente.
Creí yo que estaba ausente
desde que dió á don Ramón
el Duque, mi padre, el sí,
y que lloraba memorias
de sus pretendidas glorias;
mas pues viene agora aquí
tan galán y cortesano,
venta fué de amor su pecho,
pues tan poca estancia ha hecho.

ARM. Como amó tarde, temprano
pudo, Violante, arrancar
la raiz mal arraigada,
porque viéndome casada,
¿qué tenía que esperar?

D.ª VIOL. Dime, á fe; cuando entendiste
su declarada pasión,
¿sacó fuego el eslabón
de amor con que te encendiste?

ARM. Aunque soy de pedernal,
no da fuego mi desdén.
¿Quiéresle tú bien?

D.ª VIOL. Muy bien.
¿Y tú?

ARM. Yo, ni bien ni mal.

D. GAST. ¿Qué te parece?

D. MANR. No sé.
¿A cuál amas de las dos?—
Pero, don Gastón, por Dios,
que desde que las miré
estoy medio no sé cómo.

D. GAST. Pues, don Manrique, primero
que te sientas medio entero,
porque ya recelos tomo,
esta de lo blanco es
el blanco de mi tormento.

D. MANR. *(Ap.)* ¿Qué dices? ¡Ay pensamiento!,
volvamos á casa, pues,
por Dios, que al amor del agua
me dejé casi llevar
á donde no es poco hallar
pie, ¿no es aquesa la fragua
que al alma arroja centellas?

D. GAST. ¿Será, pues, doña Violante?

D. MANR. ¡Ay, pensamiento arrogante,
qué presto un alma atropellas!
Á no vencer la amistad
que á don Gastón debo, presto
hubiera su yugo puesto
amor á mi libertad.
Ojos, yo os enfrenaré.

D. RAM. ¿Famosa letra?

DUQUE. Extremada.
¿Y las colores?

D. RAM. Leonada,
verde y blanca.

REN. ¡Bien, á fe!

ARM. Hermana, ¿no has advertido
en el mejor talle y gala
de cuantos tiene esta sala?

D.ª VIOL. Con don Gastón ha venido
un español en el traje,
digno de envidiarle el sol.

ARM. Bastará ser español
para que se le aventaje.
¡No sé que estrella me fuerza
á amar aquesta nación!
Mas ¡ay, imaginación!,
si me han de casar por fuerza,
¿qué importan vanos deseos?

D. RAM. Vamos, que me quiero armar.

D. MANR. *(Aparte.)* Aunque no quiera mirar,
buscan los ojos rodeos
con que se van enlazando
cada instante. ¿Hay tal belleza?

DUQUE. Vamos, hijas.

ARM. ¡Qué tristeza
la vida me va acabando!
Rosela, sabe quién es
este español, que deseo
un imposible.

D. RAM. ¿Al torneo
saldréis?

REN. Claro está.

D. GAST. Después;
que quiero ser el postrero.
(Ap. á él.) Don Manrique, de la lanza
vuestra pende mi esperanza.

D. MANR. Cumplírosla luego espero.

D.ª VIOL. Tierno te mira.

ARM. ¿Qué quieres?
Muerta voy. ¡Ay, españoles!,
que entre los hombres sois soles,
y rayo entre las mujeres.

(Vanse entrando, ellas por una parte, y ellos por otra, y miranse mucho D. Manrique *y* Armesinda, *y al entrarse* Tamayo *le tira* Rosela *de la capa.)*

ESCENA VII

ROSELA *y* TAMAYO.

ROS. Oiga, hidalgo.

TAM. Yo soy *ese*,
y *clavo* de vuesaucé.

ROS. ¿Es español?

TAM. ¿No lo ve?

ROS. ¿Y aquel caballero?
TAM. Aquese,
una camarada es mía,
que me suele acompañar
detrás, y le suelo dar
de comer.
ROS. ¡Buen humor cría
el hombre! ¿Cómo se llama?
TAM. Yo, don Tamayo, *monsiura*,
que, preso desa hermosura,
pretendo hoy mostrar la fama
de Tamayo en el torneo.
ROS. ¿Y el nombre de su señor?
TAM. Don Manrique el Torneador,
se llama, de Lara.
ROS. Creo
que tengo ya dél noticia.
¿Y á qué ha venido á Narbona?
TAM. Pienso que cierta persona
favorecerse cudicia
de su amistad y valor.
ROS. ¿Cómo?
TAM. Comiendo.
ROS. Decí
esto, por amor de mí.
TAM. A dar al mantenedor
cartas para la otra vida.
ROS. ¿Cómo?
TAM. Don Gastón [1],
mostrando, como es razón,
pena en que su amor impida
el de Tolosa, y forzada
la voluntad de Armesinda,
su padre, el Duque, la rinda
á que viva mal casada,
trae consigo á don Manrique,
á cuyo encuentro primero
no hay tan fuerte caballero
que á las cuarenta no pique.
Por aquesto le dan nombre
de Torneador en España.
ROS. Si él sale con esa hazaña
mucho hará.
TAM. ¡Mal haya el hombre
que de mi secreto fía!
Ya lo dije. ¿Qué he de hacer?
ROS. Pues yo sé que podrá ser,
si iguala á su bizarría
su esfuerzo, y al Conde mata,
suceder en el lugar
del de Tolosa, á pesar
de quien usurparle trata
lo que él sólo ha merecido,
porque Armesinda... No más.
TAM. Volvióse la lengua atrás.
Ya, señora, lo he entendido.
ROS. No sepa esto don Gastón.

[1] Verso incompleto: quizá dijo antes Rosela: «¿F..., cómo?». El ms. da una buena lección en esta for[ma]:

TAM. A dar al mantenedor
cartas para la otra vida,
viene.
ROS. ¿Cómo?
TAM. Don Gastón, *etc.*

TAM. Serviros en callar quiero,
Monsiura, un aventurero
que tiene hecho salpicón
el alma por vos, os pide
un favor para el torneo.
ROS. ¿Qué favor queréis?
TAM. Deseo,
para que nunca os olvide,
que quitándoos el chapín
un guante del pie me déis.
ROS. ¿Guante del pie?
TAM. ¿No sabéis
que es ya guante el escarpín?
ROS. Pues por él á casa vaya,
señor lacayo.
TAM. Sí haré.
¡Ah! quién viera á vuesaucé
deste lacayo, lacaya. *(Vanse.)*

ESCENA VIII

Salen TIBALDO *y* RENATO, *caballeros.*

TIB. Digo, que el español que agora vino
con don Gastón de Fox, es don Manrique
de Lara, cuya fama le da nombre
de Torneador por excelencia.
REN. Dicen
que no ha justado vez, que no haya muerto
al contrario.
TIB. ¡Notable fortaleza!
REN. Por aquesta ocasión había jurado
de no entrar más en justa ni en torneo.
TIB. Pues no viene á otra cosa.
REN. Así lo creo.
TIB. Por eso darse á conocer no quiso
al Duque de Narbona.
REN. El de Tolosa
pienso que ha de dejar libre á su esposa.
TIB. Digámosle el peligro en que está puesto.
REN. ¿Para qué? Si Armesinda le aborrece,
como dicen, virtud será, que en pena
de pretender gozar amor forzado,
don Manrique le deje castigado.
TIB. Ya ha rato que tornean. Venid, primo,
á armarnos, que ya es hora que salgamos.
REN. Algún suceso adverso espero. Vamos.
(Vanse.)

ESCENA IX

Salen ARMESINDA *y* ROSELA.

ARM. Fingí el desmayo, Rosela,
quitándome del balcón
por no ver la justa y tela;
que, aunque justa don Ramón,
su injusto amor me desvela.
Alborotóse la gente
del repentino accidente;
vínome mi padre á ver,
y aunque debió de entender
la causa, como es prudente,
dejándome sosegar,
se volvió á ver el torneo.
Mas, ¿cómo he de reposar
siendo de azogue el deseo

que me ha venido á matar?
¿Que don Manrique de Lara
es, Rosela?

Ros. El talle y cara
su mucho valor pregona.

Arm. ¿Qué á aqueso vino á Narbona?
¡Ay, cielo! ¡Si ejecutara
mi esperanza en esta empresa,
y con una muerte sola
hiciera mi dicha expresa!;
que tengo el alma española,
aunque la juzgas francesa.

Ros. A instancia de don Gastón
viene.

Arm. ¿Y no de la afición
con que, cuando me miraba,
por los ojos me enseñaba
el alma y el corazón?
No lo creas.

Ros. Si el criado
no miente, aquesto es verdad.

Arm. Podrá ser que sin cuidado,
las leyes de la amistad
le hayan, Rosela, obligado
á que hoy muestre su valor;
pero yo sé que el rigor
de amor, como á mí le abrasa
desde que entró en esta casa:
que ya me ha dicho su amor.

Ros. ¿Pues hasle hablado de veras?

Arm. Contado me han los enojos
de sus ardientes quimeras
las dos niñas de sus ojos,
que en ser niñas son parleras.

Ros. También yo he significado
tu nueva pena al criado.

Arm. No has hecho mal, si es discreto,
que, como el fuego, el secreto
revienta si está encerrado.
(Tocan cajas dentro.)
Pero, ¿qué esto?

Ros. Imagino
que es algún aventurero.

ESCENA X

Dichas *y sale* Don Gastón *apadrinando á* Don Manrique, *que sale á tornear. Saca una banda en la cara y un paje con una tarjeta, y en ella la divisa del* Conde, *de la suerte que dicen las coplas. Da la letra el* Conde *á* Armesinda, *y ella la tomará con cortesía.*

Arm. ¡Bravo talle!

Ros. ¡Peregrino!

Arm. Que es el español, infiero.

Ros. Y don Gastón el padrino.

Arm. Mira la tarjeta.

Ros. En ella
lleva una divisa bella.
Un caballero es, armado,
con la amistad abrazado,
que el niño amor atropella.

Arm. Lee la letra: ¡Hay tal rigor!

Ros. «Vuestra afrenta siente amor;
mas, perdonad, que conmigo
puede más que amor, mi amigo.»

Arm. Salió cierto mi temor.
Por don Gastón significa
que hace el valor resistencia
al amor que ya publica.
¡Ay, cielos! Dadme paciencia.

Ros. Gallarda presencia.

Arm. Rica.
(Vanse, y al pasar echa D. Manrique *un papel en el suelo.)*

Ros. Un papel de industria echó
en el suelo, don Manrique.

Arm. Muestra, ¡ay, Dios! si se atrevió
su amor á hacer que publique
su pena. Abriréle. No,
que lo que tardo en leelle
privo á los ojos de velle.
Quiero tornar al balcón.
Amor, haz que á don Ramón
y su arrogancia atropelle.

Ros. Mira lo que viene en él.

Arm. ¿Y después qué haré, ignorante,
siendo conmigo cruel,
si pierdo ver á mi amante,
por leer este papel?
(Vase Armesinda.)

ESCENA XI

Rosela.

¿Qué laberinto intrincado
es este, amor, en que has puesto
á Armesinda en tal cuidado?
Mas no es nuevo en ti. ¿Qué es esto?
Oigan, este es el criado.

ESCENA XII

Tocan cajas dentro. Sale Tamayo *con un vestido de risa, con lanza. En el brazo de la lanza lleva una bacía de barbero, y debajo colgada una bolsa vacía; y en la otra mano una tarjeta, y en ella una ballena pintada, y colgada de la tarjeta una bota llena de vino. Pasa, y da la letra.*

Tam. *Monsiura,*
todos somos torneadores.

Ros. ¡Hay más graciosa figura!

Tam. A esto obligan los amores
de vuestra gran fermosura.
Mirad la gala y adorno
con que de amor el buchorno
mis pensamientos penetra,
que luego veréis la letra
del torneo á donde torno.
Porque hecho tornero, amor,
torneando mi deseo,
si torna á hacerme favor,
seré un torno en el torneo
que tornearé alrededor;
y si en el torneo trastorno
al torneador, hecho un torno,
este pecho torneado
tornará á veros, honrado,
como mula de retorno.

Ros. ¡Qué bien del vocablo juega!

Tam. ¿No penetráis la intención?

Ros. A declarármela llega.

Tam. Oid su interpretación,
que á fe que es de una gallega.
Una bacía de barbero
es esta, y bolsa de cuero
estotra que pende della;
una bota aquesta, aquella
una ballena. Ahora quiero
daros la interpretación.
Porque esté la bota mía
llena, gasto mi ración
y siempre traigo vacía
la bolsa. Aquesta razón
que traigo, Tamayo ordena
la bota con la ballena,
la bolsa con la bacía:
lea, pues, franchota mía.

Ros. «Vacía, porque va llena». *(Lee.)*

Tam. Porque va llena la bota,
la bolsa vacía va.

Ros. De tu ingenio [1] has dado nota.

Tam. Vueseñoría verá
una hazaña lacayota. *(Vanse.)*

ESCENA XIII

Hay ruido de armas. Salen Don Manrique, Don Gastón *y el* Duque, Renato, Tibaldo *y* guardas *acuchillando á* Don Manrique *y* Don Gastón, *y ellos retirándose.)*

Duque. Matalde, que al de Tolosa
ha muerto.

D. Manr. Aquesto es injusto.
Si según las leyes justo
del torneo, ¿es justa cosa
que, porque al Conde haya muerto,
me prendan, Duque perjuro?

D. Gast. ¿Así guardas el seguro
destas fiestas?

Duque. Encubierto
veniste por dalle muerte,
fiero español. Ya he sabido
quién eres; y pues has sido
quien en obsequias convierte
las bodas de don Ramón,
si porfía en resistirse,
matalde, que el encubrirse
especie fué de traición.

D. Gast. ¡Ah tirano! ¿Deste modo
quieres que el mundo publique
tu infamia?

Duque. Con don Manrique
prended al de Fox y todo,
que él toda la causa ha sido
desta desgracia.

D. Manr. El valor
de España me da favor.
Muerto, pero no vencido
me traerán á tu presencia.—
Don Gastón, mis pasos sigue.

(Retíranse los dos y van tras ellos los guardias.)

1 [illegible] el ms. de la Bibl. Nac.: «De ingenioso has dad[illegible]ta».

ESCENA XIV

Dichos, *menos* Don Manrique *y* Don Gastón *y los guardias.*

Ren. Espántome que le obligue
la pasión á vuexcelencia
para hacer tal.

Duque. Dalde alcance,
ó matalde, ó moriré.

Tib. Mira, gran Señor, que fué
el torneo á todo trance.
Si con hierro de dos cortes
quiso justar don Ramón,
y le han muerto, ¿qué razón
hay porque no te reportes?

Duque. ¡Mal haya el torneo y lanza
De tal valor homicida!

ESCENA XV

Dichos *y* Armesinda.

Arm. Alegre por ver cumplida
mi libertad y esperanza
vengo, pero el sentimiento,
aunque fingido, es forzoso.
Si llorare al muerto esposo,
alma, decidles que miento.
¡Ay, de mí!

Duque. Destos enojos
tú eres toda la ocasión.
Por ti han muerto á don Ramón.

Arm. Testigos serán los ojos,
Señor, si el alma ha sentido
esta desgracia cruel.

Duque. ¿Lloras, falsa? ¿Qué papel *(Aparte.)*
es el que se le ha caído?

(Hace que se entristece y cáesele el papel que le dió don Manrique.)

Arm. ¡Ay, cielos!

Duque. Mostrad, veré
lo que dice.

Arm. *(Aparte.)* El que me dió
don Manrique es. ¡Triste yo!:
ya de veras lloraré.

(Lee el Duque la carta.)

«Tres cosas me han obligado á quebrar el juramento que me forzaron á hacer las desgracias que siempre en las fiestas y torneos me han sucedido. La primera es saber que el Conde de Tolosa ha obligado la [1] de vuestro padre, el Duque, á que se [2] case con él. La segunda, la amistad que debo al Conde de Fox (cuyos deseos merecen, Señora, ser por vos premiados, por no haber jamás excedido de las leyes que un lícito amor permite.) Y la tercera, aunque es la principal, quiero callarla, por no ofender

1 Falta la palabra «voluntad» después de «la», probablemente. En el ms. también falta.

2 También es seguro que en vez de «se» escribiría Tirso «os». En efecto, así dice el ms. de la Biblioteca Nacional.

á la segunda. Rogad, Señora, al cielo cumpla vuestra esperanza y el deseo que de serviros tengo.—DON MANRIQUE DE LARA.»

DUQUE. Mirad si fué mi recelo
cierto, ¡ah, tirana!; por ti
murió don Ramón ansí.
Pero, ¡cruel!, vive el cielo
que he de tenerte en prisión
mientras que tuvieren vida
el español homicida,
y su amigo don Gastón.
Llevalda á una fortaleza,
y las llaves me entregad.
REN. ¡Señor!
DUQUE. Llevalda; ¡acabad!
TIB. ¡Señor!
DUQUE. ¡Mal haya belleza
tan cara!
ARM. Qualquier prisión
alegre el alma recibe,
pues que don Manrique vive
y ya murió don Ramón.
(Llevan á Armesinda.)

ESCENA XVI

DICHOS *y* TAMAYO, *que sale con la bacía de barbero y espada desnuda.*

TAM. Algún diablo me ha metido
en dibujos. Dí, Tamayo,
¿tú torneador y lacayo?
Don Manrique, se ha perdido,
y yo (si el Duque me coje)
he de pagar por los dos.
Bacía, escondedme vos,
aunque las barbas me moje:
nunca más Francia tornero.
(Pónese la bacía.)
DUQUE. ¿Qué hombre es éste?
TAM. Yo, Señor.
DUQUE. Prendelde.
TAM. Ten el rigor.
DUQUE. ¿Quién sois?
TAM. Un pobre barbero
que vengo á sangrar á un músico,
digo, un criado que agora
murió, por quien Francia llora.
La bacía te hará cierto
de que á sangralle venía.
DUQUE. ¡Echad este loco!
TAM. Bueno.
¡Vive Dios que voy relleno!
Mamóla el Duque, bacía. *(Vase.)*

ESCENA XVII

DUQUE *y* GUARDAS *que salen.*

GUAR. Tan grande el esfuerzo ha sido
del valeroso español,
que, con la ausencia del sol,
la noche ha favorecido
su vida, Señor, de suerte,
que al fin se nos ha escapado.
Sólo el de Fox ha quedado,
tan herido, que á la muerte
está.
DUQUE. Pues ponedle preso,
y seguid este enemigo,
que con público castigo
ha de pagarme ese exceso.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

DON MANRIQUE *y el* REY DE NAVARRA.

DON MANRIQUE.

Don Guillén de Tolosa, cuyo estado,
como hermano, heredó del Conde muerto,
viendo al de Fox, mi amigo, aprisionado,
su dañada intención ha descubierto,
porque con Aymerico concertado
que guarde á don Gastón, tiene por cierto,
después que á Fox y su condado rinda,
ser dueño de Narbona y de Armesinda.
Hásela el Duque viejo prometido,
y hasta que ella dé el sí de ser su esposa,
la tiene en un castillo, donde ha sido
Armesinda tan firme como hermosa;
porque aunque á nadie el Duque ha permitido
visitalla, sino es al de Tolosa,
ni que la sirva más que una doncella,
no puede persuadilla ni vencella.
Aquesto, gran señor, pasa en Narbona.
Amigo soy de don Gastón; y tanto,
que por la libertad de su persona
daré la vida. Pues el cielo santo
de Aragón te ha entregado la corona,
con que tu nombre al moro causa espanto
y obedecerte aqueste reino miro
por sucesor del Monje don Ramiro.
Así pise las lunas africanas
la victoriosa cruz de tus banderas,
desterrando las barras catalanas
al sarraceno vil de sus riberas,
que el nombre que de justo y largo ganas,
con don Gastón mostralle agora quieras,
dándome gente y armas, con que pueda
su estado defender, que á riesgo queda.
Perderá el de Tolosa su arrogancia,
y partiendo á Narbona en son de guerra,
las lises quitaré, que le dió Francia,
y las barras pondré de aquesta tierra.
Gozarás á Narbona, si á tu instancia
al Duque venzo, que la paz destierra,
y libre don Gastón, será testigo
de lo que vale un verdadero amigo.

REY.

Don Manrique, el amor que os he cobrado
á vos y á vuestro padre, el Conde muerto,
por el Rey de Castilla desterrado,
y admitido en mi reino, os hará cierto
cuanto deseo que al antiguo estado
de Castilla volváis; y tomen puerto
allí vuestros trabajos; mas recelo

que aun no quiere aplacar su enojo el cielo.
Con el Rey de Castilla, Alfonso Octavo,
por cartas he tratado que os reciba
en su gracia, mas lleva por el cabo
la envidia á su rigor desde que priva
con él don Lope de Haro, y temo al cabo
que ha de ser imposible, mientras viva
su enojo, y de don Lope la privanza,
cumplir vuestra quietud y mi esperanza.
Quisiera, don Manrique, para aquesto
que, restaurando parte del estado
que habéis perdido, os viera [1] otra vez puesto
conforme merecéis. Pues el condado,
de Fox está en peligro manifiesto,
preso su Conde, y él casi usurpado,
gozad de la ocasión: yo os daré gente
con que quede por vuestro fácilmente.
A mí me está esto bien, porque es frontera
diversas veces á Aragón y á España,
Fox, de Aragón y su áspera montaña,
por donde Francia ha hecho guerra fiera.
Por aquesta razón, Conde, quisiera
que, sacando mis gentes en campaña,
ganárades á Fox, que así procuro
que estemos, vos honrado y yo seguro.

DON MANRIQUE.

Señor, si la amistad que he profesado
con don Gastón, permite, estando preso,
tan grande ingratitud, que su condado
le usurpe...

REY.

Don Manrique, dejaos deso;
mi amigo sois también; determinado
tengo de hacer matalle, que os confieso
que las guerras que ha hecho á esta corona
piden satisfacción de su persona.
Si estimáis mi amistad más que la suya,
yo haré que, despreciando al de Tolosa,
su hija el de Narbona os restituya,
y, conquistando á Fox, sea vuestra esposa.

DON MANRIQUE.

Primero el cielo santo me destruya,
que, siendo yo su amigo, haga tal cosa.

REY.

Perderéis, no cumpliendo lo que os digo,
por un amigo Conde, un rey amigo. *(Vase.)*

ESCENA II

DON MANRIQUE.

¡Qué notable tentación
ha combatido mi pecho!
La honra con el provecho
grandes enemigos son.
Si ha de morir don Gastón,
sin que le dé libertad
de Aymerico la crueldad
con que mis ruegos resiste,
porque su estado conquiste
¿en qué agravio su amistad?
Mas ¡oh, civil pensamiento!
¿tal comunicas conmigo?
Preso don Gastón, mi amigo,
¿su hacienda usurparle intento?
Quimeras sin fundamento
son; mas, si en prisión cruel
muere, ¿qué he de hacer? Ser fiel,
y á pesar de armas y miedo,
libertalle; y si no puedo,
morir en prisión con él.
¿Mandólo el rey de Aragón?
Cuando el amigo es de ley
atropella vida y rey:
¿qué importa, si entrambos son
amigos? La obligación
que tengo al rey, y su amor
no ha de manchar mi valor,
para que su intento siga,
que no es amigo el que obliga
á su amigo á ser traidor.
Estas consecuencias claras,
por más seguras elijo,
que bien dijo aquel que dijo:
«El amigo hasta las aras.»
Mas ¡ay, alma! ¿No reparas
que á Armesinda me han de dar?
Gran premio, no hay que dudar;
porque si se ha de romper
la amistad, sólo ha de ser
por amor ó por reinar.
Interés y amor me llama
pero, en fin, soy don Manrique;
padezca yo, y no publique
de mi tal caso la fama.
Amo á quien amigo ama,
sin poder mi libertad
olvidar tanta beldad;
pero atorménteme y muera
mi amor, como quede entera
la ley de nuestra amistad.

ESCENA III

DON MANRIQUE y TAMAYO.

TAM. ¡Válgame Dios: y qué á pique
de morir está un lacayo,
si anda cual yo!

D. MANR. Tamayo.

TAM. ¡Pardiez! señor don Manrique
que no lleguemos á nietos
con esta vida en Narbona.
Ayer se vió la persona
en temerarios aprietos.
No soy bueno para espía:
mándame tú que haga plaza
del mandil y la almohaza,
ó que juegue todo un día
y la noche, aunque á mi padre
pierda, y no me mandes ser
podenco de una mujer;
que no pare ya mi madre.
¡Bravas cosas hay de nuevo!

D. MANR. ¿Cómo? ¿Hablaste á don Gastón?

---

[1] ... el original «hubiera»; pero es errata, pues el ver... tendría doce sílabas. El ms. dice también «os avi...

TAM. ¡Sí! ¡Bonica es la prisión,
y bonico es el mancebo!
Ahí tenemos en el arca
otra vida. No hay entrar
una mosca en el lugar;
y por toda su comarca
se publica que eres muerto.

D. MANR. ¿Que soy muerto?

TAM. Sí; y también
que en volviendo don Guillén
de Fox, que dicen que es cierto
el haberse apoderado
de su injusta posesión,
le darán á don Gastón
despachos en un bocado.

D. MANR. ¿Que soy muerto yo?

TAM. Tú, pues.
Y aunque entonces lo creí,
y mandé decir por tí
un real de misas, después
que ví á Rosela quedé
desengañado y corrido.
Dice, que el haber fingido
el Duque tu muerte, fué
porque Armesinda te adora,
desde que á Narbona fuiste
y muerte á don Ramón diste,
como á su Endimión la Aurora.
Tiénela su padre presa
hasta que dé el sí de esposa
á don Guillén de Tolosa;
y como á voces confiesa
que don Manrique de Lara
sólo su esposo ha de ser,
tu muerte finge, por ver
si así su mal se repara
y de su amor la revoca.

D. MANR. ¡Qué! ¿Por eso lo ha fingido?

TAM. Sí; mas tan mal le ha salido
la traza, que, como loca,
sin que á nadie comunique,
no hay en la torre lugar
donde no vaya á buscar
su Torneador don Manrique:
esto de Rosela sé.

D. MANR. ¡Qué! ¿Tan de veras me ama?

TAM. Digo que á voces te llama.

D. MANR. Tamayo amigo, ¿qué haré?

TAM. Buscar algún hechicero
que te lleve por el viento,
por arte de encantamiento,
que yo no oso ni quiero
meterme más en dibujos.

D. MANR. ¡Ay! ¡Quién la desengañara!

TAM. Pues, don Manrique de Lara,
si eso intentas, busca brujos,
que en Navarra y Aragón
no faltan, y cumplirán
tu deseo.

D. MANR. En fin, ¿que están
resueltos que don Gastón
muera?

TAM. Como te lo cuento.

D. MANR. No saldrán con su crueldad.
¡Mostrad quien sois, amistad!
¡Ah! ¡Fuera, vil pensamiento!
que ha de vivir don Gastón,
y de Armesinda ha de ser
esposo, con el poder
y armas del Rey de Aragón;
que, pues favor me ha ofrecido
como le usurpe el condado,
diré que, determinado
de dalle gusto, he querido
ganar á Fox y á Narbona.
Combatiré hasta sacar
libre á don Gastón, y dar
señales de que me abona
sangre de Lara y valor
de España, porque después
sepan que pisan mis pies
al interés y al amor.
Tamayo, tú has de dar traza
como sepa que no he muerto,
Armesinda.

TAM. ¿Yo? Por cierto
que cogiste linda maza.
¿Cómo será eso posible,
si el Duque tiene las llaves
de la prisión, como sabes?
Haz tú que sea invisible,
ó dame la traza y modo,
pues que el peligro me das.

D. MANR. Tú, Tamayo, la hallarás,
que eres hombre para todo.
Esto importa, y me está bien:
que si me tiene por muerto,
es mujer, y será cierto
el serlo de don Guillén.

TAM. Mas, que me tienen de dar
un zaparrazo por ti,
extraño.

D. MANR. Haz esto por mí.
Y vamos, que voy á hablar
al Rey, por dar á un amigo
vida y libertad.

TAM. Yo voy
á Narbona á morir hoy:
San Nuflo vaya conmigo. *(Vanse.)*

ESCENA IV

Sale DOÑA VIOLANTE, *y* DON GASTÓN *en la prisión.*

D.ª VIOL. No me agradezcas á mí,
don Gastón, este favor;
agradécelo al amor,
que, aunque quejosa de ti,
la industria para librarte
que ves agora me ha dado.
Mi padre, contigo airado,
manda al alcaide matarte
esta noche, y á mi instancia,
dando garrote á otro preso
por ti, te libró.

D. GAST. Confieso
que eres la lealtad de Francia.
Confieso, doña Violante,
que á poder mi voluntad
usar de su libertad,
quedara con ser tu amante,
en la obligación mayor
que un hombre puede tener;
pero, ¿cómo puede ser

si á Armesinda tengo amor?
Echóse sobre la hacienda
por ser acreedor primero;
y así, aunque pagarte quiero,
si no es que palabras venda,
que son solas las alhajas
que me han quedado, no sé
como pagarte podré,
que en palabras pago en pajas.

D.ª VIOL. Don Gastón, no quiero más
de que á tu estado te vuelvas
y que en el alma resuelvas
la obligación en que estás
á mi amor, ya que mi hermana,
tan lejos de amarte vive,
que solo admite y recibe
una pretensión villana
de un falso amigo que tienes,
con quien mi padre la casa.

D. GAST. ¡Ay, cielos! Si aquesto pasa,
¿por qué á darme vida vienes?
Morirme fuera mejor.

D.ª VIOL. *(Aparte.)* Celos ¿qué vais á decir?
Mas, si vive de mentir
y engañar siempre el amor,
con una mentira quiero
probar si á Armesinda olvida
don Gastón, que aborrecida,
alegre suceso espero.

D. GAST. ¿Es don Manrique de Lara
el amigo que me vende?

D.ª VIOL. Ese á Armesinda pretende,
y solamente repara
en que vivas, don Gastón;
y así la ocasión ha sido
de matarte. Ha intercedido
por él, el rey de Aragón,
y mi padre, á instancia suya,
despreciando al de Tolosa,
se la ofrece por esposa.

D. GAST. ¡Válgame Dios! ¡Que destruya
el interés tal amor,
tanta fe, tanta amistad,
tanta nobleza y lealtad,
tanto esfuerzo y tal valor!
¡D. Manrique!... ¡ah, ingratos cielos!

D.ª VIOL. En notable riesgo estás,
si aquí te detienes más.

D. GAST. ¡D. Manrique!... ¡ay, rabia! ¡ay, celos!

D.ª VIOL. Vete á Fox, y en él advierte
que te dí, Conde, la vida.

(Vase doña Violante.)

ESCENA V

DON GASTÓN, *solo* [1].

Mientes. Tú eres mi homicida.
¿Aquesta es vida? Esta es muerte.—
Falsa amistad, ladrón disimulado,
que lisongea al que robar procura;
perro que halaga lo que el manjar dura,
para morder después que está acabado.

¿Cómo es posible que hayas derribado
con el vano interés de una hermosura
la más firme amistad y más segura
que Francia vió jamás y España ha dado?
Labra en palacio en el verano el nido
la golondrina, que parece eterno,
mas huye en el invierno y busca abrigo:
De la falsa amistad símbolo ha sido:
labró el verano, pero huyó el invierno
de mis trabajos el mayor amigo. *(Vase.)*

ESCENA VI

Salen TAMATO *y* ROSELA.

ROS. De manera lo ha sentido,
y tan fuera de sí está,
que al Duque le pesa ya
de haber su muerte fingido.
Teme que ha de enloquecer,
y aunque más la desengaña,
que vive y que está en España,
no hay persuadilla á creer,
sino que con don Gastón
murió también don Manrique.

TAM. *(Aparte.)* No sé que traza fabrique
para entrar en la prisión.—
¿En fin, que la crueldad *(A Rosela.)*
de Aymerico llegó á tanto
que al de Fox mató?

ROS. Es espanto;
no hay persona en la ciudad
que su muerte malograda
no sienta en extremo.

TAM. Y bien;
¿piensa salir don Guillén
con la traza concertada?

ROS. En conquistando el condado
de Fox, se desposará
con Armesinda.

TAM. Si hará,
si no vuelve trasquilado.
Don Manrique, mi señor,
parte á su defensa, y lleva
diez mil soldados á prueba
de lealtad y de valor.
Y pues don Gastón es muerto
sin herederos, sin duda
que luego á Narbona acuda;
y en viniendo, ten por cierto
que, vengando á don Gastón,
será duque de Narbona.
Y para honrar mi persona,
dicen que tiene intención,
armándome caballero,
de hacerme caballerizo
mayor; y aunque sea postizo
el cargo, contigo quiero
casarme, que eres rolliza.

ROS. ¡Conmigo!

TAM. Mi fe te doy,
si caballerizo soy,
que has de ser caballeriza.
En pago desto quisiera
que á Armesinda consolaras
y que la desengañaras.

[1] Este soneto falta en la impresión suelta de 1734.

ROS. Tamayo, aqueso es quimera.
Ni me ha de creer, ni puedo
entrar á vella ni hablalla.

TAM. ¿Pues cómo podré avisalla?
¿qué mujer hay, que un enredo
no sepa para advertilla
que mi señor vivo está?

ROS. De ninguno lo creerá
mejor que de ti.

TAM. A decilla
vengo aquesto de Aragón.
Pero ¿qué traza ha de haber
para hablalla, si ha de ser
entrando yo en la prisión,
y no sabiendo volar?

ROS. Guardándola el Duque tanto,
no sé cómo.

TAM. Haz tú un encanto.

ROS. Ten ánimo para entrar
dentro en un cofre cerrado
que de vestidos la envío,
y hablarásla.

TAM. ¿Cómo? Un frío
de miedo el alma me ha dado.
¿Yo en cofre?

ROS. Si tan leal
eres siempre á tu Señor,
no es mucho esto.

TAM. De temor
me suele venir un mal,
siempre que estoy encerrado,
con que se me ablanda el vientre.
Si me viene después que entre,
y estoy vivo embalsamado,
¿gustarás de verme ansí?

ROS. Hoy le tienen de llevar.
Si te quieres arriesgar,
famosa traza te di [1].
Determínate, Tamayo.

TAM. Vamos, tomaré sudores.
¿A qué no obligáis, señores,
á un leal y fiel lacayo?

ROS. Ven á enterrarte [2].

TAM. En salud
me llevan.

ROS. ¿Eso te espanta?

TAM. Mi sacristán eres. Canta
cuando esté en el ataud. *(Vanse.)*

ESCENA VII

Sale un alarde de soldados, tocando primero dentro un tambor, y DON MANRIQUE *detrás, con bastón de general.*

DON MANRIQUE.

¡El Conde don Gastón muerto, y su amigo
con vida, y sin que tome la venganza
del homicida un [3] ejemplar castigo!
¡Oh, Duque fiero! espera, que si alcanza
á tu Narbona el fuego de mi furia,
no lograrás tu inútil esperanza.
¿Qué alarbe, qué villano de Liguria,
por la codicia de un condado, hiciera
á su mismo valor tan grande injuria?
A Fox he defendido, y defendiera
de tu avara ambición el mundo todo,
por más que el de Tolosa se opusiera.
Presto verás, si escalas acomodo
á tus cobardes muros, que en España
soy heredero del esfuerzo godo.
Manrique y Lara soy. Si en sangre baña
mi enojo tu ciudad, y no perdona
niños y viejos mi sangrienta hazaña,
no te espantes. Marchemos á Narbona,
que la sangre del Conde á voces pide
venganza de la muerte que pregona.
El Duque muera; aunque mi amor olvide
á Armesinda, que no hay amor que ablande
el pecho donde un fiel amigo vive.
Castigo grande pide injuria grande:
mas ¡ay, cielos crueles! ¿qué castigo
la muerte vengará de tal amigo? [1]

SOLDADO PRIMERO.

Famoso don Manrique, marcha luego;
mete á saco á Narbona; muestra á Francia
tu valor, y la guerra á sangre y fuego;
que pues el de Tolosa y su arrogancia
huyó furioso, y Fox por tuyo queda,
ser tus soldados, es nuestra ganancia.

SOLDADO SEGUNDO.

Aunque el Rey de Aragón quejarse pueda
que contra el Duque de Narbona vamos,
cuya antigua amistad la guerra veda,
es tan grande el amor que te cobramos,
y tan grande del Duque fué el exceso,
que tu gusto y su muerte procuramos.

DON MANRIQUE.

Cuando el Rey sepa, amigos, el suceso,
aunque era don Gastón contrario suyo,
confesará el agravio que confieso:
de su valor, su justo enojo arguyo.
Marchemos á Narbona, y sus despojos
gozad mientras me vengo y la destruyo.
Doblad banderas y estandartes rojos;
sacad pendones negros, y entapicen
los vientos la color de mis enojos.
El destemplado parche solemnice
las obsequias y el luto que merece
mi amigo malogrado y infelice,
que contra el fiero Duque el cielo ofrece
un castigo cruel: mas, ¿qué castigo
la muerte vengará de tal amigo? *(Vanse todos.)*

ESCENA VIII

Sale ARMESINDA *sola.*

Ya, aunque libertad me den,
no la querrá mi firmeza,
que libertad y tristeza
pocas veces dicen bien.

---

1 En el original: «de ti».
2 En el orig: «enterrarme».
3 En el original: «con», resultando el verso de doce sílabas. El ms. dice «un».

1 El resto de esta escena falta en la impresión de 1734, así como otros muchos pasajes.

Llore el Conde don Guillén;
podrá ser me ablande ansí,
que como cuanto hay en mí
es llanto, pena y dolor,
vestido de mi color,
quizá me obligará á un sí.
Mas ¿para qué ha de querer
el sí de un alma, trasunto
del sepulcro de un difunto
cuya vida solía ser?
Ojos, ya es hora de hacer
los funerales oficios,
de vuestro pesar indicios,
pues funda en vos cada día
amor la capellanía
destos tristes ejercicios.

ESCENA IX

Descúbrese un cofre en que estará Tamayo; *va respondiendo, sacando la cabeza y tornándola á meter. Prosigue* Armesinda.

Arm. ¿Es posible que murió
don Manrique, y que estoy viva,
cuando de su luz me priva
la muerte, que le eclipsó?
Lengua, responded que no,
y engañadme un rato así.
¿Vive? Decid que sí.
Tam. Sí.
Arm. ¡Ay, cielos! ¿Quién respondió
el sí que el alma oyó?
Tam. Yo.
Arm. ¡Válgame Dios! ¡Con qué miedo
oyendo esto quedo!
Tam. Quedo.
Arm. ¿Huiré de aquí? Mas, no.
Tam. No.
Arm. ¿Hay más temeroso ensayo?
Voz, que mi muerte difieres,
dí, ¿soy yo quien eres?
Tam. Eres.
Arm. ¿Y tú?... Desmayo...
Tam. Tamayo.
Arm. ¿Quién es Tamayo?
Tam. Lacayo.
Arm. ¡Válgame el cielo! ¿Hay tal cosa?
No oso hablar de medrosa.
Tam. Osa.
Arm. Voz, ¿de dónde me has hablado?
¿Adónde estás?
Tam. Embaulado.
Arm. De oille estoy temerosa.
Que perdí el seso imagino.
¿Si es esto algún frenesí?
Mas, no. ¿Qué quieres de mí,
voz, que á mi mal vino?
Ta. Vino.
Ar. Sin duda que desatino
(Sale Tamayo *del cofre.)*
Ta. Vino quiero y vino pido,
¡cuerpo de Dios! que embutido
en un baúl más de un [1] hora,
por sólo hablaros, señora,
ni he comido ni he bebido.
Arm. ¡Ay, Jesús! ¿Quién eres, hombre?
¿Cómo entraste aquí?
Tam. No sé:
en arca, como Noé.
Tamayo soy, no se asombre.
Don Manrique, mi señor,
tiene de vivir más años,
á pesar de los engaños
de tu padre, que Nestor.
A esto sólo me ha enviado.
Con las armas de Aragón
va á tomar la posesión
de aquel famoso condado,
que será suyo, por muerte
del Conde, su gran amigo;
y á mí, que siempre le obligo
con hazañas, desta suerte
en el cofre que Rosela
de vestidos te envió,
mi industria me sepultó:
agradece mi cautela
y dame albricias.
Arm. Si es cierto
que mi español vivo está,
cualquiera joya será
de poco precio.
Tam. No es muerto.
Arm. Toma este diamante; ten
esta cadena, este anillo;
toma aqueste cabestrillo
y aquestas perlas también.
Tam. ¡Cuerpo de Dios, y qué rico
quedo esta vez!
(Dentro, el Duque.) (Abrí aquí.)
Arm. Este es mi padre, ¡ay de mí!
Tam. ¿Quién? ¿Cómo?
Arm. El Duque Aymerico.
Tam. De esta vez me hace gormar
oro y joyas. San Onofre,
ayudadme, que en mi cofre
quiero tornarme á embaular.
(Mételse en el cofre.)

ESCENA X

Armesinda, *el* Duque *y* Violante.

Duque. Notable es la confusión
en que estoy puesto, Violante.
Si aquesto pasa adelante,
temo la justa pasión
que don Manrique de Lara
muestra por su amigo, el Conde.
Arm. ¡Señor!
Duque. Hija, hoy corresponde
la fortuna, hasta aquí avara
con tu gusto. Aquí me escribe
y manda el Rey de Aragón
que acudiendo á la afición
de don Manrique, que vive,
aunque lo contrario dije,
te despose con él luego.
Yo quiero cumplir su ruego

1 [illegible] el orig.: «más de hora». El ms. dice «un ora».

y tu gusto, que me aflige
el ver venir á Narbona
don Manrique, en son de guerra,
destruyéndome la tierra
de suerte, que no perdona
la vejez ni la puericia
que su rigor fiero alcanza,
diciendo que es en venganza
del Conde y de mi injusticia.
Algún gran daño recelo,
que me coge descuidado,
y un español enojado
es ira y rayo del cielo.

ARM. ¿Sabe él que gustas, señor,
que sea mi esposo?

DUQUE Sí.

ARM. ¿Pues tan poco fías de mí
y tan poco puede amor?
¡Bravatas son españolas!
Pasen tempestad y truenos,
verás los cielos serenos,
y el mar amansar sus olas.
Yo quiero desenojarle.

D.ª VIOL. Eso mejor lo haré yo,
que Don Gastón no murió.

DUQUE. ¿Cómo?

D.ª VIOL. Si juras de dalle
por esposa á Don Manrique,
como dices, á mi hermana,
yo haré que venga mañana
á tus pies, y que publique
pesarle haberte [1] enojado.

DUQUE. Yo lo juro. Pero dí,
¿Don Gastón es vivo?

D.ª VIOL. Sí;
por mi industria se ha librado
de tu rigor, dando muerte
el Alcaide á otro por él.

DUQUE. Confieso que fuí crüel:
contento estoy desa suerte.
Mañana entrará en Narbona:
estarás, hija, avisada.

ARM. ¡Cielo eres, prisión amada!

DUQUE. Violante, por tu persona
quedará libre mi estado
de la cólera española;
siendo bastante ella sola
á venceros [2]. Obligado
voy. Hazle luego avisar,
que yo quiero responder
al Rey.

ARM. Volvióse en placer
mi temeroso pesar.

D.ª VIOL. *(Aparte)* Esta vez de Don Gastón
he de ser esposa.

(Al irse el Duque y Violante, vuelve á salir Tamayo, y cógele el Duque en el cofre, con los pies de fuera.)

ESCENA XI.

DUQUE, ARMESINDA *y* TAMAYO.

TAM. ¿Fuese?

ARM. Sí, tal.

TAM. Mas si acá volviese....

DUQUE. Ansí Armesinda, razón
será... ¿Qué es aquesto? Espera.

TAM. Cogióme vivo ¡por Dios!

DUQUE. ¿Qué hacéis aquí? ¿Quién sois?

TAM. Un lacayo en su vasera:
el diablo mi suerte ordena. *(Ap.)*

DUQUE. ¿Quién sois?

TAM. Ya no vivo más. *(Ap.)*
Yo, señor, soy un Jonás,
y este cofre es mi ballena.

ARM. Criado es de don Manrique,
que, con aquesta invención,
entró agora en mi prisión
para que me certifique
de que su señor no es muerto.

TAM. Un Lázaro al natural
soy, que güelo como el mal
sepultado; mas si es cierto
que don Manrique ha de ser
yerno tuyo, perdón pido.

DUQUE. Grande atrevimiento ha sido;
aunque me ha obligado el ver
vuestra lealtad.

TAM. Yo me obligo
de traerte á mi señor
luego aquí, si tu rigor
usa clemencia conmigo.
Diréle que vivo está
el de Fox, y que es su esposa
mi señora y tu hija hermosa.

DUQUE. Venid, pues; que importará,
para que se certifique,
que le desengañéis vos.

TAM. Tumba de mi muerte ¡adiós!

ARM. Amor, venció don Manrique.

(Vanse todos.)

ESCENA XII

DON GASTÓN *y* RENATO.

REN. Fox, famoso don Gastón,
á don Manrique de Lara
reconoce.

D. GAST. ¡Ah, suerte avara!

REN. Mandóle el Rey de Aragón
que con sus armas y gente
por fuerza la conquistase,
y que con él se quedase,
y venciendo fácilmente
á don Guillén de Tolosa
la posesión le ha tomado.

D. GAST. ¡Ah, falso amigo! El estado
me quitaste con la esposa.
El cielo te dé un castigo
que á quien te conoce asombre:
pero bástate el de nombre
de falso y traidor amigo.
Renato, yo me resuelvo
de ir á Fox, porque el amor
que, como á propio señor

---

1 En el orig.: «haberle». El ms. dice: «pesalle haberte enojado», que parece mejor lectura.

2 Así en el original y en la impresión suelta; quizá deba ser «vencernos», pues también consta en el ms. de la Nacional.

me tienen todos, si vuelvo
me dará su posesión.

REN. Temeridad es aquesa.
De la gente aragonesa
tiene puesta guarnición
el Rey, y el tener por cierto
que no vives, causa ha sido
de n haberte perseguido.

D. GAST. Su enojo y rigor advierto;
pero dicen que mandó
don Manrique que dejasen
mis armas, sin que borrasen
lo que su traición borró,
y que de Fox no ha querido
llamarse Conde; y mi muerte
fingió sentir de tal suerte,
que pienso que fué fingido
que va á asolar á Narbona
en mi venganza.

REN. Con eso
querrá encubrir el exceso,
que su deslealtad pregona,
en que después no no le culpe
el mundo.

D. GAST. Tú dices bien;
aunque la fama también
su falsa amistad esculpe
en el bronce de su afrenta,
que nunca se ha de borrar.

REN. Tu muerte ha de procurar,
sin duda; porque si intenta
ser esposo de tu dama
y Conde de Fox, ¿quién duda
que se asegure y acuda
á desmentir á la fama,
que en viviendo tú, ha de ser
su infamia?

D. GAST. De aqueste modo,
si soy desdichado en todo,
¿adonde he de ir, qué he de hacer?
No puedo huir á Aragón,
porque es su Rey mi enemigo:
Fox, anuncia mi castigo:
Narbona fué mi prisión...
Estoy por darme la muerte.

REN. Una pobre fortaleza
me dió la naturaleza,
y, aunque pequeña, harto fuerte.
Esa te ofrezco y la vida.

D. GAST. Aunque la mia aborrezco,
yo la admito y agradezco.
Español, mi agravio pida
al cielo venganza tanta,
que desta injuria te acuerdes.
La vida pierdas, pues pierdes
la ley inviolable y santa
de la verdad pura y clara,
aunque en la necesidad
dicen que trae la amistad
á las espaldas la cara. *(Vanse.)*

ESCENA XIII

DOÑA VIOLANTE y DON MANRIQUE *de luto en cuerpo, y soldados con ellos*

D. MANR. Nunca olvida los agravios
la ley de la cortesía
entre los nobles y sabios;
ni la merced deste día
es bien que solos los labios
la agradezcan, que el venir
á honrar vos el campo nuestro,
basta, señora, á impedir
aqueste rigor que os muestro.
Hoy no se ha de combatir,
aunque muerto don Gastón,
y corriendo por mi cuenta
su injusticia, inútil son
conciertos, si el Duque intenta
el darme satisfacción.

D.ª VIOL. Conde, ni está la ciudad
tan sola de armas y gente,
que miedo ó necesidad
la obliguen; ni hay quien intente
en ella que la amistad
rompáis, que con don Gastón
tuvísteis. Sólo he venido
á desmentir la opinión
que de su muerte ha tenido
Narbona, Fox y Aragón.
Si aqueste luto es señal
del honrado sentimiento
de un amigo tan leal,
trocalde hoy por el contento,
á vuestra tristeza igual.
Don Gastón vive, que á ser
muerto, no tuviera vida
yo, pues aguardando ver
una paga agradecida,
soy amante, aunque mujer.
Mi padre mandó matalle;
pero por mi industria huyó,
y el Alcaide por libralle,
la muerte á otro preso dió
de su mesmo cuerpo y talle.
Dióme palabra de ser
mi esposo por tal favor;
con que pudo entretener
mis esperanzas, y amor
y vos la experiencia hacer
desta verdad.

D. MANR. Será poco,
si vive, que mi contento
me fuerce á volverme loco:
pero duda el pensamiento.

D.ª VIOL. Si á creerme no os provoco,
dad, vos, traza para hacer
como os pueda asegurar.

D. MANR. Sois, aunque ilustre, mujer;
y es de cuerdos el dudar,
si es de nobles el creer.

ESCENA XIV

DICHOS y TAMAYO.

TAM. ¿Qué es de mi señor? El luto
deja, con que cubrir pueda
la tumba del cofre astuto:
ponte galas de oro y seda,
y paga al placer tributo.
Don Gastón resucitó,
como yo resucité
del cofre en que me metió

tu amor. Todo aquesto sé
de Renato, que llegó
á Narbona, y de su vida
ha dado cuenta á Aymerico.

D. MANR. No hay quien mi contento impida,
si eso es cierto. Ya publico
la paz que mi guerra olvida.
Hermosa doña Violante,
¡que está vivo don Gastón!
¡que es tu esposo! ¡que es tu amante!

D.ª VIOL. Y por el Rey de Aragón
lo serás de aquí adelante
de Armesinda, á quien te ofrece,
juntamente con la paz
mi padre.

D. MANR. Mi dicha crece.
Amor ciego, hazme capaz
de tal bien.

TAM. ¿Qué te parece
de aqueste lacayo?

D. MANR. Toque
otra vez templado el parche,
porque el pesar se revoque,
y á Narbona el campo marche.

TAM. Ya no temo Rey ni Roque.

D. MANR. Den á los vientos librea
los alegres estandartes,
porque el sol mis dichas vea,
y entapicen por mil partes
el aire que los desea;
que mañana haré testigo
al mundo de cuán dichoso
soy, pues á Armesinda obligo
que me admita por su esposo
sin ofensa de mi amigo.
Y vos, que sois el valor
de Francia y restauradora
de don Gastón y mi amor,
triunfad en Narbona agora
deste campo vencedor.

D.ª VIOL. Sólo serviros procuro.
Si aquesto adelante pasa, *(Ap.)*
por mentir, mi amor perjuro
y con mi hermana se casa
mis deseos aseguro,
pues don Gastón pagará
la vida que le ofrecí.

TAM. Ese luto servirá
de ornamento para mí,
porque soy de *requiem* ya
desde el entierro primero.

D. MANR. Vamos, que vivo [1]
á mi amigo ver espero,
pues la media vida es
un amigo verdadero.

TAM. Hoy me ha dado San Onofre
la vida que había perdido,
porque no hiciera Godofre
tal hazaña.

D. MANR. ¿Cómo?

TAM. He sido
Patriarca ó Patricofre.

[1] Así en el original y en la impresión suelta. El manuscrito da la solución diciendo: «Vamos que vivo después».

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

DON GASTÓN, *en hábito de peregrino.*

Cuando de la inclemencia
que el cielo usa conmigo,
no sacara mi pena otro provecho
más que hacer experiencia
de un falso y doble amigo,
quedara, en mis desdichas, satisfecho.
Mis males prueba han hecho,
en sus adversidades,
de un vidrio que inconstante,
compraron por diamante,
pues son la piedra toque de amistades;
y fuera cosa nueva
hallar amigo en el trabajo á prueba.
Sigue al cuerpo la sombra
cuando el sol está claro,
mas huye si la nube se le opone.
¡Qué bien Ovidio nombra
sombra al amigo avaro,
que en sólo el interés su amistad pone!;
pues por más que propone
seguir su adversa suerte,
si falta la ventura
huye en la noche escura,
que no hay palabra en la desdicha ó muerte,
y fuera cosa nueva
hallar amigo en el trabajo á prueba.
Vidrio fué don Manrique,
por más que le celebra
España, y sombra cuando yo sol era.
¿Qué mucho que publique
ser vidrio que se quiebra,
y huya cual sombra en la ocasión primera?
A Fox gozar espera;
y sin que le avergüence
su amistad, á mi dama,
esposa y dueño llama:
que el interés las amistades vence,
y fuera cosa nueva
hallar amigo en el trabajo á prueba.
Huyendo voy á España,
pues de mi propia tierra
un falso amigo á desterrarme vino.
Solo amor me acompaña,
que por hacerme guerra,
ni le vence el ausencia ni el camino.
Cual pobre peregrino,
ando á buscar un hombre
que convenga conmigo,
y siendo firme amigo,
las obras correspondan con el nombre:
mas será cosa nueva
hallar amigo en el trabajo á prueba.

ESCENA II

TAMAYO *y dos criados, de camino.*

TAMAYO

Yo me adelanto á prevenir la cena
y la posada, mientras don Manrique,

entre las sombras destas alamedas,
pasa la siesta que hace calurosa;
que entramos ya en España, y las posadas
son tan malas en ellas, que no haciendo
aquesta diligencia, no hallaremos
que cenar, y me envida el hambre el resto.

CRIADO 1.°

A Zaragoza llegaremos presto.

TAMAYO

En aplacando el sol su furia un poco,
avisen á mi amo, si durmiere,
y díganle que voy á apercebille
sábanas limpias.

CRIADO 2.°

¡Plegue á Dios las halles!

TAMAYO

Si no están limpias, estarán al menos
rociadas y dobladas, que es costumbre
de España durar limpias unas sábanas,
sirviendo cada noche desta suerte,
seis meses sin lavarse.

CRIADO 1.°

¡Ay, hosterías
de Italia y Francia!

TAMAYO

¡Ay, carne y pan de España,
y vino de mi santo, cama blanda,
adonde duermo como en seis colchones!:
¿qué cama puede haber en un camino
como una bota de oloroso vino?

CRIADO 1.°

Si te has de adelantar, ¿qué aguardas?

TAMAYO

Nada:
pico el frisón y parto como un rayo. *(Vase.)*

CRIADO 2.°

¿Mas qué te hallamos como ayer, Tamayo?

ESCENA III

CRIADOS *y* DON GASTÓN.

DON GASTÓN

Tamayo oí decir, y don Manrique.
¡Válgame Dios! Si dicen que en Narbona
con Armesinda había de casarse,
¿qué puede ser la causa de que agora
á Francia deje, y á Aragón camine?
Sabello quiero. ¡Ay, rigurosos cielos,
si se acabasen mi temor y celos!

CRIADO 1.°

d tengo, y el calor hace excesivo.

CRIADO 2.°

'ienes sed, aquí corre un arroyo,
idose de ver que no la mates.

CRIADO 1.°

'o, agua? ¿yo en mi tripa sabandijas?
ıldiga Dios quien casa de aposento
le diere en ellas. Oye, un peregrino
me ha deparado Dios. Monsiur, si acaso
la hermana calabaza sufre ancas,
¿quiere dejarme dalla un par de soplos,
y probando si es bueno su zumaque,
pues va á San Jaque, le daremos jaque?

DON GASTÓN

Holgárame de estar tan prevenido,
que trujera con qué refrigeraros;
pero voy tan ajeno de mi gusto,
que no me acuerdo de estas prevenciones.

CRIADO 1.°

¡Maldiga el cielo, amén, á peregrino
que puede andar sin el bordón del vino.

CRIADO 2.°

¿Vais ó venís de España?

DON GASTÓN

A Monserrate
voy y á San Jaque, y pienso que os he oido
decir que va á Aragón desde Navarra
don Manrique de Lara.

CRIADO 2.°

¿Conocéisle?

DON GASTÓN

Tengo noticia dél.

CRIADO 1.°

A Zaragoza
vamos con él, adonde el rey intenta
ser su padrino, y celebrar las bodas
de la hermosa Armesinda; que á esta causa
habrá dos días que su padre, el Duque,
partió con ella para Zaragoza,
y con doña Violante, hermana suya,
porque el Rey de Castilla, Alfonso Octavo,
con el Rey de Aragón y el de Navarra
quiere verse en Monzón, y todos juntos
hacer guerra á los moros andaluces.
Han convidado al Duque de Narbona
á esta guerra; y ansí para más honra
quiere casar su hija en su presencia,
echando el sello á sus venturas todas,
pues se han de hallar tres reyes á sus bodas.

DON GASTÓN

¡Ah, cielo riguroso! ¿Y por qué causa
don Manrique no va en su compañía?

CRIADO 2.°

Porque pensó partir á Fox primero
que á Aragón; mas después le ha parecido
que queda bien seguro: que quien ama,
siglos eternos los instantes llama.

DON GASTÓN

¿Podríale yo hablar?

CRIADO 2.°

En despertando,
¿por qué no? Bien podéis mientras enfrenan
los caballos que ahora están paciendo.
Pero ya ha despertado, y imagino
que querrá caminar, aunque la siesta
el rigor de su fuego multiplica:
más donde pica amor, el sol no pica.

DON GASTÓN *(Ap.)*

¡Buena ocasión se ofrece de vengarme!
Agravio, yo os haré agora testigo
de que sé castigar mi falso amigo.

ESCENA IV

DICHOS y DON MANRIQUE.

D. MANRIQUE.

¿No es hora ya de caminar, hermanos?
Enfrenad y partamos.

CRIADO 1.°

Es temprano,
y el calor es terrible.

D. MANRIQUE.

Ya lo veo,
mas, ¿quién tendrá las riendas al deseo?
¡Ah, cielos! ¡Quién supiera de mi amigo!,
que el no saber á donde está, deshace
en parte el gusto de mi alegre boda.
¡Depáramelo, amor! Será cumplida
mi dicha, que sin él está partida.
¿No váis por los caballos?

CRIADO 2.°

Vamos. ¡Hola!

CRIADO 1.°

Aqueste peregrino quiere hablarte.

D. MANRIQUE.

Querrá alguna limosna. Enfrena: parte.
(Vanse los criados.)

ESCENA V

DON MANRIQUE y DON GASTÓN.

D. MANR. ¿Sois francés? *(A don Gastón, que llega encubriéndose.)*
D. GAST. No tengo tierra.
D. MANR. ¿Cómo no?
D. GAST. La que tenía
días há ya que no es mía.
D. MANR. ¿Por qué?
D. GAST. Porque me destierra
un falso amigo hecho al temple,
aunque al olio pareció,
que una borrasca borró
y obliga á que se destemple
la pintura, que entendí
fuera eterna; mas no dura
la amistad ni la pintura
en el trabajo.
D. MANR. Es ansí.
¿De dónde sois?
D. GAST. Tal estoy
por un tirano interés,
que no sé si soy francés,
aunque dicen que lo soy.
D. MANR. ¿Cómo?
D. GAST. Vuelvo á dudar luego;
porque mudó el tiempo vano
un amigo castellano,
que ya en la lealtad es griego.
D. MANR. Alto: vos no os declaráis.
Tomad, y adiós, que ya es tarde.
(Dale limosna, y mira mucho don Gastón lo que le ha dado.)
D. GAST. De quien sois hacéis alarde.
D. MANR. Un doblón es: ¿qué miráis?
D. GAST. Miro, aunque me maravillo,
el doblón que me habéis dado.
¡Doble el dueño, y él, doblado!:
mas os quisiera sencillo,
y no salieran tan claras
mis desdichas; mas ya son
del modo que vos, doblón,
los amigos de dos caras.
En despreciaros me fundo,
hasta que ya el tiempo os borre,
que sois falso, y ya no corre
otra moneda en el mundo.
D. MANR. ¿Falso ese?
D. GAST. El dueño me induce
á que le pierda el decoro,
que aunque reluce, no es oro
todo aquello que reluce.
Amigos hay de apariencia
de oro, que en viendo pobre
al amigo, son de cobre:
ya yo he visto la experiencia.
Ya no hay Eneas, ni Acates,
porque el engaño alquimista,
cadenas hace á la vista
de oro de mil quilates,
pero son hierro; y no yerro,
que ya la amistad más buena
se dora como cadena,
con ser amistad de hierro.
D. MANR. O habla aqueste conmigo,
ó está loco. ¡Don Gastón, *(Conócele.)*
amigo del corazón!
D. GAST. ¡Nombre me ofreces de amigo,
traidor, cuando fama cobras
de la deslealtad que labras!:
de amigo son tus palabras,
y de enemigo tus obras.
Cuando usurpando mi estado,
con el de Aragón conciertas
mi muerte, por gozar ciertas
tus traiciones; cuando has dado
de esposo palabra y mano
á Armesinda, cuyo pecho,
casa de aposento ha hecho
el alma que lloro en vano,
porque tu traición traspasa
la amistad, que ya atropella,
y por quedarte tú en ella,
echas al dueño de casa;
cuando me vas á quitar
mi esposa, amigo me llamas.
¿No echas de ver que te infamas,
cuando me vienes á dar
ese nombre, pues con él
pierdes de amigo el decoro?:
mas quieres parecer de oro,
y no le es más que oropel.
La media vida te dí
el día que á tu amistad

te admitió mi voluntad,
y esa he de quitarte aquí;
aunque por haber estado
con otra media que es tuya,
es razón que della huya,
porque se le habrá pegado
la peste de la traición
que tu esperanza hace ufana;
y como está la mía sana,
huye de tu contagión.
Mas, por lo que á España debo,
cuyos nobles naturales,
por amigos y leales
los aventajo y apruebo;
por lo que á mi amor obliga,
y porque á tí te está bien,
á trueque que no te dén
nombre de traidor, ni diga
el mundo en tu deshonor,
haciendo tu culpa clara,
que don Manrique de Lara
á su amigo fué traidor;
aquí con mortal castigo
sepultaré tu deshonra,
que quiero volver por tu honra,
por lo que fuistes mi amigo.

D. MANR. Y yo sufrir tus agravios,
porque soy tu amigo, quiero,
sin desnudar el acero
ni la lengua; que los labios
tienen su enojo con llave,
y yo no apruebo ni sigo
el amigo que á su amigo
sufrir injurias no sabe.
Y ansí, aunque me has injuriado
con la traición que me indicias,
yo te perdono, en albricias,
don Gastón, de haberte hallado.
¿Yo te usurpado tu tierra?
Vé á Fox para que divises
si en vez de tu Flor de Lises
han puesto la paz ó guerra
las dos calderas, que son
las armas con que honra el cielo,
desde don Diego Porcelo,
los Laras y su blasón.
¿Qué alcaidías he mudado?
¿qué tributos he cogido?
¿qué servicios he pedido?
¿qué monedas he labrado?
¿qué escritura hay que publique
lo que tu pasión afirma,
adonde diga la firma:
«Conde de Fox, don Manrique.»
No hallarás, sino es cobrado,
tu patrimonio perdido;
el de Tolosa, vencido,
y el de Narbona, obligado
á darte á doña Violante,
á quien si de esposo diste
tu palabra, cuando fuiste
libre por su amor constante,
¿qué mucho que intente ser
esposo de quien no puedes
sello tú, sino es que quedes
por perjuro? Tu mujer
es doña Violante, y yo
tan tuyo, que la experiencia
hizo prueba en mi paciencia;
pues ni la mano sacó
la espada, haciendo testigos
mis agravios, ni han bastado
á que no te haya enseñado
cómo han de ser los amigos.

D. GAST. Si todos como tú son,
¡maldiga Dios la amistad!
¿Probarás tu lealtad
con el Rey, que en Aragón
te dió sus armas y gente
para que á Fox conquistases,
y con él te levantases?
Dirás que la fama miente:
que pues dices que yo dí
á doña Violante mano
de esposo, dirás que en vano
puedes persuadirme ansí.
Pero ni quiero creerte,
ni manchar mi noble acero
en tu sangre; sólo quiero
que vivas, pues en tu muerte,
la infamia que tu honra priva
morirá; y será mejor
dejarte vivo, traidor,
para que tu infamia viva.
Viva, que si en tí vivió
de mi vida la mitad,
que tu rompida amistad
tan presto del alma echó,
hoy darte vida he querido,
aunque el enojo me abrasa,
por no derribar la casa
que por huésped me ha tenido.

D. MANR. Pues ¡vive Dios! que esta vez,
aunque tu furia me ofenda,
no ha de romperse la rienda
de mi paciencia, y que juez
tienes de ser y testigo
de mi amistad; y aunque tuerza
hoy mi inclinación, por fuerza
has de ver que soy tu amigo.
¡Hola! *(Salen los dos criados.)*

ESCENA VI

DON MANRIQUE, DON GASTÓN *y dos* CRIADOS.

CRIAD. 1.º ¡Señor!

D. MANR. Esa espada
quitad á ese peregrino.

D. GAST. ¡Ah, traidor! Bien imagino
lo que tu amistad doblada
intenta. A Aragón me lleva,
porque su Rey me dé muerte.

D. MANR. Mas para que desta suerte,
haciendo bastante prueba
de mi amistad, sean testigos
cuantos han visto mi amor,
que ha enseñado mi valor
cómo han de ser los amigos. *(Vanse.)*

ESCENA VII

El Rey de Aragón, *el* Duque, Armesinda *y* Doña Violante.

Rey.

Un buen día habéis dado á Zaragoza,
famoso Duque, pues de la belleza
de vuestras celebradas hijas goza.

Duque.

Su humildad favorece vuestra alteza.

Rey.

Vuestra vejez con vellas se remoza.
Mucho debéis á la naturaleza,
pues cuanto pudo dió á vuestra ventura:
á vos, valor, y á ellas, hermosura.
Ya tengo envidia al Conde don Manrique
y lástima notable al de Tolosa:
al uno, en que vuestro hijo se publique;
y al otro, en que no goce tal esposa.
Mas si queréis que lo que siento explique,
vuestra suerte con él es venturosa,
pues si Armesinda es Fénix en belleza,
él es Sol en valor y gentileza.
Yo, señora, he de ser padrino vuestro,
que estimo y amo mucho á vuestro amante.

Armesinda.

La obligación callando, señor, muestro
con que os debo servir de aquí en adelante.

Rey.

Como el tiempo me hizo en amor diestro,
casi imagino ya, bella Violante,
que me pedís que á D. Gastón reciba
en mi amistad y gracia. En ella viva,
pues que vive por vos, y don Manrique,
ejemplo de amistad, único y raro,
á Fox le entregue, y Aragón publique
que está en mi protección y real amparo;
pues cuando de la paz se certifique,
volviendo á ver el Sol otra vez claro,
de sus trabajos y prisión pasada,
vendrá á cumpliros la palabra dada.

Doña Violante.

Beso tus pies.

Rey.

Ya viene el de Castilla
á ver el Pilar santo, consagrado
por la Reina del cielo, cuya silla
tiene su asiento sobre el sol dorado.
Quiere hacer guerra al moro de Sevilla,
que, soberbio, las parias le ha negado,
y que Navarra y Aragón acuda
para tan santa empresa á darle ayuda.
En pago del socorro desta guerra
le he de pedir que tornen los de Lara
á su antiguo valor.

Duque.

El que se encierra
en vuestra Alteza, ese favor declara.

Rey.

Si don Manrique vuelve á ver su tierra,
y en sus estados otra vez le ampara,
á instancia mía, el Rey, Duque Aymerico,
tendréis un hierno valeroso y rico.

Duque.

Teniendo á vuestra Alteza por padrino,
¿qué mucho que á su patria restaurado
se vuelva don Manrique?

Rey.

Yo imagino
que le he de ver como merece, honrado.
Cansado vendréis, Duque, del camino.
En mi palacio estáis aposentado.
Andad con Dios, y descansad, que es tarde.

Duque.

Mil años, gran señor, el cielo os guarde.

(Vanse el Duque y sus hijas.)

ESCENA VIII

El Rey, Don Manrique, Don Gastón, *de peregrino, y quédase á un lado.*

Don Manrique.

Bien sé que ha de costarme vida ó seso
lo que hoy intento hacer por un amigo,
y que espantando al mundo mi suceso,
tiene de ser de mi valor testigo;
mas piérdase la vida, pues profeso
la amistad, cuyas leyes guardo y sigo,
que aunque la vida es mucho, estimo en poco
quedar por un amigo, muerto ó loco.

Rey.

¿Qué es esto, don Manrique? ¿En Zaragoza
vos, y tan triste, la color perdida?
Cuando Armesinda vuestra dicha goza,
tan amada por vos y pretendida;
cuando aguardaba de la gente moza
la nobleza alegrar vuestra venida,
con señales de fiesta y de contento,
¿tan triste, vos? Decidme el fundamento.

D. Manr. Dáme los pies, gran señor,
y no te admire el suceso
de la novedad que ves
y tristeza con que vengo;
que una determinación
despachada en el Consejo
de amistad y sentenciada
en mi daño y mi provecho,
me trae á tus pies confuso.

Rey. Levantaos, Conde, del suelo,
y sin hablar por enigmas,
declaráos, que estoy suspenso.

D. Manr. Ya sabes, Rey poderoso,
lo que al Conde de Fox debo
y la amistad que con él
tantos años há profeso.

Rey. Ya sé que Francia y España
os celebra por ejemplo
de la amistad inviolable,
que en vos ha hallado su centro.
Si porque el de Fox está
sin Estado y en destierro
por mi causa, don Manrique,

hacéis aquesos extremos,
ya yo, olvidados enojos,
por vuestra ocasió, le he vuelto
á mi gracia y amistad,
y que goce otra vez quiero
á Fox y á doña Violante,
á quien, cuando estuvo preso,
dicen que dió fe y palabra
de esposo...

D. MANR. ¡Pluguiera al cielo!
También sabes el amor
que á Armesinda bella tengo,
desde que vi su hermosura
en Narbona.

REY. Sí: ¿á qué efecto
me hacéis tantas prevenciones,
pues ella y su padre mesmo
han venido á celebrar
vuestro alegre casamiento?

D. MANR. Gran señor, mi amigo el Conde
há seis años que en deseos
á su hermosura dedica
el alma y los pensamientos.
Yo le prometí casalle
con ella, y en el torneo
maté al Conde de Tolosa,
causa de tantos sucesos.
Y aunque, cuando vi á Armesinda,
amor encendió mi pecho
llamas que no han apagado
valor, ausencia, ni el tiempo,
ha resistido su furia
la amistad, á cuyo espejo
me miro para enmendar
en su cristal mis defectos.
Aquesto obligó mi amor
á padecer un infierno
de penas, sin esperanza
de alivio ni de remedio,
hasta que doña Violante,
por dar fin á sus deseos,
sospechas á mi amistad
y á don Gastón juntos celos,
me engañó con persuadirme
que el noble agradecimiento
del Conde, libre por ella,
le obligó con juramento
á ser su esposa. Creílo;
y advirtiera, á ser discreto,
que la mujer y el engaño
caudal á la parte han puesto.
Entré en Narbona de paz;
y quedando satisfecho
de que dejaba en su fuerza
la amistad que estimo y precio,
concerté mis desposorios
en ella, por ver que en ellos
mi padrino habías de ser.
Vino el Duque, y quiso el cielo,
dilatando mi llegada,
que no bastasen enredos
á poner mi fama y honra
en manos del vulgo necio.
Encontré de peregrino
á don Gastón, que creyendo
lo que en mi agravio la fama
publicaba, y no advirtiendo
mis satisfacciones, viene,
si es lícito, en son de preso
para que sus ojos vean
lo que por él hacer quiero.
Invicto Rey de Aragón,
cartas de Castilla tengo
en que me perdona el Rey,
y levantando el destierro
á los de mi noble sangre,
promete el volverme presto
mis tierras y patrimonio,
si olvidando enojos viejos,
con don Fernán Ruiz de Castro
amistad y parentesco
contraigo, dando á su hija
palabra de esposo y dueño.
Esto está bien á mi honra,
á lo que á don Gastón debo,
á mis parientes y amigos,
aunque mal á mi deseo.
Si el amor que me has mostrado,
con tan magnífico pecho;
las leyes de la amistad
y el remedio de mis deudos
te obligan, ansí á tus plantas
se postren los viles cuellos
de sarracenos alarbes,
tu nombre reconociendo,
que á Aymerico persuadan
mi intercesión y tus ruegos
á que á don Gastón admita
por hijo, que con aquesto,
desengañando á Armesinda,
mostrará el mundo en mi ejemplo
cómo han de ser los amigos,
tan raros en este tiempo.

REY. Conde, cuando el Rey Alfonso
no me cumpliera el deseo
que de veros con quietud
há tantos años que tengo;
el valor que habéis mostrado
y amistad digna de templos
y altares, donde eternice
la fama el renombre vuestro,
me obliga á hacer vuestro gusto.
Al Rey de Castilla espero
aquí: podéis aguardalle.

D. MANR. Prospere tu vida el cielo.

REY. ¿Adónde está don Gastón?

D. GAST. A tus pies, señor, pidiendo
que en tu gracia me recibas.

REY. Levantaos, Conde, del suelo,
y alabaos de haber hallado
un amigo verdadero,
en la adversidad constante,
que es milagro en este tiempo.
Vamos, Conde don Manrique,
y hallaréis al Duque viejo
y Armesinda.

D. MANR. Gran señor,
tengo amor, y temor tengo
que he de perder el juicio
si el tesoro hermoso veo,
de quien siendo dueño propio,
ha de gozar otro dueño.
Lágrimas ablandan mucho,
y al vaso más firme y recio

que resistió golpes grandes,
suele romper un pequeño.
Pasarme quiero á Castilla,
que imagino que no es cuerdo,
siendo vidro la amistad,
quien osa ponella á riesgo.

REY. ¿Pues no quereis aguardar
al Rey?

D. MANR. Saldréle al encuentro;
y pediréle licencia
para volver á sus reinos.
Adiós, amigo del alma.

D. GAST. Yo, don Manrique, me precio
también, como vos, de amigo,
y si el casamiento acepto
de Armesinda, aunque la adoro,
es más por veros resuelto
de casaros en Castilla,
que por cumplir mis deseos;
que de otra suerte, bien sabe
el amor grande que os tengo,
que á trueco de vuestro gusto
me sería [1] gloria el tormento.

D. MANR. Conde, esposo de Armesinda
habéis de ser: yo lo quiero,
y estáis obligado á darme
gusto en todo.

D. GAST. Yo lo acepto.

D. MANR. Dadme, gran señor, licencia.

REY. A poner voy en efecto
lo que os tengo prometido,
y á publicar el extremo
de vuestra firme amistad,
porque sepa el siglo nuestro
cómo han de ser los amigos.

D. MANR. Tus invictas plantas beso.

ESCENA IX

DON MANRIQUE, *solo.*

Solos habemos quedado.
¿Qué habéis hecho, pensamiento?
¿Qué habéis hecho, amistad ciega?
Alma loca ¿qué habéis hecho?
Por dar la vida á un amigo,
¿es bien haberme á mi muerto?
¡Jesús! ¡qué extraña locura!
Sin Armesinda ¿qué espero?
¿Dónde he de ir, que el rey Alfonso
ni me perdona, ni el cielo
quiere que á mi estado torne?
Todo fué fingido enredo
por casar á don Gastón
con Armesinda. ¡Ay, tormento!
acabadme de matar.
Necio he sido; sí. ¿No es necio
quien da el alma? A lo que obliga
un amigo verdadero
es á dar la hacienda, el gusto,
la libertad y el sosiego;
¿pero, el alma? aqueso no.
Si era el alma deste cuerpo,
Armesinda, ya la he dado.
Sin vida estoy; ¡bueno quedo!
Loco estoy sin Armesinda;
pero, no es mejor que el seso
pierda un hombre que la fama?
Claro está: loco soy cuerdo.
Más vale que muera yo:
mas ¡ay, rigurosos cielos!
que vivo para morir
de amor, de rabia y de celos.

ESCENA X

DON MANRIQUE y TAMAYO.

TAM. ¡Bravo lugar es aqueste!
Espantado de ver vengo
la soberbia de sus calles,
la riqueza de sus templos.
Mas mi señor está aquí.
¿Qué diablos tiene? Suspenso
se pasea, y suspirando,
la vista enclava en el suelo.
¿Has merendado cazuela *(A D. Manr.)*
para dar tantos paseos,
ó hay moscones en la cola?

D. MANR. Sin Armesinda, hay desvelos.

TAM. ¡Oigan! Pasear y dalle.
¿Qué es aquesto, qué tenemos?

D. MANR. Por mi culpa, por mi culpa.

TAM. «Y por tanto, pido y ruego
á Dios y á Santa María,
á San Miguel y á San Pedro...»

D. MANR. ¿Qué dices?

TAM. La confesión,
por ayudarte.

D. MANR. Confieso
que estoy loco.

TAM. Yo también.
¡Ay, celemines! ¿Qué es esto?
Respondedme.

D. MANR. ¿Qué respuesta
te tiene de dar un muerto?

TAM. ¿Tú estás muerto?

D. MANR. Sí.

TAM. ¿Y con habla?

D. MANR. No hablo yo.

TAM. ¿Pues?

D. MANR. Mi tormento.

TAM. Ya filosofisticamos.
¡Trabajo tiene el celebro!

D. MANR. Ven acá. Cuando da el alma
un hombre ¿no queda muerto?

TAM. Ansí lo dijo un albeitar,
tomando el pulso á un jumento.

D. MANR. ¿Un amante no da el alma
á su dama?

TAM. Ese argumento
traen siempre los boquirubios,
pero no los boquinegros;
porque, ¿cómo puede estar
sin alma un hombre?

D. MANR. Eres necio:
porque el alma de su dama
se pasa luego á su cuerpo.

---

1 En el original y la impresión suelta, «será». El manuscrito también dice «será». Igualmente formaría sentido «fuera», y acaso así lo escribió el autor.

TAM. ¿Pues es casa de alquiler?
D. MANR. ¡Oyete, loco!
TAM. Hable, cuerdo.
D. MANR. Pues si el alma de Armesinda
vivía dentro en mi pecho,
y á don Gastón se la he dado,
muerto estoy.
TAM. El tema es bueno.
D. MANR. Digo que no tengo vida.
TAM. Mas que no la tengas: ¡quedo!
D. MANR. Entiérrame.
TAM. Vuelve en tí,
por amor de Dios.
D. MANR. ¡Oh, ejemplo
de ingratos! ¿la sepultura
me niegas?
TAM. Yo no la niego,
sino reniego, señor.
¿Qué has comido? ¿Si los berros
de anoche te hicieron mal?
D. MANR. Entiérrame.
TAM. Ya te entierro.
(Quiero seguille el humor:)
¿No te has de echar en el suelo?
D. MANR. ¿Qué más echado me quieres,
si á mal mis venturas echo?
TAM. El primer difunto en pie
eres que vió el siglo nuestro.
Ahora bien; ya entran en casa
tus parientes y tus deudos,
todos cubiertos de luto.
D. MANR. ¡Válgame Dios! ¡Que honre á un necio,
muerto por sola su culpa,
tanta multitud de cuerdos!
Mas sí; que la necedad
es la honrada en estos tiempos,
y muertos, todos son unos
los necios y los discretos.
TAM. Los niños de la Doctrina
vienen: ya entran acá dentro:
¡oh, qué de sarna que traen!
D. MANR. ¿De la Doctrina son éstos?
TAM. ¿No lo ves?
D. MANR. Por dar doctrina
á los amigos, me quedo
cual niño de la Doctrina,
amigo Tamayo, huérfano.
TAM. Las Ordenes Mendicantes
vienen.
D. MANR. No entren acá dentro.
TAM. Aguarden, Padres.
D. MANR. ¿Qué orden
tendrán ya mis desconciertos?
TAM. Aquesta es la Cofradía
de la Soledad.
D. MANR. Discreto
fuiste en traella, pues solo,
sin Armesinda, padezco.
TAM. Aquesta es de la Pasión.
D. MANR. Será la de mis tormentos.
TAM. Estotra es de los Dolores.
D. MANR. Terribles son los que siento.
TAM. La Caridad, que á los pobres
entierra.
D. MANR. Muy bien merezco [1],
pues [1], por dar, pobre he quedado,
que me compares con ellos.
Mas oye, ¿no hay Cofradía
de la Amistad?
TAM. En el cielo;
que aquí hay muy pocos cofrades,
y esos son al uso nuevo.
D. MANR. ¿Pues no soy cofrade yo?
TAM. Y aun mayordomo de necios,
pues, estando vivo, cumples
las mandas del testamento.
¡Ea! Si te has de enterrar,
y estás difunto, no hablemos.—
Los pobres son de las hachas.
D. MANR. ¿Cuáles son los pobres?
TAM. Estos.
Salíos al zaguán, hermanos:
¡ea! salid; acabemos;
que es muy estrecha esta sala,
y no huele bien el cuerpo.—
Los clérigos vienen ya
de la parroquia: ¿daremos
las velas?
D. MANR. Bien puedes dalles
las velas de mis desvelos.
TAM. Tome cada cual la suya,
desde el cura hasta el perrero [2].
No toméis dos, monacillo:
¿escondéislas?: ya lo veo.
¡Ea! que el Responso cantan.
¿Quieres que sea el *Memento*,
ó el *Peccatem me quotidie*,
responso de majaderos?
D. MANR. Si el *Memento* es acordarse,
y peno cuando me acuerdo
la hermosura que perdí,
canta olvidos, que eso quiero.
TAM. *(Canta.)* Va: *Peccatem me quotidie.*
¿Quién me ha metido en aquesto?
Pero, ¿qué tengo de hacer?
D. MANR. Canta.
TAM. Ya va: *quia in inferno.*—
Tamayo, ¿tú, sacristán?
D. MANR. ¿No cantan?
TAM. *(Canta.)* *Nulla est redemptio.*
D. MANR. Tienes razón, que no tienen
ya mis desdichas remedio.
¡Ay, Armesinda del alma!,
¿qué he de hacer sin ti?
TAM. ¡Silencio!,
que no ha de hablar un difunto:
¡cuerpo de Dios!, vaya el cuerpo.
Ya doblan en la parroquia.
¿No escuchas el son funesto?
Oye: *din, dan, din, don, dron.*
D. MANR. Todo eso puede el dinero.
TAM. Ya cantan la letanía:
Sancte Petre, ora pro eo;
kyrie eleyson; Christi eleyson;
kyrie eleyson.
D. MANR. ¡Ay, confusos devaneos!,

1 En el ms.: «Bien lo merezco».

1 En el original, «que»; en la impresión de 1734, «pues».

2 En la impresión suelta, «portero». En el manuscrito, «perrero».

[illegible]
[illegible]
(Vase don Manrique.)

ESCENA XI

[illegible]

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] grande,
[illegible] (Vase.)

ESCENA XII

El Rey de Aragón y el Duque.

REY.

Duque, aquesto os importa, y yo os lo ruego.
El condado de Fox casi confina
con el ducado vuestro de Narbona:
no hay quien en Francia aventajaros pueda,
si destos dos estados hacéis uno.
Cumpliendo aquesto, quedaré obligado,
contento el Conde, y vos, rico y honrado.

DUQUE.

Señor, si don Manrique vuelve á España,
y por casarse en ella el Rey le vuelve
á su primer estado, no me espanto,
que aquesto y la amistad que debe al Conde
le obligue á que el amor suyo reprima
por el valor, que como noble estima.
Engañóme Violante, y no me espanto,
amando al Conde, porque don Manrique
quitase los estorbos á sus celos,
que me hiciese entender haberle dado
palabra don Gastón de ser su esposo;
que amor, con ser rapaz, es cauteloso.
Yo le acepto por hijo, que á Armesinda
y á mí nos está bien; pues cuando el Conde
no fuera tan ilustre, cuerdo y rico,
basta venir señor, por orden vuestra.

REY.

De vuestra discreción dais, Duque, muestra.
Llamen á don Gastón.

DUQUE.

Sólo recelo
la pena y resistencia de Armesinda,
porque después que estos sucesos sabe,
hace extremos de loca.

REY.

Es obediente,
y forzarála el ver que yo intercedo
por el de Fox y que quedo obligado.

ESCENA XIII

Dichos y Don Gastón, de galán, y un Criado después.

DON GASTÓN.

Dame, señor, á besar tus pies.

REY.

Los brazos
dad, Conde, al Duque, de quien ya sois yerno.

DON GASTÓN.

Vivas, famoso Rey, un siglo eterno;
y vos, Duque y Señor, con la corona
de Francia juntéis la vuestra de Narbona.

DUQUE.

Por lo bien que os está lo deseara,
pues siendo mi heredero de importancia
os fuera agora el verme rey de Francia.

UN CRIADO.

El rey Alfonso octavo de Castilla
encubierto ha venido á Zaragoza,
y ya á las puertas de palacio llega.

REY.

¡Válgame el cielo! A recibirle vamos.
Duque, venid; Conde, venid, pariente.

DUQUE.

Ya te seguimos.

DON GASTÓN.

Cierta es ya mi gloria,
pues ha salido amor con la victoria. (*Vanse.*)

ESCENA XIV

Doña Violante y Armesinda.

ARM. Violante, mi muerte es cierta.
¡Ay, español enemigo!
¡Sola la ley de un amigo
es bien que tu amor divierta!
A poder cerrar la puerta
mi amorosa voluntad
á tu injusta liviandad,
dejarte fuera mejor,
pues no ama el que su amor
no antepone á su amistad.
Ordena naturaleza
que de su patria se aleje
el hombre, y sus padres deje
por la conyugal belleza;
¿y obligate tú nobleza
por un amigo á quebrar
aquesta ley? Por amar
bien pudieras ser traidor,
que los yerros por amor
dignos son de perdonar.
¿Qué he de hacer, Violante mía?

D.ª VIOL. Dar consuelo á mis cuidados,
si pueden dos desdichados
hacerse así compañía.
El rey te casa este día
con don Gastón, y los cielos,
para darme más desvelos,

mi industria desbaratada,
te dan muerte, mal casada,
y á mí, de amor y de celos.
¿Que has de ser de don Gastón?
¿que tu gusto has de rendir,
á mi pesar?

ARM. Por morir
he de admitir su afición.
Mi padre y el de Aragón
lo mandan; soy desdichada,
y ansí la muerte me agrada,
aunque sea de esta suerte,
que no hay tan áspera muerte
como vivir mal casada.

ESCENA XV

DICHOS y ROSELA.

ROSELA. Los reyes, señora, vienen
de Castilla y Aragón,
con el Duque y don Gastón.

ARM. Ya mis obsequias previenen.

D.ª VIOL. ¡Qué mala salida tienen
mis deseos, y la hazaña
que mi amorosa maraña
intentó!

ARM. ¡Ay, fiero Manrique!
mi agravio España publique,
porque te aborrezca España.

ESCENA XVI

DICHOS *y el* REY DE CASTILLA, *el de* ARAGÓN, DON GASTÓN, *el* DUQUE *y acompañamiento.*

REY DE C. Por esto vine encubierto.

REY DE A. Prudencia notable ha sido,
pues á no venir ansí,
aunque nos prestara Egipto
sus pirámides famosas;
grana y mármol, Paro y Tiro;
Grecia sus arcos triunfales,
y Roma sus obeliscos,
cualquiera recibimiento,
por más suntuoso y rico,
fuera de poco valor
para el que hemos conocido
en vuestra Alteza.

REY DE C. Ya sé
que me ha de dejar vencido
vuestra Alteza en cortesía
como en todo. Yo he venido
á ver aquesta ciudad,
cuyos nobles edificios,
hermosura de sus calles,
riqueza de sus vecinos,
valor de sus caballeros,
claro cielo y bello sitio,
se aventaja al nombre y fama
que sus grandezas ha escrito.
La capilla he visitado,
y en ella el Pilar divino
que á la cristiandad de España
dió milagroso principio.
¡Gran reliquia!

DUQ. ¡Milagrosa!

REY DE C. Yo os confieso que la envidio,
y que á gozalla en Castilla
viviera alegre, Aymerico.

D.ª VIOL. Denos los pies vuestra Alteza.

DUQUE. Mis hijas son, rey invicto,
y tus esclavas.

REY DE C. Mejor
diréis ángeles divinos.
Alzad, señoras, del suelo,
que yo por cielo le estimo,
pues con tal belleza quedan
hechos sus Campos Elíseos.
¿De cuál destas dos bellezas
ha de ser el de Fox digno
de llamarse esposo y dueño,
porque he de ser yo el padrino?

D. GAST. Beso tus pies. Mi ventura
y la lealtad de un amigo,
tu vasallo, que á ser Darío,
vieras, señor, un Zopiro,
premia mi amor con hacerme
merecedor del sol mismo,
que á los ojos de Armesinda
dió sus rayos cristalinos.

D.ª VIOL. (¡Ay de mí, que tal escucho!)

REY DE A. Vuestra alteza ha merecido
el vasayo más leal
que vió el mundo á su servicio.

REY DE C. ¿Cómo?

REY DE A. ¿No ha alzado el destierro
y estados restituido
á don Manrique de Lara,
como á los bandos antiguos
de los Manriques y Castros?
Ponga fin, y siendo amigos,
se case con una hija
del Conde de Castro.

REY DE C. Digo,
que aunque siempre he deseado
ese suceso infinito,
que nunca intenté tal cosa,
aunque por ese camino
me holgara ver el valor
de los Laras reducido
á su hacienda, patria y honra.

D. GAST. Todo esto, señor, ha sido
mayor lealtad y firmeza
de la fe de un firme amigo,
y al fin, Manrique de Lara.

ESCENA XVII

DICHOS y TAMAYO.

TAM. Lleve el diablo los amores;
porque por sus desvaríos
ha de andar de ceca en meca
la paciencia y el juicio.

D. GAST. ¿Qué es esto, Tamayo? ¡Quedo!

TAM. ¿Qué quedo? ¡Cuerpo de Cristo!

D. GAST. Que está aquí el rey de Castilla.

TAM. Aunque esté aquí Valdovinos.
¡Bueno has parado á mi amo!

D. GAST. ¿Cómo?

TAM. Los cascos vacíos,
busca quien vaya alquilallos.
Con tanto extremo ha sentido

el renunciarte á Armesinda,
que, loco y desvanecido,
ha dado en decir que está
medio muerto y medio vivo.
Hame mandado enterralle:
y ¡á fe de quien soy!, que ha habido
que ver en la pompa y honra
de su funeral oficio.
Si te contara los gastos
de lutos, hachas y cirios,
fuera una gran tiramira.
Algo ha vuelto en su sentido,
y á mi persuasión está
sosegado, aunque en suspiros
se le va el alma á pedazos.
Tú, señor, la causa has sido.

ARM. (¡Ay, cielos!, si eso es verdad,
celebren los ojos míos
las desdichas de los dos.)

REY DE C. Notable valor de amigo.

D. GAST. Yo también tengo de sello,
y con la hazaña que él hizo,
aunque la vida me cueste,
he de vencerme á mí mismo.
Famosos y invictos reyes,
ilustre Duque Aymerico,
goce mi amigo á Armesinda,
y sepa el presente siglo
que dura en él la amistad
que ensalzaron los antiguos
de un Pílades y un Orestes,
de un Teseo y un Peristeo [1].
Eneas soy deste Achates,
deste Eurialo soy Niso,
y Picias [2] deste Damón.
Con vuestra licencia pido
la mano á doña Violante,
por quien estoy libre y vivo,
que ansí su amor satisfago
y doy la vida á un amigo.

REY DE A. Mostráis, don Gastón famoso,
que los quilates subidos
del oro de la nobleza
vuestra sangre ha ennoblecido.
Yo ruego al Duque que os dé
á doña Violante.

DUQUE. He sido
venturoso, gran Señor,
en cobrar tan nobles hijos.

REY DE C. Traigan aquí á don Manrique,
que quien es tan buen amigo,
también será buen vasallo.
Aquí el cielo me ha traído
para que, alzado el destierro,
y vuelto á su estado, rico,
de su valor y lealtad
hoy yo propio sea testigo.
Padrino suyo he de ser.

D.ª VIOL. Mi espe anza se ha cumplido.

ARM. Loca de contento quedo.
Dejad el pesar, sentidos:
pedid albricias al alma.

1 Entiéndase «Piritoo».

2 Léase «Pithias».

ESCENA XVIII

DICHOS, DON MANRIQUE y TAMAYO.

D. MANR. Dame los pies, rey invicto,
que con tu presencia espero
cobrar el seso perdido,
pues el contento de verte
refrena mis desvaríos,
y no es poco refrenallos
mirando aquí lo que miro.

TAM. ¿Acabóse el mal de madre?
¿hemos de enterrarte vivo?
ó podemos ya decir:
vuelve á casa, pan perdido?

REY DE C. Alzaos, Conde, de la tierra,
que por mis ojos he visto
la nobleza y el valor
de vuestras hazañas digno.
No es bien que Castilla pierda
la presencia de tal hijo,
sus reyes tan gran vasallo,
sus grandes tan gran amigo.
Cuantos estados tuvieron
vuestros padres, esos mismos
os restituyo, volviéndoos
á mi amor.

TAM. ¡Manrique, vitor!

D. MANR. Prospere tu vida el cielo.

D. GAST. Don Manrique, porque envidio
el nombre que aquesta hazaña
os ha dado hoy, he querido
dar también claras señales
de que, como vos, he sido
amigo fiel y leal.
Gozad años infinitos
la belleza de Armesinda,
que la mano y alma rindo
á doña Violante hermosa.

DUQUE. Ya es el Conde su marido:
dad á Armesinda la mano.

D. MANR. Si de pesar el juicio
perdí, ¿cómo no le pierdo
de contento y regocijo?
Sol de Francia, perdonad
si es que juzgáis por delito
el anteponer á amor
la lealtad de un fiel amigo,
y dadme esa blanca mano.

ARM. Siempre el pasado peligro
en el contento presente
se olvida, Conde. Yo he sido
en los fines venturosa,
si infeliz en los principios,
y vos, mi señor y dueño.

REY DE C. Porque las guerras que ha habido
entre Aragón y Castilla
tanto ha, sobre el señorío
de Molina de Aragón
se acaben, yo determino
dar el derecho que tengo
en aqueste estado rico
á don Manrique de Lara.

REY DE A. Yo también le doy el mío.

TAM. Nuestra es Molina: ¡pardiós!
que en ella labro un molino.

D. MANR. Con callar pago mejor
tantas mercedes.

REY DE C. Venido
he á Aragón por el socorro
que contra el Alarbe pido
á vuestra alteza, y quisiera
irme luego.
REY DE A. Apercibidos
tengo veinte mil soldados,
y el de Navarra he sabido
que acudirá con diez mil
brevemente.
REY DE C. Pues yo elijo
por alférez general
de aquesta guerra á Aymerico,
que de su larga experiencia
felices sucesos fío.
DUQUE. Beso tus pies, gran señor.
REY DE C. Los dos seremos padrinos:
vuestra alteza, de Armesinda,
y yo, de Violante.
REY DE A. Digo,
que soy contento.
TAM. Y Tamayo
se queda en perpetuo olvido,
sin dalle una sed de agua;
mal dije: una sed de vino.
D. MANR. Pide lo que tú quisieres.
TAM. Pues si lo que quiero pido,
es por mujer á Rosela,
y ser tu caballerizo.
D. MANR. Lo postrero yo lo acepto.
ROS. Yo lo segundo suplico.
ARM. Alto, pues.
TAM. Caballeriza
eres: tu gusto he cumplido.
REY DE A. Venid, condes valerosos,
que dejáis ejemplos vivos,
en que los hombres aprendan
cómo han de ser los amigos.

EL ÁRBOL DEL MEJOR FRUTO

COMEDIA FAMOSA DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

PERSONAS

CLODIO.	CLORO.
MELIPO.	LISINIO.
PELORO.	NISE Y MINGO.
CONSTANTINO.	ELENA.
ANDRONIO.	IRENE.
MAXIMINO.	IFACIO.
UN PAJE.	CONSTANCIO.
CUATRO SOLDADOS.	TRES INDIOS.

Representóla Ortiz.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Salen con máscaras CLODIO, MELIPO *y* PELORO, *bandoleros, acuchillando á* CONSTANTINO, *de camino, y* ANDRONIO.

CLODIO.

Rendíos, caballeros,
que somos cuatrocientos bandoleros.

MELIPO.

¿Qué habéis de hacer tan pocos
contra tantos, si no es que venís locos?

CONSTANTINO.

Yo no rindo la espada
á quien la cara trae disimulada.
Quien della no hace alarde,
traidor es, y el traidor siempre es cobarde;
que, en fin, entre villanos,
cuando las caras sobran, faltan manos;
y será afrenta doble
que se rinda á quien no conoce un noble;
pues ser traidor intenta
quien descubrir la cara juzga afrenta.

PELORO.

Mataldos, caballeros.

CONSTANTINO.

Mal conocéis, villanos, los aceros
que aqueste estoque animan.

ANDRONIO.

Porque no te conocen, no te estiman.
Diles quien eres.

CONSTANTINO.

Calla,
cobarde, que es honrar esta canalla
mostrar tenerlos miedo.
Cincuenta somos, y el valor que heredo,
basta.

ANDRONIO.

¡Qué desatino!

CONSTANTINO.

Villano, ¿es bien que tema Constantino
á cuatro salteadores,
cuando besan sus pies Emperadores?
¡Mueran los foragidos!

TODOS.

¡A ellos!

PELORO.

Pocos son, pero atrevidos.

(Métenlos á cuchilladas.)

CONSTANTINO.

(Dentro.) ¡Ay, Irene querida!
muerto soy.

CLODIO.

Por callar, pierdes la vida.

ANDRONIO.

Romanos, de la muerte
huyamos, que no es cuerdo el que por fuerte
la fortuna provoca,
que la temeridad pierde por loca.

(Salen los bandoleros, sacan á Andronio, *y trae* Clodio *unas cartas y un retrato.)*

CLODIO.

No harás, mientras repares
encubrirte, y quien eres no declares,
este retrato y pliego,
que alimentaba del difunto el fuego.

ANDRONIO.

Ya el callar, ¿qué aprovecha,
fortuna en mis desdichas satisfecha,
si ha de decir la fama
lo que la lengua encubre y el mundo ama?
Al César Constantino
habéis, bárbaros, muerto, y al camino
saliéndole tiranos,
la esperanza quitáis á los romanos
del más noble mancebo
que vió en sus ojos coronado Febo.

PELORO.

¡Válgame Dios! ¿Qué dices?

ANDRONIO.

La yedra de sus años infelices
en cierne habéis cortado,
en túmulo su tálamo trocado
á César con Irene,
por quien la Grecia luz y vida tiene.
Desde Roma venía,
viudo antes que casado: en este día
le llora el tiempo ingrato.
De Irene es el bellísimo retrato
que en aqueste trasunto
amor pintado paga amor difunto.
Huid de la venganza
de un monarca que á todo el mundo alcanza,
que su padre, el augusto,
tiene de procurar con amor justo,
en sabiendo la nueva
que mi desdicha y su rigor le lleva. *(Vase.)*

ESCENA II

DICHOS, *menos* CONSTANTINO *y* ANDRONIO.

CLODIO.

¡Ci os! si aquesto es cierto,
to el imp rio ha de vengar el muerto.
¿P es de qué traza y modo
po emos resistir al mundo todo?
Huyamos, bandoleros,
que no son muros estos montes fieros
para excusar castigos
de tantos y tan fuertes enemigos.

MELIPO.

No nos han conocido
con el disfraz, que nuestra vida ha sido,
y destos desconciertos
no hay que temer, no siendo descubiertos.
Lo mejor es que huyamos,
y los ricos despojos repartamos,
pues con ellos podremos
de la pobreza asegurar extremos.

PELORO.

¡Notable desatino!

UNO.

Corra la voz que es muerto Constantino.

CLODIO.

Murió en este destierro
el César.

OTRO.

Constantino ha sido el muerto.

(Vanse dando voces.)

ESCENA III

CLORO *y* LISINIO, *labradores.*

(Cloro será el mismo que hizo á Constantino.)

LISINIO. La conformidad constante,
Cloro, que quiso algún Dios
hacer que fuese en los dos
de un natural semejante,
de tal suerte me ha inclinado,
que no me hallo sin tí.
¿Qué es lo que haces aquí,
siempre en libros ocupado?
Mira que al tosco sayal
el ser letrado repugna.

CLORO. Desmintiendo á mi fortuna,
Lisinio, mi natural,
aunque en verme te congojas
cuadernos desentrañando,
por árboles voy mirando
libros, pues todos son hojas.
No nací para pastor,
puesto que mi madre sea
natural de aquesta aldea,
porque el oculto valor
que vive dentro en mi pecho,
me inclina, si lo penetras,
á las armas y á las letras;
y aunque estudio sin provecho,
el amor de aquesta gente,
que los Césares romanos
persiguen por ser cristianos;
el verla tan inocente,
tan constante en los trabajos
y en los tormentos tan firme,
he venido á persuadirme
que, no pensamientos bajos,
sino verdades ocultas

amparan su profesión,
y hélos cobrado afición.

LISINIO. No sin causa dificultas
lo mismo que yo resisto
cuando de sus cosas trato.
Su sencillez y recato
amo, pero aquese Cristo
que adoran me hace dudar
y que de su ley me asombre.

CLORO. ¿Por qué?

LISINIO. Anteponer un hombre
á los dioses, ¿no ha de dar
ocasión de que por locos
los juzgue? A un crucificado,
de su nación despreciado,
tenido por Dios de pocos,
y esos pocos, pescadores,
á quien, como simples, pudo
engañar, roto y desnudo:
¿qué Augustos, qué Emperadores
de su parte alegar puedes,
que acrediten sus hazañas,
sino barcas, y marañas
de engaños, como de redes?
La ley de nuestros pasados
es de más autoridad,
porque toda novedad
fué dañosa en los estados.
La adoración de los dioses,
por antigua y santa adoro:
déjate de engaños, Cloro.

CLORO. Cuando repugnalla oses,
¿qué importa, Lisinio amigo,
si sus obras celestiales
muestran que son inmortales?
Aunque yo á los dioses sigo,
¿perdieran tantos la vida
con tal gusto, á no saber
que otra mejor ha de ser
para su fe prevenida?
¿hicieran milagros tantos?
¿vencieran tantos tormentos,
siempre humildes y contentos,
á no ser buenos y santos?
¿qué fuego se atreve á ellos?
¿qué mares los anegaron,
aunque millares echaron
con hierro y plomo á sus cuellos?
Los anfiteatros digan
si los tigres y leones,
mansos á sus oraciones,
á sus pies vienen y obligan.
Diga el cuchillo más fuerte
si en ellos tuvo poder:
si es ansí ¿qué pueden ser,
hombres que vencen la muerte?

LISINIO. Encantadores.

CLORO. No creo
que ese atributo les dieras
si en este libro leyeras
lo que yo admirado leo.

LISINIO. No dió el cielo á mi ignorancia
tal ventura, que aprender
haya podido á leer,
aunque soy todo arrogancia.
Mas, ¿qué libro es este?

CLORO. Historia
de mil de aquestos que dieron
sus vidas, y al fin salieron,
aunque muertos, con victoria.
¿Quieres oir algo dél,
y sabrás quien es su Dios?

LISINIO. Dí.

CLORO. Sentémonos los dos
debajo deste laurel.

(Siéntanse debajo de un laurel y lee Cloro.)

«Pedro y Andrés, en cruz, con fe divina
un Dios confiesan sólo Omnipotente:
victorioso del mar, triunfa Clemente;
del cuchillo y navajas, Catalina.
Palmas ganan Eulalia con Cristina;
un Laurencio honra á España y un Vicente;
del cordero en la púrpura inocente
Justa se baña, auméntala Rufina.
Sebastián, con las plumas de sus flechas
corónicas al cielo en sangre envía;
salen Diego y Ignacio vencedores.
Leocadia ablanda cárceles estrechas;
cuchillos vence Inés, llamas Lucía.»

(Una voz dentro.)

(Lisinio y Constantino, Emperadores.)

(Cae sobre sus cabezas un ramo de laurel.)

CLORO. ¿Qué es esto?

LISINIO. Son las grandezas
con que el cielo nos sublima:
cayendo el laurel encima,
corona nuestras cabezas.

CLORO. Emperadores nos llama
quien nuestra dicha pregona,
y la ninfa nos corona
que Apolo consagró en rama.

LISINIO. Cloro, ya el cielo se ofende
de nuestro ocio, pues que dél,
cayéndose este laurel
nos despierta y reprehende.
Tu pecho con él anima,
y deja estorbos cobardes.
Basta esta rama, no aguardes
que se caiga un monte encima,
que yo, animado por él,
desde hoy el traje grosero
dejo, porque verdadero
salga este imperial laurel.
Escuadrones de soldados
me ofrece el cielo propicio,
no en el rústico ejercicio
hatos de humilde ganado.
Aquesta es mi inclinación:
púrpura, á mi ser igual,
reinos dará á mi sayal
y hazañas á mi opinión.
Maxencio en Roma adelanta
su ambición y mis deseos,
y con augustos trofeos
gentes alista y levanta.
Con Constancio tiene guerra,
del mundo competidor;
un Sol y un Emperador
pretende solo la tierra.
Si quieres que militemos
á su sombra, Cloro noble,
y que la encina y el roble

en lauro y palma troquemos,
dejemos montes los dos,
que rústicos animales,
ni cívicas, ni murales
dan coronas, sino Dios.

CLORO. Oye, Lisinio, primero,
pues como el oro en la mina,
una [1] alma escondes divina
dentro de un cuerpo grosero;
que puesto que el pensamiento
que tienes en mí es de estima,
lo que más el pecho anima
es el noble nacimiento.
Déjame saber quien soy,
pues nunca mi ingrata madre
me ha dicho quien es mi padre,
que mi palabra te doy,
ya sea, como imagino,
generoso, ya [2] al sayal
deba el ser y natural,
que este presagio divino
contigo haga verdadero,
sin que peligros sean parte
para que de tí me aparte;
antes, desde ahora quiero
que de cualquiera fortuna
que nuestra dicha prevenga,
igual parte en ella tenga
cada cual porque sea una.
Si fuere César, serás
César como yo; si Rey,
Rey serás con igual ley,
sin dividirse jamás
por guerra ó por otro extremo;
que más puede una amistad,
si es firme, que la hermandad
crüel de Rómulo y Remo.

LISINIO. Eso mismo que me ofreces
cumpliré, Cloro, contigo,
haciendo al cielo testigo,
como á sus deidades, jueces.
Pero no puedo esperarte [3],
que la inclinación me llama,
aplica espuelas la fama,
y abrase mi pecho Marte.
No nos veremos los dos
mientras monarca no sea [4]
del mundo.

CLORO. Su esfera vea [5]
á tus pies.

LISINIO. Adiós.

CLORO. Adiós. *(Vase* Lisinio.)

ESCENA IV

CLORO, NISE, *labradora, y* MINGO, *villano, con un harnero.*

MINGO. ¡Válgame [1] Dios! ¿Por echalle
la cebada os dá molestia?

NISE. ¡Calla, bruto, necio, bestia!

MINGO. Eso sí: apodar y dalle.
Pues no suelo yo ser mudo,
ni vos muy limpia, aunque habláis,
que media azumbre gastáis
de agua en lavar un menudo.

NISE. ¡Yo!... ¿cuándo?

MINGO. El de hoy os avise.

NISE. Tú mientes.

MINGO. ¡Dalle, y gruñir!

CLORO. ¡Que siempre habéis de reñir!
¿Qué tienes con Mingo, Nise?

NISE. Aposentóse un doctor
en el mesón...

MINGO. ¡Qué! ¿quería
decillo ella? En fin, venía
afligido del calor
y de hambre de la jornada.
Mandónos poner á asar
una gallina, y echar
paja á la mula, y cebada.
Entro luego en la cocina,
y como mal entendí,
la cebada al doctor dí,
y á la mula la gallina:
¡miren qué culpas son éstas!

CLORO. ¿Vióse necedad mayor?

MINGO. ¿Pues no ha llevado al doctor
la cansada mula á cuestas?
¿No es bien que á quien más trabaja
se dé mejor de cenar?
Luego bien hice de dar
al doctor cebada y paja,
y á la mula la gallina.

NISE. ¡Calla, bestia!

MINGO. ¿Pensáis vos
que no sabe de los dos
la mula más medicina?

ESCENA V

DICHOS *y* ELENA, *de labradora.*

ELENA. ¡Que no ha de haber ocasión
que donde quiera que estáis
ambos á dos, no riñáis!

MINGO. ¿Qué quiere? Soy un riñón.

NISE. Mientras este bruto esté
en casa, ¿quién no dará
voces?

ELENA. Éntrate tú allá.

NISE. ¡Para ésta!

MINGO. Jurad la fe;
si es bien que en vuesa fe crea,
no siendo la fe de Dios,
aunque si se añade en vos,
no va mucho de fe á fea. *(Vase* Nise.)

---

1 En el ms. de 1621 «un alma». A este mismo códice pertenecen las demás correcciones ó variantes que siguen. Lleva el núm. 15.484 de la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional. En ella hay en otro códice (3.907), sólo algunos fragmentos, que también hemos cotejado.

2 En el ms. «ó ya».

3 «guardarte», y lo mismo en el ms. 3.907.

4 [illegible]

5 [illegible]

---

1 «Valgamos».

ESCENA VI

DICHOS, *menos* NISE.

ELENA. Cloro, ¿qué haces aquí?
CLORO. Generosos pensamientos
animan atrevimientos
tan poderosos en mí,
que me han obligado, madre,
que, porque los certifique,
aquesta vez te suplique
me digas quién fué mi padre.
Que el ilustre natural
que á mi humildad hace guerra,
me certifica que encierra
este rústico sayal
prendas con que esfuerzo cobre
el valor á que se aplica,
sin creer que alma tan rica
procede de un padre pobre.
ELENA. Cloro, si estos pensamientos
los gobernara el juicio,
que en esta ocasión te falta,
fueran sabios como altivos.
A un pastor, humilde y pobre,
debes el ser abatido,
que no en palacios soberbios
te dió, sino entre cortijos.
Una pajiza cabaña,
que contra el sol, el estío,
y contra el agua, el invierno
sirve de toldo propicio,
es tu casa de solar;
no los pavimentos ricos,
ni los artesones de oro,
asombro del artificio.
¿Qué importa que el arroyuelo,
soberbio cuanto atrevido,
con las lluviosas corrientes
haga competencia al Nilo,
si la tempestad pasada
vuelve al mísero principio,
y después pisar se deja
del animal más sencillo
y pequeño de la tierra,
dando á sus pasos camino?
Nacen á la hormiga avara
alas para su peligro,
pues cuando á Dédalo intenta
imitar, de un pajarillo
es miserable sustento,
sepulcro haciendo su pico.
No es bien que porque la palma
hasta el alcázar lucido
se atreva á subir del sol,
un junco, desvanecido,
quiera competir con ella,
pues de su flaco principio
ignorando el fundamento,
es verdugo de sí mismo.
Cuando te pintes, soberbio,
Rómulo, Alejandro y Ciro,
y la ambición te prometa
coronas y señoríos,
considérate un arroyo,
no profundo caudal río;
un junco, una hormiga vil,
y desharás, convencido,
ruedas de pavón soberbias:
que si la corneja quiso
vestirse plumas hurtadas,
ellas le dieron castigo.
No violentes, ambicioso,
tu natural, si perdido
después llorar no pretendes [1]
juveniles desatinos [2].
Una haza son tus armas,
y en vez del estoque limpio,
la hoz corva, el tosco arado,
veinte ovejas y un novillo.
Estos ejercita, Cloro,
y á Scipiones y Fabricios
deja triunfos y victorias.
pues para pobre has nacido.
(*Vase* Elena.)

ESCENA VII

CLORO. Rigurosa madre, espera.
¡Ay, cielos! no sé si impíos,
porque en tales desengaños
sepultáis nobles designios.
¿Para qué Elena te llamas,
si siempre este nombre ha sido
blasón de ilustres [3] matronas,
que en ti despreciado miro?
Nunca yo quien soy supiera,
pues la humildad pone grillos
al deseo ya frustrado,
que de un rústico soy hijo.
MINGO. Yo, á lo menos más dichoso
soy, aunque me llamo Mingo,
pues si no mintió mi madre,
diz que me parió en el signo
de Capricornio, y en fe
desto, la comadre dijo
que un sátiro me engendró
y por eso satirizo.

ESCENA VIII

CLODIO, *con las cartas y retrato.* PELORO *y* MELIPO.
Después, CLORO *y* MINGO.

CLODIO. Cuanto más lejos estemos
del Emperador, airado,
cuyo hijo malogrado,
sin conocer, muerto habemos,
más se asegura la vida,
que con tanto riesgo está.
MELIPO. Al romano imperio da
Persia [4] guerra defendida;
en ella no hay que temer,
Clodio, castigo ó venganza,

1 Así en el impreso y en el ms. de 1621. En el 3.907 «llorando».
2 «desvarios».
3 «bellas», escrito «uellas»; pero el impreso es mejor.
4 «Grecia».

pues en su reino no alcanza
de Roma todo el poder.
Descansemos por ahora
en esta venta.

CLORO. ¡Ay, de mí,
que tan humilde nací!
¡Que cuando el cielo mejora
con el esfuerzo el valor
de quien ilustrar desea,
Cloro, cielos, Cloro sea
hijo de un pobre pastor!

CLODIO. Labradores, ¿hay posada?

MINGO. ¿Para cuántos?

CLORO. ¡Detenéos,
desvanecidos deseos!

MINGO. No les faltará cebada
que coman, si son doctores,
ni gallinas que les demos
á las mulas.

CLODIO. ¿No tenemos,
á pesar de los temores
con que á costa del cansancio
animan nuestro camino,
presente aquí á Constantino,
hijo del César Constancio?

MELIPO. A no desdecirlo el traje
y saber que queda muerto,
yo lo tuviera por cierto,
sino es que del cielo abaje
á castigar nuestro insulto
disfrazado en el sayal.

CLODIO. ¿No es retrato original?
Sí, que vive en él oculto.
¿No es aquella su cabeza,
sus ojos, su boca y talle?

PELORO. En él quiso retratalle
la sabia naturaleza.
No he visto igual semejanza.

CLODIO. Ahora bien; sea ó no sea
quien mi ventura desea,
si consigue mi esperanza
lo que mi intento procura,
y este hombre, amigos, engaño
hoy con un ardid extraño,
doy alas á mi ventura.

MELIPO. ¿Pues qué pretendes hacer?

CLODIO. Pues que se parece tanto
al difunto, que es encanto,
si no es del cielo poder,
y aquí cartas y retrato
de Irene tengo, intentemos
persuadirle, si podemos
y tiene ingenio y recato,
que se finja Constantino
y se case con Irene.

MELIPO. ¡Extraña traza, si viene
á admitir tal desatino!
Mas ¿cómo un tosco pastor
mudará su grosería
en el trato y policía
de un romano Emperador,
si conforma con su traje
su ingenio?

CLODIO. De un tosco roble
se hace una imagen noble.

PELORO. Siendo bárbaro el lenguaje
que aqueste monte le ha dado,
descubrirá esta traición.

MELIPO. Disfrazóse de león
un bruto torpe, y trocado
en él, bramar cual él quiso,
y dicen que rebuznó,
y en su afrenta, á todos dió
de su atrevimiento aviso:
lo mismo ha de sucedernos
si hacemos tal desvarío.

CLODIO. De su traza y rostro fío
que podemos atrevernos.
Aquellas nobles facciones,
del Príncipe semejanza,
me animan.

MELIPO. Todo lo alcanza
la industria. A mucho te pones;
aunque si con eso sales,
seguro está el interés
y ventura de los tres,
porque á Dédalo te iguales.

CLODIO. Si con Irene se casa
y á ver á Constancio va,
cuando de su hijo está
llorando la suerte escasa,
la similitud extraña
que le iguala á su valor,
burlará al Emperador;
y si dichoso le engaña
y le tiene por su hijo,
¿qué más dicha?

MELIPO. Quedó el muerto
á elección en el desierto
de las fieras. Yo colijo [1]
que ya habrán hecho en él presa.
Si no parece ¿quién duda,
viendo que en este se muda
y el imperio le confiesa
por el propio Constantino,
que su padre ha de creer
ser el mismo?

PELORO. Vendrá á ser
un engaño peregrino.

CLODIO. Ponello en ejecución
falta sólo.

CLORO. ¡Que haya sido
tan bajamente nacido!
¡Ay, loca imaginación!

CLODIO. (*De rodillas.*) Danos esos pies augustos,
si merecemos besallos.

CLORO. ¿Qué es esto?

CLODIO. Honra tus vasallos
con premios, señor, tan justos.

CLORO. Señores, si el tosco traje
que traigo, os obliga así
á que hagáis burla de mí,
ninguno me hizo ultraje
que, con honrada venganza
no sirviese de escarmiento
á su necio pensamiento.

CLODIO. Generosa semejanza
del más ilustre heredero
que Roma á su imperio dió

---

1 «y colijo»

y la muerte malogró,
si el retrato verdadero,
que autoriza y ennoblece
hoy en tí su original,
no es en tu alma desigual
y á la tuya le parece,
por un extraño camino
ha puesto el cielo en tu mano
la esfera y globo romano
y feliz [1] de Constantino.
Si á tu saber [2] satisfaces
y tu persona eternizas,
de sus augustas cenizas
milagro al mundo renaces.
Constantino, sucesor [3]
de Constancio, partía á Grecia,
que en fe de lo que le precia
Maximino, Emperador
y Monarca del Oriente,
á Irene le había ofrecido,
hija suya, y reducido
el griego lauro á su frente.
Con este retrato y pliego
caminaba Constantino,
cuando saliendo al camino
un escuadrón loco y ciego
de quinientos foragidos,
de repente le asaltaron,
y el Abril verde agostaron
de treinta años no cumplidos.
Por no darse á conocer
dió venganza á sus aceros.
Huyeron los bandoleros,
que vinieron á saber
la calidad del difunto,
temerosos del castigo.
Yo, de su muerte testigo,
tomando aqueste trasunto
de Irene, y cartas, volvía
con las nuevas lastimosas
á su padre; mas, piadosas
las deidades este día,
ofreciéndome tu vista,
quieren en tí consolar
la pérdida y el pesar,
que es imposible resistá
Constancio, si á saber viene
que le ha quebrado su espejo
la fortuna, y por ser viejo
la muerte su fin previene.
Tú, pues, dichoso pastor,
que con su imagen heredas
su imperio, para que puedas
dar principio á tu valor,
si quieres en lugar dél
transformarte en Constantino,
el cielo á ofrecerte vino
el siempre augusto laurel.

PELORO. No pierdas esta ventura,
que por lo que interesamos
della, palabra te damos
de hacella los tres segura.

MELIPO. Constantino (que ya quiero
de aqueste modo llamarte)
procura determinarte:
deja ese traje grosero,
que aquí del César traemos
con que serás transformado
[illegible] iginal, no traslado.

MINGO. ¿Pullas en casa tenemos?
¡Voto al sol! gente ruin [1],
que si la honda desato,
o [2] doy dos silbos al hato
y hago venir al mastín,
que el dimuño os trajo acá.

CLORO. Basta la burla, señores;
ved que somos labradores,
y no se sufren acá.

CLODIO. Para que la verdad creas,
que por tu dicha te trato,
en este sutil retrato
quiero que tu imagen veas,
y con ella á Constantino,
que al sacro laurel te llama.

PELORO. Al atrevido la fama
ayuda.

CLORO. ¡Cielo divino!
parece que en el cristal
me miro de alguna fuente,
aunque en traje diferente
seda aquí y en mi sayal.
¿Qué hay que recelar, temor,
si el cielo á cumplir empieza
del laurel que en mi cabeza
me gratuló Emperador
el pronóstico divino?
Crédito á mi dicha doy.
Cloro he sido; ya no soy,
sino el César Constantino.
Dadme el retrato de Irene.

CLODIO. Este es.

CLORO. ¡Qué hermosa pintura!
Cifrada aquí la hermosura
todos sus milagros tiene.
Sólo de mis pensamientos,
que ya ejecutallos trato,
puede ser este retrato
dueño hermoso. Atrevimientos,
en vuestras alas sutiles
fundo mi imaginación;
nobles mis intentos son,
si mis principios son viles.
Vamos á Grecia, vasallos,
que aunque este apellido os doy,
vuestro amigo firme soy.
Haced prevenir caballos,
y advertid que si el secreto
deste engaño descubrís,
aunque pastor me advertís,
ser Constantino os prometo
en vengarme y castigaros.
Ya el verdadero murió,
y en mi pecho se infundió
su alma. Sabré premiaros,
y castigaros también.

---

1 «y fénix».
2 «suerte».
3 «Emperador»; pero es errata.

1 «royn».
2 «ú».

Su alma el César me ofrece,
que en quien tanto se parece
por fuerza ha de hallarse bien.

PELORO. ¿Hay mudanza semejante?
MELIPO. ¿Hay más portentoso extremo?
CLODIO. ¡Vive el cielo que le temo!
PELORO. Yo tiemblo en velle delante.
CLORO. ¿Quieres venirte conmigo? *(á Mingo.)*
MINGO. ¿Que por que se pareció
al otro, Cloro salió
Emperador [1]?
CLODIO. Sí, amigo.
MINGO. ¡Que nunca yo me parezca
á nadie!
CLORO. Acaba, grosero.
MINGO. ¿No habrá otro emperadero
por ahí á quien merezca
parecerme?
MELIPO. Sí, á mi jumento,
pues os parecéis los dos.
MINGO. Luego, parézcome á vos.
Ir contigo, Cloro, intento.
CLORO. No soy Cloro desde aquí,
Mingo, sino Constantino.
MINGO. Yo os llamaré así, si atino [2].
Una vez me parecí
á otro: en tiempo cruel,
porque á palos me molieron
de noche, y luego dijeron:
«perdone, que no era él».
CLORO. Dadme el caballo y vestido,
y no pongamos en duda
nuestra suerte, pues ayuda
la fortuna al atrevido.
CLODIO. A mucho nos atrevemos,
y temo...
PELORO. ¿Qué hay que temer?
CLODIO. Que nos vengan á deshacer
aqueste, porque le hacemos. *(Vanse)*.

ESCENA IX

MAXIMINO *é* IRENE [3].

MAX. Ya, Irene, se llegó el día
en que el César sea tu esposo.
IRENE. Si de la inclinación mía
el ánimo belicoso
sabes que mi valor cría,
¿por qué tu rigor le enlaza
en el yugo que embaraza
la libertad y quietud?
Manda tú á mi juventud
que se ejercite en la caza;
que del jabalí protervo
el curso ligero siga
con que mis gustos conservo [4];
que el tigre sagaz persiga
y alcance al tímido ciervo;
que en sus despojos celebre
triunfos, y el venablo quiebre
en el león arrogante,
ya con el noble elefante,
ya con la tímida liebre:
y no me mandes que el gusto
pierda á mi edad el respeto,
que aunque es el tálamo justo,
no sabrá vivir sujeto
mi pecho libre y robusto.
MAX. Si á mi voluntad te allanas,
al César por dueño ganas,
de las romanas esferas.
Anda á caza, en vez de fieras,
de libertades humanas.
IRENE. No es, padre y señor, decente
el estado que me das
al valor que el alma siente.
MAX. Yo sé que mi gusto harás.
(Vase Maximino.)

ESCENA X

IRENE.

La cerviz indomable del toro ata
con las coyundas de su yugo grave
el labrador, y brama, porque sabe
que [1] su preciosa libertad maltrata.
Al pájaro, que en plumas se dilata,
el cazador cautiva del süave
acento enamorado, y llora el ave,
aunque honren su prisión rejas de plata.
No en los jardines la florida yerba
medra del modo que en el monte y prado,
patria y solar de su morada [2] verde.
Dichoso, libertad, el que os conserva,
pues es prisión el solio sublimado
de quien por reinos, vuestro reino pierde.

ESCENA XI

ISACIO, *Duque, é* IRENE. *Luego,* UN PAJE.

ISACIO. Hermosa prima, ¿qué haces
sola, si lo puede estar
quien se precia de llenar,
tiranizando las paces
del amor, como él atados
al carro de sus prisiones
encendidos corazones
con grillos de sus cuidados?
¡Ay, si mereciera yo
que te acordaras de mí!
IRENE. ¡Oh [3], Isacio! como nací
libre, y el cielo me dió
un alma de quien soy dueño,
por no ser pródiga y dalla
á prisión, quiero gozalla.
Pensar que he de amar, es sueño.
Hoy dicen que Constantino
á darme la mano viene

---

1 «emperadero».
2 «Yo os lo llamaré si atino».
3 «*Salen* MAXIMINO *emperador,* IRENE, *su hija y* ACOMPAÑAMIENTO».
4 Falta este verso en el ms.

1 Falta el «que» en el impreso; pero consta en el códice.
2 «prosapia».
3 En el ms. 3.907, «asi».

de esposo, como si Irene
al mismo Apolo divino
sujetar imaginase
la preciosa [1] libertad,
que en mí es única deidad,
sin que amor mi pecho abrase.
¡Viven los cielos, que adora
todo el humano poder,
que de Irene no ha de ser,
si no es Irene señora!
Mal mi padre me conoce.

ISACIO. Con eso contento quedo.
Pues yo gozarte no puedo [2],
ninguno, Irene, te goce;
que si tu desdén furioso
á cuantos te aman alcanza,
quedaré sin esperanza,
mas no quedaré quejoso.

IRENE. Verás, cuando el César venga,
retratado en mí el desdén.

ISACIO. Mas vale tratarle [3] bien,
porque tu padre no tenga
ocasión que á la impaciencia
provoque, que es el poder
rayo, y éste suele ser [4]
más daño en más resistencia.
Entretenle con engaños;
ni le trates amorosa,
ni le mires desdeñosa,
hasta que los desengaños
le dispongan poco á poco,
que un repentino rigor
suele aumentar el amor,
pues con furias crece el loco.

IRENE. No dices mal; y á fe, Isacio,
que luce más con su opuesto
el sol á la sombra expuesto.
Desdeñaréle despacio,
y por tu consejo sabio
me guiaré en esta ocasión,
forzando mi inclinación.

ISACIO. Fingiendo no ser agravio,
cuando llegue, encubre enojos;
recíbele agradecida,
ostenta risa fingida,
dale á beber por los ojos
ponzoña sabrosa y lenta,
y engaña á tu padre así.

UN PAJE. Ya llega, señora, aquí
el César.

IRENE. Mi pena aumenta.
Pero ¿sabes qué he pensado?
Que para que me aborrezca
y en verme no se enternezca,
encontrando á amor armado,
pensando hallarle desnudo,
que en el marcial ejercicio
me halle ocupada.

ISACIO. Codicio
el daño que de eso dudo,
porque de aquesta suerte
te ve [1] bella y belicosa:
si te amaba por esposa [2],
ha de adorarte por fuerte.

IRENE. En eso, primo, te engañas:
el amante que es prudente
no busca dama valiente.
Al hombre ilustran hazañas,
y á la mujer, la hermosura,
los regalos, la afición,
la apacible condición,
las lágrimas y blandura.
Tiernos les dieron los nombres,
porque con terneza amasen
y regaladas templasen
la condición de los hombres;
que el ejercicio marcial
es violento en la mujer,
como en la nieve el arder,
derretirse el pedernal,
y acobardarse el león.
Y la que así no lo hiciere,
es señal que usurpar quiere
la preeminencia al varón.
Yo sé que si Constantino,
en vez de amorosa, armada
me ve, á la guerra inclinada,
que por el mismo camino
que en mi amor tierno se abrasa,
primo, me ha de aborrecer,
porque no pueden caber
dos hombres en una casa.

ISACIO. Tu divina discreción
es igual á tu hermosura.
Que te aborrezca procura:
ejecuta esa invención
en que estriba mi esperanza,
dando alas á mi deseo.

IRENE. Quiero ensayar un torneo.
Sácame, Isacio, una lanza,
mientras la espada me ciño,
para que el César, amante,
de verme armada se espante:
que amor teme, porque es niño.

ISACIO. De las que en esta armería
hay, es esta la mejor.

IRENE. Haz tocar un atambor.

ISACIO. Miedo [3] me das, prima mía.
De la guarda de palacio
hay una aquí.

IRENE. Toque, pues.
Aquesta la entrada es
del torneo. Advierte Isacio...

(Hace la entrada del torneo con gallardía. Tocan chirimías.)

ESCENA XII

DICHOS, CLORO, *vestido de Príncipe*, MELIPO, PELORO, CLODIO, MAXIMINO y MINGO.

MAX. Aquí aguarda á vuestra alteza
la Princesa, agradecida

---

1 «la preciada» en el ms. 3.907.
2 «gozar no te puedo» en id.
3 «tratallo» en el ms. 15.484.
4 «hacer» en id. y en el 3.907.

1 «te halla». También en el ms. 3.907.
2 «si te amaba por hermosa». «Si te ama por hermosa» en el 3.907.
3 «Medio» en el impreso; pero está bien en los mss.

á vuestro amor y venida:
mas ¿qué es esto?

CLORO. A su belleza
añade la fortaleza,
como á mi amor, nuevas alas.
Las armas entre las galas
parecen en ella bien,
porque en ella á un tiempo estén [1]
tierna, Venus; fuerte, Palas.

MAX. Su inclinación belicosa
me asombra. Sepa que estamos
aquí.

CLORO. Eso no. Suspendamos
en su hermosura animosa
la vista y alma dichosa
en este ejercicio un poco.
¡Vive el cielo, que estoy loco!
¡Ay, griega del alma, hermosa!

IRENE. ¿Qué te parece? *(á Isacio)*

ISACIO. El extremo
de la gracia y la destreza.
Aunque adoro á tu belleza,
tu valor y ánimo temo.

CLORO. ¡Por Júpiter, que me quemo
entre su armado rigor
de inmortal y tierno amor!

MINGO. ¡Válgate Dios por muchacha!
Si eres hembra, ó eres macha:
no casarte es lo mejor.

IRENE. Saca la espada y verás
cuán bien los golpes ensayo.

ISACIO. En tus manos será rayo.
Cinco se dan, y no más.

(Danse los cinco golpes de espada, tocando dentro.)

IRENE. Retira ahora [2] el paso atrás.

CLORO. Basta, hechizo desta tierra,
ó cielo que el sol encierra,
que para alcanzar la palma
y rendir, Princesa, un alma,
no es menester tanta guerra.

MAX. Tu esposo es, Irene mía.

IRENE. ¡Oh, gran Señor! ¿Vos aquí?
Ya las armas os rendí.
Mejor el alma diría. *(Ap.)*
¡Qué apacible gallardía!

CLORO. Dichoso, divina Irene,
quien á ver y á gozar viene
tal belleza, tal valor,
pues en vos, Marte y Amor
rayos vibra y llamas tiene.

MELIPO. Clodio, ¿es este aquel villano
que hijo de un monte fué?

CLODIO. Mejor, Melipo, diré
que es Constantino romano.

PELORO. ¿No adviertes que cortesano
la gravedad imperial
representa?

CLODIO. A su sayal
desmiente con la presencia,
que también hay elocuencia
en las almas, natural.

1 «Para que juntas estén». Lo mismo en el 3.907.
2 «Retírate el paso atrás». También en el 3.907.

MINGO. ¡Válgame [1] el diablo por Cloro!
Verá lo que decir sabe.
¡Qué quillotrado [2] está y grave!

CLORO. De suerte, Irene, os adoro,
que á la divina beldad
de ese simulacro rico
esperanzas sacrifico,
sin creer que hay más deidad
que vos, Señora, en el cielo.

IRENE. Y yo, que en veros y hablaros
tengo en poco compararos
al claro señor de Delo:
no adoro yo á Dios ninguno,
sino á vos; y si dichosa
merezco ser vuestra esposa,
no tendré envidia de Juno,
pues en vos tengo presente
de Júpiter el valor.

ISACIO. Bien finge tenelle amor.

IRENE. ¿Va bueno? *(Á Isacio.)*

ISACIO. Divinamente.

CLORO. Si yo, Princesa, lo fuera,
nunca más me transformara:
otros cielos os criara;
otro mundo os ofreciera,
que uno para vos es poco.

IRENE. Si yo pudiera mostrar
la ventaja que en amar
hago á todas...

CLORO. ¡Estoy loco!

IRENE. Ni Cartago honrara á Elisa,
como á Penélope Grecia,
ni Roma honrara á Lucrecia,
ni hubiera en Caria Artemisa.
Pero hipérboles refreno,
pues más que ellos os estimo.
¿No hago buen amante, primo? *(Á Isacio.)*

ISACIO. Bravo.

IRENE. ¿Va bueno?

ISACIO. Rebueno.

CLORO. ¿En fin, me amáis?

IRENE. Como á dueño.

CLORO. Vos sois mi sol.

IRENE. Vos mi esposo.

CLORO. Vivo en vos.

IRENE. Yo en vos reposo.

CLORO. ¿Si me olvidáis?

IRENE. Eso es sueño.

CLORO. En gloria estoy.

IRENE. Mi mal calma.

CLORO. ¡Gran suerte!

IRENE. ¡Bien soberano!

CLORO. Dadme, mi bien, esa mano.

IRENE. Y con ella, esposo, el alma.

ISACIO. *(á Irene.)* ¿La mano, tirana, das?

IRENE. Burléme, jugué y perdí.
No he podido, primo, más.

1 En el ms. 3.907 «¡Válgate».
2 «¡Que aquillotrado» en el 3.907.

ACTO SECUNDO

ESCENA PRIMERA

CONSTANCIO *viejo, Emperador, con luto,* ANDRONIO *y otros,* UN PAJE.

AND. En este desierto fué
la tragedia, gran señor,
que provocó su valor.
Aquí muerto le dejé,
y huyendo los foragidos
cuando se certificaron
ser César el que mataron,
temerosos, si atrevidos,
de tu enojo y su castigo.
Llegué á esta pequeña aldea,
que en llantos su amor emplea;
llevé pastores conmigo,
tomé el cadáver difunto,
y habiéndole embalsamado,
le dejé depositado,
partiéndome al mismo punto
á darte la nueva triste
que certifican tus ojos
en sus funestos despojos.

CONST. Muerte con ella me diste.
¡Ay, parca fiera é ingrata!
¿por qué ofendes tu decoro?
¿juventud despojas de oro?
¿vejez reservas de plata?
Vieran mis años prolijos
tu rigor ejecutado
en este padre cansado;
conservárase en sus hijos
mi memoria; y la grandeza,
que ya mi esperanza pierde,
floreciera en Abril verde
su joven naturaleza,
y dieras final Enero
de la vejez que ya lloro.
Cobraste el tributo en oro:
menospreciaste el acero.
Traedme el cuerpo y veré,
mientras llanto le apercibo,
muerto el gusto, el dolor vivo.
Segunda vez le daré
el ser, si el dolor informa,
como el alma, al [1] cuerpo frío
almas [2] llora, el llanto mío
podrá [3] dalle vida y forma.

AND. Ya con fúnebre aparato
le traen.

CONST. ¡Ay, cielo!, ¡ay [4], rigor!
cortaste un árbol en flor,
de la belleza retrato;
dejaste un tronco con vida.
¡Elección bárbara y ciega!
huye á quien te llama, y ruega
al que te huye apercibida.
Muriera el César romano
entre armados escuadrones,
dando vida á sus blasones,
ya conquistando al britano,
ó ya oponiéndose al persa,
ganando con pompas reales,
ya cívicas, ya murales,
glorias de fama diversa.
Ya cegando cavas hondas,
ya muros altos midiendo,
porque imitara muriendo
la fama de Epaminondas;
pero ¡entre unos bandoleros,
porque de una misma suerte
den á tu fama la muerte
como á tu vida! ¡Qué fieros
te son los hados! ¡qué esquiva
la fortuna, que envidió
tu suerte, y no permitió
dejar tu memoria viva!

UN PAJE. El Príncipe Constantino
viene ya.

CONST. Ya sé que viene,
por mi mal; ya sé que tiene
determinado el camino.
Su vista á mis años largos,
infeliz, porque en mi espejo
quebrado mire este viejo
fines de un principio, amargos.
¿Por qué prolijo me adviertes
pena que yo llego á ver?
Mi alma no ha menester
que á pedradas la despiertes.

(Tocan cajas destempladas y trompetas roncas. Sacan enlutados un ataúd y banderas negras arrastrando.)

Con otro recibimiento,
hijo, os aguardaba yo:
en túmulo se trocó
vuestra boda y mi contento.
Con vos, el tiempo avariento
pagó el curso acostumbrado
á la muerte, juez airado
que, ya grave, ya ligera,
dando á otros pleitos de espera,
de vos cobra adelantado.
Descubrime el rostro triste,
retrato de lo que fué;
en él mi muerte veré,
si en él mi vida consiste.
Vaso que el licor tuviste
de un alma que ya en su ocaso
se puso y con leve paso
voló á eterno señorío,
bien parece que vacío
no tiene valor el vaso.
¡Qué hermoso que te vi yo!
Pero eres vaso de tierra.
Bañó la vida que encierra
el alma que te informó;
como el baño se acabó,
la tierra te desengaña,
pues de su color te baña,
y el alma de ti se aleja,
como el pastor cuando deja
despoblada la cabaña.

(Suenan chirimías y atabales.)

1 «su».
2 «almas».
3 «podré».
4 «con».

Pero ¿qué muestras son estas
de triunfos y glorias reales,
mezclando vivas señales
entre memorias funestas?
¿Yo lágrimas y ellos fiestas?

ESCENA II

DICHOS, CLORO, *del mismo modo que* CONSTANTINO, MAXIMINO, IRENE, ISACIO, MINGO, CLODIO, PELORO y MELIPO.

CLODIO. Muestra, Cloro, tu valor
aquí; no como pastor,
como el César verdadero
te trata, porque así espero
verte presto Emperador.

CLORO. Clodio, vuestro desatino
hasta ahora os ha engañado;
que soy Cloro habéis pensado,
siendo el César Constantino.

MELIPO. ¿Cómo?

CLORO. Por Jove divino,
si injurias el noble ser
que me vino á engrandecer,
que á costa de vuestas vidas
experimente perdidas
las fuerzas de mi poder.
Si más Cloro me llamáis,
lloraréis vuestro fin hoy.
Constantino el César soy,
y mi padre el que miráis.

PELORO. Melipo, Clodio, ¿escucháis
la arrogancia del villano?
Como le dimos la mano,
por eso nos da del pie.

MINGO. Con más miedo vengo, á fe,
que vergüenza.

MELIPO. ¿Hay tal tirano?

CLORO. Vuestra Sacra Majestad
me dé los pies.

CONST. ¡Cielo santo!
¿qué es esto?

CLORO. Y al bello encanto
desta divina beldad,
los brazos.

CONST. ¡Alma, dejad
sueños, si es que estáis durmiendo!

MAX. Mi fortuna engrandeciendo
ampara el cielo divino,
pues á Irene y Constantino
ha enlazado.

CONST. ¿Qué estoy viendo?

MAX. Dad á Maximino ahora
los brazos, que alegre viene
á ofreceros con Irene
el ave en quien Arabia adora [1].

CONST. Si la desdicha que llora
este trágico suceso,
y tiene el sentido preso
en la cárcel del pesar,
no me ha venido á engañar,
yo estoy soñando sin seso.
Andronio, si estoy despierto,
libra mi imaginación
desta extraña confusión.
¿Qué es esto?

AND. Señor, lo cierto
es que Constantino muerto
en este bosque quedó.

CONST. Pitágoras afirmó
que las almas que dejaban
un cuerpo, se trasladaban
á otros, y no mintió.
Sí, á creer me determino
lo que alegra mi esperanza,
que el amor, que es semejanza,
apoya este desatino.
El alma de Constantino
buscó un cuerpo semejante
al primero, en que, constante,
sus espíritus reciba,
dándome la imagen viva
del muerto que está delante.
El corazón dividido
en dos mitades agora,
cuando un hijo muerto llora,
vivo un hijo ha recibido.
Luto por el que ha perdido
fuerza el dolor á traer;
fiestas hacen suspender
el pensar que en velle calma:
dos contrarios en un alma
me obligan á suspender.
Pésames tristes recibo
del hijo que muerto veo,
plácemes dan al deseo
contento del mismo vivo.
Lágrimas aquí apercibo,
brazos aquí dar consiento,
y en los extremos que siento,
cuando la verdad ignoro,
en un mismo tiempo lloro
de pesar y de contento.
Si al efecto natural
hago juez en esta prueba
y la sangre siempre lleva
el alma á su original,
con amor y gusto igual
por entrambos dos suspira;
este fuerza, estotro tira
el corazón á sus brazos,
y hecha entre los dos pedazos
dividiéndose se admira.
¿Vióse jamás tal portento,
juntos los bienes y males,
y por una causa iguales
la tristeza y el contento,
perplejo el entendimiento,
la voluntad sin saber
lo que en tal caso ha de hacer,
y que en un mismo lugar
den lágrimas de pesar
las lágrimas del placer?
Ahora bien; la semejanza
que tal vez naturaleza
en fe de su sutileza
forma para su alabanza,
de tan extraña mudanza

---

1 ...n el ms. «el Asia que Arabia adora»; pero es evi-
den... que Tirso escribió: «el ave en que Arabia ado-
ra» ...el ave que Arabia adora», esto es, el ave fénix.

pudo ser sutil autora.
Averigüemos agora
en mi provecho ó mi daño
si es esta verdad ó engaño,
mientras el alma lo ignora.
¿Quién es aqueste pastor?

MINGO. Yo, señor, soy un salvaje,
testigo, persona y traje,
que en fe de mi buen humor
me trae el Emperador
Constantino en su servicio,
y aunque serville codicio,
nunca de traje he mudado,
que aunque tosco, siempre he dado
en que es liviandad ó vicio.

CONST. ¿Sabes tú quién es ese hombre?
que afirma que mi hijo es?

MINGO. No le he dejado después
que le pusieron el nombre.

CONST. Aunque este encanto me asombre,
la simple rusticidad
deste dará claridad
á esta extraña maravilla,
que siempre en alma sencilla
se aposenta la verdad.

IRENE. ¿No sabremos, gran Señor,
qué confusión te divierte,
que en luto el gozo convierte
de nuestra vista el dolor?

MAX. Nuestro único sucesor
es este, César romano.
Dejad el pesar tirano.

CLORO. ¿Qué es esto?

CONST. Estoy sin acuerdo,
llorando el hijo que pierdo,
gozando el hijo que gano.
Ven acá, pastor. *(Á Mingo.)*

MINGO. Aquí
el miedo el alma embaraza.

CONST. ¿Quién es el que se disfraza,
sin serlo, en mi hijo así?

MINGO. Yo, señor, ni lo comí,
ni lo bebí. De un pastor
viene todo mi valor.
Verdad es que en la cocina
dí á la mula la gallina,
y la cebada al doctor.

CLODIO. Este nos ha de causar
la muerte por descubrirnos.

MINGO. A no venir á decirnos
que habíamos de reinar
estos.... Yo de mi lugar
alcalde he sido... no fuí,
sino porque rico... y así...
diz que este se pareció...
Diga, ¿parézcome yo
á ningún hombre de aquí?

CONST. Villano, ¡viven los cielos!
si no dices la verdad,
que han de ahorcarte.

MINGO. ¿Hay crueldad
como esta? Descubrirélos.
¿Para mí han de ser los duelos
y para otros la ventura?

CONST. ¿Quién es este que procura
usurpar agena fama?

MINGO. Aqueste Cloro se llama.

MELIPO. ¿Qué dices?

MINGO. La verdad pura.
Dijeron aquestos tres
que en el talle y el semblante
parecía á un imperante,
príncipe, ó diablo, ó lo que es;
vistiéronle así después,
llamáronle jamestad,
lleváronle á una ciudad,
casóse con esta moza,
como marido la goza,
y esta es la pura verdad.

MAX. ¿Qué es esto, traidor fingido?
¿tú á Irene has engañado?

PELORO. Buen fin la fortuna ha dado
al ardid que hemos fingido.

CONST. ¡Matad aqueste atrevido!

CLORO. No me dejo matar yo.
Lo que la suerte me dió,
eso pienso defender:
el César tengo de ser,
que el cielo me lo llamó.

IRENE. Y yo, que te llamo dueño
y como esposo te adoro,
ya seas príncipe, ya Cloro,
ya hombre ilustre, ya pequeño,
puesto que parezca sueño
lo que miro, y me divierte
tu adversa y próspera suerte,
seguiré siempre á tu lado.

CONST. ¿Qué es aquesto, cielo airado?
Mataldc, dalde la muerte.

(Empuñan las espadas unos contra otros.)

ESCENA III

DICHOS y ELENA.

ELENA. Invicto César augusto,
á quien todo el mundo llama
Constancio, en fe de que el nombre
conforma con tu constancia:
suspende el justo rigor
que da filos á tu espada,
ocasiones á tu enojo
y á nuevos misterios causa.
Yo soy Elena, que un tiempo
llamaste dueño del alma,
blanco de tu [1] ciego amor
y objeto de mi [2] esperanza.
No te acordarás de mí,
que el olvido y la mudanza
andan con la posesión,
de la ingratitud hermana.
Amásteme siendo César,
y puesto que no te iguala
mi valor en la nobleza,
reyes tuvo mi prosapia.
Persuasiones amorosas
derribaron la muralla
de mi noble resistencia;
disteme mano y palabra
de esposo, y en pago della

---

1 «de mi».
2 «de tu».

te dejé [1] dentro del alma
el absoluto dominio
que funda su imperio en llamas.
Un hijo, que es el que ves,
hizo nudo las lazadas
de mi amor y tu firmeza;
mas como el tiempo desata
obligaciones de bronce,
milagros de su mudanza
pervirtieron tu memoria,
dieron principio á mis ansias.
Tu padre, el Emperador,
te casó en Roma, quebrada
la palabra que me diste,
mas ¿qué Príncipe la guarda?
Temí el valor de mi padre,
que, intentando la venganza
de mi injuria y de su afrenta,
quiso hacer de mis entrañas
túmulo al hijo que dellas
salir á luz deseaba,
para enseñar con tu olvido
mi agravio y tu semejanza.
Víneme huyendo á estos montes
su rigor y mis desgracias,
depositando el secreto
en sus peñas intrincadas.
En aquesta aldea, al [2] fin,
vuelta pastora de Infanta,
vió el sol el triunfo [3] amoroso
en quien tu valor retratas.
Constantino le llamé
el Magno, aumentando el agua
mis lágrimas de sus fuentes,
que murmuran tu mudanza.
Supe después que tenías
otro Constantino, causa
de nuevas penas en mí
y nuevas desconfianzas.
Jurarle hiciste por César,
y con distinta crianza
los dos, de un principio efectos,
y de un mismo tronco ramas,
él entre palacios ricos,
éste entre humildes cabañas,
púrpuras aquél vistiendo,
y éste humildes antiparas,
juego del tiempo y fortuna
fueron, que montes abaja
y valles, tal vez, sublima,
ciega, en fin, mudable y varia.
Treinta veces pobló Enero
aquestos prados de escarcha,
y de acanto y madreselva
los vistió el Mayo otras tantas,
que crecieron igualmente
tus hijos y mis desgracias;
ese, César; pastor, éste;
tú, mudable; yo, olvidada;
cuando, muriendo tu esposa
(si puedo con razón darla
este nombre, siendo yo
en tu amor ligitimada)
á casarse con Irene,
Princesa hermosa del Asia,
é hija de Maximino,
á Constantino enviab s;
y en fin, para dar lugar
á mi perdida esperanza,
recuerdos á tu memoria
y castigo á tus mudanzas,
quiso el cielo y la fortuna
que en estos montes quedara
muerto el César, porque puedas
cumplir leyes y palabras.
Constantino el Magno, que es
el que tus brazos aguarda,
y tu mayor heredero,
puesto que le decía el alma
quien era, y yo lo encubría,
humillando acciones altas
con memorias mentirosas,
tan humildes, cuanto falsas,
llamándose [1] Cloro entonces,
y afrentado que montañas
ocultasen su valor,
que aspira á cosas más altas,
dió crédito á persuasiones
de aquestos que le acompañan,
resucitando del muerto
la dicha y la semejanza.
Si lo que por ti he pasado,
si el darte, invicto Monarca,
vivo un hijo por un muerto,
en quien tu dicha restauras;
si el ser yo tu esposa, en fin,
merece que satisfagas
deudas que el tiempo atestigua
y el cielo piadoso ampara,
cumple, noble y generoso:
si no en oro, paga en plata,
dando los brazos á Elena
y á Constantino las plantas.

CONST. ¡Oh, restauración querida
de mi fe y de mi contento!
Fénix, de quien nacer siento
á nuevas glorias mi vida,
agraviada y perseguida,
lloro tu olvido y mi pena;
mas, pues la fortuna ordena
la ventura que en ti fundo,
hoy ha de adorar el mundo
por su Emperatriz á Elena.
Dame esos brazos constantes
y Constantino entre ellos [2]
poseerá con poseellos
lauros de Roma triunfantes.
Cesen lágrimas amantes
de un hijo muerto, pues vino
por caso tan peregrino
otro vivo á ver mi amor:
de un Constantino el dolor
remedie otro Constantino.
Dadme vos también, Irene,
brazos de padre, y de hermano
vuestra Alteza.

1 ...e di yo», que es mejor texto.
2 ...en fin».
3 ...el fruto».

1 «llamáronle».
2 «que en ellos».

MAX. En ellos gano
dichas que callar conviene.
IRENE. Si tan buen suceso tiene
tu desgracia, esposo mío,
ya de tus venturas fío
triunfos con que al mundo asombres
para que todos los hombres [1]
dilaten tu señorío.
CLORO. Para coronar tu frente
la esfera del Sol quisiera
heredar, porque en tu esfera [2]
te adore [3] todo el Oriente.
CONST. Magencio intenta al presente
arrogante y rebelado
contra el imperio sagrado,
gozar el lauro de Roma.
César eres, monstruos doma
que la ambición ha sacado.
Lleva todas mis legiones [4];
por su señor te obedezcan.
Cerca á Roma, y permanezcan
en sus muros tus pendones.
Empieza á ganar blasones
que te den nombre divino.
CLORO. A eso, señor, me inclino.
CONST. Diga el aplauso feliz:
viva Elena, Emperatriz.
TODOS. ¡Viva Elena, Emperatriz!
CONST. ¡Viva el César Constantino!
TODOS. ¡Viva el César Constantino!
(*Vanse con música.*)

ESCENA IV

LISINIO, *de Capitán, con jineta.* SOLDADOS.

LISINIO.

A Constancio [5], de la patria amigo,
defiendo contra el bárbaro Magencio;
el hijo de Constancio, mi [6] enemigo,
por legítimo César reverencio.
Siga al tirano [7] Roma, que yo sigo
á quien gobierna al mundo, y al silencio
de la lengua remito en noble alarde
las obras, no palabras de cobarde.

SOLDADO 1.º

Valeroso Lisinio, tus hazañas
te han dado justamente la jineta,
que en la tirana sangre honras y bañas,
digna que nuevas honras [8] te prometa.
Pastor fuiste, entre rústicas montañas
criado; si un laurel fué tu profeta
y el Imperio te ofrece, como dices,
tiempo es de que te ilustres y eternices.
Constancio, Emperador, á Roma viene
contra Magencio, y el amor divino,

[1] «y con inmortales nombres».
[2] «poseer, porque en su esfera».
[3] «te adorara».
[4] «y todos mis esquadrones».
[5] «Á Constantino».
[6] «su».
[7] «Siga á tiranos».
[8] «nuevos triunfos».

que acreditadas sus [1] victorias tiene,
al heroico renombre abre camino.
Casado con la griega y bella Irene
le sigue el invencible Constantino.
Si tu pecho [2] y hazañas reconoce [3],
tu fama hará que su privanza goce [4].

SOLDADO 2.º

Vámosle á dar, Lisinio valeroso,
la obediencia debida que le ofreces;
como sea [5] de tu pecho belicoso
el premio que en su ejército mereces.

SOLDADO 1.º

Constantino [6], agradecido y generoso,
si en las victorias como en dicha creces,
de tu lealtad ofrecerá á tu fama
coronas de laurel, de roble y grama.

SOLDADO 2.º

¡Muera Magencio, capitán romano!
¡Constantino y Constancio, eternos vivan!

LISINIO.

Vámosle á ver, y sellaré en [7] su mano
labios leales, que su amor reciban.
Ampárese entre muros el tirano,
que célebres hazañas los derriban.
Sólo es Augusto el célebre y romano [8]
Constantino, y en él honras estriban.
A Constantino mi valor inclino.

TODOS.

¡Viva Constancio! ¡Viva Constantino! (*Vanse.*)

ESCENA V

ELENA, IRENE, CONSTANTINO, ISACIO *y soldados.* Constantino *aparece sentado en medio de* Elena *é* Irene.

CLORO. Este es el Babel del mundo,
que encerrando siete riscos
entre agujas y obeliscos,
no reconoce segundo.
Roma es esta, en fin; extremo
de la Real ostentación;
lastimosa emulación
de los dos, Rómulo y Remo.
Y siendo Imperial cabeza
de cuanto mira el aurora,
si os tiene á vos por autora [9],
honrando en vuestra cabeza
el laurel que ya os previene
¿quién duda que en más estime
desde hoy su Imperio sublime,
pues le honran los pies de Irene?

[1] «tus».
[2] «si tu esfuerzo».
[3] «reconoces».
[4] «goces».
[5] «conozca».
[6] «Constancio».
[7] «Sellará su».
[8] Faltan este verso y el siguiente en el ms.
[9] «señora», que es la verdadera lección.

IRENE. Veaos yo su Emperador,
vencido el loco Magencio,
que yo sólo reverencio,
Constantino, vuestro amor,
sin que del laurel los lazos
deseo á mi gusto dén,
mientras en mi cuello estén
coronándole esos brazos.

ELENA. Ocasión hay en que puedas
mostrar que heredas, romano,
las hazañas de tu hermano,
como el Imperio le heredas.
Constantino el Magno, el Grande,
todo el Imperio te llama;
grandes hazañas la fama
te pide para que ande
el valor con el blasón
igual; la ocasión te obliga
á que el nombre no desdiga
de tus hechos y opinión:
Magencio, en Roma seguro
se ampara, y triunfa ya dél,
que no corona el laurel
á quien no corona el muro
de victoriosas banderas
que planten manos gallardas.
A su vista estás, ¿qué aguardas?;
Roma es aquesta, ¿qué esperas?
Conquístela tu valor,
que en Roma tu Imperio fundo:
no serás señor del mundo,
si en Roma no eres señor.
Mientras con triunfo solene
en Roma tu nombre afames [1],
ni de Elena hijo te llames,
ni ilustre esposo de Irene.

CLORO. Que eres mi madre negara
y la sangre que te debo,
si con ánimo tan nuevo
tu valor no me obligara.
Hoy, madre, verás que dél
soy legítimo heredero:
morirá el tirano fiero,
que si es cobarde, es cruel [2],
que ensangrentando sus manos
en inocentes se infama,
la que Magencio derrama
de los humildes cristianos
anima mi corazón
á que vengallos intente.
No sé que tiene esta gente,
que me roba el corazón.
Cosas en ellas he visto
de más que humano poder.
A Magencio he de vencer
con la ayuda de su Cristo.

IRENE. ¿Qué dices? ¿A un hombre alabas
muerto en cruz, y en él esperas?
¿A los dioses vituperas
cuando de imperar acabas?
¿A un ajusticiado estimas,
que en un pesebre nació,
á Egipto de un Rey huyó,
y con su favor te animas,
cuando en un tosco madero
no se pudo á sí librar?
Dioses en quien esperar
tiene tu imperial acero;
Júpiter rayos fulmina,
que cíclopes sicilianos
forjados dan á sus manos
llenos de furia divina;
Marte, en sangre humana tinto,
contra tu elección se enoja,
y lanzas de fuego arroja
reinando en el cielo quinto.
¿No hay una Palas que invoques,
un Apolo, cuyas flechas,
Pitones, sierpes deshechas,
á darte favor provoques?
¿A un hombre muerto y desnudo
pides que te ayude?

CLORO. Espera.

IRENE. Quien habla desa manera,
mal tener esfuerzo pudo.
Haz con él en Roma alarde
del triunfo que darte intenta,
y quien los dioses afrenta
nunca ser mi esposo aguarde. *(Vase.)*

ESCENA VI

DICHOS, *menos* Irene. *Después*, CRISTIANOS.

CLORO. ¿Hay caso más peregrino?
Escucha, espera, mi bien,
que me abrasa tu desdén,
bella Irene.

(Dentro una voz.)

¡Constantino!

CLORO. ¡Cielo! ¿Quién me llama ansí? [1]

(Voz dentro.)

¡Constantino!

CLORO. Dulce voz,
que con discurso veloz
triunfas amorosa en mí;
¿qué me quieres?

VOZ. ¡Constantino!

CLORO. Ya te escucho y reverencio.

VOZ. Hoy vencerás á Magencio
si el estandarte divino
llevas, que al cielo [2] da luz,
y es símbolo de la fe.

CLORO. ¿Con qué señal venceré?

(Cantan dentro.)

(Con la señal de la Cruz.)

ELENA. ¿Hay música más süave?

CLORO. ¿Hay cosa más celestial?
Pues me das esta señal,
el mismo cielo te alabe.
A mis tinieblas des luz,
pues en ti he de merecer
triunfar en Roma y vencer.

(Cantan dentro.)

(Por la señal de la Cruz.)

(Pasa por el aire una cruz; suena música y dice Cloro arrodillándose:)

---

1 ...afames»; pero es errata.
2 ... laurel».

1 Faltan en el ms. este verso y los seis siguientes.
2 Así en el ms.; en el impreso «á Apolo».

Si por esa señal venzo,
¿qué es lo que temo [1], cobarde?
Haga aquí mi esfuerzo alarde:
que [2] hoy á adorarte comienzo.

ELENA. Hijo, el cielo es en tu ayuda.
Por la señal vencerás
de la Cruz: no esperes más.

CLORO. Al arma, confusa duda.

(Entran algunos cristianos en escena.)

¿Qué es esto?

CRIST. 1.° Danos los pies.

CLORO. ¿Quién sois? ¿Qué queréis de mí?

CRIST. 1.° Cristianos, que sólo en ti
esperan, señor, después
que Magencio, vil tirano
de Roma, donde se encierra,
conjurado nos destierra,
porque con nombre cristiano
ilustrados nos ha visto.

CLORO. Basta ese divino nombre
para que el mundo se asombre.
Yo también adoro á Cristo.
Seguid en su nombre santo
mis banderas: suyo soy:
por él he de vencer hoy
y dar á Magencio espanto.

CRIST. 1.° Todos los que aquí venimos,
en su nombre te ofrecemos
que al tirano venceremos,
y en este papel pusimos
nuestras firmas de ofrecerte
diez cabezas cada uno
de los contrarios.

CRIST. 2.° Ninguno
teme, gran señor, la muerte.

CLORO. ¡Oh, valor, sólo cristiano!
De quien sois, dáis testimonio.
General eres, Andronio;
mi estandarte, honre tu mano:
deja Aguilas Imperiales,
que idólatras prendas son,
la Cruz en su lugar pon,
pues vencen estas señales.

ANDR. Yo no puedo [3] derogar
la antigüedad [4] del Imperio,
ni con ese vituperio
á Júpiter provocar.
Suyas las Aguilas son
que Roma ilustre enarbola.
Con esta bandera sola
daré nombre á mi opinión
volando hasta las estrellas:
otro á honrar la Cruz comience,
y veremos hoy quien vence,
ella, ó mis Aguilas bellas. *(Vase.)*

CRIST. 1.° ¡Oh, bárbaro! yo me encargo
de alcanzar del mismo Marte
victoria, si el estandarte
de la Cruz está á mi cargo.

CLORO. Llévala, pues; saca á luz
de Dios en ella el poder,
que á Magencio he de vencer
por la señal de la Cruz.

(Vanse los Cristianos.)

ESCENA VII

CLORO, LISINIO, ELENA, ISACIO *y Soldados.*

LISINIO. Gran señor. ¡Válgame el cielo! *(Ap.)*
¿no tengo á Cloro delante?

CLORO. ¡Cielo! si no es que me espante *(Ap.)*
lo que mirando recelo.
¿No es este Lisinio?

LISINIO. Él es; *(Ap.)*
¿pero tan presto un pastor
puede ser Emperador?

CLORO. ¿Qué quieres?

LISINIO. Dame esos pies,
y en tus banderas recibe
un Capitán que se inclina
á tu fama peregrina,
y animoso te apercibe
á Roma, donde has de entrar,
á pesar de su tirano,
hoy con triunfo soberano.

CLORO. Lisinio es: ¿qué hay que dudar? *(Ap.)*

LISINIO. Cloro es éste, ó estoy loco. *(Ap.)*

CLORO. La verdad he de saber. *(Ap.)*
No sabe Lisinio leer;
así su esfuerzo provoco.
Yo estimo vuestro valor: *(A Lisinio.)*
por mi Capitán os nombro.

LISINIO. ¡Cielos! ¿Quién vió tal asombro?

CLORO. Y porque podáis mejor
con hechos extraordinarios
vencer la envidia y olvido,
ahora me han prometido
de los bárbaros contrarios
darme cuarenta cabezas
cuatro soldados valientes.
Si á sus hechos excelentes
comparáis vuestras grandezas,
en este papel firmados
sus nobles nombres están:
imitaldos, Capitán,
pues lo sois, y ellos soldados.
Firmad aquí.

LISINIO. ¡Vive el cielo! *(Ap.)*
que es Cloro, y me ha conocido.
Nunca á leer he aprendido:
mi afrenta noble recelo.
Decir que leer no sé,
es decir que no soy hombre:
pues ¿de qué suerte mi nombre
aquí, cielos, firmaré?

CLORO. ¿Qué dudáis?

LISINIO. De firmar dudo,
porque no es bien que presuma
que firme hazañas la pluma,
sino el acero desnudo.
Cien cabezas de enemigos
ofreceré á tu laurel:
las piezas deste papel *(Rómpele.)*
sean de aquesto testigos,
y la que tengo en la cinta

---

1 «espero».

2 Falta el «que» en el impreso; pero consta en el manuscrito.

3 «pienso».

4 «majestad».

cumplirán aquesa suma,
siendo mi espada la pluma
y siendo sangre la tinta.
Por eso rompo las firmas
de todos, porque yo sólo
he de cumplir por Apolo
su promesa. *(Vase.)*

CLORO. Bien confirmas
tu valor y atrevimiento
digno de Lisinio fiel.
Él es; no mintió el laurel:
yo cumpliré el juramento.
César ha de ser conmigo;
que así cumple mi valor
palabras de Emperador
y premia un heroico amigo.
¡Al arma, nobles romanos!
¡triunfad de Roma, valientes!
Coronas ciñan las frentes,
que os rindan estos tiranos.
Salga vuestro esfuerzo á luz.

TODOS. ¡Arma! ¡arma!

CLORO. Roma ha de ver
que sabe la fe vencer
por la señal de la cruz. *(Vanse todos.)*

ESCENA VIII

Dase la batalla. Durante ella aparece MINGO *con casco y rodela, á lo gracioso. Van saliendo sucesivamente* SOLDADOS *durante la escena.*

MINGO. ¡Ea! aquí. Mingo es soldado [1]
sin haber tenido potra;
ni estar quebrado quillotra
el miedo con que yo armado.
¿Mas que tiene de llover
esta fiesta sobre mí?
Del escuadrón me escurrí:
¿dónde me podré esconder?
(Dentro.)
(¡Al arma! ¡al arma!)

MINGO. La grita
que anima á otros y alborota,
me va helando cada gota
de sangre, ¡oh, mi paz bendita!
¡Cuánto mejor me estuviera
yo agora junto al hogar,
viendo la sarten chillar!
(Salen los soldados con espadas desnudas.)

SOLD. 1.° ¡Viva Constantino!

SOLD. 2.° ¡Muera!

MINGO. Si estos encuentran conmigo,
y preguntan de quien soy
¿qué diré? ¡Al infierno doy
la guerra!

SOLD. 1.° ¿Quién va allá?

MINGO. Amigo.

SOLD. 1.° ¿Quién vive?

MINGO. Magencio viva
por siempre jamás, amén.

SOLD. 1.° ¡Ah, traidor! *(Dándole.)*

MINGO. ¿No dije bien?
Aquí me han de volver criba
¡que no pueda acertar yo
en cosa alguna!

SOLD. 1.° Villano,
viva el César soberano
Constantino.

MINGO. ¿Por qué no?
Viva más que una madrastra:
siempre su campo seguí.

SOLD. 1.° Pues dilo, cobarde, así. *(Vanse.)*

MINGO. Mi muerte el cordel arrastra.
¡Ay, cuál tengo las costillas!
(Salen otros dos soldados.)
Otros vienen; ¿de qué parte
serán?

SOLD. 3.° Hoy ayuda Marte
con divinas maravillas
á Magencio.

SOLD. 4.° El cielo ordena
dalle el laurel que apercibe.

SOLD. 3.° ¿Quién va?

MINGO. Ya no voy.

SOLD. 3.° ¿Quién vive?

MINGO. ¡Dios me la depare buena!
Estos son de Constantino. *(Aparte.)*
Constantino, Emperador,
viva más que un tundidor.

SOLD. 3.° ¡Oh, perro! *(Dándole.)*

MINGO. Nunca adivino.
Téngase, seor soldado,
la espada, que reverencio....

SOLD. 3.° Pues ¿quién vive?

MINGO. ¿Quién? Magencio,
que es el hombre más honrado
que el licor de Baco bebe.

SOLD. 3.° ¿De Constantino sois vos?

MINGO. ¿Yo?

SOLD. 3.° Sí.

MINGO. Mas que plegue á Dios,
señor, que el diablo le lleve.

SOLD. 3.° El combate anda encendido,
á la batalla acudamos. *(Vanse.)*

MINGO. Buenos, costillas andamos.
¡Gentil adivino he sido!
(Salen otros dos soldados.)
Otros salen: ¿qué diré?

SOLD. 1.° Los caballos nos han muerto.

SOLD. 2.° ¿Quién va?

MINGO. Si esta vez no acierto,
volaréis, alma, á la fe.

SOLD. 2.° ¿Quién vive?

MINGO. Todo viviente.
Vive un perro, un elefante;
vive un cuñado, un amante;
vive....

SOLD. 2.° Mátale.

MINGO. Detente.

SOLD. 2.° ¿Quién vive de aquestos dos,
ó Magencio ó Constantino?

MINGO. Viven ambos, si convino
con la bendición de Dios.

SOLD. 1.° Dale, que aqueste es neutral. *(Danle.)*

MINGO. ¡Ah, señores!

SOLD. 1.° ¡Oh, villano!
(Vanse los soldados.)

MINGO. Malo soy para gitano,
¿Vió el mundo desdicha igual?

---

1 [illegible]e aquí á Mingo que es soldado.

Si vuelvo por Constantino,
con los de Magencio doy;
si digo que él viva, estoy
con estotro; si me inclino
á entrambos, también me pegan.
Amparadme, cueva, vos,
que ya vienen otros dos,
y han de acabarme si llegan.
Si de aquí vengo á escapar
con vida, y pasa la guerra,
he de poner en mi tierra
escuela de adivinar.

(Éntrase en la cueva.)

ESCENA IX

MINGO en la cueva, y LISINIO con dos ó tres cabezas, un estandarte y una espada.

LISINIO. Con estas cabezas tengo
cincuenta, y le prometí
ciento á Constantino. Aquí,
mientras á cumplillas vengo,
guardádmelas, cueva, vos:
por las demás volveré.

(Échalas dentro de la cueva, y da con ellas á Mingo.)

MINGO. ¡Ay, que me ha muerto!

LISINIO. ¿No fué
voz humana aquesta?

MINGO. ¡Ay, Dios!
¡que aunque me esconda y encueve
no ha de faltar quien me asombre!
¡ay, de mí!

LISINIO. ¿Quién eres, hombre?

MINGO. Soy el demonio que os lleve.

LISINIO. ¿Quién eres?

MINGO. ¡Qué malas trazas [1]
hoy me persiguen!

LISINIO. ¿Quién eres?

MINGO. Un hombre solo ¿qué quieres [2]?
que hoy has muerto á cabezadas.

LISINIO. ¿Es Mingo?

MINGO. ¿Quién diablo os dijo
mi nombre?

LISINIO. Lisinio soy.

MINGO. Mas.... no.... nada.... Tal estoy
que no os conozco. Colijo
que sois Lisinio el pastor.

LISINIO. Y del César, capitán.

MINGO. ¿Vestido de tafetán?
Mas, si es Cloro, Emperador,
¿de qué me admiro y espanto?

LISINIO. ¡Ah, cobarde!

MINGO. Estó confuso,
y al fin soy valiente al uso:
todo aquesto es por encanto.

LISINIO. No temas; vente conmigo,
que Constantino venció.

MINGO. Mas ¡arre allá!

LISINIO. Ya quedó
muerto el tirano enemigo.

1 «hadas».

2 «un hombre ó lo que quisieres».

MINGO. El parabién le vó á dar.

LISINIO. ¡Buen valor en ti se emplea!

MINGO. Pondré, si llego á mi aldea,
escuela de adivinar. *(Vanse los dos.)*

ESCENA X

Salen CONSTANCIO, CLORO, ELENA, IRENE y Soldados.

CLORO. Yo, cruz divina, os prometo
buscar en vos nuestro bien,
y dentro en Jerusalén,
aunque os encubra el secreto
del idólatra ó [1] hebreo,
no descansar hasta hallaros,
y desde hoy eternizaros [2]
por el más noble trofeo
que conserva la memoria.
Sólo al soberano Dios,
que fué [3] sacrificio en vos,
atribuyo esta victoria.

IRENE. ¡Ingrato á los dioses pagas
la ventura que hoy te han dado!
Un hombre crucificado,
por más que le satisfagas,
no pudo victoria darte;
Júpiter sí, que es Dios sólo
con sus rayos de oro, Apolo,
y con sus rigores, Marte.
No busques prendas infames
de un patíbulo afrentoso,
ó deja de ser mi esposo,
y tuya más no me llames.

ELENA. Hijo, Cristo es el Eterno;
quien no le adora se ofusca;
la cruz soberana busca,
noble asombro del infierno:
vamos á Jerusalén.

IRENE. Si niegas la adoración
de los dioses, la [4] afición
mientes [5]; no me quieres bien.

ELENA. Por Dios se ha de dejar todo.

IRENE. No imagines que he de amarte,
si á Apolo dejas y á Marte.

ELENA. Paga con heroico modo
aquesta victoria á Cristo.
Busca su cruz soberana.

IRENE. No sigas la ley cristiana,
que firme ves que resisto.

ELENA. Ingrato eres si la dejas.

IRENE. A mi amor eres ingrato
si la sigues. Poblar trato
el aire de justas quejas,
si menosprecias mi amor
por un madero insensible.

CLORO. ¿Vióse aprieto más terrible?
¿Vióse confusión mayor?

IRENE. Yo sé que me antepondrás
á Cristo, si bien me quieres.

ELENA. Augusto por la cruz eres;
¿por qué á buscarla no vas?

1 «y».

2 «entronizaros».

3 «fué el».

4 «tu».

5 «miatió».

CLORO. ¿Qué haré en duda tan esquiva,
que tan perplejo me tiene?
Amo á Cristo; estimo á Irene:
mas ¿qué importa? Cristo viva.
Su cruz vamos á buscar.

IRENE. Oprobio de Emperadores,
que la ley de tus mayores
quieres, bárbaro, dejar.
No esperes que el vituperio
de tu vil intención siga;
ya es Irene tu enemiga;
yo te quitaré el imperio;
en odio mi amor trocado;
que yo no he de ser mujer
de un hombre que da poder
de Dios á un crucificado. *(Vase.)*

CLORO. Espera, el paso reporta;
muda el bárbaro consejo:
mas, si por la cruz te dejo
en que murió Dios, ¿qué importa?

ESCENA XI

DICHOS, *menos* IRENE. ANDRONIO, *atravesado por una flecha, y empuñando la bandera de las águilas.*

ANDR. Las Aguilas imperiales
en que idólatra adoré
los dioses con mala fe,
postro á tus plantas reales.
Herido de muerte estoy,
que Júpiter, torpe y vano,
no me defendió, tirano:
que no es Dios diré desde hoy.
Perezca su ley lasciva:
apelo á un Dios verdadero;
en la ley de Cristo muero.
Constantino [1], Cristo viva. *(Vase.)*

ESCENA XII

DICHOS, *y un cristiano con la bandera de la cruz.*

CRIST. El estandarte divino
que al Dios humano enarbola
y con su sangre acrisola,
ha vencido, Constantino.
A su victoriosa mano
tus victorias atribuye,
pues tus contrarios destruye.

CLORO. ¡Oh, valeroso cristiano!
mi alférez eres mayor.
Pisen Aguilas romanas,
ciegas, bárbaras y vanas,
los pies de un Emperador;
adórnese mi corona
con la Cruz, que es nuestro amparo;
honre desde hoy mi labaro,
y autorice mi persona.
Ley [2] divina, aunque lo estorbe
el infierno, á su pesar,
os he de hacer adorar
desde aquí por todo el orbe.

1 «Cristo.»
2 «Cruz.»

ESCENA XIII

DICHOS. *Sale* LISINIO *con el estandarte y cabezas.* MINGO.

LISINIO. Cien cabezas prometí
de los enemigos darte.
Cincuenta aqueste estandarte
vale, que te ofrezco aquí;
otras cincuenta te doy,
con que cumplo mi promesa.

MINGO. Y la mía en esta empresa
te presento, que á fe que hoy,
según son las cabezadas
que la han dado, si las cuentas,
que vale más de trecientas.
No más guerra y cuchilladas;
á mi aldea he de tornarme.

CLORO. Lisinio, de tu valor
has dado muestra mejor
que imaginé. A presentarme
vienes hazañas, que intento
premiar. Pues que las trujiste,
tu juramento cumpliste:
cumpliré mi juramento.
La mitad juré de darte
del Imperio, si mi suerte
me le daba. Hoy has [1] de verte
Augusto: goza la parte
que justamente te toca.
Vasallos, Lisinio es
César.

LISINIO. Deja que en [2] tus pies
selle, gran señor, la [3] boca.

CLORO. Pero has de jurar primero
dos cosas.

LISINIO. Si dellas gustas,
claro está que serán justas.
Propónlas.

CLORO. Que jures, quiero
no perseguir los cristianos,
sino honrallos y querellos,
pues tengo mi dicha en ellos.

LISINIO. Yo lo prometo en tus manos.

CLORO. Has de jurar, lo segundo,
no levantarte jamás
contra mí.

LISINIO. No me verás,
aunque se alborote el mundo,
con falso y villano trato
y torpe conjuración,
hacerte jamás traición,
que eso fuera serte ingrato.
Yo lo juro, gran señor,
en tus imperiales manos.

CLORO. ¡Viva Lisinio, romanos!

TODOS. ¡Viva por Emperador!

CLORO. Alza: y vos, madre y señora,
venid conmigo á buscar
la Cruz que he de entronizar
en cuanto ciñe el aurora.
Prevenga Jerusalén
triunfos á la Cruz divina.

1 «he».
2 «que tus».
3 «mi».

ELENA. Dios tu corazón inclina.
Monarca cristiano, ven.
MINGO. Yo y todo tus pasos sigo.
Cristiano, aunque aporreado,
soy desde hoy, y no soldado.
La guerra y golpes maldigo.
CLORO. Bautizará á Constantino
de Roma el sacro Pastor.
MINGO. Y á mí y todo, aunque mejor
me bautiza á con vino.
CLORO. El madero soberano
busquemos, que á amar me obliga
su señal, y el campo diga:
Lisinio, César romano.
TODOS. ¡Lisinio, César romano!

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

IRENE é ISACIO.

IRENE.

¿A un villano, á un Lisinio la corona
de Roma? Mas ¿qué mucho, si es villano,
que autorice su misma semejanza?
El Monarca romano
los dioses deja, y bárbaro pregona
á Cristo, del hebreo vil venganza.
No verá su esperanza,
Constantino, cumplida
mientras á Irene el alma diese vida.—
Isacio, ya el amor se ha convertido
en lícito rigor, en odio justo.
¡Plegue al cielo, si más le amare Irene,
que cautive mi gusto
un alarbe crüel, y que querida,
me aborrezca y dé celos! No conviene
que con triunfo solene
por César le reciba
Roma, ni que la ley de Cristo siga.

ISACIO.

Murió Constancio, y con la viuda Elena
partió á Jerusalén, supersticioso,
á buscar el madero, que castigo
dió á un hombre sedicioso:
justa y debida pena
de un hombre que á su patria fué enemigo.

IRENE.

Búsquela, que conmigo
en odio se convierte
el amor, que aspirando va á su muerte.
Isacio, de tu amor y fe constante
obligada, pretendo, en premio justo,
darte el alma rendida con la mano,
si das muerte al Augusto,
que, ciego y ignorante,
los dioses niega, el nombre honra cristiano.

ISACIO.

Por bien tan soberano
diera muerte, no sólo
á Constantino: á Júpiter y á Apolo.

IRENE.

Lisinio es éste que el gobierno goza
de Roma, mientras halla Constantino
la cruz que estima y su valor infama [1].

ISACIO.

Si halláramos camino,
pues nuestra ley destroza
el loco Emperador que á Cristo llama,
para engañar á este hombre,
Roma me diera de su Imperio el nombre.
Finge que, si contra él fiero se conspira,
se ás su esposa, le darás la mano,
que tu hermosura más que aquesto alcanza,
y el bárbaro villano,
si en tu beldad se mira,
rendirá su lealtad á su esperanza,
y dándonos venganza,
matando á Constantino,
serás mi esposa.

IRENE.

¡Ingenio peregrino!
Apruebo tu consejo. Este, atrevido,
por sus hazañas, con valor extraño,
alcanzó el trono augusto y opulento:
si con amor le engaño,
verá Roma cumplido
mi nuevo amor y justo pensamiento,
y el matador violento
pagará su delito.

IRENE.

Él viene.

ISACIO.

Mi venganza solicito.

ESCENA II

DICHOS y LISINIO. 2

LISINIO. (Ap.) Mucho á Constantino debo.
Emperador soy por él:
cumplió el presagio el laurel,
propicio á mis dichas Febo;
pero esto de compañía
reinando me da tristeza.
Sólo pide una cabeza
el nombre de monarquía;
luego, no seré Monarca
mientras que reinemos dos.
Un Sol solo, siendo Dios,
la esfera del cielo abarca;
un planeta sólo tiene
cada cielo, y es mayor
que la tierra.
IRENE. ¡Gran señor!
LISINIO. ¡Oh, hermosa y divina Irene!
IRENE. ¿De qué viene pensativo
vuestra Alteza?
LISINIO. El gobernar
consigo tiene el pesar,
por ser su peso excesivo.

---

1 También en el ms. dice «infama», pero debe de ser «inflama».

2 «de emperador».

Háme puesto mi ventura
en lo que no sé si acierto,
pero luego me divierto
en viendo vuestra hermosura.
Y ojalá que Constantino
su posesión no gozara,
que, nuevo Icaro, volara
á vuestro cielo divino,
puesto que á su imitación
soberbio como él cayera,
pues muriendo, al fin pudiera
honrar mi imaginación.

IRENE. La que yo, Lisinio, tengo
al presente, es olvidar
á quien pretende injuriar
la ley que á defender vengo;
que el culto que reverencio
de los dioses, han trocado
en odio mi amor pasado.
Venció el César á Magencio
con el favor soberano
de Júpiter, y en su ofensa,
Constantino ensalzar piensa
la ley y nombre cristiano.
Y mal por dueño tendrá
mi alma al que en desacato
del cielo, es á Jove ingrato;
pues conmigo lo será
quien á despreciallos viene:
y así, aquél que los vengare
y á Constantino matare,
vendrá á ser dueño de Irene.
Si no es encarecimiento
el amor que me mostráis,
y imperar sólo intentáis
(que lo demás es tormento)
vengad este vituperio,
siendo desta causa juez,
y ganaréis de una vez
mi voluntad y el Imperio.
¿Qué dices?

LISINIO. Que dificulto
tan árdua empresa.

ISACIO. El amparo
de los dioses está claro
por vos, si en fe de su culto,
castigáis este tirano.
El reinar sin compañía
es la mayor monarquía.
Mi prima os dará la mano
y la posesión de Oriente,
si nuestra fe defendéis.

LISINIO. Grande premio me ofrecéis;
gran peligro es el presente;
pero de dos grandes cosas
se ha de escoger la mayor.
El Imperio y vuestro amor
hazañas dificultosas
merecen: mas pues escucho
el bien á que me provoco,
nunca mucho costó poco:
si mucho pedís, dáis mucho.
Juré al César Constantino
no perseguir los cristianos,
ni con intentos tiranos
abrir ingrato camino
contra él, de traición ni guerra;
mas de los dioses el celo
pueden más; pues en el cielo
reinan, cuando él en la tierra.
No puedo yo ser traidor,
si su ley quiero amparar:
el amor y el imperar
no admiten competidor.
Amor y Imperio me espera,
y pues nuestra ley derriba,
el amor de Irene viva,
y el tirano César muera.

IRENE. Dame esos brazos, valor
de Roma, que dignamente
honra en su lauro tu frente
y en tus méritos mi amor,
que desde hoy, Irene es tuya.

ISACIO. Llámate restauración
de su ley nuestra nación.
Constantino se destruya:
reine Lisinio, no más,
en el mundo y en Irene.

LISINIO. Trazar el cómo, conviene.

IRENE. En Roma por él estás.
Disfrazados y encubiertos
á Jerusalén partamos,
y en ejecución pongamos
deseos que saldrán ciertos,
pues los dioses nos amparan;
que encubiertos y fingidos,
antes de ser conocidos
de los que á Cristo declaran,
por Dios, podremos matarle.
Y en fe que el alma te adora,
yo he de ser ejecutora
desta hazaña; yo he de darle
la muerte; que mi rigor
muestro cuando en él me vengo;
que en más á los dioses tengo
y su culto, que mi amor.

LISINIO. Alto, pues. Haga el efeto
lo que la lengua propone.
Mi juramento perdone,
y ampárenos el secreto.
Goce yo el globo del mundo,
y el laurel que adora Apolo,
imperando en Roma sólo,
siendo Rómulo segundo,
y la belleza de Irene
disculpe aquesta traición.

IRENE. Mis brazos, en galardón,
la voluntad te previene,
con mi venganza cumplida.

LISINIO. Presto muerto lo verás.

ISACIO. *(Ap.)* Y tú después pagarás
este insulto con la vida. *(Vanse.)*

ESCENA III

Salen JUDAS, *viejo;* LEVÍ *y* ZABULÓN, *judíos.*

JUDAS. No pasó nuestra nación
desde Vespasiano y Tito
tal persecución, Leví.

LEVÍ. No tuvieron los judíos
tal desdicha, tantas plagas,
aunque cuente las de Egipto.

ZABUL. Ni Nabucodonosor,
monarca de los asirios,
ni las de Antioco fiero,
como las de Constantino.
JUDAS. ¡Que se haya un Emperador
aficionado de Cristo
de tal suerte! ¡que defienda
con tanto amor el bautismo,
y que la Cruz nos demande,
y si no la descubrimos,
á muerte vil nos condene,
á tormentos y martirios!
TODOS. ¡Guayas! ¡guayas de nosotros!
JUDAS. Su madre le ha persuadido
que á tormentos nos la saque:
para aquesto Elena vino.
LEVÍ. Pues el Comisario fiero
que ha nombrado por ministro,
y ejecutor deste caso...
ZABUL. ¿Ni dádivas ni suspiros
son bastantes á ablandalle?
JUDAS. ¡Que un bárbaro, que un indigno
de ser hombre nos persiga!
¿Vióse más cruel castigo?
LEVÍ. ¡Que un hombre tan ignorante
nos tenga tan oprimidos!
JUDAS. Si no le damos la Cruz,
si no decimos el sitio
donde de nuestros pasados
estar oculta supimos,
este bárbaro feroz
ayer, colérico, dijo,
que nos había de azotar
y pringarnos con tocino.
TODOS. ¡Guayas! ¡guayas de nosotros!
ZABUL. ¡Que á este punto haya venido
nuestra mísera nación!
LEVÍ. Este es.
JUDAS. De verle me aflijo.

ESCENA IV

DICHOS y MINGO, *vestido de comisario graciosamente, con ropa de levantar y gorrilla.*

MINGO. ¿Qué hay, hermanos narigones?
¡Loado sea Jesucristo!
Respondan todos *amén*,
de rodillas y de hocicos.
¿Callan? Respondan *amén*,
ó habrá latigazo fino:
digan *amén*, judiotes.
JUDÍOS. Amén, humildes decimos.
MINGO. ¿Cómo les va de cosecha
aqueste año de tocino?
¿Ha habido mucho solomo?
¿Qué chicharrones han frito?
JUDÍOS. Prohíbelo nuestra ley.
MINGO. Pues yo no se los prohibo.
Coman conmigo mañana,
que á salchichas los convido.
(Paséase muy grave.)
¿Cómo os llamáis vos? *(Á Judas.)*
JUDAS. Señor,
Judas es el nombre mio.
MINGO. ¿Judas el Escariote,
de aquel saúco racimo?
¿Cómo no tenéis las barbas
rubias ¡eh! Judas maldito?
Enrubiaos [1], noramala,
ó mudar [2] el apellido.
JUDAS. Señor, estoy cano y viejo.
MINGO. ¿Estáis viejo? Pues teñíos,
y andaréis al uso nuevo,
aunque en los años, antiguo.
¿Qué narices son aquestas? *(Á Leví.)*
LEVÍ. ¿Cómo han de ser?
MINGO. ¡Oh, qué lindo!
No son estas de la marca,
hermanos, de los judíos.
Esas son narices romas
y hidalgas.
ZABUL. ¡Señor!...
MINGO. ¡Pasito!
Sabéis que es el comisario
de vuestas narices, Mingo.
Quítense esas luego, luego,
so pena de un romadizo
por dos años y dos meses,
y miren que ya me indigno:
pónganse otras de dos gemes.
JUDAS. ¿Hay más torpe desvarío?
MINGO. Con narices garrafales
tienen de andar ¡vive Cristo!
ZABUL. ¡Señor!...
MINGO. Esto se ha de hacer.
No replique.
ZABUL. No replico.
MINGO. ¿Con naricicas me vienen
enanas?
JUDAS. ¡Ay, cielo impío!
MINGO. ¿Qué hace la sinagoga?
¿Cómo va de sabatismo?
¿Su Mesías cuándo llega?
¿Viene en mula ó en pollino?
JUDAS. No profanes nuesta ley.
MINGO. Como es lejos el camino,
si viene á pie, quedaráse
en algún mesón dormido.
¿No dan orden que parezca
la cruz?
ZABUL. Si no hemos sabido
donde está, ¿qué hemos de hacer?
MINGO. Luego ¿búrlanse conmigo?
Pues los *judicame Deus*
adviertan lo que les digo;
que si la cruz no parece
el sábado ó el domingo,
ha de criar en su casa
un lechón cada judío,
y con regalo y amor
tratarle como á sí mismo.
JUDAS. ¿Lechón? Nuestra ley lo veda.
MINGO. Vede, ó no, yo soy ministro,
y han de hacer lo que les mando.
No repliquen.
JUDAS. No replico.
MINGO. A fe de archicomisario,
si no callan y me indigno,

1 «enrubiáoslas».
2 «mudaos».

que he de mandar que en la cola
besen....

JUDAS. ¿A quién?

MINGO. A un cochino.
Han de acostarle en sus camas,
ya esté puerco, ya esté limpio,
y dalle la delantera,
que es lugar de los maridos.

ZABUL. Señor, no permitas tal.

JUDAS. Señor, humildes pedimos
que interceda por nosotros
el oro deste bolsillo.
Cien escudos hay cabales.

MINGO. Soy ministro; no recibo.
Pero ¿no sois Judas vos?
(*Apárale en la manga.*)

JUDAS. Este es, señor, mi apellido.

MINGO. ¿Cómo os atrevéis á dar
cien escudos, fementido?
Si fueran treinta dineros,
fuera el número cumplido
en que vendísteis á Dios.

JUDAS. (*Ap.*) ¡Que así nos trate, Dios mío,
un villano, un ignorante!

MINGO. Oigan lo que mando y digo:
pongan en todas sus puertas,
para honrar sus frontispicios,
cada uno una cruz.

TODOS. ¡Señor!

MINGO. No repliquen.

JUDAS. No replico.

MINGO. ¡Por vida del comisario!
voy á recoger bolsillos
por todos los judaizantes.
Parezca la cruz de Cristo,
ó si no, de los lechones
serán ayos, que apercibo [1].
Desde aquí quiero escuchar (*Ap.*)
lo que tratan, escondido,
y si murmuran de mí,
yo haré que sueñen á Mingo.
(*Escóndese* Mingo.)

ESCENA V

JUDAS, ZABULÓN, LEVÍ, MINGO, *que está oculto, y se va al poco rato, cuando se indique.*

ZABUL. ¿Fuése?

JUDAS. Sí.

ZABUL. ¿Que hemos de hacer
si azotados y oprimidos,
por no parecer la cruz
nos da muerte Constantino?

JUDAS. Enterráronla en un monte
nuestros pasados y antiguos,
diciéndonos el lugar,
el cual, de padres á hijos
sabemos por tradición;
pero muertes ni peligros
no nos tienen de obligar
á descubrilla.

MINGO. (¡Oh, qué lindo!
¡Vive Dios! que es de provecho
mi cauteloso escondrijo.
La verdad voy apurando:
sacaréla presto en limpio.)

ZABUL. Pues ¿cómo nos libraremos
de la muerte y el castigo
que nos está amenazando?

JUDAS. Escuchad aqueste arbitrio.
Labremos luego otra cruz,
pues es de noche, de pino,
y enterrándola, diremos
que es en la que murió Cristo.

ZUBUL. ¡Linda traza!

LEVÍ. ¡Bravo enredo!

MINGO. (Si no estuviera escondido
el lobo tras las ovejas,
(mejor dijera cabritos) [1]
cruz sin duda ¡ah, narigones!
A Elena voy á decillo,
y con el hurto en las manos
los hemos de coger vivos.)

JUDAS. Zabulón, trae un candil

MINGO. (¡Qué propia luz de judíos!)

JUDAS. Vé, Leví, por la madera;
trae la azuela y el cepillo.

ZABUL. Vamos.

MINGO. (Vayan, norabuena,
que yo me escurro pasito,
para que Elena los coja
como barbos en garlito.) (*Vase* Mingo.)

JUDAS. ¿Cuándo tienes de venir,
Mesías santo y divino,
y librar tu pueblo triste
de tanto daño y peligro?

ZABUL. Estos son los instrumentos:
luz, escoplos y martillo.
(*Sacan un candil encendido, y unos maderos para hacer la cruz, y herramienta.*)

JUDAS. Alumbrad, pues, y daré
á nuestro engaño principio.

LEVÍ. La cruz en que nuestra gente
hizo heroico sacrificio
de aquel hombre galileo,
que adora el mundo por Cristo,
dicen que de cedro fué,
y haciéndola tú de pino,
dudarán de tu [2] verdad
los cristianos atrevidos.

JUDAS. Eso está dudoso agora,
altercado entre ellos mismos
con diversas opiniones
y pareceres distintos.
Leví, sobre esa materia.
Unos dicen que se hizo
del árbol en que pecó
Adan en el paraiso,
porque desterrado dél,
un ramo llevó consigo
de aquella planta, que fué
nuestra pena y su castigo;
y plantándole lloroso

---

1 «serán ayos.
TODOS. Señor mío...»

---

1 «pegáranla, vive Cristo.
¡Cruz fingida! ¡narigones!»

2 «desta».

en este monte divino,
donde Salomón después
hizo el templo ilustre y rico.
Creció emulación del cielo,
y por extraño prodigio
nació una fuente del tronco,
de quien á formarse vino
la saludable piscina,
que de dolores distintos,
al movimiento del Ángel,
sanó tantos afligidos.
Hizo Salomón cortarle,
por ser estorbo [1], del sitio
que eligió, sabio y discreto,
para el célebre edificio;
y enamorado de verle,
aplicarle al templo quiso
para artesón de su techo,
que asombró al arte corinto.
Labráronle codiciosos,
y ya compuesto y pulido,
procuraron aplicarle
en el pavimento rico;
pero por misterio oculto,
ya siendo grande, ya chico,
desmintiendo arquitectores,
nunca á la fábrica vino.
Por lo cual desesperados,
juzgándole por indigno
y inútil del templo santo,
mandaron que por castigo
en la piscina le echasen.
Hundióse, pero nacido
el Nazareno que adoran
los cristianos enemigos,
sobre las aguas salió.

ZABUL. ¡Misterio jamás oído!

JUDAS. Y sacándole de allí,
le echaron en un camino,
por do de corre en cristales
el Cedrón, arroyo limpio,
puesto que tal vez crecientes
le dan ambición de rio.
Sirvió en él de puente y paso [2],
hasta que por sus delitos
á muerte de cruz sentencia
el pretor romano á Cristo,
que por ver que era pesado,
decretaron los judíos
que dél se hiciese la cruz,
como en fin, á hacerse vino.
Murió en ella, y los cristianos
supersticiosos han dicho
que es digno de adoración,
haciéndole sacrificios.
Escondiéronle por esto
nuestros padres, y escondido
por tradición nos dejaron
donde estaba. Constantino,
que á Cristo manda adorar
con generales edictos,
con tormentos nos compele
á dársela.

ZABUL. Yo no afirmo
eso de aquesos milagros,
aunque así lo hayan escrito
los cristianos hechiceros.

LEVÍ. Ni yo; solamente digo
que con la fingida cruz
que labráis, á Constantino
engañamos, pues dichosos
de tantos males salimos.

ESCENA VI

DICHOS, *que han estado trabajando en la cruz*, ELENA MINGO *y gente*.

MINGO. Esta es la pura verdad,
y agora lo puedes ver.

ELENA. ¿Qué hacéis aquí?

JUDAS. La crueldad
y desdicha debe ser
de nuestra infelicidad.

ZABUL. ¡Guayas de mí! ¿qué diremos?

ELENA. ¿Qué hacéis aquí?

JUDAS. Gran señora,
del comisario tenemos
expreso mandato ahora
que si la cruz no ponemos
sobre las puertas de casa,
nos ha de mandar quemar,
que por saber lo que pasa
la queríamos labrar.

MINGO. ¡Buena excusa!

LEVÍ. ¡Ay, suerte escasa!

MINGO. ¡Chilindrinas para Elena!
Judíos, todo lo sabe,
y daros la muerte ordena,
porque á vuestra culpa grave
iguale también la pena.
Por ocultar la cruz santa
que buscas, labrar querían
esta, que ya los espanta,
y enterrándola decían
que por ser la instancia tanta,
decir que es la verdadera
esta que ahora labraban,
y con aquesta quimera
librarse de ti intentaban.
Escondido, desde aquí
esta traición escuché.

ELENA. Traidores ¿esto es así?

JUDAS. Lo que te he contado fué.

MINGO. No es sino lo que yo oí.
Mándalos á puros tratos
de cuerda que el sitio digan
de la cruz, cuyos retratos
labran.

LEVÍ. ¡Que nos persigan
tanto los cielos ingratos!

ELENA. Decid dónde está el madero
dónde el eterno Abraham
sacrificó al verdadero
Isaac, y el dedo de Juan
nos mostró el tierno cordero.

LEVÍ. Señora, á tener noticia
dé, huyéramos sin duda
el temor de tu justicia:
el rigor en piedad muda.

---

1 En el impreso dice «eterno», pero es errata evidente.

2 En el impreso: «Sirvió de puente y pasó.»

MINGO. Que la esconden de malicia,
señora.

ELENA. ¡Oh, infame gente,
incrédula y contumaz!
Vive el Rey omnipot.nte,
que restauró nuestra paz
y en la cruz murió obediente,
que os he de quitar la vida
á tormentos! Vayan presos.

MINGO. Garrucha hay apercibida,
judíos, mas no confesos,
nones dicen.

JUDÍOS. Bien perdida
será, pues tú lo dispones,
gran señora.

ELENA. Andad, ingratos.

MINGO. Yo, judíos socarrones,
os daré á pares los tratos
mientras dijéredes nones.

(Vase Mingo con los judíos.)

ESCENA VII

ELENA *y* CONSTANTINO.

CLORO. ¿Qué es esto, madre y señora?

ELENA. Diligencias, hijo mío,
son de la cruz, en quien fío
que tengo de hallarla agora.
Tormento tengo de dar
á cuantos hebreos hallare
mientras la tierra ocultare
de Dios el divino altar
en que se pagó á sí mismo,
y en cuya ara misteriosa
halló la iglesia, su esposa,
su fuente y nuestro bautismo.

CLORO.
Palma divina, regalado cedro
del fruto más sabroso y más suave
que la tierra gozó; nido del ave
del cielo, y no de Arabia, por quien medro.

ELENA.
Restauración de Adán, cuyo desmedro
originó la culpa al hombre grave;
árbol mayor de la divina nave
que Andrés requiebra, que gobierna Pedro.

CLORO.
Merezca hallaros yo, laurel divino.

ELENA.
Alivie vuestro hallazgo nuestra pena.

CLORO.
Enriqueced á Elena y Constantino.

ELENA.
Sin vos no hay bien.

CLORO.
Sin vos no hay suerte buena.

ELENA.
L ve del cielo sois: abrid camino.

CLORO.
C nstantino os adora.

ELENA.
Y busca Elena.

ESCENA VIII

DICHOS *y* MINGO.

MINGO. Ellos dirán la verdad,
gran señora, aunque les pese.

CLORO. Escuchad; ¿qué traje es ese?

MINGO. Digno de mi autoridad.
Comisario soy, señor,
de toda la judiada
que la cruz tiene ocultada.

CLORO. ¿Quién te la dió?

MINGO. Mi valor.
Si indicios he descubierto
de la cruz que oculta está
y tu madre sabe ya,
¿parécete desconcierto
que Comisario me nombre?
Dellos en oro he cobrado
salarios que no me has dado,
que no soy piedra, soy hombre,
y he de comer.

CLORO. Basta, basta.

ELENA. Indicios tengo, hijo mío,
de hallar la cruz en quien fío.

MINGO. La gente es de mala casta,
pero no seré yo Mingo,
ó Jerusalén verá
si la cruz oculta está,
que con tocino los pringo.

CLORO. El cielo nos dé á los dos
tal ventura.

ELENA. ¡Ay, cielo [1] santo!
¿por qué nos dilatáis tanto
la dicha que estriba en vos?

(Vase Constantino.)

ESCENA IX

ELENA, MINGO *y* JUDAS, *atado en una garrucha.*

MINGO. Aquí está la guindaleta
y el delincuente.

ELENA. Colgalde
hasta que la verdad diga.

MINGO. Traidor, diréisla en el aire,
pues no queréis en la tierra.

JUDAS. ¡Ay, guayas de mí!

MINGO. Aunque guayes
más que cien niños de teta.

JUDAS. ¿Vos sois verdugo?

MINGO. Y alcalde.
Confiesa, perro.

ELENA. Decid:
¿en qué lugar, cueva ó parte
os dijeron que escondida
está la cruz, vuestros padres?

JUDAS. No sé nada ¡ay! no me ha dicho
cosa, mi señora, nadie,
que á sabello, lo dijera.
¡Ay!

ELENA. Dalde otro trato; dalde.

MINGO. ¡Ah! Judas, como él colgado:
¡ojalá que reventases
de la suerte que el primero!

---

1 «árbol».

JUDAS. ¡Ah! ¡sayón!
MINGO. ¡Ah! ¡escriba infame!
ELENA. ¿Dónde está el Ara divina,
deificada con la sangre
de mi Dios?
JUDAS. ¡Ay! no lo sé.
MINGO. Aunque más arrojes ayes
te tengo de columpiar.
Otra aquivolta [1] tiralde.
JUDAS. ¡Ay!
ELENA. Dí la verdad.
JUDAS. Sí, haré.
Haz, señora, que me bajen. *(Bájanlo.)*
ELENA. ¿Dónde está la Cruz divina?
JUDAS. No sé, señora.
ELENA. Sí, sabes.
MINGO. ¡Oh! ¡borracho! ¿Para aquesto
pediste que te bajasen?
ELENA. Hebreo, di donde está,
ó mandaré que te maten.
JUDAS. Si no lo sé, ¿cómo puedo
decirlo, por más que mandes?
ELENA. Atormentalde otra vez.
MINGO. ¡Ah, de arriba! Columpiadme
á este niño.
JUDAS. ¡Ay, que tormento!
ELENA. ¿Dónde está la cruz, que es llave
del Alcázar celestial?
JUDAS. ¡Ay! yo lo diré.
MINGO. En el aire,
porque mientras no lo diga,
no hay pensar que han de bajarle.
JUDAS. Enterrada está en un monte
entre el Tigris y el Eufrates.
MINGO. Ya lo dijo.
ELENA. ¿Dónde?
MINGO. Dice
que entre los tigres y frailes.
ELENA. Morirás en el tormento,
traidor, mientras no declares
donde está mi amada prenda.
JUDAS. ¡Ay! La maldición te alcance
de Sodoma y de Gomorra.
MINGO. ¡Oh! Rabino, al fin cobarde;
¿mi gorra, que culpa tiene,
que la maldices?
JUDAS. ¡Ayudadme,
Dios de Jacob, Dios de Isaac,
Mesías santo!
MINGO. Aunque llames
al menjuy y al ámbar gris.
JUDAS. Haz, señora, que me abajen,
que yo la verdad diré.
ELENA Bajenle pues, y matalde
si donde está no confiesa.
JUDAS No es posible ya que calle,
que me quebrantan los güesos
y me atormentan las carnes.
¡Adios, secretos ocultos!
¡Dios de Israel, perdonadme!
En el monte de Sión
hicieron que se enterrase
los antiguos de mi ley,
y que encima edificasen
una casa deshonesta,
donde mujeres infames
con ganancia torpe y vil
aquel lugar profanasen.
Después Adrïano César
mandó poner una imagen
ó estatua suya, y que allí
como deidad le adorasen.
Mas, vamos, señora, allá
y donde dijere, caven,
que yo sacaré la cruz,
aunque mis deudos me maten.
ELENA. Vamos, pues. ¡Ay, árbol mío!
¡nido santo de aquel ave,
que es Fénix de nuestro amor,
y en ti permitió abrasarse!
Si merece mi ventura
que venga, mi cruz, á hallarte,
yo haré que de plata y oro
un templo ilustre te labren,
donde te adoren y estimen,
y que el Monarca más grave
por timbre de su corona
tu figura santa enlace.
Avisen á Constantino,
acudan sus capitanes,
sus Príncipes vengan todos,
los sacerdotes se llamen.
Instrumentos venturosos
traigan que la tierra aparten
que esta joya santa oculta,
digna de reverenciarse.
Yo os haré muchas mercedes
si esta joya viene á hallarse
por vos.
JUDAS. Yo la sacaré.
MINGO. Pues la verdad confesaste,
ya serás de hoy más confeso.
ELENA. ¡Ay, palma hermosa y suave!
JUDAS. ¡Ay, descoyuntados güesos!
MINGO. ¡Ay, qué tocino he de darte!
(Vanse.)

ESCENA X

Sale CONSTANTINO *y criados. Siéntase en una silla con un retrato en la mano, y vanse los criados.*

CLORO. Dejadme solo este rato:
ya que está ausente mi Irene,
si alma una pintura tiene,
hablaré con su retrato.
Similitud de un ingrato
pecho, que encendiendo el mío,
le provoca al desvarío
de un receloso desdén,
¿por qué, queriéndote bien
espero, si desconfío?
¿Es posible que el amor
de tu dueño fué fingido?
Pero sí, que tanto olvido
dimana de su rigor.
Porque de Cristo el favor
sigo, ¿es razón que me deje
Irene, y de mí se queje?
Si de veras me quisiera,
mi ley Irene siguiera;

1 quibola».

pero no hay quien la aconseje.
Los dioses falsos adora,
que es falsa su voluntad,
y en mujer la falsedad
siempre salió vencedora:
¡quién vella pudiera agora!
Un sueño me inquieta en vano.
Dormir quiero. Amor tirano,
mi peligro conjeturo,
que no dormiré seguro,
con mi enemiga en la mano.
(Duérmese.)

ESCENA XI

CONSTANTINO, *dormido.* IRENE, ISACIO *y* LISINIO, *de villanos.*

LISINIO. Entrado hemos en su tienda,
sin habernos conocido
nadie en el disfraz fingido
que nuestros pasos ofenda.
IRENE. Hoy la venganza encomienda
las armas á mi rigor;
mi agravio es ejecutor
que [1] viene á satisfacerme.
Pero ¿no es este que duerme
el mudable Emperador?
ISACIO. Él es, y los dioses altos
en fe que los ha ofendido,
te le dan, prima, dormido.
IRENE. Amor todo es sobresaltos.
Dentro el pecho, dando saltos
el corazón, inquieto anda.
Matarle el rigor me manda;
la voluntad no obedece,
pues si la ira la endurece,
con su presencia se ablanda.
Pero venza la razón
y el desprecio de mi ley.
LISINIO. ¿Qué aguardas?
IRENE. Si el gusto es ley,
monarcas mis celos son.
Cobrarán satisfacción
con su muerte. Amor, no hay más;
sujeto á mi agravio estás:
satisfacelle colijo.
CLORO. *(Hablando en sueños.)* ¡Ay, Irene!
IRENE. ¿Irene dijo?
Pues vuélvome un paso atrás.
Quien durmiendo sueña en mí,
no me quiere [2] mal despierto,
ni es bien que yo llore muerto
á quien vivo me ama ansí [3]:
mas, ¡muera!
CLORO. ¡Qué! ¿Te perdí?
Irene mía: ¡qué! ¿estás
ausente? Mal pago das
á quien el alma te dió.
IRENE. ¿Suya el César me llamó?
pues doy dos pasos atrás;
que si por suya me tiene,
traidor será mi rigor
si da muerte á su señor
quien á dalle el alma viene.
Con el retrato de Irene
dormido está cuando estoy
para matalle: ¿yo soy
amante? ¿hay tal desvarío?
¡Vos con el retrato mío!
Dos mil pasos atrás doy.
¡Mal haya el primero, amén,
que las armas inventó,
si tengo de llorar yo
por ellas el mayor bien!
¡Afuera, ingrato desdén!
¡Fuera, venganza atrevida!
que quien ama, tarde olvida,
y si lo intenta, no acierta.
Despierta, César, despierta,
que está en peligro tu vida.
CLORO. ¡Válgame la cruz sagrada!
¿Qué voz el cielo me envía?
¡Irene del alma mía!
IRENE. ¡Prenda por mi bien hallada!
á matarte vine airada,
pero ¿cuándo supo amor
ejecutar el rigor
en presencia del que adora?
Contra esta mano traidora
contra su esposo y señor,
venga tu agravio en Irene.
CLORO. Si haré con aquestos brazos,
que con amorosos lazos
mi ventura se previene.
IRENE. Lisinio á matarte viene
y Isacio, aunque el ser mi amante
le disculpa.
CLORO. ¿Hay semejante
traición? ¿hay atrevimiento
igual?
LISINIO. ¡Oh, mujeres! ¡viento
en la inconstancia!
CLORO. Villano,
¿tú contra mí?: ¿tú, tirano?
¿Y el propuesto juramento?
LISINIO. El verte seguir á Cristo,
de Irene las persuasiones,
desleales ambiciones
me obligan á lo que has visto.
CLORO. ¿Cómo mi enojo resisto?
ISACIO. A tus pies pido, señor,
perdón, si basta el amor
á disculpar mi delito.
IRENE. Si tu cólera limito,
perdona á Isacio por mí.
CLORO. Yo le perdono por ti,
que en todo, mi bien, te imito.
Y á ti, Lisinio traidor,
indigno de mi corona;
que el que injurias no perdona,
no se llame Emperador.
LISINIO. Dame esos pies.
CLORO. Mi valor
se venga desta manera.
Darte la muerte pudiera
que piden tus tiranías,
pero las ofensas mías
no se vengan. Oye, espera.

---

1 «que».
2 «querrá».
3 «el alma di».

LISINIO. ¿Qué mandas?
CLORO. Dos juramentos
hiciste, que has quebrantado.
Ya el uno [1] está perdonado,
y en él tus atrevimientos.
Con martirios y tormentos
los cristianos perseguiste;
á infinitos muerte diste,
asombro siendo del mundo,
y el juramento segundo
bárbaro y cruel rompiste.
Bien puedo yo perdonar
mis agravios, pero no
los de Dios, que me mandó
sus contrarios castigar.
Vengan en ti á escarmentar
desleales y crüeles,
y los romanos laureles
sepan en mi desatino
que así venga Constantino
la sangre de sus Abeles.

(Dale muerte dentro.)

IRENE. Matóle: ¡heroico valor!
Pero es justo aqueste pago
de mis servicios. ¿Qué estrago
hizo jamás el rigor
véndole á la mano amor?
Refrenaron mis enojos
su vista.
ISACIO. Leves antojos
te disculpan, enemiga.
IRENE. Nadie que se venga diga
si ve á su amante á sus [2] ojos.

(Vanse.)

ESCENA XII

ELENA, MINGO y JUDAS, *con azadas.*

ELENA. Cruz divina, que yo [3] adoro,
si yo os hallo, si yo os veo,
rico queda mi deseo,
infinito es su tesoro.
La primera quiero ser
que saque, mi cruz, la tierra
que como mina os encierra:
merézcaos mi dicha ver.
JUDAS. En aqueste monte está,
conforme la tradición,
señora, de mi nación.
MINGO. De sepulcro os servirá
el hoyo que hemos de abrir,
si no parece, judío.
JUDAS. Que habemos de hallarla, fío [4].
ELENA. Ni el oro que ofrece Ofir,
mi cruz, se iguala con vos,
ni las riquezas del Asia,
ni el cinamomo y la casia,
que sois árbol de mi Dios,
lleno de valor divino.

1 «mio».
2 «á los ojos».
3 «en quien adoro».
4 «que hemos de hallarla confío».

MINGO. Comencemos á cavar.
ELENA. Haced primero llamar
á mi hijo Constantino;
no pierda el precioso hallazgo
desta joya soberana,
pues en ella el César gana
tan ilustre mayorazgo.
MINGO. Voile á llamar; mas [1] él viene,
trocando el cetro en azada.

ESCENA XIII

DICHOS, IRENE y CONSTANTINO *con una azada.*

CLORO. Murió el tirano, y mi espada,
hermosa y querida Irene,
á vuestros pies, si es capaz,
mi bien, del que en vos [2] encierra,
trocad [3] mi enojo y su guerra
en vuestra amorosa paz.
IRENE. Con tanto gusto la admito,
generoso Emperador,
que en fe de mi firme amor,
en cuanto hacéis os imito.
La cruz preciosa buscad,
que yo desde aquí, con vos,
á Cristo tendré por Dios
rendida mi voluntad;
que quien á un César obliga
á que la tierra grosera
cave de aquesta manera
y humilde sus pasos siga,
no es posible que no tiene
fuerza de Dios y valor.
CLORO. Echaste el sello á mi amor,
discreta y hermosa Irene,
y si idólatra te amé,
contra nuestra ley tirana,
ya agradecida y cristiana
sol de mis ojos te haré.
ELENA. Hijo, solamente á vos
os aguarda mi deseo
para buscar el trofeo
y triunfo eterno de Dios.
Con ese humilde instrumento
mostráis mayor majestad
que con él autoridad
de vuestro imperio opulento.
Vamos los dos á este monte,
preñez del parto que espero,
nacerá el sol verdadero
que dé luz á este horizonte.
Yo he de dar, postrada en tierra,
la primera azadonada.
CLORO. Si es, madre y señora amada,
el depósito esta tierra
del tesoro que esperamos,
pidamos juntos los dos
favor á su fénix Dios.
ELENA. Bien dices, hijo, pidamos.

1 «pero».
2 «se encierra».
3 «trueca».

CLORO.

Puente divina, en piélago profundo,
que Dios franquea y pasa en mi reparo;
pendón del cielo, y imperial labaro
del Monarca divino sin segundo.

ELENA.

Báculo de Jacob, en quien me fundo
sustentar mi esperanza; Oriente claro,
antes Ocaso, donde el pueblo avaro
hizo ponerse el Sol, que alumbra el mundo.

CLORO.

Arco de paz, que venturoso adoro.

ELENA.

Cátedra donde Dios leyó de prima

CLORO.

Tálamo del amor, feliz misterio.

ELENA.

Merezcamos hallar vuestro tesoro.

CLORO.

Dadnos la joya que mi suerte anima,
y estableced con ella nuestro Imperio.

(Cavan, y suena un gran ruido, y cae una montaña, donde estarán las cruces.)

(Una voz.) [1]

(Constantino, sólo á vos
se reserva esta ventura.
Esta es la cruz que procura
vuestra fe, cama de Dios.)

CLORO. ¡Oh, misterio soberano!:
¡oh, celestial interés!

MINGO. Una buscáis, y son tres
las que halláis.

IRENE. César cristiano,
derretida por los ojos
sale á ver alegre el alma
este cedro, aquesta palma
que á Dios tuvo por despojos.

ELENA. Si; ¿pero cuál dellas es
la cruz en quien Dios derrama
su sangre, y sirvió de cama
á su muerte?

CLORO. Aquí están tres.
¿Cómo haremos experiencia
de la que es joya infinita?

JUDAS. Si vuestro Dios resucita
muertos, la misma excelencia
tendrá la cruz verdadera.
Manda [2] traer un difunto,
y aquella que diese al punto
vida al muerto, que no espera,
en tocándole, esas dudas
satisfará.

CLORO. Buen consejo.

MINGO. Sin fe le habéis dado, viejo;
mas ¿qué mucho si sois Judas?

CLORO. A Lisinio muerte di
por idólatra y traidor.
La cruz le ha de dar favor
y vida. Traíganle aquí.

MINGO. Vamos por él.

ELENA. ¡Palma santa
que veros he merecido!

CLORO. ¡Que tal ventura he tenido!

IRENE. ¡Que por vos, divina planta,
salí de la confusión
de la ciega idolatría!

ESCENA XIV

DICHOS y LISINIO *muerto, sobre una tabla.*

MINGO. Ya un buitre, señor, quería
hacer con él colación.

CLORO. La cruz primera bajad,
y al muerto pongan sobre ella.

JUDAS. Si cobra la vida en ella,
yo tendré por ceguedad
la ley que el hebreo profesa
y la Sinagoga adora:
yo seré cristiano agora,
si tal veo.

(Toma Mingo la primera cruz.)

MINGO. ¡Oh, cómo pesa!
No la llevara un Sansón,
y más si sube una cuesta.
¿Quieren apostar que aquesta
fué la cruz del mal ladrón?

CLORO. Ponelda encima los dos
del difunto.

ELENA. Dadnos luz
si sois vos, divina cruz,
la que dió abrazos en Dios.

MINGO. ¡Pardiós! Tan muerto se está
como su agüelo. ¿Qué espera?
que esta cruz ya salió huera.

CLORO. Sin duda esotra será
el árbol divino y santo.
Quitalda.

MINGO. Yo bien decía
que del mal ladrón sería
cruz, señor, que pesa tanto.

(Trae Mingo la segunda cruz.)

Pues esta no le va en zaga.
Dándome va testimonio
que es la cruz del matrimonio,
según pesa.

CLORO. En ella se haga
la experiencia apercibida.

ELENA. Pues en la Cruz dió á la muerte
muerte Dios, por nuestra suerte
dad á este muerto la vida,
si sois vos, mi Cruz, la cierta
en quien se hizo aquesta hazaña.

MINGO. A la primera acompaña.

IRENE. ¿Muévese?

MINGO. Si, á esotra puerta.

CLORO. Yo he de traer la tercera,
que la fe á ello me inclina.

(Trae Constantino la cruz de Cristo.)

ELENA. Esfera de Dios divina,
si sois la verdadera,
sacadnos de aquestas dudas.

JUDAS. Si ella tal milagro hiciese,
sería ocasión que viese
el mundo cristiano á Judas.

---

1 *Cantan*.
2 Mandad.

CLORO. Arbol que en el Paraíso
de vida da fruto eterno,
en quien el racimo tierno
su licor exprimir quiso:
mostrad agora que en vos
nuestra ventura hemos visto.

(Pónenla sobre Lisinio, *y éste resucita.)*

LISINIO. No hay más; Dios es Jesucristo [1];
Cristo es verdadero Dios.

JUDAS. Y yo cristiano desde hoy,

IRENE. Yo la ley de Cristo sigo.

CLORO. Yo de sus glorias testigo.

ELENA. Y yo mil gracias le doy.

LISINIO. Yo con penitencia larga,
Cruz, por vos adquiriré
el bien que perdí sin fe.

ELENA. Mi devoción, Cruz, se encarga
de haceros un templo tal,
que no iguale á vuestra iglesia
la antigua fábrica Efesia,
ni el de Delfos le sea igual.

CLORO. Llevémosla entre los dos
al Calvario, donde esté,
pues en él, señora, fué
el triunfo y muerte de Dios.

ELENA.

Con vuestro hallazgo, soberana planta,
granjeó nuestra dicha la riqueza
de más valor, más precio y más grandeza
que de Alejandro Grecia finge y canta.

CLORO.

Yo, señal misteriosa y sacrosanta,
os pienso colocar en mi cabeza,
cifrando en vos mi vida [1] y fortaleza,
dando á mis sucesores dicha tanta.

ELENA.

No os tiene que dejar, preciosa oliva,
palma, cedro y laurel, mi justo celo,
pues deposito en vos el bien que he visto.

IRENE.

La Cruz de Cristo viva.

TODOS.

¡La Cruz viva!

CLORO.

Arbol del mejor fruto, Iris del cielo.

TODOS.

¡Viva la cruz adonde murió Cristo!

CLORO.

Ya su hallazgo hemos [2] visto:
á su triunfo os convida
y aquí da fin *El árbol de la vida* [3].

---

1 «No hay más Dios que Jesucristo».

---

1 «imperio».
2 En el original «habemos». En el ms. «habéis».
3 «y demos fin al *Árbol de la vida*.

EL MELANCÓLICO

COMEDIA FAMOSA DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

PERSONAS

LEONISA, *pastora.*
FIRELA, *idem.*
CARLÍN, *pastor.*
ROGERIO, *duque.*
EL DUQUE DE BRETAÑA
FILIPO, *caballero.*
ENRIQUE, *conde.*
CLEMENCIA, *duquesa.*
PINARDO, *viejo.*
UN PAJE.
RICARDO.
MÚSICOS.

Representáronla los Valencianos [1].

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

LEONISA *y* FIRELA, *pastoras, con líos de ropa en las cabezas.*—CARLÍN, *pastor.*

FIRELA. Carlín, déjanos aquí;
no seas siempre pelmazo.
CARLÍN. Pues ¿qué importaba un abrazo,
si ves cuál ando tras ti?
FIRELA. ¿Cuál andas?
CARLÍN. Cual te dé Dios
la salud: ando cual ves.
FIRELA. ¿Cuál andas?
CARLÍN. Ando en dos pies,
porque andas tú en otros dos.
FIRELA. En cuatro fuera mejor,
que eres un asno.
CARLÍN. Si tratas
de que ande, Firela, á gatas,
á patas anda el amor,
que es niño, aunque canas tién.
LEONISA. Déjanos ir á lavar,
que es tarde.
CARLÍN. Pues no han de hablar.
LEONISA. Déjale, Firela, y ven.
CARLÍN. ¡Válgame Dios! ¿También ella
rezonga? Pues venga acá:
¿qué cuenta al cura dará
después, mi pastora bella,
si por no amarme me mata?
FIRELA. ¡Oh, qué pesado que estás!
CARLÍN. El quinto, no matarás:
no matéis, Firela ingrata,
con desdén á las criaturas,
que tenéis, aunque gallarda,
mucho, Firela, de albarda
en esto de her mataduras.
FIRELA. Mira que estamos cargadas
con los líos de la ropa.
CARLÍN. Si no más de en eso topa,
¿hay son soltallo, y sentadas
escuchar la arenga larga
de mi amor? Soltaldos ¡ea!,
que lo que el amor desea
es echarse con la carga.
Lejos está el lavadero;
escuchad mis desvaríos,
y yo os llevaré los líos.
LEONISA. Oye aqueste majadero,
porque la ropa nos lleve
y acabe ya de cansarte,
que tengo á solas que hablarte.
FIRELA. Vaya.
CARLÍN. Vaya.

---

[1] Los famosos hermanos cómicos, Juan Bautista y Jerónimo Valenciano.

FIRELA. En breve.

CARLÍN. En breve.
Mi burro y yo...: no va bien,
que el burro no ha de ir delante:
yo y mi burro...: ¡qué ignorante!
Cuantos á un borrico alegre ven
cargado ¿no es cosa clara
que lleva al dueño tras sí
dándole de palos?

FIRELA. Sí.

CARLÍN. Pues llevando yo la vara
con que dalle, cuesta arriba
y cuesta abajo, á compás,
llevándome á mí detrás,
el burro delante irá.

LEONISA. ¿Y eso importa para el cuento?

CARLÍN. ¡Válgame Dios! De aquí arguyo
que es bien dalle lo que es suyo
también al pobre jumento.

FIRELA. Pasa adelante.

CARLÍN. ¿Quién? ¡Yo!
Si adelante he de pasar,
no querrá el borrico andar,
porque si detrás no voy
se me aleva al primer paso,
que es bestia de mucho tiento.

FIRELA. Que pase adelante el cuento,
te digo.

CARLÍN. Vamos al caso.
La borrica del barbero,
que venía del molino,
luego que vió á mi pollino,
(no sé yo quién vió primero
á quién.) Mi burro bajaba,
y la borrica subía:
la vista el burro ponía
en cada paso que daba.
La burra, al subir la cuesta,
no le dejó de mirar,
porque nunca suele alzar
los ojos, que es muy honesta.

LEONISA. Acaba ya.

CARLÍN. No se aburra:
mas diga: cuando se ven,
¿quién mira primero á quién,
amándose, el burro ó burra?

FIRELA. Ambos á dos, si en tal caso
es igual la voluntad.

CARLÍN. Por Dios que decís verdad:
así hué: vamos al caso.
El burro, como se pica
de cortesano, al pasar,
á la burra hizo lugar:
mas díjole la borrica:—
«no pasaré, ciertamente:
pase vuesa borriquencia.»
Dijo él:—«no haré en mi conciencia.»
Yo, que estaba ya impaciente,
alzando la vara y voz,
le dí un palo entre las cejas;
y ella, alzando las orejas,
le dió al borrico una coz
tal, que ha menester braguero,
porque está el pobre quebrado.
El alcalde ha sentenciado
que la burra del barbero,
si mi burro lo consiente,
con él tien de desposarse,
porque el dar coz es casarse
por palabras de presente.
Mas yo por eso no paso.

FIRELA. Pues eso ¿qué tien que ver,
bestia, con darme á entender
el tu amor?

CARLÍN. Vamos al caso.
El dar coces, ¿no es, Firela,
querer desposarse dos?
Dadme, pues, una coz vos,
con botín ó con chinela:
cuésteme una quebradura
(aunque os estará á vos mal)
que con esto no habrá tal
como ahorrar de baile y cura:
pues si por pie lo se saca,
venimos los dos á ser
tan marido y tan mujer
como Adán y doña Urraca.
Y porque no es para más
sí, voy á buscar an[illegible],
deste concierto testigos.
Porque no os volváis atrás,
[illegible] que os prometí
llevo á la fuente veloz:
mas mirad do dais la coz,
no os quejéis después de mí.

(Vase con los líos.)

ESCENA II

LEONISA y FIRELA.

LEONISA. Es un tonto: déjale:
no hagas caso dél, Firela,
que cosas de más caudal
te quieren decir mis quejas.
Ese Rogerio, aquese hombre
que tiene el alma de piedra
en cuerpo de hueso y carne,
descuidado me desvela.
Ese, que todo lo sabe,
y haciendo del campo escuelas,
le llaman Fénix los sabios
en las armas y en las letras,
desdeñoso, presumido,
con saber todas las ciencias,
ignora las del amor,
que son las que el alma precia.
Bien sabes tú, mi pastora,
que me da nombre esta sierra
verdadero, de cruel,
si mentiroso, de bella.
Aunque entre frisa y sayal
nací, serrana grosera,
en cuerpo humilde y villano
aposento un alma reina.
Caudalosos ganaderos
juran (podrá ser que mientan)
que el alma les tiranizo
cautivando sus potencias.
¿Qué Abril de la juventud
no me ofrece, si no pecha
entre esquilmos de intereses
tributos de gentilezas?

¿Qué tálamos de deseos
no son túmulos que enseñan
de desdenes homicidas
esperanzas ya funestas?
¿Qué tronco no es ya letrado
á puras cifras y empresas,
libros de la voluntad,
del sencillo amor imprentas?
¿Hay fuente que no murmure
mi rigurosa aspereza?
¿Prado que no me retrate?
¿Eco que no me dé quejas?
Pues á todos soy ingrata.
Sólo agradecida, necia,
á un hombre sabio, ignorante,
que enamorando atormenta.

FIRELA. Rogerio, Leonisa mía.
que en tantas cosas diversas
se ocupa, no da al amor
ociosa deidad, licencia.
Es padre suyo Pinardo,
y sucede en la herencia
destas fértiles montañas,
que rústicos pueblos cercan.
Tenémosle por señor,
y como tal le respetan
los frutos de aquestos valles,
que siempre le pagan renta.
No querrá humillar el alma
á pastoriles bellezas,
que entre sayales vasallos
se ensoberbece la seda.
Hale enseñado su padre
todas sus armas y ciencias,
porque le herede su ingenio
como el estado le hereda.
Las letras, según el cura,
causan al sabio soberbia.
Sabio es Rogerio; ¿qué mucho,
si lo es, que se ensoberbezca?
Tú, si bien la más hermosa,
eres hija de una aldea,
pajiza choza tu casa
y tu dote cien ovejas.
A la sombra de las canas
que obediente reverencias,
mil aldeanas te envidian,
mil zagales te desean.
¿Qué Abril hay que en flor y en rama
no te entapice la puerta?
¿Qué Mayo en gigantes mayos
que á tu pue ta no amanezca?
Quiere á quien te quiere bien,
é imposibles locos deja,
que del brocado y sayal
nunca se hizo buena mezcla.

LEONISA. Eso díselo tú al alma;
verás, amiga Firela,
qué de cosas te responde
en mi abono y su defensa.
¿El amor no es fuego?

FIRELA. Sí.

LEONISA. ¿Y éste, por naturaleza,
no sube lo más arriba
que es posible hasta su esfera?

FIRELA. Así será, pues que tu
lo afirmas, que eres discreta.

LEONISA. ¿Pues qué importa que esté el fuego
cebado en la tosca leña
ó en la despreciada paja?
¿Por eso es razón que pierda
su inclinación generosa
y que el subir no apetezca?
Pues ¿qué importa que mi amor,
cebado en alma grosera,
humilde sujeto abrace,
si experimento en mí mesma
que a pesar de mi ser tosco,
subir al valor intenta
de Rogerio, noble y rico,
que es centro donde sosiega!
Todas las almas, amiga,
son iguales: la materia
de los cuerpos solamente
hacen esa diferencia.
Alma noble me dió el cielo.
No te espantes si con ella
el amor, fuego con alas,
intenta subir y vuela.
A Rogerio he de adorar.

FIRELA. Basta, que estás bachillera,
después que en Rogerio sabio
tus esperanzas alientas.
Vamos á lavar agora,
por ver si en la fuente templas
ardores tan desiguales.

LEONISA. No hayas tú miedo que pueda,
que es poca el agua del mar.

FIRELA. Los serranos que desdeñas,
¿qué han de hacer, si no los amas?

LEONISA. Que pues padezco, padezcan. *(Vanse.)*

ESCENA III

ROGERIO, *galán*, y PINARDO.

PINARDO. Ya no tengo que enseñarte:
en la esgrima tu destreza,
junto con tu fortaleza,
retratan en ti otro Marte;
la pintura verá su arte
eternizada por ti;
las liciones que te dí
en la música, maestro
te han de llamar del más diestro,
cifrándole Apolo en ti.
Sútil dialéctico estás;
docto en la filosofía;
sabes de la astrología
lo que es lícito y no más.
Metafísica podrás
enseñar á quien la enseña:
y aunque una parte pequeña
sabes de la arquitectura,
por ti Vitrubio asegura
el renombre que en ti empeña.
Versos haces extremados,
los que para un cuerdo bastan;
que los que á resmas los gastan
no están ya bien opinados.
Los términos no excusados
de la Corte, en que publiques,
cuando al palacio te apliques,
lisonjas, estudiado has:

no falta, Rogerio, más
de que cuerdo los platiques.

ROGERIO. Si al padre se debe el ser,
y al maestro el ser de hombre,
y en ti de uno y otro el nombre,
Señor, te llego á deber,
¿cómo podré agradecer
el doble ser que te debo?
Por padre, á darte me atrevo
gracias de eternos loores,
mas por maestro, mayores,
pues que me engendras de nuevo.
Dichoso yo, que traslado
vengo á ser de original
como el sol universal
de tanta ciencia adornado.
Mil cosas me has enseñado,
que, como dices, quisiera
que alarde dellas hiciera
mi estudio, y tu nombre claro:
que encierra el oro el avaro,
y el noble le ostenta fuera.
¿qué aguardas, padre, en llevarme
á la corte?

PINARDO. Aun falta más;
que puesto que docto estás
en todo, y puedes honrarme,
temo desacreditarme
por otra parte.

ROGERIO. ¿En qué modo,
si á tu gusto me acomodo?

PINARDO. Aunque tan sabio te siento,
voluntad y entendimiento
componen un hombre todo.
Y puesto que sea verdad
que al entendimiento debes
las letras con que te atreves
á cualquiera facultad,
no sé que la voluntad
en hombre te constituya,
pues es tan seca la tuya,
que muestras por experiencia
que te falta esta potencia
porque tu ser te destruya
tu juventud tan florida.
Cuando estímulos de amor,
desde el Rey hasta el pastor,
dan á sus incendios vida,
tú, que imagen esculpida
de bronce debes de ser,
¿has podido defender
de apacibles tiranías
el alma, si en piedras frías
se puede amor encender?
¡No te viera yo siquiera
(no digo amar) mas gustar
de ser visto y de mirar
alguna cara hechicera!
¡Alguna vez no te viera
hurtar del estudio ratos,
y en los hermosos retratos,
del cielo de amor despojos,
tal vez descuidar los ojos,
que ya blasonan de ingratos!
¿Cómo podré yo atreverme
que vaya á la corte un hombre
(si es que merece este nombre)
quien entre las llamas duerme?
Voluntad que allá no enferme,
no es cortés; esto es verdad;
ni es bien que en tu sequedad
lleves, por hacerme agravio,
un entendimiento sabio
y una idiota voluntad.

ROGERIO. Aquí, señor, no hay sujeto
en que lograr esperanzas,
ni entre groseras labranzas
mi amor halla igual objeto.
Si me tienes por discreto,
y amor es similitud,
¿por qué culpas la quietud
que en mi libertad desprecias?
¿Es bien que serranas necias
malogren mi juventud?
Viva el alma libre y franca,
pues en su estudio me alegra.

PINARDO. Ensayar la espada negra
suele hacer diestra á la blanca.
Nunca tras el toro arranca
quien no ensayó su valor
en el novillo menor;
y un discreto, si lo ignoras,
llamaba á las labradoras,
espadas negras de amor.
Si el filósofo admirable
llamó animal racional
al hombre, Platón, su igual,
le llama animal sociable.
El que no es comunicable
no es hombre, según Platón,
y siguiendo su opinión,
te hará tanta sequedad
bruto por la voluntad,
aunque hombre por la razón.
Si ver la corte pretendes,
como aprendiste á saber,
también aprende á querer,
que en verte un mármol me ofendes.
Ama del modo que entiendes
más apacible y humano,
porque en el palacio, es llano
que gradúa el menosprecio,
al más docto por más necio,
si es sabio y no es cortesano. *(Vase.)*

ESCENA IV

ROGERIO, *solo.*

Entre el amor y el desdén,
mal la ciencia se conserva,
porque Venus y Minerva
jamás se llevaron bien.
Ojos que hermosuras ven
contra pasiones confusas,
no hallan á su daño excusas,
pues su ocupación distinta,
deshonesta á Venus pinta,
y vírgenes á las Musas.

ESCENA V

ROGERIO *y* CARLÍN, *que aparece mojado y lleno de jabonaduras.*

CARLÍN. ¡Ay, cuál vengo!: amor, no más.
¡Huego de Dios en tal dios!
Yo me acordaré de vos.
ROGERIO. Pues Carlín ¿á dónde vas?
CARLÍN. ¡Ay! nuesamo el mozo. A echarme
catorce bizmas.
ROGERIO. ¿Caiste?
CARLÍN. En la cuenta ó en el chiste.
¿De amor, podréis escucharme
cuatro gruesas de razones?
ROGERIO. ¡Qué tales ellas serán!
CARLÍN. Y dichas. Pues fama os dan
que sabéis por seis salmones,
¿una traza no podréis
darme, con que de Firela,
que es tramposa y me desvela
si no me ama, me venguéis?
ROGERIO. ¿Yo?
CARLÍN. Porque no me reproche.
ROGERIO. De amor no sé jugar treta.
CARLÍN. Pues yo conozco poeta
que compra trazas de noche.
ROGERIO. ¿Qué te ha sucedido?
CARLÍN. Estaba
en la huente, gorda y lucia
lavando, que lo que ensucia
mi amor, Firela lo lava.
Parlaban las compañeras,
(que todas nuestras serranas,
por lo que tienen de ranas,
en el agua son parleras)
y dábanle con los mazos
en la ropa, que el regalo
que dán es jabón de palo,
arremangados los brazos.
Yo, que topé la ocasión,
lleguéme á Firela y dije:
«mi amor, que es niño y me afrige,
debe de ser pañalón,
porque tal vez huele mal
cuando triste á casa vuelvo,
y el alma donde le envuelvo
hace oficio de pañal.
Cerapez tién, ¿qué os espanta?
lavádmela, si os molesta,
que quien con niños se acuesta,
ya vos veis cual se levanta.»—
«Que mos prace», respondieron
todas, asiendo los mazos...
¡Pardiós! que á puros porrazos
las costillas me molieron.
Pegaban con tanta acucia,
que de miedo el alma helada
creyendo salir lavada,
ó suda, ó vuelve más sucia.
Y á no llegar cortesanos
con el Duque en compañía,
llenas de volatería
como los cascos, las manos,
cazando, daban los mazos
en la huesa con Carlín.
Que ropa de mazo, en fin,
muere moza hecha pedazos.
Dadme algún remedio vos.
ROGERIO. ¿El Duque ha salido á caza?
CARLÍN. A volar una picaza.
ROGERIO. ¿Aquí cerca?
CARLÍN. Sí, por Dios;
y si no se me trabuca
el meollo, una mujer
machorra, que debe ser,
pues va á caballo, la Duca.
ROGERIO. No hay tal entretenimiento
cual la caza para mí.
Voile á ver.
CARLÍN. Y yo, que ahí
batanada el alma siento,
echarme cien bizmas trazo.
Para el enfermo de amor,
Firela es lindo doctor,
que le cura con un mazo. *(Vanse.)*

ESCENA VI

El Conde ENRIQUE, CLEMENCIA, *ambos bizarros, de caza.*

ENRIQUE.

Mientras el Duque caza,
y en ejercicios nobles se embaraza,
oye, Clemencia mía,
desvelos de mi ciega fantasía:
darás, árbitro juez, en ellos traza
de mi vida ó mi muerte.
Veniste de Borgoña
á darle á él la mano, á mí ponzoña,
y siendo su sobrina,
hacerte esposa suya [1] determina:
mas la llama por tierna, en mí bisoña,
hechizo de mis ojos,
si en él engendra gustos, en mí enojos.
Sobrino y heredero
soy suyo, y de sus deudos el primero.
Su vida es imposible
que dilate más tiempo el infalible
censo fatal, que en vasallaje fiero,
á la tirana ingrata
tributa el mozo en oro, el viejo en plata.

CLEMENCIA.

¿Qué sacas de todo eso?

ESCENA VII

DICHOS *y el* DUQUE, *oculto.*

DUQUE.

Es vieja la sospecha, amor sin seso,
y Enrique con Clemencia,
creciendo celos, menguan mi paciencia.
Yo soy viejo, ella moza, y él travieso;
tras ellos mi sospecha
me trae, que amor con celos, siempre acecha.

ENRIQUE.

Si al Duque al fin heredo,
y en verde mocedad, Clemencia, puedo
en tálamos iguales

---

1 En el original «mía», errata evidente.

amarte esposo y remediar mis males,
¿cuánto mejor te está gozar sin miedo
de caducos engaños,
florida juventud que helados años?
No ofendas tal tesoro,
ni con fallida plata mezcles oro
de preciosos quilates,
pues cuando al ciego amor coyundas ates,
si bien te quiere el Duque, yo te adoro,
ni tan hermoso espejo
niegue objetos á un mozo por un viejo.

DUQUE.

¡Oh, amante lisonjero!,
no serás, si yo puedo, mi heredero;
que no es bien me suceda
deudo que en vida lo mejor me hereda.
Hijo tengo, retrato verdadero,
que á quien es corresponde.
Pero veamos lo que dice al Conde.

CLEMENCIA.

Enrique, en la tutela
del Duque, que en amarme se desvela,
quedé desde la cuna,
muertos mis padres; y en igual fortuna,
el tiempo de mi edad, que joven vuela,
conoce satisfecho
la poca falta que con él me han hecho.
Duquesa me obedece
Orliens, estado Real; si me apetece
mi tío el de Bretaña;
y el fuego de mi amor la nieve engaña,
que este hechicero amor rejuvenece,
no sé que el gusto mío
admita ver esposo á quien ve tío.
Ataja tú esos daños
y persüade sus nestóreos años,
que yo que le obedezco,
no amante, padre sí, la mano ofrezco,
á quien, cuando consulte desengaños,
el Duque me dedique.

ENRIQUE.

Espera.

CLEMENCIA.

Harto os he dicho, conde Enrique.

(Vase Clemencia.)

ESCENA VIII

El Conde ENRIQUE *y el* DUQUE, *oculto.*

ENRIQUE.

Harto, y tanto, que dudo
si estoy despierto ó sueño. Dios desnudo,
pues que rapaz te llamas,
destierren canas tus sabrosas llamas,
que tu reino jamás sufrillas pudo.
Al Duque desengaña.
Dame á Clemencia, amor; dame á Bretaña.

(Vase.)

ESCENA IX

El DUQUE, *solo.*

Ni á Bretaña, ni á Clemencia,
que tengo ya sucesor:
menos impulsos, mi amor;
y mis canas, más prudencia.
La Duquesa ha dicho bien;
no dice mi senectud
con la verde juventud
que en su edad mis ojos ven.
Sucesores deseaba
que legítimos en ella
me heredasen, mas la estrella
que en Rogerio Francia alaba,
me inclina á que de Bretaña
el ducado ilustre herede,
y el conde Enrique se quede
con la opinión que le engaña.
Hijo es mío natural
mi Rogerio, y la prudencia
que hace á mi amor resistencia
le dará mujer igual. *(Vase.)*

ESCENA X

PINARDO *y* ROGERIO.

ROGERIO.

Ya he vuelto por la opinión
que perdió mi voluntad
por seca y sin afición;
ya, señor, la autoridad
y sentencia de Platón
puede difinirme en hombre;
pues si es animal sociable,
porque en ti el amor te asombre,
una belleza agradable
me ha honrado con este nombre.
Ya estoy tan enamorado
que no sé si vivo en mí.

PINARDO.

¿Tan presto?

ROGERIO.

Es precipitado
amor. Vine [1], vi y perdí
la libertad, no el cuidado.
Ya juzgaré por mejor
potencia la voluntad
que el entendimiento: Amor,
de su noble facultad
hoy me ha hecho profesor:
desde hoy cursaré su escuela.

PINARDO.

Rogerio, perdido estás.

ROGERIO.

Amor, como es ave y vuela,
llegó presto. Oye, y sabrás
la causa que me desvela.
La caza, ocupación que al noble muestra
del trato militar cifras y sumas,
al Duque trajo á la comarca nuestra,

1 En el original «vive».

que yo solía gozar, porque presumas
que el ver servir al viento de palestra
á escaramuzas de enemigas sumas,
mi natural inclina venturoso,
en ser símil del tuyo generoso.
Emboscóse, perdíle, y á la fuente
del arrayán, guiando amor mi paso,
la humildad contemplaba de su oriente,
la soberbia, ya río, de su ocaso,
cuando vagando amor por su corriente,
corrida su deidad del poco caso
que hacía de sus llamas mi sosiego,
rayos de agua forjó, si antes de fuego.
Una serrana, entre otras lavanderas,
cristales con cristales afrentaba
lavando linos y aumentando esferas
en círculos de plata, que acendraba.
Espejos eran todos, donde vieras,
que el sol con sus reflejos retrataba,
no ciego, lince sí, bellos despojos,
dando ojos á la ropa y á amor ojos.
Esta es vasalla nuestra, esta es Leonisa,
de libres presunciones vengadora,
que flores crece cuando flores pisa,
perlas produce cuando perlas llora.
Pagaba el agua en sucesiva risa
contactos suyos, más murmuradora
que otras veces, que en ver que no podía
cursos parar, corriendo se corría.
Presas madejas, no de las que á Febo
peina el Aurora, que esas son de oro,
de ébano sí, que estima el uso nuevo,
cabellos negros, no rubio tesoro,
en un jardín de red, cárcel que apruebo,
si es bien tener en la prisión que adoro
grillos de voluntades, que traviesos,
más almas prenden, cuando están más presos.
Blanca gorguera, abierta lechuguilla,
guarnecida de puntas, mejor flechas
que entre limpia camisa, maravilla
será si ves sus pechos, y no pechas.
Ribeteado sayuelo de palmilla
verde en color, azul en mis sospechas,
mangas presas al hombro, cuyo lino
humano fué esta vez con lo divino.
Gozaba el agua lo demás que callo,
puesto que bien pudiera por viriles,
cuando no distinguillo, penetrallo.
Los ojos del amor, argos sutiles
de mi vasalla, en fin, siendo vasallo,
criminales deseos, en civiles
ejercicios, de estudios ocupados,
á nuevo amor dan ya nuevos cuidados.
No sé lo que le dije, divertido;
mas sé que respondiéndome agradable,
mudó palabras al mayor sentido,
si amor ciego, por ojos es bien que hable.
Tus consejos, señor, he ya cumplido;
hombre soy con Platón comunicable:
no dirás, si intratable daba nota,
que ya me agravia voluntad idiota.

PINARDO.

Ni tanto, hijo, ni tan poco;
ni en amar tan descuidado,
ni de suerte enamorado,
que de libre des en loco.
De dos extremos contrarios
un medio se perficiona;
la sequedad te ocasiona
á efectos extraordinarios,
y el amor que ahora adquieres
en cosa tan desigual,
de tu noble natural
te ha de hacer que degeneres,
á todo pondrás remedio
si ves, que para querer,
el cuerdo no ha de escoger
por fin lo que sólo es medio.
Quita tú de aquese amor
lo supérfluo, y quedará
en buen punto.

ROGERIO. No será
posible eso ya, señor.
La memoria, que por tarda,
con dificultad aprehende,
lo que difícil entiende,
sin olvidarlo lo guarda.
Yo, que en la memoria tengo
esta vez la voluntad,
si puse dificultad
en amar, y ya prevengo,
prenda, en que mi gusto viva,
al ángel he de imitar
en no saber olvidar,
porque eterno en ella viva.

PINARDO. ¿Hay mudanza semejante?

ESCENA XI

DICHOS y CARLÍN.

CARLÍN. Nuesamo, los dos Duquesos,
con pájaros y sabuesos,
están en casa.

PINARDO. Ignorante:
¿qué dices?

CARLÍN. Que en casa están
los dos Ducos, hembra y macho.
¿Pensará que estó borracho?
Pues ya llegan al zaguán.

PINARDO. ¡Válgame el cielo! salgamos
á recebillos.

CARLÍN. ¡Verá!,
de rondón se entran acá.
Boda hay hoy: cena esperamos.

ESCENA XII

DICHOS. *Salen por una puerta el* DUQUE, CLEMENCIA *y* ENRIQUE. *Por otra,* LEONISA *y* FIRELA *con líos llenos de flores y* MÚSICOS *con vestimenta de labradores.*

MÚSICOS. *Que el clavel y la rosa*
¿cuál era más hermosa?

UNO. El clavel, lindo en color,
y la rosa toda amor;
el jazmín de honesto olor,
la azucena religiosa.

MÚSICOS. *¿Cuál es la más hermosa?*

UNO. La violeta enamorada,
la retama encaramada,
la madreselva mezclada,
la flor de lino celosa.

MÚSICOS. *¿Cuál es más hermosa?*
Que el clavel y la rosa,
¿cuál era más hermosa?
PINARDO. Mucho debe, gran señor,
á vuestra casa esta quinta,
pues por ella aquesta vez
para honrarnos, la visita.
DUQUE. ¡Oh, Pinardo! ya que á vos
de nuestra Corte os retira
la quietud de aquestos campos,
envidiando vuestra vida,
pues no me veis, vengo á veros.
LEONISA. Rogerio, Firela mía,
á pesar de resistencias,
á mi amor añade dichas.
Como te digo, es mi amante.
¿No ves el alma en su vista
con más ojos que pestañas,
porque sus penas me digan?
FIRELA. ¡Qué no podrán los hechizos
de tu gracia, Leonisa!
pues las llamas de tu amor
has cebado en agua fría.
DUQUE. Si tenéis tales serranas,
Pinardo, no es maravilla
que olvidéis telas de Corte
por aldeanas palmillas.
¡Qué curiosas lavanderas!
LEONISA. A lo menos, señor, limpias,
libres de los badulaques
que allá á las damas empringan.
ROGERIO. *(Aparte.)* ¡Ay, serrana de mis ojos!
¡qué bien dices! ¡qué bien pintas
la diferencia que al arte
hacen bellezas sencillas!
CARLÍN. Lavan la ropa de casa,
señor, Firela y Leonisa,
y hay pastor que les da á vueltas
el alma de las camisas.
Pero hay mazo lavandero
que desmenuza costillas
y batana enamorados:
mis espaldas se lo digan.
DUQUE. ¿Qué os parece, mi Clemencia,
las lavanderas?
CLEMEN. Que obligan
á su alabanza los ojos
y las almas á su envidia.
CARLÍN. ¡Oh! pues si lavar las viera
un menudo con sus tripas
y enchir de sangre y cebolla
un obispillo sin mitra,
yo sé, por más que es duqueso,
que, sin buscar gollorías,
á la comida y la cena
no pidiera son [1] morcillas.
PINARDO. Rústico, apártate allá.
DUQUE. Dejalde, por vida mía,
que tiene donaire extraño.
CARLÍN. Principalmente esta niña,
que ahorra de suerte el agua,
que hizo un vientre el otro día
sin gastar más de un caldero:
¡mirad si es barata y limpia!
DUQUE. ¿Este mancebo quién es?
(Por Rogerio.)
PINARDO. Mi hijo, y en quien se cifra,
gran señor, mi sangre y casa.
CARLÍN. Perdiósele el otro día,
señor, la escofieta al cura,
que hay quien dice que tién tiña,
y con Firela cenando,
la halló dentro una morcilla.
ROGERIO. Deme los pies vuestra alteza.
DUQUE. *(Aparte.)* ¡Cielos! ¿No fuera injusticia
á tal presencia negalle
mi sucesión, siendo digna
de la corona de Francia?
Mi hijo es, y imagen misma
de la prenda milagrosa
que en el cielo estrellas pisa.
Alzad. ¿Cómo es vuestro nombre?
ROGERIO. Gran señor, Rogerio.
DUQUE. *(Aparte.)* Admita
Bretaña por su señor
tan heroica gallardía,
que Enrique no lo ha de ser.
ROGERIO. *(Ap.)* Suspenso el Duque me mira.
DUQUE. Pues no ha de heredarme en muerte
quien piensa heredarme en vida.
Pinardo, ya que las canas
lícitamente os jubilan
de la asistencia en mi corte,
Rogerio es bien que la siga.
Conmigo quiero llevarle.
ROGERIO. ¡Ay, cielos!
LEONISA. ¿Qué es esto, amiga?
¿hoy amada y hoy ausente?
FIRELA. Quien bien ama tarde olvida.
PINARDO. Ha cumplido vuestra alteza
en esa acción con distintas
esperanzas y deseos.
Lo primero con las mías,
viendo que en [1] Rogerio puede
daros mi vejez prolija
traslado de original,
que mi fe y lealtad imita.
Y con las suyas, señor,
porque de suerte se inclina
á serviros en la corte,
que importuno cada día
mi tibieza reprehende.
ROGERIO. *(Aparte.)* ¡Ay, serrana de mi vida!
¡Ojalá que estas verdades
no fueran por ti mentiras!
Pretendí ser cortesano
antes de verte: ya vista,
la corte será desierto
que ausente de tí [2] me aflija.
DUQUE. Hoy, Rogerio, según esto,
vuestra esperanza es cumplida.
Trocáis por la corte, campos,
y por palacios las quintas.
ROGERIO. Honrándome vuestra alteza
por tan clara mejoría,

[1] En el texto y en la edición de Hartzenbusch «si», pero es errata evidente.

[1] Suplido este «en».
[2] En el original «de mí».

¿qué interés es despreciar
lo que en sí no tiene estima?

(El Duque *y* Pinardo *á una parte;* Clemencia *y* Enrique *á otra;* Leonisa *con* Rogerio *también en otra parte, y un poco apartados de estos grupos* Carlín *y* Firela.)

DUQUE. Escuchad, Pinardo, aparte.
ENRIQUE. *(A* Clem.) Creed de mí, hermosa prima,
que si no le persuado,
y el Duque viejo porfía,
he de perder á Bretaña.
CLEMEN. Téngole amor de sobrina,
y aunque le desdeño amante,
no será bien que permita
desacatos licenciosos.
ROGERIO. *(A* Leonisa.) No merecen mis desdichas,
dulce hechizo de mi alma,
duración en su alegría.
Hoy os amé y hoy me parto.
¡Amor y ausencia en un día!
¡Pena y gloria en un instante!
Si no acaban con la vida,
no son efectos de amor.
LEONISA. Sin vos, Rogerio, la mía,
que ha tanto que sustentaba
su esperanza en vuestra vista,
peor lo habré de pasar;
que vos, en fin, cuya herida,
por nueva no es penetrante,
presto hallaréis medicina.
¿A qué desierto os partís
sino á la corte, en que habitan
entre hermosuras y engaños,
amorosas tiranías?
¡Pobre de quien sola queda!
ROGERIO. ¿Borran años, prenda mía,
señales que en un instante
el rayo en bronce eterniza?
¿Pueden injurias del tiempo,
memorias de las rüinas
que á Troya han dado tragedias,
aniquilar, ni aun cenizas?
¿Pues por qué rayos de amor
no quieres que eternos vivan
en una voluntad bronce,
que victoriosa conquistas?
Inmóvil soy á mudanzas.
LEONISA. Que se cumpla y no se diga
es, Rogerio, lo que importa.
ROGERIO. ¿Qué temes?
LEONISA. Circes que hechizan.
ROGERIO. Ulises soy.
LEONISA. Todo engaños.
ROGERIO. Tú me agravias.
LEONISA. Tú me olvidas.
ROGERIO. ¡Yo! ¿Cómo?
LEONISA. Como te ausentas.
ROGERIO. En tí me quedo.
LEONISA. ¿En mí misma?
ROGERIO. Sí, mi bien.
LEONISA. ¡Ay, que eres hombre!
ROGERIO. Hombre y firme.
LEONISA. ¿Quién lo afirma?
ROGERIO. Quien te adora.
LEONISA. Jura.
ROGERIO. Juro.
CARLÍN. ¡Arre allá! que el Duco os mira.
DUQUE. ¿Que es tan sabio? ¿que es tan diestro?
PINARDO. Es, gran señor, copia y cifra
de tus hazañas y letras.
ENRIQUE. No querrá el amor que viva
para dilatar mi gloria,
y dar á tu edad florida
el Enero de sus años,
que la tuya esterilizan.
CLEMEN. Dele Dios, Enrique al Duque
salud con tan larga vida,
como en mi crecen deseos
de que en su amor no prosiga.
LEONISA. En fin, Rogerio, ¿os partís?
ROGERIO. Luego que yo ví, Leonisa
mi primero amor en agua,
pronostiqué su rüina.
¡Qué fácilmente se enturbian
sus esferas cristalinas!
¡Qué fácil desaparecen,
dando á sus corrientes prisa!
LEONISA. No dista mucho la corte
destas soledades.
ROGERIO. Dista
lo que basta para estorbo
de verte yo cada día.
LEONISA. Cazas hay que amor inventa,
garzas nuestros montes crian;
amor es todo ocasión
si la ausencia no la entibia,
si vos la buscáis, Rogerio,
yo haré también de las mías
para iros á ver allá.
ROGERIO. Cumple tú eso, Leonisa,
volverás el alma á un muerto
y verás que resucitan
las veces que á verme fueres,
mis esperanzas marchitas.
LEONISA. Ya querréis otra.
ROGERIO. ¿Yo, á quién?
LEONISA. Hay allá damas que pisan
plata en corcho coronados.
ROGERIO. De su mudanza me avisan.
LEONISA. Arrastran telas.
ROGERIO. ¿Qué importa?
LEONISA. ¿Pues qué estimáis vos?
ROGERIO. Tu frisa.
LEONISA. ¿Más que el brocado?
ROGERIO. ¡Pues no!
LEONISA. ¿Por qué, si es tosca?
ROGERIO. Es sencilla.
LEONISA. Traen cadenas.
ROGERIO. Son prisiones.
LEONISA. Traen firmezas.
ROGERIO. Son postizas.
LEONISA. Traen diamantes.
ROGERIO. Son engaños.
CARLÍN. ¡Arre allá! que el Duco os mira.
DUQUE. Casaréle con Clemencia,
si el Papa le legitima,
y sucederá en mi estado.
PINARDO. Sola su hermosura es digna
del esposo que la ofreces.
ROGERIO. ¿Permitirás que te escriba?
LEONISA. Si las cartas son la sal
que conserva amor, ¿quién quita
que no escribáis por instantes?
ROGERIO. ¿Sabes leer?

LEONISA. La cartilla
de tu amor, donde comienzo
el A B C de mis dichas;
ROGERIO. ¿Y escribir sabrás?
LEONISA. También;
pues siendo de amor pupila,
plumas serán pensamientos
y lágrimas darán tinta.
ROGERIO. ¿De quién podremos fiarnos?
LEONISA. De Carlín, cuyas malicias
son en toda aquesta sierra
sin perjüicio y de risa.
ROGERIO. En fin, ¿no me olvidarás?
LEONISA. Amor labrador no olvida.
ROGERIO. ¿Serás firme?
LEONISA. Seré bronce.
CARLÍN. ¡Arre allá! que el Duco os mira.
DUQUE. Ya me parece que es hora
que nos partamos, sobrina.
Traigan, Conde, los caballos.
CARLÍN. Boca abajo el zaguán pisan.
DUQUE. Venga conmigo Rogerio.
PINARDO. Gracias á Dios que cumplidas,
hijo, ves tus esperanzas.
Letras, armas, cortesía
te he enseñado. Si con ellas,
entre enredos y mentiras,
te conservas, bien logradas
serán las liciones mías.
Hágate dichoso el cielo.
ROGERIO. Adios, señor. Mi Leonisa,
esto es partir.
CARLÍN. Con dolores,
porque es parto una partida.
ROGERIO. No me olvides.
LEONISA. ¿Cómo puedo?
ROGERIO. ¿Irásme á ver?
LEONISA. Cada día.
ROGERIO. Adios.
LEONISA. Adios.
ROGERIO. ¡Ay, mi bien!
CARLÍN. ¡Arre allá! que el Duco os mira.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

El DUQUE, ROGERIO, CLEMENCIA *y otros.*

DUQUE.

Ya estás legitimado,
y por sucesor mío declarado
en Bretaña, que estima
las partes con que el cielo te sublima.
Ya yo, cansado y viejo,
seguro de tus letras y consejo,
en tus hombros alivio
el peso del gobierno que no envidio,
sino ociosos descansos
de cazas leves y de libros mansos,
porque en vejez lograda
me manda el tiempo jubilar la espada.
Clemencia es mi sobrina,
en hermosura y discreción divina;
del de Borgoña hermana,
de Orliens Duquesa, que apacible y llana,
mientras Roma dispensa,
sólo en amarte, como á dueño piensa,
juzgando á gloria inmensa el bien que gana.
Rogerio, ¿pues qué es esto?
¿Tú, triste agora, cuando manifiesto
secretos que ha tenido
el tiempo en las entrañas del olvido?
Cuando sólo creias
heredar las groseras alquerías
que viste el sayal pardo,
hijo de un Duque ya, no de Pinardo,
en posesión segura
del estado bretón, donde te jura
por señor la nobleza,
¿melancólico tú? ¿Tú con tristeza?
Pudiera hacerte agravio,
á no llamarte tus estudios sabio,
creyendo que echas menos
montes de riscos y de encinas llenos,
rústico por costumbre,
y que te da la corte pesadumbre,
el palacio tristeza,
y bárbaro disgusto esta belleza:
que aunque ilustre has nacido,
podrás, como entre montes has vivido,
de la costumbre hacer naturaleza.

ROGERIO.

Las razones que alegas
contra el tropel de mis pasiones ciegas,
á mi tristeza añaden
grados, señor, que más me persüaden
á la melancolía
que ocupa mi confusa fantasía.
Estaba yo contento
con un mediano estado, fundamento
de la alegre esperanza
que intenta malograr esta mudanza;
ni pobre jornalero,
ni privado en la corte lisonjero,
mas con la medianía
que Salomón, prudente, á Dios pedía;
porque ni la pobreza
deja volar ingenios, ni la alteza
que estriba en la abundancia,
se escapa de soberbia é ignorancia:
pues sólo hallan remedio
estos extremos en el quinto[1] medio
que forman la bajeza y la arrogancia.
Era mi pasatiempo
los libros y las armas, contra el tiempo
que el ocio necio pierde:
ya el agua, el viento, y ya el campo verde,
midiendo auroras frescas
con envidiosas cazas y con pescas;
y mientras estudiaba,
agradecido al cielo, me preciaba,
que á pesar de la herencia
en que en el mundo estriba la potencia
de necios opulentos,
que llamo sabios yo por testamentos;
yo con la industria mía,

[1] Así el original y Hartzenbusch; pero debe de ser «justo».

lo que no á la fortuna, le debía
á la naturaleza,
ambicioso de fama y de grandeza
no heredada, adquirida
con noble ingenio y estudiosa vida,
que ilustra más la personal nobleza.
Agora, pues, que veo
frustrados mis estudios y deseo,
y que en fe desta herencia
no hay entre mí y el necio diferencia,
pues fortuna inconstante
con riquezas me iguala al ignorante,
¿no te parece justo
que cuando adquiero estado, pierda el gusto,
viendo, como soldado
en la paz el ingenio reformado?
A pocos poderosos
he oido celebrar por ingeniosos,
que en ellos, de honras llenos,
es el ingenio lo que vale menos.
Y así siento, ofendido,
tener en menos lo que más ha sido,
pues creerá quien me jura
que no es sabio quien tiene tal ventura;
y si es así ¿en qué precio
tendré este estado, en opinión de necio,
contra el ingenio que volar procura?

DUQUE.

Toda melancolía
ingeniosa, es un ramo de manía,
y no hay sabio que un poco,
si á Platón damos fe, no toque en loco.
En ti lo verificas,
sintiéndolo del modo que lo explicas.
Feliz Platón llamaba
el reino donde el Rey filosofaba.
¡Mira tú cuán opuesta
es la opinión que triste te molesta!
Probarás cuán süave
es el gobierno para aquel que sabe,
y en medio la experiencia,
la divina hermosura de Clemencia
será como instrumento
que divierta tu triste pensamiento.
Sus discursos reprime,
que suele hacer más mal el más sublime,
pues tal vez daña el mucho pensamiento *(Vase.)*

ESCENA II

ROGERIO, *y* CLEMENCIA.

CLEMEN. Si como yo os tengo amor,
ventura también tuviera
para alegraros, señor,
contento Bretaña os viera
y á mi con gusto mayor.
Mas si para divertiros
os pueden ser de provecho
propósitos de serviros,
deseos de un firme pecho,
y de un alma fiel, suspiros,
toda yo en vos empleada
os me ofrezco, dedicada
al templo de vuestra fe:
vos sois mi sol, yo seré
nube por vos ayudada.
Si estáis triste, en la tristeza
se entretendrá el alma mía,
que ya á imitaros empieza;
si alegre, hará mi alegría
alarde de esa belleza.
Seré, en fin, espejo fiel
que en todas las ocasiones,
sin colores ni pincel,
retrate hasta las acciones
vuestras, mirándoos en él.

ROGERIO. Perdóneme vuestra alteza,
que merece su belleza
un gusto más sazonado
que el mío, agora asaltado
desta enfadosa tristeza.
Para mejor ocasión
guardo el agradecimiento
que debo á tanta afición,
cuando el amor y el contento
pongan el gusto en sazón.
Y entretanto dé lugar
á que sin más compañía
que mi descortés pesar
ceda á la melancolía
el derecho del amar.

CLEMEN. No tengo más gusto yo
que el vuestro. Ahí mi amor llegó *(Ap.)*
de la esfera de mi cielo
la llama, que envuelta en yelo,
abrasándome me heló.
Esta sequedad adoro,
este entendimiento estimo,
deste mármol me enamoro,
y amando me desatino,
porque si sospecho, ignoro.
Discreto que tanto sabe,
triste sin más ocasión
de la que alega, no cabe
en buen discurso y razón.
Celos, falsead la llave
de su escondido secreto,
y aunque perdáis el respeto
al recato y al temor,
sabed si es la causa amor,
porque llore yo el efecto.
Mi sospecha temerosa
sacara á sus desvelos,
pues son, pasión amorosa,
inquisidores los celos
que no se les pierde cosa. *(Vase.)*

ESCENA III

ROGERIO.

Todo esto es, Leonisa mía,
con sofísticas razones,
buscar necias ocasiones
para mi melancolía.
Si yo no te viera el día
que perdí mi libertad,
fuera esta prosperidad
el colmo de mi contento:
ya sin ti, será tormento
la más regia voluntad.
Perdite; ya no es posible,

en desiguales estados,
dar alivio á mis cuidados,
ni ver tu rostro apacible;
pues amar un imposible
será eterno padecer;
no amarte, no puede ser;
pues, amarte, y no esperar
padecer, y no olvidar,
es morir y no poder.
Si yo de Pinardo fuera
hijo, cual pensé, y te amara,
cuando á mi ser te igualara,
poco tu suerte subiera.
Soy Duque: ¡ay, fortuna fiera!
tormentos con honras das:
ya yo sé que igualado has,
midiendo amorosas leyes,
los pastores á los reyes:
mas yo soy sabio, que es más.
En cuanto rey, no era mucho
llevarme de mi pasión;
en cuanto sabio, es acción
en que mi deshonra escucho.
¡Con qué de contrarios lucho!
Amando, he de aborrecer;
príncipe, tengo poder;
sabio, ocasiono mi agravio,
y amante, príncipe y sabio,
queriendo, he de no querer.
Pues dar alivio á mi amor
por medio menos que honesto,
ni aun pensarlo, porque he puesto
todo mi honor en tu honor.
Morir, Leonisa, es mejor:
batalle en mi fantasía
esta contraria porfía,
mientras la vida haga pausa,
como se ignore la causa
de tanta melancolía.

ESCENA IV

ROGERIO *y* ENRIQUE.

ENRIQUE. Que el Duque me haya quitado
por vos, bastardo y espurio,
á Bretaña, no me injurio,
que mi nobleza me ha dado
la sucesión suficiente
que mi sangre ha merecido;
legitime á un mal nacido
el Papa, estando yo ausente,
que de su elección aguardo
el suceso que merece
la provincia que obedece
por Duque suyo á un bastardo.
Pero que con esta herencia
el Duque á Clemencia os dé,
eso no, que os sacaré
el alma yo con Clemencia.
Si fuérades sabio vos,
y por consiguiente, cuerdo,
entrárades en acuerdo,
y comparándoos los dos,
vos y Clemencia, mi prima,
temiérades su nobleza,
porque en la naturaleza
el Papa no legitima;
ni por más que os habilite
para el estado que os da,
posible al Papa será
que mancha de sangre os quite.
Al agua más limpia y clara,
como á otro cualquier licor,
se le pega el mal sabor
del vaso vil donde para;
y aunque de reyes franceses
sangre el Duque os haya dado,
el vaso en que habéis estado
por lo menos nueve meses,
que os habrá pegado, es llano,
el bajo ser que tenéis,
pues sois Duque, y no perdéis
los resabios de villano.
Que no es más que villanía
el soberbio pretender
á Clemencia por mujer
legítima, y sangre mía.
¿Conmigo competís vos,
sin honra, ser, ni consejo?

ROGERIO. Conde, miráos á un espejo,
y vengaréisme de vos. *(Vase.)*

ESCENA V

ENRIQUE.

¿Que yo á un espejo me mire,
y de mí le vengaré?
Extraña respuesta fué:
causa me da que me admire.
¡Cuando le injurio y espero
que usando de su poder,
ó ha de mandarme prender,
ó vengar en mí su acero,
sin airarse contra mí,
sin hacer de injurias caso,
sin descomponer el paso
se parte y me deja así!
Suceso es digno, por Dios,
de admiración y consejo.
«Conde, miráos á un espejo,
y vengaréisme de vos.»
¿Si quiso decir por esto
lo que Séneca, adivino [1],
que la cólera y el vino
en un mismo grado ha puesto,
cuya furia y frenesí,
si la razón no la aplaca,
al hombre más cuerdo saca,
para afrentalle, de sí?
«Si el airado se mirase
(dijo Séneca) á un cristal,
yo sé que viéndose tal,
de sí mismo se afrentase.»
Ya mi cólera se mira
á vuestro espejo, razón,
y ya mi loca pasión
afrentada se retira.
Justamente os llaman sabio,
pues por tal es bien se estime
quien sus pasiones reprime
y disimula su agravio.

---

1 En el original: Hartzenbusch escribió «divino».

No haya más entre los dos,
que me diréis, si me quejo:
«Conde, miráos á un espejo,
y vengaréisme de vos.» *(Vase.)*

ESCENA VI

CLEMENCIA y CARLÍN.

CLEMEN. Yo gusto desto: dejalde.
CARLÍN. ¿Pues por qué no habían de entrar?
CLEMEN. Cuando yo salí á cazar
te conocí.
CARLÍN. Ni ell alcalde,
ni el cura, me quita á mí
que no entre, si se me antoja,
en la igreja.
CLEMEN. ¿Quién te enoja?
CARLÍN. Un viejo, porque entro aquí.
CLEMEN. Es aquese el guarda damas.
CARLÍN. ¡Válganos Dios! ¡que hay quien deba
guardar damas, y se atreva
á que no quemen las llamas!
Pues aun no puede un marido
guardar sólo á su mujer,
¿y habrá quien pueda tener
tanto pájaro en un nido?
El tiene gentil tempero.
CLEMEN. ¿A qué has venido á palacio?
CARLÍN. En el campo hay más espacio
que acá. Mas diga, ¿es de vero
que Rogerio es Duco?
CLEMEN. Sí.
¿Vendrásle á pedir mercedes?
CARLÍN. Si viniere ó no...
CLEMEN. Bien puedes,
que yo rogaré por ti.
CARLÍN. Y qué, ¿el Duco viejo es ya
su padre?
CLEMEN. Él le ha dado el ser.
CARLÍN. ¿Y ella diz que es su mujer?
CLEMEN. Mi esposo ha de ser.
CARLÍN. ¡Verá!:
hombre hué siempre de chapa;
desde mochacho lo tuvo.
Cura en nuso lugar hubo
que adivinó el verle papa.
CLEMEN. ¿Cómo?
CARLÍN. Desde el primer día
que empezó de gorgear,
á todos los del lugar
taita y *papa* les decía;
y como no se le escapa
nada al cura al punto dijo:
«¿Papa sabéis decir, hijo?
pues yo espero veros papa.»
CLEMEN. ¡Graciosa rusticidad!
Pues le vais, serrano, á ver,
procuralde entretener,
y su tristeza aliviad,
que después que es Duque, vive
melancólico en extremo,
y al paso que le amo, temo
su salud.
CARLÍN. ¡Oh! si recibe
cierto envoltorio que aquí
le traigo, yo le aseguro
que ella vea cual le curo.
CLEMEN. ¿Es regalo?
CARLÍN. Creo que sí.
CLEMEN. Mostralde acá.
CARLÍN. Viene oculto.
CLEMEN. ¿Es de Pinardo?
CARLÍN. No es dél.
CLEMEN. ¿Pues cuyo?
CARLÍN. Es cierto papel.
CLEMEN. Regalo que no hace bulto,
¿qué será?
CARLÍN. ¿No lo penetra?
Son unos polvos.
CLEMEN. ¿De qué?
CARLÍN. De carta, que si los ve,
tambien podrá ver la letra.
CLEMEN. ¿Es billete?
CARLÍN. Sí, por Dios.
CLEMEN. ¿Quién le escribe?
CARLÍN. No hay decillo.
CLEMEN. ¿Por qué?
CARLÍN. Mándanme encubrillo,
principalmente de vos.
CLEMEN. ¡Ay, cielos! ¿Y es quien le avisa
en él alguna serrana?
CARLÍN. Más fresca que la mañana.
CLEMEN. Bueno; ¿y llámase?
CARLÍN. Leonisa.
CLEMEN. Según eso, no me espanto,
si es su amante, y no la ve,
que triste Rogerio esté.
¿Quiérense mucho?
CARLÍN. Tanto cuanto.
CLEMEN. ¿Y cual de aquellas dos era,
que cuando á caza salí
con Regerio hablando ví?
CARLÍN. Picando os va la celera.
La que me ha dado esta carta,
cuyo porte pagáis vos,
es, señora, de las dos,
barbinegra y cariharta.
CLEMEN. ¿Esa es Leonisa?
CARLÍN. ¿No bonda
decir que sí? En muesa villa
la llaman «la albondiguilla»
por ser tan carirredonda.
CLEMEN. ¿Y á esa quiere?
CARLÍN. Es bella moza
CLEMEN. Mostrad el papel acá.
CARLÍN. Mas no nada.
CLEMEN. Acabad ya,
villano.
CARLÍN. ¡Ay, que me retoza!
CLEMEN. ¿Vos sabéis aquestas tretas,
rústico, zafio, villano?
CARLÍN. ¡Aquí del Rey, que la mano
quiere meterme en las tetas!
(Sale Rogerio.)

ESCENA VII

DICHOS y ROGERIO

ROGERIO. ¿Qué es aquesto?
CLEMEN. La ocasión
de vuestra melancolía,
si de la desdicha mía
presagios ciertos no son.

Triste estáis; tenéis razón,
que el mudar naturaleza
¿á quién no causa tristeza?
Y más á vos, que trocado
habéis un ilustre estado
por esta vil rustiqueza.
Será para vos destierro
la corte que os recibe,
porque donde el gusto vive,
que vive la corte es cierto.
Cambio os da el amor, abierto
en letras que os ha librado,
cobrad, quedaréis pagado,
si aceptáis de mejor gana
una morada villana
que un generoso ducado.
Y alegraos, que ya os avisa
de que en vuestra [1] triste ausencia
no ha de malograr Clemencia
esperanzas de Leonisa.
Guardad para ella la risa,
y para mí los enojos
que si villanos despojos
el alma os tiranizaron,
yo, porque á vos os miraron,
sabré castigar mis ojos. *(Vase.)*

ESCENA VIII

ROGERIO *y* CARLÍN.

ROGERIO. ¡Bárbaro!; ¿que has hecho?
CARLÍN. ¿Yo?
no me sé: ¿qué quiere c'aga?
Aquesta será la paga
del parabién que le dó.
ROGERIO. ¿Envióte acá Leonisa?
CARLÍN. ¿Pues quién me había de enviar?
ROGERIO. ¿Y escribe?
CARLÍN. Todo un plenar,
por más que la daba prisa.
ROGERIO. Y le habrás dicho á Clemencia
todo cuanto en mi amor pasa.
CARLÍN. Pues si con ella se casa,
¿no era encubrillo conciencia?
ROGERIO ¿Hay disparate mayor?
CARLÍN. El marido y la mujer
¿una carne no han de ser
y un alma? El sermonador
mos lo dijo el otro día.
ROGERIO. ¿Qué querrás decir por eso?
CARLÍN. Pues si es su carne y su gueso,
el papel que á él le traía,
y yo le negué importuno,
cuando á su mujer le diera,
¿qué importa que le leyera?
ROGERIO. ¡Hay tal necio!
CARLÍN. ¿No es todo uno?
ROGERIO. ¿Dístesele al fin?
CARLÍN. ¡Mal año!
ROGERIO. ¿Qué es dél?
CARLÍN. Aquí está metido.
ROGERIO. Discreto tercero has sido
CARLÍN. No hay ya discretos ogaño.
ROGERIO. Muestra acá.
CARLÍN. ¡Qué mala cuca
la Duca debe de ser!
ROGERIO. ¡Ay, mi bien!
CARLÍN. Un Lucifer
es si enoja la Duca.
(Lee Rogerio *la carta.)*
«Del pláceme que os envío
volvedme el pésame á mí,
pues lo que siempre temí
llora ya mi desvarío.
Duque sois, y no sois mío:
gocéis en gusto mayor
mejoras de vuestro amor,
que si en esta triste ausencia
fuere allá todo *clemencia*,
todo acá será rigor.
Entre celosas mudanzas
mis deseos faetones,
envidiando posesiones
sepulturán esperanzas.
Dad, sin injuriar, venganzas
á quien me ha de suceder;
que yo que os supe querer,
y nunca sabré olvidar,
siempre, Duque, os sabré amar
si no os supe merecer.»
ROGERIO. ¡Ay, imposible querido!:
tus parabienes son tales,
que más serán para males
del bien que sin ti he perdido.
Quejas, Leonisa, me das,
cuando en tus valles amenos
quisiera yo valer menos
que aquí, por gozarte más.
Sin ti ¿qué vale la corte,
si lo es por ti el monte? En fin
perdonándote, Carlín,
te vengo á pagar el porte
deste papel. Ven acá;
¿llora por mí mi Leonisa?
CARLÍN. Todo es llanto, si era risa,
suspiros de á legua da.
ROGERIO. ¿Tanto llora?
CARLÍN. Ojos y cholla
tién, que es verla compasión,
y más si hace salpicón
y es picante la cebolla,
no embargante que haya quien
ocupando el lugar vueso,
ande por ella sin seso
y la quillotre también.
ROGERIO. Será algún pastor
CARLÍN. ¡Mal año!
Es caballero, que hereda
dos castillos, cruje seda,
y guarnece de oro el paño.
ROGERIO. ¿Quién es?
CARLÍN. Filipo, el señor
de Castel y Fuen-Molino.
ROGERIO. ¿Filipo, nuestro vecino?
CARLÍN. Ese la tién tal amor,
que á dó quiera que la vé
la pestilencia le toma.
No hay desde París á Roma
quien tales musquinas dé.

---

[1] Así enmendó Hartzenbusch el texto que decía «otra».

Anoche cantó á su puerta
con otros dos una trova,
y por Dios que no era boba;
pero no estaba despierta
la moza, y quedóse en seco.

ROGERIO. ¿Y qué dice á eso Leonisa?

CARLÍN. Aunque hace de su amor risa,
perdóneme Dios si peco;
que ella es hembra, y él es tal,
que temo ha de derriballa
á la postre.

ROGERIO. Torpe, calla.

CARLÍN. Hurtáronmos del corral
el gallo el lunes pasado
no sé cual de las vecinas,
y viüdas las gallinas
no atravesaban bocado.
Llevélas otro mejor,
y él todo plumas y gala,
ya quillotrando él una ala
hasta el suelo alrededor,
ya escarbando, apenas toca
el muladar con la mano,
cuando por dallas el grano
se le quita de la boca.
Ellas con los gustos nuevos,
menospreciando el ausente,
que dó no hay gallo presente
diz que no se ponen güevos,
darán á Leonisa olvido,
y hará en la memoria callos,
que de galanes y gallos,
uno ido, otro venido.—
Mas no sé quien entra acá.

ROGERIO. Espérame afuera un rato,
mientras que responder trato
á Leonisa.

CARLÍN. ¿Escribirá?

ROGERIO. Pues no!

CARLÍN. Acabe, que es tarde.
Al puebro, par Dios, me acojo,
que me miró de mal ojo
la Duca, y el diabro aguarde. *(Vase.)*

ESCENA IX

ROGERIO *y* ENRIQUE.

ENRIQUE. Primo sabio, en el espejo
me he visto de la razón,
donde para confusión
de mí mismo, faltas dejo.
Vuestro prudente consejo
á pedir perdón me obliga,
y á que respetándoos diga,
que no hay más cuerda venganza
que aquella que con templanza
aconsejando castiga.
Pues sois sabio, perdonad
mi necia descompostura.

ROGERIO. Conde, amor todo es locura,
ciega es toda voluntad.
Yo estimo vuestra amistad
sin haceros competencia:
remitildo á la paciencia,
y tendréis presto noticia
que hay para todos justicia,
pero para vos *clemencia.* *(Vase.)*

ESCENA X

ENRIQUE, *solo.*

¿Para mí Clemencia? Enigma
es, que mi ventura entabla.
Rogerio es sabio y no habla
sino sentencias de estima.
Esta esperanza me anima:
haced mi duda, obediencia,
amor, y tened paciencia,
pues Rogerio os da noticia
que hay para todos justicia,
pero para mí *clemencia.* *(Vase.)*

ESCENA XI

PINARDO *y* FILIPO, *caballero; los dos en traje de campo.*

PINARDO.

Es Leonisa una hermosa labradora,
Filipo, que si bien se considera,
es en belleza y discreción señora,
aunque la humilla calidad grosera.
Su padre, mozo entonces, viejo ahora,
en los principios de su edad primera,
extranjero la trujo á esta montaña
para ilustrar sayales, de Bretaña.
Rentero ha sido mío muchos años,
y aunque pobre, os afirmo que parece
que desmintiendo su prudencia engaños,
algún valor oculto le ennoblece.
Vaivenes causa la fortuna extraños;
mas sea humilde ó noble, ella merece
ser excepción entre esta rustiqueza
de tosca sangre y de común belleza.
No porque vos la améis, pierde conmigo
la elección que habéis hecho en su hermosura

FILIPO.

Si tal abono en mi favor consigo,
¿por qué recela estorbos mi ventura?
Estoy sin padres, y, aunque noble, sigo
la inclinación, Pinardo, que procura
de mi oro noble y de su lana escasa
telas tejer con que adornar mi casa.
Desdéñame Leonisa; no me espanto,
que no creerá promesas generosas
en tiempo donde amor promete tanto
y paga al cabo en ditas mentirosas.
Si vos la persuadís que al yugo santo
conmigo ate coyundas amorosas,
pues siempre os tuvo obedencial respeto,
la vida os deberé.

PINARDO.

Yo os lo prometo.

ESCENA XII

DICHOS *y* FIRELA *con unos corales en la mano.*

FIRELA. Cuando los corales pierde
Leonisa, perdida está;
pero quien perdido ha
su esperanza, un tiempo verde,
y ya marchita, ¿qué mucho
que de cuentas no haga cuenta?

Amor, suspensión violenta,
¡qué de males de ti escucho!

PINARDO. ¿Qué hay, Firela, por acá?

FIRELA. Perdió en la fuente Leonisa,
lágrimas dando á su risa,
estos corales. Si está
en casa, mande, señor,
que los salga á recibir.

FILIPO. ¿Suyos son?

FIRELA. Y ha de sentir.
pena el perdellos.

FILIPO. Mejor
será, dándoos el hallazgo,
que me los deis á mí.

FIRELA. ¿A fe?

FILIPO. Y en cabeza los pondré
de mi noble mayorazgo.

FIRELA. ¿Para qué quiere él corales?

FILIPO. Para aliviar mi pasión,
que en el mal de corazón
me afirman que son cordiales.

FIRELA. Desear bienes ajenos
es pecado.

FILIPO. Restituye
en ellos quien me destruye
cuando no lo más, lo menos.
Tomad vos esta sortija.

FIRELA. ¿Puedo yo ser liberal
de hacienda agena?

FILIPO. Mi mal
me manda que los elija.

FIRELA. Si lo sabe, ¿qué dirá?

FILIPO. Dalde vos esta cadena
por ellos.

FIRELA. Enhorabuena;
mas no la recibirá,
ni habrá quien dársela ose.

(*Dale* Firela *los corales á* Filipo *y toma de él la cadena y sortija.*)

PINARDO. Soy yo su casamentero,
y dalla á Filipo quiero.

FIRELA. Como ella acepte, acabóse.

PINARDO. Vos habéis de interceder;
que, en fin, más podremos dos.

FIRELA. Como se lo mandéis vos,
¿qué hay que dudar ni temer?

PINARDO. Decís bien, que es mi vasalla.
Bien Rogerio la ha querido; (*Ap.*)
si es Filipo su marido,
y él sabio, vendrá á olvidalla.—
Vamos.

FILIPO. Convertíos en risa,
lágrimas de amor leales [1]
y corales de Leonisa. (*Vanse los dos.*)

ESCENA XIII

LEONISA *y* FIRELA

LEONISA. Anticipóse el invierno,
valles, si hasta aquí floridos,
ya secos, mi bien ausente,
ageno sí, que no mío,
ya no esperéis coronar
de verbenas y de lirios
las márgenes de sus fuentes,
los límites de estos ríos:
sin Rogerio todo es falta.

FIRELA. Leonisa, de los suspiros
que das, si no son de amor,
lo que buscas adivino.
Si lloras por tus corales,
halládolos ha un perdido,
que tu has ganado en perderlos.

LEONISA. Todo lo que causa olvido
lo pierdo yo, mi Firela.
Más ¿quién los tiene?

FIRELA. Filipo.

LEONISA. ¿Quién se los dió?

FIRELA. Su ventura.

LEONISA. ¡Qué mal dueño han escogido!
Cóbramelos, mi serrana,
así poblando tus hijos
todos estos despoblados,
cortes vuelvan sus cortijos.

FIRELA. Levántasete con ellos
y alega en tu perjuicio
que le tienes acá el alma,
y así, que le es permitido
cobrar de donde pudiere;
fuera de que, como es rico,
lo que te usurpa en corales,
en oro pagarte quiso.
Esta cadena me dió
para ti.

LEONISA. ¿Qué desvaríos,
Firela, te descomponen
ó la lealtad, ó el juicio?
¿Tú eres mi amiga?

FIRELA. Por serlo
esposo te solicito
igual, ya que no á tu estado,
á tu pensamiento altivo.

LEONISA. ¿Pues en quién puede emplearse
si subir ha merecido
hasta adorar á Rogerio,
que ya no caiga abatido?

FIRELA. Rogerio es Duque.

LEONISA. ¿Qué importa?

FIRELA. Cásanle.

LEONISA. Puesto que envidio
venturas de mi contraria,
no por eso desconfío.
Mi amor es sólo potencia
del alma, que no apetito;
y el amor por sólo amar,
es perfección, si es martirio.
Que se case ó no Rogerio,
ni con Clemencia compito,
ni se amortiguan las llamas
de mi amor perfecto y limpio.
Tú eres apasionada;
cohechos has recibido;
para amiga no eres buena;
ni sé si hasta aquí lo has sido.
Quédate á Dios con tu oro,
cómplice de tus delitos,
que según hace traiciones,
no es mucho que ande amarillo

---

[1] Falta un verso en el original que Hartzenbusch suplió así:
«den esperanza mis males».

FIRELA. Oye, espera, vuelve acá;
que es Rogerio, y no es Filipo,
quien con prisiones doradas
encadena tus sentidos.
LEONISA. ¿Qué dices?
FIRELA. Que en tu amistad
la poca firmeza he visto,
con que á la prueba primera,
en vez de bronce, eres vidrio.
¿Así obligaciones rompes?
LEONISA. Nunca el verdadero amigo,
en riesgo de su lealtad,
usa de ardides fingidos.
Mas ¿vienes tú de la corte?
¿has hallado al dueño mío?
¿dióte para mí esa prenda?
¿qué ha pasado? ¿qué te ha dicho?
FIRELA. ¿Tan andariega me hallaste?
Si con Carlín le has escrito,
y ha vuelto con la respuesta,
¿qué preguntas?
LEONISA. ¿Carlín vino?

ESCENA XIV

DICHAS y CARLÍN.

CARLÍN. ¿Quién hurta á Carlín el nombre?
LEONISA. ¡Oh, leal y fiel ministro
de mi amor! dame esos brazos.
CARLÍN. Estése queda. ¡Oh, qué lindo!
Por Dios, que piense Firela
que se los pongo. ¡Bonito
soy yo para dar celera!
LEONISA. En fin, ¿Rogerio no ha sido
hombre en mudarse? en fin, ¿es
de la firmeza prodigio?
en fin, ¿no sabe olvidar?
CARLÍN. ¿Pues quién diabros se lo dijo?
¿ha habido berros y artesa?
LEONISA. En esta cadena estimo,
no el oro, que es lo de menos,
el dueño, sí, que ha tenido.
Al dártela para mí
¿despidióte enternecido?
¿encargóte mi constancia?
¿comparó á su metal fino
los quilates de mi fé?
¿qué dices?
CARLÍN. ¿Habla conmigo?
LEONISA. Dirás que te pague el porte.
Escoje el mejor cabrito
de mi manada.
CARLÍN. ¿Por qué?
FIRELA. *(Aparte.)* Carlín, todo lo que finjo
aquí me importa que otorgues,
ó de mi amor te despido.
CARLÍN. ¿Hay son callar y otorgar?
LEONISA. ¿Qué dices?
CARLÍN. Lo que yo digo
es, que en cuanto á la cadena,
á Firela me remito.
LEONISA. ¿Cómo es ello?
CARLÍN. ¿Qué sé yo?
FIRELA. Este es un asno. Hame dicho
cuanto con él ha pasado.
Como viene de camino
cansado, y yo lo sé ¿quieres
que te lo cuente?
CARLÍN. Eso pido.
LEONISA. ¿No me responde el papel?
CARLÍN. Así leyó el vueso y vino
la Duca, que es una suegra,
y el Duco, de quien es hijo,
tuvo celera la Duca;
hubo llanto y suspirito;
temí alguna empalizada;
mandóme el Duque novicio
que aguardase el responsorio,
y yo entonces, adivino
de cualque paloteado,
acogíme de improviso,
y véngome sin la carta:
ya la debe haber escrito.
LEONISA. ¿Pues cuándo te pudo dar
la cadena que recibo,
si hubo luego tanto estorbo?
CARLÍN. A Firela me remito.
FIRELA. ¿Hay bárbaro semejante?
Mentecato, ¿no me has dicho
que en viendo el Duque el papel,
amante y tierno te dijo
que en fe del constante amor,
con que á pesar del olvido,
ausente á Leonisa tiene,
este oro hacía testigo
de su invencible firmeza,
y que, como su cautivo,
lo que enviarle podía
eran prisiones?
CARLÍN. Sí, dijo.
LEONISA. ¿Entrarían todos luego,
y con ellos divertido
te mandó que le esperases?
CARLÍN. A Firela me remito.
LEONISA. En fin, ¿se acuerda de mí?
CARLÍN. Como la olla del tocino;
como el rocín de la yegua,
y como la sed del vino.
Mas yo vengo tan cansado
de la corte y del camino,
que si hay más que pescudar,
á Firela me remito. *(Vase.)*

ESCENA XV

LEONISA y FIRELA.

LEONISA. ¿Ves ahora cuán constante
es Rogerio, y que el olvido
no tiene jurisdicción
en él?
FIRELA. Tu ventura he visto
de que te doy parabienes.
LEONISA. ¡Qué contenta los recibo!
FIRELA. Déte amor fines tan buenos
como gozas los principios. *(Vase.)*

ESCENA XVI

LEONISA, *que se echa al cuello la cadena.*

¡Ay, bienvenida cadena!
mal te pago, pues te envidio

al cuello donde has estado,
de amorosos brazos digno.
Tú adornarás desde agora
el pecho que te dedico:
mi gala eterna ha de ser
las fiestas y los domingos.

ESCENA XVII

Leonisa, Filipo, *con los corales al cuello, revueltos en una banda.*

Filipo. ¡Que busque yo intercesores *(Ap.)*
para que mi esposa sea
una pastora, y se vea
mi esperanza entre temores!
Mas ¡ay, cielos! aquí está,
y con mi cadena al cuello:
alma, si podréis creello;
viento en popa amor os da.
¡Oh, solícita Firela!

Leonisa. Si vuestros quilates toca *(Ap.)*
mi fe, que os bese mi boca,
cuando el alma se desvela
por el dueño que os envía,
no hago á mi honor agravios.

Filipo. ¿En mi cadena los labios? *(Ap.)*
¿Qué esperáis ventura mía?
Seguro puedo llegar,
pues de mi parte está amor.—
Si ausente hacéis tal favor
á quien le viene á adorar,
y ya le tenéis presente,
no ocasionéis mis desvelos,
que tengo de ese oro celos,
pues en mi agravio consiente
labios de inmenso tesoro,
dignos que amor los asalte,
pues vale más ese esmalte
que los quilates de ese oro;
que aunque ya son celestiales,
pues tal cielo los tocó,
más justo es que bese yo
por vuestros estos corales.

Leonisa. ¡Ay, mis corales perdidos!
Agora sí que lo estáis,

Filipo. Hallélos yo, y vos halláis
más perdidos mis sentidos.
Al amor, Leonisa mía,
le rogaba yo me diese
retrato vuestro, que fuese
apoyo de mi alegría.
Mas como excedéis al arte,
favorecióme de modo,
que no atreviéndose en todo,
vino á copiaros en parte;
y dando alivio á mis males,
me dijo: «suspende agravios,
pues el coral de sus labios
retratan esos corales.»
Hallélos en ocasión,
y en fe de lo que intereso,
lo que significan beso, *(Bésalos.)*
no, Leonisa, lo que son.
Mas si vos besáis también,
por ser mía, esta cadena,
¿qué más dicha?

Leonisa. ¿Qué más pena
que la que mis ojos ven?
¿Esta cadena era vuestra?

Filipo. Y vuestros estos corales.

Leonisa. *(Aparte.)* Firela, con desleales
industrias su pecho muestra.
¡Fiad de amistad dorada!
Filipo, engañada he sido;
que destroquemos os pido
prendas que han de hacer culpada
la opinión de mi decoro,
pues dan sospechas iguales
caballeros con corales
y labradores con oro.
Lo que es vuestro os restituyo:
haced otro tanto vos.
(Quítase la cadena y ase los corales.)

ESCENA XVIII

Dichos y Rogerio.

Rogerio. Amor, en fe de que es Dios,
en mí muestra el poder suyo.
Con color que salgo á caza
mi Leonisa vengo á ver.

Leonisa. Los favores han de ser
voluntarios, no de traza
que causen pena á su dueño.
Soltad.

Filipo. ¡Leonisa!...

Rogerio. ¡Ay de mí!
¿Filipo y Leonisa aquí?
Bien se quieren, ó yo sueño.

Leonisa. ¡Rogerio!

Filipo. ¡Señor!

Rogerio. Extrañas
suertes halla un cazador.

Leonisa. ¿Qué habéis hecho, ciego amor?

Rogerio. ¡Ocasionadas montañas!—
Bien os están los corales,
y el oro os está á vos bien.
¡Qué de cosas nuevas ven
cada día los mortales!

Filipo. ¿Qué diré, que estoy confuso?

Rogerio. ¿Queréis que se use el coral
entre gente principal?
No me parece mal uso,
que habiendo hombres con gorgueras,
guedejas, faldas, anillos,
y ojalá no con zarcillos,
si ya no son orejeras,
para que queden iguales
con la dama más curiosa,
no faltaba ya otra cosa
que chapines y corales.
Quitáoslos, que no debéis
dar gusto á quien os los puso.

Filipo. Gran señor...

Rogerio. Vestíos al uso,
pero no los inventéis.

ESCENA XIX

Dichos y Carlín.

Carlín. Estos Ducos no mos dejan.—
¿Acá también estáis vos?

ROGERIO. ¿Qué dices?
CARLÍN. Que esotros dos
nuesos ganados aquejan.
El viejo y la Duca nuera
helos aquí donde están.
ROGERIO. A aumentar mi mal vendrán.
LEONISA. Perdida soy.
CARLÍN. Plaza, afuera.

ESCENA XX

DICHOS *y el* DUQUE, PINARDO, CLEMENCIA *y* FIRELA.

PINARDO. No aguardaba yo, señores,
tan impensada ventura.
DUQUE. La ociosidad apresura,
Pinardo, á los cazadores.
Rogerio, ¿sin darnos cuenta,
os salís á caza así?
ROGERIO. Crieme, señor, aquí,
y así mi tristeza intenta
buscar en mi natural
alivios que allá no tengo.
¡Gran señora!
CLEMEN. Por vos vengo
á cazar también.
ROGERIO. Mi mal
me obliga á divertimientos
del campo.
CLEMEN. Tenéis razón,
y más en esta prisión,
cifra de vuestros contentos.
ROGERIO. Pinardo, también os cabe
parte á vos de mi venida.
PINARDO. Los pies os beso.
ROGERIO. ¡Qué vida
pasé aquí, quieta y suave!
PINARDO. Diviértase y no imagine
vuestra alteza, gran señor,
en eso.
ROGERIO. Aun estoy peor
después, Pinardo, que vine.
PINARDO. ¿De qué procede este mal
tan lastimero?
ROGERIO. Yo creo
que es, conforme á lo que veo,
ramo de gota coral.
LEONISA. Por mis corales lo dice.
¡Ay, Firela! ¡qué de daños
han causado tus engaños!
FIRELA. Pues yo por tu bien lo hice.
LEONISA. Tú también, villano, fuiste.
CARLÍN. ¿Pues yo, por qué?
LEONISA. La cadena
que ser del Duque fingiste
hace cierto tu delito.
Si es Filipo, su señor,
¿por qué burlaste mi amor?
CARLÍN. A Firela me remito.
CLEMEN. Envidia tengo, serrana,
al donaire que tenéis:
tras vos la corte os traéis;
dícenme que en viéndoos sana
cualquier tristeza que os mira.
LEONISA. Pues vos triste me miráis,
y viéndome, no sanáis:
creed, señora, que es mentira.
ROGERIO. Yo imaginé divertirme
por estos montes agora,
pero mi mal empeora,
todo ha dado en afligirme.
Volvámonos, si es servido
vuestra alteza, gran señor,
que como está en lo interior,
mi mal disparate ha sido.
CLEMEN. No los halléis vos aquí,
Duque, y hallaréis en mí
medicina y enfermera.—
Démosle, gran señor, gusto,
aunque la caza perdamos.
DUQUE. Pues que vos le tenéis, vamos.
ROGERIO. Filipo, no fuera justo,
habiendo sido los dos
amigos y comarcanos,
dejaros entre villanos
sin acordarme de vos.
Sed mi secretario.
FILIPO. Beso
á vuestra alteza los pies.
ROGERIO. Seguidme, Filipo, pues.
FILIPO. ¿Hay más infeliz suceso?
ROGERIO. Que miro muchos respetos
en vos de satisfacción,
secretario, y más si son
parientes nuestros secretos.
CARLÍN. ¿Tengo de ir por el cabrito
que en albricias me mandó?
LEONISA. Traidor, tú me has muerto.
CARLÍN. ¿Yo?
A Firela me remito.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

ROGERIO.

Estaba melancólico yo, cielos,
por ver que un imposible apetecía,
¿qué haréis agora, pues, desdicha mía,
si sobre un imposible os cargan celos?
Corales dan al corazón consuelos,
y en mí corales son melancolía:
vuélvase á un desdichado en noche el día;
lo que á otros da quietud, á mí desvelos.
Sabio dicen que soy, mas si lo fuera,
tuviera en mis pasiones sufrimiento;
pero ¿quién le tendrá con tanto agravio?
Siempre el entendimiento fué su esfera,
y contra injurias del entendimiento
jamás supo tener prudencia el sabio.

ESCENA II

FILIPO *y* ROGERIO.

FILIPO. En cumplimiento, señor,
del secreto que me encarga
en estas informaciones
vuestra alteza, esta mañana
hice esta breve minuta.
ROGERIO. Pretendo saber las faltas
que tienen los pretendientes
de mi corte y de mi casa;

que aunque es bien premiar servicios,
no será razón se haga
menos que con suficiencia
de las partes.

FILIPO. La ignorancia,
señor, y poca noticia
de algunos príncipes causa
que sin méritos se den
injustamente las plazas.
Yo me he informado de todas
con el secreto que basta
para que nadie las sepa.

ROGERIO. Decid. (¡Ay, celosas ansias!)

FILIPO. Federico, hijo de Alberto,
que á los Duques de Bretaña
sirvió en la paz y en la guerra
con consejos y con armas,
quedó rico, mas gastando
su hacienda en juegos y en damas,
dicen que es en la pobreza
del pródigo semejanza.
Mas no enmendado con esto,
fuerzas de flaqueza saca:
sirve y ronda.

ROGERIO. ¿Es gentilhombre?

FILIPO. Tiene las piernas delgadas.

ROGERIO. Si lo están como su hacienda,
lástima es.

FILIPO. Suple esta falta
con la industria.

ROGERIO. ¿Cómo así?

FILIPO. Trae pantorrillas de plata.

ROGERIO. ¿Pues qué mucho que haga piernas?
No era bueno para estatua
de Nabucodonosor
si en tan ricas piernas anda.
Proseguid.

FILIPO. Vino Conrado,
cubierto anteayer de canas,
á darme este memorial,
y hoy por ver si se despacha,
como un mozo de veinte años,
teñida cabeza y barba.

ROGERIO. ¿Y qué pide?

FILIPO. La tenencia
de un castillo.

ROGERIO. Quien no guarda
lealtad á sus años mismos,
mal la guardará á su patria.
Decid más.

ESCENA III

RICARDO *y* DICHOS.

RICARDO. Licencia piden
muchos, gran señor, que aguardan
remedio de vuestra alteza,
que como vuela la fama
de su mansedumbre y letras,
y da á todos puerta franca
para que le comuniquen
pasiones del cuerpo y alma,
no hay quien no venga á gozar
tal dicha.

ROGERIO. Daldos entrada.
Divertiréme con ellos,
y aliviaré sus desgracias. *(Vase* Ricar.)

ESCENA IV

Salen varios pretendientes con memoriales. DICHOS.

PRET. 1.° A vuestra alteza suplico
mire mi necesidad,
servicios y calidad.

ROGERIO. ¿Estáis pobre, Federico?

PRET. 1.° Si es vuestra alteza mi dueño,
los ricos me envidiarán.

ROGERIO. Pobre estáis, pero galán;
galán, pero pedigüeño.

PRET. 1.° Si no tengo que comer,
no haga desto maravillas.

ROGERIO. Coméos hoy las pantorrillas,
y después volvedme á ver.

PRET. 1.° ¡Vive el cielo que ha sabido
que me las pongo de plata!
Sabio que de todo trata,
temelle: yo voy corrido. *(Vase.)*

ROGERIO. ¿Qué pedís vos?

PRET. 2.° Consultado
estoy en una alcaidía.
La nobleza y sangre mía
me tienen acreditado:
mis hazañas ya son llanas.

ROGERIO. Conrado, mozo venís;
no os daré lo que pedís
hasta que peinéis más canas.

PRET. 2.° *(Aparte.)* ¿Si sabe que me las tiño?
Voime, que no es buen consejo
pretender cargos de viejo
quien quiere parecer niño. *(Vase.)*

ROGERIO. ¿Qué pedís vos?

PRET. 3.° A firmar,
señor, vengo este decreto.

ROGERIO. ¿De qué?

PRET. 3.° El consejo discreto
los coches manda quitar.

ROGERIO. ¿Por qué?

PRET. 3.° No se vió jamás
tal desorden días ni noches:
menos casas hay que coches.

ROGERIO. No los quiten, que habrá más.

(Vase el pret.)

PRET. 4.° Aconsejarme, señor,
con vuestra alteza querría,
por ser su sabiduría
al paso de su valor.
Yo tengo una mujer moza
y tan señora de sí,
que no hace caso de mí;
toda mi hacienda destroza.
Mas lo peor que hay en esto
es que de celos me abrasa;
no quepo con ella en casa,
y en tal extremo me ha puesto,
que el amor que había en los dos
es ya un infierno abreviado.

ROGERIO. Lastímame vuestro estado;
mas ¿pedisla celos vos?

PRET. 4.° No puedo disimulallos.

ROGERIO. Pues mudo habéis de advertillos,
porque lo mismo es pedillos,
que dar licencia de dallos.

PRET. 4.° Celos son que me atormentan.

ROGERIO. Hay dos, y entrambos tan fieros,
que afligen si son solteros,
y si casados afrentan.

PRET. 4.° No hay gala que no quisiera.

ROGERIO. Pues dádsela si podéis,
y con esto excusaréis
el admitir las de fuera.

(*Vase el pret. 4.°*)

PRET. 5.° Señor, yo me vuelvo loco
adorando una doncella
para casarme con ella,
mas correspóndeme poco.

ROGERIO. ¿Regaláisla?

PRET. 5.° Doila versos
infinitos en quintillas,
décimas y redondillas
y otros géneros diversos
que no digo, por ser tantos.
Seis cantos de octava rima
la di ayer.

ROGERIO. Pondránla grima,
que descalaban los cantos.
¿Son vuestros?

PRET. 5.° No, gran señor,
que tengo un poeta amigo.

ROGERIO. Y será justo castigo
que ese usurpe vuestro amor.
Cualquier género de penas
es razón hacer pasar
á quien piensa enamorar
mujer con gracias agenas.
¿Queréisla mucho?

PRET. 5.° La adoro.

ROGERIO. Pues dejad los madrigales,
y dalde canciones reales
y redondillas en oro.

(*Váse el Pret. 5.°*)

PRET. 6.° Un amigo pierde el seso
por casar con cierta dama,
que ella excusa, por la fama
que le han dado de confeso.

ROGERIO. ¿Gasta?

PRET. 6.° Hale dado en sacar
el alma.

ROGERIO. Pues bien se emplea,
que él del tribu de *Dan* sea,
cuando ella es del de *Isacar*.

PRET. 6.° Hale quitado infinito,
y déjale porque está
ya tan rica.

ROGERIO. Sí estará,
si es suyo el reino de Quito.

(*Vase el Pret. 6.°*)

ESCENA V

ROGERIO, FILIPO *y el* DUQUE

FILIPO. A ver entra á vuestra alteza
el gran Duque.

ROGERIO. Dejad, pues,
consultas para después.

DUQUE. Hijo, de vuestra tristeza
participa vuestra prima;
enferma por vos está;
visitalda, y sanará,
pues veis en lo que os estima.

ROGERIO. ¿Clemencia está enferma?

DUQUE. Y siente
vuestro amor tibio y remiso.
Desde el punto que os vió, os quiso:
si sois sabio y obediente,
agradeced como sabio;
como obediente dejad
la vuestra en mi voluntad,
que os hacéis á vos agravio.
La dispensación espero
de hoy á mañana.

ROGERIO. (*Aparte.*) ¡Ay, amor!
Dispensad vos, que es mayor
vuestro dominio.

DUQUE. Yo espero
que restaure su alegría
y salud vuestra presencia.
Sangrárse quiere Clemencia:
envialda la sangría. (*Vase.*)

ESCENA VI

DICHOS, *menos el Duque.*

ROGERIO. Filipo, la juventud
también es enfermedad:
disposiciones curad,
sangraréisos en salud.
Corales que adornan cuellos,
no generosos, villanos,
afrentan los cortesanos:
sangre muestran, sangráos dellos.

FILIPO. Señor, la que los perdió
gusta.

ROGERIO. Yo soy vuestro amigo:
que os sangréis dellos os digo;
no aguardéis que os sangre yo.

FILIPO. Mucho encierra este misterio.

ROGERIO. Escribir quiero á Clemencia;
traedme con qué.

FILIPO. La ciencia
astróloga de Rogerio
todo lo alcanza. ¿Si sabe
que quiero á Leonisa bien?
¿si la tiene amor también?

ROGERIO. ¿No vais?

FILIPO. ¿Si del cargo grave
que ejercito, desiguales
juzga serranos amores?

ROGERIO. Acabad.

FILIPO. ¿Quién vió, temores,
sangrar de mal de corales?

(*Va Filipo por recado de escribir.*)

ROGERIO. Por mas que callar procuro,
habla mi desasosiego;
que en fin, donde amor es fuego,
brotan celos, que son humo.

FILIPO. Aquí está la escribanía.

(*Con el recado de escribir.*)

ROGERIO. Escribiré este papel,
y llevaréisle con él
á mi prima la sangría.

(*Pónese á escribir.*)

FILIPO. ¡Que deste hombre tiemble yo!
Pero es Duque y es discreto:
sangrarme manda, en efeto,
porque los corales vió.

Yo estoy por Leonisa ciego,
y si me sangra, verá
que en vez de sangre, saldrá
de todas mis venas fuego.

ROGERIO. Echad polvos.

FILIPO. ¿Qué hice, cielos?

(Ha echado el tintero por polvos.)

Turbéme; la tinta eché
por los polvos.

ROGERIO. Eso fué
como echar sobre amor celos.
Dadme el papel blanco acá.

(Vuelve á escribir otra carta.)

FILIPO. Otra vez vuelve á escribir.
Tal prudencia, tal sufrir,
¿qué mármol no obligará?
¡Que echase la tinta yo
por los polvos! Pero ¿á quién
no turba un sabio? ¡Ay, mi bien,
tu memoria lo causó!
Mi turbación manifiesta,
Leonisa, lo que te quiero.

ROGERIO. Filipo, este es el tintero
y la salvadera es esta.

(Vase con la carta escrita.)

ESCENA VII

FILIPO, *solo.*

¡Compendiosa reprensión
y discreto advertimiento!
Tan sutil entendimiento
bien merece admiración;
pero mayor me la ha dado
lo que por cifras me avisa.
¿Qué le importa que en Leonisa
ocupe amor mi cuidado,
que con tan claras señales
muestra el pesar que le doy?
¿Qué le va si suyo soy,
en que traiga sus corales?
Bien la debe de querer;
juntos vivieron los dos;
si él es Duque, amor es Dios;
¿quién tendrá mayor poder?
Pues sea su amante ó no,
que si disgusto le dan
los corales en que están
cifras que amor declaró,
yo que no oso cara á cara
mis deseos descubrirle,
por escrito he de decirle
el favor que los ampara.

(Escribe y habla.)

Lo que por sabio penetra,
en este papel resuma:
sirva de lengua la pluma
y de palabra la letra.
Firméla; bien está así.

(Cierra el papel y sobrescríbele.)

«Al Duque nuestro señor»:
declaralde vos mi amor,
papel, cuando vuelva aquí.

(Deja el papel sobre la mesa y vase.)

ESCENA VIII

ROGERIO.

Prometió venir á verme
Leonisa, y fué en prometer,
como en el amar, mujer:
La ausencia es sueño; ella duerme;
mas ya que á favorecerme
no venga, sea á atormentarme,
que si por Filipo á darme
viene penas que sufrir,
más vale verla y morir,
que no verla y abrasarme.
Aquí está un papel cerrado,

(Tómale y ábrele.)

sobrescrito para mí.
¿Quién le dejaría aquí?
De Filipo está firmado.
Hele reñido; no ha osado
de vergüenza y de temor
darme cuenta de su amor,
y darámele en papel,
que en fe de que hay poca en él,
no tiene el papel color. *(Lee.)*
«Leonisa, señor, perdió
los corales que os dan pena.
Hallélos, y una cadena
le envié, que recibió;
que la besaba ví yo,
con que satisfecho quedo;
si de vuestro gusto excedo
por intentarme casar,
vos lo podéis remediar,
que yo la adoro, y no puedo.»
Aquí sí que es menester
estudiar, ciego rigor.
Comenzó amor por amor;
viniéronle á suceder
celos; mas ya, ¿qué he de hacer
si para fin de mis años
se van aumentando daños,
pues quieren mis penas, cielos,
que á mi amor sucedan celos,
y á mis celos desengaños?
¡Que Leonisa me olvidó
tan presto! Escribí en arena. *(Lee.)*
«Hallélos, y una cadena
le envié, que recibió.»
¿Por oro Filipo entró?
Pero el oro, ¡que no acaba!
¡Ay, cielos! *(Lee.)* «Que la besaba
ví yo.» Basta, que si agora
amor ya sus flechas dora,
no habrá menester aljaba.
Confiesa el suyo sin miedo,
y no le puedo culpar. *(Lee.)*
«Vos lo podéis remediar,
que yo la adoro, y no puedo.»
Concluído, por Dios, quedo.
¿Qué hay que replicar aquí?

(Rompe el papel.)

Ganó lo que yo perdí.
Pierde el que á jugar se asienta,
y paga aunque más lo sienta:
lo mismo será de mí.
Casarlos mañana intento,

y mostrar cuán sabio soy,
pues venciéndome á mí, doy
corona á mi sufrimiento.
Esto dice el pensamiento,
mas no el amor en que excedo
á la ley que admito y vedo.
Si hacéis, ausencia, olvidar,
«vos lo podéis remediar,
que yo la adoro, y no puedo.»

ESCENA IX

ROGERIO y ENRIQUE.

ENRIQUE.

Ya la dispensación, Duque, ha venido,
ya le dan parabienes á Clemencia,
y ya yo, castigado, presumido,
de mis desdichas lloro la experiencia.
Interpreté, de vos favorecido,
en mi favor la equívoca sentencia
que pronunciaste, misterioso, un día,
juzgando que Clemencia fuera mía:
engañéme de puro confiado.
Gozalda, primo, vos, que si algún gusto
admite mi dolor desesperado,
es ver lograrse en vos amor tan justo.
Yo, Duque, moriré menospreciado,
Abriles agostando este disgusto
de una florida edad, de un firme amante,
de un desdichado, en fin.

ROGERIO.

Dadme ese guante.
(*Vase* Rogerio.)

ESCENA X

ENRIQUE.

¿Sin responderme se va
y de la mano me lleva
el guante? Confusión nueva,
¿quién declararos podrá?
¡Válgate el cielo por sabio!
¿Guante mío para qué
si de desafío fué
contra su primer agravio?
Mas no, que en el desafío
quien los hace y solicita,
guantes da, que no los quita,
y el Duque se lleva el mío.
¿Yo dándole parabienes,
y él mis penas escuchando?
¿Yo muriendo, y él callando
sus dichas y mis desdenes;
y cuando esperando está
respuesta mi amor constante,
sale con «dadme ese guante»,
y sin hablarme se va?
¡Oh enigmático Rogerio!
hablad y daos á entender,
que Enrique no puede ser
Edipo deste misterio. (*Vase.*)

ESCENA XI

CLEMENCIA *con banda, y dos* CRIADOS.

CLEMEN. Cuanta hacienda tengo es poca
para albricias deste bien:
el seso he dado también,
que estoy de contento loca.
Ya se ha acabado mi mal.
¡Oh, alegre dispensación!

CRIAD. 1.° Cerca de la posesión,
todo amor es liberal.

CLEMEN. ¿Rogerio, qué dice á esto?

CRIAD. 2.° Celebrara su alegría,
si de su melancolía
no fuera el mal tan molesto.

CLEMEN. La causa de su pesar
me atreviera á decir yo,
pero mi amor me enseñó
á sentirlo y á callar.
El es sabio y obediente:
no sabrá salir del gusto
de su padre.

CRIAD. 1.° Y eso es justo.

CLEMEN. Yo sé de mi amor ardiente
si una vez su esposa soy,
que sabré hacerle olvidar
memorias de su pesar.

ESCENA XII

DICHOS y ENRIQUE.

ENRIQUE. Mil parabienes os doy,
aunque á mi costa, señora,
del tálamo que esperáis,
puesto que ingrata pagáis
un alma fiel que os adora.
Gozad de amor fértil fruto,
con que á Francia reyes déis,
que si vos galas traéis,
las de Enrique serán luto.
¡Pobre de quien con perderos
tiene de perder la vida!

CLEMEN. No agriéis con vuestra venida,
Enrique, el gusto de veros.
Ya os dije la voluntad
que de obedecer mi tío
ha tenido el gusto mío;
mi contento acompañad,
que si me queréis, es justo
que mis dichas os le den.

ENRIQUE. Mézclase el mal con el bien,
y el placer con el disgusto.
De mezcla el alma se viste:
porque estáis vos, prima mía,
alegre, tengo alegría,
y porque os pierdo, estoy triste.

ESCENA XIII

DICHOS y FILIPO *con una caja curiosa cerrada, con un papel.*

FILIPO. El Duque, nuestro señor,
dilata, señora, el veros,
porque teme entristeceros
su melancólico humor,
y este presente os envía.

CLEMEN. Su mal agua mi placer.
ENRIQUE. Regalos deben de ser
y joyas de la sangría.
CRIAD. 1.° ¡Qué de perla y de diamante
el nuevo esposo enviará!
CRIAD. 2.° Es sabio y largo: sí hará.
CLEMEN. Aquí solo viene un guante.
CRIAD. 1.° ¿Guante? Debe de pedir
limosna.
CRIAD. 2.° ¿Hay mejor sangría?
¡Costosas joyas envía!
CLEMEN. ¿Qué es lo que querrá decir
mi esposo en este presente?
CRIADO. ¿Guante? ¡Donoso regalo!
para parches no era malo,
si tuviera llaga ó fuente
su esposa.
CLEMEN. No sin misterio
viene.
CRIAD. 1.° ¿Si es desafío?
ENRIQUE. Señora, ese guante es mío.
CLEMEN. ¿Vuestro guante á mí, Rogerio?
ENRIQUE. El compañero está aquí:
averigualdo por él.
CLEMEN. Quiero mirar el papel.
ENRIQUE. Siempre este sabio habla así.
CLEMEN. Desaciertos suyos son
sentencias dignas de estima.
ENRIQUE. Veamos el papel, prima.
CLEMEN. Sólo contiene un renglón.
CRIADO. Hasta en las letras también
es avariento.
CLEMEN. ¡Ay, de mí!
ENRIQUE. Leed.
CLEMEN. Dice el Duque aquí:
«esto sólo os viene bien.»
¡Que este guante solamente
me viene á mí bien! ¿Por qué?
Si no es que sin seso esté.
¿qué es lo que por esto siente?
¿No habéis dicho que era vuestro?
ENRIQUE. El mismo me le quitó.
CLEMEN. Que os quiero bien sospechó;
pues siendo tan sabio y diestro,
¿quién duda que habrá alcanzado
lo que me habéis pretendido,
y de celos combatido
este guante me ha enviado
para que se signifique
la mano en él de su dueño?
ENRIQUE. No fuera ese bien pequeño,
si lo consiguiera Enrique.
CLEMEN. Sospechas todo lo ven,
y de vos celoso en vano,
dice que en vez de la mano,
me viene este guante bien.
Bien puede de vos formar
quejas su melancolía.
ENRIQUE. Claro estaba, prima mía,
que yo lo había de pagar.

ESCENA XIV

DICHOS *y un* CRIADO.

CRIADO. Un accidente le ha dado
á vuestro esposo, señora,
mortal.
CLEMEN. Negad, Conde, agora
que vos se lo habéis causado.
ENRIQUE. Decís bien; culpadme á mí.
CLEMEN. Conde, mi sospecha es clara,
que el Duque no me dejara
por otra, á no ser así.
quitaosme, Enrique, delante. *(Vase).*

ESCENA XV

DICHOS, *menos* CLEMENCIA.

ENRIQUE. ¿Qué es esto, cielo cruel?
CRIADO 2.° Sacaos la sangre por él,
regalaraos con un guante. *(Vanse.)*

ESCENA XVI

ROGERIO.

No estoy bien acompañado;
dejadme, cerrá esa puerta;
pues mi esperanza es ya muerta,
viva eterno mi cuidado.
¡Que por la posta han llegado
las penas de mis sentidos!
No basta, gustos perdidos,
el grado en que Roma piensa
dispensar, pues no dispensa
amor en casos prohibidos.
Diga el médico verdad,
pues siendo sangre, es amor,
será su grado mayor
por la consaguinidad.
Leonisa en mi voluntad
como más propincua vive;
es pastora, y no recibe
mi estado, su suerte corta
dispense amor, más ¿qué importa,
si la razón lo prohibe?
¿Los celos también no son
en amor prohibidos grados?
Pues si están averiguados
¿qué importa dispensación?
¿No es mayor jurisdicción
la de amor y más precisa
que esotras? Sí; ¿pues qué prisa
Roma ha dado á mi paciencia?
Mi amor no quiere á Clemencia,
ni mi nobleza á Leonisa.

ESCENA XVII

ROGERIO, LEONISA *y* CARLÍN, *y un* GUARDA.

LEONISA. *(Pugnando por entrar.)*
He de entrar, aunque les pese.
GUARDA. ¡Tente, villana!
ROGERIO. ¿Qué es esto?
LEONISA. Quien vive con tantas guardas,
ó es cobarde, ó anda preso.
ROGERIO. ¡Leonisa es! Dejalda entrar.
¡Vos aquí! ¿A qué bueno?
LEONISA. A procurar que lo estéis,
que allá ya os juzgan por muerto.
ROGERIO. ¿Muerto?
LEONISA. Sí.
ROGERIO. En vuestra memoria
lo estaré.

LEONISA. ¡Pluguiera al cielo,
y no usurpara mi llanto,
Duque, los ojos al sueño!
ROGERIO. Vendrás á ver á Filipo.
LEONISA. Eso, sí, buscad, Rogerio,
escusas á vuestras bodas,
y grados á mis tormentos.
(Siéntase Rogerio.)
ROGERIO. Diréis que le aborrecéis:
corales vi yo por trueco
de eslabones, que, dorados,
yugo son de vuestro cuello.
LEONISA. También yo vi que os llamaba
Bretaña sabio y discreto,
sin merecer este nombre,
quien preciándose de serlo,
es tan fácil en creer.
ROGERIO. ¿Los ojos cuándo mintieron?
LEONISA. Cuando no los rige el alma,
ni alumbra el entendimiento.
ROGERIO. ¿Pues engañáronse?
LEONISA. Sí.
ROGERIO. ¡Pluguiera á Dios! pero tengo
testigos, yo en vuestro daño,
fidedignos, fuera dellos.

ESCENA XVIII

DICHOS *y el* DUQUE.

DUQUE. Hijo ¿qué nuevo accidente
es este, que en tanto extremo
os tiene, que solo estáis?
Más ¿qué villanos son estos?
LEONISA. Yo, gran señor, soy Leonisa,
hija de Lauso, el rentero
de Pinardo, que me manda
que venga á ver á Rogerio.
CARLÍN. Y yo soy saludador,
que cuando rabian los perros,
á dos soplos....
DUQUE. ¿Qué?
CARLÍN. A dos soplos
mato un candil y lo enciendo.
DUQUE. Si destas simplicidades
gustáis, hijo, entreteneos
y aliviad melancolías.
ROGERIO. Crieme, señor, con ellos.
LEONISA. No hemos venido de balde.
DUQUE. ¿Cómo?
LEONISA. Curo en nueso pueblo
de mal de hechizos y de ojo,
y á la fe, que si no miento,
que está Rogerio hechizado.
DUQUE. ¿Qué dices?
LEONISA. Allá sabemos
mucho desto las mujeres.
CARLÍN. Y los hombres mucho menos.
LEONISA. Hechizos son, no hay que hablar.
DUQUE. Bien puede ser.
LEONISA. ¡Y qué cierto!
¿Ello va á decir verdades?
DUQUE. Sí.
LEONISA. Pues guarde secreto.
Quiso allá Rogerio mucho,
siendo sólo caballero,
á una serrana algo bruja.
CARLÍN. Que chupa niños y viejos.
LEONISA. Como ahora le ve Duque,
y ha mudado con el tiempo
la voluntad, pues se casa,
hechizóle.
DUQUE. Yo lo creo;
que tristeza semejante
no es natural, ni yo puedo
creer que quien sabe tanto,
si hechizos no me le han puesto
como está, viéndose Duque,
se entristezca; ¿es verdad esto?
ROGERIO. Verdad es que á una serrana
quise, más ya no la quiero.
LEONISA. ¿Velo si doy en el punto?
(¡Ah, mudable!) Pues yo vengo
á curarle.
CARLÍN. Y yo también.
LEONISA. Calla, bestia.
CARLÍN. Dime bestio,
que soy macho y hembra no.
DUQUE. ¿Sabréis vos?...
LEONISA. Comisión tengo
de la bruja para todo.
Déjeme hablarle en secreto.
DUQUE. Hay en todas las montañas
destos extendidos reinos
mil gentes destas perdidas,
tributarias del infierno.
Pues lo afirma esta mujer,
su hechizo debe ser cierto,
y no es mucho colegir
de tal causa tal efecto. *(Apárt. al Duque)*
ROGERIO. Yo lo vi, no hay que excusarte.
LEONISA. Firela hizo aquese enredo
por casarme con Filipo,
y Carlín fué el instrumento.
ROGERIO. Filipo mismo te culpa.
LEONISA. ¿Pues qué amante, si no es necio,
siendo parte apasionada,
no mentirá en su provecho?
ROGERIO. ¿Su cadena recibiste?
LEONISA. Por tuya, que este grosero
en tu nombre me la dió.
ROGERIO. ¡Carlín! ¿pues qué le iba en eso?
LEONISA. Engañarme.
ROGERIO. No, Leonisa;
tus liviandades me han muerto.
LEONISA. Yo he sido en firmeza, bronce;
por testigo pongo al cielo.
ROGERIO. Con Filipo has de casarte.
LEONISA. Daréme muerte primero.
ROGERIO. Tú le adoras.
LEONISA. Mentís, Duque.
CARLÍN. ¡Quedo, cuerpo de Dios, quedo!
DUQUE. Apartaos, pastor, acá.
CARLÍN. ¿Que me aparte? Por Dios, bueno:
traeme por saludador
Leonisa, y por sopladero.
DUQUE. ¿Saludador?
CARLÍN. ¿No lo ve?
de soplón vivo; aunque creo
que hay muchos ya deste oficio
que acá llaman lisonjeros.
ROGERIO. Yo te he querido, Leonisa,
con el amor más perfecto
de cuantos su deidad honran;

vi tu mudable sujeto;
déjame, y ama á Filipo.
LEONISA. Nómbrale y dame tormento.
ROGERIO. Clemencia es ya esposa mía.
LEONISA. Si no la abrasan mis celos.
La palabra has de cumplirme.
ROGERIO. Soy ya Duque.
LEONISA. Y aun por eso.
ROGERIO. Llámanme sabio.
LEONISA. No lo es
quien se muda á todos vientos.
Amas á Clemencia.
ROGERIO. No.
LEONISA. ¿Y quien se casa, es discreto,
con quien aborrece?
ROGERIO. Es fuerza
LEONISA. ¿Por qué?
ROGERIO. Mi padre obedezco.
LEONISA. ¿Dios no es más que el padre?
ROGERIO. Sí.
LEONISA. ¿Amor no es Dios?
ROGERIO. Es Dios ciego.
LEONISA. ¿Tiénesme amor?
ROGERIO. ¡Ay, ingrata!
LEONISA. Di verdad.
ROGERIO. Mucho te quiero.
LEONISA. ¿Y no me obedeces?
ROGERIO. No.
LEONISA. ¿Por qué?
ROGERIO. Mil estorbos veo.
LEONISA. ¿Y son?
ROGERIO. La dispensación.
LEONISA. No la aceptes.
ROGERIO. ¿Cómo puedo?...
LEONISA. Dame á mí la mano.
ROGERIO. ¿Cómo?
LEONISA. Siendo mi esposo.
ROGERIO. Eso temo.
LEONISA. No teme amor.
ROGERIO. Antes sí.
LEONISA. ¿Cuándo?
ROGERIO. Cuando tiene celos.
LEONISA. No los creas.
ROGERIO. Vilos yo.
LEONISA. ¿A eso vuelves?
ROGERIO. A eso vuelvo,
que eres fácil.
LEONISA. Mentís, Duque.
CARLÍN. ¡Quedo, cuerpo de Dios, quedo!
DUQUE. ¿Qué es lo que habéis colegido,
serrana, de nuestro enfermo?
LEONISA. Que está hechizado, señor.
CARLÍN. El alma á soplos le he vuelto.

ESCENA XIX

DICHOS y FILIPO.

DUQUE. ¿Qué os parece, secretario?
Hechizado está Rogerio.
FILIPO. ¡Válgame Dios, qué desgracia!
¿No es esta Leonisa, cielos? *(Ap.)*
LEONISA. Señor, todo nuestro hechizo
consiste (verá si acierto)
en ponelle unos corales
que Filipo trae al cuello.
DUQUE. ¿En corales de Filipo?
LEONISA. Sí, porque vienen en ellos,
según nos dijo la bruja,
estos hechizos envueltos.
DUQUE. ¿Tenéislos vos?
FILIPO. Sí, señor.
DUQUE. ¿Quién os lo ha dado?
FILIPO. Hallélos.
LEONISA. Y consintió todo el mal
del Duque sólo en perdellos.
DUQUE. Daldos acá.
FILIPO. ¡Ay, prenda mía!
perdiéndoos, perderé el seso.
LEONISA. Si yo le amara, cruel,
no tuviera atrevimiento
para pedirle mi sarta.
ROGERIO. Por engañarme lo has hecho.
LEONISA. Póntelos.
ROGERIO. ¿Yo? ¡Cómo! Aparta,
que estos corales me han muerto.
LEONISA. *(Al Duque.)* ¿No ve como se resiste?
Mire su merced si es vero
lo que dice. Téngale.
DUQUE. Por mi bien te trujo el cielo. —
Hijo, en esto está tu vida.
ROGERIO. ¡Que os engañan!
DUQUE. Ten sosiego.
ROGERIO. ¿Corales que has dado, ingrata,
á otro, me pones?
LEONISA. Fueron
hallados, que dados no.
Mi bien, mi esposo, mi dueño,
crédito, ó muerte me da.
ROGERIO. En fin, ¿mis ojos mintieron?
LEONISA. Los ojos, mi Duque, no.
ROGERIO. ¿Pues quién?
LEONISA. El entendimiento.
ROGERIO. ¿Qué no me ofendiste?
LEONISA. Nunca.
ROGERIO. ¿Qué me quieres?
LEONISA. Sin ti muero.
ROGERIO. ¿Y á Filipo?
LEONISA. Si le nombras...
ROGERIO. ¿Qué harás?
LEONISA. Rasgaréme el pecho.
ROGERIO. Tu esposo soy.
LEONISA. Yo tu esclava.
DUQUE. ¿Cómo estáis?
ROGERIO. Mejor me siento.

ESCENA XX

DICHOS y CLEMENCIA.

CLEMEN. ¿Es posible que hechizado
esté el Duque? Mas ¡ay, cielos!
¿No es esta la labradora,
nublado de mis contentos?
Prendan á estos dos villanos.
DUQUE. Sobrina, ¿qué hacéis?
CLEMEN. Prendeldos.
DUQUE. ¿Por qué, si á curarle vienen?
CLEMEN. La hechicera que me ha muerto
y á mi esposo tiene así,
es ésta. Préndela presto.
FILIPO. Amor, ayudad mi causa,
y victoriosos saldremos.

Gran señor, esto es verdad:
yo sé que quiso á Rogerio
esta pastora infinito,
y intenta ahora de nuevo
hechizarle.

DUQUE. ¿Qué decís?

FILIPO. Este pastor, si á tormento
le ponen, dirá lo que es.

CARLÍN. ¡Helo aquí todo en el suelo!

DUQUE. Di lo que sabes.

CARLÍN. Señor,
la verdad es que yo vengo
por saludador de anillo,
que ni tal oficio tengo,
ni en viernes santo nací.

DUQUE. ¿Y quién es esta?

CARLÍN. Yo pienso
que es bruja que á chupar viene
Ducos desde nuestro pueblo.

CLEMEN. ¿Qué os parece, gran señor?

DUQUE. ¡Hay tal cosa! Quitad luego
á Rogerio esos corales,
que el hechizo vendrá en ellos,
y prendan aquestos dos.

ROGERIO. ¡Traidores! ¿estáis sin seso?
¡A mi Leonisa! ¡á mi esposa!
eso no.

CLEMEN. Gran señor, ¿veislo?

CARLÍN. Luego que soplón me ví,
adiviné el paradero.
¿Mas que me queman por brujo?
¡Ay, Dios! á chamusco huelo.

(Echan mano á Leonisa y Carlín.)

ROGERIO. ¡Viven los cielos! villanos,
que si la esposa que quiero
más que á mí, no dejáis libre
que pierda al Duque el respeto.
Dadme una espada.

DUQUE. ¡Hay tal cosa!
Dejalde, que está sin seso.
Curarále la villana,
ó mataréla á tormentos. *(Vanse.)*

ESCENA XXI

ROGERIO *y* ENRIQUE.

ENRIQUE. Señor, ¿qué alboroto es este?

ROGERIO. ¡Ay, Enrique, que me han preso
el alma, el gusto, la vida!

ENRIQUE. No hagáis, primo, esos extremos.

ROGERIO. No haré, si vos me ayudáis.

ENRIQUE. Yo moriré al lado vuestro.

ROGERIO. Pues venid, diréos el cómo,
que no interesáis vos menos. *(Vanse.)*

ESCENA XXII

El DUQUE *y* PINARDO.

DUQUE. Sí, Pinardo, hale hechizado
una pastora á quien quiso.

PINARDO. Quien os ha dado ese aviso,
os ha, señor, engañado;
porque esa pastora es
ocasión de mi venida,
y tan noble y bien nacida
como Clemencia. Después
que no os veo, se murió
el pastor á quien tenía
por padre y obedecía
Leonisa, el cual me dejó
aqueste papel cerrado,
mandando que se me diese
el día mismo que muriese.
Leíle, y dél he sacado
que era un noble caballero,
que del gran Duque ofendido
de Borgoña, y persuadido
de vengarse, el medio fiero
que tomó, fué de dar muerte
á Leonisa en una quinta,
recién nacida, en quien pinta
el cielo su ilustre suerte.
Hallóla sola y tan bella,
que juzgando por crueldad
el marchitar su beldad,
huyó á estos montes con ella;
que por vivir desterrado
de Borgoña y sin hacienda,
le parció con tal prenda
quedar más rico y honrado.
Vino en traje de pastor,
nombréle por mi rentero,
hasta que al trance postrero
esto me escribió, señor.
Ved como será hechicera
quien de Clemencia es hermana.

DUQUE. Novela fuera esa vana,
Pinardo, si no supiera
la pérdida de una hija
que el Duque mi hermano tuvo,
por cuya ocasión estuvo
para morir. Regocija
mi tristeza aquesa nueva.
A sacarla de prisión
vamos, que si el afición
que melancólica prueba
de Rogerio la firmeza,
siendo su esposo este día,
tendrá su melancolía
fin, y premio su belleza.

PINARDO. Los pies, gran señor, os beso.

DUQUE. Clemencia perdonará,
que más, Pinardo, me va
el ver al Duque con seso.

ESCENA XXIII

El DUQUE, PINARDO *y* ROGERIO.

ROGERIO. Ya yo, señor, estoy bueno,
y mi tristeza pasada,
en contento convertida,
le debe á aquella serrana
esta cura milagrosa.
Que la suelten, señor, manda,
si no es que pagues servicios
con prisiones y amenazas.

DUQUE. (¡Extraña fuerza de amor
tiene la voluntad! Tanta,
que disimula contento,
solamente por libralla).

Hijo, de veros ya bueno
doy á los cielos mil gracias,
y haré mercedes también
á la pastora que os ama;
mas habéis de ser esposo
de Clemencia.

ROGERIO. Como el alma
de la enfermedad del cuerpo
defectos participaba
no conocía la dicha
que con la Duquesa gana;
pero ya que la conoce,
en su hermosura idolatra.

Duque. (*A* Pinardo.) Todo esto, Pinardo, finge
porque la pastora salga
libre y segura. ¡Oh, amor!
asombros son tus hazañas.
Llevad aquesta sortija
á la prisión, y sacalda;
pero haced que venga aquí.

PINARDO. Cosas he visto hoy extrañas.

(*Vase* Pinardo.)

ESCENA XXIV

El DUQUE, ROGERIO, ENRIQUE *y* FILIPO.

ENRIQUE. La Duquesa de Clarencia,
que de Ingalaterra pasa
á París, está en la corte.

DUQUE. ¿Qué decís?

ENRIQUE. Esta mañana
en el puerto más cercano
tomó tierra; que es Bretaña,
la provincia más propincua
á Ingalaterra, de Francia.
Viene huyendo de su Rey,
en el favor confiada
del nuestro, que es su pariente,
y aunque poco acompañada,
no quiere pasar sin veros.

DUQUE. Avisen luego á *Madama*
Clemencia, y á recibilla
vamos todos.

ENRIQUE. Ya está en casa.

ESCENA XXV

DICHOS *y* LEONISA, *á lo inglés, bizarra, y* CARLÍN, *á lo gracioso, también inglés.*

LEONISA. (*A* Carlín.) No nos eches á perder.

CARLÍN. *Bona guis toixton.* Palabras
inglesas hablaré solas,
y en lo demás chite y calla.

LEONISA. Deme los pies vuestra Alteza.

DUQUE. Gran Duquesa, no esperaba
nuestra corte tanta dicha.
(¡Cielos! ¿esta no es la cara
de Leonisa, la pastora?
Mas no; que en brevedad tanta,
¿cómo engañarme pudiera?
Su rostro y talle retrata.)

FILIPO. (¿No es mi Leonisa esta, cielos?
Mas ¡ay, ojos! que os engañan
mentirosas apariencias.)

ROGERIO. Primero que á Paris parta
vuestra excelencia honre esta corte,
que ya siente que se vaya.

LEONISA. Por serviros, gran señor,
dilataré mi jornada.

FILIPO. (*A* Carlín.) Diga, señor caballero,
¿cómo se llama *madama*
la duquesa?

CARLÍN. *Bona guis*
toixton.

FILIPO. No entiendo palabra.
¿Tiene su asistencia en Londres?
¿Es doncella ó es casada?

CARLÍN. *Bona guis toixton.*

FILIPO. ¿Qué es esto?
¿Hay figura de más gracia?
¿Es caballero?

CARLÍN. *Monsiuro.*

FILIPO. Gracias á Dios que ya habla
palabras inteligibles.

ESCENA XXVI

DICHOS *y* CLEMENCIA.

CLEMEN. Si el Duque está sano y paga
mi voluntad en albricias,
excede [1] mis esperanzas:
señor.

DUQUE. Advertid, sobrina,
que tenéis en vuestra casa
la duquesa de Clarencia,
para honrar nuestra Bretaña.

CLEMEN. Vueselencia... (¡Ay, Dios! ¿qué miro?
¿no es aquesta la serrana
hechicera de mi esposo?)

CARLÍN. ¿Mas que aquí mos desacatan?

ESCENA ULTIMA

DICHOS *y* PINARDO.

PINARDO. No está en la prisión Leonisa.

DUQUE. ¿Cómo es eso?

PINARDO. También falta
el rústico que traía.

CARLÍN. Temblando están mis lunadas.

CLEMEN. Esta es, Leonisa, señor,
y este el villano, que engañan
tu corte, si no la hechizan.

DUQUE. ¡Bárbaro! ¿Quién eres? Habla.

CARLÍN. *Bona guis toixton.*

CLEMEN. Mataldе,

DUQUE. Sosegad, Clemencia; basta.

CLEMEN. Mataldе.

CARLÍN. Bercebú lleve
el *bonaguis* y las bragas.
Yo soy Carlín, señor Duco,
y esta Leonisa, empanada
inglesa, que sacó el Conde,
porque Rogerio lo manda.

DUQUE. Conde Enrique ¿cómo es esto?

ENRIQUE. Rogerio ha sido la causa
de que estén estos dos libres.

---

1 El original dice «á todos»: Hartzenbusch lo corrigió como va arriba.

CLEMEN. Esta es Leonisa; matalda.
ROGERIO. Clemencia, seldo en las obras.
DUQUE. No será vuestra ira tanta,
que gustéis de dar la muerte
aquí á quien es vuestra hermana.
CLEMEN. ¿Quién es mi hermana?
DUQUE. Leonisa,
la que ha sido tan llorada
de vuestros padres, perdióse,
y hoy el cielo os la restaura.
CLEMEN. ¡Ay, hermana de mis ojos!
No hay para qué hacer probanzas:
la sangre sin fuego hierve;
reconocido te ha el alma.
Dame esos brazos.
LEONISA. ¿Qué es esto?
PINARDO. No eres, Leonisa, villana;
hija, sí, del de Borgoña.
ROGERIO. ¡Ay, gloria de mi esperanza!
LEONISA. ¿Yo soy Duquesa, señores?
DUQUE. De Borgoña sois Infanta.
LEONISA. ¿Y esposa del Duque, quién?
DUQUE. Clemencia.
LEONISA. Pues no soy nada.
ROGERIO. Melancólico estaré
toda mi vida, si pasan
adelante los efectos
por no remediar la causa.
Leonisa ha de ser mi dueño.
CLEMEN. Siendo Leonisa mi hermana,
en albricias de su hallazgo,
mi amor en ella traspasa
su acción.
LEONISA. Las manos te beso.
ROGERIO. Sed, pues, hoy en todo franca:
dad la vuestra al Conde Enrique.
CLEMEN. Cuando dispensare el Papa.
DUQUE. También será menester
para los dos.
CARLÍN. ¡Alto! vayan
por otra para Carlín,
que esta comedia se acaba
sin bodas. TIRSO la ha escrito;
á quien la juzgase mala,
malos años le dé Dios,
y á quien buena, buenas Pascuas.

EL MAYOR DESENGAÑO

COMEDIA DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

PERSONAS

BRUNO, *galán*.
MARCIÓN, *su criado*.
EL PADRE DE BRUNO.
ATAULFO, *galán*.
UN TÍO DE EVANDRA.
SOLDADOS.
VISORA, *dama*.
LEIDA, *música*.
EL REY DE FRANCIA.
LA REINA DE FRANCIA.
MARCELA, *dama*.
HUGO, *papa*.
EVANDRA, *dama*.
LAURETA, *su criada*.
EL CONDE PRÓSPERO.
LORENA, *dama*.
ENRICO, *emperador*.
MILARDO.
LA EMPERATRIZ.
ROBERTO.
LUCIO } *estudiantes*.
FILIPO }
LAURA, *dama*.
UN ÁNGEL.

Representóla Ortiz.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

BRUNO, *galán;* MARCIÓN, *de capigorrón;* EVANDRA, *dama, y* LAURETA, *su criada, con mantos.*

BRUNO. ¡Extraña estás!
EVAND. No te espantes.
BRUNO. ¿Cómo es posible me tengas
amor, si cruel te vengas
con desdenes semejantes
de males que nunca te hice?
EVAND. ¡Qué terribles sois los hombres!
BRUNO. Si me abraso, no te asombres.
MARC. ¡Qué lo alaju que lo dice!
BRUNO. O me quieres bien, ó no.
EVAND. Quiérote con amor casto.
BRUNO. ¿Qué á persuadirte no basto
á darme una mano?
LAUR. ¡Jo!
MARC. Como allá se manosean
de lenguas, yo soy amigo
de obrar callando.
LAUR. ¡Jo!, digo.
MARC. De ¡jo! tus requiebros sean.
¡Jo! digas cuando te cases;
cuando el *sí* vayas á dar
digas ¡jo!; cuando á fregar
ollas y platos repases,
por tiple ó por contrabajo
cantes ¡jo! pues lloro yo,
que al fregar no es malo el ¡jo!,
si en jo acaba el estropajo.
¡Jo! te llame tu señora,
¡jo! seas en toda parte,
¡jo! digas al acostarte,
¡jo! cuando salga la aurora.
¡Jo! sea tu sí y tu no;
¡jo! en plazas, tiendas, calles,
y en fin, un marido halles
con la paciencia de un Job.
BRUNO. Evandra, si cuando dejo
tantos aumentos por ti,
letras á quien años dí,
respetos de un padre viejo,
grados de universidades,
leyes por las de tu amor,
cargos que ofrece el favor,
honras que son dignidades,
¿qué estado habrá que me cuadre,
pues maltratas mi deseo,
cuando despreciado veo
por ti mi estado y mi padre?
¿El darme una mano bella
fuera mucho galardón?
EVAND. Sí, Bruno, que la opinión
tengo de mi honor en ella.
Vive el recato entre miedos
de menosprecios villanos:
den otras el gusto á manos,
que yo dudo darlo á dedos.
Si lo que por mí has dejado
en mi amor cobrando vas,
juzga tú cuál vale más,

¿lo perdido ó lo ganado?
Un alma ganas, que animas
con las llamas de tu amor,
un escrupuloso honor
que por recatado estimas.
Pierdes letras y opinión
de estudios en que amor calma:
por libros te doy el alma,
y por grados mi afición.
Si esta es más, deje que llegue
su tiempo, que yo sé, Bruno,
que me pides, importuno,
lo que gustas que te niegue.

MARC. ¿Que no hay darme una manopla
á quien mis versos dedique?
¿Siquiera un dedo meñique,
una uña?

LAUR. ¡Jo!, digo.

MARC. ¡Sopla!
Jo y bofetón, presa y pinta.
La mano te pido yo,
pero en los carrillos no,
que es firma sin pluma y tinta.

BRUNO. Seis años ha que te adoro.

EVAND. Otros tantos ha que en ti
nuevo dueño al alma dí.

BRUNO. Todas las joyas y el oro
que de mi madre heredé,
y en ti mejoran de dueño,
te traigo. Don es pequeño,
mas quilates de mi fe
le darán nuevo valor:
recibe mi voluntad,
y verás su calidad.

EVAND. A poder, Bruno, mi amor
ofenderse, me avergüenzo
de ver que tan mal le apoyas.
De afrentadas esas joyas
se esconden en ese lienzo;
y aunque con prendas tan bajas
me ofendes, de tu oro advierto
que en fe de que viene muerto
para mi amor, le amortajas.
Seis años de voluntad
¿se pueden satisfacer
con oro? ¿Soy mercader
que vendo mi libertad?
¿Qué ignorancia hacerte pudo
intentar tan vil quimera?
Si amor vestirse quisiera
no se pintare desnudo;
pero tú para que torne
á agraviar en él la vista,
lienzo le das que se vista
y joyas con que se adorne.
Déjame y véte.

BRUNO. Oye, escucha;
no te alteres, no te enojes.

M. C. Hoy somos todos relojes.
También yo tengo mi hucha.
(Saca un pañuelo muy súcio y roto.)
Cuatro cuartos bien contados
en ese pañuelo van,
que si escudos amos dan,
damos cuartos los criados.
Porque aunque hay relojes hartos,
hay unos que así te goce
no paran hasta dar doce,
y otros que dan cuatro cuartos.
No alcanzan á más mis brios;
recibe el escaso don,
que si cuatro cuartos son,
serán ocho con los mios.
Toma, ¿qué te melindrizas?—
Tu padre es este, señor.
A no venir ciego ámor,
por Dios que me descuartizas.

ESCENA II

DICHOS y *el* PADRE DE BRUNO.

P. DE BR. Buenos logros de tu estudio
das á mis prolijos años,
á la opinión de tu ingenio
y al sudor de tus trabajos.
Buen empleo hizo la hacienda
que tanto tiempo he gastado
contigo en París, Bolonia,
Lovaina y Praga. Letrado
en las leyes de tu amor,
ya que no en sus desengaños,
la cátedra lees de prima,
amante ya que no sabio.
¿Honras así la nobleza
que de tus antepasados
es espejo de Colonia?
¿este es merecido pago
de un padre que deposita
su ser en ti, y te ha entregado
por ser único, en mi casa,
su valor y sus cuidados?
¿Tú te casas sin mi gusto?
¿tú, á mis consejos contrario,
el honesto traje truecas
de escuelas que ilustra á tantos,
por las galas licenciosas,
y para volar más alto,
mudas plumas (torpe y ciego)
al sombrero de la mano?
¡Plegue á Dios...

BRUNO. *(De rodillas.)* Padre y señor:
después de poner los labios
donde tú pones los pies,
tus canas reverenciando,
respondo humilde á tus quejas,
que aunque cuerdo he procurado
seis años ha obedecerte,
inclinaciones forzando,
ni ausencias, madres de olvidos,
ni estudios siempre contrarios
de la ociosidad dañosa, *(Levántase.)*
ni entretenimientos castos
pudieron ser de provecho
á borrar de mis cuidados
el amor que á Evendra tengo,
de su hermosura el retrato.
Si supieras diligencias
que en tu obediencia buscaron
remedios contra mi amor,
desvelos que me han costado,
yerbas, palabras, conjuros,
compañía de hombres sabios,
juegos, entretenimientos,

ya en la ciudad, ya en el campo,
lástima en vez de rigor
me tuvieras; mas son falsos
los remedios que dió Ovidio
contra este ciego tirano.
¿Qué importa que padre seas
y que los preceptos santos
de mi ley á obedecerte
me obliguen, si me inclinaron
las estrellas superiores,
que estando en lugar más alto
la jurisdicción te usurpan,
de quien me confieso esclavo?
Por la mujer (dijo Dios)
que dejaría olvidado
el hombre su padre y madre.
Ni te olvido, ni he dejado;
pero, ¿qué tengo de hacer,
si las estrellas, los astros,
mi inclinación, mis deseos,
la libertad me usurparon?
Tú eres solo; muchos ellos:
amor, dios fuerte; yo, flaco:
bella Evandra; ¿cómo puedo
hacer resistencia á tantos?
Sangre ilustre, padre, tienes,
y el copioso mayorazgo
que me dejas en herencia,
basta á darme noble estado.
Estudien hijos segundos,
que en las letras han cifrado
la dicha de sus aumentos,
vinculada en sus trabajos,
que los únicos, cual yo,
cuando al ocio y al regalo
den generosos desvelos,
ni es menosprecio ni agravio.
Evandra, si no tan rica,
porque los cielos cifraron
tesoros en su hermosura,
discreción, honra y recato,
es tan noble como yo:
no permitas, si eres sabio,
que me case con el oro,
ocasión de tantos daños.
Dotes que maridos compran,
los obligan como á esclavos
á indignidades de honor,
por ser maridos comprados.
Así, padre, siglos cuentes,
que permitas mi descanso,
y antes que deje estos pies
pueda á Evandra dar la mano.

PADRE. Antes que mis canas vean
mi afrenta, tu desacato
y deshonra de tu sangre,
plegue al cielo...

MARC. (Ya plegamos.)

PADRE. Que la noche de tus bodas
trueques gustos en agravios,
y el tálamo que deseas
manchen adúlteros brazos;
jamás te mire amorosa,
desdenes sean sus regalos,
menosprecios sus favores,
y sus promesas, engaños.
No fertilice con hijos
tu desobediente estado,
y si los tienes, pobreza
mezcle su amor con trabajos.
Tus más amigos te vendan,
tengan poder tus contrarios
en tu deshonra, mas... no...
hágate Dios un gran santo.
Pero ¿cómo se enternece
un corazón injuriado
de un hijo, que tanto quiso
á un padre, á quien debe tanto?
Plegue al cielo, si en mi ofensa
dieres la atrevida mano
á esa mujer, pobre al fin,
que es la afrenta de más caso,
que todos te menosprecien,
no te acompañen hidalgos,
de desleales te sirvas,
pidas limosna á villanos;
si jurares no te crean,
en cuanto pusieres mano
desdichas te agüen aumentos;
cuanto estés más confiado
de la lealtad de un amigo,
te usurpe lo más preciado
de tu gusto; pero... no...
hágate Dios un gran santo.

EVAND. Si no tuviera respeto
á tus venerables años
y al amor que tengo á Bruno,
de tu nobleza traslado,
pudiera ser respondiera
á medida del agravio
que en mi calidad injurias
si no descortés, osado.
Mi sangre no desmerece
darte nietos, pues honraron
mis progenitores nobles
augustos triunfos y lauros.
Si á falta del oro vil,
que califica villanos,
supliendo sangres ilustres,
dorando quilates bajos,
mi nobleza en poco tienes,
guarda tesoros avaros,
que los de mi honor estimo
como más calificados.
No vendo á peso de hacienda
la calidad que he entregado
á persuasiones de Bruno,
á fuer de mercader falso;
sólo noble correspondo
en amorosos contratos
á la fe con que me sirve:
firme, no rico, le amo.
Y agradece la firmeza
con que en mi pecho ha arraigado
su proceder generoso
la fe de su noble trato;
que á poderle despreciar,
causa en tus palabras hallo
para que dél ni de ti
hagan mis injurias caso.

BRUNO. Padre... señor... ¿es posible
que con ruegos no te ablando?
Si estimas tesoros, coge
perlas destos ojos claros,

oro de aquesos cabellos,
rubíes de aquesos labios,
satisfarás intereses
que está el amor envidiando.

PADRE. En fin, ¿contra el gusto mío
te intentas casar, dejando
burladas mis esperanzas?

BRUNO. ¿Qué he de hacer, si amor tirano
violenta, padre, deseos?

MARC. Si no es más en nuestra mano,
¿qué habemos de hacer los dos
sino echar cosas á un lado?

PADRE. No me llames padre más.

BRUNO. Mi padre y señor te llamo.

PADRE. Mientes.

MARC. ¡Ay!, cargado queda.

PADRE. Hijos que degeneraron
de su valor, no son hijos,
sino espúreos y bastardos.
Desde aquí te desheredo,
que aunque te faltan hermanos,
sobrinos ilustres tengo,
no cual tú, locos é ingratos.
Si más los umbrales pisas
de mi casa,

MARC. (Aquí entra un palo
de molde.)

PADRE. ¡Viven los cielos!,
que ha de matarte un esclavo.
Susténtete tu mujer;
si en sus dientes y en sus labios
perlas tienes y rubíes,
bien puede suplir tus gastos.
¿Qué joyas, traidor, son éstas?

MARC. Escondo mis cuatro cuartos.

PADRE. Muestra y agradece.

MARC. ¡Malo!

BRUNO. Señor, mira.

PADRE. Dios permita,
pues su enojo forja rayos,
que uno te abrase; mas... no...
hágate el cielo un gran santo. *(Vase.)*

ESCENA III

Dichos, menos el padre de Bruno.

MARC. A la luna de Valencia
parece que nos quedamos:
¿qué habemos de hacer agora?

BRUNO. ¡Hay tal crueldad!

MARC. ¡Oh, viejazo!

BRUNO. Mi bien, si anda amor desnudo,
amor soy, pues le retrato.
Padre y casa por ti pierdo,
gloria y dicha por ti gano.
¿Quieres que sea tu güésped?

EVAND. No, Bruno, que los engaños
temo que otro güésped hizo
á la viuda de Cartago.

BRUNO. Llévame á tu casa.

EVAND. Tengo
un tío viejo y avaro,
y no lo consentirá,
que es mal acondicionado.

MARC. Laureta, ¿no habrá un rincón
entre sartenes y cazos?
Llévame contigo.

LAUR. Tengo
á la escalera un alano
que una pierna se merienda,
y en la cocina dos gatos
con unas uñas de á jeme.

MARC. Buenas son para escribanos.

BRUNO. En fin, ¿te vas y me dejas?

EVAND. El alma te ha aposentado
en medio del corazón.

MARC. Y el cuerpo, á ti suspiramos,
(A Laureta.)
¿que me dejas y te vas?

LAUR. El alma, gorrilacayo,
le llevo, que el cuerpo no.

MARC. ¿Almas llevas? Serás diablo.
(Vanse Evandra y Laureta.)

ESCENA IV

Bruno, *el conde* Próspero *y* Marción.

PRÓSP. Qué tenéis en esta calle,
Bruno, que tan de ordinario
deseos avecindáis
en ella? Jamás os hallo
cuando os busco, sino aquí.

BRUNO. ¡Oh, Conde y señor! son pasos
de la pasión de mi pena
los que por esta calle ando.
Aquí vive quien me mata.

PRÓSP. ¡Gracias á Dios que he sacado
en limpio que sois amante.

BRUNO. Venturoso y desdichado.

PRÓSP. Esas son contradictorias.

BRUNO. Correspóndeme quien amo,
y desdéñame amorosa:
véis aquí los dos contrarios.

MARC. Lo cierto es, señor (si puede
á un Conde hablar un lacayo
bachiller en la carteta
y en el pasar licenciado)
que el estar á tales horas,
cuando Febo está jugando
con la noche al escondite,
es sólo á falta de rancho.

BRUNO. Calla, loco.

PRÓSP. ¿Cómo es eso?

BRUNO. En la nobleza fiado
y amistad que os acredita,
os contaré sin cansaros
mis desdichas brevemente.
Sirvo á Evandra, habrá seis años,
origen de la hermosura,
de sus efectos milagro.
Honradas correspondencias
alientan deseos tiranos,
y refrenan osadías
entre el amor y el recato.
Pienso casarme con ella,
á cuya causa he mudado
el hábito y profesión,
contradiciendo cuidados
de mi padre, que lo estorba.
Hallóme con ella hablando
á sus puertas, de su luz
tellizo cortina, un manto.

Alborotóse de verme
mi viejo padre, aumentando
lágrimas con maldiciones,
unas nubes y otros rayos;
y al fin, viendo que rebelde
en este sol idolatro,
de su casa me despide,
injurias multiplicando.
Pedí á mi Evandra que fuese
la suya hospicio y sagrado
de mi destierro y amor;
pero como puede tanto
la ocasión con él, temióla,
y escarmientos del troyano
güesped de la amante Elisa
hoy su puerta me cerraron.
Como sin padre me veo
y sin casa, recelando
perder mi dama también,
me quedé filosofando
quimeras, que en veros, Conde,
cesan, pues con vuestro amparo
no hecho menos padre y casa.

MARC. ¿Este es el *benedicamus*?

PRÓSP. Agora que sé que puedo
serviros, amigo, en algo,
en albricias de la pena
os doy...

MARC. (¿Dineros?)

PRÓSP. Los brazos.
Si os casáis, tendréis en mí
padrino. Si os ha negado
vuestro padre, en mí hallaréis,
ya que no padre, un hermano.
¿Qué tengo yo que no sea
vuestro?

BRUNO. Sois ejemplo raro
de la amistad y nobleza.

MARC. Sois...

BRUNO. ¡Ah, necio!

MARC. Largo y ancho.

PRÓSP. Hacienda hay para los dos.

BRUNO. Alargue vida y estados
el cielo á vuestra nobleza.

MARC. Y á mí, ración y salario.

ESCENA V

DICHOS, *y* EVANDRA *á la ventana.*

EVAND. ¡Qué mal hice en despedirle!
Corta y descortés he andado.
Cuando mi casa le niegue,
favores le dan regalos.
¿No se ha ido? Señor mío,
¿sois vos?

MARC. Bruno serenado
y yo somos maza y mona
que un romadizo aguardamos.

BRUNO. Soy, Evandra de mis ojos,
un enfermo que esperando
que salga el sol de tu luz,
á tus umbrales aguardo.
¿Quieres abrirme, mi bien?

MARC. Abra, mientras que yo abro,
entre dormido y hambriento,
bostezos y boca á palmos.

EVAND. Perdona si mis recelos
se muestran contigo avaros,
y el hospedaje te niega
quien su libertad te ha dado.
Amor es niño, y se atreve,
si sólo y determinado
le ofrece el tiempo y la noche
cabellos ocasionados.
Yo estimo tanto mi honor,
que no ha de tocar mi mano
quien no me la dé de esposo
debajo del yugo santo.
Y es esto con tanto extremo,
que cuando hubiera llegado
á tomármela por fuerza
el hombre más torpe y bajo,
ó me casara con él,
ó hiciera matarle en pago
de su loco atrevimiento.
Esto obliga á mi recato
á no admitirte en mi casa;
pero si quieres despacio
hablarme y verme, esta noche
Lorena me ha convidado
(que es mi amiga y es mi deuda)
á divertir el enfado
del calor, entreteniendo
juegos noches de verano.
Dos casas vive de aquí;
procura que nos veamos:
dispondremos nuestras cosas,
y adiós. ¡Hola! dame un manto.

(*Éntrase* Evandra.)

ESCENA VI

DICHOS, *menos* EVANDRA.

MARC. ¿Juegos sin cena? ¡Abrenuncio!
Manden que nos echen algo,
ya sea asado ó cocido,
que á la hambre no hay pan malo.

BRUNO. Conde, esta noche pretendo,
temores asegurando,
desposarme con mi Evandra,
si ayudáis mi intento casto.
Yo sé que ella lo desea,
y mi padre, aunque enojado,
es padre, en fin, y piadoso,
en olvido pondrá agravios:
¿qué os parece?

PRÓSP. Divertido
estaba. Si desposaros
intentáis, padrino soy;
no cuidéis de costa y gastos.
Vamos á trocar vestidos
de gala.

BRUNO. A estar Alejandro
vivo ¡qué envidia os tuviera!

PRÓSP. (*Aparte.*) ¡Oh, mujer divina!

BRUNO. Vamos.

PRÓSP. (*Aparte.*) Si con palabras hechizas,
¿qué harás con los bellos rayos
que en tu hermosura contemplo?
Amor ciego, retiraos;
pensamientos, resistid,
que si cobardes y flacos

os rendís, mi amigo ofendo:
mas con amor no hay agravios.
(Vanse Bruno *y* Próspero.*)*

ESCENA VII

MARCIÓN *y* LAURETA *á la ventana.*

MARC. ¡Cé! Laureta; ¡ce! ¡be! ¡de!
LAUR. ¿Quién llama?
MARC. Yo llamo y amo.
LAUR. ¿Y qué me quieres?
MARC. Que me quieras.
LAUR. Lávese primero.
MARC. Lavo
cara, sotana y manteo,
para servirte lavado.
LAUR. ¿Y tiene agua?
MARC. No.
LAUR. ¡Agua va!
(Arrójale agua y retírase.)

ESCENA VIII

MARCIÓN, *solo.*

¡Ay! esta es agua, este es caldo;
llena está de zarandajas;
güeso es este, este estropajo.
¡Oh, ladrona! no os me iréis
al otro mundo á pagallo. *(Vase.)*

ESCENA IX

ATAULFO *y* LORENA.

LORENA. ¡Qué quieres! estoy celosa,
Ataulfo, con razón.
ATAUL. Espuelas los celos son
de una pasión amorosa;
mas sin causa, ya tú ves
si serán, Lorena, injustos.
LORENA. Eres tratante de gustos;
grande será tu interés.
¿Qué tanto habrá que no vienes
á esta casa?
ATAUL. Ocupaciones
impiden tanto...
LORENA. Aficiones,
dirás mejor. ¿Las que tienes
te impidieran el venir
á verme?
ATAUL. ¡Qué tal escucho!
LORENA. Haste encargado de mucho;
no con todo has de cumplir.
Lo que no es tan importante,
que es mi honor, olvidarás.
ATAUL. Pesada, Lorena, estás.
No pase más adelante
tu enojo, que, vive Dios,
á pensar que hablas de veras,
que á mi muerte causa dieras.
Amor puede entre los dos
hacer paces, que en cuidados
como estos, los celos son
como quien mete quistión
entre dos enamorados,
que después de estar reñidos,
pasado el primer furor,
aumenta llamas su amor
y ellos se quedan corridos.
LORENA. Ahora bien; yo te perdono
como propongas la enmienda.
ATAUL. No hay cosa en mí que te ofenda:
mi firmeza está en abono.
¿En qué pasatiempo piensas
pasar esta noche injurias
del calor?
LORENA. Contra sus furias
tú entretienes y dispensas,
que como amor predomina,
su fuego, y no el tiempo, abrasa.
Esperando estoy en casa
á Evandra, nuestra vecina.
Es amante suyo Bruno,
y como á honrados respetos
del amor viven sujetos,
les doy lugar oportuno
para que se vean aquí.
ATAUL. Bruno es cuerdo y es mi amigo.
Más á quererte me obligo
si ayudas su amor así:
pero este debe de ser.

ESCENA X

DICHOS *y el* CONDE PRÓSPERO.

PRÓSP. Ociosidad y calor
necesitan el favor,
Lorena, que entretener
sabe, cortés y discreto,
á quien se vale de vos.
ATAUL. ¡Conde y señor!
PRÓSP. De los dos
buena noche me prometo.
LORENA. ¿Vueseñoría en mi casa?
PRÓSP. Una güéspeda tan bella
habéis de tener en ella,
que su memoria me abrasa.
Da licencia á mi deseo
y anima mis desatinos;
pero con tales padrinos
como en vosotros dos veo,
no saldrá mal despachado
el pleito con que he venido.
ATAUL. Por señor os he tenido,
de serviros me he preciado,
y comprara yo ocasiones
á costa de mis desvelos
para serviros.
PRÓSP. Con celos,
amor y imaginaciones
vengo, Ataulfo, á ampararme
de vuestro noble favor
y de Lorena.
LORENA. Señor,
serviros de mí, es honrarme.
PRÓSP. ¿A Evandra habéis convidado
esta noche?
LORENA. Y tarda ya.
PRÓSP. Bruno, que en su amor está
tiernamente transformado,
contándome sus empleos,

de suerte me encareció
su hermosura, que engendró
en mí, si no amor, deseos.
Dióle audiencia una ventana,
de mi libertad hechizo,
de donde le satisfizo
tan honesta y cortesana,
que aunque la tiniebla oscura
ver su cara me negó,
su discreción confirmó
en mis penas su hermosura;
porque alma tan discreta,
¿quién duda que en cuerpo vive
hermoso, y que la apercibe
posada en todo perfeta?
A ver por los ojos vengo
si corresponde esta dama
con mis dudas y su fama.

LORENA. Yo por dichosa me tengo
de que hagáis esta experiencia
en mi casa, y si á testigos
de toda verdad amigos
gustáis de dar fe en ausencia,
yo os prometo que Evandra es
envidia de la hermosura.

ATAUL. Y en donaire y hermosura,
hija de las Gracias tres.

LORENA. ¿No basta que yo la alabe,
sin que vos seáis su orador?

PRÓSP. ¿Son celos?

LORENA. Celos y amor.

PRÓSP. Es un mixto ese süave.

LORENA. Y ésta, Evandra, que ha venido
á sacarme verdadera.

ESCENA XI

DICHOS, *y* EVANDRA *y* LAURETA *con mantos.*

EVAND. Amiga.

LORENA. A quien os espera
amante, habéis ofendido.

ATAUL. Y á esta casa, que sin vos
todo bien juzga pequeño.

EVAND. No echará menos su dueño
ocupándola los dos.

LORENA. Hablad al Conde, á quien debo
por vos aquesta merced.

PRÓSP. (*Ap.*) (¡Ojos, venda os poned,
no os cieguen rayos de Febo!)

EVAND. Vueseñoría me dé
sus manos.

PRÓSP. (*Ap.*) (A ser de esposo,
mil veces yo venturoso.)
Una alma, Evandra, os daré,
que se enamoró de oiros,
y os idolatra de veros,
se eterniza con quereros,
y se honra con serviros.

EVAND. A no saber yo cuán largo
sois, señor, en dar favor
á medida del valor,
que siempre tenéis á cargo,
y mis méritos indignos,
ó me hiciérades correr,
Conde, ó ensoberbecer.

PRÓSP. Si en esos ojos benignos
para Bruno, y para mí
no oso decir rigurosos,
pensamientos amorosos
hallasen piedad, aquí
dará un Conde que os adora
á su ventura la palma,
haciéndoos, como del alma,
de cuanto tiene, señora.

EVAND. Suplico á vueseñoría
que mude conversación,
que afrentarme no es razón,
aunque honrarme es cortesía.

PRÓSP. La verdad, por Dios, os digo.

EVAND. Serálo el encarecer,
pero no podré creer
que en ofensa de un amigo,
á quien su favor admite,
mientras que no desmerece
cuando su casa le ofrece,
su dama le solicite.

PRÓSP. Si es Bruno, culpad su amor,
pues ofendiendo el secreto,
aunque amante, fué indiscreto
y necio encarecedor
de belleza, cuya copia
materia ha dado á mi pena,
pues peligra en dama ajena
y deshonra en mujer propia.
Yo estimaba su amistad,
mas ya no será razón
habiendo sido ocasión
de perder mi libertad.
Dejad que mi dicha ordene,
aunque mi lealtad estrague.
Quien tal hace, que tal pague:
quien tal paga, que tal pene.

EVAND. Yo, Conde, soy diferente
de opinión, que es rigor grave
que porque Bruno me alabe,
olvidándole le afrente;
y quiero que sea testigo
de mi amor la noble llama;
que sé hacer más firme dama
que vos, Conde, fiel amigo.

ATAUL. Ahorremos de intercesiones,
Lorena, que lo mejor
entre pendencias de amor
es ofrecer ocasiones.
El Conde es noble, y merece
lo que Bruno es razón pierda:
su alabanza poco cuerda
justo castigo le ofrece.

LORENA. Quédense solos los dos,
y averiguen sin testigos
obligaciones de amigos
y de amantes.

ATAUL. Bien, por Dios.
Las luces mato, fingiendo
que voy á despabilarlas.

LORENA. (*A Próspero.*) Las ocasiones, gozarlas
el que es sabio.

PRÓSP. Ya te entiendo.

(*Vanse* Ataulfo *y* Lorena, *después de apagar las luces.*)

ESCENA XII

El Conde PRÓSPERO *y* EVANDRA.

EVAND. ¡Ay, cielos! Conde ¿qué es esto?
PRÓSP. Fuerza, Evandra, de mi amor.
EVAND. Ataulfo, ¿vos traidor?
¿vos, Conde, tan descompuesto?
¿tú, Lorena, desleal?
Soltad, Conde; soltad, digo;
torpe amante, ruin amigo,
soltad la mano.
PRÓSP. En igual
correspondencia, si pasa
mi amor á lo que interesa,
seréis mi esposa y Condesa,
dueño seréis de mi casa.
Quien os tocase la mano,
oí yo que había de ser
vuestro esposo, y sois mujer
noble y firme, no hagáis vano
juramento en que me va
la vida. La mano os toco;
yo os adoro, yo estoy loco.
EVAND. Basta, Conde, basta ya.

ESCENA XIII

El Conde PRÓSPERO, EVANDRA, ATAULFO, LORENA *y* LAURETA *con luces.*

ATAUL. Bruno, Próspero, está en casa;
sosegáos y componéos.
PRÓSP. ¡Ay, amorosos deseos!
¿qué hará un alma que se abrasa?

ESCENA XIV

DICHOS, BRUNO *y* MARCIÓN.

BRUNO. Por la mano me ganáis,
señor Conde.
PRÓSP. Por la mano
que pierdo, la mano gano.
BRUNO. ¡Qué solícito me honráis!
MARC. Ya yo he mudado de pelo.
¿No me ves en otro traje,
Laureta?
LAURET. ¿Es lacayo ó paje?
MARC. Laquipaje, vive el cielo.
No hay caballos que curar;
mientras se compra un morcillo,
á fuer de obispo de anillo,
soy lacayo titular.
BRUNO. Turbada, mi Evandra, estáis.
EVAND. Ocasión debe de haber.
BRUNO. Mis desdichas deben ser.
EVAND. Es, sin duda.
BRUNO. Vos bastáis
á aliviarlas y el favor
que por el Conde consigo.
EVAND. Tenéis en él un amigo
de notable ley y amor.
LORENA. Remitid cosas de amores
para después, y juguemos
un rato.
EVAND. ¿A qué?
LORENA. Bien podremos
pasar jugando á las flores
horas que pasadas son
por el calor.
PRÓSP. *(Aparte.)* Niño astuto,
en flor estáis; dadme fruto,
que no hay bien sin posesión.
BRUNO. Sentémonos, pues, si el Conde
gusta de nuestros floreos.
(Siéntanse y sacan una cesta de flores.)
PRÓSP. Si á flores de mis deseos
igual fruto corresponde,
poco va de juego á fuego:
jugando pienso abrasarme.
LORENA. Tome el Conde.
LAURET. ¿Y no ha de darme
también flores?
MARC. Ya llego
á entregarte la más bella
y más olorosa flor,
porque sospecha mi amor,
Laureta, que estás sin ella.
LAURET. Miente el pajilacayazo.
MARC. Esta hoja en su lugar lleva,
y taparáste, como Eva,
con la hoja de un lampazo.
LAURET. Esta es ortiga.
MARC. Perdona
si te he venido á picar,
porque así pienso pagar
el *agua va*, socarrona.
PRÓSP. Este clavel me ha cabido.
ATAUL. ¿A qué dama se le dáis?
PRÓSP. Donde vos, Evandra, estáis,
fuera mi amor sin sentido,
si duraron mis cuidados
de dárosle en esta empresa.
LORENA. El cielo os haga Condesa.
ATAUL. Dios os haga bien casados.
(Levántase y quítale la flor.)
LORENA. Evandra y el Conde vivan.
ATAUL. Para en uno son los dos.
BRUNO. ¿Qué es eso, Próspero? Vos,
en quien mis honras estriban,
¿Consentís que os intitulen
esposo de quien adoro?
MARC. Por Dios, que han soltado el toro.
BRUNO. No es bien que se disimulen
mis agravios. Con la espada
pienso deshacer traidores
engaños, que cifran flores
contra una amistad quebrada.
PRÓSP. Bruno, advertid que conmigo
no es justo que compitáis,
BRUNO. ¿Fe rompéis y flores dáis?
¿Vos sois noble? ¿Vos amigo?
PRÓSP. Soy noble, y por eso os dejo;
soy digno merecedor
de Evandra, y es mi valor
tal, si no mudáis consejo,
que os obligará á dejar
prenda que no merecéis.
BRUNO. ¿Cómo celos, si esto veis,
no me procuráis vengar?
ATAUL. Bruno, en aquesta ocasión,
temed la airada venganza
del Conde.
BRUNO. Presto me alcanza,
padre, vuestra maldición.

Ya el amigo en quien fié
la prenda de más estima,
me usurpa.

MARC. Al Conde se arrima
todo hombre: lo mismo haré.
¡Viva quien vence!

ATAUL. Dejad,
Bruno, locas competencias,
y veréis las experiencias
que obligan á mi amistad
á este lado contra vos.

LORENA. Bruno, á Evandra el Conde adora.

MARC. Bruno, disimula agora,
que eres uno, y ellos dos.

BRUNO. Ingrata, ¿así corresponde
tu amor mudable á seis años
de penas?

ATAUL. Los desengaños
juzguen si es mejor un Conde
de quien Evandra sea esposa,
que no un pobre caballero.

BRUNO. ¿Muda estás, cruel? Ya infiero
que consientes engañosa.

EVAND. ¡Cielos! ¿Hay tal confusión?

MARC. Ella es una buena lanza,
fuego azul.

BRUNO. Presto me alcanza,
padre, vuestra maldición.

ESCENA XV

DICHOS *y el* TÍO DE EVANDRA.

TÍO DE E. ¿Qué alboroto desatina
la vecindad de este modo?

MARC. ¿Mas que viene el barrio todo?

TÍO DE E. Tenéos, ¿qué es esto, sobrina?
Bruno, ¿qué es esto?

BRUNO. Pasiones
del amor y la amistad
son contra la deslealtad
sobre las jurisdicciones.

PRÓSPERO.

Parte sois desta causa, pues sois tío,
Artemio noble, de mi Evandra bella,
y juez habéis de ser, que de vos fío,
la sentencia en favor de mi querella.
Vendióse Bruno por amigo mío;
pero interés de amor, ¿qué no atropella,
si es mercader que en ferias de amistades
amigos vende y compra voluntades?
A vuestra Evandra amaba, hermoso objeto
de mi ventura, y fué correspondido
seis años, aunque á costa del respeto
que á sus letras y padres ha perdido,
desheredóle en fin: forzoso efeto
de un hijo inobediente y atrevido.
Contóme sus desgracias y pobreza,
á que acudió piadosa mi largueza;
encarecióme tanto la hermosura
de su dama; juntó merecimientos,
nobleza, discreción, gracia y cordura,
que despertó en mí nuevos pensamientos.
Quien á su dama alaba, ¿qué procura?
¿De qué sirven (decí) encarecimientos,
que aun dentro el alma los amantes sabios
recelan, cuanto y más rompiendo labios?
¿Quién alabó el manjar al deseoso
que no se lo quitase de las manos?
¿el tesoro al corsario; al ambicioso
la privanza de reyes y tiranos?;
¿la empresa de valor al generoso,
joya á mujer y gala á cortesano,
ni dama á amigo, que aunque más lo fuese,
su posesión á riesgo no pusiese?
Ví su belleza; fué mi amor testigo
de lo que puede la alabanza agena:
juzgad si es bien que niegue por mi amigo
mi gloria propia á costa de mi pena.
Sírvale su alabanza de castigo,
pues su lengua habladora le condena,
y Evandra, pues su mano besé, hermosa,
su juramento cumpla y sea mi esposa.

TÍO DE E. La ventura, Conde ilustre,
que dáis á nuestro linaje,
al ciego amor agradezco,
si niño, con vos gigante.
Evandra, si hermosa, es cuerda,
y si elección de vos hace,
premiando su discreción,
dará valor á su sangre.
No hay duda que os anteponga
olvidando mocedades
á Bruno, pues tal esposo
adquiere por tal amante.
Y cuando necia resista,
yo que en lugar de su padre
quedo con nombre de tío,
os la ofrezco de mi parte.
Cumplid, Bruno, mandamientos
tan dignos de respetarse,
y maldiciones temed,
siendo justas, que os alcancen.
Las letras que profesáis
seguid, pues sois estudiante,
y estudiad de hoy más por ellas
á callar, que es ignorante
quien antes de poseer
alaba prendas de nadie,
que dineros y hermosuras
siempre suelen codiciarse.
Dale, Evandra, al Conde el sí
con la mano.

LORENA. Amiga, baste
la resistencia que has hecho,
porque Condesa te llames.
Perdióte por hablador
quien no supo conservarte:
él fué necio; el Conde, cuerdo:
quien tal hace, que tal pague.

ATAUL. ¡Cuánto es mejor para esposo
quien sólo de oir nombrarte
te amó, que quien por hablar
conservar su amor no sabe!
Bruno es pobre, el Conde rico,
las maldiciones de un padre
es fuerza que participes
cuando con Bruno te cases.
Amor es fuego y sin oro
será fuerza que se apague,
que es la leña que le aumenta.
Méritos del Conde sabes;
escarmiente Bruno en tí,

y si, ame otra vez, no alabe
bellezas que perder puede:
quien tal hace, que tal pague.

LAURET. Si se ha de tomar mi voto,
danos señor que nos mande
rico y noble, que se muere
entre pobres amor de hambre.
Agarra una señoría,
visita esposas de grandes,
llévente en silla á la iglesia
y en carroza por las calles.
Quédese Bruno por bruto,
y pues es pobre, eche un guante,
que si por hablar te pierde,
quien tal hace, que tal pague.

EVAND. Pues todos me aconsejáis
lo que también puede estarme,
y Bruno por hablador
es digno de castigarle,
con la mano doy el alma
á Próspero, cuerdo amante,
que ya de derecho es suya,
si palabras satisfacen.
No será bien que por mí,
Bruno, pierdas calidades,
(como tu padre me dijo
su ponderado linaje.)
A tu sotana te vuelve,
deja galas arrogantes,
cursa escuelas, mira libros,
no eres pobre, mucho sabes.
Restituye plumas leves
con que ligero volaste
desde el sombrero al papel,
que pueden eternizarte,
y á un padre restituido,
cuando obediente le agrades,
Dios te haga un gran letrado,
como te hizo un necio amante.

(*Vanse todos menos* Bruno *y* Marción.)

ESCENA XVI

BRUNO *y* MARCIÓN.

MARC. ¡Pardiós! señor, que nos dejan
de paticas en la calle.
Tú sin dama, yo sin moza;
yo sin blanca, y tú sin padre:
¿qué diablos hemos de hacer?
Si admitir consejos sabes
como perder ocasiones,
lo que puedo aconsejarte
es, que del pródigo imites
el remedio, y cuando guardes
á los cerdos de su historia
harás la segunda parte,
que yo me voy á cumplir
maldiciones de mi madre,
que me dijo: «yo te vea,
plegue á Dios, ventero ó fraile.»
A lo primero me acojo:
quédate, adiós, que te guarde,
que pues alabaste de necio,
quien tal hace, que tal pague. (*Vase.*)

ESCENA XVII

BRUNO, *sólo.*

Quien maldiciones no teme,
razón será que le alcancen;
quien en amigos confía,
bien merece que le engañen;
quien guarda en cofres de vidro
tesoros que han de quebrarse,
siembra arena, funda en viento,
fía en juegos, carga en naves:
cuando sus pérdidas sienta,
ni se queje, ni se aparte;
porque amigos y mujeres
vidros son, que no diamantes.
¡Oh, desengaños del mundo!
cúrenme vuestras verdades,
pues experimento en mí
el desengaño más grande.
¿Con qué ojos podré volver
á los ojos de mi padre,
que no los ciegue mi afrenta,
que su rigor no me ultraje?
¿Volveré á cursar escuelas?
no, que aunque puedan honrarme,
mientras viviere he de ser,
si desdichado constante.
Pues ni en letras, ni en amores
tuve dicha, condenarme
quiero á la guerra, castigo
de vicios y mocedades.
Adios, patria; adios, amores;
adios, amigos mudables;
cruel padre, casa ingrata;
mujeres interesables,
que si hazañas dan ventura,
hoy tengo de aventurarme,
y dejar ejemplo en mí
del desengaño más grande.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

ENRICO, *emperador, y soldados con escalas y espadas desnudas.*

ENRICO. ¡Ea! nobles alemanes,
hecha está la batería:
muestren hoy mis capitanes
que en galas y bizarría
son fuertes, como galanes.
No os asombre el muro alto,
de valor y esfuerzo falto,
pues cuando no hubiera escalas,
la fama os diera sus alas.

TODOS. ¡Ea! ¡al asalto! ¡al asalto!

ENRICO. Arriba, amigos, arriba,
que ya la gente tirana
de esfuerzo y valor se priva:
¡viva la fama alemana!

UNO. ¡Viva Enrique cuarto!

TODOS. ¡Viva!

ESCENA II

DICHOS *y* MARCIÓN, *armado á lo gracioso.*

MARC. ¡Viva lo que Dios quisiere,
y viva Marción también,
que es un borracho el que muere!
ENRICO. ¡Ea, soldados!
MARC. ¿No ven
que quedo se está? Si quiere
que el soldado fuerte sea,
justo es que á su dueño vea
que la bandera enarbola.
Todo amo manda con *hola*,
todo Emperador con *ea*.
¡Cuerpo de Cristo! consejos
deje, y hazañas celebre
quien honra soldados viejos,
que si el capitán es liebre,
los soldados son conejos.
ENRICO. (*A Marción.*) ¿Qué vos, soldado, aquí?
¿cómo no subís?
MARC. Subí,
y siendo, señor, soldado,
ya pienso que soy quebrado,
y busco un braguero. Fuí
al asalto y confusión,
y huyendo de su apretura,
no quise hacer la razón,
que brindan con confitura
de bellaca digestión.
Manteles puestos consuelan
mesas, que el manjar revelan
sobre bufetes seguros,
pero no lienzos de muros,
que á golpes se desmantelan.
«Brindis», dijo un artillero;
«Caraus, respondí, patrón»,
y el maldito tabernero,
diciendo, «haced la razón»,
desató en lugar de cuero
un esmeril, que reparo
pecho por tierra al amparo
de un foso en el campo nuevo;
y respondíle: «no bebo
en ayunas de lo caro»;
«pues vaya este perdigón»,
replicó, y al punto arruga
un mosquete el bellacón.
Yo dije: «está sin pechuga,
y hoy hago yo colación.»
Díle lugar por la yerba,
y él replicó: «pues reserva
su vida; mientras que ayuna,
allá va aquesta aceituna
y esta naranja en conserva.»
Arrojóme de repente
dos pellotas enramadas,
y respondíle: «pariente,
aquesas nueces moscadas
vendeldas con aguardiente.»
«Que me place», dijo luego;
y como el caballo griego,
un infierno junto arroja;
mas diciendo: «el diablo coja
letuario envuelto en fuego»,
retiréme á las barreras,
que no es poca valentía,
porque si entre tus banderas
hoy juega la artillería,
yo soy hombre muy de veras.
ENRICO. Vos sois un cobarde.
MARC. Y tal,
que no hallaréis igual;
pero todo hombre de bien
come lo que le está bien,
y no lo que le hace mal.
(*Sale al muro* Bruno, *y enarbola una bandera con las armas del imperio.*)
ENRICO. ¡Bravo valor! ¿Quién ha sido
aquel soldado valiente,
el primero que ha subido
al muro, para que afrente
al enemigo vencido?
Las águilas que enarbola,
blasón de la augusta bola,
por su alférez le tendrán.
MARC. ¡Vitor Bruno, capitán!
y á quien le pesare, cola.
ENRICO. ¿Bruno se llama?
MARC. Y mi dueño
que la pluma por la lanza
trocó, y en tiempo pequeño,
si en escuelas fama alcanza,
aquí es un Marte aguileño.
No fué Hércules con Caco
tan valiente, ni de Baco
tan grande valor publico.
UNOS. ¡Victoria! ¡victoria!
OTROS. Enrico.
TODOS. ¡Viva Enrico!
OTROS. Al saco, al saco.

ESCENA III

ENRICO, MARCIÓN, MILARDO *y soldados.*

MILARDO. Si tu augusta majestad
pretende gozar despojos
desta rendida ciudad,
yo he visto dos soles rojos
de más divina beldad.
No es digno su resplandor
sino de un Emperador;
mas si no los goza Enrico,
premia hazañas, te suplico,
de Milardo con mi amor.
Cuando el oro á todos sobre,
merezca yo que posea
belleza que mi fe cobre,
que no es bien que presa sea
de un soldado humilde y pobre.
Por sólo aqueste interés,
pídeme hazañas después
á medida de tu gusto.

ESCENA IV

DICHOS, BRUNO *y* VISORA.

BRUNO. Un soldado, invicto augusto,
sus labios honra á tus pies.
ENRICO. No están, Bruno, bien premiados
ansí, ni su fama abonas,
que yo los ví levantados

hacer de muros coronas,
por tu esfuerzo conquistados.
Brazos tengo con que honrarte,
si á falta de los de Marte,
los de un Emperador son
bastantes.

BRUNO. Por tal blasón,
otra vez quiero besarte
tus sacros pies; pero ¿quién
te dijo mi nombre?

ENRICO. Den,
á pesar de olvidos viles,
los pinceles y buriles
fama y nombre á cuantos ven
las hazañas que este día
te ilustran, y no te asombres
que sepa tu nombre; fía
de mí, que inmortales nombres
te ha de dar tu valentía.
¡Qué belleza celestial!
(Reparando en Visora.)

BRUNO. De tu valor imperial
es sólo merecedora.

ENRICO. ¿Cómo te llamas?

VISORA. Visora.

ENRICO. Dí, serafín celestial.
Cuando sólo conquistaras,
Bruno, esta sin par belleza,
hazañas aventajaras
de cuantas la fortaleza
celebra en bronces y en aras.
Dí quién eres, pues que das
mientras que triunfando estás
la fama que noble adquieres,
porque cuánto menos fueres,
[yo] pienso ensalzarte más.

BRUNO. Colonia, augusta ciudad,
César y monarca invicto,
tan ilustre entre modernos,
tan celebrada de antiguos,
es mi patria, y tengo en ella
un padre prudente y rico,
de sangre calificada
entre ilustres y patricios.
Nací solo, vinculando
el amor, que repartido
suele ser en otros padres
menos, siendo más los hijos.
Estudié felicemente,
dando muestra en mis principios
de fertilizar con letras
la fama que adquieren libros.
Graduéme de maestro;
llevé entre ingenios divinos,
cátedras que autorizaron
mis años entretenidos.
Gustara mi viejo padre
que echara por el camino
de la iglesia, por tener
algunos deudos obispos;
pero, amor, más poderoso,
rayo dios, gigante niño,
para cuya resistencia
suelen ser diamantes vidros,
sujetó mis verdes años
al más hermoso prodigio
que encareció la belleza
entre sus dulces hechizos.
Evandra, ilustre, si pobre,
destruición de mi albedrío,
prisión de mi libertad
y cárcel de mis sentidos,
enamorándome honesta,
multiplicó desvaríos,
tiranizó libertades,
y dió materia á suspiros.
Quíseme casar con ella;
pero mi padre, ofendido
de ver malograr mis letras,
ya con consejos prolijos,
ya con ruegos paternales,
ya con enojos fingidos
y maldiciones de veras,
impedir mi intento quiso.
Entre amenazas y miedos
en su presencia me dijo:
«Plegue á Dios te sea traidor,
Bruno ingrato, el más amigo;
la prenda por quien me dejas
te quite á tus ojos mismos;
ella te desprecie, odiosa,
pagando amor con olvido.»
¡Ay, Dios! ¡qué bien se cumplió!
No pasaron, señor, siglos,
años y horas, que los cielos,
con desdeñoso castigo,
en fe destas maldiciones,
el conde Próspero, indigno
de la amistad profanada,
que le llamaba Zopiro,
enamorado de Evandra,
y ella del estado rico,
que interesó con querelle,
dando á sus quejas oídos,
juntáronse en yugo ciego,
dejando desvanecidos
deseos, entre esperanzas
de seis años de servicios.
Casáronse al fin los dos,
y viéndome aborrecido
de mi padre, de mis deudos,
y lo que es más, de mí mismo,
salí á buscar muerte honrosa,
creyendo hallar el olvido
de celos desesperados
entre armados enemigos.
Supe que aquesta ciudad,
rebelde al valor invicto
de tu majestad cesárea,
temor del planeta quinto,
te negaba la obediencia,
y sus infieles vecinos,
armándose contra ti,
despreciaban tus edictos;
que con tu campo imperial
la ponías cerco y sitio,
honrando con tu presencia
tus alemanes presidios.
Alistéme por soldado,
batióse el muro prolijo,
postrando montes de piedra,
abortos del fuego en tiros.
Hízose la batería,
y publicaron los bríos

de tu venganza el asalto,
de los rebeldes castigo.
Celos y amor con desprecio
pudieron tanto conmigo,
que desesperado y loco,
alentado de los gritos
con que animabas cobardes,
no hazañas, mas desatinos,
me subieron el primero
sobre los muros altivos
de la rebelde ciudad,
y sobre el mayor castillo
las águilas imperiales
puse, si amante, atrevido.
Bajé al saco, codicioso,
y mientras despojos ricos
robaba el atrevimiento,
llorando viejos y niños,
en el más noble palacio
que ilustra con edificios
la ya rendida ciudad,
entro, y de rodillas miro
á los pies de un vil soldado
el asombro peregrino
desta belleza hechicera,
si hermosuras son hechizos.
Determinaba forzalla
sin refrenar sus suspiros
torpezas que en pechos viles
se rinden al apetito.
Impedíselo, piadoso;
pedísela, comedido,
á rescate, y respondióme
soberbio y desvanecido.
Pero yo, que de ordinario
al noble acero remito
lo que la lengua no alcanza,
de amor y vida le privo.
La noble presa consuelo,
su honor precioso redimo;
pagado en perlas que llora
y ensartan preciosos hilos.
Supe que era única prenda
del más ilustre vecino
desta ciudad, que á tus armas
muerto, pagó sus delitos;
y juzgando su belleza
por intercesor benigno
contra tu enojo severo,
á tus pies, augusto invicto,
la presento, confiado
que premiando este servicio,
y consolando estos ojos,
perdonarás los rendidos.

ENRICO. Con muchas obligaciones,
Bruno noble, has adquirido
el favor que hacerte pienso,
de tus nobles partes digno.
Hidalga sangre te ilustra,
letras te han engrandecido,
hazañas te dan valor,
despojos me has ofrecido
merecedores de premios,
no sé si diga divinos,
pues me confieso, aunque César,
de tu cautiva, cautivo.
Siendo, pues, Bruno famoso,
cuerdo, sabio, bien nacido,
valeroso y liberal,
justo es ser agradecido,
y honrar mi paz y mi guerra
desde este punto contigo.
Acreditando privanzas,
que en ti ilustrar determino,
gobierna mi augusto estado,
y entre las armas y libros,
da consejos y haz hazañas,
reparte cargos y oficios.
Esa divina hermosura
en tu lealtad deposito;
sé alcaide de ese tesoro
y ángel dese paraíso.
Celos de la Emperatriz
temo que han de ser castigo
del amor con que me abrasa.
No la vea, que imagino
que la vida han de quitalla
mis forzosos desatinos,
puesto que á quererlo el cielo,
le agradeciera propicio
si en las sienes de Visora
pudiera el laurel invicto
de mi corona ufanarse,
ó la que al sol dora signos.
Mi esposa, Bruno, es aquesta
que á recibirme ha venido
desde mi Corte imperial.
Mientras que favores finjo
con que á los suyos engañe,
sirve á quien el alma humillo;
guárdamela cuidadoso,
y haz que tenga amor á Enrico.
(Vase.)

ESCENA V

BRUNO, VISORA y MARCIÓN.

BRUNO. ¡Oh, maldiciones dichosas!
¡Oh, amorosos laberintos,
en los fines provechosos,
si fieros en los principios!
¡Oh, desdenes bien premiados!
¡Desengaños no entendidos!
¡Amistades mal pagadas!:
ya os adoro, ya os estimo.
Por vosotras honra adquiero,
á privanzas me sublimo,
cargos intereso honrosos,
mi sangre noble autorizo.
Si á logro pérdidas dan
tal ganancia, desde hoy digo
con César, que me perdiera
si no me hubiera perdido.

VISORA. Añade á esas dichas todas,
si á mi amor, Bruno, te obligo,
la voluntad que te tengo,
y en vano honesta resisto.
Bruno, tu cautiva soy;
de atrevimientos lascivos
de un soldado me libraste,
de mi honor defensa has sido;
agora, pues, que deudora
la fama que has ofendido,

premios te ofrece del alma
que en medio del pecho cifro,
¿será razón que violentes
tan generosos principios,
y consientas que profane
lo que defendiste, Enrico?
No lo permitan los cielos,
ni el valor que he conocido
en tu invencible nobleza,
á quien mi esperanza rindo.
Padres ilustres me han dado,
si no dicha, nobles bríos
para defender mi fama,
que ya por tuya la estimo;
del soldado me libraste,
librame también de Enrico,
que no mudan la deshonra,
Bruno, sujetos distintos.
Mi dueño eres, sé mi esposo;
tesoros tengo infinitos
de la fuerza de la guerra
seguramente escondidos.
En la calidad te igualo,
y en el amor excesivo
te llevo tantas ventajas
como es el tuyo testigo.
Con honra, Bruno, me hallaste;
con ella también te pido
me dejes, ó no te nombres
de honor y nobleza digno.

BRUNO. Visora, los desengaños
sonaron locos hechizos
en mí de promesas vanas,
que ya sepulta el olvido.
No más crédito engañoso,
no llantos de cocodrilos,
pues escapé, gloria al cielo,
seguro de sus peligros.
El Emperador te adora;
es mi señor, yo le sirvo;
tú eres suya de derecho,
por despojo le has cabido.
No afrentan deshonras reales;
pues tu fortuna lo quiso,
ama al César, y perdona.

MARC. A eso voy y aqueso digo.

VISORA. ¡Oh, avariento mercader!
¡que el interés ha podido
tu valor poner en venta,
y la fama que te fió!
Pues mira bien lo que haces,
que si pierdo el honor mío
por tu causa, he de trocar
en rigores vengativos
el amor que te he mostrado.

BRUNO. Anda, y deja desatinos. *(Vase Visora.)*

ESCENA VI

BRUNO *y* MARCIÓN

MARC. ¿Y yo podréme volver
á mi lacayil oficio
y servirte?

BRUNO. Sí, Marción;
que puesto que ingrato has sido,
quiero perdonar tus faltas.

MARC. Ya son chazas, señor mío;
pelota rasgada soy,
pero si medro un vestido,
vuelto á tu casa dirás:
vuelve á casa pan perdido. *(Vanse.)*

ESCENA VII

La EMPERATRIZ, MILARDO *y acompañamiento.*

EMPERATRIZ.

¿Que es tan bella, Milardo, la cautiva?

MILARDO.

Ojos deslumbra y ánimos derriba,
vencida vencedora,
á mí me hechiza, al César enamora.
Si no ataja con tiempo sus desvelos,
en el infierno de la envidia y celos
llorará vuestra Alteza
competencias de amor en su belleza.

EMPERATRIZ.

No tendrá Enrico, á quien el alma he dado,
el gusto de su amor tan estragado,
que puesto que en ausencia
cualquier belleza me haga competencia,
ya que le he visto alegre, me prometo
las ventajas de amor, siendo su objeto.
Pero ¿quién fué el soldado
que, atrevido, tal presa ha presentado
al César, dando causa á mis enojos,
materia á celos y á su amor despojos?

MILARDO.

Bruno, extranjero y pobre,
porque soberbia la bajeza cobre,
más loco que valiente y animoso,
subió el primero al muro temeroso,
enarbolando al viento,
Aguilas del imperio, en cuyo asiento
fijando el estandarte, dió materia
á su ventura y fin á su miseria [1];
pues obligado Enrico
á su esfuerzo ó locura, certifico
á Vuestra Majestad que le ha entregado
en guerra y paz vuestro imperial estado.
Este, rendido el muro,
á la ciudad bajó, donde seguro
de la muerte, que á míseros perdona,
mientras el campo el saco real pregona,
despreciando riquezas,
despojos busca sólo de bellezas;
y salióle dichosa su fortuna
aun hasta en esto, pues hallando una
ostentación hermosa
de la naturaleza prodigiosa,
á Enrico la presenta,
con que su fama y su favor aumenta,
pues rendido el Augusto á sus amores,
de cargos carga á Bruno y de favores.
Los despachos le entrega
deste imperio; que en fin, es pasión ciega
la voluntad enamorada y loca,
y no es el alma á resistencias roca.

---

1 En el original «memoria».

En fin, Bruno, señora,
es el depositario de Visora,
y porque guarda al César la cautiva,
el imperio gobierna, y con él priva.

EMPERATRIZ

Subió el villano presto;
presto caerá del encumbrado puesto.
Medios ruines no son escalones
que sustentan privanzas y ambiciones,
y más si los derriban
celos y agravios que en furor estriban.
Mujer soy agraviada y poderosa;
para su muerte basta estar celosa.
Mas ¿qué es esto?

ESCENA VIII

DICHOS, LEIDA, *dama, con guitarra, y dos* SOLDADOS *que la conducen prisionera.*

SOLDADO 1.°

A tu Alteza
prisionera presento esta belleza,
que huyendo de la furia
que á esta ciudad castiga por su injuria,
estos montes vagaba
y sus penas cantando disfrazaba,
pues con su melodía
orbes paraba y vientos suspendía.

EMPERATRIZ.

¿Eres música?

LEIDA.

Templo
males con la paciencia, y al ejemplo
de los trabajos míos,
suspendo con acentos desvaríos;
y como es propio efeto
de la música obrar en el sujeto
según sus calidades,
aumentando á tristezas soledades,
y al contento alegría,
penas, cantando, á penas añadía:
que el triste, gran señora,
mejor entonces canta cuando llora.

EMPERATRIZ.

Si la música aumenta
la pasión del sujeto en quien se asienta,
canta envidia y desvelos,
porque celos aumentes á mis celos;
crecerá la esperanza
que tengo, en mis agravios, de venganza.

LEIDA. (*Canta.*) *El que buscare ponzoñas*
de tal virtud y poder
que maten á sangre fría,
busque celos en mujer.
El que venganza desea
contra el olvido y desdén,
que dan la muerte viviendo,
busque celos en mujer.
Quien basiliscos buscare,
áspides quisiere ver,
y onzas, hurtados sus hijos,
busque celos en mujer.

EMPER. Basta, no prosigas más:
todo aqueso vengo á ser:
ponzoña, venganza, tigre,
basilisco y áspid fué
contra Bruno mi sospecha.
De mi venganza cruel
verá efectos, pues que loco
buscó celos en mujer. (*Váse.*)

ESCENA IX

DICHOS, *menos la* EMPERATRIZ.

SOLD. 1.° ¿Qué esto? La Emperatriz
arrojando rayos fué
por los ojos; si sus perlas,
llamarlos rayos es bien.

MILARDO. Celos la abrasan el alma,
y de su infierno cruel
siento penas inmortales
en que me abraso también.
Envidia de la privanza
en que encumbrado se ve
este Bruno venturoso,
en mí muestra su poder.
Pero canta, Leida hermosa,
que si la música es
suspensión de penas tristes,
las que siento suspendré.

LEIDA. (*Canta.*) *El que en los Príncipes fía,*
y á la cumbre del poder
por el favor va subiendo,
mire cómo asienta el pie.
Por escaleras de vidro
sube el privado más fiel,
y es fácil cuando decienda
ó deslizar ó romper.

(*Sale* BRUNO *lleno de memoriales que le van dando, y* MARCIÓN *con él, y suspéndese oyendo cantar.*)

Aun en el cielo no tuvo
seguridad Lucifer,
pues no hubo más de un instante
desde el privar al caer.
Efímera es la privanza,
mudable el más firme Rey:
hoy derriban disfavores
al que ensalzaron ayer.

(*Vanse todos cantando, y quedan* BRUNO *y* MARCIÓN.)

ESCENA X

BRUNO *y* MARCIÓN

BRUNO. ¡Que mal pronóstico anuncia
la música que he escuchado
Del augusto soy privado;
¿si mi caida pronuncia
el acento temeroso
que agora acabo de oir?
Hoy que comencé á subir,
¿el caer será forzoso?
Fuí desdichado en amores;
por la guerra los dejé;
á Enrico el cuarto obligué;
mas mujeres y señores
son fábricas sobre el viento

porque el amor y privanza
ponen silla en la mudanza,
y es peligroso su asiento.

MARC. ¡Qué lleno de peticiones
te ha ocupado la ambición!
Ayer dabas petición
al poder, hoy las dispones:
á tal subir y privar
presto ser monarca esperas.

BRUNO. Acertáras si dijeras,
á tal subir, tal bajar.

MARC. ¿Pues qué tienes que temer?
¿Qué recelo hay que te espante?

BRUNO. ¿Que no hubo más que un instante
desde el subir al caer?
¡Oh, riesgo de la ambición!
¡Oh, peligros de un vasallo!

MARC. No hay hombre cuerdo á caballo,
pero tente tú al arzón,
pues con la carrera arrancas,
y luego no tengas miedo,
aunque también yo caer puedo,
porque en fin voy á las ancas.

ESCENA XI

ENRICO, BRUNO y MARCIÓN

ENRICO. Bruno, como es niño amor,
no sabe tener sosiego;
atormenta, como es fuego;
da priesa, como es furor.
Al hermoso resplandor
de Visora cera he sido;
Icaro soy, que he caido
del cielo de mi grandeza;
las plumas de la firmeza
á su sol se han derretido.
¿Parécete que pretenda,
mis tormentos dilatando,
sus favores obligando,
y que entretanto me encienda,
ó que enamorado ofenda
leyes de la cortesía,
y gozándola este día,
aunque obligaciones tuerza,
muestre al mundo que no hay fuerza
en poder ni en monarquía?

BRUNO. Gran señor, el dar consejos
es de la privanza oficio,
y el estar en tu servicio
puede suplir años viejos.
Los Príncipes son espejos
del mundo, y tú en el sagrado
solio imperial asentado,
es razón que alumbres más:
¿por qué luz después darás [1],
si eres espejo quebrado?
Visora al fin es mujer,
que, aunque cautiverios llora
y su muerto padre agora,
después [te] vendrá á querer.
La justicia en el poder
su conservación confía;
ampara la monarquía
la nobleza y opinión,
porque el poder sin razón
más parece tiranía.
Aunque eres Emperador,
no has de usar, en cuanto amante,
del poder siempre arrogante:
que ruegos vencen á amor.
Sirve, no en cuanto señor,
sino como enamorado;
ruega y regala humillado,
si al desdén quieres vencer,
que no es árbol la mujer
que ofrece el fruto forzado.

ENRICO. Si no fueras más valiente
que eres sabio consejero,
no debieras al acero
mi privanza.

MARC. Bruno, tente.

ENRICO. Persüádesme elocuente
que no pretenda á Visora
por fuerza cuando la adora
el alma que la entregué;
pero ya, villano, sé
que en mi ofensa te enamora.
Suelta la llave que ha sido
guarda suya, y la ocasión
de tu privanza.

MARC. Al arcón,
¡cuerpo de Dios!

BRUNO. Si ofendido
estás porque persuadido
de mi lealtad te aconsejo,
perdóname, que ya dejo
desde aquí de aconsejar,
porque te puedo quebrar
siendo, gran señor, mi espejo.
Como la verdad es dura,
quiebra tal vez el cristal:
yo, gran señor, hablé mal;
la lisonjeada ventura
es blanda, y así asegura
vidrios siempre delicados.
Lisonjeros sean criados
y pastores lisonjeros,
por humildes, verdaderos,
y por sello, despreciados.
Yo estoy tan lejos, señor,
de ofenderte, siendo amante,
cuanto desde aquí adelante
con recelo y con temor
de caer de tu favor.
Goza á Visora y procura
tu esperanza hacer segura,
que cuando á tus plantas ven
el mundo, no será bien
resistirte una hermosura.

MARC. Eso sí, ¡cuerpo de Dios!,
vístete del mismo paño;
viva y venza aquí el engaño,
y medraremos los dos.

BRUNO. *(Aparte.)* Padre, si os creyera á vos,
mis estudios prosiguiera,
y en riesgos no me metiera
del favor y la privanza:
vuestra maldición me alcanza,
cuanto justa, verdadera.

---

1 Así en el original; parece debiera decir: «pues qué [illegible]», etc.

ENRICO. Hoy, Bruno, á privar empiezas.
Si te quieres conservar,
sombra has de ser y imitar
en palacio las grandezas.
Vuelve á consolar tristezas,
que si tu discreción sabe
agradarme, el cargo grave
gozarás que te di agora.
Sácame, Bruno, á Visora;
tráela aquí; toma la llave.
Pero, detente, que viene
la Emperatriz.

BRUNO. (*Aparte.*) ¡Ay, de mí!
¿Que el palacio trata así
á quien con honras mantiene?
¿Que tan flaco asiento tiene
en él el sublime puesto?
¡Subir y bajar tan presto!

ESCENA XII

ENRICO, *la* EMPERATRIZ, BRUNO *y* MARCIÓN.

EMPER. ¡Gran señor!

ENRICO. Esposa mía.

EMPER. ¿Qué nueva melancolía
os entristece? ¿Qué es esto?

ENRICO. (*Ap. á* Bruno.) Si tú obediente cumplieras
lo que te mandó mi amor,
y necio aconsejador,
mis deseos no impidieras,
ni mis tormentos crecieras,
ni á mi esposa alborotaras,
haciendo sospechas claras
que ha visto en mi turbación.

EMPER. ¿No merece mi afición
que me hables? ¿No te declaras?

ENRICO. Entronizar un villano,
necio y desagradecido,
causa de mi enojo ha sido.
Díle indiscreto la mano,
subió por el viento vano,
y al mismo paso ha de ser
fuerza que vuelva á caer:
pregúntale lo demás. (*Vase.*)

ESCENA XIII

DICHOS, *menos* ENRICO.

EMPER. ¿De aquesa suerte te vas?—
Celos tengo, y soy mujer;
satisfacellos conviene.—
Ven acá. ¿Por qué ocasión,
con tan grande indignación,
contra ti enojos previene?

BRUNO. La culpa esta llave tiene,
en que me premia y castiga
quien al silencio me obliga,
que ha de eslabonar mis daños
por no creer desengaños:
ella la verdad te diga.
(*Da la llave á la* Emperatriz *y vase.*)

ESCENA XIV

La EMPERATRIZ *y* MARCIÓN, *que se finje mudo.*

EMPER. ¿Hay tal descomedimiento?
Sin responderme se fué:
yo, villano, humillaré
vuestro desvanecimiento;
presto seréis escarmiento
de lo que el favor se muda.
Satisfaced vos mi duda,
llave, pues que la sabéis;
pero cuerda me diréis
que sois secretaria muda.
Este debe ser criado
del arrogante extranjero;
saber dél la causa quiero
por qué Enrico va indignado.

MARC. (*Ap.*) ¿No es bueno, que me he quedado
en el potro, donde dudo
decir, aunque no desnudo,
la maraña desta danza?
Todo este mundo es mudanza:
por Dios que he de hacerme mudo.

EMPER. ¡Hola!

MARC. (*Ap.*) Ya empieza á olearme:
desahuciado debo estar.

EMPER. ¿Quién sois?

MARC. (*Ap.*) Oir y callarme,
si es que pretendo escaparme.

EMPER. No temáis; llegad á hablarme
¿Servís á Bruno?

MARC. (*Ap.*) Diré
por señas que no lo sé,
ni lo que me dice entiendo.

EMPER. ¿No me respondéis?

MARC. Pretendo
de mi lealtad dar hoy fe.

EMPER. ¿Qué tiene el Emperador?
¿Por qué se partió severo?
¿Qué llave es esta?

MARC. (*Ap.*) El primero
que sirve y no es hablador,
he sido.

EMPER. ¿Acaso es traidor
con el César vuestro dueño?
¿No me respondes si sueño?
¿Sois mudo? Dice que sí.
Mas mudo en tal traje aquí,
¿es ó no?

MARC. (*Ap.*) Cielo risueño,
lleva mi engaño adelante,
y sácame deste aprieto.

EMPER. Este me encubre el secreto
con engaño semejante;
mas no pasará adelante
su cautelosa afición.
¡Hola!

MARC. Tres con esta son
las oleadas: ¿qué mar
te pudiera hacer tragar
tantas olas, dí, Marción?

ESCENA XV

DICHOS, *y* MILARDO *con algunos* SOLDADOS.

MILAR. ¿Llama vuestra Majestad?

EMPER. Sí, Milardo. Aqueste mudo,
de cuyas cautelas dudo,
de un pino al punto colgad.

MARC. (*Ap.*) ¡Cuerpo de Dios! Lengua, hablad
y molamos de represa. (*Hablando.*)

Gran señora, á mí me pesa
de no haberte respondido.
Imágen conmigo has sido
de milagros. Digo...

SOLD. 1.° Apriesa

MARC. Que yo me llamo Marción,
sirvo de lacayo á Bruno.
Fuéle el amor importuno,
y por aquesta razón
dejó estudios, aunque sabio;
dejó amores, aunque ciego;
dejó padres, galas, juego,
celos, desdenes y agravio.
Vino á la guerra, seguíle;
subió el muro, y ayudéle;
venció la ciudad, loéle;
honróle Enrico, y servíle.
Presentóle cierta dama,
enamoróse de vella,
hízole custodio della,
fué mariposa en su llama.
Quísola agora forzar,
fuéle á la mano mi dueño;
esto del privar es sueño;
comenzóse á desgraciar.
Quitóle el César la llave,
temió Bruno el tropezón,
mudó cuerdo de opinión,
que quien miente, privar sabe.
Díjole que hacía muy bien,
que pues era Emperador,
apretase con su amor.
Ayudéle yo también;
restituyóle á su gracia;
iba á sacar á la moza,
pero todo lo destroza
si se emperra una desgracia.
Salió entonces vuestra Alteza,
fué perro del hortelano,
vió su amor, Enrico, en vano,
dióle su estorbo tristeza,
trocó el favor en desdén;
fuése, acabóse la historia:
aquí gracia y después gloria
por siempre jamás, amén.

SOLD. 1.° Mudo que habla de ese modo,
¡fuego en él! Callar y huir.

MARC. Reventaba por parir,
y eché las parias y todo.

EMPER. Yo he quedado satisfecha,
celosa y desengañada,
si con la verdad airada,
libre de amor en sospecha.
No gozará su esperanza
el mudable Emperador,
ni el villano intercesor
de sus gustos, su privanza.
Toma, Milardo, esta llave,
goza la ocasión, discreto;
saca esa mujer, efeto
de mi agravio y pena grave.
Llévala de aquí, no viva
donde pueda darme enojos,
ni hechizar con torpes ojos
al César, loca y lasciva.
Su jurisdicción te entrego;
goza su amor entretanto
que yo entre penas y llanto
de menosprecios me anego. *(Vase.)*

ESCENA XVI

MILARDO, MARCIÓN *y* SOLDADOS.

MILARDO. ¡Oh, llave de mi esperanza,
remedio de mi temor,
premio justo de mi amor,
y de mi envidia venganza!
Perdone el Emperador,
que si su vasallo fuí,
amor, que es Dios, puede en mí
más; así obedezco á amor.
Sacaré la prenda hermosa
que mi lealtad atropella;
desterraréme con ella,
que si la patria amorosa
menosprecio por Visora,
patria, riqueza y ventura
llevaré con su hermosura,
y serviré á mi señora. *(Vase.)*

ESCENA XVII

DICHOS, *menos* MILARDO.

SOLD. 1.° ¡Lindamente desbucháis!

MARC. El temor causarlo pudo.
Hacéos vos media hora mudo,
veréis después lo que habláis.

SOLD. 1.° ¿Hácenlo así los discretos?

MARC. Para hinchazón tan odiosa
es medicina famosa
una gaita de secretos.

ESCENA XVIII

VISORA, *sola.*

¿Qué es esto, soberbia mía?
¿Quién os humilló tan presto
á las leyes del amor
y injurias del menosprecio?
¿Vos de Bruno desdeñada,
cuando pagaban deseos
de espíritus generosos
el ver mis ojos risueños?
¿Yo, ayer de amor simulacro,
que á idólatras pensamientos
pagaba en desdenes locos,
siendo adorada por ellos
de un pobre soldado agora
menospreciada y á riesgo
de que mi fama profane
Enrico, amante soberbio?
Eso no, imaginaciones;
prevenga mi amor primero
brasas con Porcia y con Dido
espadas que aliente el fuego.

ESCENA XIX

VISORA *y* MILARDO.

MILARDO. A daros, Visora hermosa,
la libertad que no tengo

me envía la Emperatriz
abrasada en vuestros celos.
Hame declarado Bruno
el amor que Enrico, ciego,
os tiene, y que determina
forzaros torpe y violento.
Dióme la llave que veis,
y juntamente consejo
que os quite la hermosa vida,
digna de siglos eternos.
Hanme hecho su ejecutor,
pero yo, que en solo veros,
vivo adorándoos, Visora,
si es vida vivir muriendo;
si admitís servicios nobles
y un alma que humilde ofrezco,
leal á vuestro servicio;
si agradecéis mis deseos,
huir con vos determino
con voluntario destierro,
y mejorar amoroso
la corte por el destierro.
Casarémonos los dos,
y con el traje grosero
disfrazaremos las almas,
de nobles, villanos vueltos.
No respondáis desdeñosa
á los nobles pensamientos,
que en vez de daros la muerte
os eligen por mi dueño.

VISORA. ¿Bruno aconseja á la Augusta
que me dé muerte?

MILARDO. Esto es cierto.

VISORA. ¡Oh, bárbaro, mal nacido!
¿Ya añades á tus desprecios
nuevos agravios y enojos?
Satisfaréme, y con ellos
verás lo que es un amor
vuelto en aborrecimiento.
Como á ese ingrato enemigo
mates, Milardo, primero,
en satisfacción dichosa
el alma y vida te entrego.

MILARDO. Pues hoy daré muerte á Bruno.

ESCENA XX

VISORA, MILARDO *y* BRUNO *que sale.*

BRUNO. ¿A Bruno matan; qué es esto?

VISORA. ¡Traidor, ingrato, villano,
alma vil en noble cuerpo!
venganzas son contra injurias;
castigos contra consejos.
Si mi muerte deseabas,
permitieras al acero
del soldado violador
cumplir su bárbaro intento.
¿Porque te quise me matas?
¿Porque mi opinión defiendo;
porque desprecio al augusto;
porque insultos aborrezco?

BRUNO. ¿Qué dices, Visora bella?

MILARDO. Las traiciones con que has hecho
agravio á aquesta hermosura,
que agora vengar pretendo.

BRUNO. ¡Oh, bárbaro! ¿Tú te atreves
á injuriarme?

MILARDO. En este acero
hallarán satisfacciones
sus agravios y mis celos.

(Meten mano y sale Enrico *por una parte y la* Emperatriz *y* Marción *por otra.)*

ESCENA XXI

VISORA, BRUNO, MILARDO, ENRICO, LA EMPERATRIZ, Y MARCIÓN.

ENRICO. ¡Traidores! ¿En mi palacio
desnudáis armas? Prendeldos.

EMPER. ¿Qué voces, señor, son esas?

ENRICO. Dos locos y descompuestos
á la inmunidad sagrada
de mi casa.

MILARDO. Yo confieso
cuan mal, gran señor, he andado;
mas si castigar excesos
contra tu fama, merecen
perdón de mayores yerros,
Bruno, á quien has confiado
los despachos del imperio,
encumbrado en tu privanza,
y con tu favor, soberbio,
dentro tu mismo palacio
con torpes atrevimientos
quiso gozar á Visora;
y hubiera llegado á efecto,
si con la espada en la mano,
de justa cólera ciego,
no impidiera desatinos
traidores y deshonestos.
Si no basta esta disculpa,
divide de aqueste cuello
la cabeza que te ofende.

BRUNO. ¡Qué escucho, piadosos cielos!
¿Yo intenté tan gran delito?

VISORA. Gran Señor, mi honor le debo
á Milardo, defensor
de la joya de más precio.
Verdad es cuanto te ha dicho.

EMPER. ¿Este es, señor, el sujeto
tan digno de vuestra gracia,
célebre con tanto extremo?
Quien deja vasallos fieles
por encargar el gobierno
á un humilde advenedizo,
la culpa se eche á sí mesmo.
Justas quejas habéis dado
á mis inocentes celos,
que satisfacéis confuso
con vergüenza y con silencio.
Si en vos, que sois la cabeza,
tiene el mundo tal ejemplo,
¿qué espera la cristiandad?
¿qué harán en ella los miembros?
Volved, gran señor, en vos,
y á apetitos deshonestos,
resistencias generosas
pongan victoriosos frenos.
Visora le dé á Milardo
la mano, en fe que agradezco
la defensa de su honor,

como salga de aquí luego;
y quien á vuestra privanza
subió con tan malos medios,
derribad, pues que es indigno
del favor que le habéis hecho. *(Vase.)*

ESCENA XXII

DICHOS, *menos la* EMPERATRIZ.

ENRICO. Desnudad este villano
de las insignias, que han hecho,
cuanto más nobles en él,
más indignos sus empleos.
Bástele esto por castigo,
que si matarle no quiero,
es por pagar, aunque ingrato,
su mal empleado esfuerzo.
Yo os perdono á vos, Milardo,
este honrado atrevimiento,
y á Visora por esposa
liberalmente os concedo.
Llevalda á vuestros estados,
y sírvame de escarmiento
para no fiar de hazañas
lo que agora experimento.
Salid de mi corte, vos,
que quien, su padre ofendiendo,
fué contra sus canas malo,
no será para mí bueno. *(Vase.)*

ESCENA XXIII

BRUNO, MILARDO, VISORA *y* MARCIÓN.

VISORA. Así castiga desdenes,
descortés, ingrato, el cielo.
Escarmentad en vos mismo,
si escarmienta nunca el necio. *(Vase.)*

ESCENA XXIV

BRUNO, MILARDO *y* MARCIÓN.

MILARDO. En tres días de privanza,
Bruno, serviréis de ejemplo
al mundo. Presto subísteis;
no es mucho que caigáis presto.
Revolved otra vez libros,
y estudiad, Bruno, de nuevo
derechos que os hagan sabio,
que en privanzas no hay derechos.
(Vase.)

ESCENA XXV

BRUNO *y* MARCIÓN.

MARC. ¿Qué privanza tercianaria
es esta, señor? Tornemos
(pues á tres va la vencida)
desde el principio este juego.
Privado eres de alquitar;
quien te vió dando gobiernos
en aqueste triunvirato,
y agora quedarte en pelo,
dirá que eres rey de gallos,
que en los tres días de antruejo
triunfaste, y ya te desnuda
el miércoles ceniciento.
Triangulada es tu ventura,
para bonete eres bueno,
de tres esquinas: señor,
voime á buscar amo nuevo.
Adios, señor tres en raya,
que pues contigo no medro,
quien se muda Dios le ayuda:
él me ayude, pues te dejo. *(Vase.)*

ESCENA XXVI

BRUNO.

¡Oh, sagrados desengaños!
pues no me curáis el seso,
curad mi ciega inquietud,
alumbrad mi entendimiento.
¡En tres días de privanza
tanta confusión! ¿qué es esto?
Fié en hombres; ¿qué me espanto?
Si crió Dios al primero,
y de un soplo le infundió
el alma, animando el cuerpo,
por fuerza se ha de mudar
si fué su principio el viento.
¡Qué confiado dormía
Jonás, á la sombra puesto
de una yedra, que secó
un gusanillo pequeño!
Yedra es la privanza humana;
royóla la envidia, y luego
faltóle al favor la sombra,
quedé á la inclemencia puesto.
Dichoso soy; sin razón,
piadosa deidad, me quejo;
embosquéme en laberintos
de lazos y penas llenos.
Si anduve tres días perdido,
dichoso llamarme puedo,
pues la salida he hallado
de su confusión tan presto.
No más engaños de amor,
no más favores soberbios,
no más príncipes mudables,
no más cargos y gobiernos.
Peregrino he de vivir,
y pregonar escarmientos
por el mundo á los mortales;
conmigo el ejemplo llevo.
Quien desengaños buscare,
mercader soy que los vendo,
pues el mayor desengaño
puede en mí servir de ejemplo.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

ROBERTO, LUCIO *y* FILIPO, *estudiantes.*

ROBERTO. ¡Notable ingenio!
LUCIO. ¡Espantoso
mónstruo es Bruno en todas ciencias!
ROBERTO. Con exceso se llevara
la cátedra, aunque con ella
se llevara la tiara.
FILIPO. No hay quien le haga competencia.

LUCIO. A su maestro Dïon,
con ser águila en las ciencias,
se aventaja aqueste monstruo.

ROBERTO. Así él mismo lo confiesa,
y como ha caído malo,
y la muerte se le acerca,
que á su cátedra se oponga
me han dicho que le aconseja.

LUCIO. Es Dïon un grande santo;
á Dios goza acá en la tierra;
llórale todo París,
que dél maravillas cuentan.

ROBERTO. En fin, ¿á la oposición
se hallan el Rey y la Reina
de Francia?

LUCIO. Quieren honrar
á Bruno, y por experiencia
ver lo que la fama á voces
de su mucho estudio cuenta.

FILIPO. Si lee cátedra de Prima
y es canónigo en la iglesia
de París, no será mucho
que lleve una mitra.

ROBERTO. Y sea
la de arzobispo de Remes,
ó un capelo le engrandezca.

LUCIO. Los Reyes y los doctores
salen al acto.

ROBERTO. A mi cuenta
está un argumento.

FILIPO. Todos
delante la Real presencia
argüiremos, aunque Bruno
nos concluya y nos convenza.

ESCENA II

DICHOS. BRUNO, *de clérigo*, MARCIÓN, *de gorrón*, MARCELA *y* LAURA, *damas, de estudiantes*.—EL REY, LA REINA, *doctores y estudiantes de la Universidad.*

(Tocan música. Los Reyes se colocan en un sitial. Bruno *en una silla, y delante un bufete con unas conclusiones. Los doctores y estudiantes siéntanse en un banco, y en otro* Marcela, Laura *y* Marción. *Levántase* Bruno, *y siéntase luego al empezar.)*

BRUNO. Cuestión antigua y reñida,
con no pocas competencias,
es, cristianísimos Reyes,
amparo de la ley nuestra,
entre sabios y soldados
sobre cuál profesión sea
mayor en nombre y en fama,
ó las armas ó las letras.
No me atreveré á mostrar
cuál de los dos lo merezca,
por no ofender á la una,
aunque en cátedras y guerras
seguí entrambas profesiones,
que respeto en la grandeza
del cristianísimo Rey
la espada, noble defensa
de la fe por tantos siglos;
mas diré por cosa cierta
que letras y armas se hermanan,
y sólo se diferencian
en que las armas se ayudan
de las corporales fuerzas,
como las letras del alma,
pues unas y otras pelean.
Las armas son instrumentos
belicosos, que sujetan,
mediante el valor invicto,
materiales resistencias:
las letras, con argumentos,
silogismos y entimemas,
que convencen el discurso
y la más noble potencia.
Éste al presente me toca,
puesto que temblar pudiera
delante la Majestad
y soberana grandeza
de los Católicos Reyes;
mas si el argüir es fuerza
donde el ánimo acredita
y donde el temor alienta,
en la oposición que he hecho
á la cátedra suprema
de la sacra Teología,
que está vaca en las escuelas,
por no volver las espaldas,
el mantener será fuerza
los puntos que me han cabido,
aunque pobre en suficiencia.
(Levántase y descúbrese.)
Y así, Sacras Majestades,
luz de la sangre francesa;
Rector, maestro decano,
digno de memoria eterna;
insigne Universidad,
donde viven en su esfera
las Musas y las Virtudes,
el saber y la elocuencia:
proponiendo mi cuestión
en nuestra lengua materna,
porque mejor la perciba
la Reina, señora nuestra,
digo en el punto asignado
y escogida controversia,
que es, si puede la criatura
ver de Dios la eterna esencia,
con su virtud propia sola,
y si hay naturales fuerzas
que á ver en Dios sean bastantes
la beatífica presencia.
Ciertos filósofos hubo
en la platónica escuela
que ser posible afirmaron
ver de Dios la esencia eterna
una criatura finita
en esta vida; que tenga
virtud un hombre mortal
en sí para comprendella.
Deste error blasfemo y loco
dan á Eudomio por cabeza,
de quien eudomios se llaman
los que siguen esta secta.
Así lo refieren muchos,
como son: Pselo y Nicetas,
San Gregorio Nazianceno,
Crisóstomo, *Homilia tertia*,
de incomprensibilidad

de Dios, y otros mil que en Grecia
se opusieron valerosos
contra sus plumas perversas.
Siguieron estos errores
después con bárbaras lenguas,
Beguardo, Beguino y otros,
con que en Alemania siembran
ponzoñosas herejías,
que ya condenadas quedan,
conforme una Clementina
del concilio de Viena.-
Y entre otras autoridades
que puedo traer con ella,
basta alegar á San Pablo,
sol claro de nuestra Iglesia,
que escribiendo á Timoteo,
en la epístola primera
y en el capítulo sexto,
dice de aquesta manera:
«Dios habita eternamente
luz inaccesible, eterna,
la cual ningún hombre vió,
ni es posible pueda verla.»
Dejando, pues, este error
como herético y sin fuerzas,
pues ya no hay tan loco ingenio
que le apadrine y defienda,
digo, que afirmaron otros,
puesto que con agudeza,
(distinción cuarenta y nueve
del cuarto de las sentencias,
al número veinticuatro,
question segunda y tercera),
que aunque Dios no puede verse,
por ser sol de luz inmensa,
conforme á la orden común
de nuestra naturaleza;
porque según este orden
nadie es posible le entienda,
si con sentidos corpóreos
primero al alma no entra,
y siendo espíritu puro
de Dios la divina esencia,
no hay sentido que le alcance,
por no tocar á su esfera.
Con todo eso, realzando
nuestra natural flaqueza
(según el orden de gracia)
la Divina Omnipotencia,
puede una pura criatura
alcanzar la inteligencia
de Dios, y en mortales lazos
ver la soberana esencia.
Esta opinión es de Scoto,
sobre la *parte tercera*
de la *distinción catorce*
quœstione prima; y se prueba,
porque toda facultad
y cognitiva potencia
que de algún modo termina
al objeto su agudeza,
quitado el impedimento
extrínseco, que estorbo era
para producir el acto
y efecto que nace della,
luego al momento obra fácil;
sed sic est, que á la potencia
del entendimiento humano,
por más finito que sea,
toca el conocer á Dios,
pues es su naturaleza
un objeto inteligible
que en su latitud se encierra.
Luego si el impedimento
de la corpórea materia
se quita, según la gracia,
¿no habrá quien á Dios no entienda?
Pruebo la mayor *asimili.*
La vista, que en las tinieblas
no puede ver la color,
que es su *circa quam materia,*
luego que sale la luz,
echando el estorbo fuera
que impedía sus efectos,
produce visión perfecta:
igitur, si Dios quitase
las imperfecciones nuestras
y el conocer sin especies
que los sentidos presentan
su Divinidad, ¿quién duda
que si *immediate* se viera,
del entendimiento humano
ser conocido pudiera?
Pero todo esto, no obstante,
mi conclusión verdadera
es, que no hay pura criatura
que con naturales fuerzas
vea la esencia divina,
la pueda gozar, ni entienda,
si con la lumbre de gloria
Dios no realza y eleva
el criado entendimiento,
y animando su flaqueza,
le da celestial valor
con que hasta su objeto vuelva.
Esta clara conclusión
es de fe, según lo prueba
en el lugar ya citado
el Concilio de Viena,
y como tal, admitida
de la Católica iglesia,
me excusa de autoridades
que puedo excusar por ella.
Pero *ratione probatur;*
entre el objeto y potencia
tiene de haber proporción
natural, medida y cierta.
Dios es objeto infinito
de virtud pura y inmensa;
finito el entendimiento
humano: luego está fuera
de la latitud debida:
luego confesar es fuerza
que entre nuestra mente y Dios
no hay proporción verdadera:
luego para conocelle
es necesario que tenga
una calidad sublime
que de suerte le engrandezca
(mediante su actividad)
que pueda subir por ella
á la divina visión,
que lumbre de gloria sea.
Otros muchos argumentos

alegara en mi defensa;
pero los propuestos bastan,
pues para que resplandezca
la verdad de mi doctrina,
las impugnaciones vuestras,
doctores sabios, ilustres,
la harán más constante y bella.

MARC. ¡Vitor, Bruno, vive Dios!
¿Qué papagayo pudiera
hablar con más elegancia?
¡Vitor, Bruno!

MARCEL. ¡Ay, prima bella!
que me hechiza aqueste hombre
con los ojos, con la lengua,
con el talle, con la cara,
con su gracia, con su ciencia.

LAURA. Todo lo merece Bruno,
que es Fénix de la edad nuestra.
Calla agora y escuchemos
los doctores que argumentan.

(Roberto, *en pie y descubierto.*)

ROBERTO. Contra vuestra conclusión
habita, primo, *licentia*
a serenissimus regibus
de la cristiandad defensa,
et a domino rectore
et decano, en quien se muestra
en iguales paralelos
la virtud y la nobleza,
et a tota schola in qua
en hermosa competencia,
resplandent scienciæ et virtutes
quæ adquirunt famam æternam
acutissime Magister,
águila de nuestra escuela,
este argumento propongo,
que parece me hace fuerza.
Decís que no puede ver
de Dios la naturaleza
un entendimiento humano
mientras que lumbre no tenga
de gloria; pues *sic insurgo,*
inútil es la potencia
que no se reduce al acto,
como Aristóteles prueba.
Luego si á Dios, que es objeto
inteligible, no llega
la potencia intelectiva,
por más finita que sea,
en vano Dios la crió,
y Dios saldrá de la esfera
de inteligible, que es cosa
absurda. *Probo sequelam*:
Dios no se puede entender
de quien con lumbre no venga
de gloria; luego es forzoso
que inteligible no sea.

BRUNO. *Arguit sic dominus rector,*
inútil es la potencia
que no se reduce al acto,
como el filósofo enseña:
concedo este antecedente.

ROBERTO. *Ergo,* como á Dios no vea
el humano entendimiento,
inútiles son sus fuerzas
y en balde Dios le crió.

BRUNO. Niego aquesa consecuencia.

ROBERTO. Pruébola. Es inteligible
Dios; luego es fuerza se entienda
no puede el entendimiento
humano entenderle: queda,
según esto, defraudado
de su virtud, ó conceda
que no es Dios inteligible.

BRUNO. Respondo desta manera.
Nuestro entendimiento humano
entiende lo que sus fuerzas
alcanzan, no más, que es propio
de todo agente y potencia.
No puede alcanzar á Dios,
cuya latitud inmensa
excede infinito y puro
nuestra natural flaqueza:
luego ¿por eso no es
inteligible? Es quimera
afirmar tan grande absurdo.
El Padre Eterno, que engendra
al Verbo de su substancia,
entiende su misma esencia,
siendo el Hijo sacrosanto
el acto y la especie expresa
de su intelección divina;
luego ya probado queda
que es inteligible Dios.
Si no tiene el hombre fuerzas
para entendelle ¿estará,
decid, aquesa impotencia
en Dios? De ninguna suerte,
que es primera inteligencia,
sino en nuestro entendimiento,
eso sí, cuya flaqueza
no alcanza, por ser finito,
á la infinita excelencia.
Luego es más inteligible
de cuantas cosas encierra
la máquina que crió.
Y porque el hombre le vea,
(pues por sí sólo no basta)
cría una luz pura y bella,
que llaman lumbre de gloria,
para que á nuestra potencia
de antojos de larga vista
sirva, con que alegre llega
al sol Dios, de quien depende
nuestra beatitud eterna. (*Levántase.*)

TODOS. ¡Vitor! ¡Vitor!

REY. Eso basta:
No se arguya más, pues muestra,
Bruno, cuán bien empleada
es la cátedra que lleva.
De mi Parlamento os hago.

BRUNO. Déle el cielo á vuestra alteza
las dos coronas del mundo,
pues tan magnífico premia
mis merecimientos cortos.

REINA. También corre por mi cuenta
el honraros, Bruno sabio.

BRUNO. ¿Qué honra de más grandeza
que la de haberos tenido,
gran señora, aquí?

REINA Quisiera
que hubiera vaca una mitra
que honrara vuestra cabeza.
Yo me acordaré de vos.

BRUNO. Pisen las Lunas turquescas
vuestras flores de Lis de oro,
imperando ambos en Grecia.
(Vanse los Reyes.*)*

ESCENA III

DICHOS *en la escena anterior, menos el* REY *y la* REINA.

ROBERTO. Conmutéis, señor Doctor,
la cátedra que se aumenta
por regirla vos, en mitra
de la más sublime iglesia.
LUCIO. Darme puedo el parabién
á mí, por lo que interesa
con tal maestro mi dicha.
FILIPO. Paris de hoy más se renueva,
pues por oráculo os tiene.
BRUNO. Ya yo sé mi suficiencia
y cuán corteses honráis,
señores, mis pocas prendas.
Aquí estoy para serviros.
LUCIO. La universidad espera
veros honrando un capelo.
BRUNO. ¿Qué más honra que con ella?
(Vanse los estudiantes.)

ESCENA IV

BRUNO, MARCELA, LAURA *y* MARCIÓN.

MARCELA.

Si pueden dar amores
parabienes en vez de dar favores,
el mucho que os enseño
os los da, que aunque en cuerpo tan pequeño,
vive un amor gigante
que os desea, cual sabio, ver amante.

BRUNO.

No entiendo vuestro enigma.

LAURA.

¿Cuando lleváis la cátedra de prima,
que vuestro ingenio exalta,
decís, señor, que entendimiento os falta?

BRUNO.

Es facultad diversa
la que en amor, no en cátedra, conversa.

MARCELA.

¡Ay, Bruno! yo os adoro.

MARCIÓN.

¡Oxte, puto! muchachos, guardá el toro:
¡fuego de Dios! resina,
oliéndome vais hoy á chamusquina.

MARCELA.

Bruno, vuestra presencia,
discreción, elegancia y suficiencia,
desde el dichoso día
que os vió para perderse el alma mía
en Aviñón de Francia,
aunque el amor en mi fué una ignorancia
hasta allí no entendida,
luego os rendí la libertad y vida,
siguiéndoos en el traje
que estoy hasta París, de mi linaje
y nobleza olvidada,
sólo en vos, Bruno, transformada.
Quiso mi poca suerte
para darme tormento (si no muerte)
que al sacerdocio santo
subisteis dando fuentes á mi llanto,
y bastara, á ser cuerda,
para olvidaros esto, mas recuerda
amor con imposibles,
en fe de que son llamas invencibles,
pues si os amaba antes,
ya os adoro con fuerzas tan constantes,
que si me sois ingrato,
seré de Dido un mísero retrato.
Laura, pues compañera
de mis desdichas eres, sé tercera
de mis remedios; díle
lo que le quiero, y el cuchillo afile
de su crueldad si intenta
despreciar el amor que en mí aumenta.

LAURA.

Por vos las dos andamos
tierras extrañas que hoy peregrinamos
con el disfraz violento
que veis. Pues Fénix sois de entendimiento,
de voluntad agora
lo sed, agradeciendo á quien adora
vuestro talle gallardo,
que si correspondiente no os aguardo,
juzgaré á grosería
la ciencia que os ilustra aqueste día.

BRUNO.

¡Oh, invencible hermosura!
no hay resistencia para vos segura.
¡Oh, ciegas pretensiones!
¿Qué pretendéis con tantas invenciones?
Ni en mi patria bellezas,
ya seguras rendidas fortalezas,
que á costa de seis años
pararon en dañosos desengaños;
ni en la guerra, soldado,
de amor desnudo escapa Marte airado,
pues aun padezco agora
persecuciones largas de Visora,
sino que hasta en las letras,
libros derribas, cátedras penetras.
Deidad ciega y desnuda,
pues de estado mudé, de intento muda.
Ya me acogí á sagrado;
del sacerdocio gozo el sacro grado.
Mas ¡ay! pasión tirana,
¿qué inmunidad, qué asilo no profana
tu fuego, si hay ejemplos
de que violentas, como chozas, templos?
¡Pobre de mí, que al paso
que intento resistirme, más me abraso!

MARCIÓN.

Si son las dos mujeres,
aun no tan malo, pues que gallo eres.
Juzgábalos varones,
y recelaba en ellos chicharrones.
Apretemos con ellas,

¡cuerpo de Dios! si te parecen bellas,
si leer determinas,
que también el amor paga propinas;
y mientras que las cobras,
reduciendo palabras á las obras,
si *dormit ista tecum*,
ista me servirá de *vademecum*.

MARCELA.

Responde agradecido,
ó mátame, si intentas con olvido
pagar, Bruno, amor tanto.
(*Dentro.*) (¡Cuerpo santo!)

BRUNO.

¿Qué es esto?
(*Dentro.*) (¡Cuerpo santo!)

ESCENA V

DICHOS *y* ROBERTO.

ROBERTO. Murió Dión, si es cordura
decir que murió quien vive
la vida que le apercibe
el cielo, y eterna dura.
BRUNO. ¡Válgame el cielo!
ROBERTO. París
á voces santo le llama,
y divulgando la fama
que por las calles oís,
desde el plebeyo hasta el noble
á su túmulo se allega,
y como á santo le ruega.
No hay campana que se doble;
antes repicando todas
con nunca vistas señales,
en vez de honrar funerales,
fiestas le aprestan de bodas.
Sus ropas cuantos le ven
van á cortar á pedazos,
y el cuerpo, huesos y brazos
quisieran llevar también,
á no hacelles resistencia
la catedral clerecía,
que con su cuerpo este día
aumenten la reverencia
de su templo, pues que vienen
á añadir la devoción
con este santo varón
de las reliquias que tienen.
BRUNO. Toda es deuda merecida
de la mucha santidad
de Dión, su cristiandad,
limosnas, virtud y vida.
Tiene nuestra corte llena
de fama que le bendiga;
no hay lengua que dél no diga
mil bienes.
ROBERTO. París ordena,
con un entierro pomposo,
que le traigan á palacio,
donde los reyes despacio,
de su cuerpo milagroso
las santas reliquias vean
y le admitan por Patrón.
MARCEL. Era un gran santo Dión.
Justamente en él se emplean
honras de concurso tanto.
ROBERTO. Ya llegan con él aquí.
MARCEL. Quiérame bien Bruno á mí,
y sea ó no Dión santo.
ROBERTO. En la capilla real
le depositan, y en ella
quieren por favorecella,
que con pompa funeral
los oficios se le hagan;
y que han llegado recelo.
BRUNO. Servicios hechos al cielo
de aqueste modo se pagan.
ROBERTO. El Rey y Reina son estos.
MARC. ¿Cuando dos ninfas amamos,
de *requiem*, señor, estamos?
Sucesos temo funestos.

ESCENA VI

BRUNO, MARCIÓN, MARCELA, LAURA, ROBERTO, LUCIO, FILIPO, *el* REY *y la* REINA *con acompañamiento y estudiantes.*

(*Traen unas andas y en ellas á* Dión, *difunto, de clérigo, con bonete y borla. Los* Reyes *llegan á besar la mano del muerto, y al mismo tiempo arrodíllanse* Lucio, Filipo *y otros.*)

REY. Llegad á reverenciar,
esposa y señora mía,
al santo que en este día
nos ha de patrocinar
con Dios.
REINA. A quien Él levanta
toda majestad se humilla.
ROBERTO. Escuchad, que la capilla
el fúnebre oficio canta.
(*Cantan dentro.*)
In memoria æterna erit justus:
ab auditione mala non timebit.
(Dión *levantándose de medio cuerpo, y echándose luego que habla.*)
DIÓN. Por justo y recto júicio
de Dios, Juez Soberano,
á juicio voy.
REINA. ¡Ay, cielo!
REY. ¡Qué portento tan extraño!
REINA. Sacad de aquí ese difunto,
que no es posible sea santo
quien pone en duda espantosa
su salvación.
ROBERTO. ¡Gran milagro!
REY. ¡Válgame el cielo! ¿Es posible
que un hombre tan estimado
en boca de todo el vulgo,
y por santo respetado,
ejemplo de la virtud,
en la doctrina un San Pablo,
un San Hilario en la vida,
un Gregorio en el recato,
un Antonio en penitencia,
cuando los nobles, los bajos,
desde la cama hasta el cielo
subir dichosos pensaron,
su salvación ponga en duda,
y que él mismo haya afirmado
que Dios le llama á su juicio
ante su tribunal santo?

MARCEL. ¡No sé si vivo ó si muero!
LAURA. ¡Las carnes me están temblando!
MARC. De miedo mortal estoy
medio desabotonado.
ROBERTO. ¡Hay asombro semejante!
FILIPO. El corazón se me ha helado
en medio el pecho.
LUCIO. Mejor
es, Filipo, que nos vamos.
REINA. Sacadme de aquí este cuerpo.
BRUNO. Reina y señora, Rey sabio,
doctores siempre discretos,
escuchadme y sosegaos.
No es digno de tanto asombro
lo que veis, puesto que espanto
os cause que os hable un muerto,
que siempre asombra lo raro.
Dión fué en Paris y en Francia
por santo reverenciado,
y hasta ahora no tenemos
certeza de lo contrario.
Que va á juicio confiesa;
¿qué indicios da de pecados,
ni quién dirá por aquesto
que Dios le haya condenado?
Con su divina justicia
¿quien hay recto, quién hay santo,
si con ella David dice
que *nemo justificatur?*
¿Pierde el tesorero fiel
su crédito y fama en algo
porque el Rey le llame á cuentas
y al recibo ajuste el cargo?
Antes, si sale bien dellas,
por prudente y recatado,
queda con nombre mayor
y con su crédito en salvo.
¿Qué justo puede alabarse
que le haya perdonado
en el jüicio severo
un pensamiento liviano?
Podrá ser que este difunto
tan bien haya administrado
los talentos de su vida,
que con Dios cuenta ajustando
salga con nombre de fiel,
y premiándole su mano,
llame testigos el cielo
de la gloria que ha ganado.
Por santo le tienen todos:
¿quién será tan temerario,
porque Dios le llame á cuentas,
que ose afirmar que no es santo?
No le ha sentenciado el juez,
pues cuentas le está tomando:
sepamos cual sale dellas,
si libre, si condenado.
No sin causa quiere el cielo
que los que viéndole estamos
para mayor honra suya,
que va á juicio sepamos.
Prosigan, si vuestra alteza
gusta, los oficios sacros,
que ya podrá ser que quede
del cielo canonizado.
REY. Dices, maestro, muy bien.
Hasta agora sólo ha dado
noticia que va á juicio;
¿qué hombre hay que alcance tanto,
que del Tribunal eterno
libre quede, si el más santo
teme el dar cuentas á Dios?
Jerónimo está temblando
con la trompeta al oido
y la voz de *«levantáos,
muertos, á dar á Dios cuenta.»*
Pues si él tiembla ¿qué me espanto,
que, imitándole Dión,
nuestro olvido despertando,
freno ponga á nuestros vicios,
y así quiera escarmentarnos?
Prosiga el fúnebre oficio.
MARCEL. ¡Ay, amor torpe y liviano!
Si á un santo pide Dios cuenta,
¿qué será de mí?
ROBERTO. ¡Caso raro!
(Cantan dentro.)
«Responde mihi quantas habeo iniquitates et peccata, scelera mea atque delicta ostende mihi.»
(Dión alzándose de nuevo.)
DIÓN. Por justo y recto jüicio
de Dios, Juez Soberano,
en juicio estoy.
REY. Volvió
segunda vez á avisarnos
el aprieto en que se ve.
REINA. Y en mí acrecientan desmayos
que me asombran. ¡Santo Dios!
¡qué espantoso y triste caso!
MARC. Marción, desde hoy libro nuevo:
no más sisas en el rastro,
en la plaza, ni taberna,
si con bien de aquesta salgo.
MARCEL. ¡Jesús! Laura, aqueste aviso
reprehende mis pecados.
Yo haré enmienda en mi vida.
LAURA. Vida nueva desde hoy hago.
REY. Muestre aquí mi real valor
el esfuerzo necesario:
el fin tengo de saber
de aqueste suceso extraño.
Pues dice que está en juicio,
el fin que tiene sepamos
tan severa y justa cuenta.
Prosiga el oficio sacro. *(Cantan.)*
Responde mihi, etc.
(Dión otra vez levantándose.)
DIÓN. Por justo y recto jüicio
de Dios, salgo condenado.
REINA. ¡Jesús sea con nosotros!
TODOS. ¡Jesús mil veces!
REINA. Huyamos. *(Vase.)*

ESCENA VII

DICHOS, *menos la* REINA.

REY. ¡Oh, ciega opinión del mundo!
¡oh, jüicios temerarios!
¡qué dello hay que saber
en un corazón humano!
¿Dión se condenó, cielos?
¿el caritativo, el santo,
el recogido, el virtuoso,
el humilde, el cuerdo, el casto?

¡Qué diferentes que son,
Dios eterno y soberano,
vuestros divinos secretos
de los nuestros, siempre falsos!

ROBERTO. Yo pienso que la soberbia
que al querub ha derribado
y engaña á la hipocresía,
á Dión ha condenado;
porque cuando morir quiso
dijo, loco y temerario,
más que humilde, justo y cuerdo:
«No quiero que en este paso,
según su misericordia
me juzgue Dios, porque aguardo
que por rigor de justicia
me dé el cielo que han ganado
mis virtudes y paciencia»;
y quien fía de sí tanto,
que por santo se averigua,
condenarse no es milagro.

REY. Si eso dijo, justamente,
por loco y desatinado
la justicia le condena
quien da á la gracia de mano.
Yo voy tan lleno de asombros,
como bien desengañado
de que mientras uno vive,
hasta en el último paso,
no puede fiar de sí,
pues como avisa San Pablo,
quien está en pie, tenga cuenta
no caiga, que es todo engaños. *(Vase.)*

ESCENA VIII

BRUNO, LUCIO, FILIPO, MARCIÓN, ROBERTO, MARCELA y LAURA.

MARCEL. Al fin se canta la gloria.
No hay hombre cuerdo á caballo;
camino es aquesta vida
llena de enredos y lazos.
En un monasterio quiero,
si hasta aquí me he despeñado,
buscar por sendas estrechas
otro más seguro y llano.

LAURA. En todo quiero imitarte.

MARC. Desde hoy me vuelvo ermitaño
ó motilón de un convento.
Adios, mundo inmundo y falso.
(Vanse Marcela, Laura y Marción.)

ESCENA IX

BRUNO, ROBERTO, LUCIO y FILIPO.

BRUNO. ¿Qué hacemos aquí suspensos,
señores? ¿Qué dilatamos
nuestra salvación? ¿Qué hechizos
nos desvanecen? ¿Qué encantos?
¿Qué importan letras y estudios,
dignidades, honras, grados,
libros, cátedras, oficios,
si se condenan los sabios?
Dichoso el pobre pastor
que entre el grosero ganado,
ignorante para el mundo,
para los discretos zafio,
es para Dios elocuente.
Decid, ¿qué le aprovecharon
fama y opinión de bueno
á quien para Dios fué malo?
Abrid los míseros ojos;
no os predican desengaños
los vivos ya solamente;
los muertos nos están dando
voces y ejemplos seguros.
Púlpitos son ya de humanos
los túmulos, desde donde
un muerto está predicando.
Si desengaños buscáis
donde con torpes halagos
no os divirtáis, el que veis
es *el mayor desengaño.*
Dión, tenido en París
por un vivo simulacro
de santidad y virtud,
sin bastarle los trabajos
de estudios y de desvelos,
el verse reverenciado
de los Príncipes y Reyes,
de los plebeyos y bajos;
sin dalle ayuda sus letras,
magisterios, honras, cargos,
se condena, y por su boca
pronuncia su horrendo fallo.
¿Y esperaremos nosotros
en las cortes y palacios,
entre ocasiones lascivas,
entre tanto enredo y lazo
salir libres? ¿No es locura?
Amigos, desengañáos,
pues el que presente vemos,
es *el mayor desengaño.*
A vida tan breve y corta,
á tan inefable plazo,
á juez tan recto y severo,
á tan apretados cargos,
¿no despertamos, señores?
¿Nos dormimos descuidados?
¿Nos entretenemos locos?
¿Nos divertimos ingratos?
Si un predicador difunto
no es suficiente á quitarnos
vendas de los ojos ciegos,
prisiones de pies y manos,
¿qué desengaño lo hará?
¿Tan contumaces estamos
que ya para convertirnos
son necesarios milagros?
¡Oh, mil veces venturosos
desengaños! Ya me aparto
de ocasiones, pues he visto
hoy *el mayor desengaño.*

ROBERTO. A persuasiones tan ciertas,
¿qué bronce, Bruno, qué mármol
podrá resistir rebelde?
Un muerto vivo está dando
liciones al ambicioso,
y un vivo, muerto miramos
en ti, pues al mundo mueres
y predicas desengaños.
Pues de los despeñaderos
nos apartas, vé guiando
al camino, que nosotros

queremos seguir tus pasos.
LUCIO. Por mi capitán te elijo.
FILIPO. A tu sombra asegurado
procuraré desde hoy más
escarmentar mis pecados.
BRUNO. Eso sí, amigos discretos;
en los desiertos y campos
aún no está un hombre seguro,
¿cómo lo estará en palacio?
En ellos Pedro á Dios niega,
y para llorar agravios
hechos contra el cielo, busca
cuevas que ocultan peñascos.
Lloremos con él nosotros,
y también con él huyamos
ocasiones engañosas,
pues lo son de vuestro daño.
Una orden de vivir
muriendo, quiero enseñaros,
donde aprisionéis sentidos,
enemigos no excusados;
freno á la lengua el silencio
ha de poner, y candados
á los oídos y ojos,
si nos despeñan regalos.
Penitencias nos den vida;
perpetuo ayuno le mando
á mi cuerpo, sin que guste
otro manjar que pescado.
Prisión y cárcel perpetua
tendrán á los pies livianos
á raya, y en su clausura
darán al alma descanso.
No ha de entrar mujer jamás
en parte donde vivamos,
ni en la iglesia que labremos,
que así el peligro excusamos.
Si este modo de vivir
admitís, y como hermanos
debajo de la conducta
de Dios, os llamáis soldados,
respondedme brevemente.
ROBER. Todos humildes te damos
la obediencia desde aquí,
poniendo á tus pies los labios.
BRUNO. Pues supliquemos á Dios
ponga su divina mano
y ayude nuestros principios,
porque firmes prosigamos.
Pero, atended; ¿qué es aquesto?

ESCENA X

DICHOS, *que se pondrán de rodillas. El Papa* HUGO *y un* ANGEL.

(Suena música, y aparece sentado en un sitial el Papa Hugo, *y un* Angel *va bajando por invención, con siete estrellas en la mano.)*

LUCIO. Un ministro soberano,
abriendo Dios nuestros ojos
y su potencia llevando,
al sucesor de San Pedro
llega, y con celestes rayos
consuela nuestro temor:
¡qué favor tan soberano!
ANGEL. Piloto, que este gobierno
de la nave que surcando
almas para Dios flectúa,
tienes dichoso en la mano;
Dios quiere que prevalezca
á tu sombra y con tu amparo
una nueva religión,
que Bruno desengañado
comienza á fundar agora.
A tus pies con seis letrados
que con él el mundo dejan,
vendrá; procura animarlos,
que todos siete han de ser
fundamentos soberanos
desta fábrica divina,
significada en los rayos
destas siete estrellas puras.
Ya les da sitio y espacio
el valle de la Cartuja,
de quien el renombre santo
tomará su religión.
(Cúbrese con música el Angel.*)*
EL P. H. Si alista tales soldados
nuestra militante iglesia,
postrará viles contrarios.
Yo les doy mi bendición.
(Cúbrese el Papa.*)*
BRUNO. Dadme todos esos brazos
en albricias de mi gozo,
y en ejecución pongamos
nuestros propósitos justos.
ROBER. Si escarmienta el cuerdo y sabio
en desengaños, aqueste
es *el mayor desengaño.*

TANTO ES LO DE MÁS COMO LO DE MENOS

COMEDIA FAMOSA DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

Representóla Juan Bautista.

PERSONAS

NINEUCIO.
MODESTO.
LIBERIO.
GULÍN, *lacayo*.
DIODORO.
DINA, *mujer*.
NISIRO.
UN CRIADO.
CLEMENTE, *viejo*.
TORBISCO, *pastor*.
ABRAHAN.
LAURETA, *pastora*.
GARBÓN, *pastor*.
LÁZARO.
SIMÓN.
NICANDRO.
TAYDA, *dama*.
FELICIA, *dama*.
FLORA, *dama*.
MÚSICOS.
CUATRO POBRES.
DOS CAPEADORES.
DOS PASTORES.
LA AVARICIA.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

NINEUCIO, LIBERIO *y* LÁZARO.

NINEUC. ¿En fin, en mi competencia
amáis los dos á Felicia?
LIBERIO. No siempre guarda justicia
el juez que ciego sentencia;
y siendo ciego el amor,
cuando te venga á escoger
Felicia, por ser mujer,
vendrá á escoger lo peor.
NINEUC. No imagines que me afrento
de tu loca mocedad;
que yerra tu voluntad,
pero no tu entendimiento;
que éste, por torpe que sea,
confesará, aunque forzado,
que no hay hombre afortunado
que el bien que gozo posea.
No hay caudal ni posesión
que en Palestina pretenda
ser réditos de mi hacienda;
casi mis vasallos son
cuantos en Jerusalén
saben mis bienes inmensos,
sus casas me pagan censos,
sus posesiones también.
Desde el Nilo hasta el Jordán
Ceres me rinde tributo;
cada año á Baco desfruto
desde Bersabé hasta Dan.
¿No cubren estas comarcas
vellocinos apacibles
para el número imposibles
respetados por mis marcas?
Los vientos me engendran potros
que brotan aquesos cerros,
en sus crías los becerros
se impiden unos á otros.
A la aritmética afrenta
la suma de mi tesoro,
pues entre mi plata y mi oro
se halla alcanzada de cuenta.
De suerte el planeta real
con diamantes me enriquece
y esmeraldas, que parece
que traigo el sol á jornal.
Las ondas del mar, si á verlas
llego, son tan liberales,
que en nácares y en corales
me ofrecen púrpura y perlas;
con las unas y otras quiso
honrarme el cielo, que trata
mi dicha; visto escarlata,
gasto Cambray, rompo biso.
Mi mesa es la cifra y suma
donde el gusto no preserva
desde el árbol á la yerba,
desde la escama á la pluma.
Brindo á la sed que desprecia
vides que poda Tesalia,
ya con Falernos de Italia,

y ya con Candias de Grecia;
y á tal gloria me provoco,
que conforme á lo que escucho,
para rey me sobra mucho,
para Dios me falta poco.
Si desto tenéis noticia,
¿no será temeridad,
viendo mi felicidad,
que pretendáis á Felicia?

LIBERIO. Ponderativo has estado,
rico y poderoso eres,
mas no es razón que exageres
con tal soberbia tu estado.
Arrogante, á Dios te igualas,
y á nadie te comunicas;
caudaloso te publicas
y á ti solo te regalas.
El bien es comunicable,
Dios es bien universal;
tú para ti liberal,
para todos miserable;
mira cuán diversos modos
distinto de Dios te han hecho:
tú á ninguno de provecho,
y Dios todo para todos.
Podremos sacar de aquí
(aunque te injuries) los dos,
que no es bueno para Dios
quien es todo para sí.
Yo en [las] riquezas no fundo
la pretensión de mi amor,
que en fin soy hijo menor,
pues me hizo el cielo segundo,
en las partes personales
con que me aventajo, sí;
de ilustre sangre nací,
dotes tengo naturales;
juventud y gentileza
es el tesoro mayor
para los gustos de amor,
cuyo objeto es la belleza.
En esta felicidad
hallarás tus desengaños:
no quita el oro los años
que ya han mediado tu edad;
ya en la tela de tu vida
teje la vejez ingrata
hilos de peinada plata
que traen la muerte escondida;
ya con arrugas procura
tu cara desengañarte,
pues te dobla por guardarte
el tiempo en la sepultura.
Disforme estás para amante,
que la gula corpulenta
en fe que en ti se aposenta,
te hizo su semejante.
Si amor se pinta con alas,
porque siempre es ágil ¿cómo
siendo tú un monstruo de plomo
á mi agilidad te igualas?
Anda, que ese es barbarismo;
come, bebe y atesora,
de ti mismo te enamora,
pues eres Dios de ti mismo.
Procura desvanecer
el fuego que te estimula,
y pues adoras la gula,
no busques otra mujer.

NINEUC. Eres loco y te desprecio;
sólo, sobrino, de ti (*A Lázaro.*)
me admiro por ver que así
intentes como este necio,
haciéndome oposición,
desacreditar la fama
que sabio y cuerdo te llama.

LÁZARO. Sobrárate la razón
si estribara la esperanza
que en Felicia tengo puesta
en la riqueza molesta,
que es tu bienaventuranza.
Si es causa la voluntad
del amor, y esta potencia
del alma, cuya excelencia
goza de inmortalidad,
no creo yo, siendo tan sabia
Felicia, que hará elección
de tus riquezas, blasón
caduco que el alma agravia.
Menos rico que tú soy,
aunque con bastante hacienda
para que esposa pretenda
á quien inclinado estoy.
Y advierte, porque deshagas
la rueda sobre que estribas,
más considerado vivas,
y menos te satisfagas,
que imitó naturaleza
á una madre que ha criado
dos hijas á quien da estado:
una de extraña belleza,
y otra fea, y que acomoda,
porque casallas desea,
toda su hacienda á la fea,
y á la otra su gracia toda.
Entre sabios é indiscretos
Dios sus dones repartió;
ingenio á los sabios dió
y hacienda á los imperfetos;
que por eso es pobre el sabio,
y el ignorante es tan rico.
Pon el ejemplo que aplico
en los dos, aunque en tu agravio,
que si para tu desprecio
la sabia naturaleza
reparte hacienda y riqueza
á la medida del necio,
destos dos diversos modos
la cuenta podrás hacer,
que tan necio vendrá á ser
el que es más rico de todos.

NINEUC. Consuélete esa opinión,
que no por eso me agravio;
tan rico fué como sabio
Job, David y Salomón.
No es bien que por eso cobre
desestima de mi estado:
siempre el rico es murmurado
y desvergonzado el pobre.
Llamados hemos venido
por Felicia todos tres;
si es hermosa, discreta es;
escoger quiere marido.
Al más digno ha de nombrar

por esposo de nosotros.
Ésta es. ¡Pobres de vosotros,
cuáles os he de dejar!

ESCENA II

DICHOS y FELICIA.

FELICIA. Reconocida al amor
que todos tres me mostráis,
y aunque confusa en la deuda,
deseosa de pagar,
os permito, caballeros,
que ahora merced me hagáis,
honrando esta casa vuestra,
que ufana en veros está.
Si yo tuviera tres almas
en tres cuerpos que lograr,
entre sujetos tan nobles
diera en amorosa paz
fin á vuestra competencia,
brío á vuestra voluntad,
quietud á mi confusión
y á mi sangre calidad.
Mas siendo vosotros tres,
y una sola la que amáis,
fuerza es que entre vuestro amor
viva mi elección neutral.
Desvelos me habéis costado
con que el cuidado, á pesar
del sueño, diversas noches,
ya abogado, ya fiscal,
os abona y os condena:
ved como sentenciará
quien es juez en causa propia,
si es pasión su tribunal.
Reconozco de Liberio
que es ilustre, que es galán,
que es discreto, que es hermoso,
que es cortés, que es liberal;
y cuando voy á elegir,
hallo que alegando está
Lázaro merecimientos
de valor y estima igual.
Considérole apacible,
virtuoso y principal,
bienhechor de sus vecinos,
amado en esta ciudad.
Bien pudieran tantas partes
reducir mi libertad,
si no la contrapusiera
Nineucio, prosperidad
deste siglo, mayorazgo
de la fortuna, caudal
del contento y la riqueza,
que en él colmados están.
En fin, halla en vos el gusto
(A Liberio.)
gentileza y mocedad;
en vos, prudencia y virtud;
(A Lázaro.)
y en vos halla autoridad
(A Nineucio.)
y riqueza el interés:
colegid cuál estará
quien ha de escoger al uno,
y perder á los demás.
Pero pues ha de ser fuerza,
y Felicia me llamáis,
la inclinación determino
con el nombre conformar.
Felicia soy; solamente
aquel mi dueño será
que poseyere en su estado
la humana felicidad.
Vos, Liberio, mientras vive
vuestro padre y á él estáis
sujeto hijo de familia,
tasándoos la cortedad
de su vejez alimentos,
mal os podréis alabar
de ser feliz, pues consiste
el serlo, en la libertad.
Juventud y bizarría
son venturas al quitar
que, ó el tiempo las tiraniza,
ó postra la enfermedad.
Felicidad de futuro,
sujeta á la variedad
de mudanzas y accidentes,
mientras llega, pena da;
en espera, sois dichoso,
martirio es el esperar;
dichas presentes procuro,
pues que tardan, perdonad.
Y vos, Lázaro también,
que puesto que sea verdad
que os den fama las virtudes
que piadoso ejercitáis,
ya remediando pobrezas,
componiendo pleito ya,
con que os llama todo el reino
su socorro universal,
entretanto que adquirís
á costa de la mortal
la felicidad eterna,
á que piadoso aspiráis
disipando vuestra hacienda
y faltándoos el caudal,
fuerza es, casando con vos,
que también falte la paz.
En la casa de Nineucio
no halló la necesidad
puerta franca, ni hasta ahora
ha entrado en ella el pesar.
La abundancia es quien la habita,
y hasta ella corriendo van
los deleites como ríos,
por ser Nineucio su mar.
Llámale rico avariento
la murmuración vulgar,
porque con ellos no gasta
los bienes que Dios le da:
miente el vulgo, que el avaro,
sólo por acrecentar
riqueza á riqueza, es
verdugo de sí mortal.
Cuando más rico, es más pobre:
no come por no gastar,
no viste por no romper,
no duerme por no soñar:
en la casa de Nineucio,
desde el retrete al zaguán
toda güele á ostentación,
toda sabe á majestad.

Sus paredes cubren telas,
sus artesones están
compitiendo en sus labores
con la esfera celestial.
Biso delicado viste,
arrastra púrpura real,
sobre blandas plumas duerme,
en carrozas fuera va.
¿Qué invención el apetito
ha inventado, qué manjar
que no registre su mesa?
¿Qué licor tan cordïal
que su sed no satisfaga,
si su prodigalidad
empadronó para el gusto
cuanto abraza tierra y mar?
Luego no será avariento
quien, consigo liberal,
no malogra sus riquezas
y bienes con los demás.
Si es Nineucio, pues, tan rico,
discreto sois, sentenciad
el pleito de vuestro amor,
que entretanto que envidiáis
mi elección y su poder,
él y yo con yugo igual
al triunfo de amor unidos
consagraremos su altar.
(Danse las manos Nineucio *y* Felicia.)

NINEUC. Consolaos el uno al otro,
y uno de otro me vengad.
Rico soy, Felicia es mía;
cuerdos seréis si sacáis
en mi abono y vuestra afrenta,
que aunque el bien partido está
en honesto y deleitable,
no hay bien sin utilidad.
(Vanse los dos.)

ESCENA III

LIBERIO *y* LÁZARO

LIBERIO.

No fueras tú mujer, y no eligieras
interesables gustos. Si tú amaras,
mis dotes naturales abrazaras,
sus miserables bienes pospusieras.
Adora á un monstruo de oro; lisonjeras
mentiras apetece, estima avaras
felicidades torpes, pues reparas
en lo que esconden montes, pisan fieras.
Riquezas, de tu amor apetecidas,
herede yo, si así te satisfaces,
que premiaran tu amor; pero más justo
es, que imitando en la elección á Midas,
tengas, cuando en tu esposo el oro abraces,
con sed al interés, con hambre al gusto. *(Vase.)*

ESCENA IV

LÁZARO

an lejos de formar quejas ni celos
est y de ti, Felicia interesable,
qu mil gracias te doy porque mudable,
tu desengaños curan mis recelos.
)ué contrarios que son nuestros desvelos!
T en deleites humanos variable,
felicidad elijes; yo, inmutable,
agregación de bienes en los cielos.
No es gloria la que teme á la mudanza
y amenaza en peligros de la vida;
mas funda en ella tu razón de estado,
pondré yo en Dios mi bienaventuranza
y veremos los dos á la partida
cuál de los dos es bienaventurado. *(Vase.)*

ESCENA V

CLEMENTE, *viejo y* MODESTO, *su hijo.*

MODEST. No te espante de que viva
Liberio tan sueltamente,
señor, si en tu amor estriba
de sus vicios la corriente
que su juventud derriba.
Si por ser hijo menor
te ha de ocasionar tu amor
á consentir lo que pasa,
sin que tenga á nadie en casa
ni respeto, ni temor,
cuando disipe tu hacienda,
tu fama desacredite,
juegue, desperdicie, venda,
llórelo quien lo permite
y le da tan larga rienda;
que yo, cumpliendo con esto,
y á obedecerte dispuesto,
aunque soy hijo mayor,
me quejaré de tu amor
y sus [1] locuras.

CLEMEN. Modesto,
hasta que padre hayas sido
y con tierna sucesión
hayas cuerdo repartido
en hijos el corazón,
de sí mismo dividido,
no culpes lo que no alcanzas.
La juventud en mudanzas
gasta la flor de sus años,
y el tiempo con desengaños
suele lograr esperanzas.
Cuerdas amonestaciones
doy á Liberio; no puedo
violentar inclinaciones.
Que es travieso te concedo;
mas, si no excusas razones,
¿he de ser con él tirano?
¿No puso Dios en su mano
su libertad y alvedrío?:
rompa la presa este río,
cual avenida en verano.
Quien ve un arroyo pequeño
crecer con la tempestad,
hacerse del campo dueño,
inundar una ciudad,
y en breve espacio pequeño,
el que antes imitó el mar,
dejarse humilde pisar
sin barco, ó vado, á pie enjuto,
de un simple niño, de un bruto,
pues así has de comparar.

---

1 «Tus» en el original.

La juventud licenciosa,
borrasca es en el estío
de la edad, que presurosa
saca de madre este río,
cuya creciente furiosa
rompe peñas y edificios;
pero como son los vicios
que causaban sus crecientes,
bienes no más que aparentes,
dan de su violencia indicios;
y empalagando el descanso
que en ellos creyó tener,
se reduce á su remanso,
y vuelve luego á correr
seguro, apacible y manso.

MODEST. Pudiérate replicar
mil cosas, á no mirar
lo que obedecerte estimo.
De mi hermano me lastimo;
el cielo le dé lugar
para que ataje prudente
su juvenil desvarío,
que es mar la muerte inclemente,
y suele sorberse un río
en mitad de su corriente.

ESCENA VI

DICHOS y GULÍN, *con una caja de joyas escondida.*

GULÍN. ¡Alto! Mi gozo en el pozo:
en las brasas hemos dado.
CLEMEN. ¿Qué es esto?
MODEST. Este es su criado:
cual el amo, tal el mozo,
CLEMEN. ¿Dónde te vuelves? Espera.
GULÍN. Un poco se me olvidaba
allá dentro: (¡angustia brava!)
CLEMEN. Detente.
GULÍN. ¡Quién se escurriera!
MODEST. ¿Qué es lo que escondes, turbado,
con la capa?
GULÍN. ¿Yo qué escondo?
CLEMEN. ¿No respondes?
GULÍN. Ya respondo.
CLEMEN. ¿Qué llevas?
GULÍN. Cierto recado.
CLEMEN. Muestra.
GULÍN. Camisas y un cuello
con ropa sucia es.
CLEMEN. Espera.
GULÍN. Llévolo á la lavandera.
CLEMEN. ¿Pues yo por qué no he de vello?
GULÍN. ¿Para qué has de ver andrajos,
señor, de un salario corto?
CLEMEN. Reporta.
GULÍN. Ya me reporto.
MODEST. Enseña.
GULÍN. ¿Cuatro estropajos,
por mejor decir, rodillas,
quieres ver?
MODEST. Yo sé que mientes.
CLEMEN. Enseña.
GULÍN. No están decentes,
porque algunas seguidillas
que causó cierta fiambrera,
me forzaron sin razón
á hacer versos á traición
que borre la lavandera.
MODEST. Cualquiera bellaquería
se puede esperar de tí.
¿qué es lo que cubres aquí?
(*Descúbrele la caja.*)
CLEMEN. Toda esta es hacienda mía.
Traidor, ¿mis joyas me llevas?
¿Hay atrevimiento igual?
GULÍN. Yo soy lacayo leal.
CLEMEN. Muy bien con esto lo pruebas,
pues me robas.
GULÍN. ¿Yo?
MODEST. ¿A excusar
te atreves?
GULÍN. ¿Y es maravilla,
si aun el basto y la espadilla
no robo, por no robar?
Mi señor, que enamorado
colige, por ser galán,
que amor del tribu de Dan
sale mejor despachado,
no cesa de dar jamás,
porque so pena de olvido,
Cupido se acaba en pido,
y sus damas en *dá más*.
Anoche descerrajó
tus escritorios por ver
si el interés mercader
en amor se transformó;
y perdido por Felicia,
para comprar su hermosura
hizo esta tarde postura,
mas pujando la cudicia,
venció su competidor.
Quiso despicarse luego
jugando, que en fin el juego
es triaca contra el amor;
perdió el dinero en diez pintas
(de tabardillo serán),
y según prisa le dan,
ya no debe tener cintas.
Mandóme en fin que viniere
por el oro, que ascondido
guardó anoche, prevenido
que nadie en casa me viese:
es mi amo, y yo soy fiel,
pues dice el refrán que anda:
«Haz lo que tu amo te manda
si quieres cenar con él.»
CLEMEN. Vos sois un...
GULÍN. Dirás, bellaco.
CLEMEN. ¡Qué á su medida os halló
vuestro buen amo!
GULÍN. Si yo,
lo que él hurta á plaza saco,
¿en qué peco, ó qué te asombra?
Sombra es el criado fiel
de su señor; voy tras él:
¿no imita el cuerpo á su sombra?
¿Si él roba, he yo de rezar?
En casa el tamborilero,
el mozo baila el primero:
mozo soy, y he de bailar.
CLEMEN. No has de estar más un instante
en casa. Las faltriqueras

le mira, que son terceras
de sus hurtos.

GULÍN. ¿No es bastante
disculpa la que te he dado?
Riguroso estás.

(*Regístranle y le hallan una taba.*)

CLEMEN. ¿Qué es eso?

MODEST. No sé, ¡por Dios! Este güeso
hallé sólo en este lado.

CLEMEN. Enseña. ¿Pues para qué
traes este hechizo contigo?

GULÍN. ¿Yo, hechizo?

CLEMEN. Habla, enemigo.

GULÍN. ¿Brujo yo?

CLEMEN. ¿Pues no se ve?

GULÍN. Solamente te faltaba
para formarme procesos
desenterrarme los güesos.

CLEMEN. ¿Pues qué es aquesto?

GULÍN. Una taba;
juego desacreditado
para andar entre esportillas,
aunque libre de pandillas
y sin artificio hallado.

(*Juega con la taba.*)

Échase así. Si hacia arriba
cae la carne, que es esta,
gana el que tira la apuesta;
pero si sobre ella estriba
este, cuyo nombre oculto
para callar es mejor,
pierde al punto el tirador.

MODEST. Juego culto.

GULÍN. No es honesto,
pero entretiene cuidados.

CLEMEN. Provechosa ocupación.—
¿Qué es eso?

MODEST. Tres dados son.

GULÍN. Nunca los busco prestados.

CLEMEN. Con oraciones devotas
á los demás te aventajas.

MODEST. Aquí tienes dos barajas. (*Sácaselas.*)

GULÍN. Siempre me persiguen sotas.

MODEST. ¡Buen libro! ¡devoción buena!

GULÍN. Y tal, que suele obligar
las más veces á ayunar
esta santa cuarentena.

CLEMEN. ¡Que hable éste tan sin empacho,
y su vicio no le asombre!

GULÍN. Si tú jugaras al hombre
y supieras dar un chacho,
lograr la espada y bastillo
con la malilla y enfolla,
hacer reponer la polla,
llevártela de codillo,
valdándote de un manjar,
y los reyes escoger,
te olvidaras de comer
y de dormir por jugar.

CLEMEN. No olvidaré de daros,
yo al menos, el galardón
digno de la ocupación
en que sabéis emplearos.
¡Hola! (*Salen dos criados.*)

GULÍN. En habiendo oleadas,
tormenta promete el mar.

CLEMEN. (*A los Criados.*) Atadme éste.

GULÍN. (Salmonar
me quieren las dos lunadas.)
Señor, desde hoy pondré fin
al juego y hurtos.

ESCENA VII

CLEMENTE, MODESTO, GULÍN, LIBERIO y CRIADOS.

LIBERIO. ¿Qué es esto?

CLEMEN. ¿Qué ha de ser?

GULÍN. Acude presto,
que corre riesgo Gulín.

CLEMEN. Dos grillos y una cadena
le echad.

LIBERIO. ¡A Gulín! ¿por qué?

GULÍN. ¿Comílo yo? Mi amo fué.

CLEMEN. Llevalde.

GULÍN. ¿A dónde?

CRIAD. 1.º A la trena.

(*Vanse los dos* Criados *con* Gulín.)

ESCENA VIII

CLEMENTE, MODESTO y LIBERIO.

CLEMEN. Mal, Liberio, te aprovechas
del amor con que te trato:
á Dios y á tu padre ingrato,
consejos cuerdos desechas,
y haciendo ya mis sospechas
verdades, porque te adoro,
osas perderme el decoro,
y eres, por vivir sin rienda,
ladrón de tu misma hacienda,
pirata de tu tesoro.
Aun si en nobles ejercicios
mozo la desperdiciaras,
ó amigos con él ganaras,
en la adversidad propicios,
colorearas los vicios
con que darme muerte quieres:
pero en juegos y mujeres,
peste de la juventud,
hospital de la salud,
del infierno mercaderes...
¡Ay, de ti! que al mismo paso
que á engaños vicios enlazas,
tu perdición misma abrazas
corriendo, ciego, á tu ocaso.
De tu edad verde haz más caso,
que el que en torpezas livianas
gasta las flores tempranas
de su juventud florida,
plazos acorta á su vida
y al tiempo adelanta canas.

LIBERIO. No ha estado malo el sermón
para el humor con que vengo:
sabio David en ti tengo
cuando ser quiero Absalón.
¿Tan torpes mis vicios son?
¿Tan adeudado te dejo
para que llores perplejo
culpas que finges en mí,
que en cada maravedí
me has de dar siempre un consejo?
Gentil modo has inventado

[illegible] por no persuadirte.
siempre que llego á pedirte,
me tienes adelantado.
Ya [illegible] casado,
á menos guardoso fueras,
con quien honrarme pudieras
y mi sosiego alcanzaras.
si menos te conservaras
y dine en ellos [illegible].
Mas como nunca el invierno
de tu larga vejez tanto,
me tienen y no me espanto
por [illegible] del Padre Eterno.
De tu cansado gobierno
es ya mártir mi paciencia,
edad tengo y experiencia:
Padre, acaba ó muérete,
ó la parte se me dé
que me toca de mi herencia.
De dote que, cuidadoso
de mi madre te enriquece,
la mitad me pertenece:
por esto te soy odioso.
No es mi edad para el reposo
que me aconsejas molesto:
mucho vives, mas supuesto
que el alma te ha de llegar
el quererla sacar,
así morirás más presto.

Modest. Atrevido, ¿así es razón
que faltes á quien el ser debes?
¿así á tu padre te atreves?

Liberio. Empieza tu otro sermón,
hipócrita en la opinión
de quien tiene entendimiento;
encarece sobre el viento
la virtud que no acreditas,
dime que á mi padre imitas,
por ser cual él avariento;
alábate que no juegas,
que nunca serviste damas,
que si Modesto te llamas,
modesta vida sosiegas;
que si soberbio me alegas
que eres mi hermano mayor,
te probaré yo, en rigor,
que del justo Abel en fin
fué hermano mayor Caín,
y vino á ser el peor.
Si en los primeros que el mundo
tuvo, el mayorazgo fué
tan malo, ¿es justo que esté
sujeto á tí por segundo?
En no estimarte me fundo,
por ser de ti tan distinto,
que si obediente te pinto,
será hipócrita avariento
para que en su testamento
te mejore en tercio y quinto.
Por huir dél y de ti
pienso partirme tan lejos
que os espante: tus consejos
y tu ambición huyo así.
Liberio soy; pues aquí
oprimes mi libertad,
excuse mi libre edad
vuestra avara hipocresía
y busque en Alejandría
la humana felicidad.
Corte soberana es Egipto;
lograré en ella mi hacienda,
sacaré al deleite rienda
y presas al apetito.
Con el mismo sol compito
en gentileza á mi amor
la dama de más valor,
más rica, sabia y hermosa,
rendida será mi esposa,
y yo de Egipto señor.
Triunfará mi mocedad,
sin perdonar juego ó fiesta,
convite, prado, ó floresta,
deleite ó prosperidad.
Esta es la felicidad
por quien me dejó Felicia,
esta mi gusto codicia,
y esta sola me destierra
de mi casa y de mi tierra,
y en fin, de vuestra avaricia.
Venme, padre, á entregar luego
lo que heredé de mi madre,
saca el testamento, padre,
ó pondré á tu casa fuego.

Clemen. Liberio, ten más sosiego;
considéralo mejor;
no uses tan mal de mi amor,
que ya tu perdición lloro. *(Llora.)*

Liberio. Mejor dirás por el oro,
de quien soy tu ejecutor.
Como guardas el dinero,
guarda lágrimas también,
y haz que mi hacienda me den,
que partirme á Egipto quiero.
Ni me repliques severo,
ni amoroso me persuadas.
A romper voy aceradas
arcas y cofres que adoras;
no me enterneces, que lloras
lágrimas, padre, doradas.
Dame mi hacienda y no intentes
que mala vejez te dé.

Clemen. Oye: eso y más te daré,
como de mi no te ausentes.

Modest. Respeta canas prudentes,
y si estás de mí ofendido,
perdón y brazos te pido.

Liberio. Apartá engañosos lazos:
dinero quiero, y no abrazos:
tus engaños he entendido.
Todo es por lo que sentís
que á los dos el oro os lleve;
ni vuestro llanto me mueve,
ni con él me persuadís.
¡Vive Dios! si me impedís
la hacienda que me usurpáis
y el tesoro me negáis
en que idolatráis avaros,
que en casa no he de dejaros
un sólo pan que comáis. *(Vase.)*

ESCENA IX

CLEMENTE *y* MODESTO.

MODEST. Dásela, corra este río,
como dices, caro padre,
sin presas; salga de madre
su juvenil desvarío.

CLEMEN. ¡Ay, engañado hijo mío!
Experimenta mortales
peligros que á buscar sales,
si el desengaño previenes:
que nunca estimó los bienes
quien nunca probó los males.
(Vanse.)

ESCENA X

NINEUCIO, *vistiéndose y lavándose con música de chirimías; criados dándole de vestir y* DINA *se hinca de rodillas y dice.*

DINA. Señor, si en tiempo de bodas
los reyes hacen mercedes,
y tú aventajarte puedes
entre las personas todas
que coronan sus cabezas,
casándote hoy, no hay dudar
que te hayas de aventajar
á todos, como en riquezas.
Mayordomo tuyo ha sido
mi esposo; dió mala cuenta
de su oficio y de tu renta,
en deleites divertido.
Disculpa en parte merece,
pues en ellos te ha imitado,
que todo leal criado
á su señor se parece.
(Vase paseando y vistiendo Nineucio.)
En mil ducados le alcanzas,
y le has hecho encarcelar;
no te ha de poder pagar,
si no le das esperanzas.
Deudo es tuyo y yo mujer;
si uno y otro no es bastante
á enternecer un diamante,
tu misma sangre, tu ser
cifro en dos ángeles bellos,
partes de mi corazón:
haz cruel ejecución
en tu sangre y cobra dellos,
ó da lugar á su padre
para pagarte después,
siquiera porque á tus pies
está su afligida madre.

NINEUC. Cantadme algún nuevo tono.

DINA. Quien vale mucho, hace mucho.

NINEUC. Cantad.

DINA. Escucha.

NINEUC. No escucho.

DINA. Perdónale.

NINEUC. No perdono.

DINA. Si no le das libertad
¿cómo ha de satisfacer?

NINEUC. Los hijos podéis vender
para pagarme. Cantad. *(Cantan.)*
Si el poder
estriba sólo en tener,
y es más el que tiene más,
tú que das
tus bienes, que son tu ser,
serás tu propio homicida;
pues mientras gastas sin rienda,
cuanto dieres de tu hacienda
tanto acortas de tu vida.

NINEUC. ¿Cúya es esa letra?

MÚSICOS. Es
de un poeta corpulento
en verdades avariento
y en los versos calabrés.
Miente más que da por Dios;
tahur en naipes y engaños,
viejo en pleitos, como en años,
y es en la cara de á dos.

NINEUC. Ese ha de estar en mi casa:
gajes desde hoy le señalo.

MÚSICOS. Este medra porque es malo,
que aquí la virtud no pasa.

ESCENA XI

DICHOS *y* SIMÓN.

SIMÓN. Señor, mi esposa y tu prima,
espiró ahora, y es cierto
que más la hambre la ha muerto
que la enfermedad; si estima
tu sangre la compasión
que á los difuntos se debe;
si el ser tu deudo te mueve,
si obliga la religión
que adoras y profesaste
y con tu piedad concierta,
dame con que entierre muerta
á quien viva no amparaste.
No tengo con que le dar
mortaja ni sepultura.

NINEUC. Los pobres y la basura
echallos al muladar.
En Job esta verdad fundo,
pues, luego que empobreció,
en un muladar paró,
por ser basura del mundo.

SIMÓN. ¿No fué sangre tuya?

NINEUC. Sí,
mas fué sangre aborrecida,
por ser pobre corrompida,
y echéla fuera de mí.
Sangre que no es nutrimento
del cuerpo que en ella espera,
de su oficio degenera.
Quien me pidiere sustento,
no se llame sangre mía,
pues mi sustancia empobrece:
la sangre mala enflaquece,
la buena alimenta y cría.
De parientes me he sangrado
pobres, que me dan congoja,
pues al muladar arroja
su sangre el que la ha sacado.
Haz á los cuervos con ella
plato, en que sepulcro cobre,
si por ser carne de pobre,
los cuervos osan comella.
(Hase acabado de vestir.)

SIMÓN. ¡Señor!
NINEUC. No seas importuno.
Cantad: echaldos de aquí.
SIMÓN. ¡Que el oro enloquezca así!

ESCENA XII

DICHOS *y* FELICIA *con una caja en un plato. Chirimias y criados con toalla y platos y bebida. Después algunos* POBRES.

NINEUC. ¿Qué es esto? ¡Hola!
MAYORD. El desayuno.
FELICIA. Porque te sepa mejor,
quise yo servirte el plato.
NINEUC. Envídieme el aparato
el monarca que hay mayor;
pues ninguno mereció
el banquete que hoy recibo
en fuentes de cristal vivo,
mas tengo más dicha yo.
¿Qué hacéis? Cantad mi ventura.
(*Cantan.*)
«*En la casa del placer*
ha convidado á comer
al apetito la hartura.»
NINEUC. Felicia es quien la procura,
pues á pesar del pesar,
al gusto ofrece manjar
y á los ojos hermosura.
(*Cantan.*)
«*Aunque en diversos extremos*
plato franco hace el amor.»
(*Salen cuatro* Pobres *y hincanse de rodillas.*)
UN POB. Danos limosna, señor,
que de hambre perecemos. (*Cantan.*)
«*Satisfecho el gusto vemos,*
pues que le sirve la hartura.»
OT. POB. Señor, nuestra desventura
manda por Dios remediar. (*Cantan.*)
«*Al gusto sirve el manjar,*
y á los ojos la hermosura.»
(Nineucio *á los mendigos.*)
NINEUC. ¡Oh, asqueroso y vil enjambre
de moscas, que licenciosas,
en las mesas más preciosas
osáis matar vuestra hambre!
Después que aquí habéis entrado
el alma me habéis revuelto;
¿de qué infierno os habéis suelto,
ó qué peste os ha brotado?
¡Qué presto olistes mis bodas,
harpías de mis regalos!
Echádmelos de aquí á palos;
cerradme esas puertas todas.
(*Quieren echarlos y sale* Lázaro *al encuentro y tiénelos.*)

ESCENA XIII

NINEUCIO, DINA, FELICIA, SIMÓN, LÁZARO, *Músicos, Mendigos y Criados.*

LÁZARO. ¿Con tal desalumbramiento,
tío, los pobres maltratas,
que del crédito de Dios
son abonadas libranzas?
Dichoso pretendes ser,
y cuando se te entra en casa
el bien, le cierras las puertas,
porque á los vicios las abras.
Ya que niegas buenas obras,
no niegues buenas palabras,
siquiera porque en el mundo
son la moneda que pasa.
¿Cómo ajustarás tus cuentas
con Dios, que al más santo alcanza,
si en el registro del cielo
las cartas de pago rasgas?
Si felicidades buscas,
mayor bienaventuranza
es dar que no recibir,
que esta sirve, aquella manda.
Aprende de las criaturas,
que unas con otras contratan,
ya dando, ya recibiendo,
con trabazón soberana.
No fuera, augusto planeta
el sol si su luz negara,
pues no se alumbra á sí mismo,
y alumbra á todos de gracia.
Si sutiliza vapores
que le da la tierra, paga
en nubes, que fertilizan
sus verdes campos con agua.
Recibe el fuego materia
en que conserva sus llamas,
y paga con el calor
que nos alienta y ampara.
Recibe el aire impresiones
peregrinas, que rehusara
si en respiración vital
las vidas no conservara.
Recibe el aire hospedaje
en la tierra, que es su casa,
y págale, agradecido,
en dar humor á sus plantas.
La tierra que toma á usura
los granos á sus entrañas,
de los tres vivientes es
generosa tributaria.
Todos pagan, si reciben;
tú solamente te apartas
desta ley, pues que de todos
recibes, y á nadie pagas.
¿Quieres ver cuán triste cosa
es recibir? Pues repara
en el invierno encogido,
que es cuando, necesitada,
mendiga la humilde tierra,
ya la nieve, ya la escarcha,
el sol, la lluvia, el calor,
la sementera y labranza,
y verás que, porque á todos
pide, ¡qué desaliñada,
qué melancólica está!;
mas recibe ¿qué me espanta?
Considérala después
que á sus acreedores llama
desde el Abril al Octubre,
verás qué hermosa y bizarra
al Mayo corre cortinas,
las Primaveras que arrastra,

los tabíes que entapiza,
los plumajes que la agracian.
¡Ayer triste, hoy tan alegre!
¡Válgame Dios! ¿qué mudanza
es esta? Ayer recibió;
recibir es cosa baja.
Hoy paga, hoy tiene que dar,
y el dar es de reyes: salga
cuando hace mercedes, reina;
cuando las recibe, esclava.
Da á tus deudos, da á los pobres,
y no serás semejanza
de estéril tierra en invierno,
ni malograrás tu fama.

NINEUC. Desairado persüades,
sofísticamente engañas;
para concluirte, quiero
valerme de tus palabras.
Prodigaliza la tierra
cuando tras pobrezas largas,
en invierno padecidas,
se le sigue la abundancia.
Pero mira tú después
que desnuda y esquilmada
desperdició sus riquezas,
si en el invierno se holgara
de guardar, por no pedir,
y luego á la hormiga alaba,
que no mendiga en Enero,
porque en el Agosto guarda.
¿Será bien que en el estío
de mi edad, necio reparta
bienes que eche después menos
en la senectud helada?
Si yo limosna á estos diera,
otros pobres convocaran,
porque siempre se eslabonan
los pobres y las desgracias.
Tengo mucho que vivir,
sustento familia y casa;
saducea es mi opinión;
la inmortalidad del alma
niego; en muriéndose el hombre,
todo para él se acaba:
ni espero premios del cielo,
ni el infierno me amenaza.
Tú, que en opinión distinta,
quimérica gloria aguardas,
deposita en pobres toscos
bienes que con ellos gastas;
y si en el mundo, mendigo
vieres á la hambre la cara,
por la hartura que esperas,
muy buen provecho te haga.

LÁZARO. ¡Qué ciego estás! Ven acá.
A tu mayordomo alcanzas
en mil ducados; por ellos
te quiero dar una granja
que orillas del Jordán tengo.

NINEUC. Ya la he visto.

LÁZARO. Soltar manda
por ella á tu mayordomo.

NINEUC. Hazme, pues, la entrega, y salga.

DINA. Dame esos piadosos pies,
amparo de pobres.

LÁZARO. Alza.
¿Qué pides tú? *(A Simón.)*

SIMÓN. Con que entierre
mi esposa, mitad del alma.

LÁZARO. Sangre es mía; en el sepulcro
donde mis padres descansan
esté, y para sus obsequias,
si cien escudos no bastan
(Dale un bolsillo.)
que aquí llevas, ven por más.

SIMÓN. Pisen mis labios tus plantas.

NINEUC. ¡Oh, sepulturero loco!
Mientras que tu hacienda gastas
en la basura del mundo,
yo con acciones contrarias
quiero sepultar deleites
en mí mismo. Haz que me traigan
para cenar esta noche
el ave Fénix, si Arabia
se atreve á ponerla en precio.
(En la escena aparecerán á un lado Lázaro *con los pobres, y á otro* Nineucio *con sus criados.)*

POBRE 1.º Yo, señor, pido frazadas
para el hospital, que hay muchos,
y casi no tienen camas.

LÁZARO. ¡Ay agentes de Dios vivo!
Todo es pagar libranzas.
Ve á la noche, y te daré
cuanta ropa tengo en casa.

NINEUC. ¡Hola! Haced á mis caballos
y á mis yeguas nuevas mantas;
cortaldas de paño azul
y guarneceldas de grana.

LÁZARO. Cenad conmigo vosotros
esta noche, que empalaga
el manjar comido á solas.

NINEUC. Estén mis puertas cerradas
mientras me asiento á cenar,
que no es mi mesa villana
para que á otros pague pechos.

SIMÓN. ¡Qué vidas tan encontradas!

ESCENA XIV

DICHOS. *Suena un clarín y salen á caballo, bizarramente de camino,* LIBERIO; *y en una mula de alquiler tras él,* GULÍN *á lo gracioso.*

LIBERIO. Mucho me huelgo de hallaros
juntos cuando me despido:
Ya de menor he salido;
ya no tengo que envidiaros.
De los tesoros avaros
que mi padre encarceló,
la parte que me tocó
pone á mi apetito espuelas;
de alimentos y tutelas
mi libertad me sacó.
A la Babilonia egipcia,
de Alejandro fundación,
me destierra la elección
bárbara que hizo Felicia:
juzgue ahora su codicia,
si da lugar al consejo,
mientras que della me quejo,
cuál es más cumplido gozo,
ó el gusto en brazos de un mozo,
ó el pesar en los de un viejo.
Que aunque el tesoro le sobre,

¿qué importa, si ya publica
que al paso que triunfa rica,
llora el gusto triste y pobre?
De su felicidad cobre
réditos el interés,
y compitamos los tres
sobre quién es en su estado,
sólo el bienaventurado
reinará en los dos después.
Gasta tú solo contigo (*A Nineucio.*)
regálate, come, bebe;
y tú, empobreciendo en breve,
(*A Lázaro.*)
gana el cielo por amigo;
que yo, que otro extremo sigo,
sin que perdone mi edad
fiesta, deleite, beldad,
galas, convites, placeres,
sólo en juegos y en mujeres
pongo mi felicidad.
(*Tocan el clarín y vanse.*)

GULÍN. Yo, lacayo Gandalín,
y el primero que anda á mula,
trompetero de la gula,
que por eso soy Gulín,
ya en jumento, ya en rocín,
ya de portante, ya al trote,
comiendo á pasto ó á escote,
daré á venteros venganza:
no me llamen Sancho Panza,
que se enoja Don Quijote. (*Vase.*)

ESCENA XV

DICHOS, *menos* LIBERIO *y* GULÍN.

NINEUC. ¿Un loco me desafía
á deleites? ¡Vive Dios,
mi bien, que hemos de ir los dos
á la egipcia Alejandría!
Hasta allí la hacienda mía
llega; hasta Menfis alcanza
mi poder: deme venganza
quien soberbio me resiste,
y sépase en qué consiste
esta bienaventuranza.

LÁZARO. En vosotros, pobres míos,
la suya ha puesto mi fe.
Venid y os regalaré;
corran al mar estos ríos:
pues sois del cielo navíos,
mi hacienda al cielo llevad,
que en él mi felicidad
tengo solamente puesta.

NINEUC. Este necio me molesta.
Triste estoy: ¡hola! Cantad.
(*Tocan chirimías, y vanse unos por un lado y otros por otro.*)

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

LIBERIO, *muy galán*, DIODORO, NISIRO *y* GULÍN.

DIODORO. ¿Cuánto perdiste?

LIBERIO. No es nada,
seis mil ducados.

DIODORO. Los naipes
son de casta de mujeres.

LIBERIO. ¿Por qué?

DIODORO. Porque son mudables.

GULÍN. Dí también porque se afeitan,
porque suelen desollarse,
porque en Príncipes se estrenan
y se rematan en pajes.

NISIRO. ¿Salís picado?

LIBERIO. No mucho;
sólo sentí levantarse
aquel corto jugador,
porque pudieran ganarme
veinte ó treinta mil escudos.

NISIRO. Es un triste miserable.

DIODORO. Venturosas pintas hizo.

NISIRO. Asentóse con cien reales,
y llevónos el dinero.

LIBERIO. Siempre pierdo.

NISIRO. No os espante,
que en juego nunca es dichoso
quien es venturoso amante.

LIBERIO. ¡Brava quinta!

DIODORO. ¡Deleitosa!

NISIRO. Este cenador nos hace
el brindis: sentémonos. (*Siéntanse.*)

GULÍN. ¿Brindis aguado? Un salvaje
que le acepte.

DIODORO. ¿Qué hay de amores?

LIBERIO. El mío, por despicarse
de unas damas, pica en otras,
ya alabastros, ya azabaches.

NISIRO. Juega el gusto al ajedrez.
Donde no hay muchos manjares,
es amor mal comedor,
y no es mucho que se canse.

DIODORO. Buena cara tiene Elisa.

LIBERIO. Es doncella con su alcaide.
Acogióse al matrimonio
y citóme de remate.

DIODORO. ¿Matrimonio?

LIBERIO. Por lo menos,
y por lo más doncellaje.

DIODORO. Daros quiso *quid pro quo*,
porque esa es virgen y madre.

LIBERIO. ¿Cómo?

DIODORO. Yo sé que ha parido
sietemesino un infante,
tan huérfano, que le aplica
para cada mes un padre.

NISIRO. ¡Oh, doncella nominal!

LIBERIO. Hay lunas virginidades
que cada vez se renuevan,
ya crecientes, ya menguantes.

DIODORO. No son malas para guindas.

NISIRO. Ni falta quien las compare
á los caños de barquillos,
que entretienen sin que enfaden.

LIBERIO. A las casadas me atengo.

NISIRO. Civil gusto. Dios me guarde
de jurisdicción á medias
y amor de participantes:
¿yo habia de comer las sobras
de un marido?

LIBERIO. Mejor saben
uvas del majuelo ajeno
que las que en el propio nacen.

NISIRO. Señores, á toda ley
amor de viuda, que es trance
de más gusto y menos riesgo,
todo encuentros, sin azares.
¡Qué contento es ver pasar
un mongil por una calle,
aforrado de taví,
tocas blancas y ojos graves!

LIBERIO. Yo soy de ese parecer,
porque pienso, si tengo hambre,
que son manteles en mesa
sus tocas, que el plato me hacen.

GULÍN. ¿Dónde dejáis las solteras?

LIBERIO. Eso es leer en romance,
vestirse de ropería,
y comprar gustos de lance.

NISIRO. Labradoras...

DIODORO. Tosco gusto.

LIBERIO. Sí, mas tal vez deleitable,
como quien entre capones
mezcla la vaca fiambre.

GULÍN. Apuntad en vuestra lista
fregatrices á la margen
como ensalada de berros,
común, sabrosa y de balde.

LIBERIO. Amor es una comedia
donde todo personaje
hace su papel; las reinas
botines y devantales.
Yo, en fin, no desecho ripio.
(Voces dentro.)
(Pará, pará.)

LIBERIO. Desembarquen
mujeres ¡cuerpo de tal!
que nos alegren.

NISIRO. Dos salen.

ESCENA II

DICHOS. *Salen bailando* TAIDA *y* FLORA, *y músicos que cantan.*

CANTA UNA.

¿Qué parecen valonas que adornan calvas? [1]

OTRA.

Los hornazos de güevos que dan por Pascua.

TODOS.

Mas si hay dinero,
donde no faltan reales, sobran cabellos.

UNA.

Corcobados amantes, di ¿qué parecen?

OTRA.

Hijos engendrados de muchas veces.

TODOS.

Mas si hay dinero,
es como un pino de oro todo camello.

UNA.

¿Qué parece una cara cuando se afeita?

OTRA.

Hermosura que en verso miente y deleita.

TODOS.

Mas si hay dinero,
Solimana es un ángel, y un tigre Venus.

UNA.

Los ricos avarientos son como cardos,

OTRA.

que á ninguno aprovechan, sino enterrados.

TODOS.

Todo dinero
es redondo por causa que es rodadero.

UNA.

El amor y el vino todo se es uno,

OTRA.

porque andan entrambos en cueros puros.

TODOS.

Mas sin dinero,
ni el amor vale nada, ni el vino es bueno.

UNA.

¿Qué parecen las viudas con mongil negro?

OTRA.

Truchas empanadas en pan centeno.

TODOS.

Mas si hay dinero,
toda viuda llorona vende contento.

LIBERIO.

Bien cantando y bien bailando.
Dádivas y no razones
se estiman: estos doblones,
que del juego me han quedado,
repartid vosotros, y éstas
vosotras. *(Dales unas cadenas.)*

FLORA. Tan liberal
amante no sea mortal.

TAIDA. Bien el nombre manifiestas,
que de pródigo adquiriste.

LIBERIO. Sentáos las dos á mi lado.
(Él en medio.)

GULÍN. En mujeres empeñado
no hayas miedo que estés triste.

LIBERIO. Esta es mi felicidad;
agora en mi centro estoy.

DIODORO. También yo, Liberio, soy
de la hermosa facultad
de amor. Dadnos parte della.

LIBERIO. Eso no: pedidme vos
dineros; pedid los dos
galas, joyas, la más bella
pieza de cuantas poseo,
que nunca en eso reparo;
sólo en damas soy avaro:
tantas quiero cuantas veo.
Mucho os habéis hoy tardado;
(Habla con ellas.)
¿Cómo os habéis detenido?

TAIDA. Bastante ocasión ha sido
venir en coche prestado.
Prometiéronmele anoche,

[1] Se imprimen estas seguidillas en la forma que tienen en el texto original.

pero es tan difícil cosa,
que la que es más generosa
dará un ojo antes que un coche.
LIBERIO. ¿Luego estáis sin él las dos?
TAIDA. Circunstancia es para dama,
que disminuye su fama,
y más queriéndoos á vos.
LIBERIO. No ha de quedar, pues, por eso.
En el mío os llevaré,
y en casa os le dejaré.
TAIDA. La pródiga mano os beso,
que á Alejandro afrentar sabe.
DIODORO. Digno érades de imperar.
FLORA. También yo os quiero abrazar
por la parte que me cabe;
que coche que es de mi amiga
conmigo se ha de partir.
LIBERIO. No, Flora; no he de sufrir
que nadie en mi agravio diga
que os dejo quejosa á vos.
Para comprar otro coche
vengan á casa esta noche
por mil escudos.
NISIRO. Por Dios,
que sois un rey.
FLORA. ¡Oh! ¡bien haya
quien os sirve!
GULÍN. ¡Oh socarronas,
aruñatrices, chuponas,
qué bien le encajáis la saya!
TAIDA. Así lo hiciera el poltrón
de Nineucio.
FLORA. Desde el día
que vive en Alejandría
falta en ella provisión.
NISIRO. No hay regalo de provecho
que no embargue su despensa.
DIODORO. Eso es su Dios, eso piensa;
de suerte glotón se ha hecho,
que siempre su mesa llena
se alcanza (juzgad qué vida)
del almuerzo á la comida,
y la comida á la cena.
Y esto sin participar
otro que él, deudo ó amigo,
de sus bienes.
NISIRO. Buen testigo
soy yo deso.
DIODORO. Y buen lugar
Epicuro le apareja.
LIBERIO. Felicia que su oro goza.
¿cómo lo pasa?
TAIDA. Cual moza,
con las pensiones de vieja.
LIBERIO. ¿Por qué?
FLORA. Todo hombre barriga
es inútil para amante;
todo marido tragante
deleites de amor castiga.
NISIPO. Dios de impotentes es Baco
y por eso es barrigón,
Dios de la generación
es pan, y le pintan flaco.
Nineucio, que á Baco y Ceres
por dioses vicioso adora,
más querrá dormir un hora
que diez noches de mujeres.
LIBERIO. Muy buen provecho le haga,
y satisfaga Felicia,
si no su amor, su cudicia,
que mal cobra quien mal paga.
Y entre tanto que ella llora,
tráiganros de merendar.
NISIRO. Mañana se han de casar
Timandro y Arquisidora
y hay sortija.
LIBERIO. ¿Pensáis vos
salir?
NISIRO. Fáltanme caballos.
LIBERIO. Escusaréos de buscallos,
como salgamos los dos.
De un alazán y un overo
sois dueño, que aliento bebe,
las alas con que se atreve
al pájaro más ligero.
NISIRO. ¡Vive Dios, que echáis prisiones
á las almas!
DIODORO. ¿Hay largueza
semejante?
TAIDA. La nobleza
impera en los corazones
con beneficios, testigos
del valor de quien los da.
LIBERIO. ¡Ea! señores, bueno está;
quien no da, no gana amigos.
Aderezos y jaeces
con ellos os llevarán;
y vos, porque de galán *(á Diodoro.)*
os den el precio los jueces,
os vestiréis en mi casa
la librea que tenía
para mí.
DIODORO. Ya es demasía
lo que en vuestros gastos pasa.
¿Habíaos yo de quitar
las galas que para vos
tenéis hechas? ¡Bien, por Dios!
LIBERIO. Vos las habéis de lograr,
puesto que á dos mil escudos
me llegan. De azul turquí
y blanco son.
GULÍN. ¿Mas que aquí
nos han de dejar desnudos
estos leones rapantes,
si dese modo les das?
LIBERIO. Soy pródigo.
GULÍN. En güerta estás;
seremos representantes
de Adan y Eva en paraiso;
hunde galas y dineros,
quedarémonos en cueros,
llorando tu poco aviso.
Tú el Adan vendrás á ser,
y yo á tu lado desnuda,
seré la Eva bigotuda,
si valgo para mujer.
Pondrémonos dos lampazos,
saldrá el hortelano, en fin,
y echaránnos del jardín
á palos y á pepinazos.
LIBERIO. Yo quiero salir de verde
y encarnado, que es color
que conforma con mi humor.
TAIDA. Merendemos, que se pierde

el tiempo.

DIODORO. Ya están las mesas
debajo aquellos parrales,
mostrando cuán liberales
son los gustos que profesas.
(Levántanse todos.)

LIBERIO. Vamos, pues, y holguémonos;
no quede gusto á la vista
del deleite, que no asista
en nuestra mesa: por Dios,
que no he de perdonar fiesta,
mientras durare la vida,
que no experimente.

FLORA. Impida
tu edad la vejez molesta:
en eterna juventud
triunfes y logres el tiempo.

LIBERIO. Gloria es todo pasatiempo,
infierno toda virtud.
Esta noche he de cenar
en tu casa, Taida bella.

TAIDA. Toda yo soy tuya.

LIBERIO. A ella
puedes por mí convidar
cuantos entretenimientos
alegran Alejandría,
bailes, juegos, bizarría,
juglares y encantamentos.
Haya comedias discretas,
que es el mejor ejercicio,
suspensión de todo vicio
y martirio de poetas.
No tenga el pesar modesto
jamás en mi casa puerta;
sólo el gusto la halle abierta.
Venid, cantad más. ¿Qué es esto?

ESCENA III

DICHOS y LÁZARO, *en traje de peregrino.*

LÁZARO.

Mísero fin, Liberio, mi camino
ha tenido en haberos encontrado,
si ya no es que el cielo lo previno,
incomprensible en su razón de Estado.

LIBERIO.

Lázaro, ¿vos á pie? ¿Vos peregrino?
¿Vos en Egipto, solo y fatigado?
¿Tan rico ayer, tan pobre y triste ahora?

LÁZARO.

No es pobre quien riquezas atesora.
Deposité en los cambios de los cielos
(pobres digo, de Dios correspondientes)
mi hacienda, donde libre de recelos,
no temen fortuítos accidentes,
ni recelan ladrones, ni en desvelos
necesitan de guardas que, imprudentes,
á costa de la escolta de los ojos,
cuando hallar piensan oro, hallan enojos.
Quedé pobre, que en fin el que contrata
y embarca á extraños reinos su riqueza,
mientras no llega el logro de su plata,
fuerza es que le ejecute la pobreza.
Siempre al menesteroso le fué ingrata
la patria que le dió naturaleza:
fuélo también la mía; no hallé ayuda
en deudos, ni amistad que el tiempo muda.
Fuéme fuerza pedir, ¿qué más bajeza?
Parientes, cuando rico, me adulaban,
que nunca conocí, y en mi pobreza
los que eran más propincuos, me negaban.
Amigos lisonjearon la riqueza
que, mendigo, después vituperaban,
y huyeron el invierno como hormigas
que brota el campo cuando dora espigas.
Por no cobrar en fin en sinrazones
beneficios librados en engaños,
espuelas me pusieron ocasiones,
destierros me enseñaron desengaños.
Peregrinando bárbaras naciones,
antepongo á los propios los extraños,
que para el pobre, si le ven con mengua,
lo que les falta en manos, sobra en lengua.

LIBERIO. Desperdicios imprudentes
son de su afrenta testigos;
quien ganar no supo amigos,
no halle ayuda en sus parientes.
En pobres impertinentes,
loco liberal has sido;
aun si lo hubieras comido,
eso hubieras más gozado,
que todo gusto pasado
suele deleitar perdido.
Cobras en necias libranzas
bienes, que en miseria truecas;
si en pobres las hipotecas,
no aseguro sus fianzas.
Susténtate de esperanzas,
aunque envidies mi ventura,
que si es ganancia segura
la que has después de tener,
no puede Lázaro ser
hambre que espera hartura.
Aunque con fin diferente,
pródigos somos los dos:
tú el fiado diste á Dios,
mas yo cobro de presente.
Amigos gano, prudente,
á quien, cuando pobre, pida;
pero en ti está tan salida
la hacienda que diste á pobres,
que no es posible que cobres,
si no es perdiendo la vida.
Mas yo quiero con todo eso
ser hoy liberal contigo:
sigue la vida que sigo,
profesa el bien que profeso;
ama, juega, sé travieso,
que mi hacienda es de los dos.
Mozo eres, holguémonos,
que al fin de la vida breve,
si en sus pobres Dios te debe,
ejecutarás á Dios.
Vente á vivir á mi casa,
que cual yo su dueño eres;
escoge destas mujeres
la que más bella te abrasa;
pues se pasa el tiempo, pasa
el que te queda en regalo.

LÁZARO. Huyendo de ti, señalo

[illegible]
[illegible]
que [illegible] de ser [illegible]. *Vase.*

ESCENA IV

Dichos, menos Lázaro.

GULA. ¡Oh, [illegible]! ¡Ah, de la gula [illegible]
[illegible]
[illegible]
y pasa de puerta en puerta.
[illegible]
y nosotros merendemos:
vida y [illegible],
gusto, hacienda y libertad.
TODOS. ¡Viva el prodigo!
TACAÑA. Caridad,
que nosotros [illegible].

(*Vanse cantando y bailando.*)

ESCENA V

Felicia y Nineucio.

NINEUCIO. Hoy, Felicia, estás molesta.
FELICIA. ¿Qué [illegible]?
NINEUCIO. Acabando de comer,
es salud dormir la siesta.
(*Recostándose en una silla, durmiendo; los pies sobre un taburete.*)
No te [illegible], ni tienes
falta en riquezas ni en galas,
en mi mesa te regalas,
señora eres de mis bienes,
[illegible]
¿por qué te quejas de mí?
FELICIA. Tengo celos.
NINEUCIO. ¿Celos?
FELICIA. Sí.
NINEUCIO. ¿Pues di, de quién?
FELICIA. De tu sueño.
NINEUCIO. Por Dios, que tienes donaire.
(*Vase durmiendo.*)
[illegible]
ya [illegible]
que [illegible] del aire,
pero de sueño no sé
[illegible]
de tales celos.
FELICIA. Ahora
[illegible]
[illegible]
la que [illegible] de su casa
ve la [illegible] que la abrasa,
y que la [illegible]
[illegible]
la [illegible],
[illegible] de sus brazos,
[illegible] el gusto?
NINEUCIO. [illegible]
FELICIA. Luego bien puedo
[illegible] de sueño estar,
pues me [illegible]
[illegible] de amor que heredo.
Al sueño [illegible] pesa
de la [illegible]
que debes a mi afición.
Desde la cama a la mesa,
y de la mesa á la cama
[illegible] a tus ojos
tus gustos y tus enojos
[illegible] quien te ama.
Si nunca te [illegible] despierto,
el amor que [illegible],
¿qué [illegible] que digan de mí
que me case con un muerto?
(*Nineucio medio dormido.*)
NINEUCIO. Ya, ya entiendo... [illegible] adelante...
FELICIA. ¡Qué bien sientes mis desvelos!
¿A la sombra de mis celos
te duermes? ¡Gentil amante!
Esto merece mujer
que a [illegible] despreció
por ti. Duerme, duerme.
NINEUCIO. Yo...
FELICIA. Si tú [illegible] querer,
[illegible]
el alma que tiranizas [1],
[illegible],
pues nunca las das lugar
que usen de los sentidos,
que tu sueño tiene esclavos.
(*Nineucio sueña en voz alta.*)
NINEUCIO. Seis [illegible], dos pavos
y diez capones [illegible].
FELICIA. ¿Que aun entre sueños la gula
trata a este [illegible] así?
[illegible]. ¡Ay de mí!
[illegible] de amor que adula
al que aborrece. Ya el mío
en desdén se ha transformado.
(*Nineucio soñando.*)
NINEUCIO. No hay Dios que me dé cuidado:
lo demás es desvario.
FELICIA. ¡[illegible] blasfemo! Allá verás
la evidencia dese error.—
¿No hay vida eterna, traidor?
NINEUCIO. Nacer y morir no hay más.

ESCENA VI

Felicia, Nineucio y un Criado.

CRIADO. Señor, señor, tu sobrino,
Lázaro, ha venido á verte.
(*Nineucio despertándose.*)
NINEUCIO. ¡Bárbaro! ¿Pues desa suerte
me osas despertar?
CRIADO. ¡Si vino
de Jerusalén por ti
tu mismo sobrino!
NINEUCIO. (*Levantándose.*) Necio,
¿qué sobrino hay de más precio
que el descanso que perdí?

---

1 La refundición titulada *La virtud consiste en medio* trae estos versos así:

el alma que así agonizas,
las potencias tiranizas,
que nunca las da lugar,
a que usen de los sentidos.

Ningún pariente me trate;
sólo mi comodidad
busca mi felicidad;
lo demás es disparate.
No hay sobrino que me cuadre,
sólo mi gusto es mi dueño;
por un instante de sueño
venderé á mi padre y madre.
Ni á mi sobrino reciba
mi casa, ni en ella estés
tú tampoco, descortés,
que no es bien que en ella viva
quien en fe de su hospedaje
á mi costa se sustente.
No tengo ningún pariente,
no conozco mi linaje;
mi vientre es mi Dios; ni pido,
ni doy: sólo es bien empleado
lo que conmigo he gastado,
lo que con otros perdido.
¡Que hasta aquí me den tormento
parientes! No me entre acá.

FELICIA. ¡Maldiga Dios quien está
contigo, rico avariento! *(Vanse.)*

ESCENA VII

LIBERIO, DIODORO, NISIRO, NICANDRO, TAIDA y FLORA.

LIBERIO. ¡Brava comedia!
DIODORO. ¡Donosa!
LIBERIO. ¿Y el entremés?
TAIDA. ¡Extremado!
LIBERIO. ¿Quién fué el poeta?
NISIOR. La sal
de los gustos, el regalo
de nuestra corte. Es de un hombre
mozo, cuerdo, cortesano,
virtuoso, y que no ha dicho
mal de poeta.
NICAND. ¡Milagro!
TAIDA. Amigo debe ser vuestro.
NISIRO. Aunque soy su apasionado,
la verdad es más mi amiga.
Confírmenla los teatros
gozosos y deleitables
por más de nueve ó diez años
que tienen en pie á la risa
y á los gustos con descanso.
FLORA. ¿Qué entremeses habrá escrito?
NISIRO. Al pie de trescientos.
LIBERIO. ¿Tantos?
NISIRO. Y acaban en bailes todos,
si los antiguos en palos.
El hizo *La Malcontenta*,
El Marión, *Los Antojados*,
dos de *Los Monos*, *El Juego
del hombre* y de *Los rábanos*,
La ola; El ciego, *Los títeres*,
Comprar peines, *gabacho*,
Los consonantes y ahora
he visto casi acabado
uno de *Los bailarines
vergonzantes*, que ha jurado
de dar risa á un envidioso
junto á un bien afortunado.
[LIBE]RIO. Mientras nos dan de cenar,
juguemos pintas ó dados.
DIODORO. Va de pintas: naipes vengan.
TAIDA. Yo he de servir ese plato.
(Levan un bufete, y sacan en una salvilla una baraja. Juegan en pie.)
LIBERIO. ¿Hay rifa?
FLORA. Sí, esta firmeza.
NICAND. Curiosa es y rica.
DIODORO. ¿En cuánto?
FLORA. Dos mil escudos costó.
LIBERIO. Rifémosla, pues, en cuatro.
(Salgan algunos á mirar.)
NICAND. A mil nos cabe á cada uno.
LIBERIO. Por damas todo es barato.
NISIRO. Por mí, vaya.
NICAND. Por mí y todo.
DIODORO. No quede por mí.
LIBERIO. Pues, ¡alto!
(Alzan de mano.)
DIODORO. ¡Cinco!
NICAND. ¡Siete!
LIBERIO. ¡Sota!
NISIRO. ¡Tres!
LIBERIO. El naipe me cupo.
NICAND. Paro
esto más á cinco pintas.
NISIRO. Paro.
DIODORO. Paro.
LIBERIO. Digo y hago.
DIODORO. Caballo y dos.
LIBERIO. Sácala.
NISIRO. ¿Tenéis azar en caballos?
LIBERIO. Cuando juego, soy de á pie.
DIODORO. Pues andar que no la saco.
LIBERIO. Esta es: una, dos, tres.
NISIRO. ¿Y el tres de encaje? andar.
LIBERIO. Cuatro,
cinco, seis.
NISIRO. Y el seis y todo.
LIBERIO. Siete, ocho, nueve.
DIODORO. Ahí, diablos.
LIBERIO. Diez, once, doce, y no más.
NICAND. ¿No son hartas?
LIBERIO. Esto gano,
(Tira el dinero, y andan los naipes los otros.)
y tengo para la rifa
doce pintas. Doy barato:
tomad, Taida; tomad, Flora;
tomad, todos.
FLORA. ¿Qué Alejandro
hay cuál tú?
TODOS. ¡Vítor, Liberio!
(Toma otro el naipe.)
LIBERIO. A diez doblones.
NICAND. Barajo.
DIODORO. A treinta doblones.
NICAND. No.
NISIRO. A cincuenta.
LIBERIO. Parad largo,
que esto le corre detrás.
DIODORO. A ciento, pues.
NISIRO. Topo á entrambos.
LIBERIO. As y rey.
NICAND. Va á la trocada.
LIBERIO. Anda y no tembléis.
NICAND. ¡Qué abajo
que está el señor rey!

Personas, bestias, hacienda,
colgaduras, cofres, trastos,
todo se ha resuelto en humo,
como favor de privado.
Deja ya damas y juegos,
y á la patria nos volvamos
cenicientos, si no ricos,
que así pagan ruines amos.

LIBERIO. Sirviendo al mundo, bien dices.
¡Qué tarde en la cuenta caigo!
Vamos á ver si podemos
dar algún remedio.

GULÍN. Vamos,
puesto que en balde ha de ser.

LIBERIO. Amigos, si los trabajos
son toque de la lealtad,
en fe de la que he mostrado
con vosotros, socorredme,
que si es verdad este caso,
sólo en vosotros confío.

DIODORO. Mostrad corazón hidalgo
en la adversidad, Liberio,
y como de un propio hermano
de mi hacienda disponed.

NISIRO. Lo propio ofrezco.

TAIDA. Mi llanto
muestre lo que esta desdicha
siento.

FLORA. Y yo también que os amo
con el corazón que os dí,
señor de mi hacienda os hago.

LIBERIO. Sois ejemplo de firmeza,
sois de la lealtad retratos.

GULÍN. A la vuelta lo veredes,
dijo Agrajes.

LIBERIO. Vamos.

GULÍN. Vamos.
(Vanse los dos.)

ESCENA IX

DIODORO, NISIRO, NICANDRO, FLORA *y* TAIDA.

TAIDA. Muy gentil despacho lleva.

FLORA. Ya este pollo va pelado.

DIODORO. ¡Alto! á cenar, que si vuelve,
él llevará su recado. *(Vanse todos.)*

ESCENA X

TIMANDRO *y* CLODRO *desnudas las espadas tras de* GULÍN, *que sale huyendo.*

GULÍN. ¡Quedo que dan el porrazo,
que me derriengan, quedito!

TIMAND. No grite.

GULÍN. Pues si no grito,
no acuchillen. ¡Ay, mi brazo! *(Danle.)*
¿Qué quieren, cuerpo de Dios?
Pidan sin dar.

CLODRO. Lo primero
pido el acero.

GULÍN. ¿Yo, acero?
¡Qué poco saben los dos
del humor á que me inclino!
Siempre que estoy opilado,
en vez de andar acerado,
conmuto el acero en vino.

CLODRO. ¿No trae espada?

GULÍN. En mi vida
ni porfié, ni reñí.
Un no por no, y sí por sí
es mi riña conocida.

TIMAND. Largue la capa.

GULÍN. ¿La capa?
¡pidiera[des] un capón!

TIMAND. Acabe.

GULÍN. ¡Hay tal petición!

CLODRO. ¡Ea pues!

GULÍN. De una gualdrapa
salió, á imitación de Eva
de la costilla de Adán.
Mi amo es rico y galán,
y vale más la que lleva
de gorgorán, oro y raso.
A no dejarle escapar,
tuvieran bien que pillar.

TIMAND. Atajado le han el paso
otros que le tomen cuenta
de toda esa bizarría.
Acabemos.

GULÍN. ¿La porfía?

CLODRO. Dale, y muera. *(Danle.)*

GULÍN. ¡Ay! tengan cuenta
con la necedad.

TIMAND. No callá [1]
y da la capa.

GULÍN. ¡Bobear!
Si la tienen de llevar,
¿de qué sirve cuchillada?
(Dales la capa.)

CLODRO. El sombrero.

GULÍN. Está lloviendo,
tengo reumas, soy quebrado,
no puedo ser bien criado;
daréle en amaneciendo.

CLODRO. ¡Oh, pesi al bufón! Acaba,
dale, y vámonos los dos. *(Danle.)*

GULÍN. Dada mala les dé Dios,
con vigilia y con octava.—
Allá va el sombrero.

TIMAND. El sayo.

GULÍN. *(Entregándolo.)* ¿Sayo? Cara de sayón
tenéis vos.

CLODRO. Venga el jubón
(Valo dando.)

GULÍN. A un verdugo, y no á un lacayo.

CLODRO. Quite los calzones.

GULÍN. Yerro
es negarlos, ya los dan; *(Quítalos.)*
si muero aquí, llenos van
de cera para mi entierro.

TIMAND. Pues brevemente.

GULÍN. Hilo á hilo
me voy.

TIMAND. ¿Qué dice?

GULÍN. ¡Ay, de mí!
¿quién ha visto, sino en mí,
cera hilada y sin pabilo?
(Da los calzones.)

CLODRO. La camisa.

GULÍN. Esa es crueldad.

---

1 Así en el original: la refundición no trae este pasaje, que queda sin corregir.

CLODRO. No ha de quedarle un cabello.
GULÍN. Señores, que estoy doncello,
no agravien mi honestidad;
miren que tendré desmayos
virginales.
CLODRO. No haya miedo.
GULÍN. Seré, si en *puribus* quedo,
Cupido de los lacayos.
CLODRO. Gente suena: dése prisa.
GULÍN. Aún no llega á media pierna.
TIMAND. Agradezca á la linterna
el dejarle la camisa. *(Vanse.)*

ESCENA XI

GULÍN en camisa.

Con buen fieltro me socorren
para resistir canales.
¡Qué cobardes son los males
cuando tras un pobre corren!
No haya miedo que acometan
de uno en uno; en escuadrón
vienen juntos, y á traición
goteras de agua recetan.
Contra el fuego, cuyos bríos
nuestra hacienda han abrasado,
fuego y agua me han dejado,
desnudo y con calofríos.
¡Pues decir que cada gota
no es una vela de hielo!
¡Tanta riguridad, cielo,
contra una camisa rota!
Duélaos el peligro mío,
que soy, si moveros puedo,
ti... tiritando de miedo,
ti... tiritando de frío.

ESCENA XII

LIBERIO, desnudo; GULÍN. Después TAIDA, FLORA y gente.

LIBERIO. No es pequeña maravilla,
llamándose el mundo mar,
de su tormenta escapar,
aunque desnudo, á la orilla.
Quitóme la hacienda el fuego,
salteadores el vestido,
torpes vicios el sentido,
mocedades el sosiego.
Los bienes de la fortuna,
como son bienes prestados,
quien los juzga vinculados,
no habiendo firmeza alguna
en su variable rüeda,
que á tantos postra en un día,
cuando más en ella fía,
del modo que yo se queda.
¿Qué he de hacer? ¿Adónde iré
de noche, solo y desnudo?
GULÍN. ¡Qué despacio y qué menudo
se deja llover!
LIBERIO. ¿Qué haré?
GULÍN. Otro encamisado viene.
Mal de muchos es consuelo.
¿Si es nuestro pródigo?
LIBERIO. ¡Ay, cielo!
¡Qué bien merecido os tiene
mi mala vida el rigor
con que, aunque tarde, recuerdo!
GULÍN. ¿Quién viene?
LIBERIO. Desnudo pierdo
á fuer de pobre, el temor:
ya ¿qué me pueden quitar,
si no es la vida cansada,
en el pobre despreciada,
si en el rico de estimar?
¡Qué en breve el gusto se pasa!
GULÍN. ¿Quién va?
LIBERIO. ¿Quién es quien me avisa?
GULÍN. Una doncella en camisa,
que la echaron de su casa,
y tras roballa su flor,
le han quitado el faldellín
dos bellacos.
LIBERIO. ¿Es Gulín?
GULÍN. ¿Es Liberio, mi señor?
LIBERIO. ¡Ay, amigo! la fortuna
me deja: toda es extremos.
GULÍN. Según llueve, no diremos:
dejado nos ha á la luna;
á las puertas de tu dama,
mojados y pobres, sí.
LIBERIO. Dos amigos tengo aquí
que me den socorro. Llama.
GULÍN. ¿Amigos?
LIBERIO. Sí; llama aprisa.
GULÍN. Como los de Job serán,
que cuando salgan, saldrán
á quitarnos la camisa.
LIBERIO. Pues yo mi hacienda les daba,
de que me amparen no dudo.
GULÍN. Más da el duro que el desnudo;
desnudo estás: va de aldaba.
(Llama y arriba suena música y grita y bailes. Cantan.)

¿Qué parecen los ricos que empobrecieron?
Cáscaras de güevos que se sorbieron.
Toda la gente,
de los tres tiempos vive sólo el presente.

GULÍN. Si escuchas esto, ¿qué esperas?
Bailando están ¡vive Dios!
y acá rabiando los dos
al son de viento y goteras.
LIBERIO. En eso se diferencia,
el tener del no tener.
GULÍN. No lo quisiste creer
cuando tuviste.
LIBERIO. ¡Paciencia!
GULÍN. Güevos nos llamó sorbidos
el cantor.
LIBERIO. Verdades fragua.
GULÍN. Güevos pasados por agua
somos ahora y cocidos
como tu hacienda en el fuego,
asada y hecha gigote.
Diera yo por mi capote
cuatro votos y un reniego.
¿No lo oyes?
LIBERIO. Llama otra vez.
GULÍN. A un pobre nadie le oirá,
y si viene un agua va
con su mano de almirez,

y á plomo calla y sacude,
habrá cascos.

LIBERIO. Llama.

GULÍN. Llamo.

(*Dentro.*) ¿Quién va allá?

GULÍN. Gulín y su amo
en remojo.

(*Dentro.*) Dios le ayude.

GULÍN. ¿Ayude? No estornudamos.

LIBERIO. Todo contra mí se muda.

GULÍN. Bueno es echarnos ayuda
cuando calados estamos.

(*Llama otra vez.*)

LIBERIO. Liberio soy. Abre, amigo.

(*Dentro.*) Liberio no vive aquí.

LIBERIO. Cuando era rico viví;
ya no, porque soy mendigo.
Decid á Taida que está
Liberio aquí.

UNO. ¡Buen regalo!
¡Pues si bajo con un palo!

OTRO. Cierra y canta. (*Cierran de golpe.*)

GULÍN. ¡Bueno va!

(*Cantan.*)

No recibe esta casa pobres ni calvos,
porque unos y otros vienen pelados.
En nuestros libros
mientras no hubiere gastos, no habrá recibos.

LIBERIO. ¡Vive Dios, que ya no basta
la paciencia! Abrid, villanos,

(*Da golpes recio.*)

para recibir, con manos;
sin ellas, con quien no gasta.
¿Así la amistad pasada
pagáis? ¿Este premio da
vuestra lealtad?

UNO. ¡Agua va!

(Gulín *mojado por el agua arrojada.*)

GULÍN. Agua viene, y no rosada.
¡Puf! ¡Fuego de Dios en ella!

(Liberio *llamando con fuerza.*)

LIBERIO. Las puertas he de quebrar,
¡vive Dios!

GULÍN. Para afeitar
caras es el agua bella.

LIBERIO. ¡Ah, Taida! ¡Ah, Flora! ¡Ah, tiranas!
¿Así pagáis un amor
tan dadivoso? ¿Al rigor
de desdichas inhumanas
dejáis á quien por vosotras
es pobre? ¡Que esto no os mueve!

GULÍN. Cuanto más llamas, más llueve.
¡Qué mal tiempo para potras!

LIBERIO. ¿Este premio da una dama
que su hermosura celebra?

(*Salen á la ventana* Taida *y* Flora.)

TAIDA. ¿Quién es el necio que quiebra
así las puertas? ¿Quién llama?

LIBERIO. Mi bien, tu Liberio soy;
abre, amor es, que desnudo
y al agua, mi vida dudo.
De dos elementos hoy,
mísero despojo he sido;
el fuego abrasó mi hacienda,
sin haber quien me defienda
del agua. Si me has querido,
cumple la palabra ahora
que me ofreció tu favor;
haz alarde de tu amor,
Taida hermosa, bella Flora.

TAIDA. Lastímanme tus congojas,
que te traspasará el aire.
Aun así tienes donaire:
¡con qué gracia que te mojas!
Estate un poquito más;
debajo de esta gotera
te pon; llega.

LIBERIO. ¡Ah, ingrata! ¡Ah, fiera!
¿Burlando de mí te estás?

TAIDA. ¿Yo burlar? No, por mi vida;
sino que cumplo un deseo
después que al agua te veo.
De muchos que fuí querida
escuché el desasosiego,
porque todos me juraban
que por mi amor se abrasaban.
Cansábame tanto fuego,
pero en ti cesa mi enfado;
tú sazonas mi apetito,
que deseaba infinito
un amante remojado.

LIBERIO. Basta la burla, mi bien,
Ahora, haced abrirme vos.

FLORA. Hemos de sentir las dos
si te abrimos y te ven
los que están aquí, en camisa,
la vaya que te han de dar,
y crecerá tu pesar
á medida de su risa.
A casa puedes tornarte,
que puesto que se ha quemado,
hallarás, pues te has mojado,
lumbre en ella en que enjugarte.
Y no llames más, mi bien,
que acá si abrimos y subes,
como allá llueven las nubes,
lloverán palos también.

(*Cierran con ventanazo, y vanse.*)

GULÍN. Concertadme esas medidas.

LIBERIO. Villanos, amigos viles,
mujeres siempre civiles,
al torpe interés rendidas:
de vuestra deslealtad
está agraviado el valor;
de vosotras, el amor;
de vosotros, la amistad.
Mas, no importa; padre tengo
que enriquecerme podrá,
si el cielo aviso le da
de la desdicha á que vengo.
Yo le escribiré, villanos;
yo volveré presto á ser
caudaloso para ver
si tenéis entonces manos
para defender castigos
que no podréis resistir,
como para recibir
á fuer de falsos amigos.

GULÍN. Salgan acá los que arrojan
zupia, y sabrán, si los vemos,
de la suerte que corremos,
y del modo que se mojan.
Y ellas... las...

NISIRO (*Dentro.*) Abre esas puertas;
¡vive Dios! que he de matalle

á palos.

GULÍN. Toma esa calle,
si en tus peligros despiertas,
no haya tras el *agua va*,
un rato de torbellino.

LIBERIO. ¡Ay, juvenil desatino!
tarde escarmentaste ya.

(Vanse los dos.)

ESCENA XIII

LÁZARO, *medio desnudo, y echándole* NINEUCIO *y sus criados*. FELICIA.

NINEUC. ¿Tú en mi casa á mi pesar?
¿Tú á mis puertas pordiosero?
Ni te conozco, ni quiero
por deudo. Te he de sacar
yo en persona desta corte
y del mundo; no me fío
de nadie.

LÁZARO. Nineucio, tío,
señor, mi humildad reporte
tu cólera; enfermo estoy,
á pobres mi hacienda dí,
ninguno conozco aquí,
de tu tierra y sangre soy.
¿Qué importa que á los umbrales
de tu casa un pobre esté
que sobrino tuyo fué?

NINEUC. En la corte hay hospitales.
No lo es mi casa; sal fuera.

LÁZARO. Opinión los pobres dan
que á puertas del rico están;
deja que á las tuyas muera:
crean los que á ellas me ven
que ser limosnero sabes.

NINEUC. Cerrad y dadme las llaves.

FELICIA. Compasión, esposo, ten
por esta noche no más
de tu sobrino.

LÁZARO. Lebreles
criar regalados sueles,
y á perros sustento das:
haz cuenta que un mastín tienes;
con ellos, señor, me iguala.

NINEUC. No hago yo cuenta tan mala
que menoscabe mis bienes.
Ni aun como perro has de estar
aquí, que ellos á quien pasa
ladran por guardar la casa
que el pobre viene á robar;
y no es justo que tú cobres
lo que ellos tan bien merecen,
pues no sin causa aborrecen
los perros tanto á los pobres.
Mira quién eres y fía
que limosnas te acrediten,
pues aun los perros no admiten
á un pobre en su compañía.
Sacalde de aquí arrastrando.

ESCENA XIV

DICHOS, LIBERIO *y* GULÍN, *ambos desnudos*.

LIBERIO. Porque tu felicidad
triunfe de mi adversidad,
que hasta en esto te está honrando,
quiere mi suerte importuna
que Liberio á tus pies venga
(Arrodíllase.)
para que los suyos tenga
en mi cuello la fortuna:
no quieras mayor venganza
de quien compitió contigo.

GULÍN. Ni de un lacayo prodigo
que entra también en la danza.

LIBERIO. Mientras mi padre me envía
algún socorro, señor,
hazme en tu casa favor.
Destruyéronme en un día
las llamas, el vicio, el juego,
la amistad que ahora pasa,
que pues que todo esto abrasa,
todo debe de ser fuego;
y como no hace ventaja
el pobre al que se murió,
la fortuna me dejó
solamente esta mortaja.
El más vil de tus criados
ser en tu casa quisiera.

GULÍN. Porque venimos siquiera
como piñones mondados.

NINEUC. ¡Oh, qué buenos mercaderes
de la felicidad fuísteis!
Ingeniosos la adquirísteis,
tú en pobres, tú con mujeres.
Felicia, buen casamiento
hubieras hecho por Dios
con cualquiera de los dos.

FELICIA. *(Ap.)* ¡Ay, Liberio! ¡cómo siento
tu pródiga adversidad!
aunque más siento la mía,
que en fin en tu compañía
fuera yo felicidad,
y no en la deste avariento,
porque más es de sentir
que la pobreza, el vivir
junto del manjar, hambriento.
Señor, pues que vencedor *(á Nineucio)*
destos pobres has salido,
hacer merced al vencido
es propio del vencedor.
En tu casa los recibe.

NINEUC. De que eso digas me pesa:
las migajas de mi mesa
no les daré, ¡el cielo vive!
Quitádmelos que me corro
de que aun los tengas amor:
idos.

LIBERIO. ¡Socorro, señor!

GULÍN. Socarrón, señor, favor,
mala imagen del socorro.

LIBERIO. ¡Ay, cielos! ¡qué tarde avisa
el desengaño!

GULÍN. A buscar
voy quien me dé de cenar
á costa de mi camisa.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

GULÍN, *de labrador*, TORBISCO *y* GARBÓN, *villanos.*

TORBIS. Sea para bien, Gulín,
el nuevo cargo y oficio.
GULÍN. Aunque soy en él novicio,
pues no soy del campo, en fin,
yo mostraré en mi talento
que soy persona de tomo.
Hízome su mayordomo
Nineucio, el rico avariento,
(que así le llama la gente)
desta granja, y pienso en ella
mostrar que sé merecella
por guardoso y diligente.
GARBÓN. ¿Qué es lo que movelle pudo
á recibiros, un hombre
tan miserable?
GULÍN. Mi nombre.
Entré en su casa desnudo,
con el pródigo perdido,
envïóle enhoramala,
que así á los pobres regala,
sin dalle un pobre vestido;
y queriendo hacer de mí
lo propio, me preguntó:
«¿quién sois vos?» Díjele yo:
«lacayo pródigo fuí,
y Gulín es mi apellido.»—
«Si de gula se deriva,
dijo, justo es que os reciba;
en gracia me habéis caido:
de la gula esclavo soy,
y en fe dello honraros quiero;
mi mayordomo y quintero
habéis de ser desde hoy.»—
Dióme de vestir, y, en fin,
su quintero me intitula,
que siendo su dios la gula,
fuerza es que medre Gulín.
TORBIS. No es poca vuestra ventura,
que según el año pasa
estéril todo, en su casa
la vida estará segura.
GARBÓN. Toda esta región perece
de hambre.
GULÍN. ¡Rigor extraño!
TORBIS. No ha crecido el Nilo ogaño,
y con su olvido padece
el campo, común sustento
de los hombres y los brutos.
GARBÓN. En Egipto, siempre enjutos
los cielos, niegan al viento
las preñeces de sus nubes,
porque jamás en él llueve;
al Nilo sólo se debe
la vida.
TORBIS. ¿Por qué no subes
como sueles, rey de ríos,
y rompiendo tu prisión,
gozas la jurisdicción
que ensancha tus señoríos?
GARBÓN. ¿Por qué los campos no riegas
que el cielo fiarte quiso
(si es tu padre el Paraiso)
y á Ceres el censo niegas
que tantos años le has dado?
GULÍN. Como agora los señores
son tan malos pagadores,
los habrá el Nilo imitado.
Por tasa ración nos dan,
tasajos mal sazonados
y pan tosco de salvados.
TORBIS. Para la hambre no hay mal pan.
GULÍN. Cada cual cuidado tome
de trabajar mientras pasa
este año, que en esta casa
quien no trabaja, no come.
GARBÓN. Yo soy vaquero.
TORBIS. Yo guardo
el ganado que se pierde
á falta del pasto verde.
GULÍN. Y yo con mi gabán pardo
soy quintero y mayoral.
TORBIS. Murió el porquerizo ayer.
GARBÓN. De pura hambre debió ser.
TORBIS. Y es la necesidad tal,
que su oficio se pretende
de muchos con la porfía
que el cetro de Alejandría.
GULÍN. La hambre todo lo vende,
quien me diere más por él
llevará su investidura.
GARBÓN. Buen cargo.
TORBIS. ¿Por qué procura
Nineucio, si de Israel
es natural, y el hebreo
no puede comer tocino,
criar lechones?
GULÍN. El vino
dispensa con él.
TORBIS. Ya veo
la amistad que han profesado
el Dios vino y Dios jamón;
mas como á vuestra nación
ese manjar se ha vedado,
de que le coma, recibo,
nuestro Nineucio, pesar.
GULÍN. En lógica os he de dar
la respuesta. Un relativo
es imposible que esté
sin correlativo: el vino
es relación del tocino
desde el tiempo de Noé.
Nineucio, que á cangilones
bebe, le come en efeto,
porque estima el ser sujeto
de aquellas dos relaciones.
Y en lo que toca á pecar,
no repara si hay comida,
porque niega la otra vida,
y en esta quiere triunfar.
TORBIS. ¡Qué bárbaro parecer!
GULÍN. Beba y coma hasta morir,
que unos beben por vivir,
pero él vive por beber.
Y con esto, alto aquí:
á trabajar, que ya es hora.

ESCENA II

DICHOS. LAURETA, *pastora*.

LAUR. Felicia, nuesa señora,
está en la granja. Venid
á recibilla.
TORBIS. ¿Nuesa ama?
LAUR. La mujer de nueso dueño.
GULÍN. ¿Pues á qué vendrá?
LAUR. Del sueño
y gula de quien no la ama
se queja, y por consolarse,
salir al campo ha querido.
GULÍN. No suple el campo un marido.
Pues quiso con él casarse,
pena tiene merecida:
páguela.
TORBIS. También lo digo.
GULÍN. Mas venid todos conmigo
á darle la bienvenida. (*Vanse.*)

ESCENA III

LIBERIO, *muy roto* 1.

LIBERIO. Arbol se llama al revés
el hombre, y si en todos ellos
son raices sus cabellos,
y son los ramos sus pies,
árbol con propiedad es,
que más perfección encierra;
mas ¡ay, de mí!; ¡cuánto yerra
quien por gustos de mentira,
raices que el cielo mira,
quiere arraigar en la tierra!
Por lo caduco, lo eterno
desprecié; cuando árbol fuí,
hojas y flor me vestí
de mi edad en Mayo tierno;
no se acuerda del invierno
el árbol en los veranos.
Despojáronme hortelanos
ó amigos, cuyos empleos
al disfrutar son Briareos,
y al plantar no tienen manos.
¡Quien ve al hortelano astuto
cavar con el azadón
un tronco, porque en sazón
cobre de sus ramos fruto!
Con el estiércol enjuto
le lisonjea, y después,
en fe que es todo interés,
ejecutarle procura,
que lo que le dió en basura,
le roba en fruta después.
¿Qué fué lo que darme pudo
el mundo, sino vilezas
de vicios y de torpezas,
que aun nombrar agora dudo?
Ya despojado y desnudo
soy árbol de su venganza;
y aun menos, que en tal mudanza
el árbol desnudo espera
vestirse en la primavera,
y yo ni aun tengo esperanza.
Todo Egipto llora hambriento:
hasta en esto infeliz fuí,
pues en tiempo empobrecí
que no hay quien me dé sustento.
Ni tengo fuerzas ni aliento,
ni de aquí puedo pasar:
la mayor pena y azar
que á sentir un pobre viene,
es cuando pide al que tiene
excusa para no dar.
Granja es esta; ¿podré ir
á pedir limosna? no,
porque no hay para el que dió,
afrenta como el pedir.
No hay de *ser vil á servir*
nada, si una letra mudo:
servir quisiera, mas dudo
aun dichoso en esto ser,
porque ¿quién ha de querer
á un pobre, hambriento y desnudo?

1 En el original: «Sale el Pródigo muy roto.»

ESCENA IV

LIBERIO y GULÍN.

GULÍN. Para comida de priesa
bástale un pavo y capón.
Haz que los asen, Garbón,
y en el jardín pon la mesa.
LIBERIO. Este hombre debe ser
el que administra esta hacienda:
temo que en verme se ofenda,
que aun no estoy ya para ver.
Señor, la necesidad, (*De rodillas.*)
que tan adelante pasa...
GULÍN. Hermano, en aquesta casa
no hay limosna; perdonad.
Tengo un amo comilón,
de pobres tan enemigo,
que si lo que manda sigo,
y os llevo allá, es tan tragón,
que os comerá, aunque le sobre
la hacienda, porque ha sabido
que todo pobre es manido,
y quiere almorzarse un pobre.
Idos, antes que un mastín
os trinche una pierna.
LIBERIO. ¡Cielo!
¿no es este Gulín?
GULÍN. Recelo
que si en casa os ven...
LIBERIO. Gulín,
¿no me conoces?
GULÍN. ¿De tú
á mí, un pobre? ¡Gatuperio!
LIBERIO. ¿No conoces á Liberio?
GULÍN. Conózcale Belcebú.
¿Quién es Liberio?
LIBERIO. Quien fué
dueño tuyo.
GULÍN. Fué... pasó...
No sé pretéritos yo;
los presentes sólo sé.
Dos linajes solamente
en el mundo puede haber,
que es tener y no tener,
y un tiempo, que es el presente.

Si no tenéis, y tuvísteis,
y en ese andrajoso traje
os pasáis á otro linaje,
ya no sois el que fuisteis.
Aun no sois vuestro retrato,
que más diferencia aplico
entre el pobre que fué rico,
que entre el flamenco y mulato.

LIBERIO. Tienes razón; no te pido
que me des, que no podrás,
si con dueño avaro estás,
ser liberal. Haslo sido
conmigo, pero delante
de quien sirves, y yo lejos,
si criados son espejos,
imitarás su semblante,
cual él serás avariento.
Recíbeme en tu servicio
para el más humilde oficio,
y dame sólo el sustento.

GULÍN. Puercos hay; ¿sabréis guardallos?

LIBERIO. Sabré, por ser tan inmundo,
pues quiere que sirva el mundo
á mi mozo de caballos.

GULÍN. Pues dellos cuenta tened,
que en esa zahurda están,
y no imaginéis, galán,
que os hago poca merced;
que á fe que hay opositores
muchos, como el año es caro.
Mas, aunque os parezco avaro,
las obras tengo mejores:
bellotas que les echéis
os quiero dar.

LIBERIO. ¡Qué de males
experimento!

GULÍN. Gordales
son; no las golosméis,
y cenaréis á la noche.
Dejad pensamientos tristes,
que si en coches anduvístes,
acá hay también coche—coche
por la mañana y la tarde.

LIBERIO. Quien en torpezas vivió
bien merece como yo.
que brutos tan torpes guarde. (*Vanse.*)

ESCENA V

FELICIA, *muy triste.*

Dióme á escoger amor, niño vendado;
de tres, el uno esposo (¡ay, suerte mía!)
creí que el interés escogería
á medida del gusto depràvado.
Desprecié la virtud, razón de estado,
de una errante deidad que al cielo guía;
desdeñé juventud y gallardía
por un monstruo, si bien de oro cargado.
Como es desnudo amor, desprecia cuerdo,
galas (necia elección de quien sujeta
el gusto al interés que le dirige),
y colijo del bien que ahora pierdo
que la mujer más sabia es imperfeta,
pues, presumida, lo peor elige.

ESCENA VI

FELICIA, GULÍN, *que habla desde dentro. Después* LIBERIO.

GULÍN. (*Dentro á Liberio*). Esos los lechones son,
y las bellotas son esas;
no porque os parezcan gruesas
á la hambre deis ocasión,
que os ha de costar cada una
una cantidad de palos.

(LIBERIO, *con una gamela de bellotas.*)

LIBERIO. ¡Ay, deleites y regalos
del mundo y de la fortuna!:
¡con buen pago me acreditan
vuestros torpes ejercicios!
Sirvo, por servir mis vicios,
los brutos que los imitan.

FELICIA. ¡Todo es quejas cuanto escucho!
En el campo pensé hallar
alivio de mi pesar,
y en él con más penas lucho.
Quiero ver si me divierto
en vos, cristal sucesivo.
Creí casar con un vivo,
y caséme con un muerto (*Vase.*)

ESCENA VII

LIBERIO.

No lleva el mundo otros frutos
que los que aquí manifiesto;
bruto es torpe el deshonesto:
cogido he manjar de brutos.
En deleites disolutos,
para que más me congoje,
sembré vicios que recoge,
mi merecido rigor,
que en fin todo labrador
del modo que siembra, coge.
Buscando el bien aparente,
torpezas apacenté,
y es bien quien inmundo fué
que inmundicias apaciente.
¡Ah, vil mundo! ¡qué de gente
llora tus promesas rotas!
¿Qué maravilla, si brotas
engaños que paga Amán,
dando á Dios piedras por pan,
que me des á mi bellotas?
Aun estas me son vedadas,
que entre los bienes que alistas,
tus dichas son para vistas,
pero no para tocadas.
Aun menos son que pintadas,
y pruébalo mi escarmiento,
pues para mayor tormento
de mis desengaños vanos,
tengo el manjar en las manos,
y no oso comelle hambriento.
Crüel hambre me provoca:
ved la desdicha á que vengo,
que lo que en las manos tengo,
no oso llegar á la boca.
Castigo es, juventud loca,
de quien, siendo racional,
la parte eligió brutal,

despreciando de hombre el nombre,
que come, en fe que no es hombre,
bellotas como animal.

ESCENA VIII

DICHO, LAURETA, GULÍN *y* GARBÓN, *que acometen á* Liberio *y le quitan las bellotas y maltratan.*

LAURET. ¡Hao! que se engulle á puñados
las bellotas que no masca
el picarón.

GULÍN. ¿Sois tarasca?
Quítaselas.

GARBÓN ¡Bien medrados
estuvieran los lechones
con vos!

LIBERIO. Sosegaos, amigos.

LAURET. Hermano, traga bodigos,
en la Corte hay bodegones:
á buscar amo y alón,
que no heis de estar más aquí.

GULÍN. Quien bellotas traga así,
hoy dará tras un lechón,
y tras todos poco á poco
hasta engulille el berraco.

GARBÓN. ¡Oh, comilón!

LAURETA. ¡Oh, bellaco!
¡Con cáscaras! ¿estáis loco?

GARBÓN. Lo que había menester
nueso amo.

GULÍN. Quien tan aprisa
hasta á los cochinos sisa
lo que les dan de comer,
picar de aquí, que no quiero
teneros en casa un día.
Las bellotas se comía.

GARBÓN. ¡Oh, ladrón!

LAURET. ¡Oh, golosmiero!

(*Vanse los tres y quédase* Liberio.)

ESCENA IX

LIBERIO *y* FELICIA, *oculta.*

LIBERIO. Hasta en esto, avaro mundo,
muestras quien eres; ¿siquiera
por hombre no mereciera
lo que un animal inmundo?
Cuando mi sustento fundo
en tal vileza ¿me afrenta
tu ingratitud avarienta?
¡Siquiera no me pagaras
en bellotas é igualaras
con mis torpezas tu renta!
¿A Nabucodonosor
como bruto apacentaste,
y hasta eso á mi me negaste?
mas debo de ser peor.
¡Que haya llegado el rigor
del daño que vengo á ver
á tanto, que por comer,
envidie yo el vil estado
del bruto más despreciado,
y no lo merezca ser!
Alma, del cielo enemiga,
despertad, volved en vos,
ya que con azotes, Dios,
á fuer de esclava os castiga.
Al villano no le obliga
el bien, que es hijo de Adán:
trabajos virtud le dan.
¡Ay, Dios! ¡Cuántos jornaleros
de mi padre, aunque groseros,
andan sobrados de pan,
y yo pereciendo aquí
de hambre, suspiro en vano!
¡Mi Dios! dadme vos la mano;
levantadme, pues caí.
Iré á mi padre ¡ay, de mí!;
diréle, besando el suelo:
«Padre, contra vos y el cielo
pequé, no me llaméis hijo;
el menor gañán elijo
ser de vuestra casa.» Apelo,
mundo vil, de tu escasez
á su abundancia y clemencia:
sabio soy por experiencia;
de mí mismo seré juez.
No he de servirte otra vez,
mundo vil; desengañado
salgo de ti y desmedrado;
mas no me baldonarán
que he comido, en fin, tu pan,
que bellotas no me has dado.

(*Quiere irse y detiénele* Felicia.)

FELICIA. Aguarda, Liberio amado,
si he sido de ti querida.
Desde esta mata, escondida,
tus desdichas he escuchado:
No sé de los dos á quién
persiga así la inclemencia;
tú, en los males con paciencia,
yo, impaciente en tanto bien.
Aunque ya no son tus daños
como los míos tan atroces,
tus desengaños conoces,
yo conozco mis engaños;
mas, ¿qué importa conocellos,
si cuando olvidallos tratas,
tú con tiempo te rescatas,
yo quedo cautiva entre ellos?
No es tu suerte tan crüel,
pues no hay desventura igual
como conocer el mal,
y no poder salir dél.
Tengo esposo que aborrezco,
téngote presente á ti,
como mujer elegí,
y como elegí padezco.
Cuando de todos querido,
te aborreció mi interés,
y ámote cuando te ves
de todos aborrecido:
mira los diversos modos
del mujeril desvarío,
que ahora te llamo mío
cuando te han dejado todos.
Si por el amor presente
el desdén pasado olvidas,
restaura prendas perdidas:
repudios mi ley consiente;
repudiaré un torpe dueño,
avariento hasta en amar,

pues si suele comparar
el sabio á la muerte el sueño,
y él duerme en mi amor, ¿quién duda
que ya para mí murió
Nineucio, y que me dejó
libre para amarte y viuda?
Llévame, mi bien, contigo;
rica soy, serás señor
de mi hacienda y de mi amor.

LIBERIO. Eso no, mundo enemigo.
Sirviéndote me despides
desnudo, solo y hambriento,
y porque dejarte intento,
el paso ahora me impides.
A ser tan mísero llegas,
que cuando estoy en tu casa,
me tratas con tanta tasa
que aun las bellotas me niegas,
y ya tan pródigo estás,
que lo que antes adoraba
y á peso de oro compraba
de balde ahora me das.
Ya te entiendo: la razón
rompió á mis ojos la nube:
de lo que contigo estuve
conozco tu condición;
amigo reconciliado,
no por mi bien el tornarme
á casa, mas por robarme
lo poco que me ha quedado.
Quitarme tu engaño pudo
la hacienda, la libertad,
la virtud, la castidad,
hasta dejarme desnudo;
y como sobre mí he vuelto,
propósitos he adquirido
de tu rigor despedido,
y de mis engaños suelto,
á robármelos se atreve
tu lisonjera malicia,
que le pesa á tu avaricia,
aunque propósitos lleve.
Desnudo voy, no te admires
si de ti el cielo me escapa,
que aun no me dejaste capa,
como á José, de que tires.

FELICIA. Ni á mí me queda paciencia
que sufra tanto rigor. (*Vase* Liberio.)

ESCENA X

FELICIA y UN CRIADO.

CRIADO. Vuestro esposo, y mi señor,
está sin vuestra presencia
triste, señora, y me envía
por vos.

FELICIA. Iré á padecer:
escogí como mujer,
la culpa y la pena es mía. (*Vase.*)

ESCENA XI

NINEUCIO y DOS CRIADOS.

NINEUC. En fin, ¿muere mucha gente
de hambre?

CRIAD. 1.° Está todo Egipto
pereciendo.

CRIAD. 2.° Gran señor,
más mueren que quedan vivos.

NINEUC. Pues tráiganme de comer,
que no hay para mi apetito
como ver á otros hambrientos,
y sírvame de principio
la necesidad de todos.
¿En qué se distingue el rico
del pobre, si todos comen,
los nobles y los mendigos?
¡Ojalá que no quedara
vivo nadie en este siglo,
para que gozara yo
bienes tan mal repartidos!

ESCENA XII

DICHOS, y GULÍN. POBRES, *después.*

GULÍN. Dame, gran señor, los pies.

NINEUC. ¡Oh, Gulín, seas bien venido.
Bien por tu nombre te quiero;
la gula fué tu padrino.
¿Llegó Felicia?

GULÍN. Indispuesta;
tanto, que al punto que vino,
se echó en la cama.

NINEUC. ¿Qué tiene?

GULÍN. Dicen que antojos de un hijo.

NINEUC. No apetezco yo herederos;
quédese en mí mientras vivo,
mas la hacienda que á su padre
yo he de heredarme á mí mismo.
En un día han de acabarse
yo y mis bienes.

GULÍN. ¡Buen alivio
para quien enferma está
por verte en su amor tan tibio!

NINEUC. Muérase, porque me ahorre
de los gastos excesivos
con que todas las mujeres
empobrecen sus maridos.
Todo lo que en mí no empleo
me llega al alma. ¿Han traído
de comer?

CRIAD. 1.° Esta es la mesa.
(*Descúbrese una mesa muy espléndida. Siéntase, tocan chirimías, y sírvenle con majestad.*)

NINEUC. Dí el altar de mi apetito.
¿Hay deleite comparable
de cuantos á los sentidos
tributa naturaleza
como el del gusto? ¿Hay paraíso
como el distinguir sabores
de manjares exquisitos,
ostentando competencias,
unos simples y otros mixtos?
¿Qué gloria hay como el comer?

GULÍN. Yo por mayor he tenido
la del beber, gran señor,
puesto que á entrambas me inclino.
El comer cuesta trabajo,
y necesita ministros
en la digestión primera,
de dientes, muelas, colmillos,

molineros de la boca,
donde tal vez el peligro
de una china descerraja
un diente, que es más que un hijo.
¿No es trabajo que la lengua,
cuchar del puchero vivo,
de la boca haya de andar
cocinando sin aliño,
y revolviendo guisados,
que entre dientes escondidos
ofenden, si no los saca
el alguacil de un palillo?
El beber es caballero,
pues sin tantos requisitos,
sin necesidad de dientes,
en mozos, viejos y niños,
da los gustos sin pensión
colándose el blanco y tinto
al són de aquel cla, cla, cla,
apacible villancico.

NINEUC. Hola; echadme de beber,
confirmaré lo que ha dicho.

(Bebe al són de chirimías, é hincanse de rodillas mientras bebe.)

No anduvo Naturaleza
discreta en el artificio
y organización humana,
pues en tan corto distrito
como es el cuello, cifró
tan gran deleite.

GULÍN. Mal hizo
en no dilatar gaznates
que imitasen pasadizos.
Envidiaba Filoxeno
el cuello largo y prolijo
de la grulla por gozar
más el sutil gargarismo.

(Oyese dentro vocerío de pobres.)

TODOS. ¡Socorro, señor, sustento!

UNO. Pues el cielo te hizo rico.

TODOS. Favorece á los hambrientos:
socorro, que nos morimos.

NINEUC. ¿Qué es esto?

GULÍN. Necesitados
que á tus puertas han venido,
forzados de la miseria
que padece todo Egipto.

NINEUC. Dejaldos, pues, vocear,
que al son de su hambre y gritos
como yo con más deleite;
mi salsa son sus gemidos.

UNO. ¡Bárbaro! ¡cruel tirano!
de los cielos seas maldito;
tu crueldad castigue Dios.

OTRO. De sed rabiosa afligido
pidas una gota de agua,
sin que nadie te dé alivio.

UNO. ¡Maldígate Dios!

TODOS. ¡Amén!

GULÍN. ¡Qué devotos monacillos!

CRIAD. 1.º A palos he de matarlos.

NINEUC. Dejaldos.

CRIAD. 2.º ¿Si los sufrimos
maldecirte?

NINEUC. Engordo yo
así, que son para el rico
medicinas cordïales
maldiciones del mendigo.
No hay música que recree
de tal suerte mis oídos
como las quejas y llantos
del hambriento y afligido.

ESCENA XIII

DICHOS y LÁZARO *muy llagado.*

LÁZARO. A las puertas de la muerte
y á las tuyas han traido
tu crueldad y mi miseria
á morir á tu sobrino.
Los bienes di á usura á Dios,
que tú llamas desperdicios;
no me he quedado con nada,
pues la salud he vendido.
De llagas estoy cubierto,
de bocas soy un prodigio,
y todas estas no bastan
á moverte, aunque dan gritos.
Dame á censo una limosna,
que si en los cielos te libro
seguridades eternas,
ganarás logro infinito.
Las migajas de tu mesa
son los regalos que pido
al despedírseme el alma,
ya no por mí, por ti mismo;
que aunque de tan poco precio,
quisiera por ellas, tío,
en el tribunal de Dios
alegar por ti servicios.
Así como así se pierden;
¿de qué provecho ó servicio
son migajas desechadas
que imperceptibles codicio?
Pues si lo que no aprovecha
te compro yo, si me obligo
por ellas á enriquecerte,
si estimas tanto el ser rico,
da lo que es fuerza arrojar,
haz virtud lo que en ti es vicio,
y en abono desta deuda
haré mis llagas testigos.

NINEUC. ¿Qué me estás atormentando,
ignorante persuasivo,
con inmortales quimeras,
que juzgo por desvaríos?
¿No sabes que no confieso
más desta vida, y que afirmo
que como los brutos, mueren
cuerpo y alma á un tiempo mismo?
¿Pues de qué estima serán
promesas que en desatinos
á plazos del cielo ofreces,
falsos como tú y fingidos?

LÁZARO. ¡Ay, blasfemo! en la experiencia
cuando padezcas abismos
de penas, siempre inmortales,
desengaños te apercibo.
¿La vida niegas al alma,
imagen del ser divino,
en el fin sin fin que espera,
puesto que tuvo principio?
¿Nunca tu espíritu torpe

en éxtasis suspensivos,
ya velando, ya durmiendo,
pidió treguas á los grillos
del cuerpo, breves instantes,
pensamientos discursivos,
remontando por los cielos
y midiendo sus zafiros?
¿Con los brutos te comparas?
Mas como ellos sumergido
en torpezas, no me espanto,
que en brutos transforma el vicio.
Más racionales que tú
son tus perros, que han lamido
las llagas que tú maltratas,
piadosos y compasivos.
¿Migajas niegas, avaro?
Plega á Dios que en su jüicio
no te niegue el cielo gotas
cuando sediento des gritos.
Yo me muero por vivir,
pero tú con fin distinto,
morirás para más muerte,
mientras más mueras, más vivo.
(Váse.)

ESCENA XIV

NINEUCIO, GULÍN *y* CRIADOS.

NINEUC. Mataldo, sacalde el alma;
satisfacedme ofendido.
GULÍN. Ya él por sí se está muriendo.
NINEUC. ¡A mí, un llagado! ¡á mí, un mendigo!
Arrojad aquesas mesas:
el asco me ha conmovido
las entrañas; muerto soy,
ofúscanse mis sentidos.
Desnudadme, que me abraso;
llamas broto por suspiros;
vengan los médicos todos
que en más precio tiene Egipto.
¡Que me abraso, que me enciendo!
¡Agua, cielos! *(Váse.)*

ESCENA XV

GULÍN *y* CRIADOS.

GULÍN. Dalde vino,
y plegue á Dios que reviente
si de luto ha de vestirnos,
que son galas del crïado.
CRIAD. 1.° Al que muere avaro y rico,
compara un sabio al lechón.
GULÍN. Dice bien, porque el cochino
aprovecha á todos muerto,
como enfada á todos vivo.
(Vanse.)

ESCENA XVI

CLEMENTE, *viejo. Después* LIBERIO.

CLEMENTE.

La madre de Tobías
imitan valles las desdichas mías.
Como ellas, á cada instante
salgo á buscar un hijo, que ignorante
de vicios salteadores,
causan su perdición y mis temores.
Caminos, reducilde,
si loco se ausentó, cuerdo y humilde;
arroyos, detenelde,
si se despeña contra Dios, rebelde.
¡Ay, prolijos enojos!
si le vieran venir mis tristes ojos,
diera á la vida plazos,
y á su cuello amoroso tiernos brazos.
Apenas se mueve hoja,
cuando al alma, que viene se le antoja.
Mas ¡ay, loco deseo!
¿quién es aquel que apresurado veo?
Pasos que engendran sustos,
y entre temores sobresaltan gustos,
el aire, el movimiento
es todo de mi hijo, ¡Ay, pensamiento!,
salid vos al encuentro,
del alma precursor, que está aquí dentro
pintándome en sus lejos
regocijos que admito, aunque en bosquejos,
porque á pesar de enojos,
más penetra su vista que mis ojos:
corriendo, al viento alcanza,
y juzgo yo por siglos su tardanza.
¡Liberio! (¡Ay, desvarío!) *(Llama á voces.)*
¡Hijo, Liberio!

LIBERIO. *(Responde como de muy lejos.)*

¡Amado padre mío!

CLEMENTE.

(¡Ay, cielos! padre, dijo.
¿Si el eco me engañó?) Querido hijo,
¿eres tú?

LIBERIO.

Sí, mi padre. *(Más cerca.)*

CLEMENTE.

El es: ¿qué dicha habrá que no me cuadre?
¡Ay, pies! si os entorpece
la edad, amor, que es Dios, rejuvenece.
Corred, que siempre el gozo,
tiñendo al viejo canas, le hace mozo.
¡Mitad del alma mía,
restituye con ella mi alegría!
(Corre más cada vez. Llega á Liberio, *que sale y se hinca de rodillas y él le abraza.)*
¡Qué alegre que estuviera
si en veros toda en brazos se volviera!
Levántate del suelo.

LIBERIO.

Pequé contra ti, padre, y contra el cielo.

CLEMENTE.

No digas más disculpas;
bastantes son arrepentidas culpas.
Mi llanto y tus cuidados
son cohechos de amor. ¡Hola, criados!

ESCENA XVII

DICHOS *y dos* CRIADOS.

CRIADO 1.º

¿Qué es, señor, lo que mandas?

CLEMENTE

Púrpuras escoged, sacad holandas;
día es hoy de mi boda;
mi recámara abrid, robalda toda.
Entapizad mis salas,
y registrando magestuosas galas,
haced elección dellas
vistiéndole á mi hijo las más bellas.
Sus dedos le coronen
anillos, que del sol giros blasonen;
sean tales sus ornatos,
que en diamantes se aneguen sus zapatos.
Convidad mis amigos,
que no hay contento donde no hay testigos.
Matad una ternera
escogida entre mil desa ribera;
tan pingüe, que la leche
en vez de sangre por los poros eche.
Instrumentos sonoros
alegren danzas y ocasionen coros:
todo sea regocijo,
pues muerto en vicios resucita un hijo.
Perdióseme, y ahora
restituido alegra, porque llora.

CRIADO 2.º

Tan bien venido sea,
que siglos largos de tus canas vea
paternales ejemplos,
para que erija á tu clemencia templos.

LIBERIO.

Ya, bárbaros engaños,
mejoro con la vida torpes años:
no sois ya, alma, cautiva.

TODOS.

¡Viva tal padre!

LIBERIO.

Más que todos viva.

(*Suena música de chirimias, y vanse todos, menos el* Criado 1.º.)

ESCENA XVIII

MODESTO, *como de campo, y el* Criado.

MODEST. ¿Qué músicas serán estas
tan nuevas en esta casa?
¿Qué huésped hay? ¿quién se casa?
¿por qué se hacen tantas fiestas?
CRIADO. No admires el regocijo,
señor, que juzgas por vano.
Hoy has hallado un hermano,
y tu padre ha hallado un hijo.
Vino Liberio, aunque roto,
desengañado y confuso
del mundo; á los pies se puso
de su padre. Cumplió el voto,
cual marinero que en medio
del mar, naufragó perdido;
porque en fin, su padre ha sido
la imagen de su remedio.
Recibióle con los brazos
abiertos, porque es clemente;
él pidió pies de obediente,
y en vez dellos halló abrazos.
Tan regocijado está
el viejo noble y piadoso,
que con todos generoso,
albricias y joyas da.
Terneras de leche mata,
á sus amigos convida,
y remozando su vida,
años y gustos dilata:
tanto como esto ha podido,
con ser tú su mayorazgo,
de un hijo mozo el hallazgo,
hoy hallado, ayer perdido.
MODEST. Eso sí; gaste con él
la hacienda que á mí me toca;
premie de su vida
los vicios, y á mí, que fiel
siempre estuve en su obediencia,
trátame con escasez,
efectos de su vejez,
y prueba de mi paciencia.

ESCENA XIX

DICHOS, CLEMENTE *y criados.*

CLEMEN. Dame albricias, hijo mío,
ó para decir mejor,
pídeselas á mi amor.
Ya volvió á su madre el río
que desatinado viste
romper presas; ya tu hermano,
obediente, humilde y llano,
te espera: ¿de qué estás triste?:
entra, y abrazos apresta.
MODEST. Desde que tuve de ti
vida y ser, nunca salí
de tu gusto, ni en molesta
juventud quebré jamás
las leyes que me pusiste,
y nunca, padre, me diste
lo que hoy á un perdido das.
Aun un cabrito siquiera
que comer con mis amigos
te debo (sean testigos
mis quejas), y una ternera,
lo más gruesa de tus hatos,
á un disipador previenes
de sus virtudes y bienes
y autor de sus desacatos.
Si es bien hecho que autorices
contra quien te obedeció,
á quien su hacienda gastó
en juegos y en meretrices,
más me valiera haber sido
como él, que obedecerte.
CLEMEN. Necio enojo te divierte.
Mi mayorazgo querido
eres, Modesto; mi hacienda

es toda tuya ¿quién duda?
El tiempo costumbres muda,
la experiencia pone rienda.
Ya reducido, te besa
los pies; enséñale amor,
y agraviarás tu valor
si de su dicha te pesa.

ESCENA XX

CLEMENTE, MODESTO y LIBERIO, *que sale bizarramente vestido y se hinca á los pies de su hermano. Criados. Después,* Felicia. *Oyese música de chirimías.*

LIBERIO. Hermano y señor, yo he sido...
MODEST. (Las entrañas me enternece.)
No me digas más; mil veces
seas hermano, bien venido.
Tu hijo es, á festejalle *(á* Clemente.)
con los demás quiero ir,
que más es el reducir
un hijo, que el enjendralle
(Sale Felicia *de viuda.)*
FELICIA. Si desengaños del mundo
son padres del escarmiento,
y de tus justos agravios
alcanzo perdón, Liberio,
viuda ya y desengañada,
con el alma que te ofrezco,
á darte cuenta he venido
de lástimas y sucesos.
Murió de una apoplegía
Nineucio, el rico avariento,
blasón que torpe ha ganado.
LIBERIO. ¿Qué dices? ¡Válgame el cielo!
FELICIA. Murió Lázaro también,
los dos en la vida extremos
de la rueda de fortuna,
y hasta en el morir diversos.
A Lázaro, como á sobras
del mundo, por pobre dieron
sepulcro en un arenal,
como sus entrañas seco.
Al otro con aparatos
costosos, cuanto soberbios,
arrastrando largos lutos,
galas de sus herederos,
en prolija procesión
le llevaron hasta un templo,
donde de mármoles finos,
de jaspes verdes y negros,
piras que á la clave llegan
del edificio supremo,
grabadas de armas, de motes,
y jeroglíficos griegos,
en sus entrañas admiten
el cadáver avariento,
que vivo no abrió jamás
piadosas puertas al pecho.
Estas son las honras que hace
el mundo en la muerte, y esto
en lo que paran coronas
y el fin que tienen imperios.
Rica y libre restituyo
á la voluntad el reino,
que mi engañada elección
entregó al interés necio.
Mil veces yo venturosa,
y muchas más si merezco
en tálamos mejorados
enmendar pasados yerros.
CLEMEN. Felicia, porque lo sea
ya mi ganado Liberio,
esposo vuestro será,
y el amor, de entrambos dueño.
La inmortalidad del alma
negaba el torpe Nineucio;
su felicidad ponía
Lázaro en bienes del cielo.
Mi Dios, para certidumbre
de la vida que confieso
en vuestro inmortal dominio
y más seguro escarmiento
deste Pródigo enmendado,
enseñadnos con qué premio
premiáis los pobres humildes
y castigáis los soberbios.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, LÁZARO, ABRAHÁN y NINEUCIO.

(Suena música arriba. En lo alto del tablado un paraíso, y Lázaro, *de blanco y oro, en el regazo de* Abrahán. *Abajo un infierno, y* Nineucio *sentado á una mesa abrasándose y muchos platos echando de los manjares llamas.)*

NINEUC. Padre Abrahán, que me abraso
en el alma y en el cuerpo:
llamas de inmortalidad,
castigos de Dios eterno.
La gula en que idolatré,
manjares me da de fuego,
hidrópica sed me abrasa;
ten piedad de mis tormentos.
Padre, á Lázaro me envía
que moje el último extremo
del dedo en agua un instante,
y dé un breve refrigerio
á mi lengua.
ABRAH. Acuérdate,
hijo, del bien que viviendo
recibiste en la otra vida,
y Lázaro los desprecios
y trabajos que tú sabes.
No hay dos glorias, no hay dos cielos:
él recibe descansado
de sus virtudes el premio;
tú en tormentos perdurables
pagas los males que has hecho.
Mal te podrá socorrer
desde lugar tan diverso
al en que estás, que hay abismos
de inmensa distancia en medio.
NINEUC. Ruégote, pues, que le envíes
(si desde aquí obligan ruegos)
á la casa de mis padres,
donde cinco hermanos tengo,
para que los amoneste,
porque á estas penas viniendo
no acrecienten las que paso:
ten misericordia dellos.

ABRÁH. A Moisés y á los Profetas
tienen en libros, que llenos
de amonestaciones santas
predican y dan ejemplos.

NINEUC. No, Padre Abrahán, mejor
los persuadirán los muertos.
Si á Lázaro ven, no hay duda
que ponga á sus vicios freno.

ABRAH. Quien los Profetas no admite
y tiene de bronce el pecho,
ni á los que resucitaren
creerá tampoco; esto es cierto.

CLEMEN. Hijo, á Lázaro imitando,
y escarmentando en Nineucio,
restaurarás lo perdido
y excusarás tus tormentos.
Vicioso pródigo fuiste,
y aquél, mísero avariento;
tanto en ti fué lo de más,
como en él fué lo de menos.
En medio está la virtud:
si son vicios los extremos,
de Lázaro el medio escoge,
y tendrás á Dios por premio.

LA REINA DE LOS REYES

COMEDIA DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

Representóla Avendaño.

PERSONAS[1]

Alvar Pérez de Castro, *general.*
La Condesa, *su mujer.*
Dos damas *de la Condesa.*
Alhamar, *rey de Granada.*
Mahomad, *su vasallo.*
Nuño de Lara, *viejo.*
La Reina.
El santo rey don Fernando.
Nuestra Señora.
Garci Pérez de Vargas.
Diego Pérez de Vargas.
Don Alonso Tello.
Hazén, *moro, hermano del rey de Murcia.*
Paja, *truhán.*
Tres hombres vulgares.
Un soldado.
Un correo.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Paja, *truhán, con una canasta de pan, retirándose de tres hombres que salen acuchillándole. Después* Nuño de Lara.

Paja. En palacio habéis entrado,
y habrá quien al Rey lo diga.
Homb. 1.° La hambre que nos obliga
no reconoce sagrado.
Paja. ¿El pan que es para los reyes
queréis quitarme?
Nuño. ¿Hay maldad
igual?
Homb. 2.° La necesidad
deroga todas las leyes;
y así, aunque sea contra ley,
del pan hemos de llevar.
Nuño. Monstruo indómito vulgar,
el pan es para mi Rey;
y aunque de uno al otro polo
viniera aquí el mundo entero,
del pan que defender quiero
no llevara un pan tan sólo.
Homb. 1.° En lo que dices repara,
que aunque á enojo provocado
á mucho te has obligado.
Paja. ¿No veis que es Nuño de Lara?
Homb. 1.° Sea; si me ha de matar
la necesidad infame,
Nuño mi sangre derrame,
pues la suya me ha de honrar.
Deja que algún pan llevemos,
ó prevente á la defensa.
(Nuño, echando mano á la espada.)
Nuño. Miente el villano que piensa
comerlo.
Homb. 2.° Aquí moriremos.
Paja. Mirad que la Reina viene.
(Envainan todos las espadas, y arrodíllanse.)

ESCENA II

Dichos *y la* Reina.

Reina. ¿Qué es esto?
Homb. 1.° Poner la boca
en tus plantas. Una loca
pasión, que castigo tiene,
pues desta suerte nos ves.
Reina. Nuño, decid, ¿cómo es esto?
¿vos airado y descompuesto?
Nuño. Humillado á vuestros pies,
antes de daros respuesta,
pido, señora, perdón.
Reina. Sepa yo qué es la ocasión
de una locura como esta.

---

1 Además de estos personajes intervienen en la obra los siguientes: El Gran Prior de San Juan; los Maestres de las Ordenes; D. Lorenzo Suárez; Axatafe, *rey de Sevilla;* Albenzaide; Abenrajel, *astrólogo;* Alí; el Príncipe D. Alfonso; D. Ramón de Losana; D. Ramón Bonifaz; un Ventero y Moros; los nueve últimos sólo en la *Jornada tercera.*

HOMB. 2.° Hambre, señora. No llueve;
logreros guardan el trigo,
y á los que aquí están conmigo
fuerza oprime, razón mueve.
Estando desde anteayer
sin comer, este truhán
pasaba con ese pan,
y al quererle detener
para que alguno nos diese,
sacó la espada, ocasión
de que aquí con tal pasión
vuestra majestad nos viese.
Nuño, cual veis, defendiólo:
este es el caso, estas son
nuestras vidas; la razón
de procurarlas, es sólo
por darlas de buena gana
á Fernando nuestro rey,
por justa y guardada ley
de la lealtad castellana.

REINA. Bien acertó á ponderar
de una corona el desvelo,
el que hallándola en el suelo
no la quiso levantar.
El reino, de varios modos
repartido, está ocupado
cada uno en su cuidado,
pero el Rey en los de todos.
Vela, porque vos durmáis;
porque vos comáis, trabaja,
y porque él al moro ataja,
vos vuestra hacienda gozáis.
Aquí entráis desesperados,
porque la hambre os fatiga,
cuando el Señor nos castiga
quizá por nuestros pecados.
El Rey por vosotros llora,
á Dios ruega penitente,
y ha muchos días que él siente
lo que aquí sentís agora.
En todo el reino se hacen
rogativas, procesiones
de sangre, por si en acciones
tales á Dios satisfacen.
No ha quedado imagen santa
en tabernáculo alguno
que el triste pueblo importuno
no saque en aflicción tanta.
Tres días ha que mi Fernando
no veo, porque tres son
los que ha que está en oración,
por este reino llorando.
Viendo de Dios los enojos,
le intenta desenojar,
y agua le piensa sacar
con el agua de sus ojos.
Ved como son diferentes
de los reyes los cuidados.

HOMB. 1.° Señora, nuestros pecados
causan los daños presentes.
Nunca mereció Castilla
tal Rey; divino tesoro
es su valor; tiembla el moro,
el mundo se maravilla.
No ha habido como él alguno
en castellanos ni godos,
pues siendo amparo de todos,
es padre de cada uno:
y en fin, es santo.

REINA. Oid ahora:
haced, Nuño, pregonar
que vengan á declarar
en término de una hora
todos los que tienen trigo,
sin que me oculten un grano,
pena de la vida.

HOMB. 2.° Es llano,
que hay.

NUÑO. Tu celo bendigo.

REINA. Estando de manifiesto
comerá la pobre gente,
que es quien más la hambre siente:
yo lo pagaré.

NUÑO. Voy.

REINA. Presto.
Y en todo el reino avisad
que haga lo mismo.

NUÑO. Sí haré. *(Vase.)*

ESCENA III

La REINA, PAJA *y los* HOMBRES.

HOMB. 1.° *(A la* Reina.*)* Dios muy larga vida os dé
muros de la cristiandad.

REINA. Lloverá ó podrá ser que haya
trigo oculto, de manera
que sobre hasta el que se espera
por Galicia y por Vizcaya.

HOMB. 2.° Para sembrar y comer
hay bastante; hanlo ocultado,
porque no habiendo sembrado
pasa Enero sin llover.

REINA. *(A* Paja.*)* Tú, reparte entre esta gente
el pan.

PAJA. ¿Todo?

REINA. El que trajiste.

*(*Paja *que esconderá algo de pan.)*

PAJA. ¿Pues yo he de comer alpiste?

HOMB. 1.° Señora, aunque lo consiente
la necesidad, no es justo.

REINA. Dáselo. No repliquéis.

HOMB. 2.° La gran Sevilla ganéis,
y en ella os gocéis con gusto.

HOMB. 3.° ¡Qué piadosa y qué discreta)

(Vanse los Hombres *llevándose el pan que se les dió.)*

ESCENA IV

La REINA *y* PAJA.

PAJA. *(Ap.)* Hágales muy mal provecho.
No me veo satisfecho
después que la hambre aprieta.
Del estómago el ahinco
es tal, que comer solía
tres hogazas en un día,
y ya no hay harto con cinco.

REINA. Vuelve al panadero.

PAJA. ¿A qué,
si las raciones ha dado?

REINA. Otras dará.

PAJA. (*Ap.*) A lo guardado
me atengo. Yo volveré;
de un piadoso y noble alférez
requeriré la guarida,
que me regala y convida
por truhán de Garci Pérez.
Paja me llaman, y espero,
según se estrecha el comer,
que lo he de venir á ser
en lo vano y lo ligero.
Yo pienso andar (no es donaire,
de veras hablo) entretanto
que esto dura, atado á un canto,
porque no me lleve el aire. (*Vase.*)

ESCENA V

La REINA, *luego el* REY.

REINA. Ya, deseos y ansias mías,
que entre á ver á mi Fernando
me estáis persuadiendo: ¿cuándo
se acaban ya los tres días?
Tres siglos han parecido,
y aunque no se deja ver,
seré confiada Esther,
que es amor muy atrevido:
con silencio quiero abrir
por si reposa; elevado

(*Corre la* Reina *la cortina, y aparece el* Rey *elevado en oración, ante un crucifijo.*)

en la oración se ha quedado.
No le quiero divertir,
antes en este retrete
á que salga esperaré.
Gran Rey, gran Santo, tu fe
altas cosas nos promete.

(*Escóndese la* Reina *en el retrete. Toquen chirimías, y aparezca Nuestra Señora como está en su capilla de los* Reyes *en nube.*)

(*Dentro.*)

«Fernando, enojado estaba
Dios con tu reino; el perdón
alcanzó tu intercesión,
que todo con Dios lo acaba.
Yo, por gloriar tu cuidado
en aflicción tan terrible,
traigo á Dios, niño apacible,
cuando era Dios enojado.
La pena y temor destierra,
que pues en mí fiado estás,
mientras vivieres, jamás
faltará el agua en tu tierra.»

(*Vuelve á oirse la música, y desaparece la visión. Álzase el* Rey *y se pone la gorra.*)

FERNAN. ¡Válgame Dios! ¿Si es verdad
lo que he visto? ¿Si fué sueño?

(*La* Reina, *saliendo.*)

REINA. Mi Fernando, amado dueño,
milagrosa novedad.
Logróse vuestra esperanza;
ved que agua abundante y recia
riega la tierra.

FERNAN. Fué necia
siempre la desconfianza,
y mi Dios muy piadoso.
Mil gracias os doy, Señor,
pues venció el justo rigor
hoy vuestro pecho amoroso.

REINA. Por mí y por toda Castilla
los pies os quiero besar,
pues Dios ha querido obrar
por vos tan gran maravilla.

FERNAN. Alzad, señora, del suelo,
que este favor soberano
que os humilla ante un gusano,
es de la *Reina* del cielo.
Quien al Señor aplacó
fué la *Reina de los Reyes*,
y quien no guarda las leyes
de agradecido, soy yo.
Trasportado en la oración,
ví á la Virgen asentada
en una silla, cercada
de gloria; en tal suspensión
me dijo: «Pierde el cuidado,
que en aflicción tan terrible
traigo á Dios, niño apacible,
cuando era Dios enojado.»
A Jesús niño tenía
en sus rodillas; vió el alma
el Cielo en gloriosa calma;
luego oí que me decía:
«La pena y temor destierra,
que pues en mí fiado estás,
mientras vivieres, jamás
faltará el agua en tu tierra.»

REINA. ¡Gran favor!

FERNAN. Aunque soñado,
en él pude ver la gloria.

REINA. Es maravilla notoria,
pues Dios agua nos ha enviado.

FERNAN. Llena de amor y tristeza
recuerda el alma de un sueño
glorioso, con nuevo dueño.
¡Qué soberana belleza!
¡Qué negros ojos, tan bellos!
¡Qué honesto y grave mirar!
En su amor pudo abrasar
almas de nieve con ellos.
¡Qué soberanos tesoros
ví en la madeja que peina!
¡Qué gran ser! ¡qué digna Reina
de los angélicos coros!
Era un cielo su espaciosa
frente; no hay serafín
que su boca iguale, en fin,
morena, grave y hermosa.
Quiero hacer por mi consuelo
que la retraten; mas ¿quién
la sabrá retratar bien,
sino es un ángel del cielo?

REINA. Eso tomo yo á mi cargo.
Una memoria me dad
del retrato, y descuidad,
que yo de hacerlo me encargo.

(*Siéntase el* Rey, *y escribe sobre un bufete.*)

FERNAN. Dichoso aquel escultor
que un retrato verdadero
me hiciere; premiarle espero
con gran riqueza y honor.

REINA. Aquí he de estar esperando
á que me déis la memoria.

ESCENA VI

DICHOS, y PAJA *mojado, sacudiéndose el agua.*

PAJA. Todos desto dan la gloria
al Santo rey don Fernando.

REINA. Los mejores oficiales
del mundo he de hacer buscar,
que alguno podrá acertar
dándole bien las señales.
El mismo deseo que vos
tengo, que aunque no la ví,
muy grande devota en mí
tiene la madre de Dios.

(*Acaba el* Rey *de escribir la memoria; dala á su mujer, y éntrase ésta.*)

FERNAN. Esto es lo que escribir puedo
de la imagen deseada.—
¿Quién es?

ESCENA VII

El REY *y* PAJA.

PAJA. Soy paja mojada,
pues sin mis albricias quedo.
Con uno y otro turbión
me he detenido hasta ahora,
que la Reina, mi señora,
me ha hurtado la bendición.
Fuerza es que el vestido tuerza,
pues que vengo hecho una sopa,
que aunque es fuerza mudar ropa,
el no mudarla es más fuerza.

FERNAN. Dile á Nuño que te dé
un vestido.

PAJA. Cien mil años
vivas, y en los más extraños
reinos ensalces la fe.

FERNAN. ¿Está contento el lugar
con el agua?

PAJA. Aunque es tardía,
general es la alegría
y el deseo de sembrar.

FERNAN. Aunque está el tiempo adelante,
que hoy somos quince de Enero,
de quien envió el agua espero
un año muy abundante.

PAJA. Alegría general
dije que había, y mal digo,
que los logreros de trigo
se han alegrado muy mal.
Un miserable malquisto,
aunque vió el cielo nublado,
no lo creyó. Fué al tejado,
vió su desdicha más llana;
cual de parto, sin sosiego
con dolores y ansia esquiva,
andaba escalera arriba,
escalera abajo luego,
á la azotea, al mirador,
poniéndose los antojos;
en fin, cuando vió á sus ojos
tal agua, como el traidor
Judas, se echó una lazada
á la garganta, y se ahoga
si no le corta la soga
su escudero con la espada.

FERNAN. ¡Gran miseria!

PAJA. Lo mejor
es, que despidió al criado.

FERNAN. ¡Bien le pagó su cuidado!

PAJA. Hay otra gracia mayor.
Que hicieron cuenta, y después
que tuvieron conferido
lo que tenía recibido
y el sueldo de cada mes,
le contó: «tanto de un plato
que quebró, tanto que un día
respecto á ser cosa mía
le dió Tello de barato.
De medio día que faltó,
tanto; tanto de un disanto
que estuvo indispuesto, y tanto
de la soga que cortó.»

FERNAN. Lo que tú inventando estás,
fuera digno de castigo.

ESCENA VIII

El REY, NUÑO DE LARA *y* PAJA, *luego un* CRIADO.

FERNAN. (*A* Nuño.) ¿Qué hay Nuño?

NUÑO. Señor, hay trigo
para dos años y más.

FERNAN. ¡Escondido! ¿qué decís?

NUÑO. La codicia era tan ciega,
que llegó á valer la hanega
á doce maravedís.

CRIADO. Aquí está el Embajador
del rey de Murcia.

FERNAN. Entrar puede,
que todo lo que hoy sucede
sin duda es en mi favor.

(*Retírase el* criado.)

ESCENA IX

DICHOS *y* HAZÉN, *moro Embajador.*

HAZÉN.

A tus pies, gran Fernando, humilde tienes
un hermano de un Rey, cuya embajada
es darte otra corona y parabienes
de tu fortuna, al cielo levantada.
Tu fama vuela publicando bienes,
y de corta en el mundo está notada.

FERNANDO.

Levanta, noble Hazén, y de tu intento
nada me digas sin tomar aliento.

HAZÉN.

Obedeciendo humildemente tu mandado,
aunque es exceso, tal honor recibe.

(*Siéntanse en taburetes.*)

Mi hermano el rey de Murcia, confiado
en tu piedad y de tu amor cautivo,
su reino á tu grandeza ha dedicado,
y quiere que lo heredes siendo él vivo.
Dos condiciones pide, en razón puestas,
para entregarlo luego, que son éstas:
la primera es, que dejes á mi hermano
la mitad de sus rentas; la segunda,

que esté en tu protección, y tu real mano
á sus defensas salga.

FERNANDO.

Esto se funda
en que el rey Alhamar, soberbio y vano,
vuestro reino pretende, y de ahí redunda
quererse guarecer Hudiel conmigo
sin rendir vida y reino á su enemigo.
Pero yo, que jamás negué mi amparo
al que llegó afligido, con gran gusto
tomaré su defensa; y si le amparo,
no tema que Alhamar le dé disgusto.
En la renta que pide no reparo:
tendrála de por vida, que es muy justo.

HAZÉN.

Este papel, señor, con la real firma,
mi embajada acredita y la confirma.

(Dele un papel y léalo el Rey.)

NUÑO.

Habrá en Castilla general contento
en ver que tal poder á cargo tome
esta defensa, y de Alhamar exento
la bárbara arrogancia y yerro dome.

PAJA. *(Haciendo gestos al moro.)*
Es gran perrazo.

FERNANDO.

Calla.

PAJA. *(En voz baja.)*

Yo no miento.
Ni vino bebe, ni tocino come,
y me juran que desde muy muchacho
su ordinaria comida ha sido macho.
El rey de Murcia, en fin, es rey de Mula.

NUÑO.

Es famoso lugar.

FERNANDO.

Vete allá fuera.

PAJA. *(Aparte.)*
¡Qué severo, su gusto disimula!

ESCENA X

DICHOS *y un* CRIADO.

CRIADO.

Garci Pérez de Vargas.

PAJA.

¡Cómo! Espera;
¿ha venido mi amo?

CRIADO.

De una mula
se [illegible]aba de apear, que á la ligera
se [illegible]iene del ejército apartado.

(Sale Paja *un momento.)*

FERNANDO.

Cá[illegible]same su venida gran cuidado.
El [illegible]gua enviásteis, Virgen Soberana,
y [illegible]uí añadís un reino á mi corona.
No sea mi dicha como dicha humana;
no la agüen estas nuevas.

PAJA. *(Entrando con la cabeza de un rey moro.)*

Bien abona
á mi amo este bárbaro, cuya ufana
cabeza, como reina se corona:
preso de las agallas te lo ofrece.

HAZÉN.

El bárbaro es de valor [1].

PAJA.

Barbón parece.

ESCENA XI

El REY, NUÑO DE LARA, *el moro* HAZÉN, GARCI PÉREZ DE VARGAS *y* PAJA.

GARCI P. Si armándome caballero
me honró vuestra majestad,
aquí humilde mostrar quiero
con primicias de mi acero
mi agradecida lealtad.
Y aunque no es justo que iguale
al favor mi ofrenda, es cierto
que mi amor de deuda sale,
si al ser de noble equivale
la cabeza de un rey muerto.

HAZÉN. El de los Gazules es,
y un Alarbe valeroso.

FERNAN. *(Levantándose.)* Mi brazos sean interés
desta hazaña.

GARCI P. En vuestros pies
alcancé premio dichoso.

FERNAN. Que le tengáis apercibo
cual vuestro valor merece,
y el don por grande recibo,
que es mejor muerto que vivo
un rey que á Dios no obedece.
Contad despacio, García,
de la jornada el suceso.

GARCI P. Es largo, y la prosa mía
muy grosera: no querría
enfadaros.

FERNAN. Con todo eso.

GARCI P. Ya vuestra majestad supo
que la gran villa de Palma
rendimos, llevando á hierro
los moros que la ocupaban.
Pusímosle guarnición
bastante, y en dos escuadras
dividimos nuestro campo
para hacer general tala.
Una llevó el gran Maestre
de Santiago hacia Granada,
para bajar hasta Córdoba
abrasando sus campañas;
con la otra quedó el Príncipe,
vuestro heredero, á quien llaman
el Sabio, que en tierna edad
es igual en letras y armas.
Su campo rigió Alvar Pérez,
cuya experiencia y espada

1 Así en el original; parece debiera decir: «El regalo» ó «El presente es de valor.»

á España dejan sin moros,
amenazando á los de África.
Marchamos hacia Sevilla
destruyendo sus comarcas,
sin perdonar á los trigos
de la abundante Tablada.
Hasta Xerez caminamos
sin que la ardiente guadaña
olvidase una hoja verde
que al moro diese esperanzas.
Viendo Alhamar, rey soberbio,
toda la tierra abrasada,
y que á los moros que encuentran
los cautivan ó los matan,
juntó innumerable gente
de la tierra comarcana,
buscando favor su miedo
en las africanas playas.
Puso su campo en Xerez,
y subiendo á la muralla,
vió el nuestro, que en la ribera
del río Guadalete estaba.
Cuando vió que éramos pocos,
y que su gente era tanta,
que para cada cristiano
se hallaba con una escuadra,
mandó luego hacer cordeles,
con priesa y con abundancia,
para llevarnos cautivos
y atrás las manos atadas.
Sacó su ejército al campo
con victoriosa algazara
de moros, con añafiles,
trompas, clarines y cajas.
Hizo de á dos mil ginetes
siete lucidas escuadras,
poblando el quemado suelo
con sus sarracenas plantas.
El dueño desta cabeza,
con un escuadrón de lanzas
y de andaluces caballos,
nos cogió la retaguardia.
Los nuestros, que eran dos mil
no más, mirando tal máquina
y que, aunque afrentosa, no era
posible la retirada,
porque tenían á Alhamar
enfrente de la vanguardia,
y á este Rey y á Guadalete,
por la otra parte contraria,
animados de Alvar Pérez,
que viendo que se acobardan,
les persuade y asegura
que es todo chusma y canalla,
siendo gatos encerrados,
fueron leones de España
resueltos con gran valor
á que se dé la batalla.
Confesaron todos luego,
y para alcanzar la gracia,
perdonándose unos á otros,
se reconcilian y abrazan.
El príncipe don Alonso,
vuestro hijo, que llevaba
quinientos moros cautivos,
que sean degollados manda;
hácese al punto, y la gente
de á caballo, ya apartada
de la de á pie, hechas dos tropas,
toca nuestro campo al arma.
Santiago y Castilla, dicen,
y embisten con tal pujanza,
que á los primeros encuentros
á los moros desbaratan.
Cada soldado era un rayo
que parece que llevaba
una legión en el cuerpo.
Era crüel la matanza:
este Rey de los gazules,
no sé yo por cual desgracia
con gran cuidado seguía
mis acciones y pisadas.
Yo andaba dél receloso
viendo que con asechanza
tres caballos me había muerto,
y embestirle deseaba.
Díjele, hallando ocasión
de encontrarle cara á cara:
«Voto á Dios que hemos de ver
quien lleva este gato al agua.»

PAJA. Mejor dijera, este perro.

GARCI P. En fin, de un bote de lanza
lo tendí en la roja arena,
donde segué su garganta.
Señaláronse entre todos
con valerosas hazañas,
el Príncipe y Alvar Pérez,
don Gil Manrique de Lara,
Ruy González de Valverde,
Tello Alfonso, y con ventaja
quien más lució, aunque es mi hermano,
fué Diego Pérez de Vargas.
Mató infinidad de moros,
y quebrándole la espada,
desgajó de un acebuche
un verdugón con su maza.
Era una porra ñudosa,
tal, que de cada mazada
daba con uno en el suelo;
y esto hacía con tal gracia,
que el Príncipe y Alvar Pérez,
viendo que los machucaba,
le daban grita: «Machuca,
machuca.» Con esta causa
daba á diestro y á siniestro
tantas y tales porradas,
que les hundía los sesos
allá en la sima de Cabra.
En fin, los moros sin orden,
muertos ya los más, desmayan,
y para entrarse en Xerez
todos vuelven las espaldas.
Proseguimos la victoria,
fuímosles dando tal caza,
que ellos por coger la puerta
unos á otros se mataban,
y no quedara uno vivo
si á los nuestros no estorbaran
los cuerpos muertos, que al campo
hacían sangrienta montaña.
Huyó á Xerez Alhamar,
y temiendo que no estaba
seguro, por otra puerta
secretamente se escapa.

PAJA. ¡Qué mal logrados cordeles!
GARCI P. No tan mal, pues hoy enlazan
en cautiverio á los moros,
á manos de su arrogancia.
Volvimos por el despojo,
que fué tal, que se cansaban
los soldados de coger
cosas de mucha importancia.
Y por no hacer digresión
con más circunstancia larga,
para mejor coronista
quiero dejar lo que falta.
FERNAN. Falta lo mejor, García.
GARCI P. ¿Qué falta, señor?
FERNAN. Saber
la gente que faltaría
de los nuestros.
GARCI P. A fe mía
que no se puede creer.
FERNAN. ¿Tanta fué?
GARCI P. Porque os asombre,
sólo un hombre os ha faltado.
FERNAN. ¿Es posible? ¡Sólo un hombre!
¿Era noble?
GARCI P. Era su nombre
Pero Miguel.
FERNAN. Gran soldado.
Conocíle muy bien, que era
de Toledo.
GARCI P. Mas, señor,
si os ama Dios de manera
que una jerarquía entera
despachó en nuestro favor,
y al Patrón de España, es cierto
que allí por caudillo vimos,
¿qué hay que admirar nuestro acier-
ni los treinta mil que han muerto [to,
por un hombre que perdimos?
El cual murió, como es llano,
por entrarse á pelear,
enemigo de mi hermano,
sin querer darle la mano
ni quererle perdonar.
FERNAN. Mi enfermedad ha causado
no hallarme en esa jornada;
mas luego iré confiado
en quien la salud me ha dado,
á servirle con mi espada.
PAJA. Señor, yo también quedé
tercianario, y voto hago
de ir á pelear por la fe,
que yo también venceré
como me ayude Santiago.
GARCI P. Ahora es tiempo, señor,
de acabar de conquistar
la Andalucía, y hay temor
en el moro, y no hay valor
para ofender ni esperar.
FERNAN. Hazén.
HAZÉN. Gran Señor.
FERNAN. Pues viene
mi hijo en buena ocasión,
paréceme que conviene
que con la gente que tiene
vaya á tomar posesión
del reino de Murcia.
HAZÉN. Deso
se sigue, sin dar lugar
á ningún motín ni exceso,
todo nuestro buen suceso:
importa mucho abreviar.
FERNAN. Volved, Garci Pérez, luego,
y al Príncipe le entregad
donde estuviere este pliego,
y cuidad, hecho el entriego,
que marche con brevedad
á Murcia, y la posesión
tome del reino, en que ponga
presidios y guarnición
bastante, y su duración
con buen consejo disponga.
El trato podrá firmar
por el papel del mensaje.
HAZÉN. Yo le quiero acompañar.
(Garci Pérez levántase.)
GARCI P. Pienso que lo hemos de hallar
en Toledo.
FERNAN. Buen viaje.
Con cartas al Rey prevén,
y partid juntos los dos.
GARCI P. *(Al Rey.)* Yo iré sirviendo á Hazén.
Esto se ha de hacer muy bien.
HAZÉN. Tu esclavo soy.
FERNAN. Id con Dios.
(Vanse todos, y queda solo el Rey.)

ESCENA XII

El REY.

Muerto, sin duda, Virgen Soberana,
estuve cuando os ví, pues que me privo
de aquella gloria cuando me hallo vivo,
por ser della incapaz la vida humana.
El alma de gozarla quedó ufana,
y yo preso de amor, y aquí cautivo,
haciendo estos favores que recibo
mi fe segura y mi esperanza llana.
Si el ausente amador con razón pide
un retrato á quien ama, que entretenga
las esperanzas de la vista y trato,
mientras la carne vuestra vista impide,
permitid, gran señora, que yo tenga
por prenda de mi fe vuestro retrato.

ESCENA XIII

El REY *y* ALVAR PÉREZ, *de camino.*

ALVAR P. Beso á vuestra Majestad
los pies.
FERNAN. Seáis bien venido,
como de mí recibido.
Alvar Pérez, levantad
y abrazadme: habeisme dado
gran gusto en venirme á ver.
ALVAR P. Justo premio viene á ser
tal favor á mi cuidado.
Huélgome mucho de hallar
á vuestra majestad bueno.
FERNAN. Ya mi ociosidad condeno;
vamos, Alvaro, á pelear.
¿Cómo queda Alfonso?
ALVAR P. Queda,
gracias á Dios, con salud;

[illegible]
[illegible]
[illegible]

FERNAN. [illegible]

ALVAR P. [illegible]
[illegible]
[illegible]

FERNAN. [illegible]

ALVAR P. [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

FERNAN. [illegible]
[illegible]
[illegible]

ALVAR P. [illegible]
[illegible]

FERNAN. [illegible]
[illegible]

ALVAR P. [illegible]
[illegible]

FERNAN. [illegible]

ALVAR P. [illegible]
[illegible]
[illegible]

FERNAN. [illegible]
[illegible]

ALVAR P. Martos [illegible]
[illegible]

FERNAN. [illegible]
[illegible]

ALVAR P. [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

FERNAN. Dios [illegible]
[illegible]

ESCENA XIV

Dichos, un Criado y después un Correo.

CRIADO.

Corriendo la posta ha entrado,
señor, ahora un correo.

UN CORREO.

Rey Fernando, si acudes di[illegible]gente,
la gran ciudad de Córdoba has ganado.
Dentro de la Ajarquía está tu gente:
seis torres y una puerta han ocupado:
á socorrerles marcha prestamente,
que son dos mil no más, y en tu cuidado
y socorro consiste su esperanza,
y su muerte á cuchillo en la tardanza.

FERNANDO.

¿Cómo siendo tan pocos han podido,
si los almogarabes guardan la Ajarquía,
entrar en ella?

CORREO.

Porque trato ha sido,
[illegible] entrada se les dió.

FERNANDO.

¡Virgen María,
[illegible]s me llevad; socorro os pido!

CORREO.

Parte [illegible], señor, y en Dios confía,
que á toda la comarca han despachado
por socorro, y alguno habrá llegado.

FERNANDO.

Temeridad ha sido lo que han hecho.

ALVAR PÉREZ.

Dar[illegible] los almogarabes entrada,
fué muy grande ocasión.

FERNANDO.

Mayor el hecho.
El Maestre es persona confiada.

ALVAR PÉREZ.

Forzoso es socorrerle en tal estrecho.

CORREO.

Fiad de Dios que Córdoba es ganada.

FERNANDO.

Quiero llevar la gente desta costa.

ALVAR PÉREZ.

Yo parto al socorro por la posta. *(Vanse.)*

ESCENA XV

La Condesa, *mujer de Alvar Pérez y sus* Damas.

CONDESA. Mirad si por dicha, amigas,
veis venir á nuestra gente,
que estando mi Alvaro ausente
todo es miedos y fatigas.

DAMA 1.ª Todas te ponemos culpa,
por sernos fuerza sentillo,
de encerrarte en un castillo.

CONDESA. La obediencia me disculpa,
y el amor, pues es forzoso
si mi esposo viene aquí,
que sea corte para mí
donde estuviere mi esposo.

DAMA 1.ª Por detrás de aquella loma
gran tropa de gente viene.

CONDESA. Nuestra soledad me tiene
con pena.

DAMA 1.ª Otra vez asoma:
moros son, señora mía.

CONDESA. ¡Gran desdicha! Moros son,
y es muy grueso el escuadrón.
¡Valednos, Virgen María!

DAMA 2.ª Aquel collado al bajar,
otra escuadra nos enseña.

ESCENA XVI

Dichas. *Sale* Paja *con la capa al hombro y una carta en la mano.*

PAJA. ¡Válgate el diablo por peña
de Martos! ¿Has de llegar?
¡Ah, del castillo!

CONDESA. ¿Quién es?

PAJA. Sin escudo un escudero,
y un peón más caballero
que el conde Partinuplés.

CONDESA. ¿Quién es?
DAMA 1.ª Criado es, señora,
de Garci Pérez.
CONDESA. Razón
tienes.
DAMA 1.ª ¡Famoso bufón!
CONDESA. Para eso estamos agora.
PAJA. A Diego Pérez de Vargas
traigo un papel de su hermano.
DAMA 1.ª Ya se cubre todo el llano
de las moriscas adargas.
PAJA. ¡Pesar de quien me parió!
Abran apriesa el postigo.
CONDESA. No es posible. Oidme, amigo.
PAJA. ¿Que no se puede abrir?
CONDESA. No.
Los cuarenta hombres de guerra
que esta fortaleza guardan,
están fuera della, y tardan,
que han ido á correr la tierra.
Sola en tal desasosiego
me halláis, y han de quebrantar
moros la peña, y entrar
si no les avisáis luego.
Atended á lo que os hablo;
id volando en nuestra ayuda,
que Dios os trujo sin duda.
PAJA. No me trujo sino el diablo.
Si dentro temiendo están,
porque la ocasión lo enseña,
que han de quebrantar la peña,
¿en mis costillas qué harán?
CONDESA. Alhamar es.
DAMA 1.ª Hombre, vete,
que nos vienen á cercar.
PAJA. Yo temo que este Alhamar
para mí ha de ser corchete.
Abrirme será mejor;
mirad que renegaré
si me prenden.
DAMA 1.ª ¿Y la fe?
PAJA. Soy un gran renegador.
CONDESA. No es tiempo de burlas, Paja;
corre á avisar nuestra gente.
PAJA. Yo correré diligente,
si algún diablo no me ataja.

(*Vase* Paja.)

ESCENA XVII

La CONDESA *y sus* DAMAS.

CONDESA. Los pechos afeminados
trocad, pues morir es fuerza,
y defendamos la fuerza
como valientes soldados.
Tomad varonil vestido,
y esfuerzo y armas con él,
que si el hado no es crüel,
famosa hazaña habrá sido.
Hagamos al moro ofensa
como hombres, sin dar lugar
á que pueda imaginar
la falta que hay de defensa.
DAMA 1.ª Mudar traje será bien.
DAMA 2.ª Milagrosa traza es esa.
DAMA 1.ª Llámete el mundo Condesa,
pues serlo sabes tan bien.

ESCENA XVIII

DICHOS. *El rey* ALHAMAR, *con bastón*, MAHOMAD *y Moros*.

MAHOM. Nunca Fernando pensó
que aquí sus pendones viera.
ALHAM. Nunca el vil moro naciera
que tal castillo perdió.
Vil es justo que le llame,
de vil sangre y baja grey;
pues cobrar no puede un Rey
lo que aquí perdió un infame.
La pena es tan importuna
de haber á Martos perdido,
que por azar lo he tenido
de mi próspera fortuna.
MAHOM. Muy justos son tus enojos,
pues vas experimentando
que es una higa que Fernando
nos tiene puesta en los ojos.
Viniéndose á guarecer
al castillo, los que encierra
roban y talan la tierra,
sin poderles ofender.
Pero, valiente Alhamar,
rey famoso de Granada,
ya está la Peña cercada,
y hoy en ella hemos de entrar.

ESCENA XIX

DICHOS, DIEGO PÉREZ, *leyendo una carta*, DON ALONSO TELLO, PAJA *y* SOLDADOS *por otra puerta, juntándose á consulta: los moros á un lado y los nuestros al otro*.

PAJA. A que avisase, con hartos
miedos, me hicieron venir.
«Firme (solemos decir)
como la Peña de Martos.»
Quien en ausencia confía,
con este su error confirme,
pues una peña no es firme,
si la dejan sola un día.
UN SOLD. Si está la fuerza perdida
por salir nosotros della,
y ya el querer defendella
es desesperar la vida,
en consultas, por demás
cuidado y tiempo gastamos:
¿no veis que cuarenta estamos,
y hay tres mil moros y más?
DIEGO P. Haya cien mil ¡voto á Dios!
que he de embestir yo con ellos.
Y vos, honor de los Tellos,
¿qué decís?
D. ALON. Que iré con vos.
UN SOLD. Todos iremos también,
mas es desesperación.
ALHAM. Quiero ver qué guarnición
hay dentro. Haced que nos den
escalas.
PAJA. Moro es aquél.

(*Miran al vestuario.*)

D. ALON. Corriendo al castillo viene,
y que pase no conviene.
DIEGO P. Pues yo daré cuenta dél. (*Vase.*)

D. ALON. En la falda desta peña
nos podemos encubrir
para salir á morir,
que á esto honor nos empeña. *(Vase.)*

PAJA. Ya Diego Pérez dió en tierra
con el moro: su vestido
me ha de hacer moro fingido
para entrar en esta guerra.
Ya que liarlas no puedo,
porque brota la campaña
tantos galgos á esta hazaña,
puedo asegurar mi miedo,
pues entre ellos disfrazado
tendré la vida segura,
sin seguir yo la locura
de embestir á un campo armado.
Voime á vestir.

(Vase Paja y sale la Condesa y sus damas por lo alto, todas vestidas de soldados.)

CONDESA. Valerosos
soldados, hoy como tales
seréis al mundo inmortales,
ó muertos ó victoriosos.

(Salen los moros y ponen escalas.)

DAMA 1.ª Si hay para morir un día,
escoja nuestro valor
el de hoy.

DAMA 2.ª Dadnos favor
en tal aflicción, María.

ALHAM. Con ímpetu se acometa
para entrar por los adarves.

(Tocan á rebato y suben los moros por las escalas; échanlos las mujeres á cuchilladas y alcanciazos.)

MAHOM. ¡Al arma, fuertes alarbes!

ALHAM. Ayudad, Santo Profeta.

MAHOM. No es muy valiente la fuerza
que hay dentro: no desesperes.

(Salen Diego Pérez, Don Alonso Tello y soldados.)

DIEGO P. ¡Por Dios, que son las mujeres
las que defienden la fuerza!
¿Cuál sería el escudero
tan sin honra y tan sin ley
que habiendo fiado el Rey
esta fuerza de su acero,
si hoy el moro la cogiese
y á las mujeres en ella,
siendo su culpa el perdella,
ante su Rey pareciese?

D. ALON. Razón es para que inflame
el pecho á cualquier soldado
á querer morir honrado
antes que vivir infame.

DIEGO P. Embistamos de tropel,
y entrar dentro procuremos,
que con la mitad que entremos
ha de temblar el infiel.
Entremos haciendo estrago,
pues una mujer se arma
con tanto valor.

D. ALON. ¡Al arma!

DIEGO P. ¡Santiago!

TODOS. ¡Santiago!

(Meten mano, tocan y dase la batalla. Vencen los nuestros y dan muchas cuchilladas á Paja, vestido de moro, con adarga, y se mete entre los moros.)

PAJA. Li, li, li, li, li, li, li, li,

CONDESA. Dios á los nuestros socorra.

MAHOM. *(A Alh.)* Huye, rey, que al de la porra
de Xerez he visto aquí

PAJA. ¡Que soy Paja! Andan metidos
en fuga, y aunque les hablo,
ni me oyen, ni ven; el diablo
me hizo trocar mis vestidos.

(Suban Diego Pérez por una escala y los demás por otras.)

DIEGO P. Esta es gran temeridad,
que brota el suelo paganos.
Valerosos castellanos,
arriba al adarve entrad.

(Dice desde lo alto:)

Ya Diego Pérez de Vargas
está en el castillo. Perros,
id á matizar los cerros
con lunas, bandas y adargas,
que yo solo he de guardar
esta fuerza en que me veis,
aunque más moros juntéis
que tiene arenas el mar.

(Paja quiere subir también por las escalas y le echan á cuchilladas.)

ALHAM. Retiraos, canalla vil.

MAHOM. ¿Tan presto vuelves atrás?

ALHAM. Si cuarenta hombres no más
acometen á tres mil;
¿qué hay que esperar? Alzad luego
el cerco: vuelta á Granada.

PAJA. Que soy Paja; dadme entrada;
ved que disfrazado llego. *(Tiranle.)*

D. ALON. ¡Válgate el diablo, el morillo!

PAJA. Ya mi mala traza lloro.

ALHAM. Por Alá, que quiere un moro
solo ganar el castillo.

PAJA. ¡Ah, Diego Pérez!

ALHAM. *(A Mahom.)* ¿No ves
lo que por subir trabaja?

MAHOM. Es valiente.

PAJA. *(Gritando.)* Que soy Paja.
¿Oyen?: hablad con Inés.

ALHAM. *(A los suyos.)* Traédmele con cuidado,
que le quiero conocer
y premiar: no es bien perder
tan importante soldado.

(Lleguen los moros á Paja.)

MAHOM. *(A Paja.)* El Rey, de vuestro valor
admirado, os quiere hablar.

PAJA. Queremox Martox ganar:
logo volvelde sonior.

(Quiere subir y desde arriba quitan las escalas.)

D. ALON. Diez hombres nos han faltado.

DIEGO P. Ha sido muy gran ventura
ver esta plaza segura.

D. ALON. Y el moro se ha retirado.

MAHOM. *(A Paja.)* Si Alhamar por vos envió,
¿es bien que aguardando esté?

(Llévanlo y vanse.)

PAJA. Lieva il diablo vuexancé
y el madre que te parió.

JORNADA SECUNDA

ESCENA PRIMERA

El rey S. Fernando, Don Lorenzo Suárez, Don Alvar Pérez, *Los* Maestres *de* Santiago, Calatrava *y* Alcántara, *el* Gran Prior de San Juan, *por una puerta, la* Reina *y las damas por otra al son de chirimías.*

Reina. Mi Fernando y mi bien.
Fernan. Señora mía.
Reina. Bien merecidos tengo estos abrazos,
con la esperanza larga deste día.
(*Vanse las damas.*)

Fernando.
Hanse ofrecido encuentros y embarazos,
mas todos están puestos en olvido
con sólo haber llegado á vuestros brazos.
(*Siéntanse los* Reyes.)

Reina.
Los pies por tal favor, señor, os pido,
aunque pudiera bien estar celosa
de lo que dicen, si verdad ha sido.

Fernando.
¿Qué es lo que han dicho?

Reina.
Que á una dama hermosa
habéis, señor, primero visitado
que llegásteis á ver á vuestra esposa.

Fernando.
Soy desa dama tan enamorado,
que su amor al subir me entró en la sala
donde el retrato está que han acabado.

Reina.
¿Y qué os ha parecido?

Fernando.
Que no es mala
la mano.

Reina.
Fué del Montañés famoso,
que por solo en el mundo se señala.

Fernando.
En esto anduvo poco venturoso,
y la falta está en mí, que no merece
gozar un pecador bien tan dichoso.

Reina.
¿En efecto, señor, no le parece?

Fernando.
Mu[illegible] poco ó nada. Fáltale hermosura;
de [illegible] grado y buen color carece.
Fu[illegible]ra el acierto al escultor ventura,
y [illegible] mí en la vida celestial consuelo;
m[illegible] mi mérito en vano lo procura.

Reina.
Q[illegible] alguno ha de acertar confío en el cielo,
y [illegible]empre imaginé que este acertara.

Fernando.
Templará la cordura al desconsuelo.
La imagen es de diferente cara;
pero por ser de mano de tal hombre,
que se estime es razón por cosa rara,
y por María, que en fin se hizo en su nombre.

Reina.
En memoria, señor, de su promesa
ha de ser de las Aguas su renombre.

Fernando.
Pues tanto con las lluvias se interesa,
la Virgen de las Aguas sea llamada;
su advocación desde hoy ha de ser esa.

Reina.
¿Córdoba, en fin, señor, queda ganada?

Fernando.
Así tuviérais á la gran Sevilla.

Reina.
No es difícil á Dios y á vuestra espada.

Fernando.
Córdoba es vuestra, á vuestros pies se humilla.
Ya está sin moros, y á poblarla empieza
mucha gente andaluz y de Castilla.
Su conquista se debe á la nobleza
de caballeros que tenéis presente.

Maestre de Santiago.
Participan los pies de la cabeza.

Fernando.
El gran Maestre entró con poca gente
y mucha confianza en la Ajarquía,
de quien fué defendida heroicamente.
Don Alvar Pérez socorrió en un día
á los nuestros con gente y bastimento,
dando á todos valor su compañía.
El Maestre de Alcántara fué aumento
del valor que en las torres se encerraba,
causando sus escuadras nuevo aliento.
Trajo las suyas el de Calatrava,
y el moro á sus hazañas cobró miedo,
perdiendo la esperanza en que se hallaba.
Del Gran Prior, sin dilación no puedo
decir del modo que nos fué importante:
en él y en los demás muy corto quedo.
Mas todo junto no fuera bastante
si Don Lorenzo Suárez no viniera:
él nos dió la ciudad en un instante,
porque si él á Alhamar no disuadiera,
que al socorro llegó de sus amigos,
rendir á Córdoba imposible fuera.

Don Lorenzo.
Sólo, señor, servimos de testigos
de los grandes milagros que Dios obra
por vos, que destruís sus enemigos.

Fernando.
Hoy el Apóstol sus campanas cobra
que á su mezquita el cordobés le trajo.

Don Alvar.
Bien pagan el baldón.

DON LORENZO.

La razón sobra.

FERNANDO.

Por hacer el Apóstol agasajo
y castigar del moro la malicia,
á cuestas las traginan.

REINA.

¡Buen trabajo!
¿De Córdoba á Santiago de Galicia
á cuestas lleva el moro las campanas?

FERNANDO.

Fué concierto: rigor fué de justicia.

REINA.

¿De Alfonso, qué sabéis?

FERNANDO.

Que tiene llanas
las fuerzas de aquel reino, y que es tan cuerdo
que afrenta su niñez á muchas canas.

ESCENA II

DICHOS *y* NUÑO DE LARA. *Después dos* MANCEBOS *extranjeros, en hábito de peregrinos.*

NUÑO. Un pintor y un escultor,
señor, ha muy grande rato
que esperan.

FERNAN. Haré favor
al escultor y pintor
que acertasen el retrato.
Entren luego.

(Salen los dos peregrinos.)

REINA. Aunque los dos
hagan conciertos firmados,
han de dar fianzas.

MAN. 1.° Dios,
rey Fernando, sea con vos;
su paz en vuestros estados.

(Levántase el Rey *y quítase la gorra y tírale la* Reina *de la capa y siéntase.)*

REINA. Muy mozos son.—¿De la silla
os levantáis?

FERNAN. Divertido
con Jaén...

D. LOR. El rey se humilla,
y ellos ni hincan la rodilla
ni la mano le han pedido.

MAN. 1.° Señor, el mayor maestro
que en el mundo ha trabajado,
el más insigne y más diestro,
sabiendo un deseo vuestro,
á cumplirlo nos ha enviado.

FERNAN. Yo le seré agradecido
si el retrato no se yerra.

MAN. 2.° No se errará.

FERNAN. ¿Habéis venido
de muy lejos?

MAN. 1.° Fuerza ha sido,
pues no somos de la tierra.

FERNAN. ¿En fin, llegó allá la fama...?

MAN. 1.° De que un retrato fiel
queréis hacer de una dama
celestial.

FERNAN. ¿Cómo se llama
ese maestro?

MAN. 1.° Emanuel.

FERNAN. ¿Es eminente en la talla?

MAN. 1.° Con gran superioridad.

REINA. El pudiera retratalla.

FERNAN. ¿Dónde reside?

MAN. 1.° Hoy se halla
en Hostia.

FERNAN. Noble ciudad.
En cualquiera profesión
merecen lauros y palmas
los que así eminentes son.
¿Hostia es grande población?

MAN. 1.° Sustenta infinitas almas.

FERNAN. Por ser tan mozos podemos,
aunque el celo se agradece,
temer si conseguiremos
el fin.

MAN. 1.° Más edad tenemos,
señor, de la que parece.
Oficiales tan cabales
suele el maestro sacar
que vencen esas señales,
y aquí os envía oficiales
que sabe que han de acertar.

FERNAN. ¿Es escultor y pintor?

MAN. 1.° De uno y otro es tan bizarro,
que es divino su primor.
El fué el primer escultor
que hizo figura de barro
y de hueso, y á ocasión
hizo dos figuras tales,
y de tan gran perfección,
que ellas por él, sin pasión,
pudieran ser inmortales.

FERNAN. ¿Será rico?

MAN. 1.° No se ve
su igual, ni á quien tanto sobre.

REINA. ¿Hombre humilde?

MAN. 1.° Lo que sé
es, señora, que hijo fué
de un carpintero muy pobre.

REINA. ¿Y enseñóle el carpintero?

MAN. 1.° Fué su afición de manera,
que sin aprender, primero
supo obrar en un madero
lo que otro que él no pudiera.
Pero no hay por qué os asombre
ingenio tan peregrino,
ni que tenga tanto nombre,
porque aunque fué humilde hombre,
tuvo natural divino.

FERNAN. ¿Tan gran maestro es?

MAN. 1.° No hay cosa
buena en el mundo, esto es llano,
que se estime por preciosa,
rara, perfecta ó famosa,
que no sea de su mano.
Y si el original
(como es justo que se arguya)
de quien queréis copia igual,
raro, perfecto y cabal,
también será hechura suya.

FERNAN. Si el original tuviera
yo, no buscara el traslado,
que fácilmente se hiciera.

El retrato que se espera
está en un monte guardado:
mirad si habrá de ser diestro
quien haga otro como él.

MAN. 1.° En un caso como el vuestro
hizo un retrato el maestro,
pero no ha hecho más que aquél.
Tuvo su padre en la mente
fabricada una señora,
hermosa perfectamente,
y un deseo vehemente,
como el que tenéis ahora,
y fué su gracia tan alta,
que aunque siempre en caso tal
la talla ó el pincel falta,
la copió sin una falta,
y sin ver la original.

FERNAN. ¡Gran cosa!

MAN. 1.° Causó este hecho
alguna incredulidad
en maestros, mas sospecho
que habiéndole satisfecho,
han de honrar esta verdad.

FERNAN. Obra es tan particular,
que ella sola basta y sobra
á darle nombre.

MAN. 1.° Alabar
os puedo por singular
lo encarnado de la obra;
que encarnó en este retrato
tan alta y perfectamente,
que hubo de andar con recato,
huyendo de algún mal trato
por la envidia de la gente.

FERNAN. Gracias tales, perseguidas
son de ordinario.

MAN. 2.° Es tan cierto,
que hubo gentes mal nacidas
que le dieron cinco heridas
y le dejaron por muerto.

FERNAN. Con celos intempestivos
la fiera envidia en la tierra,
y con daños excesivos,
quiere enterrar á los vivos,
y á los muertos desentierra:
á la misma rabia excede.

MAN. 2.° Con las señales quedó.

FERNAN. Y es gran ventura que quede
ágil.

MAN. 1.° Muy cierto se puede
decir que resucitó,
pues muerto y amortajado,
y con mil melancolías
de muchas gentes llorado,
lo encontraron levantado
sus amigos en tres días.

FERNAN. Dificultoso ha de ser
el traerle por acá.

MAN. 1.° De tan noble proceder
es, que en siendo menester
á cualquiera parte va.
Pero pues él nos envía,
perded el miedo y recato,
que si visteis á María
y está en vuestra fantasía
su verdadero retrato,
con que memoria nos deis
veréis lo que deseáis.

FERNAN. Si fianzas ofrecéis
de lo que aquí prometéis,
muy buen premio aventuráis.

REINA. Desto, amigo, no te asombres,
que no han sabido acertar
hombres de inmortales nombres.

MAN. 1.° Nosotros no somos hombres
que os habemos de engañar;
y no entendáis que el provecho
nuestro celo hace importuno,
que el retrato ha de estar hecho
y haber antes satisfecho
que se nos dé premio alguno.

FERNAN. Bastante satisfacción
es esa.

(Les da la Reina *una memoria.)*

REINA. Esta es la memoria.

MAN. 1.° En tan difícil acción
á una buena aprehensión
se ha de atribuir la gloria.
El retrato estudiaremos
conforme á este memorial,
y querrá Dios que acertemos,
que si bien aprehendemos,
no podemos obrar mal.
Una sala es menester
alta, ó baja, en que la imagen
con quietud se pueda hacer.
Y porque os vemos temer,
y esos recelos se atajen,
nos queremos encerrar
dentro della, y de la llave
la reina se ha de encargar,
sin que á nadie deje entrar
hasta que la obra se acabe.
Para quince días podéis
hacer que metan sustento,
que antes de los diez y seis
el retrato gozaréis
como está en el pensamiento.

FERNAN. ¿Nuño?

NUÑO. Señor.

FERNAN. Si la sala
de ante el oratorio quieren
se les puede dar.

NUÑO. No es mala;
ninguna en quietud le iguala.

FERNAN. Déseles lo que pidieren.

MAN. 1.° En los semblantes advierto
que, como mozos nos veis,
tenéis el fin por incierto,
tanto, que viendo el acierto,
por milagro lo tendréis.

FERNAN. Premio podéis esperar,
demás que nombre se cobra
con obra tan singular.

MAN. 1.° Al maestro se han de dar
las gracias de aquesta obra.

MAN. 2.° Aquí su saber se muestra.
Siendo los dos instrumento,
suya es la gloria, aunque es nuestra,
y también vendrá á ser vuestra
por el agradecimiento.

(Vanse los dos Mancebos *con* Nuño.*)*

ESCENA III

DICHOS, *menos los* MANCEBOS *y* NUÑO.

FERNAN. (*A la* Reina.) ¿Qué decís?
REINA. Que sin temor
una gran cosa acometen.
D. LOR. Puédese temer su error,
que son muy mozos, señor,
y es mucho lo que prometen.
La Italia toda he andado,
y hombre eminente en el arte
del nombre que aquí han nombrado
no supe que hubiese estado
en Hostia ni en otra parte.
D. ALV. Muchos engaños se ven.
D. LOR. Y con estas ocasiones
muy grandes hurtos también.
FERNAN. Parecen hombres de bien;
no hay temor que sean ladrones,
y en lo demás, la razón
de parte dellos está,
pues sin pedir galardón
nos dan á satisfacción
el retrato.
D. LOR. Ello dirá.
FERNAN. A María encomendad
su acierto.
M. DE S. Todos lo haremos,
y si vuestra majestad
da licencia, á la ciudad
de Jaén cerco pondremos.
FERNAN. Obligáis al amor mío.
Tendrélo, amigos, por bien,
y aunque delante os envío,
partiré luego; en Dios fío
que hemos de entrar á Jaén.
Cada uno puede marchar
con sus huestes, de manera
que se vengan á juntar,
que á todos podré alcanzar
caminando á la ligera.
(*Levántanse los* Reyes.)
D. ALON. Garci Pérez con la gente
que de Murcia trae sobrada,
que marche allá es conveniente.
FERNAN. Irá un correo diligente
que le encuentre hacia Granada.
(*Toquen y éntrense todos.*)

ESCENA IV

El REY ALHAMAR, *y* PAJA *de moro.*

ALHAM. En fin, ¿eres africano
alárabe?
PAJA. Xí, xonior.
ALHAM. Espere tu gran valor
premio honroso en mi mano,
que de moro que se empeña
contra el cristiano poder
en Martos á pretender
entrar él solo en la Peña,
el esfuerzo es bien que honremos,
que Alá no le dió de balde.
PAJA. Mahoma ti perdonalde
el extorbalde que entremos.
ALHAM. Con cuidado lo estorbé,
porque si entraras, es cierto
que al momento fueras muerto.
PAJA. No hayax miedo vuexancé.
ALHAM. Por Alá que es animoso.
Jamás en alarbe ví
tal valor. Tu nombre di.
PAJA. Xolimán.
ALHAM. Nombre famoso.
PAJA. El moxeres le boxcamos,
y el hombrex medo tenelde.
ALHAM. (*Ap.*) (Este podrá ser que suelde
de honor la quiebra en que estamos.)
Y tu venida á estas partes
¿con qué causa ha sido, y cuándo?
PAJA. (*Ap.*) (El me ha de estar preguntando
desde el miércoles al martes.)
Venemox en romería
á Xantiago de Galecia.
ALHAM. ¡Qué romería tan necia!
PAJA. (*Ap.*) Buena la he dicho, á fe mía.
ALHAM. ¿Moro á Santiago?
PAJA. Exa ex elia.
ALHAM. Sospechoso es tal auxilio.
PAJA. Extar vuexaucé bobilio.
Pox il tención no entendelia,
on crextiano de Caxtilia
devotox de xon Miguel
ponelde on candela á él
y á xo diablo on candelilia.
E decer, que hacelde igual
al xanto e deablo tambén,
aquel porque hacelde ben,
exte que no hacelde mal.
Dil Batixta no verán
que danio il moroz tenemox
por el fexta que le hacemox
il maniana de xon Juan.
Ni en bataliax se ve
que en el moro hacelde extrago
con xo expada esti Xantiago:
extar beliaco uxancé.
Exti el morox acribilia.
ALHAM. En Xerez lo habías de ver.
PAJA. Joro á dex que ex menexter
ponelde algon candelilia,
y á vexetalde xo casa,
que vamos descalzo el pé.

ESCENA V

DICHOS *y* MAHOMAD.

MAHOM. Cubierto el campo se ve
de gente, y dicen que pasa
á Jaén, que el rey Fernando
la manda otra vez cercar.
ALHAM. Tanto podrá porfiar
que la rinda porfiando.
MAHOM. Garci Pérez dicen que es.
PAJA. ¿Garci Pérez?
ALHAM. (*A* Paja.) ¿Dónde vas?
PAJA. Oir su nombre no más
me puso alas en los pies. (*Ap.*)
Queremox desafíalde
é cortamox il cabeza.
MAHOM. Aunque será gran proeza,
no nos saldrá muy de balde,

pues nuestra vega ha talado,
y á los moros fugitivos
de Alhambra lleva cautivos:
todos la han desamparado.
PAJA. ¿Exo el crextianilio hacelde?
Dami el armax y cabalio,
vamox á desafialio,
é xo cabeza traelde.
MAHOM. En que ha pasado, repara,
y ya camina á Jaén.
PAJA. Haxta lia vamox también,
que importamox velde el cara.
MAHOM. Será desesperación.
Es Garci Pérez un hombre
de tanto valor y nombre,
que mata con la opinión.
ALHAM. Es señalado en Castilla
por más valiente.
MAHOM. Estribando
en él, piensa el rey Fernando
que ha de ganar á Sevilla.
PAJA. Bono extar: exo queremox;
campox vamox á perder,
xi el xe atrevelde á xaler,
los dox nox entenderemox.
MAHOM. Los hombres se come, y dél
los nuestros temblando están.
PAJA. No comelde el Xolimán,
xo no volvelos con mel.
ALHAM. Si veinte cristianos salen
á matarte, ¿qué remedio?
PAJA. A traedor, traedor é medio:
comego tretax no valen.
Xonior, hacelde ona é bona:
on treta tener prinxada
con que hacemox celebrada,
in el mondo me pixona.
ALHAM. ¿Qué treta?
PAJA. Oí vuxancé.
Docentox morox lievamox
valentex, y á Jaén vamox
cuando il noche oscuro exté,
y en on caxeria caida
que extá cerca dil ciodad,
con il mexmo oxcoridad
poner il gente excondida.
ALHAM. ¿Y luego?
PAJA. Va Xolimán
tocax blancax tremolando
al campox dil rey Herrando,
donde xox brabox extán.
ALHAM. Adelante.
PAJA. Contax largax
dexte pecardiax le damox
al rey, e dexafiamox
al Gallo Pirex de Vargas.
Logo el xaler confeado
en xo extrelia e xo poxanza,
y al primer botax de lanza
lo tenemox derrebado.
Logo en el arzon ponemox
el xo cabeza pendiente,
y adonde extar noextra gente
paxo á paxo nos volvemox.
De lox cresteanox xaler
vente ó trenta con prexteza,
y á quitarmox il cabeza
lienox de crocex vener.
Van trax me lox crextaniliox,
al caxería guiamox,
y al morox lox entregamox
como á trenta corderiliox.
¿Qué te parece por vida
vostra?
ALHAM. Que está muy bien dicho,
y que es tan bueno el capricho
que á la ejecución convida.
MAHOM. Famosa hazaña sería.
ALHAM. Dos cosas son de saber:
una es, si se puede ver
del cerco esa casería.
MAHOM. No es posible, porque enfrente
cubierta de un monte está.
ALHAM. Otra es, si capaz será
de encubrir á tanta gente.
MAHOM. Deso, señor, no me acuerdo.
PAJA. Pode extar toda encerrada
en xolo on rencoxonada
que tenelde al lado exquerdo.
ALHAM. Miraráse con cuidado;
y ahora del que me dan
los Oximeles, que se han
por rebeldes declarado,
vamos á trazar.
MAHOM. Conviene
que en eso se dé algún medio
antes que falte remedio,
aunque no sé si hoy lo tiene,
que los expelidos moros
de Córdoba les ayudan,
y habrá otros muchos que acudan
á fama de sus tesoros.
Tu corona y tu persona,
señor, grande riesgo corren.
ALHAM. ¡Que los Oximeles borren
los triunfos de mi corona
y la estén amenazando!
PAJA. Quetalde á todos el vida,
e xi te vex de vencida,
acoder al rey Herrando,
que extar tan hombre de ben,
que xi xox pex li bexamos
como vasalio, y le damox
por concertox á Jaén,
il tomará to defensa,
dándolex il morte á todox.
ALHAM. Mi valor por otros modos
vengarse de todos piensa.
MAHOM. No fuera este grande yerro,
pues te aseguras con él.
PAJA. No quedalde on aximel
que no lievar pan de perro.
ALHAM. Terrible es mi confusión.
(*Paja á Alhamar, que se retira.*)
PAJA. Señor, llevadme, aunque indino,
á la tierra de tocino,
que es tierra de promisión.
(*Vanse los tres.*)

ESCENA VI

El rey DON FERNANDO, *la* REINA *y* NUÑO.

REINA. (*A D. Fernan.*) ¿Qué novedad es, señor,
la que con tal priesa os lleva,

cuyo alboroto renueva
los tormentos á mi amor?
De daros quejas no trato,
que gran causa debe ser,
pues os ausenta sin ver
de la Virgen el retrato.
¿Posible es que por tres días
que faltan sin verlo os vais,
y de tal gloria os priváis
á costa de penas mías?

FERNAN. Gloria fuera conocida
ver el retrato, y tormento
sabe la Virgen que siento
en mi forzosa partida;
pero más le ha de agradar,
cuando le voy á servir,
el tormento del partir
que la gloria del quedar.

REINA. Son de santo esas finezas.

FERNAN. Del ejército he sabido
que en bandos se ha dividido
por haber muchas cabezas,
y á diligencia deseo
llegar, que el demonio vil
quiere con guerra civil
malograr mi buen deseo;
y aunque estorbe, ó les ataje,
entraré á ver el estado
del retrato deseado
para tener buen viaje.
Nuño, en la puerta llamad
de la sala.

(Llega Nuño *á mirar por la puerta.)*

REINA. Tengo yo
la llave.

FERNAN. ¿Quién os la dió?
Fué encerrarlos cortedad.

REINA. Para que nadie les viese,
ellos mismos ordenaron
el día que se encerraron
que yo la llave tuviese.
Y como hicieron entrar
para quince días sustento,
y no se han cumplido, siento
que les queráis perturbar.

FERNAN. Sobrevino este accidente
de partir, y el de mi amor
dispensa en ese rigor
de clausura.

NUÑO. Aquí no hay gente.

FERNAN. ¿No responden?

NUÑO. Antes creo
que no hay quien responda.

FERNAN. Están
ocupados, y querrán
ver el fin de su deseo.

REINA. Hasta que acaben la imagen
no han de querer responder.

NUÑO. Por la loba se han de ver
como en la sala trabajen;
mas no están dentro.

REINA. Son vanos
antojos: tengo yo aquí
la llave.

NUÑO. Pues para mí
pienso que hay juego de manos.

REINA. Si no hay ventana sin reja,
¿por dónde habían de salir?

FERNAN. No hay para qué diferir
nuestro gusto é nuestra queja.

NUÑO. Deme vuestra majestad
la llave, que yo entraré,
y esta enigma aclararé.

(Dele la llave, y Nuño *haga que abre y éntrese)*

REINA. Tomad, Nuño, abrid y entrad.—
Aunque el alma se me parte,
Fernando, cuando partís.
la ocasión que me decís
puede consolarme en parte;
pues es cosa tan precisa
acudir á la concordia
del campo, cuya discordia
justamente os da tal prisa.

FERNAN. Nunca, señora, en mi pecho
habrá culpable mudanza.

(Nuño, saliendo de la sala.)

NUÑO. Famosa ha sido la chanza
de los maestros.

REINA. ¿Qué han hecho?

NUÑO. Volaron.

REINA. Entrad, señor,
que alguna reja han limado.

FERNAN. Contra aquel talle y agrado
culpable es cualquier temor.

(Vanse todos por la puerta de la sala y salgan por otra luego.)

¿Veis, señora, como nada
han llevado?

REINA. Es una cosa
tan notable y misteriosa,
que estoy confusa y turbada.

NUÑO. Como espíritus se han ido.

REINA. Y yo los tengo por tales,
pues en doce días cabales
no han bebido ni comido.

NUÑO. No han llegado á la comida:
toda está como la puse.

FERNAN. No sé cómo les excuse
desta encubierta partida.

REINA. El modo es tal, que alguna alta
maravilla nos promete.

FERNAN. ¿Aquí no estaba un bufete?

NUÑO. Sí, señor; ese nos falta,
con la sobremesa.

FERNAN. Ved
si le mudásteis de aquí.

NUÑO. Yo, no.

REINA. ¿Si es el que está allí
arrimado á la pared?

NUÑO. El es, y como cortina
tiene delante un dosel.

REINA. ¿Si está encubierta con él,
señor, la imagen divina?
Que de allí sale un olor
del cielo.

FERNAN. El dosel quitad.

(Corra Nuño *la cortina, y parezca la imagen como el rey la vió, puesta sobre el bufete, con sobremesa larga arrimada á un sitial y arrodíllense.)*

NUÑO. Ciégame la claridad
de un divino resplandor. *(Toquen.)*

FERNANDO.

Retrato deseado y milagroso,
¿quién sino quien os hizo, hacer supiera
imagen tan perfecta y verdadera
de aquel original que vi glorioso?
En vos, como en espejo, mirar oso
el Sol que al Sol nos dió, y como vidriera
habiéndonosle dado, quedó entera,
sacando al hombre á puesto venturoso.
Pobre es un Rey para favor tan rico,
mas pues mi alma con debido afeto
á vuestro original se ha dedicado,
á vos, divina imagen, os dedico
mi cuerpo, y aunque inútil, os prometo
que al pie de vuestro altar será enterrado.

REINA.

Reina del cielo, que con mil señales
os mostráis de Fernando tan pagada,
que para que él os tenga retratada,
de vuestra Corte enviastes oficiales,
á cielo y tierra con favores tales
notorio hacéis que os tienen obligada
su fe; su amor, su santidad, su espada,
que en grado superior son tan iguales.
Si el agua le ofrecísteis de por vida
cuando ajenado el Rey mereció veros,
porque los frutos nuestra edad prosperen,
permitid, ¡oh, gran Reina esclarecida!
que la alcancen también los venideros
cuando á esta santa imagen la pidieren.

(*Corra la cortina y levántanse.*)

FERNAN. Corred, Nuño, la cortina,
y guardad con gran secreto
este milagroso efeto
de la clemencia divina.
Yo soy tan gran pecador,
que no es mucho que pretenda
mi confusión y mi enmienda
por este medio el señor.

NUÑO. Yo seré mudo.

FERNAN. Señora,
adiós; tened alegría
con la nueva compañía
que mi jornada mejora,
y enlazad con nuevos lazos
al que tan vuestro nació.

REINA. Dichosa mil veces yo,
pues merecí vuestros brazos.
El escultor y el pintor
os guíen.

FERNAN. Con la verdad
nos engañaron; guardad
en vuestra alma este favor.

(*Vanse por dos puertas.*)

ESCENA VII

GARCI PÉREZ, *con gineta*, y D. LORENZO SUÁREZ, *en cuerpo*.

D. LOR. La paloma con la oliva
en vos nos ha enviado Dios,
pues cesó, llegando vos,
la tormenta intempestiva.
Por vos está sosegado
el campo, y será cercada
la ciudad.

GARCI P. En vuestra espada
se logrará mi cuidado,
que yo poner intenté
á los Maestres en paz,
y atajar la pertinaz
discordia en que el campo hallé.
Pude aplacar dos amigos
que profesan religión,
sin que diese su ambición
gloria á nuestros enemigos;
pero rendir no es posible,
aunque conformes estén,
la gran ciudad de Jaén
sin vuestra espada invencible.

D. LOR. No debe ser comparada
otra á la vuestra en la tierra,
pues es temida en la guerra,
cuanto en la paz respetada,
y á ella sola deberemos
el sosiego y la victoria.

GARCI P. De Dios es toda la gloria
si algún acierto tenemos;
aunque no sé si lo ha sido
el volver contra Jaén
en esta ocasión, si bien
se debe haber conferido.

D. LOR. Porque en Martos Alhamar
diez caballeros mató,
Fernando airado juró
que á Jaén le ha de quitar,
y confirmó el juramento
cuando supo que mataron
á Paja.

GARCI P. En él nos quitaron
muy grande entretenimiento.

D. LOR. Su muerte ha sentido el Rey,
que le era afecto.

GARCI P. Y es justo,
porque, aunque era hombre de gusto,
era vasallo de ley.

ESCENA VIII

DICHOS y el GRAN PRIOR, *con gineta; después un* SOLDADO.

G. PRIOR. Tan breve y tan felizmente
quiera Dios que sea ganada
la ciudad, como cercada
de nuestra animosa gente.

D. LOR. Con buen aliento se empieza
el cerco.

GARCI P. Ha de ser durable,
que es Jaén inexpugnable
por su sitio y fortaleza.
Montes, castillo y murallas
la tienen fortalecida,
y está muy bien prevenida
de armas, gente y vituallas.

G. PRIOR. Confiado el Rey está,
aunque todo eso confiesa,
de salir bien con la empresa.

GARCI P. Milagro suyo será.

D. LOR. Tantos Dios por él ha obrado,
á su amor agradecido,
que toda su vida ha sido
un milagro dilatado.

Y así lo será también
el ganar esta ciudad.

(*Sale un* Soldado.)

SOLDADO. Llegado ha su majestad
por la posta al campo.

D. LOR. ¿Quién?

SOLDADO. El Rey ha venido.

GARCI P. Es hombre
incansable.

G. PRIOR. Vamos luego
á recibirle.

ESCENA IX

DICHOS *y el* REY, *con bastón, acompañado de los tres* MAESTRES.

FERNAN. Yo llego
descansado. No os asombre
que la venida anticipe,
porque mi amor no querría
ver en el campo un mal día
de que yo no participe.

(*Humíllense y levántelos.*)

G. PRIOR. Denos vuestra majestad
los pies.

FERNAN. Mis brazos es justo.
Hame dado grande gusto
ver cercada la ciudad.
(Disimularé, pues hallo (*Aparte.*)
en paz mi gente.)

G. PRIOR. Señor,
vos dais heroico valor
al más humilde vasallo.

ESCENA X

DICHOS *y* PAJA, *de moro, con lanza y adarga por el corral, montado en un caballo y cubierto el rostro con un velo.*

G. PRIOR. Un moro hacia el cerco viene,
y de paz ha hecho señal.

FERNAN. Háganle otra seña igual,
por si el temor le detiene.

(*Hagan señas con un lenzuelo, y llegue.*)

D. LOR. Mensajero debe ser
de Alhamar, rey de Granada,
que viendo á Jaén cercada
quiere algún feudo ofrecer.

PAJA. Rey don Fernando el Tercero,
á quien por santo veneran,
por milagrosas hazañas
y por virtudes excelsas:
oye á un moro, que ha venido
desde la casa de Meca
á sólo deshacer tuertos,
fiado en solas sus fuerzas.
Hijo soy del gran Mahoma,
habido en un alma en pena,
y al valor que me infundieron
no hay humana resistencia.
El resplandor de mi rostro [1]
águilas deslumbra y quema,
y por no abrasar tu ejército,
cual ves la traigo cubierta:
pudiendo entrar castigando,
llego usando de clemencia,
por la paciencia y piedad
que en ti la fama celebra.
Tu abuelo, el rey don Alonso,
indignó á nuestro profeta.
De las Navas de Tolosa
en la batalla sangrienta
más de doscientos mil moros
nos mató entonces, con pérdida
de veinte y cinco cristianos.
Fué una cosa muy mal hecha,
pero pues tú no la hiciste,
trataré, sin tratar della,
de recompensar agravios
que has hecho después que reinas.
No hay cosa á mi ciencia infusa
en todo el orbe encubierta,
y así sé cuánto á los nuestros
les usurpa tu violencia.
De edad de diez y ocho años,
por la reina Berenguela,
tu madre, te dió Castilla
la corona y la obediencia.
Después, por muerte del rey
de León, tu padre, que era
tu contrario, fué aquel reino
tu lijítima paterna.
No es mi pretensión quitarte,
aunque de hecho pudiera,
de Castilla y de León
las dos coronas que heredas:
sólo quiero que á los moros
les restituyas y vuelvas
lo que tú les has ganado,
no sé yo con qué conciencia.
Lo primero has de dejar
libre la ciudad que cercas,
pues no es posible ganarla,
aun cuando yo no viniera.
Luego rey, me has de entregar
el reino de Murcia y fuerzas
que en él tienes ocupadas,
sin exceptuar una almena.
Hasme de entregar á Córdoba,
á Martos, Quesada, á Cuenca,
á Priego, Loja, Montijo,
Capilla, Cáceres, Mérida,
Palma, Badajoz, Cazorla,
á Chelís, Jódar, Estepa,
á Trujillo, á Medellín,
Andújar, Çabra, Lucena,
Alfanjes, Úbeda, Osuna,
Torre de Albep, Santisteban,
Almodóvar, Sietesilla,
Luque, Santa Cruz, Marchena,
Alhama, Febior, Arjona,
Eznataf, Cacheros, Écija,
Zambra, Garcíes, Bejijar,
Chiclana, Curet, Baena,
á Cazalla, á Moratilla,
á Negón, á Santaella,
á Bermegit, Aguilar,
Pegalajar, Escarcena,
Fuenterrubiel, Hornachuelos,
Cafrapardal, Rubitella,

[1] Así en el original; pero Tirso escribía «cara» para concordar con «cubierta.»

Cote, Alcalá de Benzaide,
Lora, Montoro, Baeza,
y á Morón, con cuatrocientos
lugares de menos cuenta,
que con mal título ocupas
á nuestra gente agarena.
Sólo te dejo á Porcuna
por su mal nombre y por prenda
de que alcanzarás mi gracia
si lo que pido me entregas.
Y si no ten por muy cierto
que de toda la nobleza
que tu persona acompaña
y tu ejército gobierna,
no quedará un hombre vivo
como él á salir se atreva
cuerpo á cuerpo á la campaña.
Y porque veas la experiencia;
á Garci Pérez de Vargas
desafío: salga aunque sea
el asombro con que el moro
á sus hijuelos desteta;
pagará los daños que hizo
en la granadina Vega,
siendo su violenta muerte
de mis verdades la prueba.
Y si él muerto, á otro valor
apelas de mi sentencia,
salgan los nobles que traen
verde cruz, blanca ó bermeja,
caballeros, escuderos,
y de la gente plebeya
salgan los bravos, que aquí
Cachumbanchuz les espera.

GARCI P. A no estar delante el Rey,
y deberse á su presencia
soberana reverencia,
que es en mí divina ley,
te dijera moro, que eres
un perro, vil, malnacido,
que de embustes prevenido
engañar al mundo quieres.
Mas pues no se me permite
hablar libre, por ser mengua
deste respeto, mi lengua
á la espada se remite.
Aguarda, que si en tu idea
eres sol, un español
hará que esta noche el sol
en el infierno se vea.
Licencia me dad. (*Al* Rey.)

FERNAN. A vos
entre todos desafía.
Lance forzoso es García;
vaya en vuestra ayuda Dios.

(Apéase Paja *y va al tablado por un lado.* Garci Pérez *entra á armarse.)*

G. PRIOR. Misteriosa pretensión
la deste moro parece.

FERNAN. A gran peligro se ofrece
con mucha satisfacción.

D. LOR. Antes, señor, imagino
que el tener la vida en poco
debe nacer de ser loco.

FERNAN. Por lo menos es ladino.

PAJA. Garci Pérez tarda ya,
y siento el tiempo que pierdo:
si él salir rehusa es cuerdo.

GARCI P. (*Con rodela.*) Moro hablador, aquí está;
deja palabras ociosas,
que el Rey de oirlas se enfada,
(*Saca la espada.*)
y descubre con la espada
tus quimeras fabulosas.

PAJA. De ellas te quiero dar parte,
Icaro te quiero hacer,
porque yo no he menester
para ti más que mirarte.

GARCI P. Pues quítate el velo aprisa,
ó bien mis golpes repara.

PAJA. Con descubrir yo la cara
moriréis todos de risa. *(Quítase el velo.)*

GARCI P. ¡Hay tal pícaro!

FERNAN. ¿Quién es?

PAJA. (Mamóla.)

GARCI P. Hanos engañado.

PAJA. Paja, en la tierra postrado
para besar vuestros pies.

FERNAN. ¿Qué es esto? ¿De dónde sales?

PAJA. De tierra de moros vengo,
y al pie desta peña tengo,
señor, doscientos zorzales.
Dos compañías enviad,
y el pescuezo les torced,
ó enjaulados los tened,
porque son de calidad.
Engañé al rey de Granada,
que soy moro alarbe piensa,
y en fin, traigo en mi defensa
una famosa emboscada.
Cerquen esa casería,
que allí encerrados están.

FERNAN. El Gran Prior de San Juan
lleve la caballería,
porque no puedan huir.

G. PRIOR. ¿Cómo se ha de proceder?

FERNAN. Presos los podéis traer
si se quisieren rendir,
y sino, mueran.

GARCI P. Yo iré,
señor, con toda mi gente,
porque más cómodamente
los traerá gente de á pie.

ESCENA XI

El rey FERNANDO, *Los* MAESTRES, DON LORENZO *y* PAJA.

FERNAN. Desa suerte se asegura
el buen suceso al fin, Paja.

PAJA. Por valiente de ventaja
pude hallar tal aventura.
Señor, al mundo engañoso,
que ve las verdades tarde,
cuando estuve más cobarde,
parecí más animoso.
Vime en Martos con muy gran
miedo, y sucedió tan bien
que, siendo polvo de sen,
remanecí Solimán,
y el traje moro me dió
con la vida, esta gran presa.

D. LOR. De paz viene un moro apriesa.

PAJA. Para llegar se apeó,

Será del rey Alhamar,
á quien con guerras crüeles
inquietan los Oximeles.

ESCENA XII

DICHOS *y* MAHOMAD.

MAHOM. Al rey Fernando he de hablar.
FERNAN. Llegar puedes.
MAHOM. Un papel
traigo que os dar, y primero,
gran señor, besar os quiero
los piés.
FERNAN. Alzad.
(Dale una carta y lee para sí.)
MAHOM. Ver en él
de mi Rey la pretensión
puede vuestra majestad.
PAJA. Bon amego Mahomad,
¿no lioramox me prexión?
MAHOM. Solimán, ¿qué haré llorando,
cuando de Alá es permitida?
PAJA. ¿Pox quedamox de por vida
cautivox del rey Herrando?
MAHOM. No harás si el Rey que me envió
el librarte á cargo toma.
PAJA. Lieva el diablo á seor Mahoma
y el perra que lo parió.
FERNAN. Mahomad.
MAHOM. Señor.
FERNAN. Bien puede
llegar al Rey.
MAHOM. Tal piedad
á tan alta Majestad
iguala, si no le excede.
Voy á avisarle. *(Vase el Moro.)*

ESCENA XIII

DICHOS, *menos* MAHOMAD.

FERNAN. María,
Reina celestial, por vos
milagrosamente Dios
nos favorece y nos guía.
Amigos, nuestra es Jaén.
D. LOR. ¿Quiérela el Rey entregar?
FERNAN. Hoy en ella hemos de entrar.
M. DE S. Dárseos puede el parabién,
que es muy próspero suceso,
señor, por no ser posible
rendirla.
D. LOR. Es un infalible
milagro.
FERNAN. Pues demás deso
ofrece ser mi vasallo,
y la mitad de sus rentas.
Hácenle muchas afrentas,
y pretenden despejallo
los Ogimeles, y quiere
valerse de mi poder.
M. DE S. De lo que os envía á ofrecer,
lo que le afligen se infiere.
PAJA. Alhamar es perro viejo,
y asegura su quietud:
déle Dios mucha salud
á quien le dió este consejo.

FERNAN. Es fuerza, aunque de otra ley,
que el que á mí llega afligido
sea amparado y defendido.
D. LOR. Ese es ánimo de Rey.

ESCENA XIV

DICHOS, *el rey* ALHAMAR *y* MAHOMAD.

ALHAM. Déme vuestra Majestad
á besar su mano.
FERNAN. *(Retirando la mano.)* Es justo
que mis brazos con gran gusto
den muestras de mi amistad.
Levantá del suelo.
ALHAM. En vano
negáis la mano á mi fe,
porque en el suelo estaré
hasta que os bese la mano.
FERNAN. Eres Rey, y yo profeso
humildad.
(Tómele la mano y bésela.)
ALHAM. No os resistáis,
que si como á Rey me honráis,
como vasallo os la beso.
En Jaén podéis entrar,
que ya está llana, señor.
(Levántele el Rey.)
FERNAN. Seré amigo y protector
del rey Abenalhamar.
ALHAM. Yo vuestro esclavo.

ESCENA XV

DICHOS *y* GARCI PÉREZ

GARCI P. Ya están
los doscientos moros presos.
ALHAM. Nuestros pasados excesos
perdonad, y á Solimán,
capitán desa cuadrilla,
que dellos os serviréis
y de otros mil, si queréis
ir á cercar á Sevilla.
FERNAN. Queden libres, pero no
Solimán.
ALHAM. Advertid que es
muy valeroso.
FERNAN. Después
sabrás cómo te engañó.
Yo, en guarneciendo á Jaén,
á Sevilla he de cercar.
ALHAM. Este es tiempo de abrasar
sus mieses. Yo iré también
para que su Rey, que el bando
de mis contrarios anima,
vea lo que Alhamar estima
ser vasallo de Fernando.
FERNAN. Conforme á este memorial
nuestro contrato firmemos.
ALHAM. En Jaén lo firmaremos.
Entrad con pompa real,
que ya mi gente os desea,
viendo cuanto se mejora;
y como en Jaén agora,
en la gran Sevilla os vea.

FERNAN. En estando consagrada
la iglesia, con devoción
en militar procesión
se haga una solene entrada.
(*Vanse con música.*)

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

AXATAFE, *rey de Sevilla, y* ALBENZAIDE.

AXAT. Querer rendir á Sevilla
no es pretensión, es locura.
ALBENZ. Un imposible procura
con que al mundo maravilla,
y más con haber jurado
que en el cerco ha de asistir
hasta rendirla ó morir.
AXAT. El ánimo le ha engañado,
no advirtiendo que hoy se encierra
para un siglo bastecida,
y que está fortalecida
con cien mil moros de guerra.
Veinte leguas de Azarafe
nos bastecen por Trïana;
en fin, es intención vana,
y más reinando Axatafe.
ALBENZ. Reines mil años, señor,
para que á Sevilla ampares;
pero es justo que repares
con recatado valor
en que es un rey prodigioso,
Fernando.
AXAT. Trae poca gente,
y aunque la anime ó aumente,
alzar el cerco es forzoso.
ALBENZ. Yo consulté á Abenraxel,
celebrado judiciario,
y es de parecer contrario.
AXAT. No es justo hacer caso dél.
¿Y qué dice?
ALBENZ. Que será
Sevilla perdida.
AXAT. Ese hombre
engaña con fama y nombre.
ALBENZ. Es muy docto.
AXAT. Loco está.
Como Alcalá se rındió,
y de paso entró á Gerena,
á Cantillana á Guillena,
y ya Carmona se dió,
en Sevilla certifica
la ejecución del intento.
ALBENZ. Señor, con más fundamento
nuestro daño pronostica.
Yo le hice venir conmigo
para que oigas el que tiene,
que pagar parias conviene,
y echar de aquí este enemigo.
Oyele, y sus letras premia,
que es sabio. Voile á traer.
AXAT. Por Alá que lo he de hacer
empalar por la blasfemia.
(*Vase* Albenzaide *á buscar al astrólogo, y vuelve al momento con él.*)

ESCENA II

AXATAFE, ALBENZAIDE *y* ABENRAJEL, *astrólogo.*

ALBENZ. Ya Abenrajel está aquí.
ABENRAJ. Tus pies beso, y quiera el cielo
que con prudente recelo
señorees los astros.
AXAT. Dí,
¿tan sabio eres, que llora
nuestros daños tu cuidado?
ABENRAJ. Nunca, señor, me ha pesado
de ser sabio, sino ahora.
Mi patria me hacen llorar
los estudios, y el saber
sin consuelo de temer,
que me he podido engañar.
Pero, cielos, la hora es esta
en que prometen mi muerte
las estrellas: ¡triste suerte!
no puedo daros respuesta,
que la muerte imaginada
turba mi lengua y sentido.
Matarme quieren. (*Caiga desmayado.*)
AXAT. ¿Qué ha sido?
ALBENZ. Una locura extremada.
Dice que halla por su ciencia
su muerte á este tiempo y hora,
ó que pretenden ahora
matarle con vïolencia:
y este desmayo mortal
causó la imaginación.
AXAT. Mayor es mi turbación,
aunque es tan grande su mal.
Darle la muerte quería
en premio de su jüicio,
y este desmayo es indicio
de su gran sabiduría.
Mi pensamiento y su muerte
supo: en confusión me ha puesto,
que quien ha acertado en esto,
temo que en mi daño acierte.
La vida tienes segura.
Levanta.
(*Levántese ayudándole.*)
ABENRAJ. Beso tus pies.
AXAT. Quiero que cuenta me des,
pues has alzado figura,
del daño desta ciudad
por el cerco de Fernando.
ABENRAJ. ¡Gran señor!
AXAT. No estés temblando;
háblame con libertad.
ABENRAJ. Una figura he juzgado
para ver la duración
que tendrá en nuestra nación,
Sevilla. El punto he tomado
de aquél en que fué ganada
por los nuestros; y en su daño
hallo que será este año
á enemigos entregada.
Otra figura alcé en prueba
desta, sirviendo de intento
el punto del nacimiento
del rey Fernando.
AXAT. ¿Y comprueba
esotra?
ABENRAJ. Con tal verdad,

que le promete á este Rey
que con gente de su ley
poblará nuestra ciudad.

AXAT. De presente no hay señal
que tu pronóstico entable:
Sevilla es inexpugnable.

ABENRAJ. Es tan cierto nuestro mal,
que estando ya comprobado
con dos iguales jüicios,
y llamando los indicios
al temeroso cuidado,
hallé una confirmación
de un antiguo, á quien se debe
grande fe.

AXAT. ¿Hay quien compruebe,
Abenrajel, tu opinión?

ABENRAJ. Tumerto, aquel africano
astrólogo sin segundo,
que dejó admirado el mundo
con su ingenio soberano.
El que predijo á Abdelmón
su imperio, tan verdadero,
que siendo hijo de un ollero,
fué Rey de nuestra nación.
En uno de los ochenta
pronósticos que escribió
esta pérdida lloró.

AXAT. No sé yo donde la cuenta,
que sus pronósticos tengo
leídos y venerados,
doctamente interpretados.

ABENRAJ. Que hay muchos yerros prevengo
en las interpretaciones.

AXAT. (*Llamando.*) Hola.

UN CRIAD. Señor.

AXAT. Dame el libro
de Tumerto, que en él libro
la luz destas confusiones.

(*Vase el criado.*)

ABENRAJ. Vea vuestra majestad
el pronóstico veintiuno.

(*Entra el* Criado *con el libro, tómale el* Rey.)

AXAT. Ni en ese ni en otro alguno
trata de nuestra ciudad.

ABENRAJ. Culpable fuera, señor,
que una ciudad tan grandiosa
pasara en silencio.

AXAT. Es cosa
muy posible.

ABENRAJ. Eso en rigor;
pero despacio mirado,
verás cuán bien lo entendí.

(*Hojeando el libro.*)

AXAT. *Veintiuno*. Dice así
el pronóstico citado. (*Lee.*)
«Después de dar el sol por el Zodiaco
quinientas vueltas sobre treinta y cuatro,
mirando capellares y turbantes
en la Libia ciudad, cuyas murallas
al que murió infeliz hacen eterno,
el gran restaurador del alto nombre,
alcázares de estatuas fabricante,
de bronce al cielo; y con temor valiente,
su ciudad asentada sobre el fuego
entrará en la abundante y invencible,
habiéndole segado la garganta
con cuchillo de palo: acción que espanta.»

ALBENZ. Ríndome; obscuros están.

AXAT. Dice un autor diligente
que habla de la Libia ardiente
y de la ciudad de Orán:
y la que dice asentada
sobre el fuego, que es Madrid,
por cuya gente y ardid
Orán ha de ser ganada.

ABENRAJ. No me quiero detener
en refutar la opinión
de ese autor, que es dilación
prolija, y no es menester.
Sólo para inteligencia
de lo que dice Tumerto
asentaremos por cierto,
pues que lo es con evidencia,
que ha que el sol mira turbantes
en Sevilla, ó su teatro,
quinientos y treinta y cuatro
años. Tanto ha que, inconstantes,
la dejaron los cristianos
y que el moro la posee,
y el sol capellares vee
en los moros sevillanos.
Llámala libia ciudad,
porque Hércules comenzó
á fundarla; y se llamó
Libio. También es verdad
que la cercó de muralla
Julio César, que fué muerto
á puñaladas.

AXAT. Tu acierto
quiero ver leyendo. Calla. (*Lee.*)
«Después de dar el sol por el Zodiaco
quinientas vueltas sobre treinta y cuatro
mirando capellanes y turbantes
en la Libia ciudad, cuyas murallas
al que murió infeliz, hacen eterno.»
Hasta aquí se entiende bien.

ALBENZ. Y al parecer, propiamente
habla del tiempo presente
y de Sevilla también.

AXATAFE. (*Lee.*)

«El gran restaurador del alto nombre.»

ABENRAJ. Ese es Fernando, que tanto
ha restaurado, y es hombre,
cual veis, de tan alto nombre,
que todos le llaman santo.

AXATAFE. (*Lee.*)

«Alcázares, de estatuas fabricante.»

ABENRAJ. Esos alcázares son
mil templos que ha fabricado
y rentas les ha aplicado
con cristiana devoción.
El hizo, acabó y dispuso
el gran templo toledano,
y en público de su mano
la primera piedra puso.

AXATAFE. (*Lee.*)

«De bronce al cielo y con temor valiente.»

ABENRAJ. *De bronce al cielo*, está claro,
pues con prolija asistencia
es de bronce á la inclemencia
del cielo. Es hombre tan raro,

que aunque en el cerco perece
gran parte de sus soldados,
de frío y calor fatigados,
nada teme ni le empece.

AXAT. *Con temor valiente* ¿qué es?

ABENRAJ. Que siendo tan valeroso,
es de su Dios temeroso.

AXAT. ¿De qué suerte?

ABENRAJ. ¿No lo ves?
En toda la cristiandad
se venera su paciencia,
su piedad, su penitencia,
su justicia y su humildad.
Persiguiéndole su padre
con las armas y en persona
por quitarle la corona
que fué herencia de su madre,
aunque teólogos sabios
le dijeron que debía
defender su monarquía
de los paternos agravios,
no quiso tomar jamás
las armas, aunque ofendido,
contra su padre: ¿no ha sido
temeroso de Dios? Mas,
que por observar su ley
á mil rebeldes vasallos,
que pudiera castigallos
como justiciero Rey,
perdonó; fueron traidores,
haciéndole injusta guerra,
y talando[le] su tierra
los condes y otros señores,
prendiólos, y sus amigos
los hizo.

AXAT. Acción soberana:
que sin duda es sobrehumana
perdonar los enemigos. (*Lee.*)
«Su ciudad asentada sobre el fuego.»

ABENRAJ. Su ciudad es el real,
que en el campo de Tablada
es una ciudad formada,
sin faltar cosa esencial.
Tal concierto y pulicía
tiene, y tan grande artificio,
que hay calle de cada oficio
y cualquier mercadería;
plazas para bastimentos,
gente de cualquier nación,
y es ciudad, en conclusión,
con todos sus cumplimientos.

(Axatafe *lee.*)

AXAT. «Su ciudad asentada sobre el fuego.»

ABENRAJ. Nuestras mieses abrasaron,
fuego á Tablada pusieron,
y en el fuego que encendieron
sus reales asentaron;
y así la llama ciudad
asentada sobre el fuego.

AXAT. Poco á poco á creer llego
mi rüina y su verdad. (*Lee.*)
«Entrará en la abundante y invencible.»

ABENRAJ. Eso es que entrará en Sevilla.

AXAT. ¿Pues cómo, siendo invencible?

ABENRAJ. A este Rey no hay imposible:
todo su estrella lo humilla.

AXAT. (*Lee.*) «Habiéndole segado la garganta
con cuchillo de palo; acción que espanta.»

ALBENZ. El ladrón que tal escribe...

ABENRAJ. Nuestra garganta es, si atento
se ve, paso del sustento
que el estómago recibe;
y de Sevilla diremos,
que es la garganta, la puente
por donde ya hoy solamente
pasa el sustento que vemos,
pues hoy, señor, como ves,
ó como del Real se entiende,
el rey Fernando pretende
dar con la puente al través.
Dos naves de las más buenas
apresta para este intento,
que con la fuerza del viento
rompan barcos y cadenas.
Desta acción se maravilla
Tumerto, que al derribar
la puente, llama segar
la garganta de Sevilla,
y á las dos naves, cuchillo
de palo.

AXAT. Está interpretado
tan bien, que me da cuidado,
si bien no es justo sentillo.
Querer derribar la puente
de nuevo fortificada
y con cadenas trabada,
es frenético accidente.

ABENRAJ. Solas dos cosas podrán
mejorar nuestra fortuna:
matar al Rey es la una;
otra es que, con alquitrán,
estopa, pez y resina
se hagan balsas, y con ellas
en tiempo que á las estrellas
densas nubes sean cortina,
en las naves se eche fuego,
que si se quema su flota,
nuestra desgracia remota
abrirá puerta al sosiego.

ALBENZ. En el Real traigo una espía
en hábito de cristiano,
que plaza de castellano
pasa en una compañía.

AXAT. ¿Ese no es Alí Muley?

ALBENZ. Allá se llama Barzaga,
y presa espero que haga
en la persona del Rey,
que en hallando algún camino
ha de avisar nuestra gente.

ABENRAJ. Es moro astuto y valiente,
y en la lengua muy ladino.

ALBENZ. Ese por coger trabaja
á Fernando en soledad,
y ha granjeado la amistad
de un truhán llamado Paja,
que como es entremetido,
sabe el secreto mayor,
y en efecto es hablador.

ABENRAJ. Eso está bien prevenido.

AXAT. Echar en las naves fuego
es cosa muy importante,
y á asegurarnos bastante.

ABENRAJ. Importa que se haga luego.

ALBENZ. Abenrajel lo ha de echar.

para que se acierte en todo.

AXAT. Vamos á arbitrar el modo.

ABENRAJ. (*Ap.*) ¡Qué poco ha de aprovechar!

(*Vanse los tres.*)

ESCENA III

ALÍ, *en hábito de cristiano, y* PAJA. *Toquen música.*

ALÍ. ¿Qué es esto?

PAJA. El Rey ha traído
en procesión ostentosa
una imagen milagrosa
de la Virgen, y ha venido
con ella en esta ocasión
el Príncipe.

ALÍ. ¿Ha entrado ya
con la gente que le da
su suegro el rey de Aragón?

PAJA. Todos la han acompañado,
y ya la imagen bendita
queda en la famosa ermita
que en el Real le han fabricado.

ALÍ. Muy largo cerco se espera.

PAJA. Si al Rey se le apareció
San Isidro, y le animó,
justamente persevera.

ALÍ. Dicen que trae consigo
á don Ramón de Losana,
clérigo de sobrehumana
ciencia.

PAJA. Es don Alonso amigo
de hombres doctos. Yo me voy,
señor Barzaga, á Alcalá:
ved lo que queréis de allá.

ALÍ. Ya sabéis que vuestro soy.
¿á qué váis?

PAJA. Llevo una carta
del santo Rey á la reina,
que Amor en sus pechos reina,
aunque Marte los aparta.

ALÍ. Querrála ver, que en efecto
tanta ausencia lo promete.

PAJA. Yo voy á ser alcahuete,
pero advertid que es secreto:
esta tarde la va á ver
disimulado.

ALÍ. ¿Y qué gente
llevará?

PAJA. No la consiente
el secreto, ni el lugar,
por lo cual tiene intención
de llevar solo consigo
algún caballero amigo.

ALÍ. (*Ap.*) (Del cielo es esta ocasión.)
¿Vendréis hoy?

PAJA. (*Ap.*) (A este soldado
ya con enfado le escucho,
que aunque me regala mucho,
es preguntador cansado.)
Adiós, que hoy he de volver,
y los reyes salen ya
de la ermita. (*Vase* Paja.)

ALÍ. Por Alá
que á Fernando he de prender.

(*Vase* Alí.)

ESCENA IV

El rey D. FERNANDO, LORENZO SUÁREZ, GARCI PÉREZ, *el* PRÍNCIPE *y D.* RAMÓN LOSANA.

LOSANA.

No he visto imagen que con tal imperio
levante al cielo el corazón humano.
Contemplo en ella á la gloriosa Virgen,
y un divino retrato verdadero
de como está en el cielo.

PRÍNCIPE.

Algunas cosas
repugnan al estar así en el cielo,
si bien confieso que es cosa divina.

FERNANDO.

Alonso siempre tiene la contraria.

LOSANA.

Yo no hallo cosa que lo dificulte.

PRÍNCIPE.

Pues yo hallo cinco.

FERNANDO.

¿Cuáles son?

PRÍNCIPE.

No es justo...

FERNANDO.

En que esto se confiera tendré gusto.

PRÍNCIPE.

La primera es que tiene á Jesús niño,
y no está así en el cielo. La segunda,
que la Virgen murió y subió á los cielos
de más edad de setenta años,
y el retrato parece que es de treinta;
luego no será imagen ó retrato
de como está en el cielo. La tercera
es, que tiene esta imagen por cabello
una rica madeja de oro fino,
y virisímil no es, aunque es decoro,
que hubiese en tal edad cabellos de oro.
Demás que á Alberto Magno le parece
que la Virgen tendría el cabello negro,
porque procede de igualdad de humores:
y esta misma razón viene á propósito
á la quinta objeción que se me ofrece,
que es de Alberto también; el cual nos dice,
que la igualdad de humores y la buena
complexión que en la Virgen se supone,
engendran un color de envés de rosa,
que la cara hermosea, y que tendría
este color el rostro de María.
La imagen, como vemos, es morena,
y si Cristo fué blanco y colorado,
como de los cantares se colige,
y no tuvo en la tierra otra persona
á quien ser parecido, bien se infiere
que la Virgen fué blanca y colorada.
Es la quinta objeción, y sea la última,
que estando recibida en las mujeres
la pequeñez por gracia y hermosura,
esta imagen es alta, y tal defeto
no pudo hallarse en cuerpo tan perfeto.

DON LORENZO.

Bien dan en que entender las objeciones.

FERNANDO.

Don Ramón de Losana ¿qué os parece?

LOSANA.

Tiene su Alteza superior ingenio,
y pienso que se funda su agudeza
contra el común y propio sentimiento
solamente en querer probar el mío;
pero, pues, es forzoso obedeceros,
probaré con razón que es esta imagen
retrato de la *Reina de los Reyes*
como en el cielo está, aunque en tal cuidado
quisiera responder más de pensado.
Cuanto á tener el niño, no le tiene
como retrato, sólo por insignia
por la cual el cristiano reconozca
que es la Madre de Dios, y muchas veces
se ha visto aparecer en esta forma.
Cuanto á su muerte y su subida al cielo,
aunque murió la Virgen de setenta
y dos años, tenemos de los santos
que está en la gloria su sagrado cuerpo
de edad de treinta y tres, no más, y es llano
que los tiene el retrato soberano.
San Agustín, San Pablo y San Crisóstomo
dicen, que todos resucitaremos
de aquella misma edad que Jesucristo;
y estando en tal edad, muy propiamente
tiene la Virgen el cabello de oro,
sin que obste el parecer á Alberto Magno
que debió de ser negro, procedido
de la buena igualdad de los humores;
pues en contrario afirman que fué rubio
Epifanio y Nicéforo; y Galeno
le alaba por hermoso y por más bueno.
Que sea el cabello rubio más hermoso,
lo dicen las dañosas diligencias
que por tenello han hecho las mujeres;
y siendo el más hermoso, le tendría
aquella en quien cifró Dios la hermosura.
El cabello del rostro de su hijo,
según dice Nicéforo, fué rubio,
y con más evidencia se colige
de dos cartas que Quéntulo y Pilato
escribieron á Roma, donde trata
cada uno de Cristo, y le retrata.
Los cantares nos dicen del Esposo
que tiene la cabeza de oro fino;
y sea la conclusión de esta materia
un testigo de vista muy auténtico.
La bienaventurada Santa Brígida
dice que vió á la Virgen, y el cabello
tendido en sus espaldas, dice que era
una bella madeja de hebras de oro:
esa misma tenemos en la imagen,
que causando en las almas mil consuelos,
representa á la Reina de los cielos.
Respondo á la objeción de ser morena,
que aunque es la conjetura razonable
para que fuese blanca y colorada,
es opinión que hallamos contradicha
por Nicéforo y por San Epifanio,
que dicen, que la Virgen fué trigueña.
Y esta opinión confirman las imágenes
del tiempo de los godos veneradas;
y que Cristo también fuese trigueño,
tratando de sus partes y colores,
lo tienen afirmado estos autores.
Pero dado que blanco y colorado
fuese en la Virgen el color nativo,
cuando vino á tener treinta y tres años
que lo hubiese mudado el sol, es fuerza,
como ella nos lo advierte en los cantares.
Y así por ser este color gracioso,
como causado por amor del hijo,
en sus penalidades y destierros
lo pudo conservar hasta la gloria,
como Cristo sus llagas, por señales
del grande amor que tuvo á los mortales.
A la quinta objeción responderemos,
que es verdad que se dice comunmente
que las mujeres han de ser pequeñas,
porque del mal el menos; mas la Virgen,
que fué el bien y el remedio de los hombres,
y la mujer en todo más perfecta,
no pudo ser pequeña, porque á serlo,
no hubiera perfección en su hermosura.
Una máxima es esta de Aristóteles,
que la pequeña dice que es graciosa,
pero que no es perfectamente hermosa;
y entre cuatro precisos requisitos
de la hermosura, pone la grandeza
en el primer lugar. Y en la Escritura
vemos que Adán, que fué inmediatamente
hecho por Dios, con perfección hermoso,
y al respecto también su compañera,
fueron muy altos, tanto, que se escribe
que era cama de Adán, en que dormía,
una piedra de treinta pies de largo,
después que el sueño echó á su cuerpo embargo.
José, David, Sansón y otras figuras
de nuestro Salvador fueron muy altos;
y que es gala en las mujeres, nos lo dicen
los disformes chapines deste tiempo.
En la ciudad de Roma, hay en la iglesia
de San Juan de Letrán una medida
del cuerpo de la Virgen, que yo he visto,
y es de la misma altura desta imagen,
alta con proporción, sin demasía.
Y así, de todo con certeza infiero
que es divino retrato y verdadero.

PRÍNCIPE. Honrado han mis desvaríos
á Don Ramón de Losana.
D. LOR. Cada objeción queda llana.
FERNAN. Don Ramón.
LOSANA. Señor.
FERNAN. Cubríos.
LOSANA. Es contra todas las leyes
del real decoro, señor.
FERNAN. Cubríos por defensor
de la *Reina de los Reyes*.
Y porque á nadie en Castilla
pueda exceso parecer,
título os doy de primer
arzobispo de Sevilla.
Y no entendáis que es premiar
de anillo, á Sevilla os doy,
porque con certeza estoy
de que la hemos de ganar.

LOSANA. Bésoos los pies, que es muy cierta
la duda en que me ponéis,
pues merced que vos hacéis
no puede salir incierta.

ESCENA V

DICHOS *y* RAMÓN BONIFAZ.

BONIFAZ. Dos naves se han aprestado
para que á la puente vaya,
de las trece que en Vizcaya
hice por vuestro mandado;
mas sin viento del Poniente,
que falta seis meses ha,
cosa imposible será
que derribemos la puente.
FERNAN. ¿Pues en sólo eso consiste
el rendir esta ciudad?
BONIFAZ. Muy buena es mi voluntad,
pero el cielo la resiste.
FERNAN. (*Aparte.*) ¡Valgame Dios! ¿Si es divino
impulso el que al corazón
inclina más á esta acción
que al concertado camino?
Al amor que dentro reina,
le dice, aunque le es molesto,
que Dios se sirve más desto
que de ir á ver á la Reina.
Ramón Bonifaz.
BONIFAZ. Señor.
FERNAN. Mañana es día de la Cruz,
en que Cristo, nuestra Luz,
fué glorioso vencedor.
Mañana hemos de vencer
por su infinita bondad
esta gran dificultad.
BONIFAZ. Sin viento no puede ser.
FERNAN. ¿Del Poniente ha de venir?
BONIFAZ. Muy recio, y aun plegue á Dios
que baste.
FERNAN. ¡Virgen, por vos
mi intento he de conseguir.
En cada una de las dos
naves una cruz llevad,
y el suceso encomendad
con grandes veras á Dios.
GARCI P. Señor, los nobles han ido,
y ya la mano han besado
á la Reina. Yo he faltado
por justas causas que ha habido.
Si me dais licencia, iré
esta tarde.
FERNAN. Yo os la doy,
y avisaréis que no voy,
García.
GARCI P. Yo avisaré.
(*Toquen y váyanse.*)

ESCENA VI

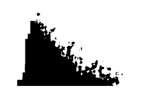
ALÍ, ALBENZAIDE *y* MOROS, *todos en traje de cristianos.*

ALÍ. Nadie ha de extrañar el veros
por el traje en que venís,
que entenderán que salís
para guardar los herberos.
Lo que importa es que no habléis,
porque ninguno es ladino,
y se puede abrir camino
á que cautivos quedéis
ó muertos, sin que logremos
esta importante ocasión,
que ha de ser la remisión
del aprieto en que nos vemos.
ALBENZ. Aquí tienen tus agudos
ardides. Alí Muley,
para la prisión del Rey
veinte ejecutores mudos.
ALÍ. A Alcalá desde Sevilla
este es forzoso pasaje,
que por eso en tal paraje
se ha labrado esa ventilla.
ALBENZ. Aquí aguardaremos, pues;
lo demás queda á tu cuenta.
MORO 1.º Un hombre paró en la venta.
ALÍ. Yo llegaré á ver quien es.

ESCENA VII

DICHOS, PAJA *y el* VENTERO.

PAJA. Ventero ¿qué hay de comer,
que está el molino picado?
VENT. Habrá algún torrezno asado,
y buen vino que beber.
PAJA. Pues abrid por medio un pan
y animadlo con tocino,
desquitaremos en vino
el agua de Solimán. (*Vase el* Ventero.)
ALÍ. Seguras tiene el seo Paja
las espaldas, yo las guardo.
PAJA. Pareciéndole que tardo
sale al camino y me ataja.
Guarda de espaldas molesta
os será Barzaga, y más
si preguntáis por detrás,
que no es cortés la respuesta.
¿Qué gente es esa?
ALÍ. Estos son
veinte soldados de guarda
de herberos. ¿La Reina aguarda
á su esposo?
PAJA. A la oración.
¿No es Don Pedro Finestrosa
con su gente y compañía
de guarda?
ALÍ. Así se decía,
pero acordóse otra cosa.
(*Sale el* Ventero *con un pan abierto y tocino dentro.*)
VENT. Este recado está aquí.
PAJA. Y á fe que trae buen recado:
¿adivinó el convidado?
VENT. ¿Traeré media azumbre?
PAJA. Sí.
(*Vase el* Ventero. Paja *coma y dele á* Alí.)
Ea, merendemos.
ALÍ. ¿Qué es esto?
PAJA. Muy bien se puede comer.
ALÍ. ¿Es tocino?
PAJA. Al parecer.
ALÍ. Yo no me hallo bien dispuesto,
y me haría daño.



PAJA. No hará,
que está asado.
ALÍ. Yo recibo
la merced.
(Paja *refregándole la boca con el tocino.*)
PAJA. No seáis esquivo:
Abrid la boca, que está
provocativo.
ALÍ. ¡Qué necio!
¿Por fuerza queréis que coma?
PAJA. ¿Es precepto de Mahoma,
ó del convite desprecio?
ALÍ. No estoy bueno.
PAJA. Estos soldados
harán por vos la razón.
Pocos los torreznos son
para tantos convidados.
Comer puede esta pringada
un rey de espadas ó de oros.
(*Acércase á los moros con el tocino, y estos le dan un golpe que le hace soltarlo de la mano.*)
¡Vive Cristo! que son moros, (*Ap.*)
y que es alguna celada
que está aquí guardando el Rey.
(Albenzaide *á su gente.*)
ALBENZ. Fuerza es que le detengamos,
que ha maliciado.
(*Lléganse á* Paja, *y sale de nuevo el* Ventero *con limeta y taza, que coge el truhán.*)
PAJA. Bebamos.
MORO 1.° Avisaré á Alí Muley.
ALÍ. No acostumbro á beber vino
por la tarde.
PAJA. ¿Es rejalgar?
ALÍ. No lo tengo de probar.
PAJA. Yo me corro y me amohino,
Barzaga; de veras hablo.
ALÍ. Es dieta, no os asombre.
PAJA. Decidme, ¿Barzaga, es nombre
de pila?
ALÍ. Es nombre de diablo.
PAJA. Yo lo creo. ¿Qué se debe? (*Al* Ventero.)
VENT. Señor, dos maravedís.
PAJA. ¡Linda gracia! ¿Qué decís?
¿Cuál de vuesarcedes bebe
dos maravedís? Robando
estáis el mundo.
ALÍ. La paga
está aquí.
(*Paga* Alí *el gasto. Vase el* Ventero, *y entonces los moros, después de quebrar la limeta y taza á* Paja, *lo maniatan.*)
PAJA. Señor Barzaga,
¿qué es esto?
ALÍ. Se están burlando.
PAJA. ¿Se están burlando? ¡ah, traidor!
MORO 1.° Garci Pérez viene aquí:
¿qué haremos?
ALÍ. Dejadme á mí.

ESCENA VIII

DICHOS *y* GARCI PÉREZ, *que entra por una puerta en donde están los moros. Atraviesa la escena y se le cae un lenzuelo.*

PAJA. ¡Mi amo y mi redentor!
GARCI P. ¿Qué gente?
ALÍ. Amigos y guarda
de los herberos.
PAJA. (*Ap.*) Callar.
será bien, por excusar
alguna zalagarda.
GARCI P. Vuelve conmigo á Alcalá.
PAJA. Vamos. ¿Viene el rey?
GARCI P. No viene.
PAJA. (Algún angel le detiene,)
¿Qué ha sido?
GARCI P. No viene ya.
PAJA. Es santo.
GARCI P. Dame aquel lienzo,
que se ha caido.
(Paja *con las manos atadas atrás hace diligencias para alcanzar el lienzo, y no puede.*)
ALBENZ. (*Á los suyos.*) Mal
hemos hecho en perder tal
cautivo: yo me avergüenzo,
si por temor se ha dejado.
ALÍ. ¿Quién cautivarlo pudiera?
ALBENZ. Cuando yo sólo viniera
le llevara maniatado.
ALÍ. ¿Pues cómo no se hizo así
cuando lo de la escofieta?
MORO 1.° ¡El diablo que le acometa!
ALBENZ. Porque yo no estaba allí.
GARCI P. ¿No acabas? ¡Hay tal torpeza!
PAJA. (*Ap.*) (Ni puesto al hilo ni al sesgo
lo alcanzo, y estoy á riesgo
de hacer alguna vileza.
(*Échase de espaldas y coge el lienzo.*)
Mi silencio es por demás.)
Señor, aquellos soldados
son...
GARCI P. ¿Qué?
PAJA. Moros disfrazados.
Cual ves, atadas atrás
las manos, me ví en prisión.
Desátame.
(Garci Pérez, *que desata á* Paja.)
GARCI P. Pues ¿por qué
callaste cuando pasé?
PAJA. Porque sé tu condición,
y temí, que hay veintiuno.
GARCI P. ¡Vive Dios! que he de volver.
(*Huyen los moros.*)
ALBENZ. ¡Que vuelve!
ALÍ. Yo sé correr.
PAJA. Ya no ha quedado ninguno.
GARCI P. La culpa has tenido tú.
PAJA. Honra has comprado barata.
Hazles la puente de plata,
y vayan con Belcebú.
(*Vanse por donde iban.*)

ESCENA IX

DON LORENZO SUÁREZ *y* EL GRAN PRIOR DE SAN JUAN.

PRIOR. Milagro es de la oración
del Rey, pues tan de repente
sopla el viento de poniente
que ha deseado Ramón
Bonifaz.
D. LOR. Con la una nave
á embestir la puente va.

PRIOR. Mayor milagro será
que la remueva y destrabe.
D. LOR. Y no es grande, si se nota
el milagro que hubo ayer,
en que se echase de ver
que querían quemar la flota.

ESCENA X

DICHOS *y el rey* DON FERNANDO, *el* PRÍNCIPE, *el* MAESTRE DE CALATRAVA *y* RAMÓN BONIFAZ, *en una nave enfrente del tablado, ó una puerta en la popa.*

FERNAN. Quien el Sur-sueste envía
hará entera la merced.
Ramón Bonifaz, poned
vuestra esperanza en María.
BONIFAZ. Vuestros mandatos son leyes
divinas; más son que de hombre,
y así á embestir voy en nombre
de la *Reina de los Reyes*.
FERNAN. La Virgen vaya con vos.
PRIOR. Con la creciente y el viento
parece rayo violento.

(Corra la nave y hágase ruido dentro de caer la puente.)

FERNAN. Logró nuestro intento Dios.
D. LOR. Este ha sido inmortal hecho
milagrosamente obrado.
Los barcos se han destrabado,
y la puente se ha deshecho;
y el moro, que sin remedio
de bastimentos se halla,
reducir quiere á batalla
los peligros del asedio.
PRIOR. De la ciudad han salido
á pelear.
FERNAN. Hazaña es sabia,
aunque es conocida rabia
de haber la puente caído.
Ánimo, española gente,
que al fin se canta la gloria,
cierta tenéis la victoria,
pelead valerosamente.
Sevilla al moro destierra
y á nuestro poder lo envía;
invoquemos á María,
y á Santiago: ¡al arma, cierra!

(Tocan cajas y vanse con las espadas desnudas y salen Albenzaide, Alí *y otros moros con los demás que quedan acuchillándose y retirándose de* Don Lorenzo Suárez *y el* Prior de San Juan *y el* Maestre de Calatrava. *Vuelvan á salir los moros acosando al* Santo Rey *y salga en su ayuda el* Príncipe *y luego* Garci Pérez *y* Paja *y luego* D. Lorenzo, *el* Prior *y el* Maestre de Calatrava.)

ALBENZ. El ánimo te ha engañado,
Rey, y metido te has
donde cautivo serás,
ó muerto.
PRÍNCIPE. Estoy yo á su lado,
perros.
ALBENZ. Moriréis los dos.
FERNAN. Si en peligro me he metido,
Virgen, bien sabéis que ha sido
justa confianza en vos.
GARCI P. ¿Vióse tal temeridad?
ALÍ. ¿A Garci Pérez no véis?

(Huyen los moros, y tras ellos Garci Pérez *y* Paja.)

D. LOR. *(Al* Rey.) ¿Dónde váis, señor? ¿queréis
entrar sólo en la ciudad?
FERNAN. Escalemos la muralla,
y dentro en Sevilla entremos,
pues ya encerrada tenemos
esta cobarde canalla.
PRIOR. *(Grita.)* ¡Escalas!
D. LOR. Por esta parte
podemos acometer,
y pues riesgo puede haber,
vuestra majestad se aparte.

(Pongan escalas y suban y defiendan el muro los moros, menos Alí.)

FERNAN. Nada temáis, Don Lorenzo,
que Dios es en nuestra ayuda.
De golpe la gente acuda,
que no es muy fuerte este lienzo.

(Sale Albenzaide.)

ALBENZ. Prodigioso rey Fernando,
si gustas de que se trate
de medios, cese el combate
que en vano estás intentando.
En este estado se quede
hasta que el Rey salga al muro,
que con licencia y seguro
te quiere hablar.
FERNAN. Salir puede.

(Vase Albenzaide.)

¿Qué decís desto? *(El* Rey *á sus consejeros.)*
PRIOR. Que haciendo
aventajado partido,
con honra se habrá salido.
FERNAN. Honra y provecho pretendo.

ESCENA XI

DICHOS *y el rey moro,* AXATAFE, *en el muro.*

AXAT. Fernando, aunque está mi gente
bastecida y animada
á morir determinada
peleando animosamente,
me ha parecido excusar
la mortandad que ha de haber
en éstos, por defender,
y en esotros, por entrar.
Dos embajadores salen
de mi ciudad á tu tienda
para que dellos se entienda
mi intención, y ellos señalen
los buenos medios de paz
que á los dos bien nos estén.
FERNAN. Hubiérase hecho esto bien
si no fueras pertinaz.
En otro tiempo, es verdad
que pudo haber medios buenos,
mas hoy no los hay con menos
de entregarme la ciudad.
AXAT. Oye, señor, mi embajada,
verás que servirte quiero,
y de tu prudencia espero
resolución acertada,

que más cuerdo, que cobarde,
tu gracia buscando estoy.

FERNAN. A oír tu embajada voy.

AXAT. Alá te prospere y guarde.

(*Vanse todos.*)

ESCENA XII

ALÍ, *de moro, maniatado, y conducido por* PAJA, *que le maltrata.*

PAJA. Mestizo preguntador,
sabrá el Rey de qué manera
capitán de mudos era
tan grandísimo hablador.
¡Vive Dios! perro cobarde
que habéis de comer tocino
gordo y rancio, y beber vino,
aunque sea por la tarde.
Pringado habéis de dar cuenta
desde el día en que nacisteis
por las preguntas que hicisteis
para salir á la venta.

ALÍ. Ingratamente me pagas
la amistad que entre ambos hubo.

PAJA. Yo sabré que origen tuvo
la casta de los Barzagas.

ESCENA XIII

DICHOS *y* GARCI PÉREZ.

GARCI P. ¿Qué es esto? ¿Por qué ocasión
la tregua estás quebrantando?

PAJA. No es fruta de contrabando
puntillazo y mojicón.
En fin, ¿con treguas se trata
de partidos con el moro?

GARCI P. Su Rey á peso de oro
la gran Sevilla rescata,
pero está entero Fernando..
Mensajeros van y vienen,
y pienso que efecto tienen
los medios qua van tomando,
pues ya por la Reina han ido.

PAJA. Si la Reina viene, ciertos
son y honrosos los conciertos.
Rogad, perro mal nacido,
que os la depare Dios buena,
que á Sevilla han de rendir,
ó vos habéis de servir
de espantajo en una entena.
Señor, su maldad obliga
á un castigo muy solene:
mírale atento, que tiene
los diablos en la barriga.
Este, siendo Alí Muley,
fué Barzaga, y á ser vino
espía, y salió al camino
de Alcalá á prender al Rey.

GARCI P. El es tal, que piadoso
su traición perdonará.

ESCENA XIV

GARCI PÉREZ, ALÍ, PAJA *y* RAMÓN BONIFAZ.

BONIFAZ. La ciudad se entrega ya.

PAJA. ¿Hay perro ten venturoso?

GARCI P. Justo es que se satisfaga,
pues Axatafe se humilla
y nos entrega á Sevilla,
con entregarle á Barzaga.

ALÍ. ¡Qué!, ¿en fin la quiere entregar?

BONIFAZ. De espacio lo ha recateado.
El ser vasallo ha intentado
primero; luego pagar
lo que al Miramamolín.
El tercio de la ciudad
daba; después la mitad
con muralla en medio; en fin
con que salir se les deje
con lo que puedan llevar,
la ciudad se ha de entregar.

PAJA. Pues yo estoy hecho un hereje
de que vuesarcé se escurra,
aunque así lo ordene el Rey
tan contra razón y ley,
sin darle una gentil zurra.

ESCENA XV

DICHOS. *Toquen y salen por una parte las damas y la* REINA *á quien saque de la mano el* PRÍNCIPE. *Por otra entran* DON LORENZO SUÁREZ, *los* MAESTRES, DON RAMÓN LOSANA, *hecho Arzobispo, el* REY DON FERNANDO *y* AXATAFE *con las llaves de Sevilla en una fuente y tómalas el* Rey.)

(Axatafe, *hincándose de rodillas.*)

AXAT. Como dueño de Sevilla
su Rey tenéis á los pies
y sus llaves.

FERNAN. Rey, no estés
así.

AXAT. (*Levantándose.*) La razón me humilla.

FERNAN. (*Á la* Reina.) Será vuestra Majestad
bien venida y recibida,
pues le da la bien venida
tan alegre novedad.

REINA. Dichosa soy, pues me acerco
á merecer vuestro lado;
que lo demás han granjeado
diez y seis meses de cerco;
y como continuamente
fuisteis clemente y piadoso,
conseguís fin tan dichoso
en día de San Clemente.

FERNAN. Tan grande favor incita
al justo agradecimiento.

REINA. Yo haré el reconocimiento
á la Virgen en su ermita.

FERNAN. La iglesia sea consagrada
y la ciudad guarnecida,
y haga el moro su salida,
porque se haga nuestra entrada.
Su Patrona en procesión
llevemos á la ciudad
con solemne Majestad
y cristiana devoción.

GARCI P. Quedarán en este estado,
aunque no muy satisfechos
del rey Fernando los hechos,
que siendo á reyes dechado,
dió á Sevilla santas leyes,
y esta es, porque fin le demos,
la tradición que tenemos
de *la Virgen de los Reyes.*

QUIEN HABLÓ, PAGÓ

COMEDIA FAMOSA POR EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

Representóla Valdés.

PERSONAS

La reina de Aragón.
El rey de Navarra.
Doña Blanca, *su hermana.*
Estela, *dama.*
El conde de Urgel.
Don Sancho, } *criados.*
Don Vela, }
Sancho, *labrador.*
Tirrena, *labradora.*
Nuño, *secretario.*
Ricardo.
Ximén, *soldado.*
Tres embajadores.
Dos pretendientes.
Un soldado.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

El conde de Urgel *y tres* Embajadores.

Conde. La Reina aún no está vestida:
esto me envïó á mandar
que os diga.

Emb. 1.° Yo he de esperar,
siendo su alteza servida,
á que me vea.

Emb. 2.° Es forzoso
que hoy tome resolución.

Emb. 3.° En cuanto á mi pretensión,
á mí, por más cuidadoso,
me envïó mi Rey aquí;
y en la dilación que veo,
la priesa de su deseo
me habrá de culpar á mí.

Conde. No niego yo, caballeros,
que tenéis justas razones
de sentir las dilaciones
con que excusa responderos
la Reina; pero advirtiendo
que no ha de elegir esposo
sin un acuerdo dudoso
con que se va disponiendo.
Y éste las horas dilata,
y los días entretiene:
disculpa bastante tiene,
y con poca ofensa os trata.
Bien sabéis todos que el Rey
mandó, muriendo, que fuese
su esposo el que ella escogiese,
y su testamento es ley.
Prevenid con la esperanza
el buen fin deste suceso,
que no habrá culpable exceso
en quien tal ingenio alcanza.
Su alteza sale; llegad
y hablalda todos.

ESCENA II

La Reina, *con gran acompañamiento; los tres* Embajadores, *dos* Pretendientes *y un* Soldado, *con memoriales los tres. El* Conde.

(Siéntase la Reina *en una silla y el* Conde *en pie á su lado.*

Emb. 1.° Señora,
pues vuestra alteza no ignora
el valor, la majestad
de Alfonso, rey de Castilla,
las partes de su persona,
á quien la imperial corona
por mil respetos se humilla,
admita el justo deseo
con que ser suyo se ofrece.

REINA. Ya lo que Alfonso merece
estimo, conozco y veo.

EMB. 2.° Francia, con justa razón
á su príncipe Delfín
estima. No busca, en fin,
la posesión de Aragón
pretendiendo á vuestra alteza,
en quien cifra su ventura,
que adora, alaba y procura
su discreción, su belleza.
Merezca premio esta fe
que por mí os publica ausente.

REINA. Debo al Delfín, mi pariente,
mil favores.

EMB. 3.° Bien podré,
aunque tercero en lugar,
informaros, gran señora,
de que Rogerio os adora,
á quien el Tirreno mar
besa en Sicilia los pies,
y yo los vuestros aquí.
Por él su retrato os di,
que fué el mayor interés
que os puedo ofrecer agora,
pues siendo tan bella vos,
y él tan galán, en los dos
¿quién la consonancia ignora,
cuando ha de hacer el amor
música de pensamientos
reales?

REINA. De sus intentos,
de su gallardo valor,
de su gala y bizarría
tengo nuevas; mi consejo
me ha de casar, á él lo dejo,
si bien la elección es mía,
por justo acuerdo del Rey,
mi padre, que no forzó
mi voluntad, aunque yo
hoy la sujeto á la ley.
Hablad al Conde mañana,
que él responderá por mí.

EMB. 1.° Si á Castilla llevo un sí,
gloriosos aumentos gana. *(Vase.)*

EMB. 2.° Si á Francia en esta ocasión
puedo conducir tal Reina,
hasta donde el sol se peina
se dilatará Aragón. *(Vase.)*

EMB. 3.° Si la elección de Rogerio
llevo á Sicilia, y yo veo
bien logrado mi deseo,
tiemble el otomano imperio. *(Vase.)*

PRET. 1.° Aunque estaba consultado,
gran señora, en la tenencia
de Jaca, por cierta ausencia
forzosa se me ha quitado.
Yo he servido á vuestra alteza
como un vasallo fiel.

(Entrega un memorial á la Reina, *y ésta lo da al* Conde.)

REINA. Hablad al conde de Urgel.

CONDE. *(Al* Pret.) Merece vuestra nobleza
y vuestra noble opinión,
Nuño, mayores empleos,
y creed que á mis deseos
debéis grande estimación.
A la Reina advertiré
cómo os puede mejorar.

PRET. 1.° Después os iré á besar
las manos. *(Vase.)*

CONDE. Vuestro seré.

SOLDADO. Muchas veces, gran señora,
he dado ya á vuestra alteza
memorial de mi pobreza
y mis hazañas.

REINA. Y agora
¿qué me pedís?

SOLDADO. Lo que ayer
pedí, y pediré mañana,
y un siglo, si no se humana
como piadosa y mujer,
como reina de Aragón,
como Emperatriz del suelo,
al ver que no llueve el cielo
sobre cosa, en conclusión,
que pueda llamarse mía.

REINA. ¿Dónde habéis sido soldado?

SOLDADO. (Cogióme.) Aunque no he empezado
á serlo, muy bien podría.

REINA. También yo os pudiera dar
mucho, pero nada os doy
por esta vez.

SOLDADO. A eso voy.
Los reyes no han de mirar
para dar *por qué*, ni *cuándo*,
sino quien ha menester,
que á Dios han de parecer,
que siempre nos está dando.

REINA. Pues yo os doy sólo por él
lo que me pedís por vos.

SOLDADO. Daré mil gracias á Dios.

REINA. Acudid al conde de Urgel.

SOLDADO. Ya me espantaba, que había
cosa en que no entrase el Conde.

CONDE. Vedme después.

SOLDADO. Corresponde
á quien es vueseñoría. *(Vase.)*

PRET. 2.° En tan justa pretensión
como la mía, señora,
quisiera informar.

REINA. Ahora
venís á mala ocasión.
Acudid á hablar al Conde,
que él me informará despacio.

CONDE. Cuando salga de palacio
me hablaréis, ya sabéis donde.
Y estad cierto de mi pecho,
que vuestro aumento querría.

PRET. 2.° Yo soy de vueseñoría
obligado y satisfecho. *(Vase.)*

REINA. Ea, despejad la sala;
salíos todos á fuera.
Conde, yo tengo que hablaros;
no os vais.

CONDE. Mande vuestra alteza.

(Vanse todos, y quedan solos la Reina *y el* Conde.)

ESCENA III

La Reina *y el* Conde.

REINA. ¡Grave peso el del gobierno!
¿No será justo que tengan
los reyes algunos días

en que el cuidado suspendan?
Quiero entretenerme un rato;
hablemos en cosas nuevas.
De la corte ¿qué os divierte
y entretiene más en ella?
¿Jugáis? ¿salís á caballo?
¿Gustáis de imitar la guerra
en la caza por los parques,
ó en la ciudad hacéis fiestas?
¿En qué os ocupáis las horas
que los negocios os dejan?

CONDE. Lo que me ocupa es serviros,
y solamente me alegran
los sucesos, gran señora,
en que mi cuidado acierta.
En él ocupo los días,
y las noches me desvelan,
prevenciones que hago al tiempo
por las horas que me niega,
que siempre el tiempo me falta.

REINA. Debéis á vuestra nobleza,
Conde, tan grande cuidado,
pues he confiado de ella
todo el peso deste reino.
Pero admírame que puedan
vuestras galas, vuestros años,
no tomarse la licencia
que suelen los hombres mozos,
y que tan estrechos sean
los preceptos del cuidado
que vuestras pasiones venzan.
¿No servís dama en palacio?;
que con pretensión honesta
no lo excusa un caballero,
García, de vuestras prendas.

CONDE. Tal vez, señora, podría
haber visto vuestra alteza
en las cuadras de palacio,
en los saraos ó en las fiestas
algún descuido en mis ojos,
y que habrá nacido, advierta,
de obligaciones corteses,
mas no de amorosas penas.

REINA. No, Conde, no quiero yo
apurar desa manera
vuestras verdades, que sólo
mi curiosidad desea
saber á cuál de mis damas
os inclináis, que hay entre ellas
algunas de ilustres partes,
nobles, hermosas, discretas.

CONDE. Yo confieso sus valores,
pero vuestra alteza crea
que me deben poco amor,
no porque no lo merezcan,
sino por desconfiado.

REINA. ¿Cierto?

CONDE. La verdad es esta.

REINA. ¡Graciosa desconfïanza!
Otra cosa sienten della
las damas de Zaragoza,
que no falta quien me cuenta
su hermosura y vuestra gala:
ya sé que doña Teresa
de Aragón es muy hermosa,
y que algún cuidado os cuesta.

CONDE. Poco sabe de mi pecho
quien informó á vuestra alteza.
Doña Teresa es hermosa,
mas tiene mucho de necia;
y cuanto agrada á los ojos,
los oídos atormenta,
que es brava pensión del gusto.

REINA. Bien decís; esta sospecha
pudo engañarse, si ya
no llegue á ser la más cierta
que doña Angela, su prima,
es la que más os desvela.

CONDE. Es un angel, vive Dios,
mas es muy libre, y es fuerza
que ofenda su libertad
su opinión, aunque no llega
á menosprecio su honor.
Préciase de muy discreta,
escribe versos y canta,
con que visitar se deja
más de lo que fuera justo.

REINA. Esa es advertencia cuerda:
hace doña Angela mal.
¿Y doña Beatriz de Urrea?

CONDE. Poco me debe esa dama,
que es conformidad de estrellas
amor, y han estado siempre
muy encontradas las muestras.

REINA. Mucho os estimáis, García;
ninguna al fin os contenta,
y así no amáis.

CONDE. No por Dios.

REINA. ¿Cierto, cierto?

CONDE. Ya es ofensa
de mi verdad esa duda.

REINA. Mintieron, pues, mis sospechas.
Ahora bien, Conde, volvamos
á mis cuidados, que apenas
puedo una hora suspenderlos.
El reino me pide apriesa,
por ser mujer, que me case.
Mi padre ya veis que ordena
en su muerte que yo escoja
esposo, y me da licencia
para elegir á mi gusto,
aunque mi vasallo sea.
El de Castilla me pide,
el de Francia me desea;
Rogerio, rey de Sicilia,
me solicita con veras,
y no me inclino á ninguno.
Demás que no es bien que tenga
Aragón rey extranjero,
y así casarme quisiera
dentro en mi reino, pues tengo
de nuestra real nobleza
deudos tantos, si vasallos
tan ilustres, que no llegan
con locas indignidades
la corona á sus cabezas.
Esta es mi resolución,
y para acertar en ella
hacedme memoria ahora
de los nobles en quien pueda
escoger uno, que al reino
y á mí por suyos merezca.

CONDE. Supuesto que determina,
gran señora, vuestra alteza

darnos rey en Aragón,
que propio, y no extraño sea,
(que es justo y prudente acuerdo)
caballeros hay que llegan
á merecer este nombre
en vuestro reino. Nobleza
hay en el conde de Ampurias,
demás de las excelencias
de su ingenio y sus virtudes,
de su gala y gentileza.
De vuestra sangre es el conde
de Belchite: la grandeza
de la casa de Moncada,
don Ramón, su dueño, aumenta.

REINA. Es vano el conde de Ampurias:
préciase de su belleza,
y no es bueno para mí
hombre que tan lindo sea,
que es fuerza que entre los dos
haya grandes competencias,
y estimo mucho la paz.
El de Belchite se precia
de mucha sangre real
que le habrá de dar soberbia
con que no me estime en tanto,
ni este favor agradezca:
quiero esposo más humilde.
El de Moncada á la guerra
de Marte, no á la de amor
se inclina, y tanta fiereza
no es buena para marido:
vaya á guardar mis fronteras.

CONDE. ¿Y don Blasco de Aragón,
ó don Ximeno de Urrea?

REINA. Ninguno dellos me agrada.

CONDE. No me parece que queda
otro noble en Aragón
que tan dignamente tenga
brios de ser vuestro dueño,
cuando estos no lo merezcan.

REINA. ¿Es posible que no hay otros?

CONDE. Aseguro á vuestra alteza
que no alcanzo otro ninguno
que proponerle.

REINA. *(Ap.)* (¡Qué necia
desconfïanza!) Yo sé
que hay en el reino quien pueda
tener tan alta esperanza;
mas esto es bien que se advierta
con mucho espacio. Miraldo,
Conde, con más viva ciencia
y escribidme una memoria
de los títulos que quedan

(*Levántase la* Reina.)

por advertirme hasta ahora,
y mirad que venga en ella
también el conde de Urgel,
porque humildades tan necias
más parecen cobardía,
que desconfïanza cuerda.

(*Vase la* Reina.)

ESCENA IV

El CONDE.

Fuese, y confuso he quedado.
Hoy desvanece [1] la Reina
mis altivos pensamientos;
desde hoy suben á su esfera.
Mis necias desconfianzas
con justa causa condena,
pues águilas de su sangre
á su sol los ojos cierran.
Animo, temor cobarde;
las más heroicas empresas
la fortuna las acaba
cuando el valor las comienza.
Ya en mis sienes la corona
que ponen sus manos bellas,
con rayos de un sol se dora,
guarnece un alba con perlas.
¡Qué envidia dará mi dicha!

ESCENA V

El CONDE *y* RICARDO.

RICARDO. ¿Su alteza no estaba aquí
ahora?

CONDE. Pienso que sí.
¿Qué es lo que queréis?

RICARDO. ¿Por dicha
alcanza vuestra privanza
á querer de mi secreto
saber el fin? ¡Bravo efeto
de favor: gran confïanza!
A la Reina quiero hablar,
y no os vengo hablar á vos,
si no es que ya sois los dos
tan uno en este lugar,
donde asistís de ordinario,
aunque su opinión se ofenda,
que para que ella me entienda,
que me oigáis es necesario.
No imagino que responde
sin vos, ni puede vivir,
pues no acertáis á salir
de su antecámara, Conde.
La Reina es reina y mujer,
y vos, en fin, su privado;
privad con menos cuidado,
y no tendréis que comer.
Mirad bien como medís
los pasos por donde vais,
que hasta el cielo levantáis
y al sol los rayos pedís.
Porque os tengo voluntad,
de hallaros aquí me pesa.

CONDE. Si la voluntad es esa,
Ricardo, es poca amistad;
porque cuando yo tuviera
tal pensamiento conmigo,
si vos fuérades mi amigo,
no envidia, contento os diera.
Consejo á quien no le pide,
nunca es darle discreción,

---

[1] Así en el original, pero quizá escribiría Téllez *envanece*.

y más si con la razón
poco se gobierna y mide.
Y cuando mi pensamiento
fuera de empresa tan loca,
¿por qué parte á vos os toca
el llamarle atrevimiento?
¿Violante no ha de escoger
el marido que quisiere?
Pues cuando á mí me escogiere,
¿quién como yo puede ser?
Cuanto más que esta es respuesta
de vuestra mala intención,
que mis méritos no son
dignos de empresa como esta:
mas cuando los tenga alguno,
si no le igualo, le excedo.

RICARDO. Paso, Conde, hablad más quedo,
que no os excede ninguno.
Vos sois el mejor de todos;
justamente pretendéis,
vos la empresa merecéis,
vos la igualáis de mil modos,
y todo con gran razón.

CONDE. La Reina vuelve, no puedo
responderos.

RICARDO. Yo me quedo
aquí con cierta ocasión.
Dejadme hablar con su alteza
á solas.

CONDE. ¿Qué pretendéis?

RICARDO. Después, Conde, lo sabréis,
que hoy mi pretensión empieza.
Y pues fuera desvarío
juzgar vuestro pensamiento,
también será atrevimiento
querer vos saber el mío.

CONDE. Quedáos, Ricardo, en buen hora.

RICARDO. El cielo esa vida aumente.

CONDE. *(Ap.)* Este encubre lo que siente,
y su necia envidia dora.

(Vase el Conde.)

ESCENA VI

La REINA *y* RICARDO.

REINA. ¿Con quién hablábais aquí,
tan alto, Ricardo?

RICARDO. Hablaba
con el Conde, que me daba
mucha ocasión.

REINA. ¿Cómo así?

RICARDO. Está tan desvanecido
con tus favores, señora,
que aquí me ha tratado ahora
tan soberbio y atrevido,
que á no salir vuestra alteza
castigara su arrogancia.
La sangre real de Francia
me dió esta ilustre nobleza,
y también me da el respeto
con que á mí se me ha de hablar;
pero quiero disculpar
á un hombre tan indiscreto
que atribuye á su privanza
el merecer tus amores,
y aun se alaba de favores
que con más secreto alcanza.
Ahora me ha dicho aquí
que ha de ser rey de Aragón
mañana; dióme ocasión
á enojarme, y respondí.

REINA. Basta. ¡Qué graves enojos! *(Ap.)*
¡Ah, necio Conde! ¡ah, villano!
¡Apenas os doy la mano,
cuando me quebráis los ojos!
Castigo de mi osadía
ha sido tan fuerte ofensa.

RICARDO. *(Ap.)* Turbada, hermosa y suspensa
rayos á mi pecho envía.
Adoro á la Reina, aspiro
á esta corona, si es ley
que un primo del muerto Rey,
con los valores que miro
en mí á todos se adelante.
En tan justa pretensión,
no los reinos de Aragón
pretendo, adoro á Violante.
Reina nació, y es mujer,
no peña. Esperanza mía,
ánimo, que quien porfía
con arte vence al poder.

REINA. *(Ap.)* Resuélvome, aunque me cueste
la mitad del alma; pero
quiero averiguar primero
la verdad, si acaso es este
envidioso ó su enemigo.
Ricardo.

RICARDO. Señora.

REINA. ¿Tú
creíste al Conde?

RICARDO. ¡Jesú!,
reñíle, el cielo es testigo;
y á no estar en tu aposento,
que me suspendió la ira
de su enojosa mentira,
pagara el atrevimiento.

REINA. ¡Que se atreviese á mi honor!

RICARDO. Tan necio y tan satisfecho,
que dijo que aun hoy le ha hecho
vuestra alteza un gran favor.

(Reina, aparte.)

REINA. ¡Válgame el cielo! ¿A qué aguardo?

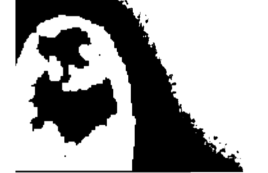
RICARDO. *(Ap.)* Bien culpo al Conde, en efeto.

REINA. *(Ap.)* El secreto amor me enseña [1]:
ya veis que importa, Ricardo.
Tú eres mi deudo, y sabrás
guardarle, si ya no ha sido
que el falso Conde atrevido
le haya dilatado más.
¡Con mentirosa alabanza *(Ap.)*
que se atreva á mi opinión!
Yo tengo satisfacción *(A Ricardo.)*
del mucho valor que alcanza
tu persona, y quiero ahora
valerme de tí. (¡Qué pena!) *(Ap.)*

RICARDO. Tu esclavo soy; manda, ordena,
verás el amor, señora,
y la lealtad de Ricardo.

REINA. Llámame al conde de Urgel,
y volverás tú con él.

1 Este verso debió de escribirse: «(Amor me enseña.) El secreto».



RICARDO. Voy á buscarle.
REINA. Aquí aguardo.
(Vase Ricardo.)

ESCENA VII

La REINA; *luego* NUÑO, *secretario, con una cartera, tinta y plumas, y una carta.*

REINA. Necia y vana confianza.
¿Qué diré con mudos labios
de tan injustos agravios?
¿Cómo tomaré venganza?
¡Venganza, cielos, de un hombre,
por indigno de mi amor;
olvido, furia y rigor,
que aborrezco hasta su nombre!
Si culpa mi atrevimiento
quien fué del suyo testigo,
también dará su castigo
ocasión al escarmiento.

NUÑO. *(Entrando.)*

Aquí escribe, señora, vuestra alteza
ésta al rey de Navarra, en que le pide
que suspenda las armas con que intenta
satisfacerse por estar quejoso
de no haberle admitido por esposo.

REINA.

Mostrad, la firmaré.

ESCENA VIII

DICHOS, *el* CONDE *y* RICARDO.

RICARDO.

Ya está aquí el Conde.

CONDE.

¿Qué manda vuestra alteza?

REINA.

En gran cuidado
me pone el de Navarra; injusta guerra
mueve en mi ofensa. Hoy supe que se apresta
para meter en Aragón su gente,
que es fuerte cosa. En la ocasión presente
importa, Conde, que os partáis al punto
á toda priesa á veros con Teobaldo,
que vuestra autoridad y carta mía
disuadirán al Rey del nuevo intento.
Decilde que dilate el casamiento,
y que tomando en él mejor acuerdo
podrá ser que asentemos nuestras paces.
No deis crédito vos á esta mudanza,
ni aseguréis del todo su esperanza;
sólo le entretened, que es lo que importa.
Mi carta es ésta, y vuestra diligencia
feliz suceso me promete en todo.
Partid, Conde, y partid á la ligera;
tan solamente Nuño os acompañe,
que lo que más conviene es el secreto:
no os quiero decir más, pues sois discreto.

NUÑO.

Yo iré como mandáis.

CONDE.

Y yo á serviros
con esta misma fe, por cuanto dora
el sol, desde el ocaso hasta el aurora.

REINA.

Vos, Ricardo, volved á verme luego,
que tengo en que ocupar vuestra persona
de mi real servicio.

RICARDO.

Si serviros
es digno premio que mi amor alcanza,
desde hoy llamo dichosa mi esperanza.

(Vanse Ricardo *y la* Reina *por una puerta, y el* Conde *y* Nuño *por otra.)*

ESCENA IX

SANCHO *y* TIRRENA, *labradores.*

TIRRENA. Mal hayan los cazadores,
y vayan siempre en mal hora
á espantarnos el ganado.
SANCHO. ¡Que hasta en una pobre choza
no viva el cuidado ocioso!
Verá qué confusa tropa
de cortesanos deciende
al valle: la fuente agotan.
Acá parece que guían.
TIRRENA. No, que hacia el monte se emboscan.
SANCHO. Acercáos á mí, Tirrena.
TIRRENA. ¡Qué vida tan enfadosa!
¿Siempre he de andar junto á ti?
SANCHO. Sois mujer, y con todas
habían de ser los maridos,
ella el cuerpo, y él la sombra.
Si no lo sabéis, Tirrena,
sabed, que la mujer propia
siempre ha de andar en el pecho
como la ajena en la bolsa.
TIRRENA. Tu necia desconfianza,
Sancho, me tiene quejosa;
tu cuidado me da pena
y tus recelos me enojan.
En estos campos desiertos
habito una pobre choza,
cubierta de humildes pajas,
entre cuatro peñas solas.
La música de las aves,
que me despierta al aurora,
á quien ayudan las fuentes
y el aire entre aquellas hojas
de aquellos copados olmos,
ni me llama ni enamora,
porque no entiendo la letra,
por más que las voces oiga.
Estos árboles que viste
el cielo de verdes ropas,
son galanes solamente
de la Primavera hermosa,
y á mí jamás me dijeron
amores, con verme sola.
Mil veces dormí la siesta
sobre esa pintada alfombra.
Por estos montes paseo,
no en las calles espaciosas

de la corte, que á los ojos
tantas veces ocasionan.
Si estás triste, no me alegro;
lo que te enoja, me enoja;
contigo gozo tus bienes,
conmigo tus males lloras.
Sancho, Sancho, necios celos
poco excusan la deshonra
del marido desdichado
que escogió liviana esposa.
De la mano de Dios viene
la buena, y á poca costa
de cuidados asegura
á su dueño por sí sola.
Esto advierte, Sancho mío,
y ven á segar agora,
que se va pasando el día;
que al paso que tú las cortas
cogeré yo las espigas,
para que en mis brazos cojas
el fruto de tus amores
libre de penas celosas.

SANCHO. Ponlos, Tirrena, en mi cuello,
que tus palabras de alcorza
me han azucarado el alma.
Vamos, y esta mano toma
de que no me verás más
pedir celos desde agora.

TIRRENA. ¡Qué necedad es pedirlos!

SANCHO. Y darlos, ¡qué mala cosa! *(Vanse.)*

ESCENA X

El CONDE DE URGEL *y* NUÑO, *de camino.*

CONDE. Aquí podemos parar.

NUÑO. Señor conde Don García,
ya vuestra melancolía
me da licencia y lugar
de preguntaros la causa,
si es posible que se diga,
que á tal pesar os obliga.

CONDE. No sé, por Dios, quién la causa.
Vengo con algún cuidado
de ver que al partir cayó
mi caballo, y se trató
tan mal, que al fin le he dejado.
Hemos perdido el camino
tres veces, y en la caída
me pudo quitar la vida
mi propia espada. Imagino
que al salir de Zaragoza
vimos los dos escuderos
heridos; necios agüeros
son, mas tengo de Mendoza
alguna sangre en mi casa,
y no los puedo excusar.

NUÑO. Si dais en imaginar,
y á tan grande extremo pasa,
Conde, esa melancolía,
vuestra salud temo.

CONDE. Ardiente
está el sol; aquesta fuente
más templado el aire envía,
á quien hace sombra aquel
olmo, y me fatiga el sueño.

NUÑO. Dormid, que es pesado dueño,
y yo os seré guarda fiel.

SANCHO. *(Dentro.)* Canta, Tirrena, que quiero
que alivies nuevas fatigas.

UNO. Vaya al son de las espigas
muesama, que es un silguero.

(Canta dentro una mujer.)

Alabastis os, caballero,
gentil hombre aragonés,
no os alabaréis otra vez.
Alabastis os en Castilla
que teniais linda amiga,
gentil hombre aragonés,
no os alabaréis otra vez.

(Gritan todos como ruido de segadores.)

NUÑO. No canta mal la villana.
Falsa, Conde, os puedo ser
al sueño.

CONDE. ¿Qué he de temer?
(Déjame, sospecha vana.
¿Qué quieres, necia tristeza?
¿Quién me enoja y me divierte?)
Allí me reclino. Advierte
que en pasando esta aspereza
del calor, si me durmiere,
me llaméis, y caminemos.

NUÑO. Descansa. (¡Fuertes extremos!
¡Oh, privanza, quién te quiere!)

(Retirase el Conde *á dormir donde se ha dicho.)*

ESCENA XI

RICARDO, *de camino, con una cédula y un pliego de cartas en la mano.* NUÑO *y el* CONDE, *dormido.*

RICARDO.

Corriendo, Nuño, dejo atrás el viento
por alcanzarte. ¿Dónde queda el Conde?

NUÑO.

Allí descansa.

RICARDO.

(Lograré mi intento.)
Esta cédula real mira, y responde
á la Reina, por cuyo mandamiento
mi lealtad á mi sangre corresponde:
secretos suyos son, no hay resistencia.

NUÑO.

La respuesta, Ricardo, es la obediencia. *(Lee.)*

«Ricardo, á mi servicio conviene que ayudado de Nuño, mi secretario, que le acompañeis la muerte á D. García, conde de Urgel. Buscad el lugar más á propósito, por lo que importa este secreto. En vuestra diligencia conoceré el celo que tenéis de mi servicio; y habiéndolo muerto pasaréis los dos á Pamplona, donde abriréis el pliego que os he dado, y tratad con el rey de Navarra lo que ordeno en él. *La Reina.*»

¡Fuerte resolución!

RICARDO.

Este es el pliego.

NUÑO.

Su letra es esta, y el que allí descansa
el triste Conde, descuidado y ciego,

gozando desa fuente clara y mansa
con que templa del sol el mayor fuego.
El sueño rinde lo que más le cansa,
que fué su pensamiento.

RICARDO.

Pues despierte
en las últimas quejas de la muerte.
Desnuda, Nuño, como yo el acero;
si eres leal vasallo, y obedeces
una firma real.

NUÑO.

De pena muero.

RICARDO.

¿Dónde está tu valor? ¿Tú te enterneces?
Si no te atreves, yo seré el primero
que pase el traidor pecho muchas veces:
á mi Reina obedezco.

NUÑO.

Esa obediencia
será testigo fiel de mi inocencia.

(Vanse las espadas desnudas y suena dentro ruido de cuchilladas.)

CONDE. *(Dentro.)*

Rendido al sueño ¿qué mayores señas
de que, traidores, afrentáis aceros
en mis heridas, que juzgó pequeñas
rigor infame de ánimos tan fieros?
Repite el eco entre elevadas peñas
que sois cobarde, viles caballeros,
y en la traición de que os valéis, advierto
que llegáis á matar un hombre muerto.

(Salen ahora y el Conde *herido.)*

CONDE.

¿Tú, Ricardo, tú tienes sangre mía?
¿Tú eres mi deudo?

RICARDO.

En mi rigor advierte
que la justicia de la Reina envía
á tu delito inexcusable muerte.

CONDE.

De tu envidia nació la alevosía
que en mi desdicha ocasionó la muerte.
Yo muero: ¡ay, cielos! *(Cae.)*

RICARDO.

Vamos, que esto es hecho.
este anillo publique su mal pecho.

(Pone Ricardo *una sortija en un dedo al* Conde, *y déjanle en el suelo, y sale* doña Blanca, *infanta de Navarra, muy gallarda, de caza.)*

ESCENA XII

DOÑA BLANCA DE NAVARRA *y el* CONDE.

D.ª BLAN. Queriendo vengar la muerte
del cazador que en las selvas
de Chipre lloró piadosa
y enamorada su Reina,
me dejó sola mi gente:
tan veloz huye la fiera,
que si no corre con alas,
con miedos cobardes vuela.
¿Por dónde iré, que este monte
no tiene camino ó senda
que malezas no le corten,
que no le borren las yerbas?
Pero ¿qué tirios matices
labran el campo? ¿quién hiela
el alma en mi pecho?

CONDE. ¡Ay, cielos!

D.ª BLAN. ¡Válgame Dios! ¿Quién se queja?
¿Qué voz es esta que mueve
los montes, si en su aspereza
enternecidas, parece
que lloran sangre las piedras?
¿A mí, qué puede importarme?
¿Qué necia piedad es esta
que alentar no deja el alma
y mover me deja apenas?
Aquí está un mancebo herido.
¿Si es cazador, que la fiera
hirió? Las galas y el talle
de todos le diferencian.
Quiero llegar... No es acción
de mi calidad... ¿La Reina
del Catay no curó un moro
de más desiguales prendas?
¿Deidad, que nació en el mar
de otra superior esfera,
no bañó á Adonis en llanto
sobre la tierra sangrienta?
¿Qué aguardo? ¿no es la piedad
acto generoso? Venza
la razón, no el falso engaño,
que la vanidad sustenta.—
«Caballero». ¡Ay, Dios, si es muerto!
Faltóle al mundo su idea
en tan floreciente edad,
Abril de la gentileza.
«¡Ah, caballero! ¡ah, señor!»—
Aun tiene vida y aliento.
«Abrid los ojos, de quien
rayos del sol son centellas.»—
No puede hablar; ¡triste suerte,
que paga en flores la tierra
espíritus que traslada
de las del cielo á sus venas!
¿Quién me mueve? ¿si es piedad?
¿qué extraña pasión me esfuerza
con movimientos de nieve,
que abrasan cuando se hielan?
Para piedad, mucho es esto.
¿Quién me inclina? ¿quién me lleva
tras este engaño, á quién sigo
entre desdichas tan ciertas?
¿A un no vivo, que da muerte,
y á un sol, que eclipsado ciega?
¿Qué discreteos me entretienen
para que no le prevenga
remedio? Mas la ocasión
llegó á faltarme en las fuerzas.
Inculto, erizado monte,
heladas y duras peñas,
á quien si labra esta sangre,
bañan mis lágrimas tiernas:
sordos troncos, que os tapáis
con arrugadas cortezas

al encanto de mis voces
y á la piedad de sus quejas:
fieras, que desta crueldad
si no piadosas, suspensas,
las entrañas destos montes
en sus grutas os encierran;
llegad, que seréis humanos
viendo el rigor, la inclemencia
de los hombres, de los cielos,
de elementos y de estrellas.
Fiero es el mal, que al remedio
entre esperanzas inciertas,
ojos ingratos le sobren
cuando le faltan orejas.
Si no es ilusión que forma
la necesidad, cometa
veloz, penetra un villano
el monte, el valle y la sierra:
parece que oyó mis voces,
y que adonde estoy se acerca.
¿Qué anillo es aqueste, lleno
de sospechas y de letras? *(Lee.)*
«Quien habló, pagó.» ¿Qué es esto?
Venganza, venganza es esta:
«quien habló, pagó»; ya crecen
con la piedad las sospechas.
Fiera venganza ¡ay, de mí
¿Qué pudo hablar, que merezca
tal rigor? Aunque este calle,
bien pudo tener soberbia
y émulos su bizarría.

ESCENA XIII

DICHOS *y* SANCHO, *labrador.*

SANCHO. Atada dejo la yegua,
y es tan fogosa, que temo
que rompa el tronco y las riendas.
¿Señora, llamáisme á mí?
D.ª BLAN. ¿Conócesme?
SANCHO. Vuestra alteza
me dé sus pies.
D.ª BLAN. Díme, amigo,
¿es cerca de aquí tu aldea?
SANCHO. No la conozco; una choza
tengo al trasponer la cuesta,
pobre, pero sin vecinos,
que no es pequeña riqueza.
D.ª BLAN. Lleva en tu yegua este herido,
y lo mejor que tú puedas,
que la falta de la sangre
fuera de acuerdo le lleva.
SANCHO. Para restañarla, yo
conozco piadosas yerbas,
y sé curar por ensalmo.
D.ª BLAN. Toma, amigo, esta cadena:
pues tan cerca está la villa,
trae médicos, que la ciencia
es la verdadera cura.
SANCHO. Eso es querer que se muera.
D.ª BLAN. ¿Cómo te llamas?
SANCHO. ¿Yo? Sancho.
D.ª BLAN. ¿Conócesle?
SANCHO. En la presencia
un príncipe me parece,
y no le conozco.
D.ª BLAN. Abrevia,
que temo en la dilación
su muerte.
SANCHO. Yo voy.
D.ª BLAN. Espera;
¿Sabes leer?
SANCHO. Y escribir,
y aun letras de otras escuelas.
D.ª BLAN. Sancho, guarda esa sortija
presto, que mi gente llega.
SANCHO. Las letras quiero leer,
aunque los labios me sellan:
«quien habló, pagó»; eso no,
yo soy mudo.
D.ª BLAN. Tu cabeza
guardará tu lengua.
SANCHO. Vamos,
que yo guardaré mi lengua.
(Vase la Infanta *por un lado, y por el otro* Sancho *con el* Conde.*)*

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA

DOÑA BLANCA, *ya con verdugado, y* ESTELA, *su dama.*

(Doña Blanca *sentada en una silla.*)

D.ª BLAN. Ciega piedad, ¿á quien soy
se ha de atrever mi deseo?
ESTELA. Triste, señora, te veo.
D.ª BLAN. Triste, Estela amiga, estoy.
En nada alcanzo sosiego,
todo me aflige y congoja,
lo que me alivia, me enoja,
ya soy de hielo, y ya fuego.
ESTELA. ¡Extraña melancolía!
Pues procuré vuestra alteza
divertir esa tristeza.
D.ª BLAN. Adoro su compañía;
vivo con mi pensamiento,
y muero sin él, Estela:
lo que me mata y desvela
es el consuelo que siento.
Déjame sola; mas, no,
no te vayas.
ESTELA. ¡Fuerte extremo!
Tu vida, señora, temo.
D.ª BLAN. Quien más la acaba soy yo.
Entra por un libro, á ver
si me puedo divertir,
Estela
ESTELA. Voite á servir. *(Vase.)*
D.ª BLAN. Alma ¿que habemos de hacer
con tan extraña pasión,
con tan ciego desvarío?
¿Quien amó un cadáver frío?,
¿si fué amor ó compasión?
Déjame ya, pensamiento,
que mi voz enternecida
pudo detener su vida,
que ví en el postrer aliento.
(Saque Estela *un libro.)*
ESTELA. Busqué, señora, un poeta
para entretenerte más.
D.ª BLAN. No sé, Estela, si podrás,
aunque fué elección discreta.

¿Cuál es?

ESTELA. Pienso que el mejor
de Italia.

D.ª BLAN. ¿Ariosto?

ESTELA. Sí.

D.ª BLAN. Vuélvele, Estela, ¡ay, de mí!
que aumentarán mi dolor
las heridas de Medoro
y la piedad de la bella:
tal es mi pena.

ESTELA. Si en ella
no te sirvo, es que la ignoro.

D.ª BLAN. Lleva ese libro, y di á Fabio
que cante un rato. Allá fuera
en la antecámara espera...
no... vaya, todo es agravio,
todo me cansa ¡ay, de mí!

ESTELA. A Fabio voy á avisar. *(Vase* Estela.*)*

D.ª BLAN. Di que cante sin templar,
ó que me saldré de aquí.
Cesad, cuidado, que os veo
sin esperanzas; cesad,
acábese la piedad
donde se acaba el deseo.

(Sale Estela *y tocan dentro una guitarra.)*

ESTELA. Las voces del instrumento
y las de su dueño escucha,
que ya te sirven.

D.ª BLAN. Es mucha
mi pena; morir me siento.

(Cantan dentro.)

«En un pastoral albergue,
que la guerra entre unos robles
le dejó por escondido
ó le perdonó por pobre,
mal herido y bien curado
se alberga un dichoso joven
que sin tirarle amor flechas
le coronó de favores.
Las venas con poca sangre,
los ojos con mucha noche,
le halló en el campo aquella
vida y muerte de los hombres.
Amor le ofrece sus vendas,
mas ella sus velos rompe
para atarle las heridas:
los rayos del sol perdonen.
Los últimos nudos daba,
cuando el cielo le socorre
de un villano de una yegua
que iba penetrando el monte.»

(Ha estado llorando la Infanta *y escuchando á veces.)*

D.ª BLAN. *(A* Estela.*)* No canten más.

ESTELA. Ya en tu llanto
cuan poco te alegras veo.

D.ª BLAN. Suspiros doy al deseo,
lágrimas ofusco al canto.

ESCENA II

[illegible] Teobaldo, *rey de Navarra, muy galán,*
[illegible] haya estado escuchando. Luego un Criado.

E[illegible]LA. El Rey te ha escuchado.

R[illegible]. Hermana,
¿quién causa vuestra tristeza?

D[illegible]LAN. Tenerla con vuestra alteza
fuera pasión necia y vana.
A vuestro servicio estoy
alegre de que tengáis
salud buena ¿cómo estáis?

REY. Con mil disgustos. Yo voy
al campo, á ver si divierto
este pesar: ¿gustaréis
de acompañarme?

D.ª BLAN. ¿No veis
mi pecho, señor, abierto
siempre á vuestra voluntad?

REY. Ya tomé resolución
en lo que pide Aragón.
Venció mi noble verdad,
el poco advertido engaño
con que Violante quería
ser Reina, en ofensa mía,
de Navarra, ¡caso extraño!
No permitió el justo cielo
tan grande ofensa en mi honor,
pues su mismo embajador
me avisó de su mal celo.
Amaba al conde de Urgel
de suerte, que se alababa
que sus favores gozaba
poco amante y poco fiel.
Mandóle matar, y luego
con indigno atrevimiento
intentó mi casamiento.
Vano error, intento ciego:
corrido estoy ¡vive Dios!
en el grado que ofendido.

D.ª BLAN. Con justa ocasión ha sido.

REY. Quiero suspender con vos,
Infanta, tanto pesar.

D.ª BLAN. *(Ap.)* Si no le excediera el mío,
que aunque olvidarle porfío
nunca le acierto á olvidar.

CRIADO. Ya está todo prevenido.

REY. Vamos, hermana.

D.ª BLAN. ¡Ay, de mí!
¿Si hallaré donde perdí
la libertad y el sentido...?

(Vanse todos.)

ESCENA III

El Conde de Urgel, *con gabán de labrador y apoyándose en la espada.*

¡Oh, bienaventurado
silencio santo, de sayal vestido!
¡Oh, venturoso estado,
de pocos en la vida conocido,
donde el menos dichoso
no tiene que temer ni estar quejoso!
De la verdad sagrada
luce el cristal por varios horizontes,
y sobre una cayada
está la vida, por incultos montes,
más segura entre fieras
que entre esperanzas siempre lisonjeras.
La envidia, ni por señas
llegó á la choza, al monte, al valle, al risco,
ni estas soberbias peñas
que tantas veces coronó el lentisco,
pretendieron alguna

más bellas flores, ni mejor fortuna.
Mísero cortesano,
contento nunca, eterna tiranía
de quien te busca en vano,
donde el padre del hijo no se fía,
que al mandar solamente,
ni leyes cuadra, ni igualar consiente.
Para mi injusta muerte
no sé la causa en que ofendió mi vida;
mas ¿qué ocasión más fuerte
que en un deudo la envidia mal nacida?
¿Qué rigor más villano
que un falso amigo y un aleve hermano?

ESCENA IV

El CONDE, TIRRENA *y* SANCHO, *oculto al principio.*

TIRRENA. Después, gallardo Ramiro,
¿qué debéis? [1]
CONDE. *(Aparte.)* (Esta villana
me mira de buena gana.)
De tu condición me admiro.
A la piedad que has mostrado,
y á la que en tu esposo hallé,
eternamente estaré
si agradecido, obligado.
No tienes que ponderar
deuda tan reconocida,
¿qué es la vida?: con la vida
aún no la podré pagar.
TIRRENA. Mayor la causa juzgaba.
CONDE. Ya supe que tu marido,
Sancho, me halló tan herido
que casi sin vida estaba,
y con más piadoso afecto
que el troyano, me llevó
en sus hombros.
TIRRENA. Bien sé yo
que debéis más.
CONDE. En efecto,
al darme vida aquel día
medios puso más que humanos.
TIRRENA. Sancho sí ponía las manos,
pero yo el alma ponía.
(Aceche Sancho, *y desde el paño diga:)*
SANCHO. Bueno, bueno, ¿qué, esto pasa?
No recelaba yo en vano.
Vive Dios, señor fulano,
que habéis de volar de casa.
TIRRENA. *(Aparte.)* (De verle cerca de mí
tengo un no cumplido antojo.)
¡Ay, que me cayó en el ojo!
CONDE. ¿Qué es eso?
TIRRENA. Llégate aquí,
Ramiro, que ya no espera
mi vista la luz del día.
CONDE. Alguna paja sería.
TIRRENA. Sopla y echarásla fuera.
SANCHO. Así, noramala, así,
soplarme la dama luego
al primer descuido: ¡fuego,
en vos, en ella y en mí!
En vos, porque hoy habéis sido
ingrato huésped aquí;
por fácil en ella, en mí
por desdichado marido;
que Ramiro os llamáis vos,
y me queréis enramar
las sienes: ¿ha de quedar
en casa? no, juro á Dios. *(Sale.)*
TIRRENA. ¡Ay, Sancho, ya puedo ver!
SANCHO. Yo tengo en vos buena alhaja.
TIRRENA. Tuve en el ojo una paja.
SANCHO. Una viga había de ser.
Vos, señor Ramiro, ya
estáis valiente mancebo.
CONDE. Sancho, la vida te debo.
SANCHO. Vos, Tirrena, entrad allá,
y esto podéis excusar,
porque al huésped la mujer
nunca le ha de entretener,
aunque le ha de regalar.
TIRRENA. Tras de negarme un ingrato
deudas de un alma quejosa,
es esto bueno. *(Vase.)*

ESCENA V

El CONDE *y* SANCHO.

SANCHO *(Aparte.)* No hay cosa
que no facilite el trato.
De cualquier modo, imagino
la seguridad que es necia:
no se matara Lucrecia
si conversara á Tarquino,
ni Troya ardiera en su fuego,
ni resuelta en su humo y brasa
pereciera, si en su casa
se recelara el Rey griego.
CONDE. Pues Sancho, ¿qué suspensión
os divierte?
SANCHO. Aquesto es hecho,
Ramiro, en vuestro provecho.
CONDE. Conozco mi obligación;
la vida os debo.
SANCHO. No es á mí,
Ramiro, sino á la infanta
de Navarra. ¿Qué os espanta?
CONDE. ¿A la Infanta, Sancho?
SANCHO. Sí.
¿Qué os encoge?
CONDE. Hablad con tiento,
por Dios.
SANCHO. El pecho ensanchad,
que en Blanca esta voluntad
tiene mayor fundamento.
Mi vida, ciegos desvelos *(Aparte.)*
aventuráis: no es tan malo
morir colgado de un palo
como arrastrado de celos.
Por fuerza lo ha de saber
la Infanta; yo me aventuro;
si el bien, Ramiro, os procuro,
en esto lo podéis ver.
CONDE. ¿En fin, que el hallarme herido
pudo mover su valor?
¡Gran piedad!
SANCHO. Más grande amor:
no soy yo tan atrevido.
CONDE. En lo que dices repara.

1 Parece faltar algo en este lugar.

SANCHO. ¡Qué encogidos son los sabios!
Ramiro, yo vi en sus labios
sangre de tu misma cara.
Los pensamientos levanta
á tu fortuna dichosa;
mas mira que es peligrosa,
y quiere á un mudo la Infanta.
Que hoy ha salido presumo
á caza: ya el rumor siento.
CONDE. Voy á verla como el viento.
SANCHO. Y sea la vuelta del humo.
(*Vase el* Conde.)

ESCENA VI

DOÑA BLANCA, SANCHO *y* TIRRENA.

D.ª BLAN. ¿En fin vivió?
TIRRENA. Quiso el cielo
guardarle.
D.ª BLAN. Supe su historia,
que hoy obliga mi memoria
á lástima y desconsuelo,
al paso que mi deseo
por volverle á ver se abrasa.
¿Curóse al fin en tu casa?
Por mil caminos rodeo (*Ap.*)
el llegarle á preguntar
adonde está, y no he sabido
quién es.
TIRRENA. Cuidado he tenido,
mas él ha dado en callar
con tal cordura y tal modo,
que tanto silencio admiro.
Sé que se llama Ramiro,
que esto nos responde á todo,
pero en su talle, á la fe
que parece un gran señor.
D.ª BLAN. (*Ap.*) Detente, atrevido amor,
pues á donde vas no sé.
TIRRENA. (*Ap.*) Como por claro cristal
el corazón manifiesta.
SANCHO. (*Ap.*) ¡El callar qué poco cuesta!
Ya lo dije: yo hice mal;
quiero ver libre mi honor,
suceda lo que suceda.
D.ª BLAN. ¿Y Ramiro, adónde queda?
SANCHO. Él tiene gentil humor.
A pie, sin querer la yegua
siguiendo fué los ventores
del Rey, que los cazadores
se sienten á media legua.

ESCENA VII

DICHOS, *el* REY *galán de caza, el* CONDE DE URGEL *y* CRIADOS; *después un* CABALLERO.

REY. Infanta.
D.ª BLAN. Rey y señor.
REY. Cuando en el bosque os dejé,
este labrador hallé,
cuyo notable valor
es indigno deste nombre.
Grande inclinación me debe;
notable estrella me mueve
en su favor; no os asombre
que os diga que ha satisfecho
mi pecho de tal manera
en sola la acción primera
que hoy en mi servicio ha hecho,
que ya es dueño de mi amor.
CONDE. Eso deberé á mi estrella,
pues ya llego á vos por ella
con tan indigno valor.
D.ª BLAN. (*Ap.*) Tiene agrado y gentileza:
mal hice en volverle á ver.
CONDE. (*Ap.*) No, humana no puede ser
tan peregrina belleza,
que con secreta deidad
mueve á adorarla. Si gano
lo que me dijo el villano,
dichoso yo, si es verdad.
D.ª BLAN. (*Ap.*) Si cuando sin alma estaba
revuelto en su sangre fría,
divino me parecía,
por inmortal le juzgaba;
viéndole con tal valor
y tan gallardo ¿qué espero?
REY. Desde hoy será mi montero.
D.ª BLAN. Dicen que es gran cazador.
(*Un Caballero con un pliego de cartas.*)
CABALL. Supe al pasar, cómo estaba
en el bosque vuestra alteza,
y puesto que el premio empieza
adonde el servicio acaba,
no quise pasar de aquí
sin veros.
(*Dale el pliego al* Rey *y apártase á leer á un lado.*)
REY. Seáis bien venido.
CABALL. Yo, señor, os he servido
como debo á vos y á mí.
CONDE. Sancho, en la amistad sencillo,
¿hasme engañado?
SANCHO. Eso no,
que os amo.
CONDE. Dichoso yo.
SANCHO. Guardad, Ramiro, este anillo,
que nos importa á los dos.
(*El* Conde *lee la divisa del anillo.*)
CONDE. «Quien habló, pagó.»
SANCHO. Hasta aquí
me tocó guardarle á mí,
y desde hoy os toca á vos.
Besad, Ramiro, la mano
á la Infanta, mi señora;
hablad.
CONDE. (*Ap.*) El alma la adora.
Mal sabrá un tosco villano.
(*Llégase á la Infanta.*)
No el claro Olimpo, horizonte
del sol, si cielo en belleza,
compite con la grandeza
deste jardín, que fué monte.
Después que entre glorias tantas,
donde otras memorias pierde,
goza de Abril siempre verde,
agradecido á estas plantas.
Aquí de la aurora hermosa
el sol madruga en favores,
y aquí, entre vencidas flores,
colora al nacer la rosa.
Aquí el cristal deste risco
que helaron desdichas mías
y coronó en sierpes frías

el argentado obelisco,
la plata, que entre esmeraldas
más bella hace las sombras,
bordadas te ofrece alfombras
que no se atreve á guirnaldas.
Aquí las fieras rendidas
postradas vienen...

D.ª BLAN. Y aquí
no han de decirse á mí
lisonjas tan atrevidas.
No os cieguen vanos intentos
de quien ofenden las señas,
si no queréis que estas peñas
despeñen atrevimientos.

CONDE. (*A Sancho.*) Sancho ¿qué es esto?

SANCHO. Porfía
que disimula, y con ello
acuérdate dese sello,
que es tu cabeza y la mía.

CONDE. Cobarde quedo.

SANCHO. En amor
se pierde todo cobarde.

(*El* Rey *al portador de los pliegos.*)

REY. Descansá, y vedme esta tarde.

CABALL. Beso vuestros pies, señor. (*Vase.*)

REY. (*Al* Conde.) Quien eres quiero saber,
y á mi servicio disponte.

CONDE. La vida me dió este monte,
su hijo debo de ser.
Aquí, señor, me he criado
en este humilde ejercicio,
y moriré en tu servicio,
menos libre, más premiado.
(Aquí me importa fingir
lo que no soy ni seré,
pues esta vida que hallé
ha sido para morir.)
Con más valor que fortuna
(que huye siempre y se olvida
del merecer) vió mi padre
la guerra; venció infinitas.
Soldado fué muchos años,
tuvo otras tantas heridas
en el pecho, porque espaldas
dicen que no las tenía.
Asaltó, rompió murallas,
ganó plazas defendidas,
tal vez con sus armas propias,
muchas venciendo enemigas.
Fué siempre soldado pobre,
y de banderas moriscas
guarneció templos cristianos,
desguarneciendo mezquitas.
A los reyes de Aragón
sirvió, donde se decía
que él sólo echaba de España
las africanas reliquias.
Fué comunmente estimado,
sin alcanzar en su vida
ni á ser cabo de una escuadra,
rigor de su estrella misma.
Viendo que vencer no pudo
el hado en tan largos días,
colgó las armas sangrientas,
que ansí parecen más limpias,
y habiendo dado á mi madre
blancas y fúnebres piras,
última casa del mundo
y más cierta que temida,
retiróse á estas montañas
al tiempo que ya á porfía
venimos los dos cargados
de años él, yo de desdichas.
Fué mi maestro; enseñóme
á huir la compañía
de los hombres, que las fieras
tuvo por menos esquivas.
Murió, quedé en verdes años,
y obligaciones precisas
me hicieron diestro en el arte
desta montaraz milicia.
Hirióme una fiera airada,
y casi de la otra vida
me volvió el alma un pastor,
que el curar consiste en dicha.
Este tengo por amigo,
que entre estas peñas vecinas,
huyendo de la ciudad
seguros bienes cultiva.
Coge verdades en flor,
guirnaldas de verde oliva,
con que le premian virtudes
que en la corte se castigan.
Permite, invicto señor,
que en estos montes te sirva,
no en la corte, de quien dicen
que tiene malas salidas.
Allá, sin favor del Rey,
os atropellan y pisan,
y si el Rey os favorece,
os han de quitar la vida.

D.ª BLAN. ¿En la dicha te acobardas?
¿Qué es lo que tienes?

CONDE. Podría
si llegase á ser dichoso,
dar de mis dichas envidia,
que es la desdicha mayor.

D.ª BLAN. Justo es, señor, que te sirvas
de hombre tan bien entendido.

REY. Tengo bastantes premisas
de que acierte mi elección
en llevarle.

D.ª BLAN. Determinas
cuerdamente, que los reyes
dan lustre, dan hidalguías,
y es poder mucho hacer grande
á quien tan chico se humilla.

REY. ¿Es aquél el labrador
filósofo?

SANCHO. Soy alquimia.
De las artes no sé más
que guardar esta costilla,
por ser hueso de mis huesos,
aunque no mi carne misma.

REY. ¿Es tu mujer?

SANCHO. Sí, señor.

REY. Vamos.

CONDE. La amistad sencilla
de Sancho siento perder.
¿Mandas que en mi compañía
lo lleve?

REY. Vaya conmigo.

(*Vanse todos, menos* Sancho *y su mujer.*)

ESCENA VIII

SANCHO y TIRRENA.

SANCHO. ¿Yo á la corte? No, en mis días.
TIRRENA. Sancho, ¿y si lo manda el Rey?
SANCHO. Ya os tiene desvanecida
la corte y sus embelecos.
TIRRENA. Allá he de ir.
SANCHO. Como á Turquía.
TIRRENA. Vamos á la corte, Sancho.
SANCHO. No, sino al infierno.
TIRRENA. Viva
mil años yo entre sus penas,
y entre estas flores, ni un día.
(*Vanse los dos.*)

ESCENA IX

La REINA DE ARAGÓN, NUÑO y RICARDO.

RICARDO. El secreto se guardó
como mandaste, de suerte
que desconoció la muerte
las manos en quien llegó,
valerosas y advertidas.
NUÑO. ¡Fuerte rigor!
REINA. ¿En efeto
murió?
RICARDO. Con igual secreto
si no hablaron las heridas.
De una montaña en la falda
víctima á tu honor le ofreces
atravesado mil veces
del traidor pecho á la espalda.
REINA. (*Aparte.*) Ya la piedad de mujer
quiere culpar mi rigor;
mas ¡ay, venganzas de honor,
qué fuerte es vuestro poder!
NUÑO. El pueblo temo en su muerte,
que era el Conde muy amado
de todos.
REINA. No os dé cuidado,
puesto que es airado y fuerte.
No se entienden con los reyes
las leyes, que su derecho
consiste siempre en el hecho
de las armas, no en las leyes.
Esta es la razón de Estado
que ensancha las monarquías.
RICARDO. (*Aparte.*) Borrad, esperanzas mías,
tan ofensivo cuidado.
Locura es desesperar,
que en la fortuna que intento
tal vez el atrevimiento
ocupe el primer lugar.
REINA. ¿Qué responde el Rey?
RICARDO. Abrí,
gran señora, vuestro pliego,
ví lo que ordenaba, y luego
á besar la mano fuí
á Teobaldo, y sabe el cielo
que antes de hablarle quisiera
que el último paso diera
mi vida. Cúbreme un hielo
de imaginar que ha de oir
vuestra alteza su respuesta,
y á mí me aflige y molesta
pensar que la he de decir.
Recibiéronme en Pamplona
deslucidos hijosdalgo,
que del color de los reyes
se visten los cortesanos.
Eché menos por las calles
aquel general aplauso
que en las bodas de los reyes
suelen hacer los vasallos.
Ví las ventanas cerradas,
desocupados los pasos
más estrechos, los oficios
en su ejercicio ocupados,
Como si un villano fuera
de los Pirineos altos,
entré sin hacer rüido,
viéronme sin hacer caso.
Matáronme aquella noche,
sin ocasión, dos criados,
que mi guarda y tu respeto
se desconoció en palacio.
Hablar quise en mi embajada,
y suspendiólo Teobaldo
algunos días, que yo
juzgué por prolijos años.
Al fin, señalóme un día,
que el cielo cubrió de pardo,
que es justo que en sus ofensas
le vista el sol de villano.
Resuelto, en fin, gran señora,
como injusto, aleve y falso,
tu casamiento desprecia.
Llamó á mi verdad engaño;
díjome, sin querer ver
del mismo cielo el retrato
en el que yo le llevaba
de ese rostro soberano:
«Ya sé, Ricardo, que es fea,
no discreta, y de más años
que decís. No han de engañarme
pintores apasionados».
Respeto, vida y cordura
aventuré, y con la mano
puesta en la espada, más fiero
que baja el temido rayo...
Nuño te podrá decir
lo que dije.
NUÑO. ¡Bravo caso!
¡que he de ayudarle á mentir!
REINA. Ya sé que tenéis, Ricardo,
valor. El Rey, ¿en efecto,
me desprecia, y en mi agravio
dice que soy vieja y fea?
No me ofrece desengaños
mi espejo, sino lisonjas,
que siendo amigo tan claro,
verdades que le pregunto
me ha negado algunos años;
no tantos como el Rey dice,
que se ha engañado, Teobaldo.
Ya busco satisfación
á esta ofensa.
RICARDO. No la hallo,
sino es casarte.
REINA. Está bien.
RICARDO. Porque tu esposo gallardo
te vengue.

REINA. Ya hice elección.
RICARDO. ¿De quién?
REINA. Del mismo Teobaldo.
El ha de ser mi marido,
si los cielos, si los astros
no lo niegan, y en su favor [1]
disponen ya lo contrario.
¿Quién me despreció por fea?
NUÑO. Este es el mayor agravio
que siente.
REINA. Siendo su esposa,
si no conoce su engaño,
tendrá á lo menos castigo
de verse necio y casado
con la misma que desprecia.
Alístense mis soldados,
salga en campaña mi gente,
hagan los parches pedazos,
del bélico son los ecos
repitan los montes altos,
y atemorizando el mundo,
á Navarra ponga espanto,
sabrán que el arnés luciente
mejor que el cabello tranzo;
que aún no la ha trocado el tiempo
en plata de sus agravios,
al oro que le enriquece
de que ofendida me hallo.
RICARDO. Oiga, advierta vuestra alteza
que será más acertado
que se case en Aragón,
pues tiene tales vasallos
que el amor de ellos excede
en valor al Rey navarro:
casada será mejor
que se vengue.
REINA. ¿Y si entretanto
me olvido de sus ofensas?
RICARDO. Cásese luego.
REINA. Ricardo,
eso quiero hacer.
RICARDO. Yo sé
de alguno que iguala á cuantos...
REINA. *(Ap.)* (Ya entiendo á este majadero,
qué necio y qué confiado,
quiere que le elija á él.)
Vuestro consejo, Ricardo,
estimo; casarme quiero,
pero ha de ser con Teobaldo.
RICARDO. Cielos, si mi vida os cansa,
¿para qué la guardáis tanto?
(Vanse los tres.)

ESCENA X

El CONDE DE URGEL; SANCHO, *de lacayo, vestido graciosamente; luego, un* CRIADO.

CONDE. ¿Cómo te va, Sancho?
SANCHO. Mal:
el cielo me dé paciencia.
CONDE. Hay, Sancho, gran diferencia
desta seda á aquel sayal.
SANCHO. Dios, Ramiro, os lo perdone,
que yo me estaba mejor
con mi sayo pecador,
por más que el justo me entone.
Decid ¿fué buena amistad
engañarme?
CONDE. ¿Qué te admira?
SANCHO. O que fué aquello mentira,
ó que no es esto verdad.
CONDE. Diferente es mi suceso.
Yo vine, Sancho, á morir.
SANCHO. ¡Que en comenzando á servir
pierdan en la corte el seso!
Mas débese de llamar
privanza, porque este viento
los priva de entendimiento:
esto pienso que es privar,
pues con tener la subida
incierta, si peligrosa,
no tiene el mundo otra cosa
de todos tan pretendida.
No hay judiciario adivino
que estas locuras concierte.
CONDE. ¡Ay, Sancho! De aquella muerte
que con valor peregrino
me libró, fué por matarme
con penas y con desdenes.
SANCHO. ¿Ese es todo el mal que tienes?
CONDE. Y de quien no sé librarme.
SANCHO. Para estar más consolado
en tu mal, yo te aconsejo
que te mires al espejo
del más dichoso casado.
CONDE. Juzgué con bienes de amor
en la luna mi fortuna.
SANCHO. Bienes de amor, y en la luna,
tendrán menguantes de honor:
y pues hoy estás en ella,
mandando el reino (que el Rey
por su gusto, que es la ley
què las demás atropella,
te puso en tan gran privanza,
que aun él mesmo te obedece,
y con él nadie merece
más que de tu gracia alcanza)
si no te quieres perder
huye de amor, pues te advierto
que es el camino más cierto
de tropezar ó caer.
CONDE. Al revés me aconsejabas,
juzgando con otra ley.
SANCHO. Eres muy pobre, y del Rey
en obligación no estabas.
(Un Criado con un papel y consultas.)
CRIADO. Aquí tiene vueseñoría [2]
las consultas y un papel
de su alteza.
CONDE. Veré en él
lo que manda.
SANCHO. Cortesía
sin ocasión y excusada.
CONDE. Luego es razón que los vea.
Dejadme solo los dos.
CRIADO. Gran ministro.
SANCHO. Plegue á Dios
que muchos años lo sea.
(Vanse Sancho y el Criado.)

[1] Verso de nueve sílabas.

[2] Verso de nueve sílabas: quizá deba leerse «vuesiría».

ESCENA XI

El Conde de Urgel.

(Siéntase junto á un bufete en que hay recado de escribir, y abre el papel.

(Lee.) «Con el rey de Castilla, Alfonso, tengo efectuado el casamiento de mi hermana. Ofrecíle en el contrato ciertas tierras que alega pertenecerle. Querría escribirle que tome la posesión de ellas, y señale el día de sus bodas. Fíolo de vuestro ingenio; haceldo luego, y buscadme en el cuarto de mi hermana.—*Yo, el Rey.*»

¡Hasta aquí pudo llegar
mi dicha! No acierto en nada;
ya está la sentencia dada,
amor, morir ó olvidar.
¿Qué he de hacer? Quiero asistir
á mi obligación: celoso,
favorecido y quejoso,
no he de acertar á escribir,
que este espantoso cuidado
me acobarda. Quiero hacer
la cruz: pesada ha de ser,
si la del alma traslado.

ESCENA XII

El Conde, *escribiendo, y sale la* Infanta, *y desde aparte le mira, y habla.*

D.ª Blan. *(Ap.)* La ocasión que he deseado
hallé. ¡Qué temeridad
intento! Honor, perdonad;
por lo menos desde aquí
veré donde me perdí
á manos de mi piedad.
Solo está escribiendo: quiero
verle bien, que vivo apenas
le ví. Desangradas venas,
¡cuán otras os considero!
Sin duda que es caballero,
que aquel talle, aquellas manos
no nacen entre villanos;
y si no es noble mi bien,
príncipes hacen también
los príncipes soberanos.
Hidalgos, nobles y leyes
hace el Rey, y vez alguna
deja de ser su fortuna
la voluntad de los reyes.
Deja de seguir los bueyes
con tardo paso el villano,
y sin darle el Rey la mano,
con sólo acordarse dél,
ciñe su frente el laurel
que no alcanzó el cortesano.
Mucho importa, ó es amor
lo que escribe y le suspende.

(Escribe el Conde *y dice:)*

Conde. «Vuestra majestad si entiende:»
¿hay disparate mayor?
Si entiende, dice en rigor: *(Bórralo.)*
¿es locura ó necedad?
(Escribe.) «Sepa vuestra Majestad...»
peor; que escriba es forzoso. *(Borra.)*
¿Qué diré? Que estoy celoso,
y escribiré la verdad.
«Quise, obedeciendo...» Así
comienza bien: «brevemente
dar la posesión...» No intente
mi pluma pasar de aquí,
que posesión contra mí
viene á ser todo; y en suma,
porque volar no presuma
ni alargue la pretensión,
que tiene ya posesión
escribieron lengua y pluma.

D.ª Blan. *(Ap.)* Tal borrar... Yo he de saber
que es esto: quiero llegar,
que no puedo aventurar
más que en dejarlo de ver.

Conde. El papel he de romper
pues *posesión* escribí. *(Rómpele.)*

D.ª Blan. Ramiro, ¿no estaba aquí
mi hermano?

Conde. Aquí me escribió
que á tu cuarto fuese yo
á hablarme y buscarme á mí.

D.ª Blan. ¿Pues vos solo despacháis
y escribís, ya tan privado
del Rey, que en el mismo grado
que él mismo el reino mandáis?
Fineza es grande; priváis
dignamente con mi hermano,
que el buen ministro, esto es llano,
del Rey aquellos efetos
que quiere que estén secretos,
han de pasar por su mano.
Vuestra letra quiero ver:
dadme ese papel.

Conde. Señora,
tú misma digiste ahora
como el secreto ha de ser.

D.ª Blan. Yo no pretendo leer.
(Ap.) Honor, ¿dónde te abalanzas?
borrones, rasgos, mudanzas,
ya de plumas, ya de intentos.

Conde. Para borrar pensamientos
rasgaba las confianzas.

D.ª Blan. Rasgarlas no es valentía,
sustentarlas, sí. ¿En la corte
hay quien lo que vos importe,
ni el sol al nacer del día?
¿Pensaréis que es bizarría
desconfïar, estimado?

Conde. Si me viera en ese estado
condenara el desvarío,
pero pues yo desconfío,
bien sé que soy desdichado.

D.ª Blan. Lo que rasgáis quiero ver.

Conde. ¿Juntar los pedazos quieres?

D.ª Blan. Sí, que somos las mujeres
muy amigas de saber.

Conde. No acertarás á leer,
por ser en esta ocasión
la tinta de ese borrón,
noche, aunque de sol presuma,
de un ronco cisne la pluma,
y el papel del corazón.

(Toma Doña Blanca *los pedazos del papel roto, y valos juntando y leyendo.)*

D.ª Blan. ¿Dice *posesión*? Sí, sí,
que ya la tendréis entiendo:
y aquí, *quise, obedeciendo*:

brevemente, dice aquí.
Ya vuestros borrones vi,
y pues os mandan amar,
obedecer y callar
es justo. *(Ap.)* (No acierta en nada,
quien busca desalumbrada
lo que no quisiera hallar.)

CONDE. Eso que ves escribí
á Alfonso, su majestad.

D.ª BLAN. La satisfacción le dad
á quien le importa, que á mí
no hay para qué.

CONDE. Si es así
que el pecho, el alma tenías
en otra parte ¿qué vías
por tantas bocas abiertas,
sino unas entrañas muertas
sobre sus cenizas frías?
¿Por qué contra el bien de verte
suspende tu voz el viento,
no leona en darme aliento,
sino en procurar mi muerte?
Si es matar de cualquier suerte
fin del rigor más airado,
claro está que has deseado
mostrar que fué tu piedad
fin de otra mayor crueldad,
que el morir ya era pasado.
No es hazaña de estimar
de la deidad no ofendida
resucitar y dar vida
para tener que quitar.
(Ap.) (Amor me ha de despeñar
contra el sello que me dió
Sancho. «Quien habló, pagó.»
(Mira la sortija.)
Ya mudo quiero sentillo.)

D.ª BLAN. *(Ap.)* (Olvidó Sancho el anillo;
mal el secreto guardó:
no me pesa.) ¿Todavía
hacéis borrones? ¿á quién
habláis?

CONDE. A un soñado bien
que resucitó algún día
la muerta esperanza mía;
sueño al fin, y sueño leve,
si pudo en tiempo más breve
enriquecerme tan franca
fortuna con una Blanca
de jazmín, de rosa y nieve.

D.ª BLAN. Borrad, que escribís sin tiento,
y rasgad la confianza
si es hija de la privanza
que os comunica ese aliento;
no pase el atrevimiento
á castigo. *(Vase.)*

CONDE. A Dios pluguiera,
cielo hermoso, hermosa fiera,
que cuando me hallaste muerto
no honraras aquel desierto
y vivo que no te viera.

ESCENA XIII

El CONDE. *Salga* SANCHO *á priesa y luego el* REY.

SANCHO. El Rey te busca.

REY. Ramiro.

CONDE. Señor.

REY. Hablarte quería.

CONDE. Creces la fortuna mía
con los favores que admiro.

REY. Eres vasallo fiel.

CONDE. Tu esclavo soy.

REY. ¿Escribiste
á Castilla? ¿respondiste
á Alfonso?

CONDE. Vi tu papel,
en que escribir me mandabas,
pero yo no me atreví.

REY. ¿Por qué ocasión?

CONDE. Advertí,
aunque de mí lo fiabas,
que habiendo de ir de tu mano,
ningún ingenio es tan dino
por ser, si no eres divino
tan divinamente humano.

REY. Eres muy cuerdo. En efeto
debo estarte agradecido,
como por ser bien servido,
por mostrarme á ser discreto.
Bien dicen que está obligado
el Rey á tener consigo
un particular amigo,
y este ha de ser el privado.
En este lugar te tengo,
y pues hago confianza
del gobierno de mi reino,
del cuidado de mi casa,
solamente de tu ingenio,
que te ha llegado á mi gracia,
por tu estrella que me inclina,
por tu valor que me llama,
quiero fiarte, Ramiro,
todo el secreto del alma
para que estimes mi amor,
pues te obliga mi privanza.
Yo quiero bien á Violante,
reina de Aragón, por fama
de su belleza y virtudes,
aunque ésta tal vez engaña.
Quise casarme con ella,
y al tiempo que lo trataba,
enamorado y gozoso,
supe, ¡ay, cielos, qué desgracia!
que amaba al conde de Urgel;
aunque de su sangre y casa
pudo ofender su opinión,
que hasta los cielos llegaba.
En fin, el Conde atrevido,
necio amante, le dió causa
para mandarle dar muerte
quejosa de su alabanza,
pues publicó sus favores;
mas no pudo ejecutarla
con tan prudente secreto
que en Castilla, Italia y Francia
no lo supieron sus reyes,
que al mismo tiempo trataban
de su ilustre casamiento.
Burladas sus esperanzas,
todos dejaron, Ramiro,
pretensión tan engañada,
y en este tiempo Violante
á ser su esposo me llama.

Si fué ofensa tú lo juzga,
y si debiera estimarla;
demás que supe también
que injustamente engañaban
los pinceles á mis ojos
con lisonjera alabanza,
puesto que es menos hermosa
que la pintan la distancia
que hay de Navarra á Aragón,
que nos dividió las almas.

CONDE. ¡Qué extraña traición, señor!
No prosigas, que la agravias,
si bien su valor no ofendes,
aunque tu engaño dilatas.
Mintió el falso caballero
que la ofendió, no su fama,
que esta sube á las estrellas,
y pudiera estar más alta.
A las manos de la envidia
murió el Conde, no por causa
tan indigna de su nombre.
Honesta fué su privanza,
y tú estimarla debieras
para reina de Navarra,
si debo crédito justo
á cuantos della me hablan.

REY. ¿Pues pudiera yo casarme,
Ramiro, si hubo esta fama?

CONDE. No, señor; que á tu grandeza,
como el mismo cielo intacta,
ha de ser en la opinión
quien la merezca, aunque estabas
obligado á averiguarlo.

REY. Era hacer propia la causa,
y ajena me está más bien.

CONDE. Digo, que por no agraviarla
tras la información primera,
tan sospechosa, acertaras
en procurar hacer otra
secretamente, y si hallas
que es verdad, seguir tu intento,
y castigar si te engañan.

REY. Dices, Ramiro, muy bien:
yo confieso que fué tanta
mi pasión, que me cegué
de enojo.

CONDE. Pues ya es pasada,
envía á quien con secreto
lo sepa.

REY. Esa confïanza
de ti solo quiero hacer.

CONDE. Por cristal ves mis entrañas.

REY. Hoy has de partir.

CONDE. Al punto.

REY. Que si tu verdad ensalzas,
á Violante restituyes
su honor, y á mí toda el alma.

SANCHO. ¿Así se pasa su alteza
sin ver? ¿No le sobra nada
que dar á quien tanto tiene?

REY. ¡Oh, Sancho! ¿Cómo te hallas
en la corte?

SANCHO. Mal, señor,
porque no como en tu casa
sino esperanzas, manjar
de poquísima sustancia.

REY. Quéjate de Don Ramiro
si otra posesión no alcanzas
que cuantas él te conceda
tendrás.

SANCHO. Tus reales patas
beso más de treinta veces.

(Vase el Rey.)

ESCENA XIV

El CONDE *y* SANCHO.

CONDE. Sancho amigo, escucha, aguarda:
en ti mi remedio estriba,
pero temo.

SANCHO. ¿Por qué agravias
mi lealtad, noble Ramiro,
con esas desconfianzas?

CONDE. Como te fié la vida,
hoy quiero fiarte el alma,
ó todo el secreto della.

SANCHO. Tuyo soy, prosigue, acaba.

CONDE. Yo soy el conde de Urgel,
en quien fortuna contraria
á los pechos de la envidia
alimentó las desgracias
del conde Don Pedro Anzures,
cuya lealtad en su patria
túmulos tiene, y altares
por todo el orbe su fama.
Soy tercer nieto, la reina
de Aragón, mi prima hermana,
á quien ausente venero,
si rigurosa me agravia.
Desde la edad que anochece
sobre aborrecida plata,
á la que amanece y brilla
tan agradecida el alba,
fuí en Aragón bien querido,
celebráronse mis galas,
honré las paces con fiestas
y las victorias con armas.
Tuve un deudo, y si la envidia
toca en sangre, no hay tan brava
fiera ponzoñosa y triste,
y más con desconfianzas.
Este ambicioso, corrido
de ver que yo me llevaba
la voz del pueblo, y quizá
con otra vil esperanza,
intentó darme la muerte,
que enterneció las montañas,
dejándome cual me hallaste.
Quisiera entre peñas pardas
pasar en tu compañía
la que gocé en tu cabaña,
mas temí, que el perseguido
tiene siempre á la garganta
la ira del ofensor,
cuchillo que le amenaza.
Sirvo al Rey, y quiere agora
que á Aragón parta mañana
sólo á aventurar mi vida
por ciertas sospechas falsas.
En tu cabaña estaremos
los días ó las semanas
que en ir y volver pudiera
ocupar.

SANCHO. ¡Famosa traza!

Tu historia á piedad me mueve.
Ven, señor, ordena y manda,
que en mí hallarás el que fuí.

CONDE. ¡Oh, verdad divina y santa!
¡qué ofendida vives siempre
en las cortes, y qué amada
en los montes, donde asistes
hasta que á los cielos pasas!

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

El REY DE NAVARRA *y la Infanta* DOÑA BLANCA, *con lucido acompañamiento, salen por una puerta. El* CONDE DE URGEL *y* SANCHO, *ambos de camino, salen por otra.*

SANCHO.

Aquí están sus altezas.

REY.

Seas, Ramiro,
bien venido.

CONDE.

Señor, si á veros llego,
feliz suceso aquí dichoso aspiro:
que vengo bien he conocido luego
que besé vuestros pies.

REY.

De nuevo admiro
tu valor.

CONDE.

El alma que os entrego
os dirá cómo os sirven mis lealtades.

REY.

¿Supiste de verdad?

CONDE.

Y mil verdades.
Llegué á Aragón al tiempo que salía
la Reina antes que el sol, como su aurora,
dando hermosura al campo, luz al día,
ya de todo divina vencedora.
Numeroso escuadrón, que ordena y guía,
luciente arnés, que con los rayos dora
del cabello que esparce por el viento,
su beldad me dijeron y su intento.
De tus desprecios, gran señor, quejosa,
sus gentes mueve con valor divino,
y el limpio acero ciñe valerosa,
ya retrato de Palas peregrino:
piensa, señor, que estaba más hermosa
cuanto más enojada la imagino;
extremo de beldad que la asegura
si el enojo escurece la hermosura.
Veloz caballo oprime, hijo del viento,
criado en las riberas andaluces,
blanco, por ser del sol, en cuyo asiento
salió, dando á la tierra nuevas luces.
Temblaran de su brío y ardimiento
con que alentaba sus cristianas cruces
cuantas moriscas lunas tiene España
hasta la gran ciudad que Genil baña.
Llegó Violante á Ebro; el claro río
suspendió de sus aguas la corriente;
cuajó el vapor, en vez de otro rocío,
perlas que guarnecieron el Oriente;
coronó de jazmín á su albedrío
y de claveles la sagrada frente:
vuelve la Primavera á sus pensiles
vertiendo rayos, derramando Abriles.
¿Qué le podré decir á vuestra alteza
de su hermosura, pues me atrevo en vano,
que ha de anegar el mar de su belleza
la misma esfera del ingenio humano?
Si la estampa rompió naturaleza
¿quién posible juzgó la autora mano
de perfección igual? Mal me desvelo,
que el cielo ha de acabar lo que es del cielo.
(*Dale un retrato.*)

REY. (*Aparte al* Conde.)

Yo admiro en tu retrato su hermosura.

DOÑA BLANCA. (*Aparte.*)

¡Notable encarecer! Si el alaballa
nace de amor, terrible desventura.

REY.

Entre pintura vuelvo á contemplalla.

DOÑA BLANCA. (*Aparte.*)

Vióla, es hermosa; hoy muere mi cordura
á manos del silencio. Sufre y calla,
cobarde corazón, si entonces fuerte
diste la vida á quien te dió la muerte.

CONDE.

Informéme de todos con secreto;
supe que vive el Conde, y que atrevido
al cielo, á su valor, á su respeto
noble, un traidor cobarde, fementido,
la causa fué de tan contrario efeto.
Con su engaño á los tres os ha ofendido,
á ti, á la Reina, al Conde; porque todos
pueden quejarse por diversos modos.
La Reina, de la ofensa que le has hecho,
sintiendo mal de su virtud; el Conde,
del nombre indigno de su noble pecho,
si el castigo á la culpa corresponde;
tu alteza, puesto en tan notable estrecho
con tan furiosa guerra, pues adonde
llega con tal poder la Reina, luego
publica su rigor á sangre y fuego.

REY.

Forzosos son, Ramiro, mis enojos,
porque podrá Violante hacerme guerra
con los hermosos rayos de sus ojos
más que con sus soldados en mi tierra.
Publique su victoria los despojos
que en mi rendido pecho amor encierra,
después que tu alabanza y mi deseo
deshacen el engaño en que me veo.
Salga mi gente, no á estorbarle el paso,
á prevenirle sí dichosa entrada.
Llegue el sol de Aragón á hacer su ocaso
en mis brazos, pues bella, aunque enojada,
piadosa sentirá que ya me abraso
con alma amante agora, si culpada
de aquellos pensamientos atrevidos,

que amor hiere también por los oídos.
Mi general te nombro en esta empresa,
y yo he de ser, Ramiro, tu soldado.
Priesa me da el deseo, date priesa:
hoy al campo saldréis, y yo á tu lado.
Tu aumento empieza, y mi cuidado cesa
si me conduces donde, disfrazado,
pueda ver á la Reina.

CONDE.

Soy tu hechura.

REY.

Ven, y dirásme más de su hermosura.
Hermana, adiós.

DOÑA BLANCA.

Él guarde á vuestra alteza

(Vase el Rey *con su acompañamiento.)*

ESCENA II

El CONDE, DOÑA BLANCA *y* SANCHO.

SANCHO.

Señor, la Reina viene.

CONDE.

¿Quién lo ignora?
Cierto aviso he tenido.

SANCHO.

Tu agudeza
sola pudiera haber fingido agora
el viaje que has dicho.

(Vase andando el Conde *poco á poco, y la* Infanta *mirándole.)*

DOÑA BLANCA. *(Aparte.)*

¿Otra belleza
ha de escuchar que alabe quien le adora?
¿Lo que no pudo amor, piadosos cielos,
contra mi honor, han de poder los celos?
Ramiro.

CONDE. *(Deteniéndose.)* Señora mía.
D.ª BLAN. ¿A dónde vais?
CONDE. A servir
al Rey. Voy á prevenir
mi partida, que me envía
su alteza á estorbar el paso
á la reina de Aragón.
D.ª BLAN. Notable satisfacción
tiene de vos. (Yo me abraso.) *(Ap.)*
Si es como vos la pintáis,
es intento temerario,
que para tan gran contrario
poca defensa lleváis.
Aunque es tal vuestro valor,
no sé si acierta su alteza,
que tan superior belleza
es fuerza matar de amor.
Lástima tengo de vos,
y así el peligro os advierto.
CONDE. Ha tanto que amor me ha muerto,
que yo imagino, por Dios,
que ya no ha de hallar en mí
vida que poder quitar.
D.ª BLAN. Sí, porque tanto alabar
eso mismo dice aquí.
Los bellos soles, los ojos
tiraron rayos ó flechas
que yendo al alma derechas
dieron mortales enojos.
O todo el divino cielo,
digo, el rostro que retrata
su hermosura [1].
CONDE. Quien me mata
es fuego que cubre un hielo,
un cielo hermoso y sereno
que en mí fulmina rigores,
un áspid entre las flores,
y en vaso de oro un veneno.
D.ª BLAN. ¿Tanto rigor? *(Vuélvese á ir el* Conde.*)*
CONDE. ¡Ay, de mí!
D.ª BLAN. *(Ap.)* (Honor, con celos no puedo
resistirme; más mi miedo
me anima: yo me perdí.)
Ramiro, oye, para [2]
(Detiénese el Conde.*)*
el ligero curso,
que pueden sospechas
lo que amor no pudo.
Piérdanse los reinos,
ya los aventuro,
que es vida del alma
el vivir con gusto.
Publiquen mis males
las penas que sufro
desde que mis bienes
te hallaron difunto.
Reconoce ingrato,
adorado injusto,
que huyes en vano
si en vano te busco.
Negar sus pasiones
supiéronlo muchos,
sospechas ni celos
no supo ninguno.
Sepan que te adoro,
publíquelo el mundo;
morir por callar
no es buen disimulo.
Mi bien, no te ausentes,
que en tan fuerte punto
llorarán mis ojes
efectos tan suyos.
Cantarán entonces
sobre arroyos turbios
viudas tortolillas
llorados arrullos.
Parece que ya
al alba madrugo,
bañando ellas rosas
y yo eterno luto.
A Aragón te vas,
¡ay, Dios! no te culpo,
que es Violante hermosa,
y alábasla mucho.
Si de mí te acuerdas,
que llegues presumo
ciego para verla,
para hablarla mudo.

---

1 Pasaje ininteligible como no deba de leerse: «y todo el divino cielo», etc.

2 En el original «espera»; errata indudable.

No busques mi muerte
cuando el alma ocupo
contemplando ausente
las glorias que tuvo.

CONDE. Hermosa señora,
por quien el buril
del sol en su esfera
se afrentó de ti.
Milagrosa imagen,
que entre oro y marfil
tocó la azucena
retocó el carmín:
cazadora de almas,
¿quién podrá huir?
que es cebar con gloria
generosa ardid.
Cuando muerto estuve,
mi bien, sin sentir
vos, vida, y yo, alma,
nos dimos allí.
Pagué de contado;
ya, ¿qué me pedís?
Sin alma y sin vos,
¿qué he de ver ni oir?
No se vista el sol
de ageno turquí,
dejaldo á mis ojos
que van á morir.
Soberana Infanta,
mi gloria, advertid
si vos os quedáis,
que yo voy sin mí.
El Rey, mi señor,
me manda partir,
amor, que no parta,
y vos, ¿qué decís?
Llorar puede el sol,
cerca está mi fin,
que el rigor la espada
colgó en mi cenit.
Bien hayan los celos,
bienes para mí;
bien haya la ausencia,
pues puedo decir
que gozo por ella
lo que no creí.

SANCHO. *(Que está suspenso mirando al paño, dice:)*
Hermosa Tirrena,
escúchame tú,
que también me ausento
vestido de azul.
De satisfacción
no lleno un almud,
de sospechas sí
que llevo un baúl.
Quisiste la corte,
forzosa inquietud
donde hallar pensaste
riquezas del Sur.
Defiéndete, amiga,
mira la virtud,
que en la corte haya gente
de Cafarnaún.
No quieras que yo
pierda la salud
si no sé la *pe*
por saber la *cu*;
ni que en nuestros montes
casado avestruz
digiera tinteros
en mi juventud.
Dicen que los pastos
son ya de común;
cásese con esto
algún Bercebú.
Si del caracol
no llevo el testuz,
que lo temo, juro
á Dios y á la cruz.

CONDE. Cuando fortuna y valor
del uno el otro envidioso
quieren hacerme dichoso,
es mi desdicha mayor.

D.ª BLAN. En tan dudoso quedar,
y en tan forzoso partir,
¿Qué has de hacer por mí?

CONDE. Morir.
¿Y tú en mi ausencia?

D.ª BLAN. Penar.

CONDE. Muerto voy.

D.ª BLAN. Sin alma quedo.
Mi bien, ¿volverás?

CONDE. Mi bien,
adiós.

D.ª BLAN. Adiós.

SANCHO. Yo también
voy muerto, mas [es] de miedo.
(Vanse el Conde *y* Sancho.*)*

ESCENA III

DOÑA BLANCA

Fuese al fin. Ya que mi estrella
me inclinó, ya que homicida
le dí á Ramiro la vida,
porque me mate con ella;
si ya mi honor y recato
quitaron á amor la venda,
si no temo que se entienda
el bien que estimo y que trato,
¿cómo en tan dudosa calma
dejo que parta? ¡Ay, sospechas,
flechas de amor! ¡Qué derechas
llegáis penetrando el alma!

ESCENA IV

DOÑA BLANCA *y* SANCHO

SANCHO. ¿Volvió el Conde á estar aquí?

D.ª BLAN. ¿Qué Conde?

SANCHO. *(Aparte.)* ¿Qué hice?

D.ª BLAN. Responde:
¿no vienes buscando al Conde?

SANCHO. ¡Yo buscando al Conde!

D.ª BLAN. Sí.

SANCHO. Por Ramiro preguntaba.
(La lengua se deslizó, *(Aparte.)*
que está en agua, y descubrió
el secreto que guardaba.
¡Pesar de mí!

D.ª BLAN. Aguarda, espera.

SANCHO. Vuelvo, señora, á buscar
á Ramiro.

D.ª BLAN. Quiero hablar
contigo.
SANCHO. Estará allá fuera
esperando, mi señora,
que hoy nos hemos de partir.
D.ª BLAN. Primero me has de decir...
SANCHO. Voy con mucha prisa agora.
D.ª BLAN. Sola una verdad.
SANCHO. Ninguna
puedo saber que te importe:
cuanto ha que estoy en la corte
no he llegado á alcanzar una.
D.ª BLAN. Toma esa cadena.
SANCHO. ¡Fuerte
ocasion! ¿Cebo me pones?
No saldré de tus prisiones.
D.ª BLAN. ¿Es Ramiro Conde?
SANCHO. Advierte;
este es el conde de Urgel;
no Ramiro, don García
es su nombre. (¡Ah, lengua mía, *(Ap.)*
qué poco habéis sido fiel!)
D.ª BLAN. ¿Pues cómo tú lo has sabido?
SANCHO. Cuando á Aragón le mandó
partir el Rey, se quedó
en mi casilla escondido,
y me contó de la suerte
que la reina de Aragón,
á fuerza de una traición
intentó darle la muerte
donde llegó tu piedad
á darle la vida.
D.ª BLAN. Admira
su historia.
SANCHO. De su mentira
he sacado esta verdad.
Si me ha engañado, y te queda
algo por saber, mejor
lo sabrás dél.
D.ª BLAN. *(Ap.)* Necio amor,
ya no hay más mal que os suceda.
SANCHO. ¿Iréme?
D.ª BLAN. Tú eres discreto:
no le digas nada al Conde.
SANCHO. Como en un mármol se esconde
en mí, que soy muy discreto.
D.ª BLAN. Vete con Dios.
SANCHO. Él te guarde.
(Vase Sancho.)

ESCENA V

DOÑA BLANCA.

¿A dónde vais, confïanza,
si ya con necia alabanza
hará de mi amor alarde?
Mi atrevido desvarío,
¿qué espera de un necio amante?
Si del favor de Violante
se alabó, ¿qué hará del mío?
¡Triste de mí, que se fué,
que se alaba, que ha querido
á la Reina, que he perdido
la esperanza, que le amé!
¿Daré voces que en mi agravio
suspendan los aires? ¡Cielos!
¿diré mi amor, ó mis celos?
¿que fuí necia, ó que no es sabio?
¿quejaréme al Rey mi hermano?
¡Ay, de mí! ¡qué loco error!
si ya le dije mi amor,
que ya le publique es llano.
¡Cielos! ¿cómo en un sujeto
caben traición y nobleza,
en mal ingenio agudeza
y en fácil lengua secreto?
¡Qué rigurosos enojos!
¿Por qué, cielos, ofendidos
no tapásteis sus oídos
ó no cegásteis mis ojos?
En vano lloro y suspiro:
¿no fuera mejor morir?

ESCENA VI

DOÑA BLANCA y ESTELA.

ESTELA. ¿No quisiste ver partir,
señora, al galán Ramiro?
Salió gallardo, y con él
dicen que va de secreto
el Rey.
D.ª BLAN. ¡Qué amoroso efeto!
Fué siempre el conde de Urgel
un gallardo caballero.
ESTELA. ¿Ramiro es Conde?
D.ª BLAN. ¡Ay, de mí!
Estela, no estaba en mí.
¿Qué haré? ¿qué remedio espero?
¿que se ha partido mi hermano?
ESTELA. A Aragón dicen que va
por la posta.
D.ª BLAN. ¿Dónde está
mi resistencia, que en vano
me defiende? Llama, Estela,
en mi cuarto á mis criados
todos: ¡qué extraños cuidados!
no á todos, llama á don Vela
y á don Sancho.
ESTELA. Al punto voy.
D.ª BLAN. Cobardes atrevimientos,
¡qué de varios pensamientos
me afligen! muriendo estoy.
Conde, espera; ¡qué bizarra
llegará tu estimación
á ostentar en Aragón
presunciones de Navarra! *(Vanse.*

ESCENA VII

La REINA DOÑA VIOLANTE, *muy bizarra, con manteo y vaquero, espada y sombrero con plumas;* RICARDO *y* NUÑO, *con plumas y bandas;* SOLDADOS.

REINA.

Los campos de Navarra son aquellos,
y este es el postrero límite, soldados,
de Aragón, y ya espero ver en ellos
todos mis escuadrones alojados.
La ocasión me presenta sus cabellos,
puesto que los navarros descuidados,
no de vuestro valor, de nuestra guerra,
no previenen defensas de su tierra.
Hoy su Rey atrevido, cuanto necio,
tendrá de su locura el desengaño

y yo satisfacción de su desprecio;
castigo justo de tan loco engaño.

RICARDO.

Yo, señora, que soy el que más precio
tu servicio, prevengo el grave daño
que puede resultar desta jornada,
que es ya menos dichosa que acertada.
No quieren Rey los de Aragón, leales,
extranjero, su amor les llama y mueve;
mira, señora, si á buscarle sales,
qué medio has de tomar, que si se atreve
con la ley que milita en casos tales,
teniendo á quien seguir la común plebe,
fuerza padecerás, que el pueblo inquieto
en perdiendo el temor, pierde el respeto.

REINA.

Ricardo, ¿dónde está la valentía
que tembló el africano en sus arenas,
valor, que ya con la opinión vencía
ganado con la sangre desas venas?
¿Cómo en su patria teme quien solía
ser ausente temido en las ajenas?
¿Un villano tumulto os acobarda
que en deshacerse, lo que en verme, tarda?

RICARDO. *(Aparte.)*

Por más remedios, ciego amor, que intento
fuerte rigor de mi fatal estrella,
no puedo disuadir su pensamiento.
Si á casarse ¡ay, de mí! llega con ella
el Rey, mis esperanzas en el viento
se fundaron: ¿qué haré? Violante es bella,
grande mi amor, si su desdén extraño.
Quiero valerme de otro nuevo engaño.—
No tan sólo el navarro te ha ofendido,
(A la Reina.)
gran señora, negando tu belleza
al cielo desos soles atrevido,
que de tu honor la soberana alteza
humilla, ofende, culpa inadvertido,
puesto que hoy he sabido con certeza
que vive el Conde, y que con él milita,
y en su venganza la opinión te quita.

REINA.

¿El Conde vive?

RICARDO.

Díle mil heridas,
la menor, fiera y menos espantosa,
para rendir por ella dos mil vidas
en manos de la muerte rigurosa.
Andaban por el monte divididos
tropas de cazadores, y dudosa
fortuna me obligó á que le dejase
donde Teobaldo sin morir le hallase.
Hallóle al fin, y con piedad impía
se le quitó á la muerte, deseando
saber la causa, que contó García
su gran maldad, sobre tu honor cargando.
Esta es la información que ya tenía
de tu grandeza y excelencias cuando
no dió audiencia Teobaldo, ya ofendido
de lo que fué por él tan pretendido.

REINA.

Disculpa tiene el Rey, si el Conde aleve
tan falsamente le informó en ofensa
de mi opinión.

RICARDO.

Ya la pasión te mueve,
que no tiene tu agravio recompensa.
A tu deidad igualmente se atreve
quien lo cree, quien lo dice y quien lo piensa;
y así, señora, el Rey te ofende al doble,
que más injuria y honra el que es más noble.

REINA.

Decís bien, y de mi villano Conde,
atrevido á mi honor, pariente ingrato,
pues tan mal á su sangre corresponde,
de su nuevo castigo sólo trato,
no de casarme ya. Si el Rey le esconde,
no le podrá guardar con tal recato
que no llegue el cuidado á la venganza:
ya el cielo me asegura esta esperanza.
Quien me entregare al Conde, preso ó muerto,
ese ha de ser mi esposo. Caballeros,
este es mi intento; ya dél os advierto:
manchad en su vil pecho los aceros.
Por más seguridad de este concierto
mi palabra real quiero ofreceros,
que siendo noble gozará mi mano
quien me diere venganza del tirano.
Haceldo publicar, sépanlo todos.

RICARDO.

Cuerdo consejo tomas. (¡Cielo santo! *(Ap.)*
¡por qué pensados y diversos modos
me das el bien que dificulto tanto!)

NUÑO.

Sangre ilustre me anima de los godos
á tal empresa. No me causa espanto
que se ampare del Rey. Buscaré al Conde,
si en sus senos la tierra no le esconde.
Yo me parto á servirte. *(Vase.)*

RICARDO.

Y yo, señora,
nuevo valor ofrezco en tu venganza
si corro cuanto el sol alumbra y dora.
(Aunque va bien segura mi esperanza, *(Ap.)*
pues muerto el Conde, como es cierto, ahora
mi nueva industria la corona alcanza.
El cuerpo buscaré en aquel desierto,
que basta que le traiga preso ó muerto.)
(Vase Ricardo.)

ESCENA VIII

La REINA. *Luego,* XIMÉN, *soldado.*

REINA. Si es de mujer mi venganza,
también es fuerte mi ofensa,
pues no pueden mis piedades
ni olvidarla, ni temerla.

XIMÉN. De un caballo, hijo del viento,
un caballero se apea,
á quien tan sólo acompaña
un criado. A vuestra alteza
del parte del Rey nos dice

que quiere hablar.
REINA. En mi tienda
entre él no más.
XIMÉN. (*Dirigiéndose al* Rey.) Entrad solo.
que ya os aguarda la Reina.

ESCENA IX

DICHOS *y el* REY DE NAVARRA, *muy galán con botas y espuelas.*

REY. Beso los pies, gran señora.
REINA. Alzad.
REY. (*Ap.*) (¡Divina belleza!
Poco la alabó Ramiro,
y mucho mintió su ofensa.)
El Rey, mi señor, señora,
dice... (¡ay, Dios! ¡si dijera
un nuevo efecto de amor!) (*Ap.*)
REINA. ¿Qué dice el Rey?
REY. Que le pesa
de haberos dado ocasión
de que con tan dura guerra
le amenacéis, porque teme...
REINA. ¿Qué teme?
REY. Morir en ella,
que es poderoso el contrario,
pues con divinas fuerzas
no hay resistencias humanas,
si vuestra alteza pelea
con vivos rayos que abrasan,
con bellas luces que ciegan,
estos en soles hermosos,
y en claros cielos aquéllas.
REINA. Lisonjas después de agravios
no me obligan, pues me enseñan
que antes fueran alabanzas
las que ahora son afrentas.
Suspenda el temor el Rey
si no le espanto por fea,
que esta es la mayor batalla
que temió siempre su alteza.
Decilde que á las mujeres
muy pocos discretos llegan
con tan claros desengaños,
ni con verdades tan necias,
que aun del tiempo no lo sufren,
y que su alteza pudiera
dar otra causa á mi agravio,
si no más justa, más cuerda.
REY. Diréle al Rey, vive Dios,
su necedad, vuestras quejas,
su engaño, vuestro valor,
su dicha y vuestra belleza.
Discúlpele que os adora,
y que ya rendido llega
á vuestros pies, donde humilde
vuestras victorias confiesa.
Las cadenas de Navarra
os rinde, porque con ellas
al carro de amor le atéis,
que es dulce prisión que espera.
Esto os digo de su parte:
¿qué le diré de la vuestra?
REINA. Que cuando pensé acabar
nuestros enojos, se aumentan,
puesto que al conde de Urgel
he sabido que en mi ofensa
ampara en su reino ahora.
REY. Ha engañado á vuestra alteza
quien dice que el Rey al Conde
favorece, sabe ó piensa
que esté en Navarra.
REINA. Decilde,
que hasta que el Conde parezca
he propuesto no casarme,
y sólo quiero que sea
mi esposo quien me le diere,
ó preso ó muerto, en mis tierras:
si el Rey estima mi mano,
búsquele.
REY. Su diligencia
veréis, señora, y que estima
daros gusto; pero es fuerza
que aunque no parezca el Conde
os caséis. Saber quisiera,
si esto no fuese posible
que hará por el Rey la reina
de Aragón?
REINA. Lo que os he dicho,
mi resolución es esta.
(*Vanse la* Reina *y* Ximén. *Sale el* Conde.)

ESCENA X

El REY DE NAVARRA *y el* CONDE DE URGEL.

CONDE. Cuidadoso me ha tenido,
esperando como queda
de sus enojos Violante.
REY. Ni piadosa, ni severa,
y yo más enamorado:
es hermosa y es discreta.
Mintieron mis pensamientos
y mintieron mis sospechas,
mintió el vil que me engañó,
y miente quien no confiesa
que puso advertido el cielo
todo su retrato en ella.
CONDE. Según eso, mis verdades
ya tu desengaño aprueba:
dichoso he sido en servirte.
REY. Y yo, Ramiro, lo fuera
si hoy mereciera su mano.
CONDE. ¿Pues quién lo estorba?
REY. Mi estrella.
Pídeme el conde de Urgel,
á quien dice que en mi tierra
amparo en ofensa suya,
y dice que está resuelta
en no casarse, hasta tanto
que ya en su poder le tenga.
Con tan grande extremo sigue
este intento, que se entrega
á sí misma al que le diere,
preso ó muerto, su cabeza.
CONDE. ¡Gran rigor!
REY. Y gran venganza.
Mujer, al fin. ¡Quién supiera
del Conde, Ramiro amigo,
que adoro ya su belleza!
¿No dijiste que vivía?
CONDE. Dícese por cosa cierta
en Aragón, pero nadie,

después que quiso la Reina
matarle, ha sabido donde.
Solamente su inocencia
el pueblo publica á voces.

REY. La de Dios habla por ellos.
Yo quiero poner, Ramiro,
mi vida y mi diligencia,
y buscar al Conde.

CONDE. Aguarda,
oye una traza y ¡qué buena
para que logres tu intento!
La Reina sólo desea
que parezca el Conde, á fin
de que el vulgo, que condena
siempre por sus presunciones,
sin que la verdad entienda,
viendo que está vivo el Conde
se satisfaga, y la ofensa
que ha padecido su honor
por tan indignas sospechas
de su majestad real,
cuyo nombre en las estrellas
tiene asiento, se castigue
conociendo el autor della.
El Conde y yo, gran señor,
desde nuestra edad primera
nos criamos siempre juntos,
porque su vasallo era
mi padre. Diónos el cielo
tal conformidad, que apenas
en nuestros rostros se vieron
conocidas diferencias.
Mil veces por él me hablaron.
Finja ahora vuestra alteza
con la Reina que soy yo
el Conde, que ya me entrega
en su prisión, vuelva á hablarla,
que en viéndome, será fuerza
que me tenga á mí por él,
y que en este engaño tenga
la satisfacción que busca.
Vos podréis desta manera
decir que ya habéis cumplido
con lo que pide, y que sea
vuestra esposa.

REY. ¡Aguda traza!
¿Y si acaso no conciertan
tus razones con las suyas,
de la suerte que pudieran
las mismas del Conde?

CONDE. Yo
tuve curiosa advertencia
de saber todo el suceso,
y aseguro que la Reina
no advierta el engaño.

REY. Y dime:
luego que Violante sepa
que he sido yo quien la engaña,
de que tendrá justa queja,
¿no me ha de culpar á mí,
cosa indigna en la grandeza
de la majestad real,
que siempre verdad profesa?

CONDE. Después de una vez casado,
ni la ofende vuestra alteza,
ni se ofende á sí. Demás
que en tan amorosas guerras
los ardides se permiten
cuando no valen las fuerzas.

REY. ¡Oh, cuánto debo á tu ingenio!

CONDE. (*Ap.*) Hoy quiero dar á la Reina
digno esposo, y mis lealtades
quiero que conozca y vea
á pesar de sus rigores.

REY. Quiero volver á su tienda.
Ramiro, vamos.

CONDE. Ya os sigo.

REY. Amor me anima y te enseña. (*Vanse.*)

ESCENA XI

La REINA *y* XIMÉN.

REINA. ¿Qué dices, Ximén?

XIMÉN. Que espera
señora, el Rey que le dés
licencia de verte.

REINA. Él es
todo extremos: no quisiera
que te engañaras, Ximén.
¿El Rey en mi tienda?

XIMÉN. Sí.

REINA. ¿Vístele tú?

XIMÉN. Yo le ví.

REINA. ¿Y estás informado bien
de que es el Rey?

XIMÉN. Sus criados
lo dicen, y su persona,
bien digna de su corona,
asegura tus cuidados.

REINA. Entre el Rey. Poned aqui
dos sillas.

(*Sale la* Infanta *en traje de hombre muy galán y* D. Sancho *y* D. Vela, *sus criados.*)

ESCENA XII

DICHOS *y* DOÑA BLANCA, *en traje de galán.* DON SANCHO *y* DON VELA.

D.ª BLAN. (¡Rara belleza!)
Déme á besar vuestra alteza
su mano.

REINA. Démela á mí
vuestra majestad.

D.ª BLAN. No en vano
á tan valiente enemigo
la pido, pues que le obligo
sólo con tomar su mano.
A mi amistad, que recelo,
y á tan peligrosa guerra
no está seguro en la tierra
á quien amenaza el cielo.

REINA. (*Ap.*) (Gallardo mozo es el Rey,
y no parece tan necio
como mostró en su desprecio.)
Yo debo por justa ley
estimar vuesta amistad,
pero no olvidar mi agravio.

D.ª BLAN. Poco amante y poco sabio
ofendí vuestra deidad;
si bien fué justa, señora,
la causa de tal efecto.

REINA. ¿Justa, señor?
D.ª BLAN. Yo os prometo
que aun la estoy temiendo ahora.
REINA. Según eso, ¿todavía
os parece mal?
D.ª BLAN. Por Dios,
que sois un ángel: de vos
hurta sus rayos el día.
REINA. ¿Pues qué os obliga? ¿De dónde
nació el no haberme querido?
D.ª BLAN. Dijéronme que había sido
mi contrario cierto Conde,
á quien dió vuestro favor
atrevimiento en mi ofensa.
REINA. Mucho se engaña quien piensa
tal bajeza de mi honor.
Hallé en el conde de Urgel
satisfacción para dalle
mis papeles; quise honralle,
pero luego que vi en él
tan bizarros pensamientos,
castigué sus confianzas,
y sus necias esperanzas
desvanecí por los vientos.
D.ª BLAN. ¿Que era tan indigno el Conde?
REINA. Era mi vasallo, y tal,
que no estuviera á mí mal
hacerle Rey. Ya os responde
mi verdad y su castigo:
testigos hago á los cielos.
D.ª BLAN. Quiero asegurar mis celos
y que os declaréis conmigo,
y que tomemos acuerdo
en nuestras bodas.
REINA. Si al Conde
me entregáis, pues que le esconde
vuestro favor...
D.ª BLAN. (Ya me pierdo.)
¿No será mejor, señora,
que asegure mis temores,
ya que de vuestros rigores
se ha librado ausente ahora?
Tratad de mi pensamiento:
ya estoy rendido, por Dios,
á vuestros ojos.
REINA. De vos,
de vuestro arrepentimiento
y vuestro honesto deseo
no podré quedar quejosa.
D.ª BLAN. Por Dios, que sois muy hermosa,
y más mientras más os veo.
¿Qué os parezco yo?
REINA. Muy bien;
que aunque me quiera vengar
en vos, no tienen lugar
ni el desprecio ni el desdén.
D.ª BLAN. Bésoos por este favor
las manos.
REINA. Vuestra he de ser.
D.ª BLAN. Mañana os volveré á ver.
(*Levántanse los dos.*)
REINA. Y yo os espero, señor.
D.ª BLAN. El cielo os guarde.
REINA. Id con Dios,
que ya con el alma os sigo.
D.ª BLAN. Lo mismo es iros conmigo,
Reina, que quedar con vos:
con tal igualdad podéis
fiar vuestro amor de mí.
En fin ¿ya me queréis?
REINA. Sí.
D.ª BLAN. ¡Qué mal, señora, escogéis!
REINA. Antes al cielo agradezco
el poderos merecer.
D.ª BLAN. Por Dios, que quisiera ser
eso mismo que os parezco.
Vamos, Don Vela.
D. VELA. (*Ap. á* Doña Blanca.) Señora,
esto que emprendéis me admira.
D.ª BLAN. Calla, que desta mentira
saqué una verdad ahora.
Muy presto sabrás mi intento.
Sígueme.
REINA. Destos enojos
ni puedo apartar los ojos,
ni apartar el pensamiento.
(*Vanse* Doña Blanca, Don Vela *y* D. Sancho.)

ESCENA XIII

La REINA. *El* REY *y el* CONDE *que salen por otra parte.*

REY. No puede ya vuestra alteza
negar al Rey, mi señor,
pues le merece su amor,
el premio de su belleza.
Nadie después de ser él
tan digno de vuestra mano
os obliga, pues es llano
que ya os da al conde de Urgel.
Preso os lo entrego, llegad,
Conde.
CONDE. A vuestros pies estoy,
y el mismo que he sido soy
en nobleza y en lealtad,
y siempre humilde vasallo
vuestro.
REINA. No, sino enemigo.
Pero ya que mi castigo,
por las ofensas que callo,
no puso fin á tu vida,
Yo tengo mano y acero.
(*Empuña la espada.*)
CONDE. Venturosa muerte espero
con tan piadosa homicida,
pero sepa yo la culpa
porque tal castigo aguardo.
REINA. Pregúntaselo á Ricardo.
CONDE. Esa es mi mayor disculpa.
Pero para que la acierte,
preguntárselo es mejor
á su envidia, á tu favor,
primer causa de mi muerte.
Sabe mi inocencia el cielo,
tu engaño, y la vil malicia
del traidor. A su justicia
de tus rigores apelo.
Mira, si quiere ampararme,
que en trance tan peligroso,
tu poder y un envidioso
aún no han podido matarme.
REY. (*Aparte.*) Bien finge Ramiro. El Conde
ha pensado que es, sin duda.
¡Oh! ¡Cuánto el ingenio ayuda!

¡Qué bien á todo responde!

CONDE. Esto es verdad. Vuestra alteza
verá que no la ofendí.
Ricardo lo dirá así,
ó aquí tiene mi cabeza.

REINA. (*Aparte.*) Parece que ya en mi pecho
halla lugar su razón.
¡Oh, primera información!
¡Qué de venganzas has hecho
injustas! Ya he conocido
que le importa al poderoso
cuando escuchare un quejoso
guardar siempre el otro oído.

CONDE. (*Aparte al* Rey.) ¿Qué te parece, señor,
no finjo bien?

REY. Por extremo.
¿Qué diré al Rey? Porque temo
(*A la* Reina.)
que no os obliga su amor.

REINA. Todo el disgusto pasado
he puesto en perpetuo olvido
si bien conmigo ha tenido
mucho de desconfiado.
A toda satisfacción
me ha querido por mujer,
pues hasta venirme á ver
no tomó resolución
de ser mi esposo.

REY. (*Aparte.*) Por Dios,
que me han conocido ya.

CONDE. (*Aparte al* Rey.) Ya menos furiosa está.
Si quiere y queréis los dos,
que es lo mismo que desea,
vuestra alteza hable.

REY. (*A la* Reina.) No ha sido
desconfianza; he querido
que también á mí me vea
vuestra alteza para dar
á sus ofensas venganza,
porque adonde el suyo alcanza
¿qué valor puede llegar?
Mirad cuán lejos estoy
de ofender vuestra hermosura:
hoy que llego á tal ventura
podré decir que el Rey soy. (*Cúbrese.*)

REINA. ¿Vos sois el rey de Navarra?

REY. Parece que os ha pesado.
Yo soy.

REINA. Pues hanme engañado.

REY. Venganza ha sido bizarra.

REINA. Digo que engañada he sido.

ESCENA XIV

DICHOS, *la Infanta* DOÑA BLANCA *y* DON VELA, *que se detienen al ver al* Rey.

D. VELA. ¿Dónde vuelves?

D.ª BLAN. A buscar
un hombre que he visto entrar.
(*Mira.*)
¡Mi hermano! Yo me he perdido.

D. VELA. El Rey está aquí, señora;
¿qué habemos de hacer?

D.ª BLAN. Don Vela,
no te turbes.

D. VELA. Ya recela
mi temor.

D.ª BLAN. Déjame ahora.
Digna reina de Aragón,
á quien se debe este nombre
por reina de la hermosura,
escúchame, y pues me oye
vuestra alteza, invicto rey
de Navarra, aunque le enoje
mi atrevimiento, disculpe
yerros que son por amores.
Doña Blanca soy, infanta
y hermana suya, á quien ponen
en esta ocasión desdichas,
y en este traje temores.
Entre unas soberbias peñas
que de un elevado monte
coronan verdes lentiscos
y ciñen ilustres robles,
hay un campo en quien el cielo
dilata un espeso bosque,
siempre albergue de las fieras,
siempre imagen de la noche;
donde á caza llegué, cuando
tiernos lamentos se oyen,
que enternecieron las peñas,
que penetraron los montes.
Matizaba el verde suelo,
no el tirio carmín de Adonis,
que más compasiva sangre
daba en Abel tiernas voces.
Hallé herido otro Medoro;
si más gallardo y más noble,
otra Angélica lo diga,
que alguna debe este nombre.
Preguntéle enternecida
con lágrimas, que me oye,
al cielo, si estaba muerto,
y *muerto* el eco responde.
Con el alma propia mía
le di la vida, y pagóme
con matarme: pero ¿á quién
no pagan así los hombres?
Ya sabrás, Violante hermosa,
que estas son deudas del conde
de Urgel, á quien castigaron,
justos ó no, tus rigores.
Que pudiera ser tu esposo
publica quien le conoce,
y quien merece ser Rey
no humilla las presunciones
de una infanta de Navarra.
Creció mi amor, conocióle,
mas no olvidó tu hermosura
entre mis obligaciones.
Alabóla en mi presencia
con mil extremos: partióse
á verte, supe quien era,
que celosas ocasiones,
temor de sus alabanzas,
si no amor de sus valores,
guardada desos criados
y escondida en este nombre,
me traen siguiendo sus pasos,
y mientras no me conoces
quise, fingiendo contigo,
asegurar mis temores

con tus verdades. Vi ahora
entrar en tu tienda al Conde,
á quien me dicen que buscas.
Si con nuevas sinrazones
vuelves á ofender su vida,
en mí hay valor que lo estorbe;
si quieres que sea tu esposo,
y á mi hermano le antepones,
más me debe á mí que á ti,
y ha de ser mi esposo el Conde.
Perdona, Reina, y el Rey
que me escucha me perdone:
perdone el rey de Castilla,
que antes que mi mano tome,
daré mi vida á esta espada.
Del Conde soy, rico ó pobre,
muerto ó vivo, libre ó preso;
mi firmeza amor corone.

CONDE. (*Al* Rey.) A tus pies, invicto Rey,
pone su cabeza el Conde
verdadero, no fingido,
atrevido en tus favores.
Derríbala de mi cuello
si te enoja que me honre
con honesto amor la Infanta,
si no consientes que adore
su deidad el alma mía.

REY. Levanta del suelo, Conde.

REINA. ¡Grande amor!

REY. Y gran disculpa.
Vete de aquí, no provoques
á mayor rigor mi enojo,
que ya que no sean traiciones
á su lealtad, á los reyes
los engaños de los nobles
parecen género dellas.

(*Vase el* Conde *y sale* Ricardo.)

ESCENA XV

El REY DE NAVARRA, *La* REINA DE ARAGÓN, DOÑA BLANCA, RICARDO *y después* NUÑO.

RICAR. Ya quiere el cielo que logre
mis altivas esperanzas.
Ricardo, señora, goce
el bien merecido premio
que le ofrecéis: del vil conde
de Urgel traigo la cabeza.
Si tus promesas conoces,
y siendo ley tu palabra
te obliga, nadie se opone
á mi valor: justamente
soy ya tu esposo.

NUÑO. Tu nombre,
tu palabra y mi osadía
aumentaron mis valores,
gran señora, y por servirte
busqué al atrevido conde
de Urgel. Supe que servía
al rey de Navarra; dióme
atrevimiento dichoso
la oscuridad de la noche
para llegar á su campo.
Pasé por sus escuadrones
con secreto hasta su tienda
con diez soldados, á donde,
descuidado Don García,
estaba durmiendo entonces.
Prendíle sin resistencia,
y con recato sacóle
de entre las suyas mi escuadra:
si fué deslealtad, perdone:
preso le traen mis soldados.
Cumple tu palabra, y goce
Nuño tu mano y sus dichas,
pues mi nobleza conoces.

REINA. Traéle, Nuño, á mi presencia.

NUÑO. Presto estará en tus prisiones.

REINA. No niego yo mi palabra,
mas no sé que medio tome,
puesto que un Conde os pedí,
y me traéis tantos condes.
Uno ha de ser, caballeros,
mi esposo, las pretensiones
de tres no es posible ser
todas juntas y conformes.
Una ha de ser verdadera,
esa admito; llegue y cobre
su deuda el rey de Navarra,
que él solo me entrega al Conde.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS *y el* CONDE DE URGEL; *luego,* SANCHO *entre dos* SOLDADOS.

CONDE. Humilde vuelvo á tus pies.

REINA. Quien se atreve, no se enoje.
Ricardo, aquí está García;
tú, Nuño, bien le conoces,
y yo vuestros falsos pechos.

CONDE. Heroicos reyes, traidores
no han de quedar sin castigo.
Dadme licencia.

REY. Perdones
con el deste alegre día.

RICARDO. Conde, mi yerro...

CONDE. No tornes
á ocasionar mi paciencia.

UN SOLD. Aquí traigo preso al Conde.

SANCHO. ¡Qué Conde ó qué calabaza!
¿En esto para en la corte
el que trueca á sus engaños
las quietudes de los montes?

CONDE. ¡Sancho!

SANCHO. Parece que sueño.

NUÑO. (*Ap.*) Corrido estoy; engañóme
mi atrevida confianza.

REY. Todo el cielo lo dispone.
conde de Urgel, vuestra estrella
dichosa, vuestros valores,
que á mí me inclinan á amaros,
me obliguen á que ya abonen
justos yerros de la Infanta:
dalde la mano.

CONDE. Corones
tu frente de laurel sacro.

D.ª BLAN. Venturosos siglos goce
vuestra alteza tal esposo.

REINA. Y vos la vida que el Conde
os debe para serviros,
á quien pido que perdone

mis rigores engañados.

SANCHO. ¿Y qué hay de Sancho? ¿quedóse
por entrar con tantos reyes?
Servir siempre, y siempre pobre
ya es cosa vieja en palacio.

CONDE. A mí es justo que me toque
tu premio, y yo te le ofrezco.

SANCHO. Dios te libre de traidores.

CONDE. El nacer con buena estrella,
Sancho, en todas ocasiones
es defensa en los peligros
y mérito en los favores.
Si esta comedia la tiene,
se verá en los que la oyen,
perdonando nuestras faltas
y animando mis temores.



SIEMPRE AYUDA LA VERDAD

COMEDIA FAMOSA POR EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

Representóla Juan Jerónimo Valenciano, con que entró en Sevilla.

PERSONAS

Don Vasco de Acuña.
Rey don Pedro *de Portugal.*
Roberto, *príncipe de Polonia.*
Tristán de Silva.
Tello, *gracioso.*
Doña Blanca, *dama.*
Beatriz, *criada.*
El Condestable.
Doña Elena, *dama.*
Constanza, *criada.*
Nuño Pereira.
Duarte de Almeida.
Don Pedro.
Macedo.
Un criado [1].

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

El rey Don Pedro y Vasco.

Vasco. El de Polonia ofendido
se ha de mostrar si le amparas.
Rey. ¿Pues quién de un rey se ha valido,
si en la obligación reparas,
Vasco, que no lo haya sido?
¿Y quién es tan inhumano,
aunque aborrezca á su hermano,
que le pese de su bien?
Vasco. Ya deja de serlo quien
fué con su sangre tirano.
Rey. Mas puesto que á imaginar
que es tirano te acomodas,
pues debes considerar
que no son verdades todas
las que pasan por la mar.
Cuando el desengaño importe
poco se puede perder,
pero dentro de la corte
sabes tú que no hay poder
que las venturas reporte.
Aquí por sus voluntades
reparten las dignidades
oficios y provisiones,
que con locas disensiones
andan á inquirir verdades [2].
No hay honor seguro aquí.
Vasco. Ya viene Roberto.
Rey. Advierte
que éste se ampara de mí.
Vasco. Pues me toca obedecerte,
tomaré ejemplo de ti.

ESCENA II

Dichos y Roberto, galán, de camino.

Roberto.
Vuestra alteza me dé los pies.

Rey.
Roberto,
los brazos, al valor vuestro debidos.

Roberto.
Dichoso yo, si en ellos hallo el puerto
que me han negado bárbaros oídos;
si en esta información, temor incierto
aquélla de enemigos atrevidos,

1 Además figuran en la comedia Octavio y Soldados.

2 Este pasaje es casi ininteligible. Hartzenbusch lo alteró; pero no pudo hacerlo mucho más claro.

y éste del Rey mi hermano, me han forzado
á vivir fugitivo y desterrado.
Mas ya, Pedro invictísimo, que veo
á vuestros pies pasada mi fortuna,
no tengo que pedir á mi deseo
ni de tantas envidias queja alguna.
La antigüedad pintaba á Prometeo
oro robando al sol, plata á la luna;
después, atado en ásperas montañas,
un águila rompiendo sus entrañas:
este fiero castigo mereciera
quien la corona de oro hurtar pensara
al legítimo rey, y hasta su esfera
Faetonte, loco de ambición, llegara
á los rayos de un rey, alas de cera,
cual Icaro atrevido fabricara,
que no sembrara en cándidas espumas
soberbias locas, ni ambiciosas plumas.
No suele en verde prado álamo solo
esmaltarse de pájaros parleros
para dormir cuando se acuesta Apolo,
como lo estaba el Rey de lisonjeros;
debe de ser estrella de aquel Polo,
aunque hay muchos muy nobles caballeros
darles los reyes fáciles oídos,
que han de estar de diamantes guarnecidos.
¿Yo pretender el Reino? ¿yo la muerte
de Vencislao? ¡Traidores! por Dios vivo
que me transforma la maldad de suerte
que en tus respetos de razón me privo;
mas pues mi yedra halló muro tan fuerte,
traspuesta en ti de su lugar nativo,
agradecido á la piedad del cielo
aun de la misma envidia me consuelo.

REY. Estoy, con haberte visto,
seguro de tu valor;
que es poderoso un traidor
á hacer á un noble mal quisto.
Yo seré de hoy más Roberto,
pues quieres vivir conmigo,
para tus penas amigo,
para tus fortunas puerto.
Cánsese la envidia en vano,
que, pues le fuiste leal,
vivirás en Portugal
seguro del Rey tu hermano.—
Vasco.

VASCO. Señor.

REY. Hoy contigo
descuidaré mi cuidado;
hoy á Roberto te he dado
por huésped y por amigo.
Regálale y entretén
su persona con mi amor.

VASCO. Y con el mío, señor,
quien le merece también.

ROBERTO. Beso los pies de tu alteza
mil veces, Rey español,
que bien te ilustran por sol
rayos de tanta grandeza.

REY. Que es mi persona creed,
Vasco de Acuña.

VASCO. La hechura
soy de esos pies. (*Vase el* Rey.)

ESCENA III

ROBERTO *y* VASCO.

ROBERTO. ¿Qué ventura,
qué honor, qué mayor merced,
que darme para señor
y huésped tal caballero?

VASCO. Serviros, Roberto, espero
con la voluntad y amor
que el Rey, mi señor, me manda,
y lo que vos merecéis:
porque la envidia que veis
en vuestra patria, ha de ser
en Portugal amistad.

ROBERTO. Los pies mil veces me dad,
si los puedo merecer.

VASCO. Dejad ahora humildades;
y pues habéis descansado,
y ya lo estáis del cuidado
de tantas adversidades,
venid á ver la ciudad,
sus damas y caballeros.

ROBERTO. No tengo más que ofreceros
después de la libertad.

ESCENA IV

DICHOS *y* TELLO.

TELLO. Que el Rey se fuese esperaba,
para hablarte.

VASCO. Tello, advierte
que Roberto, aquel hermano
del rey de Polonia, es éste
que anteayer desembarcó,
quiere el Rey favorecerle
y diómele por amigo,
con el cuidado de huésped.

TELLO. No ha mostrado en eso el Rey,
lo que dicen que te quiere.

VASCO. Antes sí, que es honra mía
la que él de amparalle tiene.
En casa de un hombre mozo,
¿qué cuidado darle puede
un huésped también mancebo?
¿Qué ha de quitarme ó ponerme?—
Di presto á lo que venías.

TELLO. Luego tú, señor, ¿no adviertes
que has de gastar cada día
mil escudos?

VASCO. Gaste veinte.—
Di presto, necio.

TELLO. Si estás
tan liberal, ¿qué prometes
á un papel de doña Blanca?

VASCO. Mil abrazos que te aprieten
amorosamente el pecho.

TELLO. Menos amorosamente
tomara yo diez escudos:
probarte quise, no esperes
favor de Blanca en tu vida.

VASCO. Tello amigo, si le tienes
sírvete deste diamante.

TELLO. Ahora amante pareces.
Toma este papel, señor,
y haz cuenta que me le debes,

porque la dije que estabas
de rondalla seis ó siete
noches, con un notable
y peligroso accidente
que no podías comer,
ni dormir, ni estar alegre;
que te daban parasismos,
y que remedio te diese.
Con esto, la escribanía
le truje atrevidamente,
y hincándome de rodillas
á la mano y al bufete,
en cuya mano el papel
y la pluma me parecen
todo plata y yo la tinta
y el ébano de una suerte.
Corrió al fin por el papel
una azucena seis veces:
tantos fueron los reglones,
tantos diamantes me debes.

(*Lee* Vasco.) «Dice Tello que no estáis con salud; bien parece que es la mía, pues la tratáis tan mal.»

¡Jesús!

TELLO. ¿Qué has visto?

VASCO. Un favor
tan grande, que me enloquece,
su salud dice que es mía.

TELLO. Muérete, y verás si miente.

(*Lee* Vasco.) «Mirad, que si no deseáis venir, me mataréis á mí.»

¡Acabóse!

TELLO. ¿Qué, el papel?

VASCO. No, sino cuanto favor
pudo merecer mi amor.

TELLO. Pues algo más viene en él.

(*Lee* Vasco.) «Como es imposible ir á curaros, va mi retrato con poder de sustituir en cualquier atrevimiento.»

¿Pues perro, aquesto traías?

TELLO. ¿Perro soy?

VASCO. Muestra el retrato.

TELLO. No le verás tan barato
como el papel.

VASCO. ¿Pues porfías?

TELLO. ¿Qué me has de dar?

VASCO. El vestido
con que á la muestra salí
con el ejército.

TELLO. Aquí
tienes del mejor sentido,
la luz, la vida y el ser;
aquí de Blanca, cifrado
el rostro, y aquí el traslado
de la más bella mujer
que formó naturaleza.

(*Dale un retrato.*)

VASCO. Por mí de manera hablaste
que todo mi amor cifraste
y el cielo de su belleza.
Mas di, ¿qué quiere decir,
por no parecerle ingrato,
que tiene aqueste retrato
poder de sostituir?

TELLO. No has hecho tales agravios
á tu ingenio como ahora:
da poder esta señora
á sus ojos y á sus labios,
que en este retraro están,
á cualquier atrevimiento
que tenga tu pensamiento
como de ausente galán.
¿Haslo entendido?

VASCO. Y me admira,
Tello, tan nuevo saber,
quisiérale responder;
pero Roberto nos mira,
que debe de estar cansado
deste discurso amoroso.—
Perdonad, que fué forzoso
hablar con este criado.

ROBERTO. No me tratáis como amigo,
si es que lo habemos de ser.

VASCO. Yo os quisiera entretener;
venid, Roberto, conmigo,
que cuando por ocasión
que yo os voy apadrinando,
para que vos vais pagando
visitas de obligación,
no ha de haber dama en Lisboa
que esta tarde no veáis.

ROBERTO. Dos grandezas me enseñáis
que todo el mundo las loa;
y el cielo, con mano franca,
hizo en tanta perfección.

VASCO. ¡Oh, que dichosa ocasión,
Tello, para ver á Blanca!

TELLO. Extremada dicha ha sido.

VASCO. Pensando voy con recato
en mi divino retrato.

TELLO. Y yo en mi humano vestido.

(*Vanse y salen* Blanca *y* Elena.)

ESCENA V

DOÑA BLANCA *y* DOÑA ELENA, *damas.*

BLANCA.

Seguramente puedes
decirme tu cuidado.

ELENA.

Y yo lo quedo
de que admirada quedes.

BLANCA.

¿Cómo de efectos amorosos puedo
admirarme, aunque vea
que á su hijo Semiramis desea?
Amor, los elementos
en dulce unión enlaza; amor, conforma
extraños pensamientos;
amor, valientes Hércules transforma
en actos mujeriles,
y en fuerza de Sansón, ánimos viles.
Amor, sin pesadumbre,
corta del mar las olas arrogante,
y por pequeña lumbre,
tan abrasado llega un ciego amante,
que entre Sesto y Avido
quedó el Estrecho en fuego convertido.

Amor, con una espada
halló camino á verse con la muerte,
dos almas que la airada
fortuna dividió, porque tan fuerte
pasión, no resistida,
tiene por gloria despreciar la vida.

ELENA.

El día, Blanca hermosa,
que fuiste al mar, y el de Polonia vino,
cuando por la arenosa
playa, cubriera damas el camino,
en él puse los ojos
libre de imaginar tantos enojos.
Fué cosa en mí tan nueva
el ver que un extranjero me agradase,
que no pudo hallar prueba
amor, que más sus fuerzas confirmase;
pues la ciudad tenía
tan altas ocasiones aquel día.
Verle otra vez deseo:
mis imaginaciones cultivando
aquel primer empleo,
por ventura se irán desengañando;
que es bien que se resista
tanto valor de la primera vista.

BLANCA.

No estés tan descontenta,
Elena, de tu gusto por extraño,
pues que la griega atenta
al capitán de Troya y de su engaño
con más fácil conquista
rindió su amor á la primera vista.
No haya miedo que abrase
á Lisboa tu amor como ella á Troya,
ni que á cuidado pase;
que allí la admiración de tanta joya
por tan ricos despojos
hizo á la voluntad abrir los ojos.
Otra vez que le veas
conocerás tu error y desatino.

ELENA.

¡Ay, Blanca!, no lo creas;
pienso que por mi mal á España vino,
y más si á pensar llego
que saliese del agua tanto fuego.

ESCENA VI

DICHOS y BEATRIZ, *criada*.

BEATRIZ. Una visita notable
pide, señora, licencia
para besaros las manos.
ELENA. ¿Es á mí, ó á la Condesa?
BEATRIZ. Claro está que es á las dos.
BLANCA. ¿Quién es, Beatriz, que te fuerza
á venir con tanto brío
y priesa tan descompuesta?
BEATRIZ. Aquel Príncipe extranjero
que dicen que á nuestra tierra
viene huyendo de su hermano.
BLANCA. ¿Roberto?
BEATRIZ. El mismo.
BLANCA. ¿Qué intenta?
BEATRIZ. Cumplir con su obligación.
BLANCA. ¿De qué te pones suspensa?
ELENA. ¿Quieres que de aquí me vaya?
BLANCA. ¿Qué pierdes en que te vea,
demás de ser necedad
cuando tú verle deseas?

ESCENA VII

DICHOS, ROBERTO, DON VASCO y TELLO.

VASCO. No os parezca atrevimiento,
señoras, que á veros venga:
de Roberto soy padrino.
ROBERTO. Bien dice, que no pudiera
ver al sol sin tanto amparo.
BLANCA. No sé cómo os agradezca
tanto favor y merced.—
¿Viene bueno vuestra alteza?
ROBERTO. Tan mal me ha tratado el mar,
como ahora bien la tierra.
VASCO. ¿Qué os parece destas damas?
ROBERTO. Que es de la hermosura reina
la condesa Doña Blanca.
VASCO. Mi señora Doña Elena,
es su prima.
ROBERTO. Bien parecen
ser de un mismo cielo estrellas.
BLANCA. ¿Habrá vuestra alteza visto
muchas damas?
ROBERTO. No quisiera
serles ingrato en decir
que todas son sombra vuestra.
BLANCA. ¿Qué os parece de mi prima?
ROBERTO. Lo que es justo que parezca,
una estrella junto al sol;
junto á un diamante una perla,
junto á una palma un laurel.
ELENA. Los ojos Blanca le lleva;
no pienso que se me inclina.
VASCO. La visita ha sido necia;
que Roberto en Doña Blanca
tan tiernamente se eleva,
que le bebe la hermosura,
como dicen los poetas.
TELLO. Mientras sus divinas amas,
señora Beatriz, emplean
sus altos entendimientos
en demandas y respuestas;
mientras que juzgan facciones
y envidias en competencia
tan altas discreterías
entre donaires y veras,
escucha un necio amador,
ansí nunca en tal se vea,
dos pares de necedades.
BEATRIZ. O me burla, ó me requiebra;
si me burla, ¿qué vió en mí
que de burla le parezca?;
si me requiebra, ¿á qué efeto
pretende que yo le quiera?
TELLO. Doncella de tu señora,
por este nombre doncella,
requiebros son, que no burlas.
BEATRIZ. Pues diga, que estoy atenta.
TELLO. Don Vasco de Acuña...
BEATRIZ. Bien.
TELLO. Quiere á Blanca, y pienso que ella
le quiere á él.

BEATRIZ. Puede ser
que Blanca también le quiera.
TELLO. ¿No me entiende?
BEATRIZ. No le entiendo.
TELLO. Debo de hacer mala letra;
que me quiera y la querré.
BEATRIZ. ¿Cierto?
TELLO. Sí.
BEATRIZ. ¿Sobre qué prenda?
TELLO. ¿Luego pide matrimonio
á la pregunta primera?
BEATRIZ. ¿No le hiciera Dios merced
en casarse?
TELLO. Beatriz bella,
como saliera el melón;
que tal vez quien más lo piensa,
ó lleva un duro pepino
ó alguna floja badea;
pero casados tú y yo,
pienso, Beatriz, que parieras
algún montante de esgrima.
VASCO. La primer visita es esta:
no será razón cansaros.
ROBERTO. ¡Qué presto las dichas cesan!—
¿Queréisme oir vos, señora?
ELENA. ¿Qué me manda vuestra alteza?
ROBERTO. Decilde á Blanca que voy
sin alma, y que si pudiera
fuera reina de Polonia.
ELENA. ¡Qué desdicha! *(Ap.)*
ROBERTO. ¡Qué belleza! *(Ap.)*
VASCO. Celoso voy de Roberto.
BLANCA. No hay cosa humana que pueda
sacaros de adonde estáis.
VASCO. De lo que he dicho me pesa.
TELLO. ¿Cómo quedamos, Beatriz?
BEATRIZ. Tello, como tú me quieras,
soy tuya.
TELLO. A tanto favor
mis sentidos hagan fiesta,
ponga el alma luminarias,
corran toros mis potencias.
(Vanse Tello, Roberto y Vasco.)

ESCENA VIII

BLANCA, ELENA *y* BEATRIZ.

BLANCA. Paréceme que has quedado
triste.
ELENA. ¿No tengo razón,
si he visto con la afición
que Roberto te ha mirado?
De la visita he medrado,
Blanca, notables consuelos
para mis necios desvelos;
porque si en la fantasía
solamente amor tenía,
ya tengo amores y celos.
No he visto tal desatino
como tenía en mirarte,
sin que Vasco fuese parte
para impedir su destino;
luego al despedirse vino
á decir que te dijese
cómo iba sin alma, y fuese
con la mía en su lugar,
que yo se la quise dar
para que alguna tuviese.
BLANCA. Elena, cuando mi amor
don Vasco no mereciere,
segura estoy que no hiciere
á un extranjero favor:
en el hidalgo mejor
del mundo estoy empleada;
ama y vive descuidada
de tener celos también;
que de parecerle bien
á quererle, hay gran jornada.
(Vanse Blanca y Beatriz.)

ESCENA IX

ELENA.

Extraña desdicha ha sido
que de Blanca se agradase
y que apenas me mirase
mirándola divertido;
pero pues me ha prevenido
para hacerme su tercera,
aunque mi gusto prefiera
á mi honor, viendo que muero,
sin que sepa que le quiero
tengo de hacer que me quiera. *(Vase.)*

ESCENA X

REY *y* TRISTÁN.

REY.

No me deja el dolor, como si fuera,
Tristán de Silva, aqueste el primer día
que vió aquel ángel la dorada esfera
de su inocente y pura jerarquía:
admírese el amor de que no muera
quien perdió su adorada compañía,
y yo que vivo, en tanto mal me veo,
pienso que basta, que morir deseo.
Si á doña Inés de Castro, tan airado
mató mi padre, cuya muerte injusta
en los fieros traidores he vengado
por ley de amor y por sentencia justa,
en sombras me aparece, y mi cuidado
de adorar su divina imagen gusta,
¿por qué te admira la tristeza mía?

TRISTÁN.

Porque cual es el sol, tal es el día.
Si estás triste, señor, por la sangrienta
historia de tu Nise lastimosa,
que el coro de los ángeles aumenta,
con muerte tan atroz y rigurosa,
¿cómo no quieres que tu reino sienta
tu misma pena?

REY.

Mi querida esposa
no me deja alegrar.

TRISTÁN.

Ni el reino puede
viendo que tu pesar lo justo excede.
Ya en público teatro, coronada
reina de Portugal, después de muerta,
fué la divina doña Inés jurada,

de telas de oro y de dolor cubierta;
y el pecho que pasó cobarde espada
del alma noble dolorosa puerta
gozó tus brazos; ¡ánimo excesivo,
con una muerta desposarse un vivo!
De tu venganza y deste dolor fiero
tan sangriento y cruel, señor, quedaste,
que tiembla Portugal, de aquel severo
rostro que desde entonces le mostraste,
confieso que la causa fué primero,
mas ya los homicidas castigaste;
tres reyes Pedros tiene agora España
y todos tres crueles, ¡cosa extraña!
Mas si el de Aragón y el de Castilla
por justicieros este nombre tienen,
en Zaragoza aquél, éste en Sevilla,
diferentes renombres te convienen,
tu tristeza á tu reino maravilla:
fiestas en mar y tierra te previenen,
alégrate, señor.

REY

Si yo pudiera
olvidarme de mí, posible fuera.

ESCENA XI

DICHOS, ROBERTO, VASCO y TELLO.

ROBERTO. Todo el mundo está cifrado
en esta insigne ciudad;
de toda su variedad
la quinta esencia ha sacado
la bella naturaleza.

VASCO. Bien la podéis alabar,
si por tanto varïar
se conoce su grandeza.

ROBERTO. Como grandes edificios,
adornan á las ciudades
riquezas y cantidades
de mercaderes y oficios.
¿No hay aquí Universidad?

VASCO. En Coimbra está fundada
donde se aumenta, adornada
de una y otra facultad,
hasta música y poesía.

TELLO. Y advertid, que no es acá
como en Castilla, que es ya
una vulgar tiranía.
Un cierto componedor
me avisó con la estafeta
de que ya todo poeta
tiene un teniente asesor:
uno escribe y otro firma,
y así salen las sentencias
con notables diferencias.

ROBERTO. Esa grandeza confirma
la riqueza de su mar,
sus damas, calles y galas.

VASCO. No eran las dos rubias malas.

ROBERTO. Nada me pudo agradar
como la Blanca que vi.

TELLO. ¡Guarda fuera!

VASCO. No es tan bella
como la hacéis.

ROBERTO. Una estrella,
un sol en sus ojos vi.

TELLO. Un diablo fuera mejor.

VASCO. ¿No era más hermosa Elena?

ROBERTO. Hasta el nombre me da pena,
que tiene trágico amor.

VASCO. ¿La morena casadilla
no es hermosa?

ROBERTO. Blanca es blanca;
y en diciendo doña Blanca
el sol á sus pies se humilla.

TELLO. (Aderézame esa novia.)

ROBERTO. Hay en las dos mas distancia
que desde Polonia á Francia,
y desde España á Moscovia.

TELLO. (Mala mosca te dé, amén,
y á quien te trujo de allá.)

VASCO. Doña Bernarda de Sá,
yo sé que os parece bien.

ROBERTO. ¿Quién puede tener igual
con Blanca?

TELLO. (Estés blanqueado
con cal viva por un lado
y por el otro con sal.
El está fuera de sí,
no lo sacará de Blanca,
si una tenaza le arranca.)

VASCO. (*Aparte.*) (¡Celos, qué queréis de mí!)
Doña Elvira de Miranda
es bellísima mujer.

ROBERTO. Con Blanca no puede ser,
porque como Venus manda
los Amores y Cupidos
que andan repartiendo flechas.

TELLO. (Cuatro te pasen derechas
los ojos y los sentidos.)

VASCO. ¿Cómo negarme podéis
la hermosura y bizarría
de doña Ana Estefanía?

ROBERTO. Con las gracias que sabéis
de doña Blanca divina.

TELLO. ¿Qué le porfías? (*Ap. á su amo.*)

VASCO. ¡Ah cielos!

TELLO. Mayores haces tus celos
si él tu cuidado adivina.

REY. Este Roberto, Tristán,
es un Príncipe que puede
heredar.

TRISTÁN. Por eso excede
la envidia de los que están
á la mira del suceso.

REY. Si mi hermana Isabel fuera
legítima, se la diera.

TRISTÁN. Que no te he visto confieso,
humilde en otra ocasión,
ni aun la merece mirar
si acabase de heredar
su reino.

REY. Tienes razón.

TELLO. El Rey está aquí.

RORERTO. Señor,
Vuestra alteza me perdone.

REY. No es menester que os abone,
Roberto, más que mi amor.

ROBERTO. Un siglo me ha parecido
que no veo á vuestra alteza.

REY. Consuelo de mi tristeza
el veros hubiera sido.

VASCO. Tello, yo pierdo el juicio
de ver este hombre sin él.
TELLO. De que es lindo cascabel
me ha dado su amor indicio,
que viendo diez mil mujeres
esta sola le apasiona.
VASCO. Tiene tan linda persona
Blanca.
TELLO. ¿Disculparle quieres?
VASCO. Tiene tan lindo mirar
que lleva el alma tras sí.
Gesto que me ha muerto á mí,
¿á quién no podrá matar?
Con dos armas extremadas
de hermosura, amor, conquistas,
unas que mataron vistas,
y otras después de miradas.
Blanca, en viéndola, segura
tiene el alma en la prisión
que parte jurisdicción,
con el cielo su hermosura.
TELLO. Mi dicha el cielo mejore,
porque bien sé yo que ha estado
en que no tuvo criado
que de Beatriz se enamore.
REY. ¿Cómo os ha ido estos días
con el huésped?
ROBERTO. Con exceso
me ha regalado.
VASCO. Confieso
que las humildades mías
afrentan la voluntad,
vuestra alteza está culpado
si no ha sido regalado
conforme á su calidad.
REY. Yo se de vuestro valor
Vasco, que yo no pudiera
hacer más.
VASCO. Que yo quisiera
sabe Roberto, señor,
que mi amor ha conocido.
ROBERTO. De todo estoy obligado;
Vasco de Acuña ha mostrado
ser hombre tan bien nacido.
REY. ¿Qué os parece la ciudad?
ROBERTO. Que aún es mayor que la fama
que por antigua la llama
su nobleza y calidad.
Desde el Tajo por la orilla
del mar tendido se ve
que viene á besarla el pie
de los montes de Castilla.
Mucho me alegré de ver
naves de tantas naciones;
mas ¿dónde hallaré razones
si quisiera encarecer
de sus hidalgos las galas,
de sus damas la hermosura,
sin ponerme en aventura
de Paris con Juno y Palas?
Que una Venus vi tan bella,
que el premio á todas llevaba.
REY. ¿Quién por mi vida?
VASCO. Repara
Tello, en lo que dice della.
ROBERTO. Blanca se llama, señor.
REY. ¿La condesa de Ademira?:
con justa causa se admira.
TELLO. No era para mina amor.
VASCO. ¿Por qué?
TELLO. ¿No lo ves aquí?
No sabe encubrir el fuego.
VASCO. Nuestro huésped anda ciego
y no es bueno para mí.
REY. En fin, ¿la habéis visitado?
ROBERTO. Y la comienzo á servir.
REY. De Blanca os puedo decir
que estaréis bien empleado.
De la casa de Mendoza,
de Castilla fué su madre;
la calidad de su padre
tantos privilegios goza
que yo solo soy mejor.
ROBERTO. Principios ahora han sido,
aunque estoy favorecido.
TELLO. ¿Oyes aquello, señor?
VASCO. Callo, porque estoy culpado.
REY. Que os entretengáis así
estimo mucho.
ROBERTO. Yo fuí,
de Vasco de Acuña honrado,
donde tuve esta ventura.

(*Vanse el* Rey *y* Tristán.)

ESCENA XII

DON VASCO, ROBERTO *y* TELLO.

VASCO. Mal habéis hecho, Roberto,
en haberle descubierto
que amáis á Blanca.
ROBERTO. Es locura
todo amor, y yo lo estoy.
VASCO. Pues, Roberto, no lo estéis,
que un competidor tenéis
tan bravo, á fe de quien sois,
que os ha de costar cuidado.
ROBERTO. Del rey abajo, ninguno.
VASCO. ¿No podría ser que alguno
que la amase y fuese amado
se declare con vos?
ROBERTO. No,
que soy yo muy diferente.
VASCO. Vos no sabéis con la gente
que tratáis.
ROBERTO. Presumo yo
que es un Cid todo español.
VASCO. ¡Vive Dios que hay portugués
que pondrá el sol á sus pies
si se le igualase al sol!
reyes tendrán por esclavos,
porque cuando no lo fueran,
del rey D. Pedro aprendieran
que los enseña á ser bravos.
Desenterró á doña Inés
y con ella se casó
después que la coronó,
porque esto es ser portugués,
y los hidalgos, Roberto,
que son de tan buena ley,
harán lo mismo que el Rey:
no digáis que no os advierto.

ROBERTO. [illegible]
[illegible]
[illegible] a Blanca [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
VASCO. [illegible]
ROBERTO. [illegible]
VASCO. [illegible]
ROBERTO. Pues ya le [illegible]
VASCO. ¿Dónde?
ROBERTO. A la orilla del mar.
VASCO. ¿Con qué armas le [illegible]?
ROBERTO. Con daga y espada.
VASCO. [illegible]
ROBERTO. [illegible] á aguardarle allí
y en la campaña verá
[illegible] portugueses.
VASCO. Pues [illegible]

(Vase Roberto.)

ESCENA XIII

Don Vasco y Tello.

TELLO. ¿Qué intentas?
VASCO. Perdido estoy.
TELLO. De qué crédito le dieses.
[illegible]
que es extranjero y para
favor de la cortesía.
VASCO. En el favor le disculpo.
TELLO. ¿Vaste?
VASCO. No me digas nada. (Vase.)

ESCENA XIV

Tello.

Puesto quedo en confusión:
¡que por tan necia ocasión
saque don Vasco la espada!
Roberto estará ignorante
de competidor igual,
cuando vea al general
don Vasco amante y diamante.—
El Rey es este, ¿qué haré?

ESCENA XV

Tello y el Rey.

REY. ¿Quién sois hombre?
TELLO. Soy criado
de Vasco de Acuña.
REY. Honrado
dueño tenéis
TELLO. Ya lo sé.
REY. ¿De qué le servís?
TELLO. Señor,
un pobre soldado fuí
que en la guerra merecí
que me hiciese algún favor.
Después que vinimos della
salgo de noche con él.
REY. ¿Qué lleváis?
TELLO. Solo un broquel,
[illegible], que con ella
he muerto diez castellanos;
[illegible] del de Acuña,
[illegible] por la uña
se escaparon de mis manos.
REY. ¿Diez castellanos? mirad
lo que decís.
TELLO. ¿Esto admira?
REY. Pocos son para mentira
y muchos para verdad.
¿Y a qué de noche va
el general?
TELLO. Gran señor,
tiene un poquito de amor
que pesadumbre le da.
REY. ¿Amor?
TELLO. No señor.
REY. ¿Quién es,
porque á estar en posesión,
[illegible] Rey era razón
[illegible]?
TELLO. Beso tus pies...
Doña Blanca de Mendoza
es por quien Vasco suspira.
REY. ¿Pues cómo Roberto mira
lo que don Vasco no goza?
TELLO. Aquí le ha avisado ya
que tiene competidor,
y [illegible] saberlo, señor,
resuelto en quererla está,
y yo en que sepas de mí
la verdad de lo que pasa.
Vasco de celos se abrasa
y dijo á Roberto aquí
que le quería enseñar
quien es su competidor
y fué á aguardarle, señor,
á las orillas del mar.
Y el general irá luego
donde a costa de su daño
ha de ver el desengaño;
que lo remedies te ruego.
REY. Bien se yo que Vasco es hombre
de valor.
TELLO. Cuerpo de tal,
es tan hombre el general
que solo basta su nombre.
Yo le vi partir un moro
por la mitad, de un revés.
REY. Buen revés.
TELLO. De portugués.
REY. Aunque deslustre el decoro
real, no me da sosiego
la braveza natural.
¿Ha mucho que el general
fué á la ribera?
TELLO. Fué luego.
REY. Con qué enojo escucho y trato
hasta las cosas más viles:
ó tengo el alma de Aquiles,
ó me engendró Viriato.
Desde aquella sombra helada
que estoy por instantes viendo,
luego en cólera me enciendo;
muero por sacar la espada
con alma tan ofendida,

que cualquiera pienso que es
quien dió muerte á doña Inés
y me ha quitado la vida.
(Vanse y sale Roberto.)

ESCENA XVI

ROBERTO.

En la mayor confusión
que hombre se ha visto jamás
vengo, amor, donde me das
para tenerla ocasión;
celoso estoy con razón,
porque el favor que he tenido
por agena mano ha sido,
y bien puede haber engaño,
no en los celos cuyo daño
¿cómo puede ser fingido?
Que es el Rey tengo pensado
el que tiene á Blanca amor;
que menos competidor
ya le hubiera declarado.
Ser don Vasco su privado,
es más cierto fundamento,
pues ¿qué esperáis pensamiento
en tanta desconfianza?:
que es locura la esperanza
que ha de parar en el viento
Playa del mar lusitano,
puerta ilustre del Oriente,
aquí de mi reino ausente
vine huyendo de mi hermano;
pero ya pretendo en vano
del rey don Pedro el favor,
que si á Blanca tiene amor
presto me ha de aborrecer,
porque el supremo poder
no admite competidor.
Si fuere el Rey, Blanca hermosa,
aunque Elena me ha contado
que es mi amor de vos pagado,
dejaré, que es justa cosa,
la pretensión amorosa;
que, fuera de ser quien es,
y tan bravo, que á sus pies
tiene el mundo, fuera error
tener en cosas de amor
competidor portugués. *(Sale* Vasco.)

ESCENA XVII

DICHOS *y* D. VASCO.

VASCO. Amor, donde la esperanza
que se funda en fe más pura
no tiene cosa segura
mientras que su fin no alcanza;
pues con tal desconfianza
me trae de Blanca hermosa,
permite á un alma celosa
impedir á un nuevo amante
porque no pase adelante
su pretensión amorosa.
En decirle mi afición
bien sé que no soy discreto,
¿pero qué amor fué secreto
si celos dan la ocasión?
Puesto vengo en confusión;
que callar es dar lugar
que su amor pueda aumentar;
y decir que tengo amor
es declarar el favor
y dar á Blanca pesar.
Pedir celos no he querido;
porque están de agravios llenos,
y porque es tenerme en menos,
que de quien yo celos pido,
el amor que está dormido
suele despertar con ellos:
sufrillos ó no tenellos
fué siempre mayor razón;
que por la misma ocasión
viene el agravio tras ellos.
Ya Roberto ocupa el puesto;
honra ó amor le han forzado;
mayores celos me ha dado
el verle venir tan presto.
A todo viene dispuesto;
mas no es á su sangre igual
que, siendo honor su caudal,
desde Polonia y sus hielos
traiga una nave de celos
á vender á Portugal.

ROBERTO. Vasco me parece aquél.
Él es; ¿qué es esto don Vasco?
VASCO. Venir á volver por mí.
ROBERTO. ¿Vos por vos, cuando yo aguardo
á quien quiere á doña Blanca?
VASCO. Yo soy quien la quiere tanto
que he de quitarle la vida
al que quisiere estorbarlo.
ROBERTO. No, Vasco, no puede ser:
el Rey aquí os ha enviado;
él la quiere, y vos queréis
cerrar á mi amor el paso.
VASCO. Yo os he dicho la verdad,
y si estáis determinado
de servir á Blanca, oidme:
Esa es la mar, éste el campo:
ó navegar por allí,
ó aquí morir peleando.
ROBERTO. Entrambas cosas haré;
porque después de mataros,
será fuerza navegar,
y librarme navegando.
VASCO. ¿Sabéis bien quién soy?
ROBERTO. Ya sé
que el Rey no me hubiera dado
á menos huésped que á vos.
VASCO. ¿Y es nobleza ser ingrato?
ROBERTO. No es aquesta ingratitud,
sino presunción de bravo:
que quien entre en Portugal
os honra con imitaros.
VASCO. Sacad la espada.

ESCENA XVIII

DICHOS, *el* REY, TELLO *y* TRISTÁN.

REY. ¿Qué es esto?
VASCO. El Rey, por Dios.

ROBERTO. ¡Caso extraño!
REY. ¿Así los huéspedes riñen?
VASCO. Señor.
REY. No hay que disculparos:
ya sé la ocasión, Roberto,
y que tenéis culpa entrambos:
vos en querer alterar
el reino, de ayer llegado,
y Vasco en no hablarme á mí,
que supiera remediarlo.
¡Vive Dios que el reportarme,
más que cordura, es milagro!:
yo no quiero que de hoy más
me llamen don Pedro el Bravo;
yo veo espadas desnudas,
y ningún respeto humano
tiene embainada la mía.
ROBERTO. Si yo pensara enojaros.
REY. Bueno está.
VASCO. General vuestro
en mar y tierra me llamo;
si aquí habéis de ser juez,
señor, y no Rey airado,
pues decís que habéis sabido
la ocasión, á suplicaros
me atrevo que me escuchéis.
REY. Nunca estuve tan despacio.
La condesa doña Blanca,
que es sólo en lo que reparo,
¿cuál de los dos favorece?
ROBERTO. Mis favores no son tantos
que pueda alabarme dellos;
basta que me haya contado
su prima Elena que estoy
en su gracia.
REY. ¿Quién ó cuándo
os llevó á verla?
ROBERTO. Señor,
don Vasco, recién llegado.
REY. No tenéis culpa en quererla;
pero habiéndoos avisado,
¿cómo la podéis servir
sin hacer á Vasco agravio?
La ley de amigo y de huésped,
¿no obliga á un noble?
ROBERTO. No hallo
disculpa; perdón le pido;
y á vos, señor, de enojaros.
REY. Vencido habéis mis enojos:
¿vos, general, en qué estado
tenéis el amor de Blanca?
VASCO. Ha que la sirvo seis años
sin haberme hecho favor;
mal dije, pues me ha dejado
servirla sin que se ofenda.
REY. ¡Qué cortesano recato!
TRISTÁN. Esté cierto vuestra alteza
que en su servicio y palacio,
como don Vasco, no tiene
tan valeroso fidalgo.
REY. Lisonja me hacéis, Tristán;
y si como éste es hermano
de un rey, y al fin extranjero,
que viene á buscar mi amparo,
fuera del reino, por Dios,
que hubiera metido mano
y quitádole la vida
en defensa de don Vasco.
¿General?
VASCO. Señor.
REY. Yo quiero
hoy de mi mano casaros.
VASCO. Venturoso yo, si hoy quedo
casado de vuestra mano.
REY. Yo sé que hoy habéis tenido
un papel con un retrato;
Blanca os quiere; ya sabéis
que su padre don Fernando,
sus dos hijos me encargó,
y que, muerto don Gonzalo,
para mayor dicha vuestra,
Blanca hereda sus estados.
Ya sois conde de Ademira,
y yo á su dote os añado
seis mil escudos de renta.
VASCO. Las estampas que dejando
van vuestros pies, son envidia
de mi boca.
REY. Tristán, vamos.
TRISTÁN. Conde, el parabién os doy.
(Vanse el Rey y Tristán.)
ROBERTO. Y yo voy desesperado,
lleno de celos y envidia.
(Vase Roberto.)

ESCENA XIX

DON VASCO y TELLO.

TELLO. ¿Puedo besarte la mano?
VASCO. No, Tello, que al Rey dijiste
lo del papel y el retrato.
TELLO. Gentil agradecimiento
si por esto estás casado.
VASCO. Ahora bien, yo te perdono,
Tello, mas pues eres sabio,
advierte que entre los nobles
se tiene á término bajo
decir á nadie el favor.
TELLO. Esos estilos tan altos
son del tiempo de Amadís;
que agora hay muchos hidalgos
que cuentan lo que no han hecho
como si hubiera pasado. *(Vanse.)*

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

CONDESTABLE y TRISTÁN DE SILVA.

CONDESTABLE.

De cuantas novedades en mi ausencia,
Tristán de Silva, referís, ninguna,
puede estar con el gusto en competencia
de ver casada á Blanca.

TRISTAN.

Si hay alguna
que pueda celebrar vuestra excelencia,

de su real sangre y su mayor fortuna,
es ver casada á Blanca, su sobrina.

CONDESTABLE.

Digo que fué disposición divina.
Muerto su padre y su gallardo hermano,
fué todo mi cuidado la Condesa,
temí que caballero castellano
gozase, á mi pesar, tan alta empresa;
Vasco es honor del reino lusitano,
Vasco, de la nobleza portuguesa,
lustre y valor, y en la extranjera tierra,
valiente por la paz y por la guerra.

TRISTÁN.

El día de sus bodas, sumamente
fué de toda Lisboa celebrado,
honrándolos el Rey como pariente,
sino digo mejor como á privado.

CONDESTABLE.

¡Oh, cuánto me pesó de estar ausente!

TRISTÁN.

Mucho, señor, hubiérades honrado
el regocijo y fiesta de aquel día.

CONDESTABLE.

Las cartas tuve allá cuando venía.

TRISTÁN.

Alabaros de Blanca la hermosura
aquella noche, fuera empresa vana;
que digna fué su celestial pintura
de no admitir comparación humana.
El bañado jazmín en plata pura,
la púrpura en clavel, la rosa en grana,
no igualaron su rostro que tenía
aquella luz con que se afeita el día.
Galán Vasco de Acuña, acompañado
de toda la nobleza, se presenta
airoso en la ocasión, como soldado;
que es guerra amor, y parecerlo intenta.

CONDESTABLE.

¡Dichoso el que se casa enamorado,
si aquel amor hasta morir sustenta!

TRISTÁN.

Si la dama después no desmerece,
amor es niño y con los años crece.

ESCENA II

DICHOS, *el* REY, VASCO *y* TELLO.

REY.

Esto me escriben del Algarve ahora;
mirad si es justo que me cause pena.

VASCO.

Traición extraña y digna de castigo.

CONDESTABLE.

Vuestra alteza me dé sus pies reales.

REY.

¡Oh, Condestable!, á tiempo habéis venido
que en tanta pena me daréis consuelo.

CONDESTABLE.

Muchos años, señor, os guarde el cielo.

REY.

¿Cómo en Castilla os fué?

CONDESTABLE.

No hay cosa en ella
que al nuevo rey, señor, no esté rendida.
Ya queda don Enrique, rey pacífico
y olvidado también su muerto hermano;
que se quejaba el reino castellano,
de la fiera crueldad del rey don Pedro.
El parabién le dí, mostrando el gusto
que de vuestra amistad y paz es justo.
(Dale una carta.)
Aquí responde.

REY.

Muerto su hermano,
no habrá contradicción en todo el reino.

CONDESTABLE.

Esta muerte y prisión, los castellanos
han sentido, señor, con grande exceso [1].

REY.

Que fué valiente príncipe, os confieso.

TRISTÁN. *(Ap.)*

Como él es tan cruel, disculpa á un hombre,
de quien se precia de imitar el nombre.

REY.

Descansad, Condestable, que mañana
trataremos despacio destas cosas.

CONDESTABLE.

Que fueran sospeché, dificultosas.—
Vasco, dadme los brazos.

VASCO.

Todo el pecho
como siempre os lo dí.

CONDESTABLE.

Grande alegría
me ha causado de Blanca el justo empleo.

VASCO.

Yo sé vuestro valor, vos mi deseo.
(Vase el Condestable.*)*

ESCENA III

El REY, DON VASCO, TRISTÁN *y* TELLO.

REY. ¿Vasco?
VASCO. Señor.
REY. ¿Qué he de hacer
para poder castigar
quien me ha dado tal pesar?

---

1 Como ya observó Hartzenbusch, falta algo en este lugar. La muerte y prisión serían probablemente de algunos partidarios del rey D. Pedro, como por ejemplo, el Maestre D. Martín López de Córdoba, inícuamente degollado por D. Enrique. El pasaje sería tachado por la censura.

VASCO. Señor, no más de querer.
REY. Con los Algarves se alzó
Héctor, aunque no el troyano,
y fuera afrentar mi mano
ir á castigarle yo.
Que por lo que es mi disgusto,
vive Dios, que luego fuera
y que en persona le diera
mil muertes.
VASCO. No fuera justo;
que vos no habéis de salir,
ni entre los reyes es ley,
no aviendo Rey contra Rey;
pero es quererme decir
que tome las armas yo,
que soy vuestro general
y me toca empresa igual.
REY. No, Vasco amigo, eso no,
que estáis muy recién casado.
VASCO. Afréntome, por Dios vivo:
que aunque mi amor excesivo
me diera mayor cuidado,
en siendo servicio vuestro,
ninguno puede igualar
con mi honor ese lugar.
REY. Quede Vasco, á cargo nuestro
castigar ese tirano:
gozad vuestra esposa vos.
VASCO. No digáis eso por Dios,
sino dadme vuestra mano,
que esto quiere brevedad.
REY. No sé, don Vasco, qué os diga;
la confianza me obliga.
VASCO. Vos sabéis mi voluntad.
REY. Conde, siendo vuestro gusto,
partid.
VASCO. Mil veces, señor,
os beso los pies.

(*Vanse el* Rey *y* Tristán.)

ESCENA IV

Don Vasco *y* Tello.

TELLO. Valor
has mostrado.
VASCO. ¿Y no era justo?
TELLO. No deja de ser por eso
valor.
VASCO. Y es valor de suerte
que no me diera la muerte
disgusto con más exceso.
¡Ay, Tello! no sé si amor
es sólo el que me atormenta,
sino otro amor, que es afrenta
del amor y del honor.
Hicieron, Tello, los cielos
dos amores: al mayor
llaman comunmente amor,
y al segundo llaman celos.
TELLO. Cuando niño me contaba
mi madre, que quiso hacer
hombres el diablo por ver
si los del cielo imitaba,
y que le salieron monas,
con que temor me ponía
todas las veces que vía
querer imitar personas.
Y así dijeras mejor.
por la envidia y sus desvelos,
que no son amor los celos,
sino monas del amor.
VASCO. He visto hablar con Elena
á Roberto en gran secreto.
TELLO. Pues ¿qué importa?
VASCO. Te prometo
que me ha dado mucha pena.
Ando con estos desvelos
de mi amor y de mi honor,
que no hay tormento mayor
que callar teniendo celos.
Pues di, ¿qué será de mí
si me ausento?
TELLO. Loco estás;
mas la disculpa que das
valga, aunque no para mí.
Elena quiere á Roberto
y él la debe de querer.
VASCO. Puede ser.
TELLO. Sí puede ser,
que es gran locura te advierto
pensar que pueda llegar
el mayor atrevimiento
con sombra, ni pensamiento
á tan divino lugar.
Que la Condesa, ya es claro
que es quien es.
VASCO. Quédate aquí,
que al Rey escucharnos ví;
porque ya sólo reparo
en que él ha de ser servido,
si cuesta vida y honor.

(*Vase* Vasco *y sale el* Rey.)

ESCENA V

El Rey *y* Tello.

REY. ¿Fuese el Conde?
TELLO. Sí, señor.
REY. Parece que está ofendido
de unos necios pensamientos;
no me encubras nada á mí.
TELLO. ¿Quién podrá negarte á ti
los más graves sentimientos,
si no ofendes la lealtad
del Conde, siendo tú el Rey,
pues no hay lealtad de más ley
que tratar al Rey verdad?
El Conde lleva temor
en esta ausencia.
REY. ¿De qué?
TELLO. Tiene amor.
REY. Pienso que fué
del amor hijo el temor.
Mas viene á ser desconcierto
si es de Blanca.
TELLO. No, señor.
REY. ¿Pues de quién tiene temor?
TELLO. Deste príncipe Roberto;
que desde que se casó

ha dado en solicitar
á Blanca.

REY. ¿Tiene lugar?

TELLO. Doña Elena se le dió
en algunas ocasiones.

REY. ¿Pues cómo pasa por eso
el Conde?

TELLO. Perdiendo el seso
y malogrando razones
que Elena entender no quiere,
y pienso que hubiera muerto,
á no ser por ti, á Roberto:
de que su lealtad se infiere,
pues, por no darte disgusto,
pasa por su atrevimiento.

REY. Que vaya á la guerra siento.

TELLO. Servirte, señor, es justo.

REY. Llámale.

TELLO. Ya vuelve aquí.

(Sale Vasco.*)*

ESCENA VI

DICHOS *y* DON VASCO.

REY. Conde, yo no me acordaba
que aquí el Condestable estaba,
cuando esta jornada os dí.
Descansad recien casado.

VASCO. Vuelva vuestra alteza acá,
que ni el Condestable irá,
ni otro, aunque mayor soldado,
de cuantos os sirven hoy;
ni merecen esta afrenta
mis servicios.

REY. Ni lo intenta
ninguno, á fe de quien soy.
Sino que lástima tengo
á Blanca.

VASCO. No hay Blanca aquí,
sino vos sólo.

REY. Es ansí.

VASCO. Pues ya, señor, me prevengo.

REY. Id en buen hora. *(Vase el* Rey.*)*

ESCENA VII

DON VASCO *y* TELLO.

VASCO. ¡Villano!
¿mis celos dijiste al Rey,
contra la lealtad y ley
que me debes?

TELLO. Ten la mano.

VASCO. ¡Vive Dios que has de morir

(Sale el Rey.*)*

ESCENA VIII

DICHOS *y el* REY.

REY. ¿Qué es esto, Vasco: estáis loco?

VASCO. Á ser loco me provoco,
por deseos de servir
á vuestra alteza, señor.

REY. Partid, que en vuestro lugar
vuestro honor sabré guardar,
pues vos miráis por mi honor.

VASCO. Vuelvo á besar vuestros pies.

(Vase el Rey.*)*

ESCENA IX

DON VASCO *y* TELLO.

VASCO. ¿Estás contento?

TELLO. Y tú debes
estarlo ya, pues te atreves,
si un Rey tu defensa es.

VASCO. Muerto voy.

TELLO. Saben los cielos
que con lealtad te he servido.

VASCO. ¡Ah, Blanca! mucho he perdido
en que sepa el Rey mis celos.

(Vanse y salen Blanca *y* Elena.*)*

ESCENA X

BLANCA *y* ELENA

BLANCA. Aunque sé que tiene amor
temas de loco y porfías,
que ni las vencen los días
ni las divierte el calor,
no puedo con el temor
del Conde dejar, Elena,
de referirte la pena
que á darme por punto vienes,
con el que á Roberto tienes
ya causa propia y no agena.
No me ha dicho nada el Conde
con saber ya que lo siente;
porque es hombre tan prudente
que sus secretos esconde,
de sí mismo, y no responde
á propósito, si intento
entender su pensamiento;
que el hombre, Elena, que es sabio,
hasta saber el agravio
nunca declara el intento.
Si he de aventurar por ti,
Elena, el amor del Conde,
vete, prima, y vive donde
no me trate el Conde ansí.
Tu casa tienes aquí
pared en medio, con puerta
á la mía, aunque encubierta;
sin que lo llegue á entender
me puedes ver, y tener
toda la del alma abierta.

ELENA. Al fin me apartas airada,
sólo por la fantasía,
de tu casa, y en la mía
quieres que viva apartada.
Á no vivir confiada
de tu amor y de quien eres,
pensara, Blanca, que quieres
darme á entender que no es bien
que á los requiebros estén
presentes otras mujeres.
Cuando el Conde haya entendido
mi pensamiento amoroso,

¿cómo puede estar celoso
de lo que no le ha ofendido?
Yo pienso que tú has tenido
celos de mí, que es lo cierto,
que él no, pues quiere á Roberto,
imaginando de mí
que de verte amar á ti
tengo yo amor encubierto.
Cuando está hablando contigo
dirás que me está mirando
y que estoy imaginando
que quisiera hablar conmigo;
amor no quiere testigo,
que busca las soledades,
para tratar sus verdades,
porque son los gustos menos
cuando los ojos ajenos
enfrenan las voluntades.
Desenfádate con él,
que no estoy tan advertida
que á tus requiebros les pida
imaginaciones dél.
Amo á Roberto, y por él
estoy tan fuera de mí,
que no vendré más aquí
porque no ofendas mi amor;
que quien ama su valor
no puede envidiarte á ti.
Esa puerta de mi casa
que pasa, Blanca, á la tuya,
pues no es del alma, y la suya
á la que le dí no pasa,
es visita muy escasa;
no la abriré, ni vendré
á verte, porque yo sé
que es necia la voluntad
que prosigue el amistad
adonde falta la fe.

(Vase Elena *y salen* D. Vasco, *el* Condestable *y* Tello.)

ESCENA XI

D. Vasco, *el* Condestable, Tello *y* Blanca, *retirada.*

Vasco. Con esta priesa me envía,
aunque, sabiendo mi pena,
me quiso quitar el cargo.

Condest. Sobrino, en ofensa fuera
de vuestro valor y el mío;
servid, que los reyes premian
obras y no voluntades,
que aunque en todo se parezcan
á Dios, sólo en esto no.

Vasco. Así es razón que lo entienda.

Condest. En su modo hacen los reyes,
como dicen, de la tierra
hombres, que si no los crían
con su favor los sustentan.
Los reyes hacen justicia,
castigan, honran, enmiendan,
perdonan, juzgan, defienden
con las armas y las letras.
Lo que no pueden hacer,
que sólo á Dios se reserva,
es conocer voluntades
fingidas ó verdaderas,
y así es menester servir
para que las obras puedan,
porque en llegando á intenciones
no juzgan los hombres dellas.

Vasco. Aquí está Blanca, señor,
decilde, por vida vuestra,
mi partida, porque yo
soy cobarde.

Condest. Si lo fueras
no fueras adonde vas.—
Sobrina...

Blanca. Señor.

Condest. Las nuevas
dicen que han de ser sangrías
á pausas, porque es prudencia
no sacar toda la sangre
de un golpe.

Blanca. La de mis venas
se helara á no ver al Conde;
con él, lo que fuere sea.

Condest. El Conde va á los Algarves:
breves son, si no son buenas.
Héctor Fernández se alzó
con ellos, no es esto guerra
sino castigo; y en fin,
cuando lo sea, paciencia:
que es bien, si el conde es Aquiles
que Héctor á sus manos muera.

Blanca. Cuanto es el honor del Conde
no es justo que me enternezca;
quisiera no ser mujer,
como su mujer no fuera,
porque llevara á su lado
valor y amor en defensa.
Agravio me hiciste, tío,
en prevenir tan de veras
las lágrimas de mis ojos,
aunque estoy de amor enferma;
antes por esa merced
beso los pies á su alteza,
porque esperando victorias
sabré yo templar mis penas. *(Vase.)*

ESCENA XII

D. Vasco, *el* Condestable *y* Tello.

Condest. ¿Qué dices?

Vasco. Que estoy sin mí.

Condest. ¡Bravo valor!

Vasco. Más quisiera
menos valor y más llanto.

Condest. Yo os aseguro que tenga
más agua este claro sol
que ha menester vuestra ausencia.
¿No veis que iban ya las niñas
de aquellos ojos tan tiernas
que hacían pucheros, Conde,
y deteniéndose en ellas
las lágrimas, como el agua
queda en el hielo suspensa?
Yo la voy á consolar. *(Vase.)*

ESCENA XIII

DON VASCO y TELLO.

VASCO. Tello.
TELLO. Señor.
VASCO. No aprovechan
engaños en tanto mal.
TELLO. ¿Engaños, de qué manera?
VASCO. No viste partir de aquí
sin lágrimas la Condesa?
TELLO. Sí, señor, mas yo te juro
que no esté agora sin ellas.
VASCO. ¿Ha respondido mujer
de tal suerte en tal ausencia?—
«Cuanto es el honor del Conde
no es justo que me entristezca,
quisiera no ser mujer
como su mujer no fuera,
porque llevara á su lado
valor y amor en defensa.
Agravio me hiciste, tío,
en prevenir tan de veras
las lágrimas de mis ojos,
aunque estoy de amor enferma.»
TELLO. Lindamente lo tomaste
de memoria.
VASCO. Las ofensas
no hablan, sino trasladan
al ofendido las penas.
«Antes por esa merced
beso los pies de su alteza,»
¿había de decir Blanca?
TELLO. Amas, temes y recelas;
tres disculpas que te culpan,
conocida la firmeza
de mi señora en amarte.
VASCO. ¿Qué hará después de mi ausencia?
(*Sale* Beatriz.)

ESCENA XIV

DICHOS y BEATRIZ.

BEATRIZ. ¿Está aquí el Conde?
TELLO. Aquí está.
BEATRIZ. Señor, mi señora queda
en brazos del Condestable...
VASCO. ¿Qué te turbas?
BEATRIZ. Medio muerta.
VASCO. ¿De qué?
BEATRIZ. ¿De qué me preguntas
cuando te vas?
VASCO. Voy á verla;
que la quiero desmayada,
y medio muerta me alegra. (*Vase.*)

ESCENA XV

TELLO y BEATRIZ.

TELLO. La diosa Venus, Beatriz,
para las bodas y fiestas
de amor, dicen que las randas
inventó la vez primera,
juntando de majaderos
mil docenas para hacerlas.
Sobre un tafetán azul
unos con otros enreda,
mas faltándole á Cupido
tal vez, para el arco flechas,
los majaderos tiraba
á cual yerra, á cual acierta.
Mas ni los que necios aman
ó que guardan mal su hacienda,
ni los que hijos de otros
que los engendraron piensan,
igualan á nuestro Conde:
que quien tiene mujer buena,
si con sus celos la infama
merece que no lo sea.
BEATRIZ. Ya cesará la ocasión,
que se ha retirado Elena
á su casa, y concertaron,
que pues hay en medio puerta,
la visite ausente el Conde.
Y pues ya los celos cesan,
dime qué Algarves son estos,
ó qué guerra á que te llevan
mis desdichas. (*Llora.*)
TELLO. No eres tú
del valor de la Condesa.
BEATRIZ. ¿No he de llorar si te matan?
TELLO. No hayas miedo que tal sea;
que como está concertado
el casarnos á la vuelta,
para tal desdicha mía
querrá Dios que vida tenga. (*Vanse.*)

ESCENA XVI

Salen ROBERTO y OTAVIO.

ROBERTO.

Hasta agora tenía mi esperanza,
Otavio, puesta en duda.

OTAVIO.

Todo el tiempo lo muda,
la porfía en amor todo lo alcanza;
pero estoy admirado de tu empresa
por la fama y virtud de la Condesa.

ROBERTO.

Yo nunca hablé con Blanca en mis amores;
Elena sólo ha sido
de quien he recibido
tan altas esperanzas y favores;
Elena, prima suya, de quien fía
Blanca su amor, rendida á mi porfía.

OTAVIO.

En Elena no puede haber engaño,
por interés ninguno.

ROBERTO.

Ni yo le he dado alguno
que me pueda servir de desengaño;
todo nace de Blanca agradecida:
tan mal resiste una mujer querida.

OTAVIO.

El irse ahora el Conde es tu remedio.

ROBERTO.

Ese tengo seguro;
porque en habiendo, Otavio, tierra en medio,
pocas mujeres suelen ser constantes
que hay muchos vidrios para dos diamantes.

ESCENA XVII

DICHOS y un CRIADO.

CRIADO. Como me mandaste fuí
á ver si el Conde partía,
y llegué cuando salía.
ROBERTO. ¿Viste á Blanca?
CRIADO. A Blanca vi.
Porque puesta en el balcón
á manera de la aurora,
perla con las rosas llora;
que sus mejillas lo son.
ROBERTO. ¡Qué! ¿lloraba?
CRIADO. O lo fingía,
mas no me quise admirar,
si las pensaba enjugar
con saber que el sol salía.
Don Vasco de Acuña, en fin,
salió tan bién adornado
de plumas, como esmaltado
se mira en Mayo jardín.
No ha quedado caballero
que no le acompañe, y todos
galanes, por varios modos,
hasta el más pobre escudero.
Entróse Blanca en partiendo;
que si ella allí se quedara,
ninguna cosa faltara
del jardín que estoy diciendo.
Luego de un balcón, que estaba
junto al suyo me llamó
Elena, y este me dió. *(Dale un papel.)*
ROBERTO. Tu relación, necio, acaba,
si aqueste papel traías.
CRIADO. Quise contarte el suceso.
OTAVIO. ¿Qué amante escucha con seso?
ROBERTO. Animo, esperanzas mías.
(Lee Roberto.) «El Conde se parte esta noche, el campo queda seguro: á las once os aguardo, que la casa se recogerá temprano y Elena se fué á la suya.»
CRIADO. ¿No lees más?
ROBERTO. ¿Para qué?
Lo demás es que me guarde
Dios: ¡ay si fuera más tarde!
OTAVIO. Ya, Roberto, el sol se fué:
vete á entretener un rato.
ROBERTO. ¿Adónde, cómo, ó con quién?
pues fuera ser de tal bien
á tanta esperanza ingrato.
Noche, que á tantos has dado
tantos contentos y gustos,
como penas y disgustos
por tus tinieblas causado;
noche, á quien llamaron fría,
siendo á mi esperanza fuego,
ven esta vez á mi ruego
y nunca amanezca el día.
(Vanse y salen Elena y Constanza.)

ESCENA XVIII

ELENA y CONSTANZA.

ELENA. Este papel escribí.
CONSTAN. ¡Temerario atrevimiento!
ELENA. Perderme ó ganarme siento,
aunque estoy fuera de mí.
Yo pasaré por la puerta
á su casa, y si me ven,
sabré disculparme bien,
pues la Condesa concierta
que nos veamos ansí;
si no me ven, abriré
y segura miraré
si está mi Roberto allí:
lo demás haga el amor
y ayúdeme la fortuna.
CONSTAN. No he visto mujer ninguna
de más resuelto furor.
¿No ves que han de conocerte?
¿no ves que puede infamarte?
¿no ves que el Conde ha de darte
con justa causa la muerte?
ELENA. ¿A mí conocerme?
CONSTAN. Y luego.
ELENA. No hará, que en tal ocasión,
las riendas de la razón
lleva el apetito ciego.
Y cuando sea conocida,
¿cuál hombre querrá perder
la ocasión de una mujer
entre sus brazos rendida?
No se funda en desatino,
como piensas, este amor:
yo lo he pensado mejor,
que ha mucho que lo imagino.
Yo le contaré después
á Blanca todo el suceso,
ella al Conde, pues por eso
celoso y triste le ves;
el Conde al Rey, satisfecho
de Blanca, el Rey enojado
á Roberto, que culpado,
no ha de negar lo que ha hecho.
Será el remedio casarme,
y si el de Polonia queda
sin hijos, Roberto hereda,
y nadie puede quitarme
el ser de Polonia reina.
CONSTAN. Ahora veo que amor
es un ardiente furor
que en las voluntades reina.
¡Por qué notables caminos
de grado en grado te has hecho,
reina!
ELENA. Amor me abrasa el pecho;
suyos son mis desatinos.
Ya es tarde.
CONSTAN. ¡Extraña porfía!
Vaya vuestra majestad.
ELENA. Constanza, en siendo verdad,
te has de llamar señoría.
(Vanse y sale el Condestable con espada y rodela.)

ESCENA XIX

El Condestable.

En las palabras que oí
á don Vasco en la partida,
sospechas de su ofendida
honra y valor conocí;
no porque yo presumí
de mi sobrina temor,
que conozco bien su honor,
más porque ocasión le ha dado
algún atrevido honrado,
y porque es cobarde amor.
Los celos pintaba un día
Apeles, sabio pintor,
en forma de aquel pastor
que con cien ojos veía;
no sé yo si en la edad mía
vendrá bien este cuidado;
más yo estoy determinado
de guardar aquestas puertas,
no porque han de ser abiertas
más por haberlas guardado.
Es loca la juventud,
y aunque no tenga favor
suele con sólo el amor
dar al honor inquietud;
no es creída la virtud,
y así el honor desconciertan,
que porque todos lo adviertan,
quando á dormir se retiran,
con pólvora sola tiran
y la vecindad despiertan.

ESCENA XX

Dicho, *y salen el* rey Don Pedro *y* Tristán de Silva, *con broqueles.*

Rey. Dame ese broquel y vete.
Tristán. Pienso que hay gente en la calle.
Rey. Ya te he dicho que te vayas.
¿De qué sirve replicarme?
Tristán. ¿Has de quedar solo aquí?
Rey. Nunca un rey puede quedarse
solo, y yo soy muchos reyes,
y cada rey tiene un ángel.
Vete.
Tristán. ¿Aquí detrás, señor,
desta esquina?
Rey. No me canses,
¿soy don Pedro el Bravo, ó quién?
Tristán. En los monasterios tañen
y deben de ser las doce,
¿dónde mandas que te aguarde?
Rey. Sean las ciento, majadero,
ni me sigas, ni acompañes.
Tristán. Esto es amor.
Rey. Sí es amor.
vete á acostar que ya es tarde;
y hazme mañana un soneto
en que ese amor me declares.
Tristán. Ya me voy. *(Vase.)*

ESCENA XXI

El Rey *y el* Condestable.

Rey. (Gente hay aquí.)
¿Quién va?
Condest. Un hombre.
Rey. En esta calle
no hay más hombre que yo.
Condest. Y yo,
que de todas pienso echalle.
Rey. Saque la espada.
Condest. • ¡Señor...
Rey. ¿Quién eres?
Condest. El Condestable.
Rey. ¿Pues, en qué me conociste?
Condest. No sólo en la voz y el talle,
sino en el sacar la espada,
que la postura y buen aire
debéis al primer maestro,
que es el que tenéis delante.
Rey. ¿Qué hacéis aquí?
Condest. Vine á ver
á mi sobrina.
Rey. Tratadme
verdad, que no se entra en casa
de mujeres principales
á visitar con rodelas,
sino en las que son infames.
Condest. Señor, vine á ver si andaban
por esta calle galanes,
en ausencia de don Vasco.
Rey. ¿Fué celo de vuestra sangre,
ó fueron celos del Conde?
Condest. Celo, y no celos me traen;
que, como Blanca es hermosa,
y hay muchos necios amantes,
no dan honra, ausente el Conde.
Rey. ¿Quién por mi vida? nombraldc.
Condest. Roberto, hermano del rey
de Polonia.
Rey. Aquesta tarde
tuve cartas de su hermano
con mil desengaños, tales,
que por el menor me dice
que de Roberto me guarde.
El es un traidor al fin,
mañana haré despachalle
y saldrá de Portugal;
idos á acostar que es tarde,
que yo guardaré estas puertas.
Condest. Permitid que os acompañe.
Rey. Idos con Dios.
Condest. Señor...
Rey. Basta:
no me enojéis Condestable.
Condest. *(Ap.)* No era sin razón la pena
que tenía de ausentarse
el Conde, el Rey sirve á Blanca,
y enviarle á los Algarves
no ha sido sino ocasión.
¡Ah, cielos! quiero dejarle;
que no tiene condición
para que se atreva nadie
á contradecir su gusto;
y pues que Blanca no sale,
debe de estar inocente.

REY. Condestable, Condestable.
CONDEST. Señor.
REY. ¿Murmuráis por dicha,
que yo guarde aquesta calle?
¿Vais celoso?
CONDEST. ¿Yo, señor?
Pues ¿yo soy tan ignorante,
que del señor soberano
que honor á todos reparte,
presumiese que le quita
á vasallos tan leales?
REY. Id con Dios.
CONDEST. Guárdeos el cielo.
(*Vase el* Condestable.)
REY. Cosa que este imaginase,
que soy hombre, aunque soy Rey.

ESCENA XXII

El REY *retirado, y salen* ROBERTO *y* OTAVIO *con los broqueles.*

ROBERTO. Vete, Otavio, y no me aguardes.
OTAVIO. Hasta que salgas, no es justo
que desta esquina me aparte.
ROBERTO. Vete; no entienda que alguno
nuestro amor secreto sabe.
OTAVIO. Bien dices, pues no hay peligro.
(*Vase.*)
ROBERTO. No sé si espere ó si llame,
la calle está sola, allí
se divisa un bulto grande,
¿si es hombre ó es sombra? Voy...
mas no, que las puertas abren.
(*Sale* Elena *á la puerta.*)

ESCENA XXIII

ELENA, ROBERTO *y el* REY *retirado.*

ELENA. Pasé la puerta sin verme,
que ha sido dicha notable;
y entrando en casa del Conde,
con la prevenida llave
he abierto el postigo. ¡Ay cielos,
qué temores me combaten!
Allí está un hombre, ¡si es él!
ROBERTO. Hermosa Blanca, ¿tú sales
á abrirme?
ELENA. No hables palabra:
entra y sígueme.
ROBERTO. Pues hable
amor por mí.
ELENA. En el jardín
podrás con espacio hablarme.
(*Vanse los dos.*)

ESCENA XXIV

El REY.

¿A dónde podrá haber honor seguro
si faltó en esta casa, airados cielos?
¿Qué palabra, qué fe, qué fuerte muro,
qué obligación, qué argólicos desvelos,
qué principios de amor honesto y puro,
qué respetos, qué méritos, qué celos
guardan á una mujer? ¡Ah, Blanca infame,
que así mereces tú que un rey te llame.
Vasco de Acuña se ha partido apenas
y ya el honor le quitas; pues advierte
que lavará la sangre de tus venas,
su noble honor con tu violenta muerte.
Cuanto se deben estimar las buenas,
tu ejemplo, tu malicia nos advierte;
y es de manera, Blanca, tu malicia,
que envía Dios un rey á hacer justicia.
(*Saca dos llaves.*)
Pues yo la haré de ti; maestras llaves,
¿cual hará de vosotras? esta pruebo;
no entra, ¡qué desdicha! Honor, pues sabes
haz una llave y un milagro nuevo.
Esta quiero probar; hierro, si cabes,
con mil diamantes guarnecerte debo;
entró, la vuelta dió, y queda abierto;
que entrase en el jardín dijo á Roberto.
(*Entra, y salen* Vasco *y* Tello)

ESCENA XXV

DON VASCO *y* TELLO.

VASCO. No vengo á entrar, sino á ver,
para descansar con esto.
TELLO. De cualquiera suerte, Conde,
ha sido notable yerro.
Mas ya que la gente dejas
en ese lugar primero,
por venir á ver tu casa,
di que es amor y entra dentro;
mi señora pensará
que es fineza, que no celos.
VASCO. No pensará, que me ha visto
lleno de amor y de miedo:
estémonos en la calle
hasta que el alba del cielo
nos eche, como á la noche,
hasta los polos opuestos.
TELLO. ¿De manera, que has venido
por unos celos tan ciegos,
desde marido á galán?

ESCENA XXVI

DICHOS *y el* REY.

(*Sale el* Rey *y cierra con llave, y vase apriesa.*)

VASCO. Espera, Tello, ¿qué es esto?
¡Hombre sale de mi casa
y la vuelve á cerrar!
TELLO. Quedo.
¡Vive Dios, que de ella sale;
y qué apriesa!
VASCO. ¡Ah, caballero!
¡ah, caballero! ¿á quién digo?
TELLO. Hombre ó diablo.
REY. Teneos.
VASCO. ¿Cómo tener?
REY. ¿Es don Vasco?
VASCO. ¿Es el Rey, mi señor? ¡Cielos!
¿vos en mi casa, señor?

REY. Yo te obligo y no te ofendo;
á guardar vine tu calle;
en tu casa entró Roberto;
entré y matéle.

VASCO. Señor,
como quien sois habéis hecho.
¿Hablaba con Blanca?

REY. Sí.

VASCO. ¿Y qué hay de ella?

REY. Que la he muerto,
y juntos en un estanque
los eché por más secreto.
Volveos á llevar la gente;
que yo para todo quedo,
como Rey y como amigo.
Don Vasco, vos sois discreto:
no os han de quitar la honra
mientras vos me estáis sirviendo.
El rey soy don Pedro el Bravo,
y aquí soy el justiciero;
no entréis aquí, no entréis, Conde,
que no es acción de hombre cuerdo;
si algo se os ofrece, hablad.

VASCO. Señor, quisiera y no puedo;
¿que es muerta Blanca?

REY. Ya es muerta.
Volveos, Conde, volveos luego,
que no me iré sin que os vais.

VASCO. Mi señor, ya os obedezco:
¡El Rey, Tello!, mata un hombre
en mi casa!

TELLO. No me atrevo
á decir que este cuidado
nació de amor y de celos,
pero matar la condesa
¿no pudiera ser por ello?
Esto la sospecha quita.

VASCO. No el dolor, ¡ay Tello!, hoy muero;
hoy perdí vida y honor;
vamos de aquí, que en saliendo
al campo, quiero dar voces.

(Vanse el Conde *y* Tello.*)*

ESCENA XXVII

El REY.

REY. ¡Cual va el pobre caballero!
Lástima me da, por Dios;
y la que de Blanca tengo
me va traspasando el alma;
pésame de habella muerto.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Sa[len] el REY DON PEDRO, TRISTÁN DE SILVA, *y muchos.*

REY. No quede ninguno aquí.

TRISTÁN. Ya, señor, todos se van.

REY. Oye mi pena, Tristán,
y ten lástima de mí.

TRISTÁN. De manera estás, señor,
que la que tengo es de suerte,
que no me diera la muerte
más pena, ni más dolor.
¿Tú puesto en tan gran cuidado?

REY. Nunca tan grande ocasión
la desdicha y la razón
á ningún hombre le han dado.
Tres días ha que estoy ansí,
desde aquella noche triste
que me dejaste y te fuiste.

TRISTÁN. Dios sabe que lo sentí.
Parece que adivinaba
algún trágico suceso.

REY. Que he perdido te confieso
lo que yo más estimaba,
que es aquella natural
braveza con que nací.

TRISTÁN. ¿Viste alguna cosa?

REY. Vi
la causa de tanto mal.
Vi entrar, Tristán, á Roberto
en casa del Conde.

TRISTÁN. ¿En casa
del Conde un hombre?

REY. Esto pasa.

TRISTÁN. ¡Espantoso desconcierto!

REY. Pruebo las llaves, abrió
una: tan propia y igual
vino; que para hacer mal,
¿qué llave jamás faltó?
Entro al jardín, hallo en él,
sobre la arena sentados,
á los dos, bien descuidados
de su fortuna cruel.
Luego en viéndome Roberto
se puso en pie, y animoso
sacó la espada; furioso,
le arremeto descubierto,
donde de dos estocadas
midió la tierra.

TRISTÁN. ¿Pues quién
estaba con él?

REY. ¿Que quien...?

TRISTÁN. ¿O de nombrarle te enfadas,
ó lo dejas por olvido?

REY. ¿Que era Blanca es menester
referirte?

TRISTÁN. ¿En tal mujer
tal infamia?

REY. Amor ha sido.
Amor que tantas afrentas
ha hecho; pues tiene amor
tantos hombres sin honor
y tantas camas sangrientas,
cuantas estrellas el cielo,
cuantas arenas el mar.
Blanca, en viéndole matar
vino desmayada al suelo,
póngola en los brazos; voy
á un estanque, en que el desmayo
templó con agua.

TRISTÁN. ¡Qué rayo;
qué castigo!

REY. Yo lo soy.

TRISTÁN. ¡Buena manera de echar
agua á quien se desmayó!

REY. Sobre su arena quedó,
y en ese mismo lugar

Roberto, que no era bien
que dejasen de estar juntos.

TRISTAN. Bien es que lo estén difuntos.
Ninguna pena te den;
sólo me la causa á mí
que aquesto se ha de saber.

REY. ¿Qué puede el Conde perder
si yo por su honor volví?

TRISTÁN. ¿Qué puede el Conde ganar?
Él morirá de dolor.

REY. Yo le dare más honor
que le pudieron quitar.
Quiérole dar á Isabel,
mi hermana.

TRISTÁN. Mil veces beso
tus pies por él.

REY. No es exceso,
pues hay méritos en él.
Escribele que en volviendo
de la guerra, será suya
Isabel.

TRISTÁN. La fama tuya,
mil Alejandros venciendo,
en las puntas de las alas
alcanzará los dos polos.

REY. Parte.

TRISTÁN. De tus hechos solos
con que cielo y tierra igualas,
quedaran tantas memorias
con esta piadosa hazaña
que las historias de España
cuenten eternas tus glorias. *(Vase.)*

ESCENA II

El REY.

Después que la infeliz estrella y astro
con que nació mi amor, el blanco velo
quiso que viese, como rosa en hielo,
teñida en sangre á doña Inés de Castro,
y un angel retratado en alabastro
pedir venganza á mi abrasado celo,
que discurrió la tierra como el cielo
de cometa veloz fogoso rastro,
nunca tuve más penas, ni mayores
asombros, aunque puede la conciencia
mejor asegurarme la disculpa;
que á doña Inés matáronla traidores,
á Blanca un Rey, con esta diferencia:
culpada Blanca, y doña Inés sin culpa.

ESCENA III

El REY *y sale* DON PEDRO.

D. PEDR. (Su pena y tristeza admira;
fuego por los ojos vierte.)

REY. ¿Qué hay D. Pedro?

D. PEDR. Viene á verte
la condesa de Ademira.

REY. ¿Qué condesa, estáis en vos?

D. PEDR. Doña Blanca de Mendoza,
que el premio de Venus goza
en hermosura, por Dios,
al gusto de cuantos ven
su talle y su bizarría.
(Lisonjealle querría,
que sé que la quiere bien.)

REY. Idos luego noramala.

D. PEDR. ¿Pues en qué puede ofenderte
el decir que viene á verte?

REY. Despejad luego la sala.

D. PEDR. Señor, yo se lo diré.

REY. ¿Qué le diréis majadero?

D. PEDR. Tu enojo, porque no quiero
que piensen que no te hablé.
(Vase Don Pedro.*)*

ESCENA IV

El REY.

Sombras vienen á turbarme,
ya en mi casa se parecen;
si á mis criados se ofrecen
no será justo enojarme,
ni yo perder el valor
donde jamás hubo miedo.

ESCENA V

El REY *y* MACEDO.

MACEDO. Yo lo diré.

REY. ¿Que hay, Macedo?

MACEDO. Aquí está Blanca, señor,
que dice que os quiere hablar.

REY. Pues hacelde la cruz vos:
id con Dios, (¡Válgame Dios!
¿si me quiere encomendar
su alma?)

MACEDO. (No me ha entendido.)
Digo, señor, que está aquí
la condesa Blanca.

REY. ¡Ah! ¿si?
algo estaba divertido.
(¿Qué haré, que aquesto es verdad?
¿no soy yo D. Pedro el Bravo?
¿pues de qué valor me alabo?)
Macedo.

MACEDO. Señor.

Llamad
á algunos que entren con ella,
por honra suya y del Conde.
(Esto á mi valor responde,
ó mi valor atropella.)
¡Ola!, no venga ninguno:
entre sola.

MACEDO. Asi vendrá. *(Vase.)*

REY. Mi espada conmigo está:
ven espíritu importuno
en sombra, ó como quisieres.

ESCENA VI

El REY *y sale* BLANCA, *vestida de negro.*

BLANCA. Deme, señor, vuestra alteza
la mano.

REY. ¡Oh muerta belleza!
¿qué me asombras, qué me quieres?

BLANCA. A hablaros vengo, señor;
que yo no vengo á asombraros.

REY. (Nunca oí que á cielos claros
diesen las sombras temor.
¿Si me engañé, si soñé?
No, que yo truje la espada
con sangre. ¿Es viva, ó formada
del aire Blanca? ¿qué haré?
pero ¿soy D. Pedro ó quién?
Sea quien fuere.) Aquí os sentad,
Blanca.

BLANCA. Señor.

Acabad,
sentaréme yo también. *(Siéntense.)*

BLANCA. En la merced recibida
á D. Vasco estáis honrando.

REY. (La ropa le estoy tentando
por ver si es cosa fingida.)

BLANCA. Pedro generoso,
lusitano Pedro,
cuya vida guarde
mil años el cielo.
Príncipe famoso,
cuyos altos hechos
dan gloria á tu nombre,
dan fama á tu reino.
Por tu gusto y mando
fué mi casamiento,
y aunque gusto tuyo
fué mío el deseo.
Honra dió á mi casa
y alto nacimiento,
don Vasco de Acuña
y Portocarrero.
Don Vasco á quien yo
amaba en extremo,
que bien me disculpan
sus merecimientos.
Apenas mis ojos
de sus brazos vieron
de incierta esperanza
desengaños ciertos,
apenas le tuve
sólo un mes en ellos,
que celos injustos
quitáronme el miedo,
cuando á los Algarves
con quien se alza Héctor,
envïaste al Conde
y su ausencia siento.
Lloré, soy mujer,
porque no tenemos
en nuestras tristezas
más fuerte consuelo.
Fué el Conde á servirte,
las galas cubrieron
el luto del alma
y el temor del pecho.
Las auras y plumas
llevaban trofeos,
penas los sentidos,
los cuidados celos.
Quedé temerosa;
que han hecho concierto
de andar siempre juntos
el amor y el miedo.
Esa misma noche
un pesado sueño
me ha puesto en cuidado,
aunque no lo creo.
Soñé que miraba
á mi esposo muerto,
sangrienta la cara
y el arnés deshecho;
vi con hachas blancas
cuatro bultos negros
que estaban velando
en torno del cuerpo.
Desperté llorando,
di voces, vinieron
todas mis criadas;
conté mi suceso.
Dije que á mi prima
me llamasen luego;
no parece Elena,
faltóme el consuelo.
O se me ha negado
por ciertos respetos,
ó porque la riño,
que quiere á Roberto;
Roberto Vator,
aquel extranjero
traidor á su hermano,
tirano á su reino.
Con estas tristezas
de que estoy muriendo,
saliendo á un jardín
sus calles paseo.
Cerca de unas yedras
todo el verde suelo
con asombro miro
de sangre cubierto.
Quédome suspensa,
convertida en hielo,
con ir destocado
rizóse el cabello.
Desde allí á un estanque
la hierba tiñendo
sangre voy pisando,
temerosa vuelvo.
Con estas congojas
á pediros vengo,
Pedro generoso,
que me deis remedio.
Dice el Condestable
que no está tan viejo
que no lleve el cargo
de prender á Héctor.
Si le dais licencia
partiráse luego;
volverá mi esposo,
dejaránme sueños.
Que aunque los enojos
de don Vasco temo,
de mis brazos fío
aplacalle presto.

REY. Blanca, mucho me ha pesado
y más de lo que pensáis,
puesto que tan triste estáis
de la causa que os he dado.
Levantad, que si culpado
he sido en dalle el bastón,
fué por honrar su opinión,
no por haceros pesar,
que bien lo vengo á pagar
y con mayor confusión.

¿Adónde está el Condestable?

BLANCA. Conmigo vino, señor.

REY. Entre.

ESCENA VII

Dichos, y sale el CONDESTABLE.

CONDEST. De tu gran valor
la fama en mármoles hable
eternamente admirable.

REY. Id al ejército luego
y decid, que yo le ruego
el Conde os dé su lugar.

CONDEST. Los pies te vuelvo á besar.

REY. (¡Que estuviese yo tan ciego!)
Id, Blanca, con vuestro tío,
id con Dios.

BLANCA. Deme la mano
tu alteza. *(Vase.)*

REY. ¿El engaño es llano,
en qué dudo; en qué porfío?
¡qué notable desvarío!
Maté á Roberto y á Elena;
la casa del Conde llena
de sangre y de deshonor
dejó mi loco furor:
¡qué desengaño y qué pena!
¿Qué haré? ¿cómo le diré
el suceso y el engaño?
Pero pues no es tanto el daño
como yo lo imaginé,
por disculpa le daré
su honor; ó si está culpada
Blanca, con su misma espada,
la puede matar crüel,
que yo le daré á Isabel,
menos moza y más honrada. *(Vase.)*

ESCENA VIII

Tocan cajas, y sale DON VASCO *y* DUARTE DE ALMEIDA, *capitán, y* TELLO, *y todos los que pudieren de soldados.*

DUARTE.

Mucho ofende, señor, vuestra tristeza
á todo vuestro ejército, y es cosa
que pone en nuestros ánimos flaqueza;
si miran al amor de vuestra esposa,
de un soldado se espantan que ha tenido
á sus pies la fortuna valerosa.
Si advierten al enojo recibido
del Rey, que os desterró de vuestra casa,
¿cómo vuestro valor padece olvido?
Bien dicen que el soldado que se casa,
cuelga las armas ese mismo día,
aunque á guerra mayor, de menor pasa.
Mal hace, el rey don Pedro que os envía
forzado á pelear contra una gente
que con desesperado error porfía.

VASCO.

Duarte de Almeida, capitán valiente,
no nace mi tristeza de las cosas
que vuestro pecho advierte, justamente
besé del Rey las manos generosas
por la merced deste valor y tengo
esposa que me dió, pero no esposas.
Con mucho gusto á su servicio vengo:
cuando vuelva sabréis en qué ocasiones,
no triste, divertido me entretengo.
No desmayéis los fuertes corazones
que vais á castigar rebeldes viles,
más diestros que en las armas, en traiciones.

DUARTE.

Pues Conde, ¿será justo que aniquiles
con tu pena el valor de tus soldados?

VASCO.

Triste, Duarte, estaba en Troya Aquiles:
mas no por oprimille sus cuidados
dejó de ser un Marte vitorioso,
y los trofeos de Héctor arrastrados,
y el cuerpo de su carro polvoroso,
triunfó á la vista de la teucra gente,
que lloraba del caso lastimoso.
La nuestra recoged, que brevemente
me daréis parabién de la vitoria.

DUARTE.

Guárdete el cielo y tu valor aumente.
(Vase Duarte de Almeida.)

ESCENA IX

DON VASCO *y* TELLO.

TELLO.

¿Es posible que pueda la memoria
de una mujer que te ofendió, quitarte
de tus empresas la corona y gloria?
¿Que llegue á hablar tan bárbaro Duarte,
que oscurezca tu honor con tu flaqueza?
¿Qué olvido es éste, lusitano Marte?

VASCO.

Alma divina, celestial belleza,
que pisando los orbes estrellados,
dejas la mía en tan mortal tristeza,
mira desde ese alcázar mis cuidados.
¿Pero cómo podrás, sol de mi vida,
si ya tienes los rayos eclipsados?
¡Maldiga Dios la bárbara homicida
mano que te mató!

TELLO.

¿Qué dices, Conde?

VASCO.

¡Que en agua mató el Rey mi luz querida!
¿No has visto, Tello, el sol cuando se esconde,
que se entra por el mar? Pues desa suerte
se puso Blanca en agua y no responde.
¡Que la echó en el estanque!

TELLO.

Conde, advierte...

VASCO.

¿Qué tengo de advertir, cuando piadosas
lágrimas debo, á su temprana muerte?

Como ponen de flores olorosas
en agua un ramillete, puso á Blanca,
ella azucena y las mejillas rosas.
El alma de pensallo se me arranca.

TELLO.

Vuelve, señor, en ti.

VASCO.

Con el desmayo,
Blanca estaría como nieve blanca.
Dicen, Tello, que muere en agua el rayo;
así murió mi bien. ¿Cómo caería
de los brazos del Rey?

TELLO.

¿Cómo? al soslayo.

VASCO.

¡Oh, quién te viera, hermosa Blanca mía!
¿No has visto imagen, Tello, en vidriera?
pues tal en el cristal aparecía [1].
Pero cómo me olvido que esta fiera
mi noble honor...

TELLO.

Peor está que estaba.

VASCO.

Bajó del sol y aun más sublime esfera.
¿Hay tal maldad? ¡Que á un extranjero amaba!
¡Que le llamó la noche de mi ausencia,
y que en mi casa, en el jardín le hablaba!
¡Bien haya el Rey, bien haya la inclemencia
que en agua sepultó su vida infame!
Lavó mi honor: ¡qué buena diligencia!
Yo haré que toda el agua se derrame
en volviendo á Lisboa; que no quiero
que estando cerca del traidor me infame;
y aun otra vez matar á Blanca espero.

TELLO.

Ya cuando vuelvas se habrá vuelto rana.
(Perdió el sentido: ¡ah, pobre caballero!)

VASCO.

Bien dices: Filomena por su hermana
se volvió ruiseñor, y tiernamente
la llora dolorosa en voz humana.
Esta que fué traidora justamente
quedará convertida en pez tan fiero.

TELLO.

Toma el bastón, señor, que viene gente.
Ten lástima á tu honor.

VASCO.

Vencerme quiero.

ESCENA X

DICHOS *y sale* NUÑO PEREIRA.

NUÑO. Aquí dicen que está el Conde.
TELLO. Aquí está Nuño Pereira,
señor, que viene á buscarte.
NUÑO. Dame, valor de la guerra,
mil veces los pies.
VASCO. ¡Oh, Nuño!
¿cómo es posible que vengas
tan alegre de mi casa?
NUÑO. Mi señora la Condesa
me envía á saber de ti.
TELLO. ¡Oh, qué gentil borrachera!
VASCO. ¿Qué Condesa?
NUÑO. Mi señora.
TELLO. (¿Mi señora, y está muerta?)
Por Dios, Nuño, que sospecho
que habéis cargado en la venta.
NUÑO. Yo no os entiendo á los dos.
TELLO. ¿Pues quién quieres que te entienda?
VASCO. ¿Qué se dice por Lisboa?
dilo; no tengas vergüenza
de mi honor.
NUÑO. ¿Pues qué has perdido,
cuando comienzas la guerra?
Aquesta carta me dió;
recíbesme con tristeza,
y no entiendo lo que dices.
VASCO. ¿Blanca?
NUÑO. ¿Pues quién?
TELLO. Otra es esta.
VASCO. Mira lo que dices, Nuño.
(*Abre y lee la carta.*)
TELLO. Nuño, (el corazón me tiembla;
del otro mundo, sin duda,
debe de ser estafeta.)
¿Qué hay, Nuño, en el otro mundo?
¿Cómo los amigos quedan
que pasaron desta vida?
¿De qué manera atormentan
á envidiosos, á testigos
falsos, á gente que lleva
por mil reales siete mil;
á ingratos que no se acuerdan
de los bienes recibidos,
á gente necia y soberbia?
¿Cómo pena un bellacón
que hace un pleito de espera
por no pagar á quien debe
con escrituras supuestas?
¿A un hipócrita vicioso
que anda de iglesia en iglesia,
agazapado á lo santo,
en qué sartenes le queman?
NUÑO. ¿Estás loco?
TELLO. Eso á mi amo,
que está leyendo la letra
que aquella carta sin alma,
que tiene...
VASCO. Llégate cerca,
mira esta letra.
TELLO. Señor,
no me mandes que la lea.
VASCO. Llega, bestia, ¿no es de Blanca?
TELLO. Sí, señor.
VASCO. Oye.
TELLO. Comienza.

(*Lee* VASCO.) «Tan desosegada estoy, después que os fuistes, señor mío y todo mi bien, que he suplicado á su alteza envíe en vuestro lugar á los Algarves otra persona. Piense que

---

[1] Así en el original, Hartzenbusch corrigió acertadamente «parecería.»

irá el Condestable: no os enojéis, que más va en mi vida que en castigar á Héctor.»

Hay, Tello, un cierto placer
y un pesar en competencia,
que uno es honra y otro amor,
quieren que lea y no lea.
Alégrome de que viva,
y de que viva me pesa:
que no puedo tener honra
si no es muerta la Condesa,
ni vida puedo tener [1]
si fuera verdad que es muerta.—
Nuño, ¿qué día te dió
Blanca esta carta?

NUÑO. No eran
las once ayer.

VASCO. Mira bien
que no puede ser.

NUÑO. ¿Qué intentas
con esas cartas, señor,
para que entenderte pueda?

VASCO. Dijéronme... Estoy temblando...
que era muerta.

NUÑO. Viva queda,
Dios la guarde, y más hermosa
que el sol, llorando tu ausencia.

VASCO. ¿Qué la has visto y la has hablado?

NUÑO. ¿Pues cómo, señor, pudiera
haber fingido esta carta
de su firma y de su letra?

VASCO. Muerto soy, Tello.

TELLO. ¿Qué dices?

VASCO. Que dos cosas me atormentan,
sin remedio.

TELLO. ¿De qué suerte?

VASCO. Si fué mi deshonra cierta,
el Rey no dió muerte á Blanca,
y para que yo me fuera,
quiso engañarme y librarla;
si fué que á Blanca desea,
y de Roberto celoso
le mató hablando con ella,
es mayor mal, porque, en fin,
queda viva, y él por fuerza
será tirano de entrambos.

TELLO. ¡Qué de quimeras intentas!
Si el Rey la quisiera, Conde,
claro está que no quisiera
que volvieras á Lisboa
para gozalla en tu ausencia.

VASCO. ¿En fin, él mató á Roberto?

TELLO. ¿A Roberto? no lo creas:
mañana vendrá otra carta
de su firma y de su letra.

VASCO. Pues cuando vivan los dos,
¿qué honor con Blanca me queda,
saliendo el Rey de mi casa?

TELLO. Como esas sombras en pena
andan de noche en Lisboa.

1 Este verso y el siguiente fueron omitidos por Hartzenbusch.

ESCENA XI

DICHOS, *y salen* DUARTE DE ALMEIDA, *el* CONDESTABLE *y soldados.*

DUARTE. Aquí con Nuño Pereira
y con Tello de Meneses
comunica sus tristezas.

CONDEST. Sobrino.

VASCO. Señor, ¿qué es esto?
¿Dónde va vuestra excelencia?

CONDEST. ¿Lo que sabéis preguntáis?
No os pese de que yo venga.
Blanca de ausencia se muere,
y al Rey con lágrimas ruega
que volváis; volved, sobrino;
que este es castigo y no guerra.
Yo quedo en vuestro lugar,
y cuando primero fuera
mío, yo os lo diera á vos:
prestad al Rey la obediencia;
que es piadoso obedecido,
y resistido una fiera.
No os enojéis por mi vida
con Blanca; que es mujer vuestra
y la disculpa el amor.

VASCO. Digo que mil veces sea;
tomad, señor Condestable,
el bastón; que si otro fuera...

CONDEST. No prosigáis; que este honor,
esta jornada, esta empresa,
igualmente á entrambos toca;
vuestras mismas armas quedan.
Dad este contento á Blanca
y no os espantéis que os quiera
con tantos merecimientos.

VASCO. Ahora bien, dadme licencia,
y el cielo os guarde, señor.

CONDEST. La carta del Rey es esta.

VASCO. El Rey ha de ser servido.—
Tello.

TELLO. Señor.

VASCO. ¡Qué tristeza!
(Vanse Vasco *y* Tello.)

ESCENA XII

El CONDESTABLE, DUARTE *y Soldados.*

DONDEST. Al fin otro general,
señores soldados, llevan,
si no de menos [1] valor
de mas canas y experiencia.

DUARTE. A la gente has dado vida;
porque la llevaban muerta
las tristezas de don Vasco.

CONDEST. Marchen, Duarte de Almeida;
que de Blanca mi sobrina
le disculpa la belleza. *(Vanse.)*

ESCENA XIII

BLANCA, BEATRIZ *y* TRISTÁN.

TRISTÁN. Aquí le podéis hablar
que para vos, mi señora,
no hay ocupación; agora
y siempre tendréis lugar.

1 Así en el original; pero debe de ser «mayor».

BLANCA. Vengo con notable pena;
que en esto soy desgraciada.
TRISTÁN. Vos seréis bien escuchada.
BLANCA. Puesto que por culpa agena
no me he podido excusar
de dar enfado á su alteza.
TRISTÁN. ¡Cuánto puede la belleza, (*Ap.*)
pues puede á un Rey obligar
que á un vasallo como el Conde
quite el honor! Pues yo creo
que por más que su deseo
de mi privanza se esconde,
ya se le tengo entendido
desde la noche que vi
que entró en su casa.
BLANCA. Por mi
no hubiera, Beatriz, venido.
Temo al Conde, y es razón.
(*Sale el* Rey.)

ESCENA XIV

Dichos *y el* Rey.

REY. Blanca...
BLANCA. Deme vuestra alteza
sus manos.
REY. De tal belleza
los reyes vasallos son.
¿No vino el Conde?
BLANCA. Ya espero
al Conde, con la merced
que le habéis hecho.
REY. Creed
que como le estimo, os quiero.
¿Qué es lo que ahora queréis?
BLANCA. Señor, el traidor Roberto,
para que fuese más cierto
lo que por cartas sabéis,
á doña Elena, mi prima,
ha robado y se ha embarcado.
REY. ¿Que á doña Elena ha robado?
En el alma me lastima.
¿Y es cierto que se embarcó?
BLANCA. Por el suceso se ve.
REY. (*Ap.*) (Sí, y en un estanque fué,
donde fuí el piloto yo.)
Pero ¿de quién se ha sabido?
BLANCA. El haber los dos faltado...
REY. Si Roberto la ha robado,
Páris de otra Elena ha sido.
BLANCA. Pues si él no está en la ciudad,
ni más se ha sabido dél,
¿no es cierto, señor, que es él?
REY. ¡Que extraña temeridad!
Con él á Polonia iría,
pues que falta de su casa,
y por él de amor se abrasa.
(*Ap.*) (No se abrasa, antes se enfría.)
Tristán de Silva.
TRISTÁN. Señor.
REY. Esto ha de tener remedio.
TRISTÁN. ¿Como, estando el mar en medio
y tanto fuego de amor?
REY. Salgan dos naves con gente
que le sigan.
TRISTÁN. Sus criados
he visto desconsolados.
Ó se fué secretamente,
ó los dejó de temor.
REY. Id Blanca, y estad segura
que el Rey vuestro honor procura [1]
y que no se irá el traidor.
BLANCA. Al indio más apartado
vuestras quinas lleve el cielo.
(*Vanse las dos.*)

ESCENA XV

El Rey *y* Tristán.

TRISTÁN. Yo voy, señor; que recelo
que el viento les ha faltado,
y no están lejos de aquí.
REY. Esperad: no os vais, Tristán;
que yo sé que cerca están.
TRISTÁN. ¿Vos sabéis donde están?
REY. Sí.
TRISTÁN. Pués yo los iré á prender.
REY. De donde están embarcados
no se irán.
TRISTÁN. ¿Tan descuidados
amor los ha de tener,
con deudos de tal valor,
á quien tal ofensa ha hecho?
REY. Como le han pasado el pecho,
Tristán, heridas de amor,
á Roberto, y está Elena,
templando con agua el fuego,
él, como muerto, está ciego,
y ella, de pena, sin pena.
TRISTÁN. No te entiendo.
REY. No podrás,
que son secretos de amor. (*Sale* Tello.)

ESCENA XVI

Dichos *y* Tello.

TELLO. No pido los pies, señor,
sino la tierra no más.
REY. ¿Quién es?
TELLO. Tello, ¿no me ves?
Pues no vengo destrozado,
que no habemos peleado,
ni visto contrario arnés.
Esto, porque no has querido.
REY. ¿Volvió el Conde?
TELLO. Ya volvió.
REY. ¿Sintiólo mucho?
TELLO. Sintió
lo que un hombre bien nacido.
Manda que Tristán despeje,
que tengo á solas que hablarte.
REY. Tristán.
TRISTÁN. Señor.
REY. A otra parte.
TRISTÁN. (*Ap.*) Solos quiere que los deje:
no me engañé yo en pensar
que el Rey por Blanca se muere.

---

1 Verso omitido por Hartzenbusch.

Viene el Conde, y ella quiere
darle disculpa ó lugar.
Pero el callar es prudente;
que el que al Rey ha de servir,
ha de hacer, si ha de vivir,
que ni ve, ni oye, ni siente. *(Vase.)*

ESCENA XVII

El REY *y* TELLO.

TELLO. Mientras al Conde no injurio,
antes vuelvo por su honor,
me huelgo de ser, señor,
desta tragedia Mercurio.
Sabiendo el Conde la muerte
de Blanca, se enloqueció,
de pena, cuando llegó
un criado que le advierte
de que vive y que le escribe.
Duda el caso, que es notable;
pero llega el Condestable
y está cierto de que vive.
Luego piensa que fué cierto,
viendo que le has engañado,
que, de Blanca enamorado,
diste la muerte á Roberto.
O que si fué por piedad
el dejar á Blanca viva,
perdió el honor, pues estriba
en no guardarle lealtad.
Partimos, y en el camino
el Conde se resolvió
de matar á Blanca, y yo
de impedir su desatino.
Esta noche lleva intento
de ahogalla con una liga:
no permitas que prosiga
en un hecho tan sangriento.
Aunque Blanca esté culpada,
que flaqueza de mujer
con dejarla puede ser
perdonada ó castigada.
Monasterios hay, señor,
deshágase el matrimonio,
que es bastante testimonio
para que él cobre el honor.
Casa al Conde con tu hermana,
como se lo has prometido.

REY. ¡Qué discreto, Tello, has sido!
Que fuera cosa inhumana
que matara á Blanca el Conde.

TELLO. Señor, piedad; que fué amor.

REY. ¿Lloras, Tello?

TELLO. Sí, señor.
A tu piedad corresponde..

REY. Toma, por esa piedad
y el aviso, este diamante.

TELLO. La fama tus glorias cante
invicto honor de esta edad;
y plega á Dios que tus quinas
pues ya por los mares corres,
honren almenas y torres
de las más remotas Chinas,

REY. Ven conmigo; que á lo menos
vivirá Blanca entretanto. *(Vase el Rey.)*

ESCENA XVIII

TELLO.

No pensé que para el llanto
eran los diamantes buenos.
¿Qué valdrá este? ¡Hay tal cosa,
que den tal estimación
á una piedra! Y es razón;
que es por todo extremo hermosa.
Yo más quisiera dineros;
que está el valor en contar,
y no... Mas quiero callar,
que se enojan los plateros.
(Vase Tello.)

ESCENA XIX

BLANCA, VASCO *y* BEATRIZ.

BLANCA. No me canso de abrazarte,
Conde mío y mi señor.
Pero ¡qué necio es amor!
que debes tú de cansarte;
pues no es justo que sea parte
un enojo que ha nacido
de amor, pues amor ha sido
de mujer, y tu mujer;
que suele el amor poner
las ofensas en olvido.
Si yo no te deseara,
¿qué pensaras tú de mí?
pues por no llorar por ti
en la partida, repara
que me escondiste la cara;
y con esta causa hablé
al Rey, porque imaginé
que mi voluntad dudabas;
¿pues para qué me culpabas
si tuya la culpa fué?
Alegra el rostro, y advierte
que no me ha dejado un sueño,
dulce de mi vida dueño,
dejar de llamarte y verte:
cualquier temor de tu muerte
es principio de la mía:
no dure más tu porfía;
que á ver mujer tan constante
eres el primer amante
que vuelve sin alegría.
No son, mis amores, éstas
las promesas esperadas:
dígante aquestas criadas
las lágrimas que me cuestas.
Deja que te hagan fiestas...
¿A Blanca tantos desdenes?
Luz mía, dime, ¿qué tienes?
¿Por qué estás tan enojado,
que antes de haber peleado
pienso que vencido vienes?

VASCO. Condesa...

BLANCA. ¡Qué mal comienzas!
Di Blanca, por vida mía;
aunque tu enojo y porfía
si es tierno el estilo, venzas.

VASCO. Supuesto que me convenzas,
Blanca, pues así lo quieres,

con que la causa no eres
de mis pesares y enojos,
y con tener en los ojos
la disculpa las mujeres,
no puedo dejar de estar
algo enojado contigo,
de que es Tello buen testigo;
que no lo puedo excusar,
porque el Rey ha de pensar
que yo contigo tracé,
que le hablastes, y tendré
con él tan mala opinión,
que me aborrezca en razón
de un secreto que yo sé.
No estará el Rey satisfecho;
pero ¿qué se puede hacer?
aunque antes de amanecer
lo ha de quedar de mi pecho.
Todo lo posible he hecho
de mi parte, y tú el error
á que te ha obligado amor;
que los hombres, (no te alteres,)
queremos bien las mujeres
y mucho más el honor.
Yo saldré del todo bien:
no te espante el verme ansí,
pues cuando el honor perdí,
gané del Rey el desdén.
Ahora á mis brazos ven;
que ya estoy desenojado.

BLANCA. Mil vidas, mi bien me has dado.

(Abrázanse, y sale el Rey.)

ESCENA XX

DICHOS, *el* REY *y* TELLO.

REY. ¿Esto llamas, Tello, enojos?
TELLO. ¿Qué importan alegres ojos
si hay corazón lastimado?
REY. Seáis, Conde, bien venido.
VASCO. Señor, ¿vos aquí? ¡Qué exceso
tan grande!
REY. Aunque á vuestra casa
fué justo venir á veros,
esta carta que he tenido
del Condestable, me ha puesto
en mayor obligación.—
Condesa.
BLANCA. Señor.
REY. No acierto
á daros el parabién
hasta el fin deste suceso.
VASCO. Pues ¿qué escribe el Condestable?
REY. Que vino á verle don Héctor
y echado á sus pies le pide
perdón, y que le trae preso.
VASCO. Sin sangre se ha negociado.
REY. Estoy contento en extremo.
Yo tengo, Conde, que hablaros:
bajémonos á este huerto,
porque habemos de estar solos,
para negocios secretos.
¿Hay algún estanque en él?
VASCO. Sí, señor.
REY. El jardinero
venga para desagualle,
y porque se vaya luego.

(Vase el Rey *y* don Vasco.)

ESCENA XXI

BLANCA, BEATRIZ *y* TELLO.

BLANCA. Tello, ¿cómo no me hablas?
TELLO. El Rey me tuvo suspenso.
Quisiera tener la boca
á la medida del cuero
de la suela del chapín,
aunque fuera de cien dedos,
para besártelo todo.
BLANCA. Levante del suelo Tello
y dame un abrazo.
TELLO. ¿Yo?
(Vive Dios que tengo miedo;
que aún pienso que está difunta.)
Con el debido respeto
te abrazo, señora mía;
pero ha de ser desde lejos.
BEATRIZ. Abrácelo todo allá,
y acá que nos papen duelos.
TELLO. Con pan, señora Beatriz;
que con carne no son menos.
BLANCA. Tello, ¿cómo ha estado el Conde?
¿Tuvo mucho sentimiento?
TELLO. Dios lo sabe, y otro naon,
si bien yo entiendo su pecho.
BLANCA. ¿Qué decía, por tu vida?
TELLO. Mil amorosos requiebros.
BLANCA. ¿Cómo, cómo?
TELLO. ¿Qué preguntas?
Esta noche has de saberlo.
BLANCA. ¡Oh, cómo saben los hombres
fingir caricias y enredos!
En la cara son traidores,
y en ausencia verdaderos:
que hay marido que desea
sin que ofensa le haya hecho,
dar la muerte á su mujer,
por verse libre, ó por celos.
TELLO. Pues no lo digas burlando;
que conozco algunos destos
que ya trata á su mujer
como pierna.
BBANCA. No lo entiendo.
TELLO. Quiere apretalla con liga.
BLANCA. Si es de sus brazos al cuello,
venturosa tal mujer.
TELLO. No mucho.
BLANCA. ¿Pues por qué, Tello?
TELLO. Porque lo pasara mal,
á no haber rey de por medio;
que cuando juegan al triunfo,
Blanca, el amor y los celos,
suele llegar la espadilla,
y no es el rey de provecho.
Pero ya vino un caballo
que por la posta corriendo
dió aviso al Rey que perdía,
carta *blanca* todo el juego,
y antes que el otro triunfase,
metióse el Rey de por medio:

con que no habrá más barajas,
aunque se prosiga el pleito.

ESCENA XXII

DICHOS, *el* REY *y* VASCO.

REY. ¿Estáis satisfecho?
VASCO. Estoy
de lo que vi satisfecho.
REY. Pude engañarme.
VASCO. Pudistes;
el favor os agradezco:
que visteis á doña Elena.
REY. Ésa por la vuestra he muerto;
hablad bajo, y no lo entienda
Blanca.
VASCO. Yo seré tan cuerdo,
que les daré sepultura
de noche, con tal secreto,
que quede limpio mi honor.
REY. Que abracéis á Blanca quiero,
y la estiméis como es justo.
TELLO. Señor.
VASCO. ¿Qué me queréis, Tello?
TELLO. Licencia para Castilla.
VASCO. ¿Pues por qué?
TELLO. Porque estoy cierto,
cómo en secretos andáis,
que porque sé parte dellos,
cuando esté más descuidado
me habéis de dar pan de perro;
que saber secretos graves
nunca ha sido de provecho.
VASCO. Yo haré que el Rey te dé cartas,
y yo te daré dineros.
Abrazadme, esposa mía.
BLANCA. Con el alma y con el pecho.
REY. *Siempre ayuda la verdad.*
VASCO. Con este título quiero
que dé fin nuestra comedia.
BLANCA. Senado ilustre y discreto,
si no ayudaren las obras,
ayúdennos los deseos.

LA MUJER POR FUERZA

COMEDIA FAMOSA POR EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

Representóla Avendaño.

PERSONAS

FINEA.
FLORELA.
EL CONDE FEDERICO.
ALBERTO, *hermano de Finea.*
EL REY DE NÁPOLES.
CLARÍN, *criado del Conde.*
FENISA, *criada de Florela.*
FABIO, *criado de Finea.*
RISELO, *criado de Federico.*
EL MARQUÉS DE LUDOVICO.
LUSIDORO, *criado.*
OTRO CRIADO.

La escena es en Nápoles.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Salen FINEA, *dama, y* FABIO, *su criado.*

FABIO. Mira que es poca prudencia.
FINEA. ¡Qué poco sabes de amor!
FABIO. Quien no hace resistencia,
para ofender su favor
parece que da licencia.
FINEA. ¿Qué puedo yo resistir
á un amor desatinado?
FABIO. ¿De un hombre que se ha de ir
tal pensamiento te ha dado?
FINEA. Eso me obliga á morir.
Vino por Embajador
del rey de Nápoles, Fabio,
el Conde: ¡qué loco error!
pero ¿quién ha sido sabio
en accidentes de amor?
Por gusto del rey de Hungría
le dió mi hermano su casa;
vi su talle y bizarría:
¡ay, del deseo que pasa
desdichas por celosía!
Que á darle necios trofeos
para tan locos empleos
con ser tantas y tan llanas,
hallaba pocas ventanas
la prisa de los deseos.
Si el Conde se levantaba
sin que me pudiese ver,
con atención le miraba:
esto, Fabio, es ser mujer;
la inclinación me forzaba.
Si con mi hermano comía,
sin que me viese le vía,
y de todas sus acciones
hallaba el alma razones
y engaños la fantasía.
De esta manera le amé.
FABIO. ¿Que nunca el Conde te vió?
FINEA. No, por más que lo intenté;
porque mi hermano temió
lo que guardándome fué.
El procuraba esconder
lo que me dió más lugar,
y al fin me vine á perder,
que mal se pueden guardar
los ojos de una mujer.
Mas ¿dónde hallaré razones
para pintar mi afición
mi inquietud y mis pasiones,
que en habiendo prevención
es todo amor invenciones?
Sueño y sustento perdí,
y al fin me determiné
á seguirle; y como en ti
mis esperanzas fundé,

cuenta de mi error te dí.
Yo pienso mudar el traje,
sin que me obligue y reporte
la afrenta de mi linaje;
ver de Nápoles la corte,
y en ella servir de paje.
No repliques, cierra el labio,
si me vas á reprender,
porque en resistiendo, Fabio,
la furia de una mujer
dará en el mayor agravio.
Ellos salen, y él se parte.
Yo me voy, espera aquí.

FABIO. ¿Y tengo de acompañarte?

FINEA. Por eso, Fabio, te dí
de mi atrevimiento parte.
Agradece el ir conmigo,
que desde que en mi cuidado
fuiste secreto testigo,
subiste desde criado
á la grandeza de amigo. (*Vase.*)

ESCENA II

FABIO.

¡Qué notable pensamiento!
Pero seguiré su intento,
que si la desamparase
¿quién duda que se arrojase
á mayor atrevimiento? (*Vase.*)

ESCENA III

ALBERTO, *el* CONDE FEDERICO *y criados.*

ALBERTO.

De no haberos servido estoy corrido;
que aunque el Rey me fió vuestro regalo,
ni le he servido, ni le habéis tenido.

CONDE.

A su deseo vuestro amor igualo,
y del que en vuestra casa he recibido,
por tan esclavo vuestro me señalo
como veréis mandándome en mi tierra,
pues hoy se trueca en blanda paz la guerra.
Hoy he sabido que tenéis hermana;
sólo el favor de verla me ha faltado,
que á haberla visto, fuera cosa llana
volver, Alberto, á Nápoles casado.

ALBERTO.

Finea ha dado en retirada y vana:
por esta causa no le habéis hablado;
y por lo que decís del casamiento
bésoos las manos.

CONDE.

Digo lo que siento.

ALBERTO.

Gran honra para mi serviros fuera.

CONDE.

Escribiré en llegando.

ALBERTO.

El cielo os guarde.

CONDE.

Yo parto, como veis, á la ligera.

ALBERTO.

Y es justo, Conde, porque el Rey no aguarde.
Quiéroos acompañar.

CONDE.

De esa manera
volveréme con vos.

ALBERTO.

Mirad que es tarde.

CONDE.

No pasaréis de aquí.

ALBERTO.

Serviros quiero.

CONDE.

Alberto, adiós.

(*Vanse el* Conde *y criados.*)

ESCENA IV

ALBERTO *y su* CRIADO.

ALBERTO.

¡Qué honrado caballero!

CRIADO.

Toda tu casa deja aficionada
y tus criados de presentes llenos.

ALBERTO.

Así pagan los buenos la posada,
con agradecimientos por lo menos.

CRIADO.

Mi señora estuviera bien casada
con tal valor y términos tan buenos
en Nápoles.

ALBERTO.

No quise que la viese,
que fuera obligación que la sirviese,
que para dalle joyas competentes
á su valor y al de Finea, mi hermana,
se pudieran seguir inconvenientes:
la nobleza sé yo napolitana.

CRIADO.

Si él quisiera que fuésedes parientes,
¿qué mayor dicha?

ALBERTO.

Si el paso allana,
yo vendré en ello.

CRIADO.

Escríbele.

ALBERTO.

Si el Conde
me escribe, y á su intento corresponde:
(que si palabras son de cumplimiento,
porque en mi casa al Conde he regalado,
no es justo que le obligue á casamiento,
ni todo huésped á volver casado),

las cartas nos dirán su pensamiento;
tan noble soy como él.

CRIADO.

Ser tu cuñado
su noble honor y el amistad le obliga.

ALBERTO.

Si no ha de ser, no es justo que se diga.

(Vanse.)

ESCENA V

El CONDE FEDERICO *y* CLARÍN, *su criado.*

CLARÍN. En lugar de lo que suele
entretener los caminos
reprehenderte quisiera,
generoso señor mío.
¿Tienes á Florela amor?
¿sirves á Florela?
CONDE. Sirvo,
y tengo amor á Florela.
CLARÍN. ¿Pues no es crüel desatino
el decir á la partida,
sin haber de Alberto visto
la hermana, que te casaras
con ella?
CONDE. Pues ¿qué hay perdido?
CLARÍN. Si el otro te respondiera
tan necio y no tan amigo,
¿cómo volvieras?
CONDE. Casado.
CLARÍN. ¿Eso dices?
CONDE. Eso he dicho.
CLARÍN. ¿Búrlaste?
CONDE. De ti me burlo,
que aquella palabra ha sido
sólo por honrar al huésped;
que aunque él es tan bien nacido
y debe de ser su hermana
un ángel, el excesivo
amor que á Florela tengo
no me hubiera permitido
casarme si el rey de Hungría
me diera á su hija.
CLARÍN. Es digno
su honor de tan grande amor;
que si sus méritos miro,
aunque sin pasión, apenas
tu amor se alcanza á sí mismo.
Decir puede un hombre á otro
á cuenta de los servicios
que ha recibido en su casa:
«Señor, mi hacienda, mis hijos,
mis caballos, mis criados,
mis pájaros y mis libros
á vuestro servicio están;
siempre tengo de serviros.»
Pero, «yo me casaré,
y con mujer que no he visto»,
no lo ha dicho caballero;
caballero no lo ha dicho,
aunque fuera Lanzarote
cuando de Bretaña vino.
CONDE. ¡Ay, Florela! Si fué agravio
del amor que te he debido
y del que debo tenerte,
perdona mi desvarío.»
Cumplimiento y necio, fué;
pero por disculpa ha sido
el no haber visto á Finea;
no me des mayor castigo,
ni allá te rebele el alma
por deslealtad, por olvido,
obligar á un caballero
que con generoso indicio
de su valor me ha obligado.
CLARÍN. Si tuviera aquel chillido
de las mujeres celosas,
te dijera: «Federico,
no más, acabóse aquí.
—Señora.—No más conmigo—
—Oye por Dios.—No hay oir.—
—Escucha.—Daré mil gritos.
Esto deseaba ver,
y haber visto ya confirmo
tus traiciones. ¡Muerta soy:
desleal, traidor, fingido!»
Y va el otro majadero
muy contento deste arbitrio
á sacar ropas y sayas,
y firma con un vestido
las paces que en brazos de otro
la de los celitos hizo
mientras duraba el enojo.
CONDE. No riñas más.
CLARÍN. No te riño;
mas por Dios que he de mirar
si el dueño deste cortijo
tiene hermana.
CONDE. Gente viene.
CLARÍN. ¡Gentil talle!
CONDE. ¡Hermoso brío!

ESCENA VI

DICHOS *y sale* FINEA, *de hombre muy galán, y* FABIO.

FINEA. Pregunta si vamos bien.
FABIO. Ese es el Conde.
FINEA. Pues calla.
CLARÍN. Sobre buena cara entalla
mejor la gala también.
FINEA. *(Al* Conde.*)* Dios guarde á vueseñoría.
CONDE. El mismo venga con vos.
¿De dónde bueno?
FINEA. Los dos
somos, como veis, de Hungría.
CONDE. ¿Dónde?
FINEA. A Italia.
CONDE. ¿A qué ciudad?
FINEA. A Nápoles.
CONDE. Della soy.
Venid conmigo, aunque voy
de prisa.
FINEA. Vuestra amistad
y compañía me pone
codicia.
CONDE. Y á mi la vuestra.
FINEA. Luego en la vista se muestra
lo que el corazón dispone.
CONDE. Soy el conde Federico.
FINEA. Dadme, gran señor, los pies,

que mi calidad no es,
si la verdad os publico,
para igualar tal valor,
que soy un pobre escudero
con humos de caballero,
que gradúa el buen humor.
Hay cierta universidad
para los pobres discretos,
donde hace *quodlibetos*
la mediana calidad.
Aquí soy yo bachiller
y pretendiente de un don.

CONDE. La nobleza y discreción
juntas se os echan de ver;
que pues vos con humildad,
donde no sois conocido,
os habéis disminuído,
¿qué más cierta calidad?
Unos hombres fanfarrones
que á dos leguas de sus casas
quieren asir de las asas
los más antiguos blasones,
son monos de la nobleza;
que con gestos y visajes
remedan altos linajes.

FINEA. Yo os he dicho mi bajeza.

CONDE. Esa, aunque vos encubráis
la nobleza que tenéis,
mal persuadilla podéis;
con el rostro la negáis.

FINEA. Con alguna á Italia vengo,
pero casos de fortuna
me llevan á ver si alguna
fuera de mi patria tengo.
Esto sabréis caminando,
pues tal espacio ha de haber.

FABIO. Como yo sé que es mujer,
estoy de oirla temblando.

CONDE. Pésame que con disgusto
veáis á Italia.

FINEA. No será
sino con gusto, pues yo,
señor, de serviros gusto.
Y pues tengo de servir
de paje en Nápoles, quiero
servir tan gran caballero,
si me queréis admitir.

CONDE. Por cierto que si pensáis
servir, ya determinado,
que habéis un hombre hallado
como vos lo imagináis.
Mi amparo, brazos y casa
tendréis desde hoy.

FINEA. Gran señor
tanta merced y favor
del cortés límite pasa.
En estos brazos me olvido
de la patria; ya soy vuestro.

CONDE. Y vos veréis que me muestro
á ese amor agradecido.
¿El nombre?

FINEA. Celio es mi nombre.

CONDE. ¿Quién es el que va con vos?

FINEA. Criado mío, y los dos
vuestros.

CONDE. Pues vos gentilhombre,
tendréis mi casa también.

FABIO. Mil veces los pies te beso.

FINEA. ¡Qué venturoso suceso!

CONDE. ¿Clarín?

CLARÍN. Señor.

CONDE. Haz que den
lo necesario á los dos,
y traigan las postas luego. *(Vase.)*

ESCENA VII

FINEA, FABIO y CLARÍN

FINEA. Que me deis, Clarín, os ruego,
los brazos.

CLARÍN Celio, por Dios
que habéis tenido ventura,
pero vos la merecéis.

FINEA. En mí un amigo tendréis.

CLARÍN. El Conde, solo procura
hacer bien á sus criados.

FINEA. ¡Qué bien se le echa de ver!
¿Tiene en Nápoles mujer?

CLARÍN. Tiene las de otros casados,
pero suya no la tiene,
aunque ha poco que quería
casarse el necio en Hungría;
que allá de su corte viene,
que el de Nápoles le dió
particular embajada,
y por pagar la posada
por lo menos intentó
casarse con cierta hermana
de la capacha que había
en casa.

FINEA. ¿Vióla algún día?

CLARÍN. Jamás en puerta ó ventana:
que el hermano era celoso,
y debió de conocer
el humor de la mujer
y el pensamiento brioso;
que el Conde tiene buen talle,
y doncellas y secretos,
si no lo guardan discretos,
presto salen á la calle.

FINEA. En fin, ¿no es casado el Conde?

CLARÍN. No, pero quiérelo ser
con una hermosa mujer
que le adora y corresponde.

FINEA. ¿Dónde?

CLARÍN. En Nápoles está.

FINEA. ¿Cómo se llama?

CLARÍN. Florela,
y es la flor de la canela.

FINEA. *(Aparte.)* ¡Muerta soy!

CLARÍN. Pienso que ya
seréis vos el alcahuete,
que sois muy acomodado;
que hasta ahora yo he llevado
el recado y el billete,
el vestido y la sangría.

FINEA. *(Aparte.)* Sangrarme del alma puedo,
que á ella se fué de miedo
cuanta en los brazos tenía.

CLARÍN. Ahora bien, vos tenéis dueño
enamorado y señor.

FINEA. *(Ap. á Fab.)* La esperanza de mi amor
Fabio, se convierte en sueño.

CLARÍN. Venid, veréisle comer.
FABIO. (*Ap. á Fin.*) ¿Qué piensas hacer?
FINEA. Morir.
¡Qué presto suele seguir
gran pesar á gran placer!
Mas bien puede haber mudanza:
¡buen ánimo, corazón,
que de aquí á la posesión
tiene lugar la esperanza! (*Vanse.*)

ESCENA VIII

FLORELA *y* RISELO, *criado del conde Federico.*

RISELO. Lee la carta y verás
cuándo se parte, por ella.
FLORELA. ¡Oh, qué mal sufre, Riselo,
grande amor, grandes ausencias!
RISELO. Pues ¿qué culpa tiene el Conde
si el Rey le condena á ellas
con tan honrosa embajada?
FLORELA. No le culpo, aunque pudiera,
pues se pudiera excusar,
que es de lo que tengo queja;
culpado le ha mi fortuna.
RISELO. Está segura que venga
muy presto, que así lo dijo.
¿Qué dudas? Rompe la nema,
pregúntaselo á la carta,
que ella te dará respuesta
como oráculo de amor.
FLORELA. Dilato, Riselo, el verla,
por entretener las dudas,
por engañar las sospechas.
¿Entró muy lucido el Conde
en la corte?
RISELO. Cuando fuera
el mismo Rey, no sé yo
si fuera con más grandeza.
Salieron de la ciudad
hasta la famosa puerta
todos los grandes señores,
toda la ilustre nobleza.
Las galas fueron notables,
pero juntas todas ellas
no igualaron la del Conde
sobre tanta gentileza.
FLORELA. ¿Qué color?
RISELO. Azul celeste:
bordadas de oro y de perlas
cifras de tu nombre, y flores
que decían: *Fe* y *Florela.*
Era el caballo español,
que la gualdrapa de tela
quería arrojar de sí
para mostrar que lo era.
Parecía al son del oro,
como iba tocando en ella,
instrumento á cuyo son
iba estampando la arena.
Llegó á palacio, y el Rey
salió á la sala primera
á recibirle, y los dos
hablaron más de hora y media.
Lo que tratan se murmura,
que es casar Lisarda bella
con el Príncipe de Hungría,
pacificando las guerras.
Abre la carta por Dios.
FLORELA. Vengaréme de su ausencia,
Riselo, en no abrir la carta,
aunque ella de mí se venga.
(*Abre la carta y la lee.*)
«Lleno de pena te escribo,
pero entre esta misma pena
halla gloria la memoria
de hablar contigo por ella.
No sé cómo he de agerar [1]
lo que siento, porque sientas
á lo que obligan temores,
y á lo que sospechas llegan.
Celos que allá no sabía,
aquí, mi bien, me atormentan,
que los sostituye amor
á falta de la presencia.
Perdona este injusto agravio;
y ten por seguras nuevas,
que tengo para partirme
mil almas y una licencia.
Presto te veré (mal dije),
porque, por presto que sea,
será tarde para amor
que me enloquece tu ausencia.»
RISELO. ¿Merezco albricias?
FLORELA. Mereces
los brazos y esta cadena.
RISELO. Yo te aseguro que el Conde
llegue más presto que piensas.
FLORELA. Bien dices, porque el temor
amando, piensa que llegan
todas las cosas muy tarde:
¡con tal ansia las desea!
¡Ay, Federico! si quieres
dar vida á un alma tan muerta,
haz mis deseos jornadas,
serán instantes las leguas.
(*Vanse los dos.*)

ESCENA IX

Salen el REY DE NÁPOLES, *de barba; el* MARQUÉS LUDOVICO *y acompañamiento.*

REY.
Tendrá de esta manera
quietud el reino y los confines paces.

MARQUÉS.
Como de ti se espera,
cuanto crédito tienes satisfaces.

REY.
En lo que escribe el Conde
se ve que el Rey con gusto corresponde.

MARQUÉS.
Federico es discreto,
sabrá muy bien lo que ha de hacer en todo.

REY.
Él lleva de secreto
de lo que importa, Ludovico, el modo
en este casamiento.

1 Así en el original; quizá deba decir «exagerar». En la edición de Ortega se dice: «No sé como he de pintar.»

MARQUÉS.

Digno ha sido de ti su pensamiento.

REY.

En tanto que sin guerra,
sin sangre de vasallos que consume
la más florida tierra,
la paz que se pretende, se presume
aciertan más los reyes
y viven en quietud las santas leyes.
Razón de conservarse
con guerra un reino, nunca fué admitida
de quien debe obligarse
más á la religión, puesto que olvida
la paz, Marqués, en parte
á los vasallos el valor de Marte.
Fuera del Rey, no es justo
tener tal vez ejército que obliga
al que os diera disgusto
que depuestas las armas no prosiga
en declarar su intento.

MARQUÉS.

El Conde viene.

REY.

Y viene al pensamiento.

ESCENA X

Dichos, el CONDE FEDERICO, FINEA *y criados.*

CONDE.

Vuestra alteza me dé los pies.

REY.

Ya, Conde,
los brazos, que tenéis tan merecidos,
os da mi amor, que al vuestro corresponde.

CONDE.

Mis servicios de ti favorecidos
tendrán de hoy más valor, tendrán ventura,
pues siempre fué el mayor ser admitidos.
Ya te escribí, que el Húngaro procura
satisfacerte si hay algún agravio,
de que ya lo tratado te asegura.
En todo se mostró Príncipe sabio;
honró mi entrada su real persona,
sus dos sobrinos, y su hermano Octavio.
El digno sucesor de su corona,
y que ha de ser esposo de Lisarda,
agradecido tu elección abona.
El tiene la persona más gallarda
que vi en mi vida y de quien toda Hungría
la ejecución de su esperanza aguarda.
Salió bizarro cuando el sol salía
una mañana en un caballo airoso
que á hacerle mal dijeron que venía;
mas él lo hizo tan bien, que fué forzoso
mudar este lenguaje en quien miraba
brío tan alentado y animoso.
Allí tan diestramente le llamaba,
que al concertado son de la baqueta
el caballo parece que danzaba
como si fuera oyendo la trompeta.
Intentaba quitarse las espumas
de la boca [1] fogosa é inquieta,
mas porque desto lo demás presumas,
cuando al curso le puso las espuelas,
volando entrambos parecieron plumas.
No suele por el mar con blancas velas
y remos la galera presurosa;
con banderolas de diversas telas
herir las blancas olas más airosa,
ni del arco veloz partir la flecha,
pues aun era la vista perezosa.
A este Príncipe puedes sin sospecha
dar, señor, á la Infanta mi señora,
que ya queda la paz firmada y hecha,
y este es el pliego que responde ahora.

REY. Los brazos os vuelvo á dar,
y el premio os daré tan presto
como veréis.

CONDE. Yo he dispuesto
tu deseo hasta llegar
al fin de tu pretensión,
y este es el premio que quiero,
porque de servir no espero
más seguro galardón.
¡Dichoso quien ha servido
Rey, á quien puede decir
que es acertarle á servir
premio de haberle servido!

REY. Ahora bien; voy á leer
las cartas. *(Vase.)*

ESCENA XI

Dichos, menos el REY.

MARQ. Ya os puedo dar
el parabién del lugar
que presto habéis de tener.

CONDE. Lo que al Rey le respondí,
respondo á vuestra amistad.

MARQ. Yo os amo con la lealtad
que debo y me debo á mí. *(Vase.)*

ESCENA XII

El CONDE FEDERICO, CLARÍN *y* FINEA.

CLARÍN. *(Al Conde.)* Lo más tienes hecho ya.

CONDE. Antes, Clarín, lo que es menos;
que en los negocios agenos
menos libre el alma está.
Digo agenos que no son
los que tanta fuerza tienen,
si bien á ser propios vienen
por tan justa obligación.
No quise ver á Florela
primero que al Rey, y así
con la obligación cumplí;
agora, Clarín, veréla
con espacio, que después
de ausencia, será razón.

CLARÍN. Hoy, señor, tu pretensión
alas te puso en los pies.
Gran merced del Rey te espera,
y fuera de parecer

---

[1] Verso incompleto. En la impresión de Ortega también está incompleto.

que hasta tenerla, y saber
que no sea tal que prefiera
lo que Florela merece,
no trataras de casarte.

CONDE. A no poder disculparte
que mi afición te enloquece,
vive Dios, necio, que hiciera
un disparate contigo.
¿Eso dices?

CLARÍN. Esto digo.

CONDE. Pues aunque el Rey me prefiera
á sí mismo ¿puedo yo
igualar á un ángel?

CLARÍN. Mira
tu calidad.

CONDE. Es mentira
cuanta mi sangre me dió
comparada á su belleza;
mas cuando su gran valor
considere sin amor,
no la iguala á su nobleza.
Vive Dios, si del romano
imperio el cetro tuviera,
ó como el sol en su esfera,
fuera señor soberano
de la tierra y de la mar,
que me pusiera á sus pies
aun pensando que después
no la pudiera igualar.—
Celio, ¿cómo callas tanto?

FINEA. Señor, como yo no entiendo
que tratas, estoy oyendo
y callado.

CONDE. No me espanto,
que yo sé que si supieras
qué prenda adoro...

FINEA. *(Ap.)* ¡Ay, de mí!

CONDE. Por lo que ya he visto en tí
que otro consejo me dieras.
¡Ay, Celio! quiero á una dama
que, por verte tan discreto,
te la he de mostrar á efeto
de que culpes quien disfama
un ángel de tal valor,
con pensar que yo la igualo
cuando á su sol me regalo
deshecho á su tierno amor.
Este es un necio que debo
sufrir porque me ha criado:
tú has de ser de mi cuidado,
desde hoy secretario nuevo;
tú, de todo el pensamiento
sin encubrir parte alguna,
el dueño, y de mi fortuna
dichosa, próspero viento.
Contigo quiero tratar
los favores, los deseos,
porque veas tú que empleos
tan venturosos de amar.
Bien haya quien con discretos
trata sus bienes ó males,
porque, en fin, de causas tales
resultan tales efectos.
Cuando veo un entendido
tratar con un necio, y ser
su amigo, vengo á tener
aquel hombre por perdido;
porque, ó diciendo el secreto,
ó aconsejándole mal,
ha de ser de causa tal,
si es necio, necio el efeto.
El rey cuando tiene al lado
el sabio ¡cuán bien acierta!
que á quien el relox concierta,
se debe andar concertado.
El sabio gobernador
con prudentes consejeros
afila bien los aceros
y puede cortar mejor.
No hay sabio al lado del necio;
un loco hace muchos locos;
siempre los sabios son pocos.
Por sabio, Celio, te precio;
que cuanto en este camino
contigo he tratado, fué
satisfacción en que hallé
tu entendimiento divino;
y así, aunque paje, he gustado
que me sirvas con espada,
que está más acreditada
honra que la trae al lado.
Que aunque es verdad que la pluma
es en lo que has de servir
no la embota el escribir,
y más cuando yo presuma
de general de una empresa,
aunque cese la de Hungría.
Mas porque de amor la mía
ya sobre tus hombros pesa,
ven con este necio á ver
á Florela, y tú dirás
que no hay en Nápoles más,
si Dios no lo vuelve á hacer. *(Vase.)*

ESCENA XIII

FINEA *y* CLARÍN.

CLARÍN. ¿Qué te dice este Calixto
de la hermosa Melibea?

FINEA. Que es hombre y que la desea. *(Ap.)*
¿Qué aguardo con lo que he visto?
¿Por qué no me vuelvo? ¡ay cielos!
Pues no puedo conseguir
lo que intento, y es morir
muy bajo morir de celos.
Y no ha sido atrevimiento
que aqueste nombre le dé,
que morir de celos fué
bajeza del pensamiento.
Pero ¿por qué celos llamo
lo que no lo pudo ser?
Este quiere una mujer
sin saber que yo le amo
ni tenerme obligación;
¿qué agravio ni celos puedo
tener ni pedir al miedo
de mi justa perdición?
Loca fuí, loca he venido
de mi tierra tras un hombre
que apenas sabe mi nombre:
¿mi nombre? ni aun si he nacido.
¿Hay desdicha, hay necedad
(si es la necedad desdicha)
como la que tengo dicha?

CLARÍN. Ya tu nueva voluntad
estará haciendo quimeras
de la que te muestra el Conde;
no me espanto, que responde,
Celio, á la merced que esperas.
Bien entras en el servir
con achaques de mediar,
que esto de solicitar
gran premio suele adquirir.
Crïado de señor mozo,
que no es oficial del gusto,
muerto de hambre y disgusto
dale sepulcro en un pozo
destos en que guardan nieve
con esta letra baldía:
«aquí murió quien vivía
de sólo hacer lo que debe.»
No sé que es que no lo entiendo
este deleite de amor,
que en pensar otro mayor
á naturaleza ofendo.
El que tiene más vasallos,
más riquezas, más oficios,
más soberbios edificios,
más enjaezados caballos,
no tiene justo contento
mientras no ha comunicado
con una hermosura al lado
su intrínseco pensamiento.
¡Oh, fuerte imaginación!
¡Oh, loco deleite humano!

FINEA. Yo, Clarín, pienso que en vano
tus celos del Conde son.
Soy hombre de bien, soy noble,
no sirvo por interés,
aunque de opinión estés
que la privanza me doble.
Contradices al amor
de tu señor, no eres cuerdo,
aunque las sospechas pierdo
que tuve de tu valor.
Criado que contradice
al dueño, no ha de medrar;
que consiste en aprobar
lo bueno ó malo que dice,
cuanto más en lo que hace.
¿Esta dama es bella?

CLARÍN. Sí.

FINEA. ¿Es noble?

CLARÍN. Como él.

FINEA. Pues di,
¿si es noble y le satisface,
en qué yerra?

CLARÍN. En no saber
á dónde el Rey le pondrá,
que quizá le igualará
con su sangre y su poder.

FINEA. Necio estás, que ya los reyes
no emparientan con vasallos:
obedecellos y amallos
son del servicio las leyes.
Tratemos de nuestras cosas:
yo estoy en Nápoles ya;
¿no me entiendes?

CLARÍN. Claro está.
Dos muchachas tengo hermosas;
á la una quiero bien;
tengo temor á tu brío.

FINEA. ¿Qué temes?

CLARÍN. Un desvarío.

FINEA. ¿Celitos?

CLARÍN. Celio, también;
que á las veces lleva el hombre...

FINEA. No digas más.

CLARÍN. Con cuidado
muchas veces te he mirado.

FINEA. Y en fin, ¿qué soy?

CLARÍN. Gentilhombre.
Y esta pícara que adoro
es una veleta al aire,
que en mirando tu donaire
me ha de perder el decoro.

FINEA. Esa es pura necedad,
que donde hay amor con trato
no es posible que sea ingrato
á la primer voluntad.

CLARÍN. No conoces las mujeres,
porque aun tu barba procura
ser de la primer tonsura;
y en lo del trato no esperes;
que por lo mismo desea
una mujer novedad.
Yo fío de tu amistad
que, como me dices, sea.
Ven y verás dos infames
que pueden prestar contento
al diablo.

FINEA. ¡Qué atrevimiento!
No quiero que así las llames.

CLARÍN. ¿Pues qué quieres que te diga?
¿que son reinas?

FINEA. Que honres quiero
las mujeres.

CLARÍN. Presto espero [1]
que tu opinión contradiga
su bellaca condición.

FINEA. El gusto no es calidad
ni puede en la voluntad
haber honra ni elección.
¿No has visto al Príncipe amar
tal vez á una vil mujer?

CLARÍN. La calidad del placer
es sólo saberle dar.

FINEA. Dices soberanamente,
y te lo quiero abonar.
Cuando ves un rey cenar
entre una escuadra de gente,
y le sabe bien, Clarín,
una perdíz, un capón,
un torrezno de un jamón,
nunca al principio ni al fin
pregunta donde nació.
come lo que bien le sabe.
Y así amor en hombre grave
se mira si sabe ó no:
si sabe, no hay que saber
si es bajo su nacimiento,
porque nunca del contento
información se ha de hacer.

CLARÍN. Por Dios, que debes de ser
diablo.

1 Desde aquí hasta la conclusión de la escena, está sustituído el texto con puntos suspensivos en la edición de Ortega (*Comedias escogidas*.)

FINEA. *(Ap.)* ¡Ay, de mí, que he venido
á amar un hombre perdido
de amores de otra mujer! *(Vanse.)*

ESCENA XIV

El CONDE FEDERICO *y* FLORELA.

FLORELA. Vóime templando, que quiero
que el contento no me mate.
CONDE. No presumo que lo es
placer que pueda templarse.
FLORELA. Quiero decir que le doy
al alma, no en todo, en parte,
que si todo se le diera
pudiera el gusto anegarme.
Los brazos os vuelvo á dar.
CONDE. Bien merezco que me abracen
brazos que me cuestan vidas.
FLORELA. Bien es que abiertos los hallen [1]
galanes después de ausencia,
porque sólo los galanes
los pudieran merecer.
CONDE. Bien hayan desdichas tales
que hacen á un hombre dichoso.
FLORELA. Temo de vos informarme
en materia de memoria.
CONDE. Excusa tenéis bastante
si os gobernáis por la vuestra.
FLORELA. Yo no he podido olvidarte.
CONDE. Juzgad lo mismo de mí;
que os prometo que las tardes [2],
imaginando las noches,
bastaban para matarme:
pues ¿qué os diré de los días?
FLORELA. Mejor pudieran pasarse
entre las húngaras damas,
que vuestra persona y talle,
y esto del Embajador
obligan á muchos lances.
¿Con quién tuvisteis lugar?
¿qué os dijeron? No se calle
ninguna cosa conmigo.
CONDE. Hoy quieres desesperarme;
esto sí que fué querer
templarme el gusto.
FLORELA. Dejadme.
Pensar en que tuve celos.
CONDE. Tuvisteis celos de balde,
que yo no sabía la lengua;
y en llegando dama á hablarme,
ella se entendía á sí
en el húngaro lenguaje,
y yo, ni á ella ni á mí,
respondiendo disparates.
FLORELA. ¿Dieron os algún favor?
Por vida mía, mostradme
banda, flor, papel ó cinta;
que aunque en palacio excusase
la novedad estas cosas,
no pudieron excusarse
en casa de vuestro huésped.

[1] Este verso y los dos siguientes fueron suprimidos en impresión de Ortega.
[2] También éste y los tres que siguen, faltan en la edi ón dicha.

CONDE. Florela, un rayo me abrase
si vi la hermana de Alberto.
Y aquí llegan mis dos pajes,
de quien podréis informaros.

ESCENA XV

DICHOS, FINEA *y* CLARÍN.

FLORELA. Clarín no ha de declararse:
ya conozco yo su humor.
CONDE. Tú, Celio, pasa adelante;
dile á la hermosa Florela,
que aun no quiere asegurarse,
si vi la hermana del huésped,
(aunque dicen que era un ángel)
donde posé aquellos días.
FINEA. Si puede crédito darse
á un hombre de bien, que sirve,
yo os juro que en una cárcel
tuvo Alberto á su Finea.
Perdonadme que le llame
su nombre en presencia vuestra.
FLORELA. ¡Buen paje!
CONDE. Viniendo á Nápoles,
le recibí en el camino.
FLORELA. ¿Y de este puedo informarme?
FINEA. Bien podéis, señora mía,
que allá vi al Conde.
FLORELA. Tú traes
contigo la información.
FINEA. No es justo que así me trates:
¿tengo cara de mentir?
FLORELA. Tienes á lo menos talle
de solicitar placeres
al Conde.
FINEA. ¡Desdicha grande!
Según eso, bien me puedo
despedir.
CONDE. Presumo que antes
te quieren hacer mercedes.
CLARÍN. Mi señora, no te espantes;
que si es mala condición
no querer asegurarse
no será amor, que son celos.
El Conde fué á cosas graves,
no, como presumes tú,
á tratar de enamorarse.
Conmigo, que le asistí,
habló siempre en adorarte
y en sólo sentir tu ausencia.
FLORELA. ¡Qué testigos!
CONDE. ¿No? pues basten
juramentos.
FLORELA. ¿Cuáles?
CONDE. Oye;
¡Plegue al cielo que me falten
tus ojos, si te ofendí,
ni en palacio ni otra parte
vi mujer que...
FLORELA. No lo digas.
¡Qué juramento notable!
¿Mis ojos juras?
CONDE. Pues, Celio,
tú, que sus cielos miraste,
ahora di si perdellos
es juramento bastante.

FINEA. Mirarlos de espacio quiero.
FLORELA. ¿Los ojos quieres mirarme?
FINEA. Quiero saber su valor,
porque el Conde no se engañe.
¡Jesús! ¡es gran juramento!
Son dos cielos, que por darles
este nombre, tienen almas
con sol que en sus niñas arde.
Creed al Conde, señora.
FLORELA. Ya quiere en el mar bañarse
el del cielo y del jardín
llaman los claros cristales
á gozar de su armonía.—
Venid, Conde, porque trace
con vos lo que ayer me dijo
hablándome en vos mi padre.
CONDE. Si es de nuestro casamiento,
no haya causa que dilate.—
Volveos á casa vosotros.
(*Vanse el* Conde *y* Florela.)

ESCENA XVI

FINEA *y* CLARÍN.

FINEA. (*Ap.*) Y yo volveré á matarme.
CLARÍN. Ven, Celio, á ver nuestras daifas;
no nos ocupen galanes
la puerta.
FINEA. ¿Es gente de muchos?
CLARÍN. Diez ó doce personajes:
de ellos dan y de ellos no.
FINEA. (*Ap.*) Pensamientos me combaten
que me han de quitar la vida.—
¿Ella es gente de donaire?
CLARÍN. Tú lo verás.
FINEA. Pues no temas,
aunque el mismo turco baje;
que con la que traigo al lado
seré...
CLARÍN. ¿Quién?
FINEA. Roldán de pajes.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Salen el REY DE NÁPOLES, *el* MARQUÉS LUDOVICO *y* CRIADOS.

REY.

No he tenido en mi vida mayor pena.

MARQUÉS.

Parece cosa, gran señor, indigna
de Federico, y de su nombre agena.

REY.

¿Amor á quién no engaña y desatina?
Viene esta carta de razones llena,
que la menor á su castigo inclina.

MARQUÉS.

Llama al Conde, veamos qué responde.

REY. (*A un* criado.)

Llamad al Conde luego.

CRIADO.

Aquí está el Conde.

ESCENA II

DICHOS *y el* CONDE FEDERICO.

CONDE.

¿Qué manda vuestra alteza?

REY.

No quisiera
pensar de ti tan grande alevosía,
así esta carta y la razón me altera
con que de ti se queja el rey de Hungría.
Por estotra verás qué fin espera
una traición que el agraviado envía
su sentimiento en ella de tal suerte
que con la infamia te condena á muerte.
No te digo lo que es, pues ya me entiendes,
y has de leer las cartas á mis ojos.

CONDE.

¿Es este el premio con que honrar pretendes
mis servicios después de mil enojos?

REY.

Pues di: si embajador á un rey ofendes
y traes desta hazaña por despojos
á la hermana del huésped que te ha dado,
¿mereces ser premiado ó castigado?

CONDE.

¿Qué hermana, ni qué huésped? Vuestra alteza
pienso que no conoce á Federico,
pues Nápoles bien sabe mi nobleza
y el divino valor del conde Enrico.

REY.

Lee las cartas, que mayor bajeza
no se cuenta de Páris.
(*Toma las cartas el* Conde.)

CONDE.

Yo suplico
á vuestra alteza que sin dos oídos
no juzgue.

REY.

Ya los tengo prevenidos.

(*Lee el* Conde *la carta.*) «Al conde Federico, que con particular embajada me envió vuestra alteza, aposentó, por mi orden, Alberto, mi gentilhombre de cámara, cuyos regalos pagó con llevalle, á la partida, á Finea, su hermana. Vuestra alteza vea qué medio puede tener tanta ingratitud y bajo término, que el más breve será casarlos, porque Alberto no tome la debida satisfacción de su infamia á costa de su vida.»

REY.

¿Ríeste de la carta?

CONDE.

¿Cómo puedo
dejarme de reir?

REY.

¿No te ha turbado
esta maldad?

CONDE.

Cuando seguro quedo,
no me turba, señor, el ser culpado.

REY.

Pues tú respondes ya perdido el miedo,
debe de ser en fe de estar casado.
Si estás casado, no te turbes, Conde;
escribe á tu cuñado, al Rey responde.

CONDE.

Esa seguridad no es la que tengo,
que nace, gran señor, de mi inocencia.
De Hungría sólo con mi gente vengo;
la desnuda verdad no quiere ciencia.
Nace, señor, la risa que prevengo
de la seguridad de mi inocencia:
que un ánimo inocente muestra en risa
que lo secreto á lo exterior avisa.
Por el Rey en la casa de ese Alberto
estuve con mi gente aposentado:
si vi á su hermana, todo el centro abierto
me deje entre sus llamas sepultado.
Si alguno con quien tuvo igual concierto,
luego que me partí se la ha robado,
no es justo que de mí, que soy tan noble,
presuma el Rey, ni Alberto un trato doble.
Yo regalé, señor, á sus criados
de joyas y presentes, y sabiendo
de su hermana el valor, con mil honrados
ofrecimientos le obligué partiendo.
Ni la vi, ni la oí, ni mis cuidados
fueron más que servirte, disponiendo
tus cosas con recato y con prudencia.

MARQUÉS.

Por Dios, que persuade su inocencia;
y que debe de ser que algún amante
que tendría Finea, en la partida
de Federico halló lugar bastante,
la casa en tanto huésped divertida.

REY.

No puede ser que cosa semejante
hiciese un hombre noble.

MARQUÉS.

Es conocida
maldad del mismo que robó á Finea.

REY.

Querrá que su defensa el Conde sea.

CONDE.

Señor, aquí me quede la cabeza
cuando se me probare que yo he sido
infame autor de tan cruel bajeza.

REY.

Estoy de tu inocencia persuadido.

CONDE.

Más honra mis servicios vuestra alteza
con esa confianza. Sus pies pido;
deme mil veces estos pies.

REY.

Escribe,
que quien nunca ofendió, seguro vive.

(Vase el Rey.)

ESCENA III

El CONDE *y el* MARQUÉS LUDOVICO.

CONDE.

¿Qué os parece, Marqués?

MARQUÉS.

Que escribáis luego,
respondiendo á esa carta.

CONDE.

No he querido
leerla, por no ver que un hombre ciego
se descomponga airado y atrevido.

MARQUÉS.

¿Qué importa un desatino? Abridla os ruego;
que no será tan necio, aunque ofendido.

CONDE.

Por vos la leo, aunque temiendo el daño
que puede resultarme de este engaño.

(Lee el Conde *la carta.)* «En mi casa os aposenté, en mi voluntad os tuve; la confianza de vuestro nombre me engañó, pues á mi casa habéis sido traidor, á mi voluntad ingrato y á mi confianza tan desleal como os lo dirá presto mi agravio, pues cuanto tarde en llegar tendréis de vida.»

—¿No os dije yo que, en fin, como ofendido,
era fuerza escribirme descompuesto?

MARQUÉS.

Si está engañado, corta ofensa ha sido;
que aunque libre, tomó término honesto.
Que luego despachéis un hombre os pido,
que por escrito satisfaga desto
á un noble caballero.

CONDE.

Si él lo piensa,
disculpo las palabras por la ausencia. *(Vanse.)*

ESCENA IV

FLORELA *y* FINEA, *en su traje de hombre.*

FLORELA. Que está muy enamorado
el Conde lo da á entender.
FINEA. Y ¿quién puede merecer
mejor que tú su cuidado?
FLORELA. Ya vas, Celio, conformando
las palabras con el nombre.
FINEA. Pues á fe que no soy hombre
para andar solicitando;
y si el nombre de alcahuete;
(aunque ya la cortesía,

si ya no fuese ironía
otro nombre le promete),
pues como al que es bachiller
le llamamos licenciado;
moreno al negro; y honrado
al que no lo quiere ser,
al alcahuete se llama
tercero: desde este día
dejaré mercadería
que tanto al *tercero* infama;
no quiero servir al Conde.

FLORELA. ¿Por qué, si te quiere bien?

FINEA. No porque el nombre me den
que al oficio corresponde;
mas porque después que estoy
en Nápoles he tenido
una desdicha.

FLORELA. ¿Qué ha sido?

FINEA. No sé más de que lo soy.

FLORELA. ¿Tú puedes ser desdichado
siendo criado leal?

FINEA. ¿Parécete poco mal
estar...

FLORELA. ¿Cómo?

FINEA. Enamorado.

FLORELA. ¡Oh, qué donaire!

FINEA. No fué
este donaire tan aire
que no me cueste el donaire
la vida.

FLORELA. ¿Quién es?

FINEA. No sé.

FLORELA. Por la mía que lo digas.

FINEA. Si me guardas el secreto...

FLORELA. De guardártelo prometo.

FINEA. Mira que á mucho te obligas;
que es una dama del Conde.

FLORELA. ¿Pues el Conde tiene dama.
fuera de mí? ¿El Conde infama
su lealtad? Habla, responde:
¿quién es aquesta mujer?

FINEA. Una mujer enojada,
que de verla tan airada
no lo acierto á responder.

FLORELA. ¿Soy yo?

FINEA. ¿Pues ya no sabías
que tu hermosura y valor,
pueden abrasar de amor,
Florela, las piedras frías?
Dirás que es atrevimiento;
claro está, mas pues me voy,
y sin decirte quién soy,
no es tan loco pensamiento.
Quita la imaginación
de lo que piensas de mí,
que cuando yo me atreví
no fué sin mucha ocasión:
ni creas que es deslealtad
querer lo que quiere el Conde,
pues mi ausencia te responde
que antes le trato lealtad.
Si yo me voy por ser fiel
¿en qué me puede culpar?
No fué en mi mano mirar,
serálo apartarme de él.

FLORELA. ¿Cómo había de enojarme,
Celio? He querido reirme,
porque puedo persuadirme
que ha sido posible amarme.
No es milagro, y en tu edad,
que yo te parezca bien:
melindres son para quien
nunca tuvo voluntad.
Si tú, Celio, porfiaras
en cosa tan desigual,
que me pareciera mal,
es sin duda y me enojaras.
Mas quien quiere y no porfía
dice su amor y no enfada;
y no sé que ofenda en nada
mientras no tiene osadía.
Celio, á ninguna mujer
le pesó de ser querida,
como no fuese ofendida
más que en callar y querer.
Quiere tú, no me lo digas,
que tampoco lo diré
al Conde; pero con fe
de que á ser mudo te obligas.
No viendo corresponder
es fuerza que has de olvidar,
que amor no puede durar
sin ayudarlo á querer.

FINEA. ¿Quieres tú que yo te diga
quién soy, y disculparás
mi amor?

FLORELA. Quiero.

FINEA. Hoy sabrás
lo que á quererte me obliga;
que mejor que el Conde soy.

FLORELA. ¿Mejor?

FINEA. Escucha.

FLORELA. No mientas.

FINEA. Jura el secreto, si intentas
saberlo.

FLORELA. A fe de quien soy.

FINEA. Si juras el ser mujer,
fué juramento discreto;
que de no guardar secreto
juró naciendo su ser.
Mas si juras á quien eres
yo me doy por confiado.

FLORELA. Mucho, Celio, has afrentado
el valor de las mujeres.

FINEA. Hijo soy, Florela hermosa,
del rey de Aragón, Fernando;
mira tú si puedo yo
tener pensamientos altos.
Mucho dije; ya lo he dicho,
y esto en fe de que has jurado,
y también de que me voy,
si al Conde piensas contarlo;
aunque no se lo dirás,
que no has llegado á los brazos,
que es adonde los secretos
no tienen reparo humano.
Yo en aquesta confianza
te he dicho lo que he callado
al Conde, y aun á mí mismo,
si á solas conmigo hablo.
Dirás: «pues hombre, si fuiste
quien dices, ¿cómo has llegado
á servir desta manera?»
Esto te dijera Fabio,

el criado que me sirve:
que es el marqués don Fernando
de Cabrera y de Aragón,
que hasta el nombre se ha mudado;
porque yo, que aquí soy Celio,
don Alonso allá me llamo.
Oye la historia y sabrás
por dónde me atrevo á tanto.
El Rey quiso cierta dama,
de quien por sucesos varios
no fué, Florela, marido.
Nací yo de estos engaños;
casóse el Rey, y me dió
en breve tiempo un hermano
entendido y gentilhombre,
que lo era el padre de entrambos.
No nos criábamos juntos,
que aún no estaba declarado
mi nombre, por el temor
de los celos, siempre largos;
porque lo que fué una vez
amor por dicha obligado,
piensan las propias mujeres
que ha de durar dos mil años.
Enviudó el Rey, y con esto
me trajeron á palacio
de una aldea en que vivía
con un retirado hidalgo.
Cobróme el Príncipe amor,
y de la sangre ayudado,
ya de algunas gracias mías,
puesto que soy desgraciado,
en los ojos de la Corte
hallé gusto, y ya inventando
galas y fiestas que fueron
ocasión de tantos daños,
puse los ojos ¡ay, Dios!
en una dama, que estando
en un jardín cierto día
se dejó tocar las manos.
Hizo el Príncipe lo mismo:
veis aquí todo trocado
amor en odio, que luego
nos dividimos entrambos.
Tenía yo, aunque eran menos,
Florela, aquellos privados
que no llegaron á ser
de la llave de mi hermano.
Estos, ya por sus consejos,
ya por sus lisonjas, dando
principio á nuestra discordia,
todo cuanto ves causaron.
Pero la firme señora,
que le envidaba de falso
al Príncipe, y me quería,
dispuso de suerte el caso
que, en ausencia de su padre,
entré una noche en su cuarto...
¡Nunca entrara! Al fin, Florela,
entré atrevido y gallardo.
Pasáronse algunos meses
el huésped de estos cuidados,
descubriendo su secreto,
con irnos la vida á entrambos,
mueren los que no han salido
á la luz por ver sus rayos,
que no saben que acá fuera
está la muerte esperando.
Como llegó la ocasión
del mal encubierto parto,
asistí á verla en secreto,
y el niño infeliz tomando
en la capa mal envuelto,
con ella entre algunos paños,
salí donde pensé yo
que asistían mis criados.
Llegó el Príncipe á saber
quién era, y yo porfiando
á no querer descubrirme,
dos ó tres me acuchillaron.
¡Caso extraño! que otros riñen
dando rodela al contrario,
y yo para defenderme
daba todo el pecho á tantos.
Quiso Dios que no le hirieron
ni á mí; pero no es milagro,
que mal pudieran herirme
con un ángel en los brazos.
El Príncipe lo quedó
y Aragón alborotado,
de suerte que en una aldea
de las faldas de Moncayo
dejo al niño, y por la posta
en toda Francia no paro.
Corro á Flandes, llego á Hungría
á la sazón que, llegando
el Conde con la embajada,
pude aficionarme tanto,
que así por más ocultarme,
como por verme obligado
de su amor y inclinación,
en el camino le aguardo.
Dióme oficio de mi edad;
que esto no lo tuve á agravio.
Fióme aqueste secreto,
que la vida me ha costado,
que viendo tu rostro he visto
de lo que amaba reparo,
olvidando cuanto quise
hasta romper su retrato.
No sé como me atreví
á decirte suspirando
lo que no pensé, Florela.
Ya lo dije y ya me parto,
que el decirlo fué partirme;
mas juramento te hago
á la cruz de aquesta espada
como aragonés honrado
y á la que traigo encubierta
de nuestro español Santiago,
que si me guardas secreto
y me veo en el estado
que pienso, y el Conde falta
á vuestro concierto y trato,
de casarme y de enviar
por ti al marqués don Bernardo
desde Aragón, porque estoy
por tu belleza espirando.
Ten lástima de mi muerte,
pues que me han muerto tus manos,
que en tenerla de mi vida
no haces al Conde agravio.

(Hace que se va.)

FLORELA. Tente, tente.

FINEA. ¿Qué me quieres?
(*Sale el* Conde.)
FLORELA. Entra el Conde no lo digo.

ESCENA V

DICHOS *y el* CONDE FEDERICO.

CONDE. (*Ap.*) Que pierda un hombre un amigo
por enredos de mujeres,
ó por su propia afición
su desdicha le disculpe;
pero que á un hombre le culpe
la agena imaginación,
es la mayor novedad
que se ha visto ni se ha oído.
¿Florela?
FLORELA. Seas bien venido:
¿Qué hay de nuevo en la ciudad?
CONDE. Cartas, señora, de Hungría.
FLORELA. Contrarias deben de ser,
pues te veo suspender,
y más en presencia mía.
CONDE. Si son cartas contra mí,
¿no me ha de causar pesar?
FLORELA. ¿Contra ti?
CONDE. ¿Puedes pensar
tal cosa?
FLORELA. ¿Qué?
CONDE. Escucha.
FLORELA. Di.
CONDE. Escribe el húngaro Rey
diciendo que le he robado,
contra la ley de hombre honrado
y humana y divina ley,
al huésped donde posaba,
una hermana que tenía.
FLORELA. ¿Y ser verdad no podía?
CONDE. ¡Eso sólo me faltaba!
Ni podía ser verdad,
ni la vi, ni sé quien es.
Público partí; después
sucedió esta novedad.
FLORELA. No se queja sin razón.
CONDE. Hareisme desesperar.
FLORELA. ¿Pues cómo os pueden culpar
sin causa de esta traición?
CONDE. ¿Celio, aquí estáis?
FINEA. Sí, señor.
CONDE. Ponte luego de camino.
FINEA. ¿De camino?
CONDE. Determino
defender mi noble honor.
Esta carta has de llevar
á Alberto, y aquesta al Rey.
FINEA. ¿Yo, señor?
CONDE. ¿No es justa ley
servir, defender y honrar
á sus dueños los criados
cuando hay tan grande ocasión?
FINEA. Yo conozco que es razón,
pero hay otros más honrados
y de más entendimiento.
CONDE. Pues hago elección de ti,
yo se que sabrás por mí
defender mi noble intento.
¿No conociste en Hungría
á Alberto?
FINEA. ¿Yo? sí, señor.
CONDE. ¿Pues quién le hablará mejor,
Celio, en la inocencia mía?
¿No sabes tú que he venido
solo?
FINEA. ¡Y cómo si lo sé!
CONDE. (*A* Florela.) Si á Finea vi ni hablé,
mi amor te merezca olvido.
FLORELA. Ya, Conde, sé lo que son
los cuidados en ausencia.
CONDE. ¡Vive Dios, que mi inocencia
dé voces á tu razón!
Juzga si quieres, de mí,
como es justo.
FLORELA. Ya he juzgado
que te ausentaste y he hallado
que duró el amor en ti
hasta que viste esa dama.
¿Dónde la tienes? Bien creo
que puedes de mi deseo
fiar lo que el tuyo ama.
¿Por qué no la traes aquí?
CONDE. ¡Oh, pesar de mi desdicha!
FINEA. (*Ap.*) Por aquí ha de entrar mi dicha.
CONDE. ¡Que tú me trates así!
¿Pues satisfácese el Rey
y el mundo de mi inocencia,
y tú en mi propia presencia
contra toda justa ley
de amor y de obligación,
por culpado ya me nombras
por imaginadas sombras?
FLORELA. Muy justas sospechas son,
que el Rey no te ha de querer
ni tener celos de ti,
y yo, Federico, sí,
que pienso ser tu mujer.
CONDE. Perdona mi atrevimiento,
que no te puedo escuchar. (*Vase.*)

ESCENA VI

FLORELA *y* FINEA.

FINEA. Mal has hecho en apretar
tanto al Conde el pensamiento;
que de ser esto verdad,
verdad es, y la ha traído
consigo. Adiós. (*Hace que se va.*)
FLORELA. ¡Qué atrevido
te hace ya la voluntad!
Tente, vuelve, escucha, para.
FINEA. ¿No ves que me he de partir?
(*Ap.*) (Harto bueno fuera ir
donde Alberto me matara.
¡Caso extraño; que éste intente
que vaya á mi propio hermano!
Mas no me enviaba en vano
cuando disculparse intente,
pues soy la misma ocasión.)
Triste estás. (*A* Florela.)
FLORELA. Estoy pensando
venganzas.
FINEA. No son, amando,
nobleza ni estimación.
FLORELA. ¿Pues no dices que es verdad?
FINEA. Y si me guardas secreto

te la enseñaré.

FLORELA. ¡Qué efeto de celosa voluntad! ¡Ay, Celio! si tú me enseñas esta mujer, ten por cierto que te adore.

FINEA. Yo soy muerto si se entiende ni aun por señas.

FLORELA. Quíteme el cielo la vida cuando te venga algún daño.

FINEA. Hoy verás el desengaño.

FLORELA. Tú, la palabra cumplida, mi hacienda es tuya.

FINEA. No quiero más premio que hacerte gusto, aunque dé al Conde disgusto, por la fe de caballero.

FLORELA. Fía en la palabra mía.

FINEA. Gran necio debo de ser, pues fío de una mujer dos secretos en un día. *(Vanse.)*

ESCENA VII

Salen ALBERTO *y* LUSIDORO *de noche;* ALBERTO *con una pistola.*

ALBERTO.

De otra suerte quisiera disfrazarme,
ya que á Nápoles vine, Lusidoro,
á cobrar el honor que me han quitado.

LUSIDORO.

¿Cómo quieres venir más disfrazado
que no siendo de nadie conocido?

ALBERTO.

Si del Conde lo soy, que me ha ofendido,
¿qué importa que ninguno me conozca?

LUSIDORO.

Guardate de él hasta que llegue el día
que te puedas vengar de sus agravios.

ALBERTO.

¡Qué pocos son en la venganza sabios!
¿Dónde tendrá á mi hermana, Federico?

LUSIDORO.

¿Pues hale de faltar lugar secreto
en esta insigne máquina? ¿No adviertes
tantos palacios, tantas torres fuertes,
tantas hermosas quintas y jardines,
y que de la ribera los confines
parecen otras calles y ciudades?

ALBERTO.

En fin ¿á qué es mejor me persuades
disparalle de noche una pistola?

LUSIDORO.

No me parece que es venganza honrada,
porque donde hay traición basta la espada,
y si te dije que era bien matalle
en su casa, en palacio ó en la calle,
fué consejo no más de consultalle
con el honor entonces; mas agora,
mirando que otros medios son más cuerdos
y remedian mejor tu honor perdido,
que no le mates á traición te pido.

ALBERTO.

¿Pues qué llamas traición? ¿Córreme acaso
obligación de hacello en desafío,
habiéndome quitado el honor mío?

LUSIDORO.

Si pudieras casarle con Finea,
¿no era remedio, Alberto, más honrado?

ALBERTO.

¿Quién duda que si el Conde se casara,
cuanto honor me ha quitado me volviera,
y que el remedio más piadoso fuera?
Pero llegando á ser rebelde en todo
sola su muerte puede ser el modo
para que salga yo de tanta afrenta.

LUSIDORO.

Si al Rey hablases, tengo yo por cierto
que puesto el Conde en ásperas prisiones,
vendría á confirmarse en lo que es justo.

ALBERTO.

Mas, Lusidoro, de vengarme gusto,
que no de pleitear públicamente.

LUSIDORO.

De la casa que acude sale gente.

ALBERTO.

Aquí dicen que vive cierta dama,
á quien el Conde sirve, adora y ama,
y con quien antes que partiese á Hungría
casarse, que es muy noble, pretendía.
Pues mira tú si el Conde se casase
que buen remedio daba al honor mío.
Yo no quiero prisión ni desafío,
sino pasarle el pecho con dos balas.

LUSIDORO.

La voz he conocido; él es sin duda.

ALBERTO.

El trae un paje y un lacayo solos.

LUSIDORO.

Hombres de espada son.

ALBERTO.

No importa nada
que no defiende pólvora la espada.

ESCENA VIII

DICHOS, *y salen el* CONDE FEDERICO, FINEA *y* CLARÍN *de noche.*

CONDE. Perdido voy de tristeza.

CLARÍN. Muy atrevido has andado.

CONDE. Causa Florela me ha dado, aunque adoro su belleza.

CLARÍN. ¿Qué causa te puede dar, si son efectos de amor los celos? ¿No ves, señor, que como no puede estar el sol sin sombra, no puede el amor estar sin celos?

FINEA. (*Ap.*) Ya, por piedad de los cielos,
prósperamente sucede
mi imposible pretensión;
que la discordia que ha entrado
por celos principio ha dado.
CONDE. ¿Qué hora es?
CLARÍN. Las doce son.
Desvíate de esa puerta,
que se vengará de ti
si sabe que estás aquí.
CONDE. Más quisiera verla abierta.
CLARÍN. Pues volvamos á llamar.
Di que no puedes vivir.
¡Ah, señor! ¡cómo el fingir
negocia más que el amar!
¿Tienes seso? Habéis reñido
sobre tan cruel novela
como decirte Florela
que una mujer has traído.
¿Juraste de no la ver,
porque no quiere creerte,
y ella á ti de no quererte,
y luego quieres volver?
Estáte dos horas quedo,
no muestres que te apasionas:
las mujeres y las monas
no han de conocer el miedo,
que en conociéndole muerden.
CONDE. ¡Qué fácilmente aconseja
quien no quiere á quien se queja!
CLARÍN. ¡Oh, cuántos su gusto pierden
por no saber esperar!
Vámonos de aquí, señor.
CONDE. Clarín, no me deja amor,
que harto me quiero esforzar.
CLARÍN. Pues tráigante aquí la cama.
CONDE. ¡Que tal mentira se crea!
¡Maldiga Dios á Finea,
por quien Florela me infama!
¡Que me culpasen á mí
de lo que no vi ni sé!
FINEA. (*Ap.*) La discordia que sembré
viene á llover sobre mí.
CONDE. ¡Plegue á Dios, Finea, ó quien eres
que nunca tengas ventura.
FINEA. Señor, ya es eso locura.
¿Pues tú ofendes las mujeres?
¿Qué culpa tiene Finea
de lo que piensan de ti?
CONDE. ¿No es ella la causa?
FINEA. Sí,
¿más qué importa que lo sea?
CONDE. Celio, si me quieres bien,
ayúdame á maldecir
esta mujer y decir
que es un demonio también.
FINEA. No haré tal, por vida mía
que soy noble, y defender
me toca toda mujer.
LUSIDOR. (*A* Alb.) ¿Aguardas que llegue el día?
CONDE. Gente viene.
ALBERTO. Ya disparo.
(*Dispara* Alberto *y no da fuego.*)
¡No dió fuego, vive Dios!
CONDE. ¡Oh, perros!
LUSIDOR. Pues somos dos,
sea el acero reparo
de lo que el plomo faltó.
(*Acuchíllanse, y* Finea *va tras* Alberto *y* Lusidoro.)
FINEA. ¡A ellos, señor, á ellos!
CLARÍN. ¡Cómo se tiene con ellos,
pesar de quien me parió!
CONDE. ¡Oh! buen Celio, no los sigas.
(*Vuélvese* Finea.)
FINEA. Porque huyen te obedezco.
CONDE. Que premio y brazos ofrezco.
FINEA. Con lo postrero me obligas.
CONDE. Vive Dios, que eres honrado.
CLARÍN. ¡Pesia tal, qué cuchilladas
tiràba!
FINEA. Bien empleadas
por tu vida y á tu lado.
CONDE. ¿Esta gente, quién sería?
CLARÍN. Ladrones deben de ser.
CONDE. No llegan á acometer
con fuego y tanta osadía;
que el ladrón pide, Clarín,
la cápa, y no mata al hombre;
sólo quiere que se asombre.
CLARÍN. La llama del polvorín
me puso bravo temor.
CONDE. La pólvora ardió no más.
FINEA. Mal seguro, Conde, estás.
CLARÍN. Mal seguro, estás, señor.
CONDE. Este demonio ó mujer,
esta Finea infernal
es causa de tanto mal.
CLARÍN. Por ella debió de ser.
Vamos á casa y volvamos
con fuego á buscar quien son.
CONDE. No ha de faltar ocasión,
Clarín, si de noche andamos.
En Nápoles está Alberto,
y aqueste debió de ser.
Yo me quiero recoger.
FINEA. Eso, señor, es lo cierto.
(*Ap.*) Sin duda mi hermano fué,
que el rostro le conocí.
CONDE. Basta, amigos, que hoy nací.
FINEA. (*Ap.*) Por eso me reporté.
¡Jesús, qué desdicha fuera
si hubiera muerto á mi hermano,
ó él al Conde!
CONDE. Ya es en vano
salir de aquesta quimera
con escribir ni con dar
satisfacciones de mí. (*Vase el* Conde.)

ESCENA IX

FINEA *y* CLARÍN.

CLARÍN. ¿Verás á Fenisa?
FINEA. Sí,
si el Conde se va á acostar.
CLARÍN. Díjome que te esperaba
con Flora.
FINEA. Si aqueste loco
tarda en acostarse un poco,
voy como flecha de aljaba.
CLARÍN. Vive Dios, que eres valiente
pero quéjase Fenisa
que eres tibio.

FINEA. Está de prisa,
como el dinerillo siente.
Yo, como soy socarrón,
querríala enamorar,
porque esto de ejecutar
es muy baja condición.
CLARÍN. Yo sé que te quiere bien,
y que me alaba tu brío.
FINEA. Por el dinerillo mío
debe de hacello también.
¿Es limpia?
CLARÍN. Como una plata
lo interior y la corteza.
FINEA. Porque no habiendo limpieza
todo amor se desbarata.
¿Buen olor?
CLARÍN. Divino olor.
FINEA. No digo lo perfumado.
CLARÍN. Acaba, no seas pesado,
que se aleja mi señor.
FINEA. ¿Hay otro?
CLARÍN. ¡Necia porfía!
FINEA. Saber yo si hay otro es justo,
porque no es cambio mi gusto
que haya «Celio y compañía».
(*Vanse y salen el* Rey *y el* Marqués.)

ESCENA X

El REY DE NÁPOLES *y el* MARQUÉS LUDOVICO.

REY.

Vuelve á escribirme el Rey; está con pena.

MARQUÉS.

No es posible que el Conde lo negara,
pues no era cosa de razón agena
que con mujer tan noble se casara.

REY.

Mucho tanta porfía le condena.
Yo pienso que el engaño se declara:
Pondré en prisión al Conde.

MARQUÉS.

¿Con qué prueba?

REY.

¿Por los indicios, fuera cosa nueva?

MARQUÉS.

No fuera nueva cuando son bastantes;
el Conde jura que no vió á Finea,
y no se prenden hombres semejantes
sin que la causa conocida sea.

REY.

Que esté indicioso en esto, no te espantes,
fuera de no ser justo que lo crea,
y el Conde, como sabes, me ha obligado.

MARQUÉS.

Satisfacción de su valor te ha dado;
fuera deso me obliga su inocencia
saber que quiere y sirve á cierta dama
con notable cuidado y asistencia,
y ella también le corresponde y ama.

REY.

Como esas cosas pasan en ausencia...

MARQUÉS.

No siempre dice la verdad la fama.
El Conde libre importa á tu servicio,
más que en prisión por tan pequeño indicio.

ESCENA XI

DICHOS *y sale un* CRIADO

CRIADO. Dos húngaros caballeros
piden, gran señor, licencia
para verte.
REY. Ya, Marqués,
mayores pruebas comienzan.

ESCENA XII

El REY, *el* MARQUÉS, ALBERTO *y* LUSIDORO.

ALBERTO. Dame, gran señor, los pies.
REY. Por vuestra presencia y tierra
es justo daros los brazos.
LUSIDOR. Conforme tu real grandeza
favorece los vasallos
de un Príncipe que desea
darte en sus hijos su sangre.
REY. ¿Es embajada, ó es queja?
ALBERTO. Queja, señor.
REY. Ya conozco
quién eres. Mucho me pesa
que esto se ponga en estado
que así te obligue que vengas,
Alberto (si eres Alberto),
á buscar con tanta pena
satisfacción á tu honor;
mas porque no es bien que sea
tu información sin la parte
que se afirma en su inocencia,
llamad luego á Federico.
ALBERTO. Yo sé que cuando él me vea
no negará la verdad.
MARQ. Por lo menos jura y niega
que nunca vió á vuestra hermana.
ALBERTO. Pues yo, con licencia vuestra,
sé que me pidió al partirse,
y con mucha diligencia,
que por mujer se la diese;
¿pues cómo me la pidiera
si nunca la hubiera visto?
REY. ¡Extrañas cosas son estas!
¿No viene el Conde?

ESCENA XIII

DICHOS *y el* CONDE FEDERICO.

CONDE. Ya estoy,
gran señor, en tu presencia,
agradecido en extremo
de que no dieses sentencia
contra mí sin escucharme.
REY. Propón, Alberto, tus quejas.
ALBERTO. Habiendo, ilustre Rugero,
que en la mayor parte reinas
de Italia, fuera de Roma,

(perdonen Mantua y Florencia)
aposentado en mi casa,
de antigua y clara nobleza,
al Conde, que está presente,
y regaládole en ella,
si no como él merecía,
como pude, al salir de ella
me faltó mi propia hermana;
faltó mi hermana Finea
de mi casa, habiendo sido
ejemplo á cuantas doncellas
tuvo la corte de Hungría,
donde á una voz no discrepa
persona que no le culpe;
y es tan cierta la sospecha,
que habiéndose en todo el reino
hecho grandes diligencias
con penas extraordinarias,
no hay quien diga ni quien sea
más de que la voz común
dice que el Conde la lleva.
Con esto el Rey te escribió;
yo sin aguardar respuesta
vine á ver si de mi honor
me daba Nápoles señas.
No he merecido ninguna
de mis contrarias estrellas,
y así tuve por mejor,
excusando competencias,
venir á pedir justicia
al tribunal de tu alteza.

CONDE. El Rey, mi señor, Alberto,
y cuantos en su presencia
te escuchan, habrán juzgado
por tu información incierta
tu engaño con mi lealtad,
tu opinión con mi inocencia;
porque faltarte tu hermana
corto indicio manifiesta
de que yo me la llevase,
porque pudo entonces ella
entre tanta confusión
salir con quien...

ALBERTO. No te atrevas
á decir tal libertad.

CONDE. Si es pleito, ¿de qué te quejas?
Pues aun en oposiciones
de cátedras hay licencia
para decir los defectos,
y no es bien que tú la tengas
de llamarme á mí traidor,
y que yo, Alberto, no pueda
decir que lo fué tu hermana
á tu valor y nobleza.
Cúlpame de la ocasión
que mi alboroto pudiera
excusar, á no ser huésped
y no de tanta bajeza;
que mejor es presumir
que algún galán que requiebra
muchos años á una dama
el que la ha llevado sea,
que no el que jamás la vió:
que mujer de tales prendas
no había de conquistarse
con una palabra tierna.
Esta es toda la verdad.
Vuélvete, Alberto, á tu tierra;
que los caballeros nobles
que tan justo Rey gobierna,
no van á ser desleales,
sino al negocio que llevan.
Y esto le diré en el campo
á tí, á tu sangre, á cualquiera
que salga, aunque entre tu Rey,
si el mío me da licencia. *(Vase.)*

ESCENA XIV

DICHOS, *menos el* CONDE.

ALBERTO. Saldré luego á defender
que eres traidor.

MARQ. No pretendas
la justicia que no tienes,
ni ausente al Conde te atrevas.

LUSIDOR. ¿Puede el Conde con razón...?

MARQ. Pues porque tú le defiendas,
dos á dos...

REY. Quedo: ¿qué es esto?

MARQ. Perdone, señor, tu alteza,
que no es justo que por cosas
injustas, asi padezca
el honor de tus vasallos.

REY. No quiero que se resuelva
este caso por las armas:
en mi consejo se vea.
Pruebe Alberto lo que dice,
que hasta ahora por sospechas
no es justo infamar al Conde.

ALBERTO. Perdona si ha sido ofensa
querer defender mi honor.

MARQ. También es bien que defienda
el Conde el suyo.

LUSIDOR. Es verdad.

ALBERTO. ¡Maldiga el cielo, Finea,
tu liviandad, pues padezco
tanto disgusto por ella! *(Vanse.)*

ESCENA XV

Salen FENISA *y* FINEA.

FENISA. ¿Es posible que has de ser
tan avariento de un sí?

FINEA. Si esto no haces por mí,
yo no te pienso querer.

FENISA. Dime tú si puedo yo
servirte, y mi amor verás.

FINEA. Oye y todo lo sabrás.

FENISA. Habla.

FINEA. El Conde me mandó
que buscase una mujer
para dar á su Florela
celos, que amor con cautela
suele mil veces vencer.

FENISA. Ya sé sus estratagemas.

FINEA. Florela celos le ha dado.

FENISA. ¡Qué amor tan desatinado!
Mas si le quiere, no temas.

FINEA. Que le quiera ó no le quiera,
celos le ha dado, y él quiere
darle celos.

FENISA. Pues espere
dos cosas de esa manera:

ó picarla á más venganza,
ó rendirla á más amor.

FINEA. Tiene el Conde, mi señor,
en mí grande confianza.
Piensa Florela que habemos
traido cierta Finea
de Hungría. Ó sea ó no sea,
con mil celosos extremos
le amartela por venganse,
y él quiere darla á entender
que es verdad.

FENISA. Bien puede ser.

FINEA. Antes debe de engañarse;
pero yo te he de llevar
y tú fingirte Finea,
porque como ella te vea
se puede certificar.
Contarásle que has venido
con él, y cuánto le quieres.

FENISA. Suelen así las mujeres,
Celio, descartar olvido
y quedarse en sólo amor.
Digo que todo lo haré.

FINEA. ¿Sabrás?

FENISA. Pienso que sabré.

FINEA. Pero ¿qué abono mayor
que ser mujer, porque todas
tienen destreza increible?
Con esto será posible
dulce fin de nuestras bodas,
que yo quiero ser muy tuyo,
como en las obras verás;
mas no has de querer jamás
otro amor.

FENISA. De todos huyo,
Celio, después que te vi.

FINEA. Trújome aqueste picaño
de Clarín, á quien engañó
con Silvia, y muero por ti.
Ello no es mucha lealtad,
pero ya los cortesanos
dicen que no siendo hermanos
no se mira en amistad.
Y de ver hombres me admiro,
que al amigo más honrado,
por cualquier gusto prestado
hacen en la honra un tiro.
Tú no tienes tantas prendas
con Clarín que me esté mal
serle un poco desleal.

FENISA. ¡Que satisfacer pretendas
á un lacayo picarón!

ESCENA XVI

DICHOS, *y* CLARÍN *al paño.*

CLARÍN. ¿Qué es aquesto de lacayo?

FENISA. Páseme la vida un rayo
si le he tenido afición.

CLARÍN. ¡Celio y Fenisa y aquí
de lacayo y juramento!
Mujeres, al fin.

FINEA. ¿Qué intento
pudiera moverte así?

FENISA. Decir que te casarías
conmigo, y ha de tener
miedo una sola mujer
de vivir sin compañías.
Sujétale el vino al tal
y el bravo desatinado
nos pone en tanto cuidado
y á veces en tanto mal.
Quise aceptar el embite,
que en lo demás es Clarín
un gallina, un hombre, en fin,
que lo que sabes permite,
y no quieras saber más.

CLARÍN. Fiad de mujeres tales.

FENISA. Mi bien, pues prendas iguales
de tu voluntad me das,
confírmalas con los brazos.

FINEA. Una y mil veces, mi bien.

CLARÍN *(Saliendo.)* Y yo doy el parabién
á usasté de los abrazos.

FENISA. Pues ¿qué le parece, diga?

CLARÍN. Que es mal hecho y que es mi amigo.

FINEA. Pícaro, tú eres testigo
que necesidad me obliga,
porque yo soy caballero.

CLARÍN. Vive Dios, que he de cortar
á alguna...

FINEA. Deje de hablar,
lacayo ingerto en cochero,
ó daréle.

CLARÍN. ¡Pesia á mí!
Saque el pájazo la espada.
(Sacan las espadas.)

FINEA. Pues tome esta cuchillada,
gallina.

CLARÍN. Reparo así.

FINEA. ¿No huye? pues si me enoja...
Tome.

CLARÍN. ¡Pesia á mi linaje!

FENISA. ¿Hay tal donaire de paje?
¡Vive Dios, que es de la hoja!

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Salen FLORELA *y* FENISA *con mantos, y* FINEA.

FLORELA. Celio, bien venido seas.

FINEA. Hoy verás si verdad fué.
¿Estás en todo? *(A Fenisa.)*

FENISA. Ya sé
que me he de llamar Finea.
(Florela á Fenisa.)

FLORELA. ¿Sois vos á quien trujo el Conde,
hermosa dama?

FENISA. Yo soy.

FLORELA. ¿Qué en tanta desdicha estáis?
Mal á quien es corresponde.

FENISA. Yo soy la hermana de Alberto.

FLORELA. Mal mirásteis por su honor.

FENISA. ¿Qué concierto por amor
no fué siempre desconcierto?

FOLRELA. ¿Tan presto se le tuvisteis?

FENISA. ¿Pues tardásteis mucho vos
en tenérsele?

FINEA. ¡Por Dios
que te cogió!

FLORELA. Bien hicisteis.
FENISA. Bien ó mal, posó en mi casa;
soy mujer, no somos fuertes
en la ocasión.
FINEA. (*Ap. á* Florela.) Bien adviertes
lo que pasa.
FLORELA. Y que me abrasa.
¿Es posible que engañase
el Conde á una dama noble,
y que con trato tan doble,
casa y voluntad pagase...?
FINEA. Si se ha de casar con ella,
no será muy mala paga.
FLORELA. Bien será que satisfaga
la deuda el Conde.
FINEA. ¿No es bella?
FLORELA. Es demonio para mí.
Nunca la hubieras traído.
FINEA. Tú, señora, lo has querido,
por eso la truje aquí.
FLORELA. ¿Es posible que dijese
amores á otra mujer?
FINEA. Si no lo quieres creer,
mejor desengaño es ese.
Haz cuenta que fué mentira,
que cuanto á mí ¿qué me va?
FENISA. (*Ap. á* Celio.) Turbada Florela está;
con mal semblante me mira.
Vámonos, Celio, que estoy
temblando no venga el Conde.
FLORELA. (*Ap.*) ¡Con qué libertad responde:
«yo soy Finea, yo soy
de Alberto hermana, y á quien
engañó el Conde!»
FINEA. (*A* Fenisa.) Habla más.
FENISA. ¡Qué libre mintiendo estás!
FINEA. Mi parte me va también.
FENISA. ¿Parte?
FINEA. Sí, me ha prometido
el Conde por estos celos,
para traer con desvelos
á la memoria su olvido,
mil escudos: ¿cómo quieres
que no tenga en esto parte?
La mitad tengo de darte,
Fenisa, para alfileres.
FENISA. Para una casa los tomo,
aunque yo sólo de ti
quiero tu amor.
FINEA. (*Aparte.*) Pues en mí
buscarás oro, y hay plomo.
FENISA. Mira que el Conde vendrá.
FINEA. ¿Cómo ha de venir si yo
concerté con él que no?
En fin, avisado está.
FLORELA. (*Ap.*) Porque me informé de todo
me estoy muriendo, y quisiera
no escucharla si pudiera.
Mostradme, celos, un modo
con que no pueda saber
esto que saber deseo.
Pero si lo escucho y creo
¿qué sirve darme á entender
que es mentira la verdad?
¿Finea?
FINEA. (*A* Fenisa.) Responde.
FENISA. (*Ap. á* Finea.) (El nombre
es nuevo, no hay que te asombre
mi poca puntualidad.)
¿Qué le mandáis á Finea? (*A* Florela.)
FLORELA. ¡Qué! ¿os dijo muchos amores?
FENISA. Pienso que fueron menores
los de Jason á Medea.
Jurábame que en su vida
tuvo amor á otra mujer.
FLORELA. Si jura, bien puede ser,
pero piensa que se olvida.
FENISA. Ya sé que os le tuvo á vos,
y que no le tiene ahora,
porque dice que me adora
estando á solas los dos.
FLORELA. (*Ap.*) (Celosa esta necia trata
asegurarse de mí.)
Llévame, Celio, de aquí
esta mujer que me mata.
FINEA. (*A* Fenisa.) Ven, Finea, que otro día
habrá mejor ocasión.
FENISA. (*A* Florela.) Pues sabéis mi obligación,
suplícoos, señora mía,
que no le admitáis aquí,
y que la palabra dada
me cumpla, pues es jurada;
decid al Conde por mí,
que si no mi hermano Alberto
le ha de matar.
FLORELA. Bien, será.
(*Ap.*) (Tras la ofensa me hace ya
tercera de su concierto.)
Celio, si de aquí no llevas
este demonio ó mujer,
verás.
FENISA. ¿Qué puedes hacer
que á ti misma no te debas?
Véngate del Conde en mí,
que mejor que el Conde soy.
FLORELA. Por vengarme dél estoy;
pero no ha de ser así,
que mi honor y el tuyo temo,
puesto que mejor se emplea.
FINEA. Vámonos de aquí, Finea.
FENISA. ¿Hícelo bien?
FINEA. Por extremo;
la misma no te igualara.
FENISA. ¿Qué me has de dar?
FINEA. Calla y vamos,
que en grande peligro estamos,
si ésta en su agravio repara,
y aún me espanto, según vi
sus ojos echando rayos,
que no llame dos lacayos
para vengarse de mí.

(*Vanse los dos por una puerta, y sale el* Conde *solo por otra.*)

ESCENA II

El CONDE *y* FLORELA.

CONDE. Con estos necios cuidados,
Florela, y viles sospechas
de antojos de Alberto hechas
y de dos locos criados,
más lisonjeros que honrados,
no pude venir á verte,

porque es la cosa más fuerte
que á hombre noble sucedió,
supuesto que me libró
mi inocencia de mi muerte.
Dió fuego sin emprender
la pólvora y munición;
turbóseme el corazón,
porque fué razón temer.
No sé que tengo de hacer
contra aqueste testimonio,
todo invención del demonio,
sólo porque dije un día
no sé qué por cortesía
con nombre de matrimonio...
¿Qué es esto? ¿estás enojada?
¿cosa que algo de esto creas?
que si matarme deseas,
no busques mejor espada.
¿Pues no respondes, airada?
Vuelve ese rostro, señora;
¡bueno será que tú ahora
sus desatinos ayudes
y que el semblante me mudes,
que el alma por verlo adora!
¡Ah, Florela! Mas ¿qué digo,
si me matas tú también?
Mira mi bien, que soy quien
estoy hablando contigo.
¿De qué sirve dar castigo
á un hombre que está inocente...?

FLORELA. No es inocente quien miente;
y con vergüenza tan poca,
lo que en el alma no siente
quiere que diga la boca.
¡Ah, Conde! nunca te hubieran
visto mis ojos!

CONDE. ¿Ahora
sales con eso, señora?

FLORELA. ¡Cuánto más dichosos fueran!
que si este gusto perdieran,
menos lágrimas lloraran.

CONDE. ¿En qué tus dudas reparan?
Que no pensé que tus ojos
jamás con agua de enojos,
mas que con sol me mataran.
Haz sol, la lluvia suspende;
mira que te han engañado.

FLORELA. En no verte hablar turbado
tu misma traición se entiende.

CONDE. Antes eso me defiende,
porque mi inocencia crea
quien tanto mal me desea.

FLORELA. ¿Quieres que claro lo diga?

CONDE. Dilo, si mi amor te obliga.

FLORELA. Pues hoy he visto á Finea.

CONDE. ¿Qué Finea?

FLORELA. Esa mujer
con quien estás ya casado.

CONDE. ¿Tú visto...?

FLORELA. Visto y hablado.

CONDE. Soñando, bien puede ser.

FLORELA. Digo que acabo de ver
viva y presente esa dama,
que ya tu mujer se llama;
y llorando me pidió
que te persuadiese yo
á que vuelvas por tu fama.
¿Quieres más?

CONDE. ¿Que tú has hablado
esa que llaman Finea?

FLORELA. La misma que te desea,
y con quien estás casado.
¡Qué bien, Conde, me has pagado
lo que he pasado por ti!

CONDE. ¿La que yo no hablé ni vi,
has visto tú? ¿Qué es aquesto?
Algún demonio se ha puesto
en figura contra mí.

FLORELA. A cuatro días de ausencia
amores á otra mujer,
ser su esposo prometer
y traerla á mi presencia.
No sé quien me da paciencia
para sufrir tus agravios.

CONDE. El alma tengo en los labios
y el corazón en los ojos.
¿Hay tan injustos enojos?

FLORELA. ¿Hay desengaños tan sabios?

CONDE. ¿Hay malicia semejante?

FLORELA. ¿Hay traición tan desigual
en un hombre principal?

CONDE. Yo haré que á este reino espante
mi venganza.

FLORELA. No es bastante
ninguna satisfacción;
los ojos testigos son
que no se pueden tachar.

CONDE. Tú me quieres obligar,
y aprovechas la traición.

FLORELA. ¡Buena salida; y que tiene
ingenio!

CONDE. Nunca le aplico
á traiciones.

FLORELA. Federico,
tarde tu malicia viene.
Olvidarte me conviene;
desde aquí voy á olvidarte.

CONDE. Yo á matarme.

FLORELA. Yo á dejarte,
pues que tu traición me esfuerza.

CONDE. Mi verdad hará que tuerza
tu intento.

FLORELA. No puede ser.

CONDE. Basta, que vengo á tener
aquesta mujer por fuerza. *(Vanse.)*

ESCENA III

Salen el REY *y el* MARQUÉS.

REY. Alberto ha dado en decir
que el Conde tiene á su hermana.

MARQ. Yo tengo por cosa llana
que lo debe de fingir.

REY. ¿Cómo fingirlo pudiera
no le moviendo interés?

MARQ. O es engaño, pues ya ves
que al Conde nada le altera.

REY. Buenas ausencias son leyes
dignas en hombres de honor.

MARQ. Así las tienen, señor,
los que están junto á los reyes;
porque como siempre ven
lo que hay con ojos ajenos,

hacer malos ó hacer buenos
consiste en quien hable bien.
Pero cierto, gran señor,
que no es por mí natural,
más porque sé que es leal
el Conde y digno de amor.

ESCENA IV

Dichos *y un* Criado.

Criado. Una mujer está aquí,
que quiere hablar á tu alteza.
Rey. Entre. (*Ap.*) Notable tristeza
por el Conde vive en mí.

ESCENA V

Dichos, y sale Finea, *de mujer, con manto, cubierta el rostro, é híncase de rodillas delante el* Rey.

Finea.

Como en lugar de Dios están los reyes,
poderoso Rugero, cuanto humano,
y el dispensar ó ejecutar las leyes
está en su voluntad como en su mano,
sin exceptar desde el que humildes bueyes
pone al arado, bárbaro villano,
hasta el mayor señor (que la justicia
ni la tuerce el amor ni la codicia);
no es justo que se tenga á desconcierto
venir, señor, pues la razón responde,
á tus pies generosos, como puerto
que al mar de mis desdichas corresponde.
Finea soy, la hermana soy de Alberto,
á quien de Hungría, con engaño, el Conde
Federico sacó, dando primero
palabra como noble caballero.
Desde entonces, señor, casi oprimida,
si bien amor fué causa de mi daño,
me tiene disfrazada y escondida,
para encubrir con todos este engaño.
Niégame la palabra prometida,
de que tengo tan cierto desengaño,
que se quiere casar con otra dama,
de que corre por Nápoles la fama.
Suplico á vuestra alteza no permita,
ya que yo fuí mujer, cuya flaqueza
no es la primera vez que se ve escrita:
(así nos fabricó naturaleza)
que no se case, pues mi honor me quita
y el de mi casa, de mayor nobleza;
que si saben tan grande tiranía
se ha de poner en arma toda Hungría.

Rey.

¿Qué os parece de aquesto, Ludovico?
¿Es verdad ó mentira? ¡Vive el cielo,
que ha de morir el conde Federico!

Marqués.

A tu piedad de tu justicia apelo.

Rey.

¿Pues no es justo el rigor que significo
contra su deslealtad é injusto celo?
¿No basta la traición? ¿A un Rey se niega
la verdad que pregunta, pide y ruega?
¿Esto se sufre en ley de cortesía,
cuanto más de respeto y de obediencia?

Marqués.

¿A quién no le pusiera cobardía
tu enojo, de quien ya tiene experiencia?
Demás que esta mujer finge y podía
ser hermana de Alberto.

Rey.

En mi presencia
está Alberto también.

Finea.

¡Cielos! hoy muero:
mi atrevimiento me mató; ¿qué espero?

ESCENA VI

Dichos *y* Alberto.

Alberto. (*Al* Rey.) No puedo dejar, señor,
de proseguir en cansarte;
porque no tengo otra parte
donde pueda hallar favor.
El Conde quiere matarme,
todos me infaman por él.
(*Hablan al oído el* Rey *y el* Marqués.)
Marq. ¿Decirlo quieres?
Rey. Y dél
quiero, Marqués, informarme.
Descubre el rostro, Finea.
(*Descúbrese* Finea.)
¿Es ésta, Alberto, tu hermana?
(*Saca una daga para ella.*)
Alberto. ¡Oh, infame, vil y villana!
Con esta daga...
Finea. ¡Ay, de mí!
Marq. (*A* Finea) Huye presto.
Finea. Eso deseo.
(*Vase huyendo* Finea.)

ESCENA VII

El Rey, *el* Marqués *y* Alberto.

Rey. ¿Hirióla?
Marq. No, señor.
Alberto. Creo
que es ilusión lo que vi.
Rey. ¿Pues Alberto en mi presencia...?
Préndanle luego.
Alberto. Señor,
movióme el justo dolor;
no pude hacer resistencia.
Confieso el atrevimiento;
pero yo estoy tan perdido,
que aun pienso que no he tenido
señal de arrepentimiento.
De honor mis afectos son;
perdona mi desatino.
Rey. Su rey ha sido el padrino
por quien merece perdón.
Corre por cuenta de ser
esposo ya de Lisarda
su hijo.

ESCENA VIII

DICHOS. *El* CONDE *y* CLARÍN.

CLARÍN. No entres, aguarda.
CONDE. Antes lo quiero saber.
¿De qué, Marqués, procedió
este alboroto?
MARQ. *(Ap. al* Conde.) Teneos,
que está el Rey muy enojado
con vos.
CONDE. ¿Conmigo?
MARQ. Y no siento
disculpa á vuestra malicia.
CONDE. Pues ¿vos os mudáis tan presto?
¿es porque Alberto está aquí?—
Señor, ¿qué os ha dicho Alberto
que me volvéis vuestro rostro?
REY. Los leales caballeros
nunca engañan á los reyes,
porque el bien ó mal que han hecho
no se les debe negar.
CONDE. Señor, si culpa no tengo,
¿será bien que la confiese?
REY. ¿Marqués?
MARQ. Señor.
REY. Esto es bueno.
MARQ. Conde, aquí estuvo Finea;
el Rey la vió, y Alberto
dice que es su propia hermana.
Quéjase de ti diciendo
que la trujiste de Hungría,
y que tratas casamiento
con otra dama.
CONDE. ¿Qué dices?
MARQ. ¿Qué digo?
CONDE. Sí.
MARQ. Lo que veo.
CONDE. Señor, ¿tú has visto á Finea?
REY. Yo la he visto, y te confieso,
Conde, que fié que en ti
y en tu buen entendimiento
no cupiese tal maldad.
CONDE. ¡Si la he visto, plegue al cielo...!
REY. ¿Todavía? ¡Extraño caso!
O está loco, ó es tan necio
que á todos nos vuelve locos.
CONDE. Señor, digo que lo creo,
pues vuestra alteza lo dice,
y que es verdad que la tengo.
Yo la debo de tener,
aunque ¡vive Dios eterno!
que no sé cómo ni dónde,
porque yo jamás la veo.
REY. Ya no la debes de ver,
como tratas casamiento
con esa dama á quien sirves;
que aborrecerla te ha hecho,
el tratarla de esta suerte
porque no te obligue Alberto
á que con ella te cases.
ALBERTO. Federico, si tenemos
ojos, si razón, si ley,
si trato humano, ¿qué es esto?
¿Cómo niegas á los ojos
lo que con los ojos vemos?
¿Por qué á la razón la pena?
¿Por qué á la ley el derecho?
¿Por qué al trato humano el ser
con que se vive en concierto?
Tienes á mi hermana aquí,
y en deshonor y en desprecio
suyo y mío, y aun del Rey,
que á los dos nos está oyendo,
¿niegas que jamás la viste?
CONDE. Alberto, yo estuve ciego,
yo sin sentidos, pues todos
ven aquello que no veo.
Ello es sin duda verdad;
pero enséñame, te ruego,
esa señora, y si dice,
no digo yo que la tengo,
sino solo que la he visto,
yo digo que desde luego
soy su marido.
ALBERTO. Pues yo
voy á buscarla. *(Vase.)*
CONDE. Y yo espero.
REY. Tú has hecho como quien eres.
CONDE. Yo, Rey poderoso, he hecho
lo que quiere mi fortuna,
la razón no, porque puedo
jurar que jamás la vi.
REY. ¿Otra vez?
MARQ. Tan grande exceso,
señor, parece locura.
REY. Que es tema en que ha dado creo;
y no es justo, Ludovico,
que pierda tal caballero
vida y honor si es culpado,
y si no es culpado, el seso.
(Vanse y queda solo el Conde.)

ESCENA IX

El CONDE.

¿Hay semejante desdicha?
¿Si la vi..... si no me acuerdo?
Pero ¿cómo puede ser
que la viese, y que tan presto
no me acuerde haberla visto?
Que estos se han juntado pienso
para hacerme alguna burla.

ESCENA X

El CONDE *y sale* CLARÍN.

CLARÍN. Afuera estuve, creyendo
que salieras para ver
el fin de aqueste suceso,
y oigo decir que está el Rey
tan enojado que entiendo
que te ha de costar la vida.
CONDE. Ya ni aun la vida deseo.
CLARÍN. ¿Cómo trujiste esta dama,
señor, con tan gran secreto,
que no la viese Clarín
por todo el camino? Y tengo
justa razón de quejarme,
pues siendo fiel me has puesto
con dos vueltas á la llave
silencio á tus pensamientos.
Enséñamela siquiera,
sepa yo si la merezco

por lo que, en fin, te he servido
y mi padre á tus abuelos.
¿Qué talle, qué rostro tiene,
qué brío, qué entendimiento?
Que, pues tú la guardas tanto,
debe de ser de los cielos.

CONDE. Ellos se duelan de mí,
pues inocente padezco
tan grande persecución.
Y tú, villano, grosero,
¿también ayudas á quien
gusta de quitarme el seso?

CLARÍN. Señor, tente, que no es justo
que juzgues atrevimiento
decir lo que dicen todos.

CONDE. ¿Cómo todos?

CLARÍN. Lo primero,
dice Florela, señor,
que vió á Finea, y haciendo
extremos por tus injurias,
daba perlas y oro al suelo:
éstas de sus bellos ojos,
y esotras de sus cabellos.
Lo segundo, dice el Rey
y los grandes, que estuvieron
en la cámara, que han visto
á Finea, que pidiendo
justicia movió á piedad
cuantos la vieron y oyeron.
Y porque no puede ser
que lo finjan, dice Alberto
que es su hermana: pues ¿qué quieres?
¿Todos mienten? Vive el cielo,
que si me dijeran todos
que era caballo ó jumento,
que en una caballeriza
pusiera á un pesebre el pecho,
y que si dijeran que era
murciélago ó cuervo negro,
que me arrojara á volar
desde un corredor de aquestos.
Hace entender una dama
á su marido, que viendo
está el mancebo que viene
á su casa por momentos,
que es por una prima suya;
y mil veces los hijuelos
que salen zarcos y rubios,
siendo el hombre pelinegro,
que se parecen á un tío
que era colorado y fresco,
y críalos el tal hombre
como si fuera su dueño.
Hace entender la doncella
á su noble padre viejo
que toma acero en Abril,
y sale vivo el acero.
Hace entender la soltera
que tiene treinta requiebros,
que son todos primos suyos,
y créenlo todos ellos.
Hace la viuda entender,
con más tocas que un armenio,
que es bayeta lo que viste,
y es oro todo el manteo:
¿Y no quieres tú creer
lo que todos están viendo?
Acaba ya, que es locura
negar lo que ven los ciegos.

CONDE. Infame ¿qué es lo que dices?
¿hablas conmigo? ¿qué es esto?

CLARÍN. Tente, señor.

CONDE. ¡Vive Dios,
que de temor me detengo!
¿Por qué diréis que estoy loco?
Pero yo debo de serlo:
acabóse, yo lo estoy;
¿lo que todos dicen niego?
Por Dios, que si el mayor sabio
que vieron latino ó griego
Atenas ó Roma, fuera,
que le quitaran el seso.
Pues quitaré yo la vida
á quien me tratare de esto.

CLARÍN. Señor, Señor, yo no digo
que lo he visto ni lo creo,
sino que lo dicen todos.

ESCENA XI

DICHOS y FINEA, *en su hábito de paje.*

FINEA. ¿Está aquí el Conde?

CLARÍN. A buen tiempo...

CONDE. ¿Qué quieres, Celio?

FINEA. Señor,
por muchos años y buenos
te cases con esa dama
que en tanto rigor te ha puesto,
que no hay en todo palacio
otra cosa; y yo me huelgo
por tu honor, que murmuraban
mil envidiosos y necios.
Vila salir, y por Dios
que es gallarda en todo extremo,
y que debe de tener
no menos entendimiento.
Bien haces en atajar
el curso de estos enredos,
que me dicen es muy noble
y rica de hacienda y deudos,
y que le diste en Hungría
palabra con juramento
que serías su marido:
pues con esto has satisfecho
el Rey de allá y al de acá
y no menos al del cielo.

(Saca la espada el Conde.)

CONDE. Finalmente infames [1]
el que primero huyere
podrá vivir.

CLARÍN. ¡La espada, señor! ¿qué es esto?

FINEA. ¿Pues tú para mí la espada?

CLARÍN. Huye, no le aguardes, Celio.

FINEA. Pues ¿por qué no me avisabas
que el Conde estaba sin seso?

(Vanse huyendo.)

---

1 Este pasaje está viciado evidentemente. El editor de las *Comedias escogidas* lo enmendó así:
CONDE. ¡Infames! El que primero
huyere, podrá vivir.
CLARÍN. ¡La espada, señor! ¿qué es esto?, etc.

ESCENA XII

El CONDE.

Acabóse, fortuna; yo estoy loco;
no tengo que esperar, pues un lacayo
y un paje tienen mi valor en poco.
¡Abrase esta mujer, del cielo un rayo!
Pero, por Dios, que á veces me provoco,
si bien me causa tan mortal desmayo,
presumir de que debe de ser cierto,
y que se queja con razón Alberto.
Así deben de estar los que enloquecen
como yo ahora, no creyendo nada,
á quien varias imágenes se ofrecen,
nubes de confusión, alma turbada.
Un rey, un reino, crédito merecen,
pues todos esta dama desdichada
vieron y hablaron, que con tal cuidado
me pide la palabra que le he dado.
Un Rey, ¿dónde no fué siempre creído?
¿qué ley no le da fe, si él solo jura?
Pues luego ¿cuántos hombres han tenido
noticia de mi engaño y mi locura?
El seso tengo, vive Dios, perdido;
mas que es del cielo todo me asegura.
¿No estaba cuerdo yo? ¿pues cómo es esto?
¿qué hechizo infame en tanto mal me ha puesto?
¿Si hablé, si dije amores á Finea
mientras duró en Hungría la embajada?
Que no es mucho que loco de la idea
la tenga ya confusa, ó ya borrada.
Mas como quiera que el suceso sea,
cumplir es justo la palabra dada:
que si yo la gocé, no es bien ni apruebo
faltar, por no acordarme, á lo que debo.
Quiero decir al Rey, para que pueda
desenojar al Rey, que fué accidente;
y quiero casarme, con que queda
mi seso en paz y libre de esta gente;
que fuera de pedir que me conceda
perdón, no puede haber cosa que intente
que de más gusto en mis desdichas sea,
pues veré por lo menos á Finea.

ESCENA XIII

El REY, *el* MARQUÉS *y el* CONDE.

MARQ. La espada tiene desnuda;
pienso que quiere matarse.
REY. ¿Tanto aborrece el casarse,
que de la muerte se ayuda?
MARQ. Llegue vuestra majestad,
que es justo favorecer
un caballero que ayer
sirvió con tanta lealtad.
REY. ¡Ah! Federico, ¿qué es esto?
¿pues vos os tratáis así?
CONDE. ¿Hay más que pase por mí?
¿quién en tanto mal me ha puesto?
REY. Quitalde la espada vos.
CONDE. Bien digo yo que estoy loco.
REY. Quien el alma tiene en poco,
Conde, no conoce á Dios.
CONDE. Tras ser loco, gran señor,
¿eso me añaden ahora?
Ya mi fortuna mejora,
ya voy cobrándo valor;
mire, señor, vuestra alteza
la nobleza de mi casa.
REY. ¡Qué presto á otras cosas pasa!
Ya trata de su nobleza.
Yo le quiero, Ludovico,
curar de aqueste accidente.
MARQ. Bien es que su alteza intente
su remedio.
REY. Federico,
vos teníades razón,
y Alberto no la tenía,
que Finea está en Hungría
y niega vuestra afición.
Sosegaos, volved en vos,
que no os habéis de casar.
CONDE. (*Ap.*) (El Rey me quiere engañar;
pues no lo ha de hacer, por Dios.)
Señor, si hasta ahora he sido
rebelde en no conocer
que es Finea mi mujer
y que de allá la he traido,
sabed que la obligación
y amor que tuve á Florela
me obligaba á la cautela
que puse en ejecución.
Ya que estáis tan enojado,
no es razón que por su gusto
pase adelante el disgusto
con que me habéis castigado.
Mandad que venga Finea,
que yo me quiero casar.
REY. Pues yo os quiero perdonar
como vuestra mujer sea,
y creed que acertaréis
en hacer lo que es tan justo,
dando á todo el reino gusto,
por la opinión que tenéis.
Dalde la espada que ya
puede ceñirse la espada,
por quien mi corona honrada
en tantas partes está.
Id, Federico, en buen hora
á vuestra casa, y traeréis
á Finea, porque deis
su honor á tan gran señora,
que os juro que es la que tiene
más sangre del rey de Hungría.
CONDE. Señor, la palabra mía
cumpliré yo si ella viene,
que yo ¿cómo he de traer
la que no tengo ni he visto?
REY. Mucho he de hacer si resisto
en tanto enojo el poder.
¿No confesásteis aquí
que la trujisteis de Hungría?
CONDE. Digo que verdad sería,
puesto que yo no la vi.
MARQ. Mira, señor, que está loco.
REY. Traedla luego, ó haré
que os prendan.
CONDE. Yo la traeré:
vuestra alteza espere un poco.
(Yo voy por ella, y no sé
dónde la tengo de hallar;
pero andaréla á buscar
hasta que con ella dé.

Pues todo el poder me fuerza
de un Rey, que vengo á creer
á que tengo de tener
aquesta mujer por fuerza.) *(Vase.)*

Rey. Id con él, Marqués, no haga
el Conde algún desatino.

Marq. No dejalle determino,
porque el honor satisfaga
de tan principal mujer,
antes de mayor locura. *(Vase.)*

Rey. Bien pudiera su hermosura
su necio amor merecer.
¡Que tanto á Florela estima!

ESCENA XIV

El Rey *y* Florela, *con manto.*

Florela. *(Ap.)* (El Rey está hablando en mí:
á buen tiempo vine aquí;
oir mi nombre me anima.)
Tengo por dichoso agüero
que hable vuestra alteza en mí.

Rey. No fué en tu favor, que así
menos obligarte espero;
antes estoy enojado.

Florela. Pues yo, señor, ¿te he ofendido?

Rey. Si es Federico marido
de mujer que ha disfamado
y traído desde Hungría,
y siendo más generosa,
¿parécete justa cosa
quitársele tu porfía?
¿Es bien que tu necio amor
traiga sin sentido al Conde?
¿Esto, Florela, responde
al generoso valor
de tus padres, tus abuelos,
de tu casa, á quien he honrado?

Florela. ¡Qué mal honran informando
gran señor, ajenos celos!
Ni al Conde quiero querer
ni tengo por qué estorbar
que le deje de pagar
á tan principal mujer
lo que dicen que le debe:
á otra cosa vengo yo.

Rey. Pues el Conde me engañó,
sino es que su amor te mueve.

Florela. El lo debe de pensar,
que es hombre de poco seso.

Rey. Bien se ha visto en el exceso
con que ha dado en porfiar
que á Finea no tenía.

Florela. Mintió; que la he visto yo,
con que me desengañó
del engaño en que vivía.

Rey. Pues di ahora lo que quieres,
si libre del Conde estás.

Florela. Tú, que tanto aumento das
al honor de las mujeres,
gran señor, con tu favor,
oye un notable secreto
que es de mi remedio efeto.

Rey. Débesme, Florela, amor.

Florela. En Nápoles está ahora
don Alonso de Aragón,
cuyo talle mi afición,
fuera de su sangre adora.

Rey. ¿Qué dices?

Florela. Que yo lo sé,
y le hablo cada día.
No será mucha osadía
que la sangre que heredé
se atreva al rey de Aragón.

Rey. No, Florela, que bien puedes
igualalle, y aun le excedes
en parte, que menos son.

Florela. Ya entiendo; las que podía
tener de alguna humildad.
Mi amor y su voluntad,
para tanta dicha mía,
tiene, señor, concertado,
si gustas, que nos casemos,
no porque los dos tenemos
más que el haberlo tratado.
Hame dicho que te hable,
que sin tu gusto y favor
no se atreve y tiene amor.

Rey. El es suceso notable.
Huélgome de tu ventura,
que me dicen que el infante
es gallardo y arrogante
de su ingenio y su hermosura;
y aun presumo que le vi
alguna vez retratado.
¿Dónde está?

Florela. Como criado
del Conde, á quien sirve aquí,
está en su casa, señor.

Rey. ¿Este enredo más tenía
el Conde?

Florela. Hallóle en Hungría
sin conocer su valor,
y á Nápoles le ha traído:
sólo á mí se ha descubierto.

Rey. Del Conde tengo por cierto
que es el hombre mas fingido
y de mayores enredos
que hay en el mundo.

Florela. Señor,
ya sabes que es el amor
todo esperanzas y miedos.
Hazme este bien.

Rey. Sí haré;
no tengas pena, Florela.

Florela. Mi remedio me desvela.

Rey. Ya que tu ventura fué,
no lo perderás de mí,
que hoy tengo de hacer de modo
que tenga remedio todo.
¡Hola!

ESCENA XV

Dichos *y un* Criado.

Criado. Señor.

Rey. Traed aquí
al Conde, Alberto y Finea.

Florela. Harás de tu gran valor
cosa tan digna, señor,
que famosa al mundo sea.

ESCENA XVI

Dichos *y sale* Alberto.

Alberto. Deseando, invicto Rey,
cobrar mi honor, que mis deudos
con más valor por ventura
mueven el húngaro reino
sin que á tu tierra se atrevan,
vengo, como ves, resuelto
á pedirte una merced
de tu valor satisfecho.
El Conde ahora me habló;
díceme que está contento
de casarse con mi hermana,
que se la dé si la tengo,
porque él no la vió en su vida,
ni puede, no la teniendo
casarse; de donde yo
imagino que la ha muerto.
Si ha muerto á mi hermana el Conde,
como infame caballero
ha procedido, señor;
verdad es que lo sospecho.
Pues el remedio que hallo
es pedirte contra él
campo, que es justo derecho
en cosas que son dudosas.
Concédemele, que quiero
matarle si está culpado,
porque si no, quiera el cielo
que me dé la muerte á mí,
de que ya tengo deseo.

Rey. Alberto, si el Conde dice
que aceptando el casamiento
le pondrá en ejecución
¿qué otra fuerza hacerle puedo?
Si de pedirte á Finea
presumes tú que la ha muerto,
mejor es que el desafío
la seguridad del pleito.
Pide, que yo haré justicia.

Alberto. ¿Y he de aguardar los procesos
sin honor por tantos días?
¿No son mejores derechos
las espadas que las plumas
entre honrados caballeros?

ESCENA XVII

Dichos, *el* Conde, *el* Marqués, Clarín *y* Finea, *de paje*.

Conde. Si su alteza otorga el campo,
respondo que yo lo acepto.

Marq. Mira que está el Rey aquí.

Rey. En confusión habéis puesto,
Federico, el reino todo,
y aun los reinos extranjeros.
Nunca fuérades á Hungría,
que tanto mal habéis hecho
y tantas honras quitado.

Conde. Señor, aquí tengo el cuello;
mandad cortarle, señor,
pues á serviros no acierto;
que nací tan desdichado,
que, por más que os obedezco,
no os acierto á obedecer.

Rey. Mirad lo que dice Alberto,
que es la parte que se queja.

Alberto. Digo, Señor, que sospecho
que el Conde ha muerto á mi her- [mana,
pues acepta el casamiento
y dice que no la tiene.

Conde. ¡Vive Dios, que no la tengo!
Dénmenla, que luego al punto
le daré la mano, y ciento
le diera si las tuviera,
porque todo mi deseo,
fuera de agradar al Rey,
es dejaros satisfecho
del honor que habéis perdido.

Alberto. Pues, Federico, yo os reto
de traidor y os desafío.

Conde. Yo acepto el campo y me ofrezco
á sustentar que mentís.

Rey. Y yo á los dos le concedo.

Alberto. Bésoos mil veces los pies.

Conde. Yo también los pies os beso.

Alberto. Esto queda bien así.

Conde. ¿Para cuándo?

Alberto. Para luego.

Rey. Basta que mañana sea.

Florela. Ya, señor, que queda esto
á las armas remitido
de tan buenos caballeros,
ahora tienes lugar
de ejecutar el concierto
que te dije.

Rey. ¿Dónde está,
que yo también lo deseo,
don Alonso de Aragón,
que quiero honrarlo por deudo
y saber su voluntad?

Finea. (*Ap.*) Hoy me gano ó hoy me pierdo.

Clarín. Celio ¿de qué estas temblando?

Finea. ¿No ves hablar en secreto
al Rey?

Clarín. Sí.

Finea. Pues de mí habla.

Clarín. ¿De eso tiemblas?

Finea. Deso tiemblo.

Clarín. ¿Pues qué trata con Florela?

Finea. Ciertas cosas que yo entiendo.

Clarín. ¿No las puedo yo saber?

Finea. Clarín, sabránse tan presto,
que no hay por qué las preguntes.

Florela. Llegad cerca, señor Celio,
que su alteza os quiere hablar.

Finea. (Bien temeroso me acerco.)—
¿Qué me manda vuestra alteza?

Rey. Don Alonso, ya no es tiempo
de encubrir vuestra persona.
Dadme los brazos, que quiero
casaros hoy de mi mano.

Finea. Señor, la palabra acepto
y estimo tanto favor;
pero sea el casamiento,
si vos fuéredes servido,
con quien ya le tengo hecho.

Rey. Eso mismo quiero yo
y saber con quién espero.

Finea. Con el conde Federico.

Rey. ¡Vos con el Conde! ¿Qué es esto?

Finea. ¿Esto os causa admiración?

REY. ¿No se acaban los enredos
del Conde?

CONDE. Sólo me falta
para rematar el seso
lo que dice aqueste paje.—
Hombre ¿estás en ti?

FINEA. No puedo
ser hombre, que si lo fuera
no tratara el casamiento
contigo, que me has costado,
Conde, trabajos inmensos
desde el día que te vi
en Hungría, pues siguiendo
tus pasos con loco amor
con tal confusión he puesto
al Rey, á Alberto, á Florela
y á ti. Pero el Rey y Alberto
y Florela sepan hoy
que aunque me has visto, y sirviendo
tu persona estoy contigo,
nunca supiste el suceso;
que en efecto soy Finea,
que de aqueste atrevimiento
le pido perdón al Rey,
á ti, á Florela y Alberto.

REY. ¡Hay suceso semejante!

CLARÍN. ¿Y á mí no? ¡Viven los cielos,
que si lo hubiera sabido...!

CONDE. ¿Es posible que tú has hecho
tanto mal á mi inocencia?

REY. Federico, ya no es tiempo
de examinar el amor,
de quien latinos y griegos
tantas cosas han escrito.

FLORELA. Su poder conozco inmenso;
pero ¿es efecto de amor
la burla de que me quejo
á tu justicia?

REY. Florela,
y tú, Conde, estadme atentos.
Hoy mi voluntad es ley.
Que sea Finea quiero
mujer del Conde, que es justo
de sus trabajos el premio.
Yo no tengo por traiciones
las industrias del ingenio,
mayormente cuando amor
ayuda al entendimiento.
Todo ha de quedar en paz:
dale tu la mano, Alberto,
á Florela; en lo demás
pongo perpetuo silencio.

CLARÍN. ¿No le dan nada á Clarín?

FINEA. ¿No basta que satisfecho
quedes?

CLARÍN. ¿De qué?

FINEA. De Fenisa,
pues como estaba la dejo.

CONDE. Aquí, senado, se acaba
La mujer por fuerza, haciendo
de la fuerza voluntad
con que serviros deseo.

PRIMERA PARTE

PROSPERA FORTUNA DE DON ALVARO DE LUNA

Y ADVERSA DE RUY LÓPEZ DE ÁVALOS

COMEDIA FAMOSA POR EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

Representóla Valdés.

PERSONAS

EL REY DON JUAN DE CASTILLA.
EL INFANTE DE ARAGÓN.
DON ALVARO DE LUNA.
JUAN DE MENA.
RUY LÓPEZ.
ALFONSO, *Rey de Aragón.*
LA INFANTA DE CASTILLA.
DOÑA ELVIRA, *dama de la Infanta.*
GARCÍA, } *criados de Ruy López.*
HERRERA, }
INÉS, *criada de doña Elvira.*
PABLILLOS.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

RUY LÓPEZ *y sus criados* GARCÍA *y* HERRERA, *vistiéndole. Luego un* PAJE.

RUY.

¿Qué hora es?

GARCÍA.

Señor, las nueve.

RUY.

A la vejez cualquiera mal se atreve.
Tarde me levanto:
mis continuos achaques lo han causado.
Hijos, vestidme aprisa,
porque antes que á palacio, vaya á misa.
Herrera, Juan García,
mucho huelgo de veros, á fe mía.

GARCÍA.

Tu vida el cielo aumente.

RUY.

Amigos, ¿qué se debe á aquella gente
que he sentido allá fuera?

HERRERA.

Nada, señor; son pobres.

RUY.

Pues, Herrera,
¿no es deuda, y muy debida,
la limosna que piden por mi vida?
Que nunca el pobre aguarde;
la limosna deshace el darla tarde.
Dadme capa y espada,
que se alegra el día, y si le agrada
salir al campo agora
al Rey, nuestro señor, pienso que es hora
de verle, que ha tres días
que no le vi por las dolencias mías.

UN PAJE.

Este papel te envía
el marqués de Villena.

RUY.

El que solía
tener tan grande estado,
y agora, con sus libros, retirado,
contempla las estrellas,
adivinando lo futuro en ellas.
Sal, y junta ésa puerta. (*Al Paje.*)
Aunque no nos predice cosa cierta
la docta astrología,
á Enrique consulté la dicha mía,
y en éste me responde
el fin que á mi vejez el cielo asconde,
de varios astros lleno.

(*Lee.*) «A Don Ruy López de Avalos, el Bueno.»

Mejor es que lo fuera,
y que el mundo este nombre no me diera.

(*Lee.*) «Cuando lea vueseñoría este papel, estará con dos criados suyos, los que más quiere; el uno será ejemplo de lealtad, y el otro de la traición; el uno causará su ruina, y el otro será restaurador de su honra. De allí á pocos días entrará en su casa quien le ha de suceder en sus estados, y vueseñoría será feliz en sucesión, si desdichado en sus últimos días. — *Don Enrique.*»

¿Qué decís desto los dos?

HERRERA. Que el prudente predomina
los astros de luz divina,
y sobre todos es Dios.
Si voy siguiendo tus huellas
y tus ejemplos seguí,
claro está, señor, que en mí
han mentido las estrellas.

GARCÍA. Si fe al papel se debiera,
como á precepto de Dios,
me pesara á mí por vos,
Alvaro Núñez de Herrera;
pues hallándome fïel
con Ruy López, mi señor,
ó vos seréis el traidor
ó ha mentido ese papel.

HERRERA. Córdoba, mi patria, sabe
que jamás agravio he hecho,
y el hábito de mi pecho
nos dice que en él no cabe
semejante deslealtad;
y así es consecuencia mía
que el traidor es Juan García,
si el papel dice verdad.

RUY. Basta, hijos, que señales
vencen virtud y prudencia,
y esa honrosa competencia
os da á los dos por leales.

PAJE. Señor... señor...

RUY. ¡Con qué susto
entras! Prosigue, ¿qué pasa?

PAJE. Su majestad entró en casa.

RUY. Grande amor ó gran disgusto.
Buenas albricias mereces,
y no es nuevo para mí
que reyes entren aquí.
Su padre entró muchas veces,
aunque ésta me maravilla.
A recibille saldré.

ESCENA II

DICHOS *y el* REY DON JUAN, *niño, y toda la compañía.*

REY. Ya no tenéis para qué,
gobernador de Castilla,
Condestable amigo; ansí
se han de visitar los hombres
como vos.

RUY. Dente renombres
de Alejandro y César.

REY. Di
de Enrique, mi padre, pues
á su [gran] nombre es debido
más honor.

RUY. (*Aparte.*) (Gracia ha tenido:
fué agudeza y verdad es).
Hónreme el besar tu mano.

REY. Los brazos, padre, te debo.

RUY. Otro honor es ese nuevo:
nombre es ese soberano.

REY. Mi padre, cuando murió,
por ser tú el mejor vasallo
que en todos mis reinos hallo,
mi niñez te encomendó.
Como á hijo me has criado,
y pues que mi padre has sido
y mi ayo, este apellido
justamente te ha cuadrado.

RUY. Tanto estimo que me cuadre
el de súbdito, que aún hallo
en el nombre de vasallo
más honra que en el de padre.

(*En la sala hay un dosel con silla.*)

Sentáos, señor, y reciba
honra de espacio esta casa;
y no es nuevo lo que pasa
en ella, que ansí yo viva,
que vuestro padre la honró
tres veces, y en esta silla
ningún señor de Castilla
después acá se sentó.
Vuelta ha estado á la pared,
en señal honrosa y bella,
que el rey se sentaba en ella,
haciéndome á mí merced.

REY. En mí vive el mismo amor.
Oid aparte.

RUY. (*A la gente.*) Despejad,
que quiere su majestad
quedar solo.

HERRERA. ¡Gran favor! (*Vanse.*)

ESCENA III

El REY *y* RUY LÓPEZ.

REY. ¿Cómo no os cubrís?

RUY. No pasa
esa honra á mi cabeza;
porque es tanta la grandeza
del estar vos en mi casa,
Rey y monarca español,
que me deslumbro con ella,
y cualquier merced estrella
será delante del sol.

REY. Cubríos, dadme contento.

RUY. No he de ser grande este día.

REY. Acabad, por vida mía.
RUY. Obligóme el juramento.
REY. Mi padre, á quien llamó el mundo
el Enfermo don Enrique,
murió cuando daba yo
los primeros pasos libres
de la vida, dando al reino
su muerte lágrimas tristes.
Quedé yo tan niño entonces,
que en su testamento impide
que pueda gozar el reino
hasta que llegue á los quince
años, y á vos, Condestable,
gobernador os elige,
con otros grandes; mas pues
el cielo santo permite
que para los quince años,
medio me falta, suplilde
Ruy López, para que yo
estos reinos administre.
Hoy á los grandes y al reino
esta petición humilde
les proponed, Condestable,
si en algo queréis servirme,
pues á vuestra casa, amigo,
sólo á este negocio vine.
RUY. A estar, señor, en mi mano,
que siempre experiencias hice
de vuestra capacidad,
no fuera hacerlo difícil.
¡Oh! ¡Qué bien, qué sábiamente,
ya severo, ya apacible,
hizo temerse y amarse
vuestro padre don Enrique!
Acuérdome que una vez
cazaba por divertirse
en las riberas de Arlanza
palomas y codornices.
Y como todas sus rentas
se gastaban en las lides
con los moros, pobre estaba,
pero no por eso triste.
Llega al Rey su despensero,
y con turbación le dice
que no tiene que yantar,
ni crédito con que fien
el bastimento á su alteza.
Oblígale á que se quite
un balandrán que traía
para que le empeñe y guise
algo que coma. Empeñóle;
no compraron francolines:
una espalda de carnero:
¡Qué pobreza tan insigne!
¡Qué riqueza tan gloriosa!
¡Qué modestia tan felice!
Paréceme que le escucho
muchas veces que repite
esta sentencia discreta:
«más temo yo, más me afligen
las maldiciones del pueblo,
que con mucho amor me sirve,
que las armas de los moros.»
Sentencia de rey sublime.
Llevósele Dios temprano,
porque Dios que nos redime,
para sí quiere los buenos:
perdonad, que bien le quise.
Débole el ser, y ansí el alma
por los ojos se derrite
en lágrimas, si me acuerdo
del Enfermo rey Enrique.
Sus memorias me enternecen,
y estas lágrimas me piden
como legítima deuda:
¡llorad, ojos infelices!
REY. Condestable, si en el cielo
ahora mi padre vive,
el mismo amor hallaréis
en mis años juveniles.
RUY. Ansí, señor, lo he creído,
mas son afectos gentiles
del alma tales efectos,
y ansí suelen convertirse
en lágrimas: perdonad.

ESCENA IV

DICHOS *y el* INFANTE DE ARAGÓN.

INFANTE. Siguiendo los pasos vine
de tu Majestad.
REY. ¡Oh, primo!
¿Qué hay de nuevo? ¿A qué venistes?
INFANTE. Una novedad extraña
le traigo á tu majestad.
REY. Infante, ¿qué novedad?
INFANTE. Que está en los reinos de España
el Pontífice romano,
porque juntándose van
á Concilio en Perpiñán,
con un hijo de su hermano,
ésta escribe para ti.
REY. Yo lo agradezco y estimo.
Abrid vos la carta, primo.
INFANTE. Su Santidad dice ansí:

«A nuestro muy caro y amado hijo el rey de Castilla, dòn Juan el Segundo. Los cuidados y diferencias en que está la Iglesia romana por la elección de tres Papas, me han traído á España á hacer Concilio para unirla y concertarla. Desto doy aviso á vuestra majestad, á quien envío á don Alvaro de Luna, mi sobrino, para que le sirva. De nuestro palacio.—*Benedicto décimo tercio.*»

REY. ¿Qué os parece, Condestable?
RUY. Que en vuestro palacio viva
ese mancebo, y reciba
con rostro alegre y afable
vuestra majestad, porque es
hijo de un gran caballero.
REY. Hacer vuestro gusto quiero.
RUY. Mil veces beso los pies
de tu majestad, señor.
Siendo del Papa sobrino,
lisonja os hizo si vino
buscando vuestro favor.
REY. Entre don Alvaro.

ESCENA V

DICHOS, DON ALVARO y PABLILLOS.

PABLILL. Luna,
tu loco [1] he de ser; ya sigo [2]
tu luz.

D. ALV. (*Santíguase.*) Entre Dios conmigo.

PABLILL. Entre tu buena fortuna,
y no hagas por desdichas
reverencias con corcobos;
encomiéndate á los bobos,
que son dueños de las dichas.

INFANTE. Alvaro, besad la mano
á su majestad.

D. ALV. Los pies
besaré al Príncipe que es
más ilustre y soberano.

REY. Levantad; ¿cómo ha venido
el Papa?

D. ALV. A España ha llegado
con salud y con cuidado.
Esta cisma le ha traido.

REY. En la suya me da aviso
de vuestra virtud, y aquí
quiere que os valgáis de mí.

D. ALV. Sí, señor, y bien me quiso.

REY. ¿Cómo le dejáis?

D. ALV. Por ser
criado vuestro, que ansí
seré más de lo que fuí.

REY. Ya os tengo que agradecer.

D. ALV. Natural inclinación
es pretender vuestro aumento:
no pido agradecimiento.

REY. ¿Cómo siendo de Aragón
vuestro padre, habéis dejado
vuestra patria?

D. ALV. Fué copero
del rey Enrique el Tercero,
y cuatro villas le ha dado,
porque mi abuelo sirvió
con la hacienda de importancia
cuando Enrique pasó á Francia;
que en Aragón le venció
el rey don Pedro.

REY. Vos dais
muy buena cuenta de todo,
y por vuestro honrado modo,
deseo que me sirváis;
y creo que acertaréis,
porque ya se han confrontado
nuestras sangres, y he pensado
que buen vasallo seréis.

D. ALV. Felicidad será mía
el saberos agradar,
que no se puede alcanzar
si no es con dicha.

PABLILL. ¿Qué día
podré yo besar la mano
de tu majestad, señor?

REY. ¿Quién es?

D. ALV. Un loco.

PABLILL. ¡Qué error!

D. ALV. ¡Ah, necio!

PABLILL. Muy cortesano
estáis, muy introducido
os veo: ¡gentil desprecio!
Fuí vuestro ayo, y yo soy necio.
Caí como habéis subido.

REY. ¡Qué ingenio tiene!

PABLILL. Ya el modo
de mi ingenio te prevengo.
Estos arbitrios que tengo
son el remedio de todo.

(*Da unos papeles y lee el* Rey.)

(*Lee.*) «Arbitrio para que el rey de Castilla sea rey de Granada, de Aragón, de Navarra, de Portugal y de antípodas y nuevos mundos.»

«Arbitrio para que Manzanarillos compita con su corriente con el río Nilo, horro de cocodrilos.»

«Arbitrio para que no se halle un necio por un ojo de la cara, aunque sea menester para una medicina.»

«Arbitrio para que en España no haya pecados, ni falta de dineros, sino que todos sirvan á Dios, y estén ricos: hay grandes arbitrios.»

REY. Alguno dellos, amigo,
será forzoso saber.

PABLILL. Como el premio llegue á ver,
á declarallos me obligo.

(*Dice el* Rey *yéndose.*)

REY. No os olvidéis, Condestable,
de lo que os pido.

RUY. Señor,
serviros debe mi amor.

REY. (*Al* Inf.) ¿No es, primo, muy agradable
don Alvaro?

INFANTE. Y ha de ser
hombre prudente y sagaz.

RUY. ¡Mas si fuese este rapaz
el que me ha de suceder! (*Vanse todos.*)

ESCENA VI

La INFANTA DE CASTILLA *y* DOÑA ELVIRA.

D.ª ELV. El infante de Aragón
hoy me ha escrito este papel.

INFANTA. No habrá finezas en él,
sino loca presunción.
Inquietos príncipes son
mis primos. ¿Pues qué te escribe?

D.ª ELV. Dirá que amándote vive.

INFANTA. ¿Luego tú no le has leído?

D.ª ELV. Ahora le he recibido.

INFANTA. ¿Qué mujer cuerda recibe
papel del Infante, que es
quien me enfada cada día?

D.ª ELV. Temí la descortesía.

INFANTA. Hazle pedazos, no des
crédito á antojos.

D.ª ELV. Después
¿qué responderé al Infante?

INFANTA. Que deje de ser amante,
ó que aprenda urbanidad,
que es libre mi voluntad,
y es su término arrogante.

(*Rásga*[illegible])

---

1 En el ms. 17.101 de la Bib. Nac. «norte».
2 En el original «y ha sido». En el ms. está bien.

D.ª ELV. ¿Cómo rompes impaciente
papel que no es para ti?
INFANTA. Pues si fuera para mí,
¿rompiérale solamente
sin que la mano insolente
que le escribió se rompiera?

ESCENA VII

DICHAS; *y sale El* INFANTE DE ARAGÓN. *(Al entrarse la* INFANTA, *salen el* REY, DON ALVARO *y* RUY LÓPEZ *y todos.)*

INFANTA. Tan atrevida no fuera,
ni tan dichosa contigo,
que mereciera en castigo
lo que por favor tuviera.
REY. ¿Dónde, Infanta?
INFANTA. Al cuarto voy
de la reina, mi señora.
REY. Conoced, hermana, ahora
á don Alvaro, á quien hoy
su tío, el Papa, ha enviado
á servirme, y yo deseo
honrarle mucho, que creo
que ha de ser bien empleado.
Miralde bien, que me hallo
tan inclinado á su amor
que no le tendrá mayor
ningún rey á su vasallo.
(Vanse el Rey *y* Ruy López.*)*

ESCENA VIII

DICHOS, *menos el* REY *y* RUY LÓPEZ.

D.ª ELV. *(Ap.)* Quiero mirar muy atenta
esto que el Rey encarece.
Buen talle tiene, y parece
que majestad representa
su aspeto con bizarría.
Con dicha en palacio entró,
pues que con el Rey halló
tanto favor en un día.
INFANTA. Huelgo que el Rey, mi señor,
se sirva de vos, y espero
que, como buen caballero,
mereceréis su favor. *(Vase.)*
D.ª ELV. Luna sois, palacio os vea
siempre sin luz eclipsada:
feliz ha sido la entrada,
ansí la salida sea. *(Vase.)*

ESCENA IX

El INFANTE DE ARAGÓN *y* DON ALVARO.

INFANTE. ¿Don Alvaro?
D. ALV. Mi señor,
¿qué me manda vuestra alteza?
INFANTE. Ampare la sutileza
de tu ingenio el grande amor
que tengo á la Infanta, y creo
que has de ser favorecido
tanto del Rey, que excedido
halles tu mismo deseo.
Si haces mis partes desde hoy,
con prudencia y con recato,
de que nunca seré ingrato
palabra y mano te doy.
Yo te prometo, yo juro
de ser tuyo si encamina
esto tu industria.
D. ALV. ¿Adivina
vuestra alteza lo futuro,
ó burla de mí? ¿Qué fuente
en los abismos del mar
no ve morir y atajar
el cristal de su corriente?
¿Qué luz de breve farol,
ó qué centella atrevida
tiene aliento, tiene vida,
si está delante del sol?
Yo, fuente, ¿puedo tratar
misterios del Oceano?
Yo, centella, al sol humano
¿podré nunca aconsejar?
INFANTE. Vanas retóricas son
las de la modestia, amigo.
Sí podrás, y yo me obligo
de nuevo á tu protección.
Tú podrás lo que deseas;
vencerás humanas suertes. *(Vase.)*
D. ALV. Plega á Dios que en eso aciertes,
aunque tú ingrato me seas.

ESCENA X

El REY *y* DON ALVARO.

REY. Alvaro, poco me quieres,
pues sin mí puedes estar
cuando te vengo á buscar.
D. ALV. Mi propio ser, mi Rey eres,
y poder estar sin ti
es querer que el sol esté
sin la luz que en él se ve.
REY. ¿Pues cómo huyes de mí?
D. ALV. Humildad, no desamor
me detiene.
REY. ¿Y osadía
no te da la amistad mía?
D. ALV. Mucho alienta tu favor.
REY. Como tienes poca edad
como yo, fuerza es tener
amistad.
D. ALV. ¿Favorecer
á un criado es amistad?
No, señor, no dé tal nombre
tu majestad al favor.
REY. La amistad nace de amor.
D. ALV. Siendo desigual el hombre
que el favor recibe, es llano
que no es amistad, y ansí...
REY. En fin, yo te quiero á ti,
y tu pensamiento es vano.
Siéntate y dime qué damas
viste más bellas.
D. ALV. Señor,
sentarme será favor
desproporcionado.
REY. ¿Llamas
desproporción al hacerte
yo favor? Siéntate aquí.
D. ALV. ¿Qué dirá, señor, de mí

quien me viere de esta suerte?

REY. Nadie nos ve, y así digo
que no es ajeno de ley [1]
que por ser un hombre rey
tener no pueda un amigo.
Siéntate.

(*Siéntase á sus pies.*)

D. ALV. Obedezco, pues,
y digo que sólo ahora
con la Infanta, mi señora,
vi una dama.

REY. Elvira es
Portocarrero, y es hija
del señor de Moguer.

D. ALV. Ella,
ó nacido de mi estrella,
ó para que yo corrija
mi arrogancia, si desea
altivez demasïada,
me dijo: «felice entrada;
así la salida sea.»

REY. ¡Donosa bachillería!
Si tú en mi gracia has entrado,
no temas que pueda el hado
quitarte la gracia mía.
Préciase Elvira de ser
quien todo amante acobarda.
¿Qué te parece?

D. ALV. Gallarda.

REY. Es muy hermosa mujer.

ESCENA XI

DICHOS. *Va á salir* RUY LÓPEZ *y en viéndolos quédase escuchando.*

RUY. Hablando está el rey don Juan
con don Alvaro de Luna,
que á sus pies está sentado:
privará con él, sin duda.
La juventud de los dos
sus nobles ánimos junta,
que no siempre la razón
contradice la fortuna.
Niño el Rey, Alvaro joven,
que sobre el labio las puntas
del bello de oro se muestran,
aunque en la barba se encubran,
claro está que han de tener
amistad. Siempre son unas
nuestras acciones humanas,
aunque con la edad se ocultan.
Lo mismo pasó por mí.
Muchas veces fueron, muchas,
las que yo sentado estuve
entre las alfombras turcas
de la cámara de Enrique
á sus pies, que sus hechuras
tiene cada rey, y quiere
parecer á Dios, y gusta
de hacer de nuevo los hombres
á su imagen. Las profundas
y cristalinas corrientes
de los ríos, que procuran
llegar con ansias al mar,
una vez montes inundan,
otras valles, otras prados,
pero siempre el agua es una.
Varios climas va ilustrando
el sol, con sus trenzas rubias
diversas casas lumina,
nuevos hemisferios busca,
y siempre es una luz.
Desta suerte es la fortuna:
siempre corre, siempre vuela,
siempre delante, atrás nunca;
nuevos campos fertiliza,
nuevos caminos procura,
nuevas hechuras levanta,
que son imágenes suyas
agua y sol. Quiero escuchar
lo que dicen.

REY. La más pura
fe y amistad que los libros
en sus historias ocultan,
Alvaro, ha de ser la muestra;
y en reinando te asegura
mayores honras mi pecho,
como lo verás.

D. ALV. Quien usa
de ese favor que le has dado,
harto ha merecido.

REY. Injurias,
Alvaro, mi grande amor.
Si tú fueras, por ventura,
rey, ¿qué me dieras á mí,
á quererme?

D. ALV. Fuera tuya
mi potestad, fueras rey;
yo fuera una estatua muda.
A tu voluntad, mi ser
al tuyo pasara, y juntas
nuestras dos naturalezas,
parecieran ambas una,
y aún no te diera nada,
porque fueras la absoluta
potestad del reino y mía.

REY. ¿Y así de darme te excusas?

D. ALV. Hiciérate condestable
de Castilla, fueran tuyas
Arcos, Arjona, Ladrada,
Ribadeo y Villaescusa,
Aillón, Betanzos, Vivero,
Montalbán y Villarrubia;
fueras conde, marqués, duque.

RUY. (Amagos son estas burlas
de los sucesos del tiempo;
sin malicia y sin industria
le ha dado el rapaz mi hacienda.
¡Ay del pobre que lo escucha,
si hubiera de ser verdad!
Las puertas estaban juntas;
hacer quiero que las abro.)

D. ALV. ¿Quién entra agora?

REY. ¿Te turbas?
¿qué tienes?

D. ALV. Me vió sentado
Ruy López.

REY. Pues disimula.

D. ALV. Digo, señor, que el halcón

[1] En el original dice «deleite», errata indudable; pero tal vez el verso se habrá escrito así: «ser muy ajeno de ley.» En el ms.: «que no es ajeno de ley.»

con sus engañosas puntas
de la garza se remonta.

RUY. (*Ap.*) (¡Qué bien la plática mudan!)
Señor, ya traté en las Cortes
que los seis meses se suplan
y que reines luego.

REY. Y pues,
¿qué fué la respuesta suya?

RUY. Parece al reino, señor,
que siendo una ley tan justa
la que dispone la edad,
que reprimas y que sufras
los deseos de reinar,
pues falta poco.

REY. ¿Quién duda
que por mandarlo vos todo
me ponéis tales excusas?
Sois Gobernador del reino,
y haráseos del mal; ya es mucha
esa ambición, Condestable,
en una vejez caduca.

RUY. ¡Vive Dios que no he podido
hacello, porque se juzga
á liviandad el intento!
Rey don Juan ¿por qué me culpas?
¿cómo dudas de mi amor?
(*Ap.*) (Moriscas escaramuzas
no temo como á este niño.
Alguna deidad oculta
vive en los reyes.)

D. ALV. Señor,
siempre en los ayos se culpa
la severidad, mas ellos
el bien del pupilo buscan.

REY. ¿Quién os mete á vos en eso?
Mucho sus cosas me injurian.

RUY. ¡Señor...!

REY. Basta, Condestable.

D. ALV. (*Ap.*) La lengua suspendo muda.
Quédome sin ir con él.

REY. Alvaro.

D. ALV. Señor.

REY. Escucha.

D. ALV. Yo le quitaré el enojo,
Condestable, con industria.

RUY. Obrar bien es lo que importa,
don Alvaro; no me turban
accidentes, que Dios tiene
en sus manos la fortuna.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

HERRERA *y* GARCÍA, *criados de* Ruy López.

GARCÍA. ¡Vive Dios que he de probar
mi intención donde no hable!

HERRERA. En casa del Condestable
ha de sufrir y callar
con respeto y cortesía.

GARCÍA. Y cuando llegue á perder
el respeto ¿qué ha de hacer?

HERRERA. Tiemple, señor Juan García,
el enojo, que está en casa
de Ruy López, mi señor,
á quien respeto y amor
debemos ambos.

GARCÍA. Me abrasa
esa flema. Si habla mal
á espaldas vueltas de mí,
¿para qué está humilde aquí?

HERRERA. Hanle engañado; no hay tal;
y si agora humilde estoy,
ya he dicho por qué, García.

GARCÍA. ¡Oh! ¡qué cortés cobardía!

HERRERA. Eso no, que noble soy;
cobardes son los villanos.
Perdone esta vez la casa.

GARCÍA. Agora veré si pasa
desde la lengua á las manos.

(*Saquen las espadas y sale* Ruy López.)

ESCENA II

DICHOS *y* RUY LÓPEZ.

RUY. ¿Qué es esto? ¿Ansí se atropella
el respeto que se debe
á mi casa? ¿Ansí se atreve,
sabiendo que estoy en ella,
vuestra soberbia, rapaces?
¡Vive Dios, que os mate á palos;
necios, locos, hombres malos,
y que derramáis solaces,
como dicen en Castilla!
¿Ansí turbáis mi sosiego?
Y tú, que pusiste luego
en la vaina la cuchilla,
¿quién duda que la ocasión
diste al enojo?

HERRERA. Prometo
que ha sido por tu respeto.

RUY. Ya sé vuestra condición,
soberbia y presuntuosa;
también sois de Andalucía,
y tenéis por bizarría
no sufrir ninguna cosa
los andaluces. Ya sé,
de veros ansí á los dos,
que tendréis la culpa vos;
no me engaño, bien lo sé.
Andad, andad noramala,
no estéis delante de mí.

HERRERA. Debo obedecerte. (*Vase.*)

ESCENA III

RUY LÓPEZ *y* GARCA.

RUY. Di,
¿qué fué aquesto?

GARCÍA. No le iguala
ninguno, á su parecer;
revienta de caballero.

RUY. Como ve que bien te quiero,
celos debe de tener.
Sed amigos, no haya más;
tened paz, tened amor
á vuestro dueño.

GARCÍA. Señor,
si un hábito no me das,
como á Herrera, viviré
siempre dél menospreciado.

No tengas sólo un criado
con hábito, amor y fe.
Me debes honrar mi pecho
como el suyo, porque ansí
mire tu poder en mí,
y Herrera esté satisfecho
de que no ha de atropellar
tus criados.

RUY. Otro día
hablaremos más, García,
en esto.

GARCÍA. ¿Qué se ha de hablar?
Si tú quieres, ¿qué no puedes?
¿Que Maestre no es tu amigo?
Mi señor, si es que te obligo,
no me hagas más mercedes
que esta, y en ella confío
que mi suerte se mejora.

RUY. ¿Te bastará por ahora
si te doy un lugar mío?

GARCÍA. Pues, señor, ¿dificultades
hallas con tanta aspereza?
¿No es bastante mi nobleza?

RUY. ¡Oh, qué mal te persüades!
Temo el pedir, y ansí quiero
darte un lugar.

GARCÍA. ¿Pues qué aldea
puede haber que merced sea
como hacerme caballero
de hábito?

RUY. Bien está;
yo lo trataré, García.
Antes que se ausente el día,
que remontándose va,
he de ir á palacio; mira
si hay que firmar, dejaré
despachado.

GARCÍA. ¿Y yo tendré
con justas razones ira?
Sí tendré; pero ¿con quién?
con el que me dice aquí
ó que no hay nobleza en mí,
ó que no me quiere bien.

(*Vase* García.)

ESCENA IV

RUY LÓPEZ. *Después un* PAJE.

RUY. ¡Con qué furor, con qué extremos
de soberbio y loco error
nos engaña el propio amor,
y nunca nos conocemos!
Nadie sus defectos ve;
amor propio es amor ciego:
bien dice el proverbio griego,
que la mayor ciencia fué
el conocerse á sí mismo.
Es hombre humilde García;
no es hombre noble y porfía
con tan loco barbarismo
por un hábito, y recelo
desengañar su ambición,
porque le tengo afición
y le daré desconsuelo.
Mas iréle divirtiendo
hasta que conozca ya
que su descrédito está
en lo que está pretendiendo.

PAJE. Este memorial me ha dado
un pobre.

RUY. Y con mucho gusto
le veré yo: esto sí es justo.
¿Memorial, y tan cerrado?
(*Lee.*) «Mire bien vueseñoría
lo que firma, que conviene
este recato á quien tiene
por secretario á García.»—
¿Hay desvergüenza como esta?
Grande envidia le escribió.
(*Al* Paje.) Díle que entre á quien le dió
y llevará la respuesta.
¡Que pueda descomponer
la malicia á un buen criado,
con mercedes obligado!
¿Yo tenía de creer
fácilmente deslealtad
en quien mucho amor merece?

PAJE. Quien me le dió no parece.

RUY. ¡Qué conocida maldad!
Ya he conocido de quien
ha procedido, sí, sí.

ESCENA V

RUY LÓPEZ y GARCÍA, *con papel y tinta.*

GARCÍA. Que firmar tienes aquí.

RUY. ¿Que porque te quiero bien
testimonios te levanten?
¡Oh, envidia! ¡soberbio trueno!
vómitos das de veneno,
porque á la virtud espanten.
Salte fuera, Juan García,
no sé si tienes memoria
de un suceso de la historia
de Alejandro, que tenía
un médico muy privado,
y escribiéronle un papel
que se recatase dél,
porque había concertado
darle la muerte. El famoso
y magnánimo señor,
como le tenía amor,
nunca estuvo temeroso.
Trújole cierta bebida
un día el médico, y él,
entregándole el papel,
tomó la copa, y la vida
segura en caso tan nuevo,
dijo con gallardo brío:
«Mira si de ti me fío;
lee tú mientras yo bebo.»
El mismo caso confirmo,
sin ser Alejandro yo,
mira si te quiero ó no:
lee tú mientras yo firmo.

(*Dale el papel y firma mientras lee* García.)

GARCÍA. (*Lee.*) «Mire bien vueseñoría
lo que firma, que conviene
este recato á quien tiene
por secretario á García.»—
¡Esto se escribe de mí!

¿Quién duda que Herrera ha sido
soberbio y desvanecido
autor desto? ¡Que no fuí
hombre para darle muerte!
Mas, si bien lo considero,
agradecérselo quiero,
pues me avisa de la suerte
que podré vengarme yo,
si el hábito no me dan.

RUY. Todas firmadas están.

GARCÍA. ¿No las has leído?

RUY. No,
ansí viva y ansí vivas:
soy confïado, aunque viejo.
Dos firmas en blanco dejo
porque dos cartas escribas
á Luis y á Pedro, mi hijo,
y sepan que bueno estoy:
mira si crédito doy
á lo que la envidia dijo.

GARCÍA. ¿Y en lo del hábito?

RUY. Calla,
que ya es necia tu porfía.
Esa pretensión, García,
es menester...

GARCÍA. ¿Qué?

RUY. Pensalla.

GARCÍA. (*Ap.*) ¿Con Herrera ánimo franco,
conmigo tanto recelo?
Si no me le dan apelo
á las dos firmas en blanco. (*Vase.*)

RUY. ¡Qué engañada aprehensión
en algunos mozos veo
cuando apoya su deseo
su misma imaginación!

ESCENA VI

Ruy López y Herrera.

HERRERA. ¿Estás ya desenojado?
¿podré llegar á tus pies?

RUY. No, ingrato, loco, porque es
mi enojo agora doblado.
Cuando acabas de reñir
con García, porque dél
no me fíe, ¿este papel
te has atrevido á escribir?
¿Un hombre tan bien nacido
ha de hacer cosas mal hechas?
¿Ponerse deben sospechas
en criado que ha servido
tan fielmente? Mira, di
si aquesta letra conoces.

HERRERA. Ansí de buen siglo goces,
que ese papel no escribí.
¿Yo tenía de dudar
de la fe del secretario?

RUY. ¿Pues quién es el temerario
que me pudo á mí enviar
tal papel?

HERRERA. Reconocer
quiero la letra, que yo
la he visto.

RUY. ¿Y quién la escribió?

HERRERA. De fray Vicente Ferrer,
el santo que está en Valencia,
es sin duda. El te escribía
otro tiempo cada día,
y haciendo la conferencia
con las cartas que tú tienes,
verás que es una la letra
y que el misterio penetra.

RUY. ¿Milagritos me previenes?
Muy cansado estoy de ti.
Mientras se templa mi enfado
has de hacer lo que he mandado;
no estés delante de mí.

HERRERA. Ni le absuelve ni condena
mi lengua, pero colijo,
que si acaso verdad dijo
don Enrique de Villena;
aunque á mí me quieras mal,
y á él le tengas tanto amor,
que él ha de ser el traidor,
y yo he de ser el leal.
(*Vanse los dos.*)

ESCENA VII

El rey Don Juan y Don Alvaro de Luna.

REY. Salir esta noche quiero.

D. ALV. ¿Y dónde has de ir, señor mío?

REY. A pasear hacia el río,
ó á rondar hacia el terrero,
que hay una dama á quien tengo
una grande inclinación,
y quiero que el afición
crea con que á verla vengo.
Quisiérame declarar
con ella, aunque su valor
es tan grande que mi amor
más en esto he de mostrar.

D. ALV. ¿Quién es la dama, señor?

REY. De doña Elvira me agrado.
Parece que te ha pesado:
¿tiénesla tú acaso amor?

D. ALV. Hasta aquí mi pensamiento
ni le he, señor, reprimido,
ni es cobarde ni atrevido.

REY. ¿Amor fuera atrevimiento?

D. ALV. El cortés galantear
de palacio, no es amor,
como el del vulgo, señor.
Es un linaje de amar
sin celos, sin esperanza,
sin cuidado, sin porfía,
sin amor, sin fantasía,
sin intento, sin mudanza;
es respetar las deidades
de un cielo humano: tal es
el palacio de un rey.

REY. ¿Pues
con esas dificultades
amas á Elvira?

D. ALV. Señor,
esta inclinación le tengo,
pero ya yelos prevengo
al pensamiento menor.

REY. Después que sabes que á hablalla
vengo yo ¿dices que quieres
olvidar? Gracioso eres.

D. ALV. Señor, mira...

REY. Alvaro, calla,
que doña Elvira ha de ver
por su infinito valor
que si la trato de amor,
sólo del tuyo ha de ser.
Por ti sólo hablarla quiero;
y, si te agrada, será
tu mujer, Alvaro, ya
que yo vengo á ser tercero.

D. ALV. ¿Quién tantas dichas alcanza?
Dame esos pies que presumo...

REY. Necio, que agradeces humo,
¿doite yo sino esperanza? [1]

ESCENA VIII

DICHOS *y* PABLILLOS.

PABLILL. Éntrome, que llueve.

REY. ¿Qué hay,
Pablillos?

PABLILL. Vengo podrido
de un poeta que ha venido
de allá de Córdoba, y trae
un libro que ha dedicado
á tu majestad.—¿Qué importa
que con ciencia lega y corta
haga un libro un licenciado
y me dedique su empeño,
para que por eso yo
le haya de dar lo que no
vale el libro ni su dueño?
Algunas veces reviento
por decir muchas verdades.
Escribe mil necedades
un cortesano hambriento;
dedícalas á un señor,
con seis renglones en prosa,
dura, extranjera, escabrosa,
y pretende con rigor
que le dé para la imprenta
á escudo por necedad;
y hay quien tenga vanidad
de lo que llamo yo afrenta,
y lo dé: ¡qué barbarismo!

REY. ¿De un arbitrio, pues, te espantas?

PABLILL. Que haga el señor otras tantas
y se las dedique á él mismo.

REY. El insigne Juan de Mena
tiene ingenio soberano.
También yo al amor tirano,
que la libertad condena,
en versos míos espero
alabar, porque también
los hago, aunque no muy bien,
don Alvaro.

D. ALV. Lisonjero
quisiera ser. Vanaglorias
puedes recibir con ellos.
¿Quién duda que dél hacellos
te han de alabar las historias?

PABLILL. Entrad, señor Juan de Mena,
que sois hombre muy sonado.
Pero ¿cuánto habéis ganado
á este oficio?

[1] En el ms. 17.101 falta lo que sigue hasta los seis últimos versos de la escena X.

ESCENA IX

El REY, DON ALVARO, JUAN DE MENA *y* PABLILLOS.

MENA. (*Entrando.*) Fama y buena.
Dejad, señor soberano,
Príncipe de España Augusto,
que se me cumpla este gusto
de besaros vuestra mano.
Juan de Mena soy, aquél
que el castellano poeta
llaman hoy, y si profeta
es el corazón fiel
del hombre, yo he dedicado,
por saber la inclinación
vuestra y notable afición
á los versos inclinado,
este libro á vos. En él
no sé sin con dicha alguna
las mudanzas de fortuna
escribo, César novel.
Sírvase tu majestad
de recibille. Trescientas
son las coplas. Tú me alientas,
tú eres, señor, mi caudal.
Mi voluntad manifiesta
es de escribir tus hazañas,
siendo Rey de dos Españas.
La dedicatoria es esta:

(*Lee.*) «Al muy prepotente don Juan el Sgundo
aquél con quien Júpiter tuvo tal celo,
que tanta de parte le hace del mundo
cuanta de parte se hace del cielo:
al gran rey de España, al César novelo,
al que es en las lides bien afortunado,
aquél en quien caben virtud y reinado
á él las rodillas postradas al suelo.»

PABLILLOS.

¡Ay! que me mata aquel *prepotente*,
pudiendo decir *al muy poderoso*:
¡ay, ay! que ese metro es tono famoso
para los ciegos cantar de repente.
¡Ay, ay! que ya temo que pueda la gente
oir tales versos sin dar ahullidos,
tirando los bancos por mal admitidos.

MENA.

Atiende, y no hables, bufón imprudente.

REY. Mucho estimo conoceros,
que muy inclinado soy
á los versos, y desde hoy
por maestro he de teneros,
pues sois castellano Apolo.
Aunque yo en tan corta edad,
versos hago.

MENA. Y calidad
das á las musas tú solo.
Mas no eres el rey primero
que escribe versos, señor.

REY. A las mudanzas de amor
leerte unos versos quiero.
Oye.

PABLILL. Mis arbitrios santos
son esta vez para vos:
versos leeis, vive Dios,
que pagáis con otros tantos.
(REY, *sacando un papel*

REY. (*Lee.*) «Amor, amor no pensé
que tuvieras tal poder
que pudieras deshacer
la firmeza de una fe,
hasta ahora que lo sé.
Es tu fuerza sin igual,
pues lleva tu inclinación
al más fuerte corazón
rendido á tu tribunal.
Para en pena de su mal
ya en tus cárceles se ve
una alma libre hasta aquí:
nunca la fuerza creí
del poder que en ti miré,
hasta ahora que lo sé.»
MENA. Descubren con bizarría
gracias y afectos extraños.
PABLILL. ¿Ven esto? De aquí á cien años
habrá quien dellos se ría.
MENA. En mi libro los pondré.
REY. Y en mi nombre.
MENA. Dasme honores.
REY. Y sepan mis sucesores
que las letras estimé.
¿No eres, Alvaro, inclinado
á los versos?
D. ALV. Mucho á oillos
y estimallos, no á escribillos.
Mi inclinación me ha llevado
á las armas y á justar,
y si vuestra alteza gusta,
mantener pienso una justa
cuando comience á reinar.
MENA. Y yo he venido á escribir
la real coronación.
PABLILL. Oiga, pues, una cuestión
que se tiene de decir
en los siglos venideros.
Juan de Mena, á su pesar,
conmigo quiere trovar
apostando, y no dineros.—
Vuestra majestad me ahorque
de aquella más alta almena
si el poeta Juan de Mena
diere consonante á alcorque.
MENA. Vuestra majestad le ahorque
por no quebrantar la ley,
pues en la huerta del Rey
hay quien los cardos aporque.
REY. ¿Veslo?
PABLILL. ¡Ay, qué mal! ¡aporque!
mal consonante: á ese modo
consonante será y todo
albarcoque y alcornoque,
toquilimboque.
REY. (*A Mena.*) Venid
á verme.
MENA. Tu esclavo soy.
PABLILL. Y entretanto, Mena, os doy
con los dos cofres del Cid.
(*Vase* Juan de Mena.)
D. ALV. (*Al* Rey.) Dale, señor, por tu vida
alguna cosa.
REY Después,
cuando reine.
D. ALV. Luego es
cualquier cosa recibida
del pobre con mayor gozo.
Dale esta cadena mía.
REY. Alvaro, tal bizarría
no se vió en hombre tan mozo.
Llámale. Algún día podré
pagártela.
PABLILL. ¡Ah Juan de Mena!:
el Rey os pone en cadena,
pero no será en el pie.
(Mena, *volviendo.*)
MENA. ¿Qué manda tu majestad?
PABLILL. No es manda, que es de contado.
REY. No os vais sin haber llevado
alguna cosa. Tomad.
MENA. Beso tus pies. (*Vase.*)

ESCENA X

El REY, DON ALVARO *y* PABLILLOS.

REY. Bien habemos
divertídonos.
D. ALV. Entiendo,
señor, que va anocheciendo,
y que ya salir podemos.
REY. Sin que Ruy López nos vea;
porque es mi ayo en efeto.
D. ALV. Sí, señor; y ese conceto
es muy digno de tu alteza. (*Vanse.*)

ESCENA XI

DOÑA ELVIRA *é* INÉS, *criada, á la ventana.*

D.ª ELV. Ya que en esta galería
corren los vientos templados,
y está con nuevos cuidados
de mi amor el alma mía,
del fresco quiero gozar
esta noche.—Inés.
INÉS. Señora...
D.ª ELV. Si me quieres bien ahora,
podrás un rato cantar.
INÉS. ¿Aquí, señora? ¿No ves
que se juntarán de espacio
los galanes de palacio
á escuchar?
D.ª ELV. No importa, Inés.
INÉS. ¿Pues dirásme una verdad?
D.ª ELV. Sí, diré.
INÉS. ¿Sírvete alguno?
D.ª ELV. Inés, no; si bien hay uno
que me muestra voluntad.
INÉS. ¿Correspóndesle?
D.ª ELV. En mi vida
le hablé palabra ninguna.
INÉS. ¿Es don Alvaro de Luna?
D.ª ELV. El mismo.
INÉS. ¡Qué conocida
tengo yo tu inclinación!
D.ª ELV. ¿Pues en qué lo conociste?
INÉS. En que tú sola advertiste
en palacio su afición.

ESCENA XII

DICHAS, *y sale* PABLILLOS *de noche.*

PABLILL. Gente hay en la galería,
si el oído no me engaña.

Señor soy de la campaña;
la tierra esta noche es mía.
A mí me pudre el mirar
lo que llaman galanteo:
ahora bien, yo me paseo:
el terrero he de ocupar.
No ha de haber ánima en pena
que llegue esta noche aquí,
viéndome ocupar á mí
el puesto. Música suena.

(*Canta* Inés.)

INÉS. «Manzanares, de buen gusto
son, aunque pobres, tus aguas,
pues por llegar á Madrid
de la sierra se desatan.»

ESCENA XIII

Sale la INFANTA *á la ventana.* DICHOS.

INFANTA. ¿Fresco, música, y sin mí?
INÉS. Su alteza viene...
INFANTA. No vengo
á estorbaros, porque tengo
gusto también. Inés, di.
INÉS. (*Canta.*) «No dan blasón á los ríos
grandes corrientes de plata;
arroyos recibe el mar
con más aplauso y más fama.»

ESCENA XIV

DICHOS, *y el* INFANTE *con un criado, de noche.*

INFANTE. Como es la noche serena,
damas á las rejas hay,
y al golfo de amor me trae
la voz de aquella sirena [1].
INÉS. (*Canta.*) «Basta que bese los pies
á los Césares de España;
no envidien ondas del Tajo
cuando tributo le pagan.»
PABLILL. Duendes vienen; yo les doy
estorbo, cólera y celos.
Ha cantado de los cielos;
muy agradecido estoy.
Como muchas veces cante
la serviré de escuchar:
goloso soy de oir cantar.

ESCENA XV

Salen el REY *y* DON ALVARO, *de noche*

REY. ¿Quién habla?
D. ALV. Será el Infante.
INFANTE. Llega á ver si reconoces
quién es.
CRIADO. Difícil sería.

1 El ms. 17.101 introduce ya aquí al Rey y á Don Alvaro que dicen:
ALVARO. Pienso que canta una dama.
REY ¿No fuera lícito aquí?
ALVARO. ¿Es de la cámara?
REY. Sí;
Inés de Torres se llama;
criada de Doña Elvira:
escuchemos, por mi vida
su voz dulce y regalada.

PABLILL. Cante más vueseñoría,
que esa voz es voz de voces.
Es un trueno celestial,
es un chillido excelente,
es la trompeta valiente
del gran juïcio final,
pues los muertos resucita.
¡Oh, bien haya gracia tanta!
¡Oh, bien haya quien lo canta!
¡Oh, bien haya quien lo grita!
INÉS. Uno con voz lisonjera
gracias da de haberme oído.
D.ª ELV. Curiosidad habrá sido.
(*Ap.*) (¡Oh, si don Alvaro fuera!)
Pregúntale tú quién es.
(*Ap.*) (Amor, detén tu violencia).
INÉS. ¿Dame tu alteza licencia?
INFANTA. Licencia te doy, Inés.
INÉS. ¿Quién es el agradecido?
PABLILL. Sí lo soy desde la cuna;
soy don Alvaro de Luna.
(*Ap.*) (Sólo esta vez he mentido
y otras mil.)
CRIADO. (*Al* Infante.) ¿Oyes, señor?
Don Alvaro dice que es.
INFANTE. Huélgome mucho: hable, pues,
que tercero de mi amor,
por medio de doña Elvira,
intenta ser; aguardemos.
D.ª ELV. Prosigue, Inés, y sabremos
si es discreto, ó es mentira
lo que dicen dél.
PABLILL. Señora,
¿fué tapaboca mi nombre?
¿Es acaso hablar á un hombre
buey de hurto? No habrá ahora
quien os riña; mamá ó taita.
INÉS. ¿Qué música fué más buena
para vos?
PABLILL. La que más suena:
un órgano y una gaita,
y el gruñido de un cochino
cuando le quieren matar,
porque está cerca de dar
añagazas para el vino.
D.ª ELV. O se burla, ó está loco
quien habla.
PABLILL. Mi inclinación
es de justar, lanzas son
los instrumentos que toco.
Mantener pienso una justa
cuando mi rey se corone:
toda dama me perdone,
que de la color que gusta
cada cual he de vestirme.
INÉS. ¿Saldréis en muchas colores?
PABLILL. Saldré en mi traje.
REY. (*A* don Alvaro.) En amores
anda el Infante muy firme.
D. ALV. ¿Y tenemos de aguardar
á que acabe?
REY. Hasta ver
quien le habla.
D.ª ELV. El mantener
una justa es singular
acción y dificultosa
para mozos.

PABLILL. ¡Lindo aliño!
Aunque soy algo lampiño,
tengo yo la edad añosa.
¿Venme con aquesta cara
tan rara y fea? A fe mía
que en la gran carnicería
de los infantes de Lara
me hallé yo; y en Aragón
mantuve en el mes de Abril
un torneo contra mil:
¿mil he dicho? pocos son;
y de todos ellos, solos
en pie me quedaron dos.
Birlábalos, vive Dios,
con mi lanza como bolos.
Uno salió, muy galán,
sin botas y con espuelas,
vestido todo de telas
de cedazo ó de Milán.
Su invención era una arpía,
que en su garra sucia y fea
se llevaba á Galatea.

D.ª ELV. ¿Y la letra?

PABLILL. Ansí decía:
Polifemo tenia un ojo;
vos, señora, tenéis dos:
no sois Polifemo vos.
Otro sacó, á lo que entiendo,
la humana naturaleza
con un mote en la cabeza;
médicos la iban siguiendo.
Era el mote: *Intento es mio*
que crezca el género humano,
y estos me van á la mano,
pues matan más que yo crio.
Otro...

D.ª ELV. Etcétera es mejor,
porque mil irán cansando.

CRIADO. (*Al* Infante.) De justas están tratando.

INFANTE. ¡Oh, necio! trata de amor.

D.ª ELV. (*Ap.*) Apenas ha renovado
amor sus líneas en mí,
cuando el desengaño vi
que todas las ha borrado.
Iba creciendo por puntos,
pero ya es fuerza morir
oyendo un hombre decir
tantos disparates juntos.

(*Retiranse de la ventana* Elvira *é* Inés.)

ESCENA XVI

El REY *y* DON ALVARO, *El* INFANTE DE ARAGÓN *y su* CRIADO, LA INFANTA DE CASTILLA, *á la ventana.*

D. ALV. Pienso que no es el Infante.

REY. ¿Quién será?

D. ALV. Pablillos es;
no me engaño.

REY. Pague, pues,
la burla de hacerse amante.

D. ALV. Loco ¿qué estás bobeando?

REY. ¡Ah! necio ¿qué estás diciendo?

(*Danle de espaldarazos.*)

PABLILL. Desos nombres no me ofendo
cuando estoy galanteando;
y agradézcanme.

D. ALV. ¿Qué, loco?

PABLILL. Que he conocido quien son.

REY. Si está la Infanta al balcón;
don Alvaro, espera un poco.

CRIADO. (*Al* Infante.) Otros llegan.

INFANTE. ¡Qué rigor!

REY. (*A la* Infanta.) Bien la música asegura
que vuestra alteza procura
hacer cielo el mirador.

INFANTA. ¿Y quién tiene ese cuidado?

REY. El Infante de Aragón.

INFANTE. (*A su* Criado.) ¿Oiste aquella razón?

CRIADO. A vuestra alteza han nombrado.

INFANTA. El Infante se podia
quietar ya con más razones,
pues que son sus pretensiones
para tratadas de día.
No con armas ni denuedo
mi inclinación vencerá:
que es mi condición, dirá,
muy fuerte; yo lo concedo;
pero ser de otra manera
me pesara, porque estoy
contenta de ver que soy
poco afable. (*Vase.*)

REY. Escucha, espera.

INFANTE. ¡Válgate Dios por mujer!
Si entro armado de Aragón
en Castilla, agravios son;
si en servir y pretender
me humillo, también te ofendes.
¡Vive Dios! que he de inquietar
á Castilla hasta alcanzar
la deidad que me defiendes. (*Vase.*)

REY. (*A* D. Alv.) Enojada fué mi hermana.

D. ALV. Cánsale el atrevimiento
del Infante.

REY. Andar intento
hasta que de la mañana
la luz vea.

ESCENA XVII

El REY, DON ALVARO, RUY LÓPEZ, *con rodela.*

RUY. Rey mio,
cuando tenga voluntad
de salir tu majestad,
aun no he perdido yo el brío
de galán y de soldado;
avíseme, pues procuro
su gusto, irá más seguro
llevándome á mí á su lado.

REY. Con calor ha entrado Mayo,
y el fresco salí á gozar:
¿siempre me habéis de buscar?
Cansada cosa es un ayo.

RUY. No, señor; como ayo no,
como vasallo y criado
te busco, que mi cuidado
á esta esfera se extendió.
Pero ya que es tarde ahora
suplícote te recojas;
porque ya sabes que enojas
á la Reina, mi señora.

REY. Ruy López, yo lo haré. (*Vase.*)

ESCENA XVIII

Ruy López y Don Alvaro.

RUY. ¡Ah! don Alvaro, escuchad [1],
que en vos á su majestad
la salida reñiré.
Sin vos el Rey no salía;
sale por salir los dos;
por si miraba sin vos:
tal es vuestra compañía.
La salud y autoridad
andando de noche pierde,
y es menester que se acuerde
de las dos su majestad.
Y ansí, aunque vos no sois viejo,
sois hombre ya de razón,
y tenéis obligación
de darle el mejor consejo.
Nieto de ilustres abuelos
nacisteis; ¿quién os iguala?
norabuena ó noramala
no causéis estos desvelos.
Al Rey seguir é imitar
es bien á vuestro linaje,
que, aunque ya barbáis, sois paje,
y os mandaré castigar. *(Vase.)*

D. ALV. Cuando tal oigo decir,
¿tengo yo mudos mis labios?
Del Rey son estos agravios;
por él los pienso sufrir.

ESCENA XIX

El Rey *y* Don Alvaro.

REY. Alvaro, ¿qué es esto?

D. ALV. Enojos
de Ruy López. Me ha reñido,
porque de noche has salido:
hame quebrado los ojos
con tus injurias aquí.

REY. ¿Cuántas fueron?

D. ALV. Cinco ó seis.

REY. Tantos estados tendréis
como sufristeis por mí,
baldones del Condestable,
que he de ser agradecido,
pues con vos, Alvaro, ha sido
mi voluntad tan notable.

D. ALV. Hacerme de nuevo puedes;
y si yo ambicioso fuera,
más agravios pretendiera
habiendo de ser mercedes.

ESCENA XX

Dichos *y* Juan García, *criado de* Ruy López.

GARCÍA. *(Ap.)* (Perdone si soy tirano,
el Condestable imprudente,
pues me dijo claramente
que soy un hombre villano.)
¿Es vuestra alteza? *(Al Rey.)*

REY. ¿Quién es?

GARCÍA. Criado del Condestable.
Permitid, señor, que os hable.

REY. Levantad.

GARCÍA. Beso tus pies.
A la Reina, mi señora
dí cuenta de una traición,
y he sentido obligación
de darla á mi Rey ahora.
El Condestable ha enviado...

REY. Mirad bien lo que decís.

GARCÍA. A su hijo don Lüis,
que es de Murcia adelantado,
un correo en que le manda
que al rey de Granada entregue
á Lorca, y antes que llegue
con esta injusta demanda,
vendrá á Madrid el correo,
porque ya han ido por él.

REY. Vedme después.

GARCÍA. *(Aparte.)* Muy crüel
ando en esto; ya lo veo:
ciego me traen mis antojos. *(Vase.)*

REY. Pues veré las cartas presto,
suspendo el crédito en esto.

ESCENA XXI

El Rey, Don Alvaro *y* Ruy López.

RUY. No hace provecho á los ojos
mi Rey, aqueste sereno.

REY. Si á los ojos hace mal,
no á la majestad real
con que traiciones condeno;
destas está el pecho lleno
de un hombre que habiendo sido
tan leal, ha pretendido
á la vejez desdorar
su buena fama y mostrar
que es traidor y mal nacido.
¿De qué sirven los blasones
que en la guerra habéis ganado,
si tan mala cuenta han dado
vuestras locas ambiciones?
De las aleves traiciones
que en vos descubro esta vez
testigo soy y soy juez.
¿No fuera mucho mejor
morir mozo, que el honor
ultrajar á la vejez?
Gracias á la noche doy
por los bienes que me ha hecho:
por ella, de vuestro pecho
conocí la maldad hoy.
Ahora sí que Rey soy,
pues conozco la engañosa
fe que en vuestra alma reposa,
traición que el pecho os abrasa:
no salgáis de vuestra casa
hasta que os mande otra cosa.

RUY. Mudo obedezco, señor,
y no quiero disputar
si me lo podéis mandar
siendo yo Gobernador.
Deme Dios, deme un dolor
tan excesivo y tan fuerte
que no se acabe, y de suerte
se atormenten mis sentidos,
que en ellos estén vencidos
los asombros de la muerte. *(Vase.)*

[1] En el ms. «esperad».

ESCENA XXII

El Rey *y* Don Alvaro.

D. Alv. Turbar hacen tus enojos,
como alientan tus mercedes.
Topando con las paredes
va Ruy López. A los ojos
les falta luz.

Rey. Los despojos
son que la traición ha dado;
que siempre turba el pecado,
y ansí no es mucho que ciegue
el que á tal bajeza llegue.

D. Alv. Sucesos son de envidiado;
él no ha hecho acción liviana;
pienso que has de arrepentirte.

Rey. Alvaro.

D. Alv. Señor.

Rey. Ceñirte
quiero la espada mañana.
Darte ha la espuela mi hermana.

D. Alv. Beso tus pies.

Rey. Gentil hombre
de mi cámara, se nombre
ya don Alvaro de Luna,
que de su grande fortuna
quiero que el mundo se asombre.

(*Vanse.*)

ESCENA XXIII

Ruy López.

¡Hola! criados; García:
¿aún no hay luces en mi cuarto?
Sombras y figuras son
de las desdichas que paso.
Reventando estoy ¿qué es esto?
Etnas en el alma traigo;
aun mi vestido me cansa,
mas ¡qué mucho, si me abraso!
¿Palabras de un niño rey
pesan tanto, pueden tanto,
que mi valor atropellan?
¿Fueron palabras ó rayos?
¿Yo sin honra, yo traidor,
y yo mala cuenta he dado
de mi honor á la vejez?
¿cómo, ó por qué; dónde, ó cuándo?
¡Ah, cielos! ¿este rigor
me guardáis? Así diez años
antes me hubiera muerto,
dichoso fuera y honrado.
¡Que siendo amable la vida,
á mí sólo me haga daño!
¿qué mucho, si era forzoso
que naciese desdichado?

ESCENA XXIV

Dicho; *y salen El* Rey *y* Don Alvaro.

D. Alv. Voces da sin luz y á escuras.

Rey. No parece gente; oigamos.

Ruy. Niño rey, ¿eres gigante?
¿Cómo de ti está temblando
quien ejércitos de moros
venció en andaluces campos?
¡Ah, fortuna! ¿de qué sirve
que en estos siglos pasados
me dieses honra y riquezas,
si de un golpe me has quitado
el honor á la vejez,
cuando suelen los ancianos
tener ya su honor seguro
y vencidos los naufragios
de la juventud ociosa?
Bien dicen que el hombre es árbol:
hojas y flores produce;
su belleza son los ramos,
sus riquezas son las flores,
compitiendo con los rayos
del Sol y los arreboles
de las nubes del ocaso
en colores y hermosura.
Sopla el cierzo, sopla el austro,
y antes de llegar el fruto,
pimpollos verdes y blancos
derriban en la campaña
verdes blasones de Mayo.
¡Ay, honor! ¡ay, vejez mía!
¡ay, hijos ausentes, tanto,
que ya verme no podréis!
líneas de la muerte paso.—
Rey de Castilla, yo llego
al tribunal recto y santo
de tu justicia; ¿por qué
me has hecho tales agravios,
que traidor me llamas? Yo
honrosos timbres he dado
á las armas de Castilla
con esta espada, este brazo;
seis batallas he vencido
y serví treinta y dos años
á tu padre y á tu abuelo;
con amor de padre y ayo
te crié, tu bien deseo:
¿en qué te ofendí? ¿qué hago?—
«Ruy López, á mí me ha dicho,
que sois traidor, y me espanto
que deis vos tan mala cuenta.»—
Rey mío, mirad que engaños
padece el hombre, y la envidia
á veces suele cansarlos.—
«Ya Ruy López he creído
lo que me han dicho, y no hallo
disculpa á vuestros errores;
estad preso, retiraos.»—
Pues apelo al Tribunal
de Dios, que es Rey soberano.—
Señor, yo vengo á jüicio;
leal soy al castellano
monarca, bien lo sabéis;
¿por qué sufro este trabajo?—
«Ruy López...—Señor, ya tiemblo,
Rey eterno, de escucharos—
¡Ojalá hubieras servido
á mi Madre y á mis santos
como al Rey: tú fueras *bueno*,
como el mundo te ha llamado!—
Señor, si los corazones
veis vos solo, y los humanos
reyes no los pueden ver,
sólo á vos, Rey justo y santo,
servir debemos los hombres.»

D. ALV. [illegible] escucharlo.
REY. Pienso que no tiene culpa.
D. ALV. Gente para con luz.
REY. Vamos. *(Vanse.)*
RUY. ¿Con quién me consolaré,
sin mis hijos y crïados?
¡Ah, Juan García! ¡ah, hijo mío!
contigo sólo descanso;
¿Dónde estás que me consueles?

ESCENA XXV

RUY LÓPEZ *y* HERRERA, *con una luz.*

HERRERA. Señor, esta luz te traigo
con recelo de enojarte,
triste de haberte escuchado.
Si yo fuera tan dichoso
que, como prudente y sabio,
te sirviera y agradara,
me echara á tus pies, rogando
que me dijeras qué tienes.
RUY. Herrera, desdichas paso.
García, quizá por verte,
á consolarme no ha entrado.
Vete allá fuera, ¡Ah, García!
(Vase retirando Herrera.*)*
Hijo, mira que te llamo;
el ánimo desfallece;
¿cómo ó por qué me desmayo?
Tengamos valor, conciencia,
pues que seguros estamos.
Mas ¿qué valor puede haber,
si en la honra me ha tocado
un rey de España? ¡Ah, García,
hijo... ¿para qué te llamo? [1]
(Vase.)

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

HERRERA *y* OTRO, *de camino.*

HERRERA.

Pues llegas á Madrid hoy, de Sevilla,
escucha, Garcerán, las novedades
de este imperio español y desta villa;
metrópoli y dosel de majestades.
Del segundo don Juan, rey de Castilla,
que del Fénix alcance las edades,
ayer se coronó la heroica frente,
ya sea con los rayos del Oriente.
Quererte yo decir la diferencia
famosa de aparato, gente y galas,
sin retórica griega ni elocuencia,
era pedir á Dédalo sus alas.
Excedió la católica prudencia
las fábulas de Júpiter y Palas,
y la historia, de espanto y gloria llena,
en metro está escribiendo Juan de Mena.
Ruy López no lo vió, mi ilustre dueño;
en su casa le tienen retirado;
asombro de Castilla, y no pequeño;
mas ¿qué ilustre varón no es envidiado?
Aquel valor altivo y zahareño
con que tuvo este reino alborotado
el Infante, ha cesado, y preso viene;
que la soberbia humana, este fin tiene.
Ese concurso popular que miras,
ese tropel confuso de la gente
que en esa plaza ves y mudo admiras,
una justa es Real y acción valiente
¡Oh, aragonés bizarro! en ella aspiras
á eternizar tu nombre eternamente.
Mantiénala don Alvaro de Luna,
mancebo á quien aplaude la fortuna.
(Ruido dentro.)
Mas ¿qué rumor es este tan violento?
Alguna novedad ha sucedido.
El Rey deciende aprisa de su asiento:
don Alvaro cayó: ¿si estará herido?
Con lástima común y sentimiento
el pueblo se alteró, que es bien querido.
Con lágrimas el Rey á verle sale:
¡oh! cuánto la virtud de un hombre vale.

ESCENA II

DICHO, *y sacan á* DON ALVARO *desmayado entre dos; el* REY, PABLILLOS *y gente desarmándole.*

REY. ¿Está muerto?
PABLILL. No, señor.
REY. Buenas albricias te mando.
Ilde las armas quitando,
no le atormente el calor.
Don Alvaro, vuelve en ti;
advierte que esa caida,
si da peligro á tu vida,
me ha de dar la muerte á mi.
Nunca yo me coronara
si me había de costar
tal disgusto, tal pesar;
nunca yo á ser Rey llegara,
pues no hay reino, no hay blasón
mayor al que quiere bien,
que estar gozando de quien
es dueño de su afición.
Si con mi pena te obligo,
esta afición galardona,
que no quiero la corona
si he de perder tal amigo.
PABLILL. Alguna vieja bellaca
de mal ojo le miró;
porque aquella que llegó
á cuarenta, no se saca
los ojos por no matar.
Si yo algún poder tuviera,
cuervo de las viejas fuera,
y aprendieran á rezar:
viejas, ni vivan ni beban.
REY. Sus pulsos sin fuerza están.
¡Ah, señor de Montalbán!
¡Ah, marqués de Santisteban!
¡Ah, duque de Atienza! ¡ah, conde
famoso de Santorcaz!
¿Oís, duque de Gormaz?—
Muerto es, pues que no responde.
PABLILL. Si es discreto y socarrón,
aunque oiga ha de estar callando,
porque le vayas llamando
con más títulos, que son

1 En el ms.: «hijo: mira que te llamo.»

pistos de sazón gustosa
que le volverán la vida.—
Yo vi estar amortecida
una dama melindrosa,
porque comprado no había
cierto coche su marido;
y él, llegándose al oído,
salmos en vano decía.
Quité al marido de allí
más triste que escura noche;
llegué y dije: «coche, coche»,
y al momento volvió en sí.

REY. ¿Amigo, amigo...? [1]

D. ALV. Señor,
¿con ese nombre queréis
darme vida?

PABLILL. *(Ap.)* Ojos ¡qué veis!
¿esta es lástima ó es amor?

REY. Castigo debió de ser,
que inobedientes contrasta;
pues diciéndote yo, «*basta*»,
volver quisiste á correr.

D. ALV. Ejemplo fué mi caída
de que, aun en burlas, es ley
que la palabra del Rey
sea siempre obedecida.
Si la vida ó muerte das
con mandarlo desa suerte,
yo aprenderé á obedecerte
sin replicarte jamás.

REY. Sángrese ahora que empieza
á alentar con priesa tanta.

PABLILL. *(Ap.)* Su mucha afición espanta.

D. ALV. Los pies beso á vuestra alteza. *(Vase.)*

PABLILL. Luego bien dice á ese intento
un doctor moderno que hay,
que en soñando uno que cay,
ha de sangrarse al momento.

ESCENA III

El REY, PABLILLOS, UN CRIADO *y luego un* ALCALDE.

CRIADO. Un alcalde quiere ver
á tu majestad.

PABLILL. ¿Alcalde?
No ha venido acá de balde:
huid, que os querrá prender.

REY. Entre y despejad.

PABLILL. Despejo,
y entre.

ALCALD. Como me mandaste,
tengo, señor, secrestados
los bienes del Condestable.
Ya trujeron el correo,
porque le alcanzaron antes
que entrase en Murcia. Estas cartas
son los despachos y el parte
que llevó.

REY. ¡Válgame Dios!
¡con qué temores las abre
la mano, que ya en el pecho
mil temores me reparte!
Carta, si no eres leal,
flecha serás penetrante,
tocada en yerba crüel,
que el corazón me traspase.
Mas ¿cómo es posible, cielos,
que en aquellas canas falte
la generosa lealtad,
timbre de su ilustre sangre?
Temerosamente leo.
¡Plega al cielo que no halle
en vez de tinta, veneno,
y en vez de letras, un áspid!

ALCALD. *(Ap.)* ¡Piadoso se muestra el Rey!
Dios muchos años le guarde.
¡Qué tristemente que lee!
Miedo me ha dado el mirarle.

REY. *(Ap.)* Esto es hecho. ¡A Dios pluguiera
que palabras semejantes
leer no hubiera podido!
¿Hay mayor traición? Alcalde.

ALCALD. Señor.

REY. Para hacer justicia
os doy mi poder bastante.
Toma esas cartas y haced
lo que importa á casos tales.
Id luego á reconocer
la casa del Condestable;
ponelde guardas en ella.

ALCALD. ¿Y al correo?

REY. Ese soltalde,
que sin duda está inocente;
que si llevaba el mensaje
sin saber á lo que iba,
¿qué culpa tiene? ¡Ah, mudable
Ruy López, que á tu vejez
tales afrentas buscaste!

ESCENA IV

EL REY, *y* DON ALVARO *con banda.*

D. ALV. Señor, á pedir me envía
en su prisión el Infante
que le vea y que te pida
licencia.

REY. ¿Ya te sangraste?

D. ALV. Sí, señor.

REY. ¿Cómo te sientes?

D. ALV. Mejor.

REY. Visítale.

D. ALV. Dasme
mil favores. Tus pies beso.
Pero, señor, tu semblante
muestra tristeza; ¿qué tienes?

REY. Alvaro, que son verdades
las sospechas de Ruy López.

D. ALV. Señor, envidiosos hacen,
tal vez, aparentes culpas.
¡Cuántos pequeños y grandes
han padecido sin culpa!
¿Aquellas canas y sangre
tan ilustres, aquel hombre
que á tu abuelo y á tu sangre
sirvió tanto, puede ser
traidor?

REY. Tu verdad le ampare.
(Vase el Rey.)

---

[1] [E]n el original falta uno de los «amigos»; pero con[sta] en el manuscrito.

ESCENA V

DON ALVARO.

Corazón, temamos esto;
sírvanos de ejemplo grave
la desdicha de Ruy López.
Mas el mismo Condestable,
«obrar bien es lo que importa»
dijo una vez; semejante
es mi parecer. Fortuna,
ó ya firme, ó ya constante,
obremos bien y subamos:
yo he de poner de mi parte
obrar bien; tú, de la tuya,
haz aquello que gustares. *(Vase.)*

ESCENA VI

RUY LÓPEZ *y* GARCÍA.

RUY. Si mi descanso deseas,
al paso que te he querido,
¿es bien que estando afligido,
ni me hables ni me veas?
Si con la ausencia me aflijo
de mis hijos, ¿cómo ansí,
viéndolos todos en ti,
(que amor te ha hecho mi hijo)
te has retirado de verme?
Ya sé que pena te doy
en el estado en que estoy;
bien sé que tu amor no duerme,
que mi mal le ha despertado;
pero en el varón constante
no ha de mostrar el semblante
la fatiga ni el cuidado.
Ten paciencia, pues que sabes
mi inocencia y mi verdad;
no te admire la crueldad,
porque en los sucesos graves
se vé el ánimo leal:
mira Juan lo que te estimo,
que yo soy el que te animo
á que no sientas mi mal.
Mas ¿qué mucho, si lo sientes
más que yo, que yo te anime,
y que tu presencia estime?
Ea, rapaz, no te ausentes,
ni te alejes más de aquí;
que el verte me ha consolado,
y teniéndote á mi lado
llueven desdichas en mí.

GARCÍA. ¿Un villano te consuela,
y es tu hijo?

RUY. Calla, necio:
no fué el decillo desprecio
de tu honrada parentela;
que espero en Dios que has de ser
cabeza de un gran linaje,
como la envidia no ultraje
mi verdad y mi poder.

GARCÍA. ¿Y puede vivir con gozo
quien ve ansí á vueseñoría?

RUY. Sí, mañana es otro día.
(Ap.) ¡Lo que me quiere este mozo!
Cuando mis bienes y males
secrestaron escondí
cierto cofrecillo allí:
traele acá y dará señales
y muestras mi grande amor
de la afición que te debo;
aunque contigo no es nuevo
ser liberal tu señor.

(Saca García *un cofrecillo.)*

Toma esta joya, García;
quizá será la postrera
que he de darte. ¡Ay, si la viera
mi hija doña María,
no la olvidara jamás!
Estímala tú, y ansí
culpa á los hados, no á mí
si ya no te diere más.

GARCÍA. Mi señor, merced es esa
que agradezco; excede y pasa...

ESCENA VII

DICHOS *y un* CRIADO, *luego un* ALCALDE.

CRIADO. Un alcalde ha entrado en casa.

RUY. Vuélvele á esconder aprisa.

(Esconde García *el cofre, y sale el* Alcalde.)

ALCALD. Dios guarde á vueseñoría.

RUY. Señor alcalde, en buen hora
á esta casa venga.

GARCÍA. *(Ap.)* Agora
ha de conocer que es mía
la causa de su prisión.
Retirarme me conviene,
que, aunque es viejo, valor tiene
y le ayuda la razón.

ALCALD. *(A* García.) Dejadnos solos.

GARCÍA. Sí haré. *(Vase).*

ESCENA VIII

RUY LÓPEZ, *y el* ALCALDE. *Luego un* CRIADO.

ALCALD. Vueseñoría dé licencia
para cierta diligencia.

RUY. No es menester que la dé;
ya la dió el Rey, mi señor,
dueño feliz de Castilla.

(Quiérese el Alcalde *sentar en la silla del dosel y vala á volver.)*

Señor alcalde, esa silla
es una silla de honor;
mi casa la reservó;
no la vuelva, ni use della.
Reyes se han sentado en ella,
pero ricos hombres no;
cuanto y más hidalgos. Hola:
traed en que esté sentado
aquí el señor licenciado.

ALCALD. *(Ap.)* La vanidad española
murmuran los extranjeros.
¡En qué punto se entremete!

(Sale un Criado *con un taburete.)*

CRIADO. Aqui está ya un taburete.

ALCALD. Ministros y caballeros
estimados han de ser
de un modo y sin excesión;
padres de la patria son.
Señor Condestable, ayer

érades, por hado incierto,
Gobernador de Castilla,
ni me dábades la silla,
ni yo os hablaba cubierto.
Trocó fortuna esta vez
el tiempo, como mudable;
ya soy más que Condestable,
pues que soy vuestro jüez.
La diferencia de asiento
no es justo; otro mando es hoy:
no soy alcalde, rey soy,
pues su poder represento.

RUY. Tanto respeto este nombre,
que me confieso rendido.
Mucha razón ha tenido;
que el que es justicia no es hombre
como los demás, rey es
ó imagen suya, y ansí
quita ese siento de ahí,
que ya quiero que le des
aquella silla, y concluya,
pues sus acciones son leyes;
y donde se sientan reyes
siéntese la imagen suya.

ALCALD. La prudencia y cortesía
son, sin poderlo encubrir,
diamantes que han de lucir.
Dígame vueseñoría
qué enemigos tiene.

RUY. ¿Yo?
Ningunos puedo tener,
porque jamás mi poder
á los ricos se atrevió,
ni á los pobres; ¿pues á quién?
Siempre recto y siempre igual,
á los unos no hice mal,
y á los otros hice bien.
Que el hombre de bien, el día
que agradando al enemigo
le ganó para su amigo,
hizo rica granjería.
El ejemplo en Dios se ve,
si esto manda hacer mayor,
cuando gana un pecador
que antes su enemigo fué.

ALCALD. No conocerlo podría
dañar en esta ocasión.
¿Cuyas estas firmas son?

RUY. Una y otra es firma mía.

ALCALD. Reconozca bien.

RUY. No crea
que las tengo de negar
volviéndolas á mirar;
ambas son mis firmas.

ALCALD. *(Dándole los pliegos.)* Lea.

RUY. *(Lee.)* «Hijo don Luis: luego que viereis esta, entregad la ciudad de Lorca al rey de Granada, y sea de suerte que se entienda que se perdió acaso y no la entregásteis.»
¡Válgame Dios! ¿Cómo acierto
á decir tales razones,
y leyendo estos renglones
en piedra no me convierto?
¿Cómo no me caigo muerto
mirando á visión tan fea?
¡Que haya un hombre que esto vea,
y que pueda estar ansí!
¡Que me llamen *bueno* á mí,
y vivo esta carta lea!—
Ruy Lopez, ¿con el veneno
destas razones vivís?
Mentís, Ruy López, mentís,
ni sois Avalos, ni *el Bueno*.
¿Para cuándo guarda un trueno
con un relámpago fuerte
el vapor que se convierte
en nube luna de Mayo?
¿Para cuándo guarda un rayo...?
¡Agora, agora la muerte!
(Lee el otro pliego.) «Poderoso rey de Granada: para cumplir con vuestra majestad, he escrito al adelantado de Murcia, mi hijo, que os entregue á Lorca. Harálo al punto, y cumpla vuestra majestad lo que ha prometido.»
Si haber no puede otro mal
tan espantoso y tan fiero,
y con este mal no muero,
debo de ser inmortal.
¿Qué demonio escribió tal?
¿Es acción de Juan García?
¿Cómo, si la culpa es mía,
á Cristo parezco yo,
que, siendo Dios, le vendió
el que en su plato comía?
¿Cómo no es mi corazón
vengativo ni crüel?
Más me ha pesado por él
que por mí de su traición.
Estas las fábulas son
del villano que vió helado
el áspid, y le ha abrigado
para su mal en el pecho:
áspid fué, lo mismo ha hecho;
áspid fué, mas no pisado.—
Muévate tanto dolor,
García, di la verdad:
pero ¿cuándo hubo piedad
en el pecho de un traidor?
¿Así se paga un amor?
¡Ah, cielos! Tomad ahí
cartas que yo no escribí,
cartas que yo he de llorar,
cartas que me han de costar
la vida y honra: ¡ay de mí!

ALCALD. Cuando entraba vi esconder
mesa ó escritorio allí.
Perdonad, señor, que ansí
mi oficio debo hacer.
(Ap.) (Sus joyas deben de ser).

(Vase el Alcalde.*)*

ESCENA IX

RUY.

¿Cuándo hallará el alma mía
consuelo en tanta agonía?
Dentro de mí me he perdido.—
García, ¿en qué te he ofendido?
¿Qué mal te he hecho, García?
¡Oh, quién al traidor cogiera

y la vida le acabara!
¡Oh, villano!
¿Esto di,e? No lo hiciera;
que el azote á Dios quitara,
de su mano.
No en balde fué mi enemigo:
Dios castiga mi pecado.
Instrumento
fué el traidor de mi castigo;
aplaque á Dios enojado
mi tormento.
Yo vine en mi juventud
con mi capa y con mi espada
á palacio;
dióme dicha la virtud,
subí á gran señor de nada,
bien despacio.
Cuarenta años he vivido
con dicha y honra infinita,
y aunque apriesa,
destas pompas he caído,
si Dios las da y las quita,
no me pesa.
Al ataud y á la cuna
una misma forma dimos:
nuestra muerte
fué línea de la fortuna:
¡qué mucho! Todos nacimos
de una suerte.

ESCENA X

RUY LÓPEZ *y* HERRERA.

HERRERA. Aunque no quieras, señor,
he de arrojarme á tus pies;
perdone esta vez mi enojo,
y mi respeto también.
Cuando á un hombre como tú
llegan, señor, á prender,
¡bien fundada está la culpa!
¡bien informado está el Rey!
Bien sé que tu gran virtud
en Castilla un fénix es;
bien sé que eres inculpable,
tu virtud y tu honor sé;
mas si envidiosos han hecho
que zozobre tu bajel
en las Indias de palacio,
salvar las vidas es bien.
Huye, que el rey de Aragón
dará amparo á tu vejez;
tu inocencia será sol,
nubes deshará después.
RUY. Herrera ¿tal me aconsejas?
pues si yo me ausento ¿quién
volverá por mi honra?
HERRERA. Yo,
que tu esclavo pienso ser.
Mi hacienda vendí, señor,
cuando secrestar miré
la tuya. Diez mil escudos
tengo agora en mi poder
en una cama escondidos;
lleva para ti los seis
á Aragón; ya van delante.
Con los cuatro pleitearé
hasta defender tu honra,
y Castilla ha de saber
que Ruy López es leal.
RUY. Y que tú lo eres también.
¡Ay, hijo del alma mía!
ya conozco que pequé,
no contra el Rey, contra ti;
pues á un villano crüel
quise más.
HERRERA. Un buen caballo,
fuerte de manos y pies,
te está aguardando; camina.
RUY. ¡Qué mal me puedo mover!
Como no estoy enseñado
á huir...
HERRERA. Pues yo seré
Eneas de un nuevo Anquises.
RUY. ¡Ah, doctísimo marqués
de Villena! bien dijiste;
los dos ejemplos se ven
de traición y lealtad.
Páguete Dios tanto bien. *(Vanse.)*

ESCENA XI

El REY DON JUAN *y* DON ALVARO.

D. ALV. Vi al Infante, y aunque espera
que venga el Rey de Aragón
á sacarle de prisión
con guerra ó paz, no quisiera
la libertad de ese modo;
sólo servirte pretende.
De tu aliento y voz depende;
ya está arrepentido, y todo
se rinde á tu voluntad
para que su dueño seas.
Señor, si quietud deseas,
cásele tu majestad;
cásese ya norabuena
con la Infanta, mi señora,
cuyo dote será agora
el estado de Villena.
REY. ¿Qué rodea tu quimera?
Alvaro, ¿no has conocido
que es el Infante atrevido?
Y aunque casado pudiera
sosegar de su valor
el ímpetu fervoroso,
siendo de la Infanta esposo
temo que ha de ser peor.
D. ALV. No te quiero responder.
La mano te beso y callo:
la obediencia del vasallo
es callar y obedecer.

ESCENA XII

DICHOS, *y* PABLILLOS *con el cofrecillo.*

PABLILL. ¿Qué joyas son las que tiene
un cofrecillo cerrado,
que con él me habéis cargado?
REY. ¿Viene la Infanta?
PABLILL. Ya viene.
REY. Ruy López las recataba:
sin duda que joyas son
de estima.

D. ALV. (*Aparte.*) (¡Que á tal varón
fortuna este fin guardaba!)
¿Has visto lo que hay en el?
REY. Agora lo romperán
y lo veremos.
D. ALV. (*Aparte.*) (Ya están
sus riquezas contra él.)

ESCENA XIII

DICHOS, *la* INFANTA, DOÑA ELVIRA *é* INÉS.

INFANTA. Vengo con gran compasión.
Pésame de haber sabido
que el Condestable se ha ido.
REY. ¿A dónde?
INFANTA. Diz que á Aragón.
D. ALV. ¡Aquel viejo venerable
culpado en esto se ve!
REY. Si el Condestable se fué
¿quién será mi Condestable?
PABLILL. Yo, señor.
REY. Ya de un tirano
que me quería vender,
libre me he venido á ver.
Ruy López, el castellano,
que tal traición cometió,
por justo derecho y ley
en desgracia de su rey
por sus delitos cayó.
De sus estados y hacienda
le despojo, á otros se den
que lo merezcan más bien;
y porque el dueño se entienda,
don Alvaro sólo hereda
los que en este papel van.
D. ALV. (*Lee.*) «De don Alvaro serán
Arcos, Arjona, Maqueda,
la adüana de Sevilla;
es conde, duque y marqués
de estos tres estados, y es
Condestable de Castilla.»
D.ª ELV. Inés, darme el parabién
de estos estados bien puedes.
D. ALV. Los cielos á tus mercedes
agradecimiento den.
¡Ah! desde la edad suprema
de aquel ave generosa,
que plumas de nieve y rosa
en ascuas de mirra quema;
la que cuna y tumba hace
donde acaba y eterniza,
pues gusano, ave y ceniza,
muere, expira, vive y nace.
Pero, señor, yo no quiero
que las llamen ambiciones;
deja que gane blasones,
deja servirte primero.
En la guerra peleando,
ya venciendo, ya muriendo,
honras iré mereciendo,
mercedes iré ganando;
porque no escriban de mí
apasionadas historias
que sin sangre y sin victorias
tus favores recibí.
PABLILL. Aceta, bárbaro, aceta,
que es mucha descortesía.
D.ª ELV. (*Ap.*) ¡Oh, qué vana bizarría!
INFANTA. (*Ap.*) Acción gallarda y discreta.
REY. Ya que mercedes no quieres
sin que las ganes primero,
darte ese gusto quiero,
pues todo lo que soy eres.
¿Qué más fineza ha de ser
el desearte yo dar
que el pretender y estorbar
tú mi largueza y poder?
PABLILL. Basta, señor, las que llamas
finezas, y éste rompamos.

(*Por el cofre.*)

REY. Sí, abrir puedes, repartamos
las joyas entre las damas.
Para mi hermana ha de ser
la que sacáremos antes.

(*Abren el cofre y sacan una disciplina.*)

PABLILL. ¡Lindo ramal de diamantes!
¿Monja la queréis hacer?
REY. Para doña Elvira quiero
una joya.
PABLILL. (*Saca un cilicio.*) Y sea de fama.
¡Lindo moño para dama
de palacio! Lisonjero
es el señor cofrecillo.
¡Qué donosas bujerías
para estas señoras mías!
¡Caprichoso cabestrillo!
Su nombre ilustre no pierda.
Portocarrero ha de ser:
¿por qué la queréis hacer
doña Elvira de la Cerda?

(*Saca una mortaja del cofre.*)

REY. Que esta es mortaja imagino.
INFANTA. Joyas son estas de nombre.
REY. ¡Que esto tuviese tal hombre!
PABLILL. Entierro del Saladino
es este repartimiento
de joyas.
D.ª ELV. Todas son tales.
REY. ¿Qué son esos?
D. ALV. (*Lee.*) Memoriales
de pobres.
REY. Lástima siento:
cartas que yo le escribí
cuando en la guerra asistía
son estas; la letra es mía.
¡Don Alvaro, estoy sin mí!
D. ALV. ¿Pudo tener tal intento
quien puso en esto cuidados?
REY. (*Lee.*) «Memoriales de soldados:
mandas de mi testamento.»
«A mi hija doña María
aquestas joyas le dejo,
porque le sirvan de espejo
en que verse cada día.»—
Estoy en llanto deshecho
viendo caso tan extraño.
Don Alvaro, aquí hay engaño.
D. ALV. Este secretario ha hecho
sin duda alguna traición,
y mal por bien ha pagado.

ESCENA XIV

DICHOS *y un* CRIADO.

CRIADO. Señor, en Castilla ha entrado
Alfonso, rey de Aragón:
á librar su hermano viene
con armas y gente.
REY. Vamos,
porque al paso le salgamos.
(*Ap.*) (Sin mí este caso me tiene.)
(*Vanse.*)

ESCENA XV

DON ALFONSO, *rey de Aragón*, SOLDADOS. *Luego* RUY LÓPEZ.

DON ALFONSO.

Suenen cajas de guerra,
ya que pisamos enemiga tierra,
y sepa el de Castilla
que Alfonso el de Aragón tiene cuchilla,
cuyo luciente acero
al Africa venció y tembló primero.
El Infante, mi hermano,
saldrá de la prisión hoy por mi mano.

RUY LÓPEZ.

Rey de las islas deste mar Tirreno:
rey don Alfonso de Aragón, atiende
á un varón infeliz de agravios lleno,
que agonizando, tu favor pretende.
Este, de cuyo rostro al campo ameno
un arroyo de lágrimas deciende,
ayer... ¡Ay, qué vejez sin culpa alguna,
espectáculo vil de la fortuna!
Esta espada que ahora es simple ornato;
báculo y compañía destas canas,
asombro fué del bélico aparato
de las huestes inglesas y africanas.
Por persuasión artera de un ingrato
caí de las esferas soberanas
á los senos profundos del abismo;
que toda esta distancia hay de mí mismo.
Por extranjeros reinos peregrino,
Belisario español, aunque inocente,
me lleva á la vejez ¡fuerte destino!
enojo de mi rey, y rey prudente.
El Condestable de Castilla vino
huyendo, á tu valor, joven valiente;
á nuevo rey, á nuevo sol renace
el que á tus plantas generosas yace.

ALFONSO. Ruy López, el castellano;
Condestable, levantad;
que hombre que llaman *el bueno*
en la tierra no ha de estar:
en mis brazos sí.
RUY. Señor,
¿pues vos mismo os humilláis
para levantarme á mí?
D. ALF. Dichoso me han de llamar
de ser vos tan desdichado,
pues ya es fuerza que viváis
en mi reino; y ¡vive Dios!
(jurélo): no ha de faltar,
que no volváis á Castilla,
aunque el Rey, como leal,
y buen caballero, quiera
haceros mercedes. Ya
Nápoles ha de ser hoy,
la gentil, quien os dará
los títulos que en Castilla
injustamente dejáis.
RUY. Dichosa fué mi desdicha:
no es perder, sino medrar
el huir al rey Alfonso
del enojo de don Juan.

ESCENA XVI

DICHOS *y* HERRERA.

HERRERA. Dame albricias, dueño mío,
el bueno, el santo, el leal,
el que Castilla perdía,
por sus pecados quizá.
RUY. Pues amigo ¿qué hay de nuevo?
HERRERA. Salí con el pleito ya.
La sentencia es esta: toma,
que no quebró la verdad.
RUY. (*Lee.*) «Vistos los méritos y autos deste proceso, fallamos que debemos absolver y dar por libre de la culpa que se imputaba á don Ruy López de Avalos, *el Bueno*, Condestable de Castilla, y le declaramos por leal y felicísimo vasallo del Rey, nuestro señor. Y así mismo debemos condenar y condenamos á Juan García, su secretario, á ahorcar; y hacer cuartos, por autor de la falsedad y traición.»

Tres sentimientos á un tiempo,
tres afectos en mí están
peleando por salir,
y hallando dificultad
por competir y ser grandes.
El primero es de abrazar
al que es padre de mi honra:
el segundo es la piedad
del cuitadillo que muere
con afrenta y pena tal,
y el gozo de verme honrado.
Pero ingrato no seáis,
corazón; salga primero
el afecto natural
del amor que te he debido.
Hijo, abrázame, que ya
mi amor te engendra en mis brazos;
mi hijo te has de llamar:
¿qué fuera de mí sin éste,
gran señor?
D. ALF. Yo he de premiar
su lealtad.
HERRERA. Yo he de servirte.

ESCENA XVII

DICHOS, *un* CRIADO. *Luego el* REY DON JUAN *con su hermana y el* INFANTE DE ARAGÓN.

CRIADO. Mucha luz y majestad
en pocos años, te busca:
el segundo rey don Juan,

con su hermana y el Infante
ha llegado.

(*Salen todos.*)

REY DE C. Aquí nos trae,
buscando, rey de Aragón,
el amor, vuestra amistad.

D. ALF. A mí el amor de mis primos.

REY DE C. Yo, primo, vengo de paz.

D. ALF. Yo también sólo á pedille
la mano á tu majestad
y á su alteza.

INFANTA. Bien venido
hoy á Castilla seáis.

D. ALF. Don Enrique. (*A su hermano.*)

INFANTA. Mi señor.

D. ALF. Con tan dulce libertad
¿qué prisión no ha sido libre?

RUY. No sé si osaré llegar
á los pies de mi buen rey.

REY DE C. ¡Oh, Ruy López! ¿aquí estáis?

RUY. Señor, temí... no temí...
Llegué á pensar... no á pensar...
Turbado estoy de miraros:
tenéis un sol en la faz.

D. ALF. Yo, primo, para mis reinos,
tenía necesidad
de un consejero prudente,
de un famoso capitán:
la fortuna me ha traído
á Ruy López.

REY DE C. Libre está,
y así volverá conmigo.

D. ALF. Perdone tu majestad;
juré de nunca dejarle.

REY DE C. ¿Y sus estados?

D. ALF. Ya están
repartidos ¿quién lo duda?
y será dificultad
quitarlos á quien se dieron.
Tantos títulos tendrá
en mi reino.

REY DE C. Desa suerte
no ha sido más de trocar
las suertes, pues de Castilla
á Ruy López os lleváis,
y á mí me deja Aragón
al hombre más singular,
á don Alvaro de Luna,
en quien España verá
que solamente el ser rey
conmigo le ha de faltar.

D. ALF. Yo estimaré esta vejez.

REY DE C. Yo estimo esta mocedad.

D. ALF. Ruy López merece mucho.

REY DE C. Y este ha despreciado más.

D. ALF. Avalos tendrá mi reino.

REY DE C. Lunas, Castilla, tendrá.

D. ALF. Familias serán ilustres.

REY DE C. Pues desa manera, en paz
todo queda. Doña Elvira,
mañana se casará
con don Alvaro, y mi hermana
al Infante le ha de dar
la mano, pues della ha sido
tan cortesano galán,
y el ducado de Trujillo
para dote se le da.

INFANTE. Sólo ese título ahora
en arras debo aceptar.

REY. Aquí se queda suspensa
esta historia, por dudar
si hasta la segunda parte
nuestras faltas perdonáis.

SEGUNDA PARTE

ADVERSA FORTUNA DE DON ÁLVARO DE LUNA

COMEDIA FAMOSA POR EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

Representóla Valdés.

PERSONAS

El rey D. Juan de Castilla.
La reina, *su mujer.*
El Infante de Aragón.
La Infanta de Castilla.
D. Alvaro de Luna.
D.ª Juana Pimentel, *dama.*
Grandes.
El Conde de Benavente.
Juan de Silva.
Zúñiga.
Robles.
Vivero.
Un portugués.
Dos ciudadanos.
Un alcaide.
Un secretario.
Linterna, *gracioso.*
Moralicos, *criado.*
Soldados.
Cazadores.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Salen dos Ciudadanos.

Ciud. 1.º Seas, Nuño, bien llegado,
á los reinos de Castilla,
de los peligros de Oriente,
de aquellas gentiles islas
del mar Tirreno. Después
que, capitán en Sicilia,
dejaste á España, no tienen
el estado que solían
las cosas. El Rey es hombre;
á empresas grandes se inclina.
Niño le dejaste, y ya
conocerle no podrías
á verle sin majestad,
y la diferencia misma
en don Alvaro hallarás.
Otro es ya; mas tanto priva
con el Rey como merece:
consérvele Dios la dicha.
Viudo está, ya lo sabrás;
que murió doña Mencía
Portocarrero, que fué
del señor de Moguer hija.
El Rey, en fin, como sabes,
casó con doña María,
hija del rey de Aragón,
y las bodas en Medina
se celebraron; y ahora
esa grandeza que miras,
ese espanto de los hombres,
esa pompa y bizarría,
ese concurso que ves
en San Pablo, es que bautizan
al príncipe don Enrique,
que en las amenas orillas
de Pisuerga le ha nacido
deste matrimonio. Digan
los críticos las señales
con que los cielos avisan
revoluciones y aumentos
desta feliz monarquía.
Tres padrinos, tres señores
han de sacarle de pila.
Don Alonso Enríquez es
uno dellos; sangre antigua
del mismo Rey, gran señor
y Almirante de Castilla.
El Adelantado es otro;
ya sabes que se apellida
Sandoval, y Diego Gómez
ordinariamente firma.
Es don Alvaro de Luna
el tercero: no adivinan
a este propósito mal
políticos estadistas.

Dicen que los dos oficios
á don Enrique apadrinan,
y falta el de Condestable,
que quedó de las rüinas
de Ruy López, y que ahora
querrá el Rey que se le pida
don Alvaro, porque ansí
en este bautismo sirvan
los tres oficios que son,
(ya, Nuño, tienes noticia)
Almirante, Condestable,
y Adelantado. La grita
y aclamaciones del vulgo
parece que nos avisan
que salen ya de la iglesia.
Á esta parte te retira,
ó acompañemos también
la soberana familia
del Rey, para ver después
lo que tanto nos admira.

ESCENA II

Sale el Condestable Don Alvaro de Luna *con el niño; dos teniéndole la banda en que le lleva; toda la compañía y damas; y sale el* Rey *al encuentro. Después* Linterna.

Rey.

¿Cómo traéis al Príncipe?

Don Alvaro.

Cristiano,
del gremio de la Iglesia, y con la risa,
(como el alma es aliento soberano),
su oculto regocijo nos avisa:
tal, en florido Abril, clavel temprano
muestra, rasgando la sutil camisa,
en las hojas que son esfera breve,
unas listas de sangre, otras de nieve.
Cuando el desnudo Infante se miraba
con un ceño arrugar la hermosa frente,
de lágrimas los ojos coronaba,
mayorazgo de Adam inobediente;
y apenas del primer borrón se lava
cuando, puesto el capillo transparente,
alado serafín nos parecía
que del trono de Dios se desasía.
Por edades se cuente, y no por años
su dichoso vivir y tú le veas
conquistando los reinos más extraños,
gallardo Anquises deste nuevo Eneas.
No atienda á los mortales desengaños,
entre las garras pálidas y feas
de la muerte, hasta ver como retrata
la prudente vejez hebras de plata.
Alégrete de ver que excede y pasa
su edad á la del Fénix matizado
que en árabes aromas hechas brasa,
su cuna y su sepulcro ha fabricado.
En ésta, ya del sol célebre casa,
de tus nietos te mires adornado,
que con esto, señor, parecerías
al año con sus meses y sus días.
En tus armas coloque la Granada
más hermosa del mundo Enrique, y sea
quien aquella república cerrada
con flor de nácar en su escudo vea,
que agora, de turbantes coronada,
su pálida corteza abrir desea,
mostrando por rubíes y hermosos granos
racimos de valientes castellanos.
Este pimpollo de tu ilustre copa
á Castilla dilate los extremos;
piélagos surque en atrevida popa
cuantos ocultos á los tiempos vemos,
y revienten los límites de Europa
hasta que en Asia la mayor llamemos,
á pesar de los bárbaros alfanjes,
Guadalquivir al Tigris, Tajo al Ganges.

Rey. Denle el tiempo y la fortuna
esa edad y ese trofeo,
que yo mismo lo deseo,
á don Alvaro de Luna.
Si el gran Filipo decía,
cuando Alejandro nació,
que el cielo dicha le dió,
porque en el tiempo nacía
de Aristóteles, y diestro
en la virtud peregrina,
bebería la doctrina
de tan divino maestro,
lo mismo digo, que un rayo
será el Príncipe temido,
pues en el tiempo ha nacido
que os podrá tener por ayo.

D. Alv. Á tanta satisfacción
el alma se rinde ya.

Rey. Condestable, bueno está.

D. Alv. Esas palabras no son,
señor, las que os he pedido.
¿Nuestro concierto, qué fué?
¿Condestable yo; por qué,
si á los moros no he vencido?

Rey. Esa modestia es bizarra,
como lo fué esa cuchilla
que retiró de Castilla
las banderas de Navarra.
Mayor victoria es vencer
un rey cristiano que un moro:
vuestros méritos no ignoro.
Si bautizó el Canciller
á don Enrique, es razón
que le hayan apadrinado
Almirante, Adelantado
y Condestable, que son
los cuatro oficios supremos
de Castilla. Condestable,
vuestra modestia no hable,
y porque os cansáis, andemos.

(Van pasando.)

Lintern. No ande más, gran señor,
deténgase, que no es río:
atrevimiento es el mío,
pero discúlpale amor.
Los sabios debemos ser
audaces con cortesía.
Yo soy de la Astrología
el primer hombre, el primer
conocedor de los cielos,
un signo soy desatado
del Zodïaco arrojado
por trópicos, paralelos,

rumbos, climas, epiciclos,
polos, astros, horoscopos,
garamantos y galopos,
horizontes y ericiclos.
Mi fama ha de ser eterna;
luz y guía soy del hombre,
y por aquesto es mi nombre
el licenciado Linterna.
He sido levantador
deste admirable portento,
al dichoso nacimiento
del Príncipe, mi señor;
verás en esta figura
cuánto le ha de suceder.

REY. Emulo no debe ser
de su Criador la criatura.
Lo que Dios ha dedicado
para sí, no ha de inquirir
el hombre, ni debe oir
el próvido y recatado
los sucesos que revela
la judiciaria. Si son
adversos, dan aflicción,
su noticia desconsuela,
si son prósperos nos dan
vanagloria y confianza,
y si después hay mudanza
en los casos y no van
sucediendo de ese modo,
más nos afligen, y ansí
nunca esas figuras vi:
sólo Dios lo sabe todo.
(Rompe el papel.)
Ningún pronóstico leo,
ni tengo noticia dél,
mas aunque rompí el papel,
tomad por el buen deseo.
(Dale una cadena.)

LINTERN. Vivas más que el que no muere,
Fénix raro; mas no es justo
adivinar sin tu gusto;
vivas lo que Dios quisiere.
Y el Príncipe que ha nacido;
porque España un César vea,
viva, señor, viva, y sea
lo que Dios fuere servido.
(Vanse todos, y queda Linterna.*)*

ESCENA III

LINTERNA.

Aquí, que nadie me ve,
¿dónde está la ciencia mía,
embustera Astrología,
que yo palabra no sé?
Que no es nuevo, en mi conciencia,
este modo de engañar:
¡linda cosa es el hablar
con ánimo y desvergüenza!

ESCENA IV

LINTERNA y ROBLES.

ROBLES. Señor astrólogo.
LINTERN. ¿Pues
ser astrólogo es ser loco?
ROBLES. Manda que le espere un poco
el Condestable.
LINTERN. ¿Quién es?
ROBLES. Don Alvaro, mi señor.
LINTERN. ¿Desde cuando?
ROBLES. Desde ahora.
LINTERN. Es muy dichosa esta hora,
que está en la Ursa Mayor. [1]
Nadir y Cenit están
en oposición del Can
junto al luminar Triurno.
Yo me acuerdo y muy ahina
cuando no era Condestable.
ROBLES. ¡Linda memoria!
LINTERN. Notable.
Tomé la jacarandina.
ROBLES. La anacardina dirá.
LINTERN. Todo lo tomo. ¿Es dador,
don Alvaro, mi señor?
ROBLES. Ya ha venido, y lo sabrá.

ESCENA V

DICHOS y DON ALVARO.

D. ALV. Licenciado, ¿se acordó
de alzar aquella figura
que le dije?
LINTERN. ¡Qué locura!
no preguntara más yo.
Pues estóime aquí acordando
cosas que espantan, y ¿había
de olvidar lo que vusía
tanto me está suplicando?
El año de cuatrocientos,
que nació dichosamente,
tenía por ascendente
dos planetas turbulentos,
Marte y Venus. Cada uno
por horóscopo tenía
á Mercurio y á su tía:
(ya se sabe que ésta es Juno.)
Mirando estaba de trino
Júpiter á los Tritones;
y haciendo las direcciones,
lo que juzgo y adivino
es que tiene la fortuna
de hacer sucesos notables
con todos los Condestables
dichos Alvaros de Luna.
Con desdichas y embarazos
todos aquellos á quien
hará en este mundo bien,
le serán ingratonazos.
Dichoso en guerras será;
vencerá vueseñoría
tres batallas en un día;
treinta títulos tendrá.
Vivirá contento y falso
con la fortuna en Madrid,
Toledo y Valladolid.
D. ALV. ¿Y moriré?
LINTERN. En cadahalso.
D. ALV. Un lugar junto á Toledo.
Vive Dios, que no he de entrar
jamás en ese lugar,
pues vivir sin verle puedo.

---

1 Falta aquí un verso en el original.

LINTERN. Y con aqueso podrá
ser un Juan de Espera en Dios;
vivirá un siglo, y aun dos;
Fénix barbado será.

D. ALV. ¿Quieres servirme?

LINTERN. Sí, haré.

D. ALV. (*Ap.*) (Me agrada su buen humor.)
Hernando de Robles, mira.

ROBLES. ¿Qué me mandas?

D. ALV. Quien aspira
á medrar con mi favor,
una cosa ha de observar
solamente.

ROBLES. Di cual es.

D. ALV. Oye primero, y después
lo sabrás. De tu lugar
te he sacado y te he traído
á mi servicio. Hoy estás
en el del Rey, porque vas,
de mi amor favorecido,
medrando más cada día,
sin ser hombre principal.
Tesorero general
eres ya.

ROBLES. Ponga vusía
dos hierros en esta frente,
porque debo ser su esclavo.

D. ALV. Esa modestia te alabo:
lo que quiero solamente
es que agradecido seas,
porque me han pronosticado
muchos el ser desdichado
haciendo bien.

ROBLES. No lo creas;
y menos de mí, señor.
Lo que ese astrólogo ha dicho
es locura, es un capricho
procedido de su humor.

D. ALV. Ve á besar la mano al Rey
por la merced, que él lo quiere.

ROBLES. ¡Mal haya aquel que te fuere
criado de mala ley;
la fortuna le derribe;
muera preso en buen estado!

D. ALV. Solamente es desdichado
el que mal por bien recibe.—
¿Oyes, Vivero?

ESCENA VI

DON ALVARO, LINTERNA y VIVERO.

VIVERO. Señor.

D. ALV. También vivís en mi pecho.
Su Majestad os ha hecho
ya su Contador mayor.

VIVERO. Alejandro aragonés;
nuevo César, nuevo Eneas,
católico Numa, veas
tiempo y fortuna á tus pies.

D. ALV. Esas lisonjas no os pido;
mayores puestos espero
que habéis de tener, Vivero;
solo os quiero agradecido.

VIVERO. Muera, señor, despeñado
de un monte ó de algún balcón
el ingrato corazón
que el beneficio ha olvidado.

D. ALV. Hablad al rey, besad hoy
su mano.

VIVERO. Tuyo seré.

D. ALV. Vete á casa tú.

LINTERN. Sí, haré;
á mudar de traje voy,
porque espero ser ansí
presto tu enemigo fiero:
quise decirte que espero
recibir merced de ti.

D. ALV. Te firmarás Licenciado
con espada.

LINTERN. ¡Qué advertido!
¿Yo he de firmar lo que he sido,
y he de hacer lo que un soldado
alférez en Aragón?
Ordenóse y cura era,
y daba desta manera
cédulas de confesión:
«Ha confesado este día
conmigo el señor Tomé,
y por esto lo firmé,
el alférez Luis García.»
Decir en mi tierra oí
otra graciosa locura.
Dijéronme que otro cura
las cédulas daba ansí:
«Ha confesado conmigo
el regidor don Gaspar,
y por no saber firmar,
lo firmó por mí un testigo.» (*Vase.*)

ESCENA VII

DON ALVARO.

Mi ambición es solamente
hacer bien. ¿Qué verde planta
sobre los campos levanta
verde rama, altiva frente,
que no brinde en los caminos
á su sombra y á sus flores,
albergue de ruiseñores,
descanso de peregrinos?
No seáis sólo para vos,
Alvaro, en dichas seguras,
porque esto de hacer hechuras
tiene un no sé qué de Dios.
La Infanta viene hacia aquí:
me retiro. Y doña Juana,
la que aurora soberana
es del cielo para mí,
la acompaña. ¡Ay, dulce amor!
¡poderoso imperio alcanzas!
Entre guerras y privanzas
no me deja tu rigor.

ESCENA VIII

DON ALVARO, *un poco retirado; salen la* INFANTA y DOÑA JUANA.

INFANTA. Doña Juana Pimentel,
deste mal me han avisado:
mira si tendré cuidado;

tú me puedes sacar dél.
Habla al Condestable, amiga;
favor será no pequeño,
que es el Infante mi dueño,
y á tales ansias me obliga.
Sólo don Alvaro puede
sacarme deste pesar.
Vesle aquí, daré lugar
para que le hables. Quede
con los dos mi gran dolor
para que lástima os dé. *(Vase.)*

JUANA. A tu alteza serviré
como debo. *(Ap.)* (Calla, amor;
disimula, niño Dios,
si en mí pretendes creer,
porque en dándote á entender
somos perdidos los dos.
Si hablas en esta ocasión
me darás, amor, enojos:
no te asomes á los ojos,
vive allá en el corazón.) —
Don Alvaro...

D. ALV. Apenas creo
que en tu voz mi nombre oí.

JUANA. ¿Eso es imposible?

D. ALV. Sí,
tanto como mi deseo.

JUANA. A su alteza le dijeron
que al Infante de Aragón
previenen una traición
hombres que mal le quisieron,
que como el Infante mueve
nuevas guerras en Castilla,
no pienso que es maravilla
si á él el engaño se atreve.
Dicen que á caza ha salido,
y aunque el Rey lo haya mandado,
sacadnos deste cuidado,
don Alvaro, yo os lo pido.—
¿Dónde vais sin responder?
Volved acá, Condestable:
dadme lugar á que os hable.

D. ALV. ¿Dónde he de ir? A obedecer
órdenes que á mí me da:
gustos de vueseñoría
no admiten réplica. Mía
es tanta la causa ya,
que aunque es gloria estar oyendo
tu deidad y estar mirando,
lo que el alma estima amando,
quiero más, obedeciendo,
ausentarme y ser despojos
de esa dicha; porque es justo
que me ausente vuestro gusto
de la gloria de mis ojos.

JUANA. Impedid una traición,
y á la Infanta este pesar.

D. ALV. ¡Qué bueno fuera llevar
para esta empresa un listón
verde de un pecho cruel!

JUANA. Y su alteza no da cuenta
desto al Rey, por si él intenta...

D. ALV. Fuera para mi laurel
el verde listón, que diera
envidia á Césares.

JUANA. Yo
pienso que él no lo mandó.

D. ALV. La misma fortuna fuera
y fuera abismo de glorias.

JUANA. En Castilla no es razón
matar á Enrique á traición.

D. ALV. Yo porfío. Dos historias
son las nuestras, pero creo
que diferentes han sido.

JUANA. Yo hablo en esto que os pido.

D. ALV. Y yo en esto que deseo.

JUANA. Digo, pues, que ambos tendremos
dicha en esto, aunque distinta.

D. ALV. Pero en esto de la cinta
¿qué tenemos?

JUANA. ¿Qué tenemos?
una empresa porfiada,
locura en que un hombre dió.

D. ALV. Ya me contentara yo
con no veros enojada.

JUANA. Si á partido os dais, yo intento
volver otra vez los ojos;
digo que voy sin enojos.

D. ALV. Digo que yo voy contento.
(Vanse cada uno por distinto lado.)

ESCENA IX

Sale el INFANTE *y un* CRIADO.

INFANTE. Estas fuentes y estas sombras
del celebrado Pisuerga,
de cuyas sombras y flores
aprende la Primavera,
suelen divertirme á ratos
del cuidado y la tristeza,
porque la caza arrebata
todas las tristezas nuestras.

CRIADO. Della dicen...

INFANTE. No me digas,
que es imagen de la guerra;
que es vieja civilidad,
y me cansa.

CRIADO. ¿Y si dijera
que es inclinación real,
y las delicias honestas
de los príncipes?

INFANTE. Dirías
cosa ordinaria y más cierta.
¿Los monteros, dónde están?

CRIADO. Siguen diversas veredas
para entretenerte á ti.

INFANTE. Entremos por la maleza
de sabinas enlazadas
con hermosas madreselvas. *(Vanse.)*

ESCENA X

Salen algunos CAZADORES *con máscaras.*

CAZ. 1.º Guardas del monte ha pensado
que somos, y así cubiertas
las caras, como quien tiene
recelos y no vergüenza,
haremos lo que nos mandan
los señores que desean
el sosiego de Castilla,
matándole.

CAZ. 2.º ¿Si lo intenta
el Rey ansí?
CAZ. 1.º No lo creo.
No son enseñanzas estas
de quien es su primo y rey.
CAZ. 2.º ¿Y los demás?
CAZ. 1.º Ya rodean
el monte, todos cubiertos
las caras, porque no pueda
escaparse de unos ú otros.
CAZ. 2.º ¿Cuántos somos todos?
CAZ. 1.º Treinta,
conjurados á morir
sin que la traición se sepa
de nuestras bocas.
CAZ. 2.º Aquí
me parece que es la senda
donde vendrán á parar.
Aquí espadas y ballestas
le darán la muerte.

(Sale don Alvaro *con máscara y háceles señas que se vayan.)*

CAZ. 1.º ¿Quién
es aqueste que por señas
retirar nos manda?
CAZ. 2.º Alguno
diestro opuesto. Cabeza
será de la otra cuadrilla,
pues con máscara se muestra
orden dando á nuestro intento.
D. ALV. Silencio, amigos, y alerta
á mi aviso.
CAZ. 1.º Ya esperamos.
Reconoce bien.

ESCENA XI

DICHOS *y el* INFANTE.

INFANTE. No esperan
los gamos, ni aun los conejos,
y aun es novedad que teman
hoy tanto.
D. ALV. Señor Infante:
salga del monte tu alteza,
por esta parte que el río
que murallas de agua peina!
Suba luego en su caballo,
porque dalle muerte intentan
aquellos hombres que mira,
mejor diré, aquellas fieras.
INFANTE. ¿Y sabéis quién los envía?
D. ALV. No, señor. No se detenga
vuestra alteza; huya en tanto
que yo con maña ó con fuerza
los entretengo.
INFANTE. El caballo
se ha quedado, amigo, fuera
del monte, y el ancho río
por aquí no se vadea.
Mal podré escaparme.
D. ALV. ¿Mal?
Pues, señor, ánimo, y mueran
los traidores, ó muramos
los dos en vuestra defensa;
aunque primero he de ver
cuanto el artificio pueda.

(Háceles señas.)

CAZ. 1.º Que nos vamos, dice; creo
que nos engaña; quien sea
no sabemos, y el Infante
está solo. No se pierda
la ocasión: acometamos.
D. ALV. Si la maña no aprovecha,
apelemos á la espada,
señor, la dicha de César
va con vos.
INFANTE. Y aun el valor,
según bizarro te muestras.
CAZ. 2.º Un rayo del cielo ha sido
quien le ampara. Resistencia
es imposible; el huir
agora nos aprovecha. *(Huyen.)*

ESCENA XII

El INFANTE *y* DON ALVARO.

INFANTE. La vida, amigo, te debo:
¿quién eres?
D. ALV. Quien no desea
paga de aqueste servicio.
INFANTE. Descubre el rostro.
D. ALV. No quieras
obligarte á nadie.
INFANTE. Amigo,
en esto ¿qué me aconsejas?
¿Iré á palacio?
D. ALV. ¿Pues no?
INFANTE. Temo que mi muerte intentan
el Rey y su Condestable;
y así me he de ir á Villena.
D. ALV. *(Ap.)* (Cuando me importa el honor,
acabarán las finezas
de no darme á conocer.)

(Descúbrese.)

No imagine vuestra alteza
que mi Rey ni el Condestable
muerte ni mal le desean.
INFANTE. Alvaro, dame los brazos.
¿De quién Enrique pudiera
sino de ti recibir
la vida? Tuya es mi hacienda,
mi bien, mi vida y mi alma.
D. ALV. Sólo pido que agradezcas
mi voluntad, porque yo
hago bien sólo con esta
condición.
INFANTE. Tú me casaste,
tú me das la vida.
D. ALV. Quieran
los cielos que no me pagues
como suelen todos.
INFANTE. Ea,
deja tal desconfianza.
Otra vez, ya se me acuerda,
te dí la mano y palabra
de ser tuyo.
D. ALV. Vuestros sean
los reinos de Asia, señor.

INFANTE. Y tuya la fama eterna.
A Ocaña quiero partirme,
que mi pecho no sosiega.
Adiós, don Alvaro.
D. ALV. Él vaya,
gran señor, con vuestra Alteza.
INFANTE. Tu amigo soy.
D. ALV. Yo tu esclavo.
INFANTE. No temas que ingrato sea *(Vase.)*
D. ALV. Sí, temo, porque eres hombre,
y es tal su naturaleza. *(Vase.)*

ESCENA XIII

El REY, *y los* GRANDES.

GRANDE 1.°

A un reino conmovido,
¿qué prudencia de rey ha resistido?
Señor, el reino intenta,
no en modo descortés ni acción violenta,
que se ejecute luego
para bien de Castilla y tu sosiego,
lo que aquí se contiene,
que cuando injusto fuera, te conviene.

REY.

Yo lo veré de espacio.

GRANDE 2.°

Eso no puede ser. Aquí en palacio
el cumplimiento esperan
los grandes de Castilla.

REY.

¡Que ver quieran,
de la envidia llevados,
los vasallos leales castigados!

GRANDE 1.°

No es rigor conveniencia
que á tu corona importa. *(Vanse.)*

ESCENA XIV

El REY.

¿Qué paciencia
tendré correspondiente
á la pasión colérica que siente
el alma? ¡Oh! ¡quién hiciera
lo que un rey de Aragón, y ejemplo diera
de justicia y rigores,
cortando en un jardín las altas flores
que empinaban el cuello!
Simple era el monje rey, sabio fué en ello.
(Lea.) «Que de mi corte y casa
destierre yo á don Alvaro» ¿Esto pasa?
Confuso estoy; ¡que pida
el reino tal crueldad, si de mi vida
es la mitad! ¡ay, cielo!;
la prudencia me falta y el consuelo.
Mas cuando el cumplimiento
deste destierro venga ¿con qué aliento,
si amor no da licencia,
podré notificarle la sentencia?
¿Cómo mis propios labios,
si bien le quieren, le dirán agravios?

ESCENA XV

El REY *y* DOÑA JUANA.

DOÑA JUANA.

La Reina, mi señora,
te espera, gran señor.

REY.

Dame tú agora
valor y aliento, Juana,
que no puede mi lengua ser tirana.
El reino me ha pedido
lo que en este papel verás, y ha sido
tanto su atrevimiento,
que sin fuerza me deja y sin aliento
con que palabra alguna
decir pueda á don Alvaro de Luna.
Dile tú lo que pasa;
el reino le destierra de mi casa,
y yo, por no perdello,
forzado de los grandes vengo á hacello.

DOÑA JUANA.

Señor, ¿cuándo las damas
secretarios han sido? ¿A mí me llamas
para intimar sentencia
que la envidia escribió con tal violencia?

REY.

Sí, Juana, porque es bueno
que al amigo se dé dulce el veneno.
Él viene, aquí me empeño
en un grande dolor, yo finjo sueño
por no ver su semblante;
verle no quiero y quiero estar delante.
(Siéntase el REY.*)*
¡Quién durmiera de veras
por no escuchar palabras lastimeras!

DOÑA JUANA.

Si para tanta crueldad
al Rey le falta el valor,
¿cómo ha de hacer el amor
lo que teme el amistad?
Faltábame á mi amistad
para dejar de sentir
lo que no se ha de decir;
mas si lo pude leer
sin morir, bien podrá ser
que lo diga sin morir.
Excusa el Rey su dolor,
y á mí me le da doblado;
que la amistad no ha alcanzado
las finezas del amor.
Si yo adoro el resplandor
desta luna, aunque advertidos
se recaten mis sentidos,
ó ya honestos ó ya sabios,
¿cómo han de poder mis labios
dar veneno á mis oídos?

ESCENA XVI

DICHOS y DON ALVARO DE LUNA.

D. ALV. ¡Durmiendo el Rey, y leyendo
con turbación un papel,
doña Juana Pimentel!
novedades estoy viendo.
Cuando en mí mismo no entiendo
si es verdad ó no es amor
¿qué mucho que con temor
estén mis ojos inquietos,
si ven juntos dos sujetos,
la privanza y el amor?

JUANA. Don Alvaro.

D. ALV. No despierte
la voz al Rey; hable paso
vueseñoría.

JUANA. Si en caso
tan riguroso y tan fuerte
en hielo no se convierte
la voz ¿cómo puede hablar
paso la que quiere dar
voces que remedio son
para echar del corazón
tantos siglos de pesar?
Don Alvaro, desdichado
fuera el hombre, á no tener
alma inmortal, y á no ser
un bosquejo trasladado
del mismo que le ha criado;
porque excedido se viera
de los brutos, de una fiera,
de un pajarillo pequeño,
y siendo el hombre su dueño,
miserable animal fuera.
Y es su excelencia mayor,
digna que se estime y precie,
que los brutos de una especie
tienen, pues tienen amor;
entre sí se dan favor,
y sólo el hombre es cruel
con el hombre, porque en él
nunca hay paz, y siempre lidia.
Rasgos son de humana envidia
las letras deste papel.

D. ALV. Déjasme tan prevenido,
que ya es fuerza que al leer
piense que ha de suceder
tanto como el trueno ha sido.
(Lee.) «Señor, el reino ha advertido
»que don Alvaro pretende
»mandarlo todo:» El ofende
mi intención y mi lealtad;
no dice el reino verdad,
mas la envidia ¿qué no emprende?
(Lee.) «Causa ha sido su ambición...
(¿Ambición es fe sencilla?)
»que nos den guerra en Castilla
»los Infantes de Aragón;
»y ansí muchos grandes son
»de su parte, por lo cual
»es conveniencia real
»que el Condestable no esté
»en la corte.» Mayor fué
el temor del mal que el mal.
Letra de Robles parece...
¡Vive Dios, que es de su mano!
Quien hace bien á un villano,
quien á aun traidor favorece,
esta ingratitud merece.
Mas ¿qué mucho si en aquel
divino y santo vergel
labró Dios una figura
que, en mirando su hermosura,
se reveló contra él?
Mi señora, cuando importe
al Rey, mi señor, mi ausencia,
no es muy agria esta sentencia.
Partiréme de la corte,
y á los piélagos del Norte
me pasaré, al mar profundo
que ve el Ponto sin segundo,
ó por ver si verdad fué
que hay antípodas me iré
buscando otro nuevo mundo.

REY. Sois ingrato y desleal
á mi grande amor. ¿Ansí
sentís el dejarme á mí,
cosa que llevo tan mal
que aun el ánimo real
me ha faltado, vive Dios,
para decíroslo, y vos
sentís alegre y cortés?
No, Condestable, no es
amistad la de los dos.

D. ALV. Rey y señor, el no verte,
supuesto que mi desgracia
fuera el perder yo tu gracia,
eso fuera trance fuerte,
sombra y líneas de la muerte.
Eso sí fuera sentir,
eso sí fuera morir,
eso sí fuera penar,
eso sí fuera llorar,
eso sí fuera gemir.
Pero importando al sosiego
de tu reino mi partida,
atropéllese mi vida,
muera ó ausénteme luego;
que aunque con el alma llego
á sentir tu ausencia yo,
aquél que honrado nació,
y sus costumbres condena,
siente el merecer la pena,
pero el padecella no.

REY. Condestable, yo no soy
tan filósofo moral;
vuestra ausencia llevo mal,
tristeza al semblante doy.

D. ALV. Rey mío, excusando estoy
lo que el alma calla y siente.
Sabe Dios si estando ausente
yo sentiré más dolor,
porque en materia de amor
es más tierno el más valiente.

JUANA. *(Ap.)* Y quien oye á la amistad
hacer aquestos extremos
¿qué ha de hacer? Disimulemos,
amor, tirana deidad
de la humana voluntad.

D. ALV. En Aillón me estaré yo.

REY. ¿Es tuyo? Pienso que no.

D. ALV. ¿Tu merced olvidas?

REY. ¿Quién,

si es amigo hombre de bien,
se acuerda de lo que dió?

D. ALV. Sólo se debe acordar
quien ve que el que lo recibe
desagradecido vive.

REY. Tu ausencia podrá obligar
á que pueda sosegar
esta envidiosa porfía.
Escribeme cada día.

D. ALV. ¡Cómo pudiera vivir
callando sin escribir
afectos del alma mía!

REY. ¿Y qué tiempo estaré yo
sin vernos?

JUANA. *(Ap.)* ¡Amor extraño!

D. ALV. Un año.

REY. Siglo es un año,
Condestable; un año no.

JUANA. *(Ap.)* Con mi misma lengua habló.

D. ALV. Medio estaré.

REY. No ha de ser
sino tres meses.

D. ALV. Hacer
tu voluntad determino.

REY. Y toma para el camino
el ducado de Alcocer.

D. ALV. Beso tus pies.

JUANA. *(Ap.)* ¡Quién le diera
el favor que me pedía!
Modo falta, no osadía,
que ya siento de manera
su ausencia, que le dijera
lo que el Rey. ¡Ah, listón verde!
¡Qué dulce ocasión se pierde
de que vos suyo seáis,
para que allá le digáis
que, si ama, de mí se acuerde!

D. ALV. Viviera fuera de mí
á no haber de verte presto,
y podré decir con esto
que te dejo á ti por ti.
Tu quietud procuro ansí;
reina en paz, vive, señor,
sin este inquieto rigor,
y aquél que servirte sabe,
ya que en tu corte no cabe,
quepa al menos en tu amor.

REY. Ese ha de ser inviolable:
Pílades soy de mi gusto.

D. ALV. Di Mecenas con Augusto.

REY. Abrazadme, Condestable.

D. ALV. Calle Alejandro, no hable
su privado Efestión.

JUANA. Amor, dame la ocasión.
Ea, modestia importuna,
sirva de rayo á esta Luna
la plata deste listón.
No me vió el rey.

D. ALV. Juraré
que al tocar tus brazos yo
dos favores recibió
un alma, un pecho, una fe.
¿Qué esperanza no tendré,
si tus brazos merecí,
si con ellos recibí
el favor más excelente
que al sol coronó la frente
de topacio y de rubí?

REY. Adiós, Alvaro.

D. ALV. Sin dos
almas voy.

REY. Vengan mañana
cartas.

D. ALV. Adiós, doña Juana.

JUANA. *(Ap.)* (Responder no puedo.) Adiós,
don Alvaro.

REY. *(A don Alvaro.)* ¿Cómo vos
no me miráis?

D. ALV. No me atrevo.

REY. Mucho os amo.

D. ALV. Mucho os debo.

JUANA. *(Ap.)* Mucho callo.

REY. ¡Qué rigor!

D. ALV. ¡Qué cuidado!

REY. ¡Qué temor!

JUANA. Triste voy.

D. ALV. Pesares llevo.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Salen DON ALVARO *y* LINTERNA.

LINTERN. Gracias á Dios que te veo
volver á la corte ya.

D. ALV. ¿Qué hay de nuevo por allá?

LINTERN. Hay un general deseo
de verte en los corazones.
Lo que pasa, Alá saber.

D. ALV. Si máscaras suelen ser
lisonjas y adulaciones
que nos cubren el semblante,
¿quién verá lo verdadero?

LINTERN. No quedará caballero
que no salga de portante
á recibirte, por verte
de su rey favorecido.
Dél se cuenta que ha sentido
más tu ausencia que la muerte
de la reina.

D. ALV. Calla, necio.
Sentimientos y cuidados
de los reyes son sagrados
de tal deidad, de tal precio,
que no los ha de juzgar
la plebe, ni discurrir
sobre el obrar y sentir
de su rey. En lo vulgar
te pregunto qué hay de nuevo;
deja aparte lo sagrado.

LINTERN. Si desto me has preguntado,
poca estimación te debo.
Sabe que tienes de hallar
monstruos que la corte espantan.
Yo vi músicos que cantan,
sin hacerse de rogar;
yo vi sana una ramera,
yo vi celoso un marido,
un culto que se ha entendido
y un calvo sin cabellera;
una vieja sin gruñir

y sin fingirnos cuidado,
y una moza que ha hablado
tres palabras sin pedir.

D. ALV. Ya disparatas, no espero
que tu gusto me entretenga.

LINTERN. Juan de Silva viene.

D. ALV. Venga,
que es honrado caballero.

ESCENA II

DICHOS y JUAN DE SILVA

SILVA. Déle, señor, vuecelencia
á esta hechura los pies.

D. ALV. Juan de Silva amigo, ¿qué es
Excelencia?

SILVA. Es diferencia
que inventó la cortesía
para que entre los señores
se conozcan los mayores.

D. ALV. ¿No bastaba señoría?

SILVA. Y así á los grandes se dice.

D. ALV. Acepto el tratarme ansí,
como no comience en mí,
que un privado es infelice
con el reino cuando suele
ser dichoso con su rey.
Sin el freno de la ley
le mormuran, aunque vele,
sobre sus mismas acciones
y se ajuste á la razón.
En mí llaman ambición
el recibir galardones
de las manos liberales
de mi rey; pero, paciencia.

SILVA. ¿Y cómo está vuecelencia
detenido aquí en Cigales?

D. ALV. Hasta ver segundo aviso
de su majestad, á quien
mi llegada escribí.

SILVA. Bien
tu persona estimó y quiso
su majestad.

LINTERN. Por la arena
corren dos; aprisa suben.
Mientras tienes miel, acuden
zánganos á la colmena.
Cuando al destierro saliste
eras colmena vacía,
poca gente nos seguía;
pero agora que volviste
á la corte y al amor
del rey, te van aplaudiendo:
velos, señor, conociendo:
velos marcando, señor.

ESCENA III

DICHOS, ROBLES y VIVERO.

VIVERO. Vuecelencia dé los pies
á sus criados.

ROBLES. Y sea
bienvenido, pues desea
Castilla, por su interés,
esta dichosa venida
con que á mí el vivir me dais.

D. ALV. Como vos lo deseáis
sea Hernando vuestra vida.
(Saca un papel.)
Robles, preguntaros quiero
si esta letra conocéis.
La cólera y la razón
no consienten dilación:
no os turbéis ni la neguéis.

ROBLES. Confieso que la escribí,
pero... señor...

LINTERN. Que no hay *pero:*
vos sois lindo majadero.

D. ALV. Si yo aquel villano fuí
que la serpiente abrigó,
que muerda no es maravilla.

ROBLES. Los señores de Castilla,
sin tener la culpa yo...

D. ALV. Bueno está, no deis disculpas,
que ya sé que en vuestra casa
dos juntas hizo la envidia
de mis émulos. ¿Qué causas
os he dado para ser
escritor de las palabras
que este memorial contiene,
envidiosas y tiranas?
¿Por haceros bien y honraros
merezco vuestra desgracia?
Una de dos: ó me habéis
de confesar que vuestra alma
es ingrata y sois traidor,
ó que merezco la infamia
deste papel; porque vos,
siendo una persona baja,
no habéis merecido nunca
las mercedes soberanas
de mi Rey, y me castigan
por haber sido la causa.
¡Que escriban los naturales
admirables alabanzas
de brutos agradecidos,
y el hombre, imagen sagrada
de Dios, apenas lo sea!
¡Que de las azules garras
de una serpiente librase
á un águila hermosa y parda
un piadoso labrador,
que á coger las ondas claras
bajó de una clara fuente,
y luego al beber el agua,
el águila, agradecida,
le derribó con las alas
el barro, porque el veneno,
que el labrador ignoraba
y vomitó la serpiente
sobre la líquida plata,
no le matase! ¡Que un hombre,
en los desiertos de Arabia,
sacase una aguda espina
á un león cuando bramaba
extremeciendo los montes
y derribando las palmas
de dolor, y que después,
saliendo este hombre á la plaza
de Roma, echado á las fieras,
aquella bestia inhumana
reconoció agradecida
al bienhechor, y á sus plantas

se postró, diciendo muda:
aquí mis dientes no matan
á quien la salud me ha dado;
su defensa soy y guarda!
¡Qué confusión! ¡Qué vergüenza
de los hombres! ¿Qué pensabas
cuando estas letras hacías,
menos que fiera, si agravias
con villana ingratitud
la naturaleza humana,
pues el águila y león
te enseñan y te aventajan?
Vive Dios, que á tal traición
no hay condición recatada,
no hay prudencia, no hay paciencia,
todo es ira, todo es rabia.
Pudiera darte la muerte
el acero desta daga,
mas quiero que sepa el mundo
que mi razón no te mata
porque me hiciste una vez
un gusto, y así mi alma
quiere ser agradecida,
no atendiendo á la venganza,
por darte ejemplo con esto;
que las piadosas entrañas
del hombre noble perdonan
por un servicio mil faltas,
y es mejor agradecer
el corto don que se alcanza
que vengar muchas injurias,
que uno da honor, otro agravia.
Acuérdome que dijiste:
«muera en prisión triste y larga
quien no fuere agradecido.»
Castíguente tus palabras;
vete en paz; sigue tu estrella.
Tú, Vivero, en esta causa
toma ejemplo y escarmienta;
y si mi piedad te engaña,
advierte que no está siempre
nuestra cólera enfrenada,
que algunas veces se suelta.

LINTERN. Señor, el Rey de Castilla,
de León y las montañas,
de Toledo y de Sevilla:
el príncipe de Vizcaya,
el hijo del rey Enrique,
el soberano monarca,
el nieto del rey don Juan,
el primer hombre de España...

D. ALV. ¿Qué dices, bestia?

LINTERN. Que viene,
si mis antojos no engañan.
Suya es aquella carroza;
ya llega cerca, ya para,
ya levantan el estribo,
ya sale fuera, ya aguarda
que á sus pies llegues. Camina,
que tu dicha te acompaña.

ESCENA IV

DICHOS *y el* REY, *y gente.*

REY. Alvaro, amigo.

D. ALV. Señor,
la corona castellana,
el blasón de España sale
de su trono y de las alas
de su deidad, y recibe
con honras extraordinarias
sus hechuras.

REY. Condestable:
en mi edad, si bien no larga,
no he tenido mejor día.
¡Oh, cuánto ver deseaba
tal amigo! ¿Cómo vienes?

D. ALV. Alegre, como quien halla
tantas honras y mercedes
y un rey que mi amor me paga
tan inmenso y tan profundo
que la luz hermosa y clara
era imagen de la muerte
en su ausencia. Las bizarras
manchas del cielo y estrellas
sólo de noche miraba.
La corona de Ariadna
entre los confusos sueños,
como no está ociosa el alma,
me representaba especies
de algunas cosas pasadas
entre los dos; y si acaso,
entre horrores y fantasmas,
se turbaba el sueño, todo
era ver águilas pardas
y leones, por ser reyes
de los brutos. Ya hallaba
basiliscos animales,
que reyes pequeños llaman,
porque traen unas coronas
de reyes, verdes y blancas.
Si á referir mis pasiones
salí á las verdes campañas,
sólo el hermoso granado
los ojos me conquistaba;
porque entre ramas de murta,
entre las flores de nácar,
como un monarca del campo
da su fruta coronada.

REY. Yo, amigo, podré decirte
que la luna contemplaba
muchas veces cuando hermosa
hurtó al sol rayos de plata,
por ser tu nombre, y decía:
«Si yo soy el *sol* de España
y he de iluminar mi *luna*,
¿qué mar, qué tierra pesada
se ha puesto en medio y no deja
que penetre esferas altas
su luz?» Y dorando rayos
de rosicleres su cara,
sosegué al fin el eclipse
que la envidia te causaba.
Llaméte y veniste, y yo
viudo ya en ausencias largas,
salgo á alegrarme, y te doy
con obras, no con palabras,
la bien venida. Ya eres
duque de Escalona y Riaza.

D. ALV. Y esclavo del rey don Juan.

REY. ¿Quién es el que te acompaña?

D. ALV. Juan de Silva, un caballero
que por sus partes hidalgas

le estimo.

REY. ¿Y aquel traidor,
el ingrato en cuya casa,
que ya lo supe, se hizo
la conjuración pasada
contra ti, se atreve ahora
á vernos? Ya tengo causas
para derribarle: en éste
el castigo no es venganza.
Sea mi Alférez mayor
Juan de Silva, y porque haga
luego algún servicio, prenda
á Hernando de Robles.

SILVA. Gracias
por tan gran merced te dé,
César español, tu fama.

ROBLES. Señor, ¿en qué te he ofendido?

REY. En muchas cosas. ¿No basta
comunicar con personas
á mi corona contrarias?
La hacienda le secrestad.

LINTERN. La fortunilla voltaria
ha dado patas arriba
con toda vuestra arrogancia.—
Señor Juan de Silva, escuche.
Crió un villano en su casa
un cochino y un jumento.
Al cochino regalaba
tanto, que al jumento mismo
daba envidia, que esta falta
es muy de asnos. Llegó el día
de San Martín, y escuchaba
el asno grandes gruñidos.
Asomóse á una ventana,
y vió al mísero cochino
el cuchillo á la garganta,
que roncaba sin dormir.
¿Para aquesto le engordaban?
dijo el asno: Voime al monte
por leña, venga mi albarda.—
Subiste, llegó tu día,
roncando va tu desgracia;
vuélvome á mi astrología,
ser mozo de espuelas basta.

ROBLES. ¡Bárbaro, loco, por vida!

LINTERN. Gruñidos son; no me espantan.

D. ALV. Honras recibo infinitas.

REY. Silva.

SILVA. Señor.

REY. Dad las gracias
á don Alvaro; por él
todas mis mercedes pasan;
dél reciben la virtud,
á la manera del agua
que por arcaduces lleva
su curso á la fuente clara.
Con mercedes y castigos
se han visto bien gobernadas
las repúblicas.

D. ALV. Del orbe
seas singular monarca. *(Vanse.)*

ESCENA V

La INFANTA *y* DOÑA JUANA PIMENTEL.

INFANTA.

El Infante me ordena en esta carta
que á Trujillo me parta,
villa que el Rey le dió, y quitó á Villena.
Colérico me ordena,
sin duda, esta partida.
Alguna guerra tienen prevenida
el de Navarra y él; y ansí mi hermano
tendrá sosiego en vano
en tanto que mis primos
en Castilla estuvieren. Bien lo vimos
en el año pasado,
pues con estar conmigo desposado,
á Castilla turbó paz y sosiego
don Enrique, aunque luego
se redujo á la paz. ¿Qué causas pueden
hacer que muchos su opinión hereden?
Ya muchos Grandes siguen su partido,
por mirar que ha venido
don Alvaro, y le ha dado
tan grande mano el Rey.

DOÑA JUANA.

¿Cuándo un privado
un rey no tuvo, si en dos mil historias
divinas y profanas, las memorias
ejemplos ven frecuentes,
que son comunes ya á todas las gentes?
Esto no es bien se diga.
¿No ha de tener el Rey quien la fatiga
del peso del reinar le sobrelleve,
con quien él comunique lo que debe
hacer en las acciones más dudosas?
¡Oh, gentes envidiosas!
¡Oh, condición humana;
rigurosa costumbre, vil tirana,
de míseros mortales,
que siempre las envidias son fatales
al que el Rey quiere bien! Nadie repara
cuán peligrosa y cara
es aquella privanza.

INFANTA.

Don Alvaro ha llegado;
quiero dar cuenta al Rey de mi cuidado.

DOÑA JUANA.

Y yo, si vuestra alteza
ausenta de palacio su belleza,
licencia pediré, muerta María,
la reina mi señora, á quien servía.

INFANTA.

¿Qué he de hacer, doña Juana?
Volveráse á casar el Rey mañana. *(Vase.)*

DOÑA JUANA.

Vuestra alteza, señora,
es el dueño que yo venero agora.
El parabién de la venida quiero
dar al Condestable.
Esperaré á que hable
con este caballero.

ESCENA VI

DOÑA JUANA, DON ALVARO *y un* CABALLERO PORTUGUÉS.

DON ALVARO.

Digo, señor, que en esto no habrá duda.
Con Isabel de Portugal sin falta

el Rey se casará. No lo he tratado
con él, pero está bien el casamiento
á Castilla, y así doy la palabra
al Maestre de Avís de que está hecho.

CABALLERO.

Al Maestre diré que vuexcelencia
le hace esta merced.

DOÑA JUANA. (*Aparte.*)

Si no me engaño,
de casamiento tratan. No me han visto;
quiero acercarme.

DON ALVARO.

¿Es Isabel hermosa?

CABALLERO.

Este retrato lo asegura.

DON ÁLVARO.

Quedo
agradado, señor, por todo extremo.
Al Maestre diréis lo que os he dicho.
La palabra le doy, y á vos la mano.

CABALLERO.

Esa respuesta, Condestable, llevo.
(*Vase el* Caballero portugués.)

DON ALVARO.

Al Maestre de Avís amistad debo.

ESCENA VII

DON ALVARO *y* DOÑA JUANA.

JUANA. Cuando, por haber llegado,
veros, Condestable, quiero,
no sé que he de dar primero,
si el parabién de casado
ó el de la vuelta dichosa.
(*Ap.*) No tiene mucho pesar
quien puede disimular:
turbada estoy y celosa.

D. ALV. Este retrato, señora,
podrá responder por mí:
para el Rey le recibí;
su casamiento es ahora
el que se trata, no el mío.
Isabel de Portugal
es la consorte real,
cuyo rostro, cuyo brío
ha trasladado el pincel
con tan valiente destreza
que dejó á naturaleza
con envidia y celos dél.

JUANA. (*Ap.*) ¿Si me dice la verdad?
Sí, que mal será traidor
hombre de tanto valor.
Ahora en el alma mía
los celos se han de mostrar:
callarlos supo el pesar,
y no sabrá el alegría.
Y con esto, adiós.

D. ALV. Ahora
saber de vos me conviene.

JUANA. No puede ser, que el Rey viene.
Idos de aquí.

D. ALV. Adiós, señora. (*Vase.*)

ESCENA VIII

DOÑA JUANA.

Tanto es este amor, que muero
con el susto y el espanto.
Corrida estoy de amar tanto;
no he de amar, olvidar quiero.
Mas ¿cuándo se ha pretendido
olvidar? ¡Qué loco error!
Sin querer vino el amor,
sin querer venga el olvido.

ESCENA IX

El REY *y* DOÑA JUANA.

REY. Juana.

JUANA. Señor, he tenido
á dicha el veros aquí
para deciros que en mí
la resolución ha sido
el partirme á Benavente.

REY. ¿Cómo, Juana? Cuando trato,
(bien lo muestra este retrato)
de casarme brevemente,
¿irte de palacio? No;
ya se sabe lo que estimo
sangre del Conde mi primo.
Presto tendré dueño yo,
y presto tú le tendrás,
nuevo sol y luz de España.

JUANA. (*Ap.*) Don Alvaro no me engaña.

REY. Aquí, Juana, lo sabrás.
Mira este cielo francés,
á cuyo dorado sol
se pone el sol español
por tapete de sus pies.
Recisunda es la francesa
que verifica el pincel.

JUANA. (*Ap.*) ¡Ay, de mí! No es Isabel.

REY. Esa es la Lis, flor es esa
que hoy elige mi albedrío,
porque lirios soberanos
á leones castellanos
con el aliento den brío.

JUANA. ¿Francesa reina nos das?

REY. Sí, Juana; no es maravilla,
que á Francia ha dado Castilla
reinas santas.

JUANA. (*Ap.*) Ya no más,
fiero amor, más afición,
que mi rabia y mis enojos
arrojan hoy por los ojos
pedazos del corazón.
El engaño siento más
que la traición que me ha hecho:
no cabe el alma en el pecho.

REY. ¿Qué tienes? ¿á dónde vas?

JUANA. Ese retrato, señor,
ha acordado al alma mía
la reina doña María,
y enternéceme su amor.
Bien me quiso, y llanto doy
del alma sin resistir.
(*Ap.*) Si hay mayor mal que morir,
á buscar ese mal voy. (*Vase.*)

ESCENA X

El Rey.

Aunque más en celos arda
por accidente temor,
pienso rendirme al amor
por vos, francesa gallarda.
A nadie he dicho mi intento,
mas ya que estoy inclinado,
reina sois de mi cuidado,
dueño de mi pensamiento.

(*Siéntase el* Rey *con el retrato en la mano, y sale* don Alvaro.)

ESCENA XI

El Rey *y* Don Alvaro.

D. Alv. Sólo está el Rey, y un retrato
contempla con atención:
¿si tuviese otra intención
cuando de casarle trato?
Mal hice en no darle cuenta
primero de mi deseo.
Empeñada en esto veo
mi palabra; mas ¿qué intenta,
qué presume, qué imagina,
sin que yo lo sepa? Nada;
según eso, ni le agrada
el retrato, ni se inclina.
Sin duda que está durmiendo,
pues entré y no me sintió.

(*Acércase al* Rey.)

El retrato que envió
el rey de Francia estoy viendo.
Este retrato le quito,

(*Truéquele el retrato.*)

y le pongo el de Isabel,
despierte ó no, porque en él
mi palabra solicito.

(*Despierte el* Rey.)

Rey. Rapto del sueño veloz
venció mis ojos. Pintura,
si á vos, en tanta hermosura,
os falta sola la voz,
en el sueño parecidos
habemos los dos estado;
que el hombre es mundo pintado
cuando duermen sus sentidos.
Mas ¿qué esto? ¿quién se atreve
á volver sombras oscuras
perfiles de estrellas puras,
sombras de luz y de nieve?
¿Qué occidente ó mar helado,
qué nube sin arrebol
hurtó de mi mano el sol,
y la sombra me ha dejado?
¿Qué nube, qué humor, qué mal
transformó con arrogancia
los bellos lirios de Francia
en quinas de Portugal?

D. Alv. (*Ap.*) No le ha parecido bien.
Ahora, ahora, fortuna,
he menester que en mi luna
tus rayos prósperos den.—
Yo fuí el mar, yo el occidente,
yo fuí la envidia y la nube
que ese atrevimiento tuve.
Este sol resplandeciente
de Isabel de Portugal,
del Maestre de Avis hija,
quise, gran señor, que elija
vuestra majestad Real.
Un abismo es de belleza,
que al tiempo que la formó
á sí misma se excedió
la madre naturaleza.
Compararse á nadie debe,
que para su ejemplo, son
las estrellas un carbón,
sombra el sol, noche la nieve.

Rey. Alvaro, yo me contento
con mi elección y me caso
con la nieve en que me abraso,
con el sol con que me aliento.
Belleza tan sin igual
pasme á la naturaleza,
básteme á mí una belleza
que merezca hombre mortal.
Dadme el retrato.

D. Alv. Señor,
conveniencias del estado
son las que siempre han casado
á los reyes, no el amor,
no el gusto, no los antojos;
que hacer debe el casamiento
de un gran rey su entendimiento,
no la elección de los ojos.
Con guerras está Castilla:
Portugal la daré gente.

Rey. También Francia, y tan valiente.
Recisunda es maravilla
de Europa, y mía ha de ser.

D. Alv. Pues, señor, ¿y si yo he dado,
en vuestro amor confiado,
mi palabra, qué he de hacer?

Rey. ¿Cómo, don Alvaro, vos
me casáis á mí sin mí?

D. Alv. Amor suele hacer así
una voluntad de dos.
Confié, engañéme, erré;
pero ya me vuelvo á Aillón
á tomar satisfacción
de mí mismo. Allí estaré,
huyendo vuestra presencia;
pues que sin palabra estoy,
afrentado y triste voy;
mi error me ha dado licencia.

Rey. Volved acá. ¿Qué es aquesto?
Don Alvaro ¿dónde vais?

D. Alv. Donde un hombre no veáis,
que su fe y palabra ha puesto
donde no puede cumplilla.

Rey. Alvaro, en nuestra amistad
no cabe dificultad.
Reina será de Castilla
Isabel; no os enojéis.
¿Otra vez os desterráis?
Poco, don Alvaro, amáis,
poco á mí me agradecéis.

D. Alv. Dadme vuestros pies, señor;
vida y honor me estáis dando.

Rey. Don Alvaro, estoy pensando,
que pues cobré tanto amor
á esta francesa, podría

buscarse alguna disculpa,
para que no fuese culpa
vuestra palabra.

D. ALV. ¿La mía?
No, señor, mejor será
que yo viva desterrado
como un hombre que ha quebrado
su palabra. Goce ya
vuestra majestad, señor,
ese dueño que desea,
y el mundo á mi no me vea.

REY. Alvaro, ¿tanto rigor?
Volved acá, por mi vida,
que es ya mi dueño Isabel;
su retrato adoro en él;
tendré el alma divertida.
Y mirad si satisfago
el amor que está en mi pecho,
que los freiles os han hecho
Maestre de Santiago.
Vos sólo seréis caudillo
de mi ejército, y ansí
partid, Maestre, de aquí;
ganadme luego á Trujillo,
que el Infante de Aragón,
desde allí fortificado,
grandes huestes ha juntado.

D. ALV. Vencerá vuestra razón.

REY. Más amor que tenéis muestro.

D. ALV. Señor ¿habláis en el caso
de Isabel?

REY. Sí, que me caso.
sin mi gusto y por el vuestro. *(Vase.)*

D. ALV. Hoy ve el curso de mi vida
con esto fija á mis pies
á la fortuna, si es
Isabel agradecida.

ESCENA XII

DON ALVARO *y* DOÑA JUANA.

DOÑA JUANA.

Mal caballero, fementido amante,
desleal y traidor á la fe mía,
más cándida, más pura y más brillante
que el rosicler y púrpura del día:
¿en qué varón magnánimo y constante
su veneno vertió la alevosía?
En ti solo, traidor: ¡viven los cielos!
que estos agravios son, que no son celos.
Que el Rey se casa en Portugal dijiste,
cuando el lirio francés miro en su mano;
que un retrato le vi, y otro me diste:
¿esta es acción de noble ó de villano?
Mentiste, Condestable, tú mentiste:
no lo merece amor, Dios soberano,
que del pecho, á pesar de mis enojos,
se asoma á los veriles de mis ojos.
¡Plega al cielo, traidor, que derribado,
á fuerza de la envidia diligente,
del supremo lugar, del alto estado,
admiración te llamen de la gente.
Y si envidia causó tu bien pasado,
mayor lástima de tu mal presente,
desvanézcase ya sin luz alguna
la pompa y majestad de tu fortuna;
porque yo en Benavente retirada
sangre de Pimenteles generosa
de amor, con escarmientos enseñada,
gozaré libertad y paz dichosa.
Y pues que la fortuna recatada
infeliz me formó, no siendo hermosa,
allí con mis pesares divertida,
contaré las tragedias de tu vida.
No siento tus engaños, sólo siento
que mi imprudente amor se haya atrevido
á salir á la lengua y el tormento
que el silencio le daba, haya rompido.
¡Oh, mal nacido amor! Este escarmiento
tu vil facilidad ha merecido:
¡murieras en el alma, y no en los labios,
sintiendo injurias y llorando agravios!

DON ALVARO.

Atiende, mi señora, al desengaño
de quien la sombra de tu luz adora.
En Francia quiso el Rey (que no te engaño)
casarse sin mi gusto; pero agora
no quiere casamiento tan extraño.
A Isabel quiere ya. Mira, señora,
el retrato francés que te dió enojos.

DOÑA JUANA.

¡Ay, Dios! ¿si esto es verdad?

DON ALVARO.

Sí, por tus ojos.

DOÑA JUANA.

¡Qué fácil condición tiene quien ama!
Al mar la compararon los poetas,
con celos. Una vez airado brama;
moviendo y produciendo olas inquietas
en globos de cristales se derrama,
que parecen diáfanos cometas,
y luego en dulce paz y sin rigores,
campo de estrellas es, campo de flores.
Pasó la tempestad de mis enojos;
serenó el desengaño mi semblante.
Borre en mi lengua, pues borró en mis ojos,
tantas quejas amor de aquí adelante.
Tributario de bárbaros despojos
te mire la fortuna tan triunfante,
que aun el tiempo sentirse apenas pueda
en los vuelcos fatales de su rueda.
Ni recele, ni sienta tu privanza
golpe infeliz de mísera caída,
ni se mire tu luna con mudanza
de los rayos del sol instituida;
ni adquiera en tus sucesos su venganza
la envidia de los hombres, ni en tu vida
nos dejen experiencias las historias
de lo que pueden las humanas glorias.
Pasmo del mundo tu fortuna sea.

DON ALVARO.

No es eso lo que yo me deseaba.

DOÑA JUANA.

Pues tengas lo que esta alma te desea.

DON ALVARO.

Ser pudiera con eso desdichada.

DOÑA JUANA.

Siempre Castilla tus hazañas vea.

DON ALVARO.

No es ese, no, favor de enamorada.
Si casado no dices, y contigo,
tenme por infeliz.

DOÑA JUANA.

Pues eso digo.

(Vanse cada uno por su parte.)

ESCENA XIII

El INFANTE *y* SOLDADOS.

INFANTE. Sienta Castilla, bizarra
solamente en su opinión,
las banderas de Aragón
y las cajas de Navarra.
Plaza de armas ha de ser
Trujillo, de nuestra gente:
desde aquí osado y valiente
á Castilla he de ofender.
Apriesa marcha mi hermano;
y estando juntos los dos
he de domar, vive Dios,
el orgullo castellano.
La ocasión he de vengar
que de mi muerte han tenido.

SOLD. 1.° Al Condestable has debido
la vida.

INFANTE. Pues libertar
tengo al Rey de su poder;
no ha de gobernallo todo.

SOLD. 1.° Advierte que de ese modo
ingrato vienes á ser.
El te casó con la Infanta,
la vida después te dió.

INFANTE. Y su poder me cansó:
esto es mundo, ¿qué te espanta?

ESCENA XIV

DICHOS *y un* ALCAIDE, *arriba en una torre.*

ALCAIDE. Sepa, señor, vuestra Alteza
que está á peligro la villa;
que la gente de Castilla
viene ya. Esta fortaleza
no teme, porque ha de estar
por el nombre y la opinión
de Navarra y Aragón;
no la puede conquistar
el castellano trofeo,
que al fin es inexpugnable.

INFANTE. ¿Si ha venido el Condestable
con el ejército?

ALCAIDE. Creo,
según dicen las espías,
que el conde de Benavente
gobierna ahora la gente.

INFANTE. ¿En efecto, desconfías?—
Mis fuerzas son desiguales.
Alcaide ¿qué me aconsejas?

ALCAIDE. Señor, si la villa dejas,
quemados los arrabales
y á Alburquerque pasas, pienso
que es medio más acertado.

INFANTE. Como aragonés honrado
mostrarás valor inmenso
defendiendo este castillo;
porque yo, por tu consejo,
á Alburquerque paso, y dejo
desmantelado á Trujillo.

ALCAIDE. Moriré, señor, por vos.

INFANTE. ¿Sois leal?

ALCAIDE. Tuyo seré.

INFANTE. Freno con esto pondré
á Castilla. Adiós.

ALCAIDE. Adiós.

INFANTE. Marche el ejército luego;
y al marchar muestre ser rayo,
que desta suerte me ensayo
en vencer á sangre y fuego.

(Vase el Infante.

ESCENA XV

El ALCAIDE *y algunos* SOLDADOS.

ALCAIDE. La gente que el Rey previno
en ir á Granada, es esa
que marchando veis apriesa:
contra los Infantes vino,
como sabe su intención.

SOLD. 1.° Cosa injusta es el mirar
en Castilla tremolar
las banderas de Aragón.

ALCAIDE. Grandes los han incitado.

SOLD. 1.° Quizá envidiosos serán.

ALCAIDE. Sin duda es el capitán
el que á la posta ha llegado
al ejército. ¿No ves
que le abaten las banderas
y en concertadas hileras
le reciben?

SOLD. 1.° Pienso que es
don Alvaro el general.

ALCAIDE. Al ánimo y la fortuna
de don Alvaro de Luna
seré famoso y leal. *(Vanse.)*

ESCENA XVI

Tocan cajas á marchar y salen DON ALVARO, *el* CONDE DE BENAVENTE, LINTERNA *y* SOLDADOS.

D. ALV. Decir podré, castellanos
invencibles y valientes,
que por el viento he venido;
porque no dudo que fuesen
hijos del viento, nacidos
en las orillas del Betis,
los caballos que he traído.
El conde de Benavente
bien mis ausencias suplió;
mandóme el Rey que viniese
y á Trujillo le ganase.

CONDE. Llana está la villa; el fuerte,
inexpugnable castillo,
dificultoso parece
de ganar. Ahora marcha
de don Enrique la gente:
¿seguirémosla?

D. ALV. No, Conde.
El Rey á Trujillo quiere;
démosle á Trujillo.

LINTERN. Demos.
D. ALV. ¿Demos dices? Acomete.
Ea, escálese el castillo.
LINTERN. Atrévese quien se atreve.
D. ALV. (*Llamando.*) ¡Ah, del castillo!

ESCENA XVII

DICHOS *y el* ALCAIDE, *en la torre.*

ALCAIDE. ¿Quién llama?
D. ALV. Llama, Alcaide, quien pretende
vuestro honor y vuestro aumento.
El rey de Castilla quiere
que le entreguéis su castillo.
ALCAIDE. No se gana de esa suerte
honor, como vos decís.
Haga el Rey que á mí me suelten
los infantes de Aragón
el homenaje.
D. ALV. ¿Quién puede
en tierras del rey don Juan
tener castillos?
ALCAIDE. Quien suele
darle guerra y ser su igual.
D. ALV. (*Ap.*) No te respondo que mientes,
villano, por no impedir
la facción que se promete.—
Retírese vuescelencia;
retiráos todos, y queden
algunos en esa ermita.
(*Retíranse.*)
Sólo quiero hablarte. Deme
su salvaguardia el castillo.
ALCAIDE. Suba, pues, que ya la tiene.
Agria es la cuesta, y quien sólo
á esta fortaleza viene,
no nos engañará.
D. ALV. Yo,
señor Alcaide, fuí siempre
vuestro apasionado, y pues
el Rey manda que le entregue
su castillo, á cargo mío
han de quedar las mercedes.
Salid acá y hablaremos
sobre este repecho verde
con que este cerco, esta basa
del castillo se guarnece.
ALCAIDE. Señor Condestable, hablemos.
D. ALV. Si los infantes no pueden
resistir al rey, ¿por qué
se resiste y se defiende
un alcaide?
ALCAIDE. Porque he sido
noble como vos.
D. ALV. No siempre
es nobleza el ser constante,
porque hay constancias aleves.
ALCAIDE. Entregad á Enrique vos
el castillo de Alburquerque.
D. ALV. ¿Lo que no debo ni puedo
me pedís?
ALCAIDE. Mi dicho es ese.
D. ALV. Vos debéis, si sois leal,
entregalle.
ALCAIDE. ¿Quién me excede
en lealtad á mí? Ninguno.
D. ALV. Ya no puedo más; reviente
mi impaciencia. ¿Tú, alcaidillo,
tú, hombrecillo, te defiendes
del rey don Juan? Vive Dios,
que con una infame muerte
has de llevar á ese valle
hoy tu lealtad.
(*Derríbale.*)
ALCAIDE. Socorredme
los del castillo.
SOLD. 1.º ¿Quién basta
contra el ánimo valiente
del Condestable?
D. ALV. ¡Ah, soldados!
(*Salen el* Conde, Linterna *y* Soldados.)
CONDE. ¡Muera!
D. ALV. No muera; prendelde.
Da el anillo del Infante
para que el castillo entreguen,
ó morirás.
ALCAIDE. Véisle aquí.
D. ALV. Suban las banderas, trepen
ese cerro los soldados,
y en las almenas del fuerte
las tremolen.
LINTERN. Bien rodáis,
señor alcaide.
CONDE. El Rey viene
á gozar de la victoria.

ESCENA XVIII

DICHOS *y el* REY.

REY. Un nuevo soldado tienes,
Maestre de Santiago;
no puedo vivir sin verte,
tu sombra soy y testigo.
D. ALV. Señor, el cielo prospere
tu corona. Ya es Trujillo
tuyo otra vez.
REY. A Alburquerque
pasaremos á esperar
allí que la reina llegue:
por ti y por ella he venido.
Alvaro, llamarte puedes
duque de Trujillo; tuyo
ha de ser, pues le defiendes.
D. ALV. Mirad, señor, que la envidia
vive entre tantas mercedes.
No más, señor; ¡vive Dios,
que esta merced me entristece!
REY. Prosigamos la victoria.
Haced que marchen, Maestre,
Marqués de Villena.
LINTERN. Dale.
(D. Alvaro *va á besar los pies al* Rey *y cae sobre ellos.*)
D. ALV. Beso tus pies. Que tropiece
hizo el peso de tus honras.
Detente, dicha, detente;
fortuna, no quiero más;
á los pies del Rey me tienes.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

JUAN DE SILVA *y* VIVERO.

SILVA. Yo no sé desde este día
lo que en la corte ha pasado,
que me han tenido ocupado
fronteras de Andalucía.

VIVERO. El infante de Aragón,
hoy á la paz reducido,
entra en la corte, que ha sido
un soberano blasón
de don Juan no ser cruel
á tantos atrevimientos.
Ya sabes los casamientos
del Rey con doña Isabel
de Portugal, que ya vino,
siendo octava maravilla
de las damas de Castilla;
y con ella fué padrino
el Rey, prudente y afable,
de don Alvaro: ambos fueron
padrinos que honrar supieron
las bodas del Condestable.
Doña Juana Pimentel
fué el favor que la fortuna
dió á don Alvaro de Luna
más supremo, porque en él
el Condestable ha librado
toda su dicha, y en fin,
la quinta de su jardín
fué el tálamo deseado.
Mas si el sol suele crecer
al auge, y de allí no sube,
la misma sospecha tuve
de que esto ha de suceder
á don Alvaro, y que ha sido
el auge de su ventura
ser dueño de esta hermosura.

SILVA. ¿De qué lo habéis presumido?

VIVERO. De que, volviendo el Infante,
le han de volver los estados;
y los grandes, incitados
de la ambición arrogante
de don Alvaro, se unieron
á hacer cargos rigurosos.

SILVA. ¿Y vos llamáis ambiciosos
pecho y ánimo que os dieron
tanto honor? ¿Ese es buen pago?
¡Vive Dios, que es inculpable
la vida del Condestable
y Maestre de Santiago!
Ni arrogante ni ambicioso
en sus obras se ha mostrado;
mas es siempre el envidiado
lo que quiere el envidioso.
De ingrato y desconocido
retaros puedo, y prometo
que á no mirar el respeto
de palacio...

VIVERO. Ya ha salido
el Rey. Yo os responderé
donde os deje satisfecho.
(Ap.) Declaréme: mal he hecho;
mas yo lo remediaré.) *(Vase* Silva.)

ESCENA II

El REY *y* VIVERO.

REY. ¿Qué hay Vivero?

VIVERO. Gran señor,
lo que siempre digo. Presto
no tendréis hacienda; y esto
lo sé como contador.
Mucho á don Alvaro dais,
todos los grandes lo sienten:
¡plega á Dios que ellos no intenten
remedio que vos sintáis!
Remedialdo como sabio:
rico está; basta, señor,
tanta merced, tanto amor.

REY. ¿Os ha hecho algún agravio?

VIVERO. No, señor, ni dél le espero.

REY. Ingrato sois.

VIVERO. El criado
á su dueño está obligado.

REY. Bueno está; basta, Vivero.

ESCENA III

DICHOS, *la* REINA *y el* INFANTE.

REINA. Señor, el Infante viene
más humilde y más humano.
Suplícoos le deis la mano.

REY. Cuando tal padrino tiene
los brazos daré al Infante.

INFANTE. Señor, si algunos enojos
os he dado sin razón,
bástame para perdón
el sagrado de esos ojos.
Soy vasallo.

REINA. Y yo lo fío.

INFANTE. Pues que sabéis mis intentos,
perdonad si tengo alientos
de aconsejaros, Rey mío.
No llevan los grandes bien
tanto favor y amistad
con don Alvaro..

REINA. Es verdad.

REY. ¿Y vos, señora, también?
¡Pobre don Alvaro! creo
que una vez os dió la vida.

INFANTE. No hay obligación que impida
el buen celo, el buen deseo
de que esté tu majestad
en sus reinos con quietud.

REY. ¡Oh, villana ingratitud!
¡que se atreva tu impiedad
á una reina y á un infante!

INFANTE. Muchas culpas nos refieren
del Maestre, con que quieren
que no le tengáis delante.
Señor, oidlas, que es justo.

REY. ¿Cargos le quieren hacer?

INFANTE. No es bien dejaros vencer
de la amistad y del gusto.

REINA. Y cuando culpas no hubiera;
(si las hay, sábelo Dios)
el apartarle de vos,
¿qué inconveniente tuviera?

ESCENA IV

DICHOS y ZÚÑIGA.

ZÚÑIGA. Esta mi hermano os escribe.
REY. ¿Quién?
ZÚÑIGA. El conde de Plasencia;
el que con vuestra licencia
retirado en Béjar vive.
REY. Levantad, Zúñiga. *(Ap.)* (Tema
y obstinación de fortuna
quieren turbar esta luna.
Turbado rompo la nema.)

(Lee.) «Señor, todos los que firman desean como leales la paz destos reinos, y ésta es imposible hallarse por gobernar todo D. Alvaro de Luna, en cuyo poder están cargos y culpas que se podrían ver. Vuestra Majestad lo remedie.—*D. Luis de Velasco, Camarero Mayor. El conde de Plasencia. El marqués de Santillana. Pedro Manrique.*

¿Qué es esto, reino envidioso?
¡Que sea culpa la dicha,
y que venga á ser desdicha
el ser conmigo dichoso!
Vedme vos. *(Vase Zúñiga.)*

ESCENA V.

DICHOS, y salen DON ALVARO, LINTERNA y MORALICOS.

D. ALV. *(A Linterna.)* ¿A qué has venido?
LINTERN. Soy de buen gusto y curioso.
¿A la sombra de un dichoso,
quién no entró donde ha querido?
D. ALV. *(Al Rey.)* Tenga vuestra majestad
felices días.
REY. Si son
como el de hoy, no es bendición,
sino especie de crueldad.
D. ALV. ¿No me dais la mano?
REY. *(Ap.)* ¿Quién
tantas desventuras vió?
Desdicha es quererle yo,
delito quererme bien.
¿Posible es que éste se emplea
en culpas? No las espero.
Pues soy solo quien le quiero,
sea yo quien no las crea.
D. ALV. Besar la mano osaré
para mí tan liberal.
Y qué, ¿no me la dais?
REY. *(Ap.)* Mal,
si es culpado la daré.
¡Oh, rigurosos castigos!
D. ALV. Habladme, señor, por Dios.
REY. Alvaro, mirad por vos;
porque tenéis enemigos. *(Vase.)*

ESCENA VI

DICHOS, menos el REY.

D. ALV. ¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?
¿Han reventado las minas
de la envidia? Si declinas,
presto fué, fortuna, presto.
Señor Infante, en los ojos
del Rey he visto mudanza:
en vos tengo mi esperanza;
sabedme si son enojos.
INFANTE. No sé como puede ser,
que está el negocio apretado.
D. ALV. ¿No os acordáis que habéis dado
palabra de agradecer
mi voluntad?
INFANTE. Sí me acuerdo,
mas ¿quién basta para tantos?
(Vase el Infante.)

ESCENA VII

La REINA, DON ALVARO, VIVERO, LINTERNA y MORALICOS.

D. ALV. Basta Dios, bastan sus santos,
basta mi verdad; no pierdo
el ánimo cuando os hallo,
majestad piadosa, aquí.
Reina sois, volved por mí.
REINA. Sed, Maestre, buen vasallo,
y eso volverá por vos. *(Vase.)*

ESCENA VIII

DICHOS, menos la REINA.

D. ALV. *(Ap.)* Yo os hice sólo en un día
majestad de señoría:
reina os hice, ¡vive Dios!
El ser me debéis, y ansí
veros ingrata es consuelo,
pues sé que es obra del cielo,
y que no nace de mí.
Los mismos cielos envían
á un magnánimo este mal
para ejemplo universal
de los hombres que confían
en los hombres, y si vengo
á ser ejemplo del mundo,
aun cayendo en lo profundo,
hoy singular dicha tengo.
Bien sé, Vivero, que aquí
andáis con algún engaño:
yo mismo labré mi daño;
gusano de seda fuí.
Bien conozco en estos modos
que por bien me pagáis mal. *(Vase.)*
VIVERO. Oid, oid.

ESCENA IX

VIVERO, LINTERNA y MORALICOS.

LINTERN. ¡Pese á tal!
San Martín hay para todos.
¡Oh, envidia, que eres polilla
de la próspera fortuna
de don Alvaro de Luna,
Condestable de Castilla!
El rey don Juan el segundo
con mal semblante le mira:
cosa es común, mal se admira
de aquestas cosas el mundo.
¿Quién no dió tales primicias

á la fortuna voltaria?
Dió vuelta la rueda varia,
trocó en saña sus caricias.

MORAL. Si hoy parece que declina,
volverá á su ser mañana.

LINTERN. No hay seguridad humana
sin contradicción divina.

MORAL. Todo pasa y vuelve aprisa,
no hay firme seguro estado.

LINTERN. Hoy el Rey no le ha fablado,
miróle de mala guisa.
Tras él voy, porque diría:
¿do está mi lacayo? ¡ah, dolo!
Dejáronme venir solo
la gente que me seguía. (*Vanse.*)

ESCENA X

Sale DON ALVARO.

D. ALV. ¡Oh, casa, humano reposo!
¡Oh, cuántas veces me viste
más dichoso, menos triste,
más cuerdo, más animoso!
Aquí de Dios, importuno
pensamiento habla por mí.
¿Hice bien á muchos?—Sí.
¿Y agravio á quién?—A ninguno.
¿Soy traidor?—De ningún arte.
¿Qué he merecido?—Laureles.
¿Tengo enemigos?—Crüeles.
¿Qué pretenden?—Derribarte.
¿Quién lo dice?—La experiencia.
¿Qué dice el vulgo?—Es confuso.
¿Por qué me envidian?—Es uso.
¿De quién?—Del mundo. ¡Paciencia!
¡Qué mal un triste reposa!
Moralicos.

ESCENA XI

DON ALVARO *y* MORALICOS.

MORAL. Mi señor.

D. ALV. Tú sueles, cual ruiseñor
que despierta al alba hermosa,
divertirme. Si cantares,
ya que mi fatiga es tanta,
canciones tristes me canta
para hartarme de pesares.

MORAL. ¿Quieres que Lisardo cante.

D. ALV. Sí.

MORAL. (*Llama.*) ¿Lisardo?

D. ALV. Cante afuera,
por si mi cólera altera
la gravedad del semblante.
No me mire mis acciones;
porque suele delirar
el que se deja llevar
de las humanas pasiones.—
¿Qué hay, mi fortuna, qué hay?
«Que me he cansado.»—Es tu oficio.
Ya ha temblado el edificio;
esta máquina se cay.

MÚSICA. (*Dentro.*) «Lo de ayer ya se pasó;
lo de hoy cual viento pasa,
lo de mañana aún no llega,
ansí aqueste mundo anda.»

D. ALV. Si humo, nada, polvo y viento
es la vida; ¿qué será
el bien que el mundo nos da?
También vendrá á ser tormento.
¡Qué mal un triste reposa!
No hay discurso que mitigue
la imaginación. Prosigue,
Lisardo; canta otra copla.

MÚSICA. «Los que priváis con los reyes
notad bien la historia mía;
mirad que á la fin se engaña
el hombre que en hombres fía.»

D. ALV. Servíle treinta y dos años,
y siempre bien me ha querido;
¿cómo ahora se ha creído
de mentiras y de engaños?
Mas si mi daño sentía,
como piadoso y humano,
¿por qué me negó la mano?
Amistades no quería;
retiróla, enojo ha sido;
pero ¿cómo me ha avisado?
No lo entiendo, estoy turbado;
no lo entiendo, estoy perdido.
(*Suena ruido dentro, y sale* Linterna.)

ESCENA XII

DON ALVARO *y* LINTERNA, *luego* MORALICOS.

D. ALV. ¡Hola! ¿qué es esto?

LINTERN. No es nada.
Cayóse un balcón infiel;
estaba Vivero en él,
y dió tal pajarotada
que como huevo estrellado
hace la figura de Ero.

MORAL. Alonso Pérez Vivero,
á ese balcón arrimado,
esperaba para hablarte;
era antigua la madera...

D. ALV. Salir no quiero allá fuera,
no digan que tengo parte
en su muerte; aunque si es
mi dicha toda accidentes,
hoy lo dirán los presentes
y las historias después.

ESCENA XIII

DICHOS *y* DOÑA JUANA PIMENTEL.

JUANA. Don Alvaro, mi señor,
dícenme que habéis venido
melancólico: ¿qué ha sido?
¡vos triste! ¡vos sin color!
Sólo el hombre sin honor
ha de turbar el semblante,
no el magnánimo y constante.
¿Cómo se ha de entristecer
razón que deba tener
el corazón de diamante?
¡Ea! señor, ¿á dónde está
del ánimo la grandeza,
del valor la fortaleza?
¿Accidente humano os da
perturbación cuando ya
con la experiencia y los años

la luz de los desengaños
debe alumbraros? ¿qué es esto?
D. ALV. Retiráos.
LINTERN. Morales, presto
verás sucesos extraños.

(*Vanse.*)

ESCENA XIV

DON ALVARO *y* DOÑA JUANA.

D. ALV. Mi señora, ya he mirado
que ha sido vuestro valor
el bien último y mayor
que la fortuna me ha dado.
Principio me dió y estado,
y declinación tendré
como cuanto el cielo ve.
Comencé cuando serví,
títulos tuve, subí,
vuestro fuí, mi estado fué.
Y si el tiempo y la fortuna
á un mismo paso caminan
y en ese cielo declinan
los aspectos de la luna,
si no hay estancia ninguna
en cuanto el cielo crió,
mi declinación llegó
y ya mi ruina prevengo.
Muchos enemigos tengo;
la mano el rey me negó.
JUANA. Mi señor, mi bien, mi amigo:
ni os animo, ni aconsejo,
que á vuestra experiencia dejo
uno y otro; pero digo
que al que es fatal enemigo
no puede la humana suerte
resistir, y el varón fuerte
no tiene cólera alguna
con el tiempo y la fortuna,
con la vejez y la muerte.
Lo que importa es que en el trance
de cualquiera de estos cuatro
se exponga el hombre al teatro
del vivir sin que le alcance
culpa alguna, y que balance
su virtud y acciones de hombre;
porque cuando más le asombre
fortuna ó muerte atrevida,
quitaránle estado y vida,
mas no borrarán su nombre.

ESCENA XV

DICHOS, *y sale* LINTERNA.

LINTERN. Subid, señor Condestable,
en aquel trotón aprisa;
huiréis del Rey la saña,
porque á prenderos envía.
Inconstantes son los hombres,
sus palabras son fingidas,
cautelosas sus mercedes,
y sus verdades mentiras.
Volved los ojos, señor,
á las pasadas desdichas
y furtad el cuerpo agora
á la que ya viene encima.
D. ALV. Linterna, ¿qué es lo que dices?
LINTERN. Como fablo en lengua antigua,
al uso de nuestros padres,
pensáis que es sandez la mía.
Nuesa casa está cercada,
ya las puertas nos derriban,
gente sube, fugid luego,
que otro remedio non finca.
Cortesanos palaciegos
que entre lisonjas se crían
non guardan los mandamientos
y vos guardan las esquinas.

ESCENA XVI

DICHOS, *y sale* ZÚÑIGA *con soldados.*

ZÚÑIGA. Señor Condestable, daos
á prisión.
LINTERN. A cosa linda
se ha de dar.
ZÚÑIGA. El Rey lo manda;
él á prenderos me envía.
JUANA. Huid, señor, mientras yo
defendiendo vuestra vida
fuere cristiana amazona,
fuere segunda Camila.

(*Saca la espada de uno y pónese contra todos.*)

¡Vive Dios, que el gran Maestre,
Condestable de Castilla,
ni se ha de dar á prisión
ni sujetar á justicias!
Tomad las armas, criados.
ZÚÑIGA. Señora, en vano porfían
vuestro amor y vuestro aliento:
cien hombres traigo.
JUANA. A la ira
de mi pecho serán pocos.
Subid, señor, por mi vida.
D. ALV. Ni me suelta mi destino,
ni mi esperanza me anima,
ni me dejan dar un paso
el peso de mis desdichas.
ZÚÑIGA. Esta cédula es del Rey;
por ella promete y firma
que será vuestra persona
salva siempre.
D. ALV. No se diga
que si D. Alvaro huye,
algunas culpas tenía.
No digan que contra el Rey
tomé las armas. Justicia
guardará mi Rey; bien sé
que no hallará culpas mías.
Y si el hombre es breve mundo,
obra de mano divina,
pequeño Dios es el Rey;
¿dónde, pues, dónde podría
huir yo de su poder?
Preso voy.
JUANA. Y yo sin vida.
LINTERN. Yo sin tomar mi consejo.
MORAL. Yo dando lágrimas vivas.

(*Vanse.*)

ESCENA XVII

Sale el INFANTE. *Luego la* REINA *y el* REY, *por su orden.*

INFANTE. Que mengüe luna tan llena
á mí sólo me conviene,
pues los estados me tiene
de Trujillo y de Villena.
Sabe Dios que no deseo
ni su mal, ni su disculpa,
y entre el engaño y la culpa,
ni bien dudo, ni bien creo.
Mientras tengo la pasión
solo quiero la justicia,
como engaño ni malicia
no cabe en su perdición.

REINA. Que reina por su orden fuí,
pretende, y es gran rigor
el tener un acreedor
siempre delante de mí;
que grande deuda sería,
y su queja cierta estaba
viendo que no le pagaba
y que pagarle podía.

REY. Ya estará el reino contento,
porque los jueces nombré
que examinen bien la fe
y lealtad de aquel portento
de desdichas.

REINA. En la muerte
de Vivero poco habrá
que averiguar; claro está.

REY. No muy claro; de otra suerte
ahora lo han referido.

ESCENA XVIII

DICHOS, *y sale* ZÚÑIGA

ZÚÑIGA. A esta torre traigo preso
al Condestable.

REY. Confieso
que su amor me ha enternecido.
¿Preso dijo? ¡qué rigor!
¡qué apriesa que le persiguen!
¡Plega á Dios que no me obliguen!
á otra palabra peor.

D. ALV. *(Dentro.)* (He de entrar.)

ZÚÑIGA. No puede ser,
no querrá el Rey que le vea
hombre preso.

D. ALV. Aunque lo sea,
vive Dios que le he de ver.

ESCENA XIX

DICHOS *y* DON ALVARO.

D. ALV. Rey don Juan, rey mi señor,
perdonad si preso os hablo,
que este privilegio tiene
quien está preso en palacio.
Bien os acordáis señor,
que son ya treinta y dos años
los que os serví con lealtad,
más de amigo que vasallo.
La libertad que no tengo
muchas veces os he dado,
cuando grandes, cuando chicos,
niño y hombre os la quitaron.
Recibí grandes mercedes,
no las niego, no, antes hallo
que no ha recibido tantas
ninguno de rey humano.
Nada os pedí, vos me disteis
esta máquina que traigo
encima de las riquezas
que ya me van derribando.
Si me las disteis, señor,
por darme lugar más alto
de que arrojarme, pregunto:
¿fueron mercedes ó agravíos?
¿Por qué me hicisteis tan rico
para hacerme desdichado?
Cruel sois haciendo bien,
dando vida sois tirano.
Hoy lástima, ayer envidia;
hoy fatiga, ayer descanso;
hoy prisiones, ayer triunfos:
bien se ve que está jugando
la fortuna con los hombres,
y vos, Rey, y Rey cristiano
su instrumento sois, ¿qué mucho?
Los elementos contrarios,
y amigos entre sí mismos
de su poder blasonaron,
agua, tierra, fuego y viento
soy, señor, crecí de espacio,
y aprisa me derribáis.
Acordaos de mí, acordaos;
no borréis la imagen vuestra;
no deshagan vuestras manos
criado que tanto os quiso,
hechura que os costó tanto.

REY. *(Ap.)* No le puedo responder
con la gravedad y el llanto
de rey, amigo y juez.
Zúñiga.

ZÚÑIGA. Señor.

REY. Llevaldo
á Portillo. (¡Ay, infelice!)

ZÚÑIGA. Señor Condestable, vamos.

D. ALV. *(Al* Rey.) ¿Hablarme no me queréis,
ni menos me habéis mirado,
ni me dáis consuelo, Rey?
Démele el Rey soberano. *(Llévanle.)*

ESCENA XX

El REY, *el* INFANTE *y la* REINA.

REY. *(Ap.)* ¡Que me obligue á mí el reinar
con quietud á un trance amargo
de ver preso á quien bien quise!
Mas padecer puede engaños
este amor. Llevarme dejo,
ya fácil, y ya cristiano,
del rigor ó del acierto
de mis grandes.

INFANTE. *(Ap. á la* Reina.) No turbaron,
como pensé los afectos
del Rey sus palabras.

REINA. Vario
dijeron que era el discurso
contra el destino y el hado
los filósofos gentiles.

ESCENA XXI

DICHOS, *un* CRIADO *y luego un* SECRETARIO.

CRIADO. Aquí espera el secretario *(Sale éste.)*
REY. ¿Qué queréis vos?
SECRET. A firmar
los jueces me enviaron
la sentencia del Maestre.
REY. ¿Sin escuchar sus descargos?
¿Son comedia estas acciones?
¿Es nuestra vida teatro,
que todo pasa en un día?
Pero ¿quién vive de espacio?
Presto dieron la sentencia.
INFANTE. Los cargos justificados,
bien hacen en darse priesa
sosegando el reino.
REY. Cuándo
es la pasión el juez,
amor propio el abogado,
la envidia el procurador,
¡ay, del reo! no firmaron
reyes con tanto temor.
¿A qué, pues, le sentenciaron,
secretario, los jueces?
SECRET. A que muera degollado.
REY. ¡Válgame Dios, que llegaste,
gallarda luna, al ocaso!
¡Qué tinieblas mereciste,
después del camino largo
de tus servicios!
REINA. Señor,
¿valor falta en vuestra mano
para tener una pluma
y un papel, que es justo? Agravio
haceis á vuestra justicia.
REY. Con siete letras deshago
lo que en muchos años hice.
¡Que pueda un hombre en un cargo
darle muerte, siendo dueño
del vivir sola la mano
de Dios! ¿Qué tiranos reyes
á este trance no temblaron?
La pluma es áspid; veneno
es la tinta; el papel blanco
es retrato de la vida;
manchemos, pues el retrato.
No acierto á escribir.
REINA. Ansí
moverás, señor, la mano.
(Llévale la mano.)
REY. «Yo el Rey» diré, como fiero,
el cruel, más acertado:
¿yo he de decir que lo firmo?
¿yo he de decir que le mato?
Él le sigue, ellos dirán,
envidiosos y tiranos:
Rey, digo, Dios en la tierra,
si otro rige en este paso,
¿cómo he firmado «Yo el Rey»?
¿cómo firmé lo que es falso?
Letras, si lleváis borrones,
caracteres sois de encantos,
líneas de la misma muerte,
no os vean ojos humanos.
¡Oh, pluma, flecha con yerba
(Arrójala.)
que disparada del arco
de la desdicha, penetras
dos pechos de cera y mármol!
Pluma, pincel que robó
la imagen del simulacro
de la privanza de un rey,
¡mal os haga Dios!
REINA. ¡Que tanto
pueda en un rey la piedad!
INFANTE. Sentir debe el propio daño;
que era otro él el que muere.
REY. Quien dice que es ser privado
dicha, miente; de la envidia
es un objeto bizarro. *(Vanse.)*

ESCENA XXII

DON ALVARO *con cadenas, y* MORALICOS *canta; luego sale el* SECRETARIO.

MÚSICA. «Aquella luna hermosa
que sus rayos le dió el sol,
hoy con un mortal eclipse
pierde luz y resplandor
en lo más alto subida
del cielo de su favor:
nace en la casa del Toro
y muere en la de León.»
SECRET. Don Alvaro, mi señor,
aquí es menester paciencia;
aquí importa la prudencia;
aquí es menester valor.
D. ALV. ¿Cuándo permiten que hable?
Alvaro escuchando estoy:
sin duda que ya no soy
Maestre ni Condestable.
¿Siendo yo el mismo valor,
de valor me prevenís?
SECRET. A gran desdicha venís,
y no puede ser mayor.
A muerte os han condenado,
y ésta se ha de ejecutar.
D. ALV. ¿Quién oyéndola nombrar
no ha gemido y no ha temblado?
¡Válgame Dios! ¡trance fuerte!
¡miseria fatal del hombre!
Si me espanta sólo el nombre
¿qué será la misma muerte?—
Un jarro de agua me trae;
porque siento con desmayo
esta sentencia, este rayo
que del mismo cielo cae;
y la sangre, en tal estrecho,
oyendo el trueno ha temblado
y dejó desamparado
el corazón en el pecho.
MORAL. *(Sale.)* Aquí hay agua.
D. ALV. ¡Cómo espanta
la muerte con su gemido!
Aunque entró por el oído,
se atravesó á la garganta.
Pasarla quiero bebiendo. *(Bebe.)*
SECRET. Sentimiento natural;
pensión del último mal.
MORAL. Sabe Dios que estoy sintiendo.
D. ALV. Ea, alentad, corazón;
temor no debéis sentir,

porque el nacer y el morir
actos semejantes son.
Siempre á desdichas nacimos,
siempre en miserias estamos,
cuando nacemos lloramos,
lloramos cuando morimos.
El que nace, salir quiere
de un sepulcro; en otro yace:
sepulcro deja el que nace,
á sepulcro va el que muere.
La cuna es bien y es trabajo,
porque sin distancia alguna,
cuando está hacia arriba es cuna,
tumba cuando está hacia abajo.
Bien sabéis, rey verdadero,
pues sois el original
de mi rey, que es rey mortal,
que por su ofensa no muero;
por las vuestras, sí, y asombre
vuestra gran piedad, mi Dios,
que ofenderos pude á vos
sin hacer ofensa al hombre.
Y ofender como infiel
no puede al Rey hombre sabio
sin que vos sintáis agravio,
no sintiendo el vuestro él.

SECRET. Escuchadme la sentencia.

D. ALV. Sin oirla la consiento.
Niño, tu pérdida siento;
huérfano estás, ten paciencia.
Con sólo este anillo vengo,
daréte este último bien
y mi sombrero también,
pues ya cabeza no tengo.
Di tú al Príncipe jurado
que, á quien sirve con amor,
aprenda á pagar mejor
que su padre me ha pagado.
Bien se que atalaya soy,
que subí desde la cuna
al monte de la fortuna,
y avisos al hombre doy,
porque se guarde y asombre,
diciendo con voz incierta:
«Alerta humanos, alerta,
no confiéis en el hombre.» *(Vanse.)*

ESCENA XXIII

Salen el REY DON JUAN, *el* INFANTE, *y* CRIADOS.

REY. Fantasmas, melancolías,
¿qué me queréis desta suerte?
Sombras ¿qué sois? ¿línea ó muerte?
Pues ya se acaban mis días,
basten ya las ansias mías;
dejadme rigor extraño;
con piedad y sin engaño,
todo es piedad y sentir,
que sólo podré vivir
más que don Alvaro un año,
si me cita al Tribunal
de Dios... Estoy engañado;
que fué siempre el desdichado
tan piadoso, tan leal,
que no me hará tanto mal,
y ser culpado no espero.
No permito el trance fiero
sin piedad y con malicia;
todos dicen que es justicia,
y quebrantarla no quiero.

ESCENA XXIV

DICHOS, *y* DOÑA JUANA PIMENTEL.

JUANA. Rey don Juan, rey de Castilla,
y merecedor del mundo;
en el título segundo,
á tus pies, señor, se humilla,
como viuda tortolilla,
la misma lealtad, la fe,
aunque sin alma se ve,
sin don Alvaro, y es ya
sombra de lo que será,
no sombra de lo que fué.
Rey piadoso ¿cómo puedes
matarnos con impiedad?
que siendo yo su mitad,
el mismo fin me concedes.
Desdichas son tus mercedes:
una de dos, rey airado;
si él pecó, tú estás culpado
en darle honor imprudente;
si no erró, y es inocente,
¿por qué ha de ser desdichado?
Ea, Rey, que es singular
la piedad en la grandeza:
la ley en naturaleza
pelea por conservar
lo que ha sabido criar:
imita á Dios, si renombre
pretendes que al mundo asombre,
que antes quiso padecer
que borrar ni deshacer
esta máquina del hombre.

REY. *(Ap.)* Con el alma enternecida,
entre piedad y rigor,
yo vengo á estar como flor
de dos vientos combatida;
pesando estoy muerte y vida.
¡Oh, tú, justicia! ¿aquí estás?
¿aquí, amor, lágrimas das?
Pelead con esperanzas;
muera ó viva en las balanzas [1],
pero la justicia más.

JUANA. Dueño mío, no hay piedad;
trofeo de la fortuna
es vuestra pompa veloz,
vuestra majestad caduca.
Hoy morirás, y tan pobre,
que te falte sepultura;
mas no importa, prodigiosas
serán las obsequias tuyas.
Los montes serán, del mundo,
pirámides y colunas
de tu rico monumento,
no le igualará el de Numa.
El cóncavo de los cielos
será la fúnebre tumba,
y la temerosa noche

[1] En el original dice: «muera viua, en las balanças»; de todos modos el pasaje es muy oscuro.

con sus bayetas la cubra.
Las estrellas serán hachas,
pues son faroles que alumbran
en el entierro del sol,
en la tristeza nocturna.
Lágrimas serán las fuentes,
que el mar anhelando buscan,
y las voces de tu fama
epitafios que reduzcan
alabanzas á tus dichas:
si el Rey falta, Dios te ayuda,
porque tan grande varón
no cabe en menores urnas. *(Vase.)*

ESCENA XXV

El Rey, *el* Infante *y criados.*

Rey. Movido de aquellas voces,
más piadosas que importunas,
seguidme todos, seguidme,
y esta acción tenedla oculta,
porque historias no la cuenten
á las naciones futuras.
Por si alguno nos conoce,
los que vinieron se cubran,
que quiero ver el teatro
donde en trágicas figuras
representan mis mercedes
en agravios y en injurias.
¡Vive Dios, que si no es muerto,
que aunque el reino se conjure
contra él, que ha de vivir:
mas ya mi tardanza es mucha!

Infante. Ya estás, señor, en la plaza;
que parece que con plumas
has venido, y aquí tienes,
si mis ojos no lo dudan:
el espectáculo triste.

Rey. ¿Quién habla en él? Oye, escucha.

ESCENA XXVI

Descúbrose un teatro de luto, y Moralicos, *de luto con un plato pidiendo; el cuerpo aparte y la cabeza aparte.*

Moral. Dadme por Dios, hermano,
para ayuda enterrar este cristiano.

Rey. ¡Ay, Luna triste!
saliste tarde, y presto te pusiste;
nunca á crecer llegaras,
porque si no crecieras, no menguaras.

Moral. Dadme por Dios, hermano, etc.

Rey. Si la vida no le dí,
¿qué importa la sepultura?
Honras le hiciera en la muerte,
pero de hacerlas resultan
inconvenientes agora
que de su bien me desnudan:
arrepentido estoy ya.—
Reyes deste siglo, nunca
deshagáis vuestras mercedes,
ni borréis vuestras hechuras.
¡Oh! ¡Quién á mis descendientes
avisara que no huyan
de los que bien eligieron
para la mudanza suya!
Y con este triste ejemplo
de la envidia y la fortuna,
acabe aquí el gran eclipse
del resplandor de los Lunas.

COMEDIA FAMOSA

LA MEJOR ESPIGADERA

PERSONAS DELLA

El rey de Moab.
Rut.
Orfá, *dama*.
Bohoz.
Timbreo.
Aser. } *pobres*.
Herbel. }
Gomor.
Lisis, *pastora*.
Nohemí.
Jabel.
Zefara.
Asael.
Elimelec.
Masalon.
Quelion [1].

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Salen Aser *y* Herbel, *pobres*.

Aser. ¿Hasta cuándo ha de durar
el hambre de Palestina?
Herbel. Mientras no cesa el pecar
no cesa la ira divina
que nos quiere castigar.
Tres años ha que olvidada
la tierra que esteriliza
nuestra suerte desdichada,
la maldición profetiza
de nuestro padre heredada.
Mete el hambre el mundo á saco;
ni á Céres paga el Agosto,
ni el fértil otoño á Baco.
Aser. Herbel, sin pan y sin mosto,
todo estómago anda flaco.
Comíme el año primero
el ganado que tenía,
sin dejar macho ó carnero;
los bueyes maté otro día,
comiéndome carne y cuero.
Mis tierras después vendí,
y comímelas también.
Por pan mis alhajas dí,
y la casa que en Belén
tuve, también me comí.
Ni ya tengo que vender,
ni el hambre su rigor doma,
pues de suerte viene á ser,
que si no que á mí me coma,
no tengo ya que comer.
Herbel. ¡Pobre de quien no ha dejado,
Aser, jumento ó rocín
que al hambre no haya guizado [2]
Ayer me comí el mastín,
alcaide de mi ganado.
Por tejados y rincones
ando á caza todo el día
(sin ser gato) de ratones;
gazapos, que el hambre mía,
juzga pavos y pichones.
Ya no tengo qué comer
si Dios su rigor no aplaca:
cayéndome estoy, Aser.
Aser. Yo anoche cené una urraca.
Herbel. Yo un jernicabo 3 anteayer.

---

1 [F]iguran además: Jalebl, Nisiro, Capitán ismaelita, Elfí y Asa.
2 [E]n la reimpresión de D.ª Teresa de Guzmán: «quitado.»
3 [E]n la misma: «zernícalo.»

ESCENA II

Dichos. *Sale* Gomor, *comiendo medio pan, y* Lisis, *pastora.*

Lisis. Parte conmigo, Gomor,
la mitad de aquese pan,
si es que me tienes amor.
Gomor. Hambre y amor mal cabrán
en el pecho de un pastor.
Diez días ha que por cerros,
buscando yerbas perdido,
arroyos, valles, destierros
he espulgado, y no he comido
si solas setas y berros:
mirad vos cómo os querré
comiendo regalos tales.
Lisis. ¡Si tú amaras bien!
Gomor. Cené
anoche unos mercuriales,
y todo el amor purgué.
Lisis. ¿Quien la vida te entregó
merece tratarse ansí?
Gomor. ¿Vuesa vida tengo yo?
Lisis. Mi vida, ingrato, te dí:
que quien firmemente amó
más vive en la cosa amada
que en sí mismo.
Gomor. Bien, ¡por Dios!
El trueco, Lisis, me agrada.
En fin, que yo vivo en vos,
y vos en mí, transformada.
Lisis. Si bien me quieres, no hay duda
que vidas hemos trocado.
Mira si es razón que acuda
á quien yo mi vida he dado
y en mí la que tiene muda.
Gomor. ¡Alto! Pues que me da ser
vuesa vida agradecida,
no tengo que responder,
sin que á quien me dió su vida
que yo la dé de comer.
Medio pan me ha dado Dios,
y según el hambre es fiera,
no hay para empezar los dos;
mas justo es que yo me muera
á trueque que viváis vos.
Pues tenéis mi vida allá,
no os dé pena, muérase;
que, mientras hambrienta está,
comiéndome el pan, podré
sustentar la vuesa acá. *(Cómeselo.)*
Lisis. ¿Respuesta tuya es aquesa,
bárbaro, ingrato, homicida?
Gomor. ¿De verme comer os pesa?
¿No se lo quito á mi vida
para dárselo á la vuesa?
Lisis. Yo me vengaré de ti
si el rigor del tiempo pasa.
Aser. Elimelec vive aquí,
la persona más escasa
y rica que en Belén vi.
Gomor. ¡A buenas puertas nos coge
el hambre!
Herbel. ¡Fuego de Dios
que le destruya y despoje
de tanta hacienda!
Aser. Los dos,
aunque de vernos se enoje,
á pedille hemos venido
limosna.
Lisis. Que la dé dudo.
Aser. Por su deudo me ha tenido.
Más da el duro que el desnudo,
y el avaro que el perdido.
Herbel. No hay hombre en todo Efratá
tan caudaloso.
Lisis. ¿Qué importa,
si á nadie empresta ni da?
Larga hacienda y mano corta
mal socorrer nos podrá.
Las trojes, que el grano rojo
guardan, dejará comer
del atrevido górgojo,
y el vino, que viene á ser
del año el postrer despojo,
en vinagre convertir
primero que remediar
al pobre.
Aser. Yo he de pedir
á sus puertas y incitar
su enojo antes que morir.
Herbel. ¡Qué mal que le cuadra el nombre
de Elimelec!
Aser. Significa
Dios mio, porque os asombre.
Gomor. Mal el ser Dios se le aplica
á tan avariento hombre,
que Dios á todos mantiene,
y más guardando su ley.
Herbel. *Rey* á interpretarse viene
Elimelec.
Lisis. ¡Qué mal rey
quien guardado el trigo tiene
y á ningún pobre recibe!
Aser. Es alma el rey, que del modo
que vida al cuerpo apercibe,
y estando toda en el todo,
toda en cualquier parte vive;
así el rey tiene de estar
dando á todo el reino ser,
y en cualquier parte ó lugar
todo lo ha de socorrer
y sus miembros sustentar.
Gomor. Id á Elimelec con eso,
veréis si lo cumple ansí.
Lisis. El hambre os aviva el seso.
Herbel. De su mujer Nohemí
la mucha virtud confieso.
Gomor. Basta empezar en Noé
su nombre para ser buena,
que el vino inventó.
Aser. Yo sé
que la avaricia condena
que el pueblo en su esposo ve.
Herbel. Nohemí es lo mismo que hermosa.
Lisis. Fuélo mucho, mas los años
traen la vejez enfadosa,
envuelta en los desengaños
que marchitan cualquier rosa.
Aser. Pues no tiene tanta edad.
Lisis. Ha parido ya dos veces.
Gomor. Los hijos y años dejad,
juventudes y vejeces,
qué con hambre es necedad

meteros en eso.

HERBEL. Ansí
el tiempo y hambre se pasa.

GOMOR. El hambre no, el tiempo sí.
Si Elimelec no está en casa,
de la virtud de Nohemí
remediar mi daño espero,
que es generosa y honesta.

ASER. Llamar á sus puertas quiero
y pedilla. Mas ¿no es ésta?

HERBEL. Sí.

LISIS. Su piedad considero.

ESCENA III

DICHOS y NOHEMÍ.

NOHEMÍ. ¿Posible es que de Efratá,
que se interpreta abundante,
os olvidéis mi Dios ya?
No hay comarca semejante
en la tribu de Judá
en frutos, pues de Israel
la troj se solía llamar.
Vos, señor, piadoso y fiel,
que á Jacob quisisteis dar
esta tierra, acordáos de él.
Mirad que estéril y seca
aflije vuestra nación,
que cierra el cielo quien peca.
No es tierra de promisión,
ni ha dado miel y manteca,
ni aun yerba en estos tres años,
como prometistes vos.
¿Qué han de decir los extraños
sino imputaros, mi Dios,
estos trabajos y daños?
Culpará la providencia
de vuestra mano infinita,
contra vuestra omnipotencia,
el idólatra mohabita,
y dirá con insolencia
que es mejor Dios su Dagón,
su Astarot, su Bahalín,
que no vos, Dios de Sión;
que nos trujistes, en fin,
no á tierra de promisión,
sino de daño infinito,
y de Beer-Sabé hasta Dan,
los que aflije su delito,
otra vez suspirarán
por las cebollas de Egipto.
No permitáis tal, señor;
vuestro pueblo socorred,
y dando fin al rigor,
no por nosotros volved,
mas volved por vuestro honor.
No está en casa mi marido;
ojalá pobres vinieran,
que pues Dios me ha enriquecido,
con abundancia comieran
lo que les he prevenido.
Pero aquí están. Pobres míos,
¿querréis comer?

HERBEL. Dios lo sábe.

NOHEMÍ. Pecados y desvaríos
tienen los cielos con llave.

GOMOR. Y los estómagos fríos.

ASER. Seis meses ha que no sé
lo que es pan.

GOMOR. Una barriga
de buey anoche cené;
duélase de mi barriga,
que no hallará, si la ve,
cosa en ella que encomiende
á las tripas, importante.
Por pies mi estómago entiende
cual bolsa de pleiteante,
ó como casa con duende;
como robada maleta;
como brasero en verano;
como enfermo con dïeta;
como lealtad de gitano
y cerebro de poeta.

NOHEMÍ. Entrad, mis pobres, que aquí
os tengo puesta la mesa.

LISIS. Plegue á Dios, cuerda Nohemí,
que de la familia vuesa,
pues nos sustentáis ansí,
el Mesías deseado
nazca que á Israel dé gloria,

ASER. Vueso nombre celebrado
quede con divina historia
en nuestro libro sagrado.

NOHEMÍ. En ese oculto aposento,
Asael, la mesa está:
dalos en ella sustento,
pues dicen que el cielo da
por uno al piadoso, ciento.
Entrad primero que venga
mi esposo, que lleva mal
que de su hacienda mantenga
de mi tribu y natural
los pobres, y antes que tenga
Masalón de esto noticia
y Quelión, mis dos hijos,
excusemos su malicia,
que los trabajos prolijos
con que de Dios la justicia
nos aflige, los ha hecho
tan cortos como á su padre:
entrad, y hágaos buen provecho.

HERBEL. Pues de pobres eres madre,
y con tan piadoso pecho
acudes á nuestro daño,
tu casa el cielo bendiga,
hónrete el propio y extraño.

NOHEMÍ. Entrad.

GOMOR. Hoy, Lisis amiga,
saco el vientre de mal año. *(Vanse.)*

NOHEMÍ. Si de Egipto el hambre fiera
nuestro José socorrió,
aunque extraña nación era,
y mi casa enriqueció
el cielo de esta manera,
¿por qué en ella ha de faltar
á los de Israel sustento?
Ningún pobre ha de llegar
que vuelva á salir hambriento
mientras haya que les dar.

ESCENA IV

NOHEMÍ, ZEFARA *y* JALEEL.

JALEEL. Digo, Zefara, que yo
tengo derecho á comer
el hijo que nos quedó,
que el padre sólo da el ser
al hijo, y la madre no.
No le escondas, si es que quieres
que refrene mi rigor.

ZEFARA. Madre soy, si tú padre eres,
y siempre reina el amor
más que el hambre en las mujeres.
El ser como tú le he dado;
nueve meses le he traído
de mi sangre alimentado;
con dolores le he parido;
mis pechos le han sustentado.
En vano Jaleel porfías
probar que eres sólo el dueño
de quien, no como yo crías,
de noche á costa del sueño
y del descanso los días.
Dalle el ser ¿de que sirviera?
si sin forma se quedara
y antes que vida tuviera
y del alma se informara,
sin mi amparo pereciera.
Vida le dió mi calor,
en mis entrañas estuvo,
y Dios, como en obrador,
su cuerpo informe entretuvo,
hasta que siendo criador
del alma, que no le has dado,
en su cuerpo la infundió,
por mi sangre organizado.
De mí con vida salió,
hermoso y perficionado;
mas de ti tan imperfecto,
que aun hasta el ser de animal
no sacó, sino respeto
sólo de hombre virtual,
siendo de tu causa efecto.
¿Por qué has de querer, ingrato,
(cuando el ser de ti tuviera)
comer tu mismo retrato?
Su madre soy verdadera,
y así escondértele trato:
cómeme, tirano, á mí,
que su misma carne soy.

NOHEMÍ. ¿Qué es esto?

ZEFARA. ¡Oh, cuerda Nohemí!
crueldades has de ver hoy
que te han de sacar de ti.
Este padrastro, no padre,
al mismo hijo que dió el ser,
sin que ley ni amor le cuadre,
quiere, bárbaro, comer,
y yo, que, en fin, soy su madre,
le defiendo.

JALEEL. Si se atreve
el hambre á mi hijo ansí,
la necesidad me mueve.
La vida y el ser le dí,
págueme lo que me debe,
que en trabajo tan urgente
no es injusta mi demanda,
ni yo soy padre inclemente,
pues el Decálogo manda
que al padre el hijo sustente.

NOHEMÍ. ¿Vióse pleito más crüel?
¿vióse demanda más fiera?
¡Vive el Señor de Israel!
que si en mi casa no hubiera
más que un pan, probara en él
la piedad que me enternece.
¡Que el hambre, mi Dios, horrenda
pueda tanto cuando crece,
que á su hijo comer pretenda
un padre, si es que merece
este nombre tal delito!
¿Qué vuestro rigor no aplaca
esto, Señor infinito?
Asael.

ASAEL. Señora.

NOHEMÍ. Saca
cuatro panes y un cabrito.
(*Va el criado por ello.*)
Sustentáos con él los dos;
y volved por más después,
Jaleel, que no es bien que vos
queráis comer á quien es
la semejanza de Dios.
Venid si adelante pasa
del cielo el rigor prolijo,
que la piedad que me abrasa,
por la vida de vuestro hijo,
os daré á saco mi casa.
Traedme acá la criatura,
que á crialla me provoco.

ZEFARA. Comelle un padre procura,
que en fe de costalles poco
no ponen más que la hechura.

ASAEL. (*Sale.*) Aquí está el cabrito y el pan.

JALEEL. (*A Asael.*) Y en tu señora se ve
la caridad de Abraham,
su amor, su piedad y fe.

NOHEMÍ. ¡Que la maldición de Adán,
mi Dios, tenga tal poder
que llegue en un padre á tanto
que á quien dió la vida y ser,
coma! Pero ¿qué me espanto
si á vos os han de comer?

ESCENA V

DICHOS, *y salen* ELIMELEC, MASALÓN *y* QUELIÓN.

ELIMEL. (*Hablando solo.*) ¿Los jueces mi pan á
para dar á pobres? ¡Bueno! [mi
¿Lo que yo sembré y cogí?
¿yo mi trigo, mi centeno
á pobres? Ponzoña sí.
Muera la gente villana
de hambre, que yo no doy
á quien, con vida holgazana,
se come su hacienda hoy
sin reparar que hay mañana.
Antes pegaré á mis trojes
fuego, y vaciaré mi vino.

MASAL. Padre y señor, no te enojes;
que pues con tal desatino
lo que á tanta costa coges
te están pidiendo los jueces,

con negárselo has cumplido.
ELIMEL. ¿A los pobres viles heces,
que siempre basura han sido
del mundo?
QUELIÓN. Tú lo mereces,
pues de este pueblo tirano
no has impedido el gobierno.
ELIMEL. A hormigas viles que el grano,
sino trabajan de invierno,
vienen á hurtar el verano
primero me ausentaré
de Belén y de Efratá;
primero á Moab me iré,
llevando mi hacienda allá,
que un pan á los pobres dé.
Mas ¿quién son estos que aquí
me causa enfado el mirallos?
JALEEL. Tus deudos somos.
ELIMEL. Nohemí,
¿mas qué para sustentallos
venir los hiciste aquí?
NOHEMÍ. Es verdad. Por excusar
que á su hijo un padre no coma,
lo que ves les mandé dar.
ELIMEL. ¡Infernal furia me toma!
No mi casa has de asolar.
¿Sabes que tienes dos hijos?
¿Sabes la esterilidad
que anuncia en años prolijos
hambre, peste y mortandad,
que los caudales más fijos
ha deshecho ya el rigor
con que el cielo nos provoca?
¿Ni á mí me tienes amor,
pródiga, perdida, loca?
NOHEMÍ. A tus parientes, señor...
ELIMEL. ¿Qué parientes más cercanos
que tus hijos y marido?
Soltad el manjar, villanos;
comé el hijo mal nacido
hechura de vuestras manos.
(Quitasele.)
Echalos de ahí, Masalón.
MASAL. Idos, peste de Israel.
ZEFARA. ¿A los que tus deudos son
es justo, avaro, crüel,
tratar ansí?
ELIMEL. Quelión,
mátalos todos á palos.
QUELIÓN. Salid, infames, á coces.
JALEEL. De mal árbol, frutos malos.
ZEFARA. Permita Dios que no goces
tus avarientos regalos;
púdranse tus viles mieses,
vinagre el vino se torne,
los lobos coman tus reses,
jamás tus techos adorne
el otoño en sus tres meses.
De tu hacienda despojado
patrias extrañas mendigues;
no halles hospicio en poblado,
y como al pobre persigues
del rico seas mal tratado.
Fáltete el Dios en que esperas,
y ejecute sus castigos
en esas entrañas fieras;
entre tus más enemigos
fuera de tu patria mueras.
No vuelvas más á Belén,
ni tus trabajos amansen,
ni sepultura te den
en que tus güesos descansen
con los de tu padre, ven. *(Vanse.)*
ELIMEL. ¡Ah, infames! dejadme entrar
por un palo.
MASAL. Ya se han ido.
NOHEMÍ. Mis padres han de encontrar.
QUELIÓN. Basta, madre, que has querido
nuestra hacienda disipar.
¡En buenos graneros pones
nuestra amada provisión!
¡en mendigos bribiones! [1]
MASAL. De la república son
los pobres viles ratones.
Si á comer vienen el trigo
¿qué habemos de hacer después?
NOHEMÍ. De Dios, hijos, el mendigo
es pupilo y menor es;
y el rico tutor y abrigo
de los pequeños y hambrientos.
Si menores nuestros son,
dejad viles pensamientos,
que no es conforme á razón
negarles sus alimentos.
(Elimelec echando á palos á los pobres.)
ELIMEL. Salid, harpías monstruosas,
que mi mesa profanáis;
salid, moscas enfadosas,
que en mi mesa os asentáis,
inútiles y asquerosas;
que la mesa he de quemar,
que dejáis contaminada
la que os vino á convidar,
y la casa que apestada
ya es oprobio del lugar.
¿Qué aguardáis, reliquias bajas,
de Israel polillas crueles?
HERBEL. Guarda, avaro, tus migajas. *(Vanse.)*
ELIMEL. Estimad que los manteles
no os sirven hoy de mortajas.
Y tú, necia liberal,
que no estimando el provecho
de mis frutos y caudal,
de andrajos torpes has hecho
mi casa noble, hospital,
ya mi mujer no te llames,
pues no lo merece ser
quien á huéspedes infames
da en mi mesa de comer,
ni es posible que me ames.
Dame las llaves de todo
lo que tan mal aprovechas,
que si gastas de ese modo
mi hacienda, diré que la echas
en pobres, que es en el lodo.

ESCENA VI

NOHEMÍ, ELIMELEC, MASALÓN, QUELIÓN. *Sale* GOMOR *con un plato con carne y pan, comiendo, y una servilleta al cuello.*

GOMOR. El miedo que me provoca
me ha escondido á la mitad

1 En la reimpresión dice: «y bribones.»

del convite. ¡Ay, hambre loca!
pues que no hay seguridad
desde la mano á la boca.
Dejadme acabar primero
de este plato la tarea,
cifrada en pan y en carnero,
y después más que me vea
y riña este avaro fiero.

ELIMEL. ¿Aún queda otro convidado?
Teneos.

GOMOR. Déjenme que coma
esto poco que ha quedado.

ELIMEL. El plato y el pan le toma.

GOMOR. Zampémelo de un bocado.

ELIMEL. ¡Vive Dios, que lo has de echar,
villano, ó has de morir!

GOMOR. ¿De qué le ha de aprovechar
mascado ya?

QUELIÓN. No te has de ir,
mendigo, de este lugar
con manjar que se convierta
en tu vil sustancia y vida.

GOMOR. Señor, que me ahoga advierta.

ELIMEL. Echa, infame, la comida.

GOMOR. ¿Por dó, si cierra la puerta?

ELIMEL. Ahogalde, y con ella muera.

GOMOR. Ya, señores, lo despacho. *(Suéltase.)*
Id mañana á la zaguera
por ello, pelón, borracho,
y podréis cobrarlo en cera. *(Vase.)*

ESCENA VII

DICHOS *menos* GOMOR.

ELIMEL. No he de estar más en Belén,
no ha de verme más Juda
adonde enfado me den
holgazanes de Efratá.
Todo el ganado prevén, *(A su hijo.)*
bestias, caballos, camellos;
mi hacienda en los carros carga,
que á Moab he de ir con ellos,
pues no es la jornada larga
ni hallaré pobres entre ellos.
Esta noche he de partirme,
¡vive Dios!

MASAL. Medio es prudente.

ELIMEL. Mendigos no han de afligirme;
maldiga Dios tan ruin gente,
que viven de perseguirme.
Aprestad nuestra partida
y huyamos de esta langosta,
que abrasa nuestra comida
y se sustentan á costa
de mi hacienda y de mi vida.

MASAL. Vecino soy desde hoy más
de Moab.

QUELIÓN. Vamos, Masalón.

NOHEMÍ. ¿A tierra idólatra vas?

ELIMEL. Huyo de la perdición
cruel que á mis bienes das.
No quiero que en tierra quedes
donde gastas de ese modo
lo que tú adquirir no puedes.
Cargaldo en los carros todo,
dejad solas las paredes.

NOHEMÍ. ¿Los pobres qué comerán
en tan miserable estado?
¿Por qué en Belén, Dios de Abraham.
el pan les habéis negado,
si es Belén casa de pan?

ELIMEL. ¡Fuego del cielo en nación
que me ha puesto en este trance
por tu necia condición!

NOHEMÍ. ¡Quiera Dios que no te alcance
en Moab su maldición! *(Vanse.)*

ESCENA VIII

Salen TIMBREO, RUT, ORFA, NISIRO *y músicos.*
Siéntanse.

TIMBREO.

En el teatro verde
desta alameda umbrosa,
y al nacimiento desta fuente fría,
vida del alma mía,
Rut discreta y hermosa,
por quien mi amor, ganándose, se pierde,
duerman pesares, para que recuerde
el contento perdido
que en tu rostro florido
la primavera alegre retrataba,
y acabándose en ti, mi vida acaba.
A esta sombra te asienta,
que en tapices de flores
cojines de tabí borda Amaltea,
donde, aunque el sol desea
hurtalle sus colores,
porque sus rayos en sus ojos vea,
no le dejan entrar, por más que sea
su luz penetrativa,
los árboles que arriba
verás tejiendo y enlazando ramas,
son de las frescas flores guardadamas.
De tus melancolías
el rigor, Rut, suspende;
divierte aquí los cristalinos ojos.
Si el campo olvida enojos,
por este campo extiende
la vista, asiento de las dichas mias,
que en él mirar podrías
mi amoroso cuidado
al vivo retratado:
mas ¡ay! que si en las flores que diviso
las tuyas ves, te volverás Narciso.
Mira esta fuente clara,
que en líquidos rodeos,
amorosa este prado besa y tiñe,
y parece que riñe
mal pagados deseos
de quien yerba del sol es de tu cara.
En las yedras repara,
que con eternos lazos
todas se tornan brazos
hasta que de su amante el cuello toca,
cada cual por juntar boca con boca.
Pinten mi confianza
los troncos de estos olmos,
dando la mano á aquestas verdes parras,
cuyas hojas bizarras,
con generosos colmos,
néctar á Baco dan, que amor alcanza;

y envidia mi esperanza
ver en lazos estrechos,
como hijos de los pechos,
colgar de los sarmientos los racimos
que al matrimonio dan frutos opimos.
Mira de galas ricos,
los pájaros traviesos
competir con las hierbas y las flores,
que en fe de sus amores,
se dan con dulces besos
plumas por brazos y por labios picos,
cantando villancicos
á Apolo cuando nace,
porque lo nuevo aplace.
Mas ¡ay, de mí! que como amar ignoras,
cantas si peno, y si me alegro lloras.
Todo muestra alegría,
la fuente, el monte, el prado,
los árboles, las aves y los peces;
sola tú te entristeces,
y de luto has poblado
el río, el prado, el monte, el sol, el día:
llora la fuente fría;
las aves que enamoran,
por verte llorar, lloran,
y yo, que todo á padecello vengo,
no sé qué tienes cuando amor te tengo.

RUT.

Si mañana, Timbreo,
me esperas dar la mano
¿qué sospechas contrastan tu firmeza?
No guarda la tristeza
término cortesano,
ni corresponde amor siempre al deseo.
Lo que me quieres veo,
lo que padezco ignoro
sin saber de qué lloro.
Si un mal humor los gustos desazona,
mi amor estima y mi rigor perdona.

TIMBREO.

¡Qué compendiosa y breve
obligando lastimas
y en lastimosas dudas satisfaces!
Si en recíprocas paces
mi amor mañana animas,
eternice el amor su yugo leve.
Pero pues se atreve
la pálida tristeza
que envidia á tu belleza,
cantad: mas nunca el canto el mal resiste,
que al alegre da gusto, y pena al triste.
(Cantan.) «Florecitas que Rut bella pisa,
mientras sus ojos regados os ven,
no os riáis, no os riáis, que no viene bien
con sus lágrimas vuestra risa.»

TIMBREO. Del Rey, mi Rut, eres hija;
á Moab has de heredar,
contigo me he de casar;
deja la pena prolijo,
que cuando el pesar te aflija,
para que te alegres basta
la corona que contrasta
melancólicos humores
de tu belleza divisa. *(Cantan.)*
«Florecitas que Rut bella pisa», etc.

RUT. La tristeza que es violenta,
menos su rigor perdona
á la diadema y corona,
antes con ella se aumenta;
en los palacios se asienta
debajo del solio real,
y perdonando al sayal,
vive en artesones de oro.
Ría el prado, que yo lloro
penas que el pesar me avisa. *(Música.)*
«Florecitas que Rut bella pisa», etc.

TIMBREO. Si á entretener no estáis,
árboles, prados y fuentes
las tristezas inclementes
que en quien adoro aumentáis,
ni con el viento finjáis,
las unas risa en las hojas,
ni, entre las arenas rojas,
mováis de cristal los labios
las otras: llorad agravios
de una voluntad remisa. *(Cantan.)*
«Florecitas que Rut bella pisa», etc.
(Quédase Rut *dormida.)*

TIMBREO. ¿Durmióse mi esposa?
NISIRO. Sí.
TIMBREO. Dejalda, que siempre el sueño
es de la tristeza dueño.
ORFÁ. ¿Qué tendrá que llora ansí?
TIMBREO. Poco amor; porque la dí
el alma, que no se atreve
á pagar, ingrata y leve,
si no es con pena y rigor;
porque aborrece el deudor
por no pagar al que debe.
Mas si mañana ha de ser
mi esposa, mal conjeturo,
cuando quejas dar procuro
en lugar de agradecer.
Muchas veces sin tener
causa la melancolía
crueles efectos cría,
como en mi esposa se ve:
tal vez la tristeza fué
víspera del alegría.
Yo espero querella tanto
que otra vez la aurora fresca
en su semblante amanezca,
y trueque en contento el llanto.
Duerma mi Rut, y entretanto
en fe de lo que la adoro,
despojemos el tesoro
de este prado, y de su flor
coronas rija mi amor
mientras se pone la de oro.
(Vanse todos, y quédase Rut *dormida.)*

ESCENA IX

Salen MASALÓN *y* ASAEL.

ASAEL. Esta noche llegaremos
á Moab.
MASAL. Mientras la siesta
del sol los cuerpos molesta,
Asael, descansaremos.
A las sombras deleitables
de este bosque has de asentar
las tiendas y apacentar

el ganado.

ASAEL. ¡Qué agradables
riberas! ¡Qué alegre río!
su margen es un vergel.

MASAL. No se echa de ver en él
la sequedad del estío,
ni el rigor de tantos años
con que hacen los cielos guerra
á la israelítica tierra.

ASAEL. Merecemos estos daños
porque nuestra gente ciega
mitigar á Dios no sabe.

MASAL. Tiene el pecado con llave
las nubes, y el cielo niega
el agua á nuestras querellas,
que como contra él pecamos,
mientras culpas no lloramos
no quieren que lloren ellas.

ASAEL. En Moab vive el hartura.

MASAL. Mientras este rigor pasa,
olvidaré patria y casa.
Brindando está la frescura
de aquestos álamos bellos
al sueño.

ASAEL. Hacer la razón.

MASAL. Entretanto que Quelión
hace descargar camellos
y en las tiendas se defienden
del sol mis padres, aquí
cama de campo escogí,
donde sus rayos no ofenden.
Vete, y diles donde quedo,
y vuélveme á despertar
cuando quieran caminar.

ASAEL. Voy, pues. *(Vase.)*

ESCENA X

MASALÓN *y* RUT, *dormida.*

MASAL. A esta sombra puedo
lo que queda descansar
de la siesta. ¡Bella fuente!
No hay cosa que el sueño aumente
como es el oir cantar;
y si en las guijas templadas
de estos risueños cristales
cantan tonos naturales
sus corrientes enlazadas,
¿qué reyes hay que merezcan
en camas que mullen flores
dormir oyendo cantores
sin que jamás se enronquezcan?
Échome, pues... Mas ¡ay, cielo!
una mujer duerme aquí:
¿mujer? mal dije, ángel sí,
que con las rosas del suelo
compiten las de su cara.
Si en la ley que profesé
no me enseñara la fe
que hay sólo un Dios, afirmara
que era la misma deidad
de la madre del amor.
¿Vióse hermosura mejor?
No durmáis, ojos, velad
mientras su amor me desvela
y el alma en su vista hermosa,
imita á la mariposa
dando vueltas á la vela.
Solía reirme yo
de que afirmase un amante
que haya amor que en un instante
se engendre; pero ya no,
pues quiere que experimente
esta hermosura divina
que hay, cual muerte repentina,
también amor de repente.
Instantáneamente abrasa
una casa el rayo fiero;
rayo es amor más ligero;
mas ¡ay! si yo fuera casa
que tal huésped mereciera
¡qué bien que le aposentara!
todas las puertas cerrara
para que no se me fuera.
Una mano de cristal
la hermosa mejilla apoya;
mas bien merece tal joya
tal engaste y basa tal.
A descansar vine aquí,
y hallé por descanso, cielos,
amor, temor y desvelos. *(Escucha.)*
Parece que habla entre sí.

(Rut, entre sueño.)

RUT. Hija soy del rey moabita;
mas ¿qué importa el nombre real
si en lo que es más principal
mi padre el gusto me quita?

MASAL. ¡Válgame el Dios de Sión!
Hija del Rey dijo que era.
¡Ay, amor! volvéos, quimera.

RUT. ¿Amor no es inclinación?
¿Pues por qué contra la mía
á Timbreo me han de dar?
Yo no me quiero casar.

MASAL. ¿Celos y amor en un día?
¿dulce y amargo en un punto?
¿pena y gusto en un sujeto?
¿amor, sospecha y respeto?
¿vivo, cielos, y difunto?
¡Qué contradicciones tienes
voluntad desordenada!

RUT. A Israel soy inclinada.

MASAL. De aquí colijo mis bienes.
Israelita soy, prevén,
amor, mis venturas ya.

RUT. De la tribu de Judá,
y vecino de Belén
ha de ser sólo mi dueño.

MASAL. ¿Hay dicha, hay suerte mayor?
Despierto te cobré amor,
favorecióme tu sueño.
Si me aborreces despierta
como me elijas dormida,
no despiertes en tu vida.

RUT. La ley aborrezco incierta
de mi ciega idolatría;
al Dios de Israel me inclino
de un oráculo divino
que estimo por profecía.
Sé que un esposo me espera,
el más noble de Efratá,
que en mí sucesión tendrá
dilatada de manera

que llegue su última rama
al cielo más eminente,
para que en su flor se asiente
un rey Dios que á Israel ama.
Y si esto ha de ser ansí,
no mi padre ni Timbreo
impedirán mi deseo.

MASAL. No duermes tú, mas yo sí,
profetisa sabia y cierta,
pues que tú durmiendo sabes
mucho más que las más graves.
Abre los ojos, despierta...
Pero duerme, que es razón
no digas en despertando
si fé á tu sueño estoy dando,
que los sueños sueños son.
Yo estoy muerto; yo estoy ciego,
si la recuerdo se irá,
y si duerme no podrá
saber mi amoroso fuego.
Si lo que durmiendo afirma,
despierta aprueba, dichoso
yo que vengo á ser su esposo,
y mi esperanza confirma.
¿Cómo saberlo podré?
La industria me ha de ayudar.
A esta parte me he de echar,
y que duermo fingiré,
para que cuando despierte
averigüe la verdad
de su amor y voluntad,
que viéndome de esta suerte
algo conforme dirá
con lo que ha dicho dormida. (*Échase.*)
¡Ay, libertad, ya perdida,
tarde el alma os cobrará!
Despertalla agora quiero
para que me vea dormido.

(*Despiértela.*)

RUT. ¡Cielos, cielos, favor pido!
morir escojo primero
que forzar mi inclinación
dando la mano á Timbreo.
que aún no estoy despierta creo.
¡Ay, inquieto corazón!
¡Que aun durmiendo me tormentes!

(*Repara en* Masalón.)

Mas, ¡cielos! ¿quién está aquí?
¿un hombre junto de mí,
y mis vasallos ausentes?
Haréle matar; mas no,
que quien, viéndome dormida,
pudiendo ofender mi vida,
mi honestidad no injurió,
maltratalle no merece.
O es bien nacido, ó es loco,
ó sabe de amores poco,
quien la ocasión que le ofrece
el sueño y la soledad
pierde; mas no hay ocasión
que en el prudente varón
despierte á la voluntad.
Agradecida le estoy,
y si el agradecimiento
del amor es fundamento,
aficionándome voy
á su noble cortesía.
Parece hebreo en el traje,
y para que le aventaje
á Timbreo el alma mía
basta sólo el parecello.
Seguro á dormir se echó;
mas quien tal fama cobró,
que sin asir del cabello
á la ocasión, resistir
se supo, duerma en tal cama,
que quien cobra buena fama
bien puede echarse á dormir.
Hermoso talle: Israel
bellezas notables cría.
De aquesta suerte sería
Jacob cuando vió á Raquel,
según en su historia he visto.
¡Ay! ¡Si fuera mi ventura
Raquel de aquesta hermosura!
Mas ¿qué es esto? ¿Ansí resisto
el primer encuentro, amor,
de vuestro fuego? Es hebreo;
la inclinación y el deseo
le dan cartas de favor.
¿Pero de mi honestidad
tan presto, fiero tirano,
las aras limpias profano?
Volved en vos, libertad.
Mas si mañana Timbreo
tiene de tiranizaros,
¿cuánto es mejor emplearos
en este gallardo hebreo?
Pero ¿cómo sabré yo
que mi amor querrá admitir
quien viéndome aquí, á dormir
tan descuidado se echó?
No admite el israelita
mujer de contraria ley,
aunque sea hija de un Rey;
mi suerte me hizo moabita;
huyamos, pues, pasión fiera.
Pero ¿cómo, si conmigo
llevó celos mi enemigo?
Mas resistiréle.

MASAL. (*Fingiendo que duerme.*) Espéra.

RUT. Espera, dijo dormido.
Por buen pronóstico alcanza
mi amor que me da esperanza
cuando el sosiego he perdido.
Pero de sueños ¿qué espero
sino quimeras y engaño?
Seré ocasión de su daño,
si hallando aquí este extranjero,
á Timbreo causo enojos,
pues mal encubrir podré
mi nuevo amor, cuando sé
que le pregonan los ojos.
En la amorosa violencia
el más urgente remedio
es el poner tierra en medio
quien no tiene resistencia.
Honor, huyamos agora
de quien dormido os maltrata.

MASAL. ¿Pues ansí pagas, ingrata,
á quien tu belleza adora?

RUT. Soñando en quien ama está
para aumentar mis desvelos.
Amor, si venís con celos,

¿quién resistiros podrá?

MASAL. Si á mi nación quieres bien
y deseas que un hebreo
sea tu esposo, efrateo
soy, y mi patria es Belén;
en la tribu de Judá
no hallarás quien me aventaje
en hacienda ni en linaje.
Contigo dispensará
amor que no guarda ley,
cuando la nuestra lo impida.

RUT. ¡Ay, esperanza perdida!
perdone mi padre, el Rey,
y el amor con que me ofusco
si lo que escucho es verdad,
que el huir es necedad
de lo que ha tanto que busco.
Pero si viene Timbreo
y le mata ¿qué he de hacer?
Dueño tirano ha de ser
del alma que yo poseo.
Huyamos de este imposible.

(Masalón *despierta y tiénela.*)

MASAL. Mientras yo viva no harás.
Dame muerte, y quedarás
libre, tirana apacible;
paga á quien te guardó el sueño
sin ofender á tu honor,
con desdén, si es el rigor
dádiva de un noble dueño;
satisfaz el beneficio
con ingratitud; quebranta
la ley inviolable y santa
que al extranjero da hospicio;
mátame y vete después,
cobrarás de ingrata nombre
crüel.

RUT. ¿Conócesme, hombre?
¿Sabes que princesa es
de Moab la que atrevido
osas ofender ansí?
¿Sabes que si llamo aquí
los que en mi guarda han venido
la vida puedo quitarte?

MASAL. Sé que sola te dejaron
cuando mis penas te hallaron,
y que pudiera agraviarte
mi amor, si el respeto nuevo
que guardo á tu hermosa cara
mis deseos no enfrenera.

RUT. Si pago lo que te debo
no soy desagradecida;
premie el oro tu interés.

(*Dale una cadena.*)

Si me guardaste cortés,
para guardarte la vida
es bien que de ti me ausente,
porque no vivirás más,
si no me voy y aquí estás,
de lo que tarda mi gente.
Riesgo corremos los dos,
que yo tuviera dicha harta
si como el cuerpo se aparta
se apartara el alma. Adiós. (*Vase.*)

MASAL. Detén el ligero paso,
sol de luz resplandeciente,
que apenas gozo tu oriente
cuando me aflige tu ocaso.
Pierdo á un tiempo lo que gano
como el que el nido alcanzó
y el pájaro que cogió
se le voló de la mano;
como el soñado deseo,
como el que en sombras se ofusca...

(Rut, *de dentro á voces.*)

RUT. El que bien ama, bien busca.
Busca si amas bien, hebreo.

ESCENA XI

MASALÓN.

¿Que busque bien, si amo bien?
Dices bien; por ti estoy loco;
nunca mucho costó poco;
alas mis penas me den;
que en tu seguimiento irán
hasta hallarte quien te adora,
como el sol tras el aurora,
y tras el norte el imán.

ESCENA XII

MASALÓN. *Sale al encuentro* NOHEMÍ, *alborotada.*

NOHEMÍ. ¿A dónde vas desdichado?
Huye el encuentro á la muerte
que en castigo de tus culpas
á cortar tus años viene.
Los bárbaros ismaelitas,
que en los desiertos silvestres
destos montes y estos valles
tiendas por ciudades tienen,
cuando al descuido y al sueño
tu padre, ganado y bienes
rendidos buscaban sombras
que el sol la furia impidiesen,
nuestras tiendas asaltaron,
y primero que pudiesen
poner defensa bastante
á sus ímpetus crüeles,
tu padre, hermano y criados
de sus alfanges aleves
prueban los bárbaros filos
y las caras vidas pierden.
Su sangre tiñe estos campos,
y el cristal resplandeciente
de este río y este arroyo
en líquido coral vuelven.
Nuestros ganados se llevan,
los pastores y mujeres
de su torpeza despojos,
que á sus apetitos venden.
El oro, joyas y galas
en que la avaricia tiene
cifrada su frágil dicha,
ya son males, que no bienes:
castigo del cielo justo,
con que á los pobres pretende
vengar de vuestra crueldad,
que es Dios padre de inocentes.
Negásteisles el sustento
siendo deudos y parientes,
¿qué mucho si á los extraños
agora el cielo enriquece?

Murió Elimelec, mi esposo,
por los que de hambre mueren
en Judea y Efratá.
Imaginó estando ausente,
conservar sus bienes rico,
mas como son bienes muebles
los bienes de la fortuna,
no es maravilla que rueden.
Por guardar, hijo, lo poco,
todo el avaro lo pierde.
Huye, no pierdas la vida,
que viene tras ti la muerte.

MASAL. A buen tiempo, ciego amor,
abrazándome pretendes,
pues mirándote desnudo
imposibles loco intente.
Perdí á mi padre, mi hermano,
perdí mis criados fieles,
mi hacienda, mi amada patria,
¿y también que pierda quieres
la libertad? Ya ¿qué vales
sin hacienda, amor, pues hieres
las almas con flechas de oro,
y al plomo pobre aborreces?
Pues la esperanza me quitas,
pues despojado me ofendes,
pues que me dejas desnudo
justo será que me dejes
tu también, que no es razón
que extranjero y pobre intentes
imposibles de una infanta,
aunque digas que los vendes.

ESCENA XIII

DICHOS, *salen* UN CAPITÁN ISMAELITA *y* TRES SOLDADOS.

SOLD. 1.º Aquí están.
CAPITÁN. Mataldos todos
si humildes no se rindieren
al derecho de las armas.
(Sacan preso á Quelión.)
NOHEMÍ. *(De rodillas.)* El acero más valiente
del más bárbaro enemigo
es cortés con las mujeres,
con los vencidos piadoso,
con los humildes clemente.
Valeroso ismaelita,
hijo mío es el que ofreces
á los filos de tu alfanje,
y esotro que agora prendes
es primogénito mío:
¿qué injurias te hacen que vengues?
¿qué gloria en matallos ganas?
¿qué victoria ilustre adquieres?
Goza la hacienda que llevas,
conténtate con la muerte
de la mitad de mi vida,
del dueño que esta alma tiene.
Murió mi esposo á tus manos;
deja estos retratos fieles
de su noble original,
porque mis penas consuelen.
CAPITÁN. ¿Tus hijos son estos dos,
y tú la señora eres
del despojo que gozamos?
NOHEMÍ. Yo soy la que á tus pies vierte
el corazón por los ojos.
CAPITÁN. Tu llanto á piedad me mueve.
Vida y libertad les doy,
el ser te deben dos veces.
Quitaldos esos vestidos
entre la espesura verde
deste bosque reservado;
á esta mujer solamente
no la quitéis cosa alguna.
QUELIÓN. Quien los pobres aborrece,
y á Dios en ellos maltrata,
razón es que pobre quede.
NOHEMÍ. ¡Ay, Elimelec querido!
Jamás el consuelo espere
enjugar mis tristes ojos,
pues que los privan de verte.
MASAL. Olvidad, alma afligida,
quimeras, que si los bienes
son las alas del amor,
¿cómo es posible que vuelen
mis esperanzas sin alas?
Pues no es mucho que se seque
la yedra de amor, faltando
interés que la sustente.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Salen el REY DE MOAB, RUT, ORFÁ, TIMBREO, NISIRO *y otros.*

REY. ¿Es posible, hija querida,
que cuando para consuelo
de mi vejez afligida
en ti creí darme el cielo
un báculo en que mi vida
sustentase al grave peso
de mi edad y la grandeza
que con el reino intereso,
quieres con esa tristeza
quitarme el descanso y seso?
¿No me bastaba el cuidado
que en mi larga edad se ve?
¿Cómo de un reino pesado
la carga sustentaré
sobre un báculo quebrado?
¿Qué interior melancolía
eclipsa la luz hermosa
de esa cara que es mi día?
¿Qué cierzo seca la rosa
de esa primavera mía?
¿Qué riguroso pirata,
hurtando al gusto el tesoro,
te aflige y matarme trata,
cuando tus cabellos de oro
daban valor á mi plata?
Un mes ha que en dilaciones
suspendo tu casamiento,
y fingiendo ocupaciones
doy riguroso tormento
á enamoradas pasiones.
¿Cuándo tras la noche oscura
de ese escondido pesar,
tirano de tu hermosura,
volverá el sol á alumbrar
de tu cara mi ventura?

¿Cuándo del hermoso espejo
en que mis penas engaño
y mi amor cifrado dejo,
quitarás el triste paño
para mirarse este viejo?
¿Cuándo en tu rostro gentil
cobrarán su resplandor
Rut, el coral y el marfil?
¿Cuándo poblará de flor
tus mejillas el Abril?
¿Y cuándo, en fin, mi deseo
su vejez remozará,
y en los brazos de Himeneo
seguro dormir podrá
el firme amor de Timbreo?

TIMBREO. No es digna mi suerte dura
que goce sin contrapeso,
señor, tan grande hermosura.
Quíteme su amor el seso,
y su desdén la ventura,
seré amante desdichado,
y tendré que agradecer
menos al amor vendado,
que el pesar con el placer
de mis bodas ha mezclado.

ORFÁ. ¿Es posible, prima mía,
que no sabremos el mal
que destierra tu alegría?
La enfermedad más mortal,
la mayor melancolía
remedio buscar procura;
y el tormento que hay más grave,
conocido se asegura,
porque el mal que no se sabe
con dificultad se cura.
Habla, que quien comunica
su mal, los dolores mengua,
porque remedios aplica:
la enfermedad toda es lengua
que sus tormentos aplica [1].
Habla el pulso, la color,
hablan las manos, los ojos,
el destemplado calor,
los suspiros, los enojos,
los desvelos, el dolor.
Solamente en ti se muda
este orden, pues del modo
que tu vida has puesto en duda,
en ti ha enmudecido todo
viendo que padeces muda.

REY. Por mi vida, si es de estima
en ti quien el ser te dió,
por la de tu esposo y prima,
Rut mía, que sepa yo
la pasión que te lastima:
aclara la confusión
que mi vejez atropella.

ORFÁ. Danos de tu mal razón,
cara prima.

TIMBREO. Esposa bella:
si yo he sido la ocasión
de ese pesar, que tirano
á dos en uno atormenta,
y sientes darme la mano,
á trueque que estés contenta
quiero perder lo que gano.
Piérdase el reino que espero
por ti esperar; tu belleza
pierda mi amor verdadero,
la esperanza que ya empieza
á secar tu rigor fiero;
la vida que en ti confía
y el gusto que puse en ti;
que, aunque es en ofensa mía,
más quiero perderte á ti
que tú pierdas la alegría.

REY. ¿Qué callando, mi Rut, quieres
dar á mi vejez enojos?

RUT. Padre, siempre en las mujeres
pueden livianos antojos
tiranizar sus placeres.
¿Quién, padre y señor, creyera,
cuando de tus reinos soy
y tesoros heredera,
que de la pena en que estoy
la causa una joya fuera?
El día que á divertir
salí al campo con Timbreo
penas que suelo sufrir,
(que en el mundo no hay deseo
que llegue el gusto á cumplir)
dormida al sonoro acento
de la música süave,
di treguas al pensamiento,
que cerrar los ojos sabe
de un Mercurio el instrumento.
Todos sola me dejaron,
y apenas en varios sueños
mis esperanzas pintaron
gustos ahora pequeños,
que al cielo entonces volaron,
cuando perdiendo el decoro
al valor que en mí se ve,
á un extranjero que ignoro
vi que cuando desperté
con más codicia del oro
que de mi cuello pendía
que de mi honor (que temió
su ofensa) mientras dormía
la cadena me quitó
que en más estima tenía.
Quise dar voces, temí
la muerte que amenazaba;
dejésela en fin, y huí
adonde mi gente estaba,
y tanto ha podido en mí
su atrevimiento y mi pena,
que entretanto que el ladrón
darme la suerte no ordena,
que me robó el corazón
(quiero decir la cadena),
no hay, padre, para qué trates
que cobre el gusto perdido
por más que el tiempo dilates:
mira lo que en mí han podido
mujeriles disparates.

REY. Pues, Rut, ¿por causa tan poca
á perder la salud vienes?
¿Eso á pesar te provoca,
cuando mis tesoros tienes
haciendo ley de tu boca?

TIMBREO. ¿Una cadena te agravia,

---

1 «Explica» se lee en la reimpresión.

siendo bastante á impedir
tu alegría y eres sabia?
Traslada á Moab á Ofir;
pide á los montes de Arabia
de sus partos abundantes
el acendrado metal;
déte el Asia sus diamantes,
y entre perlas y coral
sus crisólitos brillantes;
bálsamo Egipto destile,
y de ámbar te ofrezca pomas
con que tu pena aniquile;
plata Tarsis, Saba aromas,
seda el persa gusano hile
que teja el medo con oro,
y el múrice después tiña,
y en fe de lo que te adoro
para que tus sienes ciña,
el sol te dé su tesoro,
que una cadena es bajeza
que eclipse el hermoso Oriente
de tu divina belleza.

RUT. Luego yo discretamente
os callaba mi tristeza.
No la materia, Timbreo,
cuando sucedo á mi padre,
de la cadena deseo,
sino el dármela mi madre
y el hurtármela un hebreo
de mi pena es la ocasión;
que soy mujer te confieso,
cuya leve inclinación
hace que unas coman yeso,
y que estimen el carbón
otras más que el néctar puro
que á Jove da Ganimedes.
Venganza tomar procuro
de un ladrón que buscar puedes,
y vive en Moab seguro.
¿Qué vellocino á Jasón?
¿qué manzanas de oro pido,
si no en fe de tu afición,
á mi amor agradecido,
que me busques un ladrón?

TIMBREO. Si en eso no más estriba
tu tristeza, alégrate,
que aunque el vil hebreo viva
en los cielos, subiré,
por servirte, más arriba.
Venid, y en Moab no quede
casa, posada ó mesón,
que si hospicio le concede,
no busquéis, pues mi pasión
y amor á su industria excede. *(Vase.)*

REY. ¡Que por cosa, hija, tan poca
te entristeces siendo cuerda?

RUT. Volveráme el pesar loca
de que una joya se pierda
que á venganza me provoca,
y que un bárbaro robusto
me lleve, padre, con ella
robada el alma y el gusto,
fué de mi madre, y perdella
sin que lo sienta ¿no es justo?
Si como á hija me quieres
déjame sola entretanto
que al ladrón no me trujeres.

REY. Es niño amor, no me espanto
que le imitéis las mujeres. *(Vase.)*

ESCENA II

RUT *y* ORFÁ.

ORFÁ. ¿Tú lloras por niñerías?

RUT. La soledad, prima Orfá,
alivia las penas mías.

ORFÁ. Mi amor consolar podrá,
prima, tus melancolías.
No pienses; si eres discreta,
que persuadirme podrás,
en la pasión que te aprieta,
que de la pena en que estás
no haya otra causa secreta
más que el oro, que no estimas.
Lo que con la lengua callas
dicen los ojos, enigmas
que amor sabe adivinallas,
aunque á ocultallas te animas.
Misterio tiene el ladrón.
que tanto apeteces ver.

RUT. No pienso que es discreción
ni amistad querer saber
lo que oculta el corazón.
No acrecientes mi pesar.

ORFÁ. Músico el amor parece,
que haciéndose de rogar
para que á cantar empiece,
después no sabe acabar.
Voime, que aunque agora estés
de esa opinión, tu tristeza
me buscará, si amor es,
y una vez, si el canto empieza,
no sabrá acabar después. *(Vase.)*

ESCENA III

RUT.

¿De qué ha servido ¡ay de mí!
el huir de mi enemigo,
pues que le truje conmigo?
¿Si en el alma le admití,
para qué mando que aquí
me le vuelvan en prisión?
¿Si vive en mi corazón,
cómo con su ausencia pena?
y si le dí la cadena,
¿por qué le llamo ladrón?
¿Cómo, amor, te llaman ciego,
si te engendras de mirar?
¿Por qué tiemblas al hablar,
si te dan nombre de fuego?
¿Por qué quitas el sosiego,
si el mundo paz te ha llamado?
¿Cómo eres rey sin estado?
¿cómo Dios, y estás desnudo?
¿cómo elocuente, si mudo?
¿cómo cobarde, si osado?
Si blasona tu poder
que eres deidad atrevida,
¿cómo acometes dormida
el pecho de una mujer?
¿Quién definirá tu ser,
si de repugnancias nace;

ni de ti quien caudal hace
que en breve no se consuma,
si eres nieto de la espuma
que el viento en el mar deshace?
Pero sin provecho empleo
injurias que en vano gasto,
pues á obligarte no basto
á que alivies mi deseo.
¡Ay, encantador hebreo!
Como yo te vea presente,
para que amor no se afrente,
confesaremos los dos
que es vida, que es Rey, que es Dios,
que es luz, que es paz, que es cle-
[mente.

ESCENA IV

RUT y MASALÓN, *vestido de sayal muy pobre.*

MASAL. Discreta necesidad,
después que contigo estoy,
lo que eres sé, y lo que soy.
Necia es la felicidad,
contigo anda la verdad:
la mentira y la abundancia
acompañan la arrogancia
con la afectada belleza.
Mientras serví á la riqueza
fuí siervo de la ignorancia,
mas ya que pobre me veo,
como de un confuso abismo,
conociéndome á mí mismo,
á mí mismo me poseo.
Libró el cordel á Teseo
del intrincado vergel,
y yo también salgo de él
para que librarme pueda,
que del engaño que enreda
es la verdad el cordel.
Mas, pensamiento atrevido
¿dónde entrando me desvelas?
¿qué tienen que ver las telas
con el sayal abatido?
Amor, aquí me has metido,
que abatiendo me levantas;
mas ¿cómo osarán mis plantas
pisar reales pavimentos,
ni mis pobres pensamientos
osar pretender infantas?
Mas, amor, ella está aquí.
¡Ay, imposibles quimeras!
¡pluguiera á Dios que durmieras
como la vez que te vi!
¿Habrá atrevimiento en mí
para hablalla, cielos? No;
ella es rica, y pobre yo.
¿Qué osadía habrá que cobre
ánimo, si siempre el pobre
delante el rico tembló?
Vuélvome..., pero en el sueño
que fingí ¿no supo amor
el no esperado favor
con que me llamó su dueño?
De su semblante risueño
mi esperanza vi crecer;
pero si me llega á ver
pobre mendigo extranjero,
ya sin hacienda ¿qué espero,
si es mudanza la mujer?
Mas ¿no me dijo deseo,
por más que el temor te ofusca,
«el que bien ama bien busca:
busca si amas bien, hebreo?»
Si lo que buscaba veo,
¿por qué apartándome dudo?
Igualar el amor pudo
el burel al real ornato;
del mismo amor soy retrato,
pues vengo como él desnudo.
Si le engendra semejanza,
y su semejanza soy,
amor es rey, amor soy,
no hay de qué tener mudanza;
rico vengo de esperanza,
aunque pobre de riqueza.
El poder y la grandeza
al más humilde levanta:
ánimo, pues, que la Infanta
sublimará mi bajeza.

RUT. Hombre, ¿qué buscas aquí?
¿sabes que estás en Palacio,
y que es prohibido este espacio
sino á mi padre y á mí?

MASAL. Perdona si te ofendí.
La ignorancia en todo yerra.
Como no soy de esta tierra
entré donde no sabía;
aquí de la patria mía
la pobreza me destierra;
mas voime por no ofenderte.

RUT. Espera.

MASAL. Servirte trato.

RUT. (*Ap.*) ¿No es éste, amor, el retrato
que á mi honor hizo atreverte?
Sí; ¿mas pobre de esta suerte
un príncipe de Efratá?
Disfraz sin duda será
con que á verme habrá venido,
que si el pobre es atrevido,
¿en qué parte no entrará?—
¿De dónde eres?

MASAL. De Belén.

RUT. ¿Qué buscas?

MASAL. Mi traje es lengua
y te contará mi mengua,
que yo no lo diré bien.

RUT. ¿Por qué?

MASAL. La necesidad
cuando á combatir comienza
al noble causa vergüenza,
y al plebeyo libertad.

RUT. ¿Pues tú eres noble?

MASAL. Sí.

RUT. ¿Y tu hacienda?

MASAL. Hela perdido.

RUT. ¿Jugado?

MASAL. Yo el juego he sido.

RUT. ¿De quién?

MASAL. Del tiempo y de ti.

RUT. ¿Robáronte?

MASAL. Alarbes crueles.

RUT. Nada vales.

MASAL. Es verdad.

RUT. ¿Quedóte algo?

MASAL. Voluntad.
RUT. ¿Qué más?
MASAL. Pensamientos fieles.
RUT. ¿Y eso tiene valor?
MASAL. Sí.
RUT. ¿Sin hacienda?
MASAL. Es pobre amor.
RUT. En fin, ¿amas?
MASAL. Con temor.
RUT. ¿Pues de quién temes?
MASAL. De ti.
RUT. ¿Soy fea que espanto?
MASAL. Obligas.
RUT. ¿A qué?
MASAL. Al culto que mereces.
RUT. Piadosa soy.
MASAL. Favoreces.
RUT. Pero hija de un rey.
MASAL. Castigas.
RUT. ¿Pides limosna?
MASAL. Sí pido.
RUT. (*Dále una cadena.*) Toma.
MASAL. Con otra me has preso.
RUT. ¿Preso yo?
MASAL. La vida y seso.
RUT. ¿Tú eres pobre?
MASAL. Y atrevido.
RUT. ¿Qué aguardas?
MASAL. Morir aguardo.
RUT. ¿Por quién?
MASAL. Por quien me condena.
RUT. ¿Con qué?
MASAL. Con esta cadena.
RUT. Guárdala allá.
MASAL. Ya la guardo.
RUT. Otra vez te he visto yo.
MASAL. Y en fortuna diferente.
RUT. ¿Dónde fué?
MASAL. Junto á una fuente
mi amor dormida te halló.
RUT. Cortés fuiste.
MASAL. No heredé
dicha como cortesía.
RUT. Lo que entonces te debía
mi honor ya te lo pagué.
¿Una joya no te dí?
MASAL. Otra cadena me diste:
todo es prisión.
RUT. ¿Qué la hiciste?
MASAL. A una madre socorrí
con ella y á un pobre hermano,
que dando á mi padre muerte
vivos me dejó la suerte,
y del despojo tirano
de los bárbaros quedó
segura por escondella,
que sólo, señora, en ella
nuestro caudal se cifró.
Venderánla para hallar
con que vestir y comer,
y yo viniéndote á ver
quise atrevido probar
si como ejecutas pagas.
RUT. ¿Pues yo qué ejecuto en ti?
MASAL. La libertad que perdí;
¿á quién no es bien satisfagas
siendo del alma tesoro,
con el más rico metal,
pues nunca fué paga igual
de la voluntad el oro?
La mía se llama á engaño.
RUT. ¿Yo qué libertad te debo?
MASAL. Si ante amor el pleito llevo,
no sentenciará en mi daño.
El contrato se deshaga,
pues soy pobre y acreedor;
amor te dí, dame amor,
que amor con amor se paga.
RUT. ¡Hay igual atrevimiento!
Loco, ¿aquí para eso entraste?
MASAL. Vine á hacer lo que mandaste:
testigo el prado y el viento.
RUT. ¡Buenos testigos te abonan!
¿Yo qué te mandé jamás?
MASAL. Si en vano las voces das
que tu inconstancia pregonan,
mudable fué tu deseo
cuando dijo, aunque te ofusca:
el que bien ama, bien busca;
busca si amas bien, hebreo.
Bien amé, mal he buscado,
pues hallándote te pierdo.
RUT. ¿Loco estás?
MASAL. Mal seré cuerdo
si tal deuda me has negado.
(*Hace que se va.*)
RUT. ¿A dónde vas?
MASAL. A morir.
RUT. ¿Quién te fuerza?
MASAL. Tu mudanza.
RUT. Espera.
MASAL. No hay esperanza.
RUT. Yo te la doy.
MASAL. Por fingir.
RUT. ¿Tú me injurias?
MASAL. Tengo celos.
RUT. ¿Pues hete yo amado?
MASAL. Sí.
RUT. ¿Cuando?
MASAL. Soñando te vi.
RUT. ¿Qué soñaba?
MASAL. Mis desvelos.
RUT. ¿Yo amarte?
MASAL. Como á la vida.
RUT. Fué sueño.
MASAL. Fué cosa cierta.
RUT. ¿Durmiendo?
MASAL. Estando despierta.
RUT. ¿Enamorada?
MASAL. Y perdida.
RUT. ¿Qué hacías tú?
MASAL. Dormir fingía.
RUT. ¿Para qué?
MASAL. Para escucharte.
RUT. ¡Oh, traidor!
MASAL. Amor es arte.
RUT. Ya me mudé.
MASAL. Suerte es mía.
RUT. Cásanme.
MASAL. Mi muerte aguardo.
RUT. Vete.
MASAL. Impídelo mi pena.
RUT. ¿Quién te estorba?
MASAL. Esta cadena.

RUT. Guárdala allá.
MASAL. Ya la guardo.
RUT. Hebreo, que hablando hechizas,
monstruo, que mirando matas,
pobre, que reyes maltratas,
guerra, que almas tiranizas,
¿de qué conjuros te armas?
¿Sin llamas, cómo me enciendes?
¿Desnudo, cómo me ofendes?
¿Cómo me vences sin armas?
Mas ¡ay! que ignorante dudo
de amor las leyes discretas,
que trayendo armas secretas
conquiste ciego y desnudo.
En fin, ¿me tienes amor?
MASAL. Testigo mi pena ha sido.
RUT. ¿Luego serás atrevido?
MASAL. No sabe amor el temor.
RUT. ¿Pues osarás ser mi esposo?
MASAL. Imposibles de amor sigo.
RUT. Tienes un fuerte enemigo.
MASAL. Amor es más poderoso.
RUT. Eres de contraria ley.
MASAL. No hay ley que al amor le cuadre.
RUT. Es rey de Moab mi padre.
MASAL. Amor es Dios, si él es rey.
RUT. Agraviaráse su corte.
MASAL. No agravies tú mi firmeza.
RUT. Cortaráte la cabeza.
MASAL. A todo da el amor corte.
RUT. ¿Si te mata?
MASAL. Muerto estoy.
RUT. Loco estás.
MASAL. Estoy sin seso.
RUT. ¿Si te prenden?
MASAL. ¡Qué más preso!
RUT. Extraño eres.
MASAL. Tuyo soy.
RUT. Teme el peligro.
MASAL. Es en vano.
RUT. ¿Quién lo impide?
MASAL. Tu hermosura.
RUT. ¿Tu vida?
MASAL. Aquí está segura.
RUT. ¿En qué amparo?
MASAL. En esta mano.
(*Tómala y bésala.*)
RUT. Hombre, ¿qué haces?
MASAL. Adoralla.
RUT. ¿Estás en tí?
MASAL. Estoy en ella.
RUT. ¿Qué intentas?
MASAL. Vivir por ella.
RUT. ¿Vivir, cómo?
MASAL. Con besalla.
RUT. Suelta.
MASAL. Nieve es entre brasas.
RUT. Vete.
MASAL. Inténtolo, y no acierto.
RUT. ¡Ay, hebreo, que me has muerto!
MASAL. ¡Ay, moabita, que me abrasas!
RUT. ¡Vive tu Dios soberano,
que otro que tú no ha de ser
dueño á quien pueda ofrecer
el alma como la mano!
Si amor de tu parte está,
¿quien impide mi deseo?
Adiós, patria, rey Timbreo;
adiós, temores. ¡Ah, Orfá!

ESCENA V

DICHOS y ORFÁ.

ORFÁ. Llamas, prima?
RUT. Llamas fieras
del alma á la lengua pasan
que te llaman y me abrasan,
si antes mudas, ya parleras.
ORFÁ. ¿Ves como al músico imitas,
que haciéndote de rogar,
agora para cantar
me ruegas y solicitas?
¿Qué tenemos?
RUT. ¿El poder
de un príncipe, cara prima,
no es de tal valor y estima,
que mide con su querer
su potencia?
ORFÁ. Ley es esa
que el poder estableció.
RUT. ¿No soy la primera yo?
ORFÁ. De Moab eres Princesa.
RUT. Luego ¿lo que quiero puedo?
ORFÁ. Puedes todo lo que alcanza
de tu poder la esperanza.
RUT. ¿Tener un príncipe miedo
no es bajeza?
ORFÁ. Sólo á Dios,
y á lo que es contra lo justo
teme un príncipe.
RUT. Mi gusto,
amor, sólo os teme á vos;
que sois Dios á cuya llama
toda deidad tiene miedo.
ORFÁ. Pues bien.
RUT. A mi padre heredo.
ORFÁ. Es verdad.
RUT. Qué ¿tanto me ama?
ORFÁ. Cualquier encarecimiento
con su amor no lo será.
RUT. Pues si me ama, no querrá
mi padre que en un tormento
viva eterno, quien adora.
ORFÁ. Esa es cosa conocida.
RUT. Y por conservar la vida
de quien es su sucesora
dará por bien hecho todo
lo que á su conservación
conviniere.
ORFÁ. En confusión
me tienes de aquese modo.
RUT. ¿No incumbe á la real grandeza,
para mostrar su poder,
á lo que no tiene ser
sublimar?
ORFÁ. Naturaleza
hace que con eso cobre
el poder en que se ve.
RUT. ¿Quién hay que más cerca esté
de la nada que el que es pobre?
ORFÁ. Ninguno, á lo que sospecho;
porque, en fin, el no tener
es prima casi no ser.

RUT. Con eso me has satisfecho.
Si tú hallaras un diamante
del valor más estimado
que vió el sol, aunque engastado
del lapidario ignorante
en un anillo de plomo,
¿qué hicieras?

ORFÁ. ¿Qué? le realzara,
y el mejor oro buscara
para él.

RUT. Ese ejemplo tomo,
y en fe de tu ostentación
tu mano honrarás con él.

ORFÁ. No fiara, si no es de él
el dedo del corazón.
¿Qué intentas con las preguntas
que tan diversas me has hecho?

RUT. Declararte mi provecho
en ellas hoy si las juntas.
El poder es un rey grande,
mi padre es rey, yo le heredo.
Tener un príncipe miedo,
si no es á Dios que le mande,
es afrentosa bajeza,
y el dar ser á lo que es nada
es hazaña reservada
al rey y á naturaleza.
Un pobre casi no tiene
ser que su humildad levante,
y si es ilustre, es diamante
que engastado en plomo viene.
El diamante de Judá,
que á enriquecer Moab basta,
es este que en plomo engasta
la pobreza con que está.
Halléle y por lo que gano
en su fineza y valor,
quiero engastarle en mi amor
para honrar con él mi mano,
que si el temor es empresa
en el Príncipe culpada,
dando ser á lo que es nada
no temo, pues soy Princesa;
ni tienes que replicarme
con mi padre ó con Timbreo,
si estimas lo que deseo
y te precias de agradarme.
Lleva aqueste hebreo contigo,
y en la recámara real
trueca el humilde sayal,
del ser que le doy testigo,
en la púrpura que ensalza
á mi padre y verás como
cuando la saques del plomo
la fineza se realza
de este precioso diamante;
pues en fe que suya soy
el alma y mano le doy
por diamante y por amante.

(Dale la mano.)

ORFÁ. ¿Qué es lo que hace vuestra alteza?

RUT. Mostrar ansí mi poder;
dar á lo que es nada ser,
que es propio de mi grandeza.

ORFÁ. Mira, prima...

RUT. Este es mi esposo;
ya el aconsejarme es vano.
Diamante es; que esté en mi mano
es mi gusto, y es forzoso.
No me repliques si estima,
Orfá, mi vida tu amor.

ORFÁ. ¿No temes?

RUT. No es el temor
blasón de príncipes, prima.

ORFÁ. Alto, sigo tu quimera,
aunque llena de recelos.

MASAL. Goce yo, propicios cielos,
á Rut, aunque luego muera.

(Vanse estos dos.)

ESCENA VI

Sale el REY, *y* RUT. *Luego* MASALÓN *y* ORFÁ.

REY. No puedo hallarme sin ti.
Esa tu melancolía,
hija de la vida mía,
la ha de acabar; vuelve en ti.
¿Cómo estás? ¿Cuándo podré
dar á mi vejez prolija
albricias?

RUT. Cuando una hija
que tienes sola, y se ve
de una tristeza afligida,
que ni puedes remediar,
por ti vuelva á restaurar
con el contento la vida.
De estos extremos terribles
tú solo el médico eres.

REY. Pide, Rut, lo que quisieres,
que si amor hace imposibles,
y yo, sujeto á su ley,
te adoro, por tu salud,
si es necesario, mi Rut,
menospreciaré el ser Rey.

RUT. Padre amoroso, (que el nombre
de padre, siempre apacible,
es conjuro del amor
bastante para que obligue
á conservar en su imagen
el noble ser que me diste,
en quien la naturaleza
quiere que te inmortalice)
si tuvieras muchos hijos
en quien vieras repartirse
la voluntad que me tienes,
porque en mí tu sangre vive,
no me espanto que me amaras
menos; que si se divide
en muchos brazos un mar,
no son sus vados terribles.
Mas si una pequeña fuente
viene en un lago á ceñirse
y con corrientes eternas
le paga censo, aunque humilde,
añadiendo siempre arroyos
hace su paso imposible.
Si muchos hijos tuvieras,
viendo su amor dividirse
cupiérame poca parte.
Sola soy, sólo en mí vives:
siendo, pues, esto verdad
¿qué mucho que deposites
en mí, como en cifra tuya,
el noble ser que me diste?

REY. Escusa, mi Rut, rodeos
que al corazón sólo sirven
de tormentos dilatados,
que la esperanza me afligen,
y asegúrete mi amor
que la corona sublime
de todo el orbe mortal,
las victorias más insignes,
las riquezas más copiosas,
con ser tan apetecibles,
con el amor que te tengo
son prendas bajas y viles.
Si es que no amas á Timbreo
y los cielos no permiten
que con su amor te conformes,
ni á ser su esposa te inclines,
antes que le des la mano,
y en lazadas apacibles
enrede amor lazos tiernos,
cautiverio de armas libres,
retrocediendo su curso,
el Dios amante de Elise
contradirá al primer móvil
sin que violentado gire.
Quéjese de ti Timbreo
y del amor que consiste
en conformarse las almas,
pues el querer es unirse,
que cuando á un pastor quisieras,
(que es el mayor imposible
que de tu altivez conozco)
tosco, extranjero y humilde,
la voluntad que te adora
sobre mi trono sublime
colocándole le diera
la corona que á Moab rige.

RUT. Dame esa mano, honrará
estos labios en que imprimes
agradecimientos nobles
para promesas felices,
y en fe de esa real palabra,
que en ser tuya será firme,
oyes sucesos que amor
te manda que facilites.
Entre los muchos esclavos
que en la guerra que tuviste
con las tribus de Israel
tu reino ilustran y sirven,
en fe de lo que me quieres,
una cautiva me diste
parienta del gran Bohoz,
juez noble que á Belén rige:
Bohoz, aquel patriarca
que, según los hebreos dicen,
de la mayor tribu es padre,
que trae de Abraham su origen.
Como era discreta y moza,
y hace el cielo que me incline
con natural influencia
á aquesta nación insigne,
recibíla en mi privanza,
que cuando vienen á unirse
en conformidad los gustos
hace amor sus lazos firmes.
Desde entonces juntas siempre,
ya de noche en los jardines,
ya de día en la labor,
mientras en hilos sutiles
desentrañábamos copos
de algodón y seda virgen,
para emular sus colorse
en bordados y matices,
ninguna conversación
nos era tan apacible
como el tratar de Israel,
de sus hijos varoniles
y los hechos de sus duques,
bastantes á hacer que quiten
la posesión de sus reinos
á tantos pueblos gentiles.
Siempre, pues, que en estas cosas
procuraba divertirme
de pensamientos que al ocio
indigna entrada aperciben,
mirándome atentamente,
tal vez alegre, y tal vez triste,
de misteriosos secretos
me daba muestra infalible.
Una vez que entre otras vi
con los afectos decirme
lo que la lengua no osaba,
animándola la dije:
¿qué enigmas, Alva, son estas?
¿qué partos el alma oprimen
que por los ojos pretenden
inobedientes salirse?
Si deseos naturales
de ver tu patria te afligen
(que no hay feliz cautiverio
que se iguale al vivir libre)
dímelo, cautiva hermosa,
qué aunque del gusto me prive
que de tu apacible trato
mi amor sociable consigue,
te enviaré llena de joyas,
que para que no me olvides
la memoria que me debes
á mi amor te necesiten.
«Mal (dijo), señora, pagas
la voluntad que en servirte
no en el olvido se funda,
disculpa de pechos viles.
La patria más natural
es aquella que recibe
amorosa al extranjero,
que si todos cuantos viven
son de la vida correos,
la posada donde asisten
con más agasajo es patria
más digna de que se avise.
Si tantas veces suspensa
con la vista, Rut, te dije
lo que nunca osó el temor,
freno que la lengua oprime,
misterios son con que el cielo
(si no es que amor desatine),
en historias y en estatuas
quiere que te inmortalices.
Bohoz, de quien prima soy,
para que la dicha estimes
que de tan ilustre deudo
á mi valor se le sigue,
una noche entre los brazos
del sueño, sobre cogines

que el alba borda de perlas
y flores que el Mayo pise,
soñaba (si en los profetas
merecen atribuirse
á sueños misterios altos
que Dios en ellos les dice)
soñaba que de una piedra,
que con el cielo compite
y del generoso tronco
que á Judá dió real estirpe,
con influencias celestes
vino un monte á producirse
tan alto, que se igualaba
al trono en que Dios asiste.
Bajó á pacer de su hierba
un cordero que se viste
de más cándidas guedejas
que las que adornan al cisne.
Despertó lleno de gozo,
y á los profetas les pide
que de este oculto misterio
los secretos profeticen.
Echanse en oración todos,
y convienen en decirle
que del tronco de Judá
el sueño alegre predice
la casa real de Bohoz;
y que la piedra sublime
de quien nacerá la vara
que el más alto cielo humille,
será una mujer gentil
de Moab, bella y humilde,
que casándose con él,
el cordero amante obligue,
que de los pastos sabrosos,
donde *ab aeterno* reside,
al monte de Judá baje
para que á Dagón derribe.
Por una idólatra, en fin,
y un príncipe de la estirpe
de Bohoz ha de gozar
el mundo al que el cielo rige,
y llamándose el Mesías
hará hazañas que conquisten
desde la cuna del sol
hasta su túmulo triste.
Viendo, pues, Princesa amada,
cuán bien estas cosas dicen
con tu nombre, pues Rut es
cuando en mi lengua le explique,
lo mismo que piedra, siempre
que á tu presencia me admites,
alborotándome el alma
viene casi á persuadirse
que tú has de ser esta piedra,
á quien amor apercibe
ramas del ilustre tronco
de Bohoz, cuyas raíces
el monte pronosticado
producirá en que se críe
el Cordero que Israel
ha tantos siglos que pide.
¡Ay, Princesa generosa!
si es justo que te suplique
quien desea que tu fama
los tiempos inmortalicen,
que de el amor que te debo
las palabras acredites,
y al cielo contigo franco
estos favores supliques,
no te cases si no fuere
con quien no haga imposibles
las esperanzas de ver
que esta verdad salga firme.»
Cesó, al paso que crecieron
mis deseos, porque siguen
la inclinación que á Israel
me obligue que ame y envidie;
y para aumentarlos más
(si crecen con imposibles)
á casarme con Timbreo,
padre y rey, me persuadiste.
Tu sobrino es, no me espanto,
pero siendo aborrecible,
¿quién juntará voluntades
que la inclinación olvide?
De esto nació mi tristeza,
y si quisiera decirte
hazañas de amor que el tiempo
á la lengua no permite,
me disculparas piadoso,
lastimándote apacible,
obligándote clemente
y persuadiéndote libre.
Pero no quiero cansarte,
sino sólo persuadirte
que si el amor que me tienes
es bien que mi vida estime,
no esperes que esposo llame,
mientras mis venas anime
el corazón que te adora
y en quien tu imagen imprimes,
á quien no fuere efrateo
y del escogido origen
de Judá no descendiere,
pues cuando el cetro me quites
que pienso heredar de ti,
y matarme determines
¿qué importa que el cuerpo muera,
mientras la libertad vive?

REY. Obligaran mi afición
tus quimeras, Rut querida,
para restaurar tu vida
y alentar tu inclinación
si con medios tan terribles
cosas no me propusieras,
cuanto menos verdaderas
más livianas y imposibles.
De Moab, mi Rut, soy Rey,
tú mi sola sucesora,
Israel á un Dios adora
que contradice mi ley;
pues ¿cómo, aunque yo permita
lo que me pide tu amor,
consentirá por señor
Moab á un israelita?
¿Esto cómo puede ser?

RUT. ¿Cuándo halló dificultad
rebelde á la voluntad
que no venciese el poder?
Si aquí un israelita hubiese
con todas las condiciones
que yo pido y tú propones,
y de suerte me quisiese

[illegible]

. . . persona
. . . á igualalle:
. . . á amalle
. . . valor,
que no hay cartas de favor
como buena cara y talle.
En fin, ¿eres bethlehemita?

MASAL. Aunque tuyo ser pretendo,
del mayorazgo deciendo
de Jacob.

[illegible] . . . olvido?
[illegible]
[illegible] . . . decendencia
[illegible] . . . dos
[illegible] . . . presencia
[illegible] . . . á mí.
[illegible] . . . ansi,
[illegible] . . . en vano.
[illegible] . . . la mano,
[illegible] . . . en ti.
(Danse las manos.)
[illegible] . . . primero.
[illegible] . . . corazon.
¿[illegible] . . . nombre?
Masalón.
[illegible] seréis mi heredero.
[illegible] quiero.
[illegible] á ver;
[illegible] una mujer
[illegible], amorosa,
[illegible] cosa
[illegible] poder?
[illegible] este caso
[illegible] secreto;
[illegible] indiscreto
[illegible] que os caso.
[illegible] que paso
[illegible] inconveniente:
[illegible] decente
[illegible] de placer;
[illegible] de ser
[illegible] y sin gente.
[illegible] Timbreo
[illegible] poderoso:
[illegible] celoso
[illegible] amor y mi deseo.
[illegible] quinta real, hebreo,
[illegible] mejores
serán padrinos sus flores,
y aunque murmuren, madrinas
sus fuentes, si cristalinas,
[illegible] en vuestros amores.
Vamos allá. Mas ¿qué es esto?

PUT. Mi ventura el cielo ordena.

ESCENA VII

Dichos. Sacan NISIRO *y otros á* NOHEMÍ *y* QUELIÓN *presos.*

NISIRO. El ladrón de la cadena
que en tal extremo te ha puesto
fue aqueste hebreo dispuesto,
que con aquesta mujer,
procurándola vender
prendimos. Restaura agora
tu contento, gran señora,
pues están en tu poder.

MASAL. Este es, gran señor, mi hermano
y esta mi madre Nohemí.

NOHEMÍ. Hijo ¿qué es esto?
MASAL. Perdí
mi hacienda, y un reino gano.
Dame á besar esa mano.
RUT. Y á mí los brazos me da.
MASAL. Pobre he sido, Rey soy yá,
que así el cielo me sublima.
RUT. (*A Quelión.*) Y tú esposo de mi prima,
si su bien conoce Orfá.
Padre y señor, es justo.
MASAL. Con mi hermano Quelión
tendrás en esta ocasión
esposo, regalo y gusto.
ORFÁ. No sabré yo dar disgusto
á mi prima la Princesa.
NOHEMÍ. Hijo ¿qué es esto?
MASAL. La priesa
no da lugar para más.
Despacio, madre, sabrás
lo que tu dicha interesa.
REY. Daos, pues, las manos los dos,
y venid. (*Dánselas.*)
QUELIÓN. Cielo ¿esto es sueño?
MASAL. (*A Rut.*) ¡Ay, mi bien!
RUT. ¡Ay, dulce sueño!
MASAL. Muriera el alma sin vos.
NOHEMÍ. ¿Pues, hijo, tu ley, tu Dios?
MASAL. Mi ley, mi Dios y mi vida
es sola mi Rut querida.
NOHEMÍ. Ya tu perdición recelo,
que no favorece el cielo
amor que á su Dios olvida.

ESCENA VIII

DICHOS y TIMBREO.

TIMBREO. Ya los cosarios tiranos,
sol que da luz á Timbreo,
están... mas ¡cielos! ¿qué veo?
¿Rut y un hombre de las manos?
Celos que como villanos
acometéis á traición;
no hay guerra sin prevención
que no condene la ley.
Moabitas, Princesa, Rey,
aclarad mi confusión.
REY. Timbreo, conformidad
de gustos se llama amor,
y entre nobles es rigor
violentar la voluntad.
Supuesta aquesta verdad
y que mi Rut tiene esposo,
si puede un desdén celoso
vencer un pecho robusto,
busca mejor á tu gusto,
y sufre lo que es forzoso.
(*Vanse el* Rey, Orfá, Rut, Masalón, Quelión *y* Nohemí.)

ESCENA IX

TIMBREO y NISIRO.

TIMBREO. (*Ap.*)
«¡Sufre lo que es forzoso!» ¿Esto consiento?
¿Al fin de tantos años
me remites, cruel, al sufrimiento
con celos, mas no celos, desengaños?
¿Cuándo, tiranos cielos,
se hallaron juntos sufrimiento y celos?
Sufra el amor que vive en esperanza,
que no es tormento eterno
el más prolijo si á la fin se alcanza;
¡mas pedir sufrimiento en el infierno!
¿Cómo, decid desvelos,
se compadecen sufrimiento y celos?
Pedir que con el sol la noche viva;
la quietud con la guerra;
que á la salud la enfermedad reciba;
la liviandad el peso de la tierra
y al fuego aticen yelos,
es pedir sufrimiento á amor con celos.
Quién es, decid, moabitas, este hombre;
este tirano fiero?

NISIRO.
Ni su patria sabemos, ni su nombre;
sólo que es extranjero,
que el reino hereda, la Princesa le ama,
el Rey le casa y sucesor le llama;
en la quinta del bosque amor elige
el tálamo amoroso
que á Rut te usurpa y tu esperanza aflige.

TIMBREO.
¡Oh, ingrata! ¡oh, vil esposo!
¡oh, Rey tirano! ¡oh, bárbaro homicida!—
¿Sueño? ¿he perdido el seso? ¿tengo vida?
Mas ¿cómo viviré si Rut me mata?
si loco, ¿cómo siento?
si duermo, ¿cómo el Rey de veras trata
su gusto y mi tormento?
Mas ¡ay, de mí! soñando estoy despierto;
soy loco cuerdo, y tengo vida muerto.
Abrase el cielo los crueles lazos
en quien mis penas fundas;
ciñan tu cuello áspides, no brazos,
y en vez de las coyundas
de amor, porque me vengue y te desveles,
desdeñosa tirana, halles cordeles.
Presto aborrezcas, pues tan presto adoras,
á quien mis gustos priva;
juzgue por siglos de tu amor las horas,
y aborrecido viva;
mas si perseverare en tus amores
en vez de bodas sus obsequias llores.
Pero ¿para qué pido á los extraños
venganza cuando puedo
mi injuria castigar y tus engaños?
Al rey tirano heredo,
pues soy ramo del tronco real moabita:
pierda la vida quien á Rut me quita.
Vasallos tengo, amigos y parientes
que por esto no pasen,
y celos que, atrevidos y valientes,
la quinta vil abrasen;
pues es mejor, cuando en furor me enciendo,
morir matando que vivir muriendo.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Salen RUT *de labradora*, ORFÁ, NOHEMÍ, TIMBREO *y otros.*

TIMBREO. Traje es ese merecido
de tu ingratitud tirana;
que á condición tan villana,
con el villano vestido
satisfacen desengaños
de un mal pagado deseo.
Vivido has con un hebreo,
Princesa, en Moab diez años;
que no pudo mi venganza
ser á tu padre traidora,
hasta que llegó la hora
que á amor pidió mi esperanza.
Él es muerto, y yo soy Rey;
porque necio el reino fuera
que en su silla consintiera
á un bárbaro de otra ley.
Maté á tu esposo atrevido,
y también á Quelión
su hermano, que no es razón
que diez años, que en tu olvido,
tirana me atormentaste,
no satisfaga mis celos.
Venguéme, en fin, y abraséIos
como en ellos me abrasaste.
Ni viuda mi amor te mueve,
ni estimas ser mi mujer,
ni el soberano poder
del reinar á quien se atreve.
El más quieto natural
te ha podido persuadir,
siquiera, ingrata, á admitir
la más pequeña señal
de amor, que fuera bastante
á refrenar mis rigores,
pues aun fingidos favores
hacen cortés al amante.
A vista estás de Belén,
y entre pobreza y congojas
á coyuntura, que escojas
lo que te estuviere bien.
Si la mano me concedes
la diadema gozarás
de Moab; si firme estás
en tu ingratitud, ya puedes
satisfacer tus deseos.
Cruel sirena, ¿qué lloras?
¿A los hebreos adoras?
ya pisas campos hebreos.
Todos de un pastor descienden,
que este humilde oficio dan,
á la nobleza de Abrahan,
los que imitalle pretenden.
Pastora eres, ¿qué te quejas
si sigues tu inclinación?
por los que pastores son,
sublimes púrpuras dejas:
si te arrepientes, escoge.
¡Ay, Rut de los ojos míos,
no formes de perlas ríos
que Abril codicioso coge
para convertir en flores!

RUT. Déjame, tirano infiel,
llorar la muerte crüel
de los Príncipes mejores
que honraron á Palestina;
que si el que en presencia está
de quien la muerte le da
por disposición divina
brota sangre, y tú me has muerto,
por descubrir tu traición,
la sangre del corazón
que brotan los ojos vierto.
Y la silla en que te asientas,
pues della mi esposo falta,
cuando su corona esmalta
de piedras por tí sangrientas,
menospreciaIle es forzoso;
que será afrenta doblada
admitir mano manchada
en la sangre de mi esposo.
Vete y déjame, traidor.

TIMBREO. Estima mi cortesía,
que aunque forzarte podría,
no es villano, al fin, mi amor;
y apacienta toscos hatos
con rústicos ganaderos,
pues son sus pechos groseros
de tu ingratitud retratos,
á prueba de tu desdén,
digno de vestir sayal;
que si á la mesa del mal
echares menos el bien,
podrá ser que su aspereza
te obligue á mudar consejos,
porque no espanta de lejos
el hambre ni la pobreza.
Cuando de cerca la toques
y conozcas lo que pierdes,
como de mi amor te acuerdes,
y á pagarle te provoques,
á la razón reducida
de quien tan lejos estás,
la puerta abierta hallarás
de tu reino y de mi vida;
que mal la podrán cerrar
desdenes por más que ofrezcas,
pues cuanto más me aborrezcas
más, ¡crüel! te pienso amar. *(Vase.)*

ESCENA II

DICHOS, *menos* TIMBREO.

NOHEMÍ. Hijas, ya que Dios me ha dado
el castigo merecido,
y sin hijos ni marido
en soledad ha trocado
mi amorosa compañía;
mis contentos en dolor,
en llanto eterno mi amor
y en tormento mi alegría,
á Moab os reducid;
no renovéis á mis ojos
pasadas penas y enojos;
de mis desgracias huid,
que aunque mi pena os desvele
ofenderá vuestra dicha,

que es contagión la desdicha
que á todos pegar se suele.

RUT. Madre, no es justo que ansí
á quien te adora despidas.
Un alma vive en tres vidas;
quien las da ser es Nohemí.
Yo no te pienso dejar,
que esto mi ventura ordena.

ORFÁ. Tu fortuna, mala ó buena,
la nuestra ha de acompañar:
diez años hemos vivido
contigo, haciendo experiencia
en tu virtud y prudencia.
¡Cuán engañosa ha salido
la fama con que las suegras
su opinión han desdorado!
Madre en tí habemos hallado;
con tu vista nos alegras;
despedirnos es rigor.

NOHEMÍ. ¡Ay, Rut hermosa! ¡Ay, Orfá!
¿Con qué pagaros podrá
mi desdicha vuestro amor?
A vista estoy de Belén;
goza, Rut, agradecida
la corona apetecida
que has merecido tan bien.
Goza en amorosos lazos
al homicida crüel
de mis hijos, que con él,
entre lícitos abrazos
refrenarás desconsuelos
que es de renovar conmigo,
con miserable castigo
quisieron vengar los cielos
en mis hijos el dejar
su Dios y ley verdadera;
de la ambición lisonjera
se dejaron engañar.
De Dios la justicia estimo,
como su esclava le adoro;
pero como madre lloro
y en su muerte me lastimo.
No pierdas, mi Rut, por mí
lo que por naturaleza
heredas; ni tu belleza,
Orfá, desprecies ansí:
allá os casaréis las dos,
por madre á Moab tenéis;
no es bien que peregrinéis
extranjeras. Hágaos Dios
dichosas, págueos el bien
que en vuestra patria me hicisteis;
premie el amor que tuvisteis
á mis dos hijos también:
que ni desdichas ni agravios
bastarán á que os olvide.
Si amor, cuando se despide,
suele imprimir con los labios
recuerdos en la memoria,
dejadme sellar con ellos,
hijas, vuestros rostros bellos,
y seré la postrer gloria
que á mi dicha deberé.

(Abrázalas.)

Prospere vuestra ventura
el cielo.

RUT. No está segura
sin vos, madre, si se ve.

ORFÁ. Por no aumentar tus enojos
habré de seguir tu gusto.
Bien conoce el cielo justo,
siendo testigos mis ojos,
lo que el apartarme siento
á esta ocasión de las dos.
Adiós, madre; prima, adiós.

RUT. Turba á la lengua el tormento:
quien amando se despide
habla poco y mucho siente.

NOHEMÍ. Dios tus dichas acreciente
y jamás de ti se olvide. *(Vase Orfá.*

ESCENA III

NOHEMÍ *y* RUT.

NOHEMÍ. Vete, mi Rut, con tu prima
donde segura reposes;
goza tu tierra, tus dioses
y el esposo que te estima.
¿Qué esperas de mi pobreza,
ni mis hados infelices?

RUT. Cuanto más me contradices
aumentas más mi tristeza.
Sombra he de ser que te siga;
viviré donde vivieres;
seguiréte donde fueres,
ya la suerte te persiga,
ya de fortuna mejores.
Tu patria es mi patria ya;
tu ley preceptos me da;
adoraré el Dios que adores.
Un pueblo ha de recibirnos,
una cama ha de abrigarnos,
una mesa sustentarnos
y una tierra ha de cubrirnos.
Plegue al cielo que me niegue
su luz el planeta hermoso,
me persiga un envidioso
y á ver tu patria no llegue,
cuando imposibles sean parte
para que en tu compañía
no viva alegre hasta el día
que la muerte nos aparte.

NOHEMÍ. A tal amor, tal lealtad,
ingrata es mi resistencia:
aliviará tu presencia
mi viudez y soledad.
Esta es Belén, Rut querida.

RUT. Nuevo gozo cobro en vella.

NOHEMÍ. Entremos, y veré en ella
si la patria al pobre olvida.
Parientes ricos dejé,
á muchos favorecí,
á muchos sustento dí,
muchas güerfanas casé.
Por fuerza habré de probar
agora para vivir
si la cara del pedir
es la misma que del dar,
y si es tan emparentada
en Belén la adversidad
como la prosperidad.

RUT. Esa prueba es excusada,
no hay para que hacella intentes;

que aunque veas alaballa,
ni la verdad posada halla,
ni la pobreza parientes. *(Vanse.)*

ESCENA IV

LISIS y GOMOR, *pastores.*

GOMOR. Lisis ¿cuándo han de cesar,
dime, tus desdenes locos?:
sino es que llore los mocos,
no tengo ya que llorar.
¿Qué gato en camaranchón
anda como yo maullando,
qué borrico rebuznando
en prado, establo ó mesón?
¿Qué berraco de concejo
gruñe cual yo y se embarrincha,
ó qué cuartago relincha,
sin albarda ni aparejo,
cuando topa á la mohina
cual yo? Mira que me matas
con esa cara de natas.
Ya he llorado hasta la orina;
no reposo en ningún cabo,
mojadas tengo las parvas,
dos años ha que las barbas
no me quito, ni me lavo
la cara, que con pezuñas
tal vez cubren telarañas;
lleno me traes de legañas;
del yeme [1] tengo las uñas.
Ten mancilla, Lisis mía,
de que ande ansí tu Gomor;
porque si esto no es amor,
al menos es porquería.
Sírvame esto de castigo:
dame á hocicar esa mano.
LISIS. Bocado comido, hermano,
dicen que no gana amigo.
Un tiempo te amaba yo,
mas como el pan te comiste
y darme de él no quisiste,
mi amor de hambre se murió.
GOMOR. ¿Medio pan, Lisis discreta,
entre dos de qué servía,
sabiendo tú que venía
con más hambre que un poeta?
Siempre os habemos de dar:
¿no habrá una mujer que quiera
de balde? ¿es amor gotera
que nunca tien de parar?
¿no basta ser gentilhombre?
LISIS. Como de Adán descendéis,
su nombre es bien que imitéis.
GOMOR. Pues bien, ¿qué hay en ese nombre?
LISIS. Que he de dar el que de Adán
deciende, he sacado yo;
que por eso se llamó
Adán, que se acaba en *dan.*
GOMOR. ¿En *dan*? ¿pues es tamboril?
LISIS. Y si en los nombres me fundo,
la primer mujer del mundo,
este secreto sutil
también con el suyo aprueba.
GOMOR. Eso no más mos faltaba.
LISIS. Pues ven acá. ¿En qué se acaba
el eco del lleva?
GOMOR. En *eva.*
LISIS. Luego quien no *da* no es hombre,
ni quien no *lleva*, mujer.
GOMOR. De aquí saco que ha de ser
desde hoy *lleva* vueso nombre.
LISIS. No hay sin dar ningún galán,
ni sin llevar dama á prueba,
pues *lleva* se acaba en *eva,*
como Adán se acaba en *dan*:
pues no has dado, no hay amores.
GOMOR. Ya os doy á los diabros yo,
y á quien tanto os enseñó.
LISIS. Venido han los segadores,
Gomor, de Bohoz, nueso amo,
porque hoy comienza la siega.
GOMOR. ¿Si no os dan, no amáis, borrega?
¿chancera sois? pues no os amo.

ESCENA V

DICHOS, y *van saliendo* HERBEL, ASAEL, ZEFARA y JABEL.

HERBEL. Salve y guarde. Es tiempo ya
de aprestar dediles y hoces.
LISIS. ¡Oh, Herbel! si el tiempo conoces
en casa el agosto está.
HERBEL. Dolióse Dios de Israel:
buena cosecha esperamos.
ASAEL. *(Sale.)* Manténgaos Dios. Acá estamos
todos, pardiez.
GOMOR. ¡Oh, Asael!
Oraciones de Bohoz
mos han dado el año lleno;
HERBEL. Es santo Bohoz.
LISIS. Es bueno.
ASAEL. Embotada estaba mi hoz
diez años ha, y de orín llena,
que el hambre la daba empacho;
pero ya ha vuelto el gazpacho
á dar filos á la cena.
(Salen Zefara y Jabel.*)*
ZEFARA. Año, buen año.
HERBEL. ¡Oh, Zefara!
¡Oh, Jabel! de aquí adelante
no habrá hebreo mendigante.
JABEL. Todo lo llena la hartura.
¿No sabéis quién ha venido
á Belén?
LISIS. ¿Quién?
JABEL. Nohemí.
ASAEL. ¿Decíslo de veras?
JABEL. Sí.
GOMOR. El sustento nueso ha sido.
LISIS. ¿Viene rica?
ZEFARA. Antes tan pobre
que no tiene que comer.
HERBEL. ¿Pues y el avaro Eliacer? [1]
ZEFARA. No hay vicio de quien no cobre
Dios, en plazos de venganza,

---

[1] Así en el original y en la reimpresión; pero tal vez haya escrito *Tirso:* «de á jeme».

[1] Aquí se olvidó *Tirso* de que el nombre que antes había dado al esposo de Nohemí era Elimelec y no Eliacer.

la justa satisfacción.
Negonos la provisión,
hizo de Belén mudanza,
y en Moab diz que perdió
la hacienda y vida.

GOMOR. ¡Oste, puto!

JABEL. No trae más que llanto y luto
Nohemí, que allá se dejó
muertos los hijos.

ASAEL. ¿Y vive?

JABEL. Sin que haya quien la socorra.

LISIS. Si el beneficio se borra
al tiempo que se recibe,
y el agravio en piedra está
eternamente esculpido,
el odio que su marido
tuvo á todos durará,
sin que haya memoria alguna
de lo que á Nohemí debemos.

HERBEL. Todo este mundo es extremos.

ASAEL. Gobiérnale la fortuna.

JABEL. Trae la más hermosa nuera
que ha visto Efratá, consigo.

GOMOR. Sin hacienda, buen abrigo
trae de allá.

ZEFARA. Diz que en Moab era
princesa.

HERBEL. ¿Pues quién la fuerza
á venirse acá á morir
de hambre?

ZEFARA. El no consentir,
Herbel, casarse por fuerza,
y el amor que en Nohemí fundo.

GOMOR. ¿En su suegra?

ZEFARA. ¿Qué te espanta,
sabiendo que es una santa?

GOMOR. La primer nuera es del mundo
de ese humor.

LISIS. Pues del buen trato
eso y más.

GOMOR. Será por yerro.
Suegra y nuera, gato y perro
no comen bien en un plato.

LISIS. Dejad eso y aprestemos
la siega.

HERBEL. Aquí está mi hoz.

JABEL. Antes que venga Bohoz
con bendición empecemos;
pero esperad, que Nohemí
de quien hablamos es esta,
y la moabita.

ASAEL. ¡Y qué honesta!

GOMOR. Noramala para mí.

ESCENA VI

DICHOS *y salen* RUT *y* NOHEMÍ.

RUT. Pues que la pobreza fiera
en ninguno halló piedad,
porque la necesidad
es en su patria extranjera,
para poder sustentarte,
señora y madre querida,
yo tomo á cargo tu vida.
Cánsate ya de cansarte
pidiendo á quien socorrer
te pudiera y dice ultrajes,
que no hay más de dos linajes,
que es tener y no tener.
Tus deudos tienen; si afrenta
la falta, madre, de bienes,
¿qué mucho, cuando no tienes,
que te nieguen por parienta?
No pruebes pechos, Nohemí,
que la hacienda endureció,
que avergüenza mucho un *no*
á quien dijo á todos *sí*.
Princesa he sido y señora,
mas la pobreza maestra
y amor, que todo lo muestra,
me enseña á ser labradora.
La siega ha empezado ya:
ya Céres da su tesoro
á Agosto en espigas de oro;
la gente ocupada está
en afeitar los cabellos
al campo, que da en despojos
á las eras sus manojos
colmando los trojes de ellos.
Espigadera he de ser,
si princesa hasta aquí he sido.

NOHEMÍ. Hija, si el reino has perdido
por mí, no es justo perder
el respeto á tu valor.
Quien debajo el solio real
se crió llevará mal
desacatos del calor.
Atrévase el hambre vil
á hacer en mi vida prueba,
primero que el sol se atreva
á ese coral y marfil:
no es bien que oficio te cuadre
tan tosco como crüel.

RUT. No vale más que otro aquel
que no hace más que otro, madre.
Deja que en la siega coja
espigas que el rico olvida,
pues antes que se las pida
las da el campo y no se enoja.
Algún padre habrá clemente
de familias, sin codicia
del trigo que desperdicia
mientras lo siega su gente,
que dejándome espigar
me dé con que sustentarte.

NOHEMÍ. Estatuas puede labrarte
la piedad, ponerte altar.
Bendecid, cielos constantes,
á Rut, que humilde os obliga;
haced que mientras espiga
coja por granos diamantes.
Jamás su memoria muera,
y el amor, mientras espiga
pan, con nuevo blasón, diga:
la mejor espigadera.

ZEFARA. Seáis, Nohemí, bien venida.

NOHEMÍ. No me llaméis más Nohemí,
que es hermosa; amarga sí;
viuda sola y afligida.
¿Por qué Nohemí me llamáis,
si no es razón que me cuadre
tal nombre?

JABEL. No lloréis, madre,
que el corazón nos rasgáis.

ESCENA VII

Dichos y Bohoz, que será el mismo que hizo á Masalón, con un gabán y montera como noble en el campo.

BOHOZ. ¡Ea, amigos, á la siega!
TODOS. Vamos en nombre de Dios.
(Entranse.)
RUT. Volveos, madre, á casa vos,
y lo que mi amor os ruega
haced.
NOHEMÍ. ¡Ay, fortuna fiera!
bien tu inconstancia se ve,
pues la que princesa fué
ya es humilde espigadera. *(Vanse.)*
(Al irse Rut se van mirando muy de espacio ella y Bohoz.)

ESCENA VIII

BOHOZ.

¡Válgame el Dios de Sión!
¿Quién es esta mujer bella,
que me ha dado sólo en vella
mil vuelcos al corazón?
No la he visto en esta tierra
otra vez; más bajará
á la siega de Judá,
como suelen, de la sierra,
con los demás montañeses.
Detrás de los segadores
coge espigas, vierte flores,
perlas siembra y lleva mieses.
¿Hay más bella compostura?
¿hay más compuesta beldad?
Más puede la honestidad
con amor que la hermosura.
Pues si es compuesta y hermosa
¿qué mucho valga por dos?
¿Yo sin armas, amor Dios,
y la ocasión poderosa?
Peligro corréis, sosiego,
que si el sol de Agosto abrasa
y el de amor el alma pasa
¿quién sufrirá tanto fuego?
En un misterioso sueño
quiso el cielo revelarme
que no tengo de casarme,
ni mi amor llamará dueño
sino á una mujer mohabita,
cuya virtud y humildad
honre mi posteridad
con descendencia infinita.
Por esta causa hasta agora
á nadie la llave he dado
del alma donde se ha entrado
esta hermosa labradora.
¿Cómo, abrasados antojos,
entró, si á puerta cerrada
estaba el alma guardada?
Mas si sirvieron los ojos
de puertas, que hallando abiertas,
conquistó ¿qué hay que dudar?
pues mal se podrá guardar
casa que tiene dos puertas.
El donaire con que espiga
enamorando al amor
le transforma en segador;
y porque sus pasos siga,
en vez de espigas, arroja
á racimos las estrellas,
que al bajar las manos bellas
se estorban porque las coja.
Ya no con alas veloz
la aljaba á los hombres echas,
pues arrojando las flechas,
amor, del arco haces hoz,
y como sin vista llegas
derribando cuanto alcanzas,
segando mis esperanzas
á ciegas mis dichas siegas.
(Gritan dentro.)
Ya cantan mis segadores.
Haceos, pensamientos vanos,
espigas, porque en sus manos
deis fruto, pues que sois flores.
(Cantan de dentro.)
(«Segadores, afuera, afuera,
dejen llegar á la espigaderuela.»)
HERBEL. *(Dentro.)* Quién espiga se tornara
costara lo que costara,
porque en sus manos gozara
las rosas que hacen su cara
por Agosto primavera.
TODOS. («Segadores, afuera, afuera,» etc.)
UNO. ¡Vítor!
TODOS. ¡Vítor!
BOHOZ. ¡Qué alegría
han dado á mi corazón!
¿Hay siega con más razón?
GOMOR. (Va la mía, va la mía.)
(Cantan.) «Si en las manos que bendigo
fuera yo espiga de trigo,
que me hiciera harina digo
y luego torta ó bodigo,
porque luego me comiera.
TODOS. Segadores, afuera, afuera,» etc.
(¡Vítor, Gomor!)
ASAEL. (Lindamente
lo habéis dicho.)
GOMOR. (Aunque grosero
¿qué queréis? yo so coplero.)
BOHOZ. Envidia tengo á mi gente,
pues donde ponen los pies
sus bocas pueden sellar.
GOMOR. (Lisis, la tuya has de echar.)
TODOS. (Diga Lisis.)
LISIS. (Digo, pues.
(Canta.) «Si yo me viera en sus manos
perlas volviera los granos,
porque en anillos galanos
en sus dedos soberanos
eternamente anduviera.
TODOS. Segadores, afuera, afuera,» etc.)
GOMOR. (Esta se lleva la gala.
¡Viva Lisis!)
TODOS. (¡Lisis viva!)
BOHOZ. Ya amor el alma cautiva;
fuego por la vista exhala.
(Llama.) Segadores ¡ah! Gomor,
Lisis, Asael.
TODOS. (Nueso amo.)
GOMOR. (¿Llama acaso?)

BOHOZ. Llamo y amo
entre las llamas de amor.

ESCENA IX

BOHOZ, GOMOR *y* HERBEL.

GOMOR. ¿Qué es, nueso amo, lo que manda?
BOHOZ. ¿Quién es esta espigadera
que las almas, vueltas cera,
con manos de nieve ablanda?
HERBEL. Esta es nuera de Nohemí,
moabita en profesión,
esposa de Masalón,
que fué, según lo que oí,
princesa; pero llevada
del amor de nuesa ley,
con el moabita rey
menospreció estar casada;
y por sustentar su suegra,
desde la soberbia silla,
cogiendo espigas se humilla
y á cuantos la ven alegra.
BOHOZ. ¡Válgame el Dios deseado!
¡que en una idólatra ansí
hallé la viuda Nohemí
lo que en sus deudos no ha hallado!
¡Que una princesa excelente
con ejercicio tan bajo,
á costa de su trabajo
ansí á su suegra sustente!
Si honesta, humilde y hermosa
conquistado mi pecho ha,
poderoso amor, ¿qué hará
socorrida y virtuosa?
Y si con una moabita
quiere el cielo que me case,
¿qué milagro es que me abrase?
Ya vienen con fiesta y grita,
y tras ellos el cristal
de los pies que á amor provocan,
volviendo el trigo que tocan
de trechel en candeal.

ESCENA X

DICHOS *y salen los* SEGADORES *cantando y* RUT *tras ellos lleno de espigas el delantal.*

TODOS. «A la espigaderuela linda
el amor sus flechas rinda;
á la espigaderuela honesta
hagan estos campos fiesta.
UNO. Arcos haga nuesas hoces,
flechas las espigas bellas
que tire al amor con ellas
contra las suyas veloces;
las nuesas con tiernas voces
cantando la den la gala,
y á los pies de la zagala
Flora ramilletes rinda.»
TODOS. «A la espigaderuela linda,» etc.

(*Estánse mirando* Rut *y* Bohoz *mientras cantan.*)

UNO. «Vuélvase á vestir de flor
el prado que Agosto seca,
pues con su vista se trueca
en primavera mejor.
Más pica el fuego de amor
que el fuego del sol ardiente;
su hermosura es fresca fuente
que en vasos de cristal brinda.»
TODOS. «A la espigaderuela linda,» etc.
BOHOZ. Bendigan tu hermosura
los cielos cristalinos,
hermosa espigadera,
como yo te bendigo.
Peregrina piadosa,
enamorado hechizo,
princesa del amor,
si de Moab lo has sido,
á tus hermosas plantas
las de este claro río
humillen por besallas
los cuellos más altivos:
vuelva á brotar el prado
jazmines, rosas y lirios,
coronas de tus pies,
de mi esperanza grillos:
no quede ruiseñor,
pintado jilguerillo,
calandria y oropéndola
en árboles y en nidos,
que alegres y bizarros,
de amor y pluma ricos,
no ofrezcan á tus plantas
en vez de labios picos.
Mil veces venturosas
las hazas de mis trigos,
los pagos de mis mieses,
pues ver han merecido
primicias de sus partos
en el cristal bruñido
de aquestas manos bellas,
á quien el alma rindo.
No ausentes de mi siega,
por otras que ya envidio,
los soles de tu cara,
risueños y benignos;
que sin llegar á colmo,
en fe de tal castigo,
se anublarán las mieses
que viéndote han crecido.
Sigue mis labradoras,
que en fe de que te sirvo,
solícitas y alegres
las pongo en tu servicio.
Recoje espigas rojas,
serán plumajes ricos
del oro que tus brazos
guarnecen cristalinos.
RUT. ¡Oh, generoso hebreo!
¿De dónde ha merecido
una romera pobre
tus ojos ver propicios?
La tierra humilde beso
que honraron tus vestigios,
ilustre Patriarca
del pueblo circunciso.
(*Ap.*) (Retrato es verdadero
y espejo donde miro
de mi difunto esposo
el simulacro vivo.
Pero si de Bohoz
mi Masalón fué primo,

¿qué mucho que una sangre
de dos haga uno mismo?)
¿Quién, noble betlehemita
te obliga á que benigno
ampares extranjeros
y hospedes peregrinos?

BOHOZ. Ya, moabita hermosa,
hazañas he sabido
de tu piadoso pecho,
de tu valor benigno;
ya sé que el reino dejas
á tu virtud debido,
la patria en que naciste,
el tálamo ofrecido,
la ley que cuerda truecas,
por la que el dedo ha escrito
de Dios, que dió á Moisés,
nuestro primer caudillo.
La caridad más nueva
que vieron nuestros siglos
que con tu suegra usaste,
pues al humilde oficio
de espigadera pobre
el trono has reducido
por sólo sustentalla
del majestuoso sitio.
Colme de bendiciones
el Señor infinito,
que Dios Israel llama,
trabajos tan lucidos,
mudanza tan dichosa,
amor tan inaudito:
mas sí hará, que en sus alas
te dé su sombra abrigo.

RUT. Ya yo la experimento,
pues ha hallado contigo
gracia mi buena suerte.
Juez amoroso y pío,
mi alma has consolado,
mi pecho enternecido,
pues liberal ensalzas
mis méritos indignos.
Aun ser esclava tuya
mi amor no ha merecido,
la tierra que has pisado,
el aire que respiro.

BOHOZ. (*Ap.*) ¿Hay humildad tan grande?
¿Hay más bello prodigio
en cuantos celebraron
imágenes y libros? (*Gritan dentro.*)

RUT. Ya vuelve á su tarea
el escuadrón sencillo
de nuestros segadores.
Si gustas, señor mío,
siguiendo sus trabajos
proseguiré mi oficio.

BOHOZ. Y igualarás tus gracias
á sus granos de trigo.
Ve, hermosa espigadera,
despoja el vellocino
que á la desnuda tierra
dió Céres por vestido;
saquea á mis gavillas
los fértiles racimos
que en órdenes dispuestas
componen granos limpios,
y en cada huella tuya
produzca el amor niño
contra el calor que abrasa
claveles y narcisos. (*Vase* RUT.)

ESCENA XI

DICHOS, *menos* RUT.

BOHOZ. Lisis, señora, espera;
escucha, Herbel amigo,
así tu mesa cerque
amor de alegres hijos,
que de esta espigadera
cuidéis tan advertidos
que muestre su regalo
que sois zagales míos.
Cuando de Céres fértil
cortéis el fruto opimo
desperdiciad manojos
de industria perdedizos,
llenalda el delantal,
y servirá su lino
de mesa que al amor
ponga en manteles limpios.
Si la sed rigurosa
agravios del estío
formase, id á las fuentes
del bosque más vecino,
brindalda, mis zagales,
con su raudal nativo,
que es Melec mi Rut bella,
y así beberá frío.
Si el rústico vinagre
y el fruto del olivo
con líquidos abrazos
diere al calor alivio,
cuando mojéis el pan
rogalda comedidos,
llamalda diligentes,
servilda agradecidos:
mirad que vive en ella
mi alma, y que consigo
me lleva el corazón
ganado por perdido. (*Vase.*)

GOMOR. Picado va nueso amo.

LISIS. Hagamos lo que dijo,
que Rut, Gomor, merece
del sol ser bello signo.

HERBEL. ¡Pluguiera á Dios que en ella
tuviera Bohoz un hijo
de quien nacieran reyes!

GOMOR. Amor todo es principios.
Quillótrele una vez,
que siendo él mozo y rico,
y ella muchacha y bella
hecho va ya el partido. (*Vanse.*)

ESCENA XII

ELFÍ, NOHEMÍ *y* ASA.

ELFÍ. La hacienda que de Belén
llevaste á Moab pudiera
socorrerte. Ya te ven
pobre, Nohemí, y extranjera;
porque, si lo miras bien,
aunque esta tu tierra ha sido,
no hay patria más natural

como la hacienda. Has venido
viuda, sola y sin caudal;
fué avariento tu marido,
sus parientes despreció;
que te desprecien, Nohemí,
no te espantes.

NOHEMÍ. Ya sé yo
que aunque á muchos socorrí
siempre en la arena escribió
sus cartas de obligación.
Deja razones prolijas,
con que mi pobreza corres,
y mis penas no corrijas;
que pues que no me socorres,
no será bien que me aflijas.
Mi sobrino solías ser,
pero ya lo negarás.

ELFÍ. Estoy pobre, ¿qué he de hacer?

NOHEMÍ. Rico me han dicho que estás.

ELFÍ. Sustento hijo y mujer;
no he de quitárselo á ellos
para gastarlo contigo.
Adiós. *(Vase.)*

NOHEMÍ. Vete, Asa, con ellos.
¡Ah tiempo, que del amigo
son el toque tus cabellos!
Tus canas y desengaños
me enseñan á no fïar
en deudos, que ha vuelto extraños
el interés, que á mudar
basta la cara y los años.
Si yo próspera viviera,
¡qué de deudos me cercaran!
¡qué de parientes tuviera!
¡qué de casas me hospedaran!
¡qué reverenciada fuera!
Pero, en fin, si el no tener
es casi no ser, quien venga
en su patria á empobrecer
no se espante que no tenga
deudos, pues no tiene ser. *(Sale* RUT.*)*
Sólo en Rut este argumento
ni tiene fuerza ni vale;
pues deja el reino opulento
y á ganar humilde sale
con su sudor mi sustento.
¡Cielo! pagádselo vos,
pues yo no tengo con qué.

ESCENA XIII

NOHEMÍ y RUT.

RUT. Ya, madre, gracias á Dios
y al noble Bohoz, hallé
con que comamos las dos.
Tres celemines de trigo
traigo; ¿no he espigado bien?

NOHEMÍ. Mil veces tu amor bendigo.

RUT. Carne y pan traigo también,
querida madre, conmigo.
Asentáronme á su mesa
los piadosos segadores,
y entre su hambre y mi priesa
de los bocados mejores
para vos guardé una presa.
Venid, señora, á comer.

NOHEMÍ. *(Ap.)* ¡Cielos! premiad tal virtud;
eternizad tal mujer!)
¿Y en qué hacienda, pues, mi Rut
quiso el cielo socorrer
tu trabajo y mi esperanza?
Dios á su dueño bendiga.

RUT. De Bohoz es la labranza.

NOHEMÍ. Dele Dios por cada espiga
más oro que Arabia alcanza.

RUT. ¡Ay, madre, que he visto en él,
de mi amado Masalón
la imagen más viva y fiel
que pudo la imitación
fïar del mejor pincel!
¡Ay, madre, qué voluntad
le debo, aunque se la pago!
¡con qué cariño y halago
cautivó mi libertad!
¡Ay, madre, que sus razones
están llenas de elocuencia,
de gusto sus bendiciones,
de autoridad su presencia,
de dicha sus persuasiones!
¡Ay, madre, que hablando obliga;
que enamora cuando ve;
que con su ausencia castiga;
y ¡ay, madre! en fin, que no sé
qué tengo ni qué me diga!

NOHEMÍ. Bendígale Dios, amén,
pues que á los vivos socorre
y á los muertos hizo bien.
Jamás el olvido borre
su memoria de Belén.
El pariente más cercano
era, mi Rut, de tu esposo,
porque era su primo hermano.

RUT. En su talle generoso
le miro.

NOHEMÍ. Por más anciano
hay otro deudo primero
que Bohoz, cuya obligación,
si atenerme á la ley quiero,
el nombre de Masalón
que en tí propagar espero
tiene de resucitar
dándote mano de esposo.

RUT. No hará, madre, ese pesar
el cielo á mi amor piadoso:
sólo á Bohoz ha de amar
por dueño suyo mi vida.

NOHEMÍ. El cielo tu dicha ordena.

RUT. Hoy á sus deudos convida
para una espléndida cena.

NOHEMÍ. Costumbre es ya recibida
en Judá cuando se empieza
el Agosto, que el señor
de las mieses, si riqueza
tiene, haga, á lo labrador,
alarde de su largueza.
Cenan todos en las eras,
y luego sirven de camas
las parvas, aunque groseras.
Mas pues limpiamente le amas
y el favor del cielo esperas,
él me debe de animar
para que cosas te diga
que esta noche han de añudar

[illegible] amiga
[illegible]
[illegible] ventura
[illegible]
[illegible] entura;
[illegible]
[illegible] mesura. (*Vanse.*)

[illegible]

[illegible] luego BOHOZ.

[illegible] su dueño.
[illegible] liberal.
[illegible] Lisis, igual
[illegible] para el sueño.
[illegible] habemos

[illegible] mejor bebido.
[illegible] medio dormido.
[illegible] das tenemos
[illegible] pulgas y chinches.
[illegible] cabe en la barriga
[illegible] Lisis amiga.
[illegible] embutes cuando hinches.
[illegible] quiero do me acueste.
[illegible] debes de estar!
Ya ves
[illegible] ancas me hacen los pies.
[illegible] Amigos.
Nuevo amo es este.
¿No es hora de reposar?
Yo al menos á echarme voy.
Huésped esta noche soy
de las eras.
Buen lugar
hay aquí sin que os ofenda
el cuidado y la ambición.
Sea en vos la ejecución,
y echaos sobre vuesa hacienda.
BOHOZ. Idos á dormir vosotros.
(*A Lisis.*) Rolliza y hermosa estáis.
¡Plega á Dios que no me hagáis
en sueño, Lisis, quillotros.
(*Vanse los segadores.*)

ESCENA XV

BOHOZ.

Niño amor, que por señal
de lo que los campos precias,
los de tu Chipre antepones
á las cortes opulentas.
Cuidadoso labrador
que esperanzas verdes siembras
y amorosos pechos labras
que después con llanto riegas;
tú, que las mieses sazonas
y arrancas después sospechas,
de pensamientos cizañas
con que tus frutos desmedran;
tú, que estando en posesión,
coges tu agosto y cosecha
en granos de hijos sabrosos,
siendo el tálamo tus eras,
labrador soy como tú;
una hermosa espigadera
trilla pensamientos castos
que ofrecen memorias tiernas.
Sopla manso y favorable,
limpia las aristas secas
de estorbos siempre enfadosos
que con tu trigo se mezclan.
Coja yo lícitos frutos
de la tierra más honesta
que tu heredad fertiliza,
que las memorias celebran.
Si en una mujer gentil
he de tener descendencia
de quien proceda el Mesías
que Israel tanto ha que espera,
sea Rut, piadoso amor;
que si significa piedra,
en piedras hace señal
el arado de tus flechas.
¡Ay, sol del alma que alumbras!
¡si en mi pecho amanecieras
y con tu vista alegraras
de mi pesar las tinieblas!
Sosegad, cuerpo, entretanto
que los pensamientos velan:
en las faldas de la noche
dormid, ojos, hasta verla.
(*Echase una parva de espigas, y sale* RUT.)

ESCENA XVI

BOHOZ y RUT.

RUT. Los consejos de Nohemí,
madre en obras, aunque suegra,
sola y de noche me traen,
bien que enamorada honesta.
Durmiendo está aquí Bohoz;
costumbre dicen que es vieja
en las tribus de Israel
cuando algún varón intenta
casarse, en vez de la mano
y el sí que al libre sujeta,
cubrir con su misma capa
de su esposa la cabeza.
Esta es ley del matrimonio
hebreo, en señal y muestra
quel marido es el abrigo
de la mujer casta y cuerda.
Buen testigo, amor, sois vos,
que no lascivas quimeras
ofenden la honestidad
que limpia el alma conserva.
Persuasiones de Nohemí;
celestiales influencias
que en proféticos avisos
certifican sus promesas,
me traen, puesto que amorosa,
tan segura, que en ofensa
del honor que reverencio
le haré de mi vida ofrenda.
Temblando voy, Dios piadoso
de Israel, á quien confiesa
mi fe, libre del engaño
que idólatras almas ciega.
Sed vos conmigo animándome,
y en vuestras llamas eternas

abrasad mi casto amor,
pues que limpian y no queman.
A sus amorosos pies
reclinando la cabeza
cumplo, Nohemí, noble y sabia,
las leyes de tu obediencia.

(*Echase á sus pies y despierta* Bohoz.)

BOHOZ. ¡Válgame el nombre inefable
del Señor! ¿Quién me despierta,
y lo que soñando goza
el alma desasosiega?
¿Quién está aquí?

RUT. (*De rodillas.*) Yo, Bohoz.
Soy Rut, una esclava vuestra,
que en vuestro amparo segura
su honra y vida os encomienda.
El pariente más propincuo
sois en sangre y en nobleza
de mi esposo malogrado.
La ley de Moisés ordena
que resucitéis su nombre;
pues murió sin descendencia,
honrad su posteridad
y cubridme la cabeza.

(*Con un cabo del gabán, le cubre la cabeza.*)

BOHOZ. Mil veces bendita tú,
pues que la piedad primera
con la segunda aventajas,
ejemplo de la belleza.
Agradézcate mi amor
con el alma y con la lengua
la elección que de mí hiciste,
cuando pudieras hacella
de la juventud lozana
de Belén, de la riqueza
de Efratá, que tu hermosura
cuantos la habitan rindiera.
No niego de Masalón
el deudo y naturaleza,
pero hay otro más propincuo
en quien esa ley se emplea.

(*Levántanse.*)

Propondréle tu virtud,
tan grande que la celebran
cuantos vecinos ampara
nuestra patria entre sus puertas.
Diréle su obligación:
quiera el cielo y mi amor quiera
que asegure con un no
mi vida porque no muera.
Si me cede su derecho,
y el *sí* y la mano te niega
con todas las ceremonias
que dispone la ley nuestra,
pídame albricias Judá,
envidia Israel me tenga,
la fama mis dichas cante,
esculpa en bronces y en piedras
nuestro amor la eternidad,
porque el olvido no pueda
borrar con sus tristes sombras
nuestra historia alegre y tierna.
Ya el sol á su misma luz
saca á enjugar las madejas
que cada noche en el mar
lava cuando en él se acuesta.
Al interesado voy
á buscar de tu belleza. [1]
Vuélvete á casa segura;
di mi contento á tu suegra,
que hoy tienes de ser mi esposa,
porque á un mismo tiempo tengan
mis trojes y mi esperanza
de trigo y de amor cosechas.
Galas de bodas prevén;
mas no es bien que las prevengas,
que si ansí me enamoraste,
ansí esposa es bien te vean.
Saldrante á echar bendiciones
nuestras matronas hebreas,
porque sea espejo suyo
la mejor espigadera.

RUT. Si yo tuviera palabras
para agradecerte...

BOHOZ. Deja
de amor exageraciones,
que la lisonja usa de ellas,
y dime ¿qué tanto me amas?

RUT. Como el sol á su luz bella,
que no hallo ejemplo mejor
con que imitar mi pureza.

BOHOZ. ¿Serás mi esposa?

RUT. Y tu esclava.

BOHOZ. ¿Querrásme sabia?

RUT. Y honesta.

BOHOZ. ¿Mudaráste?

RUT. Como un monte.

BOHOZ. ¿Ceñirásme?

RUT. Como yedra.

BOHOZ. ¿Tendrásme?

RUT. Como á señor.

BOHOZ. ¿Llamarásme?

RUT. Mi cabeza.

BOHOZ. ¿Recibirásme?

RUT. En el alma.

BOHOZ. ¿Y guardarásme?

RUT. Obediencia.

BOHOZ. ¡Qué gloria!

RUT. ¡Qué dulce vida!

BOHOZ. ¡Ay, mi sol!

RUT. ¡Ay, cara prenda!

BOHOZ. Adiós, dulce esposa.

RUT. Adiós.

BOHOZ. Contigo voy.

RUT. Tú me llevas. (*Vanse.*)

ESCENA XVII

Sale GOMOR *corriendo tras* LISIS. *Luego más pastores.*

LISIS. ¿Estás loco?

GOMOR. Estoy borracho.

LISIS. ¿Qué me quieres?

GOMOR. Que me quieras.

LISIS. ¿Agora sales con eso?

GOMOR. Agora salgo con ella.
Pardiós, Lisis de mi vida,
que soñaba...

LISIS. Siempre sueñas.

GOMOR. Que parías un muchacho,
con todas sus pertenencias;

---

1 Así en ambos textos; pero debe de faltar algo.

pescudaba la comadre
cuyo es el niño, y tú mesma
entre los ayes del parto
con una voz de manteca
decías: ¡Ay! de Gomor,
su nombre quiero que tenga,
Gomor quiero que se llame,
Gomor le nombra su abuela;
y el rapaz que te imitaba,
la boquilla medio abierta,
en vez de decir, *gua, gua*,
decía, *go, go, denme teta.*
Esto se ha de ser verdad;
la mano y el alma venga,
que pues ya de mí pariste,
no casarte es desvergüenza.

LISIS. Anda, vete en horamala.
GOMOR. Para ti será mi hacienda,
para ti mi pegujar,
para ti mi buey y ovejas,
para ti el alma y la vida,
y para ti mi borrega
y estos brazos gomorriles. *(Abrázala.)*
LISIS. ¡Ay, Dios! aquí de la siega,
que hurtan ladrones el trigo.
GOMOR. No des boces.
LISIS. Que se llevan
las gallinas,
GOMOR. ¡Oh, bellaca!
bien sabéis guardar las vuesas.

(Salen los pastores con bieldos y horcas.)

JABEL. ¡Mueran los ladrones todos!
GOMOR. Por mí, Jabel, mas que mueran.
HERBEL. Todo este bieldo le encajo.
¿Qué es del ladrón que os altera?
LISIS. No hay nadie; que me burlaba.
GOMOR. Mamáronla.
ZEFARA. ¡Buena flema!
LISIS. Por despertaros lo hice.

ESCENA XVIII

DICHOS y ASAEL.

ASAEL. Segadores, buenas nuevas.
Hoy no habéis de trabajar,
que es día de boda y fiesta.
GOMOR. ¿Cómo?
ASAEL. Nueso amo se casa.
LISIS. ¿Con quién?
ASAEL. Con la espigadera.
GOMOR. ¡Miren si lo dije yo!
HERBEL. ¿Tan presto?
ASAEL. Amor todo es priesa.
Vestida de labradora,
porque luzca su belleza,
como el sol entre las nubes,
flores vierte y rosas siembra.
Toda Belén la acompaña,
y de casa de su suegra,
Bohoz la lleva á la suya,
para que á la noche sean
las bodas.
LISIS. Que buena pró
les haga.
GOMOR. Que los dos vean
tataranietos y choznos
que en cuatro mundos no quepan.
ASAEL. Todos han salido acá;
y con músicas y fiestas,
en competencia bailando,
los segadores se alegran.
LISIS. ¿Pues qué aguardamos nosotros?
Aquí traigo castañetas
como el puño.
GOMOR. Y yo pulgares
que las arrojan más tiesas.
Mas, pues nueso amo se casa,
¿no haremos nosotros sendas
matrimoñaduras?
LISIS. Digo
que soy tuya.
GOMOR. Alto, pues, vengan
los dos puños.
LISIS. Uno basta.
GOMOR. No basta. Testigos sean
que me he casado á dos manos
cuantos están en las eras.

ESCENA XIX

Sale toda la compañía de labradores, y de las manos BOHOZ *y* RUT; *sale* NOHEMÍ; *cantan y bailan los pastores.*

(Cantan.) «Esta sí que se lleva la gala,
de las que espigaderas son:
esta sí que se lleva la gala,
que las otras que espigan non.
Viertan todos trigo
sobre la cabeza
digna de coronas.
TODOS. De la espigadera.
UNO. Echen bendiciones
que del cielo vengan
y á montones caigan.
TODOS. En la espigadera.
UNO. Alaben los cielos,
celebre la tierra,
coronen los campos.
TODOS. A la espigadera.
UNO. Que ella es la primera
gloria del amor.
TODOS. Y esta sí que se lleva la gala,
que las otras esposas non.
BOHOZ. De Rut y Bohoz nació
Obed, y por línea recta
de Obed, Jesé, que fué padre
de David, rey y profeta,
de quien, decendiendo Cristo,
hace la memoria eterna
de Rut, que esta historia llama
la Mejor Espigadera.

(Descúbrese un árbol, y en él la desc[e]ndencia de David, desde Jesé hasta Boh[oz].)

COMEDIA FAMOSA

LA ELECCIÓN POR LA VIRTUD

PERSONAS DELLA [1]

SIXTO.
PERETO, *viejo.*
CAMILA.
SABINA.
CÉSARO.
DECIO, *criado.*
MARCO ANTONIO.
POMPEYO.
FABIO, *criado.*
CHAMOSO *y otros pastores.*
RODULFO, *caballero.*
ASCANIO.
MARCELO.
JULIO, *criado.*
CRENUDO.
ALEXANDRO.
COLONA.
DOS FRAILES FRANCISCOS.
MÚSICOS.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Sale SIXTO *de labrador pobremente vestido; saca á su padre muy viejo, vestido de labrador, con un gabán viejo, y sácale casi en brazos, con báculo grosero: llámase* PERETO, *el viejo.*

SIXTO. Ya es, padre, hora de almorzar.
Aquí hace buen sol. Sabina,
saca un banco en que sentar
nuestro padre.

PERETO. ¡Peregrina
virtud! ¡piedad singular!
Hijo, aunque viejo y cansado,
no tanto que si arrimado
á un palo los pies provoco,
no pueda andar poco á poco.
Soy ya viejo, estoy pesado;
ya de mis carnes molestas
la carga grave contemplo.
Suelta, si ya no me aprestas
de la cigüeña el ejemplo,
que lleva á su padre á cuestas;
no te canse, por tu vida,
pues, la cosa más querida
de mi vejez...

SIXTO. Quien os lleva,
padre, en el alma que aprueba
esta obligación debida
á quien el ser que me anima
me dió, que sois, padre, vos,
es razón que os lleve encima;
que el padre, después de Dios,
la joya es de más estima.
Y si el padre es el segundo
después de Dios en el mundo,
no es bien que os parezca nuevo
si en el hombro, padre, os llevo;
que en buena razón me fundo,
aunque os espanto y asombro;
pues, según naturaleza,
he de llevar cuando os nombro,
padre, á Dios en la cabeza,
y luego al padre en el hombro,
que es el segundo lugar

---

[1] Figuran además en la comedia los siguientes: EL PAPA SAN PÍO V, ABOSTRA, ENRIQUE FABRIANO, JULIANO, F[illegible]ARDO, EL EMBAJADOR DE ESPAÑA, FABRICIO, ROMA, ESTUDIANTES, PASTORES.

donde se puede asentar
la piedad en que me fundo,
pues sois, en fin, el segundo
que he de obedecer y amar.

Pereto. Ya sé que has de vencer,
hijo, en razones; mas eso
conmigo no ha de valer,
que no es para tanto peso
tu cuello, ni ha de traer
cosa que le canse.

Sixto. ¿Cómo?
Eso por agravio tomo.
¿Causa al noble cuello pena
el oro que en la cadena
tiene por liviano el plomo?
¿Cansa el honroso blasón
con que el ilustre alemán
adorna con el tusón
el pecho, cuando le dan
las insignias de Jasón? [1]
¿No honra el francés decoro
con el San Miguel de oro?
¿Qué: con la cruz de San Juan
al español no le dan,
con la encomienda un tesoro?
Y quedando satisfechos,
ganan honras y provechos,
sin que el peso les oprima,
y llevan cruces encima
de los cuellos y los pechos.
Pues si en sus mayores fiestas
son sus insignias aquestas,
¿parecieran mejor ellos
con sus cruces á los cuellos
que yo con mi padre á cuestas?

Pereto. Como en mi casa pajiza
descubierta á la inclemencia
del cielo, cuando graniza,
su soberana influencia
el invierno fertiliza,
con que, entre el tosco sayal,
eres vela al natural,
que en la linterna encubierta
á su luz abre la puerta
por viriles de cristal,
mil cosas me pronosticas.
Quieran los cielos que cobres,
hijo, lo que significas,
y que estas montañas pobres
tu dicha las vuelva ricas.
Mas sí harán, que ya han mirado
el amor que me has cobrado;
y honra siempre su clemencia
la paternal obediencia.

ESCENA II

Sacan Camila *y* Sabina, *de labradoras, una mesilla con manteles, jarro y vaso y pan y un torrezno, y un banco y una silla de costillas.*

Sabina. Ea, padre, ya está asado
un torrezno de pernil,
verdugo del hambre vil,
para que la vuesa impida.

Pereto. ¡Ay, mi sobrina querida!
Mi vejez ve en ti su Abril.

Camila. Entre esas dos rebanadas
viene que alienta su olor.

Sabina. Comeldas, que están pringadas,
porque desde el asador
en las diversas jornadas
que al plato la lonja hacía,
que las cumpliesen decía
las lágrimas que lloraba;
y cada vez que llegaba,
y enjugárselas quería,
como en toalla de lino
descansaban sus enojos,
y lloraban, imagino,
los dos, dando el pan los ojos,
las lágrimas el tocino.

Pereto. ¡Qué gracia! Camila amada,
parte.

Sabina. Comé si os agrada,
aunque está salado á fe.

Pereto. Por muy salado que esté,
hija, estáis vos más salada.
Félix, siéntate aquí.
Ea, ¿no os sentáis las dos?

Sixto. *(De rodillas.)* Padre, ya sabéis de mí,
que siempre que coméis vos,
gusto yo de estar ansí.

Pereto. Ahora quiero que me des
este gusto.

Sixto. Si lo es
vuestro, alto, enhorabuena.
(Siéntanse todos.)

Pereto. Almorzad, que hasta la cena
no habéis de comer los tres.

Camila. ¿Qué os dice, padre, la lonja?

Pereto. Que si mirara de espacio
la ambición y la lisonja
del adulador palacio
que al rico sirve de esponja,
el que es de tu gusto esclavo
estimara más que el pavo,
el francolín y el faisán,
pobre mesa y negro pan,
añejo jamón, y al cabo
dos cascos de una cebolla;
que en la labradora mesa
siempre que anda el hambre en folla
son, en vez de la camuesa,
mondadientes de la olla.
Porque aquí, todos sentados,
no hay menos ni más honrados:
todos comemos al fin,
sin que nos esté el rüín
contándonos los bocados,
como en el palacio están.

Camila. Echáos esta vez de vino,
que cuidados, pena os dan.

Pereto. Sí, que sin él, el tocino
es cura sin sacristán.
¿Y iréis hoy á Termo? *(A Sixto.)*

Sixto. Suelo
ir.

Pereto. Ya que es tarde recelo.

Sabina. Dad gracias, padre.

---

1 En el original «al sajón», lo cual no hace sentido. En la reimpresión de Ortega «al Jasón», que no resulta más claro.

PERETO. ¡Pues no!
Quien aquí nos sustentó
nos bendiga allá en el cielo.
TODOS. Amén. (*Alzan la mesa y levántanse.*)
PERETO. ¿Quién ha de ir contigo?
SIXTO. Siempre va Sabina. (*Éntrase* Sixto.)
PERETO. Vaya,
que tú quedarás conmigo. (*A* Camila.)
SABINA. Sí, siempre ha de ser la maya,
Camila.
CAMILA. También lo digo;
mas yo sé que no te pesa,
en levantando la mesa,
de ir allá cada mañana;
porque con cuerpos de grana
y patena rabitiesa
te vean los escolares:
¿para qué muestras pesares?
SABINA. Hago bien, ¿qué quieres tú?
PERETO. ¿Y qué llevas?
SABINA. Alajú,
turrón de almendra; dos pares
de cantarillas de arrope,
transparente como el ascua,
donde el hombre el pan ensope;
castañas, fruta de Pascua,
que cuando el hambre las tope
de la gente escolaniega,
yo apostaré que se pega
á comprallas como moscas;
y aun miel, nueces y roscas
llevamos; y apenas llega
al mercado la borrica,
cuando como tordos vienen
escolares, á quien pica
el hambre, que se entretienen,
como alguna es gente rica,
en comprarme en un instante
cuanto les pongo delante,
y nos dan aquestos riscos.
Ello más de dos pellíscos:
me paso, aunque un estudiante
harto garrido me aguarda,
que, mientras vende la leña
mi hermano, que á veces tarda,
me defiende y aun me enseña
voluntad.
PERETO. De ellos te guarda;
que es mala gente.
SABINA. ¡Si soy
muy boba yo cuando voy!
Si llega al brazo desnudo,
con el palo le saludo
y le digo: «¿haste de ir hoy?»
Tienme miedo.
SIXTO. (*Sale.*) Aparejadas
están las jumentas; ea,
vamos.
CAMILA. ¿Están ya cargadas?
SIXTO. Sí, hermana.
CAMILA. Cosa que sea
que las calzas coloradas
se os olviden, como ayer,
y no las traigáis.
SIXTO. Por ver
la gracia con que te enojas
no las traje.
CAMILA. Excusas frojas
son esas; no han de valer.
SIXTO. Ea, las alforjas pon.
Echadme la bendición
como soléis, padre mío.
PERETO. ¡Ay, hijo! del cielo fío
que ha de darte el galardón
que tu obediencia merece.
La bendición que á Esaú
Jacob hurtó, y pides tú,
mi amor, Félix, te la ofrece.
Ruego al cielo que, pues él
mudó el nombre en Israel,
lo mudes tú, aunque es locura,
en papa. (*Bendícele y levántanse.*)
SABINA. Barbero ó cura
tomara yo que fuera él.
SIXTO. Ea, vamos.
CAMILA. (*Ap. á* Sixto.) ¡Buena cholla
tiene el viejo, cuando escapa
del torrezno ó de la olla!
SIXTO. Pues qué ¿no puedo ser papa?
SABINA. ¿Quién, tú?
SIXTO. Yo.
SABINA. ¡Papateolla!
SIXTO. (*A su padre.*) Al sol os dejo. La mano
me dad, y adiós. (*Besa la mano.*)
PERETO. Él te guarde.
Mira que vuelvas temprano.
SIXTO. No hay volver hasta la tarde.
CAMILA. Las calzas de grana, hermano. (*Vanse.*)
PERETO. Hija, mi bien pronostico,
pues que de Félix espero
las venturas que publico.
CAMILA. Disputa con el barbero:
es dimuño. Cuando chico
llevaba el calendario
al cura, y el incensario,
y él mismo le dijo un día
que si estudiaba sería
sacristán é boticario.

ESCENA III

PERETO, CAMILA *y* CHAMOSO, *pastor*.

CHAMOSO. Pereto, Dios os mantenga.
PERETO. ¡Oh, Chamoso! ¿por acá?
CHAMOSO. ¿Do está Félix? porque venga
conmigo; quizá será
rey, que no hay quien convenga
los zagales de Montalto.
PERETO. ¿Cómo?
CHAMOSO. Todos pican alto
quitando y poniendo leyes.
Como es la Pascua de Reyes,
cada cual, de seso falto,
quiere esta Navidad ser
rey.
PERETO. Ya sé la costumbre
que aquí se suele tener
cada año.
CHAMOSO. Esta pesadumbre
no la puede deshacer,
sino vuestro hijo, Pereto,
que es muy meolludo y discreto.

PERETO. A Fermo á venderme va
leña; mas vamos, que allá
apaciguallos prometo.
CAMILA. ¿Do vais, padre? Dejaos de eso.
PERETO. Camila, mi amor travieso
hace moza mi vejez,
y si veo rey esta vez
á Félix, saldré de seso. (*Vanse.*)

ESCENA IV

Sale CÉSARO *de estudiante, y* DECIO, *su criado, de galán.*

DECIO. ¿Sólo un mes de ausencia puede
hacerte que á Laura olvides?
CÉSARO. ¿Al viento firmeza pides?
DECIO. ¿Viento, amor?
CÉSARO. Sí, y aun le excede.
DECIO. Diversas difiniciones
he visto suyas, señor.
Unos le llaman furor,
y á sus efectos, pasiones;
otros dicen que es locura
ó accidente que maltrata;
otros calidad innata
que al hombre inclinar procura
que ame de cierta edad
á quien tiene inclinación;
quien tal llama imperfección,
quien locura y liviandad.
El médico dice que es
cierto humor ó destemplanza
de la sangre; semejanza,
el filósofo; interés,
la dama; y el desvarío
del astrólogo adivina
que es fuerza de astros que inclina
á amar al libre albedrío.
Fuego le llamaron ciento,
pues que abrasa al que enamora,
y agua le llama el que ignora:
mas nadie le llama viento.
CÉSARO. Pues nadie, Decio, le da
el nombre que le conviene.
Quien amor tiene, no tiene
sino viento.
DECIO. Bien está.
CÉSARO. Y así aguarda: quien ama
y al yugo de amor suspira,
¿no es porque primero mira
la belleza de su dama?
DECIO. Es verdad. De lo exterior
comienza amor su conquista:
¿qué infieres?
CÉSARO. Verás tu error.
En fin, que cualquier amor
tiene principio en la vista,
y el objeto que se ve
es lo amado.
DECIO. Vé al efeto.
CÉSARO. Sí haré. Si la dama es el objeto,
para que en la vista esté
de quien la ha de amar, no envía
sujeto suficiente copia,
sujeto sí, que ella propia [1]
mal en los ojos cabría.
Fuera de que es circunstancia,
como muestra la experiencia,
que entre el objeto y potencia
haya debida distancia.
DECIO. Vengamos al fundamento.
CÉSARO. Las especies que á los ojos
representan los despojos
de la dama ¿no son viento?—
Sí, que para verte á ti,
desde el lugar donde estás,
especies al viento das
las cuales llegan á mí
y me enseñan tu retrato.
DECIO. Todo [lo] concedo.
CÉSARO. Pues,
claro está que lo que ves
es el viento, mentecato.
Luego si ama el pensamiento
la hermosura que miré,
y ésta sólo viento fué,
el amor no es más que viento.
DECIO. Bien tu opinión has probado.
Conforme á aqueso, señor,
nadie tendrá más amor
que un cuero cuando está hinchado,
porque es todo viento.
CÉSARO. Quiero
dejarte para importuno.
DECIO. Ahora sé que es todo uno
viento, amor, amante y cuero.
¡Pobre de Laura, qué en vano
llora, Césaro, por ti!
CÉSARO. Decio, desde que salí
de nuestra patria, Fabriano,
y vine á Fermo á estudiar,
de Laura olvidé el amor.
¿Débole más que el favor
que una dama suele dar
á quien comienza á servilla;
una ventana, un semblante
risueño, una mano, un guante,
y cuando mucho, una silla
en su casa?
DECIO. ¡Aqueso es bueno!
¿Pues amor que había llegado,
señor, á verse ensillado
sabe tan poco de freno?
Es imposible.
CÉSARO. Yo sé
que el príncipe de Fabriano,
mi padre, y Julio, mi hermano,
tienen de holgarse en que esté
tan libre que á Laura olvide,
porque lo llevaban mal.
DECIO. Laura es mujer principal.
CÉSARO. Más prendas mi sangre pide;
que, aunque soy hijo menor,
en Italia ni en Sicilia
no hay más ilustre familia
que la Ursina.

---

1 Estos dos versos, defectuosos, están así en la edición de Ortega.
sujeto bastante copia,
sujeto sí, que ella propia.

DECIO. Es la mejor;
mas no mirabas en eso
habrá un mes cuando adorabas
á Laura y palabra dabas
de ser su esposo.

CÉSARO. El exceso
de amor disparates fragua
como esos: ¿qué no dirá
Decio, el que hidrópico está
por echarse un golpe de agua?
De Laura no hay calentura,
y ya la sed acabó.

DECIO. La causa bien la sé yo.

CÉSARO. Dirás alguna locura.

DECIO. Diré que la villaneja
que cada día al mercado
viene, ese clavo ha sacado.

CÉSARO. Necio, disparates deja.

DECIO. Niégamelo, por tu vida,
que estoy yo ciego, señor.
Yo sé que en tu pecho, amor,
juega á «salga la parida,»
y que á Laura ha rempujado.

CÉSARO. ¿Por qué?

DECIO. Porque te desvelas
mucho, y más que las escuelas
cursas la plaza y mercado
de Fermo. Si las más veces
vienes, y en viéndola aquí
sin más criados que á mí,
con ser quien eres, te ofreces
hablar con ella, de modo
que das nota á quien te ve;
y si quieres que te dé
razón que lo diga todo,
¿por qué me mandas comprar
cuanto aquí trae á vender?
¿para qué puedes querer
lino tú, pues no has de hilar?
¿No me hiciste el otro día
que me ensuciase la ropa
con una carga de estopa
que trujo?

CÉSARO. Harás que me ría.

DECIO. ¿De qué sirven tus cautelas?
¿qué puede significar
hacerme ansí ayer comprar
una espuerta de pajuelas
que trujo? Dos aposentos
tengo llenos de despojos,
semejantes, de manojos
de cebollas, de pimientos,
de tomillo, de romero,
de espliego...

CÉSARO. No digas más.

DECIO. ¿Tú espliego?, ¡y me negarás
que es amor! ó ¿eres barbero?

CÉSARO. Decio, la mayor venganza
que Laura tendrá de mí,
es que una villana ansí
me obligue á hacer tal mudanza.
Confiésote que la adoro.

DECIO. Fáciles muros contrastas.

CÉSARO. Ni perlas en conchas bastas,
ni en sayal guarnición de oro,
ni el sol que por la mañana
por nubes tienda el cabello,
sale más bizarro y bello
que la graciosa villana
entre el grosero vestido,
donde la naturaleza,
sin el arte, á su belleza
su poder todo ha rendido.
Si vieres la sal que tiene
cuando habla, aunque el lenguaje
corresponde con el traje;
si el donaire con que viene
á vender vieras despacio,
yo sé que me disculparas
y su aldea ventajaras
á la corte y el palacio.
Ocho días ha que salgo
á vella, y después de vella
quedo más muerto por ella.

DECIO. Pues di ¿hasla dicho algo?

CÉSARO. Sí, mas diéronla los riscos
su aspereza.

DECIO. Todas son
gatos en camaranchón.
¡Do al diablo gatos ariscos!

CÉSARO. No tanto que no me avisa
tal vez con los ojos bellos
que espere mi amor en ellos
lo que me ofrece su risa.
Y aunque con lengua grosera,
responde de cuando en cuando,
risueño el semblante y blando,
y en el mercado me espera,
porque mis deseos entiende.

DECIO. Mas porque ve el interés
que saca de ti después,
que á precio de oro te vende
sus rústicas mercancías.

CÉSARO. Antes juzgas como necio;
porque sólo el justo precio
toma, sin que mis porfías
la hayan podido obligar
á que un anillo reciba.

DECIO. Una condición esquiva
ansí suele comenzar.
Ella se ablandará cuando
al interés no resista,
que no hay mejor *tomista*
que la que empieza en *Durando.*
Pero ¿aguárdasla hoy?

CÉSARO. Ahora
vamos, que ya habrá venido.

DECIO. ¡Pobre Laura! ¡que ha podido
una grosera pastora
quitarte la posesión,
que el sayal quieres que tome!
Mas ¿qué mucho? si hay quien come
vaca mejor que un capón. *(Vanse.)*

ESCENA V

Sale SABINA, *con alforjas, y* SIXTO.

SABINA.

Estas paredes son, hermano, el sitio
donde sueles vestirte. Los jumentos
dejo paciendo en unas verdes mielgas.
Cerca estamos de Fermo; ¿has de mudarte
de escolar, como sueles?

SIXTO.

¿Pues no, hermana?

SABINA.

Saco, pues, el manteo y la sotana.

SIXTO.

El cielo mis intentos favorece.
Cuatro años ha que estudio; y que tu vendes
las rústicas alhajas que te compran,
mientras estudio yo. La causa de esto,
aunque no te la he dicho hasta este punto,
es esta; que á tu amor será mal hecho
no revelarte cuanto esconde el pecho.

(Saca de las alforjas todo el vestido de estudiante y un vademeco, y vase vistiendo.)

Un día que, como otros, en la plaza
de esta universidad vendía contigo
los miserables frutos que la sierra
á quien cultiva su aspereza ofrece,
se llegó un estudiante, que con otros
entre una carga de cabritos tiernos
estaban escogiendo los más gordos;
y reparando, con notables veras,
en las facciones de mi rostro un rato,
y advirtiéndome ser el que regía
la cátedra sútil de Matemática,
me pidió que le diese larga cuenta
de mi edad, patria y nombre,
en qué mes y en qué día salí al mundo,
porque miraba en mi fisonomía
pronósticos notables de ventura,
correspondiendo con su pensamiento
la dicha de mi humilde nacimiento.
Reíme, imaginando que eran tretas
de estudiantes fisgones, y dejéle;
pero de suerte á persuadirme vino
á que hablaba de veras, que obligado
á escucharle por ver en su persona
partes dignas de darle honrado crédito,
lo mejor que yo supe satisfice
á sus preguntas, advirtiendo que era
de humildes padres, y mi pobre patria
las grutas toscas de Castel Montalto;
que un miércoles nací, que era á catorce
de Diciembre, según solía mi madre,
(que Dios haya) decirme, y ser el año
en que al mundo salí mil y quinientos
y veinte y uno; Félix solamente
en el nombre de pila, y infelice
en todo lo demás; pues no hay ventura
adonde siempre la pobreza dura.
Quedó suspenso, y arqueando
después las cejas, dando un grande grito:
«Félix, dijo, las obras corresponden
con el nombre, de modo que tu dicha
tres coronas ofrece á tu cabeza;
si tomas una, con que serán cuatro.
En una religión, estudia y deja
el rústico ejercicio, que las letras
prometen ensalzar tu nombre y fama.
En estrella naciste venturosa:
ten cuenta con el miércoles, que es día
en que has de ser dichoso, sin que tengas
felicidad que en él no te suceda.
Tu ingenio fertiliza el cielo pío;
sigue las letras y el consejo mío.»
Fuese: ¡qué de suspenso volví á casa!
y, cavando en aqueste pensamiento,
dispúseme, á pesar de la pobreza,
estribo vil de inclinaciones nobles,
á seguir del astrólogo el consejo.
Volví á buscalle, y hallé que era ya muerto;
pero no desmayé por eso un punto;
antes vendiendo mis humildes ropas
á los serranos de mi pobre sierra
y llegando también algún dinero
de lo que iba vendiendo cada día,
compré secretamente á un estudiante
este vestido, y de tu amor fïado,
ha ya cuatro años, con ayuda tuya,
cual ves que en estudiante me transformo.
Bien es verdad que en nuestro pueblo el cura
á leer y escribir me enseñó un tiempo
y un poco de gramática, y con ella
aprovecho de modo en los estudios
que todos me celebran y respetan;
mas no porque ninguno hasta este punto
sepa quien soy; adonde vivo; adonde
me escondo, cuando salgo de sus cursos;
porque como me esperas aquí, y luego
me vuelvo á mis groseras antiparas,
de modo los deslumbro y causo espanto
que hay quien piensa que es todo por encanto.
Este, Sabina mía, es el suceso
de mi historia.

SABINA.

Y á fe que es agradable.

(Mete el vestido de labrador en las alforjas.)

SIXTO.

Yo espero en Dios que presto he de pagarte
lo mucho que te debo.

SABINA.

Estudia, hermano;
que no será pequeña tu ventura
si fueres sacristán del pueblo ó cura.

SIXTO.

Dame esos brazos, mi Sabina cara.

SABINA.

¡Qué bien te está el vestido! Ser mereces
calóndrigo, y pardiez que lo pareces.

SIXTO.

Ves á vender la leña.

SABINA.

No repares
en eso. Adiós, que vienen escolares. *(Vase.)*

ESCENA VI

SIXTO.

Si Cleantes de noche agua sacaba
para vender, por estudiar de día,
y en la atahona donde el pan molía
nombre á sus letras y virtudes daba;
si Plauto, por ser sabio mendigaba,
y á un pastelero mísero servía;
si Euménides en güesos escribía
á falta de papel que no alcanzaba;

si ha habido quien en el Imperio altivo
por el cetro trocando el aguijada
á célebres historias dió motivo;
si á Pedro pescador Roma agradaba,
no será mucho, aunque pobre vivo,
por letras venga á ser...

VOZ. *(Dentro.)*
(O papa, ó nada.)

SIXTO.

Precedióme á la razón
una voz cuyo sentido
me ha dejado suspendido;
y si pronósticos son
señal de algún bien futuro
muchas veces para un hombre,
y siendo Félix mi nombre,
serlo en las obras procuro,
ya he visto pronosticada
mi felicidad aquí:
el cielo dijo por mí
que he de ser ó papa ó nada.

ESCENA VII

Sale MARCO ANTONIO *y* POMPEYO, *de camino.*

M. ANT. *(Desde dentro.)* O papa ó nada pretenda
ser el cardenal Colona,
pues tan digna es su persona
de la tiara.

POMPEYO. No entienda
Roma que de su elección
poca gloria ha de tener;
mas temo que le ha de hacer
notable contradicción,
entre otros, el cardenal
Carrafa.

M. ANT. El senado grave
del conclave, primo, sabe
que no hay sujeto papal
más digno de la elección
que mi tío.

POMPEYO. Quiera el cielo
asegurarme el recelo
con que estoy.

SIXTO. *(Ap.)* Estos dos son
Colonas. La Vicaría
de Cristo debe estar vaca.

M. ANT. Si el cónclave no le saca
ahora en vano porfía
mi tío.

SIXTO. Informarme quiero
de lo que es.

ESCENA VIII

DICHOS, *y sale* FABIO, *criado de* POMPEYO.

FABIO. Ya están aquí
los pastores.

POMPEYO. Primo, vení. *(Vanse los dos.)*

SIXTO. ¿Qué es esto?

FABIO. Paulo Tercero
es muerto.

SIXTO. ¡Válgame Dios!

FABIO. Es el cardenal Colona
pretendiente.

SIXTO. Su persona
lo merece.

FABIO. Son los dos
sobrinos y á Roma van
para ver de este suceso
el fin.

SIXTO. Las manos os beso. *(Vase* Fabio.*)*

ESCENA IX

SIXTO.

Nuevos alientos me dan
mis deseos. A buen punto
mis palabras atajaron
cuando me pronosticaron
el bien que he de gozar junto.
El astrólogo me dijo
que si en religión entraba,
tres coronas me guardaba
mi dicha. El hábito elijo
en San Francisco, después
que de doctor graduado
pueda tomar otro estado,
que este mi deseo es.
La ciencia es mi enamorada,
por letras he de valer:
¡alto! á escuelas, que he de ser,
aunque pobre, papa ó nada. *(Vase.)*

ESCENA X

Sale SABINA *con un jumento cargado de leña y fruta, y un palo en la mano, y* CÉSARO, *estudiante galán.*

SABINA. ¡Jo, parda!; verá el dimuño
cual va: ¡jó, burra! ¡Qué aguda!
porque el hijo deja en casa
quiere volverse. ¡Jo, burra!

CÉSARO. Serrana bella, escuchadme,
hablad siquiera.

SABINA. So muda.

CÉSARO. ¿Muda ó mudable?

SABINA. Eso no.

CÉSARO. ¿Pues nunca os mudaréis?

SABINA. Nunca.

CÉSARO. ¿Luego nunca imagináis
quererme?

SABINA. Quiérale Judas.

CÉSARO. ¡Ay, quién os diera un abrazo
aquí!

SABINA. ¡Arre, que se burla!

CÉSARO. Escuchad, serrana bella.

SABINA. Juegue limpio, que soy limpia [1],
y tenga quedas las manos
que sé poquito de burlas.
(Dale con el palo.)

CÉSARO. Todo esto es amor

SABINA. Amor
quiere que se le sacuda.

---

1 Así en el original y en la reimpresión de Ortega; pero el asonante pide una palabra como «ruda», «dura» ú otra semejante.

Llégue, que el amor y el polvo
dicen que á palos se curan.

CÉSARO. No sé qué tengo en este ojo:
¿queréis soplármele?

SABINA. Acuda
á los fuelles del herrero.

CÉSARO. Soplad.

SABINA. ¡Arre, que se burla!

CÉSARO. ¡Qué sal!

SABINA. ¡Oh! soy muy salada.

CÉSARO. Mi tormento os lo asegura,
porque me matáis de sed.

SABINA. Habrá comido aceitunas.

CÉSARO. Oid.

SABINA. Señor escolar,
vaya con Dios, que son muchas
tantas burlas y chufetas;
y en mi vida comí chufas.
Deme el dinero si quiere
de mi leña y de mi fruta,
que anochece y vivo lejos,
y tiene la bolsa dura.

CÉSARO. Siempre dilato el pagaros,
porque teme mi ventura
que os vais luego y me dejáis,
serrana del alma, á oscuras.

SABINA. ¿Pues soy yo candil?

CÉSARO. Sois sol
que mis tinieblas alumbra.

SABINA. ¿No ve las uñas que tengo?
¿Por qué quiere sol con uñas?

CÉSARO. Porque me aso como el fénix
en él.

SABINA. ¿Que se asa?

CÉSARO. Sin duda.

SABINA. Pues aun no está bien asado
su mercé.

CÉSARO. ¿Por qué?

SABINA. Aun no suda.

CÉSARO. ¡Pluguiera á Dios que sudara;
y fuera señal segura
que de la fiebre de amor
declinaba ya la furia!

SABINA. ¿Luego está calenturiento?

CÉSARO. De mi amor las llamas puras
me abrasan; tened el pulso,
poned mi tormento en cura.

SABINA. ¡Mas arre!

CÉSARO. Acabad, tomalde;
ea.

SABINA. Désele á mi burra,
que nació cas del albeitar
y sabe de calenturas.

CÉSARO. Yo sé que habéis de quererme.

SABINA. Poco sabe si no estudia
más.

CÉSARO. Llegad, dadme una mano;
¿queréis?

SABINA. ¡Arre, que se burla!

CÉSARO. ¿Saben en vuestro lugar
lo que es amor?

SABINA. ¡Ya pescuda!
¿pues no lo habían de saber?
Desde el porcarizo del curra: [1]
ellos deben de pensar
que no rompe caperuzas
amor, si brocado y seda
nada escupe.

CÉSARO. Pues escucha:
¿qué es amor?

SABINA. Debe de ser
erizo que pica y punza
el alma, ó mango de sastre
cargado de sus agujas.

CÉSARO. ¿Has amado?

SABINA. Tanto, cuanto.

CÉSARO. ¿Gustas de amar?

SABINA. ¿Quién no gusta?

CÉSARO. ¿Quítate el sueño?

SABINA. No, duermo.

CÉSARO. ¿Pues cáusate pena?

SABINA. Alguna.

CÉSARO. ¿Ha mucho le quieres?

SABINA. No

CÉSARO. Pues dilo.

SABINA. Es desenvoltura.

CÉSARO. ¿No es tu igual?

SABINA. Es mucho más.

CÉSARO. ¿Será tu esposo?

SABINA. Estó en duda.

CÉSARO. ¿Ámate?

SABINA. Dice él que sí.

CÉSARO. Pues basta.

SABINA. No estoy segura.

CÉSARO. Díme quién es.

SABINA. ¿Para qué?

CÉSARO. Mataréle.

SABINA. ¿Por qué injuria?

CÉSARO. Porque te ama.

SABINA. ¡Arre, que se burla!

CÉSARO. ¡Ay; de mí!

SABINA. ¿Siéntelo?

CÉSARO. Mucho.

SABINA. ¿Tanto me quiere?

CÉSARO. Es locura.

SABINA. Pues júrelo.

CÉSARO. ¡Por tus ojos!

SABINA. ¿No más?

CÉSARO. Y por tu hermosura.

SABINA. ¿Es muy noble?

CÉSARO. Soy Ursino.

SABINA. Y yo villana.

CÉSARO. ¿Amor no ajusta
desiguales muchas veces?

SABINA. Cuando su llama asegura.

CÉSARO. Luego iguales los dos somos.

SABINA. No hay amor en parte alguna.

CÉSARO. ¿Pues qué es aqueste?

SABINA. Engaño.

CÉSARO. Mucho sabes.

SABINA. So muchacha.

CÉSARO. ¿Es galán tu amante?

SABINA. Lindo.

CÉSARO. ¿Muy alto?

SABINA. Como una grulla.

CÉSARO. ¿Gentilhombre?

SABINA. Como un Mayo.

CÉSARO. ¿Muy discreto?

SABINA. Mas que un cura.

CÉSARO. ¿Qué talle?

SABINA. De aquese talle.

---

1 Así en ambos textos; pero quizá escribió TIRSO *Desde el porquerizo al cura.*

CÉSARO. ¿Qué cara?
SABINA. Como la suya.
CÉSARO. ¿Soy yo acaso?
SABINA. ¿Querrá él sello?
CÉSARO. ¡Pues no!
SABINA. ¡Arre, que se burla!
(Ap.) ¡Valga el diablo el escolar!
Quillotrada estoy sin duda,
ó es amor el que me come,
ó son cosquillas ó pulgas.
CÉSARO. ¿Que no me crees?
SABINA. No lo creo.
CÉSARO. ¿Pues qué haré?
SABINA. Comer las truchas
de aquí, que diz que se pescan
señor, á manos enjutas.
¿Para qué quiere sardinas
del aldea, que aunque hay muchas
son muy groseras y caras?
CÉSARO. Sobre gustos no hay disputa.
Dame esa mano.
SABINA. ¿A qué fin?
CÉSARO. Diré mi buena ventura
á la tuya.
SABINA. ¿Sois gitano?
CÉSARO. ¿Qué no es amor?
SABINA. ¡Ah, hi de pucha:
qué bien sabéis quillotrar!
A fe que sois mala cuca.
(Dale la mano á César*o.)*
CÉSARO. ¡Qué blanca!
SABINA. Como carbón.
CÉSARO. Dime, pues, la patria tuya.
SABINA. Ya no os puedo negar nada.
Castel Montalto y sus grutas
es mi patria humilde y pobre;
y tan baja mi fortuna
que mi padre y tres hermanos
heredamos de la cuna
una casa sin tejado,
treinta ovejas y dos burras.
Pereto á mi padre llaman,
mi nombre es Sabina, y una
hermana que me dió el cielo,
más fresca que las lechugas,
se llama Camila; Félix
es mi hermano, que procura
el regalo de mi padre,
con tal piedad y cordura,
que espero en Dios le ha de hacer
mil mercedes. Si es que gustas,
señor, de muesa pobreza
y muesas peñas incultas,
esto sólo soy y tuya,
que es lo más que tener puedo,
si como noble procuras
que la joya de mi honor
ni se rompa ni destruya;
que la guardo por ser sólo
lo que debo á la fortuna.
CÉSARO. Sabina sabia, ya entiendo
tus palabras. La hermosura
de esos ojos vale más
que cuanto mi sangre ilustra.
Fía de mí, que soy noble,
y que las palabras tuyas
por ser tan castas y honradas
el oro de mi fe apuran.
Yo iré á tu lugar mañana
fingiendo que en la espesura
de sus montes ando á caza:
ocasión de vernos busca,
verás cuanto puede amor.
Aquesta cadena es tuya
y aquestos brazos tras ella.
SABINA. Lo postrero no, que es mucha
licencia: esotro recibo
por su amor y por mi fruta.
CÉSARO. En fin, ¿me quieres?
SABINA. No sé.
CÉSARO. ¿Serás mía?
SABINA. Seré suya.
CÉSARO. ¿Cuándo?
SABINA. El tiempo lo dirá.
CÉSARO. ¿Quién lo puede hacer?
SABINA. El cura.
CÉSARO. Dame en señal una mano.
SABINA. Luego. ¡Arre, que se burla!
(Vanse. Llega á abrazalla, y vase sin abrazalla.)

ESCENA XI

Salen dos ESTUDIANTES.

EST. 1.° Ya descubrí el estudiante
que á Fermo y comarca asombra.
EST. 2.° ¿De veras?
EST. 1.° Félix se nombra.
Cosa os diré que os espante
desde el cuello [1], y le seguí
por saber si por los vientos
con alas de encantamentos
volaba; y fuera de aquí,
tras una casa caída,
vi que una hermosa villana,
á quien dió nombre de hermana,
con su tardanza afligida,
á desnudalle acudió
la sotana y el manteo.
EST. 2.° ¿Qué dices?
EST. 1.° Aún no lo creo.
EST. 2.° Y, ¿pues?
EST. 1.° De un costal sacó
un traje rústico y vil,
y vestido en un instante
fué pastor nuestro estudiante.
EST. 2.° ¡Hay enredo más sutil!
EST. 1.° Metió en el saco al momento
el escolástico traje,
y vuelto al tosco lenguaje,
cada cual en un jumento
subió; y la hermosa villana
dijo: «Félix, aguijemos,
que anochece, y aún tenemos
seis millas que andar.—Hermana,
respondió, yo sé que falto
á mi padre, que me espera;
no puedo más; yo quisiera
estar ya en Castel Montalto.
Mas caminemos, que presto

1 Así en los dos impresos. TIRSO debió de escribir:
Divisello y le seguí,

llegaremos», y picando
se fueron los dos, quedando
suspenso yo.

EST. 2.° Habéisme puesto
en admiración extraña.
¡Castel Montalto es su tierra!

EST. 1.° ¿Las peñas de aquesa sierra
y el rigor de una montaña
tal ingenio crïar puede?

EST. 2.° Mañana ha de venir;
pues, á fe, que he de decir
quién es, y sin que lo vede
su poco nombre y estima,
con todos hemos de hacer
que á Fermo le haga oponer
á la cátedra de prima.

EST. 1.° Eso será lo mejor.

EST. 2.° No vi cosa semejante.

EST. 1.° En un punto fué estudiante
el que en otro fué pastor. *(Vanse.)*

ESCENA XII

Salen SIXTO, *de villano, y* SABINA.

SIXTO. Aún no ha, hermana, anochecido,
y estamos en casa ya.

SABINA. Bueno, ni anochecerá
en esta hora.

SIXTO. Hemos venido
todo el camino corriendo.

SABINA. *(Aparte.)* ¡Ay, escolar robador!
Si esto que tengo es amor [1]
de amores me estoy muriendo.

SIXTO. *(Ap.)* Mi imaginación honrada
me está consumiendo en mí
desde el instante que oí
la voz del ser papa ó nada.
(Voces de fiesta dentro.)

SABINA. Félix, ¿qué voces son éstas?

SIXTO. Llégase la Pascua ya,
y alguna fiesta será.

SABINA. No está el alma para fiestas.

ESCENA XIII

Salen PASTORES *con música,* PERETO *y* CAMILA.

(Cantan.) «Viva Félix felice,
de los mozos rey;
que la Pascua de Reyes
ya de flores es.

UNO. Su rey los serranos
le acaban de her;
Dios le haga de veras
lo que en juego es
obispo ó barbero,
papa ó sacristén.
Denle la obediencia
con el parabién
los que haciendo fiestas
le vienen á ver.»

TODOS. «Viva Félix felice,
de los mozos rey,
que la Pascua de Reyes
ya de flores es.»

CAMILA. Hermana, dame esos brazos.

PERETO. Enojado te esperaba
el amor que mi vejez
tiene con tu tardanza.

SIXTO. *(De rodillas.)* No he podido, padre, más.
Dadme esa mano.

CAMILA. ¿Y mis calzas?

SIXTO. Dentro las alforjas vienen
con una patena y sarta.

CAMILA. ¡Vivas mil años! ¿No ves
cómo los de la comarca
te han hecho rey esta tarde
para holgarse aquesta Pascua?

CHAMOSO. Pardiez, que no faltó voto.

PAST. 2.° Señal que á nadie le falta
el amor que todos muestran.

SIXTO. El que les tengo me pagan.

CHAMOSO. ¡Viva Félix, nueso rey!

TODOS. ¡Félix viva!

PAST 2.° ¡Hola! Sacá
una silla de costillas.
(Sácanla y siéntanle.)
Dejeislo por una vara
de alcalde de muesa aldea.

SIXTO. Vayan por colación.

PERETO. Vayan.
Traigan tostones y peros,
pan, turrón, vino y castañas.

PAST. 2.° ¿Adónde está la corona?

CHAMOSO. Quedóse, pardiobre, en casa.

PAST. 2.° Ve por ella.

CHAMOSO. Vivo lejos.

PAST. 2.° ¿Pues qué hemos de her?

CHAMOSO. Aguarda,
entraré dentro en la igreja,
y una corona dorada
quitaré que puesta tiene
San Luis, el rey de Francia.

PAST. 1.° No te vengan lamparones
si los santos desacatas.

CHAMOSO. No desacato, antes quiero
que á Félix merced le haga.
(Camila á su hermana.)

CAMILA. ¿De qué estás melenconiosa?

SABINA. Tengo quillotrada el alma.

CAMILA. ¿Quillotrada cómo?

SABINA. ¡Ay, Dios!
(Saca Chamoso una tiara de tres coronas y pónesela en la cabeza.)

CHAMOSO. Veisle aquí ya coronado.

PAST. 1.° ¡Ao! ¡la corona de Papa,
que tien puesta San Gregorio,
le puso!

PERETO. ¿Qué has hecho?

PAST. 2.° Estaba
un poco oscura la igreja,
y pensando que quitaba
la del rey, quitéle estotra;
pero buena pro le haga.

SIXTO. ¿Qué es esto, piadosos cielos,
tantos pronósticos? Bastan
los que he visto, que me inquietan
los pensamientos y el alma.

---

1 En los originales:
Sixto que tengo es amor?

Bien viene aqueste presagio
ya con las propias palabras
del astrólogo y la voz
que tanta inquietud me causan.
¿Qué aguardo que no ejecuto
el principio que me manda
el cielo para este fin?—
Francisco, vuestra Orden sacra
me ha de recibir por hijo.
A Escuti [me] iré mañana
donde los claustrales tienen
una noble é insigne casa;
el hábito he de pedilles,
que ya es cierta mi esperanza,
y ha de salir victoriosa,
pues hoy los cielos la amparan.

PERETO. Bien le dice la corona.

CAMILA. Chamoso, ¿no tien la cara
buena para papa?

CHAMOSO. Buena.

PERETO. A sello ¿qué nos faltaba?

PAST. 1.° Que de menos le hizo Dios.

CHAMOSO. Es verdad, y boqueaba.

CAMILA. La colación nos espera.

CHAMOSO. No le quitéis la tïara,
será rey pontifical.

SIXTO. ¡Qué inquieta llevo el alma!

CHAMOSO. Venga en brazos.

PAST. 1.° Bien has dicho.

TODOS. ¡Viva Félix!

CHAMOSO. (*A un pastor.*) Silvio, canta.

SIXTO. Pontífice soy de burlas;
pues Pedro de vuestra barca
he de regir el timón,
porque he de ser papa ó nada.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Música y acompañamiento de Universidad. Detrás de todos SIXTO, *de fraile francisco, con bonete en la cabeza, con borla blanca, y á su lado* RODULFO, *caballero muy galán.)*

RODULFO. Gocéis el honroso estado,
padre, que Fermo os ofrece,
pues el grado que os ha dado
da muestras que lo merece
vuestro ingenio en sumo grado.
Goce vuestra religión
la dicha que con razón
vuestro nombre pronostica,
fray Félix, pues queda rica
por vos su congregación.
Goce vuestra habilidad
Fermo, aunque viviendo vos
ha de haber dificultad
en distinguir de los dos
cuál es la Universidad;
pues si se encierran en ella
todas las ciencias, vencella
merece vuestra fortuna,
pues no hay facultad alguna
que no os iguale con ella.
Y así en esa borla fundo
vuestro ingenio sin segundo,
pues os la da el cielo franco
blanca, por ser vos el blanco
de las ciencias en el mundo.
Padre, el cardenal, mi tío,
vuestra habilidad conoce,
Pío en nombre, en obras pío;
y para que el mundo os goce,
que dirá de vos confío,
al Papa, para que pueda
apoyar vuestra ventura.

SIXTO. Si á tan buena sombra queda
mi humilde suerte segura,
¿qué envidia habrá que la exceda?
Yo soy hijo de un villano;
pero ya nuevo ser gano,
pues si tan bajo me halláis,
ya los dos me levantáis,
pues los dos me dais la mano.

RODULFO. Andad, padre, y descansad,
que yo os prometo de hacer
que ensalce Su Santidad
vuestro humilde y pobre ser
y honre vuestra habilidad.
Aqueste es vuestro convento:
la Universidad podrá
volverse.

SIXTO. (*Ap.*) Buen fundamento
el cielo á mi dicha da:
no desmayéis, pensamiento.

(*Vanse todos.*)

ESCENA II

Salen PERETO, SABINA *y* CAMILA, *y detienen á* SIXTO.

PERETO.

Félix, hijo.

SABINA.

Con la prisa
que se va, hermano.

SIXTO.

¿Qué es esto?
Mi padre y tu voz me avisa.

SABINA.

La caperuza le han puesto
del cura.

CAMILA.

¡Linda divisa!

SIXTO.

¿Qué nuevo aliento, amado padre mío,
os trae á Fermo, vos que de la cama
apenas á la iglesia el cuerpo frío
podíades mover?

PERETO.

Hijo, quien ama
remoza su vejez y cobra brío:
que amor, con ser tan viejo, no se llama
sino niño, que al viejo vuelve mozo;
si viejo soy, con verte me remozo.
Dijéronme en Montalto que este día

te honraba esta ciudad con un bonete
y una borla que blanca te ponía
tu Orden porque Italia te respete;
y como la honra tuya es honra mía,
el gozo me animó que me promete
tu vida deseada: al fin á Fermo
me he atrevido á venir viejo y enfermo.
Hoy es miércoles, hijo, y hoy has sido
con esa nueva dignidad honrado;
en este día sólo hemos tenido
las venturas que el cielo nos ha dado;
en miércoles te vió Italia nacido,
en miércoles te vimos bautizado,
en miércoles ese hábito tomaste,
y hoy que es miércoles, Félix, te graduaste.
En miércoles, en fin, mi fraile, espero
que has de honrar nuestro rústico linaje.

SIXTO.

Si la fortuna, padre, como os quiero
me ayuda, aunque la envidia más me ultraje,
Italia os la tendrá.

SABINA.

Yo os considero
muy grave fraile; como en ese traje
estáis, ya no hacéis caso de Sabina.
A fe que estoy enojada.

CAMILA.

Y yo mohina.

SIXTO.

¡Ay, compañera en mis estudios! Sabe
el cielo que eres de mis gustos vida.

CAMILA.

Ya no hacéis caso de nadie; estáis muy grave.

SIXTO.

Jamás lo que te quiero se me olvida,
Camila amada. Porque no hay quien lave
la ropa en el convento, ya sabida
vuestra pobreza, si gustáis quisiera
que fuéredes desde hoy su lavandera.
Seis reales os darán cada semana
y de comer, que así lo ha prometido
el padre guardïán. Venid mañana
por la ropa.

CAMILA.

En buen hora.

SIXTO.

Y lo que os pido
es que, ayudándoos mi querida hermana,
regaléis nuestro padre.

PERETO.

Siempre he sido
en esto venturoso.

SIXTO.

Y dad contento
con vuestro buen servicio á este convento;
haced la ropa limpia y olorosa.

CAMILA.

Más blanca ha de venir que la cuajada,
y de las hojas del poleo, la rosa
y trébol llena.

SIXTO.

Sed muy aseada.

SABINA.

No hay labradora sucia ni asquerosa;
y más Camila, que es leche colada.

CAMILA.

Ya es hora que nos vamos, que anochece.

PERETO.

¡Qué corta aquesta tarde me parece!

SIXTO.

Padre, adiós.

PERETO.

El te vuelva brevemente
á mis ojos.

SIXTO.

Sí hará. Dadme esa mano.

(De rodillas.)

PERETO.

Eres de misa; ya no lo consiente
tu dignidad.

SIXTO.

Si el trono soberano
de Roma coronara aquesta frente
con la tiara del pastor romano,
me levantara de su sacra silla
y os la besara hincada la rodilla.
Adiós, Camila; adiós, Sabina amada;
id con Dios. *(Abrázalos.)*

SABINA.

Aun no habemos vendido
nuestra leña.

SIXTO.

Iréis de camarada,
padre, con los serranos que han venido
al mercado.

CAMILA.

No hayáis temor de nada,
que hartos irán con él.

SIXTO.

Padre querido,
mirad que no caigáis.

SABINA.

Que no hará, hermano.

SIXTO.

¿Anda bien el jumento?

SABINA.

Bien y llano. *(Vanse.)*

ESCENA III

Salen RODULFO *y el maestro* ABOSTRA, *fraile francisco.*

RODULFO. El cardenal, mi señor,
como en su aumento se emplea,
ver á fray Félix desea
del papa predicador.

FR. ABOS. Vuestro tío el cardenal,
señor Rodulfo, se inclina
á una persona muy dina,
sabia, noble y principal.
¿Para semejantes puestos
como el púlpito romano
es bien honrar á un villano,
y dejar tales supuestos
como hay en mi religión?
RODULFO. Fray Félix es noble y grave;
Italia y el mundo sabe
las letras y erudición
de fray Félix.
FR. ABOS. Las ovejas
que ayer le vimos guardar
le deben calificar.
RODULFO. A pesar de vuestras quejas,
padre, su virtud apruebo,
que aunque la nobleza pueda
ilustrar á quien la hereda,
al que la gana de nuevo
ensalza el mundo y alaba;
pues porque más se aventaje,
comienza en él su linaje,
y en otros el suyo acaba.
Mas, pues traigo comisión
del cardenal, quiero dar
hoy á la envidia lugar
que deshace su opinión.
¿Qué sujetos hay aquí
que al papa predicar puedan?
FR. ABOS. Muchos que en la sangre heredan
letras y virtud; que en mí
no hay envidia, mas deseo
de ver premiar nobles canas,
y en ellas doctrinas sanas,
y no en un mozo.
RODULFO. Ya lo veo.
FR. ABOS. Doce son los que contiene
este papel. Cada cual
fama, experiencia y caudal
para aquese cargo tiene.
Ya Roma sabe quien es
el maestro Tolentino.
El Predicador divino
tuvo por nombre después
que con aplauso notable
le oyó la curia romana.
Rainaro ya es cosa llana
que es un púlpito admirable.
Pues fray Marcos de Espoleto
tras sí se ha llevado el mundo;
el Pablo, llaman, segundo
al elegante Cursieto.
Florencia dijo por él
este Adviento, al capuchino,
el celebrado Antonino
se llamaba Cademiel;
y yo, que soy el menor,
no ha un mes que en la sacra curia...
RODULFO. Basta. A nadie se hará injuria.
Echar suertes es mejor,
que pues tan iguales son,
para juzgar como á sabio
no quiero hacer á once agravio
por honrar á uno.
FR. ABOS. Es razón
esa muy justa. Ya están
todos dentro.

(*Sacan una urna de plata, y meten las cédulas.*)

RODULFO. El que saliere
primero, ese se prefiere
á todos; y aunque les dan
en los sermones la fama,
nadie, padre, me parece
que entrar en suerte merece
como fray Félix; mas ama
mucho las escuelas, lea
ahora, aunque no predique
al papa, y Fermo publique
lo que en él el cielo emplea.
FR. ABOS. Guíe el cielo soberano
mis dedos donde el deseo
pretende, que ahora veo
mi bien y mal en la mano.
La primera que he topado
saco.
RODULFO. Desdoblalda, pues.
FR. ABOS. ¡Válgame el cielo!
RODULFO. ¿Quién es?
FR. ABOS. Fray Félix. Mas si no ha entrado
en suertes ¿cómo ha salido?
RODULFO. Dale su virtud favor;
pero alguno por error
la debe de haber metido
con los demás.
FR. ABOS. ¿Qué es aquesto,
cielos? ¡Que hasta un villano
me haga punta!
RODULFO. Salió en vano.
Aunque es tan gran supuesto,
no ha de ir fray Félix á Roma.
Rasgalda, y volved á sacar
otra.
FR. ABOS. ¡Queraísme ayudar,
cielos, que si una vez toma
mi dicha la posesión
del púlpito sacro, presto
gozaré el supremo puesto
de la de mi religión.

(*Sacan otra.*)

Por lo menos no será
de fray Félix ésta.
RODULFO. Aquí
dice «*fray Félix.*»
FR. ABOS. ¡Que así
muerte mi envidia me da!
No debe de haber otro nombre
dentro de este vaso.
RODULFO. Vos
las escribisteis.
FR. ABOS. ¡Que Dios
me atormente con este hombre!
RODULFO. Pues dos veces ha salido
sin que en suertes haya entrado,
y el cielo le ha señalado,
él debe de ser servido
que de aqueste cargo goce.
Padre, haced que venga aquí.
FR. ABOS. ¡Que dos veces salga así
este villano entre doce!
RODULFO. ¡Gran cosa!
FR. ABOS. ¡Que por tan ruín

hombre, mis penas me inquieten!

RODULFO. Estos principios prometen
grande honra, dichoso fin.
No le llamen, que yo quiero
darle el cargo y parabién.

FR. ABOS. (*Ap.*) Y á mí el pésame me den.
Mas pues de envidia me muero,
y se celebra en Florencia
capítulo general,
si soy del orden claustral
general, la competencia
me pagará ¡vive el cielo!
y que tengo de envialle
á que ande de valle en valle
guardando cabras.

RODULFO. Recelo
que estáis envidioso.

FR. ABOS. ¡Yo!
De mi pecho juzgáis mal.
(*Ap.*) Salga una vez general,
que ya la memoria halló
traza con que me vengar.
La opinión ha de perder
que tiene el villano, y ser
pastor.

RODULFO. Vamos.

FR. ABOS. ¡Oh, pesar! (*Vanse.*)

ESCENA IV

Salen SABINA *y* CAMILA.

CAMILA. Adelante, hermana, pasa
con tu cuento y con tu amor,
mientras nos pagan la leña
que hemos vendido las dos,
que me parecen consejas
las que cuentas; y si son
verdades, pardiez, Sabina,
que es tu dicha la mayor.

SABINA. Es el escolar garrido
más que cuando sale el sol
entre nubes á quien borda
su dorado resplandor.
Cada día en el mercado
me aguardaba, como hoy;
que amor diz que aguarda al vuelo
como astuto cazador.
Comprábame los despojos
que muesa tierra nos dió,
ya el lino, ya las pajuelas,
ya la miel, ya el requesón.
Y si va á decir verdad,
en viéndole el corazón
me bailaba dentro el pecho;
no sé yo quién le hacía son.
Llevé dos cargas de leña
una vez, y el niño Dios
como vió leña, y es fuego,
echando chispas saltó,
más, que es cosa, y cosa hermana,
que en la leña no emprendió,
sino en el alma, do vive
convirtiéndola en carbón.
Díjome el escolarejo
tantas cosas, que al sabor
de sus melosas palabras
la libertad me robó.
En fin, le dije mi nombre,
pueblo, tierra y afición;
que amor, mudo en los principios,
da, á la postre, en hablador.
Prometió de ir á verme
en traje de cazador
otro día á muesa tierra.
¡Ay, Dios! ¡qué bien lo cumplió!
Los peñascos son testigos,
sus robles testigos son
de sus palabras, mis yerros
el oro de amor doró.
Diome palabra de ser
mi esposo, aunque urdiese amor
entre su seda mi estambre,
que siempre ha sido urdidor.
Quedé, mi Camila, dueña,
pero no dueña de honor
mientras César o no cumpla
la palabra que me dió.
Tres años ha que viniendo
á Fermo, como á señor,
le paga mi amor tributo;
suya ha tres años que soy;
esta casa de placer,
quinta ó tercera es de amor:
¿á donde no pone en quintas
este ciego enredador?
Pero lo que más me aflige
es, mi Camila, que estoy
como güevo de dos yemas,
porque aquí me bullen dos;
levántaseme á mayores
el brïal, y de mi error
descubro el fruto que quise
gozar solamente en flor.
¿Qué me aconsejas?

CAMILA. No sé;
parillo, que es lo mejor.
Tu liviandad me ha enojado,
tu amor me da compasión:
ello es hecho, no hay remedio;
el tiempo descubridor
nos dirá lo que has de hacer.
Finje que es opilación,
no lo sepa mueso padre.

SABINA. Mi esposo viene.

CAMILA. ¡Ah, traidor
rapaz, descubre secretos!
¡Huego en quién se cree de vos!

ESCENA V

DICHAS, *y sale* CÉSARO.

CÉSARO. ¡Labradora de mis ojos!

SABINA. ¡Cortesano de mi vida!

CÉSARO. Ya la pena se me olvida
que por tí me daba enojos.
Dame esos brazos.

SABINA. Y en ellos
el alma.

CAMILA. ¡Verá del modo
que están!

CÉSARO. Mi bien es todo.

Camila. ¡Eso sí; apretáos los cuellos, arrulláos, qué palominos sois los dos!

César. ¿Esta serrana quién es?

Sabina. Camila, mi hermana. Ya sabe mis desatinos, abrázala.

Camila. ¿A quién? ¿á mí? mas no, nada: hacéos á un lado.

César. Abrazadme por cuñado.

Camila. Por cuñado, aqueso sí. ¡Qué buena cara que tien! No he visto ojos más garridos. Andáos á escoger maridos, Sabina, que lo hacéis bien.

César. ¿Queréis vos uno?

Camila. ¿Qué manda? Nació en las malvas mi gesto.

César. Que os casaréis: será presto la boda.

Camila. Ya se me anda.

César. Pues, Camila, yo me encargo de casaros, y os prometo marido rico y discreto. Abrazadme.

Camila. Es cuento largo.

César. Tomad aquesta sortija y los brazos. *(Abrázala.)*

Camila. Lo que os pido es aquello del marido. ¡Ao verá cuál me embracija!

Sabina. Sabed, César, que estó mala.

César. ¡Cómo!

Sabina. El otro día... díselo tú, hermana mía, que tengo vergüenza yo..

César. ¿Qué tenéis, esposa amada?

Camila. ¿Qué diabros ha de tener? Tentad y echaréis de ver que tien la tripa hinchada.

César. ¿Eso me dices ansí sin albricias?

Camila. Yo os las pido.

César. ¿Qué albricias?

Camila. Las del marido.

César. ¡Hay tal ventura!

Sabina. ¡Ay, de mí! que, si mi padre lo sabe, temo que me ha de matar.

César. Dejad, mi bien, de llorar, que en el peligro más grave socorre el cielo mejor. Aquí, con gloria distinta, ha de ser Chipre esta quinta, y vos, Venus, que al amor ha de parir. Al mercado acostumbráis cada día venir; cuando, esposa mía, llegue el tiempo deseado, aquí, serrana querida, daréis el fruto que espero. La mujer del jardinero, que también está parida, cuidará de tu regalo. Mi padre es viejo y enfermo, y presto te ha de ver Fermo, si á mi amor mi dicha igualo en diversa vida y traje: sed ahora labradora, que así mi amor os adora. Sólo Castro y un paje saben nuestro amor; mi bien, no lloréis.

Camila. Alto de aquí.

César. ¿Es hora, Camila?

Camila. Sí, que es tarde. Sabina, ven, que hueles á caballera, y vo envidiosa un poquillo: yo no güelo si á tomillo y cantueso.

Sabina. No quisiera partirme de aquí en mi vida; pero ya es de noche. Adiós, que acá me quedo con vos.

Camila. Espera hoy la despedida.

César. Camila, el cielo os me guarde.

Camila. Ao, no pongáis en olvido...

César. ¿Qué?

Camila. Bueno, lo del marido.

César. No hayáis miedo.

Camila. Ven que es tarde. *(Vanse las dos.)*

ESCENA VI

César; *sale el* príncipe Fabriano, Pompeyo *y* Decio.

Príncipe.

Debe á su Santidad la casa Ursina
mil mercedes, y yo principalmente
por la afición que á mi favor le inclina.

César.

Señor ¿qué es esto?

Príncipe.

Hoy, hijo, dale al cielo
mil gracias en albricias de que toma
á su cargo tu aumento mi consuelo.
Cardenal eres, César, de Roma.

César.

¿Yo?

Príncipe.

Sí; la beatitud de Pio Quinto,
santo en la dignidad como en las obras,
la púrpura te da con que en distinto
y en diferente estado te prefieres
á tu hermano mayor en honra y fama.
Cardenal te ha criado, y ya lo eres.

César. *(Aparte.)*

¡Ay, de mí!

Príncipe.

La familia y casa Ursina
honra su Santidad con gran cuidado.

César. *(Aparte.)*

¡Ay, mi serrana hermosa! ¡ay, mi Sabina!
¿qué estorbos de tu amor son los que escucho?
Mas ¿qué estorbos quien ama no atropella?

Quien quiere mucho menosprecia mucho.
Perdóneme la púrpura romana,
la dignidad suprema y su capelo,
que mi sayal estimo y no su grana.

PRÍNCIPE.

Paréceme que te has entristecido
de lo que era razón que te alegrases.
¿No me respondes? ¿Tú el color perdido?

CÉSARO.

No te espantes, señor; mudo he quedado
cuando me ofreces el honroso oficio
del cargo sacro que gozar no puedo.

PRÍNCIPE.

¡Cómo que no puedes! ¿Quién te inhabilita,
que no puedes gozalle?

CÉSARO.

Estoy casado.

PRÍNCIPE.

¿Casado? ¡Loco! mi paciencia irrita
á justo enojo. ¡Ah, desdichado viejo!

CÉSARO.

No aguarda amor licencia ni consejo.

PRÍNCIPE.

¿Quién es tu infame esposa?

CÉSARO.

No es infame
la esposa de tu hijo, ni ahora puedo
declararte quién es.

PRÍNCIPE.

¡Que no derrame
tu sangre vil! ¿Quién es, Decio, responde,
esa mujer?

DECIO.

Tan ignorante en eso
estoy, que no sé quién, cómo, ni adónde:
no privo yo tanto que me cuenta
de su amores; otros pajes tiene,
ellos te lo dirán.

PRÍNCIPE.

¿Hay tal afrenta?
¿Pareceráte bien que vuelva á Roma
el capelo que el papa te ha enviado,
cuando con tanto amor tus cosas toma?

CÉSARO.

Sobrinos tienes, deudos y parientes;
pide para uno de ellos el capelo,
que en mí hallarás un mar de inconvenientes.

PRÍNCIPE.

¿Quién es esa mujer?

CÉSARO.

No he de decillo.

PRÍNCIPE.

Ponelde en el castillo de Fabriano,
veremos si lo dice en el castillo.
De guarda estén cien hombres.

CÉSARO.

Aunque aplican
prisiones, poco importa, que en la ausencia
las almas, con amor, se comunican.

PRÍNCIPE.

Llevalde.

CÉSARO. (*Aparte.*)

Todo por Sabina es poco.

(*Llevan á* Césaro.)

ESCENA VII

El PRÍNCIPE FABRIANO *y* DECIO.

PRÍNCIPE.

No saldrás en tu vida; tu verdugo
seré en lugar de padre, infame loco.
Decio, tú sabes esto.

DECIO.

Ruego al cielo,
señor, si sé tal cosa.

PRÍNCIPE. (*Llama.*)

¡Hola! traedme
aquí un verdugo.

DECIO.

De tu inclemencia apelo.

PRÍNCIPE.

Sacad un potro aquí.

DECIO.

Dómele otro.
No le saquen, señor, que aunque estudiante,
no quiero que me den el grado en potro.
La verdad cantaré, yo seré gallo.

PRÍNCIPE.

Acaba, pues.

DECIO.

Estése el potro dentro,
que no sé andar en potro ni á caballo.
Césaro habrá tres años que, perdido
por una serraneja de Montalto,
le dió palabra y mano de marido.
Tan pobre es, que su hermana es lavandera
de los frailes franciscos que aquí habitan,
y Césaro la adora de manera
que, sin mirar que es hija de un villano,
el más humilde y pobre de esta sierra,
la jura hacer Princesa de Fabriano.
Cada mercado viene aquí cargada
de baratijas, y cargada vuelve,
porque pienso, señor, que está preñada.
Aquesto es lo que sé, que no hay secreto
que el relincho de un potro no descubra:
ella, en fin, es Sabina y él Pereto.

PRÍNCIPE.

No ha de quedar en todo el vil Montalto
casa, pajiza, encina, piedra ó roble
que el fuego y mi venganza no dé asalto.
Yo en persona he de hacer esta venganza.
¿De una villana Césaro marido?
No logrará su vana esperanza.

DECIO.
Canté por Dios: un potro el arpa ha sido.
(Vanse.)

ESCENA VIII

Salen ASCANIO COLONA *y* MARCELO, *de camino.*

ASCANIO. ¿Y á qué vais, señor, á Roma?
MARCEL. A su Santidad me envía
Venecia y su señoría;
que el ver cuán á pechos toma
esta santa guerra y liga,
ha obligado su tesoro,
con una tiara de oro
y piedras con que bendiga
el estandarte, le ofrece.
ASCANIO La potencia veneciana
de liberal y cristiana
el primer nombre merece.
MARCEL. A sesenta mil ducados
ha llegado.
ASCANIO. ¡Hermosa pieza;
y digna de la cabeza
de un Pio Quinto!
MARCEL. Convocados
los generales están,
de aquesta Liga, el romano
por la iglesia, el veneciano
y el Fénix de Austria don Juan,
hijo del flamenco Marte
y cabeza de la Liga.
Quieren que el Papa bendiga
el católico estandarte,
donde las armas han puesto
de la iglesia soberana,
del rey, y la veneciana
señoría, y para esto
me envían con la tiara
que os he dicho.
ASCANIO. De ese modo
vamos juntos, que yo y todo
voy á Roma, y me pesara
no hallarme en esta ocasión
en ella, porque es mi tío
el capitán á quien Pío
da de la iglesia el bastón:
hame impetrado un capelo
del Papa.
MARCEL. Y en vos está
bien empleado.
ASCANIO. Será
para serviros.

ESCENA IX

DICHOS *y sale* SIXTO.

SIXTO. ¡Que el cielo,
cuando más honra me trata
en la vulgar opinión,
por la vil persecución
de la envidia así me abata!
Huyendo de su malicia
vengo al sacro tribunal
del jüez pontifical,
que sólo de su justicia
espero lo que me niega
la envidia en mi religión.
Mas, válgame Dios, ¿quién son
aquestos?
MARCEL. Un fraile llega
de camino y á pie?
ASCANIO. Padre,
¿adónde solo y á pie?
SIXTO. Adonde el cielo me dé
defensa. A Roma, que es madre
de perseguidos.
ASCANIO. ¿Qué veo?
¿no sois vos fray Félix?
SIXTO. Félix fuí, ya soy infelix,
señor Ascanio.
ASCANIO. El deseo
de veros se me ha cumplido;
mas no de veros ansí.
Veis, señor Marcelo, aquí
el que á Italia ha enriquecido
de letras, el que en el mundo
coluna de ciencias fuera
cual la de Set, si viniera
otro diluvio segundo.
Es este el fray Félix Pereto.
MARCEL. ¿El de Montalto?
ASCANIO. El que asombra.
MARCEL. El Monstruo, Italia, le nombra
de letras.
ASCANIO. Esto, os prometo.
MARCEL. ¿Pues cómo venís ansí,
honra de nuestra nación?
SIXTO. Háceme contradicción
la envidia, por ver en mí
humildad en el linaje,
letras en la juventud,
premio y honra en la virtud,
y llaneza en el lenguaje.
Hanme hecho predicador
del Papa, y llévalo mal,
señores, mi general.
Huyo en fin de su rigor,
porque ha mandado prenderme,
y por desacreditarme,
al Papa envía acusarme,
y yo, queriendo valerme
de mi justicia, he venido
huyendo hasta la montaña.
MARCEL. ¡Oh, bien gobernada España;
donde la Observancia ha sido
la que, echando á la Claustral
tiene en ella firme asiento!
Sabe el cielo lo que siento
que os trate vuestra Orden mal;
pero no fuera señor
José de Egipto y su tierra
á no hacelle tanta guerra
la envidia. Mostrad valor,
que á Roma vamos los dos,
y con nosotros podéis
ir seguros, si queréis.
SIXTO. Págueos tanta merced Dios.
ASCANIO. Ya el Papa tendrá noticia
de quien sois; pero, si fuere
necesario y os pidiere
cuenta de vuestra justicia,

yo os abonaré.

SIXTO. De mí
voy satisfecho, señor;
no he menester protector,
mi inocencia hable por mí.

ASCANIO. Ya yo sé que la tenéis
en toda Italia abonada.

(Sale Julio, *criado.)*

JULIO. La cena está aderezada.

MARCEL. Venid y descansaréis;
que luego caminaremos.

ASCANIO. Vamos, veréis la tiara.

SIXTO. Virtud, tu valor me ampara,
por más que andes por extremos.

(Éntranse, sino es Julio, *que saca una tiara.)*

ESCENA X

JULIO.

¡Oh, hética inagotable
de la codicia de Midas!
oro gastan tus comidas,
tu sed bebe oro potable.
De oro vistes tu avaricia,
de oro buscas tu amistad
y oro ha puesto mi lealtad
en tus manos, vil codicia.
La tiara que Venecia
ha entregado á mi señor
para el Romano Pastor,
hurtó mi codicia necia.
Con sesenta mil ducados
que valéis ¿qué lealtad
podrá con seguridad
librar de vos sus cuidados?
Entre estas piedras que son
las más ocultas os dejo
escondida, y yo me alejo;
con vos queda el corazón.
Quiero volver donde pueda
no dar sospecha, y después
que en vano busquen quien es
el ladrón que en vos se queda,
tornaré, que aunque es vileza,
esta no la puede haber
como el haber menester,
pues siempre es vil la pobreza.

(Escóndela entre unas piedras y vase.)

ESCENA XI

Sale SIXTO.

Mientras duerme quien me ampara,
montañas, cuya aspereza
tengo por naturaleza,
oid en lo que repara
del mundo la suerte avara;
porque entre el tosco sayal
nace la invidia mortal
y me causa esta inquietud;
que hasta la misma virtud
quieren que sea principal.
¿Qué diferencia el cielo hace,
(decid, encinas y robles)
entre villanos y nobles,
que tanto los satisface?
Llorando uno y otro nace,
y con las mismas señales,
cayados y cetros reales,
lloran también al salir:
que en el nacer y morir
unos y otros son iguales.
No abate al roble la palma
por ser sus frutos mejores,
que las dotes que hay mayores
son sólo dotes del alma.
Con ellos mi dicha calma,
por faltarme los pequeños,
de quien son otros düeños:
peñas, razón de esto os pido;
dádmela, aunque esté dormido,
si puede habella entre sueños.

(Duérmese sobre las peñas donde está escondida la tiara. Aparécele Roma *en lo alto con unas llaves en la una mano, y en la otra una espada desnuda.)*

ROMA. Félix, ¿qué descuido es ese?
Tiempo es de velar, despierta;
que el que ha de ser mi pastor
no es bien que descanse y duerma.

(Entre sueños.)

SIXTO. ¿Quién eres, doncella hermosa,
que tus palabras me inquietan
el alma?

ROMA. Roma, del mundo
y de la Iglesia cabeza.

SIXTO. ¿Pues qué me quieres?

ROMA. Armarte,
para que en los hombros tengas
la carga honrosa y pesada
de la militante Iglesia.
El Santo Papa Pío Quinto,
en cuyo favor esperan
Austria y España en Lepanto
vencer las lunas turquescas,
con un capelo te aguarda;
y después que las ovejas
del católico rebaño
seis años rija, y suceda
en su santidad y silla
Gregorio, de fama eterna,
para consagrar tus sienes
mis tres coronas te esperan
por un lustro con que ilustres
á Italia, que está en tinieblas.
No te vencerá la envidia
de tus émulos, ni temas
sus vanas persecuciones,
pues porque mejor las venzas
dos llaves te ofrece el cielo;
pero, porque las poseas
en seguridad, te da
aquesta espada con ellas.
Cruel te llamará el vulgo,
pero, á pesar de sus lenguas,
advierte que no se alcanza
á veces la paz sin guerra;
usa, Félix, el rigor
que esta espada blanca muestra,
y gozarás de estas llaves.

(Cúbrese Roma. *Despierta* Sixto. *Queriendo levantarse, saca la tiara en la mano alborotado.)*

SIXTO. Oye, Roma, aguarda, espera;
la tiara que me ofreces
quiero ver dónde la llevas:
dame, Roma, la tïara.
¡Válgame Dios! ¡qué quimeras
aun durmiendo me persiguen!
¡Cielos! ¿qué tiara es ésta?
¿quién durmiendo me la ha puesto?
Pero dentro de estas peñas
cuando desperté la hallé.
Si con señales tan ciertas,
Roma, no gozo tu silla,
nadie en pronósticos crea.
¡Oh, peso de todo el mundo,
que, sin saber lo que pesas,
tienes tantos deseosos,
rica y noble en la apariencia!
¿qué mucho que peses tanto
si te adornan tantas piedras?
y ¿qué mucho que dé de ojos
la cabeza que te lleva?
¡Válgame el cielo! ¿quién pudo
ocultar tanta riqueza
en estos toscos peñascos?
Pero ¿qué voces son estas?

ESCENA XII

Salen ASCANIO, MARCELO *y* JULIO *alborotados.*

MARCEL. Todos los de la posada
y el huésped con ellos prendan,
que tal insulto merece
como es la culpa la pena.
ASCANIO. ¿Hay igual atrevimiento?
¡La tïara que Venecia
envía al Papa, robada!
JULIO. *(Aparte.)* Encubrid mi insulto, peñas.
MARCEL. ¡Válgame el cielo! ¿qué veo?
¿la tiara no es aquella
la misma?
ASCANIO. ¡Jesús! Fray Félix,
¿vos la hurtasteis? No creyera
tal cosa jamás. ¡Jesús!
MARCEL. No me espanto de que os tengan,
padre, en tan mala opinión,
pues que vuestras obras muestran
las malas inclinaciones
que á los de vuestra orden fuerzan
á perseguiros ansí.
SIXTO. Pues yo...
ASCANIO. ¿Aún no tenéis vergüenza
de hablar aquí? No hay disculpa.
MARCEL. Vaya á Roma, porque en ella
se castigue este delito
como merece.
ASCANIO. ¿A bajeza,
se inclina un hombre cual vos,
semejante? Mal se emplean
las letras que os dan tal fama.
JULIO. *(Ap.)* De mis desgracias las medias
ahorro, ya que perdí,
por mi poca diligencia,
tal joya, pues mi codicia
con mi infamia está encubierta.
ASCANIO. Por lo bien que os he querido,
padre, y por la reverencia
del hábito que traéis,
de quien dais tan mala cuenta,
haré que no os lleven preso
á Roma, que me avergüenza
el ver á un fraile ladrón.
SIXTO. Escuchad, señor.
MARCEL. ¡Que aún lengua
tengáis para disculparos
de tal! ¡De que á tal bajeza
la de su bajo linaje
le inclina! *(Vanse.)*

ESCENA XIII

SIXTO.

¡Cielos, paciencia!
¿Qué enredos, qué confusión
rendir mi paciencia intenta?
¿Qué borrasca, qué tormenta
derriba así mi opinión?
¿Ya me tienen por ladrón,
cuando me juzgo por dueño
de Roma? ¡Por tan pequeño
gusto, afrentas, cielos, tales!
Despierto me dais los males,
y los bienes cuando sueño.
¡Ay de mí, cómo ha salido
el vil pronóstico cierto!
Ya experimento despierto
lo que me engañó durmiendo.
Las tres coronas han sido
aquestas que mis quimeras
creyó gozar verdaderas.
¡Ay, desdichada ambición!
¡de burlas mis dichas son,
y mis desdichas de veras!

ESCENA XIV

SIXTO. *Salen* CHAMOSO, CRENUDO *y* PERETO, *llorando.*

CRENUDO. Ya el llanto, Pereto, en vano
vuestra honrada vejez baña.
CHAMOSO. No ha sido, por cierto, hazaña
del príncipe Fabriano
el quemar la pobre hacienda
que el cielo en Montalto os dió;
pero ya que os la quemó,
dando á su cólera rienda,
en mi casa viviréis,
y la mía, aunque es escasa,
será vuesa.
PERETO. No es mi casa
quien causa el llanto que veis;
que, aunque de ella vivo falto,
la vejez que me hace guerra
casa debajo la tierra
pide, y no sobre Montalto.
Mi honra lloro perdida,
y á Sabina que la dió
á quien tan mal la empleó.
SIXTO. ¡Padre!
PERETO. ¡Hijo de mi vida!
¿Tú aquí?
SIXTO. Y vos dando á los ojos
llanto que mis penas fragua.

PERETO. ¡Ay, Félix! no basta el agua
que derraman mis enojos
para que la mancha lave
de nuestro honor.

SIXTO. ¡Ay de mí!
Padre mío, ¿cómo ansí?

PERETO. Sabina, tu hermana, sabe
el cómo á Césaro ha dado
la joya de más valor
que heredó de nuestro honor.
Su padre, el Príncipe, airado,
porque su mujer la llama,
dicen que le tiene preso,
y en venganza de este exceso
que dice ofende su fama,
fuego á mi casa pajiza
ha puesto, cuyas alhajas
por ser los techos de pajas
se han convertido en ceniza.
Pero no siento esto tanto
como mi perdido honor
y que quite de este error
fruto que aumente mi llanto.
Félix, Sabina está [1]
preñada.

SIXTO. Eso, sí, fortuna:
vengan desdichas, que alguna
la vida me acabará.
¡Ah, males con que acrisolo
mi paciencia! Derribad
juntos mi felicidad;
que nunca un mal viene solo.
Padre, ni el honor perdido,
ni la hacienda siento tanto
como ese honrado llanto
que el alma me ha enternecido.
¡Ay, padre! quién padeciera
cuantas penas puede haber
para que del padecer
ninguna parte os cupiera!
No pequeñas me han cabido:
infamado de ladrón
estoy, y mi religión
de su gremio me ha expelido.
Pero aunque tanta venganza
á la invidia doy, no intento,
porque crezca el pensamiento,
que desmaye la esperanza;
que si el cielo solicita
contra mí desdichas tales
y, con un tropel de males,
todos los bienes me quita,
sin ellos mi dicha pruebo,
que, pues por tan varios modos,
Dios me desnuda de todos,
es por vestirme de nuevo.
Yo voy á Roma; allí tengo
al cardenal protector,
y de su ayuda y favor
mi felicidad prevengo.
Entretanto, padre mío,
podréis con Chamoso estar;
que de nadie oso fïar
lo que de su amistad fío.

1 Verso incompleto en los originales.

Chamoso por mi respeto
mirará, padre, por vos.

CHAMOSO. Por cualquiera de los dos,
que es muy honrado Pereto.
Mas ya que á Roma partís,
¿vais á pie?

SIXTO. No tengo en qué,
y es fuerza que vaya á pie.

CHAMOSO. No haréis, pues eso decís;
que os prestaré un cuartago
que el miércoles os pondrá
dentro en Roma.

SIXTO. ¿Quién podrá
pagarlo?

CHAMOSO. No quiero pago.

SIXTO. Dame, mi padre, tu mano.

PERETO. Pague tu obediencia el cielo,
que con verte me consuelo:
mas sin honor todo es vano.

SIXTO. Estos trabajos celebran
mi nueva felicidad;
que la virtud y verdad
adelgazan, mas no quiebran. *(Vanse.)*

ESCENA XV

Entra PÍO QUINTO, RODULFO, *un fraile francisco y otro. Siéntase* EL PAPA.

EL PAPA.

Ya yo tengo noticia de las partes
que aqueste religioso; que fray Félix
tiene fama y renombre en varias partes.
También la envidia sé que le hace odioso
con su Orden, y estímole por eso,
que siempre es envidiado el virtuoso.
Si el general por eso le aborrece
y le acusáis vosotros, yo le alabo,
que la virtud más perseguida crece.

FRAILE 1.°

Beatísimo Padre, en esta carta
que nuestro Padre General escribe
á vuestra Santidad hay materia harta
para que eche de ver cuán virtüoso
es fray Félix al mundo, y su justicia
dar ayuda y favor á un sospechoso
en la fe.

RODULFO.

Si no hubiera más sospecha
en vuestra acusación que en el hábito [1],
quedara esa malicia satisfecha.

EL PAPA.

Cosas de fe aun en duda es bien vellas,
que aun la fama no más deslustra un hombre.

RODULFO.

¡Ah, envidia! ¡qué de honores atropellas!

EL PAPA.

Vos la leed, que de un ingenio grande
se puede sospechar cualquier desgracia.

1 Así en los textos; pero el pasaje esta viciado.

RODULFO.

Que á tal maldad la envidia se desmande!
Mas aunque más su fuego y rabia atice
la verdad vencerá por flaca que ande
Ansí la carta, Padre Santo, dice:

(*Lee.*) «El maestro fray Félix Pereto, por católico celoso de nuestra Santa Fe, y el más docto de nuestra Religión, merece que vuestra Santidad le premie en el cargo de Inquisidor de Venecia, que está ahora vacante, y en confirmación de esta verdad lo firmamos yo y los infrascritos por testigos de su abono en esta Universidad de Fermo y Monasterio Claustral de San Francisco, á 26 de Octubre de 1550. — *El maestro Abostra, indigno General de la Orden Claustral de San Francisco.—Fray Angelo de Monte.—Fray Silvestre Espigio.*»

FRAILE 1.° (*Muy sorprendido.*)

Fray Angelo, decid, ¿yo he firmado
tal cosa?

FRAILE 2.°

¿Yo en su abono eché mi firma?

FRAILE 1.°

¿El Padre General escribió eso?

EL PAPA.

¿Son aquestos los cargos que deponen
de fray Félix, decid? Vuestra vergüenza
os sirva de castigo por ahora.

RODULFO.

No quepo de contento.

FRAILE 2.°

¡Oh, envidia necia!

EL PAPA.

Inquisidor le nombro de Venecia.

ESCENA XVI

DICHOS. *Sale* SIXTO.

SIXTO. Gracias al cielo, que puedo
pisaros, palacios sacros,
y en miércoles, que es mi día,
venturoso fin aguardo.
Pero ¿estoy en mí? ¿qué es esto?
Inadvertido me he entrado
hasta la presencia misma
del universal Prelado.
Pon, santísimo Pastor,
en mi boca ese pie santo,
dos veces por el oficio
y por el dueño sagrado.

EL PAPA. Levantáos, hijo, ¿quién sois?

RODULFO. ¡Cielos! al colmo llegaron
las venturas de fray Félix.
El que te adora postrado
es el que su Orden persigue.

EL PAPA. A buen tiempo habéis llegado.
Huélgome de conoceros;
indicios he visto claros
de vuestro divino ingenio
en vuestro semblante sabio.
Vuestro General es muerto.

SIXTO. ¡Válgame el cielo!

EL PAPA. En vos hallo
partes dignas de ocupar
fray Félix, tan digno cargo.
Por Vicario General
en lugar suyo os señalo.

SIXTO. Son mis fuerzas...

EL PAPA. De esto gusto.

SIXTO. En tus pies pongo mis labios.

FRAIL. 1.° ¿Qué dice, padre, de aquesto?

FRAIL. 2.° Que hemos muy bien negociado.
¿Quién le dijo que era muerto
el General?

FRAIL. 1.° Si es un santo,
Dios, padre, se lo habrá dicho.

EL PAPA. También, fray Félix, os hago
Inquisidor de Venecia.

SIXTO. Tanto bien...

RODULFO. Gocéis mil años
el oficio.

SIXTO. Todo viene,
Rodulfo, por vuestra mano.

FRAIL. 1.° (*A* SIXTO.) Dadnos á besar la vuestra
como á súbditos.

SIXTO. Los brazos
os doy, olvidando, padres,
vuestra envidia y mis agravios.

ESCENA XVII

DICHOS. *Salen* ASCANIO *y* MARCELO, *y sacan en una fuente la tiara.*

MARCEL. Gran sucesor de San Pedro:
el Senado veneciano
esta tïara os presenta,
porque el estandarte santo
de la Liga bendigáis
con ella.

EL PAPA. Muestra el Senado
de su cristiandad el celo.

RODULFO. ¡Gran joya!

FRAIL. 1.° ¡Presente raro!

EL PAPA. Mostrad.

(*Vásela á dar y tropieza, y da la tiara en las manos de* SIXTO.)

SIXTO. ¡Válgaos Dios! Tened,
que la que ha de estar en alto
de la cabeza del Papa
no es razón que caiga abajo.

EL PAPA. No hará, fray Félix, que vos
la tenéis, y en vuestras manos
mi tïara está segura.

SIXTO. *Ap.*) ¡Válgame Dios! ¡qué presagios
tan grandes mi pecho inquietan!

ASCANIO. Padre, el cielo os da su amparo,
y vuelve por la virtud
que os da fama y nombre claro.
Ya supimos quién hurtó
esta tïara y cuán falso
fué nuestro loco juicio:
él queda ya castigado,
y á vos perdón os pedimos.

SIXTO. Con él os doy estos brazos.
Cielos, dichoso fin tienen
mis rigurosos trabajos;

los de mi padre volved
en gusto.

EL PAPA. A bendecir vamos
el católico estandarte
de la Liga. En vuestras manos
dió, fray Félix, mi tiara;
traelda, que os he cobrado
tanta afición que he de haceros
mucho favor.

SIXTO. Tus pies sacros
beso mil veces humilde.
(*Ap.*) Miércoles, siempre me ha dado
en tí el cielo buena suerte.)

FRAIL. 2.º ¡Gran dicha!

MARCEL. ¡Suceso extraño!

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Salen ALEJANDRO *y* PERETO.

ALEJAN. La mano César ha dado
de esposo á Octavia Colona:
ya se ilustra su persona,
asegurando el cuidado
de su padre, que hasta ahora
le ha tenido en una torre.
Pues una vejez socorre,
y una pobre labradora
pierde poco en ser gozada
de un Príncipe, no os aflija,
buen viejo, el ver vuestra hija
de esa esperanza burlada;
que el nieto que el cielo os dió,
como hijo natural
de Césaro, del sayal,
que en vuestra casa heredó,
pasará á la ilustre seda,
y os honraréis, en efeto,
con un caballero nieto
que á pique de heredar queda
el estado de Fabriano,
porque Julio, que heredaba
al Príncipe, ahora acaba
de morir; siendo su hermano,
Césaro, tan venturoso,
que en el estado sucede.

PERETO. Cuando por Príncipe quede
Césaro y de Octavia esposo,
no quedará muy honrado,
y su nobleza celebra
con las palabras que quiebra
quien su valor ha quebrado.
Gózense, vivan los dos
en el fruto de su hazaña;
que si una mujer engaña,
no podrá engañar á Dios,
que es juez y testigo santo
de que es sola su mujer
mi Sabina.

ALEJAN. Podrá ser
si porfiáis, padre, tanto,
que irritando la paciencia
del Príncipe mi señor,
efectos de su rigor
os hagan tener paciencia.
El es quien aquí me envía
á que de su parte os ruegue,
sin que el interés os ciegue
de vuestra vana porfía,
que déis á Sabina estado
con algún serrano igual
á su sangre y natural;
que ansí quedaréis honrado,
y Césaro, vuelto en sí,
viendo á Sabina casada,
podrá la palabra dada
cumplir á Octavia. Si ansí
lo hacéis, para remediaros
mil ducados os ofrece
el Príncipe: si os parece
hoy podéis determinaros.

PERETO. Decí al Príncipe, señor,
que si supiera el contento
que mi grosero sustento
y estado de labrador
me causó siempre, y lo poco
en que estimo los blasones,
noblezas y pretensiones
que llama honra el mundo loco,
yo quedara disculpado
y tuviera su grandeza
más envidia á mi pobreza
que yo á su soberbio estado.
Que no el tener cofres llenos
la riqueza en pie mantiene;
que no es rico el que más tiene
sino el que ha menester menos.
Si Sabina me creyera,
ni el Príncipe se quejara,
ni nuestro estado sacara
de su humilde y pobre esfera.
Era mujer, y heredó
de la primera mujer
el ser fácil de creer;
pero pues que la engañó,
decid, que de qué provecho
dalla á otro esposo será,
ni quien deshacer podrá
lo que Dios y el cielo ha hecho.
Yo no le pienso ofender,
supuesto que sé por cierto,
por su palabra y concierto,
que es Sabina su mujer,
pues vivirá consolada,
por más que el vulgo la arguya,
con llamarse esposa suya;
aunque no perdiera nada
vuestro Príncipe, por cierto,
en juntar su sangre noble
con nuestra humilde, que al doble
es más sabroso el engerto
que junta la noble rama
al tronco áspero y grosero,
y amor, como es jardinero,
más estos engertos ama.
Pero no importa, decí
que goce á Octavia mil años,
pues agravian sus engaños
la casa Colona así;

y los ducados que ofrece
no los hemos menester,
que no se usa aquí vender
las honras, ni me parece
que juzgará el vulgo necio
bien de nuestro honor, si intenta
ponelle al Príncipe en venta
y Sabina admite el precio;
que en la corte es cosa usada,
por más que el vulgo lo note,
el remediar con un dote
una mujer deshonrada.
Y si esto el mundo publica,
no es bien que esta fama cobre;
pues vale más la honra pobre
que la deshonra más rica.

ALEJAN. Pesárame de que os venga
de aquesa resolución
algún mal.

PERETO. En mi razón
mi inocencia amparo tenga:
no es la justicia cobarde
que me ha de amparar.

ALEJAN. Recelo
algún mal, buen viejo. El cielo
os desengañe.

PERETO. El os guarde.
(*Vase* Alejandro.)

ESCENA II

PERETO.

Acuérdome una vez haber oído
una fábula en que ejemplos toco,
notables de un ciprés, que en tiempo poco
hasta el cielo creció desvanecido.
Burlábase de un junco que, vencido,
su segura humildad juzgaba en poco;
mas con un viento recio el ciprés loco,
quedando el junco en pie, se vió abatido.
Su humilde estado y pobres ejercicios
estime mi Sabina, aunque haya hecho
burla el ciprés de su honra y hermosura;
que cuando en los soberbios edificios
abrasa el rayo el más dorado techo,
la más humilde choza está segura.

ESCENA III

PERETO. *Sale* SABINA.

SABINA. Arroyuelos que, entre arenas,
plata en guijas descubrís,
pareciendo que os reís
porque lloro yo mis penas;
márgenes verdes y amenas
que al sol servís de cortina,
cuando en su agua cristalina
imita á Narciso hermoso,
decilde á mi preso esposo
lo que llora su Sabina.
Montes de crecidos talles
que los cielos asaltáis
y al ambicioso imitáis,
como al humilde los valles;
verdes é intrincadas calles,
por cuya sombra camina
el que ausente peregrina,
cual yo, sin gusto y reposo:
decilde á mi pobre esposo
lo que llora su Sabina.

PERETO. ¡Qué descuidada venís
cantando endechas al prado!
Llorad vuestro honor burlado,
hija, si agravios sentís.

SABINA. Padre mío, ¿qué decís?

PERETO. Que Césaro, en vuestra afrenta,
ajenos brazos intenta,
y á olvidaros se ha dispuesto;
porque quien se cree de presto
presto también se arrepienta.
Césaro á Octavia pretende
por esposa, que es su igual,
y el oro con el sayal
siempre se agravia y se ofende.
Comprar vuestro honor pretende,
para haceros más afrenta,
y cubrir con oro intenta
el hierro de vuestro amor:
mirad si es joya el honor
digna de ponerse en venta.

SABINA. ¡Ay, de mí!

PERETO. Llorad las penas
de vuestras desgracias sumas,
pues vuestras groseras plumas
dejásteis por las ajenas.
Las del sayal eran buenas:
quien su natural violenta
bien es que su agravio sienta;
morir llorando os conviene,
porque en poco su honor tiene
á quien no mata una afrenta.

SABINA. ¡Cielos! ¡Césaro casado!
No es posible, engaños son:
que es profeta el corazón,
y no le siento alterado.
Alto, amoroso cuidado,
buscad el modo mejor
como asegure mi honor
con mi esperanza afligida,
que corre riesgo la vida
en el potro del temor. (*Vanse.*)

ESCENA IV

Sale el PRÍNCIPE, MARCO ANTONIO *y* ALEJANDRO.

PRÍNCIPE. ¿Eso responde el villano?

ALEJAND. En eso se determina.
Esposa llama á Sabina
de Césaro, y que es en vano,
dice, el que intenta vencer
con interés su firmeza,
que estima en más su pobreza
que tu valor y poder;
fuera de que ofenderá
á Dios si se determina
casar con otro á Sabina
si con tu hijo lo está:
esto responde.

M. ANT. ¡Que ansí
un rústico vil responda

á un Príncipe, y corresponda
al valor que vive en ti!
Ya no siento tanto el ver
que sea estorbo una villana
para que Octavia, mi hermana,
de Césaro sea mujer,
mezclándose de esta suerte
la sangre ursina y colona,
como el ver que á tu persona
hable un pastor de esta suerte.
¡Vive Dios! que he de quitar
los estorbos de una vez,
y que su loca vejez
las canas ha de bañar
en la sangre de su hija.

PRÍNCIPE. Indigno es de tal persona
que Marco Antonio Colona
venganza tan vil elija,
que los más viles crïados
de mi casa abrasarán
á Montalto y quitarán
los estorbos y cuidados
que nos da esa vil mujer,
con su muerte.

M. ANT. Con mis manos
he de hacer que estos villanos
no se atrevan á poner
el pensamiento tan alto
que con mi hermana compita.
Hoy verá Italia que imita
á Troya, Castel Montalto. *(Vase.)*

PRÍNCIPE. ¡Que sea yo tan desgraciado
que venga á ser mi heredero
de tres hijos el postrero,
tan bajamente inclinado
que darme nietos pretenda
de sangre grosera y tosca!
Antes que Italia conozca
tal afrenta, ni él me ofenda,
un garrote le haré dar
en el castillo, en que preso
le tiene su amor travieso;
porque no me han de heredar
villanos, aunque se quede
mi casa sin sucesión.

ALEJAND. Contra esa resolución
nieto tienes que te herede.

PRÍNCIPE. Que le amo, te prometo.

ALEJAND. Es tu sangre.

PPÍNCIPE. Sí lo fuera,
si mezclada no estuviera
con la tosca de Pereto. *(Vanse.)*

ESCENA V

Salen ASCANIO COLONA *y* SIXTO, *de fraile.*

ASCANIO. Dícenme que habéis venido,
padre, á Roma á pretender
un capelo, y que habéis sido
ocasión de suspender
el Papa, el que le he pedido.
También Octavia, mi hermana,
se queja que una villana
esposa se osa llamar
de Césaro, y estorbar
lo que en esto Italia gana.
Y si fuera otra persona
que con Ascanio Colona
compitiera, y no un pastor
sin prendas y sin valor
como vos, de quien pregona
la fama tanta ambición,
la competencia llevara
mejor; mas vos ¿es razón
que aspiréis á la tïara,
desde el grosero azadón,
y que el intento villano
de vuestra hermana la mano
pida á Césaro, y me ofenda,
tan soberbia que pretenda
ser Princesa de Fabriano?
¿Vos, cuyo padre en Montalto,
con vida tosca y grosera,
de todo vive tan falto,
y ella, que una lavandera
es de Fermo? ¿vos tan alto,
que el grado de cardenal
pretendáis desde el sayal,
y ella llamarse Princesa?

SIXTO. ¡Señor...!

ASCANIO. ¿Ambición es esa
de un rústico natural?
¿Vos conmigo competencia,
sabiendo que os hizo el cielo
un villano?

SIXTO. Mi paciencia
os obligue.

ASCANIO. ¿Vos capelo?

SIXTO. Yo no tengo suficiencia,
méritos, sangre y valor
para que en Roma pretenda
esa dignidad, señor,
ni tampoco es bien me ofenda
vuestro enojo. De un pastor
nací, pero no es ultraje;
que el más soberbio linaje,
que á mayor nobleza aspira,
si el principio suyo mira
hará que el orgullo abaje.
El río de más corriente,
que hace ilustre su ribera,
amansará su creciente
si el principio considera
que le da una humilde fuente.
La fuente, considerad
de vuestro linaje honroso,
y estimaréis mi humildad;
pues sois río caudaloso,
porque os veis en la mitad
de vuestro curso opulento;
que si yo conforme intento
no os igualo y menos soy
con ser río, es porque estoy
cerca de mi nacimiento.
Yo no vengo á pretender,
Ascanio, el ser Cardenal,
aunque lo pudiera ser;
soy Vicario General
de mi orden, y por ver
la envidia, enojo y pasión
que tiene mi religión
y los poderosos de ella,
por verme cabeza en ella,

su injusta persecución
me fuerza á que el Papa pida
que del oficio me absuelva,
y con otro estado y vida,
ó á mis principios me vuelva,
ó del orden me despida.
Estos favores prevengo
y á esto sólo á Roma vengo:
ved qué modo de intentar
cargo, si vengo á dejar,
Ascanio, el cargo que tengo.
Si Césaro tuvo amor
á mi hermana, y ella ha sido
tan dichosa, que al valor
de su nobleza ha subido,
con ser hija de un pastor,
¿por qué culpáis su ventura,
pues que la naturaleza
con mil ejemplos procura
igualar á la nobleza
muchas veces la hermosura?
Veis como no estoy culpado
y con la poca razón,
Ascanio, que estáis airado.

ASCANIO. Estoy en esta ocasión
en el palacio sagrado,
villano, que si no...

SIXTO. Paso,
mirad que su Santidad
sale.

ASCANIO. De enojo me abraso.

SIXTO. (*Ap.*) ¡Ay, pobreza y humildad,
lo que por vosotras paso!

ESCENA VI

DICHOS, *y sale* PÍO QUINTO *y un* FRAILE FRANCISCO, *y siéntase* EL PAPA.

EL FRAILE.

De parte de la orden, Padre Santo,
á vuestra beatitud pido y suplico
á fray Félix absuelva del oficio,
si no quiere que todos nos perdamos.

EL PAPA.

¿Pues qué tiene fray Félix?

EL FRAILE.

Es de modo
la gran severidad con que castiga
las más mínimas faltas de nuestra orden,
que es imposible se conserve y medre
mientras el lego reine. La clemencia
tiene en pie las repúblicas y reinos;
y el castigo y rigor demasiado
destruye las provincias y ciudades.
Fuera de que los frailes principales
que la orden claustral de San Francisco
honran con sangre ilustre y generosa,
sienten, y con razón, que los gobierne
un pastor de las grutas de Montalto.

EL PAPA.

¿Luego en la religión y su pobreza
también miran en sangre y en nobleza?

SIXTO.

Santísimo Pastor, si un desdichado
merece, porque el cielo y la fortuna
le hizo hijo de unas peñas toscas,
que todos le persigan, yo me precio
de hijo de Pereto, un pastor pobre
que en Montalto dejó el arado rústico
por herencia á sus hijos; y esto sólo
quiero ser, y no más, pues soy indigno
del hábito que traigo y del oficio
que vuestra Santidad con él me ha dado.
A vuestra beatitud pido y suplico
me absuelva de él y volveré contento
á mi sencillo y pobre nacimiento.

EL PAPA.

Más luce, hijo, la virtud de un hombre
cuanto de más humilde y pobre sangre
se ensalza más. Yo y todo en mis principios
nací de un pobre labrador, y aun anduve
de puerta en puerta mendigando el tiempo
que estuve en mis estudios ocupado.
Parientes tengo yo cual vos, fray Félix,
pobres y en traje de sayal grosero;
que si se precia de su sangre el necio,
más noble es la virtud de que me precio.
Si el orden vuestro juzga por agravio
que le rijáis, por eso yo os absuelvo
del oficio que en ella habéis tenido.
Y pues que Fermo os vió vendiendo leña
y registeis ovejas en Montalto,
en castigo, fray Félix, de sus quejas,
pastor de Fermo os hago y sus ovejas.
Obispo sois de Fermo.

SIXTO.

Padre Santo,
¿cuando me abaten me ensalzáis vos tanto?

EL PAPA.

Así doy gusto á todo el orden vuestro,
y os premio á vos. A Ascanio quiero dalle
el capelo que tanto ha que pretende:
el de Santa Sabina le prometo.

ASCANIO.

Tus santísimos pies beso y respeto.

EL PAPA.

Luego quiero, fray Félix, consagraros
públicamente, porque toda Roma
mire el premio que tienen en la iglesia
la virtud y las letras. Un capelo
os doy también.

SIXTO.

Tu nombre ensalce el cielo.
(*Ap.*) Animo, inclinación dichosa y alta;
subí, que un escalón no más os falta.

EL PAPA.

Cardenal os crearé en el mismo día
que os consagre.

SIXTO.

Creció la dicha mía;
y pues con tal largueza me ha ilustrado
el cielo y vuestra Santidad, quisiera

enviar por mi padre y mis hermanas,
y el mismo día que me vea Roma
hecho de vil pastor, pastor de ovejas
de la Iglesia católica, ese día
quiero que entre mi padre venerable
triunfando en Roma, no como sus Césares,
sino vestido de sayal grosero
en que nació, porque la envidia sepa
que cuando, á su pesar, estoy más alto,
de la humildad me precio de Montalto.

EL PAPA.

Yo haré que con vos salga toda Roma.

ASCANIO.

Yo también acompañaros quiero.

SIXTO.

¿Veis, Ascanio, del modo que los cielos
saben hacer de humildes labradores
dignidades, prelados y pastores?
Porque nací en Montalto me abatisteis;
pues desde aquí, mudando el propio nombre
de Félix, para dar gloria á mi patria
y á sus groseras peñas, determino
llamarme el cardenal Montalto.

EL PAPA.

Alto;
seréis desde hoy el cardenal Montalto.

ASCANIO.

Perdonad mi pasado atrevimiento;
que en muestras de que estoy arrepentido
daré de este suceso aviso al Príncipe,
que se tendrá mil veces por dichoso
de que Césaro case con Sabina,
pues se honrará el estado de Fabriano,
siendo de Roma Cardenal su hermano.

EL FRAILE.

Y yo también de las persecuciones
que por mi causa os hizo el orden nuestro,
monseñor ilustrísimo, suplico
me perdonéis.

SIXTO.

Alzad, padre, del suelo,
que si fray Félix tuvo de vos queja,
ya yo soy Cardenal, y no fray Félix,
y no es razón cuando me veis tan alto
que á Félix vengue el cardenal Montalto.

ASCANIO.

¡Qué prudente respuesta!

EL PAPA.

Venid, hijo,
que en vos miro presagios venturosos.

DECIO.

¿Qué le parece, padre?

FRAILE 1.°

Encantamento.

ASCANIO.

De perseguille vos nació su dicha.

FRAILE 2.°

Mil veces perseguido venturoso,
que tan seguro del peligro escapa.

DECIO.

Persígale otra vez, y harále Papa. *(Vanse.)*

ESCENA VII

Salen los músicos de pastores, y SABINA *de pastor con caña, hurón y cuerdas.*

SABINA. Mintió la sospecha loca;
mi amor salió victorioso;
aquí está mi preso esposo,
á quien en vano provoca
su padre, por más que agravia
su firme constancia y fe,
para que en mi ausencia dé
la mano de esposo á Octavia.
No pudo su engaño hacer
mella en mi constante amor,
aunque celos y temor
son fáciles de creer,
y á pesar de sus consejos
he venido de esta traza
á librar mi esposo.

PAST. 1.° ¿A caza
anda tu amor de vencejos?
Misterio tien la invención.

PAST. 2.° Lugares hay infinitos
donde cazan motolitos
las mujeres con hurón;
quiero decir con los viejos
ó escuderos atrevidos,
registradores de nidos,
donde viven los vencejos;
pues son hurones, en suma,
que cazan para sus dueños
á los vencejos pequeños
hasta dejallos sin pluma.

SABINA. Pastores, dejemos eso
y comenzad á cantar
para que os salga á escuchar
desde la reja mi preso.

PAST. 1.° ¡Oh, qué canción de repente
hice al propósito ayer!

SABINA. Luego ¿sabes componer?

PAST. 2.° Sátiras al maldiciente.

MÚSICA. «Que llamaba la tórtola, madre,
al cautivo pájaro suyo,
con el pico, las alas, las plumas,
y con arrullos, y con arrullos».

UNO. «Pajarico preso,
que entre yerros duros,
temores y ausencias
te tienen confuso,
mal podrá el rigor
de tu padre injusto
desatar las almas
si es de amor el ñudo;
sal, pájaro amado,
á gozar seguro,
á pesar de estorbos,
mi amoroso fruto.

TODOS. Así llama la tórtola madre
al cautivo pájaro suyo,
con el pico, las alas, las plumas,
y con arrullos, y con arrullos».

(Asómase Césaro *á una reja como preso.)*

CÉSARO.

Pintadas aves que al pulir la aurora
con peines de oro sus compuestas hebras,
al son de arroyos, arpas de estas quïebras,
lisonjeáis cada mañana á Flora.
Aura süave que con voz sonora,
murmurando las aves te requiebras,
y las obsequias fúnebres celebras
de Pocris muerta, que tras celos llora.
Los pastores imitan la armonía
con que resucitando la memoria
de mi Sabina vivo entretenido.
Cantad, amigos, la firmeza mía;
que es la música imagen de la gloria,
y mientras dura mi tormento olvido.

SABINA. Ya está mi esposo á las rejas.
Cantad, pastores, cantalde
otra canción, y llenalde
de música las orejas.

MÚSICA. «Preso estaba el pájaro solo
en las redes del cazador,
pero más le prenden y matan
memorias de su lindo amor.»

UNO. «Si de tu firmeza
las cadenas son,
testigos seguros son
que amor presentó,
canten tu alabanza
nuestra alegre voz;
bien haya quien hizo
cadenas de amor,
y tú, pájaro mío,
canta en tu prisión,
pues que preso y triste
canta el ruiseñor.»

TODOS. «Preso está el pájaro solo
en las redes del cazador,» etc.

SABINA. ¡Ah de las rejas el preso!
¿sabéis acaso quién soy
yo, que pretendo cantando,
aliviar vuestro dolor?
¿Mas qué no me conocéis?

CÉSARO. Polido y bello pastor,
lo que los ojos afirman
negando está el corazón:
regocijos hace el alma
de los ecos de esa voz,
que en el disfraz de Esaú
conocer quiero á Jacob.
¿Quién sois, hermoso zagal?

SABINA. ¡Qué presto que ejecutó
sus efectos el olvido,
descuidado preso, en vos!
Cantad para que despierte,
que si ausencia le adurmió,
dándole voces mis quejas
le hará despertar mi amor.
(Cantan.) «Preso estaba el pájaro solo
en las redes del cazador,» etc.

CÉSARO. ¡Ay, esposa de mis ojos!
La tiniebla y confusión
de mis pesares y penas
me impidió la luz del sol.
De no haberos conocido,
corrido, mi bien, estoy;
yo castigaré mis ojos,
Sabina hermosa, este error,
¿cómo habéis, mi bien, estado?

SABINA. Como el verano sin flor,
como el otoño sin fruto,
y estado como sin vos,
que es decillo de una vez.
Vueso padre pretendió,
con engaños y mentiras
sembrar celos en mi amor,
pero segura del vueso,
en forma de cazador,
vengo á daros libertad.
Tomad las cuerdas que os doy,
y, á pesar de estorbos viles,
asegurad el temor
de mis sospechas y ausencia.
(Dale con la caña los cordeles.)

CÉSARO. Celebren tu firme amor
cuantas mujeres la fama
con pinceles retrató
de la eternidad en lienzos
del tiempo consumidor.
¡Ay, esposa de mi vida!

SABINA. ¡Ay, mi bien!

PAST. 2.° ¡Bueno, por Dios,
que se están chicoleando
como jilgueros los dos!

PRÍNCIPE. *(Dentro.)* Preso y con guardas dobladas
ha de quedar mientras voy
á Roma.

CÉSARO. Mi padre es éste.

SABINA. Pues entraos.

CÉSARO. Adiós. *(Vase.)*

SABINA. Adiós.

PAST. 2.° No hay son, fingir que cazamos
vencejos.

SABINA. Daca el hurón;
pon las cuerdas y la caña.

PAST. 2.° No está mala la invención.
(Pónese á cazar.)

ESCENA VIII

DICHOS, *el* PRÍNCIPE *y* ALEJANDRO.

PRÍNCIPE. De vos, Alejandro, fío
su guarda en aquesta ausencia.

ALEJAND. Ya sabe vuestra excelencia
mi lealtad.

PRÍNCIPE. El papa Pío
á Roma me envía á llamar,
y este camino excusara
si en mi lugar no os dejara.
Las guardas podéis doblar,
sin dejar llegar persona
que con él hable, que ansí
le forzaré que dé el sí
de esposo á Octavia Colona,
ó morir en la prisión;
que la villana atrevida
ya debe de estar sin vida,
si puso en ejecución
Marco Antonio su noble ira.

ALEJAND. En esta ocasión es cuerda.

PAST. 1.° Dale cuerda.

PAST. 2.° Dale cuerda.

SABINA. Ya chilla el vencejo.

PAST. 1.° Tira.

PRÍNCIPE. Alejandro ¿qué serranos
son estos?
ALEJAND. Pastores son
que cazan con un hurón
pájaros.
PRÍNCIPE. Si son villanos,
y sabes lo que me ofenden,
¿por qué aquí los consentís?
Échalos luego.
ALEJAND. (*A los Pastores.*) ¡Hola! ¿Oís?
SABINA. Verá lo que se defienden.
PRÍNCIPE. ¡Ah, villanos! ¿estáis sordos?
SABINA. ¡Arre allá! ¿Qué diablos dais
voces, que mos espantáis
los vencejos y los tordos?
ALEJAND. Rústicos ¿no veis que está
el Príncipe Fabriano
aquí?
SABINA. ¡Válgame el alano
de San Roque!
PAST. 2.° Verá.
SABINA. Pues bien ¿hamos de comer
el Príncipe, cuando aquí
mos halle?
PRÍNCIPE. ¿Qué hacéis ansí?
SABINA. Oiga, y podrálo saber.
Tienen aquí los vencejos
nidos en los muros fijos,
sin osar sacar los hijos,
porque los guardan los viejos.
Yo, deseando cazar
uno que en esta ocasión
guardando está el vencejón
del padre, que pernear
le vea yo ¡pregue al Señor!
porque ansí su enojo pierda,
vine con hurón y cuerda,
y cuando más á sabor
se asomaba á la muralla
salió su padre al encuentro,
metióse el vencejo dentro
y dejónos de la galla. (*Llora.*)
ALEJAND. ¡Buen llanto!
PRÍNCIPE. ¿Que el padre viejo
el vencejo os ha quitado?
SABINA. Sí, señor; desvencejado
le vea yo. De esto me quejo.
PRÍNCIPE. Gracias tiene. Aunque á esta gente
aborrezco, este pastor
me ha dado gusto.
ALEJAND. Es, señor,
donoso como inocente.
SABINA. Vení acá. Yos quiero her
una pescuda, buen viejo.
Si quiere bien un vencejo,
y recibe por mujer
á una venceja que ha sido
quien le enamora y quillotra,
¿es bien casalle con otra,
porque nació en mejor nido;
porque en alcázares vive,
y estotra entre peñas pobres,
de los castaños y robres
grosero manjar recibe;
porque tién plumas mejores
y porque son más valientes
los vencejos sus parientes
y cuentan que sus mayores
trujeron de rey más lejos
su principio no es buen pago?
Julgaldo vos, que yo os hago
alcalde de los vencejos.
PRÍNCIPE. Gusto me da el pastorcillo.
SABINA. Ea, la vara arrimad,
ó este pleito sentenciad,
que me importa concluillo.
PRÍNCIPE. Digo, donoso pastor,
que como el vencejo quiera
á la venceja primera
es bien pagalle su amor,
por más que el padre lo impida;
y sentencio que la amada
le goce y que desterrada
la venceja aborrecida,
aunque alegue más consejos,
luego al momento se vaya,
porque yo no sé que haya
nobleza entre los vencejos.
SABINA. Esta vez os he cogido;
contra vos es el proceso.
¿Por qué ha de estar por vos preso,
viejo honrado y afligido,
vueso vencejo, decí,
si él á una venceja adora,
que en la sierra le enamora,
y no puede dar el sí
á la venceja que tiene
su nido allá entre los godos?
Pues que son vencejos todos,
y estos dos se quieren bien,
casaldos, que las altivas
noblezas son espantajos,
y todos, altos y bajos,
nacimos de Adán y Adivas.
PRÍNCIPE. Idos con la maldición.
SABINA. Vos el preito sentenciastes;
si vos mismo os condenastes
un asno sois con perdón.
PRÍNCIPE. Echa, Alejandro, de aquí
estos bárbaros, ó haré
una bajeza.
SABINA. ¡A la hé,
vos sois buen juez, pues ansí
heis justicia!
ALEJAND. Este lugar
desocupad.
PAST. 1.° Con paciencia.
SABINA. Acójome á la sentencia:
ella os ha de condenar.
PRÍNCIPE. Echalde de aquí, ó matalde.
SABINA. ¿Por la primera venceja
sentencias, y tenéis queja?
Muy bobo sois para alcalde.
Dios vuelva por la verdad.
Pues lo mandáis, casaránse.
ALEJAND. Idos, villanos.
SABINA. Iránse,
que no son bestias. Cantad.
(*Vanse cantando.*)
PRÍNCIPE. Mucha prudencia he tenido,
pues muerte no les he dado.
ALEJAND. Aunque el villanejo ha estado
malicioso, hubiera sido
indigno de vueselencia

manchar en él el acero.

PRÍNCIPE. Partirme esta noche quiero
á Roma. Vuestra presencia
no falte nunca de aquí,
ni deje llegar villano
una legua de Fabriano,
porque sospecho que ansí
le vienen á dar aviso
de Montalto.

ALEJAND. Podrá ser.

PRÍNCIPE. Mal hice no los prender;
que afligirme el cielo quiso
con darme un hijo travieso.

ALEJAND. La mocedad nunca es sabia.

PRÍNCIPE. Ha de ser su esposa Octavia,
ó tiene de morir preso. *(Vanse.)*

ESCENA IX

Sale CAMILA *con un lío de ropa blanca y un mazo, y* MARCO ANTONIO.

M. ANT. Por Dios, lavandera hermosa,
que desde el punto que os ví
cojer vuestra ropa ansí
está el alma recelosa
y de vuestro amor perdida;
porque obligáis de manera
que os abate, la bandera;
lavandera de mi vida,
escuchadme una razón.

CAMILA. Andad con Dios, caballero.

M. ANT. Lavadme el alma primero.

CAMILA. ¿Que os la lave escamizón?

M. ANT. Sí, vestiosla por camisa,
y veréis que no hay holanda
que esté más tratable y blanda.

CAMILA. ¿Alma de holanda? ¡oh, qué risa!

M. ANT. Dado os tengo el corazón.

CAMILA. ¿A jabonar?

M. ANT. Sí, eso os ruego.

CAMILA. ¿Qué tiene?

M. ANT. Como amor es fuego,
le ha puesto como el carbón.

CAMILA. ¿Como el carbón? pues á un lado,
que estoy limpia, y si me topa
ensuciaráme la ropa
vueso corazón tiznado.

M. ANT. ¡Qué gracia!

CAMILA. No llegue al brazo,
y sepa que en mi lugar
nadie sabe jabonar,
si no es con jabón de mazo.
Por eso no haga cosquillas
si no quiere en conclusión
llevar, señor, un jabón
que le quiebre las costillas.

M. ANT. Para aliviar los enojos
del alma, dalla podéis
dos ojos, que es bien los deis,
pues tenéis tan bellos ojos,
y la podréis jabonar:
vuestra es, tomalda.

CAMILA. La astucia;
no quiero yo alma tan sucia,
que se ha menester lavar.

M. ANT. Yo estoy ya tan rematado,
mi graciosa lavandera,
que ser el jabón quisiera
según los celos me ha dado
de que ande cada instante
en vuestras manos, que en suma
son más blandas que su espuma.

CAMILA. Sí haréis, que acá todo amante
es jabón que á los despojos
de tiranas hermosuras
derrama en jabonaduras
el corazón por los ojos;
aunque vos sois palaciego,
y no habrá tomaros tino,
que todos pregonáis vino
y vendéis vinagre luego.
¡En la boba que creyere
en vuestras bachillerías;
sabéis muchas romerías
y olvidáis á quien os quiere!

M. ANT. Cuando es perfecto el amor
y bien nacido el amante,
ni burla ni es inconstante.

CAMILA. El noble engaña mejor.
Yo conozco una serrana
á quien burló un escolar
con parlar y más parlar.

M. ANT. ¿Quién es?

CAMILA. Sabina, mi hermana.

M. ANT. ¿Sois vos hija de Pereto.

CAMILA. *(Reverencia.)* Para lo que le cumpliere.

M. ANT. Errará quien no tuviere
á Césaro por discreto
en despreciar por Sabina
á mi hermana, que, por Dios,
si es tan bella como vos,
que es cuerdo quien desatina
por tan dichoso sayal.

CAMILA. Soy yo un coco comparada
con mi hermana.

M. ANT. ¡Qué extremada
belleza! ¡qué al natural!
Yo vine determinado
de castigar á Pereto
y á Sabina, que en efeto
me tuve por agraviado
de que Césaro dejase
mi hermana Octavia por ella;
pero el amor, que atropella
soberbias, quiso que hallase
en vos el justo castigo,
pues á vuestro amor sujeto,
á las hijas de Pereto
y aquestas sierras bendigo.
Bien hayan, amén, los robles,
los peñascos y asperezas
que crian tales bellezas,
pues por fuerza han de ser nobles
almas que viven y habitan
en cuerpos que son tan bellos,
y bien hayan los que en ellos
su libertad depositan.
¡Ay, serrana; muerto estoy!

CAMILA. Pues ¿vos por acá pensáis
que hilamos? bien quillotráis.
Algún diabro os trajo hoy
por aquí.

M. ANT. ¿Quiéresme bien?
CAMILA. ¡Qué sé yo!
M. ANT. Pues ¿quién lo sabe?
CAMILA. El cura. Apártese, acabe.
(*Ap.*) (¡Qué buena cara que tién!)
M. ANT. Dame esa mano.
CAMILA. (*Ap.*) Recelo
que en el alma se me entró.
M. ANT. Dame aquesos brazos.
CAMILA. ¿Yo?
M. ANT. Pues ¿qué?
CAMILA. ¿Tan presto, es buñuelo?

ESCENA X

DICHOS. *Salen* CÉSARO *de galán, y los pastores músicos.*

CÉSARO. Apenas de allí os partisteis
cuando mi padre se fué,
y luego escalas tracé
de las cuerdas que me disteis,
que atadas á las almenas
á las guardas engañaron
y, á pesar suyo, quedaron
colgadas de ellas mis penas.
Seguíos, y como amor
vuela ligero, alcancéos.
SABINA. ¡Ay, esposo! mis deseos
cumplió el cielo. Ya el rigor
que en mí vuestro padre emplea,
mi miedo y temor divierte,
que no temeré la muerte
como á vuestros ojos sea.
CÉSARO. Contra su enojo crüel
pienso llevarte á Milán;
que allí mis deseos podrán
tener fin viviendo en él,
hasta que el paterno amor
venciéndole te reciba
por hija y mi esposa.
PAST. 1.º ¡Viva
tal firmeza y tal amor!
SABINA. ¡Camila!
CAMILA. ¡Sabina mía!
M. ANT. ¡Césaro aquí!
CÉSARO. ¡Marco Antonio
en tal lugar!
M. ANT. Testimonio
de amor y su monarquía.
Abrasar vine á Montalto
y á dar muerte á la serrana
que os enamora, y su hermana
dió en mi libertad asalto,
pues cuando su hacienda y casa
quise abrasar, con sus ojos
el alma, cuyos despojos
la adoran, rinde y abrasa.
Será, Césaro, mi esposa;
que vuestra justa elección
me llama á su inclinación.
CAMILA. Yo me tendré por dichosa.
SABINA. Y yo con tan buen cuñado
mil gracias al cielo doy.
CÉSARO. ¡Qué de dichas juntas hoy
amor y el cielo me han dado!
CAMILA. Es miércoles, y bastaba
serlo para mi ventura.
SABINA. ¡A buen tiempo y coyuntura
te casas!
CAMILA. Pues ¿qué pensaba?
¿Todo ha de ser para ella?
¿No somos acá personas?
M. ANT. Los Ursinos y Colonas
por vos, mi Camila bella,
y por vos, Sabina hermosa,
establecerán desde hoy
eternas paces.
CAMILA. ¡Que estoy
maridada! ¡Linda cosa!
PAST. 2.º Aun sin aguardar al cura
los cuatro se han desposado.
PAST. 1.º No hay cura ni licenciado
mejor que la coyuntura.
CAMILA. Demos á mi padre aviso
de su dicha y mis amores.
PERETO. (*Dentro.*) Pedidme albricias, pastores.
¡Viva Montalto! Pues quiso
poner mi nombre tan alto
de un principio tan humilde,
al cielo albricias pedilde.

ESCENA XI

DICHOS. *Salen* PERETO *y* CRENUDO, CHAMOSO *y* FABIO.

CÉSARO.
¿Qué es esto?

TODOS.
¡Viva Montalto!

PERETO.
No sé cómo el contento de estas nuevas
no me ha muerto, que ya mis flacas canas
no son para tan grande sobresalto.
Hijas, fray Félix, cardenal de Roma;
cardenal de Roma es vuestro hermano.

CÉSARO.
¡Válgame Dios!

SABINA.
¡Ay, cielos, qué ventura!

CHAMOSO.
¿Ya es cardenal? pues presto será cura.

CÉSARO.
Dadme, dichoso padre, aquesos brazos.

MARCO ANTONIO.
Y á mí me conceded por hijo vuestro:

SABINA.
Este es mi esposo, padre mío, que preso
ha estado por mi amor. Todo fué engaño,
engaño todo fué lo que os dijeron
de Octavia; por burlarnos lo hicieron
y huir de la prisión.

PERETO.
Estoy sin seso

SABINA.
Libre está ya y en mis amores preso.

PERETO.

Dadme, señor, los pies.

CÉSARO.

No, padre mío,
los brazos sí, con nudo estrecho y tierno.

CAMILA.

Hola, padre: catad acá otro yerno:
abrazalde también, que no ha nacido
en las malvas.

CÉSARO.

También es hijo vuestro
Marco Antonio, la nobleza que es de Italia
y aun del mundo. Enamoróse
de la belleza de Camila, y quiere
que por esposa se la deis.

PERETO.

O sueño,
ó estoy loco. ¿Hay más bien, cielos piadosos?

CAMILA.

Supimos escoger buenos esposos,
para no tener dote. La nobleza
virtud quiere por dote con belleza.

PERETO.

Vamos á Roma luego, y eche el sello
mi buena suerte con hallar mi hijo
honrado de la púrpura romana;
que, pues tan nobles sucesores dejo,
la muerte pido con el santo viejo.

ESCENA XII

DICHOS. *Sale* FABRICIO.

FABRICIO.

Yo vengo, dichosísimo Pereto,
á llevaros á Roma con Sabina
y Camila. Aquí traigo tres carrozas.

CHAMOSO.

¿Qué son carrozas, ao?

FABRICIO.

Unas doncellas
que se llaman carrozas en Italia.

CHAMOSO.

Casarme quiero, pues, con una de ellas;
mostradme esas carrozas ó doncellas.

FABRICIO.

Césaro, vuestro padre Ursino gusta
que seáis de Sabina amado esposo;
que luego que en llegando á Roma supo
que era de Monseñor Montalto hermana,
á dicha tiene ser pariente suyo,
porque sospechan que ha de ser monarca
de Roma y gobernar su sacra barca.

SABINA.

Ahora fenecieron mis recelos.

CÉSARO.

¡Que tan dichoso soy, benignos cielos!

FABRICIO.

Vamos, que Monseñor está aguardando
con toda la romana y sacra Curia,
que quiere el Papa que á su honrado padre
reciba en triunfo.

PERETO.

Vamos, nobles hijos,
que mi vejez de nuevo se remoza.

TODOS.

¡Coches, coches!

CHAMOSO.

¿Do está doña Carroza?

(*Vanse.*)

ESCENA XIII

Salen JULIANO *y* RICARDO.

JULIANO. Esto es lo que en Roma pasa.
Todo el popular aplauso
la ventura de fray Félix
celebra y estima en tanto,
que habiendo la Santidad
de Pío Quinto consagrado
al cardenal por obispo
de Fermo, hoy miércoles cuatro
de Agosto, á los senadores
y caballeros romanos
mandó que á recibir salgan
á su padre, cuyos años
han merecido llegar
á ver de pobre serrano
cardenal de Roma un hijo
de las peñas de Montalto.

RICARDO. Su prudencia lo merece;
porque no es soberbio sabio,
ni pobre presuntuoso.

JULIANO. Decís la verdad, Ricardo.

RICARDO. Oid, que según las voces
del vulgo y pueblo voltario
entran ya.

JULIANO. ¡Notable día!

RICARDO. ¡Oh, venturosos serranos!

ESCENA XIV

DICHOS. *Por una puerta salga el* PRÍNCIPE COLONA *y el* EMBAJADOR DE ESPAÑA, ASCANIO, *de cardenal*, *y* SIXTO, *de cardenal también. Y por otra, al mismo tiempo, salgan* MARCO ANTONIO, CÉSARO, FABIO, SABINA, CAMILA *y* CHAMOSO. *Y arriba se descubre un corredor donde está* PÍO QUINTO. *Y en un caballo que lleve del diestro un lacayo, entre* PERETO, *de pastor; toque la música; y en llegando,* SIXTO *le tiene el estribo á su padre para que se apee.*

SIXTO. Yo, padre, os tendré el estribo.

PERETO. Hijo, aguarda que ya abajo.
¿Un cardenal ha de hacer
tal cosa?

SIXTO. Si por honraros
me honra el cielo de este modo,
no es mucho, mi padre caro,
que teniéndoos el estribo

estribe en él mi descanso.
Aquesa mano me dad. (*De rodillas.*)

PERETO. Levanta y toma los brazos,
que no es justo que á mis pies
esté un Cardenal postrado.

SIXTO. Si como soy Cardenal
gozara del trono sacro
de san Pedro, ya os he dicho
que os besara arrodillado
esta venerable diestra.
Sepan los que me llamaron
villano, lo que me precie
de este sayal tosco y basto.
Montalto ha sido mi patria,
que aunque pobre, el nombre es alto;
un monte serán mis armas,
y mi apellido Montalto.
Montalto han de llamarse
mis parientes, comenzando
mi linaje en mí, que espero
que mi dicha ha de encumbrarlo.
Llegad, padre, y desde aquí
adoraréis el pie sacro
de su beatitud.

PERETO. ¿Qué aguardan
mis regocijados años?
(*De rodillas.*) Santísimo Padre Pío,
cuya piedad ha mostrado
lo que la humildad estimas,
los humildes ensalzando,
tus pies beatísimos beso.

EL PAPA. Venerable viejo, alzáos,
que os debe Italia infinito
por el hijo que habéis dado
á la militante Iglesia,
de cuya prudencia aguardo
célebres y heroicos hechos.
Su aumento tomo á mi cargo,
y para que ponga casa
le doy siete mil ducados
de renta.

PRÍNCIPE. Y yo le señalo
otros cinco mil de renta.

EMBAJAD. Y yo y todo también en nombre
del Rey católico y sabio,
el gran monarca Filipo
el Segundo, le señalo
otros cinco mil de renta.

SIXTO. Cielos, no merezco tanto.

SABINA. Hermano, ¿no nos habláis?

SIXTO. Con el alma y con los brazos,
por hermana y compañera
de mi estudio y mis trabajos.
César es ya vuestro esposo,
que el Príncipe de Fabriano
lo quiere ansí.

PRÍNCIPE. Con tal dicha,
infinito es lo que gano.

CÉSARO. Pues Marco Antonio Colona
la mano á Camila ha dado,
también con vuestra licencia.

SIXTO. Hónrome con tal cuñado.
Tráiganme, Sabina mía,
á vuestro hijo Alejandro
á Roma, porque se críe
en ella, y tenga Montalto
por apellido.

PRÍNCIPE. Sea ansí;
y críese en vuestro palacio,
ilustrísimo señor,
vuestra virtud imitando.

CHAMOSO. ¿No os acordáis de Chamoso
que vos dió un día su cuartago
con que venistes á Roma
más presto que por encanto?
Pues yo bien me acuerdo de él.
O pagalde, ó dadnos algo,
ó, pues ya sois Cardenal,
hacedme chichón.

SIXTO. El pago
que os doy por tan buen socorro,
son de renta cien ducados
para vos y vuestros hijos.

CHAMOSO. Saldrá el vientre de mal año.
Yo sé que habéis de ser Papa,
que cuando érades mochacho
de teta, todos los días
decíades: *teta, papa.*

EL PAPA. Vamos, que quiero que Roma
vea lo que han alcanzado
las letras de un pastor pobre.

SIXTO. Los que á sus padres honraron,
premia el cielo de esta suerte.

CÉSARO. Si los sucesos extraños
quiere saber el curioso
de Sixto Quinto, en cuatro años
que gozó de la tïara
y sumo pontificado,
á la segunda comedia
le convido, que son tantos,
que no pueden reducirse
á tan corto y breve espacio.

COMEDIA FAMOSA

VENTURA TE DÉ DIOS, HIJO

PERSONAS DELLA [1]

Otón, *caballero.*	Fulbio, *gramático.*
Rosela, *dama.*	Agudo, *criado.*
Césaro, *letrado.*	Octavia, *dama.*
Honorato, *viejo.*	Grimaldo, *viejo.*
Gilote, *villano.*	Liseno, *caballero.*
Criselio, *caballero.*	Ramón, *alcaide.*
Clemencia, *dama.*	Clavela, *dama.*
Alberto, *soldado.*	Un paje.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Sale Otón *de estudiante, con el* Arte de Antonio [2] *en la mano.*

¿Qué os hice yo, estrellas pías,
que tanto me perseguís?
¿Qué confusión infundís
en estas potencias mías?
En un año que ha que intento,
por dar á mis padres gusto,
estudiar, y el *Arte* ajusto
á mi torpe entendimiento;
por más que, á costa del sueño,
niego á la cama el tributo
y decorando sin fruto
soy más incapaz que un leño,
la primer conjugación
aún no he podido aprender,
ni el primer tiempo saber,
tarea de mi lición.
¿Por qué consientes, Apolo,
si las ciencias te dan nombre,
gastar tanto tiempo á un hombre
sin saber un tiempo solo?
Pues no bastan desengaños,
ni el hallar por experiencia
que el principio de la ciencia
apetece tiernos años,
más que mi madura edad,
para que á mi padre ablande
y que estudie no me mande
con tanta incapacidad,
cielos, más memoria os pido,
porque soy siquiera amante;
que el amor y el estudiante
se infaman con el olvido.
Amo á Rosela divina;
pensar en ella es mi gloria,
y si es para mi memoria
su imagen anacardina,
séalo, estudios, también,
para que en mí os autoricen,
que nunca se contradicen
saber bien y querer bien.
Ya es hora de dar lición;
presto el preceptor vendrá;
mas ¿qué le aprovechará
si en mí sus preceptos son
lo que en el yunque el martillo?
Ahora bien: decorar quiero
aqueste tiempo primero.

1 Intervienen además: El Duque de Mántua *y* Enrique, *Conde de Placencia.*
2 De Nebrija.

¡Oh, quién pudiera infundillo
todo sin salir de aquí!
¡Animo, ingenio de plomo!
Purga parece que tomo.
El verbo es de *sum, es, fuí*,
el que me hace trasnochar

(*Comienza á decorar paseándose, y mirando de cuando en cuando el* Arte.)

y me ocupa el tiempo todo.
Vaya: indicativo modo,
en el modo de mostrar.
Tempore presenti dice; (*Lee.*)
luego, «en el tiempo presente;»
como aquesto se me asiente
al preceptor satisfice.
Dice luego, *sum*, yo soy,
es, tu eres: adelante.
Est, aquél es: ¡qué estudiante!
Aquesto basta por hoy:
como el singular decore,
mañana sabré el plural.—
¡Que deprenda yo tan mal,
y que tan bién me enamore!
Cierro el *Arte*, y decorar
quiero. ¡Qué mal me acomodo!
Vaya: Indicativo modo, (*Paseándose*)
en el modo de mostrar.
Tempore presenti, el tiempo
presente. *Sum*..., ea, pues,
(*Titubeando.*)
sum, significa... *aquél es*.
Sin provecho gasto el tiempo.
Si no abro el libro es en vano.
¡Que una cosa tan común
me cueste á mí tanto! *Sum*...
¡ah, memoria de villano!
(*Lee.*) *Sum*, yo soy, me enseña aquí.
Lo que por el libro aprendo
lo olvido luego en leyendo.
¡Cielo! ¿en qué estrella nací?
¡Ah, gramática maldita:
(*Arroja el* Arte.)
malhaya quien te inventó!
Si no soy para ti yo,
¿quién á que estudie me incita?
Vete con la maldición
Arte de embelecos lleno;
de mi memoria veneno,
de mi ingenio confusión;
que ni te quiero aprender,
ni contigo es bien me asombre.
Si es natural en todo hombre
el deseo de saber,
y hace en mí tan poco fruto
la doctrina que me das,
no me llamen hombre más,
sino roble, estatua, bruto.
¿Hay tal desesperación?
El preceptor sale: ¡ah, cielo!

ESCENA II

OTÓN *y* FULBIO, *maestro.*

FULBIO. Otón: ¿el *Arte* en el suelo?
Bien se sabrá la lición.

OTÓN. Arrójale la torpeza
que en mi vil memoria ves;
quizá entrará por los pies,
pues no entra por la cabeza.
Por Dios, que es hombre terrible
mi padre, pues en mi afrenta,
gramático hacerme intenta,
siendo en mí tan imposible.
Si á un verbo no hay dar alcance
¿cuándo llegaré á su fin;
ni cómo sabrá latín
quien no sabe bien romance?
Aunque tengo padres, soy
de edad varonil, que encierra
más valor para la guerra
que para el arte en que estoy;
y si es bien que en esto notes,
no son mis años capaces
de facultad que á rapaces
muestran palmetas y azotes.

FULBIO. Señor Otón, vuestro padre
tiene, por ser principal,
más nobleza que caudal;
y porque el estado os cuadre
á vuestro valor debido,
que estudiéis á cargo toma;
porque sus deudos que en Roma
por las letras han valido
hasta alcanzar el capelo,
prometen haceros hombre:
estudiad, y no os asombre
la incapacidad que al cielo
queréis, ocioso, imputar.
Sabio vuestro padre os vea,
que no hay cosa que no sea
difícil al comenzar.
De la honra es breve atajo
el estudio que el cuerdo ama,
porque al templo de la fama
se entra por el del trabajo.
No cobra valor ni medra
la ociosidad regalada,
que una gota continuada
rompe la más dura piedra.
Uno y otro estudio venza
la memoria hasta que abrace
lo que os enseño, pues hace
la mitad el que comienza.
Alzad el *Arte* del suelo, (*Alzale.*)
y estimadle en más, Otón.
Ea, decid la lición
que ayer os enseñé.

OTÓN. ¡Ah, cielo!

FULBIO. De ese verbo sustantivo
el primer tiempo me dad.
No os confundáis; comenzad.

OTÓN. Comienzo: nominativo
sum...

FULBIO. ¡Donoso majadero!
¿Nombre hacéis á *sum, es, fui*?
¿no es verbo?

OTÓN. Dómine, sí.

FULBIO. Pues decí el tiempo primero.

OTÓN. ¿No fué en ese tiempo Adán?

FULBIO. ¡A propósito fray Jarro!
¡Por cierto ingenio bizarro
por discípulo me dan!
¿No os enseñé, impertinente,

los tiempos del verbo? Estaba...
OTÓN. Ya... ya..., no se me acordaba.
FULBIO. Pues decí el tiempo presente.
OTÓN. El presente es bien bellaco,
si el cielo no lo socorre.
Moneda de vellón corre
y reinan Venus y Baco;
labra casas la lisonja;
es pescadora de caña
la verdad, la lealtad daña;
la ambición se metió monja.
Es ciencia la presunción;
ingenio la oscuridad;
el mentir sagacidad,
y grandeza el ser ladrón.
Vividor el que consiente;
buhonera la hermosura;
vende báculos la usura...
y este es el tiempo presente.
Y pues en él la ignorancia
vence á la sabiduría,
y en mí la dicha podría
ser de mayor importancia
que el latín que aprendo mal,
con vuestro *Arte* os avenid, (*Arrójale.*)
y á mi padre le decid
que no fuerce el natural
de su hijo con violencia,
que es hacer al cielo agravio,
y si me quiere hacer sabio
que me dé la suficiencia. (*Vase.*)
FULBIO. El hombre ha dicho muy bien,
y me libra de un trabajo
que á tomalle yo á destajo
perdiera el seso también.
¡Jesús, qué gran matalote!
Más ha de un mes que le dí
de lición á *sum, es, fui*,
que la abarca y el capote
del rústico más común
le aprendiera en media hora,
y sáleme el poste agora
con nominavo, *sum*.
¡Qué de Otones que me miran,
discretos en la opinión,
que para el Antonio son
tamquam asinus ad lyram. (*Vase.*)

ESCENA III

Salen ROSELA, *dama*, *y* AGUDO.

ROSELA. De modo contenta estoy,
que pues no hago acciones locas,
no muestro que hermana soy
de Césaro. Albricias pocas
por tales nuevas te doy.
¿Que mi hermano tanta estima
por sus letras ha alcanzado?
AGUDO. Toda Italia le sublima
por el más noble letrado
que lee cátedra de *Prima*.
No tiene jurisperito
Europa sabio como él;
su nombre en Bolonia escrito
por las calles, el laurel
le ofrece.
ROSELA. Gozo infinito
con esas nuevas me das.
¡Qué alegre estará Honorato,
mi padre!
AGUDO. No quieras más,
que él solo al de Monferrato,
(cuya guerra ya sabrás
que con el de Mántua tiene)
ha sido causa total
de las paces que previene.
ROSELA. Cuéntame eso.
AGUDO. Gloria igual
á ganar su valor viene.
Dos años ha, como sabes,
que sobre la posesión
de algunas ciudades graves,
que en esta comarca son
de Italia y Milán las llaves,
el duque de Mántua viejo,
y el marqués de Monferrato,
los dos de la guerra espejo,
con militar aparato
perturban paz y consejo;
y remitiendo á la guerra
pareceres de letrados,
(que el más sabio tal vez yerra),
de Italia los potentados
han convocado á su tierra.
Peleaban cada día,
y combatiendo murallas
la dicha y la valentía,
en asaltos y en batallas
se abrasaba Lombardía.
Y sin poder componellos
los que la paz intentaban,
la ocasión andaba entre ellos,
de quien, ciegos, procuraban
sin verla, asir los cabellos.
Cansados de guerras, pues,
entró el Papa de por medio,
llamando al Duque y Marqués;
y, para poner remedio
en tan prolijo interés,
mandó que buscar hiciesen
al más ilustre letrado
que las leyes conociesen,
en cuyo estudio y cuidado
sus pleitos comprometiesen.
Dió la diligencia prisa,
y volando á las ciudades
de Italia la fama, avisa
á las Universidades
de Perusa, Fermo y Pisa.
Vienen letrados de Roma,
los suyos Bolonia apresta;
mas, Césaro, que los doma,
como el sol se manifiesta
cuando entre estrellas asoma.
Rindiéronse á su opinión
cuantos ser jueces quisieran,
y no fué grande blasón,
pues también lo mismo hicieran
Bártulo, Baldo y Jasón.
Juez árbitro le nombraron
el Duque y Marqués al fin,
y después que le informaron,
de dar á sus guerras fin

y pasar los dos juraron
por su sabio parecer,
en la justicia resuelto,
que no admite corromper.
Y después de haber revuelto
todo el Derecho, á vencer
vino el Duque; pero dió
Césaro tales razones
y tan eficaz habló,
que á pesar de discusiones
á los dos apaciguó,
con que la hermosa Clemencia,
hija del Duque, se case
con el conde de Placencia,
hijo del Marqués, y pase
la guerra á bodas y herencia.
Vinieron los dos en esto,
y á Césaro aficionados,
en el gobierno le ha puesto
el Duque de sus estados;
y el Marqués, que ve compuesto
tan á su satisfacción
pleito tan largo y reñido,
en muestras de su afición
de joyas le ha enriquecido,
y una villa en posesión
y mayorazgo le ha dado,
premio de su mucha ciencia;
y para vos ha alcanzado,
siendo dama de Clemencia,
esperanzas de un condado,
con el esposo que os dé:
ved lo que el estudio alcanza.

ROSELA. Pues de estado mejoré,
voluntad, á la mudanza
estatuas levantaré.
Villano padre dió el ser
al mío, que mejoró
con el trato mercader:
bieldos en varas trocó
y el sembrar por el vender.
Admití la voluntad
que mostró tenerme Otón,
ilustre en esta ciudad,
creyendo de su afición
interesar calidad
á mi sangre con su amor,
que aunque pobre, es caballero;
pues dándome él su valor
y yo en trueco mi dinero,
lucieran los dos mejor.
Pero, pues, la diligencia
de mi hermano le sublima
á tan noble preeminencia
y, en fe de su mucha estima,
he de privar con Clemencia,
Otón mude de cuidado,
que ya los cielos serenos
de mi amor se han anublado;
porque no pienso ser menos
que esposa de un titulado.

AGUDO. A eso y más puede animarte
Césaro, del mundo espejo. (*Vase.*)

ESCENA IV

ROSELA. *Sale* OTÓN.

OTÓN. Rosela, por adorarte
odiosos estudios dejo;
que al natural cansa el arte.
¿Qué gramática mejor,
qué más noble facultad,
qué ciencia de más valor
que la que halla en tu beldad
mi correspondido amor?
Estudie nominativos
quien como yo no se asombre,
y aplíqueles adjetivos,
como declinen tu nombre
mis deseos siempre vivos.
Conjuguen á *sum, es, fui,*
sin mí los demás desde hoy,
pues sólo de él aprendí,
mi bien, con el *sum*, que soy
tuyo y no vivo sin ti.
Si se enojare mi padre
porque en su gusto no vengo,
ya le cuadre ó no le cuadre,
á tu amor por padre tengo
y á tu hermosura por madre.
Abre el amoroso labio,
hónreme tu *sí* dichoso,
no hagas á mi fe agravio,
que más quiero ser tu esposo
que, no siéndolo, ser sabio.

ROSELA. (*Ap.*) (¡Qué donoso impertinente!)
Otón, pobreza y valor
no son dote competente,
ni anda ya desnudo amor
en la opinión de la gente.
Si ya que eres ignorante,
tuvieras hacienda, Otón,
estimárate constante;
que el tener es discreción
y el oro se ha vuelto amante.
El cielo á mi hermano ha dado
tantas letras, que le ven
por ellas entronizado,
y siendo sabio, no es bien
darle á un necio por cuñado.
De tu ignorancia me pesa:
Césaro me ha prometido,
por lo que en esto interesa,
que no ha de ser mi marido
quien no me llame condesa.

OTÓN. Respondes como mujer,
pues en la hacienda reparas;
hija al fin de mercader
que mide su amor á varas
en la tienda del tener.
¿Al interés amor llamas?
Amor no es más que valor
de la voluntad que infamas.

ROSELA. Pues tú ¿qué sabes de amor
si aún no has llegado á *amo, amas?*
Anda, vete á *sum, es fui.*

OTÓN. Sí haré, que soy caballero,
y seré siempre el que fuí,
y el ser villano y grosero
de un terrón al que hay en ti.
Yo, soy yo.

ROSELA. ¿Dasme lición?
OTÓN. Y tú, eres tú.
ROSELA. A conjugar
te vas enseñando, Otón;
mas tu amor no ha de llegar
conmigo á conjugación,
ni á ser amante tampoco,
que más adelante pasa.
OTÓN. A no estimarte tan poco,
villana...
ROSELA. ¿No hay quien de casa
á palos me eche este loco?

ESCENA V

DICHOS y AGUDO.

AGUDO. Albricias, señora mía;
tu padre y hermano están
en casa, y á Mántua van.
Por ellos el Duque envía
y por ti, porque madama
Clemencia te hace favor.
ROSELA. (*A Otón.*) ¿Es justo estimar tu amor
cuando un príncipe me llama?
Bien pudiera castigar
tu ignorante desacato
si á César y á Honorato
cuenta de él quisiera dar;
mas en fe de tu desprecio
bástete, Otón, por agravio
que él venga á ganar por sabio
lo que tú pierdes por necio.
Y pues de ti no hago caso,
por lo que te falta de hombre,
declina casos de un nombre,
mientras en Mántua me caso,
que *musa, musae*, te excusa,
pues mientras te corresponde,
me casarán con un conde
y á ti, ignorante, con *musa*.
OTÓN. ¡Que esto sufro! ¡que esto escucho!
¡que esto causa el no saber!

ESCENA VI

Salen de camino, como letrado galán CÉSARO, y HONORATO, *viejo.*

HONORAT. ¡Hija!
CÉSARO. ¡Hermana!
ROSELA. Si el placer
da la muerte cuando es mucho,
no sé, hermano, cómo vivo.
Si honró el laurel tu cabello,
honre mis brazos tu cuello,
en que el alma te apercibo.
Ya sé cuán sabio te nombra
la fama que te engrandece;
que el Duque te favorece;
y á mí, que estoy á tu sombra.
Ya sé que él con el Marqués,
por bastar á apaciguallos,
te hacen señor de vasallos
y conde te harán después.
Ya sé que entro en la privanza
de madama, y que por ti
vienes levantando en mí [1]
hasta el cielo mi esperanza;
que á mi padre da valor
la vara, que en ti mejora,
si de medir hasta agora,
ya en ti de Gobernador.
Sé que á tu sangre enriqueces,
y aunque honrarte tanto escucho,
sé, en fin, si te han dado mucho,
que infinito más mereces.
CÉSARO. Yo sé, Rosela querida,
lo que basta á ennoblecer
mi linaje, sangre y ser.
Preven luego tu partida,
que te esperan dos carrozas.
ROSELA. ¿Dos?
HONOR. ¿Pues eso te ha espantado?
Yo espero verte en estado,
si un año á tu hermano gozas,
que te llame su mujer
un Colona ó un Gonzaga.
ROSELA. ¡Ay, Padre! el cielo lo haga.
OTÓN. (*Ap.*) Saber y ensoberbecer
todo es uno. La ambición
de estos me ha causado risa.
CÉSARO. Yo, hermana, vengo de prisa.
ROSELA. Vamos.
CÉSARO. ¡Oh, señor Otón!
¿aquí está vuesa merced?
OTÓN. Con el contento y el gusto
que en esta ocasión es justo.
CÉSARO. Todo es hacerme merced.
Ya estará bravo latino.
¿Cómo va de construir?
Versos sabrá ya medir;
no envidiará á Calepino.
ROSELA. ¡Y cómo! No hay quien le iguale.
Es en *sum, es, fui* la prima;
que tanto lo que es estima,
que del *sum, es, fui*, no sale.
CÉSARO. Hace bien, que es caballero.
Estudie, haga lo que manda
su padre; que el tiempo ablanda
el ingenio más grosero.
Sus treinta años poco más
debe tener; muchacho es;
tiempo le queda después
para aprender lo demás.
¿Azótale el preceptor?
OTÓN. Por la lición honra fuera;
mas si el verdugo los diera
en cas de algún labrador,
fuera afrenta conocida.
CÉSARO. ¿Tan presto se ha de picar?
OTÓN. Muchos suelen azotar
porque dan mala medida.
Como mercader no fuí
no temo azotes por esto.
CÉSARO. Yo no me corrí tan presto,
aunque lo diga por mí.
HONOR. ¡Vive Dios! hidalgo pobre...
CÉSARO. Basta, padre, que la ciencia

---

1 Así en el original: Hartzenbusch corrigió acertadamente

de madama y que por mí
vienes, levantando ansí

es madre de la prudencia.
Humos con su sangre cobre,
y advertid que entran acá
sus padres. Estudie, hermano,
que yo le daré la mano.

OTÓN. ¡Qué de callos que tendrá!

ESCENA VII

DICHOS, GRIMALDO, *viejo, y* OCTAVIA, *su esposa.*

GRIMALD. ¡Que el *Arte* arrojó en el suelo!
¿Hay atrevimiento igual?

OCTAVIA. Ir contra su natural
es contradecir al cielo.
Si el estudio á Otón repuna,
no le pidáis al acero
ni al plomo que sea ligero.

GRIMALD. No es para cosa ninguna.
¡Vive Dios! que ha de guardar
los gaňados en la aldea.

OCTAVIA. No hará tal, que aunque no sea
capaz Otón de estudiar,
es vuestro hijo, y yo su madre,
y es bien que ande en traje noble.

GRIMALD. ¿Hijo mío un bruto, un roble?
¿yo de un mentecato padre?

OCTAVIA. ¿Qué sabéis vos la ventura
que Dios le tiene guardada?

GRIMALD. Quien ni por pluma ni espada,
Octavia, medrar procura,
¿qué puerta abierta hallará
para conseguir valor?

OCTAVIA. El nuevo gobernador
es el que presente está.
Vuestro enojo refrenad.

GRIMALD. Antes me corro de ver
que un hijo de un mercader
de tan baja calidad,
que ayer eran unos bueyes,
con una pajiza casa
todo su caudal, hoy pasa
desde el azada á las leyes:
¡Que por su estudio presuma
ganar honrosos blasones
destripando ayer terrones,
y hoy laureando su pluma,
y que este bárbaro ultraje
mi sangre con su rudeza,
y cuando en Césaro empieza,
acabe en él su linaje!
Quién se pudiera volver
sin ser visto, por no dalle
el parabién.

OCTAVIA. Llega á hablalle
que le habremos menester.

GRIMALD. Pues es ya gobernador
de nuestro Duque, es forzoso.
(*Llega á* Césaro.)
Gocéis, Césaro dichoso,
con otro cargo mayor
el fruto bien merecido
que premian en vos los cielos
de vuestro estudio y desvelos,
pues tan bien se os ha lucido.

CÉSARO. ¡Oh! Grimaldo, ¡oh, Octavia aquí!
Si me hubieráis menester
gustaré haceros placer.

GRIMALD. (*Ap.*) ¿Placer? ¡Que nos hable ansí
el nieto de un tosco arado!

HONOR. Césaro es gobernador
de nuestro Duque y señor,
y un título le ha mandado.
Por la buena vecindad
que con vos tenido habemos,
ved si hay en qué, que os haremos
cualquiera comodidad. (*Vase.*)

ROSELA. Y yo, si el Duque me casa
con un conde, cual codicio,
recibiré en mi servicio
á Otón, y honraré en mi casa. (*Vase.*)

CÉSARO. Y yo lo mismo os prometo.
Mas, pues tan ignorante es,
hacelde que sea cortés,
ya que no podéis discreto;
no le enseñe yo si alcanza
á dar de sí testimonio,
en vez del *Arte de Antonio*,
el de la buena crïanza. (*Vase.*)

ESCENA VIII

GRIMALDO, OCTAVIA *y* OTÓN.

GRIMALD. ¡Que esto haya yo consentido
y caballero me llame!
¡Que de esta suerte un infame,
cielos, me haya respondido!
¡Un viejo sin calidad!

OCTAVIA. ¡Ah, fortuna, toda extremos!

GRIMALD. «Ved si hay en qué, que os haremos
cualquiera comodidad»:
¡Por cuatro letras que sabe!

OCTAVIA. «Si me hubieráis menester
gustaré haceros placer»:
¡Arrogante, necio y grave!

GRIMALD. ¡Un rústico...! ¡Que esto pasa
y no pierda yo el jüicio!
«Recibiré en mi servicio
á Otón y honraré en mi casa»;
y por última venganza,
infame, para afrentarte
me dicen que en vez del *Arte*
te enseñe buena crianza.
La del campo es la mejor:
un labrador estudiante
te infama, torpe, ignorante.
Desde hoy serás labrador,
que si á ser noble comienza,
quiero, pues que te envileces,
que por donde acaba empieces:
quizá ansí tendrás vergüenza.
¡Hola! (*Llama.*)

OCTAVIA. Grimaldo; señor,
sosegad y no hagáis caso
de quien caerá al mismo paso
que sube á buscar valor.
Si se os ha descomedido
el villano entronizado,
él, como tal, os ha hablado,
vos, como noble, sufrido.
¿Qué culpa vuestro hijo tiene
de lo que el otro os enoja?

¿Da la fortuna que escoja
ingenio á quien por él viene?
Dios no le quiere estudiante,
ni será justo que vos
queráis hacer más que Dios.

GRIMALD. Quitáosme, Octavia, delante,
que os haré...

OCTAVIA. ¿No soy su madre?
¿No es razón que á mi hijo acuda?

GRIMALD. Sí sois, pero estoy en duda
si le habéis dado otro padre.
Desde hoy tiene de guardar
los bueyes.

ESCENA IX

DICHOS y GILOTE, *villano*.

GILOTE. ¡Válgamos Dios!
¡qué vagar tienen los dos!
¿Hanmos hoy de despachar?
Mándenmos dar pan y queso,
y á cuenta de mi soldada
seis reales, que está preñada
mi Torilda y pierde el seso
de achaque... ¿De qué, dirá?
De dar al cura.

GRIMALD. Gilote,
quítate aquese capote
y el sayo.

GILOTE. ¡Mas arre allá!

GRIMALD. Quita presto.

GILOTE. Mas ¿qué quiere,
que en meter leña me canse?

GRIMALD. Desnuda.

GILOTE. Desnudaránse,
que no son bestias; espere.
(*Desnúdase.*)

GRIMALD. Quítate aquesa sotana,
tú, y todo, idiota.

OTÓN. ¡Señor!

GRIMALD. Desde hoy has de ser pastor
con vida tosca y villana.
Quita y calla, ó ¡vive Dios!...
(*Desnúdase* Otón.)

GILOTE. Otro danzante tenemos.
Mas ¿si quiere que juguemos
á los batanes los dos?

OCTAVIA. No he de sufrir tal agravio,
aunque muriendo os resista.
Cada cual su traje vista:
tosco el tosco, sabio el sabio.

OTÓN. Señor, si el cielo permite
mostrárseme siempre extraño...

GRIMALD. En el estudio de un año,
cuando el trabajo compite
con el más contrario clima,
no resiste la ignorancia,
porque en la perseverancia
la honra ha puesto su estima.
Vístete ese tosco sayo.

GILOTE. ¿Compréle yo para él?
Tres varas tién de buriel.
(*Vístese* Otón *de pastor.*)

GRIMALD. Aun un tordo, un papagayo,
una urraca, un cuervo, en fin,
estudia lo que no entiende,
y si le enseñan, aprende
á hablar romance ó latín:
con que afrentándote están,
pues saben lo que tú no.

GILOTE. Es verdad; también habló
la borrica de Balán.
Mas de eso ¿qué culpa tién
mi capote? ¡Aquí de Dios!

GRIMALD. Esa ropa es para vos.

GILOTE. ¿Gil de escolar? ¡Oh, qué bien!

OTÓN. (*Aparte.*) ¡Que esto mi padre permita!
Su respeto me acobarda.

OCTAVIA. La dicha que Dios te guarda,
tu obediencia solicita.
No en las letras solamente
consiste, Otón, ni se alcanza
nuestra bienaventuranza.
Ser dichoso el hombre intente:
poco te importa ser sabio,
si no fueres venturoso;
rinde el necio al ingenioso,
y aunque conoce su agravio,
el cobarde se asegura
con dicha, y vence al valiente;
no hay desdichado prudente;
siempre es necia la ventura.
Ya el saber mucho es odioso;
la ignorancia subió el precio
tanto, que importa ser necio
para ser uno dichoso.
Dete Dios, hijo, ventura;
que ella traerá lo demás.

GRIMALD. Si esas liciones le das,
¿más que aprenderlas procura?
Vente conmigo al aldea,
daréte en ella el estado
que tu estudio ha granjeado,
que no osaré que me vea
Padua, afrentado por ti
de la boca de un villano.

OTÓN. (*Aparte.*) (¿Posible es, tiempo tirano,
que me has de afrentar ansí?)
Hijo tuyo soy, señor;
haz de mí cuanto quisieres.

GRIMALD. ¿Mi hijo? ¡Mientes! Tú eres
hijo de algún vil pastor.

OTÓN. Madre, adiós.

GRIMALD. ¿Tú, de mi casta?
Ven.

OTÓN. Obedecerte elijo.

OCTAVIA. Ventura te dé Dios, hijo,
que el saber poco te basta.
(*Vanse y queda* Gilote.)

ESCENA X

GILOTE.

Heme aquí á mí ensotanado.
¿Qué ha de decir si me ve
Torilda? Sí, que burlé
antojos de su preñado.
Mas no, que si hue ell el antojo
morder del pescuezo al cura,
porque viva la criatura
y á él no le crezca el ojo,
herme cura es agudeza;

muérdame á mí, en conclusión;
que más vale un mordiscón
que estorbos en la cabeza. (*Vase.*)

ESCENA XI

CRISELIO y LISENO, *cortesanos.*

LISENO.

Sosiégate, señor.

CRISELIO.

Morir, Liseno,
es mejor que vivir desesperado.
Si celos, como sabes, son veneno,
¿cómo podré vivir atosigado?
Dos años ha que sirvo, mil que peno
de madama Clemencia enamorado,
y al cabo de esperanzas y desvelos,
por pagar amor mal, me paga en celos.
Del duque soy de Mántua noble primo,
acrecentar creí su parentesco
con el de yerno. ¡Ay, Dios! ¿cómo reprimo
el fuego riguroso que padezco?
Servíle en estas guerras, y al arrimo
del amor que tiránico obedezco,
cuando á Clemencia imaginé por mía,
en lugar de Raquel me dan á Lía.
¿Yo, Liseno, á Clavela? ¿yo su esposo?
¿Qué importa que del Duque sea sobrina?
¿qué importa que su dote caudaloso
incline al interés, si á amor no inclina?
Estoy loco, estoy muerto, estoy celoso.
Quien con celos y amor no desatina,
ni siente agravios, ni de veras ama.
¿Enrique con Clemencia, y yo sin dama?
Deja, Liseno, que mi honrada furia
me dé la muerte aquí.

LISENO.

¡Señor!

CRISELIO.

¿Clemencia
del Conde, y yo, villano de Liguria,
quién la lleva cobarde á su presencia?
¿Yo autor infame de mi propia injuria?
¿yo vil ejecutor de mi sentencia?
¿yo amante suyo á intitular me atrevo?
¿yo, que la adoro, yo á casar la llevo?
Esta es traición que contra mí ejecuto.
Perdone el Duque, si por hacer paces,
al Conde da de mi trabajo el fruto.

LISENO.

No des voces, señor, mira lo que haces.

CRISELIO.

Amor venza mi industria, porque astuto
á mi esperanza amante satisfaces.
Yo estorbaré que el conde de Placencia
á Mántua herede, y case con Clemencia.

LISENO.

Ya cualquiera remedio vendrá tarde
pues á este castillo la has traido,
y á Padua ha de llegar aquesta tarde,
donde el Duque y Marqués han concurrido.

CRISELIO.

Siempre falta ocasión al que es cobarde,
y sobra tiempo y dala al atrevido.
Yo haré que en no casarse se resuelva,
aunque la guerra á sus principios vuelva.

LISENO.

Al conde de Placencia está aguardando,
que hasta aquí ha de salir á recibilla,
y si tan presto llega, no sé cuando
podrás á no casarse persuadilla.

CRISELIO.

En un hora se vió Troya abrasando:
sólo un tiro murallas aportilla.

LISENO.

Madama sale.

CRISELIO.

Amor, volando obra,
que á quien valor no falta, el tiempo sobra.

ESCENA XII

DICHOS. CLEMENCIA y CLAVELA, *de camino*, y RAMÓN, *alcaide.*

RAMÓN. De que el Duque sea servido
de honrar esta fortaleza,
señora, con vuestra alteza
notable suerte he tenido.
Presto el conde de Placencia,
llegando aquí gozará
la ventura que le da
tal esposa y tal herencia.
Dichoso pleito, por Dios,
más que la guerra crüel,
pues sentenciado contra él
el fruto goza con vos.

CLAVELA. Lo que no pudo la guerra,
las paces han concluido.

CLEMEN. Sin verle me dan marido.
No sé si mi padre yerra,
pero sé que su hija soy
y que es fuerza obedecelle.

CLAVELA. Hoy, prima, tienes de velle.

CLEMEN. Y también me casan hoy.
¿Cuándo has visto tú, Clavela,
boda y vistas en un día?

CRISELIO. (*Ap.*) Favoreced, dicha mía,
mi mentirosa cautela,
que pues no ama al desposado,
bien mis engaños saldrán.

CLEMEN. Aun más término le dan
de vida á un ajusticiado.

CLAVELA. Tu padre tiene buen gusto.

CLEMEN. Ello es hecho; no hay que hablar.—
¡Oh, Criselio!

CRISELIO. Descansar
del camino será justo;
que madrugó vuestra alteza.

RAMÓN. Contra el calor que hoy abrasa
no hay defensa en esta casa
mejor que esta baja pieza.
Sale á ese fresco jardín,
y él luego á un bosque que abraza
deleitosa pesca y caza.

CLEMEN. Pasatiempo vuestro, en fin.
RAMÓN. Y deseoso de honrarse
con vuestra hermosa presencia.
CLEMEN. Pase del sol la inclemencia
y deje comunicarse,
que por él nos partiremos.
RAMÓN. En fe de eso están sus puertas
con vos seguras y abiertas;
que castillo en que tenemos
por huéspeda á vuestra alteza
cerrarse fuera traición.
CLEMEN. Noble y cortés sois, Ramón.
RAMÓN. Para vos no hay fortaleza.
Dormid, señora, segura. *(Vase.)*
CRISELIO. *(á Clem.)* Un poco tengo que hablarte.
CLEMEN. Después.
CRISELIO. Ha de ser aparte.
CLAVELA. *(Ap.)* ¿Mas qué pedirla procura
que sus bodas regocije
con las mías, que me adora?
CLEMEN. ¿Vaste, prima?
CLAVELA. Adiós, señora.
(Ap.) (¡Ay, si fuese lo que dije!)
(Vase.)

ESCENA XIII

CRISELIO y CLEMENCIA.

CRISELIO.

No quiero con preámbulos decirte
lo que la prisa impide ponderarte,
pues basta mi lealtad á persuadirte
y el tener yo en tu sangre tanta parte.
Sólo quiero que en premio de servirte,
si mi amor es indigno de obligarte,
hagas de él estimándole más cuenta,
que quien viene de paz á hacerte afrenta.
Entre el duque y marqués de Monferrato,
después de dar en tu favor sentencia
fingido se hizo el amoroso trato
de darte por esposa al de Placencia;
mas él al cielo y á su dicha ingrato,
contra la fe y debida reverencia
al Papa, que en las paces se interpuso,
á vengarse á tu costa se dispuso.
Hoy, que viene por ti, se determina,
forzándote, afrentar tu sangre y casa;
que tanto puede el odio cuando inclina
la enemistad si á descendientes pasa.
No á ser tu esposo viene, ni imagina
tenerte amor, cuando en furor se abrasa,
sino hacer con las paces, fementido,
lo que con tantas guerras no ha podido.
Incítale su padre, que, imprudente,
antepone á la honra la venganza;
y en esta fortaleza ha puesto gente,
porque su alcaide la traición alcanza;
y dándole favor como pariente,
de medrar por infiel tiene esperanza.
Por eso cortesano te recibe,
regalos te hace y fiestas te apercibe.
De buen original sé todo esto:
Fabio, mi hermano, que al de Monferrato
sirvió de capitán, por haber puesto
amistad en los dos el largo trato,
viendo tu honor en riesgo manifiesto,
me escribió este suceso con recato
y temor que el Marqués noticia tenga,
porque con tiempo tu favor prevenga.
Mira lo que has de hacer.

CLEMENCIA.

Criselio amigo,
deudo eres mío; por tu cuenta corre
la honra que á perder vendrás conmigo
cuando esa infamia mi nobleza borre.
De que verdad me dices es testigo
el corazón y el alma, que socorre
con avisos del daño que previene,
pues no sin causa tan forzada viene.
Sin conocer al Conde le aborrezco;
que así con su traición mi desdén cuadra.
Mi honra mira.

CRISELIO.

Defenderla ofrezco.
Enciérrate, señora, en esa cuadra,
que en la espesura de este monte fresco
para este daño prevení una escuadra
de amigos y soldados, que procura
servirte, con quien puedes huir segura.
Si mientras vuelvo llega el falso Conde,
hazte fuerte y da voces, que al instante
seré contigo y con mi gente en donde
hazañas viles de un traidor quebrante.
La puerta del jardín que corresponde
al bosque y está abierta, es importante.

CLEMENCIA.

¿Avisaré á Clavela?

CRISELIO.

No, señora;
que estriba todo en el secreto agora.

CLEMENCIA.

¡Oh, Conde fementido!

CRISELIO. *(Aparte.)*

(Amor, ayuda;
que si á Clemencia venturoso llevo
y aseguro el amor que he puesto en duda,
á ser del Duque sucesor me atrevo.
Mi gente está emboscada, porque acuda
al amoroso robo. Ulises nuevo
me llaman mis engaños y prudencia;
segundo Páris soy.) Adiós, Clemencia. *(Vase.)*

ESCENA XIV

CLEMENCIA.

De la poca voluntad,
Conde traidor, que te tengo
á sacar en limpio vengo
que es cierta tu deslealtad.
Heredas la enemistad
que entre tu sangre y la mía
ha asombrado á Lombardía,
y la costumbre y bajeza,
que en ti es ya naturaleza,
viles pensamientos cría.
Aunque en parte estoy contenta
de tu intención alevosa,
pues me impide el ser tu esposa

y mi libertad aumenta.

VOZ. (*Dentro.*) El Conde viene; dad cuenta
á madama.

CLEMEN. ¡Ay, Dios! ¿qué es esto?
Mi peligro es manifiesto
y afrenta, pues llegó ya
el traidor, que no podrá
Criselio volver tan presto.
La puerta cerré con llave;
mas ¿de qué servirá ¡ay, cielo!
si da con ella en el suelo
quien dar con las honras sabe?
El ánimo, honor, acabe
lo que Criselio concierta.
Al bosque sale la puerta
de éste, y ¿quién duda
que por darme el cielo ayuda
quiso que estuviese abierta?
Por ella dice que aguarde
su ya espacioso favor:
buscalle será mejor
que llorar si viene tarde.
Alas da el temor cobarde;
si las llevo ¿qué dilato
mi partida? Conde ingrato,
contra el Marqués que te apoya
será imitación de Troya
tu Placencia y Monferrato. (*Vase.*)

ESCENA XV

Sale OTÓN *con un gabán de campo.*

Umbrosas arboledas,
avarientas al sol, al aire francas,
pues le impedís que vuestros troncos dore;
fuentes que jamás quedas,
rubias arenas entre guijas blancas
criáis donde Narciso se enamore,
á que os habite y llore
me envía el desprecio,
si no rehusáis que os acompañe un necio.
Ya que letras no entienda
en que la gente funda sus caudales,
sublima ingenios y establece grados,
en vosotros aprenda
mi dicha, pues sois libros naturales,
por el Abril curioso encuadernados:
darán á mis cuidados
por fin de mis congojas
las aves, plumas; vuestros ramos, hojas.
Si de Rosela amante
un tiempo la adoré, y en su hermosura
fundada la ambición tocó á mudanza,
miraréla arrogante
en vuestras hojas, flores y frescura,
y luego en el invierno mi venganza,
que contra la esperanza
de la hermosura ingrata
trueca el oro de Abril Enero en plata.
Dad alivio á mi queja,
montes alegres, soledad segura,
ansí jamás os desampare Flora.
Mi madre me aconseja
que busque mi ignorancia á la ventura,
pero ni sé quién es ni adonde mora.
Decidme de ella agora,
que es tormento doblado
el ser á un tiempo noble y desdichado.

ESCENA XVI

OTÓN y CLEMENCIA, *en zapatillo, huyendo.*

CLEMEN. Pastor, vaquero, serrano:
si se halla alguna nobleza
en tu llana rustiqueza,
(que tal vez en el villano
se hospeda la cortesía
mejor que en la sangre clara),
socorre agora y ampara
á quien de ti su honor fía.
Escóndeme de un traidor
que mi deshonra pretende
y con la venganza ofende
las prendas de su valor.
Mira que se acerca aquí
quien sólo injuriarme espera.

OTÓN. Si la ventura viviera
como la nobleza en mí,
no me diérades el nombre
con que me habéis injuriado;
pero soy tan desdichado
que aun no merezco ser hombre.
¿Qué temor os acompaña?
¿el que os agravia quién es?

CLEMEN. Yo te lo diré después.
Si tienes casa ó cabaña,
en ella esconder procura
á quien un traidor asalta,
que podrá ser, si te falta
como dices, la ventura,
que por mí seas dichoso.

OTÓN. No me obliga el interés:
noble soy y soy cortés,
aunque á las letras odioso.
Una granja está aquí cerca
de un padre, que por castigo
de que el estudio no sigo,
que ni se hereda ni merca,
en este traje me ha puesto.
Tiene condición terrible,
y si os ve, será posible
que os maltrate, descompuesto,
sospechando si allá os llevo
lo que en los años prolijos
culpan en los mozos hijos.
Mas, venid, que yo me atrevo,
vistiéndoos de labradora,
de manera disfrazaros,
que cuando intente agraviaros
quien la ley de noble ignora,
pague al valor que me esfuerza
la traición con que os asalta;
que á quien el ingenio falta
le suele sobrar la fuerza.
Venid, que harta dicha ha sido
la que ya me favorece,
pues defenderos merece.

CLEMEN. La que contigo he tenido
te ofrece, pues generoso
quieres defender mi agravio,
hacerte, ya que no sabio,
por la menos venturoso.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Salen GRIMALDO *y* OCTAVIA.

GRIMALD. Yo le haré que tenga seso,
pues no le puedo hacer sabio:
¿tras ignorante, travieso?
OCTAVIA. ¡Grimaldo!
GRIMALD. ¡Con buen resabio
ha salido! Estará preso,
vive Dios, hasta que olvide
las pasiones que ha trocado
por las letras que despide.
¡Bueno! ¿Otón enamorado
cuando en el campo reside?
¿Mujercillas en mi quinta?
OCTAVIA. Esta es una labradora,
no cual vuestro enojo pinta.
GRIMALD. Echalda, Octavia, en mal hora,
ó la que traigo en la cinta,
dándola de espaldarazos
mi cólera amansará.
¿Qué mucho si en tales lazos
gasta el tiempo cuando da
al amor torpes abrazos,
que ni lo que estudia sepa
ni haga cosa de valor?
No hallo yo pecho en quien quepa
el estudio y el amor,
que de la virtud discrepa.
La torpeza no conserva
letras con que el sabio viva,
de los vicios contrayerba,
que si Venus es lasciva,
por eso es virgen Minerva.
¡Bien en la quinta se emplea!
Con tan buenos cartapacios
estudiando en el aldea,
olvidará los palacios
que el ocioso amor pasea.
No me repliquéis, Octavia;
preso ha de estar; despedid
esa mujer si sois sabia.
OCTAVIA. Desenojáos y advertid
si Otón con ella os agravia,
y castigalde después
que lo hayáis averiguado.
GRIMALD. ¡Que siempre en las madres es
el amor desatinado!
OCTAVIA. Como no hay otro interés
que premie lo que nos cuesta
un hijo, sino el amor,
más sus fuerzas manifiesta.
GRIMALD. ¿Queréis indicio mayor
de la afición deshonesta
que Otón tiene á esa mujer?
Pues advertid el cuidado
con que vive desde ayer
que en casa se ha acomodado,
que yo he procurado ver
si á solas se hablan, y han sido
tantas las muestras y tales
de amor, que me han persuadido
á que en lazos desiguales
se han de casar, si no impido
este desatino luego.
OCTAVIA. ¿Vos lo visteis?
GRIMALD. Yo, que sé
las propiedades del fuego,
que aunque de lejos se ve,
da luz y es para sí ciego.
Por eso en el fuego ha puesto
amor su esfera; y ansí
despedilda, Octavia, presto,
y dejadme hacer á mí,
que yo me entiendo.
OCTAVIA. ¿Qué es esto?

ESCENA II

DICHOS, *y salen el* CONDE ENRIQUE, *el* DUQUE, *viejo,* CRISELIO, CLAVELA, ROSELA, CÉSARO *y* RAMÓN, *todos de camino.*

DUQUE. (*Al* Conde.) Si con alguna traición
no provocáis mi paciencia,
mirad, conde de Placencia,
que usáis mal de la ocasión
que el cielo da á nuestras paces.
¿Qué es de Clemencia, que en ella
mi vida estriba?
CONDE. A perdella
los sentimientos que haces,
gran señor, no son tan grandes
como los que quien ignora
esta desdicha y la adora
ha de padecer. No mandes
impedirme de esa suerte
la ventura que intereso;
que habrá de costarme el seso,
si no me cuesta la muerte
la pérdida lastimosa
de su adorada belleza.
CRISELIO. Conde, en vuestra fortaleza
estuvo Clemencia hermosa.
Para la amorosa entrega
de estas paces la llevé
y en la cuadra la dejé,
que su depósito niega.
Hallar la puerta cerrada
y abierto el falso jardín
del bosque, si no es á fin
de alguna traición pensada,
no sé lo que conjeture.
DUQUE. El alcaide es deudo vuestro;
y como en ardides diestro,
no me espanto que procure
en mi agravio la venganza
que posponéis al amor.
RAMÓN. Yo nunca he sido traidor.
CONDE. Ni mi burlada esperanza
se persuadirá jamás
á que de industria no haces,
para deshacer las paces,
que eternas fueran de hoy más,
Duque, aquese estratagema;
que estarás arrepentido,
que siendo yo su marido
peligros de amor no tema;
y para que no la goce
la habrás mandado esconder.

DUQUE. Nunca se atrevió á ofender
mi valor quien le conoce.
Y cuando yo no quisiera
que la paz llegara á efeto,
no me puso en tanto aprieto,
Conde, vuestra guerra fiera
que me obligue á compromisos
ni á usar de tales engaños.

CONDE. Truecan los maduros años
faltas de esfuerzo en avisos;
é intentaréis deshacer
lo concertado con eso;
pero esté el alcaide preso,
Duque, y en vuestro poder
mientras se sabe quién es
el que ocasiona la ausencia
y pérdida de Clemencia.
Veremos si mi interés
ó el vuestro queda culpado.

DUQUE. Soy contento.

RAMÓN. ¡Gran señor!

CRISELIO. *(Ap.)* ¿Qué es esto, confuso amor?
¿Cómo os me habéis malogrado?
Mientras por mi gente fuí
y con engaños tracé
la ganancia que intenté,
mi dama y dicha perdí.
Pero un consuelo me queda,
y es que no la gozará
el Conde, ni amor querrá
que mal mi industria suceda.

CÉSARO. *(Ap.)* Mi dicha se desbarata
si Clemencia no parece;
que el Duque que favorece
mis letras y honrarme trata,
ni de mí se ha de acordar,
ni el Marqués de mí hará caso.

ROSELA. *(Ap.)* Con mi desdicha me caso
si no me vengo á casar
con el Conde imaginado.

CLAVELA. *(Ap.)* Si mi prima falta, cielos,
aunque sosieguen los celos
que ella y Criselio me han dado,
como el Duque no sosiegue
¿qué gusto podré tener?

GRIMALD. ¿Qué causa ha podido haber
para que á mi quinta llegue
ansí el Duque alborotado,
con el conde de Placencia?

OCTAVIA. Si no parece Clemencia,
bastante ocasión le han dado.

ESCENA III

DICHOS, *y sale* CLEMENCIA *en traje de pastora.*

CLEMEN. Pues los cielos te han traído,
padre invicto, Duque justo,
á esta quinta, asilo sacro
donde mi honor aseguro,
no te espante mi disfraz,
ni con amoroso yugo
enlazar cuellos pretendas
que se aborrecen por uso.
Antiguas enemistades,
desde tus padres augustos,
al marqués de Monferrato
dan tiranos atributos;
que los odios que se heredan
(cual muestran ejemplos muchos
han menester Alejandros
que desenlacen sus ñudos.
La autoridad sacrosanta
del Papa, que se interpuso
entre el rigor de la guerra,
envainar aceros pudo;
qué no pudiera el valor
de los enemigos tuyos,
pues tantas veces temblaron
sólo de verlos desnudos;
pero, prudente y piadoso,
armas á libros redujo,
asaltos á tribunales,
guerras á pleitos confusos;
criminales competencias
á civiles estatutos,
y el derecho de la espada
á las leyes de Licurgo.
Salió por ti la sentencia,
y lo que por tantos lustros
la guerra no pudo hacer,
una sentencia lo pudo
que estableciendo amistades
pretendió juntar en uno
nuestros estados y casas:
¡necio arbitrio, aunque seguro!
Concertadas ya mis bodas
y reducidos al culto
del amoroso Himeneo,
á celebrallas me trujo
Criselio, á una fortaleza
donde el engaño dispuso
que saliese á recibirme
el conde Enrique, perjuro.
Dejáronme en una cuadra
en que, obediente á tu gusto
y rebelde el mío (que amor,
en fe que en los ojos puso
la entrada que hace en el alma,
si no ve, no da tributo
porque es más sordo que ciego)
estaba haciendo discursos,
ya en pro, ya en contra, hasta tanto
que venció el cansancio, y pudo
rendirme á pesar del miedo
en brazos del sueño mudo.
Soñando estaba verdades
que agora en mi daño apuro,
y entonces adivinaba
el alma, profeta oculto,
cuando entrando por la puerta
de un jardín (que si da fruto
debe de ser en traiciones)
el Conde, Paris segundo,
y llevándome en los brazos,
con un lienzo dando un ñudo
á la boca que intentaba
obligar al favor justo,
ayudándole traidores,
sobre las ancas me puso
de un caballo que sin alas
voló hasta el bosque confuso.
Púsome, en fin, en el suelo,

y díjome: «Ansí procuro
vengar antiguos agravios
mientras que tu honor injurio.
No letrados con sobornos
piense tu padre caduco
que quieten enemistados
sentenciando en favor suyo.
A la fuerza de tu honor
violentamente reduzgo
el tálamo que esperabas,
vuelto en afrenta su yugo.
Con deshonrarte me vengo
para que publique el mundo
con tu afrenta mi venganza,
que es la que ha tanto que busco.»
Dí voces, pidiendo al cielo
rayos, que siendo verdugos
contra tiranas ofensas,
mi honor dejasen seguro.
Oyólas un labrador,
en cuerpo y traje robusto,
puesto que noble en los hechos,
á quien mi vida atribuyo,
que con un tosco bastón,
despojo de un roble duro,
contra el bárbaro atrevido
sirvió á mis quejas de escudo,
y sin temer los traidores,
cobardes, puesto que muchos,
testigo de sus hazañas,
hizo los montes incultos.
Huyó el tirano afrentado,
siendo testigo su insulto,
que no hay valiente traidor;
pues tantos temblaron de uno,
y el vencedor cortesano
hasta esta quinta me trujo,
sagrado de mis ofensas,
restauración de mis gustos,
y asegurando recelos
de Grimaldo, padre suyo,
me vistió de labradora,
lenguas enfrenando al vulgo.
De este modo, gran señor,
desde ayer ocasión busco
para darte larga cuenta
de mis agravios y tuyos.
Si el torpe disimulado
negallos intenta astuto,
su enemistad y mis quejas
serán testigos seguros.
Escarmienta desde hoy más,
y de enemigos perjuros
no te fíes otra vez
cuando aborrecen por uso;
que ni al río has de pedir
que retroceda su curso,
al sol que engendre tinieblas,
ni que discurran los brutos.
La enemistad heredada,
si á mil ejemplos acudo,
es otra naturaleza.
Con el presente te arguyo:
armas, valor y honra tienes;
vuelva el acero desnudo
á dar filos á tu agravio,
á asaltar traidores muros,
que primero que me obligues
á su aborrecido yugo,
dándome muerte violenta
cubriré á Mántua de luto.

DUQUE.

Bárbaro Conde, ¿qué disculpa tienes,
que á descargarte de este insulto baste?
¿Armado á celebrar tus bodas vienes?
Culpado estás, pues contra mí te armaste;
que pues defensa á tu traición previenes,
la enemistad y bandos que heredaste
intentas proseguir, porque no ignoras
que en fiestas, armas son siempre traidoras.
¿Lo que con tantas guerras no has podido,
intentas con traiciones, y blasonas
de ilustre, de cortés y bien nacido?
A tus armas añade esas coronas.
Con el Papa y con Dios tengo cumplido.
Tú mismo, contrario traidor, pregonas [1]
la guerra en que ha de ser mortal retrato
de Roma por Nerón tu Monferrato.
¡Viven los cielos y mi injuria vive,
que no ha de quedar piedra sobre piedra
en ella, si obediente te recibe,
y amparando traidores crece y medra!
Habitarála cuando la derribe,
en vez de gente, solitaria yedra,
que siempre verde en fe de tu castigo,
de mi justa venganza sea testigo.
Vete á tu padre, como tú, engañoso,
y podrásle decir cuando le avises
de tu intento burlado y cauteloso,
que deje engaños para el griego Ulises,
y que si sale al campo belicoso,
las hierbas teñiré que huyendo pises,
con más copia de sangre que dió Italia
á los trágicos campos de Farsalia.

CONDE.

A no saber que con tan vil engaño
de darme á tu Clemencia arrepentido,
tus embustes reduces en mi daño,
con aquesa mentira prevenido,
fácil pudiera darte el desengaño;
y de mi amor honesto persuadido,
mostrar quién causa aquese trato doble,
quién su sangre envilece y quién es noble.
Mas el amor con que es razón estime
á madama Clemencia, cuya mano
pensé gozar, mi cólera reprime,
que siempre amor es cuerdo y cortesano.
Injurie mi valor, quejas intime
de que inocente estoy, llámeme en vano
corsario de su honor, que en su decoro
no podré decir más de que la adoro;
y que pues niegas, Duque, al juramento
la obligación y paces ya quebradas,
no descortés, pero injuriado intento
hacer que á mi valor te persüadas,
los tafetanes lisonjeando al viento,
brillando al sol las hojas aceradas,
dando voces las cajas, mi justicia
publicarán mi amor y tu malicia. *(Vase.)*

---

1 Hartzenbusch modificó así este verso:
Como contrario, tú, traidor, pregonas.

ESCENA IV

DICHOS, *menos el* CONDE ENRIQUE.

DUQUE. ¿Adónde está el labrador
de nuestra honra defensa?
CLEMEN. Ese nombre le hace ofensa,
que es caballero, señor.
El dueño de aquesta quinta,
noble, aunque pobre, es su padre;
y su generosa madre
Octavia, que en Otón pinta
como en imagen el ser
de su heredada nobleza.
GRIMALD. Denos los pies vuestra alteza.
DUQUE. ¡Oh, Grimaldo! el conocer
quien érades me impidió
del Conde el villano agravio.
Ya sé que sois noble y sabio;
pero ¿qué cosa os movió
á vestir en tosco traje
á Otón, si es vuestro heredero?
GRIMALD. Tiene el ingenio grosero
siendo ilustre su linaje.
Quisiera que se aplicara
á las letras, y valiera
por ellas; mas de manera
la fortuna le fué avara,
que en un año no ha podido
sus principios alcanzar,
y quísele castigar,
de su ignorancia ofendido,
con tenerle retirado
aquí donde oculto asista
y el traje grosero vista
con su ingenio conformado,
que quien no sabe ser hombre
no es bien que con hombres viva.
DUQUE. No en sola la ciencia estriba,
Grimaldo, el glorioso nombre
que ilustra un hidalgo pecho;
que si todos sabios fueran
poco las armas valieran
que tantos reyes han hecho.
Providencia es celestial
que conserva el universo
el dar natural diverso
y distinto á cada cual.
Por eso son las estrellas
tantas, porque á los mortales
den distintos naturales,
naciendo en los climas de ellas.
Y pues no está en la elección
del hombre la facultad
que pretende, á Otón dejad
que siga su inclinación.
¿Dónde está?
GRIMALD. Téngole preso
por lo que si yo no fuera
cruel, premio mereciera.
DUQUE. Imprudente andáis en eso.
Id por él, que he de premialle,
pues en fin le soy deudor
cuando menos del honor.
(Vase Grimaldo.)
CÉSARO. Ya yo comienzo á envidialle.
ROSELA. Y yo, hermano, á arrepentirme
de haberle menospreciado.
CRISELIO. *(Ap.)* Los sucesos que he escuchado
han venido á persuadirme
que el engaño que fingí
con Clemencia fué verdad.
¿Si en fe de la enemistad
del Conde, mientras salí
por mi gente, al bosque entró
el Conde y robó á madama?
Pero, pues, ella le infama
y Otón ayuda le dió,
¿qué hay que dudar? Suerte mía,
mi dicha profetizasteis;
ayer mintiendo acertasteis.
Sosegad, sospecha fría,
que, pues ya se desbarata
la amistad y el casamiento
del Conde, á mi honesto intento
no será Clemencia ingrata.
CLEMEN. *(Ap.)* Lo que Enrique intentó hacer
dije anticipadamente:
industria ha sido prudente;
aborrezco, y soy mujer.
Destrúyase Lombardia,
y no destruya mi honor
quien se casa sin amor.
OCTAVIA. *(Ap.)* Será Otón desde este día,
aunque incapaz de saber,
por modo extraño dichoso;
que para ser venturoso
poca ciencia es menester.

ESCENA V

DICHOS. *Salen* GRIMALDO *y* OTÓN, *con gabán.*

GRIMALD. Este es, gran señor, mi hijo.
DUQUE. Otón, mucho os soy á cargo.
De vuestro aumento me encargo:
por capitán os elijo
de esta guerra, que mi honor
por vos tan bien defendido,
contra el Conde fementido
espera en vuestro valor;
pues si solo y desarmado
le hacéis huir y temer,
mejor le sabréis vencer
de mi gente acompañado.
OTÓN. Aunque no tengo experiencia
en el marcial ejercicio,
el ser en vuestro servicio
y de madama Clemencia
suplirá cualquier defeto
que haya, gran señor, en mí.
Pero ¿yo cuándo vencí
al Conde?
DUQUE. Querréis, discreto,
disimular el afrenta
de quien vencido se ve
por vos. Todo el caso sé,
y el premio queda á mi cuenta.
CLEMEN. Lo que en mi ayuda habéis hecho
no es encubrillo razón.
El disimularlo, Otón, *(Aparte á él)*
os ha de ser de provecho.
Yo vuestra dicha procuro;
daos por entendido ya.

DUQUE. La guerra otra vez está
declarada, y yo seguro,
pues vais de mi parte vos,
y el Conde es vuestro vencido.

OTÓN. (*Ap.*) ¿Qué es esto, cielo?

DUQUE. Cumplido
tengo con el Papa y Dios.
Pues Enrique desbarata
las paces que romper quiero [1],
y haciéndole mi heredero
afrentar mi sangre trata,
nadie culpe mi venganza
si castigo á un desleal.
Otra vez sois general,
Criselio.

CRISELIO. La confianza,
gran señor, que de mí hacéis
castigará al Conde ingrato
destruyendo á Monferrato.

DUQUE. Con vos quiero que llevéis,
primo, por acompañado
á Césaro, que es espejo
de Italia, y con el consejo
de tan famoso letrado,
vuestro esfuerzo y su prudencia
juntas harán extremada,
en vos, primo, con la espada,
y en Césaro con la ciencia.

CÉSARO. Yo procuraré, señor,
sacándote verdadero
trocar libros por acero,
reconociendo el favor
de que la lealtad escojas
que en mi amor tus ojos ven.

DUQUE. Libro es la guerra también;
las espadas son sus hojas.
Pues sois en las unas sabio,
sed en las otras valiente.
Tinta es la sangre caliente,
con ella escribid mi agravio;
y pues por mí sentenciasteis
y mi justicia entendéis,
id y mostrad que sabéis
defender lo que estudiasteis;
que si volvéis con victoria,
por letrado y capitán
Marte y Minerva os darán
laurel de eterna memoria.

CÉSARO. Beso tus pies.

DUQUE. Vuestra hermana
queda á cargo de Clemencia.
Si del conde de Placencia
la soberbia humilláis vana,
un título la dará
mano de esposo.

ROSELA. En la vuestra,
gran señor, mi dicha muestra
que toda mi dicha está.

DUQUE. Á Otón, Criselio, os encargo:
ya sabéis lo que le debo.

CRISELIO. Seguro voy, pues le llevo
en mi ayuda y con tal cargo.

DUQUE. Grimaldo, el término es mío
de toda aquesta comarca.
Cuanto en dos leguas abarca
esta sierra, valle y río,
os doy, para que juntéis
á vuestra quinta esta hacienda.

GRIMALD. Jamás tus canas ofenda
el tiempo.

DUQUE. Esto le debéis
á Otón, y más lo que intento
hacer por su intercesión
con vosotros.

CÉSARO. (*Ap.*) A este Otón
temo ya.

ROSELA. (*Ap.*) Que medre siento.

DUQUE. Vamos á Mántua, de donde
salgáis armados los tres
para postrar á mis pies
la ingrata cerviz del Conde.

CLEMEN. Yo quedo alegre y vengada.

CLAVELA. Yo celosa y no segura.

OCTAVIA. Hijo, sigue la ventura
que Dios te tiene guardada.

(*Vanse; quédase* Otón *y sale* Gilote.)

ESCENA VI

OTÓN *y* GILOTE.

GILOTE. Diz que vais por capitán
del duco, Otón.

OTÓN. ¡Oh, Gilote!
es verdad.

GILOTE. Si mi capote
(el que os dí cuando en gañán,
de escolar os hizo ser
vueso padre) no hace al caso,
pues que vistiéndoos de raso
ya no le habréis menester,
volvédmele, que no me hallo,
si he de hablar verdad, sin él.
Tres varas tién de buriel;
abrígame, y he de honrallo
con mi buena compañía,
ó sino pagadmelé.

OTÓN. Vente conmigo y te haré
hombre.

GILOTE. ¡Bueno! ¿Eso sería
hombre? ¿Pues soy yo mujer?

OTÓN. No es hombre quien de su tierra
no sale. Prueba en la guerra
tu esfuerzo.

GILOTE. ¿Y qué me heis de her?

OTÓN. Irás conmigo, y si fueres
valiente, cabo serás
de escuadra.

GILOTE. ¿Cabo y no más?

OTÓN. Conforme lo que valieres.
Hasta alcanzar la jineta
te ayudaré.

GILOTE. El cargo alabo.
Llevadme por vueso cabo,
seré cabo de agujeta.
¿Y qué hemos de her allá?

OTÓN. Matar á los enemigos.

GILOTE. Y si hay proceso y testigos
el alcalde me ahorcará.

---

[1] Alteró Hartzenbusch con acierto, este verso así:
las paces que con él quiero,

OTÓN. Anda, necio.
GILOTE. Vo á mudar
el traje. Pardiós, que es vicio
ser médico en el oficio.
Otón, vamos á matar. *(Vase.)*

ESCENA VII

OTÓN. *Sale* GRIMALDO, *y luego*, OCTAVIA *y* GILOTE.

GRIMALD. Agora tengo de ver
para lo que eres, Otón.
Las armas ventura son,
si méritos el saber;
pues para aquestas no has sido,
en las otras te aventaja.
Gente humilde, pobre y baja
por las armas ha subido
hasta la suprema altura
que en el Imperio se encierra.
Verás siguiendo la guerra
que todo en ella es ventura.
La ventura de una escala
cuelga sin riesgo la vida.
tal vez viniendo perdida
pasará por ti una bala
matándote al compañero
y dejándote seguro
caerá al foso desde el muro
todo un escuadrón entero,
y la ventura podrá,
á pesar del enemigo,
conservarte por testigo
de la ayuda que te da.
¿Quién á una posta perdida,
blanco de tanto cañón,
sino la ventura, Otón,
hace que vuelva con vida?
(Sale Octavia.)
El que sin dicha se emplea,
ni el coselete grabado,
ni el puesto más retirado,
ni la militar trinchea
darán defensa segura,
si una bala se abalanza
que á todas partes alcanza.
Pues ésta te favorece,
usa de ella con valor:
el Duque te hace favor;
en palacio sólo crece,
(del modo que en la milicia)
la ventura: en él verás
quedarse el mérito atrás
y arrinconar la justicia:
sólo medra el venturoso.
No por esto te aconsejo
que del valor, que es espejo
para el noble y valeroso,
apartes tu juventud;
que si en él la dicha manda,
mucho más puede cuando anda
al lado de la virtud.
Dios una y otra te dé
para que no degeneres
en la ocasión de quien eres.
OCTAVIA. Hijo, llega y te daré
los brazos.
OTÓN. Adiós, señora;
padre, adiós. Vuestros consejos
serán desde hoy mis espejos
en que me mire cada hora.
(Gilote *sale de soldado gracioso.*)
GILOTE. ¿Vengo bueno?
GRIMALD. *(A* Otón.) ¿Va Gilote
contigo?
OTÓN. Quiérole bien.
GILOTE. Vo con Otón, que no tién
con que pagarme el capote.
Soldado soy ya de casta:
encomiéndoos mi cortijo.
OCTAVIA. Ventura te dé Dios, hijo,
que el saber poco te basta. *(Vanse.)*

ESCENA VIII

Salen marchando CRISELIO *y* CÉSARO.

CRISELIO. Decidme otra vez la traza
de ese estratagema nuevo;
que aunque mi elección la abraza,
es extraño y no me atrevo
á ejecutalle.
CÉSARO. Esta plaza,
con las paces descuidada,
mientras que la guerra ignora,
segunda vez publicada,
no se ha de guardar agora
con la prevención pasada.
Lo más de la guerra estriba
en ardides é invenciones,
que aunque el esfuerzo derriba
murallas y torreones,
la industria el valor aviva.
Por eso es tan estimada
la soldadesca de Flandes;
porque en su región helada
consigue victorias grandes
el ingenio, y no la espada.
Allí sus gentes inquietas
con ardides cada vez
ganan victorias discretas,
y como en el ajedrez,
se suelen vencer á tretas.
Como vuestra valentía
á mi ingenio se sujete,
fácil, Criselio, sería
la victoria que os promete
la traza y industria mía.
CRISELIO. Guiarme el Duque ha mandado
por vos en esta ocasión,
y yo estoy determinado
de ver si las letras son
hazañas en el soldado.
Decid lo que hemos de hacer.
CÉSARO. Que se embosque nuestra gente,
Criselio, al anochecer
en ese pinar, que enfrente
de Monferrato ha de ser
su perdición. Cortarán
de leña seis ú ocho carros,
que á la ciudad llevarán
cuatro soldados bizarros
á sombra de un capitán,

y en villanos transformados,
dándoles franca la puerta
de este engaño descuidados,
pondrán en viéndola abierta
dos de ellos atravesados,
y harán luego una señal
á la cual acudiremos
con dicha y esfuerzo igual,
y sin sangre ganaremos
la fuerza más principal:
con que en llevando en prisión
al Marqués y al Conde, puede
mostrar, ganando opinión,
que á las fuerzas siempre excede
el ingenio y la ocasión.

CRISELIO. Alto, yo os he de seguir
como el Duque me ha ordenado.
Si no hay más que prevenir,
ya el sol su curso ha acabado;
al bosque podemos ir.
Veamos si vuestra ciencia
tiene en las armas valor.

CÉSARO. Mostrarálo la experiencia.

CRISELIO. *(Ap.)* Dadme preso al Conde, amor,
y gozaréis á Clemencia. *(Vanse.)*

ESCENA IX

Salen el CONDE ENRIQUE *y soldados.*

CONDE.

Llegar Tántalo al árbol avariento,
y huir la fruta cuando el labio toca;
el líquido cristal besar la boca,
y burlalle dejándole sediento;
á la mesa asentarse el rey hambriento,
y cuando apenas el manjar provoca
al apetito, ver que el Arpía loca
alza los platos y convida al viento.
Lo mismo por mí pasa. No sintiera
Tántalo el hambre tanto, á no incitalle
del árbol la presencia apetecible.
Vi á Clemencia y perdíla. ¡Ay, suerte fiera!
que ver tan cerca el bien, y no gozalle
es hacer el tormento más terrible.

ESCENA X

DICHOS *y* ALBERTO, *soldado.*

ALBERTO. Buena ocasión en las manos
te ha ofrecido la ventura:
hoy te da la noche escura
á tus contrarios tiranos.
En ese pinar están
emboscados y seguros,
que de tu ciudad los muros
esta noche asaltarán.
Con ellos fuí por espía:
una salida no más
tienen; vencerlos podrás
antes que al sol mire el día.
Pega fuego al monte espeso,
y entretanto que le abraso
tus soldados pon al paso
que aseguren el suceso.
Saldrán sus ardides vanos,
y del fuego vengador
huyendo, el mismo temor
hoy te los pondrá en las manos.

CONDE. ¡Válgame el cielo! ¿Eso es cierto?

ALBERTO. Tu victoria sea testigo
de que la verdad te digo.

CONDE. Si salgo con ella, Alberto,
una jineta te aguarda.
Abrásese el monte luego.
Un amante todo es fuego;
no es mucho que el monte se arda
á imitación de mi pecho.
¡Oh! ¡quién pudiera abrasar
tu ciudad, Duque, y vengar
los agravios que me has hecho! *(Vanse.)*

ESCENA XI

Salen OTÓN, *bizarro, y* GILOTE.

OTÓN. Pesárame haber llegado
tarde.

GILOTE. ¡Buena flema tienes!
¿A qué fiesta ó boda vienes?
¿Qué mesa te ha convidado?

OTÓN. ¿Hay mesa de más valor
que la que la fama envía?

GILOTE. La mesa de una hostería
es más barata y mejor.
Allí á pasto bebo y como;
que aquí en esta mortal venta
dan pólvora por pimienta
y albondiguillas de plomo.
¡Miren qué conejo ó polla!
¡Fuego de Dios en cocina
donde es una culebrina
la más sazonada olla;
alemaniscos manteles
los lienzos de una muralla,
que intentan desmantelalla
pajes de tiros crüeles;
sangre el vino que promete
á quien su brindis admite,
y el postre de su convite
confitura de un mosquete!
¿Qué pecados te han traído
á la muerte convidado?
De tu madre regalado,
en tu quinta entretenido,
levantándote á las once,
y aguardándote al hogar
el lomo para almozar,
no en asadores de bronce,
como los que usa la guerra;
la torreznada con güevos
ó los pichones, que nuevos
apenas pisan la tierra.
Criado entre miel y natas
sin haber visto desnuda
una espada, ¿quién te muda
que ansí malograrte tratas?

OTÓN. El esfuerzo suplirá
lo que falta á la experiencia;
pues no soy para la ciencia,
la guerra me ensalzará.

GILOTE. ¿Qué guerra ¡pese á mi suegra!
si en la aldea los disantos
nunca esgrimiste entre tantos,
una vez la espada negra?
No lo echemos á perder;
demos vuelta á casa, Otón.

OTÓN. Calla, necio.

ESCENA XII

DICHOS, *y salen el* CONDE *y* ALBERTO, *desnudas las espadas.*

CONDE. La razón
de mi amor vino á vencer.
Lo que el fuego perdonó
ha consumido la espada.

ALBERTO. Victoria ha sido extremada.

CONDE. ¿Criselio está preso?

ALBERTO. No.

CONDE. Dejaríase abrasar,
por no verse en mi poder.

OTÓN. ¿Cómo es esto?

GILOTE. Esto es temer,
y eso debe ser temblar.

OTÓN. Retírate aquí, sabremos
quién son éstos y qué ha sido
de Criselio.

GILOTE. Yo he venido
á darle cuerda [1].

OTÓN. Escuchemos.

CONDE. Deja que el campo despoje
lo que el fuego no ha desecho,
pues es debido derecho
de la guerra; y mientras coge
el premio de su victoria
mi gente, repara, Alberto,
en que Clemencia me ha muerto
porque viva su memoria.
Con esta postrera injuria
cerrado habrá la venganza
las puertas á la esperanza.
Ya no habrá aplacar la furia
del Duque, que por no darme
el galardón prometido,
si en las paces fementido,
traiciones vino á imputarme;
¿con agravios verdaderos,
quién vencerá su rigor?
¡Ay, desatinado amor,
imposible es socorreros!

OTÓN. Oye. El conde de Placencia
es este, y he colegido
que Criselio está vencido
y él adorando á Clemencia.
¡Vive Dios, que he de probar
dónde llega mi ventura!

GILOTE. ¿Qué intentas?

OTÓN. La noche escura
preso al Conde me ha de dar.

GILOTE. ¿Estás loco?

OTÓN. Solos dos
son cual nosotros; ¿qué espero?

GILOTE. Yo, Otón, no soy más que cero
que nada valgo. Por Dios,
que no des triste viudez
á mi Torilda.

OTÓN. Importuno,
si eres cero y yo soy uno,
contigo valgo por diez.
Enrique, daos á prisión. (*Al* Conde.)

CONDE. ¿Qué es esto?

GILOTE. ¡Ay, Torilda mía!
No hay Gil desde aqueste día;
tocas de viuda te pon.

CONDE. ¿Quién eres tú que arrogante
á tal locura te atreves?

OTÓN. Después que mi esfuerzo pruebes
sabrás quién tienes delante.

CONDE. ¿Eres Criselio?

OTÓN. No tengo
la experiencia militar
que le ha venido á ilustrar;
pero con más dicha vengo.
Date á prisión, ó prevente
si no temes mi valor.

ALBERTO. Dale la muerte, señor,
mientras que llamo tu gente;
que pues habla confiado,
no viene solo. (*Vase* Alberto.)

GILOTE. ¡Buen modo
de huir! Tras él me acomodo.

CONDE. Si del Duque eres soldado,
déjale y mi campo sigue,
que yo capitán te haré.

OTÓN. A la lealtad que heredé
no hay interés que la obligue,
que en mi vida fuí traidor.
Date.
(*Pelean, y pierde el* Conde *la espada.*)

CONDE. La espada he perdido
y en un brazo me has herido:
mostrado has bien tu valor.
Esto basta: no me lleves
al Duque, y pide el rescate
que gustares.

OTÓN. Disparate
es que con el oro pruebes
mi lealtad. Allá has de ir preso,
ó quedar sin vida aquí.

GILOTE. Valiente revés le di:
cortéle el brazo hasta el güeso.

CONDE. ¿Eres noble?

OTÓN. Y caballero.

CONDE. ¡Cielos! ¡después de la gloria
de tan felice victoria,
tal azar! Tu prisionero
soy; haz, soldado famoso,
de mi lo que más gustares.

OTÓN. Todo es encuentros y azares
la guerra: sufre, animoso.
Ata á la herida este lienzo
y esta banda aplica al brazo;
que cortés rendirte trazo,
ya que en las armas te venzo.
Y en ese caballo mío
sube; que en el de este iré.

GILOTE. Heme aquí ginete á pie.

---

1 En el original y en la reimpresión de Doña Teresa de Guzmán está este pasaje así, pero Hartzenbusch lo corrigió acertadamente:

ALBERTO. Yo he venido
á darte cuenta.

Lleve el diablo el desafío.

CONDE. Tu noble y hidalgo trato,
aunque enemigo, me obliga
á que envidioso te siga.
¡Que á vista de Monferrato
me haya preso un hombre solo!

OTÓN. Tu gente temo que venga
y corro en que me detenga
peligro si sale Apolo.
Vamos.

CONDE. ¡Ingrata Clemencia!
Cuando me quite la vida
tu padre, por bien perdida
la juzgaré en tu presencia.

OTÓN. Si con él soy de provecho,
no tengas de eso temor.

GILOTE. ¿Qué dices de mi valor?
¡Bravamente lo hemos hecho!

OTÓN. ¿Tú?

GILOTE. Yo, pues.

OTÓN. ¿Detrás de mí,
cobarde, no te ponías?

GILOTE. Siendo cero ansí tenías
todo el valor que te dí;
si no júzgalo tú mismo.
¿Cuando el cero va detrás
no vale el número más?

OTÓN. Valiente eres.

GILOTE. En guarismo.

OTÓN. Gran lebrón eres, Gilote.

CONDE. ¿Victorioso y prisionero,
cielos?

GILOTE. Llámame tu cero;
que á fe que ha habido cerote.
(Vanse.)

ESCENA XIII

Salen el DUQUE, CLEMENCIA, ROSELA *y* CLAVELA.

DUQUE. No temo infeliz suceso
de esta guerra, pues me ampara
la justicia cierta y clara
del agravio que confieso.
Buen general señalé:
vencedor Criselio ha sido
mil veces del fementido
Marqués, y si aseguré
su valor con la prudençia
de César, cuerdo y sabio,
¿quién duda que de mi agravio,
juntando al valor su ciencia,
he de quedar satisfecho?

CLEMEN. Y más cuando te asegura,
señor, de Otón la ventura.

CLAVELA. Ya el Conde estará deshecho.

DUQUE. Esta es la hora que vienen
triunfando á Mántua los tres,
y, presos Conde y Marqués,
por mí á Monferrato tienen.

ROSELA. De mi hermano no hay dudar
siendo César, que presuma
juntar la lanza á la pluma
y vencer como estudiar.

DUQUE. Si él con la victoria sale
con Criselio os casaré.

CLAVELA. *(Ap.)* ¡Ay, cielo!.

DUQUE. Y conde le haré
de Regio, para que iguale
el estado á su valor.

ROSELA. Eres Gonzaga; no puedes
hacer menores mercedes.

CLAVELA. *(Ap.)* Si le pierdo vencedor,
haced que vuelva vencido:
no le deis ayuda, cielos;
salidle al encuentro, celos,
pues yo de seso he salido.

ESCENA XIV

DICHOS. *Salen marchando destempladas las cajas,* CÉSARO *y* CRISELIO, *de luto.*

CRISELIO. *(De rodillas.)* Esta es la primera vez,
invicto duque de Mántua,
que, vencido, tus pies beso,
que Enrique pisa tus armas.
No atribuyan á descuidos,
desorden, culpables faltas
ó impericia militar
tu daño y nuestras desgracias,
sino á la ciega fortuna,
que en las guerras y privanzas
por parecer más hermosa
quiere mostrarse más varia.
Dísteme por compañero
á Césaro, con quien mandas
que estratagemas consulte,
pida ardides, siga trazas.
No digo yo (aunque pudiera)
la diferencia y distancia
que hay del arnés á la joya,
de la borla á la celada;
cuán mal que se compadecen
hojas de libros y espadas,
ejércitos con esquelas
y cátedras con murallas;
pero diga la experiencia
lo que hay de obras á palabras,
de las plumas á la pluma,
de argumentos á batallas,
que si ejemplos testifican,
el presente, Duque, basta,
pues por seguir á las letras
vuelven vencidas las armas.

CÉSARO. No eches la culpa al ingenio,
Criselio, cuyas ventajas
á tu pesar reconocen
las fuerzas más celebradas.
Cátedras lee la milicia
que universidades pagan,
y á especulación reducen
experiencias practicadas.
Mi parecer fué ingenioso,
y si á ejecución llegara,
Monferrato y su Marqués
fueran proverbio en Italia.
Di tú que no bastan ciencias,
que peine el consejo canas,
que asalte el esfuerzo muros,
que arroje el enojo balas
si no asiste la ventura;
porque la vez que esta falta,
ni Pompeyo entre legiones,

ni Marco Antonio entre armadas
á la fortuna del César
se opondrán, que en una barca
del miedo, asegura á Amiclas
y atrevido el mar contrasta.
Mandéte emboscar la gente
para que al cuarto del alba,
ganando al Marqués las puertas
diesen al valor entrada.
Dió la fortuna envidiosa
de este ardid cuenta á la fama;
contóselo al enemigo,
que el monte y la genta abrasa,
y por él peleando el fuego
la victoria á voces canta,
no el esfuerzo, la ventura;
no el valor, sino las llamas.
Si no fuimos venturosos,
no culpes las letras sabias
que ponen Marte y Minerva
sobre sus cabezas.

DUQUE. Basta.
Vencidos venís los dos;
las letras sin manos hablan,
el valor obra sin lengua,
uno Ulises y otro Ayax;
pero los dos sin ventura.
La elocuencia y la arrogancia,
las armas junto á las letras,
decís bien, no valen nada.
Volvéos, Césaro, á los libros;
abogad, sentenciad causas,
que no es bien paséis la pluma
de la mano á la celada.
De vuestro centro os saqué,
y fuera de él pesa el agua,
no traen armas los juristas:
con sólo un *fallamos* matan.
¿Qué es de Otón?

CRISELIO. No sé si afirme
en su afrenta ó alabanza
que el temor y la ventura
previnieron su tardanza.
No fué al campo.

DUQUE. Yo lo creo,
que si en él Otón se hallara
salieran con la victoria
su valor y mi venganza.

CÉSARO. ¿La victoria un ignorante
que en su vida ciñó espada?

DUQUE. Mejor sois para fiscal
que para soldado. Basta.

ESCENA XV

DICHOS. *Tocan cajas, y sale* OTÓN, *bizarro, y el* CONDE ENRIQUE, *sin armas y con banda.*

OTÓN. (*Al* Duque.) Atribuye á mi ventura
y no al valor que me falta
el ofrecerte, señor,
á Enrique preso á tus plantas.
Vencedor, viene vencido.
Yo tengo pocas palabras:
tarde al campo me enviaron
cumplimientos de mi casa;
hallé al Conde que con otros
su victoria celebraba;
pedí ayuda á mi fortuna,
y de suerte me acompaña,
que en fin, vine, vi y vencí.
Por relación esto basta,
y por premio de mis dichas
que de ellas te satisfagas.
Solamente te suplico
que mires que eres Gonzaga,
y que el valor resplandezca
en ti más que la venganza.
En tu poder está el Conde:
el que es generoso paga
agravios con beneficios;
perdónale si te agravia.

DUQUE. A vuestras cortas razones
y á vuestras hazañas largas,
con largos premios prometo
juntar cortas alabanzas.
Mi honor os debo dos veces:
vencido habéis otras tantas
á Enrique y restituído
á su ser mi antigua fama.
Pues me dais un Conde preso,
bien será que Conde os haga:
Conde sois de Val Hermoso.

OTÓN. Esclavo tuyo me llama.

DUQUE. Criselio, el bastón os vuelvo,
y pues la dicha acompaña
á Otón, seguid su ventura;
que mientras Césaro trata
en mi tribunal de pleitos,
si al valor la dicha ensalza,
valor tenéis y Otón dicha:
restaurad vuestras desgracias.

CRISELIO. Castigando, señor, premias.
Si avergüenzan tus palabras,
tus mercedes dan valor:
justamente á Otón levantas.
Con su feliz compañía,
ni temo suerte contraria,
ni enemigo poderoso,
ni empresa con que no salga.

DUQUE. Conde, á intercesión de Otón,
debajo vuestra palabra,
la ciudad tened por cárcel
sin prisiones y sin guardas.

CONDE. Yo la doy, y á tu grandeza
rindo las debidas gracias,
deseoso que sin ira
de mi amor te satisfagas.
(*Ap.*) (¡Dichosa prisión, si estoy
en presencia de mi dama.
Amor, más cierto anduvieras
si libertad la llamaras.)

CLEMEN. ¿No me habláis, Otón?

OTÓN. Señora,
poco agradece quien habla.
La suspensión siempre mira,
la obligación siempre calla;
por vos tengo el bien que tengo.

CLEMEN. Ya sois Conde.

OTÓN. Serme basta
esclavo vuestro.

CLEMEN. Yo haré
que envidien vuestra privanza.

CLAVELA. *(Ap.)* Pues no se casa Rosela
con mi Criselio, esperanzas
dalde, pues vuelve vencido,
pésame no, alegres gracias.

CÉSARO. *(A Otón.)* El nuevo título goce
vueseñoría, edad larga.

OTÓN. ¡Oh, señor gobernador!
pésame de sus desgracias.
Si hay en que pueda servirle
(no hacer placer, que es hidalga
siempre en mí la cortesía)
acudiré con el alma.

ROSELA. No doy á vuestra excelencia
el parabién de turbada
con el encarecimiento
que debe quien tanto le ama.

OTÓN. ¡Oh, hermosa Rosela! ya
llegó la hora deseada
en que esté en vuestro servicio;
y á Otón honre vuestra casa;
pues sirviéndoos de la mía,
mientras que condesa os llama
un título, vuestro esposo,
y el Duque, con él os casa,
por dichoso me tendré,
no en que si se ofrece, os haga
cualquiera comodidad,
que fuera poca crïanza,
sino que como señora,
me mandéis.

ROSELA. *(Ap.)* Dióme en el alma.

CÉSARO. *(Ap.)* ¡Que se anteponga á mis letras
de este modo la ignorancia
de hombre que sabe tan poco!

ROSELA. *(Ap.)* La envidia el pecho me abrasa.

CÉSARO. *(Ap.)* A quien le sobra ventura,
el saber poco le basta.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Salen CLEMENCIA *y* CLAVELA.

CLEMEN. ¿De mí, en fin, estás quejosa?

CLAVELA. Mi amor te lo certifica.
La voluntad te halla hermosa,
el interés te ve rica,
el parentesco amorosa,
discreta el entendimiento,
tierna la conversación,
y ansí de Criselio siento,
si tantos tus dotes son,
que intenta tu casamiento.
En la guerra te ha obligado,
en la paz te ha pretendido,
victorioso, si soldado,
y si galán, preferido:
luego es cierto mi cuidado.

CLEMEN. Otro, Clavela, es el mío,
del tuyo tan diferente,
que le juzgo á desvarío.
Nunca de amor que es pariente
lograr esperanzas fío.
¡Ay, prima mía! ¡qué extrañas
somos las mujeres!

CLAVELA. ¿Pues?

CLEMEN. Porque sepas si te engañas...
¿Ves mi libre desdén? ¿ves
mis rigurosas entrañas?
¿lo que al conde de Placencia
aborrecí poderoso?
¿lo que temí su presencia,
pues por no verle mi esposo
ni mi gusto en contingencia,
el robo y fuerza fingí
que no llegó á ejecución,
y con mi padre mentí
vanas hazañas de Otón?

CLAVELA. Yo, prima, supe de ti
el aviso que tuviste
del Conde, tu amor ingrato;
que su venida supiste,
y que de su torpe trato,
al bosque turbada huiste;
el buen proceder de Otón;
el por qué te disfrazaste,
y por anticipación
que al conde Enrique imputaste
la no gozada traición:
¿hay más que añadir á eso?

CLEMEN. Á Enrique desheredado;
á Enrique sin padre y preso,
sin amigos, sin estado,
y estoy por decir sin seso;
á Enrique que aborrecí,
porque lo que soy publiques,
á Enrique ya pobre...

CLAVELA. Sí.

CLEMEN. Pues á Enrique...

CLAVELA. ¿Hay más Enriques?

CLEMEN. Prima, quiero más que á mí.

CLAVELA. ¿A quién tu afrenta intentó?

CLEMEN. No sé que eso verdad sea.
Sé que quien me lo contó
me amaba, y que amor se emplea
en engaños.

CLAVELA. Bien sé yo
de las muestras de afición,
con que más Enrique siente
tu desdén por su prisión,
que cualquier fama desmiente
que desdore su opinión.
Pero hale el Duque quitado
el estado que tenía;
murió su padre cercado,
sin que un pueblo en Lombardía
de tantos le haya quedado.
Si rico fué aborrecido,
no sé como pueda ser
cuando tan pobre, querido.

CLEMEN. Hazañas son del poder,
á Dios siempre parecido.
Añadir al oro, prima,
esmaltes, cuando por sí
el mundo tanto le estima,
no es mucho; ni que á un rubí
ó un diamante que sublima
hasta el sol su resplandor,
guarnezca el oro opulento,
y realce su labor;

pues halla, en fin, fundamento
el trabajo en su valor.
Mas de una materia baja
hacer una pieza noble,
un escritorio, una caja,
una imagen, que de un roble,
al oro puro aventaja,
esa es majestad guardada
á Dios sólo y al poder,
que con grandeza elevada
se autorizan con dar ser
y valor á lo que es nada.
Esto mismo hacer procura
mi amor, pues porque á luz salga
su poder y mi hermosura,
busca un marido que valga,
prima, no más que la hechura.

CLAVELA. Mis celos has satisfecho,
pues esa hechura saldrá
á tu gusto y mi provecho.

CLEMEN. Mi hechura sólo valdrá
si hago al Conde ya desecho.

CLAVELA. Rosela sale.

CLEMEN. Pues anda,
y no temas que por mí
pierda tu amor su demanda;
que á mi Enrique el alma dí,
si bronce, ya cera blanda.
(*Vase* Clavela.)

ESCENA II

CLEMENCIA *y* ROSELA.

ROSELA. En busca de vuestra alteza
me trae, señora, un cuidado
que ocasiona mi tristeza.

CLEMEN. Como sea enamorado,
á comunicarle empieza;
que los de una facultad
alivian su mal mejor.

ROSELA. Es, gran señora, verdad.
Mas ¿paga tributo á amor
vuestra alteza?

CLEMEN. Voluntad
tengo á quien aborrecía.
Decirme la tuya puedes
mientras yo callo la mía.

ROSELA. Segura con las mercedes
que me has hecho desde el día
que entré en palacio, quisiera,
si de mí te satisfaces...

CLEMEN. ¿Querrásme hacer tu tercera?

ROSELA. Que fueses en unas paces,
gran señora, medianera.

CLEMEN. ¿Con quién los enojos son?

ROSELA. Días ha que he sido amada
con recíproca afición,
aunque agora mal pagada
de Otón.

CLEMEN. Luego ¿sabe Otón
querer?

ROSELA. Ninguno lo ignora;
ni él tan venturoso fuera
si no amara, gran señora.

CLEMEN. Bien dices. La planta y fiera,
por dar fruto se enamora.

ROSELA. Cuando alcancé tu privanza,
le traté con menosprecio,
y con ingrata mudanza
le llamé ignorante y necio;
porque llegó mi esperanza
á prometerse por sí
dar la mano á un potentado;
que aunque plebeya nací,
como mi hermano ha llegado
á tanta dicha, creí
subir donde mi ambición
pretendió desvanecida.
Sintió mi desdén Otón,
y despreciado, me olvida.

CLEMEN. Agravios y celos son
espuelas con que amor vuela,
aunque un desprecio es bastante
á apagar llamas, Rosela.

ROSELA. De un hombre tan ignorante,
que aún no le admite la escuela,
¿quién pensara tal ventura?

CLEMEN. ¿Mujer eres de *pensé-que?*
Desdicho has de tu cordura.
Ahora yo haré que se trueque
el aspereza en blandura
de Otón; que si te ha querido
y otra vez el fuego atizas,
que amortiguaste ofendido,
mientras duran las cenizas,
no ha muerto al fuego el olvido.
Yo despertaré sus llamas.

ROSELA. El viene, porque procures
mi paz.

CLEMEN. Si cuerda te llamas,
ni en *pensé-ques* te asegures,
ni desprecies á quien amas.
(*Vase* Rosela *y sale* Otón.)

ESCENA III

CLEMENCIA *y* OTÓN.

OTÓN. Aguardando el Duque queda
á vuestra alteza.

CLEMEN. Y yo á vos.

OTÓN. ¿Qué hay en que serviros pueda?

CLEMEN. Conde, ¿no muestra ser Dios
amor con vos, que se hospeda
en el más rústico pecho
como en el alma más rica?

OTÓN. No soy para él de provecho;
mas á la guerra se aplica
mi inclinación.

CLEMEN. Ya habéis hecho
en ella alarde capaz
del valor que en vos se encierra;
pero ya que es todo paz
y se ha acabado la guerra,
cuando reina amor, rapaz,
¿en qué soléis ocupar
el tiempo?

OTÓN. Pues el más largo,
¿no es corto para pensar
lo mucho que os soy á cargo
y no he de poder pagar?

CLEMEN. Vos, ¿qué me debéis á mí?

OTÓN. Todo el ser que me ha ilustrado:

la privanza á que subí;
el haberme acreditado,
fingiendo que yo vencí
al conde Enrique; el sacarme
de una granja al cargo honroso
con que he venido á ilustrarme,
y el haberme hecho dichoso:
¿qué es lo más que podéis darme?

CLEMEN. La dicha que es con exceso,
es deuda al cielo debida:
yo no tengo parte en eso.
Fingí de Enrique la huída;
mas trayéndole vos preso,
bien habéis beneficiado
lo que dije en profecía:
el título que os ha dado
mi padre á intercesión mía,
vuestro esfuerzo le ha ganado.
Antes os soy tan deudora,
que si es la paga mejor
la que el amor atesora,
os he de hacer acreedor
de un alma, Otón, que os adora.

OTÓN. ¿A mí, señora?

CLEMEN. Y tan bella,
como la imaginación,
transformada, Otón, en ella
os dió en alguna ocasión
ánimo para querella.

OTÓN. Si no es que de mí os burláis,
no sé, señora, á qué fin
mi libertad inquietáis.
No os entiendo.

CLEMEN. A hablar latín
no es mucho no me entendáis.

OTÓN. Yo en mi vida tuve dama.

CLEMEN. Pues hartas obligaciones
á la que su dueño os llama
tenéis: de aquestas razones
sacad quién es la que os ama.

OTÓN. ¿Yo obligaciones de amor?

UN PAJE. *(Sale.)* El Duque á llamar envía
á vuestra alteza.

OTÓN. *(Aparte.)* Temor,
refrenad á la osadía.

CLEMEN. Para sabello mejor
id esta noche al terrero,
que hablando, Conde, conmigo,
con ella hablaréis.

(Vanse Clemencia y el Paje.)

ESCENA IV

OTÓN.

¿Qué espero?
Imaginación, sí os sigo;
imitar Faetones quiero.
¡Válgame Dios! ¿Si madama,
para ensalzar mi ventura
de todo punto, me ama?
Mas ¿qué bárbara locura,
necio pensamiento, os llama?
¿Yo de Clemencia? ¿yo amado
de quien el sol puede ser,
no original, su traslado?
Mas ¿no es Clemencia mujer?
¿Qué imposibles no ha allanado
del amor el real decoro?
Dicha, de mi parte os hallo;
hombre soy, no la enamoro
como á la asiria el caballo,
ó como á Pasife el toro.
Refrenaos, lengua habladora,
y no ofendáis tal valor.
Pero ¿no me dijo ahora:
«os he de hacer acreedor
de un alma, Otón, que os adora?»
Mas ¿por fuerza ha de ser ella?
Sí, que «mi imaginación
transformada (dijo) en ella
me dió tal vez ocasión
y ánimo para querella.»
Si el ánimo es menester,
cierta es la dificultad.
Ánimo para querer,
si no es para su beldad,
¿para qué otra puede ser?
Pero, imaginación necia,
¿quién vuestra virtud contrasta?
Clemencia á Enrique desprecia,
y con ella no fué casta
Penélope ni Lucrecia.
Mas si me dijo madama
«pues hartas obligaciones
á la que su dueño os llama
tenéis, de aquestas razones
sacad quién es la que os ama»,
¿Yo á quién tengo obligación
sino es sólo á su hermosura?
¿quién ha sido la ocasión
de mi invidiada ventura
sino sola su afición?
Pues si de aquí sacar quiero
mi dama, que es ella digo.
«Id esta noche al terrero,
que hablando, Conde, conmigo,
con ella hablaréis». Grosero
soy, pues en esto reparo.
Si ha de hablar mi dama en ella
¿qué dudáis, ingenio avaro?
«Conmigo, hablaréis con ella»;
¿pudo decillo más claro?
Ea, confusión escura,
pues ánimo es menester,
el ánimo me asegura
el ser Clemencia mujer.
y lo que es más, mi ventura. *(Vase.)*

ESCENA V

Salen CLEMENCIA *y el* DUQUE, *su padre.*

DUQUE. Yo, Clemencia, haré por ti
lo que me pides.

CLEMEN. A Otón
casarle será razón;
palabra á Rosela di
de suplicarte por ella.

DUQUE. Bien; con Otón casará,
y él en Rosela tendrá
esposa discreta y bella.
Dotaréla de mi mano,
porque tú la quieres bien,

y porque debo también
mucho á Césaro, su hermano.
Mas tú, que por todos ruegas,
y casar quieres á Otón,
¿por qué á tu edad en sazón
tan honestos lazos niegas?
Ya es bien que de este cuidado
me libres, y pues soy viejo,
obediente á mi consejo
des sucesión á mi estado.
Monferrato es tuyo ya;
á Mántua, Clemencia, heredas,
la más poderosa quedas
de Lombardía, y podrá
cualquier rey, si el interés
ve de tu dote y belleza,
dar corona á tu cabeza
porque la mano le des.

CLEMEN. Eso queda á cargo tuyo;
que en mí no fuera razón
exceder de tu elección.

DUQUE. Pues si eso es ansí, concluyo
con que ya tengo escogido,
mi Clemencia, un noble esposo,
no de suerte poderoso
que al título de marido,
siendo rey soberbio, añada
el título de señor,
sino á quien siendo menor
que tú, la vida privada
y estado por ti mejore,
á tu gusto se sujete,
por señora te respete
y por esposa te adore.

CLEMEN. *(Ap.)* Si no es este Enrique, el conde,
cielos, decid ¿quién será?
Pobre y sin estado está,
y con mi amor corresponde.
Pedidme albricias si es él,
amor.

DUQUE. Vergonzosa y muda,
mezcla el temor y la duda
en ti el jazmín y el clavel.
Razón será despenarte:
tu esposo ha de ser, Clemencia,
Criselio.

CLEMEN. ¿Quién?

DUQUE. Su presencia
es digna de enamorarte.
Primo es mío, y su valor,
igual á sus prendas claras,
tanto, que si tú faltaras
le hiciera mi sucesor.

CLEMEN. Antes por ser tan cercano,
ni le admito ni le apetezco;
que bodas con parentesco
no se logran.

DUQUE. Ya es en vano
resistir mi voluntad;
que en fe de ser gusto mío,
para que dispense, envío
mañana á su Santidad
á Césaro.

CLEMEN. *(Aparte.)* Amor, ya os lloro
malogrado.

DUQUE. Este es mi intento.
Sobre sangre, casamiento,
dicen que es sobre azul, oro.

CLEMEN. *(Ap.)* O será mi esposo Enrique,
ó la muerte me daré.
Un papel le escribiré.
Mi amor sus penas publique.

DUQUE. Cuerda y obediente eres:
míralo y vuelve después.

CLEMEN. Como ese hombre no me des,
cásame con quien quisieres. *(Vase.)*

DUQUE. Ejecutaré mi gusto,
ó probarás mi rigor;
mas no sufrirá mi amor
que la case á mi disgusto.
¡Qué grande felicidad
fuera si un padre engendrara
como en el talle y la cara,
en el alma y voluntad
su semejanza! Mas Dios
cría el alma y la da el ser,
y así es milagro el hacer
una voluntad de dos.

ESCENA VI

El DUQUE *y sale* CÉSARO.

CÉSARO. De prevenir la partida
que he de hacer á Roma, vengo.

DUQUE. Mientras que yo no prevengo
á Clemencia, persuadida
á no hacer mi voluntad,
¿qué importan tus prevenciones?
A ruegos y persuasiones
responde con libertad
que hasta el nombre le es odioso
de Criselio, y porque vea
si hacer mi gusto desea,
le dé cualquiera otro esposo,
fuera de él.

CÉSARO. *(Aparte.)* ¡Buena ocasión
la envidia darme procura,
para atajar la ventura
con que me atormenta Otón!

DUQUE. Es mi única heredera,
ámola excesivamente,
y aunque pudiera imprudente
forzalla á que el *sí* le diera,
mucho más debo á mi hija
que á Criselio, y entregalla
á quien aborrece es dalla
no esposo, muerte prolija.
Pues mi palabra empeñada,
y dejar mi sucesión,
á falta de hijo varón,
por mujer continuada,
llévalo, Césaro, mal.
Criselio, en fin, es mi primo;
por valeroso le estimo,
por discreto y por leal.
Si casara con Clemencia,
mi sangre se continuara,
sin que por ella pasara
á extranjera descendencia.
En aquesta confusión
que me aconsejes te pido.

CESARO. De que no se case ha sido,
gran señor, la causa, Otón;

que ya que á este punto llego,
traidor fuera, á no decir
lo que llegué á ver y oir.
Como amor le pintan ciego
no repara en calidad:
Madama, gran señor, ama
á Otón.

DUQUE. ¿Qué dices?

CÉSARO. Madama
le muestra tal voluntad,
que si no es á Otón, no creas
que á otro dé la mano y sí.

DUQUE. Agora se fué de aquí,
y porque tu engaño veas,
afectüosa me pide
que con tu hermana Rosela
case á Otón.

CÉSARO. Esa es cautela
con que sospechas impide.
Hácele tanto favor
y con tal publicidad,
que no falta en la ciudad
quien satirice su amor;
y quiérete deslumbrar
con pedirte que le cases
con mi hermana.

DUQUE. Si probases
lo que acabas de afirmar,
yo la dicha trocaría
de Otón de suerte que hiciese
que envidiosos no tuviese.

CÉSARO. A llamarle, pues, envía,
y dile que luego quieres
que se case con Rosela,
verás cuál duda y recela;
y que si fuerza le hicieres
madama misma procura
disuadirte el casamiento
que te pidió.

DUQUE. El sufrimiento
á estos tiempos es cordura.
No ha Otón de perder conmigo
(aunque contra él atestigües)
mi amor mientras no averigües
méritos de su castigo.
Vele á llamar.

CÉSARO. *(Ap.)* Si afrentado
de mi hermana la aborrece,
y por mujer se la ofrece
el Duque, es averiguado
que ha de responder que no,
y así queda satisfecha
de Clemencia la sospecha,
y de Otón vengado yo,
que su ventura me tiene
tal que fuera de mí estoy.

DUQUE. ¿No vas?

CÉSARO. A llamarle voy.
Pero él mismo, señor, viene.

ESCENA VII

DICHOS, *y sale* OTÓN.

OTON. Ingenio siempre ignorante,
¿de cuándo acá discurrís,
conjeturáis y argüís,
si soy tan torpe estudiante?
Dejad tanta consecuencia,
y ya que hacerlas queréis,
probad que os desvanecéis
y que no me habla Clemencia.

DUQUE. ¿Otón?

OTÓN. ¡Gran señor!

DUQUE. ¡Qué poco
de vuestro aumento curáis,
cuando á mí me desveláis
por él!

OTÓN. Si no es que tan loco
me tenga el favor que siento,
hacerme vos, gran señor,
¿qué aumento quiero mayor
que el desvelaros mi aumento?

DUQUE. Ya es tiempo de que os caséis,
que se pasa el tiempo en vano;
y si ha de ser de mi mano,
como á Rosela la deis,
á su dote me obligáis.

OTÓN. ¿Yo á Rosela, gran señor?

DUQUE. Vos, pues.

OTÓN. No me tiene amor.

DUQUE. Engañado, Conde, estáis;
que en su nombre me ha pedido
Clemencia este casamiento.

OTÓN. ¿Quién, señor?

DUQUE. Turbado os siento.

CÉSARO. No dirás que te he mentido.

OTÓN. Túrbome de que madama
pida que me case yo
con Rosela.

DUQUE. ¿Por qué no,
siendo Rosela su dama?

OTÓN. Mire, señor, vuestra alteza
que no pedirá por mí
madama...

DUQUE. Aquesto es ansí.
(Ap.) Mi sospecha es ya certeza.

OTÓN. *(Ap.)* (¡Ay, soberbia presunción!)
Señor, que se burlaría
madama, ó probar querría
de esta suerte mi intención.

DUQUE. ¿A qué efecto? ¿no es igual
este casamiento?

OTÓN. Yo
ni digo si, ni que no.
Rosela tiene caudal
y belleza apetecida
para cualquiera valor;
lo que yo dudo, señor,
es que madama lo pida.

DUQUE. ¿Pues qué hay de dificultad
en eso?

OTÓN. ¿No es cosa grave
que cuando madama sabe
no tenerme voluntad
Rosela, quiera ofendella
y darme esposa á disgusto
de Césaro?

DUQUE. Por mi gusto
Césaro el suyo atropella.
Andad, y dentro de un hora
me dad la resolución
de este casamiento, Otón.

OTÓN. Cayó la máquina agora.

Locura que en viento labras,
sobre arena edifiqué,
y aun menos, pues levanté
quimeras sobre palabras. (*Vase.*)

ESCENA VIII

El DUQUE *y* CÉSARO.

DUQUE. Bien probaste tu intención.
Este es de Clemencia amante;
indicio he visto bastante
en su necia turbación.
¿Qué haremos?

CÉSARO. Darle la muerte;
que el crimen de deslealtad
es de lesa majestad.

DUQUE. No pagaré de esa suerte
bien lo mucho que le debo.
Ya no pretendo casarle
con tu hermana, mas sacarle
de Mántua.

CÉSARO. Tu gusto apruebo,
aunque dejar con la vida
á quien ayer levantaste
del polvo y le sublimaste
á tu privanza, convida
á que otro como él se atreva
á perturbar tu sosiego.

DUQUE. ¿No dices que amor es ciego?
Pues si es ciego quien le lleva,
y le da mi hija ocasión,
cualquier yerro le disculpa;
Clemencia tiene la culpa.
Echando de Mántua á Otón
y enviándole al gobierno
del despojado Marqués,
podrá Criselio después
no malograr su amor tierno:
con este título honesto
los inconvenientes quito.

CÉSARO. Eso es premiar su delito.

DUQUE. Lo que le amo manifiesto.
Ven, y haré la provisión
del estado á que le envío;
y porque algún desvarío
no haga Criselio, en razón
del desdén con que Clemencia
niega el pretendido sí,
la palabra que le dí,
y de mi estado la herencia,
también le he de asegurar
con una cédula mía.

CÉSARO. (*Ap.*) Mi envidia en vano porfía
á este idiota derribar.

DUQUE. Cruel eres para jüez.

CÉSARO. (*Ap.*) ¿Gobernador Otón ya?
¿Más que su estado le da
si le persigo otra vez?
(*Vase el* Duque, *y sale el* conde Enrique.)

ESCENA IX

CÉSARO, *y el* CONDE ENRIQUE.

CONDE. A buen término he venido
por vos, amor. De mi estado
y libertad despojado;
de Clemencia aborrecido;
sin deudos y sin amigos,
que de mis males se acuerden;
que los trabajos los pierden,
ó los vuelven enemigos.
Pero, amor, lo que más siento
es de mi ingrata el desdén;
porque á quererme ella bien,
gloria fuera mi tormento.

CÉSARO. Enrique es este. Ya estoy
contra Otón determinado:
no gobernará el estado,
ni vivirá, si puedo, hoy.—
¡Oh, Conde!

CONDE. ¡Oh, Césaro amigo!

CÉSARO. Con tal nombre me estimad;
que yo os diera libertad,
á poder dar el castigo
á un bárbaro que merece
y estorba vuestra ventura.

CONDE. Libertad, no la procura
mi amor; que aunque me aborrece
Clemencia, contento vive
padeciendo en su presencia.

CÉSARO. Si como os ama Clemencia,
y por dueño os apercibe
el alma, no se opusiera
la necia contradicción,
Enrique, que os hace Otón,
brevemente Mántua os viera
su esposo, y del Duque airado
noble yerno y sucesor.

CONDE. ¿Clemencia me tiene amor?

CÉSARO. Mi hermana cuenta me ha dado
de lo que por vos padece;
lo que vuestra prisión llora,
si os estima, si os adora,
y si viéndoos se enternece.
Pero Otón, que al Duque hechiza,
ignorante y ambicioso,
pretendiendo ser su esposo,
á Clemencia os tiraniza.
A gobernar vuestro estado
le despacha, y en secreto
quiere esta noche, en efeto
(ved si le tiene hechizado)
que á Clemencia dé la mano,
mientras Criselio lo ignora;
que como sabéis la adora;
y dándoos muerte inhumano,
en tomando posesión
de Monferrato, nombralle
por su marqués y dejalle
de Mántua la sucesión.
Esto en secreto he sabido
y á decíroslo me atrevo,
porque á lo mucho que os debo
es bien ser agradecido.
De esto último nada entiende
Clemencia, á vuestro amor fiel,
porque esta noche con él
forzarle á casar pretende.
En fin, dama, estado y vida
de aquí á mañana perdéis,
si remedio no ponéis.

CONDE. Sin Clemencia, bien perdida

será; deme fin crüel
el Duque.

CÉSARO. Mejor remedio
es quitar á Otón de en medio,
que yo os prometo, muerto él,
de obligar que el Duque viejo
trueque su enojo en amor:
ya veis que me hace favor
y que estima mi consejo.

CONDE. ¿Pues de qué modo os parece
se haga, y yo esté seguro
del Duque?

CÉSARO. Pues que procuro
lo que Clemencia apetece,
fiad de mí vuestra suerte.
Esta noche á Otón matemos,
que á Criselio atribuiremos
seguramente su muerte,
que es su amante declarado,
y el Duque tendrá por cierto
que alguno le ha descubierto
el casamiento tratado
con Otón, y que en venganza
de su menosprecio y celos
le ha muerto.

CONDE. Ayuden los cielos
vuestra industria y mi esperanza;
que vuestro será mi estado,
y es corta satisfacción.

CÉSARO. Quedaremos, muerto Otón,
vos contento y yo vengado. (*Vanse.*)

ESCENA X

Salen OTÓN *y* GILOTE.

OTÓN. ¿Quedaba buena mi madre?

GILOTE. Buena, contenta y segura
de ver crecer tu ventura,
y bendiciendo tu padre
el día que te engendró.
Los trigos á la barriga;
las viñas (Dios las bendiga,
y á Noé que las plantó)
señales mos dan cumpridas
de hinchir hasta los capachos
los cestos, y á los borrachos
en llenarles las medidas.
El ganado hasta los perros
gordos para reventar,
rebosando el palomar,
lleno el soto de becerros.
Borregos (Dios los aumente)
ni en los rediles, ni cercos
caben; como tú los puercos,
no quitando lo presente.
Los prados llenos de potros,
y las yeguas también llenas
las barrigas, porque apenas
unas paren, que entran otros.
Jugando el cura á la polla,
el barbero y sacristén,
damas y rentoy también.
No hay hogar que esté sin olla,
ni cuna sin dos chicotes:
á todos hallé con vida,
y á mi Torilda parida
de un rapaz con dos cogotes.
¿Qué hay de nuevo por acá?

OTÓN. Que me casa el Duque.

GILOTE. ¿Es cura?

OTÓN. Rosela enmendar procura
desdenes viejos.

GILOTE. Sí hará;
mas tú ¿qué dices á eso?

OTÓN. Nuevas imaginaciones
traen mi seso en opiniones.

GILOTE. Pues quedaráste sin seso.
¿Podremos saber de dónde
nace ese mal, ó lo que es?

OTÓN. Pregúntamelo después;
que sale Criselio.

ESCENA XI

DICHOS *y* CRISELIO.

CRISELIO. ¡Oh, Conde!

OTÓN. ¡Oh, señor! ¿á dónde?

CRISELIO. Vengo
al Duque, que por mí envía.

OTÓN. Yo y todo á hablalle venía,
porque de una hora que tengo
de término para dalle
cierta respuesta, no queda
nada ya.

CRISELIO. Bien os suceda;
porque yo temo enojalle
según vengo alborotado.

OTÓN. ¿Cómo?

CRISELIO. Con descuido trata
promesas que si dilata
le han de alborotar su estado.
Su primo soy, y Clemencia
cuando me dé mano y sí
gana.

OTÓN. El Duque viene aquí.
Si le habláis llevad paciencia.

ESCENA XII

DICHOS. *Sale el* DUQUE *con dos papeles.*

DUQUE. Primo.

CRISELIO. Gran señor.

DUQUE. Otón.

OTÓN. Señor.

DUQUE. A los dos estimo;
á vos, Criselio, por primo,
y á vos por inclinación.
(*Da á cada uno un papel.*)
Tomad y leed los dos,
que así pretendo obligaros;
á vos por aseguraros, (*á* Criselio)
y por honraros á vos.
(*Vase el* Duque.)

CRISELIO. (*Ap.*) ¿Por asegurarme á mí?
Mi determinación sabe.

OTÓN. (*Ap.*) ¡Por honrarme! ¿Qué honra cabe,
propicios cielos, aquí?

GILOTE. ¡Oigan! ¡cómo se han quedado
cada cual con su sentencia!

CRISELIO. ¿Si es cédula en que Clemencia
el sí de esposa me ha dado?

OTÓN. ¿Si porque á Rosela admita,
algún estado me da?

CRISELIO. Suspensión, veamos ya
lo que contiene esta dita.

OTÓN. Lo que dice quiero ver
el papel que á honrarme viene.

GILOTE. Casa es cada cual que tiene
su cédula de alquiler.

CRISELIO. *(Lee alto.)* «Antes que os caséis, importa á mi servicio y vuestro aumento, saquéis mentirosa á la envidia que os pretende descomponer conmigo, y esto ha de ser partiéndoos á Monferrato, por gobernador de todo su marquesado. Ocupad luego esa plaza, que sobre aquesta merced, cualquiera pretensión vuestra caerá mejor.»—*El Duque.*

OTÓN. *(Lee en secreto.)* «El amor que os tengo pasa por cualquier dificultad y contradicción, aunque haya no pocas para que os dé á mi hija Clemencia y con ella la sucesión de mi estado que procuran impedirme; y ansí para vuestra seguridad y en muestras de mi amor os doy esta firma de resguardo y mi palabra con ella, que otro no será su esposo que me herede sino vos.»—*El Duque.*

CRISELIO. ¡Válgame Dios!

OTÓN. ¡Dios me valga!

CRISELIO. ¡Jesús!

OTÓN. ¡Jesús!

GILOTE. *(Ap.)* Yo también
me santiguo, que si ven
algún diablo, porque salga,
bueno es echar bendiciones.

CRISELIO. ¿Descomponerme procuran?

LOS DOS. ¡Jesús!

GILOTE. *(Ap.)* Parece que curan
por ensalmo lamparones.

OTÓN. ¿A mí palabra de esposo
de Clemencia, y su heredero
el Duque?

CRISELIO. Algún lisonjero,
de mi privanza envidioso,
me descompone atrevido;
y para empezar á honrarme
el Duque y asegurarme
la sucesión ha querido
que gobierne á Monferrato,
y haciéndome su marqués
darme á Clemencia después.
¿Qué dudo? ¿en qué me recato,
si en esta cédula corta
asegura con certeza
mi casamiento. ¿No reza:
(Lee.) «Antes que os caséis importa
á mi servicio y aumento
vuestro...?» Luego presupone,
contra quien me descompone,
por cierto mi casamiento.
Pues si el Duque le asegura,
temores, ¿qué hay que dudar?

OTÓN. Esto y más puede esperar
el que tiene mi ventura.
Yo apostaré que Clemencia
á su padre ha declarado
el amor que me ha mostrado,
y él por hacer experiencia
del que á Rosela he tenido,
(que de Césaro sabrá
sucesos pasados ya)
me mandó ser su marido,
para saber si la quiero,
ó pasó más adelante
mi pretensión que de amante.
Esto en mi provecho infiero.
De sangre ilustre desciendo:
los Grimaldos y Fregosos
en Italia generosos
me dan el ser que pretendo.
No perderá calidad
conmigo su ducal casa.
(Lee.) «El amor que os tengo pasa
por cualquier dificultad
y contradicción, aunque haya
no pocas para que os dé
á mi hija Clemencia.» En fe
de que mi ventura vaya
siempre de bien en mejor,
fácil será aquesta empresa,
pues por escrito confiesa
que me tiene el Duque amor.
Pues rompe dificultades,
pues su heredero me llama,
pues me promete á madama,
pues sois sospechas verdades,
fortuna, tened segura
la rueda sobre que fundo
mi suerte, y seré en el mundo
ejemplo de la ventura.

GILOTE. Encantado está este día.
Hecho un papatoste estoy.

CRISELIO. Clemencia es mía desde hoy.

OTÓN. Desde hoy es Clemencia mía.

CRISELIO. Mi dicha este papel muestra.
Id, amor, y pretended.
(Lee.) «Que sobre aquesta merced
cualquiera pretensión vuestra
caerá mejor.» Pues por vos
queda seguro este trato
alto, amor: á Monferrato.—
Conde, adiós.

OTÓN. Criselio, adiós.

ESCENA XIII

OTÓN y GILOTE.

OTÓN. ¿Fuése?

GILOTE. Ya se fué.

OTÓN. ¿Qué aguardo?

GILOTE. ¿Qué diablos tienes, señor?
di.

OTÓN. *(Lee.)* «Y en muestras de mi amor
esta firma de resguardo
y mi palabra con ella
que otro no será su esposo.»
¿Hay hombre más venturoso?
¿Tal oigo, Clemencia bella?

GILOTE. O me despide, ó procura
decirme qué es lo que tienes.

OTÓN. Vida, gusto, estado, bienes,

amor, esposa y ventura.

GILOTE. O enloquecemos los dos,
ó dime en qué eres dichoso.

OTÓN. (*Lee.*) «Que otro no será su esposo
que me herede sino vos.»
Besa, besa este papel.
(*Se lo acerca á* Gilote.)

GILOTE. ¿Gánase alguna indulgencia?

OTÓN. Gano por él á Clemencia.

GILOTE. Quien la gana bese en él.
¿Qué dice?

OTÓN. ¡Si tú supieras
leer!

GILOTE. Y como que sé.

OTÓN. Pues lee aquí.

GILOTE. *Q, u, e, que.*
Por *q* comencé, ¿qué esperas?—
Bellaco agüero, por Dios.

OTÓN. Suelta, torpe.

GILOTE. Lee, ingenioso.

OTÓN. (*Lee.*) «Que nadie será su esposo
que me herede sino vos.»

GILOTE. ¿No dice más?

OTÓN. ¿Esto es poco?

GILOTE. Clemencia está aquí, señor.

OTÓN. Hasta en esto, tierno amor
tengo dicha.

GILOTE. Y en ser loco.

ESCENA XIV

DICHOS. *Salen* CLEMENCIA *y* ROSELA; *luego un* PAJE.

CLEMEN. El Duque me ha prometido
que te dotará, y que Otón
satisfará tu afición
haciéndole tu marido.

ROSELA. Beso tus pies.

PAJE. Gran señora,
el Duque dice que al punto
le veas.

CLEMEN. (*Ap.*) Lo que es barrunto.
Querrá que el *sí* le dé agora
á Criselio; pero aplique
ruegos, promesas, rigor,
que sólo dice mi amor,
ó morir, ó ser de Enrique.

PAJE. El Duque, señora, espera.

CLEMEN. Hasta en dar prisa es cruel.
Dale al Conde este papel,
y que importa considera.
(*Dale en secreto un papel á* Rosela, *y vase y el* Paje *con ella.*)

ESCENA XV

ROSELA, OTÓN *y* GILOTE.

ROSELA. ¿Para el Conde, y sin nombralle,
papel madama me da,
y que importa? ¿Quien será
el Conde á quien he de dalle?
En Mántua hay dos solamente:
Otón y Enrique; ¿qué haré?
Mas si Enrique Conde fué,
Conde es de anillo al presente;
aborrécele madama
y por no verle se esconde,
luego no es Enrique el conde
á quien de esta suerte llama.
De Otón me hablaba Clemencia
antes de darme el papel,
y estándome hablando de él
nombralle era impertinencia.
Podrá ser, pues mensajera
me hace, que en él le diga
el dote con que le obliga
y el estado que le espera
si con mi amor corresponde.
Lo que imagino será.
Pero si aquí Otón está,
y dijo, dale este al Conde,
no hay duda de que le vió;
y dándola el Duque prisa
discretamente me avisa
que para Otón le escribió.
Llego á hablarle. ¡Oh, señor Conde!

OTÓN. ¡Oh, Rosela!

ROSELA. (*Dándole el papel.*) Aqueste envía
madama á vueseñoría,
y si discreto responde,
aunque viva descuidado
de suerte tan venturosa,
respete y adore esposa
que le da en dote un estado. (*Vase.*)

ESCENA XVI

OTÓN *y* GILOTE.

OTÓN. No hay ya que poner reparo
en lo que amor me apercibe.
Pues que madama me escribe
y Rosela habla tan claro,
en Mántua es público ya
mi casamiento.

GILOTE. ¿Por eso
estás tan fuera de seso?

OTÓN. Si el Duque su hija me da
¿no es, Gilote bien perdido?

GILOTE. ¡Cómo! ¿á quien te da?

OTÓN. A Clemencia.

GILOTE. Esa es linda impertinencia.
¿No dices que te ha pedido
que te cases con Rosela?

OTÓN. Ya de parecer mudó,
y en popa mi amor rompió
estorbos á remo y vela.
(*Lee el papel.*) «Conde, con la brevedad
que á tanta prisa conviene,
Clemencia afirma que os tiene
rendida la voluntad.
Pues anochece, gozad
la ocasión que os corresponde,
que el jardín os dirá adónde,
la dicha es bien que os espere,
que Criselio usurpar quiere.
Clemencia, esposa del Conde.»
¡Criselio estorba sin duda
el bien que casi adquirí!
¿Qué he de hacer, triste de mí,
si el Duque parecer muda?
(*Entristécese.*)

GILOTE. ¿Hemos menester ayuda?
¿Tan presto se ha destemplado

[illegible] ó haremos da [illegible]
[illegible] ¿qué hay de nuevo?
OTÓN. Si amor de mi parte llevo,
¿qué estorbos me dan cuidado?
¡Ato! al jardín, que procura *(Alégrase.)*
ser templo de mi trofeo,
tálamo de mi himeneo,
teatro de mi ventura.
El Duque me la asegura
en el papel, donde afirma
que su palabra confirma;
pues cuando lo sepa airado,
mostraré que me he casado
con su gusto y con su firma.
GILOTE. Hombre eres de tornasol;
ya estás alegre, ya triste:
¿qué camaleón te viste
catalufas de arrebol?
OTÓN. Esta noche gozo á un sol.
GILOTE. ¿Sol de noche? No sé adonde
le haya.
OTÓN. Un jardín le esconde,
y este papel lo confirma,
pues en él dice esta firma.
Clemencia, esposa del Conde. *(Vanse.)*

ESCENA XVII

Sale el DUQUE *y* CRISELIO. *Después* CLAVELA.

DUQUE. Ansí, Criselio, aseguro
vuestra herencia y casamiento.
CRISELIO. Y yo en agradecimiento
de tanta merced procuro
no salir de lo que ordena
mi cédula y provisión.
DUQUE. Tormento es la dilación,
pero alivie vuestra pena
la palabra que os he dado,
primo, en ella.
CLAVELA. *(Saliendo.)* Mi lealtad
ha de decir la verdad,
si hasta agora la he callado.
DUQUE. Clavela, pues ¿qué queréis?
CLAVELA. Que volváis por vuestro honor.
Madama ha escrito, señor,
primero que la obliguéis
á que á otro esposo dé el sí,
al conde Enrique un papel
pidiendo que vaya en él
á vella...
DUQUE. ¡Cómo!
CRISELIO. ¡Ay, de mí!
CLAVELA. Esta noche á su jardín,
porque ó ha de ser su esposa,
ó con muerte rigurosa
dar á sus amores fin.
Que lo remediéis es justo,
pues el tiempo da lugar;
que yo no es razón callar
bodas á vuestro disgusto.
Mirad que es de noche ya,
y podrá ser que por obra
ponga el Conde el bien que cobra
y esté, gran señor, allá.
DUQUE. ¡Ay, cielos! ¿Pues tiene amor
Clemencia á Enrique?
CLAVELA. ¿Quién duda
que el tiempo y frecuencia muda
como la edad el rigor?
Si esposo suyo le llama,
claro está que bien le quiere.
DUQUE. La sangre que de él vertiere
apagará su vil llama.
El no haberle yo quitado
la vida causa todo esto.
Mas no es tarde; vamos presto.
Que eres mi sangre has mostrado:
yo Clavela, premiaré
el aviso que me das.
CRISELIO. *(Ap.)* Nunca de mi parte estás,
ciego amor, rapaz sin fe.
O tu fuego no me abrase,
ó sé piadoso conmigo.
CLAVELA. *(Ap.)* De esta vez al duque obligo
que con Criselio me case. *(Vanse.)*

ESCENA XVIII

Salen OTÓN *y* GILOTE, *de noche.*

OTÓN. Señas del jardín me han hecho.
Aqui, Gilote, me aguarda.
GILOTE. ¡Miren á qué chimenea,
con qué botas y lunadas!
OTÓN. Yo, Gilote, te haré rico.
GILOTE. Sal presto, que tengo el alma
en la prensa del temor;
que esos son pueblos en Francia.
OTÓN. Ea, propicia fortuna,
este escalón no más falta
para subir á la cumbre
de la ventura más alta.
Dadme la mano y veréis
cómo celebro en estatuas
vuestra memoria. *(Vase.)*
GILOTE. Colóse,
y creo que va á her colada.
¡Miren á qué Valdovinos
que le guarde las espaldas,
que es fiarlas del verdugo,
y ya ven cómo las guarda!
Gente parece que viene.
Mi suerte es tan desdichada,
que la traerá de Moscovia,
cuando no la hubiese en Mántua.

ESCENA XIX

GILOTE; *y salen el* DUQUE, CRISELIO *y otros.*

DUQUE. Cortaréle la cabeza,
¡viven los cielos! mañana,
siendo el tálamo un cadalso
y los palacios la plaza.
GILOTE. Cabezas cortan, Gilote.
¡Que se cifren mis desgracias
á donde quiera que voy
del cogote á la garganta!
Si en mi tierra, á mi mujer
se le antojan mordiscadas,
si aqui degüellan: San Blas,
mi gaznate se os encarga.
CRISELIO. Aguardemos, señor, que entre:
justificarás tu causa,

sin que excusas le disculpen,
y vendrá bien tu venganza.

DUQUE. Dices bien: mas junto al muro
siento un hombre.

GILOTE. ¡Madre Urganda!
convertidme en lagartija.

CRISELIO. ¿Quién vá?

GILOTE. ¡Oh, quién se transformara
en moldura de estas piedras!

DUQUE. ¿Quién va?

GILOTE. Todo lo que anda
va, señores, su camino;
el huésped á su posada,
el arrïero á la venta
y el que ha bebido á la cama.
Va á ganar bollos el cura,
la dama á caza de gangas,
y yo, sin irme, me voy:
testigos mis pobres calzas.

DUQUE. ¿Quién sois?

CRISELIO. ¿Sois el Conde?

GILOTE. ¿Yo?
Condenada esté mi alma:
que yo estó, en vez de ser conde,
con desmayos que me acaban.

DUQUE. ¿Qué hacéis aquí?

GILOTE. ¿He de decillo?
Unas cámaras extrañas
título dan á un lacayo
de marqués de Camarasa.

DUQUE. Decid quien sois ó prendelde.

GILOTE. Venga acá. ¿Puede ser nada
un lacayo en este mundo?

DUQUE. ¿Lacayo sois?

GILOTE. Hasta el alma.

CRISELIO. ¿De quién?

GILOTE. Del Conde, señores.

DUQUE. ¿Luego mi jardín y casa
ha escalado?

GILOTE. Sí, señor;
melones enteros cala.

DUQUE. Echad en tierra esas puertas.

GILOTE. La importante está ya echada;
que no hallará cerrajeros
que vuelvan á remendalla.

ESCENA XX

DICHOS. *Salen* CÉSARO *y el* CONDE ENRIQUE, *de noche, y acometen al* DUQUE.

CRISELIO. ¡Ay, cielos!

CÉSARO. Este es Otón.

CONDE. Muera, pues, y mi esperanza
viva.

DUQUE. ¡Ah, traidores! ¿Qué es esto?
¡Hola! ¡Ah, gente! ¡ah, de mi guarda!

CÉSARO. El Duque es nuestro señor.

(*Salen alabarderos y dos pajes con hachas.*)

DUQUE. (*A un paje.*) Da voces.

UN PAJE. Aquí están hachas
y alabardas; no hay huir.

CONDE. (*Ap.*) Aquí con mi vida acaban
mis desdichas.

DUQUE. ¡Conde Enrique!
¡Césaro! ¿contra mí espadas?
¿á mí la muerte?

CÉSARO. Señor,
si merecen mis palabras
crédito, á Otón y no á ti
quisimos dar muerte airada.

DUQUE. ¿Pues por qué?

CÉSARO. Yo por envidia.

CONDE. Yo por celos que me abrasan.

DUQUE. ¿Celos, traidor, si Clemencia
para su esposo te llama
y á escalar mi jardín vienes
con la noche que te ampara?

CONDE. ¿Yo, gran señor?

DUQUE. Tú, traidor.

CRISELIO. A tí te ha escrito madama;
y este lacayo es testigo
de que vienes á gozalla.

GILOTE. Yo no estoy para firmar.

CONDE. (*A Gilote.*) ¿Vos contra mí tal maraña?
¿Conocéisme vos á mí?

GILOTE. En mi vida le eché paja.

CÉSARO. Este es criado del conde
Otón.

GILOTE. ¡Miren la bobada!
Pues aquí ¿quién se lo niega?
Si por aqueso barajan,
¿no ha que les estoy diciendo
dos horas ya, que se casa
con Clemencia el conde Otón;
y por un papel ó carta
que le dió suyo Rosela,
viene á her la encamisada
que en las bodas se acostumbra?

DUQUE. ¿Clemencia á Otón?

GILOTE. ¡Qué pensaba!

DUQUE. Derribad luego esas puertas.

CRISELIO. Pues mis celos no me matan,
poco á Clemencia he querido.

CONDE. ¿Hay tal traición?

CÉSARO. La venganza
que el Duque tomará de él,
mi envidia quieta y amansa.

CONDE. ¿Sin estado y sin Clemencia,
y con vida? ¡Ay, fieras ansias!

ESCENA XXI

DICHOS. OTÓN, CLEMENCIA, CLAVELA *y* ROSELA.

CLEMEN. (*A Otón.*) Cruel, ¿qué traición es esta?

OTÓN. ¿Yo traición, cuando te llamas
mi esposa, cédulas firmas
y en este jardín me aguardas?

DUQUE. Prended este hombre.

OTÓN. (*De rodillas.*) Señor,
humilde estoy á tus plantas.

DUQUE. No te levantarás dellas
con vida.

OTÓN. Si tú lo mandas,
dichosa será mi muerte;
pero no sé que haya causa
para tan cruel sentencia.

DUQUE. ¿Cuando de afrentarme acabas,
dices que no hay causa, infame?

OTÓN. Por este papel, madama,
que me envió con Rosela,
como á su esposo me trata;
á sus bodas me convida;

y si vine á celebrarlas
es por ser, señor, tu gusto.

DUQUE. ¿Mi gusto?

OTÓN. No habrá mudanza
que niegue, Duque, ser tuya
esta cédula firmada
de tu nombre, en que me das
seguridad y palabra
de casarme con Clemencia.

DUQUE. ¿Yo? Para que gobernaras
á Monferrato, te dí
la provisión.

OTÓN. Hablen cartas.

CRISELIO. A mí, gran señor, me diste
la gobernación que acabas
de decir.

OTÓN. Y á mí de ser
sucesor tuyo, esperanza.

DUQUE. Troquélas. Vuestra ventura,
Otón, estas cosas traza.
Caballero noble sois
de lo más limpio de Italia;
lo que la ventura ha hecho
no es bien que yo lo deshaga:
ella os casó con Clemencia.

CLEMEN. Y ella ha sido quien me engaña;
que yo el papel que escribí,
con Rosela le envïaba
al conde Enrique.

ROSELA. Eso no,
que si á Enrique me nombraras,
yo fuera esposa de Otón,
al Conde dijiste.

DUQUE. Basta;
que la ventura se esmera
en hacer por vos hazañas.
Clemencia es ya vuestra esposa.

CLEMEN. Hasta en aquesto le ampara
su dicha, que le he cobrado
tanto amor, que es suya el alma.

DUQUE. Dalde, Criselio, á Clavela
la mano, y seréis de Padua
y de Cremona Marqués.

CRISELIO. Yo beso las tuyas francas.

CLEMEN. (*A su padre.*) Al conde Enrique perdona.

DUQUE. Criselio tiene una hermana;
su estado le restituyo
si Enrique con ella casa.

CONDE. Con el sí te doy, señor,
debidas y justas gracias,
sin que en tu sangre y la mía
más enemistades haya.

DUQUE. Otón, pues César o quiso
daros muerte, ejecutalda
en él, ó haced vuestro gusto.

CÉSARO. (*Ap.*) ¡Cielos! Esto me faltaba.

OTÓN. Dóile en fe de esa licencia
dos villas, porque así paga
á las letras envidiosas,
cuando es noble, la ignorancia.

CÉSARO. Disculparme es ofenderte.
No hay en el mundo venganza
como es el dar bien por mal,
que afrenta y obliga.

OTÓN. Basta.
A Rosela, porque cumpla
de ser condesa las ansias
que ha tanto la traen inquieta,
con el Conde he de casalla
de Florel.

ROSELA. Beso tus pies.

ESCENA XXII

DICHOS y GILOTE.

GILOTE. Tus padres, señor, acaban
de llegar, que á verte vienen.

DUQUE. Vamos, pues, á ver á Octavia
y á Grimaldo, pues que son
vuestros padres.

GILOTE. (*A Otón.*) ¿Y sin nada
me dejas?

OTÓN. Por tuya queda
la hacienda, prados y granja,
principio de mi ventura.

GILOTE. Vivas más que una madrastra.

DUQUE. En vos, Otón, quede ejemplo,
con que inmortalice Italia
lo que puede la ventura.

OTÓN. Sin ella no valen nada
sangre, hacienda, armas ni letras,
pues es proverbio de España:
Ventura te dé Dios, hijo,
que el saber poco te basta.

COMEDIA FAMOSA

LA VENGANZA DE TAMAR

PERSONAS DELLA [1]

AMÓN.	ABIGAIL, *reina*.	SALOMÓN.
ELIAZER.	BERSABÉ.	TIRSO.
JONADAB.	UN CRIADO.	BRAULIO.
ABSALÓN.	UN MAESTRO DE ARMAS.	ALISO.
ADONIAS.	JOAB.	RISELO.
TAMAR.	DAVID.	ARDELIO, *ganadero*.
DINA.	MICOL.	LAURETA.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Salen AMÓN, *de camino,* ELIAZER *y* JONADAB, *hebreos.*

AMÓN. Quitadme aquestas espuelas
y descalzadme estas botas.

ELIAZER. Ya de ver murallas rotas,
por cuyas escalas vuelas,
debes de venir cansado.

AMÓN. Es mi padre pertinaz;
ni viejo admite la paz,
ni mozo quita del lado
el acero que desciño.

JONADAB. De eso, señor, no te espantes;
quien descabezó gigantes
y comenzó á vencer niño,
si es otra naturaleza
la poderosa costumbre,
viejo, tendrá pesadumbre
con la paz.

ELIAZER. A la grandeza
del reino que le corona
por sus hazañas subió.

AMÓN. No soy tan soldado yo
cual dél la fama pregona.
De los amonitas cerque
David su idólatra corte;
máquinas la industria corte
con que á sus muros se acerque;
que si en eso se halla bien
porque sus reinos mejora,
mas quiero, Eliazer, una hora
de nuestra Jerusalén,
que cuantas victorias dan
á su nombre eterna fama.

ELIAZER. Si fueras de alguna dama
alambicado galán,
no me espanto que la ausencia
te hiciera la guerra odiosa;
que, amor que en la paz reposa,
pierde armado la paciencia.
Mas, no amando, aborrecer
las armas, que de pesadas
suelen ser desamoradas,
cosa es nueva.

AMÓN. Sí, Eliazer;
nueva es, por eso la apruebo;
en todo soy singular;
que no es digno de estimar
el que no inventa algo nuevo.

1 Intervinieron además JOSEFO, ELISA, MÚSICOS y SOLDADOS.

ESCENA II

Dichos y salen Absalón, Adonias y otros, de camino.

Absalón. No gozaremos las treguas
que el Rey da al contrario, bien,
no estando en Jerusalén.
Adonias. Corrido habemos las leguas
que hay de Rabata hasta aquí,
volando.
Absalón. ¡Qué bien pensó
quien las postas inventó!
Eliazer. No, á lo menos para mí.
Doilas á la maldición;
que, batanando jornadas,
me han puesto las dos lunadas
como ruedas de salmón.
Absalón. ¡Oh, Eliazer! ¿También tú gozas
treguas acá?
Eliazer. ¿Qué querías?
Amón. ¡Oh, mi Absalón, mi Adonias!
¿Aquí?
Absalón. Travesuras mozas
nunca, hermano, están despacio;
troquemos en nuestra tierra
por las tiendas de la guerra
los salones de palacio.
Diez días que han de durar
las treguas, que al Amonita
David da, el amor permita
sus murallas escalar.
Amón. ¿Murallas de amor?
Absalón. Bien puedes
permitirles este nombre:
amando de noche un hombre,
¿no asalta también paredes?
¿Ventanas altas no escala?
¿No ronda? ¿El nombre no da?
¿Trazando ardides no está?
Luego Amor, á Marte iguala.
Amón. No te quiero replicar;
ya sé que tiene gran parte
amor, que es hijo de Marte,
y lo que hay de Marte á amar.
Absalón. En ti, Príncipe, infinito;
pues, con ser tan gran soldado,
nunca fuiste enamorado.
Amón. Poco sus llamas permito.
No sé ser tan conversable
como mi hermano Absalón.
Absalón. La hermosura es perfección,
y lo perfecto es amable.
Hízome hermoso mi suerte
y á todas me comunico.
Amón. Estás de cabellos rico
y así puedes atreverte;
que, á guedeja que les des
las que muertas, por las tiendas
te porfían que los vendas,
tendrán en ti su interés;
pues, si no miente la fama,
tanto tu cabeza vale,
que me afirman que te sale
á cabello cada dama.
Eliazer. Si has sus defectos salvas
¿qué mucho te quieran bien,
si en toda Jerusalén
te llaman Socorre-calvas?
Y las muchas que compones
defendiendote sus bellezas,
hacen que haya en las cabezas
infinitos Absalones.
Ristros puedes hacer de ellas.
Absalón. Eliazer, conceptos bajos
dices.
Eliazer. Fueran ristros de ajos,
si no es por las más bellas.
Absalón. En fin, ¿el Príncipe da
en no querer a ninguna?
Amón. Hasta encontrar con alguna
perfecta, no me verá
en su m[illegible] el amor.
Absalón. Elisabet, ¿no es hermosa?
Amón. De cerca no, que es ojosa.
Adonias. ¿Y Esther?
Amón. Tiene buen color,
pero mala dentadura.
Eliazer. ¿Delvora?
Amón. Es grande de boca.
Jonadab. ¿Atalia?
Amón. Esa es muy loca,
y pequeña de estatura.
Absalón. No tiene falta María.
Amón. ¿Ser melindrosa no es falta?
Adonias. ¿Dina?
Amón. Enfádame por alta.
Eliazer. ¿Rut?
Amón. Es negra.
Jonadab. ¿Raquel?
Amón. Fría.
Absalón. ¿Aristóbola?
Amón. Es común:
habla con ciento en un año.
Absalón. ¿Judit?
Amón. Tiene mucho paño,
y huele siempre a betún.
Adonias. ¿Marta?
Amón. Encubre muchos granos.
Eliazer. ¿Alejandra?
Amón. Es algo espesa.
Jonadab. ¿Jezabel?
Amón. Dicenme que esa
trae juanetes en las manos...
Absalón. ¿Zilene?
Amón. Rostro [illegible],
mas, flaca [illegible]mente.
Eliazer. Pues no hallas quien te contente,
haz una dama de [illegible].
Absalón. ¡Válgate Dios [illegible]!
¡Qué satírico que estás!
Amón. No has de verme amar jamás:
tengo mala [illegible].
Adonias. ¿Luego no quieres mañana
en la noche, ir a la fiesta
y boda que a [illegible] apresta
la mocedad cortesana?
Amón. ¿Con quién se casa?
Adonias. ¿Eso ignoras?
Con Josefo de Isacar.
Amón. Bella mujer [illegible].
Absalón. Tú que nunca te enamoras,
no la tendrás [illegible] bella.
¿Piensas ir allá?
Amón. No sé.
Adonias. Hay bravo sarao.

AMÓN. Iré
á danzar, más que no á vella.
Pero ha de ser disfrazado,
si es que máscaras se admiten.
ADONIAS. En los saraos se permiten.
AMÓN. ¡Lástima tengo al casado
con una mujer á cuestas!
ELIAZER. Poco en eso te pareces
á tu padre.
AMÓN. Muchas veces
de ese modo me molestas.
Ya sé que á David, mi padre,
no le han parecido mal,
testigo la de Nabal
y Bersabé, hermosa madre
del risueño Salomón.
ADONIAS. Y las muchas concubinas,
cuyas bellezas divinas
milagro del mundo son.
ABSALÓN. Gana he tenido de vellas.
AMÓN. Guárdalas el Rey de suerte
que aun no ha de poder la muerte
hallar por donde vencellas.
ABSALÓN. El recato de palacio
y poca seguridad
de la femenil beldad
no las deja ver despacio.
Mas, por Dios, que ha pocos días
que á una muchacha que vi
entre ellas, Amón, le di
toda el alma.
AMÓN. Oye, Adonias,
del modo que está Absalón:
¿A la mujer de tu padre?
ABSALÓN. Sólo perdono á mi madre.
Tengo tal inclinación,
que con quien celebra bodas,
envidiando su vejez,
me enamoro, y habrá vez
en que he de gozallas todas.
AMÓN. La belleza y la locura
son hermanas: eres bello
y estás loco.
ADONIAS. A tu cabello
atribuye tu ventura
y no digas desatinos.
Ya es de noche, ¿qué has de hacer?
ABSALÓN. Cierta dama he de ir á ver,
en durmiendo sus vecinos.
ADONIAS. Yo me pierdo por jugar.
AMÓN. Yo que ni adoro ni juego
leeré versos.
ABSALÓN. Buen sosiego.
AMÓN. En esto quiero imitar
á David, pues no le imito
en amar, ni quiero tanto.
ABSALÓN. Serás poeta á lo santo.
AMÓN. Los psalmos en verso ha escrito;
que es Dios la musa perfeta,
que en él influyendo está.
ADONIAS. Misterios escribirá,
que es guerrero y es profeta.

(Vanse Absalón y Adonias.)

ESCENA III

AMÓN, ELIAZER *y* JONADAB.

ELIAZER. ¿Qué habemos de hacer agora?
AMÓN. No sé qué se me ha antojado.
ELIAZER. ¿Mas si estuvieres preñado?
AMÓN. Tanta mujer que enamora
á mi padre, ausente y viejo,
¿qué puede hacer encerrada?
pues es cosa averiguada
que la que es de honor espejo
en la lealtad y opinión,
en fin, es frágil sujeto
y un animal imperfeto.
JONADAB. Si toda la privación
es del apetito madre,
deseará su liviandad
el hombre, que es su mitad;
y no estando ya tu padre
para fiestas, ya lo ves...
ELIAZER. Iráseles en deseos
todo el tiempo, sin empleos
de su gusto.
JONADAB. Rigor es
digno de mirar despacio.
AMÓN. Bien filosofáis los dos.
ELIAZER. Lástima tengo, por Dios,
á las damas de palacio
encerradas como en hucha.
AMÓN. El tiempo está algo pesado,
y con la noche y nublado
la oscuridad que hace, es mucha.
¿Quién duda que en el jardín
pedirán limosna al fresco
las damas? Lo que apetezco
he de ejecutar, en fin.
Curioso tengo hoy de ser.
ELIAZER. ¿Pues qué intentas?
AMÓN. ¿Qué? Saltar
aqueste muro y entrar
dentro del parque, Eliazer,
y ver qué conversación
á las damas entretiene
de palacio.
ELIAZER. Si el rey viene
á saberlo, no es razón
que le enojes; pues no ignoras
que al que aquí dentro cogiese,
por más principal que fuese
viviría pocas horas;
que las casas de los reyes
gozan de la inmunidad
de los templos.
AMÓN. Es verdad;
mas no se entienden las leyes
con el Príncipe heredero.
Príncipe soy de Israel,
el calor que hace es cruel,
y así divertirme quiero.
En dando yo en una cosa,
ya sabes que he de salir
con ella.
JONADAB. Empieza á subir;
mas siendo tan peligrosa
y de tan poco provecho
no me parece que es justo.
AMÓN. Provecho es hacer mi gusto.

ELIAZER. ¿Y después que le hayas hecho?
AMÓN. Esto ha de ser, ¡vive Dios!
Vamos los tres á buscar
por donde poder entrar.
ELIAZER. ¿Entrar, quién?
AMÓN. Yo, que los dos
fuera me esperaréis.
ELIAZER. Alto.
AMÓN. Hacia allí he visto unas yedras,
que abrazadas á sus piedras,
aunque el muro está bien alto,
de escala me servirán.
ELIAZER. Vamos, y á subir empieza.
En dándole en la cabeza
una cosa, no podrán
persuadirle á lo contrario
catorce predicadores.
JONADAB. ¡Qué extraños son los señores!
ELIAZER. Y el nuestro, ¡qué temerario! (*Vanse.*)

ESCENA IV

Sale DINA *con guitarra, y* TAMAR.

TAMAR. ¿Viste jamás tal calor?
Aunque tú mejor lo pasas
que yo.
DINA. ¿Pues por qué mejor?
TAMAR. Porque no juntas las brasas
del tiempo, al fuego de amor.
Mas yo, que no puedo más;
y á mi amor junto el bochorno
que hace...
DINA. ¡Donosa estás!
TAMAR. ¿Qué seré?
DINA. Serás un horno,
en que á Joab cocerás
pan de tiernos pensamientos,
á sustentarle bastantes
contra recelos violentos.
TAMAR. Sí, que en eso á los amantes
paga amor en alimentos.
DINA. ¡Notable calma! No mueve
una hoja el viento siquiera.
TAMAR. Si aquesta fuente se atreve
á aplacar su furia fiera
que en la taza de oro bebe
de su arena aqueste prado,
denos su margen asiento.
DINA. En cogines de brocado
sus flores de ciento en ciento
te ofrecen su real estrado;
que, en fin, como eres infanta
no te contentas con menos.
TAMAR. Pues traes instrumentos, canta;
que en los jardines amenos
así amor su mal espanta.
DINA. Yo no tengo que espantar,
que no estoy enamorada;
ni al viento puedes llamar;
pues siendo tan celebrada
en la música Tamar
como en la belleza, á oirte
correrá el céfiro manso,
alegre por divertirte.
TAMAR. ¿Lisonjéasme?
DINA. Descanso
si amores llego á decirte.

ESCENA V

DICHAS *y sale* AMÓN.

AMÓN. La mocedad no repara
en cuanto intenta y procura:
la noche mi gusto ampara,
cuanto me entristece oscura
me alegra esta fuente clara.
Como no sé dónde estoy,
en cuanto topo tropiezo.
DINA. Cuando yo á cantar empiezo,
treguas á mis penas doy.
TAMAR. Dame, pues, ese instrumento.
AMÓN. Mi deseo se cumplió:
aquí hablar mujeres siento.
TAMAR. La música se inventó
en alivio del tormento.
AMÓN. Cantar quieren; no pudiera
venir á tiempo mejor.
TAMAR. ¡Ay si mi amante me oyera!
AMÓN. No hay parte en que no entre amor
hasta aquí llegó su esfera.
TAMAR. (*Canta.*) «Ligero pensamiento,
del amor pájaro alegre,
que viste la esperanza
de plumas y alas verdes;
si fuente de tus gustos
es mi querido ausente,
donde amoroso asistes,
donde sediento bebes,
tu vuelta no dilates
cuando á su vista llegues,
que me dirán tus dichas
envidia si no vuelves.
Pajarito que vas á la fuente,
bebe y vente.
Correo de mis quejas
serás cuando le lleves
en pliegos de suspiros
sospechas impacientes
con tu amoroso pico;
si en mi memoria duerme,
del sueño de su olvido
es bien que le despiertes;
castígale descuidos,
amores le agradece,
preséntale firmezas,
favores le promete.
Pajarito que vas á la fuente,
bebe y vente.»
AMÓN. ¡Qué voz tan apacible!
¡Qué quejas tan ardientes!
¡Qué acentos tan suäves!
¡Ay, Dios! ¿Qué hechizo es éste?
A su melifluo canto,
corrido el viento vuelve,
que en fe que se detuvo,
muy bien puede correrse;
y por acompañar
su voz, la hace que temple
los tiples de estas hojas,
los bajos de estas fuentes,

Amor, no sé qué os diga,
si vuestro rigor viene
á oscuras y de noche
porque los ojos cierre,
como á la voz iguale
la belleza que suele
ser ángel en acentos
y en rostro ser serpiente...
¡Triunfad, niño absoluto,
de un corazón rebelde,
si rústico, ya noble,
si libre, ya obediente!

DINA. Vuelve á cantar, señora,
que por oirte y verte
el sol, músico ilustre,
anticiparse quiere.

AMÓN. Si por verla y oirla
sus rayos amanecen,
¿quién duda que es hermosa?
¿Quién duda que conviene
su cara con su canto?
¡Ay, Dios, quién mereciese
atestiguar de vista
lo que de oídos siente!

TAMAR. ¡Qué he de cantar, si lloro!

AMÓN. Entrad, celos crueles;
servid de rudimentos
con que mi amor comience.
¿Mujer ausente y firme?
¿Celoso yo y presente?
¿Sin ver enamorado?
¿Hoy libre y hoy con leyes?
¡Oh, milagrosa fuerza
de un ciego dios que vence,
sin ojos y con alas,
cuanto desnudo, fuerte!

DINA. Así tu amante goces,
y de tus años cuentes
los lustros á millares
en primavera siempre,
que, prosiguiendo, alivies
el calor que suspendes
y olvidas con oirte.

TAMAR. Va, pues que tú lo quieres. *(Canta.)*
«¡Ay, pensamiento mío,
cuánto allá te detienes!
¡Qué leve que te partes!
¡Con qué pereza vuelves!
¡Celosa estoy que goces
de mi adorado ausente
la vista con que aplacas
la ardiente sed de verle!
Si acaso de sus labios
el dulce néctar bebes,
que labran sus palabras
y hurtalle algunas puedes.
Pajarito que vas á la fuente,
bebe y vente.

AMÓN. ¿Hay más apacible rato?
¡Espíritus celestiales,
si entre músicas mortales,
ver queréis vuestro retrato,
venid conmigo! Acercarme
quiero un poco... mas caí. *(Cae.)*

TAMAR. ¡Ay, cielos! ¿Quién está ahí?

AMÓN. Ya es imposible ocultarme;
aunque la noche es de suerte
que mentir mi nombre puedo;
pues con su oscuridad quedo
seguro que nadie acierte
y vea el traje en que estoy.

TAMAR. ¿Qué es esto?

AMÓN. Déme la mano;
hijo soy del hortelano,
que he caído. Al diablo doy
la música, que ella hué
ocasión que tropezase
en un tronco y me quebrase
la espinilla, ¿no me ve?

DINA. ¿No veis vos por dónde andáis,
y os hemos de ver nosotras?

AMÓN. ¡Pardios, damas ó quillotras,
lindamente lo cantáis!
Oyéraos yo doce días
sin dormir.

TAMAR. ¿Haos contentado?

AMÓN. ¡Pardios, que lo habéis cantado
como un gigante Golias!
Dadme la mano, que peso
un monte. *(Aparte.)* Tomésela,
besésela y juro en verla, *(Bésasela.)*
que á la miel me supo el beso.

TAMAR. Atrevido sois, villano.

AMÓN. ¡Qué quiere!, siempre se vido,
ser dichoso el atrevido.

TAMAR. Al fin, ¿sois el hortelano?

AMÓN. ¡Sí, pardiez, é inficionado
á mósicas!

DINA. ¡Buen modorro!

AMÓN. ¡Pardios, vos tenéis buen chorro!
Si en la cara os ha ayudado
como en la voz la ventura,
con todo os podéis alzar;
aunque no se suele hallar
con buena voz la hermosura.

TAMAR. Tosco pensamiento es ese.

AMÓN. ¿No suele, aunque esto os espanta,
decirse á la que bien canta:
«quién te oyese y no te viese?»

TAMAR. Cumpliráos ese deseo
la oscuridad que hace agora.

AMÓN. Antes me aburro, señora,
pues ya que os oigo no os veo.

TAMAR. Pues ¿no me habéis conocido?

AMÓN. Sois tantas las que aquí estáis,
y de día y noche andáis
pasando el jardín florido,
que como no me expliquéis
vueso nombre, no me espanto
que no os conozca en el canto;
porque aunque tal vez lleguéis
á retozarme, y me quejo
de más de un pellizco y dos
que me dais, quizá, ¡pardios!,
porque el Rey, que ya está viejo,
os cumple mal de josticia,
tiniendo tanta mujer,
soy rudo en el conocer.

TAMAR. ¡Qué villano!

DINA. ¡Y qué malicia!

TAMAR. ¡Fiad burlas de esta gente!

AMÓN. ¿Quiere decirme quién es
y llevaréla después
de flor y fruta un presente?

TAMAR. Sois muy hablador.
AMÓN. (*Aparte.*) El guante
de la mano le quité
(*Quítale el guante de la mano.*)
cuando á besarla llegué.
TAMAR. Vamos.
AMÓN. No se vaya, cante;
¡así le remoce el cielo
á David, si es su marido!
TAMAR. Un guante se me ha caído.
AMÓN. Debe de estar en el suelo.
Halléle ¡pardios! que gano
en hallazgos mucho ya.
TAMAR. ¿Qué es de él?
AMÓN. Tome.
TAMAR. Dadle acá.
AMÓN. Beséla otra vez la mano. (*Bésasela.*)
TAMAR. ¿Quién tanta licencia os dió?
Villano.
AMÓN. Mi dicha sola.
TAMAR. Dadme acá el guante.
AMÓN. Mamóla.
(*Vásele á dar y búrlala.*)
TAMAR. ¿Luego no le hallaste?
AMÓN. No.
TAMAR. ¿No gustas de lo que pasa?
DINA. Buen jardinero.
AMÓN. (De amor)
¿Que pensáis todo esto es flor?
TAMAR. Yo haré que os echen de casa.
¡Vamos!
DINA. ¿Has de ver mañana
la boda de Elisa?
TAMAR. Sí.
DINA. ¿Qué vestido?
TAMAR. Carmesí.
AMÓN. Seréis un clavel de grana.
(De aquí mis venturas saco.)
Qué, ¿sin cantar más se van?
¿Sus nombres no me dirán?
DINA. No, que sois un gran bellaco.
(*Vanse.*)

ESCENA VI

AMÓN.

Agora, noche, sí que á oscuras quedo,
pues un sol hasta aquí tuve delante;
libre de amor entré, ya salgo amante;
reíame antes de él, ya llorar puedo.
¡Ay, amorosa voz, oscuro enredo!
¡Cifrad vuestra ventura en solo un guante,
que si iguala á su música el semblante
victorioso quedáis, yo os lo concedo!
¡Cuando más descuidado, más rendido!
Sin saber á quien quiero, enamorado;
asaltando murallas y vencido!
Mas dichoso, rapaz, vuestro cuidado,
si sacando quién es por el vestido,
la suerte echáis no en blanco, en encarnado.
(*Vase*).

ESCENA VII

Salen ABSALÓN, ADONIAS, ABIGAIL, *reina, y* BERSABÉ.

ABIGAIL. ¿Quedaba el Rey, mi señor,
bueno?
ABSALÓN. Alegre salud goza;
que en el bélico furor
parece que se remoza
y le da sangre el valor.
ABIGAIL. Quitarále la memoria
de nosotras, el deseo
del triunfo de esa victoria.
ADONIAS. Amaros es su trofeo;
conservaros es su gloria.
ABSALÓN. Poca ocasión habrá dado
á que su olvido os espante;
pues no sé que se haya hallado,
ni en guerra, más firme amante,
ni en paz, más diestro soldado.
En la más ardua victoria
es vuestro amor buen testigo
que tiene, en fe de su gloria,
la espada en el enemigo
y en vosotras la memoria.
ADONIAS. Bien sabe eso Bersabé
y Abigail no lo ignora.
ABIGAIL. Que estoy triste sin él, sé.
BERSABÉ. Y yo que en su ausencia llora
quien vive cuando le ve.
ABIGAIL. ¿Pensáis volveros tan presto
al cerco?
ADONIAS. Las treguas son
tan breves, que el Rey ha puesto
que no sufran dilación.
ABSALÓN. Yo, mañana, estoy dispuesto
á partirme.
ADONIAS. Y yo también.
ABIGAIL. Escribiré con los dos
al Rey, que si quiere bien
dedique psalmos á Dios,
seguro en Jerusalén,
y en la guerra no consuma
la plata que peina helada,
que, aunque en su esfuerzo presuma,
el viejo cuelga la espada
y el sabio juega la pluma.
ABSALÓN. A ambas cosas se acomoda
mi padre.
BERSABÉ. Galán venís,
Absalón.
ABSALÓN. Soy hoy de boda.
BERSABÉ. Y vos, Infante, salís
para que la corte toda
se vaya tras vos perdida.
ADONIAS. Autorizamos la fiesta
que es la novia conocida.

ESCENA VIII

Salen AMÓN, *muy triste, y* JONADAB *y* ELIAZER.
DICHOS. *Después* UN CRIADO.

ELIAZER. ¿Qué novedad será esta,
señor?
AMÓN. Es mudar de vida.
JONADAB. ¿Qué te sucedió que así

desde que el jardín entraste,
ni duermes, ni estás en ti?

ELIAZER. ¿Qué viste cuando llegaste?

AMÓN. Triste estoy porque no vi.
Dejadme, que de opinión
y vida, mudar pretendo;
no quiero conversación,
porque ya, con quien me entiendo
sólo es mi imaginación.
(Aparte.) ¡Ay, encarnado vestido,
si á verme salieses ya!

ABSALÓN. ¡Oh, Príncipe!

ABIGAIL. ¡Amón querido!

AMÓN. Las treguas que David da
á veros nos han traido.

ADONIAS. Y agora el casarse Elisa,
nuevas fiestas ocasiona
que dan á las galas prisa.

AMÓN. Merécelo su persona.

ABSALÓN. Para vos cosa de risa
son casamientos y amores.

AMÓN. No sé lo que en eso os diga.
(Sale un Criado.)

CRIADO. Josefo espera, señores,
que le honréis.

ADONIAS. Y él nos obliga
á que le hagamos favores.

ABSALÓN. ¿Venís, Príncipe?

AMÓN. Después,
que tengo que hacer agora.

ABSALÓN. Adonias, vamos pues.
(Vanse todos menos Amón.)

ESCENA IX

AMÓN.

Salid ya, encarnada aurora,
prostraréme á vuestros pies;
salid, celeste armonía
que en la voz enamoráis,
vea vuestro sol mi día,
y sepa yo si igualáis
la cara á la melodía.
¿Si mudará parecer?
¿Si trocará la color
que mi remedio ha de ser?
¿Si querrá vengarse amor
de mi libre proceder?
No lo permitáis, dios ciego;
sepa yo, pues que me abraso,
quién es la que enciende el fuego;
no hagáis de arrogancias caso,
pues las armas os entrego.
Ya salen acompañando
á los desposados, todos.
(Música: toda la compañía de dos en dos muy bizarros; y saca Tamar un vestido rico de carmesí, y los novios detrás; dan una vuelta y éntranse.)
Dudo, alegre, temo amando;
¡ay, amor! ¡Por qué de modos
almas estáis abrasando!
Quiero, escondido, de aquí,
ver sin ser visto, si pasa
quien me tiraniza así.
¡Ay Dios, ya el fuego me abrasa
de un vestido carmesí!
¿No es esta de lo encarnado
mi hermana? ¿No es ésta, cielos,
Tamar? ¡Buena suerte he echado!
¡Ay, imposibles desvelos!
¿De mi hermana enamorado?
¡Malhaya el jardín, amén;
la noche triste y oscura;
mi vuelta á Jerusalén;
malhaya, amén, mi locura,
que para mal de mi bien,
libre me obligó á saltar
los muros de amor tirano!
¡Alma, morir y callar,
que siendo amante y hermano
lo mejor es olvidar!
Más vale, cielos, que muera
dentro mi pecho esta llama
sin que salga el fuego afuera;
ausente, olvida quien ama,
amor es pasión ligera.
Al cerco quiero partirme,
que á los principios se aplaca
la pasión que no es tan firme.
¿Eliazer?

ESCENA X

Salen ELIAZER *y* JONADAB.

ELIAZER. Gran señor.

AMÓN. Saca...

ELIAZER. ¿Qué quieres?

AMÓN. Quiero vestirme
de camino y al campo ir.
Preven tus botas y espuelas.

JONADAB. Postas voy á prevenir.

AMÓN. Pero ciego y con pigüelas,
¿cómo podrá el sacre huir?
Deja eso; dame un vaquero
de tela, sácame un rostro,
(Vanse Eliazer y Jonadab.)
que hallarme en el sarao quiero.
De imposibles soy un mostro;
esperando desespero.
Ame el delfín al cantor,
al plátano el persa adore,
á la estatua tenga amor
el otro, el bruto enamore
la asiria de más valor;
que de mi locura vana
el tormento es más atroz
y la pasión más tirana,
pues me enamoró una voz
y adoro á mi misma hermana.
(Salen Eliazer y Jonadab.)

JONADAB. Aquí están rostro y difraz.

AMÓN. Vísteme, pues; pero quita...
que este rigor pertinaz
con la razon precipita
de mi sosiego la paz...
¡Dejadme solo! ¿No os vais?

ELIAZER. *(Ap.)* ¿Qué le habrá dado á este loco?
(Vanse Eliazer y Jonadab.)

AMÓN. Penas, si esto amor llamáis,
en distancia y tiempo poco

su infierno experimentáis.
No quiera Dios que un deseo
desatinado y cruel
venza con amor tan feo
á un príncipe de Israel.
Morir es noble trofeo.
Incurable es mi dolor:
pues ya soy vuestro vasallo
ciego Dios, dadme favor
por que adorar y callallo
son imposibles de amor. *(Vase.)*

ESCENA XI

Salen todos los de la boda, y TAMAR *con ellos, y siéntanse.*

TAMAR. Gocéis, Josefo, el estado
con Elisa, años prolijos,
con la vejez coronado
de nobles y hermosos hijos,
fruto de amor sazonado.

JOSEFO. Si vuestra alteza nos da
tan felices parabienes
¿quién duda que gozará
nuestra ventura los bienes
que nos prometemos ya?

ELISA. A lo menos desearemos
toda esa dicha, señora,
porque con ella paguemos
lo mucho que desde agora
á vuestra alteza debemos.

ESCENA XII

UN CRIADO *y luego* AMÓN. DICHOS.

CRIADO. Máscaras quieren danzar.

TAMAR. Dese principio á la fiesta.
(Sale Amón *de máscara.)*

JOSEFO. El cielo pintó en Tamar
con una hermosura honesta
un donaire singular.
(Danzan y entretanto Amón, *de máscara, hinca la rodilla al lado de* Tamar.)

AMÓN. ¿De qué sirve entre los dos
mi rebelde resistencia,
amor, si en fuerzas sois Dios
y tiráis con tal violencia
que al fin me lleváis tras vos?
Desocupado está el puesto
de mi imposible tirana;
deudor os soy solo en esto:
¡que de estorbos, cruel hermana,
en mi amor el cielo ha puesto!
Por gozar tal coyuntura
(Habla á Tamar.)
bien me holgara yo, señora,
que casara mi ventura
una dama cada hora;
puesto que la noche oscura
también voluntades casa,
hecho tálamo un jardín,
donde, cuando el tiempo abrasa,
con voces de un serafín
hizo cielo vuestra casa.
Yo sé quien, antes de veros,
enamorado de oiros,
los árboles lisonjeros
movió anoche con suspiros
y á vos no pudo moveros.
Yo sé quien besó una mano
dos veces ¡fueran dos mil!
yo sé...

TAMAR. Fingido hortelano,
para vuestro mal sutil
y para mi honor villano;
ya el engaño he colegido,
que en fe de su oscuridad,
os hizo anoche atrevido.
La sagrada inmunidad
del palacio habéis rompido;
pero, agradeced que intento
no dar á esta fiesta fin
que lastime su contento;
que hoy os sirviera el jardín
de castigo y escarmiento.

AMÓN. De castigo, cosa es clara,
que vuestro gusto cumplió
mi fortuna siempre avara,
pero de escarmiento no.
¡Ojalá que escarmentara
yo en mí mismo! Más no temo
castigos, que el cielo me hizo
sin temor, con tanto extremo
que yo mismo el fuego atizo
y brasas en que me quemo.

TAMAR. ¿Quién sois vos, que habláis ansí?

AMÓN. Un compuesto de contrarios,
que desde el punto que os vi,
me atormentan, temerarios,
y todos son contra mí.
Una quimera encantada;
soy una esfinge en quien lucho,
un volcán en nieve helada,
y, en fin, por ser con vos mucho,
no vengo, Infanta, á ser nada.

TAMAR. ¿Vióse loco semejante?

AMÓN. Yo sé que anoche perdistes,
porque yo ganase, un guante;
la mano que á un pastor distes
dadla agora á un firme amante.

TAMAR. Máscara descomedida,
levantáos luego de aquí,
que haré quitaros la vida.

AMÓN. Esa anoche la perdí;
tarde vendrá quien la pida.
Mas, pues no es bien que un villano
más favor de noche hagáis
que á un ilustre cortesano,
que queráis ó no queráis
os he de besar la mano.
(Bésala y vase.)

TAMAR. ¡Ola, matadme ese hombre!
(Levántanse todos.)
¡Dejad la fiesta, seguidle!

JOSEFO. ¿Qué tienes? ¿Qué hay que te asombre?

TAMAR. ¡No me repliquéis, heridle,
dadle muerte ó dadme nombre
de desdichada!

ELIAZER. Dejemos
el sarao, que hacer es justo
lo que manda.

JOSEFO. Siempre vemos

que del más cumplido gusto
son pesares los extremos.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Sale AMÓN, *vistiéndose, muy melancólico, con ropa y montera, y* ELIAZER *y* JONADAB.

JONADAB. No lo aciertas, gran señor,
en levantarte.
AMÓN. Es la cama
potro para la paciencia.
ELIAZER. Un discreto la compara
á los celos.
AMÓN. ¿De qué modo?
ELIAZER. De la suerte que regalan
cuando pocos, si son muchos,
ó causan flaqueza ó matan.
AMÓN. Bien has dicho. ¡Hola!
JONADAB. Señor.
AMÓN. Dadle cien escudos.
ELIAZER. Pagas
como Príncipe, no solo
las obras, más las palabras.
AMÓN. ¿Qué es esto?
JONADAB. Darte aguamanos.
AMÓN. Si con fuego me lavara
pudiera ser que estuviera
mejor, pues me abrasa el agua.
Dime algo que me entretenga.
¿Qué es la causa de que callas
tanto, Eliazer?
ELIAZER. No sé cómo
darte gusto; ya te enfadas
con que hablando te diviertan;
ya darte música mandas,
ya á los que te hablan despides,
y riñes á quien te canta.
JONADAB. Esta tu melancolía
tiene, señor, lastimada
á toda Jerusalén.
ELIAZER. No hay caballero ni dama
que á costa de alguna parte
de su salud, no comprara
la tuya.
AMÓN. ¿Quiérenme mucho?
ELIAZER. Como á su Príncipe.
AMÓN. Basta.
No me habléis más en mujeres:
¡pluguiera á Dios que se hallara
medio con que conservar
la naturaleza humana
sin haberlas menester!—
¿Vino el médico?
JONADAB. ¿No mandas
que ninguno te visite?
AMÓN. Si supieran como parlan,
no estuviera enfermo yo.
ELIAZER. No estudian, señor, palabra;
sangrar y purgar son polos
de su ciencia.
AMÓN. Y su ganancia.
JONADAB. Todo es seda, ámbar y mulas;
si dos de ellos enviara
á Egipto ó Siria, David,
con solas plumas, mataran
más que su ejército todo.
ELIAZER. Juntáronse ayer en casa
de Délbora, seis doctores,
que ha días que está muy mala,
para consultarse entre ellos
la enfermedad, y aplicarla
algún remedio eficaz.
Apartáronse á una sala,
echando la gente de ella;
dióle gana á una criada
(que bastaba ser mujer)
de escuchar lo que trataban;
y cuando tuvo por cierto
que del mal filosofaban,
de la enferma, y experiencias
acerca de él relataran,
oyó preguntar al uno:
«Señor doctor, ¿qué ganancia
sacará vuesa merced
una con otra semana?
Respondió: cincuenta escudos,
con que he comprado una granja,
veinte aranzadas de viñas,
y un soto en que tengo vacas;
pero no me descontenta
el buen gusto de las casas
que tuvo vuesa merced,
(dijo otro): Son celebradas.
No sé qué hacer del dinero
que gano; ¡cosa extremada
es ver que, sin ser verdugo
porque matamos nos pagan!—
Dejad eso (replicó
otro) y decid de qué traza
os fué en el juego de anoche.—
Perdí, son suertes voltarias.
Pero ¿tenéis muchos libros?—
Doscientos cuerpos no bastan,
con cuatro dedos de polvo,
que ni ellos hablan palabra
ni yo las que encierran miro.
Ostentación é ignorancia
nos han dado de comer;
más ha de cuatro semanas
que no hojeo, si no son
pechugas de pavos, blancas;
lomos de gazapos tiernos
y con pimienta y naranja,
perdiz, pichón y vaquita,
(así á la ternera llaman
los hipócritas al uso).—
Pero lo parlado basta;
vamos á ver nuestra enferma,
que estará muy confiada
en nuestra consulta.» Fueron
y dijo el de mayor barba:
«Lo que se saca de aquí
es que al momento se haga
una fricación de piernas,
y por todas las espaldas
la echen catorce ventosas,
las tres ó cuatro sajadas.
Pónganla en el corazón

un socrocio, y fomentada
con manteca de azahar,
tenga en el cielo esperanza
que la consulta de hoy
la ha de dar muy presto sana.»
Diéronles doscientos reales
y volviéronse á su casa
bien medrados de la junta
como te he contado.

AMÓN. Calla,
relator impertinente,
que me atormentas y cansas.
¿Es posible que hables tanto?

ELIAZER. ¿Tú, señor, no me lo mandas?
Si callo, te doy pesar:
en hablando me amenazas.
Dios te de sosiego y gusto.

AMÓN. ¿Qué es aquello? ¡Hola! ¿quién can- [ta?

JONADAB. Músicos que recibistes
para que sus consonancias
tu melancólico humor
alivien.

AMÓN. ¡Industria vana!
(*Cantan desde adentro.*)
«Pajaricos que hacéis al alba
con lisonjas alegre salva,
cantadle á Amón,
que tristezas le quitan la vida
y no sabe si son de amor,
y no sabe si de amor son.»

AMÓN. Hola, Eliazer, Jonadab,
echadlos por las ventanas,
dadlos muerte, sepultadlos:
haciendo ataud las tablas
de sus necios instrumentos
tendrán sepultura honrada,
como gusanos de seda
en sus capullos.

JONADAB. ¡Qué extraña
pasión de melancolía!

AMÓN. ¿No imitan en una casa
á su señor los criados?
¿Yo llorando y ellos cantan?
¿Mi enfermedad les alegra?

ESCENA II

DICHOS *y sale* UN MAESTRO DE ARMAS.

ELIAZER. Aquí está el maestro de armas
que viene á darte lección.

AMÓN. Dadme, pues, la negra espada,
aunque pues se queda en blanco
mi nunca verde esperanza,
mejor que la espada negra
pudiera jugar la blanca.

MAEST. Vuelva el cielo, gran señor,
los colores á tu cara,
que, la tristeza, marchita
con la salud que te falta.

AMÓN. Retórico impertinente,
el que es diestro jamás habla;
jugad las armas callando
ó no os preciéis de las armas.

MAEST. Perdóneme vuestra alteza.—
Dije en la lección pasada
que con estas dos posturas
al enemigo se ganan
medio pie de tierra.

AMÓN. Siete,
que son los que á un cuerpo bastan:
cuando os haya muerto á vos,
darán quietud á mis ansias.
(*Da tras el* Maestro.)

MAEST. ¿Qué es que hace vuestra alteza?

AMÓN. Castigar vuestra arrogancia.
Necios, el mal que me aflige
siendo de amor, no se saca
con bélicos instrumentos.
Morid todos, pues me matan
invisibles enemigos.
(*Corre detrás de todos.*)

MAEST. Huyamos, mientras se amansa
el frenesí de su furia.
(*Huyen todos.*)

AMÓN. Si hubiera armas que mataran
la memoria que me aflige,
¡qué buenas fueran las armas!
Hola, Eliazer, Jonadab,
Josepho, Abiatar, Sisara.
¿No hay quien venga á dar alivio
al tormento que me abrasa?

ESCENA III

AMÓN *y salen* ELIAZER *y* JONADAB.

JONADAB. Gran señor, sosiégate.

AMÓN. ¿Cómo? si es quimera mi alma
de contradicciones hecha,
de imposibles sustentada.
¿No estaba en la cama yo?
¿Quién me ha cubierto de galas?
Desnudadme presto, presto.

ELIAZER. Tú te vistes y levantas
contra la opinión de todos.

AMÓN. Mentís.

JONADAB. Desnúdale y calla.

AMÓN. ¿Yo sedas en vez de luto?
¡Ay, libertad malograda!
¿Muerta vos y yo de fiestas?
Sayal negro, gerga basta,
os tienen de hacer desde hoy
las obsequias lastimadas.
(*Suenan cajas dentro.*)
¿Qué es esto?

JONADAB. Gran señor, viene
tu padre, Rey y monarca
de las doce ilustres tribus,
entre clarines y cajas,
triunfando á Jerusalén
después que por tierra iguala
del idólatra Amonita
las ciudades rebeladas.
Sálenle, con bendiciones,
músicas, himnos y danzas
á recibir á sus puertas,
cubiertas de cedro y palma,
los cortesanos alegres,
y la victoria le cantan
con que triunfó de Golias
sus agradecidas damas.
Sal á darle el parabién,

y con su célebre entrada
suspenderás tu tristeza.

AMÓN. Al melancólico agravan
el mal, contentos ajenos.
Idos todos de mi casa,
dejadme á solas en ella,
mientras veis que me acompañan
desesperación, tristeza,
locura, imposibles, rabia,
pues cuando mi padre triunfe
muerte me darán mis ansias. *(Vase.)*

JONADAB. ¡Lastimoso frenesí!

ELIAZER. ¿Que no se sepa la causa
de tanto mal?

JONADAB. ¿Si es de amor?

ELIAZER. A serlo ¿quién rehusará
á quien hereda este reino?

JONADAB. No sé, por Dios. Mas, pues, calla
la ocasión de su tristeza,
ó Amón está loco ó ama. *(Vanse.)*

ESCENA IV

Salen, marchando con mucha música, por una puerta JOAB, ABSALÓN, ADONIAS *y tras ellos* DAVID, *viejo, coronado; por otra,* TAMAR, BERSABÉ, MICOL *y* SALOMÓN; *dan vuelta y dice*

DAVID.

Si para el triunfo es lícito, adquirido
después de guerras, levantar trofeos,
premio, si muchas veces repetido,
aliento de mis bélicos deseos;
si tras desenterrar del viejo olvido
de asirios, madianitas, filisteos,
de Get y de Canam victorias tantas,
inexausta materia á plumas santas.
Si después que en los brazos guedejudos
del líbico león, fuerzas bizarras
hipérboles venciendo, hicieron mudos
elogios, que el laurel convierte en parras,
y en juvenil edad miembros desnudos,
galas haciendo las robustas garras
del oso informe entre el crespado vello
como joyas sus brazos me eché al cuello.
En fin, si tras hazañas adquiridas
en la robusta edad, que amor dilata,
gravada en su memoria las heridas,
ejecutoria de quien honras trata,
agora á esta pequeña reducidas,
cuando á mi edad el tiempo paga en plata
el oro que le dió juventud leda,
que, pues se trueca y pasa ya es moneda,
por solo una corona que he quitado
al Amonita rey de los cabellos;
cuatro coronas mi valor premiado
en vuestros ocho brazos gana bellos:
quisiera, con sus círculos honrado,
que brotaran de aqueste otros tres cuellos,
y hecha Jerusalén de amor teatro,
viera un amante con coronas cuatro.
Ya Rábata, que corte incircuncisa
del Amonita fué, ruïnas solas
ofrece al tiempo que caduco pisa
montes altivos de cerúleas olas;
ya la tristreza trasformada en risa,
muerta Belona, cuatro laureolas
lisonjean mi gozo con sus lazos,
reduciendo mi cuello á vuestros brazos.
Micol querida, que por tantos años
á indigno poseedor diste trofeos,
da envidia á la venganza, á amor engaños,
al tiempo que contar, y á mí deseos;
dadme entre esos abrazos desengaños
como yo á vuestras aras filisteos,
sus prepucios al Rey incircuncisos,
plumas al sabio y á la fama avisos.
Discreta Abigail, á quien el cielo
gracia de aplacar cóleras ha dado
del bárbaro pastor en el Carmelo,
premio no merecido ni estimado,
en esos brazos, polos del consuelo,
en quien vive mi amor depositado,
descanse mi vejez, que pues los goza
si largos años cuenta ya está moza.
Hermosa Bersabé, ninfa del baño,
que sirviéndoos de espejo en fuentes frías,
brillando el sol en ellas, de un engaño
dieron causa á un pequé, lágrimas mías,
ya se restaura en vos el mortal daño
del malogrado por leal Urías,
pues dais quien edifique templo al Arca,
paz á los tiempos y á Israel monarca.
Y vos, mi Salomón, noble sujeto,
en quien vos ciencia infusa deposite,
de la fábrica célebre Arquitecto
que la gloria de Dios en niebla imite,
el Líbano de Hirau grato y discreto
cedros os corta donde eterna habite
la incorrupción que el tiempo no maltrata,
con oro os sirve Ofir, Tarsis con plata.
Bellísima Tamar, hija querida,
cárcel del sol, en vuestras hebras preso,
dichosa mi victoria reducida
al triunfo que con veros intereso,
¿cómo estáis?

TAMAR.

Dando albricias á la vida
que vos ausente en contingencia al seso,
gran señor, puso.

ABIGAIL.

Y yo de mi deseo
pagando costas, pues que sano os veo.

DAVID.

¿Estáis mi Abigail buena?

ABIGAIL.

A serviros
dispuesta, gran señor, eternamente.

DAVID.

¿Ves hermosa Micol?

MICOL.

Tristes suspiros
en gozo trueco, pues os veo presente.

DAVID.

¿Y vos, mi Bersabé?

BERSABÉ.

De ver veniros

tierno en amores, si en valor valiente,
ríndoos toda el alma por despojos,
que á gozaros se asoma por los ojos.

DAVID.

Esta corona, peso de un talento,
ó veinte mil ducados, rica y bella,
lo fué del Amonita, que os presento
alegre en ver que sois la piedra de ella.
Mi general Joab, merecimiento
de la fama, que envidias atropella,
de mi victoria la ocasión ha sido
valiente capitán, si comedido.
A Rábata redujo á tanto aprieto,
que cifrando su sed, asoló un pozo;
dejó su asalto de llevar á efeto
y ser ejecución de su destrozo,
por avisarme á lealtad sujeto,
que á mis victorias aplicase el gozo
de esta conquista que su fe publica
las veces que Israel me la dedica:
dadle las gracias de ella.

JOAB.

En esas plantas,
puesta la boca, quedaré premiado,
pues á mayores glorias me levantas
con sólo el nombre, ¡oh Rey! de tu soldado.
Cuelga ante el Arca con tus armas santas
trofeos que á la envidia den cuidado,
y al arpa dulce, de tu gusto abismo
cántate las victorias á ti mismo.

DAVID.

Hablad á mi Absalón, á mi Adonias,
diestros en guerra, si en la paz galanes.

ABSALÓN.

A tu lado, señor ¿qué valentías
podrán dar luz á ilustres capitanes?

SALOMÓN.

Dadnos los brazos.

ABIGAIL.

Vieron nuestros días,
al tremolar hebreos tafetanes,
juntar en dos sujetos la ventura,
el esfuerzo abrazando á la hermosura.

DAVID.

Mi Amón; mi mayorazgo; el primer fruto
de mi amor ¿cómo está?

ABIGAIL.

Dando á tu corte
tristeza en verle, á su pesar tributo,
priva á la muerte que sus años corte,
llanto á sus ojos, y á nosotras luto;
pues callando su mal, no hay quien reporte
la pálida tristeza que, enfadosa,
gualdas siembra en su cara y hurta rosa.

SALOMÓN.

No hay médico tan célebre que acierte
la causa de tan gran melancolía;
ni con música ó juegos se divierte,
ni va á cazar, ni admite compañía.

BERSABÉ.

A los umbrales llama de la muerte
para dar á tu reino un triste día.

ABIGAIL.

Háblale, y el dolor que le molesta
aliviarás; su cuadra es, señor, esta.

(Corren una cortina y descubren á Amon *sentado en una silla y muy triste.)*

ESCENA V

AMÓN. DICHOS.

DAVID. ¿Qué es esto, amado heredero?
Cuando tu padre dilata
reinos que ganarte trata,
por ser tú el hijo primero,
dejándote consumir
de tus imaginaciones,
¿luto al triunfo alegre pones
que me sale á recibir?
Diviértante los despojos
que toda tu corte ha visto;
todo un reino te conquisto,
alza á mirarme los ojos;
llega á enlazar á mi cuello
los brazos, tu gusto admita
esta corona, que imita
el oro de tus cabellos.
¡Hijo! ¿No quieres hablarme?
Alza la triste cabeza
si ya con esa tristeza
no pretendes acabarme.

ABSALÓN. Hermano, ¿la cortesía
cuándo no tuvo lugar
en vuestro pecho, á pesar
de cualquier melancolía?
Mirad que el Rey, mi señor
y padre, hablándoos está.

ADONIAS. Si Adonias causa da
á conservar el amor
que en vos mostró la experiencia,
por él os ruego que habléis
á un Monarca que tenéis
llorando en vuestra presencia.

SALOMÓN. No agüéis tan alegre día.

TODOS. Príncipe, volved en vos.

DAVID. ¡Amón!

AMÓN. ¡Oh, válgame Dios,
qué impertinente porfía!
(Alza la cabeza muy triste.)

DAVID. ¿Qué tienes, caro traslado
de este triste original,
que en alivio de tu mal,
de todo el hebreo estado
la mitad darte prometo?
Gózale y no estés así;
pon esos ojos en mí,
de todo mi gusto objeto.
No se oscurezca el Apolo
de tu cara; el mal despide.
¿Qué quieres? ¡Háblame, pide!

AMÓN. Que os vais y me dejéis solo.

DAVID. Si en esto tu gusto estriba,
no te quiero dar pesar;
tu tristeza ha de causar

que yo sin consuelo viva.
Aguado has el regocijo
con que Israel se señala.
Pero ¿qué contento iguala
al dolor que causa un hijo?
¿Qué no mereciera yo,
aunque fingiéndolo fuera,
una palabra siquiera
de amor? ¿Dirásme que no?
¡Príncipe, un mirarme solo!
¡Cruel con mis canas eres!
¿Qué has? ¿Qué sientes? ¿Qué quie- [res?

AMÓN. Que os vais y me dejéis solo.

ABSALÓN. El dejarle es lo más cuerdo,
pues persuadirle es en vano.

DAVID. ¿Qué vale el reino que gano,
hijos, si al Príncipe pierdo?

(Vanse; y al entrarse Tamar, *llámala* Amón *y levántase de la silla.)*

ESCENA VI

TAMAR *y* AMÓN.

AMÓN. Tamar. ¡Ah, Tamar! Señora.
¡Ah, hermana!

TAMAR. ¡Príncipe mío!

AMÓN. Oye de mi desvarío
la causa que el Rey ignora.
¿Quieres tú darme salud?

TAMAR. A estar su aumento en mi mano,
sabe Dios, gallardo hermano,
con cuánta solicitud
hierbas y piedras buscara,
experiencias aprendiera,
montes ásperos subiera,
filósofos consultara,
para volver á Israel
un Príncipe, que la muerte
pretende quitarle.

AMÓN. Advierte
que no siendo tú cruel,
sin piedras, drogas ni yerbas,
metales, montes ó llanos,
está mi vida en tus manos,
y que en ellas la conservas.
Toma este pulso; en él pon *(Tómale.)*
los dedos como instrumento,
á cuyo encendido acento
conceptos del corazón
entiendas.

TAMAR. Desasosiego
muestra.

AMÓN. Cáusanle mis penas.
Sangre encierran otras venas;
en las mías todo es fuego
(Tómale á Tamar *las manos.)*
¡Ay, manos que el alma toca,
(Bésaselas.)
pagando en besos agravios!...
¡Quién se hiciera todo labios
para gloria de esta boca!

TAMAR. Por ser tu hermana, consiento
los favores que me haces.

AMÓN. Y porque ansí satisfaces
la pena de mi tormento.

TAMAR. Dime ya tu mal; acaba.

AMÓN. ¡Ay, hermana, que no puedo!
Es freno del alma el miedo.
Darte parte de él pensaba...,
pero... vete, que es mejor
morir mudo. ¿No te vas?

TAMAR. Si determinado estás
en eso, sigo tu humor.
Vóyme; adiós.

AMÓN. ¡Crueldad extraña!
Oye

TAMAR. Vuelvo.

AMÓN. Pero... vete.

TAMAR. Alto.

AMÓN. Vuelve y contaréte
el fiero mal que me engaña.

TAMAR. Si de una hermana no fías
tu secreto, ¿qué he de hacer?

AMÓN. *(Aparte.)* De ser hermana y mujer,
nacen mis melancolías.
¿Posible es que no has sacado
por el pulso mi dolor?

TAMAR. No sé yo que haya doctor
que tal gracia haya alcanzado.
Si hablando no me lo enseñas,
mal tu enfermedad sabré.

AMÓN. Pues yo del pulso bien sé
que es lengua que habla por señas.
Pero pues no conociste
por él tanto desvarío,
en tu nombre y en el mío,
hermana, mi mal consiste...
¿No te llamas tú Tamar?

TAMAR. Ese apellido heredé.

AMÓN. Quítale al Tamar la T,
y ¿dirá, Tamar...?

TAMAR. *Amar.*

AMÓN. Ese es mi mal; yo me llamo
Amón; quítale la N.

TAMAR. Serás *amo.*

AMÓN. Porque pene,
mi mal es amar; yo amo.
Si esto adviertes, ¿qué preguntas?
¡Ay, bellísima Tamar,
amo y es mi mal amar,
si á mi nombre el tuyo juntas!

TAMAR. Si como hay similitud
entre los nombres, la hubiera
en las personas, yo hiciera
milagros en tu salud.

AMÓN. Amor ¿no es correspondencia?

TAMAR. Así le suelen llamar.

AMÓN. Pues si entre Amón y Tamar
hay tan poca diferencia,
que dos letras solamente
nos distinguen, ¿por qué callo
mi mal, cuando medios hallo
que aplaquen mi fuego ardiente?
Yo, mi Tamar, cuando fuí
contra el amonita fiero,
y en el combate primero
del Rey, mi padre, seguí
las banderas y el valor,
vi sobre el muro una tarde
un sol bello haciendo alarde
de sus hazañas de amor.
Quedé ciego en la conquista
de sus ojos soberanos

y sin llegar á las manos
me venció sola su vista.
Desde entonces me alistó
amor entre sus soldados,
supe lo que eran cuidados
que hasta aquel instante, no.
Tiré sueldo de desvelos,
sospechas me acompañaron,
imposibles me animaron,
quilataron mi amor celos;
y procurando saber
quién era la causa hermosa
de mi pasión amorosa
en que me siento encender,
supe que era la Princesa,
hija del bárbaro Rey,
contraria en sangre y en ley,
si una sola amor profesa.
Y, como imposibilita
la nuestra el mezclarse, hermana,
sangre idólatra y pagana
con la nuestra israelita,
viendo mi amor imposible,
á la ausencia remití
mi salud, por que creí
que de su rostro apacible
huyendo, el seso perdido,
á pesar de tal violencia,
ejecutara la ausencia
los milagros del olvido.
Volvíme á Jerusalén,
dejé bélicos despojos,
quise divertir los ojos,
que siempre en su daño ven;
pero, ni conversaciones,
cazas, juegos ó ejercicios,
fueron remedios, ni indicios
de aplacarse mis pasiones.
Creció mi mal de día en día
con la ausencia: que quien ama,
espuelas de amor la llama,
y, en fin, mi melancolía
ha llegado á tal extremo
que aborrezco lo que pido,
lo que me da gusto olvido,
y me anima lo que temo.
Aguardé á mi padre el Rey
para que, cuando volviese,
por esposa me la diese;
que, aunque de contraria ley
la nuestra, hermana, dispensa
del Deuteronomio santo,
con que cuando amare tanto
como yo, y casarse piensa
con mujer incircuncisa
ganada en lícita guerra,
la traiga á su casa y tierra
donde en paz sus campos pisa,
le quite el gentil vestido
y la adorne de otros bellos,
le corte uñas y cabellos
y pueda ser su marido.
Esta esperanza en sosiego
hasta agora conservé,
pero ya, Infanta, que sé
que mi padre á sangre y fuego
la ciudad de quien adoro
destruyó, quedando en ella
muerta mi idólatra bella;
sangre por lágrimas lloro;
este es mi mal, imposible
de sanar, esta mi historia;
consérvala mi memoria
para hacerla más terrible.
¡Ten piedad, hermana bella,
de mí!

TAMAR. Dios, hermano, sabe
si cuanto es tu mal más grave
me aflije más tu querella.
Mas yo ¿cómo puedo Amón
remediarte?

AMÓN. Bien pudieras,
si tú, mi Tamar, quisieras.

TAMAR. Ya espero la conclusión.

AMÓN. Mira, hermana de mi vida,
aunque es mi pasión extraña
como es niño amor, se engaña
con cualquier cosa fingida.
Llora un niño, y á su ama
pide leche, y dale el pecho
tal vez otra, sin provecho,
donde, creyendo que mama
solamente se entretiene.
¿No has visto fingidas flores
que, en apariencia y colores
la vista á engañarse viene?
Juega con la espada negra
en paz, quien la guerra estima,
engañando con la esgrima
las armas con que se alegra;
hambriento he yo conocido
que de partir y trinchar
suele más harto quedar
que los otros que han comido;
pues mi amor, en fin, rapaz,
si á engañarle hermana llegas,
si amorosas tretas juegas,
si tocas cajas en paz,
si le das fingidas flores,
si el pecho toma á un engaño,
si esgrime seguro el daño,
si de aparentes favores
trincha el gusto que interesa,
podrá ser, bella Tamar,
que sin que llegue al manjar
le satisfaga la mesa.
Mi Princesa malograda
fué imagen de tu hermosura;
suspender mi mal procura
en su nombre transformada.
Sé tú mi dama fingida:
consiente que te enamore,
que te ronde, escriba, llore,
cele, obligue, alabe, pida:
que el ser mi hermana, asegura
á la malicia sospechas,
y mis llamas satisfechas
al plato de tu hermosura,
mientras el tiempo las borre,
serás fuente artificial,
que alivia al enfermo el mal,
sin beber, mientras que corre.

TAMAR. Si en eso estriba no más,
caro hermano, tu sosiego,

tu gusto ejecuta luego,
que en mí tu dama hallarás,
quizá más correspondiente
que la que ansí te abrasó.
Ya no soy tu hermana yo;
preténdeme diligente,
que, con industrioso engaño,
mientras tu hermana no soy,
para que sanes, te doy
de término todo este año.

AMÓN. ¡Oh, lengua medicinal!
¡Oh, manos de mi ventura!
(Besa las manos de Tamar.)
¡Oh, cielo de la hermosura!
¡Oh, remedio de mi mal!
Ya vivo, ya puedo dar
salud á mi mortal llama.

TAMAR. ¿Dícesme eso como á dama,
ó solo como á Tamar?

AMÓN. Como á Tamar hasta agora;
más, desde aquí, como á espejo
de mi amor.

TAMAR. ¿Luego ya dejo
de ser Tamar?

AMÓN. Sí, señora.

TAMAR. ¿Princesa soy amonita?

AMÓN. Finge que en tu patria estoy,
y que hablar contigo voy
al alcázar, donde habita
tu padre, el Rey, que cercado
por el mío, está afligido;
y yo en tu amor encendido,
después de haberte avisado
que esta noche te he de ver,
entro atrevido, y seguro
por un portillo del muro,
y tú, por corresponder
con mi amor, á recibirme
sales.

TAMAR. Donosa aventura.
Comienzo á hacer mi figura.
(No haré poco en no reirme).

AMÓN. Entro, pues.—Arboles bellos
de este jardín, cuyas hojas
son ojos, que mis congojas
llora amor por todos ellos,
¿habéis visto á quien adoro?
Pero sí, visto la habéis,
pues el ámbar que vertéis
condensado en gotas de oro,
de su vista le heredáis.

TAMAR. ¿Si habrá el Príncipe venido?—
¿Sois vos, mi bien?

AMÓN. Qué, ¿he adquirido
el blasón con que me honráis?
¡Dichoso mi amor mil veces!

TAMAR. ¿Venís solo?

AMÓN. No es discreto
el amor que no es secreto.
¿Cómo, amores, no me ofreces
esos brazos amorosos
que con mis suspiros merco?
Pues que con los míos os cerco,
cielos de amor luminosos,
zona soy que se corona
con los signos de oro bellos
de esos hermosos cabellos;
estrellas son de esa zona
esos ojos, esas manos
que al cristal envidia dan;
la vía láctea serás
de mis gustos soberanos.
¡Ay mis manos, que me abraso
(Besa las manos á Tamar.)
si á los labios no os arrimo
con que sus llamas reprimo!
Remediadme

TAMAR. Paso, paso,
que no os doy tanta licencia.

AMÓN. ¿Dícesme eso como á hermano,
ó como amante, que ufano
está loco en tu presencia?

TAMAR. Como á hermano y á galán;
que si de veras te abrasas,
las leyes de hermano pasas;
y si favores te dan
ocasión de que así estés
la primera vez que vienes
á ver tu dama, no tienes
de medrar por descortés.
Basta, por agora, esto.
¿Cómo te sientes?

AMÓN. Mejor.

TAMAR. ¡Donosas burlas!

AMÓN. De amor.

TAMAR. Ya es sospechoso este puesto.
Vete.

AMÓN. ¿No eres tú mi hermana?

TAMAR. El serlo recato pide.

AMÓN. Como á galán me despide.

TAMAR. Vaya, pues esto te sana.

AMÓN. Adiós, dulce prenda.

TAMAR. Adiós.

AMÓN. ¿Queréisme mucho?

TAMAR. Infinito.

AMÓN. ¿Y admitís mi amor?

TAMAR. Sí admito.

AMÓN. ¿Quién es vuestro esposo?

TAMAR. Vos.

AMÓN. ¿Vendré esta noche?

TAMAR. A las once.

AMÓN. ¿Olvidaréisme?

TAMAR. En mi vida.

AMÓN. ¿Quedáis triste?

TAMAR. Enternecida.

AMÓN. ¿Mudaréisos?

TAMAR. Seré bronce.

AMÓN. ¿Dormiréis?

TAMAR. Soñando en vos.

AMÓN. ¡Qué dicha!

TAMAR. ¡Qué dulce sueño!

AMÓN. ¡Ay mi bien!

TAMAR. ¡Ay caro dueño!

AMÓN. Adiós, mis ojos.

TAMAR. Adiós. *(Vase* Amón.)

ESCENA VII

Sale JOAB, *que ha estado escuchando escondido.*
TAMAR.

JOAB. Escuchando de aquí he estado,
aunque á mi pesar, finezas,
requiebros, gustos, ternezas

de un amor desatinado.
¿Úsanse entre los hermanos,
aun de la gente perdida,
esto de mi bien, mi vida,
ceñir cuellos, besar manos?
«¡Ay, mi esposa!—¡Ay caro dueño!—
¿Mudaráste?—Seré bronce.—
¿Vendré esta noche?—A las once.—
¿Soñaré en ti? ¡Dulce sueño!»
No sé yo que haya señales
de una hermanada afición
como estas, si ya no son
Tamar, de hermanos carnales.
En pago de mis hazañas
pedirte al rey pretendí,
por esta causa emprendí
dificultades extrañas.
El primero que asaltó
á vista del campo hebreo
con muerte del jebuseo
muros en Sión, fuí yo.
Su capitán general
el rey profeta me hizo,
con que en parte satisfizo
mi pecho noble y leal.
En muestras de este deseo
siempre que á la guerra fuí,
partí, llegué, vi y vencí;
y agora llego, entro y veo
amores abominables,
ofensas de Dios, del Rey,
de tu sangre, de tu ley;
y con efectos mudables,
olvidados mis servicios,
menospreciado mi amor,
mal pagado mi valor
y de tu deshonra indicios.
Mas, gracias á Dios, que ha sido
en tiempo que queda en pie
mi honra; desde hoy haré
altares al cuerdo olvido;
al Rey diré lo que pasa
como testigo de vista,
pues, cuando extraños conquista,
afrentáis propios su casa;
y, mientras hace el olvido
en mi pecho habitación,
en el incestuoso Amón
tendrás hermano y marido.

TAMAR. Oye, espera, Joab valiente;
así alargue Dios tus años
que escuches los desengaños
de un amor, sólo aparente.
Si á un loco que con furor
rey se finge, el que es discreto
por librarle de un aprieto
le va siguiendo el humor,
le intitula majestad,
le habla hincada la rodilla,
cual vasallo se le humilla,
y teme su autoridad,
con que su fuerza sosiega;
á que adviertas te provoco
que está Amón de amores loco,
y que de esta pasión ciega
ha de morir brevemente
con que á mi padre ha de dar,
si no le mata el pesar,
vejez triste é inclemente.
Quiso á una dama amonita
que con los demás murió
cuando á Rábata asaltó
la venganza israelita.
Tiénela en el alma impresa
y la ama sin esperanza;
dice soy su semejanza,
y que si del mal, me pesa,
que le abrasa, finja ser
la que adora, y cuando venga
con amores le entretenga.
Es mi hermano, sé el poder
del ciego amor que le quema,
y para que poco á poco
aplaque el tiempo á este loco
seguí, como ves, su tema.
Mas, pues resulta en tu daño
y en riesgo de mi opinión,
muérase mi hermano Amón
y cese desde hoy tu engaño.
Si él ama, yo amo también
las partes de un capitán,
el más valiente y galán
que ha visto Jerusalén.
Pídeme á mi padre luego,
que otras hijas ha casado
con vasallos que no han dado
las muestras que en ti á ver llego,
y no ofenda esta maraña
el valor de mi firmeza,
ni un amor en la corteza
que á un enfermo amante engaña.

JOAB. Conozco tu discreción
y tus virtudes no ignoro;
tu honesta hermosura adoro
y celebro tu opinión.
No haya más celos, ni enojos;
perdone á Joab, Tamar,
que desde hoy jura no dar
crédito ni fe á sus ojos.
Si ser tu esposo intereso,
será premio de mi amor;
en fe de aquese favor
la mano, hermosa, te beso. *(Vase)*

ESCENA VIII

Sale AMÓN *al mismo tiempo que* JOAB *besa la mano á* TAMAR.

AMÓN.

Besar la mano donde el labio ha puesto
su Príncipe, un vasallo, es hecho aleve;
que el vaso se reserva donde bebe
el caballo, el vestido y el real puesto.
Como hermano, es mi agravio manifiesto;
como amante, á furor mi pecho mueve.
¡Idolo de mi amor, hermana leve
¿tan presto atormentar? ¿Celos tan presto?
Como amante ofendido y como hermano
á locura y venganza me provocas,
daré la muerte á tu Joab villano,
y cuando niegues tus mudanzas locas,
desmentiráte tu besada mano,
pues por tener con qué, buscó dos bocas.

TAMAR.

Ya sea, Amón, tu hermana, ya tu dama,
aquella verdadera, ésta fingida,
quimeras deja, tu pasión olvida;
que enferma, porque tú sanes, mi fama.
Si una difunta en mí busca tu llama,
diré que estoy para tu amor sin vida;
si siendo hermana soy de ti oprimida,
razón es que aborrezca á quien me infama.
No me hables más palabras disfrazadas,
ni con engaños tu afición reboces,
cuando Joab honesto amor pretenda;
que andamos yo y tu dama muy pegadas,
y no sé yo como tu intento goces,
sin que la una de las dos se ofenda. *(Vase.)*

ESCENA IX

AMÓN.

¿Ansí te vas, homicida?
¿Con palabras tan resueltas,
la venda y la herida sueltas
para que pierda la vida?
Pues yo te daré venganza
cruel, mudable Tamar;
que, en fin, acabas en mar
por ser mar en la mudanza.
¡Que me abraso, ingratos cielos;
que me da muerte mi rigor!

ESCENA X

Sale JONADAB.

JONADAB. ¿Qué es aquesto, gran señor?
AMÓN. Mal de corazón, de celos.
JONADAB. ¿Celos? ¿No sabré yo, acaso,
de quién?
AMÓN. Sí, que pues me muero
ni puedo callar, ni quiero:
por Tamar de amor me abraso.
JONADAB. ¿Qué dices?
AMÓN. No me aconsejes;
dame muerte, que es mejor.
JONADAB. Desatinado es tu amor;
mas, para que no te quejes
de mi lealtad conocida,
tu pasión quiero aliviar:
pierda su honra Tamar
y no pierdas tú la vida.
Fíngete malo en la cama.
AMÓN. No es mi tormento ficción.
JONADAB. Disimula tu afición
y al Rey, que te adora, llama.
Pídele que venga á darte
Tamar, tu hermana, á comer;
y cuando esté en tu poder,
no tengo que aconsejarte;
discreto eres: la ocasión
lo que has de hacer te dirá.
AMÓN. En ese remedio está
mi vida ó mi perdición.
Ve por mi padre ¿qué aguardas?
JONADAB. Como andas á tiento, amor
no distingues de color,
ni á hermanos respeto guardas.
(Vase.)

ESCENA XI

AMÓN.

Si amor consiste sólo en semejanza,
y tanto los hermanos se parecen,
que en sangre, en miembros y en valor merecen
igual correspondencia y alabanza,
¿qué ley impide lo que amor alcanza?
De Adán, los mayorazgos nos ofrecen,
siendo hermanos, ejemplos que apetecen
lo mismo que apetece mi esperanza.
Perdones, pues, la ley que mi amor priva,
vedando que entre hermanos se conserve;
que la ley natural en contra alego.
Amor, que es semejanza, venza y viva;
que, si la sangre, en fin, sin fuego hierve
¿qué hará sangre que tiene tanto fuego?

ESCENA XII

Salen DAVID, JONADAB *y* ELIAZER. AMÓN.

DAVID. De que envíes á llamarme,
hijo, arrimo de mi vida,
ya mi tristeza se olvida,
ya vuelves á consolarme.
Habla, no repares, pide.
AMÓN. Padre, mi flaqueza es tanta,
que la muerte se adelanta,
si tu favor no lo impide.
No puedo comer bocado,
ni hay manjar tan exquisito,
que alentando el apetito,
mi salud vuelva á su estado.
Como el mal todo es antojos,
paréceme, padre, á mí
que á venir Tamar aquí,
con solo poner los ojos
y las manos en un pisto,
una substancia ó bebida,
términos diera á la vida,
que ya de camino has visto.
¿Quiere, señor, vuestra alteza,
concederme este favor?
DAVID. Poco pides á mi amor:
si ansí alivias tu tristeza,
Tamar vendrá diligente.
AMÓN. Beso tus pies.
DAVID. Eso es justo.
AMÓN. Guisa Tamar á mi gusto,
y entiéndele solamente.
DAVID. No le quiero dilatar;
voy á llamar á la Infanta.
(Vase David.*)*
AMÓN. Eliazer, dime algo, canta
si alivia á amor el cantar.
ELIAZER. *(Canta.)* «Cuando el bien que adoro
los campos pisa,
madrugando el alba,
llora de risa.
Cuando los pies bellos
de mi niña hermosa
pisan, juncia y rosa,
ámbar salen de ellos;
va el campo á prendellos
con grillos de flores,

y muerta de amores,
si el sol la avisa,
madrugando el alba
llora de risa.»

ESCENA XIII

Sale TAMAR *con una toalla al hombro y una escudilla de plata entre dos platos de lo mismo.*

TAMAR. Mandóme el Rey, mi señor,
que á vuestra alteza trujese
de mi mano, que comiese,
porque conozco su humor;
ya no tendrá buen sabor
si de gusto no ha mudado,
porque aunque yo lo he guisado,
si llaman gracia á la sal,
yo vendré, Príncipe, tal,
que no estará sazonado.

AMÓN. Jonadab, salte allá fuera,
cierra la puerta, Eliazer,
(Vanse estos.)
que á solas quiero comer
manjares que el alma espera.

TAMAR. Lo que haces considera.

AMÓN. No hay ya que considerar;
tú sola has de ser manjar
del alma á quien avarienta
tanto ha que tienes hambrienta,
pudiéndola sustentar.

TAMAR. Caro hermano, que harto caro
me saldrás si eres cruel;
Príncipe eres de Israel,
todos están en tu amparo;
mi honra es espejo claro
donde me remiro y precio;
no sufrirá su desprecio
si le procuras quebrar,
ni tú otro nombre ganar
que de amante torpe y necio.
(Retirándose.) Tu sangre soy.

AMÓN. Ansí te amo.

TAMAR. Sosiega.

AMÓN. No hay sosegar.

TAMAR. ¿Qué quieres?

AMÓN. Tamar, amar.

TAMAR. ¡Detente!

AMÓN. Soy Amón, amo.

TAMAR. ¿Si llamo al Rey?

AMÓN. A Amor llamo.

TAMAR. ¿A tu hermana?

AMÓN. Amores gusto.

TAMAR. ¡Traidor!

AMÓN. No hay amor injusto.

TAMAR. Tu ley...

AMÓN. Para amor no hay ley.

TAMAR. Tu Rey...

AMÓN. Amor es mi rey.

TAMAR. Tu honor...

AMÓN. Mi honor es mi gusto.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Salen AMÓN *echando á empellones á* TAMAR, ELIAZER *y* JONADAB.

AMÓN. ¡Vete de aquí; salte fuera,
veneno en taza dorada,
sepulcro hermoso de fuera,
arpía que en rostro agrada,
siendo una asquerosa fiera!
Al basilisco retratas,
ponzoña mirando arrojas.
¡No me mires, que me matas!
¡Vete, monstruo, que me aojas
y mi juventud maltratas!
¿Que yo te quise? ¿Es posible
que yo te tuve afición?
Fruta de Sodoma horrible,
en la médula carbón
si en la corteza apacible.
¡Sal fuera, que eres horror
de mi vida y su escarmiento!
¡Vete, que me das temor!
Más es mi aborrecimiento,
que fué primero mi amor.
¡Hola, echádmela de aquí!

TAMAR. Mayor ofensa é injuria
es la que haces contra mí,
que fué la amorosa furia
de tu torpe frenesí.
¡Tirano de aqueste talle,
doblar mi agravio procura
hasta que pueda vengalle;
mujer gozada es basura;
haz que me echen á la calle,
ya que así me has deshonrado;
lama el plato en que has comido,
un perro, al suelo arrojado;
di que se ponga el vestido,
que has roto ya, algún criado.
Honra con tales despojos
á quien se empleó en servirte,
y á mí dame más enojos.

AMÓN. ¡Quién por no verte ni oirte,
sordo naciera y sin ojos!
¿No te quieres ir, mujer?

TAMAR. ¿Dónde iré sin honra, ingrato,
ni quién me querrá acoger,
siendo mercader, sin trato,
deshonrada una mujer?
Haz de tu hermana más cuenta,
ya que de ti no la has dado;
no añadas afrenta á afrenta,
que en cadenas del pecado,
perece quien las aumenta.
Tahur de mi honor has sido;
ganado has, por falso modo,
joyas que en vano te pido;
quítame la vida y todo,
pues ya lo más he perdido.
No te levantes tan presto,
pues es mi pérdida tanta,
que aunque el que pierde es molest ,
el noble no se levanta

mientras en la mesa hay resto.
Resto hay de la vida, ingrato;
pero es vida sin honor,
y así de perderla trato:
acaba el juego, traidor;
dame la muerte en barato.

AMÓN. ¡Infierno, ya no de fuego,
pues helando me atormentas!
¡Sierpe, monstruo, vete luego!

TAMAR. El que pierde, sufre afrentas
porque le mantengan juego.
Mantenme juego, tirano,
hasta acabar de perder
lo que queda: alza, villano,
la mano; quítame el ser,
y ganarás por la mano.

AMÓN. ¿Vióse tormento como este?
¡Hola! ¿No hay ninguno ahí?
¡Que esto un desatino cueste!

ELIAZER. ¿Llamas?

AMÓN. Echadme de aquí
esta víbora, esta peste.

ELIAZER. ¿Víbora, peste? ¿Qué es de ella?

AMÓN. Llevadme aquesta mujer;
cerrad la puerta tras ella.

JONADAB. Carta, Tamar, viene á ser;
leyóla y quiere rompella.

AMÓN. Echadla á la calle.

TAMAR. Ansí
estaré bien, que es razón,
ya que el delito fué aquí,
que por ellas dé un pregón,
mi deshonra, contra ti.

AMÓN. Voime por no te escuchar.
(*Vase* Amón.)

JONADAB. ¡Extraño caso, Eliazer,
tal odio tras tanto amar!

TAMAR. Presto, villano, has de ver
la venganza de Tamar.
(*Vanse.*)

ESCENA II

Salen ABSALÓN *y* ADONIAS.

ABSALÓN.

Si no fueras mi hermano, ó no estuvieras
en palacio, ambicioso, brevemente
hoy, con la vida bárbara, perdieras
el deseo atrevido é imprudente.

ADONIAS.

Si en tus venas la sangre no tuvieras
con que te honró mi padre indignamente,
yo hiciera que quedándose vacías,
de púrpura calzáran á Adonias.

ABSALÓN.

¿Tú pretendes reinar, loco villano?
¿Tú, muerto Amón del mal que le consume,
subir al trono, aspiras, soberano,
que en doce tribus su valor resume?
¿Que soy no sabes tu mayor hermano?
¿Quién competir con Absalón presume,
á cuyos pies ha puesto la ventura
el valor, la riqueza y la hermosura?

ADONIAS.

Si el reino israelita se heredara
por el más delicado, tierno y bello,
aunque no soy yo monstruo en cuerpo y cara,
á tu yugo humillara el reino el cuello;
cada tribu hechizada se enhilara
en el oro de Ofir de tu cabello,
y convirtiendo hazañas en deleites
te pecharan en cintas y en afeites.
Redujeras á damas tu consejo,
á trenzas tu corona, y á un estrado
el solio de tu ilustre padre viejo;
las armas á la holanda y al brocado;
por escudo tomaras un espejo,
y de tú misma vista enamorado,
en lugar de la espada á que me aplico,
esgrimieras, tal vez, el abanico.
Mayorazgo te dió naturaleza
con que los ojos de Israel suspendes;
el cielo ha puesto renta en tú cabeza,
pues sus madejas á las damas vendes;
cada año, haciendo esquilmos tu belleza,
cuando aliviarla de su peso entiendes,
repartiendo por tierras su tesoro
se compran en doscientos siclos de oro.
De tu belleza ser el rey procura;
déjame á mí, Israel, que haces agravio
á tu delicadeza, á tu blandura.

ABSALÓN.

Cierra, villano, el atrevido labio;
que el reino se debía á la hermosura,
á pesar de tu envidia, dijo un sabio,
señal que es noble el alma que está en ella,
que el huesped bello habita en casa bella.
Cuando mi padre al enemigo asalta
no me quedo en la corte, dando al ocio
lascivos años, ni el valor les falta
que, con mis hechos, quilatar negocio;
mi acero incircuncisa sangre esmalta;
la guerra, que jubila al sacerdocio,
en mis hazañas enseñar procura
cuán bien dice el valor con la hermosura.
Mas ¿para qué lo que es tan cierto he puesto
en duda con razones? Haga alarde
la espada contra quien te has descompuesto,
si porque soy hermoso soy cobarde.

ADONIAS.

Por adorno no más te la habrás puesto.
No la saques así, el amor te guarde,
que te desmayarás si la ves fuera.

ABSALÓN.

¡Si no saliera el Rey! ...

ADONIAS.

¡Si no saliera!...

ESCENA III

Salen el REY DAVID *y* SALOMÓN. DICHOS.

DAVID.

Bersabé, vuestra madre me ha pedido
por vos, mi Salomón; creced, sed hombre,
que si amado de Dios sois, y querido,

conforme significa vuestro nombre,
yo espero en él, que al trono real subido,
futuros siglos vuestra fama asombre.

SALOMÓN.

Vendráme, gran señor, esa alabanza
por ser de vos retrato y semejanza.

DAVID.

Príncipes....

ABSALÓN.

Gran señor....

DAVID.

¿En qué se entiende?

ADONIAS.

La paz ocupa el tiempo en novedades;
galas la mocedad al gusto vende,
si el desengaño á la vejez verdades.

ABSALÓN.

La caza, que del ocio nos defiende,
nos convida á correr sus soledades;
esta traçamos y tras ella fiestas.

DAVID.

¡Válgame Dios! ¿Qué voces serán estas?

ESCENA IV

Sale TAMAR *descabellada y de luto.*

TAMAR. Gran monarca de Israel,
descendiente del León,
que para vengar injurias
dió á Judá el viejo Jacob:
si lágrimas, si suspiros,
si mi compasiva voz,
si lutos, si menosprecios
te mueven á compasión,
y cuando aquesto no baste,
si el ser hija tuya yo
á que castigues te incita
al que tu sangre afrentó,
por los ojos vierto el alma,
luto traigo por mi honor,
suspiros al cielo envío,
de inocencias vengador.
Cubierta está mi cabeza
de ceniza; que un amor
desatinado, si es fuego,
sólo deja en galardón
cenizas que lleva el aire;
mas, aunque cenizas son,
no quitarán mancha de honra,
sangre sí, que es buen jabón.
La mortal enfermedad
del torpe príncipe Amón,
peste de la honra fué;
pegóme su contagión.
Que le guisase mandaste,
alguna cosa á sabor
de su postrado apetito...
¡Ponzoña fuera mejor!
Sazónele una sustancia;
mas las sustancias no son
de provecho, si se oponen
accidentes de afición.
Estaba el hambre en el alma,
y en mi desdicha, guisó
su desvergüenza mi agravio;
sazonóle la ocasión,
y sin advertir mis quejas,
ni el proponelle que soy
tu hija, Rey, y su hermana,
su estado, su ley, su Dios,
echando la gente fuera,
á puerta cerrada entró
en el templo de la fama
y sagrado del honor.
Aborrecióme ofendida;
no me espanto; que al fin son
enemigas declaradas
la esperanza y posesión.
Echóme injuriosamente
de su casa el violador,
oprobios por gustos dando:
¡paga, en fin, de tal señor!
Deshonrada por sus calles
tu corte mi llanto oyó:
sus piedras se compadecen,
cubre sus rayos el sol
entre nubes, por no ver
caso tan fiero y atroz.
Todos te piden justicia:
¡justicia, invicto señor!
Dirás que es Amón tu sangre:
el vicio la corrompió,
sángrate de ella, si quieres,
dejar vivo tu valor.
Hijos tienes herederos;
semejanza tuya son
en el esfuerzo y virtudes;
no dejes por sucesor
quien, deshonrando á su hermana,
menoscaba tu opinión;
pues mejor afrentará
los que tus vasallos son.
Ea, sangre generosa
de Abraham: si su valor
contra el inocente hijo
el cuchillo levantó,
uno tuvo, muchos tienes;
inocente fué, Amón no;
á Dios sirvió así Abraham,
ansí servirás á Dios.
Véncete, Rey, á ti mismo;
la justicia, á la pasión
se anteponga; que es más gloria
que hacer piezas al león.
Hermanos, pedid conmigo
justicia. Bello Absalón,
un padre nos ha engendrado,
una madre nos parió;
á los demás no les cabe
de mi deshonra y baldón
sino sola la mitad;
mis medios hermanos son;
vos lo sois de padre y madre;
entera satisfacción
tomad, ó en eterna afrenta
vivid sin fama desde hoy.
¡Padre, hermanos, israelitas,

calles, puertas, cielos, sol,
brutos, peces, aves, plantas,
elementos, campos, Dios...!
¡Justicia os pido á todos de un traidor,
de su ley y su hermana violador!

DAVID. Alzad, Infanta, del suelo.
Llamadme al príncipe Amón.
¿Esto es, cielos, tener hijos?
Mudo me deja el dolor;
hablad ojos si podéis,
sentid mi mal, lenguas sois.
¡Lágrimas serán palabras
que espliquen al corazón!
Rey me llama la justicia;
padre me llama el amor,
uno obliga y otro impele,
¿cual vencerá de los dos?

ABSALÓN. Hermana (¡nunca lo fueras!)
da lugar á la razón;
pues no le halla la venganza;
freno á tus lágrimas pon.
Amón es tu hermano y sangre;
á sí mismo se afrentó;
puertas adentro se quede
mi agravio y tu deshonor.
Mi hacienda está en Efraín.
granjas tengo en Bahalasor:
casas fueron de placer,
ya son casas de dolor.
Vivirás conmigo en ellas
que, mujer sin opinión,
no es bien que en cortes habite,
muerta su reputación.
Vamos á ver si los tiempos
tan sabios médicos son
que, con remedios de olvido,
den alivio á tu dolor.

TAMAR. Bien dices; viva entre fieras
quien entre hombres se perdió;
que á estar con ellas, yo sé
que no muriera mi honor. *(Vase.)*

ABSALÓN. *(Ap.)* Incestüoso tirano,
pronto cobrará Absalón,
quitándote vida y reino,
debida satisfacción. *(Vase.)*

ADONIAS. A tan portentoso caso,
no hay palabras, no hay razón
que aconsejen y consuelen;
triste y confuso me voy. *(Vase.)*

SALOMÓN. La Infanta es hermana mía,
del Príncipe hermano soy;
la afrenta de Tamar siento,
temo el peligro de Amón;
el Rey es santo y prudente;
el suceso causa horror,
más vale dar con el tiempo
lugar á la admiración. *(Vase.)*

ESCENA V

Sale temeroso AMÓN; DAVID *está llorando.*

AMÓN. El Rey, mi señor, me llama.
¿Iré ante el Rey, mi señor?
¿Su cara osaré mirar
sin vergüenza ni temor?
Temblando estoy á la nieve
de aquestas canas; que son
los pecados, frias cenizas
del fuego que encendió amor.
¡Qué animoso, antes del vicio,
anda siempre el pecador!
¡Cometido, qué cobarde!

DAVID. Príncipe...

AMÓN. A tus pies estoy.
(De rodillas, lejos.)

DAVID. *(Ap.)* ¿No ha de poder la justicia
aquí, más que la afición?
Soy padre, también soy Rey;
es mi hijo, fué agresor;
piedad sus ojos me piden,
la Infanta satisfacción.
Prenderéle en escarmiento
de este insulto. Pero, no;
levántase de la cama;
de su pálido color
sus temores conjeturo.
Pero ¿qué es de mi valor?
¿Qué dirá de mí Israel
con tan necia remisión?
Viva la justicia, y muera
el Príncipe violador.
(A él.) Amón.

AMÓN. Amoroso padre.

DAVID. *(Ap.)* El alma me traspasó.
Padre amoroso me llama,
socorro pide á mi amor...
Pero, muera... ¿Cómo estás?
(Vuélvese á él furioso, y en viéndole se enternece.)

AMÓN. Piadoso padre, mejor.

DAVID. *(Ap.)* En mirándole, es de cera
mi enojo, y su cara es sol.
El adulterio homicida,
con ser Rey, me perdonó
el justo Juez, porque dije
un pequé de corazón.
Venció en El, á la justicia
la piedad; su imagen soy;
el castigo es mano izquierda,
mano es derecha el perdón,
pues ser izquierdo es defecto...
(A Amón.) Mirad, Príncipe, por vos;
cuidad de vuestro regalo.
(Ap.) ¡Ay, prenda del corazón!
(Vase el Rey.)

ESCENA VI

AMÓN.

(Levántase.) ¡Oh poderosas hazañas
del amor, único dios
que hoy á David ha vencido
siendo rey y vencedor!
Que miráse por mí, dijo;
blandamente me avisó;
el castigo del prudente
es la tácita objeción.
Temió darme pesadumbre;
por entendido me doy;
yo pagaré amor tan grande
con no ofenderle desde hoy. *(Vase.)*

ESCENA VII

Sale ABSALÓN *solo.*

ABSALÓN. ¿Que una razón no le dijo
en señal de sus enojos?
¡Ni un severo mirar de ojos!
Hija es Tamar, si él es hijo.
Mas, no importa; que ya elijo
la justa satisfacción
que á mi padre la pasión
de amor ciega, pues no ve,
con su muerte cumpliré
la justicia y mi ambición.
No es bien que reine en el mundo
quien no reina en su apetito:
en mi dicha y su delito
todo mi derecho fundo.
Hijo soy del Rey, segundo.
Ha por sus culpas primero;
hablar á mi padre quiero
y del sueño despertalle
con que ha podido hechizalle
amor, siempre lisonjero.
Aquí está. Pero ¿qué es esto?

(*Tira una cortina y descúbrese un bufete, y sobre él una fuente y en ella una corona de oro de rey.*)

¿La corona en una fuente
con que ciñe la real frente
mi padre, grave y compuesto?
La mesa el plato me ha puesto
que ha tanto que he deseado;
debo de ser convidado;
si el reinar es tan sabroso
como afirma el ambicioso,
no es de perder tal bocado.
Amón no os ha de gozar,
cerco, en quien mi dicha encierro;
que sois vos de oro, y fué yerro
el que deshonró á Tamar.
Mi cabeza quiero honrar
con vuestro círculo bello;
mas rehusaréis el hacello,
pues aunque en ella os encumbre,
temblaréis de que os deslumbre
el oro de mi cabello. (*Corónase.*)
Bien me estáis; vendréisme ansí
nacida, y no digo mal,
pues nací de sangre real
y vos nacéis para mí.
¿Sabréos merecer yo? Sí.
¿Y conservaros? También.
¿Quién hay en Jerusalén
que lo estorbe? Amón. ¡Matarle!
mi padre que ha de vengarle...
Matar á mi padre.

ESCENA VIII

Sale DAVID.

DAVID. ¿A quién?

(*Saca la espada* Absalón, *sálele al encuentro* David *y hállale coronado.*)

ABSALÓN. ¡Ay, cielos! A quien no es
vasallo de vuestra alteza. (*Arrodíllase.*)

DAVID. Coronada tu cabeza,
no dices bien á mis pies.

ABSALÓN. Pienso heredarte después;
que anda el Príncipe indispuesto.

DAVID. Hástela puesto muy presto,
no serás sucesor suyo;
que de esa corona arguyo,
que como llega á valer
un talento, ha menester
mayor talento que el tuyo.
En fin, ¿me quieres matar?

ABSALÓN. ¿Yo?

DAVID. ¿No acabas de decillo?

ABSALÓN. Si llegaras bien á oillo,
mi fe habías de premiar;
si vengo, dije, á reinar
vivo tú en Jerusalén,
mi enojo probará quien
fama por traidor adquiere,
y por ser tirano, quiere
matar á mi padre.

DAVID. Bien.
¿Pues quién hay á quien le cuadre
tal título?

ABSALÓN. No sé yo...
quien á su hermana forzó
también matará á su padre.

DAVID. Por ser los dos de una madre,
contra Amón te has indignado;
pues ten por averiguado
que quien fuere su enemigo
no ha de tener paz conmigo.

ABSALÓN. Sin razón te has enojado.
¡Sólo yo, te hallo cruel!

DAVID. ¿Qué mucho, si tú lo estás
con Amón?

ABSALÓN. No le ama más
que yo, nadie en Israel;
antes, gran señor, con él
y los Príncipes quisiera
que vuestra alteza viniera
al esquilmo, que ha empezado
en Balhasor mi ganado,
y que esta merced me hiciera.
Tan lejos de desatinos
y venganzas necias vengo,
que allí banquetes prevengo
de tales personas dinos;
honre nuestros vellocinos
vuestra presencia, señor,
y divierta allí el dolor
que le causa este suceso;
conocerá que intereso
granjear sólo su amor.

DAVID. Tú fueras el fénix de él,
si estas cosas olvidaras,
y al Príncipe perdonaras,
no vil Caín, sino Abel.

ABSALÓN. Si hiciera venganza en él,
plegue á Dios que me haga guerra
cuanto el sol dora y encierra,
y contra ti rebelado,
de mis cabellos colgado
muera, entre el cielo y la tierra.

DAVID. Si eso cumples, Absalón,
mocedades te perdono;
con los brazos te corono,

si mejor corona son.
ABSALÓN. En mis labios los pies pon,
y añade á tantas mercedes,
porque satisfecho quedes,
señor, el venir á honrar
mi esquilmo, pues da lugar
la paz y alegrarte puedes.
DAVID. Harémoste mucho gasto;
no, hijo, goza tu hacienda;
al reino pide que atienda
la vejez que en canas gasto.
ABSALÓN. Pues á obligarte no basto
á esta merced, da licencia,
que, supliendo tu presencia
Adonias, Salomón,
hagan, yendo con Amón,
de mi amor noble experiencia.
DAVID. ¿Amón? Eso no hijo mío.
ABSALÓN. Si melancólico está,
sus penas divertirá
el ganado, el campo, el río.
DAVID. Temo que algún desvarío
dé nueva causa á mi llanto.
ABSALÓN. De la poca fe me espanto
que tiene mi amor contigo.
DAVID. La experiencia en esto sigo,
que cuando con el disfraz
viene el agravio, de paz,
es el mayor enemigo.
ABSALÓN. Antes el gusto y regalo
que he de hacerle ha de abonarme;
en esto pienso esmerarme.
DAVID. Nunca el recelar fué malo.
ABSALÓN. ¡Plegue al cielo que sea un palo
alguacil que me suspenda
cuando yo al Príncipe ofenda!
No me alzaré de tus pies,
padre, hasta que á Amón me des.
DAVID. Del alma es la mejor prenda;
pero en fe de que confío
en tí, yo te lo concedo.
ABSALÓN. Cierto ya de tu amor quedo.
DAVID. *(Ap.)* ¿De qué dudáis, temor frío?
ABSALÓN. Vóile á avisar.
DAVID. Hijo mío,
en olvido agravio pon.
ABSALÓN. No temas.
DAVID. ¡Ay, mi Absalón:
lo mucho que te amo pruebas!
ABSALÓN. Adiós.
DAVID. Mira que me llevas
la mitad del corazón. *(Vanse.)*

ESCENA IX

Salen TIRSO, BRAULIO, ALISO, RISELO, ARDELIO, *ganaderos y* TAMAR *de pastora, rebozada la cara con la toca.*

UNOS. *(Cantan.)* «Al esquilmo, ganaderos,
que balan las ovejas y los carneros.
OTROS. Ganaderos, á esquilmar,
que llama los pastores el mayoral.
UNO. El amor trasquila
la lana que dan,
los amantes mansos
que á su aprisco van;
trasquila la dama
al pobre galán,
aunque no es su oficio
sino repelar.
Trasquila el alcalde
al que preso está,
y si entró con lana
en *puribus* va.
Pela el escriben,
porque escribanar
con pluma con pelo
de comer le da.
Pela el alguacil
hasta no dejar
vellón en la bolsa,
plata, otro que tal.
El letrado pela,
pela el oficial,
que hay mil peladores.
si pelones hay.
TODOS. «Al esquilmo, ganaderos,
que balan las ovejas y los carneros;
ganaderos, á esquilmar,
que llama á los zagales el mayoral.»
TIRSO. Dichosas serán desde hoy
las reses que en el Jordán
cristales líquidos beben,
y en tomillos pacen sal.
Ya con vuestra hermosa vista
yerba el prado brotará,
por más que la seque el sol,
pues vos sus campos pisáis.
¿De qué estáis melanconiosa,
hermosísima Tamar,
pues con vuestros ojos bellos
estos montes alegráis?
Si dicen que está la corte
do quiera que el rey está,
y vos sois reina en belleza,
la corte es esta, no hay más.
La infantica, entretenéos,
vuesa hermosura mirad
en las aguas que os ofrecen
por espejo su cristal.
TAMAR. Temo de mirarme á ellas.
BRAULIO. Si es por no os enamorar
de vos misma, bien hacéis,
que á la he que quillotráis
desde ell alma á la asadura
á cuantos viéndoos están,
y que para mal de muchos
el dimuño os trujo acá.
Mas, asomáos con todo eso,
veréis cómo os retratáis
en la tabla de este rio
si en ella á vos os miráis;
y haréis un cuadro valiente,
que porque le guarnezcáis,
las flores de oro y azul
de marco le servirán:
¡Honradla, miráos á ella!
TAMAR. Aunque hermosa me llamáis,
tengo una mancha afrentosa:
si la veo he de llorar.
ALISO. ¿Manchas tenéis? Y aun por eso,
que aquí los espejos que hay,
si manchas muestran, las quitan,

enseñando al amistad.
Allá los espejos son
sólo para señalar
faltas, que viéndose en vidrio,
con ellas en rostro dan;
acá, son espejos de agua
que á los que á mirarse van,
muestran manchas y las quitan,
en llegándose á lavar.

TAMAR. Si agua esta mancha quitara,
harta agua mis ojos dan;
sólo á borrarla es bastante
la sangre de un desleal.

RISELO. No vi en mi vida tal muda:
miel virgen afeita acá,
que ya hasta las caras venden
postiza virginidad.
¿Son pecas?

TAMAR. Pecados son.

ARDELIO. Cubrillas con solimán.

TAMAR: No queda, pastor, por eso;
toda yo soy rejalgar.

TIRSO. ¿Es algún lunar, acaso,
que con la toca tapáis?

TAMAR. No se muda cual la luna,
ni es la deshonra lunar.

TIRSO. Pues sea lo que se huere,
pardiez, que hemos de cantar
y aliviar la pesadumbre;
que es locura lo demás.
(*Cantan.*) «Que si estáis triste, la Infanta,
todo el tiempo lo acaba;
desdenes de amor,
la ausencia los sana;
para desengaños
buena es la mudanza;
si atormentan celos
darlos á quien ama;
para la vejez,
arrimar las armas;
para mujer pobre,
gastar lo que basta;
para mal de ausencia,
juegos hay y cazas;
para excusar penas,
estudiar en casa;
para agravios de honra,
perdón ó venganza,
que si triste estáis, la infanta,
todo el tiempo lo acaba.»

ESCENA X

Sale LAURETA *con un tabaque de flores.* DICHOS.

LAURET. Todas estas flores bellas
á la primavera he hurtado;
que pues de amor sois el prado,
competir podéis con ellas.
Lleno viene este cestillo
de las más frescas y hermosas,
yerbas, jazmines y rosas,
desde el clavel al tomillo.
Aquí está la manutisa,
la estrella mar turquesada,
con la violeta morada
que amor, porque huela, pisa;
el sándalo, el pajarillo,
alelíes, siete ramas,
azucenas y retamas,
madreselva é hisopillo.
Tomadlos, que son despojos
del campo, y juntad con ellos
labios, aliento y cabellos,
pechos, frente, cejas y ojos.

TAMAR. Todas las que Abril esmalta,
pierden en mí su valor,
Laureta, porque la flor
que más me importa, me falta.
(*Dale unas violetas y póneselas* Tamar *en los pechos.*)

TIRSO. Ya vendréis á adivinar
sueños ó cosas de risa;
que, como sois pitonisa,
consolaréis á Tamar.
Laureta, diz que tratáis
con el diablo.

ARDELIO. Ya han venido
los príncipes, que han querido
honrarnos hoy.

TIRSO. ¿Qué aguardáis?

ARDELIO. Mientras el convite pasa,
al soto apacible vamos,
y de flores, yerba y ramos
entapicemos la casa.

TIRSO. Ardelio, tenéis razón;
démonos prisa, pastores;
pero ¿qué ramos ni flores
hay como ver á Absalón?
(*Vanse los pastores.*)

TAMAR. Vámonos de aquí, Laureta.

LAURET. ¿Para qué? Bien disfrazada
estás.

TAMAR. Di mal injuriada.

LAURET. Olvida, si eres discreta.

TAMAR. Bien dijo, aunque ese es buen medio,
un ingenio singular:
«el remedio era olvidar,
y olvidóseme el remedio.»

ESCENA XI

Salen AMÓN, ABSALÓN, ADONIAS *y* SALOMÓN. DICHAS.

AMÓN. Bello está el campo.

ABSALÓN. Es el Mayo,
el mes galán, todo flor.

ADONIAS. A lo menos labrador,
según agirona el sayo.

AMÓN. Oíd, que hay aquí serranas,
y no de mal aire y brío.

ABSALÓN. De mi hacienda son, y os fío
que envidien las cortesanas
su no ayudada hermosura.

AMÓN. ¡Bien haya quien la belleza
debe á la naturaleza,
no al afeite y compostura!

ABSALÓN. Esta es mujer tan curiosa,
que de lo futuro avisa;
tiénenla por pitonisa
estos rústicos.

SALOMÓN. Y ¿es cosa
de importancia?

AMÓN. De esta gente

hacer caso es vanidad;
tal vez dirá la verdad,
y después mentiras veinte.
Mas ¿quién es la rebozada?

ABSALÓN. Es una hermosa pastora,
que injurias de su honra llora
y espera verse vengada.

AMÓN. Ella tiene buena flema.
¿No la veremos?

ABSALÓN. No quiere,
mientras sin honra estuviere,
descubrirse.

AMÓN. Linda flema. *(A Laureta.)*
Ahora bien, con vos me entiendo.
Llegáos, mi serrana, acá.

LAURET. Su alteza pretenderá,
y después iráse huyendo.

AMÓN. Bien parecéis adivina.
Llena de flores venís;
¿cómo no las repartís,
si el ser cortés os inclina?

LAURET. Estos prados son teatro
do representa Amaltea.
Mas, porque no os quejéis, ea,
á cada cual de los cuatro
tengo de dar una flor.

AMÓN. Y esotra serrana ¿es muda?
Quita el rebozo...

LAURET. Está en muda.

AMÓN. ¿Mudas hay acá?

LAURET. De honor.

AMÓN. Y ¿hay honor entre villanas?

LAURET. Y con más firmeza está;
que no hay príncipes acá
ni fáciles cortesanas.
Pero dejémonos de esto,
y va de flor.

AMÓN. ¿Cuál me cabe?
(Aparte á cada uno.)

LAURET. Esta azucena suäve.

AMÓN. Eso es picarme de honesto.

LAURET. Yo sé que olella os agrada;
pero no la deshojéis,
que la espadaña que veis,
tiene la forma de espada;
(Dale una azucena con una espadaña.)
y aquesos granillos de oro,
aunque á la vista recrean,
manchan si los manosean,
porque estriba su tesoro
en ser intactos; dejáos,
Amón, de deshojar flor
con espadañas de honor,
y si la ofendéis, guardáos.

AMÓN. Yo estimo vuestro consejo.
(¡Demonio es esta mujer!)

SALOMÓN. ¿Qué os ha dicho?

AMÓN. No hay que hacer
caso; por loca la dejo.

ADONIAS. ¿Qué flor me cabe á mí?

LAURET. Extraña:
espuela de caballero.

ADONIAS. Bien por el nombre la quiero.

LAURET. A veces la espuela daña.

ADONIAS. Diestro soy.

LAURET. Si lo sois, alto;
pero guardáos, si os agrada
de una doncella casada,
no os perdáis por picar alto.

ADONIAS. No os entiendo.

ABSALÓN. Yo me quedo
postrero; id, hermanos, vos.

SALOMÓN. Confusos vienen los dos.
(A Laureta.) Si acaso obligaros puedo,
más conmigo os declarad.

LAURET. Esta es corona de rey,
flor de vista, olor y ley;
sus propiedades gozad;
que aunque Rey seréis espejo,
y el mayor de los mejores,
temo que os perdáis por flores
de amor, si sois mozo viejo.

AMÓN. ¡Buena flor!

SALOMÓN. Con su pimienta.

ABSALÓN. ¿Cábeme á mí?

LAURET. Este narciso.

ABSALÓN. Ese á sí mismo se quiso.

LAURET. Pues tened, Absalón, cuenta
con él, y no os queráis tanto;
que de puro engrandeceros,
estimaros y quereros,
de Israel seáis espanto.
Vuestra hermosura enloquece
á toda vuestra nación.
Narciso sois, Absalón,
que también os desvanece.
Cortáos esos hilos bellos,
que si los dejáis crecer
os habéis presto de ver
en alto por los cabellos.
(Vase Laureta.)

ESCENA XII

DICHOS *menos* LAURETA. *Luego* UN CRIADO.

ABSALÓN. Espera; fuese. (Si en alto
por los cabellos me veo,
cumpliráse mi deseo:
al reino he de dar asalto.—
¿En alto por los cabellos?
Mi hermosura ha de obligar
á Israel, que á coronar
me venga, loco por ellos.)

AMÓN. Confuso os habéis quedado.

ABSALÓN. ¡Príncipes, alto, á comer!
(Ap.) Sobre el trono, me han de ver,
de mi padre, coronado.
Muera en el convite Amón,
quede vengada Tamar;
dé la corona lugar
á que la herede Absalón.
(Sale un criado.)

CRIADO. La comida que se enfría,
á vuestras altezas llama.

AMÓN. *(Ap.)* De aquesta serrana dama
ver la cara gustaría. *(A Absalón.)*
Idos, hermano, con ellos.

ABSALÓN. No nos hagáis esperar.
(Ap.) Reinando, vengo á quedar
en alto por los cabellos.
(Vanse todos, menos Amón y Tamar.)

ESCENA XIII

TAMAR *y* AMÓN.

AMÓN. Yo, serrana, estoy picado
de esos ojos lisonjeros,
que deben de ser fulleros,
pues el alma me han ganado.
¿Queréisme, vos, despicar?
TAMAR. Cansaraos el juego presto,
y en ganando el primer resto
luego os querréis levantar.
AMÓN. ¡Buenas manos!
TAMAR. De pastora.
AMÓN. Dadme una.
TAMAR. Será en vano
dar mano á quien da de mano
y ya aborrece, ya adora.
AMÓN. Llegaréosla yo á tomar,
pues su hermosura me esfuerza.
TAMAR. ¿A tomar? ¿cómo?
AMÓN. Por fuerza.
TAMAR. ¡Qué amigo sois de forzar!
AMÓN. Basta; que aquí todas dais
en adivinas.
TAMAR. Queremos
estudiar, cómo sabremos
burlaros, pues nos burláis.
AMÓN. ¿Flores traéis vos también?
TAMAR. Cada cual, humilde ó alta,
busca aquello que le falta.
AMÓN. Serrana, yo os quiero bien.
Dadme una flor.
TAMAR. ¡Buen floreo
os traéis! Creed, señor,
que á no perder yo una flor,
no sintiera el mal que veo.
AMÓN. Una flor he de tomar.
TAMAR. Flor de Tamar, diréis bien.
AMÓN. Forzaréos: dadla por bien.
TAMAR. ¡Qué amigo sois de forzar!
Pero, tomad, si os agrada.
(*Dale las violetas.*)
AMÓN. ¿Violetas?
TAMAR. Para alegraros;
porque yo no puedo daros,
Amón, sino flor violada.
AMÓN. ¡Eso es mucho adivinar!
Destapáos.
TAMAR. Apártese.
AMÓN. Por fuerza os descubriré.
(*Descúbrela.*)
TAMAR. ¡Qué amigo sois de forzar!
AMÓN. ¡Ay, cielos! Monstruo. ¿Tú eres?
¡Quién los ojos se sacara
primero que te mirara,
afrenta de las mujeres!
Voime, y pienso que sin vida;
que tu vista me mató.
No esperaba, cielos, yo,
tal principio de comida. (*Vase.*)
TAMAR. Peor postre te han de dar,
¡bárbaro, cruel, ingrato,
pues será el último plato
la venganza de Tamar! (*Vase.*)

ESCENA XIV

Salen los pastores con ramos y cantando.

(*Cantan*) «A las puertas de nuesos
vamos, vamos, [amos
vamos á poner ramos.
UNO. A Absalón el bello,
alamico negro,
cinamono y cedro,
y palma ofrezcamos.
TODOS. Vamos, etc.
OTRO. Al mozo Adonias
dé las maravillas
rosa y clavellinas,
guirnaldas tejamos.
TODOS. Vamos, etc.
UNO. Al Príncipe nueso
de ciprés funesto
y taray espeso
coronas tejamos.
TODOS. Vamos, etc.
OTRO. Salomon prudente
ceñirá su frente
del laurel valiente
que alegres cortamos.
TODOS. Vamos, etc.

ESCENA XV

Gritan desde adentro, y hacen ruido de golpes y cáense mesas y vajillas, y luego salen huyendo SALOMÓN *y* ADONIAS.

ABSALÓN. La comida has de pagar
dándote muerte, villano.
AMÓN ¿Por qué me matas, hermano?
ABSALÓN. Por dar venganza á Tamar.
AMÓN. ¡Cielos, piedad! ¡Muerto soy!
SALOMÓN. Huye.
ADONIAS. ¡Oh, bárbaro sin ley;
todos los hijos del Rey
por reinar perecen hoy! (*Vanse.*)
TIRSO. ¡Osté puto! Esto va malo.
ARDELIO. Huyamos, no nos alcance
algún golpe en este lance.
BRAULIO. Mirad qué negro regalo
de convite.
TIRSO. ¡Oh, mi cebolla!
¡Más os quiero que Absalón
sus pavos!
ARDELIO. Tirso, chitón,
que nos darán en la cholla. (*Vanse.*)

ESCENA XVI

Descúbrense aparadores de plata, caidas las vajillas, y una mesa llena de manjares y descompuesta; los manteles ensangrentados, y AMÓN *sobre la mesa, asentado y caido de espaldas en ella, con una daga en una mano y un cuchillo en la otra, atravesada por la garganta una daga; y salen* ABSALÓN *y* TAMAR.

ABSALÓN. Para tí, hermana, se ha hecho
el convite; aqueste plato,
aunque de manjar ingrato,
nuestro agravio ha satisfecho:

hágate muy buen provecho.
Bebe su sangre, Tamar;
procura en ella lavar
tu fama, hasta aquí manchada;
caliente está la colada,
fácil la puedes sacar.
A Gesur huyendo voy,
que es su rey mi agüelo, y padre
de nuestra injuriada madre.

TAMAR. Gracias á los cielos doy,
que no lloraré desde hoy
mi agravio, hermano valiente;
ya podré mirar la gente
resucitando mi honor;
que la sangre del traidor
es blasón del inocente.
Quédate, bárbaro, ingrato,
que en buen túmulo te han puesto;
sepulcro del deshonesto
es la mesa, taza y plato.

ABSALÓN. Heredar el reino trato.

TAMAR. ¡Déntele los cielos bellos!

ABSALÓN. Amigos tengo, y por ellos,
como dijo la mujer,
todo Israel me ha de ver
en alto por los cabellos.

(Vanse y encúbrese la apariencia.)

ESCENA XVII

Sale el REY DAVID *solo.*

DAVID. ¡Amón, Príncipe, hijo mío!
Si eres tú, pide al deseo
albricias, que los instantes
juzga por siglos eternos.
Gracias á Dios que á pesar
de sospechas y recelos,
con tu vista restituyo
la vida que sin ti pierdo.
¿Cómo vienes? ¿Cómo estás?
¿Podré, enlazando tu cuello,
imprimir lirios en rosas;
guarnecer oro en acero?

(Va á abrazarle y solo encuentra el vacío.)

Dame los amados brazos
¡Ay, engaños lisonjeros!
¿Por qué con burlas pesadas
me hacéis abrazar los vientos?
Como la madre acallando
al hijo que tiene al pecho,
¡me enseñas la joya de oro
para escondérmela luego!
Como en la navegación
prolija, ¡en celajes negros
fingidos montes me pintas,
siendo mentiras de lejos!
Como fruta de pincel,
como hermosura en espejo,
como tesoro soñado,
como la fuente al enfermo,
¿burladoras esperanzas
engañáis mis pensamientos
para acrecentar pesares,
para atormentar desvelos?
¡Amón mío! ¿dónde estás?
Deshaga el temor los celos,
el sol de tu cara, hermoso,
remoce tu vista á un viejo.
¿Si se habrá Absalón vengado?
¿Si habréis sido, como temo,
hijo caro de mis ojos,
de sus esquilmos cordero?
No: ¡que es vuestro hermano! en fin;
la sangre hierve sin fuego.
¡Mas, ay! que es sangre heredada
de quien á su hermano mesmo
vendió, y llorará David
como Jacob, en sabiendo
si á Josef mató la envidia,
que á Amón la venganza ha muerto.
Absalón ¿no me juró
no agraviarlo? ¿De qué tiemblo?
Pero, el amor y el agravio
nunca guardan juramento.
La esperanza y el temor,
en este confuso pleito,
alegan en pro y en contra;
¡sentenciad en favor, cielos!
Caballos suenan ¿si serán
mis amados hijos estos?
Alma, asomaos á los ojos.
Ojos, abríos para verlos.
Grillos echa el temor frío
á los pies, cuando el deseo
se arroja por las ventanas.

ESCENA XVIII

Salen muy tristes ADONIAS *y* SALOMÓN. DAVID.

DAVID. ¡Hijos!

ADONIAS. Señor...

DAVID. ¿Venís buenos?
¿Qué es de vuestros dos hermanos?
¿Calláis? Siempre fué el silencio
embajador de desgracias.
¿Lloráis? Hartos mensajeros
mis sospechas certifican.
¡Ay, adivinos recelos!
¿Mató Absalón á su hermano?

SALOMÓN. Sí, señor.

DAVID. Pierda el consuelo
la esperanza de volver
al alma, pues á Amón pierdo.
Tome eterna posesión
el llanto, porque sea eterno
de mis infelices ojos
hasta que los deje ciegos.
Lástimas hable mi lengua.
No escuchen sino lamentos
mis oídos lastimosos
¡Ay, mi Amón! ¡Ay, mi heredero!
Llore tu padre con Jacob diciendo:
¡Hijo, una fiera pésima te ha muerto!

AUTOR. Y de Tamar la historia prodigiosa
acaba aquí en tragedia lastimosa.

COMEDIA FAMOSA

DE LA FINGIDA ARCADIA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

LUCRECIA, *condesa*.
ALEJANDRA, *dama*.
HORTENSIO, *viejo*.
CARLOS, *caballero*.
PINZÓN, *lacayo*.
ANGELA, *criada*.
LARISA, *labradora*.
DON FELIPE, *caballero*.
FELICIANO, *caballero*.
CONRADO, *idem*.
DON PEDRO, *idem*.
DON ROGERIO, *idem*.
UN CRIADO.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Salen LUCRECIA *y* ANGELA, *criada*.

LUCRECIA.

«Silvio, á una blanca corderilla suya
de celos de un pastor, tiró el cayado
con ser la más hermosa del ganado.
¡Oh amor! ¡qué no podrá la fuerza tuya!
Huyó quejosa, que es razón que huya
habiéndola, sin culpa, castigado;
lloró el pastor, buscando el monte y prado;
que es justo que quien debe restituya.
Hallóla una pastora en esta afrenta,
y al fin la trajo al dueño, aunque tirano,
de verle arrepentido, enternecida.
Dióla sal el pastor, y ella contenta
la toma de la misma ingrata mano,
que un firme amor cualquier agravio olvida.»
No se pudo decir más;
hasta aquí la pluma llega.

ANGELA. Pluma de Lope de Vega
la fama se deja atrás.

LUCREC. ¡Prodigioso hombre! ¡No sé
qué diera por conocelle!
A España fuera por velle,
si á ver á Salomón fué
la celebrada etiopisa.

ANGELA. Compara con proporción
que no es Lope, Salomón.

LUCREC. Lo que su fama me avisa,
lo que en sus escritos leo,
lo que enriquece su tierra,
lo que su espíritu encierra,
y lo que velle deseo,
mi comparación excusa;
y á él le da más alabanza,
lo que por su ingenio alcanza
que á esotro su ciencia infusa.
Tan aficionada estoy
á la nación española,
que porque tú lo eres, sola,
contigo gustosa estoy
lo más del día.

ANGELA. Madrid
es mi patria, corte digna
de España, madre benigna
del mundo.

LUCREC. Valladolid
dicen que es competidora
de su grandeza.

ANGELA. Sí fuera
si el clima y cielo tuviera
que á Madrid hacen señora.
Mas, si sus partes te alego
contestarás que es mejor:
patria es Madrid del amor,
y así está fundada en fuego.
Agua los celos la han dado,
si su fuerza hace llorar,

de fuentes que pueden dar
salud al más deshauciado.
Si saber sus frutos quieres
flora sus campos corona,
su tributaria es Pomona,
sus venteros Baco y Ceres.
Dale en olivos Minerva
oro puro y generoso,
ganado, el monte, sabroso,
tomillos el campo y hierba.
Las musas un Alcalá
que llamar Atenas puedo;
la cortesía, un Toledo
que doce leguas está.
Sus hechizos, la hermosura,
sus hazañas, el valor;
su mansedumbre, el amor;
sus milagros, la ventura;
nuestra religión su ley
de quien es seguro norte,
dos mundos la dan su corte,
la corte la da su rey.
Goza del llano y montaña
que sus términos incluye;
y en fe que en todos influye
valor, es centro de España.

LUCREC. Di patria ilustre también
de Lope, y diráslo todo.

ANGELA. Si á tu gusto me acomodo
no es ese su menor bien.

LUCREC. Yo, después acá, que estoy
en el español idioma
ejercitada, si á Roma
á Tulio por padre doy
de la latina elocuencia,
y al Bocaccio en la toscana,
á Lope en la castellana
no le hallo competencia.
Más de un desapasionado
me ha dicho de tu nación
que en la prosa, á Cicerón,
estilo y gracia ha imitado,
y á Ovidio en la suavidad
y lisura de sus versos,
sonoros, limpios y tersos,
confirmando esta verdad
con lo que en sus libros hallo.

ANGELA. Si él ese favor oyera
¡qué bien le correspondiera!
¡qué bien supiera estimallo!

LUCREC. ¿Agradece?

ANGELA. Aunque hay alguno
que apasionado lo niega,
es tan fértil esta *vega*
que paga ciento por uno.
Pero ¿qué piensas hacer
con tantos libros aquí?

LUCREC. Todos son suyos y así,
ya que no le puedo ver,
mientras gasto bien los ratos
que recreo en su lección,
si los libros suyos son
veré á Lope en sus retratos.

ANGELA. Con tanto libro, parece
estudio éste y no jardín.

(Están todas las obras de Lope en un estante.)

LUCREC. Mejor dirás camarín
que al alma de ley se ofrece.

ANGELA. Aqueste es el *Labrador
de Madrid*, primero fruto
de Lope.

LUCREC. Hermoso tributo
que á un tiempo da fruto y flor.

ANGELA. Es divino.

LUCREC. De justicia,
lo primero á Dios se debe;
por eso quiere que lleve
Lope, el cielo, su primicia.

ANGELA. No ha escrito él otro mejor.

LUCREC. Imitó, discreto, en él
á la ofrenda que hizo Abel
si Caín dió lo peor.

ANGELA. Esta es la *Angélica* bella.

LUCREC. ¿Que Ariosto se le compara?
¡Valientes octavas!

ANGELA. Rara
habilidad, y en ella
la *Dragontea* compite
del rayo de Ingalaterra.

LUCREC. Escribe en la paz la guerra
lo que la pluma permite.

ANGELA. Mira en un cuerpo pequeño
mil almas.

LUCREC. Bien le sublimas.

ANGELA. Este se llama las *Rimas*
de Lope.

LUCREC. Son como el dueño:
¡qué canciones, qué sonetos,
qué églogas, qué elegías!
Las noches gasto y los días
en meditar sus concetos.
¡Si viviera Garcilaso
celebrárale más bien!...

ANGELA. Esta es la *Jerusalén*.

LUCREC. No la iguala la del Taso.
Mira sus octavas llenas
de sentencias y doctrinas;
sabio en las letras divinas,
pues no escribe verso apenas
sin allegar un autor,
y hallarás en cualquier parte
entre las veras de Marte,
mezcladas burlas de amor.

ANGELA. Aqueste es el *Peregrino*.

LUCREC. Más lo es quien lo escribió.

ANGELA. Qué bien faltas enmendó,
siguiendo el mismo camino
de aquel Luzmán y Arborea,
cuyas *Selvas de aventuras*
por Lope quedan escuras.

LUCREC. ¡Qué bien los Autos emplea
que mezclados en él van!
¡Qué elegantes, qué limados!

ANGELA. Y más bien acomodados
que los que mezcló Luzmán.
Los *pastores de Belén*
son éstos.

LUCREC. Si labrador
fué con Isidro, pastor
sabe Lope ser también.

ANGELA. Resucitó villancicos
en su mocedad cantados,
y agora en Belén honrados

entre amorosos pellicos.
Todas éstas son comedias.
LUCREC. Décima séptima parte
ha impreso.
ANGELA. No hay que espantarte,
que aún esas no son las medias
que tiene escritas.
LUCREC. Pues ¿cuántas
ha compuesto?
ANGELA. Novecientas.
LUCREC. Si los años no le aumentas
¿dónde hay vida para tantas?
ANGELA. Ésta es verdad conocida
en España.
LUCREC. Yo le diera
por cada una, si pudiera,
Angela, un año de vida.
ANGELA. A novecientos llegara
siendo otro Matusalén.
LUCREC. En él se lograran bien.
ANGELA. En este último repara
que es la *Filomena.*
LUCREC. Canta
Lope aquí, por Filomena,
de suerte que ya es sirena
si ave fué, pues nos encanta.
Pero, para echar el resto
al nombre que le hace claro
y afrentar al Sanazaro
en la *Arcadia* que ha compuesto,
metafóricos amores
en otra *Arcadia* mira,
sus sutilezas admira,
ten envidia á sus pastores.
Que yo, creyendo que piso
márgenes de su Erimanto,
si, con Belisarda canto,
lloro celos con Anfriso.
No sé divertir los ojos
de sus versos y sus prosas,
de sus quejas sentenciosas,
de sus discretos enojos.
De día ocupa mi mano,
de noche mi cabecera.
¡Ay quien transformar pudiera
vida y traje cortesano!
En la comunicación
de sus Leonisas, Anardas,
Amarilis, Belisardas,
¡quién oyera á un Galafrón,
un Menalca, un Enareto,
un Brasildo, un Locriano,
un rústico cortesano,
un Celio, un Lauro discreto!
¡Oh, si el Pó, que nuestra quinta
riega y fertiliza tanto,
trocándose en Erimanto
la Arcadia que Lope pinta
á Lombardía pasara...!
¡Oh, quién Belisarda fuera!
¡Quién á un Anfriso quisiera
y á su Olimpo desdeñara!
ANGELA. Si en deseos semejantes
te desvaneces, señora,
notable falta hace agora
en nuestra España Cervantes;
que, á su manchego hazañoso
loco por caballerías
le prometió en breves días
hacer legítimo esposo
de otra dama, que, perdida
por quimeras pastoriles,
entre Dïanas y Giles
rematase seso y vida.

ESCENA II

Salen cantando DON FELIPE, *de pastor, y* ALEJANDRA, *dama,* LARISA, *labradora, y cantan.*

TODOS. «Alma perseguida
romped la cadena;
que tan triste vida
para nada es buena.
UNO. Pesares amigos,
haced como tales
que os haré testigos
de mayores males.
OTRO. Falsas alegrías,
vanas esperanzas;
agora sois mías
porque sois mudanzas.
UNO. Si el amor se olvida
acabad mi pena.
TODOS. Que tan triste vida
para nada es buena.
UNO. ¡Ay! mis ojos tristes
no sintáis llorar;
pues mirar supistes
sabedlo pagar.
OTRO. Quien me mata muera;
vergüenza ha de ser;
pero más lo fuera
dejarlo de hacer.
UNO. No viva afligida
quien celosa pena.
TODOS. Que tan mala vida
para nada es buena.»
LUCREC. Tan bien venido seáis
como la canción es buena.
Lope sus versos ordena:
á su Arcadia los hurtáis;
para darme gusto á mí
no hallaréis lisonja igual.
ALEJAND. Ya en la *Arcadia* pastoral
el Pó se vuelve por ti;
que puesto que eres Condesa
de Valencia del Pó, has dado
en ennoblecer el prado
que con tu vista interesa.
Nueva primavera y flores
y dejando la ciudad
en aquesta soledad
gozan fingidos pastores,
que en libros de España miras
lo que á tantos potentados
causa celos y cuidados.
LUCREC. De cortesanas mentiras
huyo, Alejandra; no creo
encarecimientos locos
más ciertos, cuanto más pocos;
amores honestos leo
que ni pueden engañarme
con su sabia sencillez,

ni con lisonjas, tal vez
persuadirme, ni obligarme.
Cuando me cansan los cierro,
cuando me alegran los abro,
en ellos firmezas labro
ya diamantes, si antes hierro;
sobre gustos no hay disputa,
déjame con mi opinión.

FELIPE. En ella cobran sazón
río y monte, flor y fruta.
Honre, señora Condesa,
nuestros campos, pesia á tal:
personas viste el sayal.
Tal vez en la mejor mesa,
entre el pavo y francolín,
sabe bien el salpicón;
gente los pastores son,
amor nació en su jardín.
En las cortes vive el vicio,
y en el campo el desengaño;
la sencillez viste paño
si sedas el artificio:
sepa, señora, de todo;
buena Pascua le dé Dios.

LUCREC. Más os precio Tirso, á vos,
cuando me habláis de ese modo,
que cuantos la corte cría.
En sus doseles nací,
ilustre sangre adquirí,
toda esta comarca es mía;
lisonjas sé de palacio,
verdades quiero saber,
aprisa vive el poder,
vivir quiero aquí despacio.

FELIPE. Yo sé de cierto señor,
harto regalado y tierno
que, acostándose el invierno,
después que el calentador
la cama le sazonaba,
se levantaba en camisa,
y dando causa á la risa
desnudo se paseaba.
Burlábase de él su gente,
y juzgaba á desvarío
que tiritase de frío
y diese diente con diente,
quien abrigarse podía;
más él, después de haber dado
sus paseos, casi helado,
á la cama se volvía,
diciendo: para estimar
el calor que agora adquiero
es necesario primero
el frío experimentar.
Ya que su excelencia sabe
tanto de corte y grandeza,
pruebe aquí, vuestra llaneza
más humana y menos grave;
y sabrále allá más bien
el trato y soberbia real,
que quien no ha probado el mal
poco, ó nada, estima el bien.

LUCREC. Pastor de Arcadia pareces
según estás hoy discreto.

ESCENA III

Sale HORTENSIO, *viejo.*

HORTEN. Lucrecia, por tu respeto,
después que te desvaneces
á estas selvas retirada,
en libros de poco fruto,
de tu ociosidad tributo,
paso una vida cansada.
Soy tu tío, y en tu estado
me has hecho gobernador;
llámame padre tu amor;
como tal, me da cuidado,
el poco con que te veo
de lo que te está más bien.
Tus vasallos que te ven
incasable, con deseo
de que les des un señor
á tus méritos igual,
justamente llevan mal
de que malogres en flor,
sin fruto tus verdes años
tan dignos de apetecer;
el gobierno en la mujer
es violento, y causa engaños.
Dale dueño á tus estados
que envidian á Lombardía
á quien te sirve, un buen día,
y treguas á mis cuidados.
Deja libros fabulosos,
quintas, bosques, soledades.

LUCREC. Basta, que aunque persüades
con afectos amorosos,
primero es el aprender
tío, que el ejercitar.
En libros aprendo á amar;
en sabiendo bien querer,
daré á mis vasallos gusto
y á tu consejo atención;
porque, sin inclinación
ya tú sabes que no es justo.

HORTEN. Muy gentil flema es la tuya
para los muchos amantes,
que juzgan siglos instantes,
deseando que concluya
el amor sus pretensiones.

LUCREC. Qué, ¿tantos son por tu vida?

HORTEN. ¿No lo sabes?

LUCREC. Se me olvida.

HORTEN. Dos condes y seis barones,
un duque y cuatro marqueses.
¿Caballeros? ¡No hay contallos!

LUCREC. Si he de escoger y estimallos,
fuerza será que confieses
que para hacer elección,
algún tiempo es menester.
Mi esposo no ha de tener
ni falta, ni imperfección;
muchas he considerado
en los que su amor me ofrecen,
que, en mi opinión, desmerecen
mi gusto, si no mi estado.
De todos tengo una lista
que, si vuelves esta tarde
te harán un copioso alarde:
pasa por ellos la vista,
y si de alguno supieres

que vive libre de todas,
trátame, Hortensio, de bodas.

HORTEN. Mientras á hacer no le dieres
á un escultor, ó platero,
¿dónde le piensas hallar
sin falta?

LUCREC. Yo no he de amar
á quien la tenga: esto quiero.
No me canses: déjame.

ALEJAND. En la Arcadia donde miras
disfrazadas las mentiras
podrá ser que alguno esté
con la perfección que pides;
y si haces elección de él,
te casarás en papel
vengando á los que despides.

LUCREC. ¿Quieren no darme pesar?
¿Quieren dejarme leer?

HORTEN. O muda de parecer
ó no te esperes casar. *(Vase.)*

ALEJAND. Pues gustas quedarte sola
con tus libros, prima, adiós. *(Vase.)*

LUCREC. Quedáos aquí, Tirso, vos,
que de la Arcadia española
no pequeña parte os cabe.

LARISA. Oliendo á loca me va
nuestra condesa.

MUR. O lo está;
á uno dice y otro sabe. *(Vanse estos.)*

ESCENA IV

LUCRECIA *y* DON FELIPE.

FELIPE. Seis meses ha, prenda mía,
que disfrazado por vos,
trueco sedas en sayales,
¡metamórfosis de amor!
Dióme por patria á Valencia
el cielo, en cuya región
cuando hay guerra reina Marte,
cuando hay paz, el ciego dios.
Perdido por lo primero,
juventud é inclinación,
me sacaron de mi patria,
porque siempre mi nación
trasplantada en otros reinos
hazañas fructificó;
que no tiene, donde nace
el oro, tanto valor.
Vine á Milán, plaza de armas,
de Alemania munición,
en que Marte viste acero
telas y brocado el sol;
á la guerra del Piamonte
voló la fama veloz
cubriendo hazañas de plumas
y noblezas de opinión.
Dióme el gran duque de Feria,
milanés gobernador,
una tropa de caballos
debajo la protección
de aquel Pimentel invicto,
valeroso sucesor
de aquel padre de la patria,
de aquel Numa, aquel Catón,
que fertilizando canas
á la Iglesia dió un pastor,
un mayordomo á su reina,
tres columnas á su Dios,
tres Alejandros á Marte,
á España hijos veintidós,
mil glorias á su alabanza
y á medio siglo un nector.
Con él asalté á Verceli,
y después en la facción
de la Valtelina, pude
gratulalle triunfador.
Cobróme desde aquel día
generosa inclinación,
no examinada en palabras,
moneda vil de vellón,
sino en obras, que libraron
sus quilates al favor
que eslabonan beneficios
cadenas de obligación.
Venimos desde Milán
hasta Valencia del Pó,
de quien os llamáis condesa,
cuando fénix suyo sois.
Vuestro nombre, que en Italia
ser posible publicó
el hallarse en un sujeto
la hermosura y discreción,
nos trajo á veros, quedando,
esta vez, corta con vos
la fama, y no la hermosura,
pues sois su exageración.
Liberal nos festejastes
ya en saraos, donde amor
fué el maestro de danzar
y su discípulo yo;
ya en banquetes, donde pudo
igualar la ostentación,
la riqueza, el artificio,
la abundancia, á la sazón.
Los propósitos jugamos
una noche entre la flor
de esta quinta, que al dios niño
cría abeja, si áspid no;
mi ventura ó mi desdicha
os dió asiento entre los dos:
mi general, el derecho;
yo, el lado del corazón.
Entré libre, salí enfermo,
quema el fuego, ciega el sol:
pague incendios, llore engaños
quien tan cerca se llegó.
Cuántas veces al oído
os hablaba, bien sé yo
lo que alargaba conceptos
por gozar de aquel favor;
despropósitos del juego,
aunque dieron ocasión
á la risa, declararon
propósitos de mi amor.
Dábanles otro sentido;
y tal vez discreta vos,
mudábades mis palabras,
al paso que la color.
Perdí y gané el acabarse
el juego y conversación:
gané el ser de vos querido;
perdí el seso, que mejor

bien sabéis vos, prenda mía,
que divirtiendo el calor
cuando todos registraban
ya la fuente, ya la flor;
tribunal de mis desvelos,
aquel verde cenador,
que en el pleito de mis ansias
sentenciastes contra vos;
agradecida y piadosa
admitistes mi afición,
como equívocos regalos
con recíproco favor;
el cristal será testigo
de esta mano que selló *(Bésasela.)*
en mis labios el secreto
que conserva el corazón.
Salí del jardín confuso:
si vencido, vencedor;
si amante, correspondido;
si con deudas, acreedor.
Llegó el día de ausentarnos,
(¡noche dijera mejor!),
despedímonos corteses,
él contento, triste yo;
pero apenas cuatro millas,
en la breve dilación
de vuestra hermosa presencia,
(¡qué larga me pareció!),
anduvimos, cuando el alma,
como Clicie tras el sol,
á la luz de vuestra vista
los pasos retrocedió.
Fingí con mi General
que al partir se me olvidó
una joya en vuestra casa
de no poca estimación.
Dije bien, pues en rehenes
el alma se me quedó;
en empeños la esperanza;
la libertad en prisión.
Dí la vuelta á vuestra quinta,
¡juzgad con qué prisa, vos,
si las alas que amor lleva
no son plumas, llamas son!
Disfrazóme en ella, en fin,
el sayal de labrador;
amor siembro, cojo celos,
fruto espero, no dais flor.
Seis meses ha, mi Lucrecia,
que, como mal pagador,
entretienen esperanzas
una y otra dilación;
en el campo, dueño mío,
no hay labranza sin temor;
no hay cosecha sin recelos;
sin trabajo no hay sazón.
Pero ¿qué ha de hacer quien mira
que malogran mi labor
tanto amante pretendiente
de quien soy competidor?
Soy extraño, propios ellos,
poderosa la acción,
variable la fortuna,
ellos ricos, mujer vos.
O matadme ó dadme vida;
que ni yo Tántalo soy,
ni para esperanzas largas
tiene flema un español.

LUCREC. Jardinero de mis ojos,
imperio de mi albedrío,
dueño de mis pensamientos,
esfera de mis sentidos,
regalo de mi memoria,
sol que adoro, luz que miro,
(que no sé decir ternezas,
si no se las hurto á Anfriso),
á dar fondo los quilates
de tu amor, la fe que al mío,
horas llamaras los años,
si llamas los meses siglos.
¿Dilaciones encareces?
Caro vendes ó amas tibio;
pues enfermo está el amor,
que se cansa en el camino.
Jugando empezáste á amar,
y como tahur no has sido,
cansástete, no me espanto,
que es, Felipe, tu amor niño.
Los propósitos jugamos,
y son tan firmes los míos
en materia de quererte,
que por adorarte olvido
los títulos que pretenden,
con derecho más antiguo,
usurparte el que te doy
de esposo y dueño querido.
Sobre palabras se juega,
el crédito tengo rico,
no te levantes tan presto;
cédulas, mi bien, te libro,
que no son, dirás, quebradas,
pues paga á plazo cumplido
el juez noble cuando pierde,
por palabra ó por escrito.
Si cultivando esperanzas
vives, labrador fingido,
yo también, porque te adoro,
cortes dejo y quintas vivo.
¿Qué celos tus flores hielan?
¿Qué mudanzas ó desvíos
el fruto te desazonan,
que ya tan cercano has visto?
Tus esperanzas dilato,
porque temo los peligros
que te amenazan, si de ellos
cautelosa no te libro.
Poderosos pretendientes,
¿qué han de hacer, si ven que elijo
en su ofensa á un español
hasta el nombre aborrecido?
Escribamos, pues te ampara,
caro amante, el Duque invicto
de Feria, porque á su sombra
no te ofendan enemigos;
y entretanto engaña el tiempo,
pues sustentan á amor niño
alimentos de esperanzas
que yo, por darlas alivio,
de día, cuando el recato
no me deja hablar contigo,
gasto el tiempo en aprender
cómo amarte, en estos libros;
las noches encubridoras
de enamorados delitos,

lo que estudio con el sol
á la luna te repito;
después que pastor te veo
tan pastora el alma finjo,
que me juzgo Belisarda
y te considero Anfriso;
si, como él, sospechas tienes,
ni hay competencias de Olimpo,
ni fuerzas de Clorinardo,
ni venturas de Galicio.
Triunfa dichoso de todos,
que, ni vuelve atrás el río,
ni retroceden los cielos,
ni se muda al viento el risco,
ni yo, que los aventajo,
y en la eternidad dedico
trofeos de mi constancia,
mientras en firmeza imito
bronces, aceros, diamantes,
sol, esferas, tiempos, ríos,
robles, cedros, lauros, palmas,
muros, montes, peñas, riscos...
Si amarte finjo,
mátenme celos y en ausencia olvido.

FELIPE. Si deseos dilatados
hallan en ti tal alivio,
¡dulce dueño de mis ojos!
poco tiempo he padecido.
Más valen las esperanzas
que en ti logro, los suspiros
que en ti alegro, las sospechas
que en ti aseguradas miro,
que las posesiones de otros.
Liberal pagas servicios,
piadosa, remedias penas,
pródiga, haces beneficios.
Injustas mis quejas fueron:
¡perdón, humilde te pido!
Jacob soy, mi Raquel eres,
su amor y paciencia imito;
no trocaré desde hoy más
estos jardines Elisios,
estos dichosos sayales,
estas fuentes, este río,
por la silla del imperio,
por los tesoros del indio,
por las telas de Milán,
por las púrpuras de Tiro.
Pastor soy, no soy soldado,
galas dejo, armas olvido;
sólo á Belisarda adoro
que me transforma en Anfriso.

ESCENA V

Sale ANGELA.

ANGELA. Cansando están esas puertas
competidores prolijos,
por saber resoluciones
de su amor desvanecido.
Aquí está el duque Alejandro,
los marqueses Federico
y Pompeyo, los dos condes
Marco Antonio y Julio Ursino.
Despídelos de una vez,
ó da la mano al más digno;
porque entre tantos llamados
venga á ser el escogido.

LUCREC. ¿Hay estado semejante?
Ven; que en un papel que he escrito,
verás, Angela, cuán bien
de sus locuras me libro.

ANGELA. En fin, ¿no quieres casarte?

LUCREC. De estas selvas he aprendido
gustos de la libertad.
(*A Felipe.*) ¿Qué os parece?

FELIPE. Aqueso pido.
(*Vanse.*)

ESCENA VI

Salen FELICIANO, ROGERIO, CARLOS, CONRADO *y* HORTENSIO, *viejo*.

FELICIANO.

Yo sé que la Condesa se retira,
porque, cortés, rehusa desdeñaros,
y mis deseos con cuidados mira,
por más que la pasión llegue á cegaros.

ROGERIO.

La confianza que tenéis, me admira,
cuando favores, puesto que no claros,
seguros, anteponen mi ventura
á la consecución de su hermosura.

CARLOS.

No he visto yo, hasta agora despreciados
los méritos, que en mí, Lucrecia, estima.

CONRADO.

Si paga amor, y no desprecia estados,
duque de Ursino soy, y ella es mi prima.

HORTENSIO.

Todos sois en Italia titulados,
y á todos la esperanza que os anima
os tiene, en su amorosa competencia,
esperando suspensos la sentencia.
Vuestras ilustres partes la he propuesto:
el término se cumple aquesta tarde,
en esta quinta el tribunal ha puesto
amor, niño absoluto; el vuestro aguarde
y vaya cada cual con presupuesto,
que amor en elecciones no hace alarde
de méritos ni partes, pues, si elige,
no por razón, por voluntad se rige.
Uno ha de ser, no más, el escogido;
culpen á las estrellas los llamados.

CARLOS.

Seguro estoy que soy el preferido.

ROGERIO.

Presto veréis que premia mis cuidados.

ESCENA VII

Sale ANGELA.

La condesa, señores, que ha sabido
que del hilo de un sí penáis colgados,
de este papel me manda á ser correo,
remitid á los ojos el deseo. (*Vase.*)

ESCENA VIII

DICHOS, *menos* ANGELA.

CARLOS. Léale, Hortensio.
HORTEN. Así dice:
(*Lee el papel.*) «La condesa de Valencia
que dar gusto á sus vasallos
y elegir esposo intenta,
entre los que en Lombardía
pretensiones manifiestan,
dignas, por sus muchas partes,
de mayor dote y belleza,
no sabe en cuál resolverse,
temerosa que se ofendan
los que, escogiendo á uno solo,
han de excluirse por fuerza.
Además, que, como el alma
se rige por sus potencias,
voluntad y entendimiento
y por sus objetos éstas:
así, como la verdad
es el objeto y esfera
que el entendimiento mira
y no puede obrar sin ella,
del mismo modo que puede
obrar la voluntad ciega
sin la bondad, que es su objeto,
la cual ha de ser perfecta
y bella en todas sus partes;
para que el amor lo sea,
pena que si una le falta
ya no es bondad ni belleza,
en esto no hay poner duda,
pues es, por común sentencia:
Bonum ex integra causa,
nace el bien, de causa entera,
y no siéndola ya es mala,
porque el mal, es cosa cierta
que es: *Ex quocunque defectu*,
por cualquier causa pequeña,
según esto, si ha de amar,
voluntad que no está enferma,
al bien, y éste no lo es
como algún defecto tenga:
la que, sin considerarlo
á marido se sujeta
imperfecto y defectuoso,
ó no tiene amor, ó es necia.
Yo, pues, por no parecello,
entre tanto que no vea
hombre en todo tan cabal
que ser objeto merezca
de mi voluntad y amor,
no he de casarme, aunque pierda
la vida en este deseo:
por no amar, ó amar de veras;
he ponderado las faltas
que tienen los que desean
este casamiento mío;
y, porque cuando las sepan
de sus intentos desistan,
me ha parecido ponerlas
en esta breve minuta.
Si las juzgaren pequeñas
para esposo, no lo son;
que el mal, para que lo sea,
Est ex quocumque defectu
como el bien de causa entera.»
CARLOS. ¿Latines sabe esta dama?
HORTEN. Estudian las de esta tierra
que se pican de curiosas;
y eslo mucho la condesa.
FELICIAN. Ahora bien; vaya de faltas
y veré por cual me deja.
CONRADO. Ella perderá el juicio
si prosigue en esta tema.
HORTEN. Dice así: «Dejo á Conrado (*Leyendo.*)
por puntual melindroso,
que, no es bueno para esposo
un hombre tan delicado.»
CONRAD. ¿Yo?
HORTEN. (*Lee.*) «Dicen que despidió
al que los cuellos le abría,
porque en él, un puño, un día,
más un abanico halló
que en el otro, y si así pasa
no hay falta cual la avarienta;
que quien abanicos cuenta
¿qué hará la hacienda de casa?»
CONRAD. ¡Vive Dios, que la han mentido!
(Hortensio *lee.*)
HORTEN. «Tampoco á Rogerio quiero,
que, puesto que es caballero,
el serlo ha desmerecido,
pues vive desempeñado
y á mohatras no se atreve;
porque el caballero debe
y no paga el titulado.»
ROGERIO. ¡Donosa falta me puso!
HORTEN. (*Lee.*) «Feliciano me da enojos,
que tiene azules los ojos
y yo quiero ojos al uso.
Guarde lo azul para el cuello,
por que, si le he de admitir
los ojos se ha de teñir
como otros barba y cabello.
Carlos es desaliñado
y yo no he de ser mujer
de quien no sabe comer,
limpiamente un huevo asado.
Favio, habla con estribillo;
Teodoro, en grosero toca,
pues lo es quien trae en la boca
toda la tarde el palillo.»
CARLOS. ¿Pues esa es acción grosera?
FELICIAN. Si es mondadientes, sacalle
en la boca por la calle,
es ir con la escoba afuera.
HORTEN. (*Lee.*) «Julio, de barba cerrado,
habla por tiple y sesea,
y hará cualquier cosa fea
un hombre tiple y barbado.
Celio es calvo, y para padre
mejor; Decio si se enoja,
el mayor voto que arroja
es, ¡por vida de mi madre!
Marco Antonio trae antojos;
César, copete y guedejas,
zarcillos en las orejas
y echa la culpa á los ojos.
Y, si conmigo se casa
reñiremos por saber
cuál de los dos es mujer
y quién el que manda en casa.

Federico, no penetra
lo que á caballero debe:
bebe en invierno sin nieve
y escribe clara la letra.
Valerio ha dado en traer
alzada la sotanilla;
y hay quien piensa que se humilla
y va á fregar ó barrer.
Por estos y otros defectos,
soy señores de opinión
que, si amor es perfección,
yo no he de amar imperfectos.
Y vivan sobre este aviso
mientras con uno no tope
tan perfecto como Lope
en su *Arcadia* pinta á Anfriso.

ROGERIO. ¿Qué Arcadia ó qué Lope es este?

FELICIAN. ¡Qué se yo! O esta Lucrecia
es loca, ó peca de necia.

CARLOS. Pues aunque no manifieste
amarme ¡viven los cielos!
que he de hablarla.

ROGERIO. Yo imagino
que á igualarnos, cuerda, vino,
por no ocasionar los celos
que haciendo de uno elección
á los demás ha de dar.

CONRAD. Yo, Rogerio la he de hablar
que tengo satisfacción,
aunque sois nobles y ricos,
de que he de verme su esposo.

ROGERIO. ¿Vos, puntual, melindroso,
que contáis los abanicos?

CONRAD. Yo sé que la satisfago.

CARLOS. A los demás me prefiero,
pues si debe el caballero
yo debo mucho y no pago.

FELICIAN. Andad que la dais enojos,
y aprended, mas aliñado,
á comer un huevo asado.

CARLOS. Sí haré, si os teñís los ojos.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Salen DON FELIPE, *de pastor, y* ALEJANDRA.

FELIPE. ¿También ella ha dado en eso?

ALEJAND. El trato y conversación
varían la condición;
la de mi prima profeso.
Cuando tiene poco seso
el señor, pocos criados
le sirven considerados;
en casa del jugador
todos imitan su humor;
la guerra engendra soldados.
A cierto rey, adulaba
un privado, ó necio, ó loco;
era cojo el rey un poco
y el otro le remedaba,
sano estando, cojo andaba.
Imitaron sus antojos
los demás, y dando de ojos
cuantos iban á palacio
llenaron en breve espacio
toda la corte de cojos.
Provincia hubo, cuya gente
mandó á cada cual, por ley,
por faltar un diente al rey
que se sacase otro diente:
mueve el objeto presente.
Trata en pastores Lucrecia,
(que caballeros desprecia,
después que estos campos mora)
y yo imito á la señora,
ya sea cuerda, ya sea necia.
Esta negra *Arcadia* ha sido
de Lope, quien la ha encantado.

FELIPE. La *Arcadia* de Lope ha dado
al traste con su sentido.

ALEJAND. Tirso, basta lo fingido.
Yo sé, que aunque jardinero
te vendrá el sayal grosero;
hablando á lo pastoral,
debajo el sayal, hay al.

FELIPE. ¿Qué ha de haber?

ALEJAND. Un caballero.

FELIPE. Bien puedo venirlo á ser;
de menos nos hizo Dios.

ALEJAND. Solos estamos los dos;
ya sabes que la mujer
pierde el seso por saber.
¿Díme quien eres?

FELIPE. Verá
en la locura que da.
Regidero fué mi padre,
si dice verdad mi madre,
y alcalde una Navidá.
Cuando nací, no hubo quien
no dijese á la parida:
no hay cosa más parecida
en el puebro, al sacristén.
¡No lo llevó padre bien!
Mas yo que tengo ventura
más que un sobrino de un cura,
y soy labrador ¡por Dios
que pienso, que á ambos á dos
les soy en cargo la hechura!

ESCENA II

Sale LUCRECIA *con la* Arcadia *en la mano.*

LUCREC. ¿Si hallaré á mi jardinero
retratando entre sus flores
mis esperanzas y amores?

ALEJAND. Tirso, vos sois caballero:
aunque el azadón grosero
os dé ejercicios tan llanos,
tenéis muy blancas las manos;
y aunque más disimuléis
los callos que no traéis
son guantes de los villanos.

LUCREC. Tirso y Alejandra, están
solos.

FELIPE. También tengo yo
mis callos.

ALEJAND. Aqueso no,
(*Tómale una mano.*)
que ellas os desmentirán.

FELIPE. Estese queda.

LUCREC. Ya van
quilatando mis desvelos
el oro de amor, con celos.
ALEJAND. ¿Esta es mano labradora
ó cortesana y señora?
LUCREC. La mano le ha dado ¡ay cielos!
ALEJAND. Aquí mi sospecha vea
engaños que en sayal fundas,
que manos tan vagamundas
más son de ciudad, que aldea.
FELIPE. Como ha poco que se emplea
en el campo mi labor,
aún no he mudado el color.
Estudiaba para cura,
mas tengo la cholla dura
y quedéme en labrador.
Suelte, que parece mal.
(Sácale una balona con puntas de cuello.)
ALEJAND. Que os desmienta amor me manda:
¿dicen bien cambray y randa
con el buriel y el sayal?
LUCREC. ¿Hay desventura tal?
Don Felipe, al fin, traidor.
ALEJAND. ¡Qué delicado pastor!
Llámeos el que os considera
dentro holanda, y sayal fuera,
Tirso hipócrita de amor.
Pero Lucrecia está aquí.
Turbado os habéis en vella,
sed cortesano para ella
y labrador para mí,
que, pues andaban así
los pastores de Erimanto,
si Anfriso sois, no me espanto
que estime tanto la vida
de nuestra Arcadia fingida
y que á vos os quiera tanto. *(Vase.)*

ESCENA III

LUCRECIA *y* DON FELIPE.

FELIPE. ¡Lucrecia del alma mía!
LUCREC. ¿De vuestra alma? Debe ser
alma, Tirso, de alquiler
con huéspedes cada día.
Quien de españoles se fía
llora engaños como yo;
quien jardineros creyó,
funde en flores su esperanza,
símbolos de la mudanza,
rosas hoy, mañana no.
FELIPE. Si decís eso, mi bien,
porque aquí Alejandra estaba...
LUCREC. A las manos os miraba,
gitana, sus rayas ven.
FELIPE. Si nos oyérades bien
salieran recelos vanos...
LUCREC. Son ladrones los gitanos;
dístesle la mano vos,
y amor que es juez porque es Dios
os cogió el hurto en las manos.
Ya sabéis vos que en la palma
funda el amor su caudal,
pues se la dan en señal
los que hacen de dos un alma;
con la vuestra el pesar calma
de Alejandra, dadla el sí,
pues darle la mano os vi;
que contra agravios villanos
la venganza es toda manos
y las tendrá para mí.
FELIPE. Admitid satisfacciones.
LUCREC. No las hay para la vista.

ESCENA IV

Sale CARLOS.

CARLOS. Aunque encartado en la lista
de faltas é imperfecciones,
Condesa...
FELIPE. No me faltaba *(Ap.)*
sino aqueste estorbo agora.
CARLOS. En fe que el alma os adora.
FELIPE. Yo maravillas sembraba, *(A Lucrecia.)*
que por ser de amor son de oro,
dió Alejandra en porfiar
que no se habían de lograr.
CARLOS. Digo que en fe que os adoro,
Lucrecia mía, no quiero
que me desdeñáis creer.
FELIPE. Dijo que no habían de ser
si espuelas de caballero,
que por azules son celos
y por ser espuelas pican.
CARLOS. Muchos que os aman publican
esperanzas y desvelos,
que porque os darán enfado
con las faltas que escribistes,
discreta los despedistes;
y aunque entre ellos señalado
yo sé que soy preferido.
FELIPE. Dijo, sembrad, jardinero
espuelas de caballero:
respondila, yo no he sido
caballero, sí pastor,
ni han de sembrarse en mis eras
flores que son caballeras.
CARLOS. ¡Qué importuno labrador!
¿No echaréis de ver, villano,
que estoy hablando yo aquí?
FELIPE. Como esto la respondí,
llega y cógeme la mano,
y agarra las maravillas
que encubierta conoció;
pero, aunque las marchitó,
si ella quiere recebillas
bien puede, como no crea
engaños y trampantojos
que tal vez hacen los ojos.
CARLOS. No me deis causa que sea
descortés con la Condesa,
villano, agora por vos.
LUCREC. Andad, Tirso, andad con Dios,
que no es buena disculpa esa.
Proseguid vuestro ejercicio,
lo que Alejandra os mandó
sembrad, que no quiero yo
contradecir vuestro oficio.
¿Trasplantar flores, no es
de una á otra parte mudallas?
Pues bien, podéis trasplantallas
si el mudarse es tu interés.

Andad, dadlas otra mano
si no basta la primera.

CARLOS. Menos tratable os quisiera,
señora, con un villano.

LUCREC. Gusto de gente sencilla:
mas ya este pastor me enfada
porque tiene alma doblada.
Idos de aquí.

FELIPE. Persuadilla
quisiera á lo que es verdad.

LUCREC. Ya os digo que nos dejéis.

CARLOS. Rústico, vos pretendéis
que ofenda la calidad
de mi nobleza con vos.

FELIPE. Que no ofenderá.

CARLOS. Villano,
¿vos os vais del pie á la mano
conmigo?

FELIPE. Y con otros dos.

LUCREC. ¡Bárbaro! ¿Con el Marqués?

FELIPE. Después que soy jardinero
y espuelas de caballero
traigo, ya que no en los pies,
en las manos, he cobrado
humos de caballería;
el valor nobleza cría.
Si me habéis menospreciado,
juzgando, por suerte escasa,
el sayal que estimo al doble,
advertid que el huésped noble
tal vez vive en pobre casa.

CARLOS. ¿Que esto consienta á un grosero?

LUCREC. ¡Dejadle, que si villano
se ha tomado tanta mano,
vengarme y vengaros quiero
con daros la mano yo,
en fe de lo que os estimo
como amante y como primo!

(Danse las manos y quitaselas don Felipe.)

FELIPE. ¿Cómo amante? Aqueso no;
que yo, que este jardín guardo,
arranco, si me parece,
la mala hierba que crece,
y sus espinas escardo.
Espuelas de caballero
me hizo Alejandra sembrar,
y si se han de malograr
flores que sembré primero,
satisfagan mis desvelos
la venganza á que se aplican,
ya que como espuelas pican
y como azules dan celos,
que los planteles que trazo
de otra labor han de ser.

CARLOS. ¿Qué haces, bárbaro?

FELIPE. Romper,
por ir torcido, este lazo.

CARLOS. Afrenta es, no castigar
un loco tan descompuesto.

(Echa mano Carlos, *y riñe con* don Felipe *con el azadón.)*

LUCREC. Tirso, Carlos, ¿qué es aquesto?

FELIPE. Esto es, mudable, escardar.

CARLOS. Y esto hacer que un descortés
no lo sea.

FELIPE. Cortesano,
¿á Lucrecia dais la mano?
Pues no os me habéis de ir á pies.

(Vanse peleando.)

ESCENA V

LUCRECIA.

Gente, pastores, criados,
que matan mi jardinero,
mirad que sin él no espero
dar sosiego á mis cuidados.
¡Oh celos! Confuso abismo
como el que os tiene no alcanza,
que en vez de tomar venganza
la experimenta en sí mismo.

ESCENA VI

Sale DON FELIPE.

Yo, Lucrecia, soy de España,
mi noble patria es Valencia,
que, ni sufre competencia
ni perdona á quien la engaña.
La guerra es mi profesión,
toda cólera y venganza;
si agravios causan mudanza,
juzgad los vuestros qué son.
Que yo, español mal sufrido
y vengador valenciano,
que enajenar una mano
he visto, de quien he sido
dueño; si á vuestra promesa
es bien que crédito dé,
no es justo que tenga fe
en mano que otro hombre besa.
Si á Alejandra se la di,
fué porque quiso, curiosa,
como mujer maliciosa,
hacer experiencia en mí
del oficio que grosero
he, por vos, ejercitado,
ó, saber si disfrazado
era Tirso jardinero.
Injurias del azadón
buscaba Alejandra en ella:
quien disculpas atropella
y no oye satisfacción,
achaques busca, sin duda,
con que excusar su mudanza:
hallólos vuestra venganza:
no es amor el que se muda.
Gozad á Carlos, que es justo
mientras que me ausento yo,
que, si en la mano cifró
prendas, amor de su gusto;
y en ella la posesión
le dió vuestra libertad,
alegará antigüedad,
y, guardársela es razón.
Dama tengo yo en Valencia
con que despicar enojos,
menos crédula en sus ojos,
y más constante en mi ausencia.
En la *Arcadia* que leistes,
aunque hay celos cortesanos,
no hallastes venganza en manos,

ni mudanzas aprendistes;
y quien estilos no guarda
de amores que imitar quiso,
no es bien los logre en Anfriso,
pues no ha sido Belisarda.
Ella es firme y fácil vos;
pero contra tales daños
templos hay de desengaños
donde sane Anfriso: ¡adiós! (*Vase.*)

ESCENA VII

LUCRECIA.

Felipe, mi bien, aguarda,
cesen venganzas violentas;
si, como Anfriso, te ausentas,
moriráse Belisarda.
Yo me cortaré la mano,
ocasión de tus enojos;
yo me sacaré los ojos
que dieron crédito vano
á culpas que no hay en ti.
Arboles ¿no le estorbáis?
Arroyo ¿no le atajáis?
¡Fuese, cielos! ay de mí!
Pastoriles sutilezas,
si me enseñastes á amar
ya me podéis enseñar
soledades y tristezas.
Arcadia, decidme vos
con qué paciencia y aviso
llevará ausencias de Anfriso
Belisarda; y si los dos
distantes tuvieron seso
para sufrir soledades
que en remisas voluntades
corduras solas confieso.
Celos le volvieron loco
á Anfriso, y pues no perdió
ella el seso, muestra dió
que amaba á su pastor poco.
Mas vale en que yo le pierda
y en fe de que sé querer,
con Anfriso loca ser
que con Belisarda cuerda.
¡Flores, que ya espinas piso!
¡fuentes á quien llanto doy!
¡Confesad que loca estoy
ó restauradme á mi Anfriso!

ESCENA VIII

Salen CARLOS, ROGERIO, CONRADO, HORTENSIO, ALEJANDRA *y* ANGELA. DICHA.

CARLOS. ¿Hay más furioso villano?
ROGERIO. Muerte os da, á no defenderos.
CARLOS. Si la vida he de deberos
buscadle, que será en vano
mientras no me vengo de él
hacer de mi vida caso.
LUCREC. ¡Zarzas, atajadle el paso!
¡arroyos, corred tras él!
ALEJAND. Prima.
HORTEN. Alejandra.
CARLOS. Señora.
LUCREC. Belisarda soy, pastores.
Mi Anfriso ausentan traidores
¿qué hará sin él quien lo adora?
CONRAD. ¿Qué novedades son estas?
ANGELA. Loca la Condesa está.
LUCREC. Viviréis contentos ya;
haréis en Arcadia fiestas,
pastores del Erimanto,
que Anfriso se fué al Liseo:
cumplió á la envidia el deseo
vuestro rigor y mi llanto.
Industrias de Galafrón
y celos de Leriano,
mi Anfriso ausentan en vano
pues le guarda el corazón.
HORTEN. ¿Qué Arcadia, qué Galafrones
son estos?
ANGELA. Bien dije yo:
desde que Lucrecia dió
en leer prosas y canciones
de esta *Arcadia* ¡oh, maldición!
que el seso había de perder.
LUCREC. Ausencias, no han de poder,
malicioso Galafrón,
causar en mi amor olvido.
Bronce soy, columna, roca.
ROGERIO. ¡Vive el cielo que está loca!
CARLOS. Quemad los libros que han sido
ocasión de este accidente.
LUCREC. ¿Por una mano que dí,
pastor, me dejas así?
HORTEN. Tenedla.
LUCREC. Mi Anfriso ausente,
no quiero gusto, ni vida.
CARLOS. ¡Oh! Maldiga el cielo, amén
la *Arcadia* y libros también
que engañan gente perdida.
ALEJAND. Prima mía, vuelve en ti.
LUCREC. ¿Cómo? si soy Belisarda.
¿Y tú, cautelosa Anarda,
me usurpas Anfriso así?
ALEJAND. ¿Yo Anarda, prima? ¿Qué es esto?
LUCREC. Tú, cavilosa pastora
siendo á mi amistad traidora
en este estado me has puesto.
ANGELA. Alto, ella ha dado en glosar
la *Arcadia* de Lope toda.
HORTEN. Sobrina.
LUCREC. Mal se acomoda
quien no tiene gusto á amar,
caduco padre, á Salicio.
HORTEN. ¿Quién es tu padre? ¿qué aguardo?
LUCREC. Mi padre eres, Clorinardo.
HORTEN. Rematósele el juïcio.
CARLOS. ¡Condesa, señora mía!
LUCREC. Pues tu, Olimpo, me consuelas
cuando sé de tus cautelas
lo que intenta tu porfía.
CARLOS. A todos nos pones nombres.
Basta, que Olimpo me llama.
LUCREC. El engaño al noble infama.
¿Qué importa, traidor, que asombres,
mi pastor con tus quimeras,
si al fin vence la verdad?
Yo le tengo voluntad.
CARLOS. Alto: aquesto va de veras.
CONRAD. ¿Hay desgracia semejante?
LUCREC. (*A Conrad.*) Menalca, si á Isbel adoras,

premias gustos, celos lloras,
en la Arcadia, firme amante
llora mis penas también.

HORTEN. Menalca llama á Conrado.

LUCREC. A mi Anfriso ha desterrado
la envidia, no mi desdén.
¡Llanto será vuestra risa,
prados, mi pastor ausente!
Si tu amistad mi mal siente
consuélame tú, Leonisa.

ANGELA. También á mí me ha cabido
mi título pastoril.

LUCREC. Huye del engaño vil
de aquese Olimpo atrevido
que con cautelas aguarda
vengarse, mas no podrá,
que firme celebrará
la Arcadia á su Belisardo. *(Vase.)*

ANGELA. Miren aquí qué provecho
causan libros semejantes;
después de muerto Cervantes
la tercera parte ha hecho
de *Don Quijote*. ¡Oh, civiles
pasatiempos de estos días!
¡Libros de caballerías
y quimeras pastoriles,
causan estas pesadumbres,
y, asentando escuela el vicio,
ó destruyen el juïcio
ó corrompen las costumbres!

ALEJAN. *(Ap.)* Tirso es, sin duda, el Anfriso
que alegoriza Lucrecia.
Si huyendo la menosprecia,
y dar muerte á Carlos quiso,
contra disfraces villanos
indicios son de sabello,
la curiosidad del cuello
y blandura de las manos.

ROGERIO. ¿Hay desdicha más extraña?

HORTEN. ¿Que un libro causa haya sido
de que el seso haya perdido?

CARLOS. Bastaba ser él de España.

HORTEN. Vamos á poner remedio,
(si le hay) para tanto daño.

CARLOS. ¡Ay! ¡quién con algún engaño
hallara, Conrado, medio
para poder persuadilla
que era yo su Anfriso amado!

CONRAD. En notable tema ha dado.

ROGERIO. Si no viene á reducilla
el tiempo y cura, tan loco
tengo de vivir como ella.

CARLOS. En adoralla y querella
yo lo estoy, ó falta poco.

CONRAD. ¿No buscamos el pastor
que contra vos se ha atrevido?

CARLOS. Por el mayor mal olvido
mi agravio, pues es menor.
Esta Arcadia he de leer
para saber qué pastores
dan motivo á sus amores.

ROGERIO. Olimpo venís á ser.

CONRAD. Menalca á mí me llamó.

HORTEN. Clorinardo á mí.

ALEJAND. A mí Anarda.

ANGELA. Leonisa soy, Belisarda
ella y Erimanto el Pó.
Miren, cuan desvanecidas
la tienen estas quimeras.

CARLOS. Basta, que el Pó y sus riberas
son ya la Arcadia fingida. *(Vanse.)*

ESCENA IX

Salen DON FELIPE *de galán y* PINZÓN, *criado suyo.*

PINZÓN.

Con seis meses de ausencia
á las lenguas del vulgo das licencia.
Quién dice que, cansado
de Milán, y el blasón de ser soldado,
á España te volviste
descortés, pues que no te despediste,
del Duque valeroso
ni de tu General, que generoso
capitán de caballos
te hizo, y no supiste gobernallos.
Quien dice que te han muerto
por algún licencioso desconcierto,
que á bisoños de España,
en Italia las más veces engaña
pensar que son señores
ya en casos de intereses, ya de amores.
Mira tú lo que haría
Pinzón que te aguardaba de día en día,
oyendo tantas cosas,
y las más, en tu agravio, poco honrosas.

FELIPE.

Ya Pinzón te he contado
de mis amores el confuso estado.

PINZÓN.

Medrado caballero:
de capitán, amante jardinero,
no esperaba otro fruto
si de Lucrecia fué marido bruto,
que se interpreta bestia,
sino tal galardón por tal molestia.
Ya que en tales quimeras
flores plantabas ¿no nos escribieras?

FELIPE.

Importaba el secreto,
que es la Condesa dama de respeto.

PINZÓN.

Pero no de alabanza,
pues pagó tus servicios con mudanza.

FELIPE.

No tratemos en eso
si de celos no quieres pierda el seso.
Ya que á Milán he vuelto
de la prisión tirana de amor suelto,
al gran duque de Feria
los pies quiero besar.

PINZÓN.

¿Y en qué materia
fundarás la disculpa
de la prolija ausencia que te culpa?

FELIPE.

Diré que hice promesa
de ir á Roma.

PINZÓN.

Muy tibia escusa es esa,
pues no se lo dijiste,
ni de tu general te despediste.

FELIPE.

No faltarán colores
que me disculpara.

PINZÓN.

Búscalos mejores,
y seas bien venido
si hijo pródigo, á casa reducido.

ESCENA X

Sale DON PEDRO, *de camino*. DICHOS.

PEDRO. ¿Si hallaré al Duque en Milán?
que no es digno este suceso
de ignorarse.

FELIPE. ¿Qué es eso?
¿Qué fué?

PEDRO. ¡Oh, señor Capitán!
huelgo de hallaros aquí.

FELIPE. D. Pedro, ¿qué ha sucedido?

PEDRO. Una desgracia, que ha sido
la más nueva para mí,
de cuantas hasta hoy he visto.
De Valencia del Pó vengo,
que en fe del cargo que tengo
siempre en su presidio asisto.
Ya conocéis su Condesa.

FELIPE. Fénix es de la hermosura.

PEDRO. Escuchad, pues, su locura,
si de su desgracia os pesa.

FELIPE. ¿Loca la Condesa está?

PEDRO. El trato y la inclinación
con que honra á nuestra nación
este mal pago la da.
Dió en aprender de manera
nuestra lengua castellana
que por dama toledana
su idioma enseñar pudiera.
Aficionóse después
á los libros con que España
en cualquier nación extraña
blasón de las musas es.
Préciense de su elocuencia
Petrarcas, Bocaccios, Dantes,
y otros héroes semejantes,
ya en Italia, ya en Florencia,
que en ella los más discretos
nos vendrán á confesar,
que Italia toda es hablar
y España toda es conceptos.
Dejóse llevar, de modo,
de esta inclinación, que al fin
retirándose á un jardín
ocupaba el tiempo todo
en los libros que escribió
el Apolo de Madrid.

FELIPE. ¡Ese es Lope!

PEDRO. Y, advertid
que entre todos escogió.
La *Arcadia*, en cuyos pastores
prados, fuentes, transformada
de día y noche elevada
celebraba sus amores,
recreándose en su historia
aunque fabulosa, bella,
tanto, que no hay verso en ella
que no sepa de memoria.
Paró aquesta ocupación
en salir hoy de improviso
diciendo que adora á Anfriso
y que aquellas selvas son,
riberas del Erimanto
de la *Arcadia* sus montañas,
sus quintas, pobres cabañas,
sus edificios encanto;
las damas que están con ella
Amarilis y Leonisas,
Isbelias, Celias, Florisas;
los caballeros que á vella
van, han de ser Galafrones,
Celsos, Menalcas, Gasenos,
Olimpos, Danteos, Mirenos,
Frondosos y Coridones.
Afirma que es Belisarda,
y que á su Anfriso destierra
la envidia que le hace guerra,
de quien, con su ausencia aguarda
dar á sus penas consuelo;
trueca galas cortesanas
por las sayas aldeanas
cofia, brial y sayuelo;
escribe en troncos diversos
por las márgenes del Pó
lo que en la *Arcadia* leyó;
canta llorando sus versos;
y si quieren apartalla
deste tema, no hay sufrilla,
de modo que, han de seguilla
los que intentan sosegalla.
Hasta aqueste extremo llega
si es fuerte una aprensión,
y de esta eficacia son
versos de Lope de Vega.
Sus amantes y parientes
de este caso lastimados
juntan los más afamados
médicos (si en accidentes
de tan extraña locura
basta medicina humana,
porque el loco tarde sana
y el amor no tiene cura).
Lucrecia está, al fin, sin seso.
Sentid las nuevas que os doy
y á Dios, que á contalle voy
al Duque, aqueste suceso. *(Vase.)*

ESCENA XI

DICHOS, *menos* DON PEDRO.

FELIPE. Yo soy la causa, Pinzón
de que Lucrecia esté loca;
mi ausencia es quien la provoca.
Bastante satisfacción
tengo, de que mis recelos
fueron sin causa fundados.
¡Maldiga Dios los cuidados
que dan aparentes celos!
Yo la adoro, yo he de ser

la salud de su locura
hechizo de su hermosura.
A Valencia he de volver:
sígueme, y no me aconsejes.

PINZÓN. ¿Agora sales con eso?
Más perdido está tu seso
que el suyo; amantes y herejes
sois de una especie, si dais
en defender un error.

FELIPE. Todo este mal es amor.

PINZÓN. Locos, pues, todos estáis.
Si á Carlos has ofendido
y otra vez allá te ven
¿piensas que has de librar bien?

FELIPE. Jardinero fuí fingido.
¿Médicos buscan agora?
con su disfraz me aseguro.

PINZÓN. La vida por tí aventuro.
Presencia tengo dotora;
vamos, y verás que Grecia
me transforma en Esculapio.

FELIPE. ¡Ay mi loca!

PINZÓN. Berros y apio
han de sanar á Lucrecia. (*Vanse.*)

ESCENA XII

Salen ALEJANDRA, HORTENSIO, ANGELA, CARLOS, CONRADO *y* ROGERIO.

ALEJANDRA.

¡Lastimosa desgracia!

CARLOS.

Si le dura.
á Lucrecia este mal, yo que la adoro,
imitación seré de su locura.

ANGELA.

Sus años verdes malogrados lloro.

CONRADO.

¡Que á tanta discreción, tanta hermosura,
un loco frenesí pierda el decoro!

HORTENSIO.

Ya ha castigado justamente el fuego
los libros, confusión de su sosiego.
Quiétase si, siguiendo el desatino
de sus locuras, digo que es serrana,
que su Anfriso la adora, y si convino
hacer ausencia, volverá mañana.
Mas, si quiero metella por camino,
de nuevo se enfurece.

ROGERIO.

¡Qué tirana
pasión de su engañada fantasía!

CONRADO.

¡Ay prenda malograda!

CARLOS.

¡Ay loca mía!

HORTENSIO.

Si la llamo Condesa, me desmiente
diciendo que no es más que una pastora;
si la encierro, llamándome inclemente
voces furiosas da, suspira y llora;
padre me nombra, y dice que aunque intente
privarla en la prisión de quien adora,
no han de bastar violencia, ni artificio
á que, á Anfriso olvidando, ame á Salicio.
Porque se quiete, en fin, libre la dejo;
Belisarda la llamo, y que soy digo
su padre Clorinardo.

CARLOS.

Ese consejo,
por eficaz, para su gusto, sigo.

ALEJANDRA.

Fué de su amor, Felipe, claro espejo;
quebrósele el ausencia; yo me obligo
á sanarla si vuelve el jardinero.

HORTENSIO.

Médicos, Carlos, de Bolonia espero.

CONRADO.

¿Qué medicina puede haber bastante
que del entendimiento cure engaños,
en siglo que el más sabio es ignorante,
y aquél, se estima más, que hace más daños?

CARLOS.

¿Loca Lucrecia, cielo, y yo su amante?
¿Tan triste empleo de tan verdes años?

HORTENSIO.

Ella sale; escuchadla: nadie niegue
que es pastora si intenta que sosiegue.

ESCENA XIII

Sale LUCRECIA *de pastora bizarra.* DICHOS.

LUCREC. Asperos montes de Arcadia
que estáis mirando soberbios
en mi llanto y vuestras aguas
mi desdicha y vuestro extremo.
Fresnos en cuyas cortezas,
papel de mis pensamientos,
escribió el alma verdades
contra inclemencias del tiempo.
Robles, si firmes, villanos,
imitación de los pechos,
constantes en perseguirme,
villanos en sus deseos.
Murtas verdes y floridas,
que hubierades dado ejemplo
á mis esperanzas locas
á no secarlas recelos.
Jazmines, que á mis venturas
imitáis en los contentos,
pues se quedaron en blanco
y en flor se desvanecieron.
Mosquetas, que tantas veces
trébol y rosa os tejieron
guirnaldas para un ingrato,
flores antes, ya veneno.
¡Qué de noches gozó el alma
castos entretenimientos
que encubrió el temor al día,
revelador de secretos!
¡Qué de veces el aurora
vió, dando quejas al sueño,

porque usurpaban tiranos
su jurisdicción, desvelos!
¡Qué de fingidas promesas!
¡Qué de vanos juramentos!
¡Si temprano me engañaron
tarde, ó nunca, se cumplieron!
¡Aquí, soledades mías,
leí papeles, que tiernos
por ser letras se borraron,
por ser papel se rompieron!
¡Palabras en papel dadas
libran sus obras al viento,
que, en la desdicha, los gustos
se quedan siempre en deseos!
¡Montes, fresnos, robles, murtas,
jazmines, moquetas, trébol,
noche, aurora, día, tarde,
papeles, obras, deseos!...
¡todos me habéis, por adoraros,
[muerto!
¡Tarde os conozco; cuando el daño
[es cierto!

HORTEN. No es bien, hija Belisarda,
martirizar tu sosiego
con memorias lastimosas
que han de aliviarse tan presto.
Á la Arcadia vuelve Anfriso,
y desde el monte Liseo
te escribe amorosas cartas,
que, como tu padre, he abierto.
Tú eres, Belisarda mía,
de aquestas canas espejo,
¿si le eclipsas con pesares
qué harán mis años postreros?
Vuelve á alegrar los pastores,
que en tu discreción tuvieron
conversaciones honestas
y lícitos pasatiempos;
háblalos.

LUCREC. ¡Oh Galafrón,
Menalaca, Olimpo, Enareto,
Anarda, Leonisa mía!
¡Nunca el triste da contentos!
triste estoy, no puedo darlos;
perdonad mis sentimientos
y asentaos, pues mis desdichas
me atormentan tan de asiento.
(Asiéntanse todos.)

CONRAD. ¿Hay lástima semejante?

CARLOS. Tal estoy, que tengo celos
de este Anfriso, aunque fingido.

ROGERIO. Yo lloro sus desconciertos.

ESCENA XIV

Sale un CRIADO.

CRIADO. Un médico, que de España
pasa á Roma, y en sabiendo
la enfermedad de Lucrecia,
prometió darla remedio,
desea verla.

HORTEN. Dile que entre
(Vase el Criado.*)*
que con españoles tengo
en las letras tanta fe
como en las armas sabemos.

ESCENA XV

Sale PINZÓN *de médico de risa, y* DON FELIPE *á pasante.* — DICHOS.

PINZÓN. Beso á vuestras viserías
las manos.

FELIPE. *(Ap. á* Pinzón.*)* Pinzón, yo temo,
si cual sueles bufonizas,
que has de echarme á perder.

PINZÓN. Quedo.

HORTEN. Dios guarde al señor doctor.

PINZÓN. Sí guardará, que en efecto
cada cual su hacienda guarda.
Huélgame mucho de verlos
sentados, entre las flores,
aunque si fuera en invierno
disenteria amenazaban
las humedades del suelo,
porque *in meribus erratis*
desde Septiembre á Febrero,
y aún á Marzo, según otros,
in lapidibus no es bueno
el asentarse, aforismo
de Dioscórides expreso,
conforme escribe Laguna,
confirmándolo Galeno,
y la experiencia lo dice;
porque yo curé un divieso
que le nació á cierta moza
por sentarse en unos berros.

FELIPE. *(Ap.)* ¿Estás borracho, Pinzón?

PINZÓN. Las flores siempre tuvieron
sobre la melancolía
jurisdicción; dice aquesto
Hipócrates.

CARLOS. Buen humor
tiene el médico.

PINZÓN. Si al texto
de Avicena damos fe
(que fué el Esculapio nuestro)
dice: *Capite, de partibus
medicorum*, que el que es bueno
para hacer mejor su oficio
ha de ser jovial, discreto,
curioso en talle y vestido
para que alegre al enfermo,
y encajar de cuando en cuando
dos aforismos y cuento:
por esto libran agora
en guantes y terciopelos,
los médicos de este siglo,
las ciencias que nunca oyeron.
Yo, que soy algo burlón,
y las circunstancias tengo
de gorgorán, mula y guantes
que al doctor hacen perfecto,
sabiendo hoy en la posada
la alteración de cerebro
que padece la Condesa,
aunque á ser médico vengo
de su Santidad, no quise
pasar de aquí, si primero
dando á la enferma salud,
no celebraba mi ingenio.
Díganme vusiñorías
quien es la paciente.

FELIPE. *(Aparte á* Pinzón.*)* Necio.

¿Quieres mirar lo que dices?

PINZÓN. En el Nuncio de Toledo
y Hospital de Zaragoza
dirán la fama que tengo,
y los locos que á mi cura
deben la salud y el seso.

LUCREC. Si para males de ausencia
habéis hallado remedio,
yo, doctor, la enferma soy.

PINZÓN. Venga el pulso.
(Tómasele y dícele al oído.)
Mensajero
soy de Anfriso, que me envía,
hermosa pastora, á veros,
que está por vos rematado
y anda el seso en bamboleos,
y porque teme la envidia
de sus contrarios soberbios,
en figura de doctor,
ya que no de albeitar, vengo
á visitaros.

LUCREC. ¿Qué dices?

PINZÓN. Disimulación, silencio.
(Alto.) Cuerpo de Dios, con la cura
algo trémulo está el pulso,
desigual, intercadente
y pesado; mas yo espero
darla sana antes de un mes.

CARLOS. Yo os daré de oro su peso
si esa promesa cumplís.

PINZÓN. Ojalá fuera un jumento
para que pesara más,
y yo quedara contento.
Llegue acá, señor pasante;
tiente aqueste pulso.

LUCREC. ¡Ay cielos!
(Tómala el pulso don Felipe.)
¡Qué miro!

FELIPE. *(Ap.)* Felipe soy;
que corrido, mi bien, vuelvo,
porque tu mal ocasiono.

PINZÓN. ¿Qué le parece?

FELIPE. Que temo
circunstancias peligrosas.
(Señala á los que están allí.)
Que contra su salud siento
poderosos accidentes.

PINZÓN. Siempre es ignorante el miedo;
bien parece, licenciado,
que estáis en los rudimentos.

LUCREC. ¡Ay mi bien! *(Aparte.)*

FELIPE. *(Aparte.)* ¡Ay, loca mía!

PINZÓN. Este frenesí molesto
procede del *atrabilis*,
quiero decir, de humor negro,
mezclado con la *pituita*,
y causado, á lo que entiendo,
de leer libros profanos.

HORTEN. Acertó.

PINZÓN. Y como que acierto,
para principio de cura
se le haga un cocimiento
de nabos y escaramujos,
mirabolanos y puerros;
dos onzas de polipodio,
cuatro manojos de espliego,
un ojo de un gato *zurdo*,
y media azumbre de suero;
cuézanse las cuatro partes,
y apliquenle un clistel luego
por preservar *almorroides*,
coma perdigones nuevos,
pavillas de á nueve meses
y beberá vino añejo
que *lætificat cor hominis*,
cene pichones y huevos.
Y porque me ha informado
que estos males procedieron
de leer libros pastoriles,
y á los que no tienen seso
contradecirles sus temas
es de nuevo enfurecellos,
texto *Non est irritandum*,
y otros que de industria dejo
fínjanse todos pastores
las metáforas siguiendo
de los libros que ha leído;
hagan bailes, canten versos,
y si los hay en sus libros,
inventen encantamientos
que, siguiéndola el humor
y divertida con esto
la medicina entretanto
podrá lograr sus efectos.

HORTEN. Este hombre es ángel sin duda
que nos ha enviado el cielo
para bien de mi sobrina.

CARLOS. Su parecer sabio apruebo.

PINZÓN. En pasiones de esta especie
según aforismos nuestros,
curándose poco á poco
sequere humoren debemos.

FELIPE. *(Aparte.)* Mi bien, para que podamos
hablarnos más en secreto,
¿qué te parece esta industria?

LUCREC. Que la trazan mis deseos;
así aseguras peligros
de pretendientes molestos
entre tanto que ocasiona
nuestro desposorio el cielo.

PINZÓN. ¿Qué renta come Lucrecia?

HORTEN. Treinta mil escudos.

PINZÓN. Bueno,
á su costa se ha de hacer
este pastoril enredo.
¿No les parece?

CONRAD. Es la traza
digna de su entendimiento:
fénix de la medicina.

PINZÓN. Los que sus amantes fueron
finjan nombres de pastores,
sírvanla y hagan extremos;
que el que la agradare más,
después de vuelta en su cuerdo,
hallará en su voluntad
mejor lugar.

ROGERIO. Eso es cierto.

CARLOS. Olimpo soy.

CONRAD. Yo Menalca.

ROGERIO. No es mal nombre el de Enareto.

ÁNGELA. ¿Dónde aprendiste, doctor,
modo de curar tan nuevo?
¿Sois portugués, ó andaluz?

PINZÓN. Yo soy de nación gallego;

mi natural Rivadavia,
el doctor Parra mi abuelo,
¡gran médico de infusiones!
Mi padre el doctor Sarmiento;
yo, que de razón debiera
llamarme conforme aquesta
también el doctor Racimo,
porque no lo consintieron
las aguas de aquel otoño
que las viñas corrompieron,
vine á llamarme en Castilla...

ANGELA. ¿Cómo?

PINZÓN. El doctor Alaejos.

ANGELA. Todos son nombres vinosos.

PINZÓN. Graduáronme por ellos,
que dan borlas amarillas.
Pero, las gracias dejemos,
y mis recetas se pongan
en orden.

LUCREC. Padre, yo tengo
de ver las cartas que Anfriso
me escribe, gusto y deseo.

HORTEN. Vamos, pues, mi Belisarda.

CARLOS. Alto, galanes, y á ello
y vuélvanse nuestros montes
los de Arcadia.

ALEJAND. *(Aparte.)* ¡Qué embelecos!
¿Son éstos sospechas mías?

PINZÓN. ¿Qué te parece mi ingenio?

FELIPE. Loco, pero provechoso.

ALEJAND. No se ha de partir tan presto
á Roma el señor doctor.

PINZÓN. ¡Jesús! Sanará primero
la condesa y dejará
fama al doctor Alaejos.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Salen PINZÓN *de médico y* DON FELIPE *de pastor bizarro.*

PINZÓN. Famosa va la maraña
de nuestra Arcadia fingida.

FELIPE. Por inaudita y extraña
no sé si ha de ser creída,
cuando volvamos á España.
Lucrecia, loca hasta aquí
y ya cuerda, hace por mí
los gastos que ves y extremos.

PINZÓN. A costa suya podremos
entretenernos así.
Que, pues cuenta al duque has dado
y al famoso Pimentel
de este amor enmarañado,
yo fío que salgas de él
victorioso y desposado.

FELIPE. Espérolo del favor
que me hace su Excelencia.

PINZÓN. ¿Y qué dices del doctor
Alaejos? Poca ciencia
y mucho hablar.

FELIPE. De tu humor
todo próspero suceso
pienso, Pinzón, conseguir;
no obstante que te confieso
que, según me haces reir,
cuando por curar el seso
que Lucrecia haya adquirido
tanto aforismo acumulas
recelo ser conocido.

PINZÓN. Guantes, latines y mulas
autorizar han podido
toda doctora ignorancia,
y al médico más ruín
dan opinión y ganancia,
aforismos que en latín
se llaman pueblos en Francia.
Por lo menos, hasta agora,
el más bachiller me precia
por un Galeno.

FELIPE. Mejora
fingidamente Lucrecia,
y quien la ocasión ignora
se la atribuye al doctor.

PINZÓN. En Salamanca estudié
dos años, pero mi humor,
que siempre travieso fué,
tuvo á Marte por mejor,
siendo en Italia soldado
que á Esculapio, dios con flema.
En efecto, yo he mandado
que sigan todos el tema
en que nuestra loca ha dado
mientras sana poco á poco;
y con este fundamento
á sus amantes provoco;
que, en fin, si un loco hace ciento,
¿cuántos hará un doctor loco?

FELIPE. No ha quedado pretendiente,
amante competidor
que por tu industria no intente
ya vaquero, ya pastor,
disfrazarse.

PINZÓN. Es excelente
mi ingenio.

FELIPE. La primavera
á fiestas ocasionada,
la juventud novelera,
esta quinta celebrada,
estas selvas y ribera,
todo se junta al deseo
de ver mi Condesa sana.

PINZÓN. Y yo que soy el Teseo
de aquesta Creta aldeana,
por uno y otro rodeo
conde te pienso sacar.
Finge ser Anfriso agora
que acabaste de llegar
celoso de tu pastora,
y déjame enmarañar
de suerte, aquestas quimeras;
mientras de todos te burlas,
Anfriso, de estas riberas
que lo que tienen por burlas
lloren los demás de veras.
Y paso, que están ya aquí
los fingidos ganaderos.

FELIPE. Bravas telas y tabí.

PINZÓN. Gastan como caballeros
fuera de que no leí
en la Arcadia, de zagal

que no trajese el zurrón
de perlas, de oro y cristal
el cayado, y no es razón
que aquí se vista sayal
quien imita sus amores.

FELIPE. Impropiamente pintó
su traje, Lope.

PINZÓN. No ignores
que en la Arcadia disfrazó
metafóricos pastores
Lope, y que si apacentaban
los ganados que regían,
vistiendo telas mostraban
así, el valor que encubrían
más que el que representaban.

ESCENA II

Salen por una puerta bizarramente vestidos de pastores, CONRADO, CARLOS, ROGERIO *y* HORTENSIO; *por otra con* ANGELA, LUCRECIA *y* ALEJANDRA, *de pastoras, con cantarillas coronadas de albaca y claveles; todos salen cantando.*

ELLAS. Trébole ¡ay Jesús! como huele el Arcadia.
Trébole ¡ay Jesús! qué olor.

ELLOS. Trébole ¡ay Jesús! dónde está Belisarda.
Trébole ¡ay Jesús! qué amor.

ELLAS. El Arcadia todo es flores.

ELLOS. Belisarda es toda amores.

ELLAS. Aquí cantan ruiseñores.

ELLOS. Aquí penan los pastores.

ELLAS. Aquí corre el Erimanto.

ELLOS. Aquí amores, risa y llanto.

ELLAS. Aquí hay gloria.

ELLOS. Aquí hay dolor.

ELLAS. Trébole ¡ay Jesús! como huele el Arcadia
Trébole ¡ay Jesús! qué olor.

ELLOS. Trébole ¡ay Jesús! dónde está Belisarda
Trébole ¡ay Jesús! qué amor.

FELIPE. Si venís, bella pastora,
después de ausencia tan larga
con el agua que os encarga
la que por vos mi alma llora,
viértala el contento agora
que os merece ver presente;
que á fe, si advertís la fuente
de donde amorosa brota,
que os abrase cada gota
pues aunque agua es agua ardiente.
Coronad la cantarilla
de claveles y albahaca,
que si el aurora la saca,
yendo el sol á recebilla,
vos, milagro y maravilla
de la fuente, el prado y flor,
caniculares de amor
causáis á quien celos tiene,
pues sol que con agua viene
abrasa con más rigor.

LUCREC. Ya que en nuestro valle os veo,
gallardo Anfriso, á la risa
que el prado y la fuente avisa
imitará mi deseo,
mientras al monte Liseo
nuevas flores viéndoos distes,
y del Menalco estuvistes
ausente, no os cause espanto
que crezcan el Erimanto
nuestros ojos sin vos tristes.
Pagó la esperanza en flores
el agua que las cultiva;
que imita á la siempre viva
en los constantes amores;
ya que os ven nuestros pastores
y vuestra vista destierra
el llanto de nuestra sierra,
trofeos á esta agua den,
si en la paz parecen bien
los despojos de la guerra.

CARLOS. Muy de veras y á lo amante *(Ap.)*
Conrado, habla este pastor.

CONRAD. Traza es toda del doctor
y este Anfriso es su pasante.
¿Que sospecha hay que te espante
si así entretiene desvelos
de Lucrecia?

CARLOS. Mis recelos
me dicen, aunque te burlas
que los celos ni aun de burlas,
Conrado, que al fin son celos.

CONRAD. Déjate de esto y llevemos
adelante esta maraña.
Ya que os ve nuestra montaña *(Alto.)*
Anfriso, volver podremos
á los festivos extremos
que, sin vos, se han suspendido.

CARLOS. Seáis pastor bien venido.

ROGERIO. Albricias al monte ha dado
porque os ve nuestro ganado
en vuestra ausencia perdido.

ANGELA. Si los pastores os dan
parabienes, las pastoras,
que os esperaban por horas,
gallardo Anfriso ¿qué harán?

HORTEN. Las canas también están
alegres, en ver que os goza
nuestra Arcadia y se alboroza
la más larga senectud;
porque entre la juventud
el más viejo se remoza.

FELIPE. ¡Oh mayoral Clorinardo,
Leonisa, Anarda, Enareto,
Menalca, amigo, discreto,
Olimpo, rico y gallardo:
si siempre que vengo aguardo
gratulaciones solenes
como éstas, por tales bienes
justo es sufra ausencias tales;
porque interesen mis males
tan festivos parabienes.

PINZÓN. Bueno está de cumplimientos;
mientras la siesta se pasa
del calor que el campo abrasa
reprimid atrevimientos.

FELIPE. Esta sombra nos da asientos: *(Siéntanse)*
divirtámonos un rato,
contra el sol, de amor retrato,
pues si uno quema otro es fuego.

LUCREC. ¿De qué suerte?

PINZÓN. Armad un juego
de que me saquéis barato.

HORTEN. El mejor será que agora

le dé una prenda en favor
de juego, sino de amor,
á cada uno una pastora,
y él en fe de que la adora
la celebre de repente
en verso.

CARLOS. Traza excelente.

ALEJAND. ¡Vaya!

ANGELA. No quede por mí,
que en la Arcadia se hizo así
aunque á intento diferente.

LUCREC. Este mondadientes
doy á Anfriso.

ALEJAND. Yo quiero dar
á Menalca este cuchar
de enebro.

CONRAD. Premiado estoy.

ANGELA. Yo en fe de que presa soy
le doy en estos zarcillos
á Enareto, estos dos grillos.

LUCREC. Yo á Olimpo esta cinta negra.

CARLOS. Puesto que triste, me alegra.

ANGELA. ¿Sabéis versos?

PINZÓN. Sé escandillos.

ANGELA. Esta calabaza de oro
os doy, pues, señor doctor.

PINZÓN. Si no hay vino no hay amor,
sois fisgona y no lo ignoro.
Alaejos, Coca y Toro,
me den versos de improviso.

CARLOS. Tan poco Apolo me quiso
que no sé si he de saber
coplas de provecho hacer.

FELIPE. ¿Quién comienza?

LUCREC. Vos, Anfriso.

FELIPE. *(Al mondadientes.)*

Prenda me han dado que á perder provoca
el seso. ¡Venturoso quien la alcanza!
pues si enloquece una desconfianza
tal vez vuelve el contento un alma loca.
Favor que entre claveles labios toca
de Belisarda no tema mudanza
pues para que sustente mi esperanza
diré que se lo quita de la boca.
Haga flecha de vos el amor ciego;
báculo sed en que mi dicha estribe;
cetro en mis celos, id á reducillos.
Leña de amor con que aticéis su fuego
y apoyo en su edificio; que amor vive,
como es rapaz, en casas de palillos.

CONRAD. *(Al cuchar.)* Vivid ya satisfechos,
recelos, de un rigor
que al niño, dios de amor,
le quitan hoy los pechos:
en fe de los provechos
que Anarda le ha de dar
le quiere alimentar;
que es rica, y no parece,
pues la cuchar ofrece,
que negará el manjar.

ROGERIO. *(A los grillos.)* ¿Cómo os dirán sus pasiones,
Leonisa hermosa, mis quejas,
si adornan vuestras orejas
grillos que al fin son prisiones?
Desdenes y sinrazones
halla mi amor por despojos,
mas, cuando por darle enojos
aprisionéis los sentidos
huyendo de los oídos,
él se entrará por los ojos.

CARLOS. *(A la cinta negra.)* Sobre negro no hay color;
antes muestra la que pinta
negro, mi primer favor,
que no ha de haber, negra cinta,
otro amor sobre mi amor.
Sin temor
vive ya mi confianza,
pues hoy los recelos pierde
de mudanza,
y dejando el color verde,
funda en negro su esperanza.

PINZÓN. *(Á la calabaza.)* No te honran mucho estas trazas,
Leonisa, á mi parecer,
pues mitra debió traer
quien me ha dado calabazas.
Aunque castellanos viejos,
dirán que es buena señal,
pues nunca se llevan mal
calabazas y Alaejos;
favoreciendo me enfadas,
porque en darme, prenda mía,
la calabaza vacía,
me das de calabazadas.
Múdala, ó en paz y en salvo
mi amor se desembaraza,
que favor de calabaza
sólo se ha de dar á un calvo.

(Levántanse.)

ESCENA III

Tocan trompetas, chirimías y toda la música; cáese abajo todo el lienzo del teatro y quede un jardín lleno de flores y yedra. A la mano derecha esté un purgatorio y en él penando algunas almas, y á la izquierda un infierno y en él colgado uno y otro en una tramoya, y una sierpe y un león á sus lados; arriba, en medio de esto, en otra parte, una gloria y en ella Apolo *sentado en un trono con una corona de laurel en la mano.*

LUCREC. ¿Qué es esto?

PINZÓN. El pastor Criselio,
que aunque pastor nigromante,
consoló en su cueva á Anfriso
cuando lloraba pesares,
en figura de romero,
según cuenta en sus anales
la *Arcadia*, tercero libro,
folio ciento y cuatro, os hace
ostentación de su ciencia.
Todo hombre debe acordarse
cuando en los montes de Italia
perdimos á don Beltrane,
digo, al peregrino Anfriso,
que llegando á consolarle,
le enseñó el pastor Criselio;
héroes de Apolo y de Marte,
como son: Rómulo y Remo,
César, Licurgo, Alejandre,
Aquiles, Vamba, Aníbal;
las cuatro matronas graves,
Semíramis, Artemisa,

Zenobia y la que dió al áspid
el pecho, el alma al infierno,
y á Marco Antonio su sangre;
imágenes y epitafios
al Rey de Aragón don Jaime,
al Cid, á Bernardo el Carpio
y al gran Gonzalo Fernández.
Este, pues, á instancia mía
hoy os quiere hacer alarde
de sus mágicos secretos,
porque apariencias no falten.

LUCREC. ¡Gran sabio!

CARLOS. ¡Espantosa vista!

HORTEN. Es Criselio hombre notable.

ALEJAND. Y ¿qué significa aquesto,
si es que puede interpretarse?

PINZÓN. Este es Parnaso de Apolo,
y todos los circunstantes
son poetas.

FELIPE. Y ¿quién son
los que están á estas dos partes?

PINZÓN. El Parnaso se compone
de tres senos ó lugares:
gloria, infierno y purgatorio.

ANGELA. ¡Qué llamas tan espantables!

PINZÓN. Los de la mano derecha,
porque mejor se declare,
en letras góticas dicen:
Parnaso crítico.

LUCREC. Trance
es de temer. Mas ¿por qué
penan?

PINZÓN. Pecados veniales
son las palabras ociosas,
que con fuego han de purgarse;
vocablos impertinentes,
que fuera de sus lugares
están, como carne huída;
son los que en nuestro lenguaje
proponen los adjetivos,
latinizan el romance
y echan el verbo á la postre,
como oración de pedante.
Dicen que está en el infierno
su primer dogmatizante,
que introducir nuevas sectas
no es digno de perdonarse.
Penan en el purgatorio
sus discípulos secuaces,
por no pecar de malicia,
que los más son ignorantes.

ROGERIO. Y ¿quién son?

PINZÓN. Este es *Candor*,
aquél se llama *Brillante*,
Emulo aquél y *Coturno*
el otro; aquél el *Celaje*,
Cristal animado el otro;
Hipérbole, *Pululante*,
Palestra, *Giro*, *Zerúleo*,
Crepúsculos y *Fragantes*
murieron con contricción,
y quisieron enmendarse,
mas no tuvieron lugar.
Rueguen á Dios que los saque
de penas de Purgatorio,
que á fe que hay entre ello fraile
que habla prosa vascongada
y versos trilingües hace.

FELIPE. Y ¿quién son los del infierno?

PINZÓN. Leed esas letras grandes.

FELIPE. *Parnaso cómico* dicen.

LUCREC. Y éstos ¿no pueden salvarse?

PINZÓN. No han de ir al cielo de Apolo.

LUCREC. ¿Por qué culpa?

PINZÓN. Detestables.
¿No es hacer moneda falsa
crimen lesee majestatis?

LUCREC. Claro está.

PINZÓN. Pues éstos venden
á todo representante
comedias falsas; con liga
de infinitos badulaques
han adulterado á Apolo
con tramoyas, maderajes
y bofetones, que es dios
y osan abofetearle,
y están corridas las musas
que las hacen ganapanes,
cargadas de tantas vigas,
peñas, fuentes, torres, naves,
que las tienen deslomadas,
y así las mandan que pasen
penas y cargas eternas
á sus culpas semejantes,
y las atormenten sierpes
arpías, gritos, salvajes,
que son los que en sus comedias
introducen ignorantes,
dando al ingenio de palos.

LUCREC. Quien tal hace, que tal pague.

CONRAD. ¿Quién es aquel que se quema?

PINZÓN. Un poeta vergonzante
que pide trazas de noche
de limosna.

CONRAD. ¿No las hace?

PINZÓN. No es hombre de traza el pobre,
que hay poetas oficiales
que cosen lo que les corta
el maestro.

ANGELA. No le alaben
de ingenio á ese.

ALEJAND. ¿Y aquél?

PINZÓN. Es un poeta de encaje,
que en una comedia mete,
como si fuera ensamblaje,
cuatro pasos de las viejas
redondillas y romances
con todas sus zarandajas.

LUCREC. Vena estéril.

FELIPE. No le llamen
al tal sino remendón,
y cuando escriba le manden
sentar sobre una banqueta,
pues echar tacones sabe.

PINZÓN. Llevan sus muchachos éstos
que pregonan por las calles,
en vez de «¿hay zapato viejo?»
¿hay comedia vieja?

CARLOS. Pasen
por poetas de obra gruesa,
y llénenles los costales
papelistas de la legua
en ese oficio tratantes.

ALEJAND. ¿Quién es aquél que en la silla

tan autorizado y grave
tiene en la mano el laurel,
borla del Petrarca y Dante?

PINZÓN. Esa es la gloria de Apolo,
y aquél el dios que las llaves
tiene del entendimiento,
y premiar al docto sabe;
la corona es para quien,
escribiendo dulce y fácil,
sin hacerle carpintero,
hundirle ni entramoyarle,
entretiene al auditorio
dos horas, sin que le gaste
más de un billete, dos cintas,
un vaso de agua ó un guante,
ese se coronará.

ALEJAND. ¿Y los demás?

PINZÓN. Que se abrasen;
pues dándonos pan de palo,
los ingenios matan de hambre.
Los que quisieran saber
los misterios importantes
que el sabio Criselio enseña
á los pastores amantes,
á su cueva los convida.

LUCREC. Entremos todos á hablarle.

CARLOS. Satírico es el doctor.

ANGELA. Y sus burlas agradables.

ESCENA IV

Encúbrese todo con música; quedan solos PINZÓN *y* ALEJANDRA.

ALEJAND. Esperad, señor doctor,
en enredos graduado,
que ya yo sé que os han dado
borla de embelecador.
¿Vos pensáis que yo no sé
vuestras socarronerías?
Médico en bellaquerías
que ayer mochillero fué
y hoy á Galeno interpreta,
yo diré quién sois á todos;
de vuestra traición los modos
veremos si halláis receta
de palos preservativa.

PINZÓN. ¡Oxte, puto! Esto va malo: *(Ap.)*
contra enfermedad de palo
no hay Hipócrates que escriba.
¿Así se pierde el respeto
de mi autoridad, señora,
á mi presencia doctora?

ALEJAND. Burlador, ya sé el secreto
que á vos y á vuestro señor
en nuestra quinta disfraza,
y que con aquesa traza
Lucrecia encubre el amor
que tiene al fingido Anfriso.
Desde Valencia á Milán
vino, donde es capitán;
de todo me ha dado aviso
un español del presidio
que en nuestra ciudad está.
¡Mal vuestro amo logrará
metamorfosis de Ovidio!
Ya hortelano, ya pasante,
ya pastor de esta ribera,
que su amorosa quimera
no ha de pasar adelante;
ni consienten mis desvelos,
médico embelecador,
que pues no paga mi amor
aumente con él mis celos.
Yo diré que es D. Felipe,
que ni está loca Lucrecia,
ni con maraña tan necia
es bien que se me anticipe;
caballeros hay aquí
señores y potentados
que vengarán mis cuidados,
á pesar del frenesí
que la Condesa ha fingido;
pagándoos la cura á vos
á palos.

PINZÓN. ¡Cuerpo de Dios
con quien dotor me ha metido!
¿No ves que echas á perder
toda la Arcadia con eso?
También tú has perdido el seso;
que te cure has menester.

ALEJAND. Pícaro disimulado:
¿Vos á Anfriso me quitáis?

PINZÓN. ¿Díjelo yo?

ALEJAND. ¿Vos curáis,
médico desatinado,
la Condesa á costa mía,
para que yo el seso pierda
loca Alejandra, ella cuerda?
¿Hay tan gran bellaquería?
Carlos, Hortensio. ¡Oh, qué bueno
iba el enredo, Jesú! *(Da voces.)*

PINZÓN. ¡Paso, lleve Belcebú
á Avicena y á Galeno,
con cuantos médicos viejos
inventó la medicina,
purgas, jarabes y orina
y al licenciado Alaejos
que es la mayor maldición!
Si la voluntad supiera
que á mi amo tienes, yo hiciera
que pagara tu afición,
pues no está por la Condesa
D. Felipe, tan picado,
que no haya considerado
lo que contigo interesa.

ESCENA V

Sale LUCRECIA.—DICHOS.

LUCREC. Voces oigo en el jardín:
Alejandra y el doctor
las dan.

ALEJAND. ¿Que me tiene amor?

LUCREC. Saber intento á qué fin
ha sido la riña y voces,
desde esta murta escondida.

PINZÓN. Quiérete como á su vida;
mal á mi señor conoces.
El me lo ha dicho mil veces.
Verdad es que enamorado
de Lucrecia, y disfrazado
con la fuerza que encareces

por Lucrecia ha estado loco,
y en esta Arcadia maldita
el pastor Anfriso imita.
Mas viéndote, poco á poco,
su amor primero se enfría,
y ya en el tuyo se abrasa.

LUCREC. ¡Ay, cielos! ¿Aquesto pasa?
¿Qué escucháis, desdicha mía?

PINZÓN. Como hay tantos imposibles
que á mi dueño han de estorbar
cuando se intente casar,
su ejecución...

LUCREC. ¡Qué terribles
desengaños!

PINZÓN. Tanto Conde,
tanto Duque italiano
contra un pobre valenciano,
á sus deseos responde
que en Alejandra se muden.

ALEJAND. ¿Pues cómo nunca me ha dado
señales de su cuidado?

PINZÓN. ¿Qué amantes hay que no duden
declararse? Si él supiera
las finezas de tu amor.

ALEJAND. Ya las sabe.

LUCREC. ¡Oh, vil doctor!
¿Nos curáis de esa manera?
Yo haré que os salga la cura
costosa, por vuestro mal.

PINZÓN. Espera á su general:
y para esta coyuntura
guarda el decirte su amor;
porque, discreto desea
que tal caballero sea
testigo de su valor.

ALEJAND. Si él aborrece á Lucrecia
y eso, doctor, es verdad;
ya sabéis mi calidad.

PINZÓN. Es la Condesa una necia.
¿Teníaisle por hombre, vos,
que se había de casar
con una loca?

ALEJAND. El amar
todo es locura.

PINZÓN. ¡Por Dios,
que os adora!

ALEJAND. ¿Pues de qué
sirve el fingir que es Anfriso?

PINZÓN. Pretende con este aviso,
entretanto que aquí esté,
veros para declararse
cuando su General venga,
y que la Condesa tenga
sosiego para curarse;
que si va á decir verdad
¿á qué mármol no lastima
ver sin seso á vuestra prima?

LUCREC. ¡Buena capa de piedad!

ALEJAND. Pues bien: ¿cómo daréis vos
traza de que me asegure
él mismo, y que me lo jure?

PINZÓN. Yo haré que os habléis los dos
esta tarde, y me dé albricias
de las nuevas que le llevo;
fuera que un enredo nuevo
era de asegurar malicias
de esta gente.

ALEJAND. ¿De qué modo?

PINZÓN. ¿En la Arcadia no fingió
Anfriso que á Anarda amó?

ALEJAND. Ya he leído el libro todo;
y celos de Belisarda,
le hicieron disimular
que á Anarda empezaba á amar.

PINZÓN. ¿Pues vos no sois aquí Anarda?

ALEJAND. Sí.

PINZÓN. Diréle yo á Lucrecia
que porque mejor se imite
la *Arcadia*, si lo permite,
muestre que á Anfriso desprecia,
y que á Olimpo favorece;
porque Carlos ha tenido
noticia de que el fingido
pastor que la desvanece,
es un español que viene
con esta industria á usurpalle
su dama, y que aseguralle
porque no lo crea, conviene.
Haràle favorecella,
y Anfriso, de esta mudanza
quejoso, para venganza
de su agravio y ofendella,
dirá que es ya vuestro amante,
y que se quiere casar
con vos.

ALEJAND. ¿Y en qué ha de parar?

PINZÓN. Diréle que es importante
á todos, para que el seso
cobre Lucrecia, que vea
que el Anfriso que desea
tiene esposa.

ALEJAND. Bueno es eso.

PINZÓN. Porque viéndole casado,
y que imposible ha de ser
llamarse ya su mujer,
ya que en este tema ha dado,
cobre así perfecta cura,
pues según dice Galeno,
veneno, contra veneno,
contra locura, locura.
Todos acreditarán
mi parecer y opinión,
y aprobando mi razón
vuestras bodas fingirán,
y creyendo que es Lucrecia
de burlas el casamiento,
deshecho el encantamiento
se quedará para necia.

LUCREC. ¡Bien el médico me trata!

ALEJAND. Concluidlo vos así
y satisfacéos de mí,
que os pagaré.

PINZÓN. ¿En oro ó plata?

ALEJAND. En uno y otro. Más... quedo;
que sale Lucrecia.

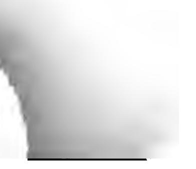
PINZÓN. ¿Quién?

ALEJAND. La Condesa.

PINZÓN. ¡Por Dios, bien
si ha escuchado nuestro enredo!

ALEJAND. No sé, mas por sí ó por no
decid que estoy indispuesta.

PINZÓN. El pulso, esotro; aunque es esta
(*Tómale el pulso á las dos manos.*)
calentura, bien sé yo



de lo que os ha procedido.
LUCREC. ¿Qué hacéis los dos aquí?
PINZÓN. Está
mala Alejandra, y será
de que esta tarde ha comido
almendrucos indigestos;
tiene el pulso destemplado
como barro; ha merendado
fiambre, y son manifiestos
principios de apoplegía.
Vide Averrois juxta textum,
crudum super indigestum,
febrem pestilentem cría.
Pero váyase á acostar,
y para preservación
háganla una fricación
de piernas, y luego echar
mil y quinientas ventosas.
ALEJAND. ¿Cuántas?
PINZÓN. Apela, si cuentas
hoy con las mil y quinientas,
que todas son provechosas.
Mas no la echen sino seis,
la una de ellas faxada,
que esto á Laguna le agrada,
De excurbitis.
LUCREC. No echéis
á perder tanto aforismo
que sois prodigio, doctor.
Ve á acostarte tú.
ALEJAND. Mejor
me siento.
LUCREC. (*Aparte.*) En extraño abismo
me anegáis recelos vanos.
ALEJAND. Pero iréme, con todo eso,
(*Vase* Alejandra.)
á reposar.

ESCENA VI

DICHOS, *menos* ALEJANDRA.

LUCREC. ¡Pierdo el seso!
¡Ay hombres, todos livianos!
Decid, doctor. ¿Por ventura
es de vuestra facultad,
después que á la enfermedad
pulsos toca y pone en cura
ser en amores tercero?
PINZÓN. ¡Por Dios, que nos atisbó! (*Ap.*)
LUCREC. Que Galeno, no sé yo
que fuera casamentero.
PINZÓN. Señora, por todo pasa
el que dar salud procura.
LUCREC. El médico sólo cura
y el cura sólo es quien casa.
Mas si la jurisdicción
ajena usurpastes ya,
por vos el vulgo dirá
desde hoy, y tendrá razón:
«Cura que en la vecindad [1]
cura con desenvoltura,
¿para qué le llaman cura
si es la misma enfermedad?»
PINZÓN. ¿Pues que tenemos para eso?
¿Qué varetas me tiráis?
LUCREC. Basta: que á Anfriso casáis
y á mí me curáis el seso.
PINZÓN. ¡Qué bien que estáis en el caso!
Si á Alejandra no engañara
de este modo, declarara
nuestro enredo.
LUCREC. ¡Paso, paso!
PINZÓN. Paso, ó envido, ella sabe
el nombre de mi señor,
su patria, hacienda y valor,
si es villano, si hombre grave;
si es de veras vuestro mal
ó de amor traza sutil.
LUCREC. ¿Vos, un médico civil,
contra mí tan criminal?
¡Villano!
PINZÓN. Esto va muy malo:
¿mas que soy tan venturoso,
que sin sentirme buboso
me manda tomar el palo?

ESCENA VII

Sale DON FELIPE.—DICHOS.

FELIPE. ¿Qué disparates son estos
de Alejandra y de Pinzón?
¿Qué bodas ó enredos son,
decid, estorbos molestos,
los que acaba de decirme?
Mas aquí Lucrecia está;
mi pastora...
LUCREC. Cesó ya
la Arcadia, ya no fingirme
ni loca, ni Belisarda.
Alejandra es vuestra esposa,
discreta, rica y hermosa
para casarse os aguarda.
Pinzón fué el casamentero;
gocéis el dichoso estado
que, de tal mano, tal dado,
tal boda de tal tercero;
que yo, pues la Arcadia cesa,
que tan en mi daño fué,
con Carlos me casaré,
no pastora, mas Condesa. (*Vase.*)

ESCENA VIII

DON FELIPE *y* PINZÓN.

FELIPE. ¿Mi bien? ¿Condesa? ¿señora?
¿A Lucrecia, á Belisarda?—
Traidor, ¿qué desdicha es esta?
¿Qué le dijiste á Alejandra?
¿Qué embelecos has fingido?
¿Qué bodas son las que trazas
para matarme con ellas?
¿Por qué me ofende y se agravia?
PINZÓN. Eso sí, echarme la culpa
cuando es justo darme gracias,
porque á Alejandra impedí
el echar por la ventana
el bodegón.

[1] Es el principio de una letrilla de Góngora, con la variante de
Cura que en la vecindad
vive con desenvoltura, etc.

FELIPE. ¿Estás loco?
PINZÓN. Borracho al menos estaba
cuando me metí en dibujos
que agora tan mal me pagas.
Si Alejandra te conoce;
si sabe tu nombre y patria;
lo que adoras á Lucrecia;
los engaños de esta Arcadia;
si para decir quién eres
voces, como loca, daba,
llamando los caballeros
que aquí mi ingenio disfraza,
¿cómo te parece á ti
que había de asegurarla
y escusar todo un diluvio
de palos á mis espaldas,
si no es urdiendo quimeras
y diciendo que te abrasas
por ella? Si se escondió
para acecharnos tu dama
¿es adivino un dotor?
FELIPE. Tú dijiste que yo amaba
á Alejandra.
PINZÓN. ¿Qué querías?
FELIPE. ¿Y lo escuchó Belisarda?
PINZÓN. El amor todo es orejas.
FELIPE. Pues si con Carlos se casa,
¿qué he de hacer, traidor, yo agora?
PINZÓN. Mondar nísperos.
FELIPE. Tú causas
mi muerte, tú me destruyes.
PINZÓN. Siendo dotor ¿tú pensabas
que había yo de ser menos
que los que curando matan?
FELIPE. ¡Traidor! ¿Yo no te decía
que tus bufoniles gracias
á perder me habían de echar?
PINZÓN. Alto. ¿Yo he de ser la vaca
de la boda?
FELIPE. ¡Vive Dios
villano! Pues que me matas
que has de morir tú primero.
(Saca un cuchillo de monte.)
PINZÓN. Miren aquí en lo que para
un ingerto de dotor
y mochilero. ¡Oh, mal haya
quien por tí, ha revuelto libros,
jarabes, purgas y calas!
FELIPE. Una pierna he de cortarte:
escoge.
PINZÓN. Es cojo quien anda
con solamente una pierna,
pero córtalas entrambas
que no estoy para escoger.
FELIPE. ¡Traidor! ¡Lucrecia casada
qué he de hacer por tí!
PINZÓN. ¿Ya es barro
á falta de ella Alejandra?
FELIPE. ¡Oh bufón, borracho, loco!
(Tírale de las orejas.)
PINZÓN. ¡Aquí de Dios! ¡Que me sacan
de las sienes las orejas!
¿Hasta cuándo has de tirarlas?

ESCENA IX

Salen CARLOS, ROGERIO *y* CONRADO.—DICHOS.

CARLOS. ¿Quién alborota la quinta?
CONRAD. Voces dan desentonadas.
Pero ¿no es éste el doctor?
PINZÓN. Vuelve á ponerme la capa
y disimula, que yo
desenojaré á tu dama.
¡Maldiga Dios quien te sirve!
(Compónese)
ROGERIO. ¿Qué es esto?
PINZÓN. Riñas de casa;
es este, nuestro pasante,
una mula con albarda.
Sácame de mis casillas.
¡Jesús, Jesús!
CARLOS. ¿Pues qué pasa?
PINZÓN. Examinábale agora
de la suerte que curaba
un romadizo y responde
que de la vena del Arca
le saquen seis escudillas;
miren que médico sangra
con romadizo; un jumento
sois, un buey. Decid ¿no manda
Galeno *inflebotomia
minutiones sine causa*,
maxime en los romadizos
medici prudentes caveant?
Los romadizos se curan
vigilia jejunio, y sanan
con humo de quina quina
y con ungüento de ranas.
¿Dónde hallasteis vos ser bueno
contra la pasión de rabia
el emplastro de orejones?
Aun en la modorra ¡vaya!
Bueno es tirar las orejas
pero no con fuerza tanta
que del casco se las saquen.
FELIPE. *(Aparte.)* Este loco disparata.
¿Y ha de dar con todo en tierra?
A buscar mi Belisarda
voy, que si disculpas oye
yo vendré á desenojarla. *(Vase.)*

ESCENA X

DICHOS, *menos* DON FELIPE.

PINZÓN. Corrido va de vergüenza
el pasantón.
ROGERIO. Poca causa
os dió de descomponeros.
PINZÓN. Si la paciencia me acaban
las necedades que dice,
¿señores, qué quieren que haga?
Háme roto las orejas
con una y otra alcaldada.
Mas él me lo pagará
ó no seré yo; esto basta. *(Vas.)*

ESCENA XI

Salen LUCRECIA, HORTENSIO, ANGELA
y ALEJANDRA.—DICHOS.

LUCREC. Esto, padre, se ha de hacer.
Yo estoy ya desengañada

de que Anfriso no me quiere
por casarse con Anarda.
Mi esposo ha de ser Olimpo,
pues si voy contra el *Arcadia*
que afirman que se casó
con Salicio Belisarda,
mi amor, que puede, dispensa,
y para cobrar venganza
de mis agravios, importa.

HORTEN. Digo, hija, que se haga
tu gusto.

CARLOS. Aunque sea fingido,
dente, amor, mis esperanzas
las gracias de aquesta boda,
pues es señal de que me ama
mi Condesa. Dala seso
que es lo que agora la falta,
y representa de veras
lo que de hoy burlas ensayas.

LUCREC. Pues, padre, cúmplase luego.

CONRAD. ¿Qué es esto?

HORTEN. Locas mudanzas
de Lucrecia, que seguimos,
como veis, por sosegarla.
Dice que ha de desposarse
hoy, con Olimpo; llevadla
el humor, fingid sus bodas
y dadle el parabién.

ROGERIO. Vaya;
aunque á Carlos tengo envidia.

HORTEN. Todo es de burlas.

ROGERIO. Las llamas
aunque de burlas las toquen,
de veras queman y abrasan.

ALEJAND. Muchos años hoy gocéis
discreta y bella serrana,
para gloria de estos montes.

LUCREC. Y vos, venturosa Anarda,
logréis el amor de Anfriso.

CARLOS. Hágase un torneo de agua
esta tarde, que ya tengo
en nuestro Erimanto barcas.

ANGELA. Así en la Arcadia se hizo
en las bodas malogradas
que nuestra pastora imita.

LUCREC. Soy de esotra semejanza.

HORTEN. Dense las manos los dos.

ESCENA XII

Baja DON FELIPE *en una nube y quédase abajo, y al mismo tiempo arrebata otra á* CARLOS *y vuela arriba.*

FELIPE. ¡Oh traidora Belisarda!

PINZÓN. Esto mismo dijo Anfriso
cuando la cinta le daba
á Olimpo, loco de celos:
mas hoy por mi industria baja,
porque no falten tramoyas
á desenlazar marañas
y satisfacer sospechas
con que nos confunde Anarda.
Por arte de encantamiento
vuelvo; Olimpo, no caigas,
que saldrá mal la apariencia.

ANGELA. Donosa burla.

CONRAD. Extremada.

FELIPE. Cesen ya, celosa mía,
invenciones escusadas.
Lucrecia sois y mi esposa;
yo, don Felipe de España.
¡Ya es tiempo de hablar verdades!

LUCREC. ¿Pues no adoras á Alejandra?

FELIPE. ¿Cómo puedo, si mi amor
te dió las llaves del alma?

LUCREC. Tu esposa soy; ya estoy cuerda.

CONRAD. ¿Cómo es esto?

PINZÓN. Esto se llama
entre médicos, papilla
y morlaco, á quien la mama.

ROGERIO. ¿Luego cásanse de veras?

PINZÓN. Y tan de veras se casan
como la *Arcadia* es de burlas.

ROGERIO. Si lo consienten mis ansias.

CONRAD. No, mientras que yo viviere.

ESCENA XIII

Sale CARLOS.

CARLOS. Pastores, en nuestra casa
tenemos el mejor huésped
que honró en nuestro siglo á Italia:
don Jerónimo, famoso,
Pimentel, sol en las armas
y blasón de Benavente.
Me da aviso en esta carta
que hoy llegará á ser padrino,
no de Anfriso y Belisarda,
de Lucrecia y don Felipe
Centellas, su camarada
y amigo. Mis celos cesan
y á todos os desengañan
que la Condesa ha fingido
su locura, y nuestra Arcadia
por este español, dichoso.

ALEJAND. ¿Hay tal burla?

CARLOS. Aunque pesada,
yo saldré contento de ella
si Alejandra mi amor paga.

ALEJAND. Mi dicha, Conde, confieso.

CONRAD. Doña Angela, si en vos halla
remedio este daño, dadme
la mano.

ANGELA. Y con ella el alma.

PINZÓN. ¿Y qué han de darle al dotor
Alaejos, cuyas trampas
le han pagado en orejones?

LUCREC. Yo satisfaré tus gracias.

FELIPE. Salgamos á recibir
á don Jerónimo, y hagan
fiestas á mis desposorios,
los que mi ventura alaban,
entretanto que agradece
Tirso á la *Vega* de España,
la materia que en su libro
dió á nuestra *fingida Arcadia.*

COMEDIA FAMOSA

LA MUJER QUE MANDA EN CASA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA [1]

JEZABEL.	ELÍAS.
RAQUÉL.	DORBÁN, *pastor*.
CRISELIA.	ZABULÓN, *id*.
JEHU.	CORIOLÍN, *id*.
ACAB.	LISARINA, *pastora*.
NABOT.	UN ÁNGEL.
ABDÍAS.	DOS SOLDADOS.
PAJE.	DOS CIUDADANOS.
JOSEPHO.	

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Música de todos géneros, y por una parte suben al tablado (habiendo venido á caballo al son de un clarin) en hábito de caza, JEZABEL, RAQUEL, CRISELIA *y cazadores con perros, ballestas y venablos. Por la otra parte, al mismo tiempo suben también (al son de cajas y trompetas) soldados marchando y entre ellos* NABOT, ABDÍAS *y* JEHU: *detrás de todos á lo hebreo, con corona y bastón el* REY ACAB: *tocan chirimias, y en estando todos arriba llega* ACAB *á* JEZABEL *y dice:*

ACAB. Por más que inmortalice
eterna en sus murallas
Babilonia, á Semíramis, su reina;
y su fama felice,
diosa de las batallas
lauros ciña, cuando Ofires peina;
pues sin cuidar prendellos,
causando al Asia espantos
y ocasionando simulacros tantos
opuesta al sol enarboló cabellos,
su fama en vos admiro,
luz de Sidón, Semíramis de Tiro.
Guerra es también la caza;
estratagemas tiene,
inventa ardides y emboscadas pone;
vos de la misma traza,
(cuando en triunfo solemne
mis sienes manda Marte que corone
del árbol fugitivo,
al Dios planeta esquivo)
porque Moab postrado,
sujeto á vuestro Acab, parias le ha
divina cazadora [dado;
triunfos de fieras, blasonéis Aurora.
Envidia tengo al ave
que ejecutando vuela,
(rayo veloz de pluma) altanerías;
si lo que goza sabe
no ha menester pigüelas
que en las alas repriman osadías;
en cárcel generosa,
alcándara es hermosa,
de cristal transparente
vuestra mano, si en ella favor siente,
que mi fortuna pueda hacer dichosa;
la garza que hay más bella
renunciará, por no apartarse de ella.
Provincia es tributaria,
Moab (por mí abatida),
de Israel, porque en dichas trueque
su Rey pecha á Samaria, [quejas;
en cambio de su vida,

1 Figuran además: CAZADORES; una MUJER que canta; un PROFETA y PUEBLO.

cada año para vos cien mil ovejas;
vellocinos de plata
daros en ellas trata,
que se blasonen, dignos
como el de Colcos, ser de el cielo sig-
[nos,
y el múrice convierta en escarlata;
porque Jezabel pueda
anteponer la púrpura á la seda.
Cargados mil camellos
de marfil y oro puro,
espolios son que os sirvan de tesoro,
con que alcázares bellos
os labre; que procuro
palacios de marfil á deidad de oro.
Hónrenlos vuestros ojos,
y mezclando despojos
de la caza y la guerra,
yo valles conquistando, vos la sierra,
vencedores los dos, lloren enojos
enemigos agravios,
mientras este cristal sellan mis labios.
(Bésala una mano.)

JEZABEL. Ni la mano (Rey) me pidas,
ni victorioso blasones
conquistas de otras naciones
á tus banderas rendidas,
mientras en tu reino olvidas
tu desacato y mis penas:
que en valde triunfos ordenas,
cuando haces de hazañas copia,
rebelde tu nación propia
y obedientes las ajenas.
Mano que el cetro interesa
(por tu causa) de Israel,
y menospreciada en él
tu reino todo no besa,
no es digna que en tal empresa
lisonjas tuyas admita;
sírvate el pueblo moabita,
y rebelde tu nación,
desprecie mi religión,
si es bien que tal se permita,
Hija soy del rey Sidonio;
por tu esposa me eligió;
presumí contigo yo
dar de mi amor testimonio;
coyundas del matrimonio
enlazan, tal vez ardientes,
dos corazones; no intentes
mostrar de tu amor extremos,
porque mal nos uniremos
los dos en ley diferentes.
Baal es mi dios; Baal
satisface mis deseos;
dioses de los Amorreos
tienen poder inmortal;
soberbio, no admite igual
el que, en desprecio de Apolo,
dice que de polo á polo,
autor de la noche y día,
gobierna sin compañía,
y dios se intitula solo.
Ese verdugo de Egipto,
que cruel tantos ha muerto,
ese, que por un desierto
llevó número infinito
de hebreos y sin delito,
cuarenta años desterrados
por veniales pecados
(criminal siempre con ellos,
cuchillo para sus cuellos)
fueron siempre castigados.
Por adorar un becerro,
dió muerte á una inmensidad.
¿Será de Dios tal crueldad;
tal castigo por tal yerro?
¿Para qué tanto destierro,
si darles luego podía
la tierra que prometía?
¿Para qué de Egipto huyendo,
si no fué porque temiendo
sus dioses, los perseguía?
Profeta falso Moisén,
ocasionó tantos daños:
como brutos cuarenta años
entre páramos se ven.
Labróle en Jerusalén,
templo, después Salomón;
mas como su religión
juzgó por cosa de risa,
los dioses de la etiopisa
mudaron su adoración.
Las tres partes de la tierra
veneran (sino unos pocos
hebreos, ciegos y locos)
los dioses que el cielo encierra.
¿Diremos que el mundo yerra,
y ellos solos acertaron?
Sabios que á Grecia ilustraron;
filósofos que nos dieron
las ciencias, ¿todos mintieron?
¿Todos, en fin, se engañaron?
¿Qué ceguedad, Rey, es ésta?
No dije bien, que no es Rey
quien, defensor de su ley,
los blasfemos no molesta.
Ten por cosa manifiesta
que entretanto que á Baal,
con aplauso general,
no reverencie Israel,
no has de hallar en Jezabel
agrado á tu amor igual. *(Llora.)*

ACAB. Antes que el sol de tu cara,
(hechizo del alma mía)
eclipse la luz al día
que mis tinieblas repara,
llore el mundo en noche avara
obscuridades eternas;
enjuga lágrimas tiernas
que el alba envidia al llorarlas,
que es lástima malograrlas
cuando mis dichas gobiernas.
Adore Jerusalén
su Dios en su templo de oro,
que yo á Jezabel adoro
y al sacro Baal también.
Cuantos en mi reino estén
reverencien á Baal
por deidad universal,
pues Jezabel se le humilla;
quien no le hinque la rodilla,
tenga pena capital.
De pórfido y jaspe hermoso

le labre templo sutil,
de alabastro y de marfil,
del metal más generoso,
y á su culto religioso
consagre profetas tantos,
que causen á Judá espantos
y á mi inclinación empleos;
dioses de los Amorreos
ilustren altares santos.
Bosques á sus sacrificios
plante en sus montes Samaria;
quien fuere de ley contraria,
prevenga sus precipicios;
mi amor ha de dar indicios
de que soy amante fiel:
la corona de Israel
tiene en mi esposa su esfera;
quien no obedeciere, muera,
á mi hermosa Jezabel. *(Vase.)*

ESCENA II

DICHOS, *menos* ACAB.

JEZABEL. La jurisdicción acepta
mi fe, que el Rey me concede;
del dios de Sión no quede
con vida ningún profeta.
Quien á Baal se sujeta,
venga á medrar su privanza;
el que me diere venganza
de cuantos siguen á Elías,
espere en promesas mías
y logrará su esperanza.
Aras á Baal levanten
cuantos en Samaria están;
seguiré de Jeroboán
cultos que á la fama espanten;
en selvas y bosques canten
himnos á la adoración
de los dioses de Sidón,
y con festivos empleos
á cuantos los Amorreos
consagran su adoración.
De mi mesa han de comer
sus sacerdotes manjares
dignos de quien sirve altares,
que frecuenten mi poder.
Verá el mundo (aunque mujer)
mi gobierno en breves días;
honrad las deidades mías,
dejad leyes imperfetas:
¡mueran los ciegos profetas
que siguen al falso Elías!
Por cada cabeza, ofrezco,
que sirva al Dios de Abraham,
hacerle mi capitán:
beber su sangre apetezco.
Si gobernaros merezco,
hijos nobles de Israel,
servid á Baal, que en él
todo nuestro bien estriba.
Decid ¡viva Baal!

TODOS. ¡Viva!

JEZABEL. ¿Quién más?

TODOS. ¡Viva Jezabel!

(Vanse con el aparato que entraron.)

ESCENA III

Quédanse RAQUEL *y* NABOT.

NABOT.

¿Podrá darte los brazos
quien, tras la ausencia que dilata plazos
el premio de esta guerra,
cifra en la vista que el pesar destierra
(hermosa Raquel mía),
que el alma sin tus ojos padecía?

RAQUEL.

Podrás (esposo caro)
con ellos á mis ansias dar reparo,
que en su círculo espera
ser centro el alma de tan dulce esfera.
¿Cómo en Moab te ha ido?
¡Qué asustada en sus riesgos me has tenido!
Despierta te lloraba;
dormida, mi recelo te soñaba
lastimosos despojos
de la Parca fatal; todo era enojos;
todo es ya regocijo:
¡qué gloria causa el bien, tras mal prolijo!

NABOT.

Peligros, tu memoria
atropelló, cantando la victoria.
Postró al fiero moabita
Acab blasfemo, que la gloria quita
al Dios único y santo,
ingrato á tanta dicha, á triunfo tanto.

RAQUEL.

Tiénele loco y ciego,
rendido el amoroso y torpe fuego
de esta mujer lasciva
que idolatra, le postra y le cautiva.

NABOT.

Si ella el gobierno goza
de las tribus hebreas y destroza
leales, ya la igualo
á Pasife.

RAQUEL.

Será Sardanapalo
Rey, que no se aconseja,
y afeminado su gobierno deja
á mujer, enemiga
de la piadosa ley.

NABOT.

Dios nos castiga.

RAQUEL.

¿Qué será (Nabot mío)
la causa que con tanto desvarío,
Jezabel arrogante
persiga á nuestro Dios, aras levante
al ídolo Sidonio
y á tanto simulacro del demonio?
Discreta es, y no ignora
que quien al verdadero Dios adora
peligros asegura,
gozando en paz riquezas y hermosura.
Bien sabe los castigos
con que se venga de sus enemigos,

desde el sepulcro egipcio,
(el mar Bermejo digo) precipicio
de tantos guerreadores,
abriéndose á Israel, jardín de flores,
por las doce carreras
más frescas que esmaltaron primaveras,
hasta Roboan, que necio
por hacer de sus tribus menosprecio,
perdió en los reinos doce,
los diez y medio: si esto, pues, conoce,
¿cómo se precipita
y la debida adoración nos quita?

NABOT.

No es solamente tema
la que enloquece á Jezabel blasfema,
sino la licenciosa
ley de Baal, al orbe escandalosa.
Permite (esposa mía)
de aquel ídolo vil la idolatría,
que después que la plebe
toda, á su Templo sacrificios lleve,
y entre incendios infaustos
le aplauda en libaciones y holocaustos,
en el bosque que junto,
del infierno en tinieblas es trasunto;
cuando el planeta hermoso
ausente, á los trabajos da reposo,
con lasciva licencia
se mezcle el apetito y la indolencia
de todos, de tal modo
que privilegie el vicio, sexo todo.
Allí con lo primero
que encuentra, desde el noble al jornalero,
como si fuera bruto,
paga al deleite escandaloso fruto.
Allí tal vez la dama,
de ilustre sangre y generosa fama,
con el plebeyo pobre
(mezcla de plata y abatido cobre);
porque Venus instiga,
bate moneda amor, de infame liga.
Consiéntelo el marido
más sabio, más soberbio y presumido,
sin que en tales desvelos
quejas se admitan, ni se pidan celos;
porque en tan torpes modos
es la mujer allí común de todos.
Como Jezabel vence,
(sin que el solio y corona la avergüence)
en lascivos regalos
á cuantos se han preciado de ser malos,
debajo de pretexto
de religión, su trato deshonesto
de esta suerte pretende
que admita el Reino cuanto en él se enciende;
porque en tan infame hecho
á cualquiera varon tenga derecho.

RAQUEL.

¿A qué Circe, á qué Lamia
no causó horror tan inaudita infamia?
¡Ay, Nabot de mi vida!
primero juzgaré por bien vertida
mi sangre, que el respeto
púdico (con que al tálamo sujeto
mi amorosa limpieza)
ose aplaudir tan bárbara torpeza.

ESCENA IV

Sale ABDÍAS.—DICHOS.

ABDÍAS.

Nabot, la Reina os llama.

NABOT.

¿La Reina á mí?

ABDÍAS.

Merece vuestra fama
hacer de vos empleo,
y para honraros, que os aguarda creo.
Al margen de la risa
de esa fuente os espera: andad de prisa. *(Vase.)*

ESCENA V

DICHOS, *menos* ABDÍAS.

RAQUEL.

¿Qué es ésto, esposo mío?
¿La Reina á vos, cuando tan poco fío
de su apetito ciego,
cuando me habeis contado el torpe fuego
con que su honor abrasa?
¿Vos al jardín llamado, de su casa?

NABOT.

¿Pues qué temor (esposa)
en mi agravio te tiene sospechosa?
¿Quien tu quietud lastima?
Soy ciudadano en Israel de estima;
está la Reina en ella,
querrá que vaya á consultar con ella
algún negocio grave
que con el pueblo en su servicio acabe.

RAQUEL.

Di que querrá quererte.

NABOT.

No ofendas mi constancia de esa suerte.

RAQUEL.

Querrá que tú el primero
á Dios ingrato, á ella lisonjero,
á Baal sacrifiques;
porque despues torpezas comuniques
(en el bosque que infamas)
del sacrilegio incendio de sus llamas.

NABOT.

Anda que estás hoy necia,
pues tu temor (mi bien) me menosprecia,
con que la fe de nuestro Dios me anima;
no ignoras en la estima,
y que por conservarla
morir sabré, mas no sabré violarla.
Vecinos de Palacio
somos los dos, en el ameno espacio,
de esa viña (que opimos
joyeles cuelga al pecho de racimos)
me aguarda, pues su cerca
la Quinta Real junto á la nuestra cerca,
que yo espero que presto,
segura del recelo en que te han puesto,

tus livianos temores,
conviertas las sospechas en amores.

RAQUEL.

¡Ay! no quieran los cielos
que pronostiquen llantos mis recelos. *(Vanse.)*

ESCENA VI

Salen JEZABEL *y* CRISELIA.

JEZABEL. En dando en contradecirme
será fuerza aborrecerte.
CRISELIA. Aconsejarte es quererte.
JEZABEL. Replicarme es deservirme.
¿De cuándo acá escrupulosa
vas de amor contra la ley?
CRISELIA. Eres esposa del Rey.
JEZABEL. Tengo amor si soy su esposa.
Los preceptos he seguido
de Venus y de Baal.
CRISELIA. Sólo el amor conyugal
te puede ser permitido.
JEZABEL. Esposa fué de Vulcano
Venus, y aunque Diosa fué,
de Marte amante se ve
rendida á su amor tirano.
CRISELIA. Si esos ejemplos imitas,
¿por qué no temes en ellos
la red que pudo cogellos
á los dos? ¿Por qué acreditas
deleites de su amor sólo
que la afrenta ocasionaron
en que los dioses la hallaron
descubriéndolos Apolo?
JEZABEL. ¿Qué castigo dió Vulcano
á Venus, por ese error?
La afrenta fué de su honor,
pues hizo público y llano
lo que Venus, prevenida,
oculto intentó lograr.
CRISELIA. Venus se pudo infamar,
pero no perder la vida,
que es diosa. Mas tú, señora,
siendo mortal ¿de qué suerte
podrás escusar tu muerte,
si sabe el Rey (que te adora)
que con un vasallo suyo
su tálamo honesto ofendes?
JEZABEL. Arguyes lo que no entiendes.
CRISELIA. Tu honor defiendo, si arguyo.
JEZABEL. ¿Por qué piensas tú que he muerto,
tanto Profeta hablador,
que contrarios de mi amor
engaños han descubierto,
sino porque no limiten
deleites, con que se aumenta
la especie humana contenta
en que con gustos la inciten?
¿Por qué imaginas que quiero
que á Baal mi reino adore,
y con su culto mejore
regalos que considero,
sino porque coyunturas
ofrece en sus ejercicios,
y acaban sus sacrificios,
en que por las espesuras
dedicadas á su culto
facilitando ocasiones,
da á los gustos permisiones,
gozando en silencio oculto
el amoroso apetito
cuanto el deleite desea,
sin que mientras dura, sea,
cualquier liviandad, delito?
¿Hay gusto igual al que siente
el amor que alcanza y calla,
prendas que en los bosques halla,
sin que siendo pretendiente
pase por las dilaciones
de melindres y de quejas,
de noche adorando rejas
y examinando balcones,
y de día entre desvelos
solicitando un favor?
Aquí solamente amor
gustos feria y no da celos;
aquí se compra barato,
pues las fiestas de Baal
con ocasión liberal
á todo gusto hacen plato.
Si es lícito, pues, todo esto,
¿por qué no podré yo ser
de quien gustare, mujer,
cuando ocupare aquel puesto?
¿Por qué no podré yo amar
á Nabot (gallardo hechizo
que mis ojos satisfizo)
sin que se pueda quejar
el Rey?
CRISELIA. Tu resolución
me asombra.
(Ap.) ¿Hay tal frenesí?
JEZABEL. Con mi gusto cumplo así
y aumento mi religión.
CRISELIA. Ya está en el jardín tu amante.
JEZABEL. Pues retírate tú de él.
Flores brota este vergel
viendo entrar su abril delante.
Fingiré que estoy dormida,
porque de mi sueño advierta,
lo que no osaré despierta
decirle.
CRISELIA. *(Ap.)* ¡Ay mujer perdida!
JEZABEL. Que aquí se acerque le avisa;
pero que no me despierte
mientras que el cristal que vierte
esta fuente, toda risa
contempla; esa silla acerca
y vete. *(Siéntase en una silla.)*
CRISELIA. *(Ap.)* Sin seso está.
JEZABEL. Que oirme de ahí podrá
pues la fuente está tan cerca.
(Finge que duerme.)

ESCENA VII

Sale NABOT.—DICHAS.

NABOT. ¿Qué puede su majestad
quererme (Criselia) á mí?
CRISELIA. Según lo que presumí
cosas son de calidad.

Llegad; pero... detenéos
que esperándoos se durmió.

NABOT. Vuélvome, pues.

CRISELIA. Eso no.
Aquí, Nabot, hay recreos
en que, mientras que despierta,
entreteneros podáis.
Si oir murmurar gustáis,
los pájaros de esa huerta,
las hojas de aquellas plantas
y las aguas de estas fuentes,
murmuran (más no de ausentes).
Escuchadlas pues son tantas
y el tiempo es más oportuno
para que contento os den,
que, aunque murmurando estén,
no dicen mal de ninguno.
Sentáos aquí.

NABOT. Pues ¿os vais?

CRISELIA. Tengo que hacer.

NABOT. ¿Si se enoja
la Reina?

CRISELIA. No os dé congoja,
que solo, á su gusto estáis. *(Vase.)*

ESCENA VIII

DICHOS, *menos* CRISELIA. *Después* RAQUEL.

NABOT. ¡Válgame Dios! ¿A qué fin
me llamará esta mujer?
(Sale á una reja Raquel.)

RAQUEL. Desde aquí los puedo ver
á estas rejas del jardín,
Acechad sospechas mías
y averiguaréis desvelos
de mi pena, pues los celos
inventaron celosías.

NABOT. Recostada la cabeza
en la mano, Jezabel,
la azucena y el clavel
compiten con su belleza.
(Como que duerme ella.)
¡Qué peregrina beidad!
¡Si menos crueldad tuvieras!
Mas siempre son compañeras
la belleza y la crueldad.
¡Qué igual consorte tenía
Acab, sino deslustrara
la perfección de su cara
con manchas de idolatría!
En uno y otro es asombro.
Quitarme quiero el sombrero,
(Quitasele.)
qué descortés y grosero,
cuando la miro y la nombro
su persona desacato.
La cama Real, los vestidos
reverencian bien nacidos,
el sello Real, el retrato,
en su original su copia
goza la Reina esculpida,
pues mientras está dormida
es imagen de sí propia.
¿Quién pudiera reprendella
con eficacia tan clara
que sus costumbres mudara
y al paso que la hizo bella
el cielo, la hiciera santa?
Durmiendo está: los sentidos
tal vez (aunque están dormidos),
suelen tener virtud tanta
que escuchan á quien se llega
á hablarlos. ¿Podré atreverme
á decirla, mientras duerme,
lo que despierta me niega
el temor de su crueldad?
¿Por qué no? Casi no vive
quien duerme; si me apercibe
podrá ser que mi lealtad
temple el rigor de sus manos,
y que mude pareceres,
que, idólatras y mujeres
dan crédito á sueños vanos.
Sospechará que ha soñado
lo que decirla pretendo;
á la industria me encomiendo:
Dios ayude mi cuidado.
Llego, y las tres reverencias
que como á Reina y señora,
se deben, la hago ahora.
(Hace tres reverencias y llégasele al oido de rodillas.)

RAQUEL. ¿Qué es lo que veis, impaciencias?
¿Sentada la Reina está,
y mi esposo descubierto?
¿Que la llega á hablar advierto?
¡Ay, cielos! ¿Qué la dirá?
¡Oh! Quien tuviera en los ojos
los oídos. Desde aquí
oirlos, no; verlos sí,
pueden mis ansias y enojos.

NABOT. Hanme (señora) avisado
que me llama Vuestra Alteza.

RAQUEL. ¿Tan cerca de su belleza
vasallo que no es privado?
¿Los labios junto á su oído?
¿Y aseguraré yo agravios
de sus oídos y labios?
¡Loca estoy, pierdo el sentido!

JEZABEL. A Nabot mandé llamar.
(Todo esto como dormida.)

NABOT. Serviros, humilde, aguardo.

JEZABEL. ¿Sois vos, Nabot, el gallardo?

NABOT. Soy quien os llega á besar
la mano, por el blasón
que me dais, y no merezco.

JEZABEL. Besadla, pues.

NABOT. Encarezco
tanta merced; mas no son
dignos mis labios de empresa
tan alta.

JEZABEL. Por uso y ley
común, á la Reina y Rey
la mano el vasallo besa.

NABOT. Es así; mas no en secreto,
que es Vuestra Alteza mujer
y está sola.

JEZABEL. Al Real poder
se le guarda este respeto,
solo, como acompañado.
Su Reino en mí renunció
Acab.

NABOT. No lo niego yo.

JEZABEL. Palestina me ha besado
la mano, como á Señora.
NABOT. ¡Ojalá todo el Oriente!
JEZABEL. Vos no, (Nabot) solamente.
NABOT. Temí.
JEZABEL. Pues besadla ahora.
NABOT. Reverenciaros procura
mi fe; mas considerad
lenguas.
JEZABEL. Una Majestad
por sí mesma está segura;
tendré á poca reverencia
la cortedad que mostráis.
¿Qué es ésto? ¿Vos me negáis
solo (Nabot) la obediencia?
NABOT. No lo permitan los cielos
si en eso mi lealtad toca:
honre este marfil mi boca.
(*Besa una mano.*)
RAQUEL. Besóla la mano. ¡Celos
transformaos en desengaños!
¿Cómo de aquí no me arrojo?
¿Cómo consiente mi enojo
deslealtades entre engaños?
Daré voces, diré al Rey
lo que le ofenden los dos,
á la gente, al cielo, á Dios,
y á su profanada ley.
JEZABEL. Ahora sí, que esa lealtad
desmiente recelos míos.
Alzad del suelo, cubríos,
pedid mercedes, llegad.
NABOT. Yo, gran señora, estoy bien.
JEZABEL. Haced lo que os mando yo.
(*Levántase y cúbrese*).
NABOT. Ya, señora, me cubrió
vuestro favor.
JEZABEL. Quiéroos bien.
RAQUEL. Cubrióse delante de ella,
del suelo se ha levantado;
mi agravio ha certificado:
con su lealtad atropella.
NABOT. (*Aparte.*) Si no es que finja despierta
sueños, aquesta mujer
¿cómo puede responder
y hablando no desconcierta?
¿Qué es esto cielos?
JEZABEL. Pedid
mercedes que recibáis.
NABOT. Si vos (señora) aumentáis
mi cortedad; advertid
lo primero que os suplico.
JEZABEL. Decid; no tengáis temor.
NABOT. Tiembla de vuestro rigor
este Imperio, noble y rico;
siente el ver que en tal belleza
pueda caber tal crueldad:
en los Reyes la piedad
acrecienta la grandeza.
Habéis mandado dar muerte
á los Profetas sagrados,
que nuestros antepasados
reverenciaban, de suerte
que oráculos de Israel
su dicha estribó en oirlos.
Si vos dais en perseguirlos,
y el Reino, por Jezabel,
pierde favores del cielo,
¿qué mucho que os quieran mal?
JEZABEL. Sirva Israel á Baal,
que es más piadoso este celo;
servidle vos y tendréis
acción que al Rey os iguale:
lo que su corona vale
y más que ella, gozaréis.
Frecuentad su culto vos,
que en su bosque y espesura
os aguarda una ventura
que no os dará vuestro Dios.
Deidad que gusta y dispensa
imposibles de otro modo
que á todos iguala en todo,
quien menospreciarla piensa
no es cuerdo. Yo os amo mucho;
amadme otro tanto vos,
que os importa más que el Dios
que adoráis.
NABOT. (*Ap.*) ¿Que es lo que escucho?
Antes que la ley olvide (*A ella*)
que en Sinai nos dió Moisén,
que á idólatras quiera bien,
que cumpla lo que me pide
quien el tálamo sagrado
de su esposo trata mal;
que me llame desleal,
Raquel, á quien he adorado;
por un falso testimonio
la patria me juzgue aleve,
me saque al campo la pleve,
me usurpe mi patrimonio,
y apedreado de todos
en vez de alabastro pulcro,
montones me den sepulcro
de piedras, por varios modos.
Mi ley, mi Rey natural
reverencio: esto profeso.
JEZABEL. Pues cumplirase todo eso
no siendo á mi amor leal.
NABOT. Gran señora: Vuestra Alteza
algo, sin duda, ha soñado
que la altera.
JEZABEL. Hame alterado
vuestra mucha rustiqueza.
Industria para deciros
lo que os quiero, me fingió
dormida: juzgaba yo
que entre sueños, mis suspiros
hicieran en vos señales
de estima, que agradecer,
pues no entibian su poder
por dormir, suspiros Reales.
Mas vos, cuyo corazón
desprecia tales empeños
diréis, porque os amo en sueños
que los sueños, sueños son.
NABOT. A resolución (señora)
tan extraña.....
(*Quiérese ir, levántase la Reina como que despierta, y detiénele.*)
JEZABEL. Deteneos,
y estimad más mis empleos.
RAQUEL. La Reina á su Rey traidora,
como á nuestro Dios, pretende
obligar á su regalo

á mi esposo; menos malo
es, pues de ella se defiende.

(*Entrase* Raquel.)

NABOT. Vuestra Majestad repare...
JEZABEL. No hay reparos en amor.
NABOT. Que soy leal.
JEZABEL. Sois traidor
á mis llamas.
NABOT. Quien juzgare
sin pasión, lo que al Rey debo...
JEZABEL. Amor es Dios, si él es Rey.
NABOT. A mi Dios y ley.
JEZABEL. No hay ley
ni hay Dios, sino el que os doy nue-
Baal que me améis permite; [vo.
por eso os mando adorarle.
NABOT. ¿Y vuestro esposo?
JEZABEL. Matarle.
NABOT. ¡Gran señora!
JEZABEL. Cuando imite
á Semiramis, que á Nino
(en tres días que la dió
el Reino que le pidió)
á ser su homicida vino,
en su ejemplo hallaré escusa.
No soy yo de mi hijo amante,
como ella, causa bastante
doy á la llama difusa
que me abrasa. ¡Baal vive,
que ejemplo de desdichados,
si despreciáis mis cuidados,
habéis de ser!
NABOT. Pues derribe
mi cabeza, la crueldad,
que torpe, me asombra en vos.
Reina; que ¡vive mi Dios!
que contra la Majestad
del Rey, que obedezco fiel,
de la esposa á quien adoro,
ni el interés de un tesoro,
ni el castigo más cruel
ha de hacer mella en mi honor
porque á vuestra culpa iguale. (*Vase.*)
JEZABEL. Sabes, bárbaro...

ESCENA IX

DICHA. *Sale primero* CRISELIA *y luego el* REY, JEHU, ABDÍAS, JOSEPHO *y otros.*

CRISELIA.
El Rey sale.

JEZABEL.
Yo me vengaré, traidor.

ACAB.
No como Rey, hermosa prenda mía,
como ministro vuestro solamente,
de Israel desterré la hipocresía
que ciega amotinaba nuestra gente.
Trescientos y más son, los que este día
en Samaria (llamándome inclemente)
porque los pueblos predicando engañan,
las aras de Baal en sangre bañan.
Si alguno queda vivo (que lo dudo)
él mismo temeroso se destierra
y el falso Elías (que ofenderos pudo)
desembaraza, huyendo, nuestra tierra.
Bosques consagro, en sus altares mudo
la adoración que sola Judá encierra.
Célebre templo al dios Baal dedico
en fábrica admirable, en rentas ricos.
Mandado he convocar el reino nuestro
para que junto en él, quien la rodilla
no postrare á Baal (por gusto vuestro)
sujete la cerviz á la cuchilla.
De esta manera lo que os amo muestro:
Baal es Dios, vos sois la maravilla
de la verdad mayor que Apolo alienta;
piérdase el Reino y téngaos yo contenta.

JEZABEL.
¡Los brazos (no la lengua) han de premiaros
que de ello (caro esposo) he de quereros!
¡Huya Elías que vino á amenazaros;
perezcan sus secuaces agoreros!
Ya no podrán (mi Acab) pronosticaros
trágicos fines de peligros fieros.
Gracias al cielo, que nos deja Elías
limpio á Israel de sus hipocresías.

ESCENA X

ELÍAS *muy venerable á lo penitente.*—DICHOS.

ELÍAS. No blasones impiedades
lascivo y bárbaro Rey,
hijo del esclavo Amrí,
consorte de Jezabel.
No blasones impiedades
contra el cielo, á quien infiel
provocas contra tu vida,
yo su Profeta, El tu juez.
Afemina tu diadema
(no en la cabeza) en los pies,
pues indigno de ser hombre
te gobierna una mujer.
Sigue idólatras engaños
del primero que á Israel
apartó del culto pío
que Dios intimó en Oreb.
Simulacros del demonio
erige; porque después
que Samaria te obedezca
la transformes en Babel,
que pues blasfemas del Templo
que adora Jerusalén,
receptáculo del Arca
del Dios de Melquisedec.
Nombre y fama adquirirás
del príncipe más cruel
que tendrán las tribus doce
de Saul á Manases.
Ni el torpe Jeroboán
(que ingrato al cielo y su Rey,
hizo que el pueblo adorase
los becerros de Betel)
en los insultos te iguala,
ni los cinco que tras él
infamaron la corona
que ciñe las tribus diez.
Bebe la sangre inocente
de tanto Profeta Abel,

que en el seno de Abraham
clamando los cielos ven.
Sigue las supersticiones
por no irritar su desdén
de esa arpía de Sidón,
de esa Parca de Israel,
que, pues por ella te riges,
yo, imitador de Finecs,
de parte de Dios te anuncio
(pues ciego blasfemas de él)
que mientras, á ruegos míos,
no me abriere su poder
los tesoros de esas nubes
que el campo vuelven vergel,
con llave de acero y bronce
cerrados, no han de llover
sobre tu mísero Reino,
por que perezcáis tú y él.
Rayos de adusto calor
yesca tienen de volver
las más fértiles riberas
que en vuestros valles tenéis;
ni el ganado ha de hallar pastos
ni los hombres qué comer,
porque vuestras rebeldías
se castiguen de una vez.
Esto os intimo de parte
del Dios que adoró Israel:
ó á tragedias te apercibe
ó vuelve á abrazar su ley.

ACAB. ¡Oh, rígido anunciador
de agüeros, por más que estés
en ese Dios confiado,
que en mi vida adoraré,
no te librarás agora
de la muerte más soez
que dió escarmiento al delito
y al engaño fué temer!

(*Saca el* Rey *la daga, va á herir á* Elías, *y vuela.*)

Aguarda; profeta falso.

ELÍAS. Blasfemo, bárbaro, infiel.
Así sabe Dios guardar
á los que esperan en El.

ESCENA XI

Dichos, *menos* Elías.

JEZABEL. ¡Seguidle, vasallos míos!
si vengarme pretendéis.

ACAB. Flechadle por esos aires
y al vuelo le mataréis.

JEZABEL. ¡Oh, hechicero encantador!
No sosiegue Jezabel
mientras no beba tu sangre,
mientras no bañes mis pies.
Baal te pondrá en mis manos.
¡Hebreos! ¡volad tras él!
Alas lleva la venganza,
con ellas le alcanzaréis.

ACAB. Ministros de mi justicia
he de despachar tras él;
por cuanto circunda el mar
no se me podrá esconder.

JEZABEL. Yo desharé tus hechizos.

ACAB. Quien su cabeza me dé
será en mi reino el segundo.

JEZABEL. Quien le ampare, guárdese. (*Vanse.*)

ESCENA XII

Dichos, *menos* Acab *y* Jezabel.

JOSEPHO. ¿Qué sentís de estas crueldades?

ABDÍAS. Que es fuerza el obedecer.

JEHU. Yo parto en su busca al punto,
que temo y respeto al Rey.

JOSEPHO. ¿Qué importan sus amenazas
si vuelve el cielo por él?

JEHU. Esto y mucho más peligra
reino en que manda mujer. (*Vanse.*)

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Sobre unas peñas muy altas salen Dorbán *y* Zabulón, *pastores, y abajo* Coriolín, *pastor.*

ZABULÓN. ¡Ah del monte de Carmelo,
serranas! ¡Abajo, abajo!

CORIOLÍN. Tomádolo han á destajo.
(*Los dos.*) ¡Al valle!

CORIOLÍN. Al valle mi agüelo.
Ell hambre mos trae de talle
que el andar á pie es trabajo,
y ellos dale ¡abajo, abajo!
¡serranos, al valle, al valle!

DORBÁN. ¡Ah del monte, ah de la sierra!
¡al valle, al valle, á la junta!
(*Van bajando.*)

CORIOLÍN. Dado le han ¿á qué se junta
(si sabéis) toda la tierra?

ZABULÓN. A ver si remedio hallamos
al hambre que padecemos.

DORBÁN. Tres años ha, que no vemos
nube en el cielo.

LISARINA. Acá estamos
todos.

CORIOLÍN. Lisarina, ¿vos
á qué venís?

LISARINA. Las mujeres
también damos pareceres.

ZABULÓN. ¿Y serán buenos?

CORIOLÍN. ¡Par Dios!
si los vuestros son del talle
que los que Jezabel da,
el dimuño os trujo acá.
Ya habemos bajado al valle.
¿Qué tenemos?

DORBÁN. Coriolín,
la falta de bastimentos
á personas y á jumentos,
amenaza triste fin.
Sentáos y busquemos modos
como no muera la gente. (*Siéntanse.*)

CORIOLÍN. Dadme vos en que sustente
el estuémago, que todo

se me desmaya de cuajo,
ó, pues son impertinentes,
alquiladme boca y dientes
con la oficina de abajo,
que en mí no tienen que her.

LISARINA. Ya estamos todos sentados.

DORBÁN. Pastores, ya no hay ganados
que esquilar ni que comer;
á nadie el hambre reserva,
los cielos están con llave,
ni por el viento vuela ave,
ni alegra á los campos hierba.
No hay arroyo que no trueque
en polvo, el agua que borra,
río que á manchas no corra,
fuente que ya no se seque.
Todos la vida nos tasan
por quitarnos el sosiego,
que son los pecados fuego
y hasta las fuentes abrasan.
No se enmiendan nuestros reyes
y así crecen nuestras quejas;
comímonos las ovejas,
no perdonamos los bueyes.
Si yo á persuadiros basto,
lo que vos vengo á decir
y se nos han de morir
las bestias, por no haber pasto,
mejor es que las matemos
y á costa suya vivamos,
pues como las dividamos
el pueblo socorreremos.
¿Qué os parece?

ZABULÓN. Habéis habrado
como Saulimon, pardiobre;
no perezca el puebro pobre
y más que no haya ganado.

DORBÁN. Yo tengo una yegua flaca.

ZABULÓN. Yo una mula.

LISARINA. Yo un jumento.

CORIOLÍN. Yo un rucio, pero no intento
(aunque el hambre no se apraca)
que por ingrato me arguya
y tan mal pago le den,
que es un borrico de bien;
mi ánima con la suya,
cuando de este mundo vaya.

LISARINA. Por votos heis de pasar.

CORIOLÍN. ¿Votos?

LISARINA. No hay que repricar,
Como la suerte vos caya.

DORBÁN. El más mozo es, Coriolín,
del puebro; voto por él.

CORIOLÍN. Dorbán, siempre sois cruel.

DORBÁN. Yo entregaré mi rocín,
después que hayamos comido
vueso burro.

LISARINA. Yo eso quiero,
muera su burro primero.

CORIOLÍN. Y á vos ¿quién vos ha metido
en los votos del Consejo?

LISARINA. Yo, que también so presona.

ZABULÓN. A nadie ell hambre perdona;
hed repartir el pellejo
para almorzar; por la gente,
y el burro el siguiente día
vaya á la carnecería,
donde se pese igualmente,
que este es nueso voto y gusto.

CORIOLÍN. De capa os sirvió el pellejo,
vote (mi burro) el Concejo
sobre la capa del justo;
que yo moriré con vos,
pues que libraros no pudo
el mi amor.

LISARINA. Venga el menudo,
aderezaréle.

CORIOLÍN. ¡A Dios
el mi jumento dell alma!
Vivo queda quien vos pierde;
más, porque de vos me acuerde
yo colgaré vuestra enjalma
del cravo do esta el mi espejo;
vueso ataharre traeré
al cuello por banda, en fe
que no os olvido, aunque os dejo.

DORBÁN. Esto está bien ordenado;
venid dareísnosle.

CORIOLÍN. ¿Yo,
traidor á quien me llevó
en somo de sí asentado?
¿Con qué vergüenza pudiera
decirle al mi buen jumento:
yo del vueso prendimiento
corchete soy? ¿Qué dijera
entonces el rucio mío?
Vaya el Concejo á llevarle,
pues se atreve á sentenciarle.

DORBÁN. Dejad ese desvarío,
¿estáis en vos?

ZABULÓN. ¡Ea, venid!

CORIOLÍN. Pues que ya llegó su plazo
Zabulón, dalde un abrazo,
y en mi nombre le decid...
(cuando le deis el segundo).

LISARINA. Coriolín, cansado estás.

CORIOLÍN. ...Que no mos veremos más
sino es en ell otro mundo. *(Vanse.)*

ESCENA II

Sale ABDÍAS, *solo.*

Tres años ha (mi Dios) que las impías
persecuciones ocasionan llantos,
y en sus Profetas y ministros santos
la crueldad ejecuta tiranías.
Tres años ha que de mi pecho fías
(á pesar de amenazas y de espantos)
tus fieles siervos, puesto que ha otros tantos
que el cielo cierra la oración de Elías.
En dos cuevas amparo y doy sustento
á cien Profetas tuyos escondidos
del poder de la envidia y los engaños.
¡Ampara tú, Señor, mi justo intento;
clemente abre á mis ruegos tus oidos;
baste, mi Dios, castigo de tres años!
Si hallara yo algún pastor
de cuya simplicidad
se confíe mi piedad
sin riesgos de mi temor.
Mayordomo de la casa,
soy, del Rey, y su privado;
su gobierno me ha fiado,

todo por mi mano pasa;
pena ha puesto, de la vida,
con privación de la hacienda
á quien ampare y defienda
á algún Profeta; perdida
ha tres años que la tengo,
pues por conservar mi ley
voy contra el gusto del Rey
y cien Profetas mantengo.
No hay hombre de quien fiarme
¡Deparadme (eterno Dios)
quien me ayude en esto, Vos!

ESCENA III

DICHO *y sale* CORIOLÍN.

CORIOLÍN. Murria me viene de ahorcarme,
sin vos el mi rucio amado,
el mi lindo compañero:
¿vos, mi burro, al carnicero?
¿vos por él descuartizado?
¿que habéis de morir, en fin?
¿que ya mi amor no os aguarda?
¿que hará sin vos ell albarda
sino la trae Coriolín?
¿qué la burra, ó vos sin ella,
de mi comadre Darinta
que estaba, por vos, en cinta,
viuda hoy, y ayer doncella?
ABDÍAS. Oye, detente, pastor.
CORIOLÍN. Si de un lazo no me escurro.
ABDÍAS. ¿Estás loco?
CORIOLÍN. Estó sin burro.
ABDÍAS. ¡Qué simple!
CORIOLÍN. Mire, señor;
pues que no le ha conocido,
no se espante si le lloro,
que era como un pino de oro:
jumento tan entendido
no le tuvo el mundo.
ABDÍAS. Acaba.
CORIOLÍN. ¿Piensa que miento? Decían
que las burras le entendían
cuantas veces rebuznaba;
pues honesto, en mil sucesos
que con las hembras se halló
nunca en la carne pecó,
¡que estaba el pobre en los huesos!
Pues la vez que caminaba
tan cuerdo hué de en día en día,
señor, que en todo caía,
ó al de menos, tropezaba.
Pues sofrido, no hubo her
por más palos que le diese
que alguna vez se corriese,
que él jamás supo correr;
pues aunque huese de prisa,
si á la jumenta oliscaba,
al cielo ell hocico alzaba,
que hué una boca de risa.
Y con tener estas gracias
y otras que callo (señor),
me le llevan (¡ay dolor!)
la cola y oreja lacias
á morir al matadero,
do el carnicero le sise
y ell hambre después le guise.
¿Hiciera más un ventero?
ABDÍAS. *(Aparte.)* Esta sencillez podrá
asegurar mi recelo.
CORIOLÍN. Pondréme paños de duelo
por él.
ABDÍAS. Pastor, oye acá:
como me guardes secreto
yo te daré otro mejor.
CORIOLÍN. ¡Mas, arre allá!
ABDÍAS. Tu favor
he menester.
CORIOLÍN. ¿En defeto
que á quien secretos le guarda
da burros y de comer?
ABDÍAS. Sígueme.
CORIOLÍN. ¿Y qué hemos de her
si no le viene ell albarda?
ABDÍAS. *(Aparte.)* Con éste puedo envíar
á mis santos la comida,
mientras el hambre atrevida
y el temor, no da lugar
á que en público los goce
nuestro mísero Israel.
No temeré á Jezabel
pues éste no la conoce,
ni quien soy tampoco sabe.
CORIOLÍN. ¿Quién tal dicha hallar pudiera?
Écheme en la faltriquera
el secreto, si tien llave.
ABDÍAS. Mi Dios, contra un Rey ingrato
esta piedad os dedico.
CORIOLÍN. ¿Por un secreto un borrico?
¡pardiéz que compré barato! *(Vanse.)*

ESCENA IV

Salen ACAB, JEZABEL, JEHU, JOSEPHO *y* MÚSICOS.

ACAB.

En fin, que contra Elías
salen frustradas diligencias mías.

JEZABEL.

Encantos de sus vuelos
nos le arrebatan penetrando cielos;
cuantos embajadores
has despachado, dándoles favores,
desde Grecia á Etiopia
por cuanto esmalta la florida copia
secunda de Amaltea,
el mar de Zafir baña, el sol rodea,
sin perdonar desierto,
valle, monte ó collado, han descubierto
sus fieles diligencias,
sin tener nuevas de él.

ACAB.

Las inclemencias
del cielo, que ocasiona,
no siempre han de ofender á mi corona.
Hermosa prenda mía
¿quién sino vos apaciguar podía
mis pesares y enojos,
si estriba mi descanso en vuestros ojos?
Elías no parece,
todo mi reino, mísero perece;

porque hechizos y encantos
le niegan el sustento meses tantos,
por ese vil Profeta
á quien el cielo todo le sujeta;
á quien sus influencias
la llave han dado.

JEZABEL.

Abrásanme impaciencias;
no muera yo hasta tanto
que en sangre trueque Palestina, el llanto
que compasivo vierte,
y á quien le causa, den mis manos muerte.

ACAB.

Entre las flores bellas
de este jardín (pues vos reináis en ellas)
divirtamos pesares;
pongan aquí la mesa y los manjares.

JEZABEL.

Todo está prevenido
en este cenador, que guarnecido
de jazmines y nuezas
fino sitial es tálamo de Altezas.

ACAB.

Sentáos, pues, dulce prenda;
que aunque el enojo vuestro pecho encienda,
no tarda la venganza
(aunque espaciosa) cuando al fin se alcanza.
Cantad tonos suaves
alternándoos vosotros con las aves;
que una y otra armonía
divertirán la hermosa prenda mía.

(Descúbrese una mesa con dos sillas y un aparador debajo de un jardín; siéntanse, comen y los músicos cantan.)

(*Cantan.*) «Dos soles tiene Israel
y que se abrase recelo,
el del cielo y Jezabel.

UNO. ¿Cuál es mayor?
OTRO. El del cielo.
TODOS. Eso no, que el dios de Delo
se eclipsa y cubre de un velo,
y el nuestro luce más que él.»
ACAB. Buena es la dificultad
de la letra, mas mi esposa,
en fe de que es más hermosa,
á Apolo da claridad.
Cada día la deidad
del cuarto planeta nace,
y aunque al mundo satisface
cada noche también muere;
mas quien á mi esposa viere
que alumbra deleita y vive,
dirá que de ella recibe
vida el sol y luz el suelo
y que la debe más que á él.
(*Cantan.*) «Dos soles tiene Israel
y que se abrase recelo
el del cielo y Jezabel.
UNO. ¿Cuál es mayor?
OTRO. El del cielo.
TODOS. Eso no, que el dios de Delo
se eclipsa y cubre de un velo
y el nuestro luce más que él.»

ACAB. ¿Quién ha compuesto esa letra?
JEZABEL. La adulación. Más ¿qué es esto?

(En cantando bajan dos cuervos por el aire, y el uno arrebata un pan y el otro un ave asada y vuelven á volar, y levántanse.)

ACAB. ¡Anuncios de mis desdichas,
aves torpes del infierno!
JEZABEL. ¡Dadlas la muerte, flechadlas.
ACAB. Quitad esa mesa. ¡Ah cielos!
tragedias y mortandades
me intiman fúnebres cuervos;
plumas de luto me anuncian
el mísero fin que espero.
Nuestras mesas contaminan
las arpías de Fineo;
presagios lloro, infelices;
el corazón en el pecho
buscando al alma salida
ya es tirano de mi aliento.
¡Llorad mi muerte, vasallos!
JEZABEL. ¡Rey, señor, esposo!
ACAB. ¡Tiemblo,
dudo, desmayo, suspiro,
abrásome vivo, y muero!
Los cielos son contra mí.
¿Quién resistirá á los cielos?
Mi mortal sentencia firman
plumas de verdugos cuervos.
JEZABEL. ¿Qué afeminado temor
desacredita el esfuerzo
que un hombre, un Rey, un Monarca
debe tener? Si en ti el miedo
se apodera de ese modo,
¿de tus vasallos qué espero?
¡Gentil traza de animarlos!
¡Mejor diré de ofenderlos!
¿Qué ejército de enemigos
te hacen fuerza á sangre y fuego?
¿Qué nubes arrojan rayos?
¿Qué terremotos el centro?
Esto es cosa natural;
el aire niega avariento
las preñeces á sus nubes
que fertilicen el suelo;
perecen tus reinos de hambre,
los montes están desiertos,
las plantas se esterilizan,
los valles sin hierba, secos;
á las aves y á los brutos
les niega los alimentos
la tierra, que siendo madre
madrastra esta vez se ha vuelto.
¿Qué mucho, pues, que atrevidos
busquen de comer los cuervos
y que la necesidad
haga pirata su vuelo?
¿No te avergüenzas, siendo hombre,
que te anime el vil sujeto
de una mujer, que se burla
de mentirosos agüeros?
Si no ignoras los hechizos,
los engaños y embelecos
de ese Elías burlador
de mi ley y tus preceptos,
¿qué mucho que en nuestro agravio

obligue (para ofendernos)
las aves que nos persigan
si le obedece el infierno?
Su muerte á tu vida importa,
á mi injuria, á tus deseos.
Muera Elías (dueño caro)
y abrirán después de él muerto
los tesoros á sus lluvias
las nubes, que obedecieron
los conjuros execrables
que nos las vuelven de acero.
¡Buscadle, vasallos míos!
Al que le hallare prometo
hacerle (á pesar de envidias)
el segundo de este reino,
Gozará nuestra privanza,
estribará en su gobierno
la guerra y la paz; su nombre
quedará en bronces eternos.
¡Si la lealtad no os anima
anímeos siquiera el premio!
Más oculto que él, el oro,
la plata, el cobre y el hierro
vive en las minas profundas
y no se libra por eso
de la avaricia del hombre
aunque le escondan sus cerros.
La verdad vence al engaño,
la virtud, encantamientos.
Baal os dará favor:
id, que su ayuda os ofrezco.

ACAB. Tus palabras me dan vida;
la respiración me has vuelto;
en tu lengua Apolo asiste,
él te influye esos consejos.
¡Seguidlos, ejecutadlos!
Pero mirad que os advierto
que si volvéis sin Elías
seréis al mundo escarmiento,
¡Por vida de Jezabel
(que es sola el alma que tengo),
que en una cruz afrentosa
ha de hacer plato á los cuervos
(porque no asalten los míos)
el que atrevido, indiscreto,
diere la vuelta á Samaria
sin Elías, vivo ó muerto!
Esto os notifico á todos;
si los castigos y premios
ponen alas, escoged:
ó coronas, ó destierros.

(Vanse los Reyes.)

ESCENA V

JOSEPHO *y* JEHU.

JOSEPHO. ¡Qué crueldad!
JEHU. ¡Qué tiranía!
JOSEPHO. ¿Qué habemos de hacer?
JEHU. Perdernos
ó buscarle. ¡Adiós Samaria!
JOSEPHO. Imposibles pretendemos. *(Vanse.)*

ESCENA VI

ELÍAS.

Tres años ha que escondido
en aquestas soledades,
porque defiendo verdades
de todos soy perseguido.
Vos, mi Dios, habéis querido
que asperezas del Carmelo
(porque celo
el culto de vuestra Ley)
me amparen de un torpe Rey
y de una mujer lasciva,
porque viva
cual bruto, en esta montaña.
¡Cosa extraña
que triunfe el vicio que engaña,
que ande huyendo el que os es fiel,
que reinen idolatrías,
que el mundo aborrezca á Elías
y que adore á Jezabel!
De este arroyo (que al Jordán
tributa y Carit se llama)
los cristales que derrama
mi llanto imitando van.
Secos los demás están;
que cual mercader quebrado
se ha alzado,
el cielo (todo rigores)
sin pagar acreëdores,
con inmensos
tesoros de agua, que en censos
cobraban, correspondientes
los vivientes,
montes, prados, lagos, fuentes.
Pero ya en arenas secas
ni flores ni frutos nacen,
porque los pecados hacen
fallidas las hipotecas.
¡Perezcan (mi Dios) protervos!
¡Acábese la impiedad!
¡La sangre (Señor) vengad
que derraman vuestros siervos!

(Bajan volando los dos cuervos y traen en los picos lo que quitaron de la mesa del Rey.)

¿Pero qué es esto? Los cuervos
de quien mi defensa fía
la fe mía,
á traerme de comer
vienen; hora debe ser.
¡Ay, Señor, de inmensos nombres!
si los hombres
porque á Jezabel obliguen
me persiguen,
los brutos voraces siguen
piedad que en ellos no vemos.
¡Qué bárbaros desvaríos!
¡Venid, maestresalas míos
que todos tres comeremos! *(Vase.)*

ESCENA VII

Sale RAQUEL, *sola.*

Busco alivio á mis desvelos,
casa de placer, en vos,

y enfermos de un mal los dos,
entrambos lloramos celos.
Las fuentes, los arroyuelos,
las plantas, las verdes flores,
los alegres ruiseñores,
naranjos, vides y yedras,
si en amar fundan sus medras,
con celos tienen temor:
¡todo es celos, todo amor,
pájaros, flores y piedras!
Si en los arroyos y fuentes
reparo, el temor me avisa
que hay celos entre su risa,
pues murmuran entre dientes.
Celos las flores presentes
lloran, que las acompañan,
pues el vidrio en que se bañan,
las avisa (aunque lo ignoran)
que si de sí se enamoran
de sí celosas se engañan.
Estas vides todas lazos,
de estas yedras Briareos,
¿por qué trepan los deseos
ciñendo el muro á pedazos?
¿por qué con verdes abrazos
crecen entre agenas medras,
sino porque hasta las yedras,
ejemplos del firme amor,
tienen, celosas, temor
que se les vayan las piedras?
¿Por qué con música y vuelos
los ramilletes del aire
compiten con el donaire,
sino porque tienen celos?
No afectan sino desvelos,
no rondan sino temores,
no cantan sino favores,
no piden sino asistencias,
porque donde hay competencias
celos avivan amores.
Más causa tienen mis males,
mis llantos más pena admiten,
que, en fin, ellos, si compiten
es entre apuestos iguales:
mas yo que con celos Reales
lloro agravios evidentes,
bien podré, por más ardientes,
juzgar mis celos, mayores
que los que abrasan las flores,
las plantas, aves y fuentes.

ESCENA VIII

Sale NABOT.—DICHA.

NABOT. De extraños bienes nos priva
la tirana Jezabel.

RAQUEL. No es tirana, no es cruel,
la que, tierna y compasiva,
con vos, de suerte se ablanda
que, á su presencia os admite,
estar junto á sí os permite,
cubrir la cabeza os manda.
Ya sois Grande de su Estado,
ya con Acab competís,
ya á su amor os preferís,
ya os soñaréis colocado,
ya, usurpador de su silla,
quitarle el Reino querréis,
y Raquel, pretenderéis,
que, hincándola la rodilla,
la mano os llegue á besar.
Blasonad lealtad y ley;
decidnos que á Dios y el Rey
debemos reverenciar:
que estas dos cosas cumplís
ofendiendo al Rey y á Dios.

NABOT. Cara prenda ¿estáis en vos?
¿Yo á Dios y al Rey? ¿Qué decís?

RAQUEL. ¿No besastes una mano,
no vasallo, amante sí,
que yo, fiscal vuestro, vi,
siendo á nuestro Rey tirano?

NABOT. ¿Tenéis celos? No me espanto
si la sospecha os cegó.
¿Yo á la Reina amor?

RAQUEL. ¿Vos? No,
¡que sois leal, sois un santo!
Lograd su amor descompuesto,
ofended mi casta ley,
que yo daré cuenta al Rey
de lo que he visto.

(*Vase* Raquel.)

ESCENA IX

Sale ACAB.—DICHO.

ACAB. ¿Qué es esto?

NABOT. Señor, ¿Vuestra Majestad
en esta su casa y quinta?
No en balde se esmalta y pinta
hoy de nueva amenidad.

ACAB. Parece que vuestra esposa
quejas contra vos formaba.
¿Qué tiene? ¿Por qué lloraba?

NABOT. Quiere bien y está celosa.
Ha dado en encarecer
lo que aun ignora la fama.

ACAB. Deleitan celos de dama
y enfadan los de mujer.
Oid á lo que he venido
que procuro ocasionaros
á servirme, para honraros.

NABOT. Basta haberlo pretendido
para que yo, gran señor,
eternamente obligado,
ya esclavo, si antes criado,
engrandezca este favor.

ACAB. Esta viña, que así llama
vuestra quinta, Jezabel,
en cuyo ameno vergel
Abril su copia derrama,
como de mi casa está
tan cerca (que esta muralla
solo se atreve á apartalla),
me parece que será
más bella, si estorbos quito,
y dilatando su espacio
con el Parque de Palacio
ilustrarla solicito.
Haré, si las incorporo,
un huerto fresco, un pensil
que eternamente el Abril

al de las manzanas de oro
el nuestro fértil, prefiera;
si á servirme, os animáis,
con ella, si me la dais,
gozaréis otra más bella
que vuestro caudal aumente,
y aunque más distante esté
frutos copiosos os dé,
y al doble que aquesta rente.
Pero, si os está mejor
venderla, que no trocarla,
yo gustaré de comprarla.
Señaladme su valor
y convertiréosla en plata.
No como Rey os la pido;
cual mercader he venido
que en posesiones contrata,
puesto que obligado quedo
siempre á acordarme de vos.

NABOT. No permita (Señor) Dios
que el patrimonio que heredo,
y es solar de la limpieza
que mis padres me dejaron,
cuando en ella vincularon
memorias á su nobleza,
se la quite yo á sus nietos.
Gran señor, no ignoráis vos,
que en su Levítico, Dios,
manda, por justos respetos,
que no se puedan vender
posesiones que en herencia
toquen á la descendencia
del primogénito; ver
puede Vuestra Majestad
en el vigésimo quinto
capítulo si es distinto
mi intento, de esta verdad.
Y aunque en esta ley dispense
el mismo legislador
con el pobre, y yo (señor)
venderla y serviros piense,
dándome el cielo riqueza
con que mi sangre acredite,
si esta venta se permite
solamente á la pobreza,
¿de qué suerte queréis vos
que vaya contra mi ley?

ACAB. Yo, Nabot, soy vuestro Rey,
y no adoro á vuestro Dios.

NABOT. Yo, sí señor, yo le adoro;
yo me precio de cumplir
sus preceptos, y morir
por ellos, aunque un tesoro
me diérades, no apetezco
ir jamás contra su ley.
Perdonadme, que á mi Rey,
por mi Dios, desobedezco.
Mandadme lo que sea justo
y veréis si soy leal.

ACAB. Podrá ser que os esté mal
no haberme dado este gusto. (*Vase.*)

ESCENA X

NABOT, *solo.*

NABOT. Cumpla con el vuestro yo,
¡Dios mío! que es lo que importa.
Toda vida humana es corta,
porque á censo se nos dió;
si me mandare pagar
el severo Rey con ella,
¿qué importa por vos perdella,
si al fin es censo al quitar?
Los celos apacigüemos
de mi engañada Raquel;
locuras de Jezabel
ocasionan sus extremos.
Temo á una Reina viciosa;
un Rey me causa desvelos,
mi esposa se abrasa en celos,
y, en fin, Rey, mujer y esposa,
mi sosiego traen sin calma,
¿qué haré, si vienen á ser
mi esposa, el Rey, su mujer
tres enemigos del alma? (*Vase.*)

ESCENA XI

Salen LISARINA *y* CORIOLÍN, *pastores.*

LISARINA. ¿Qué, me niegas en efeto,
dónde has estado hasta agora?

CORIOLÍN. Serrana pescudadora
un burro cuesta un secreto.
Pues ell otro me heis comido
no quiero que me comáis
el que me dieron, ya estáis
emburrada, y ya os olvido.

LISARINA. Luego ¿no me queréis bien?

CORIOLÍN. Como á la peste. ¿Yo á vos?
¿Hambre y amor? Ved que dos
para que se avengan bien.

LISARINA. Dime tú que por Birena
estás perdido.

CORIOLÍN. Es verdá
¿tendréis celorrios?

LISARINA. Verá,
no me dan los celos pena.
Pero que me dejes siento
por una...

CORIOLÍN. Quedo.

LISARINA. Que tien
la cara...

CORIOLÍN. Tratadla bien.

LISARINA. Con cien burujones.

CORIOLÍN. ¿Ciento?
¿Pues qué hacen los burujones
para ell amor?

LISARINA. ¿Eso dices?
Mujer de chatas narices,
hecha la cara á empujones,
altibajos y repechos,
los carrillos de pelota...

CORIOLÍN. Es su cara bergamota,
mala cara y buenos hechos.
Quítame el ser chata, enojos,
viéndola, cuando se para,
de un golpe toda la cara,
sin que tropiecen los ojos.

LISARINA. Tú tienes gentil despacho.

CORIOLÍN. Cara chata es de hembra sola,
pues faltándola la cola
no la pueden llamar macho;
por eso la quiero más,

pues, aunque os cause celera,
tien de una misma manera
la de delante y detrás.
Más sana que á vos, la hizo
chata, el cielo.

LISARINA. ¿Qué me dices?

CORIOLÍN. La verdá, pues sin narices
se ahorra de un romadizo;
y si mos casare Dios
hasta ver un abolengo,
no importa eso, que yo tengo
narices para los dos.
¿Estáis contenta?

LISARINA. ¡Para ésta!

CORIOLÍN. ¿Juráismela? Pues bonito
soy yo; no se me da un pito
de vos.

ESCENA XII

Salen DOS SOLDADOS.—DICHOS.

SOLD. 1.° Hacia aquella cuesta
cuya cumbre besa el cielo
dos pastores me afirmaron
que los cuervos se asentaron;
de donde abatiendo el vuelo,
ignoran hacia qué parte
guiaban.

SOLD. 2.° Será á sus nidos,
¿Cómo fueron conocidos
sino intentan engañarte?

SOLD. 1.° Viéronlos llevar el pavo
y el pan.

SOLD. 2.° Si dan esas señas
no hay duda, que entre estas peñas
está Elías.

SOLD. 1.° ¡Oh! ¡Si al cabo
de tres años que tras él
andamos, le hallare yo!

SOLD. 2.° Qué ¿los cuervos hechizó?
Bien le llama Jezabel
embustero, encantador.

SOLD. 1.° Estos sabrán donde asiste.

SOLD. 2.° Si le hallas dichoso fuiste.

SOLD. 1.° Préndeme aquese pastor.

CORIOLÍN. ¿A mí prendermeʔ ¡Arre allá!
¿Ya yo mi rucio no he dado?

LISARINA. Préndanle que es un taimado.

SOLD. 1.° ¿Adónde el profeta está
que en este desierto habita?

CORIOLÍN. ¿Quién, señor?

SOLD. 1.° Aquel Profeta
del Carmelo.

CORIOLÍN. ¿Ser poeta
es pecado? Hay enfenita
caterva de ellos doquiera;
entre púbricos y ocultos,
cómicos, críticos, cultos;
hay chusma villanciquera
y otras enfenitas setas
que eslabonan desatinos:
entre catorce vecinos
los quince hallará poetas.

SOLD. 2.° No te preguntamos eso.

CORIOLÍN. ¿Pues qué pescudan?

SOLD. 2.° A Elías
buscamos los dos.

CORIOLÍN. ¿A Herbías?
¿Y le cheren llevar preso?
Pobre de él.

SOLD. 1.° Tú le conoces,
pues que te lastimas de él;
premiárate Jezabel,
diérate hacienda que goces,
si á donde asiste nos guías.

LISARINA. Señores, él le escondió.

CORIOLÍN. Un sastre conocí yo
que tuvo por nombre Herbías,
y al tiempo dell espirar
le llevaren para lastre,
comó all ánima del sastre
suelen los diablos llevar.

SOLD. 1.° No disimules villano
si quieres vivir.

CORIOLÍN. Acabe.

LISARINA. Sacúdanle que él lo sabe.
(*A él aparte*). Vengaréme por su mano.

CORIOLÍN. ¿Es por la chata?

LISARINA. Traidor,
tú lo sabes, no hay que habrar.

CORIOLÍN. Acabe de declarar
que es lo que busca, señor,
que tengo mucho que her.

SOLD. 1.° Al Profeta del Carmelo.

CORIOLÍN. ¿Poeta de caramelo?
¡Qué dulce debe de ser!
¿Por qué le cheren tan mal?
Si es de miel no le castigue.

SOLD. 2.° Porque al dios Baal persigue.

CORIOLÍN. ¿Que persigue al dios *varal*?
Terrible pecado ha hecho.

SOLD. 2.° Dinos dónde se escondió.

CORIOLÍN. En la vida he vido yo
dios *varal*; será derecho.
Mas si hemos de habrar de veras,
ni yo conozco ese Herbías,
ni por aquí en muchos días
he vido, si no son fieras,
que á saberlo les prometo
que me holgara de ser rico.

LISARINA. Miente, señor, que un borrico
le dieron por un secreto;
y el secreto debe ser
que al que ellos buscan esconda.

CORIOLÍN. ¿Pescudallo ellos no bonda?
¿Do le había de esconder?

SOLD. 1.° Traedle que, por su mal,
el decírnoslo dilata.

LISARINA. Viuda ha de quedar la chata.

CORIOLÍN. Casáos vos con el *varal*. (*Vanse*.)

ESCENA XIII

Salen JEZABEL *y* JEHU.

JEZABEL. Cuéntame lo que ha pasado.

JEHU. Después que tres años, seca,
se quejaba, por las bocas,
la tierra, á Dios de sus grietas,
buscando todos á Elías
(como mandó Vuestra Alteza)
vino Abdías á encontrarle,

y mil misterios le cuenta,
diciendo que resucita
al infante de Sarepta,
y en el hambre de su madre
seis meses y más le aumenta
el aceite con la harina;
y que después en la sierra
del Carmelo, le alimentan
los cuervos (serán quimeras)
maestresalas, los manjares
que, hurtándolos de tu mesa,
le ministran; ¿qué no hará
una vejez hechicera?
Presentóse al Rey, en fin;
y, con osada soberbia,
dice ser aquel, castigo,
porque al Dios de Moisén deja;
pero que si al fin pretende
que fertilice la tierra
el agua, hasta aquí negada,
junte todos los Profetas
de Baal, que si impetrasen
de su dios que el cielo llueva,
él, como falso y perjuro,
quiere perder la cabeza;
pero que si no los oye
y á Elías su Dios alegra
con el agua deseada,
los otros la vida pierdan.
Trescientos y más se juntan
que la imagen reverencian
del Dios de Sidón que adoran
y una infinidad inmensa
de todo el reino y provincias,
y Elías, con voz severa,
sobre la cumbre de un monte,
les dice, de esta manera:
«Pueblo de Israel, ingrato
á Dios y á tu ley suprema,
¿de qué sirve que mudables
sigáis doctrinas opuestas,
para que andéis claudicando
en dos partes, ya en las ciegas
imágenes del demonio,
ya en nuestra ley verdadera?
No malogréis vuestro culto:
si el Señor, que está en mi lengua
es Dios, seguidle constantes,
si Baal, dadle obediencia.
Yo he quedado solamente
con vida entre los Profetas
que al Dios eterno servían;
ochocientos y cincuenta
son los que al falso Baal
y á los dioses de las selvas
sirven, y da de comer
la impiedad de vuestra reina;
yo solo, pues, y ellos tantos
hagamos todos la prueba
de cual Dios, el mío ó el suyo,
es digno de reverencia.
Demos á todos dos bueyes
y escojan los que blasfeman
de mí, de los dos el uno,
divídanle luego en piezas;
pónganle sobre un altar,
carguen sus aras de leña
pero no la apliquen lumbre,
que yo de la suerte mesma
pondré el otro, hecho pedazos,
sobre otro altar, sin que tenga
fuego para el sacrificio,
hasta que del cielo venga.
Invoquen ellos sus dioses,
yo invocaré al que me alienta
y aquel que piadoso oyere
lo que sus siervos le ruegan
y el holocausto abrasare
bajando desde su esfera
llamas que el altar consuman,
ese, Dios llamarse pueda.»
Proposición admirable
gritan todos; así sea:
el reino lo quiere así
quien no lo cumpliere, muera.
Los de Baal levantaron
un altar, y en él aprestan
la leña y el sacrificio;
voces dan al cielo, tiernas,
y para que más le obliguen
rompen (señora) sus venas;
pero, en vano, por que sordo
Baal su favor les niega.
Vencidos, levanta, Elías
(de las aras que por tierra
echaste, por ser del Dios
que Jerusalén respeta),
otro nuevo que edifica
con no más que doce piedras,
(en fe de las Tribus doce)
y alrededor dejó abierta
una zanja, como cava;
pone el buey, pone la leña
y doce cántaros de agua,
hace que sobre él se viertan;
luego, en el suelo postrado,
la vista en el sol atenta,
presente el Rey y sus Tribus
dijo á Dios de esta manera:
¡Dios de Abrahán, Dios de Isaac,
Dios de Jacob, haz hoy muestras
que eres el Dios de Israel,
y yo, siervo tuyo, sepan
que he cumplido tus mandatos!
¡Oyeme, piedad inmensa!
¡Oyeme, Dios poderoso,
porque Israel se convierta
y diga que tú, Señor,
eres sólo Dios, y vuelva
(los ídolos despreciando)
reducido á tu obediencia!
Con lágrimas venerables
esto dijo, cuando apenas
diluvios de fuego bajan
que el sacrificio, la leña,
y hasta las piedras consumen
quedando la zanja seca
de la agua que, derramada,
dió á tal prodigio materia.
¡Vive el Dios de Elías! (pronuncian
todos) ¡Los blasfemos mueran
con Baal, su engañador,
y quien por dios le confiesa!
Degolló, por mano suya,

Elías, á tus profetas
sobre el arroyo que llaman
del Cedrón, y luego llega
al Rey, y que se recoja
le avisa, porque ya empiezan
inundaciones de nubes
á hacer con los campos treguas.
Llovió tanto, que no pudo
hacer que no le cogiera
Acab el agua en el campo.
Mojado, señora, llega
á descansar en tu vista.

(De dentro con música.)

Unos. ¡Viva Elías, que remedia
la esterilidad pasada!

Todos. ¡Viva, pues él nos sustenta!

Jezabel. Vivirá si yo no vivo.
Por las deidades excelsas
que adoro (á pesar del Dios
de ese rústico profeta)
que he de lavarme las manos
en las corrientes sangrientas
del que mis dioses injuria
y sus ministros desprecia.
¡Yo le beberé la sangre!
¡Yo pisaré su cabeza!
¡Loca estoy! No viva un hora
quien reinando no se venga.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Sale Elías con báculo, cansado.

La vital respiración
me falta, rendido vengo,
por que tengo
celo á vuestra adoración.
¿Es razón
que rigores,
de blasfemos pecadores
perseguido,
me den penas, por regalos,
triunfando siempre los malos
y siempre el justo afligido?
¿Cómo, omnipotente Dios,
permite vuestro poder,
que una mujer
ose competir con vos?
De los dos,
vos suprema
Majestad, ella blasfema;
su malicia
persiguiendo á la inocencia,
¿y basta vuestra clemencia
á templar vuestra justicia?
Otra vez en el desierto,
peregrinando horizontes,
por sus montes
muerto vivo y peno muerto.
¡Ay! ¡qué incierto
es el descanso
del mundo, céfiro manso,
pues me asombra
de una mujer el furor!
Recread vos mi temor
y deme este enebro sombra.

(Siéntase al pie de un enebro.)

¿Vuestra providencia suma
querrá, acaso, el plato hacerme
con volverme
maestresalas de pluma?
No presuma
mi hambrienta necesidad;
á la crueldad
de Jezabel,
dar hoy venganza cruel;
pues profeta
soy vuestro. Sepan protervos
que aquí me alimentan cuervos
y allá una viuda Sarepta.
Mas, permitidme que os pida
mercedes de más recreo:
yo deseo
salir ya de aquesta vida,
perseguida
me aflige; no soy mejor,
gran Señor,
que mis pasados;
si en las canas y cuidados
los imito,
desear morir con ellos
por gozarlos y por vellos,
no será, mi Dios, delito.
El cansancio y la tristeza
padrinos del sueño son;
mi aflicción
quiere aliviar mi flaqueza;
la cabeza
en este tronco reclino.
Al fin vino
si no propia,
la muerte en retrato copia.
¡Bien llegada!
pues al fin, en sus empeños
gozaré la muerte en sueños
que es lo mismo que pintada.

(Recuéstase y duerme. Baja un ángel y déjale á la cabecera un vaso de agua y una tortilla de pan, y vuela.)

ESCENA II

Elías y un Angel.

Angel. Despierta y come.

Elías. ¿Qué es esto?
¿Quimeras mi sueño fragua?
Pero, un pan y un vaso de agua
á mi cabecera han puesto.
Reciente está, entre cenizas
parece que se coció;
el cielo le sazonó *(Come.)*
pues sabroso le suaviza.
Comeré una parte de él
y guardaré lo demás;
no gusté cosa jamás
como esta. Amarga es la miel
con su sabor comparada. *(Bebe.)*

El agua es néctar divino;
dichoso fué mi camino,
venturosa mi jornada:
restituyóme el aliento.
Otra vez me ha provocado
el sueño. Dormid, cuidado,
pues nos da el cielo el sustento.
(Duérmese y dentro dice el ángel.)

ANGEL. Despierta y come, que tienes
mucho camino que andar.

ELÍAS. Bien puedo; con tal manjar
ya mis males juzgo bienes.
(Despiértase come y bebe.)
Vuelvo á comer, su apetito
de nuevo me fortalece;
vuelvo á beber, ya parece,
desmayos, que resucito.
Recobráos, pues, fuerzas mías,
que en virtud de este manjar
bien podremos caminar
cuarenta noches y días.
Al monte Oreb, siento yo
Señor, que me encamináis.
Moisés cuando ley le dais,
cara á cara en él os vió.
Sinai y Oreb, todo es uno.
¡El ánimo al temor venza!
Caminemos, que hoy comienza,
como el de Moisés, mi ayuno. *(Vase.)*

ESCENA III

Salen ACAB *y* JEZABEL.

ACAB.

Déjame, esposa, fenecer la vida,
pues, siendo Rey, cumplir no puedo un gusto:
un menosprecio ha sido mi homicida,
un sentimiento mata al más robusto.
Que yo á Nabot visite; que le pida
una mísera viña, y por ser justo
no se la quite y que Nabot se atreva
negársela á su Rey, injuria es nueva.
No es Rey, ni este blasón gozar merece
quien halla resistencia en su apetito.
¿Quién duda que Israel no me obedece,
pues cuando de un vasallo necesito,
rebelde mi deseos desvanece?
De lesa Majestad fué su delito;
no la corona ya mis sienes ciña,
pues aun no tengo imperio en una viña.
Reine Nabot, pues ya se me rebela;
quite la vida á Acab, pues me desama;
que pues ninguno mis agravios cela,
más estiman su gusto que mi fama.
No quiero más vivir; nadie se duela
de ver que en vez de solio en una cama,
sin comer, mis congojas multiplique,
y á sola una pared las comunique.

JEZABEL.

Por cierto que tus penas ocasionas
por pérdidas notables: razón tienes.
Injurias grandes son las que pregonas,
todo el mundo te priva de tus bienes.
¡Oh! qué bien que triunfaras de coronas
enemigas, honrándose en tus sienes,
si, aun no como mujer, como una niña
lloras por el juguete de una viña.
No por eso te mueras; yo me atrevo
á que cumplas en breve con tu antojo.
Come y sosiega, que antes de que Febo
peine la Aurora su cabello rojo,
en ti, tendrá la viña, señor nuevo.
Nabot castigo, fin, en fin, tu enojo.
Entrégame el anillo con que sellas
y fía de mi industria tus querellas. *(Dásele.)*

ACAB.

No su heredad me altera, su desprecio.
¡Que un hombre...

JEZABEL.

Basta, basta, no prosigas.
Vete y déjame hacer.

ACAB.

Púsela en precio...

JEZABEL.

Vete ya y otra cosa no me digas.

ACAB.

Más valor que yo tienes. *(Vase el Rey.)*

JEZABEL.

Nabot necio:
si mi amor desdeñoso desobligas,
y hoy no otorgas tu dicha á mis deseos,
satisfarán venganzas tus empleos.

ESCENA IV

Sale NABOT.—DICHA.

NABOT. Criselia me ha dado aviso,
que Vuestra Alteza me llama.

JEZABEL. Nabot, si es fuego esa llama
deciros mis llamas quiso.

NABOT. No entiendo eso, gran señora.

JEZABEL. Siempre fué el encogimiento
mendigo de entendimiento.
Quien las palabras ignora,
mal, Nabot, podrá entender
el lenguaje de los ojos,
donde sus gustos ó enojos,
á quien los sabe leer
escribe el alma.

NABOT. Remota
esa ciencia está de mí.

JEZABEL. Créolo; que ya yo os vi
en cosas de amar, idiota.
Pero, quiéroos yo enseñar
á que enigmas acertéis,
para que sabio quedéis,
si bien os ha de costar
mucho, el errar la lección.

NABOT. Explíquese Vuestra Alteza.

JEZABEL. A no ser la rustiqueza
vuestra, tanta, en ocasión
os puse yo, cuando os vi,
y vuestra dicha expliqué,
que os obligara.

NABOT. No sé,
señora.

JEZABEL. Esperadme aquí;
que si la presencia Real
os tiene, ó necio ó turbado,
medio la industria me ha dado
que os ha de estar bien ó mal. *(Vase.)*

ESCENA V

NABOT, *solo.*

¿Qué es esto, fortuna mía?
¿Qué pretende esta mujer?
¿Pero, qué ha de pretender
quien es toda tiranía?
Quien á Dios tiene osadía
de oponerse; quien reprueba
la ley que á los cielos lleva
y vive, esperanza en Vos,
atreviéndose á su Dios,
¿qué mucho que al Rey se atreva?
Pues fulmine contra mí
tempestades Jezabel;
que, á Dios, al Rey y á Raquel
fidelidad prometí.
Ser traidor, no; morir sí;
pues cuando á furor se incite
y la cabeza me quite,
si nombre á matronas da
castas, la fama en mí habrá
un hombre que las imite.

ESCENA VI

Sale CRISELIA.

La Reina, Nabot, os manda,
primero que os ausentéis
de esta sala, que estudiéis,
pues el favor no os ablanda,
vuestra dicha, ó vuestro daño,
aunque es nueva la doctrina.
Corred aquesa cortina
y dad lugar á su engaño. *(Vase.)*

ESCENA VII

NABOT; JEZABEL, *dentro.*

NABOT. ¡Jeroglíficos confusos,
ya os descifra mi temor!
¡Enigmas torpes de amor
no admito vuestros abusos!
Dicha ó daño me ofrecéis:
si la dicha ha de costarme
tan cara, que despeñarme
porque la elija queréis,
(puesto que en mi mal reparo)
si acabada de alcanzar
me pesa, no he de comprar,
cielos, el pesar tan caro.
Dicha que por mano vienes
de Jezabel, toda engaños,
no te admito. ¡Honrosos daños,
vuestros males traen mis bienes!
Daño que al cielo encamina
no es bien que daño se llame;
dicha que ha de hacerme infame
no honor. Corro la cortina.

(Corre una cortina, y sobre un bufete estarán tres fuentes de plata, y en ellas lo que aquí se va diciendo.)

Tres fuentes sobre una mesa
(en lo que ofrecen contrarias)
muestran con insignias varias
lo que cada cual profesa.
En esta está una corona
y envuelto en ella un cordel,
plato, en fin, de Jezabel,
que dignidades pregona,
porque en patíbulos paren.
Un rótulo dice así:
(Lee.) «La corona es para ti
como miedos se reparen.»—
Libre está de estos combates
mi honor, hasta aquí felice.
Este sobre el cordel dice:
(Lee.) «Para que á tu Raquel mates.»
¡Ay cielos! ¡Ay prenda mía!
si vive mi alma en los dos,
dándoos yo la muerte á vos,
verdugo de mí sería.
Sobre la fuente segunda
una espada y una toca
á confusión me provoca.
¿En qué este enigma se funda?
Dice el mote de esta suerte,
que está en la espada á esta parte.
(Lee.) «Hierro, para castigarte,
y toca, para quererte.»
Fácil se deja entender;
pues muestra desenfrenada
que es Reina, y que tiene espada;
y en la toca, que es mujer;
que si me arrojo á querella
me satisfará amorosa;
pero fiera y rigurosa
si mi desdén la atropella.
¿Hay tal desalumbramiento?
¿La torpeza, qué no hará?
Lleno el tercer plato está
de piedras, y de sangriento
licor. La letra me admira
y me causa confusión.
(Lee.) «No son piedras: rayos son:
mi desprecio te las tira.»
¡Ay cielos! A qué banquete
Jezabel me ha convidado:
que moriré apedreado,
si no la amo, me promete.
¡Piedras: en vuestra firmeza
quiere aprender mi constancia!
¡Fulmínelas la arrogancia
del poder y la torpeza!
Por mi ley y mi Rey, pierda
la vida Nabot, que es fiel;
que pues tira Jezabel
piedras á Dios, no está cuerda.
Espada de su malicia,
dad al juez Supremo cuenta,
pues, lasciva y torpe, afrenta
la espada de la justicia.
Corona; si en su cabello
serviste de insignia Real,

bajáos y seréis dogal
con que suspendáis su cuello.
Cordel, servid de escarmiento
á los idólatras vos,
mientras que á mi Rey y á Dios
confieso, al darme tormento;
que, á la muerte me apercibo,
no á su llama deshonesta;
y para dar la respuesta
la vil corona derribo.

(Derríbala y la pisa.)

Porque su interés desprecio
y como infame la piso.

JEZABEL. *(Desde dentro.)* Llorarás tu poco aviso:
apedreárante por necio.

NABOT. Por necio no, por fiel sí.
No temo tus amenazas:
túmulo eterno me trazas:
este solo apetecí.
Laureles, logro, leales,
que inmortalicen mis medras.
¡Labra, tirana, las piedras
y junta los materiales;
que, desdeñando tus vicios,
mientras la muerte me dan,
piedras preciosas serán
de inmortales edificios!

(Vase y cúbrese la mesa.)

ESCENA VIII

Salen dos CIUDADANOS *viejos, leyendo el uno este papel.*

(Lee.) «Los vasallos que sin averiguar secretos de su Príncipe, guarden sus órdenes, merecen que en su privanza se prefieran á los demás; Nabot, israelita, vecino vuestro y poderoso en vuestra república, me tiene criminalmente ofendido, buscad pues dos testigos, que las dádivas cohechen, y éstos afirmen que le oyeron blasfemar de su Dios y de su Rey; y, examinados, publicad general ayuno (como en Israel se acostumbra cuando se espera algún castigo riguroso); llamad luego á Nabot á vuestro tribunal y presentados los testigos, sin admitirle descargos, le condenad por público blasfemo, sacándole al campo, donde muera, como la ley dispone, apedreado, aplicando sus bienes todos á nuestro fisco; que ejecutada con toda disimulación esta sentencia, yo me daré por bien servido y vosotros quedaréis premiados. De nuestro Palacio Real de Jezrael.—*Yo el Rey.*»

CIUD. 1.° Esto el Rey, nuestro señor,
manda.

CIUD. 2.° ¿Quién creyera tal?

CIUD. 1.° No vive más el leal
de lo que quiere el traidor.
De vos, y de mí confía
la ejecución de este insulto.

CIUD. 2.° Para Dios no le hay oculto.

CIUD. 1.° Sacrílega tiranía.

CIUD. 2.° Nabot es en Jezrael
(aunque el más rico) el más santo.

CIUD. 1.° Y aún por saber que lo es tanto
le persigue Jezabel.
Pero ¿en qué os resolvéis, vos?

CIUD. 2.° Temo á Dios, más también temo
á un Rey tirano y blasfemo.

CIUD. 1.° En dando en temer á Dios,
será el Rey vuestro homicida,
mandando que muerte os den.

CIUD. 2.° ¡Ay Cielos!

CIUD. 1.° Nabot también
le teme y pierde la vida.
Dad en vuestros riesgos corte.

CIUD. 2.° ¿Y habrá, para estos sucesos
testigos falsos?

CIUD. 1.° ¿Pues esos
pueden faltar en la corte?
Dos pide el Rey, y otros dos
tengo, que lo son á prueba.

CIUD. 2.° Fuerza ha de ser que me atreva
primero que al Rey, á Dios.
Tirano uno, otro clemente...

CIUD. 1.° Busquemos otro testigo
que habiendo tres yo me obligo,
á hacer el caso evidente.

CIUD. 2.° ¡Con qué de temores lucho!
¡oh Rey impío! ¡oh vil mujer!

CIUD. 1.° O morir, ó obedecer
porque un, yo el Rey, puede mucho.

(Vanse.)

ESCENA IX

Sale RAQUEL, *congojada.* DOS CIUDADANOS, *dentro.*

RAQUEL. No sosiego, no reposo;
no hay descanso para mí.
¿Qué tengo? ¿Son celos? Sí;
pero no; más riguroso
es mi mal. ¡Ay caro esposo!
¡Y qué caro
me has de costar, si reparo
en un sueño,
que de mis potencias dueño,
tragedias representaba,
cuando en sangre se bañaba
una serpiente,
que venenosa, inclemente,
en tus carnes se cebaba!
Mas quien á sueños da fe,
provoca á enojo á los cielos;
dormíme llena de celos;
sierpes en ellos soñé:
Jezabel el áspid fué,
que lasciva,
mientras de lealtad te priva,
Circe nueva,
en tus entrañas se ceba,
pues tu posesión la diste;
pero mal acierto hiciste,
pensamiento;
que Nabot la ama contento;
y yo le vi muerto, ¡ay, triste!
Sentar me quiero por ver
si sosiego de este modo. *(Siéntase.)*
¡Todo penas! ¡Ansias todo!
¡Todo llorar y temer!
Más es esto, que querer;
más pesar
es esto, que sospechar.
¡Ay, desvelos!

¡Ojalá, Nabot, sean celos!
Que á trueco que no recibas
penas que han soñado vivas
mis quimeras,
yo sufriré que á otra quieras
en albricias de que vivas.
Menos quietud asentada
tengo. *(Levántase y paséase.)*
¡Ay, quinta! Quiera Dios
que no me venga por vos
más mal que no ser amada.
Ya vuestra vista me enfada;
mas temores
tengo yo que tenéis flores.
Penas veo
seguirme, si me paseo;
penas, si me siento apenas
entre rosas y azucenas.
¿Qué he de hacer?
Infierno debo de ser,
pues no hay en mí sino penas.
(Dicen de dentro.)

CIUD. 1.° A Nabot han condenado
y le llevan á apedrear.

RAQUEL. ¿Qué escucho? ¡Ay, cielo! ¡Ay, pesar!
¡Ay, desdichas! ¡Ay, cuidado!

CIUD. 2.° Pues ¿por qué le han sentenciado?

CIUD. 1.° Por blasfemo.

RAQUEL. ¿Por qué vivo? ¿Por qué temo
el ir á morir con él?

CIUD. 2.° Justo y fiel
fué á Dios y al Rey.

CIUD. 1.° Y aun por eso.

RAQUEL. ¡Qué bien dijo: ya es exceso
ser leal!
¡Perderé con muerte igual
la vida, pues perdí el seso! *(Vase.)*

ESCENA X

A la ventana de una torre JEZABEL *y* ACAB.

JEZABEL. Goza ya la posesión,
Rey, que tanto has deseado.
Vuelve en ti, si desmayado
te tuvo su privación.
Ya murió Nabot; no impida
tu gusto esa pena ingrata.
¡Comprado la has bien barata,
pues sólo cuesta una vida!

ACAB. ¡Ay, esposa de mis ojos!
¿Es posible que murió
quien mi agravio ocasionó?

JEZABEL. Así vengues mis enojos
como yo los tuyo vengo.
Por blasfemo apedreado,
y en su sangre revolcado,
tu satisfacción prevengo.
Mira, bañadas las piedras,
desde aquí, en su sangre vil.

ACAB. ¡Qué pecho tan varonil
te dió el cielo! Cuantas medras
me vienen, son, cara esposa,
por tu causa.

JEZABEL. Ve á tomar
posesión, á su pesar,
de su viña deleitosa.
Recréate en su vergel,
que cuando imposibles pidas,
ya sabe, á costa de vidas,
comprar vidas Jezabel. *(Vanse.)*

ESCENA XI

Sale Raquel sueltos los cabellos y enlutada, y deteniéndola ABDIAS *y* JOSEPHO.

RAQUEL. ¡Dejadme, idólatras torpes!
¡Soltadme, aleves vecinos
de la más impía ciudad
que á bárbaros dió edificios!
¡Sacrílegos envidiosos,
de un rey tirano ministros,
de una blasfema vasallos,
de una falsedad testigos,
de un Abel Caines fieros,
de un cordero lobos impíos,
de un justo perseguidores,
de un inocente enemigos!
¡Soltadme, ó haréos pedazos!
¡Ojos tengo basiliscos!
¡Víbora soy ponzoñosa,
¡Veneno son mis suspiros!
¡Soltadme ó abrasaréos! *(Suéltase.)*

ABDÍAS. ¡Qué lástima!

JOSEPHO. Compasivo.
lloro suspenso.

ABDÍAS. Sosiega,
señora, que son indignos
de tu honor, esos extremos.

RAQUEL. ¿Qué honor? Si lo fuera el mío
¿no me lo hubiera quitado
ese Rey, torpe y lascivo,
esa Reina hambrienta de honras?
Con ellos no hay amor limpio.
¿Qué fama no han asolado?
¿Qué opinión no han destruído?
¿Qué castidad no profanan?
Honor aquí, ya es delito;
virtud aquí, ya es infamia;
vergüenza aquí, ya es castigo.

ABDÍAS. Si al pie del alcázar real
das en estos campos gritos,
provocarás á los Reyes,
pues es forzoso el oirlos.

RAQUEL. ¿Pues qué es lo que yo pretendo?
(A voces.) ¡Acab sangriento, vil hijo
de Amri, que á su Rey traidor
le forzó á abrasarle vivo!
¡Adúltera Jezabel;
que al demonio sacrificios
ofreces, para que en ellos
licencia des á tus vicios!
La esposa soy de Nabot
el que porque nunca quiso
consentir en tus torpezas
es de tu crueldad prodigio.
Mandad con él darme muerte;
acompañe un rigor mismo
dos almas, que en tiernos lazos
reciprocó un amor limpio.
¿Por qué (decid) le matastes,
cohechando falsos testigos?
Pues, cuando blasfemo fuera

(como afirman fementidos)
imitador de sus Reyes
mereciera, por seguiros,
la sacrílega privanza
de vuestros favorecidos.
¿Qué más blasfemias ¡tiranos!
qué las que habéis los dos dicho
á Dios, y no os apedrean
siendo común el delito?
Díganlo tantos profetas
consagrados al martirio
por vosotros, cuya sangre
está dando al cielo gritos.
Dígalo el gran Zelador
de nuestra ley, perseguido
de vuestra impiedad tirana
por sierras, montes y riscos.
Díganlo tantos altares
arruinados, destruídos
por vosotros, que erigieron
á Dios los padres antiguos.
¡Blasfemos! en fin, ¿reinando
vosotros y el dueño mío
muerto? ¿En vasallos y Reyes
serán acaso distintos
los insultos generales,
siendo, en substancia, los mismos?
¿Por qué si afectáis rigores
no os ofende lo que os digo?
¿Por qué no hacéis apedrearme?
Cántos hay en este sitio
que en la sangre de mi esposo
se han bañado. Si os irrito,
mandad que mezclen con ella
la que á Nabot sacrifico.
Báñense unas mismas piedras
en la esposa y el marido.
¡Serán tálamo de sangre
las que su túmulo han sido!
Pero ¿para qué doy voces
pues tan crueles os miro
que, por más atormentarme
negáis la muerte que os pido?
¡Ansias! ¡mostradme el teatro
de mis tragedias!

Abdías. Dos ríos
son, de lágrimas, mis ojos.

Josepho. En sentimientos la imito.

Descúbrese tendido en el suelo Nabot, *muerto, en camisa y calzones de lienzo; él y el vestido manchado de sangre, entre un montón de piedras, también ensangrentadas.*

Raquel. ¡Ay dueño de mi esperanza;
regalo de mis sentidos;
consuelo de mis congojas;
de mis tormentos alivio!
Celosa lloraba yo
engaños y desatinos.
¡Qué caras satisfacciones
á costa de emtrambos, miro!
¡Mi Abel, mi justo, mi santo!
¡Pisad climas más benignos,
pues, colocado entre estrellas,
mártir os honra el Olimpo!
Altar de piedra, estas piedras,
rubíes y granates finos,
al simulacro del cuerpo
holocaustos os dedico.
Más valen que los diamantes
crisolitos y jacintos;
diadema os labran, mejores
que esmeraldas y zafiros.
Por reliquias, las venero;
por sagradas, las estimo;
las beso, por sangre vuestra, *(Bésalas.)*
por mis joyas las recibo.
¡Plegue á Dios, tigres de Hircania,
Acab, del cielo maldito;
idólatra Jezabel,
oprobio en Samaria y Tiro,
que no quede de vosotros
memoria al futuro siglo,
vasallo que no os desprecie,
rigor que no os de castigo!
¡Quíteos la vida y el reino
el más confidente amigo,
destruyendo en vuestra sangre
desde el decrépito al niño!
¡Si el Rey marchare á la guerra,
flecha de acero prolijo
le atraviese las entrañas
de tanta blasfemia asilo!
¡Si Jezabel enviudare
despedácenla á sus hijos,
sin permitirla llorarlos,
quien blasonaba servirlos!
¡Ese alcázar, desde donde
morir mi inocente ha visto,
cuando más entronizada,
la sirva de precipicio!
¡Desde el más alto homenaje
mida el aire, hasta este sitio;
y antes que le ocupe, muera,
oprobio á grandes y á chicos!
¡Lebreles la despedacen,
arrastrándola los mismos,
cuarto á cuarto, por los campos,
miembro á miembro, por los riscos!
¡No dejen reliquias de ella
de carne, hueso, ó vestidos,
sino la cabeza sola
para acuerdo de delitos!
¡Cielos píos!
¡Justicia en tanto mal. justicia pido!
¡Vengad, piadosos cielos,
mi esposo, mis agravios y los vues- [tros!

Abdías. Enjugad, señora, el llanto;
que si es la venganza alivio
con que descansan ofensas,
por mandato de Dios vino
el Profeta del Carmelo
y de su parte le dijo,
(cuando iba el Rey á tomar
la posesión, presumido,
de la viña de Nabot)
que con los mesmos castigos,
morirán él y la Reina,
que al cielo le habéis pedido.
Llevad á enterrar el cuerpo.
Será, muerto, ejemplo vivo
del mal que á los Reinos viene
por una mujer regidos.

(Vanse y encúbrese el cuerpo.)

ESCENA XII

Salen ZABULÓN, DORBÁN *y* LISARINA, *pastores, y á lo soldado gracioso* CORIOLÍN.

CORIOLÍN. ¿Cuidáis vosotros que es barro
ser sueldado?
ZABULÓN. ¿Que el lugar
dejas solo, y sin llorar?
CORIOLÍN. Tengo ell alma de guijarro.
¿La sierra no me quintó?
¿No vo por ella á la guerra?
Pues llore por mí la sierra,
que no pienso llorar yo.
Aqueste oficio me cuadra.
LISARINA. ¿No mos verás más, de vero?
CORIOLÍN. No, hasta ser Emperadero,
ó si no cabo de escuadra.
LISARINA. ¿Cabo de qué?
DORBÁN. De cochillo.
CORIOLÍN. Eso mesmo pescudó
una vieja, que alojó
en casa á un medio caudillo.
Estaba una compañía
en la su aldea hendo gente
(y aun hurtos) y ella inocente
de manera le servía,
que decentó una tinaja
de un tinto, que con pies rojos
diz que saltaba á los ojos.
Era tahur de ventaja
en esto de alzar de codo
el tal cabo, su alojado;
y, del tinto enamorado,
le resquebraba de modo
que en ell alma le metía,
pero, porque no se hallaba
bebiendo solo, brindaba
á toda la compañía.
Llevábalos á su casa
dos á dos y tres á tres;
estuvioren allí un mes:
¡andaba el brindis sin tasa!
Sospiraba cada instante
la vieja, el daño presente,
viendo la sed en creciente,
y la tinaja en menguante.
Mas ¿qué mucho que el sentido
perdiese, si aquel licor
suplía con su calor
las faltas de su marido?
Huese el huésped importuno,
tocando á marchar la caja;
que ell espirar la tinaja
y ellos irse, hué todo uno.
¡Vaya con la maldición!
la viuda pobre decía.
¡Guay de vos, tinaja mía
agotada hasta ell hondón!
Sin vos ¿qué ha de ser de mí?
¿quién habrá que me mantenga?
¡Que mala pascua le venga
á quien vos ha puesto así!—
Tratad al soldado bien,
(dijo uno muy presumido)
que el huésped que habéis tenido
es cabo de escuadra.—¿Quién?—
Quien sirve al Rey y trabaja,
y es cabo de escuadra.—Igual,
(respondió) dirá ese tal,
que es cabo de mi tinaja.—
Y porque no es para más,
á Dios, que me vo á romper.
LISARINA. Pues ven acá ¿sabrás ser
sueldado tú?
CORIOLÍN. Buena estás;
yo se tocar las baquetas,
comerme un horno de bollos,
hurtar gallinas y pollos,
vender un par de boletas,
echar catorce reniegos,
arrojar, treinta ¡por vidas!
acojer hembras perdidas,
sacar barato en los juegos;
y en batallas y rebatos,
cuando se toman conmigo,
se enseñarle all enemigo
las suelas de mis zapatos.
ZAZULÓN. Eso es ser gallina, en suma.
CORIOLÍN. Decís, Zabulón, lo vero.
¿Por qué pensáis que el sombrero
lleva el sueldado de pruma?
¿Sí, porque huyendo después
que la batalla se empieza,
volando con la cabeza
corre mijor con los pies?
Esta es de gallo, y trabajo
por darla aquí, en somó estima,
que, como el gallo va encima
y la gallina debajo.
Soy gallina en esta empresa,
que sabré cacarear,
porque al comer y al cenar
haya gallina en mi mesa.
LISARINA. Dios te vuelva á nuestros ojos.
LOS DOS. ¡Coriolín á Dios!
CORIOLÍN. A Dios.
LISARINA. ¡Acordáos de mí!
CORIOLÍN. ¿De vos?
Dejadme agarrar despojos;
que yo os llenaré el corral
de las gallinas que hurtare,
y si en la guerra finare... (*Llora.*)
LISARINA. ¿Lloras?
CORIOLÍN. Y cuemo en señal
de que mi alma se condena,
antes dell amanecer,
prometo de irlos á ver
en fegura de alma en pena.
LISARINA. No, Coriolín, eso no;
yo os perdono la vesita.
CORIOLÍN. Quiéroos yo, que sois bonita;
de allá os pienso llevar yo
dos diablitos como un oro,
que vos barran, que vos rieguen,
que vos guisen, que vos frieguen.
LISARINA. ¡Tirte ahuera!
CORIOLÍN. ¡Ay, cómo lloro!
¿Pensáis que la guerra es paja?
Embracijadme, y adiós.
LISARINA. ¡Que os me vais el zagal vos!
CORIOLÍN. A ser cabo de tinaja. (*Vanse.*)

ESCENA XIII

Salen DOS SOLDADOS *tras* UN PROFETA *que huye. Sale también* JEHU *con bastón.*

SOLDADO 1.°

¡Corred tras él, tenedle, que, pues huye,
algún delito ha hecho!

SOLDADO 2.°

Al viento excede.

SOLDADO 1.°

¡Que nunca aquesta seta el Rey destruye!
¿Cuándo podré yo ver que el reino quede
libre de estos hipócritas taimados,
que el mal nos profetizan qué sucede?
Tráele preso.

JEHU.

Sosegad, soldados.
Dejadle, que es de Dios justo profeta,
y fiel ejecutor de sus mandados.

SOLDADO 2.°

Si tú acreditas esta mala seta,
príncipe del ejército y segundo
después del Rey, ¿que mucho se prometa
engañar (no á Israel) á todo el mundo?

JEHU.

No blasfeméis de Dios, que me provoco
á enojo, cuando en El mis dichas fundo
Acab murió, como lascivo y loco,
en la batalla, cuando pretendía
presidiar á Ramot (castigo poco
á su bárbara y ciega idolatría).
Una flecha desmanda el cielo airado,
que le pasó el pulmón (¡dichoso día!);
los perros en su sangre se han cebado;
venganza es de Nabot. Reinó su hijo
Ococías, como él, desatinado;
murió (como el profeta lo predijo)
precipitado de unos corredores,
después de la pensión de un mal prolijo.
En carroza de eternos resplandores
arrebató una nube al del Carmelo
Elías, luz de santos celadores.
Reina Jorán agora, cuyo celo
idólatra, á su padre semejante
y hermano, de su vicio es paralelo.
Dios intenta asolar este arrogante.
A Dios, por justo y por señor, invoco.
Nadie blasfeme de El de aquí adelante.

SOLDADO 1.°

¿Qué te quería á solas este loco?

JEHU.

¿Conocístele acaso? ¿Habéis sabido
lo que me dijo?

SOLDADO 1.°

Importaráte poco.

SOLDADO 2.°

Mentiras serán suyas. Mas ¿qué ha habido?
Cuéntanoslo.

JEHU.

Llamándome en secreto,
cerró la puerta.

SOLDADO 1.°

¡Qué desvanecido!

JEHU.

Y llegándose á mí, con real respeto,
una ampolla derrama en mi cabeza
del óleo sacro (milagroso efeto).
«Eso dice el Señor de eterna alteza:
Dios de Israel (prosigue), yo te elijo
por Rey del pueblo mío y su grandeza.
Severo destruirás, como predijo
el Tesbites, de Acab la torpe casa,
aunque fué tu señor y lo es su hijo.
Yo vengaré por ti, pues que te abrasa
mi celo y ley, la sangre que vertida
de mis profetas hasta el cielo pasa;
la de mis siervos todos, cuya vida,
á manos de la impía y deshonesta
Jezabel, fué de tantos perseguida.
Por ti he de hacer venganza manifiesta
de cuantos propagó la sangre suya
(si primero triunfante, ya funesta);
no ha de dejar en pie la espada tuya
persona de su ingrata descendencia.
¡Toda perezca, toda se destruya!
Desde la senectud á la inocencia;
desde el más retirado y recogido,
hasta el que en vicios tiene más licencia,
su nombre quedará en perpetuo olvido,
como el de Jeroboán y Basra fieros,
cuya familia toda ha destruído.
Jezabel, de Profetas verdaderos
verdugo, por los campos arrastrada
de Jezrael, castigos más severos
ha de pasar por tu furiosa espada;
perros su cuerpo comerán, hambrientos;
en nombre de Nabot despedazada.
Cuantos la vieren estarán contentos,
mofando de su idólatra locura;
y en gustos convirtiendo sus lamentos,
ninguno osará darla sepultura:
las entrañas de torpes animales
el tálamo serán de su locura.
Goza, Jehu, de las insignias reales».
Dijo y huyó. ¡Soldados, pues, valientes
ved si á Jorán ó á Dios sois hoy leales!
Cerco en persona puso con sus gentes
á esta ciudad, Ramot es su apellido;
sus muros escalamos eminentes;
retiróse á Samaria el Rey herido;
dejóme en su lugar mientras que sana.
Dios de Israel me llama Rey ungido.
Juzgad si esta esperanza saldrá vana,
ó si es razón que el cetro real reciba
contra Jorán y Jezabel tirana.

(Salen los que pudieren.)

SOLDADO 1.°

¡Viva Jehú, soldados!

SOLDADO 2.°

Jehú viva.

SOLDADO 1.º

Trono le hagamos todos de la ropa;
desnúdome también de medio arriba.

(*Hácenle trono de sus ropas y con música le besan la mano.*)

JEHU.

Pues Dios me elige, el viento llevo en popa.

SOLDADO 2.º

Las manos, por su Príncipe, te besa
el Asia y Palestina. ¡Tiemble Europa!

SOLDADO 1.º

Deja, Rey, á Ramot, deja su empresa;
el cuello de Jorán tu planta pise.
Parte á Samaria, marcha, date priesa.

JEHU.

Ese consejo proponeros quise.
Marche á Samaria el campo.

TODOS.

Marche el campo.

JEHU.

Ninguno salga de él, porque no avise
al mísero Jorán.

ESCENA XIV

DICHOS.—CORIOLÍN.

CORIOLÍN.

Con él me zampo,
que de esta vez soy cabo de tinajas.

JEHU.

¡Yo os vengaré, mi Dios! Marchen las cajas.

(*Vanse.*)

ESCENA XV

Sale JEZABEL *de viuda, bizarra, y* CRISELIA.

JEZABEL. Ya Jorán se ha levantado.
CRISELIA. Peligrosa fué la herida,
pero, pues, queda con vida,
y tú, Alteza, sin cuidado.
Albricias, señora, han dado
Reinas en tal ocasión.
JEZABEL. Pídelas, pues.
CRISELIA. De prisión
á la viuda Raquel saca,
que una buena nueva aplaca
la más fiera indignación.
JEZABEL. ¿Qué dices bárbara?
CRISELIA. Advierte...
JEZABEL. No prosigas, que estás necia;
quien á sus Reyes desprecia
poco en su peligro advierte.
Apresurarás su muerte
si eso vuelves á pedir.
CRISELIA. ¿Qué más muerte que vivir
sin dueño que tanto ha amado?
JEZABEL. Por eso no se la he dado;
pene y viva, que es morir.
Albricias de poco fruto
intentas: necia estás hoy.
Cansada, Criselia estoy
de tanta viudez y luto.
Tres años pagó tributo
al llanto, la pena mía;
de sí mesma ser podría
verdugo, quien mucho llora.
Festejemos, pues mejora
mi hijo, su mejoría.
Vuelvan á hacer mis cabellos
con los del sol competencia;
que yo sé, que en mi presencia
su luz se corrió de vellos.
Riguridad es tenellos
en prisión mientras que lloro;
estas tocas, sin decoro,
son cárcel que los maltrata;
no es bien, que linos de plata
escondan madejas de oro.
Acerca ese tocador;

(*Asiéntase á tocar en él.*)

pónme sobre él ese espejo;
con su cristal me aconsejo,
que es sumiller del amor.
Ve, y el vestido mejor
me saca, mientras divido
los cabellos que he ofendido,
y el Asia toda celebra:
ensartaré en cada hebra (*Destócase.*)
perlas que al Oriente pido.
Golfos de luz surcará
el marfil de aqueste peine,
porque en campos de oro reine
mientras sobre ellos está.
CRISELIA. El de verde mar será
mejor; que adorna y alienta.
JEZABEL. Verde mar no me contenta;
que, esperanza puesta en mar,
ó se tiene de anegar
ó ha de padecer tormenta.
Ya sabes que soy cruel;
el pagizo y encarnado
me pondré.
CRISELIA. Desesperado
y sangriento.
JEZABEL. Llore en él
su amor difunto Raquel.
CRISELIA. ¡Qué locura!
JEZABEL. No hay mudanza
en su pena y mi venganza;
CRISELIA. Voy (*Ap.*) ¡Qué bárbara, qué fiera!

(*Vase* Criselia.)

ESCENA XVI

JEZABEL *y* UNA MUJER, *dentro.*

JEZABEL. Si verde mar me vistiera,
ya fuera darla esperanza.
Tengamos, espejo, aviso,
no demos segundo ejemplo
mientras en vos me contemplo,
á locuras de Narciso.
Murió, porque no me quiso
Nabot; justa fué mi queja:
deje la vida, quien deja
de adorar ventura tanta.

Alguno allá dentro canta
que adulador me festeja.
(*Canta dentro una mujer.*)

(*Canta.*) «En la prisión de unos hierros
lloraba la tortolilla
los mal logrados amores
de su muerta compañía;
(*Peinándose* Jezabel.)
mal hubiera la crueldad
del águila, cuya envidia
dividió, sino dos almas,
los arrullos de dos vidas.»

JEZABEL. Parece que es de Nabot
y Raquel la historia misma;
quien de ellos se compadece
me canta y alegoriza.
Los dos las tórtolas fueron;
yo el águila vengativa,
que celosa de su amor,
su tálamo tiraniza.
«¿En la prisión de unos hierros
lloraba la tortolilla»
cuando á Raquel tengo presa?
Mi crueldad metaforizan.
Basta: que ya en versos anda
su tragedia; pero digna
es que escarmientos la canten
si traidores la lastiman.
Tiémbleme el mudo; eso quiero;
venganzas me regocijan,
riguridades me alegran,
severidades me animan. (*Tocándose.*)

(*Canta.*) «Reciprocando requiebros
en el nido de una viña,
fertilidad le promete
de amor su cosecha opima.
Nunca nacieran los celos
que amores esterilizan,
corazones desenlazan,
y esperanzas descaminan.»

JEZABEL. ¿Qué hay que hablar? Si historia
amores, celos y viña [canta
en su favor me condenan
y en mi crueldad se averiguan.
Pero si le amé en secreto
¿cómo mis celos publican
versos, que mi fama ofenden,
canción que la satiriza?
Raquel los habrá contado,
Raquel llorará este día
desatinos de su lengua,
efectos de sus desdichas.

(*Canta.*) «Perdió la tórtola amante
á manos de la malicia,
epitalamios consortes
¡Ay de quien los desperdicia!
Como era el águila Reina,
(mejor la llamara arpía)
cuando ejecute crueldades
¿quién osará resistirla?»

JEZABEL. Ya pasa de desacato
lo que escucho; su osadía
mi agravio y furia provoca
llamas añade mis iras (*Levántase.*)
¡Hola! ¿Quién es la que canta
allá adentro? ¿Quién me indigna,
sin recelar mis rigores,
sin respetar mi justicia?
Mas, mi autoridad ofendo
dándome por entendida.
¿Quién pudo enfrenar las lenguas
del vulgo, ni reprimirlas?
(*Vuélvese á sentar.*)
Canten, llámenme cruel;
que podrá ser que algún día
las viles cabezas corte,
por más que son de esta hidra.

(*Canta.*) «¿Qué importan las amenazas
del águila ejecutiva,
si ya el león coronado
venganzas contra ella intima?
Humillará su soberbia
caerá el Águila atrevida,
siendo presa á los voraces
lebreles que la dividan.»

JEZABEL. ¿Qué león (cielos) es este
(*Levántase tocada.*)
que sangriento me derriba?
¿Yo presa de brutos fieros?
¿Yo en pedazos dividida?
¡Hola, vasallos, Criselia!
¡Ay cielos!

ESCENA XVII

JEZABEL, CRISELIA. *Voces dentro.*

CRISELIA. Señora mía
¿qué sientes? ¿Por qué das voces?
La color tienes perdida.

JEZABEL. Y con ella la paciencia.
(*Mírase al espejo.*)
¡Muerta soy! ¡Aparta, quita
ese espejo, que me enseña
á Nabot, lleno de heridas!
¡Un hombre armado amenaza
con su desnuda cuchilla
mi trágico fin!

CRISELIA. ¿Qué es esto?

JEZABEL. Su corte en mi cuello afila...
¿No lo ves?

CRISELIA. No, gran señora.
¡Vuelve en tí!
(*Tocan cajas.*)

JEZABEL. No, desatina
mi temor. Pero...·¿qué es esto?

DENTRO. ¡Viva Jehu!

TODOS. ¡Reine y viva!

ESCENA XVIII

Sale ABDÍAS, JEZABEL *y* CRISELIA.

ABDÍAS. Huye castigos, señora,
del cielo, que pronostican
trágico fin á tu casa.
Mas del cielo ¿quién se libra?
Jehú se te ha rebelado,
de Samaria está á la vista;
Jorán le salió al encuentro,
Jehú una flecha le tira
que el corazón le traspasa,
y victorioso encamina

el ejército y deseos
á esta ciudad.

JEZABEL. ¡Ea, desdichas:
acabad conmigo todas!
Pero, la industria me avisa
remedios con que dilate
sino venturas, la vida.
Fiada de mi belleza
haré al engaño que finja
amor á Jehú tirano.
Pondréme á un balcón festiva;
mostraré que estoy gozosa,
que, de Jorán homicida,
su diadema le corone
y el solio le dé su silla.
Prometerele mi esposo,
y si la belleza hechiza
¿quién dirá que ha de escaparse?
¿quién dudará que me admita?
Dame, Criselia, esas joyas;
galas el cuerpo se vista,
y el alma lutos secretos,
pues son substancias distintas.
(Vase.)

ABDÍAS. No se yo que tus crueldades
te prometan tantas dichas;
que es vengador de inocentes
Jehú.

CRISELIA. ¡Ay mujer perdida! *(Vanse.)*

ESCENA XIX

Salen soldados marchando, entre ellos CORIOLÍN *y* JEHU, *con bastón, detrás; y al mismo tiempo del vestuario, con música, los más que pudieren y* ABDIAS. *Detrás de todos* RAQUEL. *Acompañada de* CRISELIA, *de viuda, y sobre un balcón* JEZABEL, *muy bizarra.* JEHU *y los suyos suben al tablado por un palenque;* RAQUEL *que le recibe con los demás, saca una corona de oro sobre una fuente de plata, tocando chirimías, cajas y clarines.*

RAQUEL. En nombre de Jezrael
ciudad tuya, patria mía,
que por consolar mis penas
generosa me autoriza,
te ofrece, ¡oh gran vengador
de la Majestad divina,
por Acab menospreciada
por Jezabel ofendida!
diadema que en paz poseas;
agora tus sienes ciña
y después por todo el orbe
(Corónale.)
los círculos del sol siga.
Púrpura adorna á los Reyes,
púrpura, señor, te vista
de sangre idólatra aleve
que altares sagrados pisa.
Venga inocentes (Monarca)
profetas, huérfanos, viudas,
mozos que estraga el engaño,
viejos que el temor lastima.
Teatro este sitio fué
de la impiedad más lasciva,
la más bárbara tragedia,
la crueldad más inaudita
que el tiempo escribió en anales,
que puso horror á provincias,
que verdades afirmaron,
que fabularon mentiras.
Aquí mi Nabot fué muerto;
Nabot, cuya fama limpia,
coronaba su inocencia,
celebraba su justicia.
Falsos testigos cohechó
contra él, el oro y la envidia,
el poder y la soberbia,
la ambición y la malicia.
Una viña le dió muerte,
que, quien reinos tiraniza,
sangre vende de leales
por el precio de una viña.
Testigos de su inocencia
pueden ser (no lenguas vivas
que estas, tal vez, se apasionan)
las piedras sí, fidedignas.
Haz información con estas;
la sangre en que se matizan
presento en tu Tribunal,
testigos fueron de vista.
¡Venganza, Rey poderoso!
antes que estas piedras mismas,
si agora testigos, claman,
jueces después, te persigan.
(De rodillas.)

JEHU. ¡Basta, Raquel; cese el llanto:
alzad, consolad desdichas!
Setenta hijos Acab deja:
todos setenta, en un día,
satisfarán vuestro agravio.
Deudos, amigos, familias
de Acab y de Jezabel
mueran.

RAQUEL. Y tú eterno vivas.

JEHU. En nuestra ciudad entremos,
pues su lealtad nos obliga.
(Al entrar dice JEZABEL *desde el balcón.)*

JEZABEL. Goce Jehú, mi señor,
con la corona israelita,
la paz, que todos desean,
pintando al laurel, la oliva;
que si á su Rey dió la muerte
el padre de Acab imita,
que á su Príncipe obligó
á resolverse en ceniza.

JEHU. ¿Quién es esta aduladora?

ABDÍAS. Esta es Jezabel maldita.

JEHU. ¡Derribadla de la torre!

CORIOLÍN. ¡Soldados, subid arriba!
que para esto so valiente.
(Suben á la torre CORIOLÍN *y soldados.)*

RAQUEL. ¡Ah bárbara! Así castiga
el justo cielo, tiranos,
que si tarda, nunca olvida.
(Arriba defendiéndose JEZABEL *y al cabo la echan abajo.)*

JEZABEL. ¿A vuestra Reina, alevosos?
¡Favor cielos!

CORIOLÍN. Eso pida
favor al cielo, que está
muy bien con sus obras pías.
¡Vaya, abajo la borracha!
(Cae hacia dentro.)

JEZABEL. ¡Muerta soy!
CORIOLÍN. ¡Ha de allá! ¡Asidla!
¡no se os vaya, que tendrá,
como gato, siete vidas!
SOLD. 1.° Perros salen á comerla.
CORIOLÍN. Cada cual la descuartiza,
y herederos de sus carnes
van haciendo la partija.
SOLD. 1.° Arrastrando se la llevan.
CORIOLÍN. All alma tened mancilla;
que con ella juegan diabros
diz que á «salga la parida.»

RAQUEL. ¡Ya se acabaron mis penas,
dulce esposo, prenda mía!
Tu Raquel en tu venganza
esta sangre te dedica.
JEHU. Alce Israel la cabeza,
pues de Jezabel se libra,
y escarmiente desde hoy más
quien reinare; no permita
que su mujer le gobierne;
pues destruye honras y vidas
la mujer que manda en casa,
como este ejemplo lo afirma.

COMEDIA FAMOSA

DOÑA BEATRIZ DE SILVA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

Silveira.	Pereira.
Olivenza.	Doña Beatriz.
Don Juan.	Doña Isabel.
Don Fernando.	Doña Leonor.
Don Pedro Pereira.	El Conde de Portalegre.
Don Pedro Girón.	Don Alvaro. [1]
Melgar.	Doña Inés.
Rey don Juan.	Don Luis de Velasco.
Don Pedro de Aragón.	Don Diego Sarmiento.
Don Enrique.	Nuestra Señora, *niña*.
Girón.	San Antonio de Padua.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Tiros de Artillería; música de todo género; fiestas de dentro, y saca Silveira *sobre los corredores de arriba, á un lado, una bandera con las armas de Portugal y Castilla.*

Silveira. La hermosa doña Isabel,
Infanta de Portugal,
(que va á dar mano de esposa
al segundo rey don Juan),
nieta del rey don Duarte,
hija de aquel capitán
que con la cruz portuguesa
ganó renombre inmortal,
¡viva siglos infinitos
por gloria de nuestra edad!
(Disparan y tocan chirimías.)
(Dentro.) ¡Vivan don Juan é Isabel
por Castilla y Portugal!
(Al otro lado saca arriba Olivenza *otra bandera con las armas de Portugal y del Imperio.)*

Olivenz. La Infanta doña Leonor
que gloria á estos reinos da
y á Federico tercero.
(que del Imperio alemán
es monarca) llama esposo.
¡Viva!
(Dentro.) ¡Viva!

Olivenz. Desde el mar
toquen festivos clarines,
que á ellos responderá,
(con marciales intrumentos)
Lisboa.
(Entranse los de arriba.)

Silveira. Haced disparar
las piezas de este castillo.
(Música y tiros.)
(Dentro.) ¡Alemania!

Otros. ¡Portugal!

ESCENA II

Salen don Juan *y* don Fernando.

Juan. Dejad las festivas voces
crueles, que atormentáis
un alma, entre amor y celos,

---

[1] En la comedia figuran D. Alvaro de Estúñiga y D. Alvaro de Luna.

hecha esfera de un volcán.
No disparéis culebrinas,
ó con ellas me apuntad
al corazón, que hecho piezas
suspira por su mitad.
Vuestras galas son mi luto,
vuestras fiestas mi pesar,
vuestras bodas mis obsequias;
sin Leonor no vivo ya.

Fernan. Mirad don Juan de Meneses,
que dáis nota en la ciudad
con esos locos extremos,
y que en vos parecen mal.
Atentos en vos reparan
cuantos castellanos hay
en Lisboa, á quien envía
por su esposa, el rey don Juan.
Encubrid vuestras pasiones,
ó (si amigo me llamáis),
decidme la causa de ellas,
que ofendéis nuestra amistad.

Juan. Conde ilustre de Arroyolos,
¿para qué me preguntáis
lo que á voces manifiestan
mis desdichas?

Fernan. Un año ha
que de estos reinos, y vos
ausente, troqué la paz
en Africa, por la guerra
que eterniza á Portugal.
Libre entonces os dejé,
sin que arpones del rapaz
pudiesen en vuestro pecho
sus ciegas llamas lograr.
Si agora, pues que he venido,
olas al mar aumentáis,
quejas de viento á los vientos,
sin que os merezca sacar
la causa, ignorarla es fuerza.

Juan. ¡Ay, don Fernando!

Fernan. ¿Qué hay?

Juan. El médico por el pulso
conoce la enfermedad;
todo es pulsos un celoso
que son fuego de alquitrán
los celos, y humo de amor
de sus incendios señal.
Mas, pues, no sabéis la causa
de mis ansias, escuchad;
que mi pena, hasta aquí muda,
ya revienta por hablar.
Después que al rey don Duarte,
(que de Dios gozando está
para luto de estos reinos),
llevó la muerte voraz,
entre los pequeños hijos,
ramo de su tronco real,
que nos dejó para alivio
de su triste soledad,
fueron: el rey don Alonso
el quinto, en tan tierna edad
que aún cinco años no tenía,
dejándonosle en agraz,
y doña Leonor, su hermana,
que, de cuatro años no más,
como el sol, nos amanece
sobre su cuna oriental.
Quedaron los dos á cargo
del duque de Guimarán
y [de] Coimbra, tío suyo,
espejo de la lealtad.
Púsoles casa, y á mí
casi en los años su igual,
me introdujo su menino;
yo muchacho, amor rapaz;
criéme, con la licencia
que suelen los años dar,
con el Rey y con la Infanta,
privando entre los demás;
tanto, que sin mí los dos
no acertaban á jugar,
ni les supo cosa bien,
ni [1] en mi ausencia hubo solaz.
Pero, quien se aventajaba
en mostrarse liberal
dándome favores tiernos,
que en desdichas vuelto se han,
fué la Infanta, mi señora,
comenzando amor rapaz
entre niños, á ser niño;
fué creciendo, viejo es ya.
Mil veces por el jardín,
entre calles de arrayán
y murtas, cogiendo flores
se vinieron á encontrar
las manos, al elegir
ya el clavel, ya el azahar,
abrasando á fuego lento
su nieve mi voluntad.
Y si entonces daban glorias
estos encuentros ¿qué harán
cuando saliendo del nido
sepa el ciego dios volar?
Mil veces (que á los colores
jugamos) sentí enlazar
entre favores de cintas
mi crédula libertad
que sin saber los peligros
(como el pájaro que va
al reclamo que le burla)
quise bien, salióme mal.
Crecimos y creció el fuego,
volviéndose en natural
la costumbre poderosa;
y cuando á filosofar
comenzaban mis discursos
en alegre facultad
de amor, todo sutilezas,
que inventa la ociosidad.
Con los años en la Infanta
creciendo el respeto real,
crecieron los imposibles,
avaros en ver y hablar.
Desde entonces comencé,
Fernando, á experimentar
los efectos de mi fuego,
leve hasta allí, ya alquitrán.
Tuve celos, desveléme,
versos hice, dí en rondar,
saqué galas, lucí motes,
frecuenté la soledad,

1 El *ni* no está en el original ni en la reimpresión.

y otros varios ejercicios
de esta profesión; juzgad
con tales huéspedes, Conde,
qué tal mi alma estará.
Las veces que, desde entonces,
permitió la autoridad
de la Infanta y sus retiros,
para asistirla lugar,
con equívocos favores,
con afable gravedad,
tuvo en pie mis pensamientos
y mi amor entre el compás
de esperanzas y recelos
non plus ultra de este mar,
puesto que juzgaréis loco
un amor tan desigual;
pero, no tanto, que dado
que es rama de un tronco real
y de Duarte heredera,
dió á mi sangre calidad
el Conde de Portalegre,
primero, (heroico Aníbal
en las guerras) y del rey
Don Pedro hijo natural.
Abuelo materno mío
fué el marqués de Villareal,
descendiente de Diademas
Augustas, cuya igualdad
y la de mi amor perdido
pueden, Conde, disculpar
altiveces de mi empleo,
si amor es temeridad.
En efecto, llegó el fin
de mi vida, ya se va
la infanta doña Leonor
á Alemania, á coronar
por Fénix de Federico,
y por sol que osen mirar
las dos cabezas de un cuerpo
blasón del Ave Imperial.
Ya se parte de Lisboa,
ya, Conde, se va embarcar
sobre los hombros del Tajo
que, de perlas y coral
guarneciendo su cabeza,
celos tiene, porque el mar
en sus brazos la reciba
y su azul hurtando está,
como yo, que, imagen suya,
de los muros de San Gian,
arrojándome á sus olas,
mi fuego he de sepultar;
pues en mortajas turquíes
bien los celos morirán
que me abrasan, si para ellos
no es poca su inmensidad.
¡Hoy muero, hoy fenezco, Conde!

FERNAN. Los imposibles, don Juan,
cuando es discreto el amante,
redimen la libertad;
no lo ha sido vuestro amor,
su bien pudo recelar
tan remontados empleos;
más serálo desde hoy más,
que es la Infanta Emperatriz
sol que nació en Portugal
y va á derretir la nieve
del venturoso alemán,
de quien antípoda sois;
y, pues á obscuras quedáis,
á otra luz, no tan difícil,
si sois cuerdo, os alumbrad,
y Leonor goce mil años
el tálamo conyugal
del tercero Federico
que la aguarda en Aquisgrán.

JUAN. Ya van saliendo las damas.

(*Música y tiros.*)

FERNAN. ¡Brava salva!

JUAN. Imitarán
á mis suspiros, que encienden
celos, Conde, de alquitrán.

ESCENA III

Salen DON PEDRO PEREIRA *y* DON PEDRO GIRÓN *y en medio* DOÑA BEATRIZ DE SILVA, *de camino, todos muy bizarros.*—DICHOS.

PEREIRA.

Cuando en público acá la Infanta sale,
un caballero solo ocupa el lado
de la dama á quien sirve, porque iguale
el premio de su dicha á su cuidado;
mi amor quiere que en ello me señale,
y la presente suerte me ha costado
un año de servicios y desvelos
que aumentan ya esperanzas y ya celos.
Si allá en Castilla (noble caballero)
no se practica este uso cortesano,
ya que os aviso, aconsejaros quiero,
dejéis el puesto que ocupáis en vano.

PEDRO GIRÓN.

Nunca es blasón el término grosero,
que acostumbra el que es noble castellano,
que la corte del Rey don Juan segundo
puede enseñar mesura á todo el mundo.
Esa ley (que contáis por maravilla)
es muy antigua allá y hala heredado
Portugal, de la Corte de Castilla,
como el reino también, antes Condado.
Obligación os corre de cumplilla;
pues siendo negligente enamorado
ni el uso que alegáis es de provecho,
ni á este lugar, por hoy, tenéis derecho.
Yo le ocupé primero y daré nota
de para poco, si por vos le dejo.

PEREIRA.

¿Sabéis quién soy?

PEDRO GIRÓN.

Nunca eso me alborota:
seréis de sangre y de valor espejo.

PEREIRA.

Soy nieto del que os dió en Aljubarrota
(mozo en el brío si en los años viejo)
noticia de la sangre de Pereira.

PEDRO GIRÓN.

La hazaña saldrá aquí de la Forneira
que hacéis de blasonar esa victoria,
propio del pobre (cuya corta hacienda

no se le cae jamás de memoria,
y más cuando se cifra en una prenda);
hidalgo parecéis de ejecutoria
que no hay corrillo, calle, plaza ó tienda,
donde venga ó no venga, (dando enfado)
no salga el pergamino iluminado.
Castilla tantas veces ha vencido
á Portugal (desde su Rey primero)
que la memoria de ellas ha perdido,
aunque no vuestra sangre, nuestro acero.
Pero, por qué del caso hemos salido,
si vos hidalgo sois, yo caballero;
si vos Pereira, yo Girón, que enseña
los tres, blasón antiguo del de Ureña.
Si vos acción tenéis á la ventura
que se me sigue de este hermoso lado,
yo le adquirí primero, y no es cordura
el ser tras negligente, mal criado.
(A ella.) Pero por no ofender vuestra hermosura
(hermoso sol de quien será traslado
el del cielo) decid pues se os concede
quién gustáis que se vaya y quién se quede.

PEREIRA.

A no haber señalado juez tan presto
yo, castellano, á hablar os enseñara,
menos despreciador y más modesto,
y del lado ó la vida os despejara;
mas, pues en tales manos habéis puesto
la justicia y acción que alego clara,
de ella y de vos, señora mía, espero
el mal despacho de este caballero.

BEATRIZ.

Fidalgos, siempre fué consejo sano
no juzgar entre amigos, quien no intenta
perder el uno, y más en día que gano
tanta honra y con los dos voy tan contenta.
A don Pedro Girón (por castellano
á cuyo reino voy) me corre cuenta
como á huésped servirle y serle afable,
(si la ley del hospicio es inviolable).
A don Pedro Pereira también debo,
por deudo, conterráneo y pretendiente,
toda correspondencia y no me atrevo
pagar su honesto amor ingratamente;
dos Pedros á mi lado, ilustres, llevo,
cada uno galán, noble, valiente,
sin saber (cuando tanto entre ellos medro)
distinguir lo que va de Pedro á Pedro.
Y así, porque ninguno quejas tenga,
ni yo pierda la dicha de tal lado,
dispénsase esta ley. Cada uno venga
en el puesto que halló desocupado.

PEREIRA.

Con vuestro gusto es bien que me convenga,
pues estoy en el sitio mejorado,
que si el derecho es, (con tal cosecha)
tendré en serviros buena manderecha.

PEDRO GIRÓN.

Yo, que al izquierdo voy, no creo que pierdo
la acción de venturoso (pues me cabe)
el corazón, que yendo al lado izquierdo
podré experimentar tierno y suave.

PEREIRA.

Más noble es el derecho.

PEDRO GIRÓN.

Si sois cuerdo
ved que del corazón gozo la llave.

PEREIRA.

Sabréosla yo quitar.

BEATRIZ.

Hidalgos, paso,
que me descuartizáis á cada paso.

JUAN.

¡Oh hermosa hermana! En fin Castilla puede
privándonos de vos dejarnos solos.

FERNANDO.

En noche triste nuestro reino quede,
pues se le ausentan juntos tres Apolos.

BEATRIZ.

Ese título solo se concede
á las Infantas (Conde de Arroyolos)
que en mí no caben excelencias tantas.

FERNANDO.

Reina en belleza sois, si ellas infantas.

BEATRIZ.

Señor don Juan ¿con tal melancolía?
¿Tan llano traje, cuando el mundo os loa
por Adonis en gala y bizarría
y es ramillete del placer Lisboa?
¿En tanto gozo, en tan festivo día,
que no hay en tierra coche, en mar canoa,
que desde el tope hasta el humilde lastre,
telas no arroje, púrpuras no arrastre?
¿Vos sin una señal, sin una pluma
con que escribáis en el papel del viento
de esta jornada la felice suma,
asunto ilustre á tanto pensamiento?

JUAN.

Borde, doña Beatriz, cándida espuma
el turquesado y húmedo elemento,
y brille al sol su inquieta superficie,
porque del mar celosa llore Clicie.
Retrate á Abril y Mayo el cortesano,
y en varios campos recamados pinte,
siendo abeja oficiosa, que el verano
flores de seda coge, que hizo el tinte;
y mientras, envidioso el tiempo cano,
perfiles de oro en años no despinte,
ni los países de la edad destemple
(pues es la juventud pintura al temple).
Quien gustos logra y al pesar no ha visto
dé galas al amor, plumas al viento,
que, si con ellas veis que me enemisto,
siento esta ausencia y visto como siento.

BEATRIZ.

En fin ¿no hacéis jornada?

JUAN.

Aquí resisto
ímpetus de un ligero pensamiento
que me quiere llevar sobre sus alas,
y á pesar del pesar envidia galas.

BEATRIZ.

Yo á Alemania creí que ennobleciera
vuestra gentil presencia y nobles años,
y que la Emperatriz os persuadiera
á su asistencia.

JUAN.

Todos son engaños;
más vale, hermana, que entre ausencias muera,
que no entre irremediables desengaños.

(Disparan.)

FERNANDO.

Hermosa confusión.

PEDRO GIRÓN.

Célebres fiestas;
la Emperatriz y Reina son aquestas.

ESCENA IV

Salen DOÑA LEONOR *y* DOÑA ISABEL *muy bizarras, de camino,* SILVEIRA, OLIVENZA *y otros.*—DICHOS.

LEONOR. En fin, Portugal, que os dejo;
que me parto, Lisboa, en fin.
OLIVENZ. Llorando y riyendo el Tejo,
de escamas de oro un delfín
rompe en el cristal su espejo,
creyendo que ha de llevar
á Vuestra Alteza á embarcar;
llore nuestro Tejo y ría,
pues pierde y goza en un día
el sol que le usurpa el mar.
ISABEL. ¿Desde aquí hasta Aldea Gallega
hay tres leguas de agua solas?
P. GIRÓN. Tajo á Vuestra Alteza ruega
que pise plata en sus olas
y la lengua humilde llega
conque lisonjero lame
la arena para que os llame
y á que la piséis os lleve.
ISABEL. Quién á dejarle se atreve
bien es que otro mar derrame.
P. GIRÓN. Antes de veros partir
de aquí aumenta su placer,
y vos le podéis seguir,
si en Cuenca le veis nacer
ya que aquí le veis morir;
que estimará en mucho el Tejo
que, mirándoos en su espejo,
le gocéis, dándole nombre,
niño en Cuenca, en Toledo hombre
y en nuestra Lisboa viejo.
OLIVENZ. *(A doña Leonor.)* Hora es ya que Vues-
[tra Alteza
se embarque, porque el mar, rico
en poseer tal belleza,
aseguró á Federico
tranquilidad y llaneza.
SILVEIRA. *(A D.ª Isabel.)* Ya es hora de que piséis
un barco sobre que honréis
(desde la quilla á la gavia)
de Tiro, esquilmos y Arabia.
PEREIRA. *(A D.ª Leonor.)* Gran señora no lloréis.
LEONOR. Lisboa es merecedora
de esta amorosa señal;
pues no la ama quien no llora,
ni tiene ciudad igual
el orbe en cuanto el sol dora.

(Sale el Conde de Portalegre.*)*

CONDE. Denos los pies Vuestra Alteza.
LEONOR. Don Diego de Silva, alegre
vuestra vista, mi tristeza,
pues Conde de Portalegre
os llama vuestra nobleza.
CONDE. Yendoos vos, señora mía,
no me pidáis alegría.
LEONOR. Doña Beatriz, vuestra hermana,
no quiere ser alemana
ni admite mi compañía.
BEATRIZ. La reina, nuestra señora
doña Isabel, cuya hechura
soy, me honra consigo.
LEONOR. Adora
Portugal, vuestra hermosura;
sin vos esta corte llora
y yo (que quiero seguilla
en esto) ya que á la silla
del Imperio voy, gustara
de que Alemania os gozara
que está envidiando á Castilla:
mas pues no gustáis, á Dios.
BEATRIZ. Federico, gran señora,
al mundo deje de vos
sucesión, que cuanto dora
el sol, rija por los dos.
ISABEL. En fin, Conde, ¿acá os quedáis?
CONDE. Alfonso, el rey, mi señor,
me lo manda.
ISABEL. ¿Y vos gustáis?
CONDE. Pero al de Campomayor,
mi hermano, por mí lleváis;
y de su prudencia fío,
pues en mi nombre le envío,
que hará como portugués.
ISABEL. Don Alfonso Vélez es
buen lleno de tal vacío.
LEONOR. Pues, don Juan ¿vos solamente
ni me habláis, ni os despedís?
JUAN. No es la lengua suficiente
á explicar, cuando os partís,
lo mucho que el alma siente;
y pues viéndoos mudo quedo,
y todo lo que decir puedo
y Vuestra Alteza advertir,
juzgue que llego á decir
cuando aun lo posible excedo.
Mudo el pesar me consuma
con que triste os reverencio
mas vos me entendéis, que, en suma,
á veces habla el silencio.
más que la lengua y la pluma.
LEONOR. Ni os despidáis, ni deis nombre
de ausente, ni así os asombre
la navegación que sigo;
porque quiero que conmigo
vengáis, por mi gentil hombre.
Juntos nos hemos criado;
lo que la niñez imprime
nunca el tiempo lo ha borrado;
ella da causa á que estime
la fe que me habéis mostrado.
En mi nave os embarcad.

JUAN. Ponga Vuestra Majestad
esos pies en estos labios,
pisará en ellos agravios
de una necia liviandad
que estuvo desconfiada
de tal merced y favor,
y ya vive restaurada.

LEONOR. Don Juan, simpre os tuve amor;
servidme en esta jornada.

ISABEL. Vuestra Majestad me dé
licencia y brazos.

LEONOR. Mejor
pena y lágrimas daré
en empeños del amor
que, desde niña, cobré
á Vuestra Majestad.

ISABEL. Diga
el sentimiento que obliga
en mis ojos á llorar,
gran señora, mi pesar.

LEONOR. ¡Ay prima, ay reina, ay amiga!
Vuestra Majestad se queda
en España, (que reporta
su pena y lágrimas veda)
pues ¿con jornada tan corta
qué mal hay que durar pueda?
Mas yo (que desde el Oriente
de nuestra patria excelente,
por tanto piélago paso
hasta el alemán ocaso)
lloraré más justamente.

ISABEL. Presto se consolarán
con un monarca del mundo
llantos que penas nos dan.

LEONOR. Del rey don Juan el segundo
gocéis un tercer don Juan,
señora, que os dé á los dos
un nuevo orbe.

ISABEL. Y nos deis vos
un sol en la imperial silla.

LEONOR. ¡Adiós reina de Castilla!

ISABEL. Augusta alemana ¡adiós!

(Por diferentes puertas se entran las dos y todos los demás con mucha música y tiros, y quédase don Juan.)

ESCENA V

DON JUAN.

Muy enhorabuena vayas,
bello Fénix portugués,
esfera y patria de amor.
Mayo augusto, real vergel;
vayas muy enhorabuena
premiadora de mi fe,
alivio de mis congojas,
cifra de todo mi bien,
Leonor, honor de este siglo.
Celoso desesperé,
cuando, piadosa, cortaste
á mi garganta el cordel;
por tu gentil hombre gustas
que vaya contigo, iré
Leonor, por tu hombre gentil,
pues como tal he de hacer
altares en que idolatre
en ti mi amor, siempre fiel,
sin que se atreva mi vida
á otra imagen, á otra ley.

ESCENA VI

Sale MELGAR.—DICHO.

MELGAR. Par Dios, señora Lisboa,
que desde este día no de
un zeoti de Portugal
por toda vuesa merced.
Sin Leonor se queda á oscuras,
desierta sin Isabel,
en el limbo sin Beatriz
y viuda sin todas tres.

JUAN. ¿Qué es esto Melgar?

MELGAR. Desdichas.

JUAN. ¿Desdichas? ¿Cómo ó de qué?

MELGAR. Bueno es el qué que preguntas.
¿Qué fidalgo, hombre de bien
ó de mal, hay en Lisboa;
qué sucesor de Moisén;
qué mercader á caballo
ó qué caballero á pie
que sus lacayos no vista,
pues desde el pícaro al Rey
con galas hacen la corte
un tablero de ajedrez?
¿Es hoy día de bayeta?
Cuantos muchachos me ven
me tiran de pepinazos,
llamándome (y hacen bien)
paje ó lacayo de *requiem*.

JUAN. Desesperarme pensé;
corté luto á mi esperanza,
marchitábala un desdén,
mas ya salió de peligro,
dame galas, mudaré
el traje con los pesares;
plumas vengan, porque den
alas á mis pensamientos.

MELGAR. ¿Burlámonos?

JUAN. Anda, ve.

MELGAR. ¿Qué color?

JUAN. Azul y plata.

MELGAR. ¿Celos castos? ¡Oh, qué bien!
¿Qué plumas?

JUAN. Del color propio.

MELGAR. Y yo ¿qué me vestiré?

JUAN. El que llevé de camino,
cuando partí á Santarén.

MELGAR. Ya se me folija el alma:
y luego, ¿qué hemos de hacer?

JUAN. Embarcarnos con la Augusta.

MELGAR. ¿Cuándo?

JUAN. Al punto.

MELGAR. ¿Luego?

JUAN. Pues.

MELGAR. ¿Qué correncia te da prisa?

JUAN. Esto manda una mujer.
¿Mujer dije? Un cielo, un ángel.

MELGAR. Patudo, sí tiene pies.

JUAN. La Emperatriz me ha ordenado
que fin á mis penas dé,
y por gentil hombre suyo
vaya á Alemania.

MELGAR. Hace bien;
pero, quítale el gentil
y por hombre suyo ve.
JUAN. ¡Ay, cielos!
MELGAR. Diablos son bolos,
virla y prueba; pero, ven,
si es que habemos de vestirnos.
JUAN. Amor, como alas me des,
Ícaro, me atrevo al sol;
¡ojalá me abrase en él! *(Vanse.)*

ESCENA VII

Salen DON PEDRO PEREIRA *y* DON FERNANDO.

PEREIRA. Aguas del Tejo doradas,
que con las del mar tejéis
listones de azul y plata,
parad el curso, tened.
La hermosura se nos huye,
la discreción, el placer,
con doña Beatriz de Silva
si su asistencia perdéis.
No crezcáis con la marea;
vuestro cristal en sus pies
sirva de grillos piadosos:
¡corréos aguas de correr
á desterrar vuestra dicha!
que para tanto interés
honra es el volver atrás
si acá con ella volvéis.
FERNAN. ¿Por qué, pródiga Lisboa;
ínclita ciudad, por qué
pobre atreves á quedarte
y á otros vas á enriquecer?
Si á Leonor das á Alemania,
como á Castilla á Isabel,
dejárasnos á Beatriz
que cifra de todos es.
PEREIRA. Ya, amor, (pues ella se ausenta)
no os llaméis más portugués;
pasad gustos á Castilla
que aquí no los puede haber.
Galas, convertíos en lutos;
saraos, desde hoy no tendréis
el aplauso que hasta agora
veíais, pues Beatriz no os ve.
Cerrad puertas y ventanas;
cortesanos, no hab téis
corte que queda tan corta,
ausente amor, que es su Rey.

ESCENA VIII

Sale DON JUAN *muy bizarro, y* MELGAR *bien vestido.* DICHOS.

JUAN. ¡Oh, Conde amigo! ¡oh, don Pedro!
A que los brazos me deis
os traen los cielos: adiós.
FERNAN. Don Juan de Meneses ¿pues,
qué mudanza repentina
tan presto os pudo volver
de triste alegre y gozoso?
JUAN. Efectos del bien querer.
FERNAN. ¿A dónde vais?
JUAN. A Alemania.
FERNAN. ¿Y tan gustoso?
JUAN. Hay por qué.
FERNAN. ¿Quién lo manda?
JUAN. Quien me hechiza.
FERNAN. Será la Emperatriz.
JUAN. Es.
FERNAN. ¿Lleváis esperanzas?
JUAN. Muchas.
FERNAN. ¿En qué las fundáis?
JUAN. No sé.
FERNAN. ¿Contra un Águila Imperial
voláis? No la alcanzaréis.
JUAN. Es amor sacre sublime;
empresa de su fuego es,
Conde, ó vencer ó morir
venceréla ó moriré.
(Tocan y disparan.)
MELGAR. A leva tocan ¿qué esperas?
Sube, que allí está el batel
y ha de ir á la capitana.
FERNAN. Ventura la suerte os dé.
JUAN. ¡Adiós, fundación de Ulises!
MELGAR. Adiós, seboso Babel,
Castillo, Plaza, Rua Nova,
Palacio, San Gian, Belén,
Cruz de Cataquifaras;
á Dios, Chafarí do Rei,
bayeta, boas botas, luas,
blancos y negros también;
que voy á beber cerveza
por no olvidar el beber.
(Tocan y disparan.)
JUAN. Arraez la plancha, que tocan
á leva segunda vez. *(Vanse los dós.)*

ESCENA IX

DON FERNANDO *y* PEREIRA. *Voces dentro.*

FERNAN. Alegre estruendo.
PEREIRA. Decid
triste y así acertaréis;
pues se despuebla la corte.
FERNAN. Ya empiezan á descojer
linos que el viento se vista.
Si las naves queréis ver
(que ya de la barra salen)
y el barco donde Isabel
y Beatriz dan luz al Tajo,
aquí, don Pedro, os poned.
(Dentro con música, tiros y grita.
UNOS. ¡Leva, leva!
OTROS. ¡Buen viaje!
PEREIRA. ¿Que esto nuestros ojos ven?
UNOS. ¡Alemania!
OTROS. ¡Portugal!
UNOS. ¡Viva el César!
OTROS. ¡Viva el Rey!
TODOS. ¡Castilla y Portugal, vivan!
OTROS. ¡Vivan Leonor é Isabel!
PEREIRA. ¡Viva Beatriz! y yo muera
pero sin verla; sí haré. *(Vanse.)*

ESCENA X

Salen el REY DON JUAN DE CASTILLA, DON ALVARO DE ESTÚÑIGA *y los* INFANTES DE ARAGÓN, DON ENRIQUE *y* DON PEDRO, *de camino todos.*

REY. Bien habemos caminado.
ENRIQUE. De Valladolid á aquí
no has descansado.
REY. Seguí
los afectos de un cuidado.
PEDRO. Ya estamos en Badajoz.
REY. Presto, primos, veré en él
si es tan hermosa Isabel
como publica la voz
que enamora á todo el mundo.
ENRIQUE. Cuando sea tan hermosa
merecerá ser esposa
del Rey don Juan el segundo.
Mas mucho me maravilla
que llegue á ser la fortuna
de don Alvaro de Luna
tan poderoso en Castilla,
que él solo baste á casar
á Vuestra Alteza con quien
no es hija de Rey, ni es bien
(pues me llego á declarar)
que, cuando lo contradice
la castellana nobleza
solo por él, Vuestra Alteza,
estas bodas solemnice.
REY. La infanta doña Isabel
es (pues en eso advertís)
nieta ilustre del de Avis
rey de Portugal, de aquel
que en Aljubarrota un día
á Castilla destrozó,
y con su esfuerzo borró
manchas de su bastardía.
Mas, si va á decir verdad,
y veis que por todo paso,
por don Alvaro me caso
mas que por mi voluntad;
quiérole bien y no sé
decirle á cosa de no.
ENRIQUE. Ninguno á su Rey casó,
guardando lealtad y fe,
por su elección solamente.
PEDRO. Ni se elige la mujer
por ajeno parecer.
REY. Cuerdo es Alvaro, y prudente;
no hará cosa que me esté,
primos, mal el Condestable;
pero rigor es, notable,
que antes que cuenta me dé
de estas bodas, las concierte
con el rey de Portugal.
PEDRO. ¿Y no le estará eso mal
á Vuestra Alteza, si advierte,
lo que don Alvaro habrá
de esos conciertos sacado?
ENRIQUE. Yo sé que no lo ha tratado
en valde.
REY. Ello es hecho ya.
ENRIQUE. Bien se puede deshacer.
REY. Sí que don Alvaro dió,
por mí, no puede ser, no;
quien mi amigo intente ser
de don Alvaro lo sea.
Cuando Isabel no sea tal
como afirma Portugal,
si me pareciere fea,
primero que llegue á vella,
á don Alvaro veré
que, como él contento esté
luego la tendré por bella.
ESTÚÑ. Solo falta que le den
la silla y corona real.
REY. Nada me parece mal
como á él le parezca bien.

ESCENA XI

Sale DON ALVARO DE LUNA.—DICHOS.

ALVARO. Vuestra Alteza, gran señor,
con sus grandes se aconseje,
y este casamiento deje,
que es lo que le está mejor.
A don Alvaro, dé oídos,
de Estúñiga, que es Justicia
mayor, y tiene noticia
de los tratos conocidos
que tengo con Portugal,
y lo que en casarle medro;
á don Enrique y D. Pedro
(que me llaman desleal)
como á Infantes de Aragón,
oiga también, y no pase
por conciertos, ni se case
en virtud de mi elección;
que cuando sin hijos quede
(por no casarse) aquí está
don Enrique, en quien tendrá
prenda que á Castilla herede.
Donde asiste su persona
no hace falta mi presencia;
deme su mano y licencia,
retiraréme á Escalona.
REY. En vos se ha comprometido
mi voluntad, Condestable;
murmure Castilla y hable,
que si por vos he venido
á Badajoz á casarme,
y porque agradaros trato
sin haber visto retrato
de la Infanta, ni informarme
de su hermosura, ó su edad,
no más de por daros gusto,
firme está mi voluntad.
Por vida de vuestro Rey
que os desenojéis.
ALVARO. Señor,
el ausentarme es mejor,
que no os guardo amor ni ley,
pues contra mí os aconsejan
los tres que me han calumniado,
no he de andar á vuestro lado
mientras ellos no le dejan.
ESTÚÑ. A no estar el Rey delante
y respetar este puesto...
REY. Justicia mayor ¿qué es esto?
ENRIQUE. Yo os buscaré.
REY. Paso, Infante,
salid los tres de mi corte.

ENRIQUE. A salir de la lealtad
con que Vuestra Majestad
obliga á que me reporte,
yo mis agravios vengara;
pero, ocasión habrá alguna
en que quite de esa Luna
Vuestra Majestad la cara,
y la ponga en la razón.
ESTÚÑ. Luna en breve menguaréis;
que puesto que llena os veis,
estáis en oposición. *(Vanse los tres.)*

ESCENA XII

Sale DON PEDRO GIRÓN.—DICHOS.

P. GIRÓN. Mande, señor, Vuestra Alteza
todos los grandes salir
si tienen de recibir
la Reina, que á entrar empieza
en Castilla, y ya estará
en el río que divide
los reinos.
REY. Si es bien se olvide
este sentimiento ya,
id, Alvaro, á recibilla;
no riñamos más los dos;
andad y llevad con vos
los títulos de Castilla,
que porque estemos en paz
y vos partáis como es justo,
que os llame su Conde, gusto,
Santisteban de Gormáz.
ALVARO. Besaré estos pies.
REY. *(Tiénele.)* No es bien,
cuando los brazos os doy,
que mis pies, aunque Rey soy,
encima la Luna estén.
(Vase D. Alvaro.)

ESCENA XIII

DICHOS, *menos* DON ALVARO.

P. GIRÓN. Favor y dicha notable.
REY. Contra las leyes de amar,
don Pedro, me he de casar,
á elección del Condestable;
y aunque el suyo es tan conforme
y tan ajustado al mío,
que de él estas cosas fío,
manda el alma que me informe
de quien su dueño ha de ser.
Don Pedro, ¿es Isabel bella?
¿Es discreta? ¿Podré en ella
mi sosiego entretener?
P. GIRÓN. Dos retratos traigo aquí,
que ha podido, gran señor,
el uno pintar amor,
y la lealtad que hay en mí,
el otro: éste es de la Infanta;
(Dale uno de los dos retratos.)
Vuestra Majestad le vea
y la valentía crea
que se atrevió á copia tanta.
REY. Si iguala al original
ésta, que al sol mismo agravia,
ya el Fénix faltó de Arabia
ya enriquece á Portugal:
bella mujer.
P. GIRÓN. ¡Ay de mí! *(Aparte.)*
Los retratos he trocado;
el que es hermoso traslado
de doña Beatriz, le dí.
¿Qué haré? *(A él.)* Advierte, gran se-
[ñor
REY. Don Pedro Girón ya advierto,
que si me ha vencido muerto
tema vivo al vencedor.
No sale en su hermosa cuna
más bello el cuarto planeta;
elección, al fin, discreta
de don Alvaro de Luna.
Tan perdido estoy por él,
que si original no hubiera
ó en nada se pareciera
á esta imagen mi Isabel,
aunque su amor perdonara,
á pesar de su hermosura,
adorando esta pintura
con el naipe me casara.
P. GIRÓN. ¡Bien mi amor ha satisfecho! *(Aparte).*
¡Bien á la Reina obligado
y con el Rey informado
muy bien su partes he hecho!
Quiérole desengañar
de que es de doña Beatriz,
que amor tierno en la raíz
no es difícil de arrancar. *(Al Rey.)*
Considere Vuestra Alteza
que este retrato...
REY. Ya sé
que me pediréis que os dé
el porte de esta belleza.
Marqués de la Mota os hago.
P. GIRÓN. Advierta que no es razón.
REY. Diréis, don Pedro Girón,
que con escaseza os pago.
Nunca el amor es avaro,
y más cuando es el amor
de un Rey como yo. Señor
sois de Villaescusa de Haro,
y si esto os parece poco,
pedid, que más se os dará.
P. GIRÓN. ¿Qué remedio? El Rey está
por mi portuguesa loco:
pero, advertirle conviene
el engaño en que le he puesto.
Señor, la verdad. *(Suena música.)*
REY. ¿Qué es esto?

ESCENA XIV

DON ALVARO.—DICHOS.

ALVARO. La Reina, gran Señor, viene,
y entra ya por la ciudad;
salgámosla á recibir.
P. GIRÓN. ¡Que no me ha querido oir!
REY. Si iguala á vuestra beldad
bella imagen, vuestro dueño,
conquiste don Juan segundo
(para que os le ofrezca) un mundo
porque mi reino es pequeño.
(Vanse sino es don Pedro Girón.)

ESCENA XV

PEDRO GIRÓN.

¿Tan presto ha enternecido una pintura,
del Rey el corazón, que fué diamante?
¿Libre en un punto, en otro ciego amante?
¿Y yo por descuidado, sin ventura?
Pero amor (cuando llega á coyuntura,
introduce su forma en un instante
y obra la voluntad, si ve delante
el objeto eficaz de una hermosura.
¿Que haya podido hacer tan grave daño
el trueco de un papel pintado? ¡Ah, cielos!
Y que yo en el remedio ignore el modo.
Perderé á mi Beatriz, verá mi engaño
el Rey don Juan; tendrá la Reina celos
y yo, inocente, pagarélo todo.

ESCENA XVI

Salen por una parte la REINA *y* DOÑA BEATRIZ *y acompañamiento, y por la otra el* REY *y los suyos.—* DICHO.

REY. Vuestra Alteza ha enriquecido *(A doña Beatriz.)*
mi Castilla; y pues en ella
reina sol de luz tan bella,
día es ya si noche ha sido.
Lisonjero había creído
que era con vos el pincel,
y haciendo cielo un papel
consolaba vuestra ausencia.
Mas ya sé la diferencia
que hay de Isabel á Isabel.
Bella es Isabel pintada,
pues mi libertad cautiva;
pero con Isabel viva
será sombra inanimada.
Elección bien acertada
de don Alvaro de Luna,
para mi amor oportuna,
y este hemisferio español;
pues fué bien que de tal sol
fuera tercera la luna.

BEATRIZ. Mire, señor, Vuestra Alteza
que no soy la Reina yo,
vuestra esposa.

REY. ¿Cómo no?

P. GIRÓN. Aquí mi peligro empieza.

REY. Don Pedro: ¿de esta belleza
este retrato no fué?

P. GIRÓN. No, señor, que le troqué
cuando turbado os le dí.

REY. Tarde en la cuenta caí; *(Aparte.)*
mal remediarme podré.
Vuestra Alteza me perdone, *(A la Reina.)*
que á tanta luz deslumbrado,
no es mucho me haya engañado
la que delante me pone;
y porque mi yerro abone
baste que en esta ocasión
conjeture mi elección
(aunque avergonzada está)
¿qué tal la Reina será
si tales sus damas son?

ISABEL. No es nuevo adorar, señor,
á Efestión (yendo al lado
de Alejandro) el que ha juzgado
por la presencia el valor;
pues haciendo este favor
á doña Beatriz hermosa,
diré (sin estar celosa)
que Vuestra Alteza acertó;
pues doña Beatriz y yo
somos una misma cosa.

REY. Discreta habéis satisfecho
mi inadvertencia, yo sé
como os desagraviaré.
(A don Pedro aparte.)
¡Ay don Pedro! ¿Qué habéis hecho?
aposentóse en mi pecho
doña Beatriz (que sosiega
de mi amor la llama ciega)
y á Isabel dejo burlada;
que el alma, como es posada,
se dá al primero que llega.
Venga Vuestra Majestad.
¡Ay engañosos despojos *(Aparte.)*
que del modo que los ojos
me lleváis la voluntad!

P. GIRÓN. *(Aparte.)* Celos, desde hoy castigad
mis descuidos con desvelos.

PEREIRA. Si á Beatriz ama el Rey ¡cielos!
¿qué hará quien viene á servilla?

ISABEL. Basta; que he entrado en Castilla
por la puerta de los celos.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Salen DOÑA BEATRIZ *y* DOÑA INÉS, *dama.*

BEATRIZ. Alegre está Tordesillas.

INÉS. Si en estas bodas ha sido,
entre ciudades y villas,
solo el lugar escogido
del Rey ¿qué te maravillas?

BEATRIZ. ¡Bravas fiestas, diestras cañas,
valientes toros!

INÉS. Los hijos,
(Beatriz) de las dos Españas,
aun hasta en los regocijos
se entretienen con hazañas.

BEATRIZ. ¿En fin tenemos torneo
esta noche?

INÉS. Del amor
que te tienen, noble empleo;
pues dando á tantos favor,
tan repartida te veo,
que te juzgo enamorada,
y no sé, en particular
si lo estás.

BEATRIZ. Todo me agrada,
y á todos quiero igualar,
y no me enamora nada.

INÉS. A don Pedro diste un guante.

BEATRIZ. Es Pereira y mi pariente;
portugués en lo constante,

en lo airoso, en lo valiente
y Portugués en lo amante.

INÉS. En Castilla está por tí
bien, por fuerza, has de quererle.

BEATRIZ. Quiérole, Inés, así, así,
lo que basta á entretenerle,
pero no á salir de mí.

INÉS. Si eso es verdad, no has andado
grata á su merecimiento,
pues le has con otro igualado.

BEATRIZ. ¿Cómo?

INÉS. A don Diego Sarmiento
el otro guante le has dado.

BEATRIZ. Pidióle con cortesía;
es ilustre castellano
y cuando calzada vía
la una á la otra mano
envidiosa se corría.

INÉS. El don Diego es por extremo,
y si en tal Sarmiento ves
llamas de amor, ya te temo.

BEATRIZ. A tales llamas, Inés,
caliéntome y no me quemo.

INÉS. Creólo, pues te divierte
don Luis de Velasco.

BEATRIZ. Sabe;
tiene alma, es gallardo, es fuerte;
por lo secreto y lo grave
entre damas tendrá suerte.

INÉS. También mostraste largueza
en favorecerle.

BEATRIZ. Sí,
que es mucha su gentileza;
y como los guantes di,
fuí á pedir á la cabeza
una flor de su tocado.

INÉS. En fin, ¿ha de dar favores
á todo tu amante agrado?

BEATRIZ. Que quieres guantes y flores,
danlos las tiendas y el prado;
no he de ser yo menos que ellos.

INÉS. En no habiendo más que dar,
pediraslo á tus cabellos.

BEATRIZ. No, Inés, que no ha de llevar
mi gusto nadie por ellos.

INÉS. Sé con todos general,
porque ansí, Beatriz, conserves
tu inclinación liberal,
con tal que uno me reserves,
que no me parece mal
y me da con ocasión
celos de ti.

BEATRIZ. No me espanto
¿quién es?

INÉS. Don Pedro Girón.

BEATRIZ. ¿Qué dices?

INÉS. Quiérole tanto,
que le he dado el corazón.

BEATRIZ. Como fuera gavilán
bien le dabas de comer.
Don Pedro es cuerdo y galán,
y yo (solo por saber
que celos pena te dan
aunque le igualé hasta aquí
con los otros) esa pena
he de aumentar.

INÉS. ¿Cómo así?

BEATRIZ. Todo lo que es cosa ajena
engendra apetito en mí.
En viendo en otra una gala,
luego por ella me muero
hasta estar de envidia mala;
al que desdeñaba, quiero
si otra dama le regala.
Mira tú de qué manera
sufrirá mi inclinación
que lo que quieres no quiera.

INÉS. Esa es común condición
y no eres tú la primera;
pues que todas la heredamos.
Mas, las que nobles nacimos,
(cuando amistad profesamos)
con cordura resistimos
lo que necias deseamos.

BEATRIZ. Ahora bien, yo te prometo,
doña Inés, hacerlo así;
y, sólo por tu respeto,
olvidarle desde aquí.

INÉS. ¿No le has de dar, en efecto,
favor para este torneo?

BEATRIZ. Ni para fiesta ninguna.

INÉS. Voyme, pues, que hablar deseo
á don Alvaro de Luna.
A don Pedro venir veo. *(Aparte.)*
Escondida quiero ver
si esta portuguesa sabe
cumplir como prometer.

ESCENA II

Sale D. PEDRO GIRÓN.—DICHOS.

P. GIRÓN. *(A D.ª Beatriz.)* No tiene por cosa grave
el que es rico mantener
su familia con su casa;
mas al que (cuando le importa)
la fortuna le es escasa,
y dándole hacienda corta
le da los gastos sin tasa,
igualarále en rigor
conmigo, á quien hace aposta
hoy el Rey mantenedor,
si para ayuda de costa,
no os merezco algún favor.

BEATRIZ. Corréis vos por otra cuenta;
dama hay en Palacio, rica,
que manteneros intenta
con el favor que publica
y en vuestro nombre alimenta.
Pedidla, don Pedro, vos
para esa empresa favores,
que en la corte de Amor, dios,
nadie sirve á dos señores,
ni tira gajes de dos.

P. GIRÓN. Es muy corto tiempo agora
para poder responderos,
por ser ya del torneo hora;
sólo podré cierta haceros,
que siendo vos mi señora
no se sujeta mi amor
á otro dueño, ni otra ley;
porque es vasallo traidor
quien conoce más que á un rey
y sirve más que á un señor.

Y mi palabra os empeño,
que mi esperanza creciera
si, en fe del amor que enseño,
solamente yo os sirviera,
pues vos sola sois mi dueño.
Mas deseos excusados
dan materia á mi temor;
pues ya advierten mis cuidados
que ha de ser uno el señor,
pero muchos los criados.
En serlo vuestro me empleo;
mas, pues sin favor me voy,
y en vos novedades veo,
fingiré que enfermo estoy
y quedaráse el torneo. *(Quiérese ir.)*

BEATRIZ. No quiera Dios que por mí
pierda el Palacio su fiesta;
volved, no os partáis así,
que si tan caro me cuesta
cumplir lo que prometí,
por mejor tengo agradaros
que triste el Palacio esté.
Don Pedro, ¿qué podré daros?
Buscando estoy y no sé
si he de hallar con que agradaros.
Ahora bien, inconvenientes
contra amor no han de bastar,
de celos impertinentes;
ni sin causa os quiero dar,
don Pedro, este mondadientes, *(Dásele.)*
que es la voluntad notoria
de una dama á quien hacéis
objeto de vuestra gloria,
y os le doy porque saquéis
reliquias de la memoria. *(Vase.)*

ESCENA III

PEDRO GIRON.

¡Oh premio rico, que á perder provoca
el seso del dichoso que te alcanza!
Pues si enloquece una desconfianza,
también el gozo vuelve una alma loca.
Ya la sentencia mi temor revoca,
pues á pesar de celos y mudanza,
Beatriz (por sustentar vos mi esperanza),
os lo habéis hoy quitado de la boca.
Haga flecha de vos el rapaz ciego;
báculo sed, en que mi dicha estribe,
vara en mis celos, id á reducillos.
Leña de amor con que atizáis mi fuego,
puntal de su edificio, que amor vive
(como es rapaz) en casas de palillos. *(Vase.)*

ESCENA IV

Sale DOÑA INÉS

Si en palabras portuguesas
no hay más que esto que fiar,
bien segura puedo estar
de amistades y promesas.
Arrogante es la hermosura;
de ella Séneca decía
que es parte de idolatría,
pues que la adoren procura
el cayado y la corona.
Como es doña Beatriz bella,
porque idolatren en ella
ninguna ocasión perdona;
á todo hombre de importancia
admite y hace favor;
no se llamará éste amor,
mas llamaráse arrogancia.
Desde el punto que entró aquí
(ya sea por cosa nueva,
ya por hermosa) se lleva
las voluntades tras sí.
Y en fe de esto, ni nos precia
ni de palabras que da
hace cuenta: ¡bien está!
Toda confianza es necia
Yo vengaré los desvelos
con que burla mi esperanza;
que en la mujer no hay venganza
como la que dan los celos.

ESCENA V

Sale el REY DON JUAN.—DICHA.

REY. Yo os adoro Silva bella;
fácil en el alma entrastes;
tras vos la puerta cerrastes;
mal os echará por ella
de la Reina la hermosura,
que aunque abrir ha procurado,
no puede, que habéis dejado
la llave en la cerradura.

INÉS. Señor ¿qué endechas son esas?

REY. Tan crueles como vanas;
esperanzas castellanas
secan penas portuguesas.

INÉS. La Reina, nuestra señora,
la portuguesa será
que os suspende, claro está,
que aunque á vuestra alteza adora;
por más que llegue á gozar
cuando su amor le conceda,
en lo amado siempre queda
mucho más que desear.

REY. No, doña Inés, que aunque Reina
en el alma (que adoralla
jura) puede ser vasalla
de quien me abrasa la Reina.
Imposibles de palacio
y sospechas de Isabel
hacen mi amor más cruel,
dándome muerte despacio.
Yo quiero bien á una dama
con quien hablar puedo mal;
milagro de Portugal,
más hermosa que su fama;
y vos, doña Inés, podéis
hacerme á mí harto favor.

INÉS. ¿Es doña Beatriz, señor?

REY. No es mucho que lo acertéis;
que con eso me advertís
que en la corte no hay belleza
digna de la real grandeza,
fuera de la que decís;
y pues entendida y fiel

vuestra discreción me obliga
á que mis penas os diga,
dadla, Inés, este papel. *(Dásele.)*
Decid que la amo infinito,
y que si muerte me ha dado
en solo un papel pintado,
me dé vida en otro escrito. *(Vase.)*

ESCENA VI

DOÑA INÉS.

Todo oficio es principal
en Palacio, medrar puedo;
pues por mano del Rey, quedo
desde hoy por tercera real.
A saber doña Beatriz
guardar palabras que dió
y no estar celosa yo,
suerte lograra feliz.
Pero la envidia cruel
en vengarse se resuelve,
y mis agravios envuelve
en este amante papel.
Pues no es bien, cuando hace alarde
del enojo que en mí labra,
que quien no guarda palabra
quiera que yo amistad guarde. *(Vase.)*

ESCENA VII

Salen DON PEDRO PEREIRA *y* DON DIEGO SARMIENTO.

PEREIRA. Habéisme de hacer merced,
señor don Diego Sarmiento,
de mudar divertimiento.
DIEGO. ¿Y el por qué?
PEREIRA. ¿El por qué? Sabed
que ha un año y más que se humilla
á amor mi altiva cervíz,
y que por doña Beatriz
de Silva, asisto en Castilla.
Que se funda mi afición
sobre antiguo parentesco,
y que si su amor merezco,
con una dispensación
daré al conyugal decoro
perfección más excelente,
que el amor (cuando es pariente)
dicen que es azul sobre oro.
Paga mi lealtad mi prima,
vístome de sus colores,
háceme honestos favores,
versos que la escribo estima;
y aunque, libre de desvelos,
con esto pudiera estar,
como en materia de amar
son portugueses los celos,
el sol me los dá, por Dios,
no es bien que los aumentéis,
si á caso no pretendéis
que nos matemos los dos.
DIEGO. No poco siento el pesar
que os doy, que sois cortesano;
pero no está ya en mi mano
amar, ó dejar de amar.
Pretendiente más moderno
soy, que vos, de esa beldad;
mas no vale antigüedad
en las plazas de amor tierno;
ni por años se averigua;
que amor constante y leal
no es boda de colegial,
que honra más por más antigua.
Desde que doña Beatriz
dió nueva luz á Castilla,
logré empleos de servilla;
y mi esperanza feliz,
(con el mismo fundamento
que vos) promesas me da,
que de dos almas hará
una sola el casamiento.
Si en el deudo no os igualo
consuélese mi afición,
en que no hay dispensación
á donde no hay algo malo;
y así vuestra prima toma
más gusto (y no es maravilla)
con amor que está en Castilla
que con el que estriba en Roma.
No me desdeña tampoco,
favores tengo también,
que á pesar de algún desdén
pudieran volverme loco;
y así, si porque la quiero
reñir conmigo intentáis
(mientras que á Roma enviáis
por dispensación) primero
que venga, hacedlo de modo
que dándome muerte aquí,
partáis por ella, que así
iréis á Roma por todo.
PEREIRA. Burlas en cosa de veras
no las sufre un portugués;
y, más, si la ocasión es
por amorosas quimeras.
Yo soy... Mas la Reina es ésta;
agradeced su venida,
que la espada apercibida
iba á daros la respuesta.

ESCENA VIII

Salen LA REINA, D. PEDRO GIRÓN *y* D. LUIS DE VELASCO.—DICHOS.

P. GIRÓN. No ha de decirme de no
Vuestra Alteza, gran señora:
basta saber que la adora
quien de embajador sirvió
en aquestos casamientos
al segundo Rey don Juan.
LUIS. Si acción los servicios dan
y al amor merecimientos
don Luis de Velasco soy;
bien sabe el Rey mis hazañas,
envidiadas por extrañas.
ISABEL. Confusa oyéndoos estoy.
Debo á don Pedro Girón
lo que sabéis, por tercero
en mi casamiento, y quiero
premiar su fiel intención.
También hago justa estima
de vos, y juzgo cuán bien

me puede estar de que os den
á doña Beatriz mi prima.
Mas siendo una, no sé cómo
contente con ella á dos,
no haciendo un milagro Dios,
puesto que á mi cargo tomo
agradaros.

LUIS. En tal caso
el más digno pretensor
ha de salir vencedor.

P. GIRÓN. Alto, por esa ley paso.

LUIS. De mi sangre generosa
bien sabe nuestra nación.

ISABEL. Cualquiera comparación
de esa especie, será odiosa.
La elección de un casamiento,
si se hace con libertad,
pende de la voluntad
más que del entendimiento.
Sepa yo á quien se la tiene
de los dos, doña Beatriz,
que éste será el más feliz.

LUIS. Si alegar prendas conviene,
desde que vino á Castilla
y mi amor la eligió dueño,
con el semblante risueño
mi fe agradece sencilla.
Mírame en toda ocasión,
y fiesta ha venido á haber
que á sólo verme correr
sacó el cuerpo del balcón,
y bajando la cabeza
mi buena suerte aprobó,
cuando acompañando entró
en la Corte á Vuestra Alteza.
Sé yo que á otra dama dijo:
«Si el entendimiento iguala
en el don Luis á su gala
desde hoy por galán le elijo».
Y, si no es esto bastante
á anteponerme, señora,
á don Pedro, no ha media hora
que también me dió este guante.

PEREIRA. De ese tengo yo un hermano,
(ya que derechos escucho
en vos ponderados mucho,
que se han de quedar en vano).
Doña Beatriz es cortés;
y en fe de su urbanidad,
sin costas de voluntad,
con término portugués,
se muestra agradable á todos
y sóla amorosa á mí.
Por su gusto estoy aquí
y he sido, en diversos modos,
por pariente y por amante,
su empleo, y puedo esperar
que su mano he de alcanzar,
como primero su guante.

ISABEL. Tercero competidor
tenemos ¿qué dice de esto
don Pedro Girón?

P. GIRÓN. Supuesto
que es calidad de mi amor
emplearle en quien adoran
tan ilustres caballeros,
aunque pudiera traeros
favores que ellos ignoran,
quiero guardar el respeto
á quien mi lealtad premió;
que nunca se arrepintió
amor que estima el secreto.
Doña Beatriz solamente
es en esto interesada;
escoja el que más le agrada
entre tanto pretendiente,
y cese esta competencia.

DIEGO. Yo quiero eso y me está bien.

ISABEL. ¿Pues amaisla vos también?

DIEGO. Y con tal correspondencia
que me juzgo preferido
á cuantos de su afición,
si á caso llamados son,
han de envidiarme escogido;
remítome á la experiencia.

ISABEL. ¡Válgate Dios por mujer:
qué ancha debes de tener
la voluntad y conciencia!
Ahora bien; porque no niegue
vuestra dama obligaciones
y la convenzan razones
cuando á persuadirla llegue,
cada cual me dé el favor
que tiene, y le hace dichoso;
que aquél ha de ser su esposo
que me le enseñe mayor.
No quiero yo que la corte
se alborote cada día
por dama que es sangre mía.

PEREIRA. Como para eso importe
está bien; en este guante
se cifra todo mi bien.

LUIS. Y en este estriba también
mi amor, honesto y constante.

DIEGO. Más le debe á su belleza
la fe que logro en amarla,
(Vánla dando los favores.)
pues se quitó, por premiarla,
esta flor de la cabeza.

P. GIRÓN. La mayor acción me toca,
si lo que el amor sublima,
celebra, adora y estima,
en una dama es la boca.
Una mano fácilmente
suele alcanzarla el amante,
después de una flor, ó un guante.
¿Pero quien habrá que intente
llegar á su boca hermosa
sino el que está en posesión
y se honra con el blasón
de adquirirla por esposa?
Pues á mí (porque concluya
competencias pretendientes)
que se quitó de la suya,
me ha dado este mondadientes;
y si es lícito casarse
dos príncipes por poderes,
y aunque muden pareceres
no ha el concierto de mudarse.
Juzgad si es mi dicha poca,
pues, cuando mi amor premió,
por poderes me envió
en el palillo la boca.

(Dásele.)

ISABEL. Bien encarecido está;
las muchas prendas que sé
que tenéis la propondré
y ella luego elegirá.
Andad con Dios.

P. GIRÓN. Vuestra Alteza
advierta, que si no soy
su esposo, dispuesto estoy
en mudar naturaleza;
desnaturalizareme
de estos Reinos. *(Vase.)*

PEREIRA. Yo he venido
á servirla; y así pido
que Vuestra Alteza se extreme
en favorecer mi suerte;
porque en siendo de otro esposa,
todo ha de ser una cosa:
casarse y llorar su muerte. *(Vase.)*

LUIS. Si esto á su elección se deja,
seguro estoy que ha de ser
doña Beatriz mi mujer.
Mas mire que la aconseja
Vuestra Alteza, que sabrán
las armas vengar mi agravio. *(Vase.)*

DIEGO. Yo escojo medio más sabio
yendo á hablar al rey don Juan,
porque sea intercesor
con Vuestra Alteza y con ella.

ISABEL. Como el Rey pida por ella
vos seréis su poseedor,
y yo viviré sin celos.
Esa diligencia haced.

DIEGO. Siempre el Rey me hizo merced
¡Tenédmele grato, cielos! *(Vase.)*

ISABEL. Basta, que truje conmigo
mi mismo desasosiego,
del Rey y su corte el fuego,
de la paz el enemigo.
Doña Beatriz me ha quitado
de mi esposo la mitad,
que es el alma y voluntad;
sólo el cuerpo me ha dejado.
Si no me le restituye
conocerá por su mal
que celos de Portugal
no es cuerda quien no los huye.

ESCENA IX

Salen el REY *y* DON ALVARO DE LUNA.—DICHA.

REY.

Don Alvaro de Luna, á esta jornada
os prevenid, que tengo de partirme
á la tala del reino de Granada
antes que pase el mes. Venga á servirme
el que acostumbra matizar su espada
en sangre mora, y sus hazañas firme
con ella en los anales de la fama,
donde es de más valor quien más derrama.

ALVARO.

No quedará en tus reinos caballero
que á tan santa jornada no te siga.
A Agar destierra del rincón postrero,
de donde hasta hoy al godo, Dios castiga.
No en las guerras civiles el acero
se ejercite, cuando hay gente enemiga
que ofrece el cuello á tan divina hazaña,
fama á tu nombre y libertad á España.
Cien hombres de armas y dos mil infantes
voy á alistar, con que servirte pienso. *(Vase.)*

ESCEMA X

DICHOS, *menos* DON ALVARO.

REY.

Deseos amorosos é insconstantes
que hacéis que os peche el alma y pague censo;
si la paz hace guerra á los amantes
ni paz con esta guerra recompenso.
¡Dichoso si con ella divertido
apago incendios y á Beatriz olvido!
Pero la Reina es esta. ¿Pues señora
qué suspensión y soledad es esa?

ISABEL.

Suspensa, sí; no sola, que el que adora
con sus deseos amistad profesa.
En Vuestra Alteza el alma hablaba agora.

REY.

Fineza, al fin, de amante portuguesa:
¿Y de qué se trataba? ¿Amor ó celos?

ISABEL.

¿Celos de vos? No lo querrán los cielos.
A Vuestra Alteza, gran señor, pedía
consejo para cierto casamiento,
que, por tocarme en sangre gustaría
que saliese acertado y á contento.
Doña Beatriz de Silva, deuda mía,
cuya hermosura, edad y entendimiento
en el primer lugar puede ponerse,
la corte trae á riesgo de perderse.
Pídenla cuatro Grandes, y deseo
dársela al uno de ellos por esposa.

REY. *(Ap.)*

No quiera amor que se haga tal empleo,
la Reina debe estar de mí celosa. *(A la* Reina.)
Las muchas prendas de esa dama creo;
sé que es noble, discreta, rica, hermosa,
y dama vuestra, en fin, porque la fama
pueda envidiar tal Reina de tal dama.
Mas ¿quiénes piden ese casamiento?

ISABEL.

A don Pedro Pereira, que es su primo
en primer lugar pongo, con intento
de que la alcance.

REY. *(Ap.)*

Amor, cómo os reprimo.
(A ella.) Buena elección, discreto pensamiento,
que es ilustre don Pedro y yo le estimo.
Mas parientes casados por amores
malógranse, y no dejan sucesores.

ISABEL.

Está bien dicho y yo lo había notado.
Sea don Pedro Girón el venturoso.

REY.

Tengo á don Pedro en Aragón casado;
y aunque lo ignora, es ya lance forzoso.

ISABEL.

Si es forzoso, á casarse irá forzado.
Don Luis de Velasco es generoso
en estado y en sangre.

REY.

Darle trato
de San Juan, en Castilla, el gran Priorato.

ISABEL.

No se podrá casar de esa manera.
¿En don Diego Sarmiento halláis escusa?

REY.

Es muy mozo don Diego.

ISABEL.

Peor fuera
la vejez para el tálamo confusa.
Amor las bodas ama en primavera;
poco las goza el que en vejez las usa.
Doña Beatriz...

REY.

No me canséis, señora,
que no gusto se case por agora. *(Vase.)*

ESCENA XI

DOÑA ISABEL.

Quien en clausuras de cristal pretende
cubrir la luz que en las tinieblas lleva;
el fuego entre la pólvora que enciende;
el gozo quien recibe alegre nueva,
ese encubrirá el amor á quien ofende
y el ejemplo del Rey sirva de prueba
á los celos que ya vengar presumo,
pues si es llama el amor, ellos son humo.
Los imposibles que hoy el Rey ha hallado
al desposorio de ésta mi enemiga,
sabrá vencer mi velador cuidado,
por más que ciego en su pasión prosiga.
Los celos mi paciencia han apurado;
solicita el poder, la injuria instiga
á la venganza que el rigor profesa;
que soy mujer celosa y portuguesa. *(Llora.)*

ESCENA XII

Sale DOÑA INÉS.—DICHA.

INÉS. Gran señora ¿Vuestra Alteza
llorando?

ISABEL. Sí, doña Inés;
de mi amor, como fuego es
sube el humo á la cabeza.
Celos, en casos de amar,
son humo que causa enojos,
y con el humo á los ojos
claro está que he de llorar.

INÉS. Siendo de quien yo imagino,
á no preciarme de fiel,
causa fuera este papel
de hacer algún desatino. *(Dásele.)*
Nombróme el Rey su estafeta
(por callar otro apellido)
que de esta suerte ha querido
graduarme de discreta.
Mas, como no lo sé ser
quiero, en fe de mi lealtad,
darle á Vuestra Majestad
novedades que leer
con finezas, si bien dichas,
no á lo menos bien empleadas.

ISABEL. Voluntades mal casadas
cobran su dote en desdichas.
A doña Beatriz irá
que es la inquietud de esta corte.

INÉS. Cobre tu venganza el porte,
pues tanta ocasión te da;
que, á quitársele ella al Rey,
yo sé que no se atreviera
ni ese papel la escribiera.

ISABEL. El amor no guarda ley.
(Lee.) «A un retrato vuestro había yo (doña Beatriz) ofrecido mi corona, si no deshiciera la fortuna lo que con tanta razón dispuso un engaño. Reina os quisiera de Castilla; pero pues no puede ser, sedlo de mi voluntad, ó quejaréme del pintor que os retrató hermosa y no homicida.»

ESCENA XIII

Sale DOÑA BEATRIZ.—DICHAS.

ISABEL. No leo más; llamarme Inés
esta mujer.

INÉS. Ella propia,
por dar á tus celos copia,
viene á que el papel la des.

ISABEL. Doña Beatriz.

BEATRIZ. Gran señora.

ISABEL. Por tu honor mirar pretendo
y el mío. En anocheciendo,
luego, al instante, á la hora
de la corte has de salir
y volverte á Portugal.

BEATRIZ. ¿Qué causa?...

ISABEL. Temo un gran mal
si aquí te dejo asistir.
Liberalísima eres
no sabes lo que es negar;
si aprendieran de ti á dar,
Beatriz, las demás mujeres
nadie de ellas se quejara.
No es bien que conmigo estés;
que temo que tanto des
que á mí me salga á la cara.
Que el pródigo que sin freno
imprudente y necio gasta,
cuando su caudal no basta,
hurta, tal vez, el ageno;
y tengo una prenda yo,
que aunque velo por guardarla,
andas muy cerca de hurtarla.

BEATRIZ. No entiendo ese enigma.

ISABEL. ¿No?

Pues yo sí, que basta.
BEATRIZ. ¿A quien
pródiga he dado favor
que ponga á riesgo mi honor?
ISABEL. ¿A quién, preguntas? ¡Qué bien!
¿Este guante es tuyo?
BEATRIZ. Sí;
favorecer es decente
á un caballero pariente
á quien anoche le dí.
ISABEL. ¿A un caballero? Bien dices;
pero ¿á dos? Seso es ligero.
¿Este no es el compañero?
¡Constantes sois las Beatrices!
BEATRIZ. Juegos que son cortesanos
poco ofenden.
ISABEL. Bien alegas,
pues dando dos guantes juegas
airosamente á dos manos.
Y, como pica y provoca
amor, tahur, aunque ciego,
por si la boca hace juego
dió este palillo tu boca.
(Va enseñándola los favores.)
Al cuarto ha visto jugar,
y porque pueda ganar
le has dado á entender la flor.
Cuatro los premiados son,
y pues haces cuatro damas
serás (pues Silva te llamas)
Silva de varia lección.
BEATRIZ. Mire Vuestra Alteza...
ISABEL. Asombro
haces de que á cuatro diga,
que tu liviandad obliga.
Pero, si al quinto te nombro,
¿qué harás?
BEATRIZ. Mientras no me dejes
disculpar...
ISABEL. Este papel
el Rey te escribe, y en él
dice finezas herejes
y á quien mi enojo ocasiona
(Rasga el papel.)
como el papel, rasgaré
el alma, y le comeré
el corazón. La corona
que yo poseo, quería
ponerte el Rey, y no osara
decirlo, como no hallara
lugar en tu fantasía.
Villana ¿tú con el Rey?
¡Vive el cielo!...
BEATRIZ. El Rey bien puede
amarme, sin que yo quede
por alguna causa ó ley
culpada, mientras no doy
color á ese disparate.
Vuestra Majestad me trate
bien, pues que su prima soy;
y advierta que aunque respeto
al rey don Juan, mi señor,
y al reverencial amor
que debo, el alma sujeto
de mi sangre generosa,
tal altivez heredé
y presunción, que no sé
si estimara ser su esposa.
ISABEL. ¿Descomedida, así habláis
del Rey, delante de mí?
Ese loco frenesí,
ya yo sé que le fundáis
en las alas que él os da,
y los necios cortesanos
á quien, con favores vanos,
hechizáis. No quiero ya
que os partáis á Portugal;
aquí sabrán mis enojos
esconderos de los ojos
del Rey, que un agravio real
puede remediarse así.
Ábreme ese armario, Inés.
(Abre un armario donde quepa doña Beatriz.*)*
BEATRIZ. ¿Qué es lo que intentas?
ISABEL. Que estés
encerrada y presa así,
donde sin respiración
ni sustento, muerta quedes;
que de otra suerte no puedes
satisfacer mi pasión.
INÉS. ¡Gran señora!...
ISABEL. Déjame
esconderla desta suerte
del Rey; que sola su muerte
sosiego es bien que me dé.
INÉS. Rogara, Beatriz, por vos
si supiérades cumplir
palabras.
BEATRIZ. Si he de morir
aquí, no sepa (mi Dios)
ninguno, que esta crueldad
pudo en el pecho caber
de tan severa mujer;
que en esta conformidad
yo prometo, aunque me muera,
no dar voces.
ISABEL. Cierra Inés;
dame esas llaves. *(Ciérrala.)*
INÉS. Después
que aquesta tempestad fiera
pase, abrirla mandarás;
que es castigo riguroso.
ISABEL. ¡Por vida del Rey mi esposo!...
INÉS. No jures, señora, más.
ISABEL. Que he de tenerla entre tanto
que muerta la llegue á ver.
INÉS. ¿No ha de comer, ni beber?
ISABEL. Coma angustias, beba llanto. *(Vanse.)*

ESCENA XIV

Sale DOÑA LEONOR, *emperatriz, y* DON JUAN.

LEONOR. En Roma estamos (don Juan).
Federico, mi señor,
dignamente Emperador,
es un Narciso alemán.
Cifradas en él están
las gracias que hay repartidas
en gentilezas fingidas
que ensalza la antigüedad;
con una alma y voluntad
quisiera darle mil vidas.

Hoy nos han de coronar
(en fe del amor que encierro),
con la diadema de hierro
que en Milán se suele dar;
quiere el Papa dispensar,
porque mañana haga iguales
dos almas, que liberales
el yugo esperan cristiano
del tálamo soberano
y bendiciones nupciales.
Desposarános mañana,
y esotro, con real decoro,
nos dará el círculo de oro
de la majestad romana.
Tan gozosa estoy y ufana,
y tan perdida de amor
por el César, mi señor,
que, á poderlo hacer, le hurtara
del sol la hermosura rara
por parecerle mejor.
Triste, don Juan, me escucháis,
¿pésaos del bien que declaro?

Juan. Á mi suerte le comparo,
que al paso que vos contáis,
gran señora, lo que amáis
á quien no sé si os merece.
Se disminuye y decrece
una esperanza atrevida,
que, entre imposibles florida,
se ha muerto cuando amanece.
Vine yo amando, señora,
esta jornada á una dama
que cuanto más á otro ama,
más la sirvo y me enamora.
No sé si mi amor ignora,
mas sé que me mandó, en suma,
embarcar, porque presuma
cuán poco hay de mar á amar
y que es locura esperar
firmeza en reinos de espuma.
Sobre ella mi atrevimiento
torres vanas levantó;
mas ¿qué cuerdo edificó
sobre la espuma y el viento?
Llegué á Roma, vi el contento
que (como yo vuestra alteza)
da á otro dueño su belleza,
y en las congojas que paso,
la semejanza del caso
ocasiona mi tristeza.

Leonor. ¿Pues en qué causa, ó razón,
fundáis que esa dama os quiera?

Juan. En la voluntad primera
que estriba en la inclinación;
en la comunicación
que en la niñez arraigada
crece, de amor fomentada
y en natural convertida,
suele andar lo que la vida
con el alma acompañada.

Leonor. La llaneza suele hacer
atrevido al menosprecio,
y más (don Juan) cuando el necio
la llega mal á entender.
¿Por fuerza tiene que ser
amor, toda voluntad?
Sed buen intérprete, andad;
que ingenios desvanecidos
cuando tuercen los sentidos
yerran con facilidad.

ESCENA XV

Sale UN PAJE.—DICHOS.

Paje. El Emperador está,
con la romana nobleza
y esperando á vuestra alteza.

Leonor. Irse á coronar querrá.
Don Juan, la dama sé ya
(*A él aparte.*)
que amáis (aunque no os declaro
quién es); poned más reparo
en vuestro perdido seso,
porque si insistís con eso
podrá ser que os cueste caro.

ESCENA XVI

Quédase solo DON JUAN.

Tarde el desengaño vino;
difícilmente se cura
si se arraiga la locura,
y amor todo es desatino.
¡Buen remate de camino
han hallado mis enojos!
mas decid vanos antojos
aunque desdenes me afrenten;
en Leonor ¿no se desmienten
las palabras y los ojos?
¿Con voluntad no me mira,
cuando me habla con rigor?
Luego, en los ojos amor
llama á la lengua mentira.
Nunca me miró con ira,
aunque con ira me ha hablado;
por entendida se ha dado;
salir con el pleito intento,
que su mismo pensamiento
tiene de ser mi abogado.
Hable una vez el amante,
que el amor es buen testigo
de que se lleva consigo
quien la inquiete cada instante.
Yo proseguiré adelante,
con mi altivo pensamiento,
fabrique ó no sobre el viento;
que en la importuna frecuencia,
no hay mujer con resistencia
ni amor sin atrevimiento.

ESCENA XVII

Sale MELGAR.—DICHO.

Melgar. Roma, ó chata, hermosa sales;
mas débeste de afeitar,
porque no te vean andar
tan llena de cardenales.
Fiestas, al fin, imperiales.
¡Oh, señor! ¿Qué haces aquí?

Acompaña, ¡pese á mí!
la Emperatriz por quien Roma
las varas de un palio toma
de brocado carmesí.
Sal á los recibimientos,
verás á Nicoláo quinto,
en medio de un laberinto
de tomates ó pimientos
pacíficos instrumentos;
Roma, vestida de fiesta,
y de doseles compuesta,
sus calles llenas de flores
y sus ventanas de amores.
Mas la Emperatriz es ésta.
Aguárdala una hacanea,
en la blancura paloma,
que, al lado del César, Roma
hoy coronarlos desea.

JUAN. ¡Amor! ¿Qué importa que sea
Emperatriz, si sois dios?

MELGAR. En un palio van los dos
hasta San Juan de Letrán.

JUAN. ¿Qué temo? ¿No soy don Juan,
Leonor mujer, deidad vos?

ESCENA XVIII

Sale la EMPERATRIZ *con acompañamiento, música y la* EMPERATRIZ *que tropieza y al darla la mano* DON JUAN, *se la aprieta y quiere besársela, y ella le da un bofetón.*—DICHOS.

LEONOR. Federico, mi señor,
¿me espera?

PAJE. Señora, sí.

LEONOR. ¡Válgame el cielo! caí.

MELGAR. Tenla.

JUAN. ¡Ay divina Leonor,
si en la cuenta de mi amor
cayérades reducida
qué venturosa caída!
Levantárame yo ufano,
si como yo os doy la mano
me diérades vos la vida.

LEONOR. ¡Atrevido! De esta suerte
vuestros desatinos pago;
y agradeced que no os hago,
como merecéis, dar muerte.
Así, es razón que os despierte.

UNO. ¿Qué es esto?

LEONOR. Pudiera ser.
Poco debéis de saber,
pues viéndome tropezar,
me pretendéis levantar
para que vuelva á caer.

ESCENA XIX

Quédanse solos MELGAR *y* DON JUAN *muy suspenso.*

MELGAR. Sin mentís, un bofetón,
es como rayo sin trueno.
Tu carrillo queda bueno
para rueda de salmón.
Quiere que en esta ocasión
tu amor á Roma te iguales,
que en prueba de esas señales
fuera (porque te autorices)
tu cara, á estar sin narices,
Roma con sus cardenales.
Cinco en la cara te ha puesto;
si fué favor no me espanto,
mas favor que duele tanto
más es quinto que no sexto.
No se te caerá tan presto,
ni yo (á caerse) le alzara;
¡oh mercader que sin vara,
al tiempo que te despides,
tan ligeramente mides
á palmos toda una cara!
¡Líbreme el cielo de ti!
¿Qué suspensión te ha elevado?

JUAN. Levantando, he levantado
la memoria que perdí.
Mundo, si pagas así,
á dejarte me apercibo;
pues es bastante motivo
el ver (si á decirlo basto)
que tras veinte años de gasto
me asientas este recibo.
A pagarme te dispones
con los salarios usados,
que ya se pagan criados
á coces y á bofetones.
¡Locas imaginaciones,
necio es el que no os repara!
No más vanidad avara;
quedáos torpes ejercicios,
que aún no paga el mundo en vicios
y da con ellos en cara.
Pues ha salido á la mía
á tal tiempo la señal,
no es mi enfermedad mortal;
posible sanar sería;
no halló la filosofía
médico para este daño
que se iguale al desengaño.
Alto, pues, si en quien se cura,
mudar aires es cordura,
hoy mudo los de mi engaño.
Adiós corte, en quien se ampara
el que es tratante de enredos,
que das el favor á dedos
y éstos puestos en la cara.
La verdad divina y clara
me enseña que eres un mostro;
profanos gustos, ya os postro,
que si el mundo estriba en ellos,
por darme en rostro con ellos
vinieron á darme en rostro. *(Vase.)*

ESCENA XX

MELGAR.

¡Espera, aguarda! ¡Ah, señor!
Afrenta debe de ser
dejarse un hombre poner
salserillas de color.
Leonor, no sois vos Leonor,
sino octava maravilla.
Volverme quiero á Castilla.
Pretended, Leonor, de hoy más,
pues echáis así el compás,
ser maestra de capilla.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Una NIÑA *que ha de hacer á Nuestra Señora, dice desde arriba sin descubrirse, y responde* DOÑA BEATRIZ *encerrada en el armario.*

NIÑA. ¿Beatriz?
BEATRIZ. ¿Quien es? ¿Quién me llama?
que con regalada voz
mortales ansias olvido
Libertad es mi prisión.
NIÑA. Sígueme.
BEATRIZ. ¿Seguirte? ¿Cómo,
si tres días ha que estoy
oprimida en la clausura
de esta obscuridad atroz?
Aquí me maltratan celos
de una Reina, que al rigor
de su enojo libra llantos
venganzas á su pasión.
Muda muero, ofensas callo,
(en fe de que noble soy),
porque ignore el Rey crueldades
que ha ocasionado su amor.
NIÑA. No temas; fía en mi amparo.
Libre estás; al resplandor
de los rayos que me visten
te saca mi protección.
(*Abrense las puertas y sale* doña Beatriz *y sobre ellas en una nube se aparece una niña con los rayos, corona y hábito con que pintan á la Imagen de la Concepción.*)
BEATRIZ. ¡Gracias al cielo que os veo
claros orbes; pero á vos
es más justo que os las de,
Alba, Estrella, Luna, Sol!
NIÑA. ¿Conócesme?
BEATRIZ. Hermosa niña;
que de los ojos de Dios,
niña cara os considero,
no sé si durmiendo estoy.
Pero ¿qué conocimiento,
qué humana imaginación,
qué Ave Real no cegara
á tal luz, tanto candor?
NIÑA. ¿No me conoces, en fin?
BEATRIZ. Regalada niña, no;
pero sí para serviros:
vuestra eterna esclava soy.
NIÑA. ¿Conoces estas colores?
BEATRIZ. Conozco, niña, que son
lo azul celeste y lo blanco
las que mi gusto eligió,
en vanas ostentaciones
y que dieron ocasión
á no pocos disparates,
mas ya son cuerdas por vos.
NIÑA. Sí, que son colores mías.
BEATRIZ. Mejoraron su valor;
calificaron su estima;
honrólas vuestra elección;
ojo de Dios sois amores;
pues, con el blanco color
y lo azul, sois niña zarca
que me roba el corazón.
No hay en vos (mis ojos) nube;
que por eso os cerca el sol,
siendo sus rayos pestañas
de su esfera guarnición.
NIÑA. Ya, Beatriz, por conjeturas,
me conoce tu atención.
Ojo de Dios me llamaste;
tu advertencia lo acertó;
siéndolo, pues, de su cara,
hay en el mundo opinión
que sustenta su porfía,
afirmando que cegó
el primer instante este ojo
del rostro de mi Criador,
la nube que al primer padre
la destemplanza causó
siendo la gracia el colirio
que de ella me preservó.
Yo soy la privilegiada,
cuya cándida creación
hecha por Dios *ab initio*,
para su madre eligió;
que habiéndose de vestir
la tela que amor tejió,
quiso preservar sin mancha
en mí, limpio este girón,
al poner el pie en el mundo
donde el hombre tropezó.
Dios, amante cortesano,
la mano de su favor
me dió, anteviendo el peligro
sin que de su maldición,
se atreviese á mi pureza
el lodo que Adam pisó.
Por eso el vestido escojo
con que he venido á verte hoy,
cándido, limpio, sin nota,
sin pelo de imperfección;
porque si la levadura
del pecado, corrompió
toda la masa de Adam
general su contagión,
la Providencia del cielo,
antes del primer error,
lo acendrado de esta masa
sin levadura apartó.
También es lo azul mi adorno
porque si Pablo llamó
á mi hijo segundo Adam,
siendo el primero en rigor,
hombre de tierra terreno
y hombre juntamente y Dios,
celeste el Adam segundo,
yo por la misma razón,
si Eva fué mujer del suelo
la celeste mujer soy,
que estoy del cielo vestida
y en Patmos mi Aguila vió.
¿No confiesas tú todo esto?
BEATRIZ. Bien sabe la devoción,
Vuestra Alteza, niña pura,
que esa verdad me enseñó.
Con el alma la confieso;
téngola en el corazón,
y perderé en su defensa
mil vidas, que humilde os doy.
Sois Reina ¿Qué razón hay

y que se precie de razón
os dé nombre de pechera
si es vuestro hijo Emperador?

Niña. Si soy Reina como afirmas
¿ser mi dama no es mejor
que de la Reina Isabel?

Beatriz. ¡Ojalá me admitáis vos!

Niña. Las damas de mi Palacio
(Beatriz) siguen el olor
de mi pureza virgínea
y Angélica incorrupción;
no, como tú, el tiempo pierden,
que tanto el cuerdo estimó
en galas y vanidades;
incendios del torpe amor.

Beatriz. Yo os prometo Aurora pura,
(como me ensalce el blasón
de dama de vuestra casa
que es Templo de Salomón).
Yo os hago solemne voto
de ser una, desde hoy,
de las que al Cordero siguen,
porque sus Vírgenes son.

Niña. En la corte corres riesgo.

Beatriz. Huiré de la Corte yo.

Niña. Así tu hermano lo hizo;
ya cortesano de Dios
gentil hombre es de mi casa,
no de la Augusta Leonor;
que le despertó del vicio
la afrenta de un bofetón.
Ya no se llama don Juan:
su nombre es Fray Amador;
confirmóle el desengaño;
la vida y nombre mudó.

(Aparécese don Juan *de Ermitaño, dándole San Jerónimo la mano para que suba por unos riscos. Estén colgados de un arbol, espada, daga, sombrero con plumas; toquen música.)*

Amador quiso llamarse,
porque en fe de que me amó,
de mi Concepción intacta
promete ser defensor.
Mírale haciendo trofeos
de las galas que ostentó
la soberbia cortesana,
la lisonja y la ambición.
Colgándolas, como adviertes,
las trata como al ladrón,
que hurtando la castidad
al vicio la puerta abrió.
A Jerónimo le ofrece
el pulso, porque es Doctor
de la Iglesia, y sana enfermos
su alada contemplación.
Los éxtasis de María,
Antonio, Pablo, Hilarión
le suspenden; pero Marta,
discípulo le eligió
que activo á la Iglesia sirva,
siendo ilustre imitador
del Alferez de mi hijo,
que sus llamas le imprimió,
¿Quieres tú seguir sus pasos?

(Encúbrase la apariencia.)

Beatriz. Quiero lo que queráis vos.

Niña. ¿Serás hija de Francisco?

Beatriz. Su esclava (mi Niña) soy.

Niña. En Toledo has de fundarme
una nueva Religión
que el nombre y hábito tenga
de mi Pura Concepción.

Beatriz. ¡Venturosa yo, mil veces!

Niña. Pues vuélvete á tu prisión,
que presto, Beatriz querida,
saldrá de Sodoma, Lot.
Toledo te está esperando,
que, si en su Iglesia Mayor,
bajé á vestir á Ildefonso,
de mi honra defensión,
en ella quiero que fundes
una orden de tal valor,
que mi Concepción defienda
é ilustre su devoción. *(Encúbrese.)*

Beatriz. ¡Mil veces alegre cárcel,
volvamos á ella, mi Dios;
pues os halla en los trabajos
quien en gustos os perdió!

(Entrase y ciérranse las puertas.)

ESCENA II

Salen la Reina *y* don Alvaro de Luna.

Alvaro.

Vuestra Alteza, señora, no se enoje,
porque, en lo que manda el Rey, insista.

Isabel.

A nadie para darme pena escoje
sino á vos, que es la causa que resista
cualquiera de Palacio el disgustarme,
sino sois vos que andáis siempre á su vista;
vos consultando siempre en qué agraviarme.

Alvaro.

Mándame el Rey que sepa qué se ha hecho
doña Beatriz de Silva. El excusarme
no ha sido, gran señora, de provecho.
Tres días ha que no se sabe de ella,
y el Rey de vos no está muy satisfecho.
A vuestras damas pregunté por ella
y llorando responden que gustaran
saber, si muere ó vive para vella;
mil sospechas y dichos se escusaran
con decir donde está; que en vuestra ofensa
los grandes que la sirven se declaran;
el Rey, que la tenéis en prisión piensa;
y don Alonso Vélez (que es su hermano)
anda á esta causa con tristeza inmensa.
No hay título, ni ilustre cortesano
que no trueque en pesar el alegría
que verla daba al suelo castellano.
El portugués don Pedro desafía
á don Pedro Girón, y no hay sacarle
de que, favoreciendo su porfía,
la escondéis de la corte por casarle
con ella. Entiende don Diego Sarmiento
que á don Luis de Velasco (por premiarle
el Rey con tan honroso casamiento)
se la promete, y esconderla manda,
favoreciendo vos el mismo intento.
Ved, pues, señora, cuando la corte anda
de esta manera en bandos dividida,
si es justo vuestro enojo y mi demanda.

ISABEL.

Decid que esa mujer no está perdida;
(pero sí el Rey por ella) que es mi dama
y mi parienta; que ninguno pida
cuenta de cosas mías, y esa fama
que han echado, no importa el vulgo diga;
que no ofenden quimeras que él derrama.
Cada cual su opinión defienda ó siga,
que yo no pienso responder más que esto.
Idos con Dios; andad.

ALVARO.

El Rey me obliga
á que peque, señora, de molesto.
Yo tengo de mirar todo este cuarto,
obedeciendo á lo que me han impuesto.

ISABEL.

Ya, Condestable, os he sufrido harto;
no me deis ocasión á que interprete
que por ser su tercero, veis mi cuarto;
pues si sois causa vos de que se inquiete
el Rey, ya podrá ser que haya castigo
contra quien gustos torpes le promete.

ALVARO.

¿Qué dice Vuestra Alteza?

ISABEL.

Aquesto digo.

ALVARO.

¿Y yo soy digno de ese premio justo
por lo que España puede ser testigo?
Caséla á Vuestra Alteza contra el gusto
de estos Reinos, y siendo sólo Infanta
en el trono la puse casi Augusto.
¡Bien por estos servicios me adelanta!

ISABEL.

Nunca á la obligación dejó memoria
el deservicio que á su Rey encanta.
Andad con Dios, y no seáis historia
en Castilla, del mundo; que al fin rueda,
y no estáis confirmado en esa gloria.
No provoquéis mi enojo, que aunque pueda
la privanza encumbrar vuestra fortuna
y en haceros favor el Rey exceda,
soy vengativa yo, y si me importuna
vuestro enfado, tal vez por no sufrillo
puesta al espejo, rompa yo su luna.
Guárdaos el Rey, y no me maravillo
que no temáis; mas la ciudad más fuerte
se ha visto perder por un portillo.
En un cadalso suele hacer la muerte
tragedias de los Grandes de este mundo,
que el tiempo es dado, y múdase la suerte.
Bien sé (pues esto os digo) en qué me fundo;
procurad conservaros en el puesto
donde os sustenta el rey don Juan segundo,
que es hombre... Mas, él viene; andad.

ALVARO.

¿Qué es ésto?
¿Qué luna, qué portillo, qué cadalso,
nuevo temor á mi privanza ha puesto?
¡Ay arrimos del mundo sobre falso!
¡Quiera Dios que la Reina, que así paga,
por haberla hecho yo, no me deshaga!

ESCENA III

Sale el REY, DON PEDRO GIRÓN, DON PEDRO PEREIRA DON DIEGO *y* DON LUIS.

REY. Caballeros, la prudencia
de la Reina (que ha sabido
vuestro intento) habrá querido
quitaros, de la presencia
con doña Beatriz, disgustos
y ocasiones de encontraros.
Yo no puedo concertaros
ni acudir á tantos gustos.
Beneméritos sois todos
de su adorada belleza;
edad, estados, nobleza,
os igualan por mil modos.
Sepamos á dónde está,
y podráse dar un corte
con que sosiegue la corte,
que la Reina lo dirá.
Pero, pues está presente,
vuestras dudas satisfaga.

ISABEL. Basta, que no hay quien deshaga
(aunque la causa está ausente) *(Ap.)*
este laberinto extraño,
tenido por maravilla
en Portugal y Castilla,
que de ello puede un engaño.

REY. Quitad ya la confusión
de nuestra corte, señora.

ISABEL. Si es doña Beatriz la autora,
y tantos de su afición
pretendientes, nadie pida
donde está, que es cosa cuerda
que para que no se pierda
esté esa mujer perdida.
Negárosla solicito
aunque alguno la hallará, *(Al Rey.)*
que por saber donde está
la de reinos por escrito.
Si de lesa Majestad
es crimen digno de muerte,
dar al enemigo el fuerte
contra su fidelidad;
y es el alcaide traidor,
¿qué castigo da la ley
á quien á su mismo Rey
entrega un liviano amor?
Yo he heredado el ser cruel
de mi nación, por exceso;
de este crimen son proceso
letras de cierto papel.
Como Reina he sentenciado
á perdimiento de vida
á esa mujer atrevida
que al Rey, mi señor, ha dado
hechizos con su hermosura.
Celos son mal tan cruel
que mata en ese cancel,
vengándome su clausura.
Ha tres días que encerrada,
sin darle alivio al sustento,
falta de vital aliento
y viva en él sepultada;
porque este incendio se apague
que tanta gente ha perdido,

darla la muerte he querido:
quien tal hace que tal pague.

REY. ¡Oh, bárbara! ¡Vive el cielo!
si es muerta, que tu castigo,
siendo esta corte testigo,
tiene de asombrar al suelo.

ALVARO. ¿Hay hazaña más impía?

P. GIRÓN. Mudo me tiene el dolor.

(*Abre y sale* doña Beatriz.)

BEATRIZ. ¿Qué es ésto, Rey y señor?
¿Qué es ésto, señora mía?

ISABEL. Beatríz ¿estás viva?

BEATRIZ. Estoy
de mi inocencia amparada;
del cielo patrocinada;
á cuya Alba gracias doy,
que, contra Reales enojos,
tan seguro amparo envía.

REY. Apenas el alegría
permite el uso á mis ojos,
para novedad tan rara:

PEREIRA. No sale el alba tan bella,
cuando enamorado de ella,
el sol la afeita la cara,
como de la prisión sale
el prodigio de mi amor.

LUIS. Es ángel, dióla favor
el cielo de quien se vale.

REY. Yo, Beatriz, tendré más cuenta
desde este punto de vos,
que quien, sin temor de Dios,
os confiesa por parienta
y os hace obras de enemiga.

BEATRIZ. A la Reina, mi señora,
soy de la vida deudora,
y cuanto valgo; castiga
justamente y es razón
escarmentar y temer,
y en el dechado aprender
de su heroica discreción.

REY. Caballeros, la hermosura
premio del valor se llama;
quien á doña Beatriz ama,
y ser su esposo procura,
á la tala de Granada
mañana me he de partir;
méritos puede pedir
á su ventura y espada.
Qué el que con fuerzas bizarras
la vega mora corriere
y más cabezas trujere,
á doña Beatriz en arras
en el tálamo de amor,
ese será el preferido;
porque siempre el premio ha sido
de Marte, el honesto amor.

LUIS. Yo acepto esa noble empresa.

DIEGO. Ya sabe cortar mi espada
los granos de esa Granada.

PEREIRA. La experiencia portuguesa,
que en Africa se ejercita,
triunfará de esa nación.

P. GIRÓN. Soy amante y soy Girón,
amor y sangre me incita.

REY. (*Ap.*) ¡Ay, doña Beatriz hermosa,
sol eres, Icaro soy!

ISABEL. ¡Amor, socorro, que voy (*Aparte.*)
más corrida y más celosa!

ESCENA IV

Vanse y al entrar DOÑA BEATRIZ, *sale por otra puerta* MELGAR, *y llámale.*

MELGAR. ¿A mí sa doña Beatriz?
suplico á Visiñoría.

BEATRIZ. ¡Melgar!

MELGAR. Señoraza mía:
pon la pata, la raíz
de ese árbol, que á amor provoca
y te ofrece frutos ricos,
encima este par de hocicos,
pasearáste por mi boca.

BEATRIZ. Pues, Melgar ¿á dónde queda
vuestro señor y mi hermano?

MELGAR. Asentáronle la mano,
y aunque en lo blando era seda,
hasta el mandamiento quinto
le imprimieron en dos credos,
letras de un lustro de dedos
dejándole blanco y tinto
(sin ser vino) en un carrillo.
Dióselе doña Leonor,
en réditos de su amor,
que no pudiera sufrillo
(á ser otro) la ceñida.
Viendo, pues, su mal despacho
don Juan, ha dado en capacho
y muda de traje y vida.
De San Jerónimo es
Ermitaño, por lo menos.

BEATRIZ. Intentos, Melgar, tan buenos
dignos son de portugueses.

MELGAR. Como sin dueño he quedado,
y la ermitaña aspereza
no la abraza mi flaqueza,
(porque estoy desvencijado)
y si no me desayuno,
en amaneciendo Dios,
con media azumbre ó con dos
y un zoquete cuando ayuno,
luego me da la jaqueca,
háse venido á amparar
de Visiñiría, Melgar,
ya que don Juan vida trueca.

BEATRIZ. No está para gente honrada;
el mundo, (Melgar amigo)
paga mal.

MELGAR. También lo digo.

BEATRIZ. Ya yo estoy escarmentada,
como mi hermano.

MELGAR. Alto, pues,
no hay sino ser ermitaña.
Vámonos á una montaña;
que como tú en eso des,
yo seré en Sierra Morena
ventero, que cuenta pida
para enmienda de mi vida,
que allí hay culpas y no hay pena.

BEATRIZ. Melgar, yo os he menester.
La lealtad que habéis tenido
á mi hermano, he conocido

y no la queráis perder
conmigo; doña Leonor
pagó (cual veis) á don Juan:
los señores nunca dan
premio á servicios mejor.
La Reina doña Isabel
(que hasta en eso la ha imitado),
muy mal también me ha pagado;
está celosa y es cruel.
La vida me va en salir
de la corte, que en Toledo
y en un monasterio puedo
medrar mejor con servir
á quien paga de otra suerte.
Yendo en vuestra compañía
y en otro traje, podría
escaparme de la muerte,
con que la Reina amenaza
mi inocencia, sin razón.
La noche nos da ocasión
como vos sepáis dar traza,
para buscarme un vestido
de labradora, que aquí
no hay pocas.

MELGAR. Harélo así;
y de puro agradecido
(pues hace de mi confianza
Visiñiría) no quiero
con hablar ser lisonjero;
agrádame la mudanza.
Yo también, de labrador,
acompañando os iré;
que aunque guardaros sabré,
bodegas fuera mejor.

BEATRIZ. Vamos, pues; dareos dineros
para comprar los vestidos.
¡Deseos desvanecidos! *(Aparte.)*
á servir quiero poneros
con quien dé buen galardón
que aquí no os saben premiar.
Vamos que hemos de fundar
Orden á la Concepción,
donde segura sirvamos
á la que preservó Dios.

MELGAR. Andallo; de dos en dos
se me convierten los amos.

ESCENA V

Salen DOÑA ISABEL *y* DOÑA INÉS.

ISABEL. Doña Inés, no sé que diga:
mis celos averiguados
hacen mayor mi fatiga,
y el tenerlos no vengados
á nuevo pesar me obliga;
por otra parte, á clemencia
me mueve, al ver que los cielos
manifiestan su inocencia.

INÉS. Son, gran señora, los celos
contagiosa pestilencia.
Desterrar á quien la pega
y guardar ciudad ó villa
es medio que la sosiega.
Echa á Beatriz de Castilla,
pues á darte celos llega;
envíala á Portugal
que así viviréis segura.

ISABEL. Querer bien, se llama mal,
con que una loca hermosura
ha hechizado un pecho Real:
seguir tu consejo quiero;
saldrá esta noche de aquí
esta arpía por quien muero.

ESCENA VI

Sale el REY *y* DON ALVARO DE LUNA.—DICHAS.

REY. En la Reina descubrí
entrañas de duro acero.
Por que no la precipite
segunda vez su pasión,
es bien que se deposite
doña Beatriz.

ALVARO. La razón
lo aconseja y lo permite.

REY. En un Monasterio esté,
hasta que tomando estado,
paz á nuestra corte dé.
Amor, por razón de Estado,
desde agora os dejaré.

ISABEL. Rey y señor.

REY. No creyera
que tan cruel en extremo.
señora, el cielo os hiciera.
Amábaos antes, ya os temo:
cuanto hermosa sois severa.

ISABEL. Quiéroos mucho, estoy celosa.

REY. Por quitaros la ocasión,
(que ya en vos es sospechosa)
en un convento es razón
que esté vuestra prima hermosa.
Váyanla luego á llamar.
(Sale doña Inés.)

INÉS. Yo, gran señor, voy por ella.

ISABEL. Si la corte ha de inquietar
¿no será mejor tenella
donde se pueda escusar
lo que temo? Yo quería
á Portugal enviarla.

REY. Agravio nuevo sería,
por hermosa desterrarla,
y con ella el alegría
de mi corte. Brevemente,
(dándola esposo feliz)
cesará ese inconveniente.

INÉS. No se halla doña Beatriz.

REY. ¿Cómo es eso?

INÉS. Diligente
he preguntado por ella;
todo el cuarto he registrado
de las damas, y no hay vella.

ISABEL. Mi recelo confirmado
me avisa quien sabe de ella.

REY. Si del pasado suceso
es justo conjeturar,
vos, señora, la habéis preso;
que aun no advertís el pesar
que recibo.

ISABEL. ¡Bueno es eso!

REY. Ya es bien que vuestra crueldad,
(Isabel) modere enojos.
No hay que hablar, esto es verdad;

por quitársela á mis ojos
la quitáis la libertad.
Si sois cuerda no incitéis
mi enojo otra vez, señora.
(*Vuelve á entrarse* doña Inés.)

ISABEL. Disimulad; bien hacéis;
si bien mi pesar no ignora
que escondida la tenéis.
Deme nombre de cruel
Vuestra Alteza, pues le cobra
de esposa leal y fiel,
y ponga luego por obra
las promesas del papel.
Déla su mano y su silla,
que en mí se logra tan mal;
finezas haga en servilla
que, yéndome á Portugal,
podrá reinar en Castilla.

REY. Quejas tan sin ocasión,
desmientan vuestros desvelos;
y aunque diga la opinión
que no hay discreción con celos,
pues os sobra discreción,
usad de ella, con la estima
que mi persona merece;
y si la pena os lastima
de los celos que os ofrece
doña Beatriz, vuestra prima,
hacedla traer aquí,
ponedla luego en estado,
iráse al suyo, y así,
seguro vuestro cuidado,
no se agraviará de mí.

ISABEL. Vuestra Alteza no me dé
ocasión de que le pierda
el respeto. Yo no sé
de esa mujer, ni fuí cuerda
cuando viva la dejé.
Don Alvaro la tendrá,
por vuestra orden, escondida,
y por ella intentará
encumbrar más la subida
de la privanza en que está.
Pero á lunas semejantes
suele tal vez la ambición
precipitar las menguantes.

ALVARO. Basta, que estas quejas son
(señor) de participantes.
No sé yo en que haya ofendido
á la Reina, mi señora,
si ya el haberla servido
con el Reino, que la adora,
en mí delito haya sido.

REY. Mal sabéis aprovecharos,
Isabel, de mi paciencia.

ISABEL. A desengaños tan claros...

REY. Basta; sirva la prudencia,
señora, de sosegaros;
que cuando las ocasiones
del Reino (que Dios me dió)
para el gusto hallen razones,
soy don Juan segundo yo
y sé refrenar pasiones.
Por la vuestra y por mi vida
que doña Beatriz no está
por mi mandado escondida.
Cese vuestro enojo ya;
y á la verdad reducida,
sin ser cruel portuguesa,
pues sois Reina castellana,
templad rigores, pues cesa
la ocasión, y, más humana,
libremos á Beatriz presa;
que, yo os juro desde aquí
porque fenezcan enojos
(que viendo su copia os dí),
de no ocasionar mis ojos.
¿Estáis satisfecha así?

ISABEL. Estadlo vos, gran señor,
de que de Beatriz no sé;
que en fe de mi firme amor
á esos Reales pies pondré
todo mi enojo y rigor. (*Sale* doña Inés.)

INÉS. Sobre un bufete dejó
doña Beatriz, gran señora,
este papel que escribió
para Vuestra Alteza.

ISABEL. Agora
mi sospecha sosegó.

REY. Y agora si estoy culpado
ó no, sabréis.

ISABEL. Yo he tenido
causa de haber maliciado,
pesar de que os he ofendido
y premio de que os he amado.
(*Lee la* Reina *este papel.*)

«Sospechas de Vuestra Alteza, y desengaños míos (en tres días que estuve sepultada) me enseñaron los peligros de Palacio, pues al cabo de ellos, podré afirmar que resucité al tercero día. Ya, pues, que lo estoy determino huir segundos riesgos en la quietud de un monasterio; para mi propósito ninguno mejor que el de Santo Domingo el Real de Toledo, donde tengo parientas y noticia de la santidad con que se vive. Retírome á él sin licencia de Vuestra Alteza, por dificultad de alcanzarla; pero con la obligación perpetua de pedir al cielo toda mi vida prospere la de Vuestra Alteza y la del Rey, mi señor, en cuya compañía goce años felices esta Corona y después eterna, etc. *Doña Beatriz de Silva*».

ALVARO. Devota resolución.

ISABEL. Religioso atrevimiento.

REY. Tuvo bastante ocasión.
Vayan en su seguimiento
que, aunque alabo su intención,
cuando á ejecutarla intente,
es bien que llegue á Toledo
como á su estado es decente.

ISABEL. Perderéis celos el miedo,
pues está la causa ausente.

REY. Hoy me había de partir
á la tala de Granada;
y pues no hay que prevenir
y el rodeo es poco, ó nada,
por Toledo habemos de ir,
que quiero ser su padrino.

ISABEL. Favor del Rey tan cristiano;
mas queréis ser, imagino,
si aquí galán á lo humano,
devoto allá á lo divino.

REY. No hay estar libre de vos.

ISABEL. Mi nación es muy celosa;

y hay que temer de los dos.
REY. Beatriz, mujer tan hermosa
solo la merece Dios. (*Vanse.*)

ESCENA VII

De dentro SAN ANTONIO DE PADUA, *dice lo que se sigue, y siguiendo su voz salen* DOÑA BEATRIZ *y* MELGAR *de Pastores.*

ANTONIO. No huyas, Beatriz, espera;
que, aunque disfrazada finjas
lo que no eres, ya estás
por nosotros conocida.
BEATRIZ. ¡Ay, Melgar, perdidos somos!
La Reina, severa, envía
ministros que me dén muerte.
MELGAR. Pues á mí, ¿daránme guindas?
BEATRIZ. ¿Quién serán los que nos llaman?
¿Quién dió á la Reina noticia
de nuestro disfraz grosero
y mal concertada huída?
MELGAR. ¿Quién puede ser sino el diablo,
que anda conmigo estos días
de mala, porque no juego,
ni quiero decir mentiras?
BEATRIZ. Dos frailes de San Francisco
parecen.
MELGAR. En las capillas
y cordones, los conozco;
hace el diablo tropelías,
suele vestirse de fraile,
representarse á la vista
(como á Cristo) de ermitaño,
cuando á piedras le convida.
Atisbémosle las patas;
que á mí me dijo mi tía,
algo bruja, que el demonio
por más formas que ejèrcita,
no puede mudar los bajos,
porque quiere su desdicha
con pies de gallo calzarle
infernales zapatillas.
ANTONIO. Beatriz, aquieta tu suerte; (*Dentro.*)
no temas, nuestra venida
más es para consolarte
que para que te persigan.
MELGAR. En la venta se colaron.
BEATRIZ. Melgar, pues con tanta prisa
me están llamando, la Reina
darme muerte solicita;
á confesarme vendrán
para que esté prevenida
á la muerte, cuando lleguen
los ministros de sus iras.
MELGAR. ¿Y quién duda que también
el compañero me diga
(por ser yo tu motilón)
motilonas teologías?
Andábame yo en Italia,
de hostería en hostería,
embutiendo macarrones,
retocando fantecillas,
y trújome á ser, el diablo,
guarda damas de Castilla,
para que me bamboleen
de un almendro, junto á Olías.
BEATRIZ. Melgar, si Dios gusta de esto,
su voluntad es la mía;
la vida le doy gozosa
como con ella se sirva.
MELGAR. ¡Por Dios! yo contento, no
(¿de qué sirve hablar mentiras?)
Yo muero de mala gana,
porque soy una gallina.
Si es que Dios quiere llevarte
y alegre no le replicas,
yo sólo juré de hacerte
á Toledo compañía;
pero al otro mundo no,
que para él no se camina,
como en España, á caballo,
ni allá hay lacayos que sirvan;
fuera de que yo no anduve
esas partes en mi vida,
y si hemos de andar á pata
tengo una tacha maldita;
porque, si de legua á legua
no hay lugar, venta, ó ermita
donde la palabra moje,
me seco como una espiga.
Pues decir, hay taberneros
por esas esferas limpias,
no que allá van puras almas
y ellos aguando bautizan,
y como son agua todos
á penas suben arriba
cuando las nubes los llueven
y á cántaros se deslizan.
A vista estás de Toledo,
esta venta se apellida
de las Pavas; voy á echar
de comer á mi borrica,
y á acogerme antes que vengan
sayones de Tordesillas,
que por la Reina cohechados
la nuez moscada me aflijan.
Si preguntare por mí
esa frailada bendita,
y para que me confiese
disponen que me aperciba,
di que voy por una bula
á Toledo, ó á las Indias,
porque por ella me absuelvan;
y, adios, que estoy muy de prisa.
(*Vase.*)

ESCENA VIII

DOÑA BEATRIZ.

Si se ha llegado la hora,
Virgen, protectora mía,
de mi muerte, y las sospechas
celosas la Reina indignan,
disponedlo vos de modo,
sol del cielo, luz del día,
que, quedando en pie mi fama,
goce yo vuestras delicias.

ESCENA IX

Música, y en lo alto en medio del tablado San Antonio de Padua.—Dicha.

ANTONIO. Beatriz, no temas, sosiega;
Francisco de Asís (que imita
á Dios en vida y en armas,
pues se honra con sus insignias)
y yo que soy de Lisboa
hijo y Padre, cuya estima
dándome Padua su nombre,
á honrar entrambas me obliga,
somos los que te llamamos
no á que la muerte te aflija
sino á alentar los intentos
con que al cielo te dedicas.
Está tan lejos la Reina
de ser (Beatriz) tu homicida
que, viviendo largos tiempos,
has de tener muchas hijas.

BEATRIZ. Soberano portugués:
Hijas ¿cómo? ¿si, aunque indigna,
la pureza he profesado
que el virgen Dios tanto estima?
En fe de esto he de encerrarme,
con sus esposas divinas,
en Santo Domingo el Real,
si puedo, este mismo día.

ANTONIO. Virgen has de ser, y madre
que así (de algun modo) imitas
á quien siendo Madre y Virgen
á Dios que se humane obliga.
Y, porque el cómo no ignores,
escucha, Beatriz querida,
la propagación dichosa
que á la Iglesia ha de hacer mía.
La Aurora madre del sol,
la nave que de las Indias
trujo al mundo el pan celeste
por el mar de amar María;
en fe de que en el instante
feliz, que fué concebida
sin mácula de pecado,
por la prevención divina,
al eterno preservada
más que las estrellas limpias,
fundadora quiere hacerte
de una religión, que vista
lo blanco de su pureza,
lo azul del cielo á que aspiras.
Hay en el mundo y habrá
quien de su Majestad diga
que probó el mortal veneno
que causó su golosina.
No quiere Dios hasta agora
que este misterio defina
su Iglesia, que el cuándo sabe
reservado á su noticia.
Pero, como es hijo suyo
y parece cosa indigna
nacer de madre villana,
Rey, á quien las jerarquías
sirven de escabel y trono,
volviendo por su honra misma,
por la de su madre vuelve
y su devoción te fía.
De Santo Domingo el Real
saldrás á empresa tan digna
de la honra de su madre,
que, no en vano determina
que en Santo Domingo empiece
Religión que Dios fabrica
á la pura Concepción,
porque la honre su familia.
Tendrás mil contradicciones;
pero siendo defendida
por Fernando é Isabel
luz de Aragón y Castilla.

(Música; y en una silla carmesí, sentado á una parte, Sixto IV, Papa.)

Sixto cuarto de nuestro orden
(este que ves en la silla
de la popa de la Iglesia,
cuya nave sacra rija)
con apostólico celo,
orden te dará en que vivas,
y en el oficio y octava
de su inmaculado día.
Escribirá de su mano
las lecciones y homilías,
concediendo á sus devotos
indulgencias infinitas.
Volverán las opiniones,
contrarias á tu porfía,
desde aquí á doscientos años,
y la competencia antigua.
Mas, crecerá de manera
la devoción (ahora niña)
en nuestra dichosa España
de la Concepción Virgínea
que en Castilla y en Toledo,
Valencia, el Andalucía
y, en fin, en los pueblos todos
de estas bélicas provincias.
Los doctos, los ignorantes,
la vejez y la puericia,
con palabras y con obras,
con fiestas, con alegrías;
en cátedras, en sermones,
en prosas y en poesías,
confesará toda España
que fué el Alba concebida
sin pecado original,
para que en bronces se imprima.
Será patrón de esta causa,
por lo que medre en seguirla,
en fe de su mucho celo,
un Felipe; que la silla
gozará de los dos orbes
rigiendo en paz y en justicia,
un siglo por él dorado,
dos Españas y dos Indias.
Este trayendo en su pecho,
con toda tu Real familia
la Concepción en medallas
de diamantes guarnecidas,
del sucesor de San Pedro
Paulo quinto (esencia quinta
en santidad y prudencia,
piedad y sabiduría),
alcanzará un *proprio motu*
que las disputas impida.

(Al otro lado frontero de Sixto, *se descubrirá á* Paulo V, *del mismo modo; música.)*

Plumas, pláticas, sermones
de los que á la Virgen quitan
la gracia al primero instante,
su apacible rostro mira,
su devoción engrandece,
que éste eregirá capilla
augusta, para su encierro
que en prueba de su porfía,
de la Concepción se nombre,
siendo octava maravilla.
Rejuvenecerá España,
y en sus ciudades y villas
harán asombrosas fiestas.
Pero Toledo y Sevilla
se han de aventajar á todas;
aquélla por tener dicha
de ser casa de solar
de esta religión benigna,
y estotra por el Colón
que su Iglesia patrocina,
del Monte Santo en Granada
que en vez de oro, da reliquias.

(Más abajo á los dos lados, Toledo y Sevilla con sus armas: música.)

Toledo y Sevilla son
las dos que la fama pinta,
para que encumbres su nombre
y su bendición bendigas.

(Al lado derecho, más abajo, el Rey don Jaime *armado con capa de la Merced y una tarjeta de sus armas.)*

Aragón, también devota,
con dos Reyes autoriza
la verdad de este misterio,
en servicio de María.
Don Jaime el primero es éste
que á su Concepción dedica
la orden de la Merced,
porque cautivos redima,
en fe de que su patrona
jamás estuvo cautiva,
en la original prisión
que á cuantos nacen obliga;
por razón de la pureza,
de su célebre milicia
se viste el manto que ves
del candor que al alba envidia.

(Al lado izquierdo el Rey don Juan, *armado con otra tarjeta de las mismas armas.)*

El otro Rey es don Juan
el primero, la caricia
de sus vasallos, que esperan
dichosa paz con su vista.
Este en públicos edictos
á los rebeldes castiga
con destierros y rigores,
que esta devoción no sigan.

(En lo alto de todo, entre unas peñas, estará don Juan de Meneses *de Fraile Francisco, con una pluma en la mano, contemplando arriba en una imagen de la Concepción y un libro abierto y blanco en la otra, en que parece que escribe, y una águila que con el pico le tiene el tintero.)*

Tu hermano fray Amadeo
de la Religión francisca,
cuyo hábito le consagra,
sol que la gracia ilumina,
en San Pedro de Montorio
penitente se retira,
donde, como á Juan en Patmos,
el cielo le comunica
visiones, de asombro llenas,
porque por ellas escriba
la limpieza de la Aurora
que vió el tierno Evangelista,
y un segundo Apocalipsis,
cuyas sacras profecías
siendo freno á pecadores,
den á España maravillas.
No ha de haber Orden sagrada
sino una (en cuantas militan
en el gremio de la Iglesia)
que esta devoción no admita.
¡Ea, fundadora noble!
á Toledo el paso guía,
para que esta Orden comience
por doña Beatriz de Silva.

(Música y desaparece todo.)

BEATRIZ. Milagroso lusitano,
¿por qué con tu ausencia eclipsas
luces que mi fe alentaron?
Oye, Antonio, espera, mira.—
¿Es esto verdad ó sueño?
Pero no, Virgen benigna:
¡Viva vuestra Concepción
y quien la defienda, viva!

ESCENA X

Sale MELGAR.—DICHA.

MELGAR. Albricias pido, eche mano,
señora doña Beatriza,
el Rey y la Reina vienen
tras nosotros, deme albricias.
Ibame yo en mi jumenta;
encontrélos que venían
á Toledo; conocióme
en la tal fisonomía
don Pedro Pereira, y luego,
prendiéndome la justicia
me preguntaron á dónde
por mi causa te retiras.
Negábalo, desmintióme
hasta la jumenta misma,
porque rebuznó al instante.
Yo, hincado el par de rodillas,
con más miedo que vergüenza,
desbuché cuanto sabía,
porque secretos guardados
dicen que dan mal de tripas.
Apeáronse en la venta,
y la Reina (no con ira,
sino toda gozo) á verte
manda que todos me sigan.
Pero hételos unos y otros,
Rey y Reina.

ESCENA XI

Llegan los REYES *y todos los* CABALLEROS *en traje de camino.*—DICHOS.

REY. ¡Beatriz!
ISABEL. ¡Prima!
¿Así olvidáis nuestra corte?
BEATRIZ. Temí el veros ofendida:
dadme esos augustos pies.
REY. Alabanzas os doy dignas
de vuestra elección heroica.
ISABEL. Yo gusto que se prosiga.
REY. Vamos, Beatriz, á Toledo,
que no hay quien no tenga envidia
al estado que escogéis.
GIRÓN. (*Aparte.*) Ya mis celos se mitigan.
PEREIRA. Nadie á Beatriz me quitara
sin quitarle yo la vida.
Mas con Dios no hay competencias;
sólo es Beatriz de Dios digna.
REY. A Santo Domingo el Real
avisen nuestra venida.
ISABEL. Hermosa rústica hacéis.
BEATRIZ. En mí lucen groserías.
ISABEL. Volved, prima, á vuestro traje,
y en mi coche y compañía;
venid, seremos las dos,
desde agora, muy amigas.
BEATRIZ. Esclava de vuestra alteza
tengo yo por mayor dicha.
MELGAR. Avecíndome en Toledo
que hay en él bellas vecinas.
Tejer terciopelos sé,
en el arrabal alquilan
telares, tornos y casas;
trabajar es cosa rica.
Será Melgar tejedor,
irá y vendrá cada día
al Real Monasterio á ver
la nuestra doña novicia;
serviréla de andadero
y pasaráse la vida,
tejiendo en telares sedas,
y en el convento mentiras.
P. GIRÓN. Para la segunda parte,
senado ilustre, os convida
el autor con lo que falta
de esta historia peregrina.
La fundación, los milagros,
regocijos, alegrías
de la Concepción, y muerte
de doña Beatriz de Silva.

COMEDIA FAMOSA

TODO ES DAR EN UNA COSA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA (1)

Gonzalo Pizarro.
Don Alvaro Durán.
Doña Margarita.
Doña Beatriz,
Don Francisco.
Carrizo, *pastor*.
Crespo, *idem*.
Bertol, *idem*.
Pulida, *pastora*.
Men García, *viejo*.
Don Rodrigo, *idem*.
Don Francisco Cabezas.
Don Martín.
Hernando Cortés.
Un maestro.
Un paje.
Pizarro, *muchacho*.
Un pagador.
Un capitán.
Robledo, *soldado*.
Tres pastores.
Quirós, *soldado*.
Isabel, *reina*.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Sale Doña Margarita *leyendo un papel.*

(*Lee.*) «Dos intérpretes, señora,
de diversa calidad,
sirven á la voluntad
en favor del que os adora.
Amor, que en los ojos mora,
tal vez con ellos anima;
á quien secretos estima
la lengua los manifiesta;
con tierna claridad ésta,
los otros con dulce enigma.
Hállome favorecido,
en los vuestros cada instante,
que su luz gozo delante,
y juzgo que soy querido:
pero aunque en ese sentido
amor su esfera eligió,
pues por los ojos entró,
siempre en ellos advertí
puertas que le admitan, sí,
lenguas que le expliquen, no.
No usurpen ageno oficio,
que se quejará la lengua
de que sufráis que en su mengua
tiranicen su ejercicio.
Mirad que en mi perjüicio
desdichas entre venturas
buscan claridad á obscuras,
y que siempre que ojos leo
favores que deletreo
estriban en conjeturas.
Palabras han de explicar
el alma de un bien querer,
que querrá la lengua ver,
si quiere la vista hablar.
Esta noche den lugar

(1) Figuran además en la comedia Cerezo, *pastor;* dos soldados y un criado.

á estilos más verdaderos;
merezca yo, si no veros,
oiros y ahorrar de enojos,
porque andar descifrando ojos
es hablar entre extranjeros».—
Dice don Alvaro bien;
que por los ojos amor
habla, mas es por mayor:
con gusto los míos le ven,
pero nunca se ha atrevido
á dar al recato enojos
la lengua, que de los ojos
el lenguaje es permitido,
aunque difícil y oculto,
y el alma acostumbra hablar
por la lengua á lo vulgar,
mas por la vista á lo oculto.

ESCENA II

Sale DOÑA BEATRIZ *leyendo este papel.*—DICHA.

BEATRIZ. *(Lee.)* «Si en ausencia padecemos,
gloria en presencia tengamos,
que el tiempo que malogramos
hará el tiempo que lloremos.»
MARGAR. *(Ap.)* ¿Qué es esto? ¿Hasta en el leer
papeles doña Beatriz
quiere imitarme?
(Guarda doña Margarita *su papel en la manga.)*
BEATRIZ. *(Ap.)* ¡Feliz
ingenio! ¡Qué encarecer
tan sazonado y discreto!
No sé apartar de los ojos
sus letras, tiernos enojos,
quejas de amor con respeto,
aunque sentido, templado.
MARGAR. ¿Hermana?
BEATRIZ. ¡Mi Margarita!
MARGAR. Tristeza que se limita
con versos, no es de cuidado.
¿Cuyos son los que encareces
y ponderativa alabas?
No ha un hora que triste estabas;
enfermas y convaleces
brevemente. No es crüel
mal que tan presto se pasa,
ni hará mucha costa en casa
su cura, siendo un papel.
BEATRIZ. ¿Es eso reñirme?
MARGAR. Es esto
prevenir riesgos.
BEATRIZ. ¿De qué?
MARGAR. Amor, que cerradas ve
puertas, donde el gusto ha puesto,
dicen que, en lugar de llave,
suele abrirlas con papeles,
porque á pesar de canceles
¿por dónde un papel no cabe,
y más versificador,
que es dos veces sospechoso?
BEATRIZ. Y en ti título forzoso
jugar de hermana mayor.
No perderás tu derecho
por un reino.
MARGAR. Está sin madre
esta casa, y nuestro padre
de mí confianza ha hecho.
Lloverá sobre mí el daño
que en ti disculpado deja
tu edad.
BEATRIZ. Sí, que eres muy vieja;
aún no me llevas un año.
Olvida temas prolijas,
así Dios te guarde, ó di
que ensayar quieres en mí
cómo has de criar tus hijas,
cuando casadas las tengas.
Estos versos que leía
no los hizo á instancia mía
(por maliciosa que vengas)
su autor, ni á contemplación
de cosa que le desvele
en mí. Muchas veces suele
ya el ocio, ya la ocasión
reparar en lo primero
que encuentra. No sé qué alhaja
en una excusabaraja
buscaba, y el lisonjero
papel (por tal desechado)
hallé, donde envueltas vi
de seda verde y turquí
tres madejas.
MARGAR. En lo ajado
se echa de ver lo que dices,
y más en lo que encareces
su estilo, que esas dobleces
(cuando no le solemnices)
muestran que deben de ser
de la seda que envolvías,
cuando, sin verme, decías
suspensa: «¡qué encarecer
tan sazonado y discreto!»
BEATRIZ. ¿Pues de eso tu desvarío
podrá colegir que es mío?
¿O es justo que por respeto
de que para mí no viene
no alabe yo la sazón
de su estilo y discreción?
Anda, hermana, que te tiene
la envidia loca.
MARGAR. Sí hará.
«No sé apartar de los ojos
sus letras, tiernos enojos.»
Beatriz, acabemos ya.
Si intentas satisfacerme,
con dejármele leer
podré en sus cláusulas ver
si amor en ti vela ó duerme.
No viniendo para ti,
¿qué te importa?
BEATRIZ. El estimarme
tú en poco. Quiero vengarme
de tus malicias así.
(Quiere rasgarle, y cójesele Margarita.)
MARGAR. Eso no, no has de rasgarle
antes que yo llegue á verle.
BEATRIZ. Perderé por no perderle...
MARGAR. ¿Qué? Si vuelves á cobrarle.
Suelta, necia.
(Métesele Margarita *en la manga.)*
BEATRIZ. No porfíes,

ni á villana correspondas,
que aunque en el alma te escondas,
te le he de sacar: ¿te ríes?

MARGAR. Pues ¿qué he de hacer? ¿Enojarme?
Tengo yo más sufrimiento.

BEATRIZ. Yo no. Con tu atrevimiento
luego habías de dejarme
sin él y llevártele, ¿eh?
¡Qué donoso frenesí!

MARGAR. Tenme respeto.

(*Tira* Beatriz *del lenzuelo que cuelga de la manga de* Margarita, *y cáesele el papel que ésta venía leyendo, y cójele* Beatriz.)

BEATRIZ. ¿Yo á ti?
sé cuerda y te le tendré.
Cayóse y cobréle.

MARGAR. (*Ap.*) (¡Ay, cielo!
que es el mío). Hermana, mira
que ese que llevas...

BEATRIZ. Me admira
que le deba yo á un lenzuelo
lo que tú tiranizabas.

MARGAR. Oye, rómpele primero
que te vayas.

BEATRIZ. Ya no quiero.

MARGAR. ¿Pues antes no le rasgabas?

BEATRIZ. ¡Válgame Dios! ¿Qué te importa,
Margarita, este papel,
que tal inquietud por él
tienes contigo? Reporta
la sospecha que te incita,
que el dueño que le escribió
jamás de ti se acordó.

MARGAR. ¿No, Beatriz?

BEATRIZ. No, Margarita.

MARGAR. ¡Ay, qué engañada que estás!

BEATRIZ. ¿Luego de mí tienes celos?

MARGAR. No son esos mis desvelos.

BEATRIZ. ¿Pues?

MARGAR. Abrele y lo verás.

BEATRIZ. (*Lee para sí.*) ¡Ay! no es mío este papel.

MARGAR. ¿Ves si se acordó su autor
de mí?

BEATRIZ. ¡Bueno es tu rigor!
Respetaréte por él;
repréndeme como sueles;
vuelve á decirme muy grave
que el amor en vez de llave
abre puertas con papeles.
Hipócrita de á dos haces,
uno obras, y otro publicas:
á lo fariseo predicas,
que dices lo que no haces.

MARGAR. Basta, Beatriz, que sospecho
que has perdido...

BEATRIZ. «Está sin madre
esta casa, y nuestro padre
de mí confianza ha hecho:»
¡bien lo que tiene en ti sabe!

MARGAR. ¿Cuándo tú así hablarme sueles?

BEATRIZ. «Porque á pesar de canceles,
¿por dónde un papel no cabe?»
¡Y qué cierto! ya lo ves;
probaste lo que has propuesto.

MARGAR. ¿Estás loca?

BEATRIZ. «No, que es esto
prevenir daños.»

MARGAR. Ea, pues,
baste, hermana, el cordelejo,
que yo me doy por vencida.
Un modo de estado y vida,
seguimos, pendencias dejo;
acábense en amistad,
que si amor es nuestro Dios,
no es bien riñamos las dos
siendo de una facultad.

BEATRIZ. ¡Qué de ello ha si tú quisieras
que esto estuviera ya en paz!

MARGAR. No te juzgué tan capaz
que amaras con tantas veras;
pero quien tan bien defiende
prendas que el amor le da,
el grado merecerá
que en su escuela se pretende.
Tu tercera quiero ser,
si tú admites serlo mía.

BEATRIZ. Decirte de no quería,
mas perdonar es vencer.
Comunicarte deseo
secretos que ya te fío.
Repasa este papel mío
mientras que yo el tuyo leo;
contarémonos después
las dos nuestras aventuras.

MARGAR. Así estarán más seguras.
Va de versos.

BEATRIZ. Vaya, pues.

(*Lee* doña Beatriz *para sí un papel, y* doña Margarita *en voz alta el otro.*)

MARGAR. (*Lee.*) «Vulgar experiencia alcanza
quien tiene por opinión
que es muerte la posesión
de su madre la esperanza.
Yo, mi bien, que la mudanza
tengo por fallido empleo,
cuando en posesión me veo
vuelvo de nuevo á esperar
lo que tengo de gozar,
y poseyendo deseo.
La voluntad, que liviana,
no es igual á la que os doy,
no ve que lo que goza hoy
lo ha de apetecer mañana.
Poseí la soberana
belleza que solicito;
porque olvidarla es delito,
y porque amor, siendo Dios,
no tiene límite en vos,
sino asomos de infinito.
Siendo esto así, el dilatar
será, Beatriz, padecer;
vuélvaos mi fe á poseer,
porque os vuelva á desear.
Ventura, tiempo y lugar
donde vos sabéis tenemos.
Si en ausencia padecemos,
gloria en presencia tengamos,
que el tiempo que malogramos
hará el tiempo que lloremos.»

(*Acaban de leer una y otra.*)

¡Posesión, Beatriz! ¿qué es esto?

BEATRIZ. Llámanse conformidades
de gustos y voluntades
que amor y el cielo han dispuesto;

posesión, por el derecho
que tiene el galán ó dama
en la voluntad que ama.

MARGAR. No, hermana. ¡Ay, cielo! ¿qué has [hecho?

BEATRIZ. Entregarle las potencias
del alma, que el cuerpo no.

MARGAR. Quien tiempo y lugar halló
para tales evidencias,
mal se vendrá á contentar
con el alma al encenderse;
que ésta para poseerse
no necesita lugar,
que no le ocupa, Beatriz,
el espíritu.

BEATRIZ. ¿Aún porfías?
Yo no sé filosofías;
esto es verdad.

MARGAR. Más feliz
es tu amante que fué el mío,
que él en mis ojos ver pudo
mi amor sólo, honesto y mudo,
y aun de ellos no le confío.
Plegue á Dios...

ESCENA III

DICHAS, *y un* CRIADO.

CRIADO. Mi señor llama.

BEATRIZ. ¿A quién?

CRIADO. A vuesa merced. *(Vase.)*

BEATRIZ. Desear, es tener sed.
Direte después quién me ama
y honestamente desea
lazos de un amor constante,
y tú me dirás tu amante.

MARGAR. ¡Quiera el cielo que no sea
perdición de nuestra casa!

BEATRIZ. Anda, incrédula, que amor
cuando es padrino el valor,
las almas, no la honra abrasa. *(Vase.)*

ESCENA IV

DOÑA MARGARITA.

Culpaba desenvolturas
de solos mis ojos yo,
cuando mi hermana logró
palabras y coyunturas.
¡Válgame Dios! ¿quién será
este amante poseedor,
ó quien terciando en su amor
á la ocasión se la da
para que se vean los dos?
Mas ¿qué pregunto si sé
que amor espíritu fué
invisible, porque es Dios,
y que cuando á un alma abrasa
y introduce sus enojos,
entrándose por los ojos
mejor podrá entrarse en casa?
Basta, que es ya poseer
en Beatriz, lo que hasta aquí
fué sólo mirar en mí.
Quiero volverle á leer.

(Sale don Alvaro, *y llégase sin ser visto por las espaldas de* Margarita, *que está leyendo el papel.)*

ESCENA V

DOÑA MARGARITA *y* DON ALVARO.

ALVARO. *(Ap.)* Leyendo está mi papel.
Veré (pues no me ha sentido)
si le alaba.

MARGAR. *(Ap.)* ¡Qué entendido!
Mil sales vienen en él.

ALVARO. *(Ap.)* ¡Ay, cielos! letra es agena.
Sospechas ¿á los umbrales
salís? ¿papel con mil sales,
y no mío?

MARGAR. *(Ap.)* Dame pena
esto de la posesión.

(Lee el papel para sí don Alvaro, *detrás de* doña Margarita.)

ALVARO. Mis desdichas en él leo,
y entre desengaños veo
lo que las mujeres son.
Que la posesión la da
pena, dice mi homicida,
luego ya está poseída,
luego aborrecióme ya.
¿Qué dudo, si por escrito
lo ve mi pasión tirana?

MARGAR. *(Lee.)* «Poseí la soberana
belleza que solicito.»

ALVARO. *(Lee.)* «Ventura, tiempo y lugar
donde vos sabéis tenemos.»

MARGAR. Honra inútil, ya podremos
vuestra pérdida llorar.

ALVARO. *(Ap.)* Tarde el Santelmo ha llegado
de vuestro conocimiento.
No tienen merecimiento
las lágrimas en pecado;
quien no supo prevenirse
con imprudencia las vierte,
porque después de la muerte
no vale el arrepentirse:
muerto el honor, pena es vana.
Gente sale. Pues no he sido
de quien me ofende sentido,
retirarme quiero.

(Entrase, y quédase escondido.)

ESCENA VI

DOÑA MARGARITA. *Sale* DOÑA BEATRIZ.

BEATRIZ. Hermana,
Gonzalo Pizarro está
con mi padre. Si te agrada
verle (pero interesada
eres no poco, sí hará)
ven, porque en él consideres,
cuando desdenes asombres,
el Aquiles de los hombres,
el Paris de las mujeres.

MARGAR. ¡Válgame Dios! no te cabe
en la boca. ¿Qué intereso,
cuando venga á ser todo eso,
en verle yo?

BEATRIZ. Dios lo sabe.
No te pesa que hable en él,
que ya yo ví, ansí te goces,
que le alabas y conoces.

MARGAR. ¿Yo?

BEATRIZ. Dígalo este papel.

MARGAR. ¿Pues es suyo?

BEATRIZ. Acaba ya:
¿fingimientos tú conmigo?
Si tienes ese testigo
donde eslabonando está
finezas que alegre leas,
¿por qué fingida me engañas,
ni por qué su nombre extrañas
cuando en él te saboreas?

MARGAR. ¿Yo en él?

BEATRIZ. En su estilo tierno.
¡Qué bueno anda nuestro honor!

MARGAR. Conforme le muestra amor
ya le sueña padre yerno. *(Vanse.)*

ESCENA VII

Sale DON ALVARO.

Fenecieron ya sospechas
á manos de certidumbres;
lo que dudaban vislumbres
ven verdades satisfechas.
Mintieron en Margarita
ojos, donde se asomaron
lisonjas que me engañaron,
porque amor mal se acredita
en sus niñas, que livianas,
cuando esperanzas concierta,
franqueando á otro la puerta
desmienten por las ventanas.
Gonzalo Pizarro es yerno
de casa: así le llamó
doña Beatriz; poseyó
galán, entendido y tierno;
fué estudiante, graduóse
en escuelas de discreto;
Ya es soldado, y al respeto
de Marte, Venus rindióse.
Su industria y mi negligencia
le amparan la posesión,
cuando sólo tengo acción
en los ojos. Competencia
contra quien en ella está
no me promete sosiego;
pero, en fin, amor es ciego,
y á ciegas sentenciará.
¡Vive Dios, que he de vengarme
en él de quien me agravió!
En sus ojos tuve yo
derechos para ampararme.
Si es valiente, mis desvelos
desmentirán su partido,
que nunca sale vencido
amor que riñe con celos. *(Vase.)*

ESCENA VIII

Salen DON FRANCISCO CABEZAS, *viejo, y* DON GONZALO, *soldado, muy galán.*

FRANCISCO.

En fin, Gonzalo, malograstes cursos
que en Salamanca os prometían el grado,
con que honran estudiosos sus concursos.

GONZALO.

Plumas gastan el sabio y el soldado:
uno en papel, el otro en el sombrero.
No me llamó mi estrella á ser letrado.
Condena á muerte un juez, en paz severo,
y si con una pluma afrenta y mata,
¿cuánto es mejor fiársela al sombrero?
La juventud que entre las hojas trata
de los libros que estudia, las que afila
Toledo, siempre á las hazañas grata;
mientras el tiempo la vejez jubila,
se emplea en travesuras y lecciones,
porque en ambas sus gustos recopila.
Ocasionaron las oposiciones
de dos cátedras vacas competencias,
que hay poco de cuestiones á cuestiones.
Vizcaya (siempre amiga de pendencias)
saliendo á rotular Extremadura,
una noche propuso resistencias;
mas yendo con nosotros la ventura,
si no el valor, que no soy arrogante,
dando la muerte á tres nos asegura.
Murió entre éstos un célebre estudiante,
hijo del Secretario que más priva
con nuestro Enrique cuarto, y fué bastante
su sentimiento á que el Consejo escriba
despachos criminales, que comete
á un juez pesquisidor, un peste viva.
Este á fuego y á sangre á saco mete
culpados é inocentes, porque avaro
tenía la ocasión de oro del copete.
No valieron con él ruegos, no amparo:
destierra, echa á galeras y ajusticia
á diestro y á siniestro sin reparo.
Huyeron el rigor de su avaricia
muchos, y yo con ellos, al sagrado
que halló la juventud en la milicia.
Halléme en rebeldía condenado
á cortar la cabeza; mas ¿qué importa,
si gozo privilegios de soldado?
En fin, mientras cabezas el juez corta,
los hábitos repudio, galas visto,
y el parche sigo, que al valor exhorta.
Llego á Valladolid, y en él me alisto
en favor de mi rey, que despojado
de su silla, á rebeldes es mal quisto.
En Avila se había coronado
el Infante, su hermano (simple mozo),
instando sola la razón de estado.
La ambición é interés (mortal destrozo
del gobierno) y la paz se disfrazaban
en traje de lealtad: ¡civil rebozo!
Dejo en silencio los que conspiraban
contra su rey y lo que pasó en esto,
que los nobles no injurian, sino alaban.
Leal seguí el partido más honesto,
á imitación de los Mendozas todos,

y la mayor nobleza, que hasta en esto,
abominando los injustos modos
con que se vió sin reino nuestro Enrique,
mostraron ser reliquias de los godos.
No queda Osorio ilustre, no Manrique,
Arellano, Velasco y Acevedo
que á la lealtad la vida no dedique;
los Alvarez famosos de Toledo,
los Cuevas de Alburquerque, y cuantos leales
la batalla vencieron junto á Olmedo.
Halléme en ella, honrándome señales
de alférez que adquirí, si no hazañoso
afortunado siempre en riesgos tales.
Murió el intruso rey de un presuroso
accidente mortal (Alfonso digo,
engañado mancebo, no ambicioso):
sus cómplices temieron el castigo,
y con Enrique, en fin, reconciliados,
padre le aclaman, si antes enemigo.
Volvieron á triunfar siglos dorados,
colgó arneses la paz, y en pretensiones
libraron sus servicios los soldados.
Yo, señor don Francisco, que en lecciones
seis años, y uno y medio en la campaña,
ya seguí las escuelas, ya pendones,
mientras respira sosegando España,
vuelvo á Trujillo, noble patria mía,
por ver si la amistad el ocio engaña.
Parecióme que en ella no cumplía
con lo que os debo no viniendo á veros,
si bien tardanzas disculpar podría
con estorbos precisos.

FRANCISCO.

Reprenderos
debiera con razón, pero ha ya un año
que esta ciudad, dichosa en poseeros,
otra vez os gozó: ¿conmigo extraño?
mas ¿cuándo no causaron las vejeces
la verde juventud, hermoso engaño?
Vedme, señor Gonzalo, muchas veces,
y acordaos más de mí, si sois servido,
que aún tengo vivas yo vuestras niñeces:
el verdadero amor que os he tenido
es de padre, esto es cierto.

GONZALO.

El cielo os guarde,
que yo lo estoy de lo que os he debido,
y haré de estos empeños fiel alarde
siempre que de vos fuere ejecutado.
Dadme licencia.

FRANCISCO.

Ya parece tarde:
vaya con vos una hacha.

GONZALO.

No la he usado,
y es temprano, auque noche.

FRANCISCO.

Con todo eso.
¡Hola! *(Llama.)*

GONZALO.

No ha de ir conmigo.

FRANCISCO.

¿Ni un criado?

GONZALO.

No hay que hablar. Vuestras manos, señor, [beso.

FRANCISCO.

Hágaos, Gonzalo, Dios un gran soldado.
(Vase.)

ESCENA IX

DON GONZALO: *después* DON ALVARO.

GONZALO. A mi Beatriz vi al entrar
y suspendióme de suerte,
hermosa, que si lo advierte
su padre, pudiera hallar
en los ojos de los dos
mi amor y su agravio escrito:
pero amor no hace delito,
que á hacerle no fuera dios.
(Sale don Alvaro *rebozado.)*
En la mitad de la calle
parece que un hombre está
embozado. ¿Qué querrá
á tal hora y en tal calle?
¡Ah, caballero! ¿Podremos
pasar?
(Don Alvaro *con la espada desnuda al pecho.)*

ALVARO. Podréis por aquí.

GONZALO. Jamás sin causa reñí.
Templaos y no alborotemos
vecinos. ¿Sabéis quién soy?

ALVARO. Sé que fuisteis Licenciado,
y en licencioso habéis dado,
después que informado estoy
que os atrevéis al respeto
del que gobierna esta casa;
sé el incendio que la abrasa
por vos, y sé, que indiscreto,
alegando posesiones
(que las guardara mejor
el silencio) usurpador
sois de antiguas pretensiones
con más derecho adquiridas,
y más cordura calladas,
de quien amáis estimadas
y hasta aquí correspondidas,
puesto que, como estudiante,
de engaños os amparéis
y mentiras blasonéis
como soldado arrogante.
Porque el papel que escribísteis
(y su dueño me entregó,
quejosa de vos) sé yo.
que es falso y que le fingisteis
para dar celos con él
á hermosuras que engañáis.
Si con la espada firmáis
lo que mintió el tal papel
y reñís ocasionado,
ya lo estáis, satisfaceos
con obras, no con deseos.

GONZALO. Relación falsa os ha dado
la que mi papel os dió
y en quien debéis de tener
(si os llega á satisfacer)
más jurisdicción que yo.

La antigüedad os concedo
que alegáis en su servicio;
porque yo soy tan novicio
en su pretensión, que puedo
afirmaros que no ha un año,
puesto que le falte poco;
creíla, que amor es loco,
y la mujer nuestro engaño.
Si ella mi papel desmiente
y á vos crédulo os halló,
¿qué perderé en eso yo?
Sólo hay un inconveniente
que mal os tiene de estar,
y es, que os haya dado aviso
de secretos, con que quiso
la industria disimular
lo que la fama atropella;
y si fué fácil conmigo,
no he de permitir testigo
que viva para ofendella:
soislo ya vos, y en rigor,
puesto que mudable fué,
así sepultar podré
menoscabos de su honor. *(Riñen.)*

Alvaro. *(Dentro.)* ¡Muerto soy! ¡Jesús mil veces!

Gonzalo. Así, mudable, sepulto
liviandades de tu insulto,
puesto que no lo mereces.
Consuela, aunque no avisada,
olvidos de aborrecida,
desprecios de poseída,
mas con créditos de honrada. *(Vase.)*

ESCENA X

Salen Carrizo, Crespo, Bertol *y* Pulida, *pastores.*

Pulida. El ha de ser escribén
ó sobre eso...

Carrizo. ¡Dalle, dalle!
Polida, vos lleváis talle
de alguna tunda. No tien
de ser, si macho parís,
escribén. Mira, Polida,
que el crergo tien buena vida.

Pulida. ¿Por qué?

Carrizo. Porque está en un tris
de ser cura de Garcias,
y aun de obispar en Meajadas.

Pulida. Tomad para vos, si á osadas,
no lo verán vuesos días.
(Dale cuatro higas.)
Escribén será, ó sobre eso
morena.

Carrizo. Mirad, Polida...

Pulida. O no parirlo en mi vida,
ó escribén.

Carrizo. Tened más seso,
ó yo os juro á non de Dios
que os cueste la paridura...
el mochacho ha de ser cura.

Pulida. Malos años para vos.
El diabro me lleve, amén,
por más que deis en reortir,
que ogaño no he de parir
en no héndole escribén.

Carrizo. Mas que nunca lo paráis,
porque no ha de ser; sí, cura,
que con una hisopadura
coma y cene: no me hagáis...

Bertol. ¿Sobre qué estáis altercando?
¿Sabéis vos lo que ella tien
en el vientre?

Pulida. A un escribén.

Bertol. ¿Pues de do lo váis sacando?

Pulida. ¿De do? Siéntole dar vueltas
de día y de noche.

Bertol. ¿Pues bien?...

Pulida. Luego ha de ser escribén
quien mis tripas trae revueltas.
Desque preñada me siento
se me antoja levantar
testimuños y arañar
cuanto topo: en todo miento,
y en cualquiera falsedad
si se conciertan conmigo,
á cuantos lo dudan digo:
yo doy fe de que es verdad.
Un proceso sé esconder
un mes por menos de un cuarto:
si es tramposo antes del parto,
¿después de él qué vendrá á ser?

Carrizo. No nos andemos cansando:
crergo tien de ser, Polida,
que, en fin, ganan la comida
lo más del tiempo cantando.
Catá, que os dará un puñete
que os haga...

Pulida. ¿Qué me heis de hacer?

Carrizo. Apenas le veo nacer
cuando le encajo el bonete.

Pulida. Pues no le pariré yo.

Crespo. ¿Hay riña más extremada?

Bertol. ¿Y si estáis de hija preñada?

Carrizo. ¡Malos años! eso no.
La primera condición
con que nos casamos hué
que cada que en cinta esté
ha de parirme un garzón.

Pulida. Por eso no quedará,
que ayer el cura me dijo:
¡ay, Polida! os bulle un hijo.

Carrizo. ¿Veislo? pues cura será.

Pulida. Luego el escribén también
con la mano me tentó,
y al punto el rapaz saltó:
luego ha de ser escribén.

Carrizo. No en mis días.

Pulida. Sí en los míos.

Carrizo. ¡Dalle, tijeretas, dalle,
Polida!...

Pulida. ¡Carrizo...

Carrizo. Talle
lleváis...

Crespo. Dejad desvaríos.
¿No es locura que riñáis
por lo que está por nacer?

Pulida. Escribén tiene de ser,
ó lo tengo de abortar.

Carrizo. *(Va para ella.)* No tien de ser sino cura.

Bertol. Teneos.

Carrizo. No puedo sofrillo.

Pulida. O escribén, ó malparillo.

CARRIZO. Yo os sacaré la criatura
por el cogote.
PULIDA. Llegá.
CARRIZO. ¿Que llegue? Verá si llego. *(Dala)*.
PULIDA. ¡Ay, del rey!
CARRIZO. ¡Mas que os despego
la escribanura!
CRESPO. ¡Arre allá!
Teneos, Carrizo, Polida.
CARRIZO. Crergo ha de ser si sopiese.
PULIDA. Escribén, aunque os repese.
CARRIZO. Dejádmela dar.
PULIDA. Por vida
de esto que acá me rebulle,
si os llegáis, que he de sacaros
los ojos y rastrillaros
la cara.
CARRIZO. Aunque más barbulle
el tema que loca os tien,
he de salir con la mía.
PULIDA. ¡Mas nonada!
BERTOL. La porfía...
CARRIZO. Crergo dije.
PULIDA. Yo escribén.

ESCENA XI

DICHOS *y* CEREZO, *pastor.*

CEREZO. ¿Qué esto, Carrizo? ¿estáis
sin seso? Dejad extremos
y ved que en casa tenemos
al amo viejo: ¿no vais
á darle la bienvenida?
CARRIZO. ¿Quién?
CEREZO. Don Francisco Cabezas,
y con él las dos bellezas
en que remoza su vida.
Apeáronse de un coche
en este instante los tres
y hicieron sacar después
á un mancebo, que esta noche
diz que hirieron en Trujillo,
y casi á la muerte está.
CARRIZO. ¿Pues á qué le traen acá?
CEREZO. Eso no pude advertillo;
mas ellos, en fin, acaban
de apearse, y preguntó
el viejo por vos.
CARRIZO. Pues vo.
BERTOL. ¿No pudieran, si pensaban
trasnochar, darnos aviso,
y tovieran que cenar?
CEREZO. ¿En la Zarza han de faltar
conejos?
CARRIZO. Tan de improviso
y casi al amanecer,
¿qué mucho que no los haya?
CARRIZO. ¿Vo á verlos?
PULIDA. Vaya ó no vaya,
escribén tiene de ser.
CARRIZO. ¡Oh! ¡Qué pan como unas nueces
se os apareja!
CRESPO. ¿Hay locura
semejante?
PULIDA. Escribén.
CARRIZO. Cura.
PULIDA. Escribén quinientas veces. *(Vanse.)*

ESCENA XII

Salen DON FRANCISCO *y* MEN GARCÍA, *viejo.*

FRANCIS. El crédito que de vos
tuve siempre, Men García,
fiándoos la hacienda mía,
me obliga á que entre los dos,
quedando mi honor seguro,
os comunique secretos
que necesitan discretos
consejos, y los procuro
de vuestra larga experiencia.
GARCÍA. Ya sabéis, señor, de mí
que en vuestra casa nací
y que en ella y la asistencia
de esta granja os he servido
con limpieza y con lealtad.
FRANCIS. Saquéos á esta soledad
de noche y recién venido,
porque lo que he de deciros
pide todo este recato.
Ya os consta á vos cómo trato
mi honor yo: podré advertiros
que no guarda el avariento
tesoros de su ganancia,
Mendo, con más vigilancia.
GARCÍA. Si el mucho recogimiento
de vuestra casa, y que en ella
de padre y madre servís,
pues por los dos asistís,
cuidando prudente de ella,
si bien no hay mucho que hacer
en guardar las hermosuras
de Trujillo, pues seguras
aun no se permiten ver,
y está en ellas vinculada
la honestidad extremeña.
FRANCIS. ¡Ay, Mendo, que la despeña
la juventud desbocada!
Escuchad una desgracia,
qua si hasta aquí no entendida,
en sabiéndose ocasiona
ó mi muerte ó mis desdichas.
Esta noche, cuando en luto
trocaba el cielo la risa
del alba, porque el sol muerto
resucitaba en las Indias,
apenas mandé cerrar
las puertas (que una visita
les permitió á tales horas
lo que les niego aun de día),
cuando sentado á la mesa
ligera cena admitía
por sucesor suyo al sueño
(que la vejez ya es antigua
pensión dormirse temprano,
si bien las aves imita,
que madrugan con el alba
á darle la bienvenida),
á los primeros bocados,
centro yo de mis dos hijas,
oigo espadas en la calle;
mas fué tan breve la riña

como su desgracia larga,
porque apenas dando prisa
á un montante jubilado
y á una hacha mal encendida,
salgo, cuando sin aliento,
tropieza en su sangre misma
un hombre que á mí se abraza
diciendo: ¡Virgen Divina!
¡Confesión! ¡Jesús mil veces!;
y bañándome en su herida
el ya extranjero licor,
caímos los dos encima,
el casi difunto joven
y yo, en su sangre teñidas
canas y ropa, la muerte
pensó en mí copiar su cifra.
Bajaron al alboroto
mi Beatriz y Margarita
con dos doncellas, que solas
son de noche la familia
de mi casa, porque en ella
no consiente que se admitan
hombres el cuerdo escarmiento
(¿qué queréis? costumbre es mía.)
Como me vieron bañado
en sangre, y no prevenidas,
ocasionaran las voces
á que en las casas vecinas
me dudasen agresor,
murmurándome homicida,
y conjeturando agravios
de honor, ocios y malicias,
atajé este inconveniente
haciendo subir arriba
el herido desmayado.
Cerré puertas y advertílas
ser de otras venas la sangre
que sin razón despedida
del dueño propio, buscaba
hospedaje en mí, mendiga.
Callaron, no sosegadas
con esto, mas reducidas
al riesgo de su alboroto.
Domésticas medicinas
aplicamos al paciente
cuando el alma fugitiva
buscaba puerta, y la hallara
por una estocada encima
tres dedos del corazón,
si aceites, bálsamo y hilas
no hicieran retrocederla
al pecho que vivifica.
Tomada, aunque mal la sangre,
puesto que no permitía
el parasismo rebelde
que el pulso pidiese albricias,
entró, aunque inquieta, en consejo
la honra, á quien apadrina
la prudencia recelosa
y aquesta vez discursiva;
reparó en curiosidades
del herido, ya de día
cursando nuestra parroquia,
ya nuestra calle, aunque habita
en la ciudad: (bien sabéis,
que así por costumbre antigua
se llama la parte baja,
y la superior la villa).
En esta, pues, que los nobles
moran y apartados distan
de la plebe, que en lo llano
contrata, vende y fabrica,
daba á la murmuración
causa, y á las celosías
de nuestra casa recelos,
profanadas con su vista.
Manchó mis puertas su sangre,
y temí que pretendía
quien tanto las paseaba
de noche á mi infamia abrirlas.
Hallaron estas sospechas
indicios en Margarita,
si no evidentes, probables,
porque la color perdida,
lágrimas se desmandaban
con disfraz de compasivas,
amantes en la sustancia;
y aunque el temor reprimía
suspiros que malograba
el silencio en la oficina
del pecho, abortó el pesar
por los ojos su noticia.
Lloraba también su hermana,
pero las señales tibias
de su piedad inocente
me mostraron cuán distintas
son las que el amor arroja,
y que hay tal vez (siendo enigmas
que sustituyen palabras)
lágrimas ponderativas.
Dudoso yo en este aprieto
por ver si los averigua
sin testigos la prudencia,
que baje al zaguan me avisa
la industria, y sacando el coche
á la puerta sin abrirla,
mando tender una cama
en él que al enfermo sirva,
donde al punto le traslado,
y corriendo las cortinas
notificado el secreto
que el temor manda que admitan,
mis dos hijas y crïada
hago que dentro le asistan.
Con esto á la calle salgo
y dando al cochero prisa
(ya sabéis que vive enfrente)
puso á un caballo la silla,
y guarneciendo otros tres
yo á un estribo, sin noticia
de lo que en el coche lleva,
cuatro horas antes del día,
tres leguas que hay de distancia
hasta aquí corrió, que guían
dudas de un temor honrado,
sospechas que martirizan.
Volvió el herido en su acuerdo
y aunque de verse se admira
caminando y con nosotros,
amistades y caricias
le aseguran y aconsejan
que de mi casa se sirva
y diligencias estorbe
forzosas en la justicia.

Llegamos, Mendo, á la Zarza,
donde aunque el engaño finja
disimulos de mi ofensa,
mientras su dueño peligra,
si muere podrá el silencio
(haciéndole compañía
su cómplice en mi deshonra)
sepultar con él malicias
que vulgarice la fama,
y si el cielo le da vida,
desposándose los dos
trocar pesares en dichas.
No puede esto dilatarse;
porque mientras se publica
la falta que hace en su casa
quien quiso ofender la mía,
no siendo mortal el golpe,
tálamo la cama misma
será, ó túmulo si muere,
que al llanto ó al gozo sirva.
Para cualquier cosa de estas,
Mendo amigo, necesita
la confianza que os hago
de vuestra ayuda; no diga
Trujillo que en mi vejez
se eclipsó la sangre limpia,
siempre en los Cabezas noble,
pero jamás ofendida.
Prevenid, mientras dispongo
bodas ó obsequias, García,
caballos que á Portugal
deslumbren los que nos sigan.

García. Yo, señor, no consejero,
sí obediente, como en dichas
en desgracias vuestra sombra,
no osaré que os contradigan
razones de la lealtad.
Cuerdas canas autorizan
vuestros años y experiencias;
sírvaos yo, y ellas elijan,
que aunque no me hayáis fiado
el nombre del que os obliga
á tanta resolución
(quizá porque no lastiman
de los que no se conocen
desgracias), por cuenta mía
corro á ejecutar deseos
que agradan, más no examinan.
Voy á apercibir caballos.

Francis. No, Mendo, aguardad que os diga
quien es el que...

ESCENA XIII

Dichos *y* **doña Beatriz,** *cubierta con manto y chapín bajo.*

Beatriz. Si en los nobles
vinculó la cortesía
el favor de las mujeres,
y puede con vos su estima
que, sirviendo á las hermosas,
honréis á las afligidas;
oid aparte. Yo soy *(Apártase con él.)*
quien del vuestro necesita,
y huyendo riesgos mortales
más de estos montes se fía
que de quien el ser me ha dado.
Mi historia (si á referirla
me dieran lugar temores
que ligeros se avecinan)
os asombrara, mas baste
á advertiros que me obligan
engaños de un hombre aleve
á que de mi casa misma,
desterrada en las tinieblas
de esta noche, amparo pida
al cielo y á vuestro valor,
al secreto y la osadía...
(Espántase de conocer á su padre, y tápase más la cara.)
¡Jesús, mil veces!

Francis. ¿Qué es esto?
Sosegad, señora mía.
¿Qué sentís? ¿qué os da congoja?

Beatriz. Peligros que más me animan
cuanto más cerca estoy de ellos.

Francis. También lo está aquí una quinta
donde podréis...

Beatriz. Excusalda,
que es fuerza ser conocida
de vos, y mi afrenta temo.

Francis. ¿Pues en qué mandáis que os sirva?

Beatriz. En que en fe de que sois noble,
mientras que no se os permita,
de lo que aquí sospechéis
á ninguno deis noticia;
en que no sigáis mis pasos,
porque os doy mi fe que estriba
mi vida y honra en ir sola;
en que entre aquesas encinas
que margenan ese arroyo
busquéis en la más antigua
la concavidad que el tiempo
labró para su rüina,
que con vislumbres del alba
(que empieza á correr cortina
al sol que le va al alcance)
se os ofrecerá á la vista
un hurto que os cause asombro,
puesto que no de codicia
para quien su precio ignora,
tan costoso á mis desdichas
que temo por él perderme.
Interpreten este enigma
vuestras nobles diligencias,
que á quien os le deposita
se le volveréis después,
si dándoos las señas mismas
que en él hallaréis agora
os volviere á buscar viva.
Vos sois noble, mujer yo,
mi riesgo y pena precisa,
y el ausentarme forzoso:
adiós, que el tardar peligra. *(Vase.)*

Francis. ¿Hay suceso semejante?

García. Señor ¿qué es esto?

Francis. García,
descaminos de la noche
que ignorancias precipitan.
No puedo deciros más.
Dí palabra, he de cumplirla;
esperadme aquí, que presto
sabréis cosas peregrinas. *(Vase.)*

ESCENA XIV

MEN GARCÍA; *y salen* CARRIZO, CRESPO *y* BERTOL.

CARRIZO. Sacomos la empujadura
de pendencias.
CRESPO. ¿Qué parió?
CARRIZO. No sé cómo lo llamó
la comadre. En fin, ni cura
ni escribén será la cría.
BERTOL. ¿Pues qué ha de venir á ser?
CARRIZO. No siendo hombre ni mujer,
Bertol, cesó la porfía;
ya no habrá sobre qué arguya.
CRESPO. ¿Pues es animal?
CARRIZO. Tampoco.
CRESPO. ¿Qué diablos parió?
BERTOL. ¿Estás loco?
CARRIZO. No salga ella con la suya
y reviente. Un burujón
vino á empujar con su cola
redondo, que llaman bola
de Beatriz.
CRESPO. Callad, simplón.
Bola matriz debió ser.
Milagro será si escapa.
CARRIZO. Muérese un reye y un papa,
un conde y un mercader;
cuando se muera Polida
paciencia y capuz.
GARCÍA. ¿Qué es eso,
Carrizo?
CARRIZO. ¡Oh, señor! le beso
las manos. Está parida
nuesa compañera, y dudo
que según á verla llego,
tome las de Villadiego.
GARCÍA. ¿No os pesará de ser viudo?
CARRIZO. Ni tampoco al ganapán
que del tercio se descarga,
comiéndose mucho embarga
(con darnos la vida) el pan,
Pues ¿qué hará tanta mujer
por mañana, tarde y día?
CRESPO. ¿Dónde, señor Men García,
podremos al amo ver,
que diz que ha poco que vino?
GARCÍA. Debe (como ha trasnochado)
reposar.
BERTOL. Será pesado
por ser viejo, aunque el camino
es corto.

ESCENA XV

DICHOS. *Sale* DON FRANCISCO *y apártase con* MEN GARCÍA.

FRANCIS. Mendo, esta noche,
sin duda, Mercurio y Venus,
juntando constelaciones,
predominan en el cielo,
pues una influyendo amor,
y otro eslabonando enredos
parece que intentan ambos
sus horas quitarle al sueño.
Aquella mujer que visteis
entre crepúsculos negros
y blancos, con los de un manto
desvelar conocimientos,
vecina de nuestra Zarza
(porque ¿quién dudara serlo
la que encubierta á tal hora
pide socorro al secreto?)
me contó peligros suyos
que, entre preñados misterios,
pararon en que guardase
á su opinión el respeto,
y el hurto que en una encina,
cómplice á sus desaciertos
hállase, depositando
en mí su estima y silencio.
Admitílo cortesano,
y ausentándose con esto
sin consentir compañía,
promesas puse en efecto.
Registré troncos vecinos
de ese arroyo casi seco,
y halléle (escuchad milagros)
cuna de un niño risueño,
á quien, amorosa madre,
una cabra daba el pecho.
Asombróme su piedad,
trayéndome el alma ejemplos
de Semíramis, de Abides,
de Ciro, Rómulo y Remo;
y pronosticando en él
las felicidades de ellos,
compasivo le dí abrazos,
cariñoso le dí besos.
Aquí le traigo, García,
(*Descubre un niño recién nacido.*)
casi olvidado (os prometo)
de agravios que temí propios,
y agora socorro ajenos;
quizá porque ordena Dios,
cuando venganzas prevengo,
que en estas que son mayores
temple el rigor sus aceros.
Mirad qué hermoso póstumo
de un tronco estéril y viejo,
y advertid que le amo más
que si le feriara nieto.
GARCÍA. ¡Válgame Dios! ¡qué de cosas
en la brevedad del tiempo
que há que el sol se fué al ocaso
niegan la fe á sus sucesos!
El inocente es un ángel.
Como en el alma, en el cuerpo
en sus faciones firmaron
que eran ilustres sus dueños.
Dichosos con vos han sido,
y más en que os dé el cielo
ama, que es nuestra criada
recien parida en el pueblo.
FRANCIS. ¿Quién es, que lo estimo en mucho?
GARCÍA. Pulida, la del rentero
de vuestra heredad.
FRANCIS. ¿Carrizo?
CARRIZO. ¿Qué manda? que como vemos
que se aparta de nosotros,
la cortedad y el respleito
mos turba el llegar á dalle
los prácemes que debemos.
Su merced sea bien venido.

FRANCIS. Carrizo, feriaros quiero
un tesoro, que es mi hallazgo.
(Dale el niño.)
Esta joya os encomiendo;
que la traiga en nombre mío
colgada Pulida al pecho,
por ser de coral y plata.

CARRIZO. Si hué su mercé el platero,
lindamente labra brincos.
Debió el molde de ser nuevo,
que diz que en joyas vaciadas
suelen acertar los viejos.
Polida (que no lo ha sido
en el parto) arrojó al suelo
un bollo matriz de carne,
y llora su mal empleo;
mas este la alegrará.

FRANCIS. Vamos, pues. Pero ¿qué es esto?
Señor Don Rodrigo ¿vos
en la Zarza? *(Sale D. Rodrigo.)*

ESCENA XVI

DICHOS *y* DON RODRIGO, *viejo.*

RODRIGO. Y con recelos
de que vuestros disimulos,
señor Don Francisco, han hecho,
desheredando mi casa,
tragedia mi fin postrero.
A Don Alvaro Durán,
casi á vuestras puertas muerto,
trasladásteis esta noche
desde Trujillo á este pueblo.
Quien curioso vió desdichas,
disimulándolas cuerdo,
por no despertar testigos
que injuriasen el secreto,
aviso me dió de todo;
y como os conozco, temo
que libráis en la venganza
partida de un desacierto.
Verdad es que ha sido amante
Don Alvaro, pero honesto,
de vuestra hija mayor,
y que instándome los ruegos
que oficioso me intimaba,
mañana tenía propuesto
de pedírosla, y trocar
amistad en parentesco.
Si porque tal vez le visteis
á deshora lisonjero
con las puertas que adoraba
ponderarlas sus afectos,
juzgáis, su sangre vertida,
manchas hoy del honor vuestro,
y le traéis por sacarlas
donde el jabón es de acero,
sosegaos, que si esta vivo
(¡oh, permítanlo los cielos!)
yo quedaré consolado
cuando muera vuestro yerno.

FRANCIS. Don Rodrigo, adivinásteis.
La opinión, que como espejo,
puesto que al honor retrata,
le quiebra ó turba el aliento,
satisfacción me pedía;
mas, con tan sabio remedio,
ella cobrará su lustre,
y yo viviré contento:
también lo está vuestro hijo.

ESCENA XVII

DICHOS. DOÑA MARGARITA *y* DOÑA BEATRIZ.

MARGAR. Beatriz, hele satisfecho
de modo que ya está sano,
que su mal más fué de celos
que de la inclemente herida.

BEATRIZ. Señor, á pedirte vengo
albricias de las mejoras
que alientan á nuestro enfermo.

MARGAR. Él insta en que á verle vayas.

FRANCIS. Más instarán los deseos
que en vos, hija, culpé anoche,
y ya más piadoso apruebo.
Beatriz, vuestra hermana tiene
á mi satisfacción düeño.
No habéis vos de estar ociosa;
fiaros este ángel quiero.
Seldo vos suyo de guarda,
como á madre os le encomiendo.
(Tómale ella.)

CARRIZO. ¿Madre y virgen en Castilla?

BEATRIZ. ¡Qué hermoso es!

FRANCIS. Como mi afecto.

BEATRIZ. No será el primer milagro,
si á travesuras creemos
que mi madre nos contaba,
y aun no las marchita el hielo.
Pero decidnos su hallazgo.

FRANCIS. Pide espacio ese suceso.
Su nutriz será Pulida
y su aya vos.

BEATRIZ. Yo lo acepto.
¡Ay hermana de mis ojos!
Este niño... *(Ap. á Margarita.)*

MARGAR. Sí.

BEATRIZ. ¿Diré́lo?

MARGAR. Acaba ya.

BEATRIZ. Es fruto mío.

MARGAR. ¿Estás loca?

BEATRIZ. De contento.

MARGAR. ¿Cómo ó cuándo?

BEATRIZ. No ha dos horas.

MARGAR. ¿Dónde?

BEATRIZ. En el campo.

MARGAR. Sospecho
que me burlas.

BEATRIZ. Posesiones
del papel (si enigmas fueron)
ya son verdades con alma.

CARRIZO. ¡A jó, niño, ajó cordero!

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Salen DOÑA BEATRIZ, DOÑA MARGARITA, DON MARTÍN, DON ALVARO *y* DON FRANCISCO.

MARTÍN.

La fe de aquel amante,
á pesar de desvelos, tan constante
(Beatriz) que se promete
esperar, tras siete años, otros siete,
que, al fin de tanto día,
mejoren en Raquel burlas de Lía,
mi dicha reconoce,
pues si catorce no, pretendí doce
conquistar resistencias
que premios logran ya, si antes paciencias;
puesto que me aventajo
al hebreo amador, pues su trabajo
mejoró de partido,
que él, en fin, esperó correspondido;
pero en vuestra belleza
leyendo ingratitudes mi firmeza,
tejía entre esperanzas
rigores y amor (fiel de estas balanzas)
me muestra hoy generoso
que medra al paso que es dificultoso.

FRANCISCO.

Don Martín, ya sois dueño
de vuestra pretensión. Tiempo es pequeño
(por largo que parece)
el que consigue aquello que apetece.
Beatriz, cuerda, hace alarde
de que el moral porque produce tarde
sus frutos asegura,
no como el loco almendro en la hermosura
de su ambición tirana,
que madrugando necio, apenas grana.
Ya vos sois, hijo mío,
de don Alvaro primo, en quien confío
sucesión venturosa,
pues una sangre os honra generosa
que propague infinita
sucesión en Beatriz y Margarita.

ALVARO.

Mi primo y yo mostramos
que en gustos como en deudos conformamos;
pues si amor nos abrasa
nos conduce á su yugo en una casa
y á una misma nobleza
enlazados los dos con la belleza
que en posesión tenemos
de hijos vuestros el nombre merecemos,
con que á trocar venimos
en vínculo de hermanos el de primos.

FRANCISCO.

Don Martín ¿cuándo se trata
ausentarse de aquí?

MARTÍN.

Mi amor dilata
lo mismo que apresura.
Falta á mis padres hago, la hermosura
de mi Beatriz parece
que en hablándola en esto se entristece;
pero perdiendo tanto
y ausente de tal padre, no me espanto.
Ella el término elija
cuando fuere su gusto.

FRANCISCO.

Ya estáis, hija,
sujeta á nuevo empleo,
digno de las virtudes que en vos veo.
El natural derecho
que hasta aquí tuve en vos, puesto que estrecho,
transfiere poderoso
amor, que es rey y es Dios, en vuestro esposo.
Ya estáis emancipada
de padres y de deudos, y obligada
sólo á los lazos justos
de un tálamo, recíproco en dos gustos.
El vuestro ya no es vuestro;
rendilde al dueño, mi Beatriz, que os muestro,
y pues os quiere tanto,
no entibien llamas suyas vuestro llanto.

BEATRIZ. (*Llorando.*)

Conozco, señor mío,
dichas que medro, y aunque más porfío
refrenar mis enojos,
sin consultar la voluntad los ojos,
dieran con poco acuerdo,
el bien que gano por el bien que pierdo.

FRANCISCO.

Beatriz, ya yo adivino
la causa que ocasiona el desatino
de esas lágrimas leves;
no las imputes lo que no las debes,
que no por ausentarte
de tu hermana y de mí, pueden ser parte
á tan rebeldes quejas.
Lloras el ver que á Francisquito dejas;
que como le has criado,
el nombre en ti de madre ha granjeado,
y tú con él contenta,
ni de tomar estado has hecho cuenta,
ni cuando le parieras
amor al que le tienes añadieras.
No me espanto yo de esto,
que el rapaz tiene hechizos, y habías puesto
en él todo tu gusto;
mas ya pasa tu llanto de lo justo.
En doce años no ha sido
posible que cuyo es se haya sabido.
Su madre que afligida
puso á riesgo, por no ser conocida,
su poca edad, sospecho
que debió de morirse, pues no ha hecho
por él las diligencias
que ofreció al ausentarse; ¿á qué inclemencias
no están las hermosuras
sujetas que se creen de travesuras?
Francisco es ya medio hombre
y casi hijo de casa, que hasta el nombre
en vida me ha heredado;
amor le tengo, deja ese cuidado
á mi cuenta y olvida
adoptiva afición, pues reducida

al que obediencia debes,
no será bien que en la memoria lleves
ocupación que incierta
de servirle y amarle le divierta,
y dispón tu partida
que ha de ser luego.

MARGARITA.

Toda despedida
es penosa, y mi hermana
(puesto que reconoce lo que gana)
lo que se deja siente,
que es padre, hermana y patria juntamente.

MARTÍN.

Ea, mi bien, yo espero
serviros tan amante que primero
que entréis en nuestra casa
(si amor en gustos descontentos pasa)
halléis en mí cifrado
el bien que aquí lloráis por malogrado.

ALVARO.

Vamos y prevendremos
vuestra jornada. *(Vanse.)*

MARGARITA. *(Ap.)*

Hermana, esos extremos
si hasta aquí ocasionaban
lágrimas que remedios esperaban,
ya de hoy más serán necios.
Castiga con olvidos menosprecios,
y estima el que esté oculto
de tu amor mal pagado el ciego insulto;
que Francisquito queda
á mi cargo, y en mí tu amor hereda,
porque desde este día
si pierde madre, quedo madre y tía. *(Vase.)*

ESCENA II

BEATRIZ.

No es la pena tan precisa
en los que el remedio ignoran,
cuando las desdichas lloran
lágrimas que esperan risa;
pero si el dolor avisa
que es su cura irremediable
¿qué pretende el miserable
que llorando desespera?
Más valiera
por no hacer su mal eterno
morirse, pues malogradas
lágrimas desesperadas,
sólo las llora el infierno.
Doce años lloré de olvidos
á eternizarse bastantes:
¿quién vió en mudanzas amantes
tanto asistir los sentidos?
¡Ay, don Gonzalo! fallidos
los hombres quedan por ti:
Penélope ausente fuí;
si tú á Ulises imitaras,
ya tornaras.
Mas ¿ya para qué? Detente,
que tanto imposible en medio
lo que antes fuera remedio,
de hoy más será inconveniente.

ESCENA III

BEATRIZ y GONZALO, *de camino.*

GONZALO. Celos, mi Beatriz (no mía,
ajena sí), celos fueron
los que de ti me ausentaron:
celoso amor desvaría;
mentiras los persuadieron,
pesares los engañaron.
Ellos y el amor trocaron
los sentidos,
pues ambos desvanecidos
dan crédito á sus antojos,
amor viviendo á los ojos,
y celos en los oídos.
Mientras mi amor no te vía
oyeron de tu desdén
agravios en apariencia,
difícil me persuadía;
pero los celos, mi bien,
¿cuándo hicieron buena ausencia?
Agravios de competencia
en alabanza
de su dicha y tu mudanza
apretaron los cordeles;
verdugos fueron papeles,
murió en ellos mi esperanza.
Don Alvaro me engañó
engañándose á sí mismo
(propia pasión de los celos:)
heríle porque me hirió
en el alma, y un abismo
de golfos y de recelos
conquistaron mis desvelos,
que bastaran
á olvidar, si se olvidaran
celos que amor desatina,
ponzoñosa anacardina
que da la muerte al que amparan.
Vióme Italia acometer
imposibles de atrevido,
mejor de desesperado:
su rey Alfonso vencer
mis sospechas ofendido
como su reino soldado.
Supe que se había casado
con tu hermana,
don Alvaro, y que fué vana
su sospecha y mi temor,
crüel con los cuatro amor
y nuestra ocasión liviana.
Quise remediar ausencias
que en doce años sepultadas
muertas en ti malicié;
partí, culpando impaciencias;
volé (no corrí) jornadas;
pero ¿qué importa si hallé
enagenada tu fe,
perdido el bien que intereso,
mi agravio en mayor exceso,
desperdicios de doce años,
mortales mis desengaños,
tú casada y yo sin seso?

BEATRIZ. A doce años de delito
no sé yo que sea bastante
la disculpa de un instante
que se opone á lo infinito.

Vos, Gonzalo, al fin sois hombre,
tarde disculpas escucho:
Gonzalo, estimad en mucho
que se me acuerde este nombre,
que ha tanto que estoy sin veros
y mi paciencia ha gastado
tanto, que aun no me han quedado
palabras que responderos.

(Quiérese doña Beatriz *ir, y sale* Pizarro *(que le hará una mujer) muchacho, ni en traje total de noble, ni de villano.)*

ESCENA IV

DICHOS *y* PIZARRO.

PIZARRO. ¿En fin, madre, se nos va
y no me lleva consigo?

BEATRIZ. No será el primer castigo
que sin culpa sentirá
quien cual hijo os ha criado.
Darle esas quejas podéis
al que presente tenéis,
que él, Francisco, ha ocasionado
el apartarnos los dos;
pues si memorias pagara
sola la muerte bastara
á dividirme de vos.
Conocelde, que os importa
más de lo que vos pensáis,
que de él, Francisco heredáis
larga injuria y dicha corta;
que aunque de poco provecho
no hallaréis (cáuseos espanto)
hombre á quien le debáis tanto,
ni que más daño os haya hecho.
(Vase.)

ESCENA V

GONZALO PIZARRO *y* PIZARRO, *niño. Luego un paje.*

PIZARRO. *(Ap.)* ¡Hombre á quien yo tanto deba
y que me haya hecho más daño!
¿A mí, en qué? ¡Misterio extraño!
¡Válgame Dios! ¡cosa nueva!
(A él.) Hidalgo á quien nunca vi;
puesto que la vez primera
que os veo á que bien os quiera
me obligáis ¿tenéis de mí
noticia alguna? ¿sabréis
declararme estas razones?
Agravios y obligaciones
dicen que os debo, y ya veis
cuán mal conformarse pueden
deudas de ofensas y amor.
Quisiéraos yo mi acreedor,
y aunque los años me veden
que de vos me satisfaga,
yo sé de mi poca edad
que empeños de voluntad
(si amor con amor se paga)
os pidieran finiquito.
Porque á fe de hombre de bien
que os quiero bien, y también
que cualquier deuda desquito
que en esta parte me obligue.
Pero ya habéis escuchado
que estoy por vos agraviado;
de donde también se sigue
que os pida satisfacción
(si bien ignoro de que):
fidedigno el fiscal fué
que os puso la acusación.
Si es verdad (como sospecho)
que no hay, puesto que me espanto,
hombre á quien yo deba tanto,
ni que más mal me haya hecho,
en lo primero me fundo
cual vuestro deudor pagar,
mas también he de intentar
vengarme de lo segundo.
Ejecutad acreedor,
y pagad ejecutado,
que yo ofendido obligado
si me confieso deudor,
pues dicen que me ofendisteis,
á procuraros me atrevo
bien, por lo mucho que os debo,
mal, por el mal que me hicisteis.

GONZALO. Por cierto, niño discreto,
que en vuestra proposición
vos igualáis la razón
al donaire, y yo os prometo,
á fe de hidalgo (si bien
no sé la causa hasta agora
que tiene mi acusadora
para que con su desdén
crezca vuestro sentimiento)
que estoy, por el bien que dice
que me debéis y yo os hice,
en tanto extremo contento
cuanto del mal pesaroso
que me imputa contra vos.
Averigüemos los dos
su enigma dificultoso
por conjeturas. Decid,
¿es acaso madre vuestra
esta dama?

PIZARRO. Amor me muestra
de madre, pero advertid...

PAJE. *(Sale.)* Francisco, señor os llama,
que os quiere ver dar lición.

PIZARRO. De más importancia son
licciones en que la fama
averigua obscuridades.
Dile que no me has hallado.

PAJE. Está con vos enojado.

PIZARRO. ¿De qué?

PAJE. De las libertades
que usáis con vuestro maestro,
y sabe que estáis aquí.
Mirad que sale. *(Vase el paje.)*

PIZARRO. Si en mí
merece el amor que os muestro
hidalga correspondencia,
caballero, dar lugar
á que volviéndoos á hablar
cumpla hoy yo con mi obediencia.
Débole yo á mi señor
más que podré exageraros;
presto acudiré á buscaros:
hacedme tanto favor

que me esperéis en la plaza.
¿Prometeísmelo?

GONZALO. Intereso,
mancebo, tanto yo en eso
que, á no dar vos esa traza,
os fuera agora prolijo.

PIZARRO. Dadme esa mano. *(Dásela.)*

GONZALO. En su palma
parece que sale el alma
á abrazaros.

PIZARRO. Ved que dijo
la que saber deseáis
si como madre me exhorta.
Conocelde, que os importa
más de lo que vos pensáis.

GONZALO. ¡Ay, cielos! ¿Y es vuestra madre?

PIZARRO. No y sí.

GONZALO. Por el no perdí
un hijo que por el sí
me llamaba vuestro padre.

PIZARRO. ¿Qué decís?

GONZALO. Lo que deseaba,
aunque sospecho, por Dios,
que tengo más parte en vos
de lo que yo imaginaba. *(Vase.)*

PIZARRO. ¿Más parte en mí? Confusiones,
¿qué es esto? ¿qué intentáis hoy?

ESCENA VI

PIZARRO *y* DON FRANCISCO.

FRANCIS. ¿Francisquito?

PIZARRO. En medio estoy
de un mar de contradicciones.

FRANCIS. ¿No respondes?

PIZARRO. ¡Oh, señor!
sí respondo. No advertí
que me hablabas.

FRANCIS. ¿Cómo ansí?

PIZARRO. Echo menos el amor
de quien presente tenía
por madre, y ya se me va.

FRANCIS. ¿Pues yo no me quedo acá?

PIZARRO. Y en tí la esperanza mía.
Pero quien dos brazos tiene
y sabe lo que le importan,
si acaso el uno le cortan,
aunque á consolarle viene
el otro, dado que pueda
suplir en algo su falta
¿no sentirá el que le falta
por el brazo que le queda?

FRANCIS. No, que el hortelano astuto
en fe de hacer bien su oficio
corta las ramas al vicio
para que el árbol dé fruto.
Las alas que siempre hallaste
en Beatriz te han hecho mal:
sin ellas el natural
conocerá que heredaste;
porque si hasta aquí niñeces
travesuras disculparon,
ya, Francisco, esas pasaron.
Doce años tienes; pues creces
en edad, crece en acciones
de virtud y de experiencia:
tu habilidad es tu herencia,
no tienes más posesiones.
Quejas llueven sobre ti
de cuantos la Zarza habitan,
que indignarme solicitan.
Celebrélas hasta aquí
por donaires de rapaz,
pagándolas en palabras:
sus hijos les descalabras,
con ninguno tienes paz.
Dos años ha que te enseña
el maestro que te he dado,
á leer, y en ti ha labrado
lo que el viento en una peña.
Aun no sabes deletrear;
en materia de escribir
no hay esperanzas; decir
que contigo han de bastar
castigos y reprensiones
es por demás. Si pretende
azotarte, te defiende
Beatriz; sus intercesiones
echado te han á perder;
conoces lo que te adora,
ampáraste della y llora:
con esto ¿qué hemos de hacer?
Ella se ausenta, en efeto:
doce años tienes; de hoy más,
libro nuevo ó perderás
el favor que te prometo:
la edad que te disculpaba
ya pasó.

PIZARRO. *(Ap.)* ¡Válgame Dios!
«que tengo más parte en vos
de lo que yo imaginaba.»
¿Si fuese mi padre este hombre?

FRANCIS. Francisco, mientras siguieres
mi consejo, haz cuenta que eres
hijo de casa. Mi nombre
te dí; si este no te inclina
á imitarme, ni por padre
me tengas, ni llames madre,
sino al tronco de una encina:
allí te hallé en conclusión,
y allí te puedes volver.

ESCENA VII

DICHOS *y un* MAESTRO *con una cartilla.*

MAEST. Francisco, desde antiyer
no hay hacerte dar lición.
A este andar no es maravilla
que luzga lo que te muestro.

FRANCIS. Tiene razón el maestro.
Afréntete esa cartilla
que en dos años no has pasado.
Llega y da lición, acaba.
Ya quien por él os rogaba *(Al Maestro.)*
se ausenta; tened cuidado
desde hoy con él, enseñalde
con el rigor que requiere,
y el día que no supiere
bien la lición, azotalde.

(Vase don Francisco.)

como suele, dar lición.

FRANCIS. (*A Beatriz.*) Las alas de tu afición
por fuerza habían de tener,
Beatriz, tan torpe suceso.
¡Vive Dios! que he de matarle
á azotes. Id á buscarle.

BEATRIZ. ¡Señor!...

FRANCIS. Si fuera travieso
con otros como lo ha sido,
disculpárale la edad;
mas tanta temeridad
que á su maestro haya herido,
ya de atrevimiento pasa.
Yo mismo le he de buscar.

BEATRIZ. Oye, espera.

FRANCIS. Esto es criar
hijos ajenos en casa. *(Vanse los dos.)*

ESCENA X

DOÑA BEATRIZ.—*Sale* DON MARTÍN.

BEATRIZ. ¡Ay, prenda del alma mía!
ya pronostico tu daño.
Mi padre airado... ¡Es extraño
tantos males en un día!
Don Martín, templad enojos
si verme viva queréis.
A mi padre conocéis:
son terribles sus enojos.
Si no le vais á la mano
alguna desgracia espero.
Mirad que á Francisco quiero
más que á mí, y que será en vano
vivir sin él.

MARTÍN. Yo sin vos,
imposible. Voy tras él. *(Vase.)*

BEATRIZ. ¿Qué es esto, estrella crüel?
¿Pérdidas de dos en dos?
Por mejor la muerte elijo:
ó ejecutalda hoy en mí,
ó ya que al padre perdí,
no pierda también al hijo. *(Vase.)*

ESCENA XI

Salen DON GONZALO *y* HERNANDO CORTÉS, *mancebo.*

GONZALO. ¿Hernando Cortés? ¿sobrino?
¿vos en la Zarza? ¿á qué fin?
juzgábaos yo en Medellín.

CORTÉS. Tras sí me lleva el camino
que Fernando y Isabel,
reyes nuevos de Castilla,
hacen á la maravilla
de Guadalupe, y en él
busco galas cortesanas.

GONZALO. Siempre vos os inclináis
á cosas grandes. ¿Dejáis
buenos vuestros padres?

CORTÉS. Canas
y años son enfermedades.
Mi padre Martín Cortés
anda achacoso después
de sesenta Navidades.

GONZALO. ¿Tiene doña Catalina
Pizarro salud?

CORTÉS. Y muestra
dicha en ser hermana vuestra
con que á imitaros me inclina.
GONZALO. Ya estáis grande.
CORTÉS. Y pesaroso
de que, estándolo, no haya hecho
cosa hasta aquí de provecho.
GONZALO. Sois extremeño animoso:
heredáis de vuestra tierra
y sangre el noble verdor
que enciende vuestro valor.
Pronósticos hay de guerra
con Portugal; brevemente
se os cumplirá ese deseo.
CORTÉS. Esa ocasión (según creo)
trae los reyes con su gente
á presidiar sus fronteras;
porque Alfonso portugués,
pide á Castilla después
que, fundándose en quimeras
del cuarto Enrique, se casa
con doña Juana su hija.
GONZALO. Ese nombre la prohija
quien por la opinión no pasa
que Enrique en Castilla deja;
pero desinteresados
contra los apasionados
la llaman la *Beltraneja*.
CORTÉS. No sé en eso lo que os diga;
siempre he guardado respeto
á mis reyes.
GONZALO. En efeto,
cada cual su parte siga;
que si hay guerra, no tan malo
para los que no tenemos
otra herencia.
CORTÉS. Ya que os vemos
aquí, señor don Gonzalo,
(digo en España) después
que en Nápoles habéis dado
muestras de tan gran soldado,
desbaratando al Francés,
¿qué hacéis en pueblo tan corto?
GONZALO. Experimentar engaños
de amor, después de doce años
de ausencias: penas reporto
que me causa una hermosura
de quien me juzgaba dueño.
CORTÉS. ¿Hermosura en tan pequeño
lugar, y no está segura?
Si es noble ¿quién puede aquí
usurpárosla?
GONZALO. Mudanzas
que ofenden mis esperanzas.
Palabra de buscar dí
á un mancebo, y os prometo
que me importa el sosegar
mil sospechas: dad lugar
á que averigüe un secreto,
y volvámonos á ver.
Iremos á Guadalupe
juntos.
CORTÉS. Nunca de amor supe:
gran cosa debe de ser,
pues tanto os desasosiega.
Si queréis que os acompañe.
GONZALO. Cuando dudas desengañe
os diré hasta dónde llega
el rigor que me amenaza;
pero conviéneme ahora
ir solo; dentro de una hora
podréis buscarme en la plaza
y haremos nuestro camino.
CORTÉS. Será apacible con vos;
yo os buscaré luego.
GONZALO. Adiós. *(Vase.)*
CORTÉS. ¡Qué poco al amor me inclino!

ESCENA XII

HERNANDO CORTÉS.—*Salen* CARRIZO *y* PULIDA.

CARRIZO. Sí, escondelde, que es la pieza
digna de guardar.
PULIDA. ¡Pues no!
CARRIZO. El diabro acá mos le echó.
Verá qué temprano empieza.
PULIDA. Todo mochacho travieso
viene, cuando grande, á ser
hombre de pró y de valer.
CARRIZO. ¡Descalabrar su maeso!
Pardiez, que no hiciera más
Roberto el Diabro. Crialde,
morios por él, regalalde.
PULIDA. Carrizo, pesado estás;
¿si el otro agravio le hacía
y le llamó desechado?
CARRIZO. ¿Vos, en fin, no le heis criado?
Cual el ama, tal la cría.
Pues yo os juro si le coge
el viejo (que tras él anda)
que ha de llevar una tanda
cual digan dueñas.
PULIDA. Se enoje
ó no, yo le tengo acá,
y aunque venga la josticia
no le he de dar.
CARRIZO. ¡De codicia
es el niño!
PULIDA. Sí será.
CARRIZO. Pardiós que no tién más miedo
que Gaiferos á Sansón.
PULIDA. Es de bravo corazón.
CARRIZO. ¿Pues decir que se está quedo?
Apenas los bolos vió
y á los zagales jugando,
cuando la bola agarrando
todos nueve los birló.
PULIDA. Sabe mucho, y es pracer
ver que de doce años solos
venza á todos.
CARRIZO. Sí, á los bolos,
es verdad, mas no á leer.

ESCENA XIII

DICHOS, *y salen* CRESPO, BERTOL *y otros pastores contra* PIZARRO, *y él con una bola de bolos tras ellos.*

PIZARRO. Nadie se me descomida,
si no es que tiene pesar
de vivir.
CRESPO. ¡Descalabrar
á su maeso!



PIZARRO. ¡Por vida
de don Francisco Cabezas,
mi señor!

CORTÉS. (*A los pastores.*) Tened: ¿qué es esto?

PIZARRO. Que al que llegue descompuesto...

CORTÉS. Jamás consentí bajezas.
Apartáos allá, villanos.
¿Contra uno tantos?

PIZARRO. Ya digo
que no se metan conmigo
ó se guarden de mis manos.

CARRIZO. ¡Tomáos con el rapacito!
Polida, ved el zagal
que criáis.

PULIDA. No le hagan mal,
y él no le hará. Francisquito,
buena Pascua te dé Dios;
al que te la hiciere, dale.

BERTOL. ¡A fe que si el viejo sale!...

PIZARRO. ¡A fe si os llegáis los dos!...

CORTÉS. Bárbaros, quitáos allá!
¿Cómo no tenéis empacho
de venir contra un muchacho
tantos juntos?

CRESPO. Porque está
endimuñado.

BERTOL. Hijo, en fin,
de una encina.

PIZARRO. Madre es mía;
mas no hay encina judía
como quizás algún ruin
de los presentes.

CRESPO. Por vos
lo dijo, Carrizo.

CARRIZO. Apelo.

PIZARRO. Yo tengo por padre al cielo,
una encina debo á Dios
por amparo, que de cuna
me sirvió. Si infame fuera
quien me parió, no sintiera
desgracias de la fortuna,
ni al desierto me arrojara,
luego noble debió ser.
Quien no tiene que perder,
poco en hazañas repara.
¿Qué me perseguís, villanos?
¿Rómulo y Remo no fueron
reyes? ¿Principio no dieron
á los Césares romanos?
¿Qué importa que los deseche
la fortuna, al noble esquiva,
si contra ella, compasiva
una loba les dió leche?
¡Vive Dios! que el que otra vez
encinas me ose nombrar
que le tengo de ahorrar
de achaques de la vejez.

CORTÉS. ¿No sabremos lo que ha hecho
este muchacho?

CARRIZO. Es muy luenga
esa historia: no habrá lengua
que dejándoos satisfecho
os cuente sus travesuras.

BERTOL. Hará aquí, si se le encaja,
por quítame allá esa paja,
treinta descalabraduras.
No se puede averiguar
todo este puebro con él.

CARRIZO. ¡Malos años! es la piel
del diabro.

CRESPO. Quísole dar
lición agora el maeso,
y sobre dalla ó no dalla
le metió por atajalla
todo un cochillo hasta el hueso.
Huyó á casa de Polida,
(que es ésta, que le dió el pecho)
y como si no hubiera hecho
cosa nenguna en su vida,
con mucha frema se puso
á birlar bolos. El amo
(ansí á un caballero llamo
que le ha criado), confuso
de tan grande atrevimiento,
mos ha enviado á buscalle
porque quiere castigalle;
mas él, que no está contento
con lo hecho mos la jura.

CORTÉS. ¿Que á quien le enseñaba hirió?
Eso no lo apruebo yo.

CARRIZO. No tién respeto ni al cura.

CORTÉS. Azotarle.

BERTOL. (*A Pizarro.*) Llegaos, ¡hola!...
(*Pizarro amenazando con la bola.*)

PIZARRO. Ténganse que estoy resuelto.

CARRIZO. Llegad.

PIZARRO. ¿Mas que si la suelto
que me llevo tres de bola?
(*Llega Hernando Cortés á quitarle la bola, y porfían los dos con ella.*)

CORTÉS. Suelta, rapaz.

PIZARRO. Hola, hidalgo,
no os metáis (que no os conviene)
en lo que no os va ni viene.

CORTÉS. ¡Acaba!

PIZARRO. ¿Apostemos algo
que os he de birlar los cascos?

CORTÉS. ¿Hay atrevimiento igual?
¡Vive Dios!

PIZARRO. Soy natural
de encinas y de carrascos:
pegóseme su dureza.
Si por fuerza la queréis,
guardad que no la llevéis
encajada en la cabeza.

CORTÉS. No sufro locuras yo.

PIZARRO. ¡Oh! pues yo soy muy sufrido.
Tomalda.
(*Tiran de la bola cada uno para sí, y quédase cada uno con la mitad de la bola.*)

CORTÉS. ¡Suelta, atrevido!
¿Qué es esto?

PIZARRO. En dos se partió.

CARRIZO. ¿Hay cosa igual?

CRESPO. Pues no estaba
hendida y de encina se hizo.

BERTOL. ¿Qué decís de esto, Carrizo?

CARRIZO. ¡Brava cosa!

BERTOL. ¡Y como brava!

CORTÉS. ¿Quién eres, rapaz valiente,
que tanta fuerza has tenido?

PIZARRO. Mas ¿quién sois vos, que habéis sido
para tanto?

Carrizo. ¡Hola! ¿qué gente
es esta que va llegando?

ESCENA XIV

Dichos *y sale un* Paje.

Paje. Los Reyes en el lugar.
Venid, vereislos pasar.
Cortés. ¿Quién?
Paje. Isabel y Fernando,
que han de entrar hoy en Trujillo.
Cortés. (*Ap.*) No puedo dejar de vellos,
si bien voy por los cabellos.
Confuso me maravillo;
misterio debe esconder
suceso tan raro y nuevo.
¿Queréis, gallardo mancebo,
que nos volvamos á ver?
Pizarro. ¿Yo, por qué no?
Cortés. Pues, adiós,
que ya os miro con respeto,
y hemos de ser, os prometo,
grandes amigos los dos.
(*Vanse todos sino es* Pizarro.)

ESCENA XV

Pizarro.

¡Válgame Dios! ¿Daré fe
á presagios contingentes?
No, que, en fin, son accidentes
sin que causa se les dé;
pero también de otros sé
(si he de creer lo que oí),
que sucedieron ansí
verificando apariencias:
para Dios no hay contingencias,
mas para los hombres sí.
Ninguno en el mundo ha habido
de principios prodigiosos
que con hechos hazañosos
no se haya opuesto al olvido.
Contar de Abidis he oído,
(rey de España celebrado)
que á las fieras arrojado
por su abuelo, al viento, al mar,
después, viniendo á reinar,
fué como Dios adorado.
Que criaron las palomas
á Semíramis sabemos:
muchos Rómulos y Remos
nos fundaron muchas Romas.
Si ejemplos en éstos tomas,
valor coronas te labra;
la fortuna dió palabra
de ayudar á la osadía:
si una loba reyes cría,
leche me dió á mí una cabra.
Un globo, bola ó esfera
es la insignia en que sucinta
su figura el mundo pinta;
en su mano la venera
el César: ¿será quimera
el creer que la mitad
del mundo, felicidad
á mi esfuerzo prometió?
Esta bola se partió
por medio: alma, adivinad.
Aquel mancebo se lleva
la una parte, y me ha dejado
con la otra nuevo cuidado
y en él esperanza nueva.
Quien dificultades prueba,
felicidades conoce:
conquiste Alejandro y goce
el mundo, venciendo extraños,
que si empezó en doce años,
yo le imito de otros doce.
Seré Alejandro Segundo.
¿Fué más de un hombre? hombre soy;
con el medio mundo estoy,
conquistaré un medio mundo.
Fortuna, en esto me fundo;
vida espero prodigiosa;
favoréceme amorosa,
que en los pechos invencibles
para acabar imposibles
todo es dar en una cosa.

ESCENA XVI

Doña Beatriz *y* Pizarro.

Beatriz. Gracias á Dios que los Reyes
el enojo han divertido
de mi padre, que intentaba
con mi llanto tu castigo.
Su venida á nuestra aldea
me permite darte aviso
de misterios que no sabes,
mientras á verlos ha ido.
Aquel hombre (si merece
este título, Francisco,
quien por no guardar palabras,
perderme y perderte quiso);
aquel con quien te dejé,
cuando mi pena te dijo
que injurioso bienhechor
juntó á agravios beneficios,
es tu padre, y ¡ojalá
que juntando al apellido
de tu madre el de su esposa
disculpara el desatino!
No fuí digna de este nombre,
puesto que sí el ser principio
de tu vida y mis desgracias,
de tu agravio y sus olvidos.
Lograba yo verdes años,
que autorizaban floridos
el recato siempre honesto
de las damas de Trujillo,
aunque sin madre, segura
entre los cuerdos retiros
de una casa, cuyo alcaide
fué el honor, cuyo presidio
fueron honrados respetos,
por herencia bien nacidos,
por ignorancia engañados,
por confianzas perdidos,
cuando ¡ay, rigurosos cielos!
Gonzalo Pizarro vino
á mi patria (de esta suerte

se llama quien causa ha sido
de desdichas incurables)
con galas ostentativo,
dadivoso con los pobres,
cortesano con los ricos.
Visitónos una vez,
doméstico por vecino,
discreto por estudiante,
conversable por amigo;
y puesto que en Salamanca
repudió escuelas y libros
por plumas y espadas nobles,
engaños trujo consigo,
profesión de sus escuelas,
que, sirviéndole de hechizos,
vencieron descuidos castos,
desdichados por sencillos.
Vióle el alma por los ojos,
y estos (como son ministros
de amor) pintándole en ellos
hicieron tan bien su oficio,
que admitiendo los cohechos
de su talle (¡ay, Dios, mi hechizo!)
vendieron mi libertad,
ella simple, ellos Bellidos.
Conformidad de deseos,
correspondencia de signos,
igualdad florida de años,
comunicación de niños,
juntándose la ocasión
y añadiéndose artificios,
¿qué murallas combatieran
que les negasen portillos?
Obligáronme asistencias,
engañáronme suspiros,
inclináronme papeles
y dispusiéronme olvidos
de mi padre en darme estado,
que muchas veces ha sido
la tardanza en el remedio
de los descuidos castigo.
Solicitó á doña Juana
de Añasco (de quien es primo,
y de quien sobrina soy,
bien que por grados distintos)
á que pidiese á mi padre
que al celebrar un bautismo
de quien madrina la hicieron,
gozase ratos festivos.
Concediólo, fuí á su casa,
y en ella escondió al peligro
para asaltar inocencias
el interés persuasivo.
Halléme sola con él,
resistiéndose al principio
respetos de honor honestos,
pero venciéronse tibios
á hechiceras diligencias
y á juramentos fallidos
de honestar con yugo santo
amorosos descaminos.
Creíle (que no debiera),
y rendí á este engaño antiguo
prendas que por confiables
lloran después desperdicios.
Volví al paso que injuriada
amante, y llevé conmigo,
si no el arrepentimiento,
la pena de mi delito,
pues como el caballo griego
admitieron riesgos vivos
de mi vida mis entrañas
tiranizando su hospicio.
Creció el tumor con el tiempo,
y si bien el artificio
palió publicidades,
se acercara ejecutivo
el plazo de mis afrentas,
si el cielo (á un tiempo benigno
y riguroso) no fuera
cuando fiscal mi padrino.
Una noche que á mi hermana
rondaban intentos limpios
de quien agora es su dueño,
y entonces su amante digno
de recíprocos cuidados,
tu padre, que con indicios
celosos, mas no con causa
dió crédito á desvaríos,
y alentando desconciertos
le imaginó amante mío,
equivocando papeles
las desdichas con que lidio,
á mis puertas, en efecto,
sosegados sus vecinos,
añadió á palabras obras
que le dejaron herido,
y achacándome mudanzas
tomó de Italia el camino
fiando hazañoso en Marte
remedios contra Cupido.
Cenaba mi padre entonces,
y alborotado á los gritos
que daban á sus umbrales,
si no el temor, los peligros,
abrió las puertas, y en ellas
riguroso y compasivo
conjeturaba la muerte
disfrazada en parasismos.
La vejez (que toda es honra,
y está toda discursivos
recelos) imaginó
si le hallaba en aquel sitio
la malicia de la plebe
riesgos de fama (que el vidrio
en manos del vulgo loco
amenaza precipicios).
Mandó aderecer caballos
á un coche, y dentro de él hizo
que el casi cadáver metan,
y antes que el sol diese aviso
de nocturnos desaciertos,
sin permitir prevenirnos,
á esta aldea nos traslada,
sacando yo por indicios
del caso y su condición
que intentaba vengativo,
por no oir deshonras muertas
sepultar temores vivos.
Buscaba para este efecto
cómplice que siendo amigo
secretos no profanase,
y mientras que toda arbitrios
discurría la venganza

el cómo, cercado vino
de riesgos y de dolores
el plazo, si antes temido,
ya en mi pena ejecutado,
amenazando castigos,
cunas que túmulos fuesen
mortal fin, vital principio.
Cobró la necesidad
esfuerzo: (¡qué mal que dijo
quien llamó al temor cobarde!
mejor dijera atrevido).
Mi padre fuera de casa,
y yo en riesgo tan preciso
salí (ahogando en el silencio
mil pregoneros gemidos)
al desierto por la huerta.
Abrióme el cielo un postigo.
La casa estaba en el campo,
como el sueño en el dominio
de las tinieblas piadosas.
Siendo esta noche propicios
montes, tinieblas, secretos
á desgracias sin registros;
naciste, en fin, en los brazos
de la fortuna, y convino
fiarte de sus mudanzas,
permitiéndote á su arbitrio,
por no fiarte á tu abuelo,
y, envuelto entre los armiños
de un rebozo, que la noche
más que el discurso previno,
el cóncavo y duro tronco
de una encina fué, Francisco,
sucesor de mis entrañas,
puesto que áspero, benigno.
Dejéte crüel piadosa,
llorando tus desabrigos,
y apresurando los pasos
diligencias solicito
á que mi ausencia reparen;
y apenas de ti divido
los ojos (pero no el alma)
cuando en mitad del camino
dos hombres hallo. Fiéme
en su piedad (¿qué prodigios
en tu extraño nacimiento
no vencen los inauditos?)
Con el socorro de un manto
cubierta al más viejo pido
que te ampare, disfrazando
verdades con dos sentidos.
Prosiguiéndolas estaba
cuando (escucha otro peligro)
conozco, casi mortal,
que es mi padre á quien las digo.
Turbóme el riesgo impensado
de suerte, que compasivo,
casa y amparo me ofrece
que yo agradezco y no admito.
Roguéle que me guardase
el tesoro que escondido
confïaba á su nobleza;
díle las señas del sitio,
y ausentándome animosa
hallé en casa regocijos
sucesores de mi llanto
que encubrieron mi retiro:
á don Alvaro en su acuerdo;
á su padre dando alivio
con su vida á sus pesares,
y á tu abuelo que contigo
en los brazos admirado,
tu hallazgo (nunca otro visto)
contaba, tan amorosa
como si hubiera sabido
que sin riesgo de su fama
eras su nieto y mi hijo.
¡Disposición de los cielos,
que así eslabona prodigios!
Afirmónos que una cabra
te daba leche, y previno
pronósticos tal milagro
que en tí asombren este siglo.
Profetizaba ignorante
lo que fuiste, pues me dijo
que cual madre te criase:
ya tu ves si lo he cumplido.
Doce años las esperanzas
de tu desagradecido
padre, que legitimarte
siendo mi esposo, no quiso,
entretuvieron deseos
que consolados contigo,
resistieron persuasiones
de quien con ruegos continuos,
con preceptos y obediencias,
siendo mi esposo, han podido
obligarme á nuevo imperio
por no ocasionar castigos.
Caséme, y volvió tu padre
cuando te imposibilito
á legitimar tu fama:
mira si con razón digo
que á don Gonzalo le debes
más que á otro hombre, siendo su [hijo,
y si hay á quien debes menos,
pues pudiendo, no ha querido
darte el blasón que te falta,
que yo á segundo dominio
sujeta, es fuerza olvidarte,
si en tanto amor cabe olvido.
Padre tienes generoso;
tu abuelo por mal sufrido
y travieso te aborrece;
acostumbrado á peligros
estás, no sabrás temerlos;
de portentosos principios
naciste, sigue su estrella,
y si los consejos míos
apruebas; pues que tu padre
fué tan severo contigo,
herédale en las hazañas,
serás hijo de ti mismo. (*Vase.*)

ESCENA XVII

PIZARRO.

Madre, yo lo cumpliré
si el valor á que me inclino,
los presagios que me amparan,
las esperanzas que animo
no me salen mentirosas.
Yo, que repudiado he sido

de ti, cuyo honor no quiere
que me intitule tu hijo;
yo, que del ser que me han dado
los empeños desobligo,
pues avariento mi padre
ha injuriado este apellido,
hijo de ninguno soy;
no tengo padres, no admito
ascendientes que me agravien;
en mis obras legitimo
el nuevo ser que restauro,
las hazañas á que aspiro:
deudor de mí mismo soy,
hijo seré de mí mismo.
Yo malograré mis años
¡viven los cielos propicios!
si á pesar de inconvenientes
medio mundo no conquisto.
No tendré nombre hasta entonces;
no sabrán de qué principios
procedo, no temeré
ejércitos de enemigos,
montes de dificultades,
naufragios jamás creídos,
desiertos nunca pisados,
arduos hasta el cielo riscos.
La media esfera que gozo
es medio mundo; así explico
el pronóstico, que en ella
todo un orbe ha dividido.
Yo he de dar desde hoy en esto,
ó morir ó conseguirlo:
todo es dar en una cosa,
donde hay valor no hay peligro.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Salen un PAGADOR *y un* CAPITÁN.

PAGADOR. ¡Plegue al cielo que estas paces
sean sin fin!

CAPITÁN. ¿Para qué?
Nunca cosas deseé
de nuestra vida incapaces.
Déles Dios paz á las monjas,
tenga paz el labrador,
paz pida un adulador,
(que en la guerra no hay lisonjas)
paz el avaro, que encierra
usuras, paz el letrado,
paz el cura, y el soldado
tras una guerra otra guerra:
¿tenemos otro caudal?
Bien comeremos por vos,
Pagador, si os oye Dios.

PAGADOR. Son Castilla y Portugal
en la nobleza y hazañas
(puesto que competidoras
y de sus armas señoras)
honra de las dos Españas.
Mientras ellas entre sí
se destruyen, triunfa y crece
el moro y se ensoberbece
viéndonos andar así.
Quitemos á esta Granada
la corona que Ismael
la puso; doña Isabel
y Fernando (sosegada
Castilla) pisen sus granos
y gocen de sus tesoros:
conquistemos reinos moros
viviendo en paz los cristianos;
que es afrenta que un rincón
que sólo al alarbe queda
en tantos años no pueda
limpiarle nuestra nación.
Barramos esta basura
que por setecientos años
á costa de tantos daños
y tantos peligros dura.

CAPITÁN. Escobas tienen de fuego
nuestra Isabel y Fernando,
que ya el moro está temblando,
y á ver en su vega llego
malograrles su cosecha.

PAGADOR. Escoba es la Inquisición
(de estos reyes fundación)
que llamas toda, aprovecha
tanto contra la cizaña
que sembró la pravedad
blasfema.

CAPITÁN. Con la Hermandad
y Inquisición vive España;
pero mientras que Fernando
tala al morisco su Vega
y el tiempo dichoso llega
que está el bautismo esperando
en que á pesar de andaluces
infieles su Alhambra vea,
si con lunas se platea,
que la eclipsan nuestras luces,
decidme, pues lo sabéis,
de estas paces los contratos.

PAGADOR. Para nosotros baratos
si sus condiciones veis.
Después que aquel gran Girón,
Maestre de Santiago,
venció la del Albufera
contra portugueses tantos
y las quiebras restauró,
celebradas por milagro,
que llaman de Aljubarrota
por romper los castellanos;
la Infanta doña Beatriz,
que viva nestoreos años
y es tía de nuestra reina,
duquesa del noble estado
que se intitula Viseo,
suegra de don Juan el Sabio,
Príncipe de Portugal
y del mundo espejo raro;
deseosa de que vuelva
á España el siglo dorado
que Marte convirtió en hierro,
las puertas abriendo á Jano,
para atajar competencias
tomó prudente la mano
en apaciguar naciones
de dos reinos casi hermanos,

y convidando á los nuestros
el Católico Fernando
que del solio aragonés
iba, á pesar del navarro,
á tomar la posesión
por muerte de aquel anciano,
asombro de la milicia
que dió laurel á sus años,
(el segundo rey don Juan
de Aragón, digo) el cuidado
de estas paces remitió
á nuestra Isabel, espanto
de los vivos, sol hermoso
cuyos generosos rayos,
como dan luz á los buenos,
ciegan y abrasan los malos.
Concertáronse, pues. vistas
sobre la Puente de Tajo
en Alcántara, que es linde
de los dos reinos contrarios,
que dichosas concluyeron
á los postreros del Marzo
presente, que es el de mil
cuatrocientos y ochenta años,
y fueron las condiciones
principales, que quitando
el rey don Alfonso el quinto
los leones cuarteados
y castillos de su escudo
no se llame el lusitano
rey, desde hoy, de Castilla,
como por el mismo caso
ni los nuestros se intitulen
de Portugal reyes, dando
por ningunos los derechos.
Item, que ofrezca la mano
doña Juana, la pretensa
Princesa, la que llamaron
Beltraneja maliciosos,
y de don Enrique el cuarto
heredera, confidentes
al nieto del rey, llamado
Alfonso, como el abuelo,
hijo de don Juan, quedando
de Portugal sucesores
después que falten entrambos.
Pero que si no quisiere
pasar por estos contratos
el niño Infante después
que llegue á perfectos años,
la portuguesa corona
dé luego cien mil cruzados
á doña Juana, la cual
pueda, si gusta, entretanto
en un monasterio ilustre
dar al mundo desengaños,
envidia á sus enemigos
y á sus pesares descanso.
Que á rebeldes de Castilla
se les cierre puerta y paso
para ampararse en su reino
contra el nuestro conspirando;
y que toda la conquista
que margena el Oceano
por las africanas costas
quede eternamente á cargo
de las quinas portuguesas,
sin que por sucesos varios
que intente el tiempo, Castilla
tenga derecho á estorbarlo.
Que queden como en rehenes
hasta cumplirse estos tratos
en poder de la Duquesa
de Viseo, por un año,
en el castillo de Mora
el niño Alfonso, al regalo
fiándole de su tía
y el clavel del mejor Mayo
que vió la naturaleza,
(la Infanta digo, retrato
en la hermosura y el nombre
de nuestra reina) con tanto
que el portugués deje libres
los pueblos que en los asaltos
de esta guerra nos usurpa,
y nos entregue otros cuatro
de los suyos por seis meses.
Uno ha que se publicaron
en las dos cortes, haciendo
universalmente aplauso
lo plebeyo y generoso
de ambas coronas, trocando
en regocijos y fiestas,
muertes, peligros y agravios.
Ya á sus reyes reducida
la condesa, aquel gallardo
espíritu belicoso,
digno de inmortales lauros,
de doña Beatriz Pacheco,
que en Medellín sus vasallos
por Semíramis pretenden
dedicarla simulacros,
olvidadas competencias,
besa pies y la honran brazos;
y el Clavero, don Alonso,
de Alcántara, ya del bando
donde la lealtad le alista,
muestra que si fué Alejandro
en hazañas, ya es Monroy,
blasón generoso y claro.
Ya el gran marqués de Villena
con el valiente Primado,
Pacheco uno, otro Carrillo
enojos reales templaron:
todo es paz, todo sosiego.
Permitan los cielos santos
que lo que las discusiones
hasta este tiempo turbaron
lo restaure la concordia
y que contra el africano,
reliquias del vil profeta,
esfuerzo y armas juntando,
á nuestra ley reducida
trueque Granada los granos
en diamantes por rubíes
que Isabel goce y Fernando.

ESCENA II

DICHOS y ROBLEDO, *soldado.*

ROBLEDO. Ya puede vuestra venganza
gozar, señor Pagador,
si es el vengarse valor,

esta noche su venganza.
El capitán don Gonzalo
Pizarro asiste en Trujillo.
Alcaide es de su castillo,
las armas son su regalo;
mas como este reino goza
de paz, amor más humano
quiere que le dé la mano
doña Beatriz de Mendoza
y en ella el logro mayor
que el Dios desnudo reparte,
que lo que no premia Marte
toma por su cuenta amor.
En fin, se casa con ella,
y esta noche son las bodas;
júntanse las damas todas
trujillanas, y es tan bella
la novia, que se recrea
amor de verse español,
y la que en ausencia es sol
parece á su lado fea.
Descuidado de enemigos
y todo festivo está;
si pena al agravio os da,
la noche ofrece castigos:
aprovechadlos ahora
y vengad á vuestro hermano.

Pagador. Antes que la dé la mano,
contra mi sangre agresora,
se la he de colgar al cuello.
En esta ocasión mostrad,
capitán, vuestra amistad,
que el fugitivo cabello
nos ofrece la ocasión
quince años ha deseada,
y sola esta noche hallada.
En Salamanca, en razón
de una cátedra que había
llevado un deudo, salió
con otros y me mató
un hermano que tenía,
el más lucido letrado
que aquel concurso estimaba.
Yo era entonces quien privaba
con Enrique, que vengado
quiso verme, en tanto extremo,
que, despachando contra él
un juez severo y cruel,
dió los cómplices al remo;
pero huyendo el agresor
por excusar la justicia,
se valió de la milicia,
que á perdidos da favor.
En ella, en efecto, ha sido
tan dichoso que alcanzara
si yo no se lo estorbara,
premios que otros han tenido
con menos méritos que él;
porque como sucedí
en el favor que adquirí
con Fernando é Isabel,
persiguiéndole hasta agora
no le he dejado medrar;
si bien no pude estorbar
que cuando venció en Zamora
nuestro campo al portugués
sus hazañas no alcanzasen
que capitán le nombrasen
los reyes, y que después
trocase la compañía
de infantes en hombres de armas.
Vence la envidia á las armas:
creció en su valor la mía.
Diversas veces cohеché
soldados que le matasen,
delitos que le imputasen,
y con el rey procuré
desacreditar su fama,
mas sacóle vencedor
mi desdicha y su valor,
que en las tinieblas la llama
luce más, y los engaños
si aprietan, no prevalecen:
Beber su sangre apetecen
mis agravios ya ha quince años;
si esta vez no lo consiguen
morirán desesperados.

Capitán. Aconsejar agraviados
que más sus pasiones siguen
que la razón, es gastar
persuasiones sin provecho.
De mi amistad satisfecho
podéis, Pagador, estar,
pues la guerra concluída
y fiándoos el caudal
el rey de su hacienda real,
depende de vos mi vida,
como de quien socorrerme
puede en mis necesidades.

Pagador. Conformemos voluntades.
Si Alejandro queréis verme
vengadme vos y seréis
dueño de cuanto poseo.
Segura la ocasión veo;
si ejecutarla queréis
dos leguas dista de aquí
Trujillo y el sol se ausenta.
Mi enemigo sólo intenta,
descuidándose de mí
trocar el acero en galas:
en llanto sus bodas trueque,
porque su esperanza seque
el pésame de dos balas.
Sabremos cual es la casa
donde se ha de desposar;
enviarémosle á llamar,
y entre la gente que pasa
á tener parte en la fiesta
encubriéndonos mejor,
sin saberse el agresor
podrán llorarla funesta.
¿Qué decís?

Capitán. Que hay paces digo
y que con ellas no hay paga;
que vuestro gusto se haga,
porque vuestra mesa sigo.
Trazad, y pondré en efecto
cualquiera orden que me deis.

Pagador. Como á mi hermano venguéis
mil escudos os prometo. *(Vanse).*

ESCENA III

Salen CARRIZO *y* PULIDA

CARRIZO. Ya por hoy no iré al molino.
PULIDA. Hannos en la Zarza echado
tanto del roto soldado,
que el diabro con ellos vino.
¿Mas que nos queda el corral
con el gallo soldemente?
CARRIZO. Por bien se lleva esta gente,
Polida, que no por mal.
Un día es, y este se pasa
como quiera. ¿Tenéis olla?
PULIDA. De macho con su cebolla;
tocino y pan hay en casa;
¿mas vino y las gollorías
que piden?
CARRIZO. Pan y manteles
nos obrigan.
PULIDA. Son crueles,
y más los de aquestos días,
que vienen mal avezados
de la guerra que han tuvido
en Portugal.
CARRIZO. Despedido
los han, y ya van pagados.
El soldado que os copiere
recebilde con amor,
que por mal es lo peor.
PULIDA. Mientras aquí no estoviere
don Alvaro, que á Trujillo
á unas bodas se hué ayer,
ansí lo habemos de her,
que si no pan y cochillo
(y aun eso de mala gana)
les diera.
CARRIZO. Llevóse ya
Dios al viejo.
PULIDA. A estar acá,
la Zarza quedara sana
de estos lobos que el pellejo
nos quitan: ¡malditas piezas!
CARRIZO. Sí, don Francisco Cabezas
hué bravo hombre.
PULIDA. ¡Lindo viejo!
CARRIZO. Mas don Alvaro Durán
no le va, aunque mozo, en zaga.
PULIDA. Carrizo, no sé que me haga.
Habrar quiero al capitán,
y dolereráse de mí
quizaves.
CARRIZO. ¡Bonicos son!
Daldos á la maldición,
que en viéndoos, Polida, ansí,
con aquesa catadura,
temo...
PULIDA. ¿Qué teméis?
CARRIZO. ¡Pardiós!
que vais una y volvéis dos.
Yo os digo la verdad pura;
dad al huésped buen despacho,
que más vale, si se atreve,
que doce pollos nos lleve
que no que os deje un mochacho.
Mas el alcalde es mi amigo;
yo le vó al concejo á habrar,
que si se deja rogar
y mi pobreza le digo,
por ocho ó por doce reales
de este trabajo saldremos.
PULIDA. Carrizo ¿y dó los tenemos?
CARRIZO. Vendo un buey y excuso males;
que hay soldado (si le cuadra
la posada que le dan)
que convida al capitán
y con él toda una escuadra,
y por heros más merced,
mostrando que es dadivoso,
dando tras roso y velloso
no deja estaca en pared.
Porque esto no nos suceda
voilo á concertar, Polida. *(Vase).*
PULIDA. Pues venga y vino me pida,
que á fe (si en mi casa queda
y no es comedido el mozo)
porque cene con regalo,
que le he de dar pan de palo
y á beber agua del pozo.

ESCENA IV

PULIDA *y* QUIRÓS, *soldado, muy roto, y con frascos y cuerda en la cinta.*

QUIRÓS. Me racomando, patrona.
PULIDA. No entiendo latín, soldado.
QUIRÓS. Esta boleta me han dado
para aquí.
PULIDA. De su presona
cuidaremos.
QUIRÓS. ¿Qué hay de cena?
PULIDA. Tocino, macho y cecina
tién la olla.
QUIRÓS. ¿No hay gallina?
PULIDA. Para soldados no es buena,
que engendra sangre cobarde.
QUIRÓS. Aves come el que es guerrero,
y las plumas del sombrero
harán de mi esfuerzo alarde.
Yo de noche no como olla,
que el soldado no es gañán.
¿Hay pollas?
PULIDA. No faltarán.
QUIRÓS. Jugaremos á la polla.
¿Qué principio y postre espero?
PULIDA. Principios, señor soldado,
son acá el primer bocado.
QUIRÓS. ¿Y los postres?
PULIDA. El postrero.
QUIRÓS. Pues yo empiezo en ensalada,
y remato en aceitunas.
PULIDA. De encina mos traen algunas,
que es comida regalada.
QUIRÓS. ¡Pesar de quien la parió!
¿Bellotas ha de comer
un soldado?
PULIDA. ¿Pues qué ha de her?
QUIRÓS. ¿Soy hijo pródigo yo?
PULIDA. Parécelo en los retazos.
QUIRÓS. Poquito á poco, monsiura:
¿qué cama habrá?
PULIDA. Algo dura.
QUIRÓS. Pues yo vengo hecho pedazos.

PULIDA. Ya lo veo. Hay cabezales,
en somo de aquel escaño.
QUIRÓS. ¿Sin sábanas?
PULIDA. Hacen daño.
QUIRÓS. ¿Y qué mantas?
PULIDA. Dos costales.
QUIRÓS. ¡Cuerpo de Cristo con ella!
PULIDA. Quien da lo que tién ¿qué debe?
QUIRÓS. ¿Y aquí qué vino se bebe?
PULIDA. Del pozo.
QUIRÓS. Bébalo ella
y reviente, porque yo
esta noche he de cenar
borrajas al empezar.
PULIDA. Borrachas cuidaba yo.
QUIRÓS. Y tras ellas su jigote.
PULIDA. ¿Mi gi qué? ¿qué es si lo sabe?
QUIRÓS. De ternera, si no es de ave.
PULIDA. ¿Gigorro?
QUIRÓS. Ó pastel en bote.
PULIDA. Ni yo girrote sé her,
ni pastel he visto en bota.
QUIRÓS. De lo caro una candiota.
PULIDA. Candi hay que empieza á arder.
QUIRÓS. Y levantada la mesa.
en cama mullida y blanda
colcha y sábanas de Holanda.
PULIDA. Ya tomara estopa gruesa.
QUIRÓS. Y por si me hiciere mal,
con esas dos manos tiernas
ha de traerme las piernas.
PULIDA. Si las deja en el corral.
QUIRÓS. Podrá ser que así me obligue
á que soplando el candil
la dé mi cuerpo gentil
con lo demás que se sigue.
PULIDA. Pues si con lo que le dan
en casa no se contenta,
y sin naranja y pimienta
no come cecina y pan,
antes que salte las bardas
(que no están bajas á fe)
porque duerma le traeré
las piernas con unas cardas;
y si en su tema prosigue,
le mediremos dos trancas,
desde el cogote á las ancas,
con lo demás que se sigue.
QUIRÓS. Pues yo la voto...
PULIDA. No bote.
QUIRÓS. A Cristo, que ha de llevar
esta noche que rascar
la pápara á puro azote.
Ponga las manos en cruz.
(Quiere atarla con la cuerda.)
PULIDA. ¿Para?
QUIRÓS. Cruce los dos brazos,
sabrá qué son latigazos
de una mecha de arcabuz.
PULIDA. *(Grita.)* ¡Aquí de Dios y del reye!
¿No hay josticia?
QUIRÓS. *(Dala una coz.)* Menos voces.
PULIDA. ¡Despinfarrado! ¿De coces
vos á mí? ¿No hay Dios? ¿No hay leye?

ESCENA V

DICHOS *y salen dos* SOLDADOS *y* CARRIZO.

SOLD. 1.° O rescatar la posada
con cien reales, ó pasar
crujía, y sin replicar.
CARRIZO. ¿Con cien reales? ¡Mas nonada!
SOLD. 2.° Cabales.
CARRIZO. Menos los ceros.
Diez les iba yo juntando.
PULIDA. ¡Ay, Carrizo! Aquí andan dando.
SOLD. 1.° Ea, ponédmele en cueros,
veréis la tunda que lleva.
QUIRÓS. Desnúdese ella también.
CARRIZO. ¿Ambos desnudos? ¿No ven
que ya pasó Adán y Esgueva?

ESCENA VI

DICHOS *y* PIZARRO, *muy galán, con mucha pluma y un venablo.*

PIZARRO. ¿Qué esto?
PULIDA. ¡Ay, Francisco mío!
¿Tú en la Zarza y yo en trabajos?
Este muladar de andrajos
con mujeres tiene brío;
que á nacerme aquí unas pocas
yo les juro á non de Dios...
CARRIZO. Francisco, doleos de nos.
PIZARRO. ¿Soldados contra unas tocas
en vez de darlas socorro,
y hombres os osáis llamar?
CARRIZO. Me quieren desatacar.
PULIDA. Me piden carne en gigorro.
PIZARRO. Quitáos las torpes espadas,
quitáoslas, ó ¡vive Dios!
SOLD. 1.° Señor alférez, los dos
somos...
PIZARRO. ¿Qué dos ó qué nadas?
Acabemos, desceñildas,
y en su lugar os ponéis
dos ruecas.
SOLD. 2.° Vuesa merced
nos trate bien.
PIZARRO. Redimildas
la vejación en que están
corridas á vuestros lados:
pícaros sois, no soldados.
Bien los campos labrarán
los míseros labradores
si las manos les tenéis
atadas. ¿Pretenderéis
por esta hazaña favores
en el consejo de guerra?
Presentad esos cordeles
cuando aleguéis por papeles
que defendísteis la tierra.
¿Adónde está el capitán?
QUIRÓS. A Trujillo fué esta tarde.
PIZARRO. Quitá la espada, cobarde,
que pues sus veces me dan
y soy su alférez, agora
sabré si conforme á ley...
SOLD. 1.° Mire...
PIZARRO. ¡Por vida del rey
y la reina, mi señora,

infames, que la bandera
me fió, si no os quitáis
las espadas que afrentáis
(mejor una caña fuera)
que os cosa con el venablo!

CARRIZO. Polida, ¿qué decis de esto?

PULIDA. Es un dimuño.

CARRIZO. Es un diabro.

PIZARRO. Llamadme á los labradores.

(Vase Carrizo.)

ESCENA VII

DICHOS, *menos* CARRIZO.

SOLD. 2.° Vuesa merced considere
que es muy mozo, y que si quiere
con desprecios y rigores
poner su enojo en efeto
(aunque nuestro alferez sea)
tiene poca barba, y crea
que á no guardalle el respeto
que pide el cargo...

PIZARRO. ¡Cobarde!
Mi bandera y preeminencia
no la adquirí por herencia,
ni las barbas son alarde
del valor que al noble anima,
sino el espíritu honrado
que en el alma vinculado
los peligros desestima;
que á ser ansí (aunque parezca
que en ellas le puso Dios)
barbas os sobran á vos
para una guarda tudesca.
La Reina, nuestra señora,
me dió el cargo que consigo,
siendo ella misma testigo
en el cerco de Zamora,
que mi capitán rendido
y perdida su bandera,
paje de gineta era,
pero aunque paje, atrevido,
(no con mujeres, cual vos)
pues fiado en la fortuna
volví, (si perdimos una)
á su presencia con dos.
Alférez entonces me hizo
sin suplicárselo yo;
la bandera que me dió
de trece años la autorizo.
Y porque sepáis si en mí
las barbas son menosprecio,
agora veréis cuán necio
fuisteis en hablarme ansí.
Desceñíos esa espada
antes que enojos provoque
y fruta de un alcornoque
os haga mal sazonada;
presto. *(Quitanselas.)*

SOLD. 1.° Por mi superior
os obedezco.

PIZARRO. ¿Qué aguardan
los dos?

SOLD. 2.° Ya vamos.

PIZARRO. Ya tardan.
¡Hola! Carrizo.

ESCENA VIII

Salen CARRIZO *y otros.*—DICHOS.

CARRIZO. Señor,
aquí todo el puebro está.

(Pizarro señalando á Quirós.)

PIZARRO. Este (con vuestra mujer
valiente) en vuestro poder
para ejemplo quedará
de infame, con condición
que esté en la plaza colgado
hasta mañana.

QUIRÓS. ¿Yo ahorcado?

PIZARRO. No, que os tengo compasión.
De los hombres solamente,
mas sin que os quiten la vida,
con una rueca ceñida
regocijaréis la gente.

CARRIZO. ¿Y estotros dos?

PIZARRO. Castigaldos.
Deles cada labrador
catorce azotes.

SOLD. 1.° Señor,
mira que somos...

PIZARRO. Llevaldos.

SOLD. 2.° No faltará quien dé cuenta
á los reyes de este agravio.

PIZARRO. Ella es santa y él es sabio.
Yo les diré vuestra afrenta,
podrá ser que se mitigue.

PULIDA. Venga á la praza el modorro,
porque le demos gigorro
con lo demás que se sigue.

CRESPO. ¡Burlaos con el Francisquillo!

CARRIZO. Azotaina ha de haber hoy.

PIZARRO. A ver á la reina voy,
que entra esta noche en Trujillo.

(Vase.)

PULIDA. Soldado, esas piernas bellas,
después que colgado esté,
¿oye? no se las traeré,
pero tiraréle dellas.

SOLD. 1.° ¡Que á esto un rapaz nos obligue!

PULIDA. Y á esotros dos marquesotes
á cada catorce azotes,
con lo demás que se sigue. *(Vanse.)*

ESCENA IX

Sale el PAGADOR, *el* CAPITÁN *con un arcabuz y* ROBLEDO.

PAGADOR. Mejor lo habemos trazado
de esta suerte.

CAPITÁN. En la ciudad
nos pusieran en cuidado;
que en tanta publicidad
y con tanto deudo lado,
aunque es de noche, no fuera
posible no conocernos.
Aguardándole aquí fuera
si él viene (antes de ofendernos
la justicia) cuando muera,
es fácil el retirarnos
sin que se sepa el autor
de su muerte.

PAGADOR. Por vengarnos
menospreciaré el favor
de los reyes,

[illegible] [illegible]emos
[illegible] quedemos.
[illegible] [illegible]emos,
[illegible] [illegible]anza.
[illegible] venganza,
[illegible] [illegible]aremos.
[illegible]

[illegible] [illegible]ucio,
[illegible] [illegible]rtesa:
[illegible] estaba solo,
[illegible] e asistía
[illegible] nobleza,
[illegible] dijo:
[illegible] aspereza
[illegible] es prolijo
[illegible] [illegible]oso empieza.
[illegible] de desposarme,
[illegible] desembarazarme
[illegible] que la han de dar
á doña Beatriz pesar.
Pero, pues, envía á llamarme,
[illegible], hidalgo, que luego
[illegible] sitio señalado;
que se apreste mientras llego,
y tome por el cuidado
esta sortija.»

PAGADOR. ¡Sosiego
notable!

CAPITÁN. ¿No se turbó?

ROBLEDO. ¿Turbar? antes se rió
mientras el papel leía.

PAGADOR. Más de su esfuerzo se fía
que de mi venganza yo.
Pero cumpla él su promesa
verá presto el desengaño.

ESCENA X

DICHOS, y *salen* DON GONZALO, *como de noche. Luego* PIZARRO, *de camino.*

GONZALO. A algún celoso le pesa
de mis bodas, y en su daño
quiere turbarme esta empresa.
Sin firma vino el papel,
como yo sin compañía:
amor celoso es crüel.

PIZARRO. (*Sale.*) Tarde, diligencia mía,
venís; honra, no sois fiel
si os perdéis por perezosa
y mi padre se desposa
sin impedírselo yo.

CAPITÁN. Este es, ¿tiraréle?

PAGADOR. No;
tened, que en acción dudosa
me pesará que matemos
otro en vez del que buscamos,
pues si esta ocasión perdemos,
sin esperanza quedamos
de que después nos venguemos.
Sepamos quién es primero.

CAPITÁN. Llegad, que yo aguardo aquí,

PAGADOR. (*A* Pizarro.) Si sois don Gonzalo espe-
saber. [ro

GONZALO. Pronunciar oí
mi nombre; acercarme quiero.

PIZARRO. (*Ap.*) (¿Don Gonzalo? Ansí se llama
quien me ha dado el ser que tengo.
Si alguno que le desama
le intenta ofender, yo vengo
á acreditar más su fama.)
Mi nombre es Gonzalo.

GONZALO. ¿Cómo?

PAGADOR. ¿Gonzalo Pizarro?

PIZARRO. Pues,
con ese apellido domo
cobardes.

PAGADOR. (*Al* Capitán.) Amigo, él es;
vengue mi agravio tu plomo:
dispárale.

CAPITÁN. No dió fuego.

GONZALO. ¡Oh, villanos! la traición
que en vosotros á ver llego;
con noble satisfacción
dará á mi enojo sosiego.
Yo soy Gonzalo Pizarro.
¡A ellos, joven gallardo!

PAGADOR. Tres somos, mueran los dos. (*Riñen.*)

PIZARRO. ¡Ojalá os hiciera Dios
tres mil!

ROBLEDO. Esta cuesta agarro.
Vida, bajaos á los pies,
y ellos os libren de mal. (*Huye.*)

GONZALO. ¿Contra uno, y salís tres?

PAGADOR. Al Pagador general
matáis; sosegáos.

GONZALO. Después,
que agora es razón (si ha sido
Pagador) que las traiciones
pagues que me han perseguido.

PIZARRO. Cuchilladas, no razones;
¡cuerpo de Dios! ya he tendido
al uno. Esotro que queda
porque escaparse no pueda
desjarretarle es mejor.
(*Huye el* Capitán.)

GONZALO. A traidores, Pagador,
se paga de esta manera.
¿Huís? no me maravillo.

PAGADOR. ¡Muerto soy! ¡Favor al Rey!
Alguaciles de Trujillo,
¡justicia! ¿no hay Dios? ¿no hay ley?
(*Huye.*)

GONZALO. Hay valor, que es tu cuchillo.

PIZARRO. No los sigáis caballero,
que tengo que hablar con vos.

ESCENA XI

DON GONZALO *y* PIZARRO.

GONZALO. Obligado á vuestro acero
confieso que os trujo Dios
en mi socorro; no quiero
más dicha ya que saber
quién sois y luego serviros.

PIZARRO. Admitiéralo, á no ser
ingrato vos á suspiros
de alguna ilustre mujer,
que perdió por olvidada
lo que os fió por querida,
y en mí dejó vinculada
la venganza de ofendida,
si no de menospreciada.

GONZALO. No os entiendo.
PIZARRO. Yo lo creo;
que el no entender ya es en vos
mal viejo, común empleo
de quien sin mirar que hay Dios
se sujeta á su deseo.
¿Habéis dado ya la mano
al nuevo dueño que amáis,
ó queréis que llore en vano
palabras que la empeñáis
en fe de un amor liviano?
¿Iréisos á Italia ya
para que no legitime
la sucesión que os dará,
y burlada se lastime,
pues por vos sin honra está?
GONZALO. Encubierto defensor,
que enigmas multiplicando,
me injuriáis y dais favor,
á un tiempo estáis engendrando
ira en mi pecho y amor.
Si á darme ayuda venís,
¿por qué agraviar me queréis?
¿con la noche os encubrís?
¿injuriador socorréis
y amigable perseguís?
PIZARRO. Porque á imitaros me atrevo,
enemigo bienhechor,
ejecutando á quien debo
el bien y el daño mayor
que tiene el mundo.
GONZALO. Mancebo;
según el modo de hablar,
si no sois el que colijo,
sin seso debéis de estar.
¿Sois vos hijo...?
PIZARRO. Yo soy hijo,
sin padres, de un encinar.
GONZALO. ¡Ay, cielos! ¿Doña Beatriz
Cabezas es vuestra madre?
PIZARRO. Fuéralo, á ser tan feliz,
que á su tálamo mi padre
sujetara la cerviz.
Mas no lo soy (agraviadas
prendas por vos infelices)
viéndoos (pues quedan burladas)
dichoso con las Beatrices,
y ellas con vos desdichadas.
GONZALO. Hijo, á quien el alma adora,
cesen enojos, que llora
de contento el alma.
PIZARRO. ¿Está
con vos desposada ya
esotra Beatriz?
GONZALO. No ha una hora
que por dueño la admití,
pues teniéndole tu madre
ya su esperanza perdí.
PIZARRO. Pues, padre, no sois mi padre:
teneos allá.
GONZALO. Vuelve en tí.
PIZARRO. Volviérades por mí vos,
cuando de una encina fruto,
ingrato á mi madre, á Dios,
y alimentándome un bruto
les debo más que á los dos.
Volviérades por mi fama;
pues el más tosco pastor
padre legítimo llama
al suyo, y vuestro rigor
cuando me engendra, me infama.
Tendréis hijos que posean
el título que no aguardo,
y menores que yo sean,
porque me llamen bastardo
cuando su hermano me vean.
¡Ah, cielos! y quién pudiera
dispensar obligaciones,
y la mayor no os tuviera,
porque á vuestras sin razones
fin con mis desdichas diera.
Juntó amor en un sujeto
dos contrarios sin ser sabio:
¡triste de mí! que en efecto
si intento vengar mi agravio,
pierdo á mi padre el respeto.
Extrañas contradicciones
mezclándose me persiguen:
¡posibles persecuciones
que á un mismo tiempo me obliguen
agravios y obligaciones!
¡Vive Dios que no ha de verme
más la luz de aqueste mundo,
ni España en él conocerme,
mientras que en otro segundo
de vos pudiere esconderme!
Ya hay quien ofrece á Fernando
de otro Orbe el descubrimiento,
que en mí esperanza criando
mejore mi nacimiento,
mi suerte lejitimando.
Yo, ingrato padre, á pesar
de vuestro poco cuidado,
tanta agua pienso pasar
que en ella mi honor manchado
pueda mi esfuerzo lavar.
Yo malograré mis años,
y huyendo vuestros engaños
vencedor de un medio mundo,
lince del polo segundo
pisaré climas extraños.
Yo, si llegare á tener
hermanos, con más valor
que ellos he de pretender
que me veneren señor,
llegándome á obedecer.
Suplirá la fortaleza
faltas de naturaleza
y de vos desobligado
seré (por mí reengendrado)
el Fénix de mi nobleza.
Juzgaréisme, claro está,
por loco, mas mi animosa
inclinación mostrará;
que en dando yo en una cosa
salgo con ella.
UNO. (*De dentro.*) Tendrá
el castigo que merece
quien dió muerte al Pagador.
HOMB. 2.° (*Dentro.*) Aquí están los dos.
PIZARRO. Parece
que se convoca al furor
popular, y que apetece
prendernos.

GONZALO. El retirarnos
juzgo ahora por cordura.
PIZARRO. El valor baste á animarnos;
no hay valiente sin locura,
vileza es dejar cercarnos.
¡A ellos cuerpo de Dios!
pues vamos juntos los dos.
GONZALO. ¡Oh, hijo, César segundo!
PIZARRO. Mientras no gano otro mundo
no os tengo por padre á vos. *(Vanse.)*

ESCENA XII

Suenan cajas y salen SOLDADOS: *detras la* REINA ISABEL *y sale también* HERNANDO CORTÉS.

REINA. Vuélvase á alistar la gente
que de la guerra pasada
se despidió. Esta Granada
nuestra armas acreciente.
El rey, mi señor, su empresa
pretende, y sobre ella está:
sirva esta Granada ya
para postres de mi mesa.
Contra el hereje fundé
la divina Inquisición,
la Hermandad contra el ladrón,
los judíos desterré:
vuelva la fe á su decoro,
y en tan sagrada conquista
quien desterró al Talmudista
destierre también al moro.
La Fe del bautismo dé
á España su integridad;
fundaréla una ciudad
que se llame Santa Fe.
No quede en Extramadura
quien no logre allí su fama;
ganó mi esposo al Alhama,
á Baza cercar procura:
yo he de asistir en persona
hasta ver esta Granada
que de cruces coronada
es timbre de mi corona.
¡Al arma, pues, extremeños!
CORTÉS. Si tal valor nos anima,
si á sus reyes dan estima
virtudes de tales dueños,
¿qué mucho, vos su caudillo,
que muestre el valor que cobra?
Animándonos vos, sobra
para Granada Trujillo.
Presto os llamarán monarca
sus blasfemos adüares.
SOLD. 1.° Alegres cuantos lugares
abarca nuestra comarca,
señora, con celo fiel
os salen á festejar
venturosos por gozar
siglos de tal Isabel.

ESCENA XIII

DICHOS, *y salen* CRESPO, BERTOL, CARRIZO, PULIDA *y labradores cantando.*

(Cantan.) «Por esta calle que voy,
por estotra doy la vuelta:
no hay zagala que tenga la cara
tan hermosa como la reina.
UNO. En ella vive un Abril
con todas sus zarandajas,
no es cara á lumbre de pajas,
sino del Mayo gentil;
sus ojos son torongil,
sus pechos blancas cebollas,
sus manos bollos ó bollas,
nieve y manteca revuelta
en darme muerte resuelta
cuando enamorado estoy.
TODOS. Por esta calle que voy,
por estotra doy la vuelta:
no hay zagala que tenga la cara
tan hermosa como la reina.»
PULIDA. A fe de Dios que no hay natas
que igualen su catadura:
bendiga Dios su hermosura
y déme á besar las patas.
REINA. Seáis, serrana, bien venida
por lo pulido que habláis.
PULIDA. ¡Oh! si el nombre me acertáis
ya sabréis que só Polida.
Escúcheme su aspereza.
CARRIZO. *(Ap. á Pulida.)* Su Alteza, necia, la dí.
PULIDA. Su Alteza necia, que aquí,
digo en la Zarza.
CARRIZO. *(Ap.)* ¡Ya empieza!
PULIDA. Vino... en lo que toca al vino
que el soldado mos pidió
rape el diabro el que quedó;
pero sobrando el tocino
¿no bondaba? Dígalo ella.
Salga esta vez todo el corro,
y como pidió gigorro,
ansí yo huera doncella
pasara, mas con marido
¿no es pecado que pidiese
que las piernas le trojese?
Aun si se le hubieran ido,
vaya; mas, señora mía,
ansí nos alumbre Dios,
que una y otra, ambas á dos
consigo se las traía.
REINA. Yo lo creo. *(Ap.)* (¡Hay tal simpleza!)
PULIDA. Como no pude sofrillo:
¿conoce ella á Francisquillo,
aquél que hizo su torpeza
alfiler ell otro día?
Tamaño se echó de ver
que alfiler había de ser,
porque tuvo alferecía.
Daba en que me habia de atar
las manos; y bien ¿y qué hizo?
ansí, también á Carrizo
mandaron desatacar.
Pues Francisco en mi socorro
los espetos les quitó,
por los sobacos colgó
en la praza al de gigorro,
y á los dos de los bigotes,
porque cenasen mijor
mandó á cada labrador
pegarles catorce azotes.
Quedaron hechos tasajos,
y al colgado (aunque eran tiernas)

héndole á traer las piernas
le tiré de los zancajos.
Dicen agora malas lenguas
que al mí Francisquillo vienen
á acusar. La culpa tienen
ellos; pásense sus menguas
y esta gente se castigue,
que en labradoras se envicia:
pido costas y justicia,
con lo demás que se sigue.

REINA. Al que á vos mal os hiciere
tendré yo por enemigo:
muy justo fué ese castigo.

PULIDA. Sí, señora, que no quiere
si quitarmos esta gente
los pellejos.

REINA. Yo lo creo.

PULIDA. ¿Mos perdona?

REINA. Sí.

PULIDA. Deseo
por el servicio presente
ella mercé.

REINA. Guárdeos Dios.
Gusto me ha dado infinito.

PULIDA. ¿Y perdona á Francisquito?

REINA. Yo le perdono por vos.

ESCENA XIV

DICHOS y ROBLEDO.

ROBLEDO. Al Pagador general,
señora, han muerto á traición.

REINA. ¿Qué decís?

ROBLEDO. Sin ocasión
á tanto delito igual,
el capitán don Gonzalo
Pizarro á matarle vino
de noche y en el camino
de esta ciudad.

CARRIZO. ¡Malo!

PULIDA. ¡Malo!

REINA. ¿Don Gonzalo? Dudo yo
que sin causa se atreviese
á cosa que desdijese
de la sangre que heredó,
que es tan fiel como animoso.

ROBLEDO. Los testigos lo dirán.
Dió muerte á su capitán
un alférez revoltoso
que con don Gonzalo fué,
á quien vuestra Alteza ha horrado
sin haber sido soldado,
ni aun tener barbas.

REINA. ¿Quién fué?

ROBLEDO. El que porque á un labrador
cama y posada pedía,
que por suerte le cabía,
un soldado de valor
le hizo colgar en la plaza,
y á otros mandó azotar.

CARRIZO. Quisomos desacatar.
Mire su merced que traza
de honrados.

REINA. ¿Tenéislos presos?

ROBLEDO. Hanse los dos resistido
á la justicia.

REINA. Venido
he yo á castigar excesos.
Vaya mi guarda por ellos.

CARRIZO. Peor, Pulida.

PULIDA. Peor.

REINA. Si los hizo mi favor,
también sabré deshacellos.

ESCENA XV

Suenan cajas, y sale PIZARRO *con una bandera al hombro; á su lado* DON GONZALO. *Tiende en llegando la bandera á los pies de la* REINA *y hincan las rodillas.*

PIZARRO. Leal postro á vuestros pies
esta bandera, señora,
con que me honró vuestra alteza,
liberal con mi edad corta.
Quince años son los que tengo,
pero testigo es Zamora
de que muriendo mi alférez,
con una gineta sola
(insignia de quien serví)
entró nuestra escuadra rota,
por el campo portugués,
que cantaba la victoria,
volviendo con dos banderas,
sin que me sacasen gota
de sangre, que esta se guarda
para hazañas más heroicas.
Castigué las demasías
de cobardes, que sin honra,
fugitivos en la guerra,
son presa de sus escoltas.
Ya os constarán sus insultos
y si no, esta labradora,
pues aquí la trajo el cielo,
los diga, que en esta historia
es la más interesada
por simple, no mentirosa.
Llegué de noche á Trujillo
á referir estas cosas
á vuestra alteza, y ya cerca
salen de entre peñas toscas
tres hombres á preguntarme
(adviértase el sitio y hora)
si don Gonzalo Pizarro
me llamo, que les importa.
Yo, que oigo nombrar mi padre,
receloso que alevosas
diligencias le persiguen,
mando al amor que responda
que sí; y apenas lo escuchan,
cuando con una pistola,
cómplice vil de su infamia,
venganzas torpes provocan.
No dió fuego el polvorín,
ni la sangre generosa
de mi padre, que allí estaba,
lugar á que se le acojan
los salteadores aleves,
pues quedaron por memoria
y escarmiento de la envidia
medrada con sus lisonjas.
El Pagador general
es el uno, y vos, señora,

testigo de estratagemas
y invenciones cavilosas
con que persiguió á mi padre,
impidiéndole las glorias
de tanta hazaña sin premio:
¿la malicia que no estorba?
El otro es mi capitán,
que escribió con tinta roja
la sentencia de su muerte
bien dada, aunque lastimosa.
Si por volver por mi padre
y castigar afrentosas
travesuras de perdidos,
Vuestra Majestad se enoja
y contra los dos se indigna,
sus plantas invictas ponga
sobre estas cabezas fieles,
premiaralas si las postra.

REINA. Tiene, alférez, la verdad
tanta fuerza, vencedora
de retóricas mentiras
con que invenciones adorna,
que fácil me persuadís;
y por lo que se aficiona
á vuestro valor el mío,
por vos la piedad abona.
Ya yo os tengo perdonado
el rigor con que me informan
que traviesos castigasteis
que su profesión desdoran.
La muerte del Pagador
y el capitán insta ahora,
por haber parte que pida
información más copiosa.
Averigue yo haber sido
como decís, que patrona
vuestra, saldréis capitán,
puesto que de edad tan poca.
De la prisión que os señalo
á los dos, no os dé congoja,
que vuestras guardas serán
mis monteros de Espinosa.
Iréis sin armas con ellos,
y cerca de mi persona
haré, guardándoos justicia,
más alarde de piadosa.
El rey mi señor pretende,
eclipsando Lunas moras,
presentarme una Granada
que blasfemos arrincona.
Allí veré de la suerte
que sirviendo á mi corona
pagáis cargos con que os premio
y triunfáis de envidias locas.

GONZALO. Viva más que tiene granos
esa Granada, señora,
siglos tanta discreción.

PIZARRO. Semíramis española
os llame desde hoy Castilla
tanto mejor que la otra,
cuanto ejemplo de pureza
y virtud la fama os nombra.
Si otro Orbe Colón descubre
en vuestras minas hermosas
os hago pleito homenaje
de no volver á las costas
de España mientras no os diere
más oro y plata, más joyas
que cuando dueño del mundo,
triunfó de sus partes Roma.
Cumplid, Hernando Cortés
presagios con que os pregonan
los cielos por igual mío;
haced vuestra fama heroica,
que si parece imposible
á la envidia que proponga
locuras en la apariencia
y de escucharlas se asombra,
en la comedia segunda
saldrá la verdad piadosa
que donde hay valor y dicha,
todo es dar en una cosa.

COMEDIA FAMOSA

AMAZONAS EN LAS INDIAS

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

MENALIPE.
MARTESIA.
GONZALO PIZARRO.
FRANCISCO DE CARAVAJAL.
DON DIEGO DE ALMAGRO.
DON GARCÍA DE ALVARADO.
TRIGUEROS, *gracioso*.
JUAN VALSA, *soldado*.
VACA DE CASTRO.
ALONSO DE ALVARADO.
DOÑA FRANCISCA PIZARRO.
EL CAPITÁN ALMENDRAS.
HINOJOSA.
CUATRO SOLDADOS.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Tocan á guerra y salen peleando MENALIPE, MARTESIA *y otras Amazonas; la primera con hacha de armas, la otra con un bastón y todas con arcos y aljabas de flechas á las espaldas, y contra ellas españoles bizarros, entre los cuales salen* FRANCISCO CARAVAJAL *y* GONZALO PIZARRO; *llena éste la rodela de flechas, y retirando á* MENALIPE, *sin sacar la espada, van peleando entrando y saliendo, hasta que quedando solos* DON GONGALO *y* MENALIPE, *dicen:*

MENALIPE.

Matadme estas arpías
que con presencia humana,
el privilegio á nuestra patria quiebran,
no pierdan nuestros días
la integridad antigua, aunque inhumana,
que ilustran tantos siglos y celebran.
No estas arenas pisen
plantas lascivas de hombres,
que obscureciendo nuestros castos nombres,
cobardes por el mundo nos avisen
que no sabemos abatir coronas.
¡A ellos, invencibles amazonas!

MARTESIA.

¿Qué importa el animarnos?
¿El dar voces, qué importa,
si en ellos ni el hacha de armas corta,
ni las flechas victoria pueden darnos?
Pues con poblar esas regiones sumas
(temblando el sol de verlas)
el ánimo perdemos con perderlas
y adornando sus galas,
en vez de darles muerte les dan alas.

ESCENA II

DON GONZALO PIZARRO *y* MENALIPE.

GONZALO.

¡Oh, región belicosa!
¡Oh, sol, que en el ocaso donde mueres,
por guarda de tu pira luminosa
influyes tal valor en las mujeres!
¿Qué prodigio, qué encanto
en pechos femeniles puede tanto?
Las fábulas que en Grecia
Alejandro (por ser de Homero) precia,
á Palas eternizan,
á Tomiris pirámides levantan
y á la madre de Nino solemnizan,
mienten (por más que sus historias cantan)

si con éstas se atreven
á competir (por más valor que prueben).
¡Que en los límites últimos del orbe,
armada la hermosura
nuestro valor estorbe,
y en trance de tan bélica fortuna
nos ponga una República, que, sola
sin admitir varones,
forma del sexo frágil escuadrones
y se atreve á sacar sangre española!
Aquí naturaleza
el orden ha alterado,
que por el orbe todo ha conservado,
pues las hazañas junta á la belleza.
¡Vive, pues, mi valor el cielo vive,
que, aunque á sus manos muera,
no he de sacar la espada que apercibe
á la infamia, ocasión si sale fuera
y en sangre femenil su temple esmalta;
supla el esfuerzo, si el acero falta!

MENALIPE.

Hombre, ¿por qué no miras
mortales amenazas de mis iras?
¿Por qué si te defiendes
(la espada ociosa) mi valor ofendes?
A furia me provoco;
ó me tienes en poco
ó ya desesperado
á mis manos morir quieres honrado.

GONZALO.

Armigera Belona,
los que nacieron como yo al respeto
que la fama corona
obligados, y estiman el conceto
en que el valor los pone,
adoran las bellezas;
y por más que ocasione
el peligro su enojo, las noblezas
en defender las damas se ejercitan
y en fe de esto su amparo solicitan.
Amarlas y servirlas
es sólo mi blasón, pero no herirlas.

MENALIPE.

¿Agora cortesías?
¡Qué mal conoces presunciones mías,
si juzgas por favor estos rigores!
Aguarda y llenaréte de favores. *(Dale un golpe.)*

GONZALO.

Bizarro aliento, airosa valentía,
feliz región que prodigiosa cría
en tan remota parte
á Venus tierna, transformada en Marte.
La industria, esta vez sola,
sin armas ofensivas
acredite mi sangre, que, española,
refrenando las manos vengativas
sabe, sin ofender tales bellezas,
vencer peligros y lograr destrezas.

(Entranse, retirando don Gonzalo *á* Menalipe, *sin sacar la espada).*

ESCENA III

Salen CARAVAJAL *y* MARTESIA, *peleando.*

MARTESIA.

No tengo de matarte aunque pudiera;
que si lo apeteciera,
aunque su esfuerzo en ti depositara
cuanto vigor, aliento, bizarría,
tu heroica sangre cría;
aunque Alcides en ti resucitara
su espíritu gigante,
(aquél en cuyos hombros
eternizando asombros
pedestal de los cielos con Atlante
fió su alivio en ellos),
hay más valor en mí, que en todos ellos.

CARAVAJAL.

¿En qué anales, archivos ó memorias
has aprendido historias,
si en tan remoto clima
(¡oh, bárbara arrogante, toda enigma!)
no hay quien saber presuma
los útiles desvelos de la pluma?
¿Cómo hablas el idioma
que España (por sus ruinas) ferió á Roma?
¿Quién te enseñó el estilo
de la elocuente lengua castellana?
que puesto que hasta el Nilo
haya llegado, y á la zona indiana,
preceptos elegantes,
aquí, no, que hasta agora
el mundo todo este girón ignora.

MARTESIA.

Dudas discreto; pero no te espantes
que tal divinidad mi pecho encierra
que oráculo soy, pasmo de esta tierra.
Los hombres y los brutos
veneran mis preceptos absolutos;
los tigres, los leones,
sierpes y basiliscos,
habitadores de esos árduos riscos,
vendrán (si los convoco) en escuadrones;
las islas animadas
promontorios de escamas y de espinas,
(ballenas digo), de mi voz forzadas
cubrirán esas olas cristalinas,
y desde ellas poblando estas arenas
alistaré caimanes y ballenas.
No están de mis conjuros,
los astros, los planetas, tan seguros,
que, si los doy un grito,
no truequen por mis plantas su distrito.
Escalas pongo al cielo;
sobre los vientos vuelo
y á imitación del sol (que al Indio admira)
mi agilidad (como él) los orbes gira.
¿Espantaráte agora
(si esto te certifica la experiencia)
que quien registra cuanto su luz dora
tenga noticia de cualquiera ciencia,
y hablando en todas lenguas, tus vocablos
pronuncie?

CARAVAJAL.

Calepino sois de diablos;
mejor labráis en hablas que en la aguja.
Mas ¿cómo no sois vieja siendo bruja?

MARTESIA.

Francisco, tu valor...

CARAVAJAL.

¿También mi nombre?

MARTESIA.

Caravajal, tu patria te intitula
tu valor, pues me hechiza, no te asombre
si vieres que mi amor por él te adula.
Sé las hazañas grandes
que en Navarra, Milán, Sajonia y Flandes
sirviendo al quinto Carlos te eternizan;
cuando lo hechizo todo éstas me hechizan.
Las paces sé de Europa,
y por ser tu profesión la guerra
el mar del Norte favorable en popa,
nuevos orbes te ofrece, nueva tierra,
y los tales del Sur atropellando,
fama, más que metales, vas buscando.
Quédate aquí, serás mi esposo y dueño;
haré por causa tuya,
que la ley rigorosa se destruya
de esta región, y su infecundo empeño.
Gozarán, por mi amor, las amazonas
el tálamo, hasta agora aborrecido;
sepultará crueldades el olvido.
El cuello rendirán las amazonas
al apacible imperio
de amor que hasta aquí fué su vituperio.
Todo esto cesará, si satisfaces
los castos deseos míos;
eterna paz tendrás, si estimas paces;
si guerra anhelan tus bizarros bríos
canoas y piraguas
te cubrirán las fugitivas aguas
de ese jayan monarca de los ríos;
conquistaránte en ellas
provincias comarcanas,
ejércitos armados, de doncellas,
tan exentas de amor cuanto inhumanas.
La Reina y yo (español) somos hermanas:
ella el título goza solamente,
yo, el uso y el gobierno.
Francisco, la ocasión logra, presente.

CARAVAJAL.

Señora comisaria del infierno:
no acepto matrimonios
en que entran á la parte los demonios.
Vuesa merced predique
esa secta en Marruecos, ó en Mastrique
y defiéndase agora
(trayendo contra mí diablos de esgrima)
veremos si con ellos me enamora.

MARTESIA.

Pues guárdate de dar la vuelta á Lima;
que por cruel y á mis suspiros falso
perderás la cabeza en un cadalso.

CARAVAJAL.

Desdorara su fama si no fuera
su oficio bruja, fondo en agorera.
Haga (para escaparse) algún conjuro;
que, ni presagios creo,
ni me asombran peligros que no veo,
ni los diablos alcanzan lo futuro.

MARTESIA.

¡Oh, loco presumido!
¿Luego imaginas de la oferta mía
que en lugar de afición es cobardía?
Aguarda, pues, grosero, inadvertido.

CARAVAJAL.

Bruja tahur, con brindis de marido
(Pelean.) probad de estos requiebros si soy tierno
que yo os daré despachos al infierno. *(Vanse.)*

ESCENA IV

Salen DON GONZALO, *defendiéndose con una mano herida y* MENALIPE *peleando con él.*

MENALIP. Acaba ya de rendirte
pues rehusas ofenderme.

GONZALO. Ardides han de valerme
cansado de resistirte.

(La rodela al pecho cierra con Menalipe *y quítala las armas.)*

MENALIP. ¿Qué haces hombre?

GONZALO. Desarmarte
de superfluos instrumentos.
¿De qué sirven los violentos
si puedes aprovecharte
de esos ojos soberanos,
que, apacibles homicidas,
abrasando, quitan vidas,
victoriosos, quitan manos?
Hacha de armas ¿para qué,
si en vez de hachas, miro en ellos
dos soles de incendios bellos
en que, Fénix, me abrasé?
Para que triunfes de España
las flechas y el arco deja.
¿No es arco en ti cada ceja?
¿No es arpón cada pestaña?
Ese de azabache, bello
monte (que mi asombro alaba)
¿de rayos no es una aljaba?
¿no es flecha cada cabello?
¿Pues qué más armas pretendes,
si en fuego y nieve deshecho,
lo que hielas con el pecho
con las mejillas enciendes?
Enfrena severidades,
pues que con armas prohibidas,
cuando das al deseo vidas
das muerte á las libertades.

MENALIP. Si supieras cuan de acero
tengo el alma (que hasta agora
mentiras de amor ignora)
no engañaras lisonjero.
Palabras desaprovechas,
saca la macana oculta
y con ella me consulta
tu amor, que si anda con flechas
el que vuestra España os pinta,
para engañar simples damas

sin que temamos sus llamas,
nuestra profesión distinta
por Dios adora al desdén.
Pues si en contrarios extremos
á los hombres nos comemos,
¿cómo los querremos bien?
Carne humana es el manjar
que alimenta nuestra vida.
Pero, ¿de sangre teñida
la mano?, me haces dudar
que estás herido.

GONZALO. El amor
que en las venas predomina
por ésta el alma encamina
para admirar tu valor.
Y en fe de ser más que humano
rindiéndote estos despojos,
no contenta con los ojos,
te sale á ver por la mano.

MENALIP. Ponte en ella este listón
con que restañarla puedas,
que, á falta de vuestras sedas
las teje acá el algodón. *(Dásele.)*

GONZALO. Mucho de mi tierra sabes.

MENALIP. Menos quisiera saber
de ti, para no temer
la pérdida de las llaves
de un pecho, hasta aquí diamante.
¡Ay, Gonzalo! meses ha
que en él retratada está
tu imagen, tan semejante
en las llamas que encendí,
que no añadió novedad
tu vista en mi voluntad
cuando amor te trujo aquí.
Quise refrenar ardores
de mis ciegos desatinos,
tan nuevos y peregrinos
como lo son los temores;
por eso salí á ofenderte,
si bien, cuando peleaba
cada golpe que te dada
era para mí de muerte.
Defendístete sin armas;
más ¿para qué las querías
si hechiceras cortesías
tienes, con que me desarmas?
Muda el nombre á mi rigor;
llámale amantes extremos,
pues que los dos padecemos
tú la herida y yo el dolor;
y escucha, porque te asombre
la noticia que tu fama
por estos orbes derrama.
Sabrás como sé tu nombre,
tu patria, tu nacimiento,
tus aventuras extrañas,
el triunfo de tus hazañas,
y valor; estame atento.
Mas ha de trescientos siglos
que de las Scitias remotas,
la Asiática y la Europea,
salieron de la Europa
á apoderarse de la Asia
las naciones belicosas
de cuyos troncos y líneas
si no ramas somos hojas.
Despoblaron por la guerra
los varones, las montuosas
provincias que baña el Tanais
y el Termodonte corona
sin hombres, pues nuestra patria
quedaron en su custodia
las mujeres, bien seguras
de que agenas plantas pongan
en sus límites sus sellos,
porque á la fama le consta
que sólo distinguió el sexo
sus hombres de sus matronas.
Aquéllos, pues, divididos
por el Asia en varias copias,
sujetaron desde Armenia
hasta la India y sus aromas
cuantas naciones osaron
resistirse á las heroicas
violencias de su milicia,
tiranizando coronas
y despoblando ciudades,
siendo contra sus victorias
lo que á las llamas la cera
las Menfis y Babilonias.
Señores ya del Oriente
pacíficos en su zona,
y felices sus conquistas,
quisieron que sus esposas
presentes participasen
delicias que no se gozan
mientras distintas las almas
la unidad no las conforma.
Enviaron á traerlas
un ejército (en la flota
que al Archipiélago hurtaron
llena de presas y joyas)
y el mar con ellos humilde,
(que tal vez hacen lisonjas
á la dicha y la fortuna
como á los hombres las olas)
tomaron tierra en su patria,
poblándose nuestras costas
de arrogancias y laureles
al son de cajas y trompas.
Pero, como acostumbradas
las mujeres, por sí solas
al imperio de su gusto,
exentas de las argollas
que anudó naturaleza
al cuello frágil que doman
opresiones varoniles,
(pues si alegran aprisionan)
por no asegundar coyundas
rebeldes las armas toman,
soberbias al campo salen,
valientes el parche tocan,
horribles los arcos flechan,
resueltas dardos arrojan,
ingratas su sangre asaltan
bárbaras sus dueños postran,
crueles escuadras turban,
diestras desbaratan tropas,
hambrientas cuerpos derriban,
severas miembros destrozan;
y en breve tiempo, verdugos
de su carne y gente propia,
viudas por sus manos mesmas,

triunfando á su casa tornan.
Erigen, después, un Templo
á la crueldad, y por diosa
libando la sangre humana
con sacrificios la adoran,
estableciendo preceptos
(que hasta hoy ninguna deroga)
de no admitir en sus tierras
hombre que sus leyes rompa
y su libertad oprima.
Sólo en los meses que adorna
de flor Amaltea los campos
y el sol al Géminis dora,
de la nación más cercana
tantos varones convocan
cuantos basten á suplir
las que la muerte nos roba,
sucediéndolas fecundos
individuos, que antepongan
al gusto la libertad,
siempre en los nobles preciosa.
Los que mujeres no nacen
desde el pecho á las congojas,
desde la cuna á las aras,
desde la luz á las sombras
(siendo su madre el ministro)
filos al acero embota,
y al simulacro dedica
blanca sangre en leche roja.
Pero, la que sale á luz
hembra feliz, alboroza
con regocijos el pueblo,
conduciéndola la pompa
festiva, al templo y sus aras,
donde la queman, ó cortan
el pecho izquierdo, que el arco
el noble ejercicio estorba.
Creció á número infinito
la República matrona,
(que la templanza en la Venus
más fértiles frutos logra:)
y conquistando provincias
comarcanas, las remotas,
siempre invencibles debelan,
hasta que el solio colocan
de su imperio formidable
en la ciudad, que ambiciosa,
al orbe leyes impuso
y el cielo escalar blasona.
Si antigüedades leiste
¡oh Gran Pizarro! no ignoras
que ocuparon sus laureles
tantos reinos como historias.
Lampridia y Martesia, reinas
hicieron temblar á Europa,
Orisia y Pantasilea
aseguraron á Troya,
que no llorara cenizas
viviendo ella, si patrona
de Aquiles, que la dió muerte,
no fuera la ciega diosa
esta (que de la hacha de armas
y la rodela, inventora
fué) vinculó en Menalipe
hazañas que á Grecia asombran;
pues abrasando el milagro
que Epheso á Cintia invoca
en oprobio de los griegos
dió llantos al Asia toda.
Monarca del orbe, en fin,
triunfaban las amazonas,
cuando en Atenas Teseo
les obscureció victorias,
venciéndolas su fortuna
(no sus fuerzas, que envidiosas
hasta hoy tiemblan las esferas
que en sus luces los pies pongan).
Armáronse á la venganza
las que en Scitia belicosas
quedaron, y al elemento
de sal, una armada arrojan
de innumerables preñeces;
pero enojándose el Bóreas
de que le surquen sus quillas,
riscos de cristal abordan
por todas partes los leños
donde oprimidos zozobran,
porque en túmulos de vidrio
celebre el valor sus honras.
Las reliquias derrotadas
sin que aproveche la sonda,
sin que el timón obedezca
ni el arte velas recoja,
siguen incógnitos rumbos,
y sin saber su derrota,
piélagos un mes naufragan,
hasta que al fin los emboca
por ese monstruo de ríos,
ese hidrópico que agota
pecheras inmensidades
que pródigo al mar otorga.
Cincuenta leguas de anchura
le miden entrambas costas,
cuando besa los umbrales
de las océanas ondas.
Venciendo, pues, con la industria
las Argonautas heroicas,
horribles dificultades,
guían las brumadas proas
trescientas leguas arriba,
hasta la ribera hermosa
de esta provincia, que oculta
les feria el puerto que toman.
Fundan pueblos, labran campos,
República y Reino forman
y prosiguiendo sus leyes,
ínclitas progenitoras
fueron nuestras, conquistando
sus descendientes famosas,
cuantas naciones vecinas
sus montes y valles moran.
Esta es mi antigua ascendencia;
en mis sienes su corona
veneraciones conserva:
quien á Menalipe nombra,
(que es mi fatal apellido)
la rodilla al suelo postra,
y como á casi deidad
pone en la arena su boca.
Martesia, sacerdotisa
y mi hermana, prodigiosa
en las armas y en las ciencias,
la diadema de estas goza,
tan sabia, que si conjura

esas aguas, esas rocas,
esos frutos, esas plantas
los fuerza á que la respondan
y avisen de cuanto pasa,
desde la adusta Etïopia
hasta la helada Noruega,
que el sol seis meses ignora.
Esta, pues, diversas veces,
de la nación española
ponderándome noticias
y refiriéndome historias,
me avisó de tus hazañas,
tu prosapia generosa;
el valor de tus hermanos,
las conquistas que los nombran,
si en guerras de Italia Aquiles,
Alejandros de la zona,
que dándoles otro mundo
su globo por medio corta.
Sé del Marqués don Francisco
las hazañas peligrosas,
la constancia en los trabajos
el celo á la ley que adora,
la lealtad para sus reyes
y que á sus plantas les postra
mil leguas, todas de plata
y un océano de aljófar.
Sé que en España la envidia
bárbaramente aprisiona
al ínclito don Fernando,
(que así se premian victorias)
después de haber defendido
seis meses de inmensas copias
la imperial ciudad del Cuzco,
á pesar de la ponzoña
de la hidra desleal
cuyas cabezas destronca.
Sé, en fin, que buscando fama
vienes, español, agora,
en nuestro descubrimiento
y de las plantas preciosas
que la canela tributan,
y por estas tierras toscas,
á las que el Maluco esquilma
imitan en flor y en hojas.
Aquellos doce desvelos
que las fábulas pregonan
de Alcides, son, con los tuyos,
lo que en el Sol es la sombra;
celebraránlos las plumas,
serán al mundo notorias
y á eternas posteridades
darán materias gloriosas,
si en esta región te quedas,
si el paso atrás no revocas,
como á mi amor satisfagas
como á mi fe correspondas;
pues si al Perú das la vuelta
riesgos mortales convocan
la deslealtad y la envidia
que á tus virtudes se opongan.
Llevóte el falso pariente
el bajel, tesoro y ropa,
¿sin él como vencerás
(cuando por los montes rompas
imposibles formidables)
ya en la tierra, ya en las olas,
de ese casi mar inmenso?
Admíteme por tu esposa;
derogáranse mis leyes,
juzgáranse venturosas
á tus piés, estas provincias;
diamantes que al sol se opongan
te rendirán esos cerros;
perlas, (almas de sus conchas),
á montes la plata pura;
el oro á cargas que brotan
esos ríos, esas fuentes;
esmeraldas, pluma, aromas,
y un alma nunca rendida
que dueño te reconozca.

GONZALO. A la obligación que labras
en mi agradecido pecho,
para quedar satisfecho
no he de pagarte en palabras.
Querrá el cielo que algún día
me desempeñen las obras;
y entretanto que no cobras
serás acreedora mía.
De los quinientos soldados
que leales me siguieron,
más de doscientos murieron
en guerras y en despoblados.
De cuatro mil indios dejo
cadáveres la mitad;
llámame la mucha edad
del Marqués, que solo y viejo,
entre envidiosos y extraños,
necesita mi presencia,
porque mal, sin mi asistencia,
podrá reprimir engaños.
De codicias y ambiciones,
mi hermano en España preso,
si sucede algún exceso,
culparán mis dilaciones.
El capitán Orellana
con mi bergatín se alzó
y desnudos nos dejó;
(deslealtad torpe y villana),
no llevará bien mi gente,
si tus finezas admito,
el no dar la vuelta á Quito.
Seis meses he estado ausente;
dejaron sus prendas caras
hijos y esposas en ella,
juzga, tú, amazona bella,
cuando de mi te apartaras
y mi amada esposa fueras
para no volverme á ver,
qué extremos habías de hacer,
qué pesares padecieras.
Para casarme contigo
eres de contraria ley;
vengo en nombre de mi Rey,
leal sus órdenes sigo.
Esta bélica región
por dueño suyo te adora;
si te doy la mano agora
tendrá la envidia ocasión
de afirmar que me levanto
contra mi Rey, con la tierra.
La lealtad que en mí se encierra
es de suerte, obliga á tanto,
que á tu afición contradice;

porque la honra y su interés
no estriba tanto en lo que es
como en lo que el vulgo dice.
Yo voy tan enamorado
de ti, y tan reconocido
que jamás podrá el olvido
borrarte de mi cuidado.
Volveré, mi Menalipe,
á tus ojos brevemente
con armada y con más gente;
tendrán Carlos y Felipe,
noticia de tu valor.
Licencia les pediré
para que el alma te dé
con la mano; y el amor,
(uniéndonos en sus lazos)
hará mi dicha inmortal:
admite agora, (en señal
de mi palabra) estos brazos.
Adiós, que es fuerza el volverme.

Menalip. Gonzalo mira lo que haces;
goza aquí seguras paces,
que has de perderte y perderme.
Ya el Marqués, tu hermano... ¡Ay
No te quiero referir [cielo!
tragedias que has de sentir
más que la muerte. El recelo
de tus pesares refrena
con el silencio mis labios;
que hace á quien te adora agravios
quien le antecede la pena;
dígatelos la fortuna
sin que yo los anticipe.

Gonzalo. Bellísima Menalipe,
no siento agora más de una,
que es el partirme y dejarte.

Menalip. Pues si mi vida deseas
escucha avisos; no creas
los que lleguen á adularte;
por que hallarás infinitos
que tus dádivas disfrutan
y en el peligro te imputan
sus traiciones á delitos.
No todo lo que es brillante,
riqueza al avaro ofrece;
oro la alquimia parece,
vidrio hay que imita al diamante.
La luz que una antorcha feria
al sol competir procura,
más sólo su llama dura
lo que dura su materia,
Escarmientos te propone
el sol, á quien salvas hace
el ruiseñor, cuando nace,
y huye de él cuando se pone.
Tal vez dora la experiencia
un bronce, una piedra, un leño,
que engaña al que no es su dueño;
oro solo en la apariencia.
Huye amigos afectados,
cuando lisonjas te ofrezcan;
que aunque fieles te parezcan
en vez de oro son dorados;
y mira que has de volver
á mis ojos brevemente.

Gonzalo. ¡Discreta, hermosa, valiente:
y todo en una mujer!
Cuando solo interesara
esos divinos consejos,
de las escuelas espejos,
reinos por ellos dejara.
Adiós, prodigioso extremo
del orbe.

Menalip. ¡Adiós, mi Español!
¡Ah cielos! ¡Ah eterno sol
desmiente males que temo! (*Vanse.*

ESCENA V

Salen don Diego de Almagro *y* García de Alvarado.

Diego.

Quien el consejo y parecer que sigo
contradijere (ó envidioso ó loco)
busca mi mal con máscara de amigo,
ó el bien que se me ofrece tiene en poco.
La fortuna me llama, yo la sigo;
derecho al Perú tengo; si provoco
á España y á su Rey, España intente
quitarme la corona de la frente.
Vengué á mi padre, con la justa muerte
del ingrato Marqués, que no hizo estima
del noble estado, la dichosa suerte
á que por él su nombre se sublima.
Si en el Cuzco imperial su hermano vierte
sangre que me dió el ser, yo vierto en Lima
la que apoyó su bárbaro consejo:
Fénix renazco de otro Fénix viejo.
Cuatro Pizarros pudo Extremadura
hacer que en el Perú se atravesasen
al paso del valor y la ventura
de mi padre y al Cuzco le estorbasen.
Consigo se llevó la sepultura
la Pizarra mayor, porque apoyasen
pronósticos del nombre sus sucesos;
losas Pizarras son, sepulten huesos.
Ya estamos libres de ésta. Juan Pizarro,
(el menor de los cuatro) en primavera
cedió á la muerte el ánimo bizarro,
que, á ser más cuerdo, dilatar pudiera.
No siempre á las coyundas ata el carro
de Marte la osadía, ni muriera
si al combatir la máquina enriscada
cubriera su cabeza la celada.
España al homicida, oprime preso,
de mi padre, en la Mota de Medina;
litigará el rigor contra su exceso
si el oro tribunales no arrüina;
mientras Gonzalo, con fatal progreso,
las márgenes remotas examina
del Marañón, que al mar gigante vuela
y por sus riscos busca la canela.
Si de cuatro me mata la fortuna
los dos hermanos, y los dos me ausenta,
¿quién queda en el Perú, que á la oportuna
ocasión que me llama, pida cuenta?
Destinóme el valor desde la cuna
al solio occidental; si en él me asienta
el cielo por Monarca de los Andes,
grandes hazañas piden, riesgos grandes.
¡Vive el cielo, que el que...

García. Creo
que soy á quien amenazas;
mal mis consejos abrazas,

peor pagas mi deseo.
Nunca yo tuve por bien
la torpe conjuración
que contra el mayor varón
que todos los hombres ven
hiciste, pues si su hermano,
tan experto en la milicia,
le mató, fué por justicia,
no á traición, no por su mano.
Preso en España defiende
su causa contra fiscales
por la envidia criminales;
el César Carlos pretende
satisfacer agraviados,
mas no oprimir inocentes;
Consejos y Presidentes
miran desapasionados
culpas, que atentos castigan;
servicios, que cuerdos premian;
las armas (puesto que apremian)
pocas veces sé que sigan
sin ímpetu la templanza;
pues cobra satisfacción,
la vara con la razón,
la espada con la venganza.
Ya que ésta al Marqués mató,
y el más poderoso quedas
con los tesoros que heredas
de cuantos España vió,
templa (don Diego de Almagro)
incendios que solicitas;
mira que te precipitas.

DIEGO. Tuviera yo por milagro
que no fueras extremeño,
como en la patria, en querer
el crédito defender
de un...

GARCÍA. Paso, que mi dueño,
gobernador y caudillo
de estos reinos, es Marqués.

DIEGO. Di que lo fué, no que lo es.

GARCÍA. Pregúntaselo á Trujillo,
y en ella á los nobles todos;
pues los que valor profesan
generalmente confiesan
que desciende de los godos.
Italia, Francia, Navarra,
de su padre el Capitán
don Gonzalo, te dirán
lo que es la sangre Pizarra.
Don Fernando y don Francisco
(primero que estos países
conquistasen), Flor de Lises
postraron; si el basilisco
de la envidia, en su desdoro,
veneno á verter empieza,
advierte, que no nobleza
buscaron aquí, sino oro;
y que la que te dejó
tu padre, el Adelantado,
en el Perú la ha medrado.

DIEGO. Luego no en España?

GARCÍA. No;
que España ignora quién es;
pues á la puerta le echaron
los padres que le engendraron,
de la iglesia, y fué después
hijo de la compasión
de un sacerdote (llamado
Hernando Luque), y criado
de limosna en Malagón.
Ya yo sé que estas verdades
la vida me han de costar;
pero yo he de conservar,
como noble, las lealtades
que me han dejado en herencia
mis padres, y he de imitarlos.
No reina aquí sino Carlos;
quien se atreve á su obediencia
mancha su fidelidad.
García soy de Alvarado
que sabré en el campo, armado,
defender esta verdad. *(Vase.)*

ESCENA VI

DIEGO.

¡Mataldel ¡Cerrad las puertas!
¡Vive Dios, que he de agotar
estos Pizarros, y dar
á pasiones descubiertas
castigo que al mundo espante!
Con la hacienda que gastó
mi padre ¿no se ganó
todo el Perú? ¿Qué ignorante,
esta verdad no confiesa?
¿Pues por qué el Emperador
ha de ser usurpador
de lo que sólo interesa
quien su hacienda y sangre gasta?
En vez de mi padre, quedo,
su acción y derecho heredo;
éste me sobra y me basta
para el Imperio que busco
y el valor ha de adquirir.
Pues, pensamientos, morir
ó coronarme en el Cuzco.
(Tocan á rebato.)
Pero ¿qué rebato es este?

ESCENA VII

Sale JUAN VALSA *desnuda la espada.*—DICHOS.

VALSA. ¡Ea, valiente mancebo!
al arma, que se avecina
hoy, ó tu muerte ó tu Imperio.
El Presidente y su campo,
(que consta de setecientos
y más hombres, entre infantes,
jinetes y arcabuceros)
pasa de Jauja á Guamanga,
y haciendo alto en el ameno
valle (que llaman de Chupas),
viene animoso y resuelto
á presentar la batalla.
Los mejores caballeros
del Perú siguen su campo;
difícil será romperlos.
Garcilaso de la Vega,
Pedro Anzures y otro Pedro
de Vergara, Holguín, Tordoya,
Francisco Castro, Barrientos;

don Alonso de Alvarado,
cuyo valeroso esfuerzo
levantó en las Chachapoyas
banderas, por Carlo excelso.
General Vaca de Castro;
Maese de Campo diestro,
Francisco Caravajal,
(que del Marañón volviendo,
con don Gonzalo Pizarro,
ya que éste por el precepto
del Presidente en Trujillo
se queda) viene á su ruego
á gobernar todo el campo,
y tengo de él más recelo
que de todo lo restante.
Pero si destina el cielo
que salgamos vencedores,
ni el número ni el acero
se oponen á la ventura,
no obstante que te aconsejo
si desfalleces agora
que te presentes con tiempo
á la piedad que te ofrece
Vaca de Castro. No demos
ocasión á que te infame
por traidor la voz del pueblo.

DIEGO. Juan Valsa; sólo el vencido
(*Saca la espada.*)
es el traidor; los excesos
del vencedor canonizan
lealtades. ¡Al arma! ¡á ellos!

VALSA. ¡Oh, siempre merecedor
del laurel!

DIEGO. Ese pretendo,
Juan Valsa. ¡O César, ó nada!
¡O el cuchillo, ó el Imperio!
(*Tocan y vanse.*)

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Salen marchando VACA DE CASTRO *con bastón,* FRANCISCO CARAVAJAL, DON ALONSO DE ALVARADO *y* SOLDADOS.

VACA. Este fin tienen traidores,
para escarmentar leales.

ALONSO. Quien con pensamientos reales
y juveniles ardores,
rehusó la cerviz al yugo,
blasonando libertalla,
si muriera en la batalla
y no á manos del verdugo,
más dichoso hubiera sido.

VACA. No es segura esa opinión;
pues para la salvación
que don Diego ha conseguido,
según sus demostraciones,
no le diera la milicia
el lugar que la justicia;
por que airados escuadrones,
que el riesgo á los ojos ven
difícil de resistir,
siempre ayudan á morir,
pero nunca á morir bien.
Yo (Capitán) no recelo
que de los que sentenciados
padecen, (aunque afrentados)
los más asegure el cielo;
mas no á los que en las violencias
marciales muertos quedaron,
porque tarde se hermanaron
venganzas y penitencias.

CARAVAJ. Yo soy de ese parecer;
porque ¿qué se le dará
al cielo (si en gracia va
quien le supo merecer)
de que haya en un palo muerto,
en la guerra ó en la cama?
Para el cielo, no hay más fama
que el bien morir.

VACA. Eso es cierto,
como lo será también
el premiar su Majestad
el valor y la lealtad
de los que firmes estén
en su servicio, y yo agora,
(en su nombre agradecido)
honraré á cuantos han sido
de nuestra parte; no ignora
el noble merecimiento
á fuer de la sangre ingrata.
Todo este Imperio de plata,
indios y repartimientos
no pueden satisfacer
lo mucho de estos empeños;
pero llamándoos sus dueños
tendrán menos que temer.

ESCENA II

Sale TRIGUEROS.—DICHOS.

TRIGUER. Parabienes llega á darte
de la victoria adquirida
Gonzalo Pizarro.

VACA. Pida
triunfos que apetezca Marte,
como el soldado mayor
que ha visto este polo nuevo.

ESCENA III

Sale DON GONZALO, *de luto.*—DICHOS.

GONZALO. Por muchas razones debo
encarecer el valor
que hace dichoso este día;
pues el Perú restaurado;
mi hermano, el Marqués, vengado
postrada la tiranía
y premiada la lealtad,
vuelve á ser dueño segundo,
Carlos, de este nuevo mundo,
y debe su Majestad,
preciarse de la elección
que ha hecho en vueseñoría,
pues solamente podía
su celo, su discreción,
siendo capitán y juez,

en la campaña, soldado,
y en el tribunal, letrado,
mostrar que suele tal vez
(porque Marte no presuma
enemistades de Apolo)
juntar un sujeto solo
al laurel la espada y pluma.

VACA. Si yo, señor D. Gonzalo,
no hubiera reconocido
emulador advertido,
que á su valor no me igualo,
Vuesa merced crea en mí
que nunca le suplicara
que esta empresa me dejara;
hícelo, porque advertí
que llevándose la gloria
(como en las demás ha hecho)
no hubiera yo satisfecho
deseos con la victoria
presente, que á hallarse en ella
quedara mi opinión triste;
porque donde el sol asiste
¿cómo alumbrará una estrella?
Este luto que ocasiona
el Marqués gobernador,
desdice con su color
la fama que le corona;
pues muriendo en la defensa
de su gobierno y su ley,
de su lealtad y su Rey,
poco le estima quien piensa
que con tristezas señale
el dolor que manifiesta;
si se vistiera de fiesta,
si la ostentación y gala
publicaran su valor,
mostrara que en trance igual
no vive más el leal
de lo que quiere el traidor.
La cruz que hizo en el postrero
curso de su heroica vida,
sacándola de la herida
que abrió el desleal acero,
autorizó la que al pecho
el César Carlos le puso,
pues católico dispuso
en las conquistas que ha hecho
el laurel que eterno gana;
que, en quien triunfos apetece,
más noble la cruz parece
de sangre, que la de grana.
Vivo, imitó á Dios humano,
pues con doce compañeros,
conquistadores primeros
de este orbe nuevo cristiano,
mil leguas rindió al bautismo;
y porque del propio modo
pudiese imitarle en todo
quiso morir con él mismo.
Pues la envidia, en su venganza
sin que eclipsase su luz
le dió en su sangre la cruz
y en su Dios la semejanza.
Si esta verdad, pues, advierte
vuesa merced, ¿de qué fruto
será que le agravie el luto?
Envidie el leal su muerte
y festéjela bizarro
quien su valor acredita,
pues el Marqués resucita
en don Gonzalo Pizarro.

CARAVAJ. ¡Vive Dios! que es eminente
vueseñoría, señor,
en todo: predicador,
capitán y presidente.
Uselo ¡cuerpo de tal!
predique, hará maravillas,
y ahorraráse de capillas
el Perú.

VACA. Caravajal,
vos habláis como soldado,
mezclando burlas y veras;
sabéis abatir hileras
y ordenar un campo armado.
Esta victoria se os debe
y está á mi cargo el premialla.
Vuestro acero en la batalla,
mientras osado se atreve
á los riesgos ¿no predica?
Sí, que las grandes acciones
también sirven de sermones
cuando el valor las practica.
Con sus hechos, cada cual,
el crédito pierde ó cobra;
bien predica quien bien obra,
pero mal quien obra mal;
y porque saber deseo
la prodigiosa jornada
(puesto que no afortunada)
de la canela, y os veo,
como en las armas bizarro,
en la paz entretenido,
que nos la contéis os pido,
pues triunfos de tal Pizarro
justo es que los celebremos.

CARAVAJ. Si hazañas púlpitos son,
y á mí me toca el sermón,
obediencia, y prediquemos.
Deseoso de ensanchar
la cesárea monarquía
de España, el marqués Pizarro
renunció (asistiendo en Lima)
en don Gonzalo el Gobierno
de Quito, cuyas provincias
eran el límite entonces
de las cristianas conquistas.
Dióle quinientos soldados
de la gente más lucida,
que alistó, para estos orbes,
el valor y la codicia.
Con ellos, pues, y su esfuerzo
hácia el Oriente encamina
cuatro mil indios armados,
y alegres con la noticia
de que pasadas las sierras,
á las márgenes y orillas
del monarca de las aguas,
de esa undosa hidropesía
que tantos Nilos se sorbe
y por mil leguas desliza
piélagos de inmensidades
potable su oro en almíbar.
Marañón le dan por nombre;
(perdone vueseñoría

si excedo ponderador;
porque agora no se estiman
discursos en canto llano
mientras no se hiperbolizan;
que, vocablos con guedejas,
son los que el vulgo autoriza).
Digo, pues, que codiciosos
con la fama recibida
de los árboles canelas
que aquellos peñascos crían,
marchamos al son del parche
hasta una tierra que el Inga
Vaynacap rindió á su imperio,
pienso que se nombra Quinja.
Recibiéronnos de guerra;
mas cuando ven que los brindan,
en vez de vino y jamones,
confitones de Castilla,
fantasmas, desaparecen
y en un instante se enriscan
donde, ó el infierno los traga
ó nos bambollan la vista;
porque cuantos en su busca
diligencias exquisitas
hacen, sin topar persona,
tiempo y pasos desperdician.
Apenas, pues, se nos vuelan
cuando aquella noche misma,
conjurándose los cielos
elementos amotinan;
porque la tierra temblando,
de los rayos que granizan
al son de atambores truenos,
tenebrosas culebrinas,
hasta su centro abre bocas
que bostezan ó respiran
diluvios de azufre en llamas,
entre alquitrán y resina.
Como quien se sorbe un huevo
quinientas casas pajizas
se merendó, cual si fuera
tiburón y ellas sardinas.
Tocó después á rebato
el hambre, en la gente viva,
y saliendo á pecorea
nuestro ejército en cuadrillas,
el regalo más sabroso
que nos guisó la desdicha
fué (á falta de gallipavos)
culebras y lagartijas.
Salimos, cual digan dueñas
de aquella región maldita,
y fué escapar de Caribdis
para tropezár en Scila;
porque, el mar del Sur á un lado
y al otro sierras prolijas,
con cuyas cumbres se ahorrara
Nemrot de la Torre Egipcia,
de manera se eslabonan
que la esperanza nos quitan
de proseguir, ni tornarnos,
porque el hambre ejecutiva
nos amenaza á la vuelta;
y atreverse á la subida
de las estrellas, sin alas,
aun pensarlo atemoriza.
Empanados de este modo
en agua y sierras, anima
el gran Pizarro la gente,
y llevándole por guía
trepamos, gatos monteses,
volatines por las picas,
hincando, tal vez, las dagas
por troncos y redendijas,
y tal echando á los ramos
las cuerdas y las pretinas
para guindarnos por ellos;
porque el pobre que desliza,
de risco en risco volando,
de tal manera le trinchan,
que aún no valen sus migajas
después, para hacer salchichas.
Venció, en fin, dificultades
la industria, y subiendo arriba,
el que sudó de congoja
helado, después, tirita;
porque hallamos nieve tanta
que de las escuadras indias,
cantimploras de la muerte
dejamos ciento, en cecina.
Encaramados, en fin,
sobre las cándidas cimas
de los Peruleros Andes,
pudimos tender la vista
por infinidad de tierras,
cuyas poblaciones ricas,
templos, palacios y casas
nos parecieron hormigas,
y bajando (con los ojos
en los pies) catorce días
gastamos en vericuetos,
ya á gatas, ya de cuclillas.
Dimos en un valle, al cabo,
que el Marañón fertiliza,
de yucas y de maizales,
cuyas gentes se apellidan
Zumacos, donde un volcán
sobre una sierra vomita
cerros enteros de llamas,
la vez que se encoleriza.
Alojámonos en él
haciendo que nos reciban
á puros escopetazos
los bárbaros que le habitan;
donde estuvimos dos meses
que nos duró la comida,
sin que el sol en este tiempo
su cara vernos permita,
ni las nubes taberneras
cesen de echarnos encima
diluvios inagotables
que hasta el alma nos bautizan.
Cayeron los más enfermos;
porque las ropas podridas
con el eterno «agua va»,
nos dejó en las carnes vivas.
Buscamos temples mejores,
hasta que la apetecida
canela en montes inmensos
descubierta, nos alivia.
Son unos árboles estos
que á los laureles imitan
en las siempre verdes hojas,
con ramas tan presumidas

que se burlan de las flechas
sin que se osen á sus cimas;
su corpulencia tan grande
que no es posible la ciñan
tres personas con los brazos;
su flor blanca y amarilla,
su fruto ciertos capullos
que se aprietan y arraciman
formando mazorcas de ellos
y en cáscaras quebradizas
conservan menudos granos,
que, sembrados, son semilla.
Es su forma de bellotas
y con una virtud misma
raíces, hojas, cortezas,
flor y fruto, se asimilan
en el sabor y substancia
á la canela que cría
el Oriente, y por Europa
Portugal nos comunica.
Hay selvas y bosques de ella;
mas la que se beneficia
y con cuidado se labra
(según los indios afirman)
es mucho más excelente.
En fin, los que la cultivan
fundan su caudal en ella;
porque acuden las vecinas
naciones á su comercio,
y les dan por adquirirla
maíz, algodón, venados,
y mantas con que se vistan.
Crecen de modo estas plantas
que llevándose á Castilla
un árbol solo, pudiera
sazonar cuantas cocinas
tiene la gula en España,
y estarále agradecida
á don Gonzalo Pizarro
que descubrió su conquista.
Pero atrévese á buscarla
como él, quien le tiene envidia
y sabrá (sudando sangre)
á cómo sale la libra.
Volvió el hambre á ejecutarnos;
porque ¿de qué nos servía
faltando el arroz y leche
canela que muerde y pica?
Y andando á caza de gangas,
la necesidad nos guisa
zambos, monos, papagayos,
pericos y catalinas.
En más de doscientas leguas
que caminamos, á vista
del Briareo Marañón,
no hallamos otras delicias
que ñames, agios, papayas,
guayabos, cocos y piñas;
porque iguanas y alcatreces
fuera pedir gollorías.
Llegamos al cabo de ellas
á un salto que precipita
la soberbia inmensidad,
sus aguas todas ceñidas
en la estrechez de dos sierras
que le encarcelan y humillan
tanto, que no hay veinte pasos
de la una á la otra orilla.
Este, pues, con la impaciencia
de que dos cerros le opriman,
doscientos estados salta
y á unos llanos se derriba,
con estrépito tan grande
que las gentes convecinas
oyen su infernal estruendo
distantes de él veinte millas.
Determinamos pasarle
por las angosturas dichas,
juntando á entrambas riberas
una puente levadiza;
y haciendo cortar maderos,
(¡á qué no se determina
el valor necesitado!)
nos dió la industria tal prisa,
que armándola aquella noche,
y de bejucos y pitas,
(hay mucha en aquellos campos)
torciendo sogas rollizas
la atamos el día siguiente,
y á fuerza de ingenio y grita
á la otra banda la echamos
causando á los indios grima.
Proseguimos, en efecto,
aquella costa prolija,
dos meses, cuyos trabajos,
hambres, lluvias y fatigas
han de pasar (si las cuento)
en los que ociosos nos sigan,
sino plaza de novelas
por vislumbres de mentiras,
Pero ¡voto á Dios! señor,
que entre plagas infinitas
que nos brumaron la carnes,
(sus cicatrices lo digan)
cuando sufriéramos solo
enjambres de sabandijas,
murciélagos de á dos varas,
arañas, tábanos, niguas,
mereciéramos coronas
de mártires, á adquirirlas
en los siglos Diodecianos
por la fe y no la codicia.
Mosquitos hay tan valientes
que taladran, cuando pican
una bota de baqueta,
porque son aleznas vivas.
Gegenes hay aradores,
que, imposibles á la vista
dan más dolor, si se ceban
que una azagaya morisca.
Pruébelo quien lo dudare;
que nosotros, hechos cribas,
y en puribus, conquistamos
Mainas, Guemas, Urariñas,
Cerbataneros, Cocamas,
Troncheros, Guainos, Paninas,
y otros mil que á la ignorancia
darán (si los nombro) risa.
Resolvióse don Gonzalo
á una cosa, solo digna
de los caprichos Pizarros;
porque temoso fabrica
un bergantín que asegure
los enfermos que peligran,

llevándolos agua abajo
con el fardaje y comida.
Cimentó dos fraguas y hornos;
árboles quema y derriba
con que carbón amontona,
y que le den solicita
las armas de los que han muerto,
cascos, arneses, cuchillas,
herraje de los caballos,
y hasta las propias pretinas
desyerra, forjando luego
todo lo que necesita
un bajel, de esta materia:
¡tanto puede una porfía!
Don Gonzalo era el primero;
que porque todos le sigan,
ya en el taller, ya en la fragua
trabaja, sopla, martilla,
compasa, mide, dispone,
desbasta, asierra, acepilla;
porque en tales ocurrencias
más noble es quien más se tizna.
Bejucos sirven de jarcias,
y la goma que destilan
los árboles de las selvas
suplió la brea y resina.
Para que no falte estopa
mantas de algodón deshilan
que el casco calafatean,
y de las rotas camisas
velas remendadas hacen;
con que logrando fatigas,
al agua, alegres, le arrojan
y en él su remedio libran.
A Francisco de Orellana,
por ser persona de estima,
de su sangre y de su tierra,
su gobierno le confía,
y con cincuenta españoles
lo manda, que á toda prisa
por el Marañón abajo
descubrimientos prosiga,
y que á las ochenta leguas
aguarde porque le avisan
que allí con el Marañón
dos ríos pierden la vida.
Partióse el falso pariente;
y en perdiéndonos de vista,
con el bajel se levanta,
la gente toda amotina,
y al Padre Caravajal,
de la sagrada familia
del mejor Guzmán de España,
(porque de su tiranía
los excesos reprehende)
echa en tierra, y fué harta dicha
que no pereciese de hambre,
pues no comió en cuatro días.
Llegamos al cabo de ocho
por tierra, á la referida
región, y encontrando al fraile
nos cuenta la fuga, indigna
de tal hombre y tal nobleza,
con que en efecto nos pilla
más de cien mil pesos de oro
que nos dieron las conquistas,
en carnes y sin hacienda.
Juzgue Vuestra señoría
la cara que en los soldados
la pobreza hereje pinta,
que de vinagre las nuestras,
con reniegos y por vidas,
impaciencias desfogamos
(permisión de la milicia),
cuando al querer dar la vuelta,
nos asaltan infinitas
legiones de hembras armadas,
en los rostros serafinas
pero en las obras demonios,
pues tanta piedra lloviznan,
tantos dardos nos arrojan,
tantos flechazos nos tiran
que, si no se enamorara
de la airosa bizarría
de don Gonzalo Pizarro
su hermosa reina ó cacica,
y de mí su bruja hermana,
por Dios que nos desbalijan
de las almas, y que, hambrientas
ó nos asan ó nos guisan:
porque comen carne humana
mejor que nosotros guindas.
Estas son las Amazonas
que las historias antiguas
tanto ensalzan y ponderan,
y allí viven sus reliquias.
Picadas, en fin, las dos
de nosotros, nos convidan
á que su tierra poblemos,
y de repente nos brindan
con el santo maridage
ofreciéndome la mía,
en dote, cuantos demonios
sótanos de azufre habitan.
Era, aunque hermosa, hechicera
de suerte la diablininfa
que habló en lengua castellana
mejor que las de Sevilla.
Y apretaba el matrimonio;
mas con escusas fingidas,
guarnecidas de requiebros,
don Gonzalo las obliga
á que nos dejen volver
á Quito y que nos permitan
alistar más gente y armas,
jurando que en breves días
tornaremos á sus ojos,
porque alegres nos reciban
no en los puros cordobanes
sino con galas lucidas.
Concediéronlo por fuerza;
y llorando enternecidas,
por otros rumbos echamos:
no me consientan que diga
las desgracias de la vuelta,
pues fueron tan inauditas
que las juzgarán patrañas.
Trujillo se las repita,
que nos recibió esqueletos;
y aunque ropas nos envía,
no quiso nuestro Pizarro
que ninguno se las vista,
sino que para trofeo
del valor que le eterniza

manda que entremos en carnes
desde el cuello hasta la cinta.
Amábanle de manera
sus vecinos que, sabida
su resolución, salieron
los más de la suerte misma
á recibirle en pelota:
triunfo parece de risa,
pero fineza es de España
que en bronces la fama escriba.
Esta fué la tal empresa
para nosotros maldita,
mas para España dichosa
si ganarla solicita.
Quien canela apeteciere,
al Rey su gobierno pida;
porque yo le voto á Dios
de no probarla en mi vida.

VACA DE CASTRO.

A vos, Maese de Campo os sobra tanta
y endulzáis narraciones lastimosas
de suerte, que si oirlas nos espanta
vuestra sazón las sabe hacer sabrosas;
sólo caben por vos en su sujeto
vencer valiente y deleitar discreto.
Crió el cielo en España
al señor don Gonzalo,
para acciones al crédito imposibles;
y mostró en esta hazaña
que para él los peligros son regalo,
más deseados, cuanto más horribles.
Si Carlos á su lado le tuviera
temblara Argel y Solimán huyera.
Vuesa merced consuele á su sobrina,
(A don Gonzalo.)
hija del gran Marqués, pues le sucede
en esta obligación y sólo puede
restaurar su presencia la ruina
que con su muerte llora.
Tendrá doña Francisca (mi señora),
pues á su amor la fío,
juntamente en su amparo, padre y tío.
Yo doy la vuelta á Lima,
porque el Perú recela
las ordenanzas que el Consejo intima,
y que despacha á Blasco Núñez Vela
por su Virrey primero,
al paso bien nacido, que severo.
Si el César, cual se afirma,
hizo al Marqués merced de que nombrase
Gobernador que en su lugar quedase,
preséntеme su cédula, ó su firma,
que si antes que muriese
el Marqués, ordenó que sucediese
Vuesa merced en su gobierno y cargo,
renunciaré yo el mío (sin embargo
de que hasta agora en posesión le tenga).
Y antes que á Lima Blasco Núñez venga,
la Real Chancillería
le admitirá por tal, á instancia mia,
que las Reales mercedes concedidas
no se derogan mientras no sucede
insulto que las vede;
y dándose el gobierno por dos vidas,
siendo vuesa merced (como sospecho)
por el Marqués nombrado ¿qué derecho
alegará el Virrey, con que le prive
de la acción que le ampara mientras vive?

GONZALO PIZARRO.

Debe á vueseñoría
todas sus medras la fortuna mía;
y es cierto que mi hermano
antes que me partiese
quiso, que después de él le sucediese;
y haciendo testamento ante escribano,
en virtud de la Cédula adquirida,
al gobierno me llama
que Carlos concedió por otra vida,
y así esta vez dijo verdad la fama.
Pero yo, que hasta en eso
la fe y lealtad publico que profeso,
mientras á España envío,
suspenderé mi acción, porque confío
de la Imperial palabra y celo justo;
que, si el César en guerras divertido,
dió lugar al olvido
para nombrar á otros, como augusto,
como rey y señor de sus acciones,
revocará al Virrey sus provisiones.
Entretanto á la Charcas retirado,
treguas daré al cuidado,
ocios al pensamiento
y en las minas de mi repartimiento,
donde sus indios me han encomendado,
descansaré seguro.
Mas, si el Virrey que viene
turba la paz que agora el Perú tiene
(como de él se recela y conjetura),
y á mis servicios muestra ingrato pecho,
por fuerza habré de usar de mi derecho.

VACA DE CASTRO.

Hará mal, si no estima
tal valor el Virrey. Mándeme en Lima
vuesamerced, verá con cuanto celo
le procure servir.

GONZALO PIZARRO.

Prospere el cielo,
(señor) á vueseñoría
para patrón de la justicia mía. *(Vanse.)*

ESCENA IV

Salen MENALIPE *y* MARTESIA.

MENAL.: No dudes, Martesia mía,
la muerte que darme tratas,
si la vista me dilatas
del español sólo un día.
Amor y melancolía
martirizan mis desvelos;
la ausencia, que es toda hielos,
llamas en mi pecho aumenta;
su memoria me atormenta
y me enloquecen mis celos.
¿No fué ingratitud notoria,
hermana, no fué crueldad,
llevarme mi libertad
y dejarme su memoria?
¿Robarme el alma es victoria
y no el cuerpo en que se encierra?
Mas ¡ay cielos! que en la guerra,

quien al asalto se arroja,
las joyas y oro despoja
y echa la casa por tierra.
Blasonaba mi rigor
desprecios de mi desdén;
¡guárdese de querer bien
quien nunca ha tenido amor!
que, cuando con más valor
el bronce suele mostrarse
al fuego, que apoderarse
de su materia pretende,
cuando más tarde se enciende
dura más en conservarse.
Martesia, cara, yo muero,
yo perezco, yo me abraso;
si de mi vida haces caso
págame lo que te quiero.
Ya suele el viento ligero
servirte de augusto carro;
más que el de Febo bizarro
forma de sus alas coche,
y haz qué me lleve esta noche
á ver mi Apolo Pizarro.

Martes. Si con la facilidad
que en eso puedo agradarte
pudiera yo asegurarte
la española voluntad,
sabrosa felicidad
en sus brazos poseyeras.
¿Pero qué logros esperas
de un hombre tan desdichado
que á muerte le han destinado
las superiores esferas?
Un juez ha de degollarle;
los mismos que le acompañan,
y aduladores le engañan,
le han de vender y dejarle.
A la guerra han de forzarle,
y al tiempo del asistirle,
la victoria han de impedirle,
el Imperio han de ofrecerle
y han de insistir en perderle,
por no querer admitirle.
Si del amor que conservas
remedio á mi ciencia pides,
yo te daré con que olvides
esas memorias protervas;
aguas, metales y hierbas
me fían sus propiedades,
y si con ellas añades
conjuros y caracteres,
verás (si olvidarle quieres)
que sé mudar voluntades.

Menal. No curas como discreta;
que el alma espíritu puro,
ni á las hierbas ni al conjuro
como el cuerpo se sujeta;
su substancia es tan perfeta
que por libre la reputan,
los sabios, con que confutan
tus astrólogas violencias,
porque agüeros é influencias
si señalan, no ejecutan.
No se deje llevar de ellas
el absoluto albedrío
del gallardo español mío,
y mentirán las estrellas;
ni tu hermana por tenellas
que le olvide has de alçanzar;
puesto que en esto de amar
suele en un ingrato ser,
el premio del poseer
motivo para olvidar.
No en mí, que vive en su llama,
salamandria, mi afición,
y es especie de traición
buscar olvido quien ama.
Miente la ciencia y la fama
que en las plantas piensa hallar
virtudes con que curar
penas, que no admiten medio,
porque no hay otro remedio
para olvidar, que olvidar.
Pero, disputas dejemos
y venturas prevengamos;
¿para qué olvidos buscamos
si ver y gozar podemos?
¿No sientes tú mis extremos?
¿Pues con ellos no te obligo?

Martes. Sí siento, pues que los sigo,
de tu gusto ejecutora.
Yo te pondré dentro un hora
con tu amante; ven conmigo. *(Vanse.)*

ESCENA V

Salen don Gonzalo Pizarro *y* doña Francisca, *de luto y llorando.*

Gonzalo. Enjugad los ojos bellos
que sin culpa maltratáis;
mirad que hechizos lloráis
y podréis matar con ellos.
Llevóse el cielo al Marqués,
padre vuestro, hermano mío;
la vida, sobrina, es río
que corriendo al mar, sin pies
en su golfo viene á hallar
imperio más dilatado,
pues con sus olas mezclado,
muere río y vive mar.
Haced el discurso mismo
con vuestro padre y mi dueño,
pues si murió, río pequeño,
ya es, con Dios, inmenso abismo,
y poned, Francisca, en él,
toda vuestra confianza.

Francis. Diera á la muerte venganza
mi sentimiento cruel,
á no templar su dolor
la dicha que en vos reparo,
pues quedáis para mi amparo
por mi padre y mi señor.

Gonzalo. Título más venturoso
querrá el cielo que me cuadre,
si, como me llamáis padre,
venís á llamarme esposo;
que no es, Francisca, razón,
cuando restaurarse puede,
que por ser vos hembra, quede
sin hijos la sucesión
de quien este Imperio indiano
por su Alejandro confiesa.
Este inconveniente cesa

(vos su hija y yo su hermano)
si volvemos á anular
quiebras de tantos cuidados,
pues en semejantes grados
suele el Papa dispensar;
que admitiendo el amor mío,
á pesar de este defeto,
conseguís en un sujeto
juntos, padre, esposo y tío.

FRANCIS. Si yo guardara la ley
de los Ingas (aunque vana)
solamente con su hermana
se casaba nuestro rey.
Mi abuelo fué Guainacapa,
Yupangui y Pizarro soy:
mi consentimiento doy
para que dispense el Papa.
Pues si Dios lo determina
y nuestra ley lo consiente,
no es tan grande inconveniente
casar con vuestra sobrina,
como lo fué con la hermana
en nuestros Ingas primeros.

GONZALO. Ni puedo yo encareceros
el bien que mi gozo gana,
si no es sellando los labios
con estos puros candores;
que extremos ponderadores
adulando hacen agravios.
Sólo con silencio igual
mi amor sus extremos muestre.

ESCENA VI

Sale TRIGUEROS.—DICHOS.

TRIGUER. Nuestro de Campo Maestre,
Francisco Caravajal,
dice que que le importa hablarte
cosas que llama el latino
arcanas, y es femenino
según Nebrija y el Arte.

GONZALO. Seránlo pues él lo dice
que es de los hombres primeros,
valientes y consejeros,
de España; el cielo autorice,
(mi Francisca) nuestro amor.
Trigueros guarda esa puerta,
no entre nadie.

TRIGUER. Aunque esté abierta,
á ser yo tan guardador
de lo que me desbalija
el vuelco de un dado solo,
como de que no entre Apolo
ni aún por una redendija,
yo tuviera más dineros
que en Castilla paga un juro.
Vaya Vuesasted seguro
que buena tranca es Trigueros.
(Vanse D. Gonzalo *y* doña Francisca.)

ESCENA VII

Salen tapadas de medio ojo á lo español, MENALIPE *y* MARTESIA.—TRIGUEROS.

MARTES. Así las damas de España
averiguan los temores
de sus sospechas y amores.
Presto verás si te engaña
tu amante.

MENALIP. Bien satisfaces
prodigios que prometiste.
¿Más de dónde apercibiste
tan brevemente disfraces
con que viendo sin ser vista
temeridades ocultes?

MARTES. Nunca en eso dificultes
mientras vieres en mi lista
los espíritus sujetos
que ejecutan cuanto pido.
Si por el viento has venido
á experimentar secretos
que después te dén enojos,
quien lo más, hermana, pudo
¿no podrá lo menos?

MENALIP. Dudo
lo que veo.

TRIGUER. ¿Medios ojos
ya en Indias? No hay patacón
que no tiemble de fayancas
en el aire y manos blancas:
busconas de España son.
¿Qué es lo que mandan aquí
vuestras medias ojerías?
(Quiérense entrar sin hablarle.)
Dami-mudas, que en mis días
sois las primeras que vi;
zamparos sin responder;
siendo yo la cerradura
es descortés travesura.
Téngase toda mujer
que hay orden de no pasar
de estos umbrales un dedo.
(Dale Martesia.)
¡Ay, cuerpo de Cristo! ¡quedo!
¿Quijadas sabéis birlar,
manecilla de manteca?
Más parecéis de almirez:
¡tan blanda en la vista y tez
y en las dádivas tan seca!
Mano sois del Jueves Santo;
mano de tigre y tejón;
si ha de haber conversación
desenfardélen el manto,
que hablar á ojo será mengua.
(Valas á descubrir y pégale Martesia.)
¡Paso, ofrézcolas á Judas!
Ó tener las manos mudas
ó pasarlas á la lengua.
Mas ya sale mi señor;
dénse con él á entender,
que yo no acierto á leer
bellezas de un borrador,
ya que hacerlas retirar
dos manotadas me cuesta.

MARTES. ¡Don picarón: para ésta
que me lo habéis de pagar!
(Retíranse las dos sin descubrirse.)

ESCENA VIII

Salen DON GONZALO, CARAVAJAL *y* DOÑA FRANCISCA.

CARAVAJ. Notificó en Panamá
Blasco Núñez (como digo)
las severas ordenanzas.
No habemos de tener indios;
no ha de haber encomenderos.
Yanaconas de servicio,
ni por la imaginación;
llevar para el beneficio
de minas los naturales
será criminal delito.
Con que estériles los centros
de estos codiciosos riscos,
á falta ya de comadres,
(quiero decir de ministros)
nos dificultan los partos
de sus preciosos esquilmos;
podrán los conquistadores
aprender de hoy más oficio,
y en pago de sus hazañas
pedir limosna sus hijos.
Todo esto ocasiona el celo
de escrupulosos caprichos;
todo esto inventan ociosos;
todo esto causan arbitrios.
Los españoles que dieron,
á costa de más peligros
que tiene ese mar arenas,
que quiebran sus costas vidrios,
cerros, al César, de plata
con que enfrenar ha podido
Luteranos en Sajonia
y en Milán franceses lirios,
por medio del Presidente
Vaca de Castro, han pedido
al Virrey que, suspendiendo
leyes de tanto perjuicio,
permita suplicar de ellas
al César Rey, siempre invicto;
informándole verdades
y advirtiéndole precisos
inconvenientes y riesgos
que van abriendo camino
á intentos desesperados
de la fé española indignos.
Pero él sordo á nuestras quejas,
rebelde á nuestros gemidos,
quiere perderse y perdernos,
por no humanarse y oirnos.
Los oidores de la Audiencia,
tan sabios como advertidos,
disponen que á Lima vaya
á consolar sus vecinos
doña Francisca Pizarro,
mi señora, en cuyo arrimo,
(por ser animada imágen
del gran Marqués don Francisco)
fundan todo su remedio;
porque, con su patrocinio,
creen que el Virrey, cuando llegue,
como ilustre compasivo,
venerará las memorias
en ella, de aquel prodigio
que tanto España celebra,
que tanto honró Carlos Quinto.
El cuerdo Vaca de Castro,
(señor) os pide lo mismo;
y para esto me despacha
de la mitad del camino.
Id, piadoso, á interponer
vuestro valor y servicios
entre el rigor y los ruegos,
la aspereza y los suspiros.
Gozad la acción que tenéis
al gobierno, que os intimo,
pues os le ofrece la Audiencia,
pues sucesor suyo os hizo,
(en nombre del César Carlos)
el Marqués que tanto os quiso;
pues os llama el Presidente,
pues todos os lo pedimos;
que yo en fe de lo que os amo,
y lo que ofrezco serviros,
sin esperar la respuesta,
voy á dar á los amigos
la nueva de vuestra entrada;
pues si lo contrario afirmo,
vituperándoos de ingrato
daréis á guerras motivos. *(Vase.)*

ESCENA IX

DICHOS, *menos* CARAVAJAL.

GONZALO. Sobrina, no han de poder
las persuasiones conmigo,
más que el valor que profeso,
más que la lealtad que estimo.
Mientras el Emperador
no derogare el dominio
que, en daño de mi derecho,
han negociado validos
para Blasco Núñez Vela,
á Las Charcas me retiro,
donde en quietud y descanso
saldré de estos laberintos.
Id vos á Lima (señora),
pues bastarán los hechizos
de vuestras tiernas palabras,
de vuestros ojos benignos,
para suavizar rigores;
y hagan los cielos propicios
las partes de nuestro amor,
para que el nombre de tío
mejorado en el de esposo,
podamos los dos unidos
lograr en tálamo casto
deseos que duren siglos.

ESCENA X

Salen MENALIPE *y* MARTESIA, *quienes descúbrense y lléganse á* DON GONZALO *y* TRIGUEROS.

MENALIP. Venganzas, que á deslealtades
den escarmiento y castigo,
verás (ingrato) primero
en mi agravio y en tu olvido.
¡Ah, inconstante! ¿Estos engaños
son de la nobleza dignos,
que injustamente blasonas,
tan fácil yo en admitirlos?

¿Es blasón de caballeros
el prometer, fementidos,
correspondencias amantes
burlando pechos sencillos?
¿Así se cumplen palabras?
¿Así se estiman suspiros?
¿Así se sueltan empeños?
¿Así se pagan hospicios?
Pues en mi favor los hados,
en mi venganza los signos,
en mi amparo las estrellas,
en mi abono los auspicios,
con don Fernando, tu hermano,
celebrarán regocijos
las bodas, que no mereces,
porque él solamente es digno
de ser de tu dama esposo,
y con generosos hijos
resucitar del Marqués
los hazañosos prodigios.
¡Plegue á los cielos, mudable!...

MARTEN. ¿Para qué, hermana, pedimos
lo que ellos ya á cargo tienen
según muestran los destinos?
Ven, que amanece el aurora.
Y vos, grosero ministro, *(A Trigueros.)*
alcaide de ingratas puertas,
seguidme, que así imagino
vengar descomedimientos.

(Cójele de una oreja, y vuelan los tres todo el patio.)

TRIGUER. ¡Madre de Dios! ¡Jesucristo!
¡Que me arrebatan los diablos,
que me desoreja un grifo,
que me encaraman sin alas,
que si del aire deslizo,
cien Contadores de Hacienda
no han de sumar mis añicos!

FRANCIS. ¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?

GONZALO. Sobrina, fuerza de hechizos;
que en esta tierra el demonio
con esto engaña á los indios.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Sale GONZALO PIZARRO *solo, con gabán y montera, y una escardilla en la mano.*

Quien por falta de experiencia
huye las felicidades
que ofrecen las soledades
á la vida y la conciencia,
venga á aprender este ciencia
en mi sabrosa quietud,
y hallará aquí á la virtud,
tan segura de temores
que, coronada de flores,
le conserve la salud.
Después que envainé el acero
y el arnés troqué en gabán,
si primero capitán
ya en mi quinta jardinero,
lloro del tiempo primero
la juventud malograda,
y sé que en la aventajada
vida de esta profesión,
Dios á Adán dió el azadón
y el vicio á Nembrot la espada.
Dichoso el que no hace caso
de lo que no necesita,
y á Diógenes imita
quebrando en la fuente el vaso.
Si está tan cerca el ocaso
humano que á penas siente
la distancia de su oriente,
¿quién es de tan poco aviso
que, gozando lo preciso,
anhela lo impertinente?
Esoberbezca monarcas
el oro (alma de un abismo)
que yo lo soy de mí mismo
en la quietud de Las Charcas.
Guarde el avaro en sus arcas
tantas barras como penas,
que mientras naufraga arenas
yo en más seguros países,
gozo el oro en alelises
y la plata en azucenas.

ESCENA II

DICHO *y* TRIGUEROS.

TRIGUER. *(Dentro.)* ¡Ay!

GONZALO. ¿Qué es esto?

TRIGUER. Si fué pulla,
trabajoso de ella escapo.
¡Ay!

GONZALO. ¿Quién se lamenta?

TRIGUER. Un sapo,
que no ha mucho que fué grulla.
¡Oh, bruja precipitante!
¡trota nubes, saltamontes!
Si no hay pícaros Faetontes
¿qué te hizo un pobre ignorante,
sargento de mochilleros,
aguilucho en el amago,
para darme salto en vago
desde las nubes?

GONZALO. ¡Trigueros!

TRIGUER. Oye y no me triguerices,
pues ves cual estoy por ti;
privanza de soplos fuí,
ya soy remacha narices.

GONZALO. Pues bien ¿qué te ha sucedido?

TRIGUER. ¿Pues bien dices? Di pues mal.
Aquella que al tribunal
inquisidor ha ofendido;
plegue á Dios que antes de un Credo,
obispa en Corozaín,
la absuelva de volatín
el brasero de Toledo,
llevándome en un momento
por una oreja volando,
y conmigo registrando
los abanillos del viento,
como si hiciera calor,
me trasladó un diablo en popa
á su tierra, que en la ropa

le parecí borrador;
y en ella (aunque de rodillas
misericordia pedí)
en un instante me vi
sentenciado á albondiguillas.
Patrocinóme su hermana,
(de quien diz que eres galán),
que quien bien quiere á Beltrán,
etcétera, y más humana
me dió (con arco y saetas)
la futura sucesión,
por lo menos de Amazón
quizá por verme sin tetas.
Un mes estuve con ellas,
y no sé si mis delitos
las dibujó amazoncitos,
pero no, que son doncellas;
y al cabo de él me despacha
la Reina por mandadero
de su amor; no seas grosero
que es la más linda muchacha
que en el Perú puede hallarse.
Su reino todo te ofrece,
y si su amor se agradece
jura desamazonarse.
Pero si no, te amonesta
que no des crédito á amigos,
porque sangrientos castigos
la vil fortuna te apresta;
y si te vuelve la espalda
debes temblar sus agüeros,
porque mil diablos caseros
son sus perrillos de falda.
Volvió á asirme de la oreja
la bruja, y en su jornada
serví al aire de arracada,
hasta que caer me deja
después de ponerme en fil
de este sitio, siendo en él
ó murciégalo Luzbel
ó cernícalo albañil.

GONZALO. Quien de hechiceras se fía
sale, cual tú, escarmentado.

TRIGUER. A caer en empedrado
medraba mi legacía;
mas que te guardes te advierte
tu amazona damisela,
de este Blasco Núñez Vela
que solicita tu muerte,
y en causa tan peligrosa
te desea apercibido.

GONZALO. ¿Por qué, si no le he ofendido?
Ni de la vida dichosa
que ha feriado á mi sosiego
esta alegre soledad
en su dulce amenidad,
podrá el apetito ciego
(que ambición el cuerdo llama)
sacarme (gozoso en ella),
no obligándome á perdella,
mi ley, mi Rey y mi fama.

ESCENA III

Salen el CAPITÁN ALMENDRAS, CARAVAJAL *y otros.*

ALMEND. Aceptará don Gonzalo
el gobierno y la defensa
de los vecinos del Cuzco
y el Perú que le respeta;
ó cuando lo rehusare
habrá de hacer la violencia
lo que no la cortesía,
obligándole la fuerza.
Llegad y hablémosle todos.

GONZALO. Señor Capitán Almendras,
señor Maese de Campo,
¿qué hay en que servirlos pueda?
¿qué se ofrece? ¿qué me mandan?

CARAVAJ. ¡Cuerpo de Dios con la flema!
¿Sembrando agora achicorias
y escardando berenjenas?
Hortalicen ermitaños
que comen no más que hierbas,
y no usurpe ese ejercicio
vuesa merced á poetas,
que tratantes en legumbres
pintan flores, plantan huertas,
y, sin salir de Pancayas,
gastan musas verduleras.
Estáse abrasando el mundo,
porque el Virrey nos le quema,
¿y entretiénese en lechugas?
Pero hace bien, que son frescas.

GONZALO. Amigo Caravajal:
yo escogí...

CARAVAJ. Mas que me alega
Emperadores romanos,
que arrimaron las diademas
por ingerir bergamotas,
si no en nísperos en berzas,
menospreciando coturnos
por un cestillo de brevas.
Pues escuche lo que pasa.
Capitán, dadle vos cuenta
de lo que está á vuestro cargo
y el cabildo os encomienda.

ALMEND. La imperial ciudad del Cuzco,
de todo el Perú cabeza,
y por sus procuradores
otras tres juntas con ella,
que son: Guamanga, Arequipa
y Chuquisaca, resueltas
de no admitir al Virrey
que dicen que á Lima llega,
por su embajador me envían,
mandándome que os advierta
obligaciones que os corren,
pues somos hechuras vuestras.
Vos, primer conquistador,
con cuya sangre y hacienda
y la de vuestros hermanos
habéis ganado á la Iglesia
más reinos, provincias más
que tiene en Castilla el César,
(cuando no villas) ciudades,
reduciéndole mil leguas
las más ricas de este polo.
Vos, á quien solo venera
el Perú, por sucesor

del gran Marqués, y en quien deja
el gobierno de estos orbes,
en virtud de lo que ordena
la Cédula Real, que os llama
á la dignidad suprema
de esta casi Monarquía
por toda la vida vuestra;
vos, en efecto, á quien toca
el conservar la nobleza
de tantos conquistadores
que os tuvieron en la guerra
por caudillo, y en la paz
limitadamente premian
por solamente dos vidas
hazañas de fama eterna;
vos, victorioso Pizarro,
es razón que á la violencia
del Virrey os opongáis.
Gobernador y cabeza
por el Rey de esta corona,
y por las ciudades mesmas
General procurador,
haciendo instancia por ellas
en que el Virrey se desista
del cargo, que en vuestra ofensa
las posesiones usurpa,
hasta que España resuelva
dudas tan enmarañadas,
y vuestros amigos sepan
por qué delito os deroga
el Rey las mercedes hechas.
Armas las cuatro ciudades
os ofrecen, y á su expensa
hasta quinientos soldados
que del rigor nos defiendan
con que el Virrey amenaza
á cuantos le instan y aprietan
en que la súplica admita
que hace este reino á su alteza.
Esto es á lo que he venido;
pues para tan justa empresa
por padre el Perú os escoge;
sus ciudades os alientan,
sus españoles os llaman,
sus caballeros os ruegan,
sus soldados os suplican
y vuestra piedad os fuerza.

GONZALO. Capitanes valerosos:
puesto que de la aspereza
con que el Virrey ejecuta
leyes que la paz inquietan,
me quepa la mayor parte,
y que agradecido os deba,
como á hermanos en las armas,
morir en vuestra defensa,
no han de alterar persuasiones
en mí, la justa obediencia
que debo al Rey, mi señor,
aunque por ello me pierda.
Despachados tengo á España
procuradores que adviertan
al César, de mi justicia;
é intentar, antes que vuelvan,
resistir sus ordenanzas,
será ocasionar las lenguas
de envidiosos y enemigos
que contra mí al rey alteran.
No han de bastar ¡vive Dios!
á destemplar mi paciencia
del Virrey las amenazas,
de mis amigos las quejas,
del Perú las inquietudes,
la pérdida de mi hacienda,
el no premiar mis servicios
ni el no estimar mi nobleza.
Tres cosas solas podrían
forzarme á olvidar la quieta
felicidad de estos campos
donde mi paz se conserva,
que son: el celo debido
á la ley, que en esta tierra
por nosotros dilatada
á un Dios eterno confiesa;
el defender con la vida
á mi rey, hasta perderla
y el no permitir desdoros
que mi honor y fama ofendan.
Capitanes tiene el Cuzco
que si el Virrey no se templa
podrán, sin mí, reducirle
con respeto y con prudencia.
Ochenta conquistadores
son sus vecinos; de ochenta
caballeros é hijosdalgo,
escojan uno en quien puedan
estribar sus esperanzas,
pues cada cual tiene prendas
dignas de cargos mayores;
y esto les dad por respuesta.

CARAVAJ. ¿Pues qué ley, qué rey, qué fama
su conservación no arriesga
si pusilánime ahora
rehusas el defenderla?
Nuestra ley (cuyos principios
saben los indios apenas),
¿podrá en ellos ser durable
si en su libertad los dejan,
aun viviendo encomendados
á españoles (que refrenan
su superstición antigua
y nuestra fe les enseñan)?
Buscan de noche las guacas,
y entre los riscos y cuevas
idólatras sacrifican
á los brutos y á las piedras.
¿Qué harán, pues, cuando les falten
los dueños á quien respetan,
y con libertad dañosa
ejerciten sus blasfemias?
Luego, si el virrey nos quita
su administración, ya queda
destruída en el Perú
la ley que á Cristo venera.
También al rey se le sirve
(mientras que no te obedezcan
por nuestro gobernador)
si la provisión presentas
que el Marqués (en nombre suyo)
hizo en ti, pues fué primera
que la que trae Blasco Núñez,
adquirida con cautelas.
Nombrados los dos estáis
con una autoridad mesma:
él por tiempo limitado,

tú por concesión perpetua,
que dure lo que tu vida.
¿Tendrá acaso menos fuerza
en ti la Cédula Real
que la que el Virrey alega?
Decir que sí, es ignorancia;
luego quien fuere contra ella
rebelde al Rey que te elige
hará á su palabra ofensa.
Cien mil castellanos de oro
del fisco y la real Hacienda
que embarcó Vaca de Castro
para servicio del César,
desperdició Blasco Núñez
(sin permisión de la Audiencia)
en armas, que contra ti
dice la fama que apresta.
Doce mil y más ducados
gastó de estos en cuarenta
machos que á sus deudos compra
porque á tus amigos prendan.
Juzga si á su rey desirve
quien le defrauda sus rentas,
ó qué valdrán las Coronas
y los Imperios sin ellas.
Rebelde al César te llama
y como tal te condena,
á instancia de los de Almagro,
á cortarte la cabeza.
De Lima mandó sacar,
con indigna inadvertencia,
á tu inocente sobrina,
y á vista del puerto presa
con guardas en una nave.
Los oidores menosprecia,
porque los riesgos le intiman
que tan ilustre doncella
y ocasionada hermosura
corre, dejándola expuesta
entre marineros libres
á la atrevida torpeza.
Si dudas de estas verdades,
no des crédito á la lengua,
pero dásele á estas cartas.

GONZALO. Cesa, que me matas, cesa.
¿Doña Francisca Pizarro?
¿Doña Francisca? ¿Y que en ella
un caballero ejecute
desaires de su nobleza?
¿Presa en la mar mi sobrina?
¿Por qué culpa y á qué presa?
¿Por qué en la mar, si culpada?
¿Que aún no mereció en la tierra
que le conquistó su padre,
que sus abuelos pudieran
dejarla como monarca
en fe de ser su heredera?
¿El sol de su honestidad
entre las viles tinieblas
de atrevimientos soldados?
¿Al qué dirán de las lenguas?
¿Cuándo pecó la ignorancia?
¿Cuándo agravió la inocencia?
¿Cuándo enojó la virtud?
¿Cuándo ofendió la belleza?
¿No obligaran cortesías
por mujer, cuando ofendiera?
¿Por noble, cuando agraviara,
y cuando todo, por bella?
¿Yo sin honra, mi Francisca
ocasionada á la afrenta?
¿La ley de Dios profanada,
á riesgo del rey la hacienda?
¿Y yo gobernador suyo?
¡No, cielos! No vida quieta,
no retiros agradables,
no soledades amenas.
Sin retornos mis servicios,
vaya; sin Indios ni rentas,
mis heridas y trabajos
¿qué importa cuando se pierdan?
Pero, ¿sin fama, sin honra,
á peligro la limpieza
de mi inocente sobrina
y que por ella no vuelva?
Vituperárame el mundo.
A Dios apacibles selvas,
valles siempre sosegados,
quintas floridas y frescas;
que ya será cobardía
lo que hasta agora prudencia.
¡Toca al arma, marcha al Cuzco!
¡Muera el ocio! ¡Viva el César!

ESCENA IV

Sale el CAPITAN HINOJOSA.—DICHOS.

HINOJOSA.

Aguarde vueseñoría;
oirá las alegres nuevas
que me ocasionan á darle
este título, en que muestra
la razón y la justicia
sus hazañas y finezas.
¡Ojalá se le conmute
el Rey en el de Excelencia!
Llegaron del Virrey á extremo tanto
las siempre aborrecibles destemplanzas,
que en menosprecio se trocó el espanto
de sus severas leyes y ordenanzas.
No todo celo (si es supérfluo) es santo,
ni cordura atajar las esperanzas
del pueblo, pues por más que el juez presuma
suma justicia, es injusticia suma.
Mientras que Lima recibir procura
al Virrey, en el valle y su distrito
(que intitulan los Indios Huhahura)
un mote halló sobre una puerta escrito:
Imprenta es la pared de la locura
y el carbón, pluma y tinta del delito.
Juzgad si es imprudente el que se afrenta
de motes en paredes de una venta.
Leyó, pues, en el Tambo estas razones:
«A quien viniere á echarme de mi casa
echaré yo del mundo»; y dió ocasiones
esta desenvoltura al mal que pasa;
pues, como engendran fuego los carbones,
tanto al Virrey encienden, que se abrasa
y á Antonio de Solar, dueño del Valle,
manda, en llegando á Lima, aprisionalle.
Sin más indicios, pues, que ver el mote
en la pared, aunque el autor se ignora,
manda que le confiese un sacerdote,

porque ha de ajusticiarle dentro una hora;
senténciale al instante á dar garrote,
y aunque inocente se disculpa y llora,
y no hay contra él testigos ni proceso,
la ejecución se notifica al preso.
Alborotóse el pueblo, (porque en Lima
era este hidalgo justamente amado;)
la nobleza piadosa se lastima,
y cada cual le sirve de abogado;
conque el Virrey (temiendo no le oprima
la plebe amotinada) más templado
que esté en un calabozo, al fin ordena,
con esposas, con grillos y cadena.
En dos meses sufrió mil de rigores,
por más que libertarle solicita
la piedad de infinitos valedores;
mas era la crueldad mas infinita,
hasta que se valió de los oidores
que le mandan soltar en la visita
donde se presentó, porque no hallaron
aún sombra del error que le imputaron.
Sintiólo Blasco Núñez sumamente,
enemistado ya con el Audiencia;
prendió á Vaca de Castro Presidente
sin darle cargos ¡bárbara violencia!
Y porque le aborrezca más la gente
al Factor Illán Juárez, su impaciencia
mató una noche por sus mismas manos,
temeridad horrible, aún de tiranos.
A unos negros, después, de noche obliga
que vestido le entierren y en secreto.
Súpolo la ciudad, ya su enemiga;
y alborotada le perdió el respeto.
La Audiencia Real, prudente, los mitiga,
y recelando el peligroso aprieto,
prendieron al Virrey (que de otra suerte
no hay duda que le diera el pueblo muerte.)
Formáronle proceso los Oidores,
sacando del sepulcro otra mañana
al difunto Factor, que causó horrores
al pecho, de piedad menos humana.
Enterráronle oculto los rigores,
envuelto en una capa, que de grana,
pronosticarle su desdicha intenta,
pues hasta la mortaja fué sangrienta.
Vuélvenle á sepultar, con sentimiento
y pompa funeral, y luego trazan
que se embarque el Virrey, pues que violento
á muerte sus rigores le amenazan,
y surcando el cristal la leve quilla,
preso el Virrey le llevan á Castilla.
Los Oidores, después, Ciudad y Audiencia,
en virtud del derecho que te ampara,
gobernador te nombran en su ausencia:
prudente acción de tu justicia clara.
Asegure peligros tu asistencia;
temple congojas tu apacible cara;
paga la voluntad de quien te estima
y el cargo admite que te ofrece Lima.

GONZALO.

Si alientan los Oidores mi derecho,
¿qué hay que esperar? Marchemos, pues, ami-
y de la fe y lealtad que está en mi pecho [gos
..n Dios y con el Rey seréis testigos.

CARAVAJAL.

..tantes pruebas, gran Gonzalo, has hecho.
Castigos se remedian con castigos;
pague el Virrey los suyos en España.

GONZALO.

Marcha á Lima, salgamos en campaña. *(Vanse.)*

ESCENA V

Salen MARTESIA *y* MENALIPE *con armas á lo amazonio.*

MENALIP. Morir, Martesia, morir
ó librar á don Gonzalo;
mi amor á su estrella igualo.
Si le puedo reducir
á que mis consejos siga,
y de estos reinos se ausente,
los pronósticos desmiente
de la fortuna enemiga.
Pero si no admite avisos
y obedece al hado cruel,
morir matando con él
son los medios más precisos
que mi triste suerte escoje.
Esta es mi resolución.

MARTES. Ponerla en ejecución,
(perdóname aunque te enoje)
ha de aprovechar tan poco,
que en vez de obligar tu amante,
á tus consejos diamante
y á mis persuasiones loco,
ha de apresurar su muerte.
Pero aunque esto es infalible,
yo haré por ti lo posible;
patrocínete la suerte,
y á tu amor agradecido,
tu amante se guíe por mí.
El que ves que sale aquí
de ejército apercibido,
es aquel Caravajal
á cuyo esfuerzo y valor
desde el postrer Dictador
no le tuvo el mundo igual.
El Virrey que preso á España
surcaba ese golfo frío,
por su mal, con el navío
se alzó, (su pasión le engaña)
y en Tumbez tomando puerto,
de Trujillo y San Miguel
juntó la gente, que fiel
(como no sabe de cierto
la acción que al gobierno tiene
tu amante, y que los oidores,
por atajar los rigores
con que Blasco Núñez viene,
gobernador le han nombrado)
como españoles de ley,
quieren seguir al Virrey,
y la obediencia le han dado.
Contra él, pues, Caravajal
desde Lima apercibido
á deshacerle ha venido,
y de éste (por ser leal
valiente y sabio) se fía
don Gonzalo. Si yo hiciese
que mis consejos siguiese,
discreto persuadiría
á tu amante que dejase

el Perú en esta ocasión
y en nuestra fértil región
esposo tuyo reinase.
Quiero yo á Caravajal
algo más de lo posible,
por lo soldado invencible,
por lo entretenido sal;
pero, es de modo arrojado
que si da en aborrecerme,
ni hechizos han de valerme
ni todo cuanto he estudiado.
Pero si quisiese Dios
llevarlos á nuestra tierra,
sin que amor nos haga guerra
tendremos quietud las dos.

MENAL. ¡Ay cara hermana! si en ti
pusiese tal eficacia,
amor, si te diese gracia...

MARTES. Calla y retírate á aquí.

ESCENA VI

Salen CARAVAJAL *y el* CAPITÁN ALMENDRAS.—DICHOS.

CARAVAJ. Marchar, señores, marchar;
que si la ocasión perdemos
que entre las manos tenemos,
será difícil de hallar
otra vez.

ALMEND. Doscientas leguas
has corrido en seguimiento
de Blasco Núñez; aliento
pide el campo, dale treguas
siquiera al cansancio, un día.

CARAVAJ. Este solo que nos lleve
de ventaja, hará que apruebe
nuestro daño, su porfía.
Si se fortalece en Quito
y en el campo reforzado
nos espera descansado,
¿no le parece delito,
digno de vituperar
perder esta coyuntura?
La presteza y la ventura
juntas se han de ejecutar.
Acabemos con el tema
en que su locura ha dado:
la Audiencia le ha desterrado
á España; si nuestra flema
la victoria nos dilata
esta empresa se destruye.

ALMEND. Al enemigo que huye.

CARAVAJ. Dirá la puente de plata.
Mas no huye quien se retira
para volver animoso,
reforzado y poderoso.
Quien comodidades mira
(señor Capitán) no sale
con hazaña de provecho;
en no dejando deshecho
al enemigo ¿qué vale
el orden de la milicia?
Agora que nos ampara
la Audiencia Real, y está clara
por nosotros la justicia,
lógrela la diligencia.
Marchar, soldados, marchar;
don Gonzalo ha de llegar
mañana á nuestra presencia;
no se nos lleve la gloria
de tan honroso laurel,
pues ganándole sin él
será nuestra la victoria.
Tome refresco la gente
y sigamos el alcance,
porque perdido este lance
es nuestro daño evidente.

ALMEND. No lo es menos el no dar.

CARAVAJ. Ya sabe mi condición;
pues propuso su razón,
obedecer y callar
es lo que ahora le toca.

ALMEND. Sí, mas digo que me obliga.

CARAVAJ. Capitán, haga y no diga,
más manos y menos boca.
(*Vase* Almendras.)
¡Vive Dios! que he de alcanzarle
esta noche, y deshacerle.
Acabemos con este hombre.

ESCENA VII

MARTESIA, CARAVAJAL *y* MENALIPE.

MARTE. Airado español, detente.

CARAVAJ. ¿En desierto y tentadoras?
Mas que llegáis á ofrecerme
¿piedras por pan?

MARTE. ¿Me conoces?

CARAVAJ. Los diablos y las mujeres
dicen que sois de una casta;
y aunque serafín pareces,
tendrás diablescas las obras,
si engañosa me detienes
en favor de Blasco Núñez.
¿Dónde te he visto? ¿Quién eres?
¿Qué pides? ¿Qué se te antoja?
que todas las de tu especie
en llegando el donativo
vienen para mí *de requiem*.
Si en la corte de Castilla
un medio ojo me embistiese;
y por la calle Mayor,
(donde son sus mercaderes
escollo de toda bolsa,
sus coches nuestros bajeles,
que en cualquiera tienda encallan,
y sus ninfas holandeses),
pudiérasme ejecutar
en colonias, alfileres,
guantes, bandas, rosas, dijes,
ó más arriba en joyeles,
polleras, basquiñas, naguas,
y lo que este siglo teme
en cajas de chocolate:
que para que desesperen
los Píramos en vellón
(conforme de allá me advierten),
el diablo inventó á Guaxaca,
Guatemalas y Campeches;
pues, después que se conocen
en nuestra nación, se beben
en tres jícaras, tres damas,
cien escudos en dos meses.

Pero aquí si no es que pidas
del modo que Eva á la sierpe,
ó plátanos, ó guayabas,
solo tengo que ofrecerte
con vizcochos de estos riscos,
chocolates de estas fuentes.

MARTES. Famoso Caravajal,
(que si asombras por valiente
deleitas por sazonado,
en fé que todo lo vences).
Yo soy aquella Amazona
que si tuvo dicha en verte,
fué infelice en adorarte,
pues sus penas no agradeces.
Sé los riesgos á que el hado
te lleva, sé que te atreves
contra el cielo y la fortuna
á hazañas que te despeñen.
Por ti la Reina, mi hermana,
(cuyo renombre obedecen
cuantas naciones distantes
la plata líquida beben
al inmenso Marañón),
dejando su patria fértil,
alas de los vientos forma,
para que sobre ellos vuele
á esta región que os anuncia
á ti y á su amante, en breves
tiempos tragedias que lloren
los siglos que nos suceden.
Respétate por amigo,
don Gonzalo, con él pueden
tus consejos cuanto pides,
tu eficacia cuanto quieres.
Redúcele á las venturas
que los cielos le prometen,
si dueños de nuestra patria
y noble correspondiente,
al amor de Menalipe,
nuestra corona ennoblece
para blasón de tu fama,
que se eternice en sus sienes,
que, si por tus persuasiones
á las estrellas desmiente,
que triste fin le amenazan,
conquistará felizmente
las dos márgenes ocultas
del Marañón, dando leyes
á cuantas provincias varias
viven sus comarcas verdes.
Desde las sierras de Quito
hasta donde sus corrientes
con el Océano luchan
del Norte, que se las bebe,
mil leguas y más le aguardan
tan ricas, que son perennes
las venas, que en vez de sangre,
el metal monarca vierten;
tanta plata y oro esquilman
los Omaguas, solamente,
que, mayorazgo del sol
goza su comarca fénix;
tantas minas, cuantos riscos,
conquistará si los vence
á Europa, al Africa, al mundo
postrando á sus plantas reyes.
Serás, español gallardo,
si su condición rebelde
ablandas, señor del orbe,
regiones hay en que reines
ignotas hasta aquí al mundo,
y en pacíficos deleites
dueño de un alma serás
que como á Dios te venere.

MENALIP. ¡Oh si contigo bastasen!
¡oh si en tu estima valiesen
(nuevo Pompeyo de España)
lágrimas, que han sido siempre
hechizos para los nobles!
Si las que vierto te mueven,
si persuasiones te obligan,
si penas te compadecen,
humilde á tus pies se postra
una Reina, á quien la suerte
y el amor de tu caudillo
rendida á sus llamas tiene;
si le reduces ¡qué dicha!
¡qué gloria! si le convences,
¡qué hazaña! si le dispones,
¡qué premio! si le enterneces,
¡de qué males, que le escusas!
¡de qué riesgos le diviertes!
¡de qué tragedias le libras!
¡de qué gozos le enriqueces!
¡Si de envidiosos le apartas,
si en mi Reino le previenes
coronas, que quieto goce
amor, que le adore siempre!
¡Cuánto es mejor que mi amante
pacíficamente impere,
sin dependencia de España,
que no entre la envidia y muerte
gobernar ingratitudes,
que, al paso que más se premien,
más sus fortunas envidien,
más sus hazañas condenen!
Vuestra vida está en tu mano;
vuestro honor sólo depende
de tu lengua; libraráste
como cuerdo le aconsejes
que me siga, que retorne
la fe de un amor ardiente,
dispuesto á perder la vida
con él, si la suya pierde.

CARAVAJ. Persuasivas Ciceronas,
si vuestro llanto pretende
darnos la plaza de brujos
porque en España nos quemen,
vive Dios que obligan tanto
esas perlas mequetrefes,
esas razones gitanas,
esos semblantes de nieve,
que son dichosos los diablos
porque os sirven y obedecen
y que á no estar tan de prisa...
¿Pero qué rebato es éste?

ESCENA VII

Retíranse las dos y tocan á rebato y sale el CAPITÁN ALMENDRAS.

ALMENDR. ¡Al arma, al arma, españoles!
¡Al arma, insigne Maestre
que la victoria nos llama!

CARAVAJ. Sí llamará; mas, sosiegue.
¿Qué hay de nuevo? ¿qué le asombra?
ALMENDR. De las acciones crueles
con que el Virrey Blasco Núñez
hace que todos le tiemblen,
tan temerosa le sigue
su casi forzada gente,
que de noche á don Gonzalo
se acogen, de veinte en veinte.
Hizo dar garrote un día
(por sospechas sólo leves)
á los capitanes Serna
y Gaspar Gil, sin que templen
ruegos, sus severidades.
Mató de la misma suerte
á don Rodrigo de Ocampo
con ser su lugarteniente;
con Ojeda hizo lo mismo;
Gómez, Estacio, Balverde,
y Alvaro Caravajal,
todos caudillos valientes.
Llegó Gonzalo Pizarro,
(que nunca ocasiones pierde)
por atajos del camino,
mientras descuidado duerme,
y asaltóle valeroso;
si agora, pues, le acometes
participarás la fama
que corona al diligente.
CARAVAJ. ¡Al arma, pues! ¿qué esperamos?
(*Llégase á Martesia y Menalipe.*)
Señoras: vuesas mercedes,
altezas ó majestades,
ó el título que quisieren,
perdonen mi grosería;
que nunca fueron corteses
peligros; convoquen diablos
que á su provincia las lleven,
que acá al Apóstol gallego
invocamos solamente;
pues vale más su cruz roja
que diez legiones de duendes.
(*Vanse, quedando las dos.*)

ESCENA IX

MENALIPE *y* MARTESIA.

MENALIP. Socorramos á mi amante.
¡Ojalá una bala acierte
mi pecho, y saque las llamas
que en cenizas le resuelven!
MARTES. Vencerá si tú le ayudas;
pero como ensorbebece
la victoria, llorarásle
degollado brevemente. (*Vase.*)

ESCENA X

DON GONZALO PIZARRO *y* SOLDADOS *marchando.*

SOLD. 1.° Quiso morir encubierto.
SOLD. 2.° Su daño le disfrazó.
GONZALO. Quisiérale, amigos, yo
vencido, pero no muerto.
¡Infelice caballero!
SOLD. 1.° ¿Pues por él muestras tristeza?
GONZALO. Estimo yo la nobleza.
Si fuera menos severo,
valor el Virrey tenía
digno de veneración;
aguó su resolución
toda la fortuna mía.
Enlutaréme por él;
sepúltele la piedad
conforme su calidad.
SOLD. 2.° Hombre que fué tan cruel
no merece sepultura.
GONZALO. ¡Qué rigurosa razón!
no dura la emulación
lo que la vida no dura.
Hasta aquí tiró la suerte
cuanto su poder alcanza;
que no pasa la venganza
los límites de la muerte.

ESCENA XI

Sale CARAVAJAL.—DICHOS.

CARAVAJ. Los parabienes te doy
de la victoria presente,
y el pésame juntamente
que recelo. Tuyo soy
hasta morir; pero mira
que aunque á tu contrario has muer- [to,
un clérigo toma puerto
y que el peligro no espira.
Contra ti marcha, preven
con el esfuerzo las manos,
y si juzgaste por sanos
mis fieles avisos, ten
por cierto, que son mejores
los que mi amistad y celo
te advierten, porque de el cielo
granizan Gobernadores.
Mas, si á seguirme te inclinas,
dicha mi fe te promete;
guárdate de este bonete
que hiere con cuatro esquinas.
Digo, pues, que es lo mejor
que trueques á toda ley,
intitulándote Rey,
riesgos de Gobernador.
Constituye Monarquía
de eterna felicidad;
llamémoste Majestad,
dejemos la Señoría.
Con tu hacienda y tus hazañas
este Imperio se ha ganado,
su sitio es más dilatado
y rico que diez Españas;
si quieres tener seguros
vasallos fieles, que mandes,
haz Títulos, cubre Grandes,
que son los mejores muros
de las Coronas y Estados.
Obliga con intereses;
nombra Condes y Marqueses;
cría luego Adelantados;
un Almirante en el mar;
un Condestable en la tierra,
Mariscales en la guerra.
A los Grandes puedes dar

á cien mil pesos de renta,
pues gozas un orbe de oro,
de inmensa plata y tesoro;
á diez, á veinte y á treinta
á los títulos menores,
ya en Indios y ya en lugares;
haz órdenes militares,
elige Comendadores
que tomen la advocación
de los santos que quisieres;
si Mayorazgos hicieres
ilustrarás tu nación
con rentas establecidas
perpétuas, y no al quitar,
que éstas saben obligar
y no las de por dos vidas,
que á los nietos empobrezcan
sin premiarse tanta hazaña.
Escribe á la Nueva España
que por su Rey te obedezcan,
y harás lo mismo con ellos
que con nosotros procuras,
y de esta suerte aseguras
hechizos con que atraellos;
pues viéndose el bien nacido,
como merece, premiado,
á sus hijos con Estado
y á su Rey agradecido,
y que honrando descendencias
que llegan á eternizarse,
sus nietos han de llamarse
Señorías y Excelencias,
por no perder esta acción
diez mil vidas perderán,
y firmes conservarán
tu corona y su opinión.
Pide, después, una nieta
de los Ingas que reinaron
(y á tus armas se postraron),
la más hermosa y discreta,
por esposa; y coronada
con ostentaciones reales
los Indios y naturales,
si la ven entronizada,
en fe que la sangre adoran
de sus venerados reyes,
obedeciendó tus leyes
cuantos esos riscos moran
y el temor tiene esparcidos,
te traerán con mano grata
los tesoros de oro y plata
que conservan escondidos.
Si haces eso ¿quién podrá
despojarte sino el cielo?
Labra un fuerte en Portobelo,
pon presidio en Panamá,
y venga todo el poder
de España á desposeernos.
¿Con qué armada ha de ofendernos
si no les dejamos ver
del Sur la menor arena?
Esto es lo que te aconsejo:
toma de un soldado viejo
lo que con tiempo te ordena,
ó, pues, el Gobernador
(que ya se acerca) pregona
que por el Rey nos perdona
si no te damos favor,
y mi aviso no te agrada
ganemos estos perdones,
porque en tales apretones
Gonzalo, ó César, ó nada.

(Saca la espada para Caravajal.*)*

GONZALO. ¡Vive el cielo! ¡Desleal,
desconocido, traidor!

CARAVAJ. Sé Rey, no gobernador. *(Vase.)*

UNO. Todos con Caravajal
venimos en coronarte.

TODOS. Esto tu ejército pide.

(Vanse todos, dejando solo á don Gonzalo.*)*

ESCENA XII

DON GONZALO.—VOCES DENTRO.

GONZALO. Primero que mi fe olvide...

DENTRO. O verte Rey, ó dejarte.

GONZALO. ¿Esto se puede sufrir?
¿Esto es digno de creer?

DENTRO. ¡Muera quien no supo ser
Rey del Perú!

GONZALO. Pues morir:
morir, ingratos, perderme,
y no admitir tal infamia;
no eclipsar la sangre mía
no echar en ella tal mancha.
¡Desamparadme, avarientos!
Sepa mi Rey, sepa España
que muero por no ofenderla,
que pierdo (por no agraviarla)
una corona ofrecida,
tan fácil de conservarla,
cuanto infame en poseerla.
Diga que pude, la fama,
ser Monarca y que no quise;
que todos me desamparan
por fiel, por leal, por noble:
será feliz mi desgracia.
Diga, que violentamente
me sacaron de mi casa,
de mi quietud, de mí mismo,
los que en el riesgo me faltan,
los que me dejan ahora.
Con ellos premios reparta
quien á perseguirme viene,
déles indios, déles plata,
que no les dará, á lo menos,
estimación, ni alabanzas,
de que de mi perdición
no fueron ellos la causa.
Muera á manos de un verdugo
quien tanta fe á su Rey guarda,
que va á perder la cabeza
por no querer coronarla.
Mas no publique la envidia
(que mentirá como falsa)
que alcé contra el Rey banderas
que toqué á su ofensa cajas.
Gobernador me nombró
mi hermano el Marqués, sellada
tengo esta merced, del César;
cuatro ciudades me llaman
para Procurador suyo;

la Audiencia Real me despacha
confirmación del gobierno;
no está, hasta aquí, derogada
mi justicia por el Rey.
Si á Blasco Núñez embarca
preso y culpado la Audiencia,
y es su temeridad tanta
que contra mí se despeña,
pues por morir se disfraza,
¿atribuirame el prudente
su muerte á culpa? Escusarla
quise ¿pero quién escusa
sucesos de las batallas?
Tomad, amigos, al temple,
¡despojadme de las armas!
(Arroja la espada y la daga.)
infelices en creeros
si en vencer afortunadas.
Entregadme al Presidente,
pues aduláis con dos caras,
pues, Judas, me habéis vendido,
pues vuestro interés me engaña,
que, cuando todos me dejen
gozosa volará el alma
á amistades más seguras,
pues mi lealtad la acompaña. *(Vase.)*

ESCENA XIII

Salen MENALIPE *y* MARTESIA.

MENAL. ¡Déjame morir, Martesia,
pues á mi amante me matan!
¡No nos dividan tormentos,
mezclemos ansias, con ansias!
El severo Presidente
cortar manda la cabeza
más digna de aclamaciones
que honró laureles y palmas.
¿Podré yo vivir sin él?
MARTES. Podrás, si extremos amansas,
resucitarle en tu pecho,
y prevenirle venganzas
contra todos los que intenten
de su nación inhumana
conquistar nuestras provincias,
tiranizar nuestra patria.
Creyóse de aduladores,
fuele la fortuna avara,
no quiso dar fe á consejos,
cumplió destinos la Parca.
¿Qué remedias con tu muerte?
MENAL. Lo que no con tus palabras,
pues cuanto más me consuelas
más mis congojas me abrasan.
¿Cómo viviré sin vida?
¿Qué vale un cuerpo sin alma?
Ven y matemos muriendo.
MARTES. No fuera tan de eficacia
la virtud de mis estudios,
si en fe de ellos no enfrenara
los ímpetus de tus penas
que furiosos te maltratan:
violentaréte al sosiego.

ESCENA XIV

Salen ALONSO ALVARADO *y otros.*—DICHOS.

ALONSO. Resolución es, que á España
ha de causar compasiones
que llore siempre la fama.
No quiero verle morir,
que militaron mis armas
debajo de sus banderas.
Mal el Presidente paga
servicios de tanta estima.
Si prudente lo mirara
con más acierto y clemencia
lograr pudiera alabanzas.
¿Orden del Rey no traía,
que si fuese de importancia
de don Gonzalo el gobierno
por él se le confirmara?
¿Quién pacificó esta tierra?
¿Qué leyes cuerdas y santas
no estableció en tiempo breve,
que siguiéndola repara
alborotos é inquietudes?
Siendo esto así ¿por qué causa
no cumple lo que le ordenan?
¿Por qué la cabeza aparta
de los más valientes hombros
que dieron gloria á su patria?
MARTES. ¡Oh, Alvarado, siempre insigne!
Tú solo, entre todos, pagas
correspondencias de noble;
firme fe á tu amigo guardas.
Agradeceráte el cielo
con las obras tus palabras:
generaciones ilustres
serán de tu tronco ramas.
Villamor te dará Condes,
entrando en tu antigua casa
las mejores de Castilla,
las más célebres de España.
No piense la emulación,
envidiosa y destemplada,
que porque Gonzalo muere
podrá en la sangre Pizarra
agotar deudos ilustres,
que en otro siglo deshagan
nubes, que torpes pretenden
con falsedad eclipsarla.
Fernando, su hermano heroico,
puesto que preso en España,
dará á sus reyes un nieto
que vuelva á resucitarla.
Al Marqués de la Conquista
vuestra Extremadura aguarda,
luz del crédito español,
nuevo Alejandro en las armas.
Malograrásele un hijo
que en Flandes tiña las aras
en servicio de sus Reyes,
que á la eternidad levanta;
mas casándose otra vez
con generosa prosapia,
dará envidia á la lisonja
y sucesión á su casa.
MENALIP. Sí, mas no espere ninguno
que otra vez pisen sus plantas
las regiones escondidas

que el fértil Marañón baña;
concediósele esta suerte
al que objeto de desgracias,
cede al destino inocente
y la crueldad desbarata.
No merece poseerla
nación con él tan ingrata,
que le aconseja peligros
y, en medio de ellos, le falta.

MARTES. Encubriráos nuestra tierra
el cielo, aunque á conquistarla
se atrevan, después, codicias,
que malogren su esperanza.
Morirá un Pedro de Ursua
antes que surque sus aguas,
un traidor Lope de Aguirre,
un Guzmán y un Orellana.

MENALIP. Y cuando el hado mintiera
y alguno vivo llegara
á nuestra amena provincia,
en no admitir hombres sabia,
yo estoy aquí, yo, que sobro
contra ingratos.

MARTES. Ven, hermana,
y deja, prudente, al tiempo
tus consuelos y venganzas.

(*Abrese el monte y encúbrense las dos.*)

ESCENA XV

ALONSO.

¿Qué voces (cielos) son estas
que asombrosas nos espantan,
y sin ver los que las forman
con presagios amenazan?
Mas los elementos mismos
en la muerte desdichada
del español más valiente,
solemnizan sus desgracias.
Este fué el fin lastimoso
de don Gonzalo; la fama
de lo contrario ha mentido.
La malicia ¿qué no engaña?
Lea historias el discreto
que ellas su inocencia amparan,
y supla en esta tragedia,
quien lo fuere, nuestras faltas.

COMEDIA FAMOSA

LA LEALTAD CONTRA LA ENVIDIA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

Obregón.
Cañizares.
Don Alonso de Mercado.
Don Alonso Quintanilla.
Castillo.
Padilla.
Don Fernando Pizarro.
Don Gonzalo Vivero.
Doña Isabel.
Doña Francisca.
Chacón.
Don Gonzalo Pizarro.
Don Juan Pizarro.
Robles, *soldado.*
Peñafiel, *ídem.*
Piurisa, *india.*
El inga rey.
Dos judíos.
Guayca, *india.*
Granero.
Juan Rada.
Don Alfonso de Alvarado.
Don Pedro.
Don Rodrigo.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Tocan dentro chirimías y trompetas como en la plaza cuando hay toros, silvos y grita, y salen Obregón *y* Cañizares.

Obregón. Acogerse, que el toril
está abierto, y las trompetas
hacen señal.
Cañiz. A recetas
tan vïudas, lo civil
de la fuga es más seguro
que una muerte criminal.
Obregón. Otra vez hacen señal.
Cañiz. Aquel andamio es mi muro.
Obregón. ¿Hay bota?
Cañiz. Con munición
de Alaejos.
Obregón. Esa afrenta
tome Medina á su cuenta,
pues solos sus vinos son
los monarcas de Castilla.
Cañiz. Y á fe que en fe de su vino
dicen que Baco es vecino
desta populosa villa;
más todo lo forastero
suele ser más estimado.
Obregón. ¿Qué hay más?
Cañiz. Conejo empanado
y una pierna de carnero,
tan tachonada de clavos,
y para que en más se precie,
ojalada con la especie
villana por todos cabos
que se juntan las Molucas
en ella con Alcalá
de Henares.
Obregón. Cógense allá
robustos ajos.

CAÑIZ. Caducas
suspensiones de la taza
que tiemblan de puro añejas,
con un jamón, que en guedejas
se deshile, harán la plaza
que se te ande alrededor.

(Grita como que sueltan al toro.)

UNO. *(Dentro.)* Bravo toro.
OTROS. *(Idem.)* Guárdate, hombre.
OBREGÓN. Pedidle á la oreja el nombre
si os preciáis de toreador;
dos rayos lleva en los huesos
y cuatro alas en los pies.
CAÑIZ. Barrendero valiente es:
¡por Dios, que los más traviesos
le van despejando el coso!
OBREGÓN. A todos tiembla la barba.
CAÑIZ. ¡Fuego de Dios, cómo escarba
y cómo bufa el barroso!
UNO. *(Dentro.)* ¡Jesús, Jesús, que le mata!
OBREGÓN. ¿Cogióle?
UNO. *(Dentro.)* ¡Válgate Dios!
CAÑIZ. ¿Otra vez? De dos en dos
cita, ejecuta y remata
á pares las cabezadas.
¡Oh Minotauro español!
OBREGÓN. ¿Hirióle?
CAÑIZ. No; pero el sol
le alumbra las dos lunadas.
OBREGÓN. Descortesmente se paga
toro que hace tal castigo.
CAÑIZ. Debe de ser enemigo
del Arzobispo de Braga.
OBREGÓN. No experimento sus tretas.
CAÑIZ. Alto al tablado, Obregón,
que éste, sin ser postillón,
condena en las agujetas.
UNO. *(Dentro.)* ¡Corre, corre, que te alcanza!
OBREGÓN. ¡Qué bien la capa le echó
el que se le atravesó!
CAÑIZ. En ella toma venganza;
¡oh! cómo ojala y pespunta;
¡dalle, dalle! ¿hay tal porfía?
OBREGÓN. ¡Fialde una ropería!
CAÑIZ. No tiene de punta á punta
palmo y medio su armazón.
OBREGÓN. Más de algún culto dijera
que se pone bigotera.
CAÑIZ. Aguardemos, que hay rejón.

(Dentro suenan pasos de caballo con pretal.)

OBREGÓN. Alentado, caballero,
¡qué buen aire, qué bizarro!
CAÑIZ. Este es Fernando Pizarro.
OBREGÓN. ¿Quién?
CAÑIZ. El Marte Perulero.
El que ha dado á Carlos Quinto
un nuevo orbe, que dilata,
y de mil leguas de plata
le trae al César su quinto.
El más airoso soldado
que Italia y que Flandes vió.
OBREGÓN. ¿Este es á quien hospedó
don Alonso de Mercado?
¿El que en la justa y torneo
hizo tan festivo estrago?
CAÑIZ. El lagarto de Santiago,
en fe de tan noble empleo
tiene en su pecho el lugar
que es su centro y propia esfera.
OBREGÓN. Extremadura le espera
en estatuas venerar.
Este dicen que prendió
al monarca Atabaliba,
y de una suma excesiva
de indios triunfante salió.
CAÑIZ. Cuatro hermanos son, que igualo
á los nueve héroes que dan
renombre á la fama; Juan,
Francisco, Hernando y Gonzalo;
pero el que ves sobre todos.
OBREGÓN. Su presencia lo asegura,
venturosa Extremadura.

(Suena el pretal como que se pasea.)

CAÑIZ. Es sangre, en fin, de los godos.
OBREGÓN. Ya ha dado á la plaza vuelta
y hacia el toro se encamina.
CAÑIZ. ¡Qué bien al bruto examina!
¡Qué airoso que el brazo suelta
caído con el rejón!
OBREGÓN. El caballo es extremado.
CAÑIZ. Hermoso rucio rodado.
OBREGÓN. Su piel en oposición
mezcla la nieve y la tinta;
bellas manchas la hermosean.
CAÑIZ. Más las colores campean
si la enemistad las pinta,
en éste solo se enseña
(si quieres examinallo)
la perfección de un caballo:
cabeza airosa y pequeña,
viva, alegre y descarnada,
los ojos grandes, abiertas
las narices, por ser puertas
del aliento; bien poblada
la crin, que el talle hace bello,
de plata, espesa y prolija,
que se escarcha y ensortija;
ancho el pecho, corto el cuello,
las dos caderas partidas,
al pisar firmes y llanos
los pies, echando las manos
afuera, y tan presumidas,
que á los estribos se atreven,
tan sujeto al freno y fiel,
que parece que con él
le habla el dueño.
OBREGÓN. Lición lleven
los más diestros de lo airoso
con que el gallardo extremeño
quiere salir deste empeño.
CAÑIZ. ¡Qué atento le mira el coso!
OBREGÓN. Aguardemos esta acción,
que no es bien mientras subamos
al tablado que perdamos
tan vistosa ostentación.

(Suena el pretal como que se pasea.)

CAÑIZ. Repara con el aseo
que paso á paso se va
al toro.
OBREGÓN. ¡Qué atenta está
la plaza!
CAÑIZ. El común deseo
le favorece.

OBREGÓN. Ya el bruto
le encara, escarbando el suelo,
y hacia atrás tomado el vuelo,
airado, diestro y astuto
previene la ejecución
del golpe.
CAÑIZ. Y el don Fernando
la nuca le va buscando
con el hierro del rejón.
(Ruido del caballo y pretal, como que acomete.)
OBREGÓN. ¡Oh, quiera Dios que le acierte!
CAÑIZ. Ya le embiste.
OBREGÓN. Con él cierra.
UNO. *(Dentro.)* ¡Válgate Dios!
CAÑIZ. Cayó en tierra
el toro.
UNO. *(Dentro.)* ¡Extremada suerte!
(Chirimías.)
OBREGÓN. Tan dichosa como cuerda.
CAÑIZ. Pienso que al caballo hirió.
OBREGÓN. No pudo, que le sacó
veloz por la mano izquierda
y la presa hizo en vacío
la bestia.
CAÑIZ. Patas arriba
aplaude á quien le derriba.
OBREGÓN. Todos celebran su brío.
CAÑIZ. Dejóle dentro una braza
desde la nuca hasta el cuello.
OBREGÓN. ¡Lance airoso, golpe bello!
CAÑIZ. Vítores le da la plaza.
OBREGÓN. Y con razón, que su gala
mayor aplauso merece.
CAÑIZ. ¿En qué el toro se parece
á la comedia que es mala?
OBREGÓN. Buen enigma; alto al tablado.
CAÑIZ. ¿En qué se parecen, digo,
el toro y comedia?
OBREGÓN. Amigo,
parécense en lo silbado. *(Vanse.)*

ESCENA II

DON ALONSO DE QUINTANILLA, DON FERNANDO, *como que se apea de dar el rejón, y con hábito de Santiago, y* CASTILLO, *su criado.*

QUINTAN. Don Fernando, estos abrazos
os doy por dos parabienes,
y entrambos son tan solemnes,
que á transformarse sus lazos
en laureles, consiguieran
la dicha de coronaros;
dedícooslos por hallaros
en España: no pudieran
darme nuevas de igual gusto.
Los míos también os doy
por la acción con que honráis hoy
estas fiestas, pues fué justo,
cuando Medina del Campo,
católica, las ordena
á la Cruz, que fué de Elena
tesoro que halló en el campo,
(como el Evangelio dice)
oculto, y del orbe luz
que honrando vos con la cruz
el pecho noble y felice,
hallase en vos igual pago,
pues una y otra divina
festeja á la de Medina
hoy en vos la de Santiago.
Bizarra demostración,
tan dichosa como diestra,
acaba de darnos muestra
de que vuestros hechos son
dignos de infinitas famas:
con razón podrán teneros
sí, envidia los caballeros,
en su protección las damas.
¡Sazonada y feliz suerte!
FERNAN. La de hallaros lo será;
dejad de encarecer ya
el dar á un bruto la muerte,
que los de toros y dados
consisten en la ventura.
QUINTAN. Juzgábala yo segura
mientras que fuimos soldados
y camaradas los dos
en Italia.
FERNAN. ¡Oh, capitán,
qué vida aquella!
QUINTAN. Ya están,
desde que faltasteis vos
las cosas tan diferentes
que no las conoceréis.
FERNAN. Múdanse, como sabéis,
los sucesos con las gentes,
pero el César, Dios le guarde,
en Nápoles y en Milán
reina; huyóle Solimán,
sólo con Carlos cobarde.
Túnez le paga tributo,
á pesar de Barbarroja,
al ciego Sajón despoja,
cubrió el Lansgrave de luto
presunciones que Lutero
llenó de torpe arrogancia;
preso en Madrid, lloró Francia
á su Francisco primero:
Roma le dió la obediencia
(bien que á costa de Borbón);
Duques los Médicis son
con su favor en Florencia:
Capitanes y soldados
tiene de inmensos valores:
¿qué le falta?
QUINTAN. El ser mejores
siempre los tiempos pasados:
¿Acordaisos de aquel día,
que nos hallamos los dos
(alférez entonces vos)
Fernando, en la de Pavía;
cuando el Marqués de Pescara
al rey Francisco prendió,
que porque la honra negó
al Marqués, de acción tan rara,
un capitán italiano,
le desafiasteis?
FERNAN. Fué
en las hazañas y fe
prodigio algo más que humano
el Marqués. ¿Qué maravilla,
si se llamó don Fernando

de Avalos, ilustrando
sangre que le dió Castilla,
que un don Fernando volviese
por otro? Él lo mereció;
mas también me acuerdo yo,
porque el crédito os confiese
en que el César siempre os tuvo,
que cuando Su Majestad,
después que dió libertad
al dicho Rey, y él no estuvo
firme en la correspondencia
á tanta piedad debida,
su ingratitud conocida,
é irritada su paciencia,
que de persona á persona
le envió á desafiar,
y á vos os hizo avisar,
que partiendo á Barcelona
le hiciésedes compañía,
por si fuese dos á dos
el combate, que de vos
valor tanto el César fía.

QUINTAN. Excusóse el Francés deso
y quedóse mi alabanza
no más, que en esa esperanza,
pesóme, yo os lo confieso.
Dichoso vos, don Fernando,
que no cabiendo en el mundo,
buscasteis otro segundo
nuevos polos conquistando,
que el *Non plus ultra* dilata,
y al César su globo humilla.

FERNAN. Don Alonso Quintanilla,
fama pretendo, no plata.

QUINTAN. Con una y otra se adquieren
blasones y estados grandes;
ricos de fama hay en Flandes,
que pobres de plata mueren.
Yo vengo ahora de allá
tan cargado de papeles,
como el honor de laureles,
pero juzgaréme ya
por dichoso y bien premiado,
pues veros he merecido.

FERNAN. Todo lo que he adquirido
es vuestro.

QUINTAN. No interesado,
amigo sí, me estimad,
que son más firmes tesoros:
gocemos ahora los toros,
y aquella ventana honrad,
oiréis aplausos desde ella,
que la plaza os apercibe.

(Gritos y ruido, dentro, de fuego).

FERNAN. Quien de adulaciones vive
poco le debe á su estrella.
Pero escuchad, ¿qué ruido
es este?

UNO. *(Dentro.)* Agua, que esta casa
se quema.

OTRO. *(Idem.)* Agua, que se abrasa
esta acera.

OTRO. *(Idem.)* Ya ha cogido
las puertas el fuego.

OTRO. *(Idem.)* Ayuda,
que me abraso.

OTRO. *(Idem.)* Que me quemo.

OTRO. *(Idem.)* Que me ahogan.

QUINTAN. ¡Triste extremo!

FERNAN. ¡Qué brevemente se muda
el regocijo en cuidados!

QUINTAN. Confusa con la congoja
toda la gente se arroja
sin sentido á los tablados
desde los balcones.

FERNAN. ¡Llamas
terribles; incendio extraño!

QUINTAN. El sobresalto hace el daño
mayor. ¡Qué de hermosas damas
sin reparar en recatos
se arrojan y precipitan!

FERNAN. ¡Y qué poco solicitan
su remedio los ingratos
pretendientes de su amor!

QUINTAN. ¿Pues qué ayuda pueden darlas,
si aunque intenten ampararlas
contra el fuego no hay valor?

FERNAN. No desamparar su lado
en peligro tan urgente.

(Gritos de dentro y ruido como que se ha hundido un tablado.)

QUINTAN. La multitud de la gente
con todos hundió el tablado.

UNOS. *(Dentro.)* ¡Jesús, Jesús!

OTRO. *(Idem.)* ¡Que me matan!

OTRO. *(Idem.)* ¡Que me ahogan, confesión!

FERNAN. ¿Hay más triste confusión?

OTRO. *(Dentro.)* ¡Agua!

OTRO. *(Idem.)* ¡Favor!

FERNAN. Se retratan
sus congojas en mi pecho:
¡ah, cielos, que no haya traza
de socorrerlos!

QUINTAN. La plaza
va toda allá sin provecho,
porque antes la multitud
estorba que favorece.

FERNAN. Voraz el incendio, crece
el espanto y la inquietud.

QUINTAN. En una silla han sacado
del riesgo una dama bella.

FERNAN. ¡Válgame Dios! ¿No es aquélla
doña Isabel de Mercado?
¿Qué espero aquí, si la adoro?

UNO. *(Dent.)* Huir, que el toril se ha abierto.

UNOS. *(Idem.)* ¡Agua!

OTROS. *(Idem.)* ¡Favor!

OTRO. *(Idem.)* ¡Qué me han muerto!

OTROS. *(Idem.)* ¡Confesión!

QUINTAN. ¡Soltóse un toro!

FERNAN. Y hacia el tablado caído
se encara contra la gente.

QUINTAN. ¡Extraña ocasión!

FERNAN. Presente
mi dama, desaire ha sido,
cuando tanto la he querido,
el no irla yo asegurar:
¿yo tengo fe? ¿yo sé amar?

QUINTAN. A la silla ha acometido
el bruto fiero, y los mozos
huyen, dejándola en ella.

(Embraza la capa y saca la espada.)

FERNAN. Aquí valor, aquí estrella;
no ha de malograr mis gozos

la fortuna, no la suerte;
amor, esta es mi ocasión. *(Vase.)*

ESCENA III

QUINTANILLA.

QUINTAN. Gallarda resolución;
téngale envidia la muerte;
contra el bruto cara á cara
se arroja, y puesto delante
de la silla (acción de amante)
airoso á su prenda ampara.
¡Qué valientes cuchilladas;
qué diestro que sale y entra,
qué animoso que le encuentra,
qué atentas y qué aseadas
acciones! Ni descompuesto,
ni con el riesgo turbado.
UNO. *(Dentro.)* ¡Bravo golpe!
QUINTAN. Cercenado
le ha la cabeza: echó el resto
su valor; aprenda dél
el ánimo y la destreza.
Dejádole ha la cabeza
al cuello, como joyel,
y dividido en pedazos
el cuerpo, la arena tiñe,
el acero heroico ciñe
y á su dama saca en brazos.

ESCENA IV

Saca DON FERNANDO *desmayada en brazos á* DOÑA ISABEL. *Después* CASTILLO *y* CHACON.—DICHO.

FERNAN. ¡Tal desgracia y en tal día!
Su mejor flor secó el Mayo;
dos almas cortó un desmayo,
la de Isabel y la mía. *(Sale Castillo.)*
Esta casa es principal:
Castillo, á esas puertas llama,
prevén en ella una cama. *(Vase Cast.°).*
Si fuese (amigo) mortal
este trágico accidente,
las suertes se malograron,
que envidiosos ahogaron
los aplausos de la gente.
QUINTAN. No hay que temer este extremo,
que un desmayo ocasionado
de riesgo tan apretado,
es común.
FERNAN. Su muerte temo.
QUINTAN. Las delicadas bellezas
son flores que se marchitan,
pero luego resucitan;
porque sustos y tristezas
desmayan, mas nunca matan.
(Salen Castillo y Chacón.)
CASTIL. Sube, señor, que ya abrieron.
FERNAN. Nueva esperanza me dieron
las perlas que se desatan
bordando cada mejilla.
QUINTAN. Pues que llora, viva está.
FERNAN. ¡Oh, amanezca este sol ya!
Don Alonso Quintanilla,
esperadme aquí; Chacón,
á don Alonso Mercado
corre á avisar del estado
en que tanta confusión
nos ha puesto; di que asisto
á su hermana mientras viene.
(Éntrase don Fernando con la dama y también Chacón).

ESCENA V

QUINTANILLA *y* CASTILLO.

QUINTAN. ¿Pues de fiesta tan solemne
ha faltado?
CASTIL. No la ha visto.
Poco á estas cosas se inclina,
después que Alcaide le ha hecho
el César, dél satisfecho,
de la Mota de Medina.
QUINTAN. Es notable fortaleza,
y en Castilla de importancia.
CASTIL. Los hijos del rey de Francia
humillaron su grandeza
teniéndola por prisión.
QUINTAN. ¿Y es don Alonso casado?
CASTIL. Hasta poner en estado
dos hermanas, perfección
de la hermosura y nobleza,
la desmayada Isabel
y Francisca, pienso dél,
que juzga á poca fineza
darlas cuñada, que son
casi suegras.
QUINTAN. Vuestro dueño
de la mitad deste empeño
le sacara.
CASTIL. Inclinación
muestra don Fernando extraña
á doña Isabel.
QUINTAN. Merece
todo el amor que la ofrece
su beldad.
CASTIL. Puede en España
ser espejo de doncellas
en virtud, honestidad,
recato, afabilidad
y discreción.
QUINTAN. Partes bellas
para hacer que don Fernando
olvide al Pirú.
CASTIL. Sería
á lo menos feliz día
para aquel Orbe, si entrando
en él con tan bella esposa
don Fernando, mi señor,
diese á las Indias valor
su prosapia generosa.
Huésped suyo agasajado
ocho días ha en la Mota,
amor, que esperanzas brota,
bien puede deste Mercado
feriar dulce compañía.
QUINTAN. ¿Correspóndele la dama?
CASTIL. No sé que pase su llama
extremos de cortesía;
pues para que en más se estime
el valor, que en ella adora,

si afable y bella enamora,
grave y honesta reprime.

ESCENA VI

Salen DON ALONSO DE MERCADO, DON FERNANDO *y* CHACÓN.—DICHOS.

MERCAD. Ya mi Isabel, recobrada,
volvió en sí, gracias á Dios,
porque os debamos á vos
fineza tan sazonada.
Pagáis, en fin, la posada,
que en mi casa honrado habéis
de suerte, que igual hacéis
mientras que della os sirváis
al placer, que la asistáis,
al pesar, que os ausentéis:
Medina os queda deudora;
porque sin vos, ¿qué valieran
fiestas, qué tragedias fueran
si sólo el temor las llora?
Con vos en gozos mejora
pesares, que amenazaron
desgracias; pero no osaron
competiros cuando os vieron,
pues dado que acometieron
cobardes, no ejecutaron.
El fuego os tuvo temor,
pues vengando nuestra injuria,
sólo hizo alarde su furia
de vuestro invicto valor.
Para que fuese mayor
creció peligros la llama
y cuando más se derrama,
más la suerte os engrandece,
que al paso que el riesgo crece,
crece en el noble la fama.
Esta en una y otra acción
parece que duplicada
tuvo envidia vuestra espada
á vuestro airoso rejón:
un toro á su ejecución
rindió la rebelde vida,
logrando en otra lucida
vuestra espada su destreza,
que á dejarle la cabeza
pudiera quedar corrida.
Muerto, en fin, á vuestros pies
confesó, añadiéndoos famas,
que aun un bruto con las damas
es razón que sea cortés:
débeos mi hermana después
nueva vida y ser segundo,
y así en vuestro valor fundo
que sólo, ensalzando á España,
pudiera hacer tanta hazaña
un hombre del otro mundo.

FERNAN. Soy yo, don Alonso, amigo,
todo vuestro, y no es razón,
que prendas que vuestras son
alabéis, parte y testigo:
mas si con ello os obligo,
creedme, á fe de soldado,
que del Pirú conquistado
no estimo en tanto el laurel
como ver vuestra Isabel
libre del riesgo pasado.
La desgracia repentina
estas fiestas lastimara,
si la beldad malograra
que vale más que Medina:
cesó su fatal ruína,
pasó el rigor como el rayo,
que ocasionando al desmayo
sobresaltos y temores,
si congojó nuestras flores,
volvió á alentarlas el Mayo.
Doña Isabel, mi señora,
vuelve á casa, y asegura,
cómo tras la noche oscura,
con más belleza el aurora:
venid y démosla agora
parabienes, pues no debe
sufrirse que el premio lleve
de una suerte bien lograda,
el brazo solo y la espada,
sino el alma que los mueve.

MERCAD. Airosa es la bizarría
que sabe para obligar,
del modo que en vos, juntar
al valor, la cortesía:
si fuera la hermana mía
alma que el brazo os rigiera,
dichas mi casa tuviera,
que en vos estoy envidiando,
vamos. *(Vase.)*

ESCENA VII

Sale DON GONZALO DE VIVERO *y* DON FERNANDO.

VIVERO. Señor don Fernando,
aparte hablaros quisiera.

FERNAN. Don Alonso, al punto os sigo;
Quintanilla valeroso,
vernos después es forzoso.

QUINTAN. Adiós, don Fernando, amigo.
(Vanse los dos.)

ESCENA VIII

CASTILLO, DON FERNANDO *y* CHACÓN.

CASTIL. ¿He de quedarme contigo?

FERNAN. No, Castillo; con Chacón
en casa espera.

CASTIL. A cuestión
me huele tanto recato.

CHACÓN. Horma topó su zapato
que le apretará el talón.
(Vanse los dos.)

ESCENA IX

DON FERNANDO *y* VIVERO.

FERNAN. Ved en qué serviros puedo,
pues solos nos han dejado.

VIVERO. De vuestro cortés agrado
con nuevas envidias quedo,
pero no habéis de enojaros
si apasionado y celoso
me advirtiéredes curioso
en lo que he de preguntaros.

FERNAN. Escusad esa advertencia;
por que yo ya ha muchos años,
que entre peligros y daños
aprendí á tener paciencia;
mas, celoso, sentiría
haberos yo ocasionado
á mal tan desesperado.

VIVERO. Vos causáis la pena mía:
¿á cuál de las dos hermanas
que os hospedan, queréis bien?

FERNAN. A entrambas, porque no estén
quejosas, que en cortesanas
obligaciones no hay tasa
que reprima al liberal,
ni fuera bien querer mal
á quien me admite en su casa.

VIVERO. No os déis por desentendido
si sabéis la diferencia,
que hace la benevolencia
al amor correspondido.
¿De cuál destas sois amante?
¿quién vuestro cuidado obliga?

FERNAN. No sé, por Dios, lo que os diga
á pregunta semejante:
pero podréos afirmar,
que cuando hiciera el deseo
en una ó en otra empleo,
oso tan poco fiar
á ninguno mis afectos,
que aunque dentro el alma moran
mis pensamientos, ignoran
unos de otros los secretos.
Ved si será desvarío,
no siendo amigos los dos
que os fíe el secreto á vos,
que al pensamiento no fío.

VIVERO. Comunicando cuidados
amor su alivio procura.

FERNAN. Si más los de Extremadura
somos en todo extremados,
y en semejantes desvelos
hay quien afirma (y no mal)
que amor nació en Portugal,
y en nuestra patria los celos:
éstos, huyendo ocasiones,
que con sospechas maltratan,
son tales que se recatan
de sus imaginaciones.

VIVERO. Los que traigo ejecutivos,
puesto que no tan avaros,
me obligan á provocaros,
entre otros, por dos motivos.
La envidia de vuestra fama
es el uno, porque temo
que siendo con tanto extremo,
me olvide por vos mi dama;
el otro, la enemistad
que causa la competencia:
hablan de vuestra experiencia,
esfuerzo y capacidad,
con tanta ponderación,
cuentan de vuestras hazañas
tan inauditas y extrañas
cosas, que fábulas son.
Dicen que en el Occidente
vuestro ánimo varonil
mataba de mil en mil
los Indios, y que su gente,
temblando el nombre español,
por deidad os adoraban,
y que en fe desto os llamaban
primogénito del Sol;
que un ejército vencisteis
vos solo (sería de estopa),
pero sin armas, ni aun ropa,
á poco riesgo os pusisteis;
que en la hazañosa prisión
del bastardo Atabaliba,
sobre las andas en que iba
hallasteis de oro un tablón
que pesaba dos quintales,
y que el Rey por redimir
su prisión, hizo venir
cargados de los metales
(que han hecho tantos delitos)
sumas de Indios, que llenaron
el salón, que señalaron,
de tesoros infinitos,
y puesto que sin provecho,
obligaros pretendió,
desde el suelo se atrevió
el oro y plata hasta el techo.
Que en el Cuzco despojasteis
un templo al Sol, cuyo muro
de tablones de oro puro
guarnecido, aún no apagasteis
la sed, que avarienta hechiza,
y que en otro de la Luna
os concedió la fortuna
vigas de plata maciza,
tan grande, que las menores
de cuarenta pies pasaban,
que unos huertos le adornaban,
cuyas plantas, yerbas, flores,
con propiedad prodigiosa,
troncos, ramos, hojas, frutos,
peces, pájaros y brutos,
imitando en cada cosa
la misma naturaleza
era todo de oro y plata.
Sume el que en números trata
si puede, tanta riqueza,
ó vos, que fuisteis testigo,
con los demás castellanos,
que hasta las trojes y granos
del maíz (que es vuestro trigo),
de ciento en ciento arrimadas,
oro afirma, quien las sueña,
hacinas había de leña
al natural imitadas;
que siendo deste metal
(sólo para ostentación
de su vana religión)
agotaron el caudal
al Sol, que produce el oro,
esmeraldas se quebraron,
que doce libras pesaron;
atrévense á tal tesoro
las novelas destos días,
con que la verdad se infama.
¿Leyó la crédula dama
libros de caballerías,
que osasen contar quimeras
tan indignas de creer?

Pues como cada mujer
juzga estas burlas por veras,
y agrada todo lo nuevo
y á cada dama en Medina,
que tiene en vos imagina
un caballero del Febo,
un Artús, un Amadís,
y que si os llega á obligar,
en dote le habéis de dar
tres ó cuatro Potosís;
aumentáis este deseo
con las suertes que lograsteis
en los toros que matasteis,
y en lo airado del torneo.
La dama que socorristeis
os confiesa obligación,
su hermana os muestra afición;
de toda la plaza oisteis
aplausos, que hasta los cielos
vuestra alabanza subliman,
y sólo á mí me lastiman
penas, envidias y celos.
Yo adoro á una de las dos,
que me obligó á preguntaros
cuál dellas bastó á prendaros;
y pues no alcanzo de vos
noticias, que me encubrís,
tampoco quiero deciros
su nombre, que intento heriros
por los filos que me herís;
mas aseguraros puedo
que, puesto que no admitido,
no me quejo aborrecido.
Entre Medina y Olmedo,
mi patria, la vecindad
y frecuencia de sus nobles
suele hacer con lazos dobles
parentesco la amistad.
Esta, y amor que me abrasa,
me ha obligado á que recele
el riesgo que causar suele
un competidor, y en casa,
á esperanzas que de fuera,
marchitándolas en flor,
como es frecuencia el amor
distante se desespera.
Sólo un reparo procura
mi resolución honrada,
que es por medio de la espada,
probar con vos mi ventura;
pues muriendo á vuestras manos
gano en lugar de perder,
con quien supo merecer
tantos laureles indianos;
y si os doy, por dicha, muerte,
que estos lances son acaso,
toda vuestra fama paso
á mi venturosa suerte;
pues dando nuevo valor
al esfuerzo, siempre han sido
las hazañas del vencido
despojos del vencedor.

FERNAN. Desacertados desvelos
mi cólera han provocado.
puesto que quedo vengado
con haberos dado celos;
mas porque advirtáis cuán lejos
me tenéis de castigaros,
quiero en lugar de enojaros,
serviros con dos consejos.
El uno es, que en ocasiones
semejantes, procuréis
ser, antes que os empeñéis,
señor de vuestras acciones,
pues si contra el ofendido
os arrojáis destemplado,
el reñir desbaratado
es lo mismo que vencido.
El segundo, que primero
que toméis resolución,
averigüéis la ocasión
con que sacáis el acero;
porque arriesgar vida y fama
sin certeza del agravio,
ni es acción de pecho sabio
ni medrará vuestra dama,
sino es la publicidad
que con desdoro indiscreto
en ofensa del secreto
eclipse su honestidad.
Respetos de la hermosura
piden atento el cuidado,
que honor y vidrio quebrado
nunca admiten soldadura,
y las de quien huesped fuí
(que de hoy más no lo seré)
conservan el suyo en pié
de suerte, que es frenesi
imaginar, que conmigo
den átomos de ocasión
á vuestra imaginación;
porque es el cielo testigo,
que puesto que he examinado
por lo exterior los afectos,
que dentro el alma secretos
no siempre encierra el cuidado,
jamás en la que es mi dueño
pudo un descuido ó mudanza
dar alas á mi esperanza;
porque el agrado risueño
que una mujer principal
muestra al huésped de valor,
si es el regalo mayor,
no por eso da señal
con que, pasando de raya,
su amor intimarle pueda;
que quien sin agrado hospeda
dice al huésped que se vaya.
Ya os constará, según esto,
cuán poco seguro estoy
de que preferido soy
á vuestro amor; mas supuesto,
que con empeños mayores
se agravian vuestros recelos,
(que el cuerdo no pide celos
si antes no adquirió favores)
porque yo éstos no os impida,
os doy mi fe de buscar
color con que despejar
la casa (si agradecida
no profanada por mí)
ó ausentándome mañana
á vuestra sospecha vana
satisfacer. Mas si así

aun no basto á aseguraros,
ya veis que el puesto y la hora,
de vuestra dama desdora
la opinión, que ha de obligaros:
volved cuando enmudeciendo
la noche lenguas al día,
honeste vuestra porfía
con valor y sin estruendo,
que á las doce, sin dar nota
á la gente que nos ve,
en el terrero estaré
del Castillo de la Mota. *(Vase.)*

ESCENA X

VIVERO.

Este hombre juntó al valor
la prudencia y el respeto;
obligando en lo discreto
da en lo valiente temor;
mas yo con celos y amor,
¿cómo podré en su alabanza
desbaratar mi venganza
mientras no supiere dél
que no es mi doña Isabel
el blanco de su esperanza?
Colijo por conjeturas,
que quiere bien donde vive,
pero ignoro á quien recibe
por dueño de sus venturas,
si de las dos hermosuras
me encubre la que me toca.
lo que me niega su boca.
mi industria averiguará,
que con celos mal podrá
ser muda la deidad loca.
Esta noche ha de aguardarme
como ofrece en el terrero;
buscar un amigo quiero,
que en esto pueda ayudarme.
¿Qué mucho, que atormentarme
llegue el dudar y el temer?
mi opuesto rico, mujer
la causa de mi cuidado,
él todo oro, ella *mercado*,
y amor comprar y vender. *(Vase.)*

ESCENA XI

DOÑA ISABEL y DOÑA FRANCISCA.

ISABEL. Aquí entre la amenidad
destos álamos, que son
del castillo guarnición,
que vivimos, si es verdad
que amor gobierna tu seso,
y yo merezco saber
quien te llega á merecer,
me vuelve á referir eso;
que estuve poco advertida
en casa á tu relación,
en fe de la turbación
que puso á riesgo mi vida:
parece que el huésped nuestro
te ha dado en que desvelar,
vuélveme, hermana, á contar
estas novedades.

FRANCIS. Muestro
en declararte, Isabel,
mi pecho, el último afeto
que te tengo.

ISABEL. Amor secreto,
aunque seguro, es cruel.

FRANCIS. Digo, pues, que desde el día,
que este hechicero Pizarro
me deleitó en lo bizarro
y obligó en la cortesía,
di lugar á pensamientos
que hasta entonces sosegados
ya quieren amotinados
ser causa de mis tormentos.
Consideré su valor,
y que, Alejandro segundo,
conquistando un nuevo mundo
se le dió á su Emperador.
Bastaba esto para hacerle
señor de mi voluntad,
¿qué hará pues mi libertad
si esta tarde llego á verle
aplaudido de las damas,
envidiado de los nobles,
añadir con suertes dobles
dicha á dichas, fama á famas?
De todo el pueblo querido,
de la fortuna amparado,
de la plaza celebrado,
de los cobardes temido,
y, en fin, de tu vida dueño,
pues sola amparada dél,
nos hizo doña Isabel
deudoras de tanto empeño:
¿qué más quieres que te diga?
saca tu por consecuencias,
si discurres, evidencias,
que no quiere que prosiga
la lengua, corta en hablar,
si larga el alma en querer.

ISABEL. Mucho te llego á deber,
pues quieres por mí pagar
deudas que yo sola debo:
pues si bien nuestros cuidados,
si obligan mancomunados,
yo que el mayor logro llevo
desta usura, era razón
que este empeño asegurase,
y liberal te sacase
de tan nueva obligación.

FRANCIS. ¿Pues amas á don Fernando?

ISABEL. No; pero si es acreedor,
y tú le tienes amor
por eso, ya estoy culpando
mi remiso natural,
y que en deudas semejantes
á la paga te adelantes
siendo yo la principal.

FRANCIS. ¡Ay!, hermana, esos desvelos
si no envidia, celos son.

ISABEL. Primero entra la afición
y ésta abre puerta á los celos.
Don Fernando ocupa ahora
(más que en nuestros galanteos)
en la guerra sus deseos,
que Marte no se enamora
mientras que no se desnuda

el arnés todo rigor;
mándale el Emperador
que otra vez al Pirú acuda,
y si se ha de partir luego,
y aquí de prestado está,
¿quién duda que apagará
tanto mar tan poco fuego?

FRANCIS. No sé que el mar le consuma:
que si en Chipre se crió
amor, su madre nació,
perla en nácar, de su espuma.
Pero, ¿qué te importa á ti
que yo me esponga á su olvido?

ISABEL. Ver, Francisca, que has querido
pagar finezas por mí;
y desearte empleada
en seguras profesiones,
sin que llores dilaciones,
antes viuda, que casada.
Que gozos que no aseguran
no se deben pretender
y hay cosas que al parecer,
deleitan pero no duran;
luz de relámpago breve,
sol y flores por Febrero,
amistad de pasajero,
bebida en Julio, de nieve,
y presunción de belleza
que al espejo se ha mirado,
son como amor de soldado
que se acaba cuando empieza.

FRANCIS. Nunca tan moral te vi;
mas celos, Isabel mía,
son todos filosofía
y leen cátedra por ti.
Pero mi hermano y el dueño
de nuestra conversación,
están aquí.

ESCENA XII

Salen DON ALONSO MERCADO *y* DON FERNANDO.—DICHOS.

FERNAN. La ocasión
insta, y el plazo es pequeño;
mándame el César que al punto
me parta, amigo, á embarcar,
mañana pienso marchar.

MERCAD. Daisnos don Fernando junto
el gozo y los sentimientos;
menos mal hubiera sido
el no haberos merecido
nuestro huésped.

FERNAN. Son violentos
los preceptos de la Corte.

MERCAD. ¿Pues por qué dan tantas prisas?

FERNAN. Reinan ahora las brisas
en los piélagos del norte;
y, si esperamos las calmas
de Julio, es flema penosa.

MERCAD. Con prisa tan rigurosa
nos lleváis tras vos las almas.
Góceos, Medina, siquiera
esta semana.

FERNAN. Han llegado
camaradas, que he obligado
á este viaje, y quisiera
que con cuatro compañías
que llevo á esta embarcación
no hiciese la dilación,
como suele, demasías.
Ya sabéis cuán fácilmente
la gente se desbarata,
y cuán mal los pueblos trata
en que se alojan.

MERCAD. Urgente
causa dais ¿qué hemos de hacer?
Hablad á mis dos hermanas.

FERNAN. Las perfecciones humanas (1)
que en ellas merecí ver,
han de hacerme mal pasaje
con su memoria.

MERCAD. Ojalá
la prisa que el César da,
amigo, á vuestro viaje,
fuera menos que mi intento
imaginaba obligaros,
(si alguna pudo inclinaros)
á que fuésedes de asiento
dueño, y no huésped de casa.

FERNAN. ¿Qué más dicha, á haber en mí
méritos que no adquirí
y la fortuna me tasa?
Empleos más generosos,
don Alonso, las buscad,
que merece su beldad
dos Césares por esposos.

FRANCIS. ¿No nos daréis permisión,
hermano, para llegar
á agradecer y pagar
tan precisa obligación
como al señor don Fernando
Isabel y yo tenemos?

ISABEL. Avaro de suerte os vemos
en esta parte, ocupando
el tiempo todo con él,
que estoy por pediros celos.

MERCAD. Pedídselos á los cielos,
que envidiosos, mi Isabel,
nos le ausentan.

ISABEL. ¿Cómo, ó cuándo?

MERCAD. Mañana si á resistillo
no bastáis.

ISABEL. Este castillo,
si fué, señor don Fernando,
limitada habitación
que os regaló cortamente,
ya, desde hoy, por delincuente,
os servirá de prisión;
porque obligar dando vida
y sin que se satisfaga
rehusar admitir la paga,
si no igual agradecida,
ni dar término al aprecio
que pide tanta importancia,
ó es género de arrogancia,
ó especie de menosprecio.

FRANCIS. No es posible que queráis
deslucir tan razonado
favor, como ha interesado
mi hermana, si os ausentáis.

---

(1) En el original dice «sobrinas» y «divinas»; pero es errata evidente.

FERNAN. Antes, señoras, pretendo
no añadir obligaciones
que os confieso en ocasiones
que os estoy tantas debiendo;
porque el servicio pequeño
que esta tarde os satisfago
favor fué, que se me hizo,
y yo el deudor de su empeño,
que, á no animarme el temeros
en el peligro en que os vi,
¿qué dicha ó suerte hubo en mí
que no confiese deberos?
Vos guiasteis el acierto
de mi espada agradecida,
porque á quedar vos sin vida
el perderla yo era cierto;
y pues con aquel favor
mi dicha aplausos mejora
y siendo vos mi acreedora
me empeñéis vuestro deudor,
no me culpéis si adelanto
mi ausencia por no aumentar
deudas, sin poder pagar.

ISABEL. Quedándoos por el tanto
nos contentará la prenda.

FRANCIS. Preso estáis y ejecutado.

FERNAN. Soltadme, pues, en fiado,
que donde falta la hacienda
es bien que se le permita
irla á buscar al deudor.

ISABEL. Conforme fuere el fiador
que nos deis.

FERNAN. Si se acredita
mi palabra, yo os la empeño
de volver de aquí á dos años.

ISABEL. Largo plazo, pero extraños
los intereses del dueño.

MERCAD. La paciencia hará por él
lo que en Jacob por su dama.

ISABEL. Por que no ilustra la fama
lo que padeció Raquel.
¿Por ventura era menor
el tormento que sufría?
Jacob engañó con Lía
dilaciones de su amor;
Raquel sola con más fieles
finezas dilató engaños.

MERCAD. No son catorce dos años,
puesto que sí dos Raqueles
mis hermanas, que fiadas
en vuestra palabra y fe,
os aguardarán.

FERNAN. Tendré
hasta entonces represadas
esperanzas, que después
cumpláis, don Alonso, vos.

MERCAD. Sí: ¿más en cuál de las dos
fundáis las vuestras?

FERNAN. Cortés,
la modestia siempre cuerda,
teme mi feliz fortuna
que por señalar la una
la gracia de la otra pierda;
y así, guardando el decoro
que debo, afectos mitigo
pues ¡oh don Alonso amigo!
que al paso que la una adoro
tengo á la otra respeto.
Mis camaradas están
aguardándome y tendrán
quejas justas, que, en efecto
dejan su patria por mí,
si á visitarlos no voy,
permitidme que por hoy
los acompañe, que así
cumplir finezas podré
con que el noble amigos gana.
Volveré por la mañama,
y en prendas os dejaré,
de la palabra que he dado,
un alma que en compañía
del favor y cortesía
que en vos he experimentado
estará en su natural,
pues dando, señoras, muestra,
que empeñada es prenda vuestra
no habréis de tratarla mal. *(Vase.)*

ESCENA XIII

DOÑA ISABEL, DOÑA FRANCISCA *y* MERCADO.

ISABEL. ¡Qué apacible!

FRANCIS. ¡Qué discreto!

MERCAD. Soledad nos ha de hacer:
pero, en fin, si ha de volver
dichoso, dueño os prometo
á la una de las dos. *(Vase Mercado.)*

ESCENA XIV

DOÑA ISABEL *y* DOÑA FRANCISCA.

ISABEL. Tráigale el cielo con bien.

FRANCIS. Si los efectos se ven
del alma y amor, que es Dios,
penetra los corazones,
perdido se va por mí.

ISABEL. Nunca yo crédito di,
Francisca, á equivocaciones;
y si bien no me ha debido
finezas de bien querer,
no por eso he de perder
la parte que me ha cabido
en el amor que confiesa;
que de ingrata me notara
si su amor menospreciara.

FRANCIS. Será por lo que te pesa
de ver que de mí se agrada.

ISABEL. Antes quedo persuadida
que al paso que presumida
has de correrte burlada. *(Vanse.)*

ESCENA XV

Salen DON GONZALO DE VIVERO *y* PADILLA.

VIVERO.

¿Ya vienes enterado
en lo que has de decirle?

PADILLA.

Ya he estudiado
tu pensamiento todo.
Yo he de llegar á hablarle, mas de modo,

que crea que imagino,
que te hablo á ti.

VIVERO.

Sacarle determino,
Padilla, desta suerte,
si á mi Isabel adora, ó con su muerte
asegurar desvelos.

PADILLA.

Valiente es, pero más lo son los celos;
daréle de tu dama
el fingido recado, pues si la ama
fuerza es que sentimientos
manifiesten ocultos pensamientos,
que gatos y celosos desatinos
despiertan con sus quejas los vecinos.

(Sale don Fernando.)

VIVERO.

Este es sin duda.

PADILLA.

Sea.

VIVERO.

Aquí me aparto, porque no me vea.
Padilla, sé discreto
y averigua, ingenioso, este secreto;
que si sirve á la dama de mi prenda,
señor puedes llamarte de mi hacienda.

(Retirase.)

ESCENA XVI

DON FERNANDO, *luego* PADILLA.

FERNAN. Las once el reloj ha dado;
ya vendrá mi opositor;
qué poco duerme el amor
con sospechas desvelado.

(Llégase Padilla *embozado y habla á don* Fernando).

PADILLA. Don Gonzalo de Vivero:
doña Isabel, mi señora,
como los celos no ignora
que os ha dado el forastero,
me previno á que saliese
á este sitio á aseguraros;
¡harto se holgára de hablaros!
mas si su huésped viniese,
que aguardan para cenar,
ocasionará malicias;
mándame que os pida albricias,
y bien me las podéis dar,
porque se parte mañana
el estorbo que teméis.
Si de su boca queréis
informaros, la ventana
frecuentada os dará audiencia,
volviendo antes que se ría
la aurora, madre del día.
Añadid á la paciencia
que hasta ahora habéis tenido
la que os pide hasta este plazo,
que harto siente el embarazo
que estas noches ha impedido
el hablaros, pues sin vos
no hay cosa que la consuele:
ya sabéis por donde suele
hablaros; volved y adiós. *(Vase).*

ESCENA XVII

DON FERNANDO.

De inadvertido tercero
se fió esta vez el amor;
basta, que mi opositor
es don Gonzalo Vivero.
¡Ah, cielos! no tan severo
quisiera yo el desengaño;
pues aunque cure este engaño
mi perdida libertad,
tal vez en la enfermedad
hace el remedio más daño.
¡Amor! ¿Celos al partirme?
¿Desengaños por la posta?
¡Qué mala ayuda de costa
para poder divertirme!
¡Qué bien hice en resistirme!
¡Qué mejor en recelarme!
¡Qué cuerdo en no declararme!
¡Qué ignorante en detenerme!
¡Qué infeliz en ausentarme!
Privilegiada creía
de amor la honesta beldad
que amé, pero en esta edad
con ellas nace y se cría.
Creer que hay plaza vacía
en bellezas con sazón,
es ignorante opinión:
pretendan amantes tiernos
en damas, como en gobiernos,
le futura sucesión.
Yo dejaré malograda
mi memoria inadvertida
como prenda que se olvida
al salir de la posada.
Doña Isabel obligada
á don Gonzalo, ha deshecho
máquinas que, sin provecho
ni locura edificó,
que amándola antes que yo,
no he de usurparle el derecho.

ESCENA XVIII

Sale VIVERO.—DICHO.

VIVERO. *(Aparte.)* Con mis intentos salí.
mis dudas certifiqué,
sus querellas escuché,
su discreción advertí;
sentenciado ha contra sí:
la razón me favorezca
sola esta vez. No os parezca

(Llégase á don Fernando.)

que descuidado ó cobarde
os vengo á buscar tan tarde.

FERNAN. No lo es mientras no amanezca,
si bien primero que vos
cierto desengaño vino,
que siendo nuestro padrino
en paz nos puso á los dos.
Don Gonzalo de Vivero,

de cierto aviso he sabido
que queréis y sois querido;
y en esta parte prefiero
la justa acción que tenéis,
porque yo (puesto que amante
de vuestra dama) ignorante
del favor que poseéis,
aunque os fuí competidor,
hasta este punto no he dado
indicios de mi cuidado,
ni he merecido favor
de que poderme alabar
que me haya á vos antepuesto.
Pero tengo, fuera de esto,
algunas quejas que os dar:
que el noble favorecido
de su prenda, tan sin tasa,
que á las rejas de su casa
cada noche es admitido,
con damas de jerarquía
como la que vos servís,
mientras que ni veis ni oís
desdoros, no es cortesía
ni fineza de discreto
arrojaros á creer
della lo que pudo ser,
ni aún lo que es, si está secreto;
pues mientras tuvisteis della
imaginación tan vana
la sospechasteis liviana
que sobró para ofendella;
y la mujer principal
que recatada y honesta
su voluntad manifiesta
á quien se la muestra igual,
es, la vez que se declara,
tan á fuerza de rigores,
como afirman los colores
que amanecen en su cara.
Esta ofensa es suya y mía
porque contra la elección
que hizo en ella mi afición,
sospechasteis que podía
inconsiderado amar,
llevado de su hermosura,
dama tan poco segura
que se pudiese mudar.
Ofenderla y ofenderme
son dos delitos en uno,
pero no es tiempo oportuno
este de satisfacerme,
que quiere ya amanecer
y os espera vuestra dama
donde otras veces mi llama
(que no llegó á merecer
lo mucho que envidio en vos)
quiere servirla hasta en esto,
habladla, que en este puesto,
en vez de reñir los dos,
he de alcanzar con su hermano,
puesto que hoy he de partirme,
que vuestras dichas confirme
y os dé de esposa la mano.

VIVERO. Puesto que en todo bizarro,
don Fernando generoso,
intentéis salir airoso,
celos del valor, Pizarro,
más que de doña Isabel
mudaron los de mi amor,
ya yo os soy competidor,
no en la dama sino en él.
Ni doña Isabel me espera,
ni el recado, que en mi nombre
os dieron suyo, os asombre;
que todo esto fué quimera
de mi sospecha inventada
para averiguar la prenda
que adoráis, ni esto os ofenda,
ni la victoriosa espada
enmiende temeridades
ya reformadas en mí;
los hidalgos brazos sí
que eternicen amistades.
Restauraos á la esperanza
que mi envidia os malogró;
que no he de competir yo
con quien en todo me alcanza;
vos supisteis merecerla,
en las fiestas obligarla,
en los peligros librarla,
en la opinión defenderla;
vos reprimís mis pasiones,
yo me doy por convencido,
que más fama han adquirido
que las armas, las razones.
Al Pirú he de acompañaros,
esto habéis de concederme.

FERNAN. Si cortés queréis vencerme,
amigo, intento imitaros:
hoy habéis de ser esposo
de doña Isabel, por Dios.

VIVERO. ¡Vive el cielo, que si en vos
(con los demás generoso)
falta esta virtud conmigo,
que aquí me habéis de quitar
la vida; ya no sé amar,
ya en vuestra milicia sigo
las armas, que el ocio infama,
ó darme muerte ó seguiros.

FERNAN. Con la vida he de serviros,
y...

VIVERO. No digáis con la dama,
que esa os toca de derecho.

FERNAN. Ya mi camarada os nombro.

VIVERO. Con tal blasón seré asombro
del nuevo mundo; esto es hecho:
amaneció con el día
la dicha que apetecí.

(*Tocan á marchar*.)

¿qué es esto?

FERNAN. Vendrá por mí
marchando la compañía,
que, con otras, por mandado
del César, mandé alistar.

VIVERO. ¿Luego, hoy habéis de marchar?

FERNAN. Tengo el tiempo tan tasado,
que es fuerza que de esta villa
salga al punto. Preveniros
podéis despacio, y partiros
á la posta, que en Sevilla
os aguardaré, si acaso
no mudáis de parecer.

VIVERO. Ni á Olmedo tengo de ver,
ni apartarme un solo paso

de vos; joyas y dineros
traigo, que es la prevención
de más provecho y sazón.

FERNAN. Siendo los dos compañeros,
todo cuanto yo poseo
por dueño propio os tendrá.

(Tocan, y sale Castillo.*)*

ESCENA XIX

DICHOS y CASTILLO.

CASTIL. Deseosa la gente está
de marchar.

FERNAN. Pues su deseo
cumplamos; mas despedirme
de don Alonso, es precisa
obligación.

ESCENA XX

Sale DON ALONSO DE MERCADO.—DICHOS.

MERCAD. ¿Tan deprisa,
don Fernando, sin decirme
el cuándo? Este disfavor
las leyes de agravio excede.

FERNAN. Deudor que pagar no puede,
la cara huye al acreedor.
Ansí, excuso sentimientos
de partirme y de dejaros.

(Salen á una ventana doña Isabel y doña Francisca.*)*

MERCAD. Mis hermanas han de daros
quejas justas, y escarmientos
al amor que os han tenido;
á la ventana os están
culpando.

FERNAN. *(Hácelas cortesías.)* Disminuirán
querellas, si han advertido
que volviéndolas á ver,
la jornada han de estorbarme;
porque hablarlas y ausentarme
¿cómo, amigo, podrá ser?

MERCAD. Para todo halláis salida;
no sé qué regalo os hacen,
si los cortos satisfacen,
de ropa blanca (en partida
tan breve, nunca se labra
lo que la obligación pide)
pero como no se olvide
su amor y vuestra palabra,
desvelaránse las dos
por gozar vuestra venida.

FERNAN. Quien bien quiere tarde olvida;
adiós, caro amigo.

MERCAD. Adiós.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Tocan á guerra cajas y clarines, batalla dentro y fuera entre indios y españoles. Sale DON FERNANDO *con rodela y espada desnuda.*

FERNANDO.

¡Ea, valor de España;
asombro de la envidia,
ésta es, sin ejemplar, única hazaña,
más gloria ha de ganar quien con más lidia!
Trescientos mil y más son los contrarios,
menos somos nosotros de trescientos,
ya están, en ordinarios
asaltos semejantes, los alientos
de vuestro esfuerzo heroico acostumbrados
á ejércitos vencer desbaratados.

ESCENA II

Sale DON GONZALO PIZARRO *del mismo modo.*—DICHO.

GONZALO PIZARRO.

Aunque la tierra brote más que yerbas
bárbaros atrevidos;
aunque las nubes lluevan multitudes,
sus cervices protervas,
sus arcos presumidos,
trofeo han de ilustrar nuestras virtudes.
Pizarro soy, ¿qué importa
que infinidades vengan,
que en el Cuzco imperial sitiados tengan
trescientos mil á menos de trescientos?
Mil nos caben por uno;
ojalá que añadiera
la fama, por crecernos nuevas famas,
más bárbaros que arenas á Neptuno
en su cerúlea esfera
su piélago, que espumas y que escamas
faltara de esta suerte
papel á las historias,
plumas á las victorias
y vidas que quitar después la muerte.

ESCENA III

Sale DON JUAN *herido en la cabeza.*—DICHO.

JUAN.

La sangre de esta herida
de modo me acrecienta
el valor, el esfuerzo, los deseos
que á gota cada vida
de idólatras vencer mi fama intenta.
Cuidadoso interés de mis empleos
¡oh, invicto don Fernando!
¡oh, Gonzalo, blasón de Extremadura!
mi espada, vuestros hechos envidiando,
os intenta imitar; más ¡qué locura
pretenderme igualar á los bizarros
alientos que hoy he visto en vuestro acero,
si de cuatro Pizarros
soy el menor hermano!

FERNANDO.

Y el primero,
en el valor, de todos,
laurel de España, triunfo de los Godos.

GONZALO PIZARRO.

Don Juan ¿estáis herido?

JUAN.

Un dardo arrojadizo en la cabeza
probar ha pretendido
si soy mortal; no es nada.

FERNANDO.

Fortaleza,
don Juan, que no acompaña la cordura
no es fortaleza, llámase locura.
Retiráos porque os cure el cirujano.

JUAN.

¿Qué es retirar ahora?

GONZALO PIZARRO.

Mirad que os desangráis.

JUAN.

Soy vuestro hermano,
sangre en mis venas suficiente mora;
apretadme este lienzo, *(Apriétansele.)*
que harta me sobra si con ella venzo.

FERNANDO.

Haced, Juan, lo que os digo.

JUAN.

¿Qué cura pueden darme
cuando con tanta suma el enemigo
nos intenta oprimir? ¿Qué han de aplicarme
si aquí la plaza de armas es botica,
la cama el arrimarse al muro ó pica,
y ungüentos contra flechas y lanzadas
enjundias de los muertos que quemadas
y en hilas embebidas
antes crecen que curan las heridas?

FERNANDO.

Don Juan, vuestra persona
importa al César más que mil soldados,
añadid este imperio á su corona;
los ímpetus con tiento sazonados,
pintan á las hazañas la obediencia,
que no hay victorias donde no hay prudencia.
Retiráos á curar.

ESCENA IV

Sale DON GONZALO VIVERO.—DICHOS.

VIVERO.

Pizarros fuertes,
guardad para ocasión más acertada
las vidas que amenazan vuestras muertes,
si hoy no hacéis una bella retirada.
El Inga rebelado, de la sierra
que en los Andes el paso al viento cierra,
marcha con tres ejércitos, y en ellos
cuando contar su multitud intenta
se pierde la aritmética en la cuenta.
La fortaleza que del Cuzco asilo
de todo el orbe asombro,
avergonzó pirámides al Nilo,
y como Atlante al cielo arrima el hombro,
ganó el bárbaro fiero.
Doscientos mil la guardan y presidian;
trescientos sois, no más, y aunque os envidian
los nueve de la Fama, vuestro acero
intentará imposibles contra tantos
ocasionando la piedad á llantos.

FERNANDO.

Vivero valeroso,
¿ese es consejo digno de la fama
que vuestro pecho alienta generoso?
¿Que huyamos, nos decís, cuando nos llama
sangre española, varonil denuedo?
¿Vos de Castilla sois? ¿Vos sois de Olmedo?
¿Qué recelo el valor os descamina?
Acordaos que en Medina
tuvisteis las victorias, que ganaron
los que este Imperio al César conquistaron,
por deslucida hazaña,
y el blasonar España,
vencer gentes desnudas y sin ropa,
cuando lo sospechábades, de estopa.
¿Cómo, pues, en tal lance ¡oh gran Vivero!
si son de estopa los teméis de acero?

VIVERO.

Yo, don Fernando ilustre,
no temo, no recelo, no rehuso,
dar á mi patria lustre,
desde que el cielo y la amistad me puso
á vuestro invicto lado,
y en la milicia soy vuestro soldado.
Un año ha, que el gobierno
del Cuzco moderáis: ¡ojalá eterno
en vos se perpetuara!
Un año también ha, que el Indio ciego
ni en pérdida repara
ni sabe descansar, pues Troya al fuego
de sus flechas, de noche, arrojadizas
ya la que fué ciudad, yace cenizas.
Cuántas veces la luna,
recien nacida en plateada cuna,
nos la muestra el mes nueva,
rebelde el Inga su fortuna prueba
y granizando de esas formidables
sierras, que el cielo intiman obeliscos,
llueven diluvios, bárbaros sus riscos,
de gentes, si en la suma innumerables,
en su tesón constantes, de tal suerte,
que lo menos que temen es la muerte.
Diga la fama la atención, la envidia
si mientras vuestro brazo vence y lidia,
yo inseparable á vuestro airoso lado
me podré blasonar vuestro soldado.
Luego no es temor este, es experiencia
que me supo enseñar vuestra prudencia.

FERNANDO.

Valeroso Vivero,
sabio argüís y peleáis guerrero.
Mas cuando se aventura
la fama, el retirarse no es cordura.
El Marqués don Francisco, que está en Lima,
me fió esta ciudad y está á mi cargo;
si después del peligro y sitio largo
que un año hemos sufrido,
el Inga ve, que de temor infame,
á Lima hemos huído,
¿qué maravilla que después derrame
arrogancias, y haciéndose insolentes
los indios, se prevengan,
y el ánimo español en poco tengan,
con que añadiendo al daño inconvenientes
y haciéndose la empresa más terrible
restaurarla después nos sea imposible?
¡No hermanos, no Vivero:
morir por la honra y por la fe primero!

JUAN.

Eso es lo que yo digo.
¡Al asalto, famoso don Fernando,
crezca en la multitud nuestro enemigo,
no en la fortuna que te está adulando!
Volvamos á ganar la fortaleza.

TODOS.

¡Al asalto, al asalto!

FERNANDO.

Esa es fineza
de Extremadura sola.
¡Al asalto, señores,
que si hasta aquí triunfantes vencedores,
la fortuna esta vez es española!
Don Juan, en la cabeza una celada
ampare vuestra vida.

JUAN.

Dolerá con su estorbo más la herida.
¡Al arma, al arma amigos;
hazañas de unos y otros sean testigos
del esfuerzo invencible castellano!

FERNANDO.

Hállenos el Marqués (aunque es mi hermano)
de suerte victoriosos
que tenga envidia.

GONZALO PIZARRO.

Amigos valerosos,
inmortalíceos hoy la justa guerra.

UNOS.

¡Santiago!

OTROS.

¡Al asalto!

TODOS.

¡España cierra!

(Peléanse otra vez.)

ESCENA V

Salen* INGA *y algunos indios con arcos y flechas.

INGA. Si mi inmenso padre el Sol,
si la soberana Luna,
mi madre, si la fortuna
parcial al nombre español
dejasen hoy de ayudarme,
hoy que tal ocasión tengo,
hoy que en el Cuzco prevengo
victorioso coronarme,
dudaré de su deidad,
creeré que estos españoles
son, contra el Sol, muchos soles
que eclipsan su claridad.
La fortaleza (prodigio
del mundo, en cuyos cuidados
todos mis antepasados,
desde el primero vestigio,
levantaron hasta el cielo,
pues su cabeza imperial
de la Luna pedestal
osa á su globo su vuelo)
es ya mía; conquistóla
mi fogosa juventud,
la lealtad, la multitud,
contra la fama española.
Acabe yo de arrancar
estas reliquias pequeñas,
estas Pizarras, ó peñas,
hijos abortos del mar;
ponga yo por timbre y orla
las armas que en ellos busco,
vuelva á coronarme el Cuzco,
ciña mis sienes su borla.
Tres ejércitos combaten
por tres partes, la pequeña
cantidad de hombres, que enseña
en cada cual muchos Martes;
ciento dellos, en cada una
contra cien mil, mis vasallos
á soplos pueden matallos.
¡Inclito Sol, madre Luna,
no les deis vigor, ni aliento!
¿Trescientos mil? Aunque fueran
hormigas los consumieran;
más aristas lleva el viento,
más flores á la guadaña
rinden de un golpe los cuellos.
¡Mis indios, al arma, á ellos!

UNO. *(Dentro.)* ¡Santiago, cierra España!

INGA. ¡Emprended fuego en las casas
con armas arrojadizas!
En el Cuzco son pajizas;
resuélvanse, pues, en brasas,
no haga el incendio distinto
el sexo, que el rigor priva.

UNO. *(Dentro.)* ¡Viva el Inga!

MUCHOS. *(Idem.)* ¡Venza y viva!

OTROS. *(Idem.)* ¡Viva el César Carlos quinto!

INGA. Al cielo las llamas llegan;
diluvios de fuego son;
los gritos, la confusión
y el humo turban y ciegan;
hasta las esferas sumas
lamen llamas las estrellas.
¡Oh, si muriesen en ellas
los hijos de las espumas!
Los Viracochas expulsos
por no sufrirlos el mar.
¿Hasta cuándo han de triunfar
formidables sus impulsos?
¡Ea, mis indios leales,
aquí el valor, aquí el celo!
Un Viracocha del cielo
con milagrosas señales
llega atropellando nubes
sobre un bruto que, de nieve,
es rayo en lo airoso y leve.

(Baja de una nube sobre un caballo blanco Santiago armado como le pintan, y húyenle los indios.)

¡Oh, tú que bajas y subes
y vestido de metal
que cual plata resplandece
y España en minas ofrece
para nuestro fin fatal!
¿quién eres que, todo luz,
tan pasmoso estrago has hecho?
¿quién eres tú cuyo pecho
rubí y grana honra la cruz?

¿quién eres tú, que estoy ciego
y absorto de ver tu estrago?

(Desaparécese el Apóstol.)

TODOS. *(Dentro.)* El Apóstol Santiago
nos da favor.

INGA. Todo el fuego
que el Cuzco empezó á encender,
ya ineficaces sus brasas,
volando sobre las casas
va apagando una mujer.

(Nuestra Señora, con una limeta de agua, se aparece rociando las llamas y volando por encima de los muros.)

Su resplandor, su belleza
deidad soberana arguye,
á su hermosa presencia huye
el fuego, á su fortaleza;
reconocido el Sol mismo
tiembla de ver su arrebol.
No es sol ya con ella el sol,
que esta es de luces abismo;
esta que Aurora se ensalza,
que en las armas es Belona
que de estrellas se corona,
que sol viste y luna calza;
enfrena los elementos,
postra ejércitos armados,
afemina mis soldados,
llamas hiela y pisa vientos.
Huir, mis indios, huir,
que no hay multitud que asombre
á un hombre solo (si es hombre
quien aires sabe medir),
á una mujer que, sin alas,
paloma cándida vuela,
águila imperial asela,
sacre pone al cielo escalas.
¡Ah, Sol cruel! ¿Este pago
es bien que tu hijo reciba? *(Vase.)*

UNOS. *(Dentro.)* ¡La Virgen Aurora viva!

OTROS. *(Idem.)* ¡Viva el Apóstol Santiago!

(Desaparécese Nuestra Señora.)

ESCENA VI

DON FERNANDO y DON GONZALO PIZARRO: *luego* DON GONZALO DE VIVERO

FERNAN. Con socorro tan feliz
¿qué teme España leal
si al Cuzco, corte imperial,
socorre una Emperatriz?
Rinda la torpe cerviz
el idólatra, pues tantas
maravillas vemos, santas,
Virgen en tu protección,
que no es nuevo que el dragón
sirva escabel á tus plantas.
Huya el voraz elemento
su presencia consagrada,
como el bárbaro la espada
que Marte vibra en el viento,
salió el rayo y fué instrumento
del triunfo, que Dios predijo,
pues Diego del trueno es hijo
que el celo de España aprueba,
y hoy en milagro renueva
las victorias de Clavijo.

G. PIZ. Dedíquese á tu alabanza
este Orbe ¡oh gran protector,
pues capitán pescador
truecas la caña en la lanza;
anime nuestra esperanza
la Aurora del sol suprema;
que, á pesar de la blasfema
canalla, Diego y María,
ésta, nieve, el fuego enfría,
rayo aquél, bárbaros quema.
¡Gran milagro!

FERNAN. No habrá duda
desde hoy, contra envidia tanta,
de que esta conquista es santa,
pues Dios nuestra empresa ayuda;
que para que quede muda
la lengua del que se atreve
á decir, torpe y aleve,
que injustamente poseemos
este imperio, ya tenemos
fe que lo contrario pruebe.
No ayuda á la tiranía
Dios, que á la inocencia ampara;
luego nuestra acción es clara,
pues su Madre nos la envía.
Si arguyere la herejía
del holandés rebelado
contra esto, del cielo armado
Diego (asombrando sus ejes)
con llamas castiga herejes,
que es inquisidor soldado.

(Sale don Gonzalo de Vivero.)

VIVERO. No sabe venir el gozo
sin pensiones de pesares;
templó el cielo con azares
el nuestro (¡triste destrozo!);
murió el más gallardo mozo
de la primavera humana;
murió Juan Pizarro (¡oh vana
esperanza de los hombres!)

FERNAN. Ni te entristezcas ni asombres
de quien lo que pierde gana.
Juan, todo valor y celo,
en el mundo no cabía,
esta victoria le envía
por su embajador al cielo.
Guíe el católico vuelo,
sin que envidie á Elías el carro,
y en sus esferas, bizarro,
muestre con lauros segundos
que como acá nuevos mundos
conquista cielos Pizarro.

VIVERO. Asaltó la fortaleza
sin admitir la celada,
y partióle, desarmada,
medio risco la cabeza.

G. PIZ. Si quien á la fe endereza
sus acciones y dedica
la sangre que califica
á la ley que le ennoblece,
nombre de mártir merece.
Juan sus triunfos sacrifica.
No con tristezas estorbes,
Vivero amigo, sus medras;
Esteban fué, entre las piedras,
protomártir de los orbes.

Muerte, aunque las vidas sorbes,
no la fama, no el valor;
Juan, en conquista mayor
y en fe de lograr su suerte,
piedras en rubíes convierte
coronado vencedor.

FERNAN. Vamos, y al cadáver demos
festivas aclamaciones,
no arrastrándole pendones,
no las cajas destemplemos;
con aplauso le enterremos,
que es el más debido pago
con que su fe satisfago,
pues con más noble trofeo
para su milicia, creo
que le escogió Santiago. *(Vanse).*

ESCENA VII

GUAICA, *india, y* CASTILLO.

GUAICA. Pídeme lo que quisieres
y déjale con la vida.

CASTIL. No te canses.

GUAICA. Si ofendida
me dejas, si con mujeres
no eres cortés ¿qué blasona
tu generosa nación?

CASTIL. Juzgarasme requesón
por lo blando de corona.
No hermana; de las almenas
echó un risco, no sé quién,
sobre Juan Pizarro... *(Llora ella).*
¿Que me enternezcan tus penas?
Muerto el joven más valiente
que de España vió el Pirú,
(llorona de Belcebú)
¿cómo podré ser clemente?
en la cabeza le hirieron;
murió en él la gentileza;
no ha de quedarme cabeza
de cuantas se le atrevieron,
que esta tarde no herodice.
Fuera toda petición,
toda gesticulación,
todo llanto doralice,
pues no me cupo del saco
sino las vidas que quito;
éste es general delito,
hermosa, fondo en tabaco,
no me arrumaques, que el perro
de tu cacique galán
ha de morir.

GUAICA. ¿No podrán,
(alma de bronce, de hierro,
de diamante, alma de risco)
contigo llantos? ¿No ruegos? *(Llora).*

CASTIL. ¡Oh, tengas los ojos ciegos
pedigüeño basilisco!
Pon á tus congojas calma;
cese (limitando enojos)
el aguavá de tus ojos
que me salpican el alma.
Ya soy piadoso, ya humano,
no llores más ¡pesia á tal!
que en cada ojete ú ojal
pasa mi amor un pantano;
no lloviznes, no des gritos,
que á ver Madrid tus enojos
celebrara en tus dos ojos
dos fuentes de Leganitos.
El indio que patrocinas
¿es tu marido?

GUAICA. Serálo.

CASTIL. ¿Bodas de futuro? ¡Malo!
con celos me desatinas.
¿Estás intacta?

GUAICA. No entiendo.

CASTIL. ¿Si estás ilesa, incorrupta,
ó el consonante de fruta
te meretriza?

GUAICA. Pudiendo
hablarme claro ¿por qué
vocablos oscuros usas?

CASTIL. Han dado en esto las musas
castellanas.

GUAICA. Ya yo sé
tu lengua, porque serví
á un español más de un año.

CASTIL. ¿Uno y doncella? Es engaño.

GUAICA. Mi honestidad defendí,
bien que mi dueño intentó,
con regalos y ternezas,
obligarme á sus finezas.

CASTIL. Si un año te finezó,
serás racimo en la parra,
que aunque á la apariencia sano,
llega el tordo y pica un grano;
llega el paje y otro agarra;
y el matrimonio espantajo,
por más que en su guarda vele,
de puro picado, suele
hallar sólo el escobajo;
que entre melindres ariscos
dicen que dispensan miedos
mordiscones de los dedos
que llama el vulgo pellizcos.
Consiénteme, si á tu amante
redimes la vejación,
que siendo yo el postillón
corra la posta delante;
que en negando á pies juntillas
degollación ha de haber.

GUAICA. No querrás de una mujer,
¡oh, español! que de rodillas
su honestidad te encomienda,
ser lascivo violador.
¿Rescatarle no es mejor?
Cien barras vale mi hacienda,
tu incendio, ilícito, aplaca
que yo te haré dueño della.

CASTIL. ¿Cien barras? ¡Oh, la más bella
Inga, Cazica, Curaca,
Mametoya, Palca, Chica!
¡Oh, serafín noguerado
que, parienta del Tostado,
al sol te tostó mi dicha!
¿Son las barras de oro?

GUAICA. Y puro;
mil pesos vale cada una.

CASTIL. Tú eres el Sol, tú la Luna:
¿Cien mil pesos? Compro un juro,
un mayorazgo opulento
que me ensanche el *coranvobis*

ó para el *vobilis vobis*,
vita bona, un regimiento.
A cargas el chocolate;
y dos coches echaré
que es el *venite post me*
de toda dama tomate.
¿Dónde está lo barretudo?

GUAICA. Guardado está en ese pozo,
que viendo nuestro destrozo,
la prisa y miedo no pudo
en otra parte esconderlo.

CASTIL. ¿Y está el pozo en seco?

GUAICA. Sí.

CASTIL. ¿Podré atisbarlo de aquí?

GUAICA. Si te asomas podrás verlo.

CASTIL. Pues si te amaba, primero,
haz cuenta (ya á lo seguro)
que mi amor fué vino puro
y dió con el tabernero;
aguó mi incendio ese pozo;
tu amante te doy por él.
Eres honesta, eres fiel.
¡No me cabe dentro el gozo!
Deja que á verle me asome,
que luego tu indio vendrá
y á sacarlo bajará.
El barreamiento me come
más que usagre, y se me agarra
del alma. ¿Cien barras? ¿Ciento?
entraré en mi Ayuntamiento
hinchado de barra á barra.

(Asómase y cógele por los pies y échale dentro).

Mientras no soy su mirón...
¡Me muero! ¡No puedo más!
¡Ay, que me ahogo!

GUAICA. Allá irás
con toda la maldición.
Busque el oro tu codicia,
que no has de hallar, pues te infama,
apague el agua la llama
de tu insaciable avaricia;
y libre al amante mío
la industria de mi poder,
que el ingenio en la mujer
suple las armas y el brío. *(Vase.)*

ESCENA VIII

Salen PEÑAFIEL, CHACÓN, *que saca una soga*, GRANERO *y* SOLDADOS. CASTILLO *luego*.

PEÑAF. Ahora, Chacón, que están
capitanes y soldados
en el entierro ocupados
del malogrado don Juan,
y que los indios huyeron
(nunca acá vuelvan, amén)
que partamos, será bien,
las barras que nos cupieron,
y las piezas de oro y plata
en el saco de esta fuerza.

CHACÓN. Como la codicia esfuerza
y en las Indias nadie trata
de pelear y vencer
sino por volver á España
(á costa de tanta hazaña)
rico, y vivir á placer;
porque lo que hemos pillado
se escapase del montón,
(que en común repartición
al cobarde y esforzado
no hace el premio distintos)
ni don Fernando ordenase
cual suele que se sacase
lo que al Rey le toca en quintos,
mientras todos peleaban
de ese pozo lo fié.

GRANER. ¿Qué decís?

CHACÓN. Industria fué
que mis arbitrios alaban.
Una petaca está llena
de piezas, que dos arrobas
pesarán. ¿Dos dije? y bobas.
Deposítelo en su arena
que es poca el agua que tiene.
Fácil será de sacar.

GRANER. ¿Quién por ello ha de entrar?

CHACÓN. Yo que lo escondí; aquí viene
soga, que entrambos me atéis.

(Ponen la soga en el carrillo del pozo.)

PEÑAF. Aplicalda á la garrucha.

CHACÓN. No es menester fuerza mucha
para que de mí tiréis,
y de la petaca luego
que también tiene un cordel.

PEÑAF. Bien dicho; ataos.

CHACÓN. *(Atánle la soga á la cinta.)* Peñafiel,
tirar con tiento y sosiego,
que es hondo, y en peña viva,
no peligre la cabeza.

PEÑAF. Yo os aseguro esa pieza;
entrad, que en volviendo arriba
se hará la partija igual.

CHACÓN. Santíguome, lo primero.

GRANER. Buen ánimo.

CHACÓN. Andrés Granero,
vuélvame Dios al brocal.

(Vanle metiendo.)

GRANER. ¿Pues, tembláis?

CHACÓN. Miedos me ofenden
de morir en años mozos,
porque hay diablos monda pozos
que no sueltan, aunque prenden.

PEÑAF. Hacerles la cruz.

CHACÓN. *(De dentro.)* Quedito.

PEÑAF. Asíos á los agujeros
de alrededor.

CHACÓN. Compañeros,
en oyendo el primer grito
tirar aprisa, que puede
darme un pasmo la humedad.

GRANER. Perded cuidado y bajad.

CHACÓN. ¡Fuego de Dios, cómo hiede!
(Da un grito.)
¡Ay!

PEÑAF. ¿Qué es eso?

CHACÓN. ¡Ay!

GRANER. ¿Qué sentís?

CHACÓN. Tres diablos que de los pies
me tiran.

GRANER. ¿Burlaisos?

CHACÓN. ¿Tres?
Trescientos. ¡Ay! ¿Hola? ¿Oís?

Aprisa, tirar, tirar.

PEÑAF. ¿Y la petaca?

CHACÓN. Conmigo
va también; tirar os digo,
si no me queréis dejar
desde la cintura abajo
conventual de este pozo.

(Van tirando.)

GRANER. Mucho pesa.

PEÑAF. Será el gozo
mayor, si es oro.

CHACÓN. De cuajo
me arrancan las pantorrillas;
treinta diablos de los pies
me cuelgan, acabad, pues,
que ó son lagartos, ó anguillas,
ó duendes de estas cavernas.

(Llega arriba el medio cuerpo.)

PEÑAF. Libre estás, deja fatigas.

CHACÓN. Tirad, mas veréis las ligas
que me autorizan las piernas.

GRANER. ¡Jesús!

PEÑAF. El diablo es.

GRANER. ¡Qué feo!
Fuego arroja.

PEÑAF. Huye, Chacón.

(Tiran hasta sacarle todo el cuerpo hasta la garrucha y sale asido de sus pies Castillo y huyen los tres y sale todo embarrado cara y manos, y atada una petaca á la cintura.)

CHACÓN. ¿Y el oro?

PEÑAF. Será carbón
y duende suyo el que veo.

ESCENA IX

CASTILLO.

Todo mal viene por bien;
la codicia me empozó
y ella misma me sacó
por siempre jamás amén.
¡Oh Mamacoya bellaca!
¿así rescatas maridos?
¡creed en llantos fingidos...!
El cordel de la petaca
que el que huyó quiso sacar
y yo desde abajo así
al cuerpo me revolví,
su peso les dió pesar;
que estaba llena de plata
y de oro los escuché;
no en balde al pozo bajé
ni mintió la Coya ingrata,
puesto que pensó burlarme;
guardémoslo, que es mi vida.
¡Oh venturosa caida
que así supo levantarme!
¡Oh monda pozos buscón,
que aunque no eres santo, sacas
del purgatorio petacas
como cuenta de perdón!
Pues ya tus sufragios gozo,
el pozo á escribir me obliga
una comedia que diga,
diga: «Mi gozo en el pozo.»

ESCENA X

DON FERNANDO y GONZALO PIZARRO.

FERNANDO.

Ya en Indias más seguras,
don Juan, (si malogrado
al mundo) al cielo flor que se traspone,
conquista luces puras
que no altere el cuidado,
la envidia eclipse, ni el pesar baldone.
Ya goza en quieta paz feliz tesoro,
ni en plata minas, ni en arenas oro.
Cenizas su sepulcro,
reliquias de las llamas
de su valor, no olvidos deposita.
Al elemento pulcro;
cuantas cenizas deja, tantas famas
vuelan, donde el temor no las limita,
que el polvo humano á las regiones sumas,
si es generoso llega, aunque sin plumas.
Allí privilegiado
de envidias y parciales,
ni competencias ni mentiras teme;
no idolatra al privado,
no adula tribunales,
donde la ingrata dilación blasfeme;
que porque el gozo sin pensión le asista
lo mismo le corona que conquista.
¡Qué triunfos inmortales
no le ofrecen diademas,
que adquirió por sus hechos, por su fama,
cívicas y murales!
Las sienes le guarnecen ya supremas
de encina y oro, de laurel y grama.
¡Mil veces venturosa valentía
que á Dios el premio, no á los hombres, fía!

GONZALO PIZARRO.

Mi hermano, aunque difunto,
vivirá eternamente
en el buril, pincel y en la memoria;
heroico siempre asunto
de historiador valiente,
nos deja en testamento esta victoria,
que supo, en fin, su no imitado acierto
dar vivo imperios y victorias muerto.
Pero ya que él descansa
y nosotros al daño,
al peligro, Fernando, siempre expuestos,
sin que la quietud mansa
permita en todo un año
dar en paz al arnés ocios honestos.
¿qué es lo que aquí esperamos? ¿Qué adquiri-[mos?]
si poco á poco, en fin, nos consumimos?
A la Corte española,
navegando dos mares,
te llevó la lealtad, no la codicia;
allí la augusta bola
doraste con millares
de barras que logró nuestra milicia,
¿qué premios adquiriste?
¿qué medras ó qué cargos nos trajiste?
Un pedazo de grana
te satisfizo el pecho,
cuando la sangre es tanta, que has vertido,
(ya herética, ya indiana)

que pudiera teñir á su despecho
cuantas Grecia á monarcas ha teñido.
Por cierto, ¡ilustre pago
la cruz (sin encomienda) de Santiago!
¿Necesitaba de ella,
quien de la estirpe goda
puede al sol dar limpieza en la que crías?
Tu antigüedad, sin ella,
es tan inmemorial á España toda,
que en ti son siglos lo que en otros días.
¿Qué calidad el César te acrecienta
si el hábito te ha dado y tú á él la renta?
Trujístele un dictado
á tu hermano: ¡gran cosa!
darle por ser Marqués, este hemisferio.
¿Mide el globo romano
tierra tan espaciosa
como el Pirú, ó iguálala su Imperio?
¡Marqués sin renta, bien podré decillo,
es fantástico honor, Marqués de anillo!
Almagro sí que medra
(su agente tú en España)
dichas que compres caras algún día;
ese hijo de la piedra,
que más que ayuda engaña,
de Chile Adelantado y Señoría,
¿él qué arriesgó? Seguro despensero,
si las vidas nosotros, su dinero.
Su interés premie Carlos:
por ti solicitadas,
ejecutorias, honras y favores,
que tú, sin negociarlos,
cuando nos persuadas
á empresas de más riesgos y más sudores,
podrás decirnos (para engrandecerlas)
que el más honroso premio es merecerlas.

FERNAN. Gonzalo, ¿cómo es posible
que el ánimo os satisfaga
si, por el premio ó la paga,
hacéis el valor vendible?
Hasta este punto invencible,
ya os habéis afeminado,
que quien hace interesado
cuando de su esfuerzo fía
las hazañas, grangería,
mercader es, no soldado.
Hágase al plebeyo igual,
pierda de noble la ley,
quien á su Patria ó su Rey
le sirve por el jornal;
que el generoso, el leal,
el premio que ha de adquirir
es la fama hasta morir,
y ésta estriba en pretender
merecer, por merecer,
servir solo por servir.
Fuí á España y á Carlos quinto
le presenté este Occidente,
y ya veis si del presente,
lo que se vende es distinto.
Cuanto esta zona, este cinto
ciñe, y abraza este mar
le dí, no había de tomar
corta paga, á no ser necio,
que lo que no tiene precio
mejor se está sin premiar.
En Almagro el César doble
gobiernos, que ha de menester;
cobre él, como mercader,
sírvale yo, como noble.
De estéril laurel y roble
coronó la antigüedad
al valor y á la lealtad,
y de infructífera grama,
en prueba de que la fama
solo busca eternidad.

ESCENA XI

Sale DON GONZALO VIVERO.—DICHOS.

VIVERO. Porfía hasta que nos venza
la fortuna siempre brava;
á penas un riesgo acaba
cuando otro mayor comienza,
Almagro y quinientos hombres,
por que tu fama aniquile
deja el gobierno de Chile,
y añadiendo aleves nombres
á su bajo nacimiento,
porque nos cree destrozados
en los peligros pasados,
toma con el Inga asiento
y se conciertan los dos
de echarnos de esta ciudad.

FERNAN. No creas de su lealtad
que, contra su Rey y Dios,
ejecute acción tan loca.

VIVERO. Porque en la fe no consista
certifíquete la vista.
Dice que el Cuzco le toca,
porque en la demarcación
de su gobierno se encierra;
apercíbete á la guerra,
ó teme tu perdición,
porque con las cajas mudas
nos asalta descuidados.

FERNAN. Animo, pues, mis soldados,
satisfagamos sus dudas,
primero, con las razones,
y si éstas no le vencieren
las armas son las que adquieren
victorias contra traiciones.
Yo sé que si llego á hablarle
le tengo de convencer.

G. PIZ. ¿Para qué? Déte poder
y vuelve á España á premiarle;
que todo esto merecemos
pues dimos honra á un ingrato.

FERNAN. Gonzalo, no es ese trato
de vuestro valor; marchemos.
(*Vanse.*)

ESCENA XII

Salen INDIOS, *el* INGA *y* JUAN DE RADA, *soldado español.*

INGA. Vuelve á leerme, español,
eso que escribe tu Almagro,
que no es el menor milagro
que debo á mi padre, el Sol;
pues si él, y los que le siguen
al Cuzco me restituyen,

y eternas paces concluyen
que mis desgracias mitiguen
mi esperanza conseguí.

RADA. Por tu ocasión ha dejado
á Chile el Adelantado.

INGA. Débole infinito: di.

(*Lee* Rada *la carta.*)

Don Diego de Almagro, Mariscal Adelantado del Perú, á Mango Inga, Príncipe del Cuzco, salud, etc.

La amistad antigua que los dos hemos profesado, los desafueros que con Vuestra Alteza los Pizarros han hecho, el gobierno, que me pertenece, de esta provincia y el deseo de que vuestros indios os vean coronado, me saca de Chile, me guía al Cuzco, y me asegura la victoria contra nuestros enemigos. Aperciba Vuestra Alteza sus ejércitos, que yo avisaré á su tiempo, para que los dos en recíproca amistad poseamos este Imperio, muertos los que nos le estorban. El mensajero merece entero crédito y él informará por extenso lo que no fio de la pluma. Guarde Dios á Vuestra Alteza, etcétera. De mi campo á 10 de Mayo, año 1534.

El Adelantado.

INGA.

Si cumple esas promesas
el español Almagro, sus empresas
serán restauración de mi corona,
y él el señor de nuestra indiana zona.
Descansa en nuestro Tambo
mientras los indios, junto de la sierra:
y tú, primo Yucambo,
entretanto que alisto á nueva guerra
ejércitos sin suma
tan numerosa, que al salir armado,
flor á flor, yerba á yerba, cuente al prado,
arena á arena el mar, y espuma á espuma,
asiste á su regalo.

RADA.

El cielo te restaure al nuevo Imperio.

INGA.

Hágalo Almagro.

RADA.

Harálo,
librándote del casi cautiverio,
en que desposeído
entre ásperas montañas te ha escondido.

(*Vase.*)

ESCENA XIII

INGA.

¡Oh, amigos, oh, parientes!
¡qué feliz ocasión, qué coyuntura
nos ofrecen los hados ya dementes!
A los Pizarros desterrar procuran
Almagro y sus soldados.
Ya véis, si los Pizarros son osados
saldrán en su defensa,
pelearán unos y otros,
y, mientras cada cual victorias piensa,
con engañosa prevención, nosotros,
después que se hayan entre sí asolado,
las reliquias, que el miedo haya dejado,
por nosotros desechas, fácilmente
podrá la borla autorizar mi frente.
No del Marqués (que en Lima
ha un año que no sabe de su hermano)
el asombro os oprima;
socorreréle, si lo intenta, en vano,
pues tomados los pasos y los puertos
imitarán sus compañeros muertos.
Seiscientos españoles perecieron
que en diferentes tropas enviaba;
porque el riesgo del Cuzco adivinaba,
á vuestras manos bélicas murieron;
que, aunque valientes, locos,
¿qué han de poder contra infinitos, pocos?
El Marqués, en efecto, desarmado,
pues los soldados suyos ha perdido,
y uno y otro español desbaratado,
Almagros y Pizarros, redimido
juzgo mi Imperio ya, que entre estos cerros
hasta ahora lloró nuestros destierros.

ESCENA XIV

Sale PIURISA, *bizarra, con una lanza, que calada los detiene.*—DICHO.

PIURISA. ¿A dónde volvéis cobardes
que de la humana nación
sois oprobio, sois injuria,
sois afrenta, infamia sois?
¿A dónde volvéis vencidos
no del riesgo, del temor,
que os pinta moscas gigantes,
que el ciervo os vende león?
Cuatrocientos mil salisteis,
trescientos, no más, os dió
la fortuna por contrarios,
por vencidos la ocasión.
¿Uno para mil, y os vencen?
¿Y os preciás hijos del Sol?
¿Y os atrevéis llamar hombres?
¿Y os blasonáis al valor?
Mentís mil veces, infames,
ni aun átomos os dignó
el viento, que, á merecerlo,
superfluos átomos son
trescientos mil, si se juntan,
para un pequeño escuadrón
de humanos cuerpos, que mueren,
que la tierra alimentó.
Fingid rayos, que del aire
bajaron, poniendo horror
á los ojos con su vista,
con su efecto al corazón.
Decid que un hombre de acero
sobre un bruto más veloz
que del arco la saeta,
que de la cuerda el harpón,
nieve el uno, fuego el otro,
desde la esfera bajó
de esos páramos de luces,
de ese lucido artesón;
atribuidle prodigios
á la espada, que segó
cervices de ciento en ciento,

ellas espigas, ella hoz;
que mientras el miedo os miente
fábulas de torpe error,
y despiertos las soñasteis,
diré, con más verdad, yo
que una frágil mujer pudo
(para eterna confusión
de vuestra naturaleza)
causaros tanto temblor,
que os asombró, desarmada,
que su presencia bastó
á que huyéndola, cobardes,
os infame este baldón,
pues, afeminados viles,
si una mujer os causó
tanto asombro, miedo tanto,
tanto pasmo, mujer soy
que estas montañas defiendo;
las que las viven, y yo,
bastamos con vuestra afrenta
á todo un mundo español.
Volveos, cobardes, servildos
como esclavos, pues no sois
como hombres para vencerlos;
llevad á cuestas desde hoy
Yanaconas de sus damas,
las andas en que su amor
os transforme en simples brutos,
incapaces de razón.
Cultivaldes vuestros campos,
coman de vuestro sudor
regalos, que, á vuestros padres
en herencia el cielo dió.
Registrad en los abismos
metales, que, con temor
de la española avaricia
huyeron de su ambición:
daldos á cerros la plata,
y de montón en montón
el oro midan á fanegas,
pues le idolatran por Dios;
conceded á su apetito
vuestras hijas, que algodón
para sus ropas les tejan,
é infamias para su honor.
¿Vosotros sois descendientes
de aquel celestial varón
que á los planetas monarcas
por padres reconoció?
¿Vosotros al Sol eterno
llamaréis progenitor,
y á la Luna vuestra madre,
del cielo antorchas las dos?
No es posible, no sois Ingas,
no sus hijos, hombres no,
estatuas sí en forma humana;
aparente imitación
de lo que representáis,
cuerpos sin alma y con voz;
cobardes, aun no mujeres,
que éstas estiman su honor.
No imaginéis que estas tierras
admitan la contagión
de vuestra vil compañía,
que aquí, el ánimo, el valor,
la venganza, la fiereza,
generosa patria halló.
Aquí frecuentan sus riscos
la real águila, el león,
el tigre, el áspid, la sierpe,
y cada cual vencedor
si os comunican recelo
que degenere el blasón
que los dió naturaleza,
y en vosotros se infamó,
no atreváis los pies un paso,
retiráos; ó ¡vive el Sol!
que os ensarte, como á peces
en la lanza, mi rigor.

INGA. ¡Oh, belicoso prodigio
de este imperio, emulación
del esfuerzo y la belleza,
miedo en uno, en otra amor!
Despertónos asombrados
el acento de tu voz,
canoro bronce del cielo,
de los mortales terror.
Tanto la vergüenza puede,
tanto espíritu infundió
en nosotros la elocuencia
de tu justa reprensión,
que á no templar esperanzas
de coyuntura mejor,
hoy nos previnieras triunfos
ó fúnebres llantos hoy.
Almagro es de nuestra parte
y ofreciéndonos favor,
marcha contra los Pizarros,
de estos orbes confusión;
déjale que asalte al Cuzco,
salga su competidor
vengativo, en su defensa
desbarátense los dos,
destrúyase el uno al otro,
pues quedará el vencedor
tan flaco, que sin peligro
nos aplauda la ocasión.
Y dame agora esos brazos.

PIURISA. No los espere tu amor,
mientras no me los bañares
en sangre del español.

ESCENA XV

Sale un INDIO.—DICHOS.

INDIO. Albricias pido á estos pies,
generoso emperador
de estos orbes, que oprimidos
los cielos restauran hoy,
por las más felices nuevas
que en la desesperación
de un príncipe despojado
jamás la piedad furió.
Almagro, que á la ciudad
de tus padres fundación
marchó en fe que á su gobierno
blasona tener acción,
fué recibido de paz
de aquel Pizarro, que atroz
parca ha sido de tus indios,
de la envidia admiración.
Tocaban á acometerse,
pero un fraile, que al candor

de la nieve hurtó ropajes
y al cielo veneración,
su apellido Bobadilla,
su ejercicio Redentor,
la Madre Mejor, su madre,
la Merced su religión,
entrándose de por medio
treguas puso entre los dos
de tres días, que juraron,
para que en su disensión
fiasen el compromiso
al Padre, porque ganó
nombre de docto en la esfera
y astrólogo superior.
Aposentado en el Cuzco
el Almagro, y sin temor
el Pizarro de que hubiese
en lo propuesto traición,
á su confiaza y sueño
los ojos encomendó,
esta vez, sólo desnudo,
que en todo un año, otra no;
la seguridad dormía,
mas velaba la ambición
del Almagro, á su palabra
y juramento agresor.
Acometióle de noche,
pero intrépido salió
con un estoque y rodela
el estremeño león;
y aunque desnudo, de suerte
á sus contrarios pasmó
que se valieron del fuego,
(siempre es cobarde el traidor).
Viéndose abrasar Pizarro
cuerdo las armas rindió
con su hermano y sus amigos
de dos daños el menor.
Huyó Gonzalo y Fernando;
dicen que de la prisión
saldrá á un teatro funesto
sentenciado ¡vil rigor!.
Almagro, pues, determina,
siendo del Cuzco señor,
trazar que muera el Marqués
y, tenga justicia ó no,
partir los reinos contigo
dándote jurisdicción
en los indios, que heredaste
y él, contra su Emperador,
gobernar sus españoles,
porque tiene presunción
de hacerse rey de estas Indias,
sin admitir superior.
Para esto intenta casarse
con tu hermana, y que los dos
una sangre, se eternice
la paz en su sucesión,
sobrinos tuyos sus hijos.
Según esto, ya cesó
el peligro de tus gentes,
porque enlazándoos amor
con tálamos apacibles,
el indio será español
y el español indio nuestro.
Si las nuevas que te doy
merecen premios y gracias
feliz muchas veces yo.

INGA. Toca al arma, vuelta al Cuzco,
que si Fernando murió
no temo á Almagro y su gente:
mi victoria es su traición;
ya le juzgo destrozado.

PIURISA. Bien puedes; el corazón
alienta que, contra España,
yo sola bastante soy. *(Vanse.)*

ESCENA XVI

Salen CASTILLO *y* CHACÓN.

CASTIL. ¿Cómo quieres que se llame
esta acción con que ha manchado
su fama el Adelantado?
¿Es mucho decir que infame?
¿Es de nobles este trato?

CHACÓN. Ya sabes que por reinar
cualquier ley se ha de quebrar.

CASTIL. Ese es blasón del ingrato.

CHACÓN. Si á esta ciudad tiene acción,
¿por qué su culpa encareces?

CASTIL. Por remitirla á sus jueces
y usar después tal traición.

CHACÓN. La guerra es de más acierto
si el derecho se la dá.

CASTIL. ¿Qué derecho alegará
quien (menos un ojo) es tuerto?

CHACÓN. Sacósele esta conquista.

CASTIL. Mal adquirirá valor
quien por no mirar su honor
tiene sólo media vista.

CHACÓN. En efecto, ¿hoy determina
darle garrote?

CASTIL. El marqués,
su hermano, sabrá después
vengarle, que ya camina
en su socorro.

CHACÓN. ¿Y qué hace
don Fernando en tanto aprieto?

CASTIL. No desbarata al discreto,
que, como él, ilustre nace,
el peligro, tan en sí
está el valiente extremeño,
como si esto fuera sueño.

CHACÓN. ¡Notable valor!

CASTIL. No vi
tan generosa templanza.

CHACÓN. Blasfemará del rigor
de Almagro.

CASTIL. Nunca el valor
dió á los labios la venganza.
¿Quieres ver á dónde llega
su prudencia sosegada?
Pues oye: con Juan de Rada
agora á los dados juega.

CHACÓN. ¿Qué dices?

CASTIL. Esto es verdad,
puesto que éste la sentencia
le intimó.

CHACÓN. ¿Y eso es prudencia
ó loca temeridad?

CASTIL. Prudencia, que quien seguro
da la vida por su Rey,
por su crédito, su ley,

contra un bárbaro perjuro,
no es justo que se alborote.

CHACÓN. ¿Jugar un hombre prudente,
sabiendo cuán brevemente
tienen de darle garrote?
No, Castillo; no imagines
de su cordura tal flema;
esa será estratagema
de más misteriosos fines.
Hombre tan atento y sabio,
de tan grande cristiandad,
con esa seguridad,
sin dar muestras de su agravio,
¿jugando?

CASTIL. Y no como quiera;
cien mil pesos ha perdido.

CHACÓN. ¿Con Juan de Rada?

CASTIL. Ofendido
está dél; mas quien espera
morir, injurias perdona
y no se acuerda de excesos.

CHACÓN. ¿A la muerte, y cien mil pesos
al juego, y con tal persona?
No, Castillo; algo ha trazado
que te asombre.

CASTIL. Ello dirá.
Mas los dos salen acá
con Alonso de Alvarado.

ESCENA XVII

Salen DON FERNANDO, JUAN DE RADA *y* DON ALONSO DE ALVARADO.

FERNAN. Cincuenta mil pesos de oro
me habéis ganado, ya veis
que si hoy muero no podréis
cobrarlos. Aunque no ignoro
donde están, que nunca juego
sin tener con qué pagar,
deme la vida lugar
que os satisfaga.

RADA. (*Aparte.*) Si llego
á Almagro, que hace más caso
de mí que de otros amigos,
y templando estos castigos
estorbo á la muerte el paso,
que á don Fernando amenaza,
le obligo á eterna amistad,
y cobro la cantidad
que pierdo sin esta traza
¡Cincuenta mil pesos de oro!
¡Cuerpo de Dios! ¿es partida
para no darle la vida?
Si me perdiese el decoro
el Adelantado en esto,
me obligará á algún desgarro,
porque, en muriendo Pizarro
muere mi hacienda. ¡Eche el resto
mi favor; alto cuidados;
mejoremos de opinión,
que más quiero un patacón
que á dos mil adelantados! (*Vase.*)

ESCENA XVIII

DICHOS, *menos* RADA.

ALVAR. No sé yo, Fernando amigo,
que sea el juego diligencia
buena para la conciencia,
(perdonadme si esto os digo)
de quien siendo tan cristiano
está al umbral de la muerte;
no la teme el varón fuerte,
pero el cuerdo da la mano
á todo lo que se opone
al alma y su salvación.

FERNAN. Dadme esta vez permisión,
puesto que amigo os perdone,
para quejarme de vos,
pues sin duda habéis juzgado
ó que estoy desesperado,
ó que me olvido de Dios.
¿Visteis en mí acción alguna
que me pueda desdorar?

ALVAR. Nunca hallé en vos que culpar,
fuera de esta, sino es una.

FERNAN. Y esa ¿cual fué?

ALVAR. El confiaros
de Almagro, enemigo vuestro,
siendo vos tan sabio y diestro,
de suerte que pudo hallaros
sin prevención y desnudo,
durmiendo con el sosiego
que en Trujillo.

FERNAN. No os lo niego,
ni conociéndolo, dudo
de que en eso anduve mal;
pero, si los juramentos
y treguas son escarmientos
y no ley tan natural,
que los bárbaros la guardan,
¿cómo se ha de conseguir
la paz?

ALVAR. Suélenla admitir
respetos, que no acobardan
cuando el noble los celebra;
más quien padres no conoce,
como coyunturas goce,
palabras y leyes quiebra.
Pero ¿qué disculpa dais
á ese juego qua os desdora?
(*Ríese* don Fernando.)
¿os reis?

FERNAN. Sabreislo agora,
si un poco cuerdo esperáis.

ESCENA XIX

Sale JUAN DE RADA.

RADA. Del juego habemos salido
vos y yo tan ganancioso,
que vos ganáis vuestra vida
y yo, Fernando, vuestro oro.
Por mí Almagro os la concede;
pero ha de ser de modo
que, amigos como primero,
la hermandad olvide enojos.
El mismo viene á ceñiros
los brazos, que en vuestros hombros

nobles y alegres, pretenden
reciprocarse con otros.
Salid festivo al encuentro.

FERNAN. Esto, amigo don Alonso,
satisfaga vuestras dudas,
mientras que, en suma, os respondo
que, á no jugar no viviera.
Juan de Rada, reconozco
empeños y beneficios:
pagarélos juntos todos.

ESCENA XX

DICHOS. *Cajas dentro y sale* DON GONZALO VIVERO.

VIVERO. Amigo, á vista del Cuzco
asoma en vuestro socorro
el Marqués, hermano vuestro;
escuchad los parches roncos.
Vecinos y ciudadanos,
como diversos en votos
diferentes en afectos,
mezclan pesares y gozos.
Pacífico le apercibe
Almagro, hospicio amoroso,
ya temor, ya amistad-sea
que fe puede darse á todo,
sus diferencias remite,
al Maestro religioso
fray Francisco Bobadilla,
árbitro juez de unos y otros.
Todo esto concede Almagro,
si bien algunos curiosos
dicen que engañaros quiere
y que en cesando el estorbo
del Marqués, cuando se vuelva,
resucitará alborotos
que ya por bien, ya por mal,
le den el gobierno á él solo.

ALVAR. Salid, pues, á recibirlos,
y escarmentad en vos propio
para los lances futuros.

FERNAN. Ya su condición conozco,
vamos, que cuando intentare
nuevos engaños, si enojos
templo y admito amistades,
tarde olvido, aunque perdono.
Guárdese Almagro, no quiebre
las paces, que nunca rompo,
porque, en cayendo en mis manos
ha de pagarme uno y otro.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Salen DON GONZALO DE VIVERO *y* DOÑA ISABEL.

ISABEL. ¡Que pueda tanto el exceso
de la envidia y sus engaños!
¡A cabo de tantos años
en este castillo preso
quién dió á España, al rey y á Dios,
un mundo!

VIVERO. Isabel hermosa;
fuera su prisión penosa
á no ser su Alcaide vos.
Don Fernando volvió á España
á desmentir enemigos
que, huyendo de sus castigos
en vano, de tanta hazaña
eclipsan el resplandor.
Hánle puesto muchos cargos;
que siempre en servicios largos
se alarga, ingrato, el rigor,
los que en el Pirú siguieron
á Almagro, á aquel desleal
contra la corona real
y los que le ennoblecieron.
Ayudó Dios la justicia,
prevaleció la prudencia,
conoció la inobediencia
de quien, con ciega codicia
al Cuzco tiranizaba;
y, viéndole éstos perdido,
preso, confuso y vencido,
cuando esperanzas les daba
de poner infame yugo
á aquel Orbe conquistado
y que murió sentenciado
á manos de un vil verdugo,
persiguen á don Fernando,
que, como gobernador
del Cuzco fué ejecutor
de su muerte, y adulando
al César ¡ciegos engaños!
le puso en la Mota preso
y formándole proceso
crece el rigor con los años.
Renunció Carlos invicto
á España en su sucesor,
que á estar el Emperador
vivo, de tanto delito
como á Fernando levantan,
averiguara verdades
castigando falsedades
que, lisonjeras, encantan.

ISABEL. Quísole el César muy bien.

VIVERO. Debióselo á sus servicios,
como pueden dar indicios
los que sin pasión lo ven,
y saben cuantas riquezas
en el Perú recogió
con que al César acudió,
sufriendo las asperezas
de los que le murmuraban,
cuando para él les pedía
y á su augusta monarquía
tantas guerras apretaban.
Reina en su lugar, agora,
el gran Filipo segundo,
que del uno y otro mundo
es monarca; y como ignora
quién es don Fernando y quién
el que enemigo le acusa,
rigores severos usa
hasta que se informe bien.
Yo espero en Dios que, postrados
sus émulos, saldrá el sol
de tan leal español
libre, á pesar de nublados,
y que vos, señora mía,
alegréis, siendo su esposa,

esta noche tenebrosa,
como el alba alegra al día.

ISABEL. Cuando yo la esperara,
más dé para que os pudiese
pagar, lo que es bien confiese
á amistad tan firme y rara,
sumamente lo deseo,
pues podéis atribuiros
los Orestes, los Zopiros,
que con más lucido empleo
en vos honran nuestra edad,
cuando todos le han dejado,
inseparable á su lado
y asombro de la amistad.

VIVERO. No tengo yo otro blasón
que se iguale al que consigo,
de merecer tal amigo.
Pero, decidme: ¿quién son
estos que bajan agora
de visitar nuestro preso?

ISABEL. Dos cortesanos; que en eso
la mentira aduladora
satisface obligaciones
y afectando sentimientos
disfraza con cumplimientos,
(estoy por decir traiciones)
pasaron por aquí acaso
y entráronle á visitar.
Creeréis que esto es maliciar;
mas yo que al discurso paso
tal vez los ojos y oídos
no sé que los escuché
á solas, que causa fué
de que imaginé fingidos
sus ponderados extremos;
y porque advirtáis cuan vana
es la amistad cortesana,
desde aquí los escuchemos,
que, sin vernos nos darán
de sus intentos noticia.

VIVERO. Si ansí doran su malicia
cualquiera vileza harán.

(Retíranse los dos y salen de camino, D. Pedro y D. Rodrigo.)

ESCENA II

DON PEDRO, DON RODRIGO.—DICHOS.

PEDRO. Compadecíme en los ojos
y holguéme en el corazón.

RODRIGO. Más rigurosa prisión
merecían los enojos
que estos Pizarros han dado
á nuestros deudos y amigos
en el Pirú.

PEDRO. Los castigos
que en el pobre Adelantado
hizo este hombre, no se pagan
con solo tenerle preso.

RODRIGO. Sustanciárase el proceso,
que porque se satisfagan
los muchos que allá ofendió
sabrá Filipo el Prudente
vengar á Almagro inocente.

PEDRO. Bueno es, que quien despojó
aquel reino de riquezas,
y le llenó de crueldades,
alegre ahora lealtades
y afirme, fueron finezas
dignas de premio y favor
haber dado aleve muerte
al varón más claro y fuerte
que tuvo el Emperador.

RODRIGO. Con las alas de su hermano,
¿á qué no se atreverá?

PEDRO. Murió Carlos quinto ya,
con los Pizarros humano.
Rey tenemos que, severo,
volverá por la inocencia.

VIVERO. ¿Esto sufre mi paciencia?

ISABEL. Don Gonzalo de Vivero
reportaos ¿á dónde váis?

VIVERO. A poner, si puedo, seso
á estos locos.

ISABEL. Ved que de eso
se seguirá...

VIVERO. No temáis. *(Llégase á ellos.)*
Grandes amigos serán
vuesas mercedes, sin duda,
del preso, pues no les muda
su peligro, cuando están
algunos más obligados
á compadecerse de él,
que en el olvido cruel
y ingratitud sepultados
huyendo las tempestades
las bonanzas lisonjean.

PEDRO. Los bien nacidos desean
desempeñar amistades
en los peligros lucidas
si en los gustos granjeadas.

RODRIGO. Correspondencias pasadas,
y, agora reconocidas,
nos traen á Madrid á ver
á don Fernando.

VIVERO. Es fineza
digna de tanta nobleza;
y á mí me llega á caber
parte de la obligación
en que á don Fernando ha puesto
su proceder, y en fe de esto,
si se ofreciere ocasión
en que se sirvan de mí,
no será favor pequeño
acudir al desempeño
de un amigo que adquirí
á costa de mi lealtad
sin perder jamás su lado.
Dos años fuí su soldado
pasando la inmensidad
del mar del sur y del norte.
y en el Pirú fuí testigo
de hazañas que, si las dejo
á envidiosos de la corte,
podrán causar confusión
y desbaratar procesos.
Mas ya sabrán sus sucesos
vuestras mercedes.

PEDRO. No son
para ignorarse estas cosas.

VIVERO. ¿Saben que el Marqués, su hermano,
aquel Hércules indiano,
en las conquistas gloriosas

que han rendido al Occidente
fué de los hombres milagro;
y que don Diego de Almagro
puso en ellas solamente
la industria y la granjería
de una parte del dinero
que, como su compañero
entre otros dos le cabía;
y que mientras arriesgaba
don Francisco fama y vida,
en tantos trances perdida,
en Panamá descansaba
don Diego? ¿Y que es bien se entienda,
por quien fe á sus hechos da
la diferencia que va
de las vidas á la hacienda?
Pues sume el que fuere fiel
si, cuando ajuste partidas,
sacó el Marqués más heridas
que maravedises él.
Y si cuando Almagro entró
en el Pirú, ya sin guerra,
preso el Inga, en paz la tierra,
del tesoro se llevó
la mitad, y en tal empresa
como absoluto señor,
con el ajeno sudor
se halló el manjar en la mesa.

Rodrigo. Todo eso es indubitable.

Vivero. Cuando don Fernando vino
á España de su camino,
¿qué premio considerable
medró, sino el adquirirle
título de Adelantado
de Chile, con que elevado
quiso, después, destruirle?
Don Fernando, ¿no tenía
en el Cuzco justa acción
á aquella gobernación?
Don Francisco, ¿no le había
nombrado en ella? ¿No saben
que con su valor y acero
la defendió un año entero,
para que envidias le alaben,
de cuatrocientos mil hombres?
¿No saben que, codicioso,
desleal, ciego, ambicioso,
y digno de infames nombres,
se concertó con el Inga
contra su Patria, su ley,
su amistad, nación y Rey,
para que no se distinga
de un Conde don Julián,
de un Bellido, un Galalón,
y que, prendiendo á traición,
mientras que treguas se dan,
á don Fernando, le quiso
dar garrote, y que, después
que vió en el Cuzco al Marqués
puso el pleito en compromiso
de jueces doctos y santos,
pasando por la sentencia,
y que si él, en la apariencia,
después de debates tantos,
confesó que no tenía
al Cuzco acción ni derecho,
y quedando satisfecho,
partiendo la Hostia un día,
que el Marqués y él comulgaron,
juró Almagro: «Este Señor
por perjuro, por traidor,
como los que le negaron,
me condene, si intentare
contravenir al sosiego
de estas paces?» Si don Diego,
aunque la pasión le ampare,
contra tanto juramento
convocó campo después,
y, vuelto á Lima el Marqués.
en bárbaro atrevimiento,
quebró las leyes divinas,
y á don Fernando siguió
y la batalla perdió
que llaman de las Salinas,
quedando confuso y preso,
¿no mereció su malicia
que, sin pasión, la justicia
le fulminase proceso
y como traidor muriese?

Pedro. ¿Pues quién dice lo contrario?

Vivero. El ingrato, el temerario,
el desleal.

Pedro. ¿Quién es ese?

Vivero. El que ahora fiscaliza
en la Corte sus acciones
y por dorar sus pasiones
testimonios autoriza,
con que su muerte procura;
el que para consolarle
á la Mota á visitarle
viene, y después le murmura;
pero, si ignoran quien es
el que así su opinión mengua,
esta espada será lengua,
si no se me van por pies,
que con honrosos alardes
para poder convencellos,
les mostrará que son ellos
los ingratos, los cobardes,
los viles, los para poco... *(Echa mano.)*
saquen el intacto acero...

Isabel. ¡Oh, valeroso Vivero!

(Entrase doña Isabel y mete Vivero á los otros á cuchilladas.)

Rodrigo. ¡Huye, don Pedro, este loco!

ESCENA III

Salen don Fernando, preso, y doña Francisca.

Francis. Dicen, Fernando, que amor,
en fe de ser tan guerrero,
usó las flechas primero
que otro ningún vencedor.
Estaba yo en este error
y viéndoos tan gran soldado
animaba mi cuidado,
porque juzgaba imprudente
que al paso que sois valiente
érades enamorado.
Crédula, pues mi esperanza,
dos años merecí ser,

vos ausente y yo mujer,
de la firmeza alabanza.
Fundóse mi confianza
en una equivocación,
que os escuchó mi afición,
estando ya de partida,
necia, por mal entendida,
que amor todo es presunción.
Volvistes con más laureles
que al mar burlastes espumas
que á escribir se atreven plumas,
que en lienzos osan pinceles;
persecuciones crueles,
de envidiosos conjurados,
cobardes y apasionados,
preso os tienen; querrá Dios
que la verdad triunfe en vos
contra mal intencionados.
Pero si entre las prisiones
suele amor causar alivio,
¿cómo, Fernando, tan tibio
dilatáis obligaciones?
Decir que persecuciones
hielan vuestro incendio amante
será disculpa ignorante,
pues sois vos tan dueño de ellas
que aún no alcanza á conocellas
la vista en vuestro semblante;
más, porque me satisfaga
diréis, que en moneda igual
quien cobra sus deudas mal
peor las que debe paga;
¿querréis que una cuenta se haga
en vos y en mí, y que perdidos
estemos, no agradecidos,
á costa de disfavores,
si os paga el Rey en rigores
me paguéis vos en olvidos?

Fernan. Nunca en tan viles libranzas
satisfizo la nobleza,
ni es bien que de tal bajeza
me arguyan desconfianzas,
cuando hacen ejecución
en el gusto y la afición
si falta, Francisca, el gusto;
aunque pagarlas sea justo
libranzas fallidas son
preso yo, y en contingencia
mi fama por tribunales
donde envidias son fiscales
y la pasión quien sentencia;
¿qué mucho que no dé audiencia,
entre pleitos y cuidados
á efectos enamorados,
si amor en tales empleos
pide ociosos los deseos
y huye los embarazados?
Querrá el cielo que comience
mi inocencia á hacer alarde
de mi lealtad, que aunque tarde
la verdad mentiras vence;
esperad que se avergüence
el engaño, en mi favor,
que para entonces amor
con seguro desempeño,
os hará de un alma dueño
digna de vuestro valor.
Yo sé, si el cielo me libra,
que no tendréis de mí queja.

ESCENA IV

Sale don Alonso Mercado.—Dichos

Mercad. Cobardes son las desgracias;
no es posible que se atrevan
á acometer una á una;
juntas como alarbes llegan,
y eslabonando infortunios,
tarde acaban cuando empiezan.
Colegid en mi semblante,
Fernando amigo, las nuevas
que es forzoso que os intime,
aunque se excuse la lengua.
¡Ojalá nunca esta casa
vuestro valor conociera;
casa que esta medra tuvo,
nunca de vuestra promesa
se hubiera cumplido el plazo,
pues cuando os juzgaba en ella
hermano, deudo y señor,
me obligó la suerte adversa
el Rey, mi corta fortuna,
á que vuestro Alcaide fuera,
y al cabo de tantos años
preso en esta fortaleza
quiere ahora! ¡Ah, suerte ingrata!

Fernan. ¿Qué es lo que quiere? ¿Qué ordena?
¿Mándaos, don Alonso amigo,
que me corten la cabeza?
¿Salió la envidia triunfante?
¿Logró ya la pasión ciega,
con mentiras disfrazadas
maliciosas diligencias?
No os congojéis, declaráos;
que cuando ese premio tengan
mis lealtades y servicios
las historias están llenas
de ejemplos, que pueden darme,
si no consuelos, paciencias.
Escipiones tuvo Roma,
Belisarios lloró Grecia,
y un Gran Capitán España
con quien compararme pueda.
Todos murieron á manos
del disfavor y aspereza,
y el ser único en desgracias
es la más civil miseria.

Mercad. Propias de vuestro valor
son prevenciones tan cuerdas;
porque el vencerse á sí mismo
es divina fortaleza.
En fe, pues, de lo que alabo
en vos, sabed que ya trueca
caducas felicidades
por posesiones eternas.
El gran Marqués don Francisco
la ambición y la soberbia
de un mestizo de un bastardo
que á su padre Almagro hereda
las locuras y la envidia
de otros traidores cabeza

le ha dado, sobre seguro,
en Lima, muerte violenta;
y como en los desatinos,
los insultos se encadenan,
contra su Rey y lealtad,
amotinando la tierra
tiranizaba aquel orbe,
hasta que los parches templa
el héroe Baca de Castro,
para que en él resplandezcan,
á un tiempo Marte y Apolo;
en las armas y en las letras,
pues, venciéndole con unas,
con las otras le sentencia,
sobre un funesto cadalso
á muerte que así escarmienta
el cielo temeridades
que la juventud despeñan.

FERNÁN. Llore tal pérdida España
que mi hermano no cumpliera
con su valor, á morir
de otra suerte; su tragedia
eternizará su nombre.
Amaneció en él apenas
el uso de la razón,
cuando siguió las banderas
del Católico Fernando;
y en Nápoles, dando muestras
de la luz de sus hazañas,
fama añadió á su nobleza.
Contra el rebelde alemán
sirvió al siempre invicto César,
oprimiendo victorioso
desatinos y blasfemias;
pasó después á las Indias
donde sacó verdaderas
las fábulas que de Alcides
hipérboles griegas cuentan;
pues si á los doce trabajos,
que ensalzan tantos poetas,
Hércules quedó divino,
para que los obscurezca
mi hermano, en aquellos orbes
no doce, infinitos prueba,
que crédito harán dudoso
cuando historias los refieran.
Con solo trece soldados,
(imitación verdadera
de Cristo y sus doce alumnos),
rindió á su Rey, á la Iglesia
la infinidad de gentiles,
que por naciones diversas
oprimidos del engaño
habitan más de mil leguas.
Rebeldes venció en Italia;
rindió luteranos belgas;
idólatras en las Indias
por él nuestra ley confiesan.
Faltaba oponerse agora
á la traidora insolencia
del padre y del hijo Almagros,
matáronle en la defensa
de su Rey, sus asechanzas,
porque faltando en la tierra
nuevos mundos que conquiste
juzgó su vida superflua
el cielo, entre los mortales,
por esa ocasión le lleva
á los triunfos que le aguardan
pisando glorioso estrellas.
Su muerte la fama envidie,
porque es de algún modo afrenta
que quien vivió entre las armas,
viejo ya, en la cama muera.

MERCAD. Decís bien; si á su lealtad
agora no se opusieran,
para eclipsar sus blasones,
descaminadas tinieblas.
Gonzalo Pizarro dicen
que aquellos reinos altera,
y que saliendo en campaña
mató á Blasco Núñez Vela,
primer Virrey del Pirú.
Duda el Rey inteligencias
que tendréis como su hermano;
y aunque de la lealtad vuestra
consta á todos y despacha
á aquellas parte su alteza
al de la Gasca, varón
de admirable industria (1).

FERNAN. Ya con esas cosas cesa,
que me lastiman el alma,
que el corazón me atraviesan;
me despedazan la vida,
los rigores de tu lengua.
¿Contra su Rey, don Gonzalo?
¿Mi sangre, aleve en sus venas?
¡No es posible que sea mía:
mintió la naturaleza!
¿Pizarro y traidor? Alcaide:
más fácil será que crea
que el sol retrocede líneas,
que el cielo desclava estrellas,
que el mar permite pisarse,
que su inmensidad se seca,
que sus profundos se habitan,
que son flores sus arenas.

MERCAD. Esto publica la fama;
si bien hay quien por él vuelva
y al Virrey eche la culpa,
cuya condición severa
en las Indias ha imitado
no sé qué ordenanzas nuevas,
que en general perjuicio
mandó ejecutar el César.
Nombróle el Reyno del Cuzco
Procurador, en defensa
de cuantos conquistadores
temen quedar sin la hacienda
que adquirieron sus hazañas,
si estas leyes, de que apelan,
en su agravio se ejecutan
y su valor no se premia;
suplicábale en su nombre
don Gonzalo, que á Su Alteza
representase los daños
que teme se sigan de ellas,
y que hasta la sobrecarta

(1) Así en el original; pero TIRSO quizás escribiría:

á don Pedro de la Gasca,
varón de admirable industria.

suspendiese con prudencia,
protector, amparo y padre,
resolución tan molesta.
Alteróse Blasco Núñez,
y añadiendo fuerza á fuerza
contra don Gonzalo se arma
y por traidor le condena;
él entonces, en virtud
de una cédula que alega,
(de Carlos Quinto en que le hace
merced que al Marqués suceda
en todo el gobierno Indiano)
al Virrey se la presenta
intimándole, que en tanto
que en la corte se resuelva
cuál gobierna de los dos,
su jurisdicción suspenda
y deje el dominio libre
de aquel Imperio, á la Audiencia.
Quiso prender los Oidores
Blasco Núñez, y ellos templan
los ánimos alterados
de la plebe y la nobleza,
y, viendo que es imposible,
si al Virrey gobernar dejan,
que el rigor de sus pasiones
aquellos orbes no pierda,
á una nave le retiran,
porque en España de cuenta
al Consejo, de los cargos
que ofendidos le procesan.
A don Gonzalo tras esto,
la Audiencia el gobierno entrega
hasta que, lo que el Rey mande
sobre este punto, se sepa.
Pero el Virrey, obligando
á los que preso le llevan,
en Trujillo desembarca,
forma ejército y presenta
la batalla á don Gonzalo
que, junto á Quito, en defensa
de su gobierno y su vida
al Virrey despojó de ella.
Si esto es ansí no es tan grave
su delito.

FERNAN. La nobleza,
amigo Alonso, á la sombra
de su Príncipe venera,
á sus ministros se humilla,
al nombre de su Rey tiembla,
á sus órdenes adora.
Tenga disculpa ó no tenga
mi hermano el Marqués, que en todo
mereció alabanza eterna,
siempre que en las fundiciones
del oro, la Real Hacienda
de sus quintos acendraba,
si por descuido, en la tierra
algún grano se caía,
con los labios, con la lengua
del suelo le levantaba
diciendo: «De esta manera
se han de venerar migajas
que pertenecen al César.»
¿Contra el Virrey, don Gonzalo?
¿Contra las Reales banderas?
¿Contra su nombre y milicia?
¡Ah, cielo, ah, fortuna, ah, estrellas!
Permítame el Rey venganzas,
déme á castigos licencia;
haréle pleito homenaje
de dar á esta cárcel vuelta
dentro un año, que yo solo
ocasionaré materias
al espanto, á las crueldades,
á la fama, á la experiencia;
de que si un Pizarro ha habido,
uno solo, entre la inmensa
propagación de mi sangre,
que á su príncipe se atreva,
hay otro que, derramando
la que envilece sus venas,
miembros bastardos castiga,
manchas limpia, infamias venga.
¿Agora yo detenido?
¿Preso yo agora? ¡Quién viera
á aquel bárbaro!

MERCAD. Fernando
¿qué es de la cordura vuestra?

FERNAN. ¿Sin honra, buscáis cordura?
¿sin fama, queréis prudencia?
¿sin crédito, áurea templanza?
¿sin opinión, hay paciencia?
Acrecentará desdichas
la fortuna, siempre adversa;
añadiera el Rey prisiones,
quitárame la cabeza,
y no el honor don Gonzalo,
que la verdad é inocencia
en el leal, no da fruto
si primero no se entierra.
Mas ya, Alonso, ¿con qué alivio
morirá quien tal bajeza
de su sangre participa?
No, cielos, ninguno crea
que de ese desatinado
los espíritus alienta.
Pizarra sangre es la mía,
engaño la continencia
de quien le parió á mi padre
pues da causa á la sospecha,
la que con unos liviana
que con otros no es honesta.

MERCAD. Ahora, amigo, aprovecháos
de vuestra templanza cuerda
en la presente desdicha
y advertid, que el Rey me ordena
que apriete vuestras prisiones,
y que á ninguno consienta
que os escriba, ni os visite;
como la fe se atráviesa
que debe al rey mi confianza,
ya juzgaréis si me pesa
el haber de hacer alarde
la lealtad de mi obediencia.
Prevenid vuestro valor,
porque según lo que aprietan
émulos, temo que está
vuestra vida en contingencia. *(Vase.)*

ESCENA V

DON FERNANDO.

Estuviéralo la vida
y no la reputación.
¡Ah, cielos! ¡Qué de pensión
paga la fama oprimida!
Felicidad conocida
gozara el hombre, si fuera
como el ángel, y pudiera
de los otros distinguirse
en especie, y atribuirse
á sí solo el mal que hiciera.
En aquel segundo instante
que el ángel de su albedrío
usó, cuando el desvarío
derribó al querub gigante;
su castigo el arrogante
y su premio el obediente
se granjeó solamente
sin tocar en otro alguno,
porque, en fin, era cada uno
de los otros diferente.
¿Pues por qué el rigor humano
querrá, con desdoro igual,
que participe el leal
los insultos de su hermano?
¿Gonzalo ¡cielos! tirano;
y que eclipse su vileza
tanto servicio y nobleza,
tanta lealtad española?
Mas sí, que una mancha sola
destruye toda una pieza.

ESCENA VI

Sale DOÑA ISABEL.—DICHO.

ISABEL. A despedirme de vos
me traen forzosos extremos;
pues dicen que nos veremos
esta sola vez los dos.
No quiere, Fernando, Dios,
dar á mi amor más reparos,
ni me vende menos caros
los gozos del mereceros,
pues, instantes de poseeros
compro á siglos de lloraros.
No sin ocasión temía,
al cabo de tantos años,
la ejecución de estos daños,
Fernando, la suerte mía;
lo mismo que apetecía
os rehusaba tantas veces,
no desprecios, ni altiveces,
sino el cuerdo recelar,
que en mí se habían de juntar
el tálamo y las viudeces.
Un año ha que os admití
al nombre de esposo y dueño,
pero muchos que el empeño
de estas desgracias temí;
adivinaba (¡ay de mí!)
la cortedad de mi suerte,
el daño que agora advierte,
y que era lance forzoso
el llamaros vos mi esposo
y el llorar yo vuestra muerte.
No anunciaban mejor fruto,
á advertirlo mi razón,
desposorios en prisión
que solemnidad de luto:
un año ha que os da tributo
la fe que medré en quereros,
porque en mis hados severos
los infortunios y males
son los bienes gananciales
que en dote pude ofreceros.

FERNAN. Dos muertes me dió el rigor
con solo un golpe cruel,
vos en el alma, Isabel,
y mi hermano en el honor.
Vos mi esposa, él agresor
contra la fe que he heredado.
Sin la fama, el desdichado
que afrentas cual yo recibe,
de balde en el mundo vive,
mejor parece enterrado.
Un año guardó el secreto
gozos, que sin merecer
mi amor, llegó á poseer
y á ocultar vuestro respeto;
si consiguieran su efeto
dichas, que ya adversidades
aumentan riguridades,
esperábamos los dos
libre yo y mi esposa vos
festejar solemnidades.
Uno y otro nos ha negado
mi estrella, en todo fatal,
que á ser yo menos leal
no fuera tan desdichado.
Todo el aprieto pasado,
con vos, dulce esposa mía,
tan gozoso me tenía,
que en mi prisión el juzgar
que se había de acabar,
me daba melancolía.
Desleal el mundo llama
á mi sangre, y fuera error
tener vos, mi bien, amor
á quien ya no tiene fama;
pega su vicio la rama
á cuanto se le avecina,
sola una piedra arruina
el templo más soberano;
¿qué mucho, pues, si mi hermano
mi crédito descamina?
Máteme el Rey, que un consuelo
llevaré en rigor tan grave,
y, es el ver que sólo sabe
nuestros amores, el cielo.
Viviréis vos sin recelo
de perder vuestra opinión,
y yo daré á la pasión
piedades, porque la muerte
dicen que tal vez convierte
la venganza en compasión.

ISABEL. Yo sé de mi pena fiera
que antes que llegue esa hora
os prevendré precursora
el sepulcro que os espera.

Seré en morir la primera,
y en vuestra patria querida,
á donde estoy de partida,
nos enlazará una suerte:
los cuerpos, allí la muerte;
las almas, allá la vida.
Reliquias de vuestro amor
aposentan mis entrañas,
traslado de las hazañas
que en vos malogra el rigor;
ojalá suerte mejor
que á vos el cielo la ofrezca,
y en él vuestra fama crezca,
porque á pesar de desdichas,
en el valor, no en las dichas
á su padre se parezca.
Pero, ¿por qué aumenta enojos
mi pena en vuestros agravios?
Enmudezca el dolor labios
y hablen mis ansias los ojos;
los brazos, para despojos
últimos, llegad á darme.

FERNAN. ¡Ay, mi Isabel! Si al dejarme
solo, en tan triste partida
con vos os lleváis mi vida;
no tiene el Rey qué quitarme.
Pero, ¿acabará consigo
que os ausentéis vuestro hermano?

ISABEL. Ya á mis ruegos está llano
en fe de ser vuestro amigo;
una novena le digo
que á Guadalupe ofrecí
por vos, y estando de allí
Trujillo cerca, un convento
podrá honestar el tormento
que es fuerza acabarme aquí;
si, en tan rigurosa empresa,
preso, el Rey manda mataros,
¿qué más dicha que imitaros
muriendo, como vos, presa?

FERNAN. ¿Tanto rigor, tanta priesa
al dividirnos los dos?

ISABEL. El alma queda con vos,
partir sin ella es forzoso.

FERNAN. ¡Ay, luz mía!

ISABEL. ¡Ay, caro esposo!

FERNAN. ¡Adiós, mi bien!

ISABEL. ¡Dueño, adiós! *(Vanse.)*

ESCENA VII

Salen DOÑA FRANCISCA *y* CASTILLO.

FRANCISCA.

¿En fin, va á Guadalupe
doña Isabel, mi hermana?

CASTILLO.

Ahora supe
que en devotas novenas
de don Fernando intenta aliviar penas.

FRANCISCA.

Piadoso es su camino
y el medio soberano;
mas mientras el favor busco, divino,
pretendo yo, Castillo, que el humano
de la industria se valga
porque tu dueño de este trance salga.

CASTILLO.

Las llaves que en la cera
imprimiste, coecharon
de suerte la codicia cerrajera
que, cuando se ensayaron,
adúlteras hicieron
las cerraduras que lugar les dieron.
Pero es tal la entereza
del preso, que tu amor, todo fineza
ver libre solicita,
que dudo que permita
lograr esta agudeza,
porque dirá, que si huye verifica
lo que la envidia falsa dél publica.
Yo á lo menos, señora, no me atrevo
á aconsejarle que su muerte escuse;
pues si las llaves que me des le llevo,
y sabe que á este engaño te dispuse,
mientras que á tus consejos le apercibo,
dudo que de sus manos salga vivo.

FRANCISCA.

No creas que la vida,
del hombre sobre todo, apetecida,
cuando en tal riesgo está, tenga en tan poco,
que Fernando esta vez sola sea loco.
No es deslealtad huir persecuciones
de mentiras, engaños y traiciones;
pues vivo tu señor y estando ausente
podrá desengañar al Rey, que agora
como empieza á reinar, aunque prudente,
lo mucho que á Fernando debe, ignora,
que el tiempo contra engaños y malicias
es padre de verdades y noticias,
y si la vida cara agora pierde
de los muertos, después, no hay quien se [acuerde.
Mas ven, que ya procura
mi amor, Castillo, traza más segura,
con que escusarte quiero
del ímpetu primero
de su enojo.

CASTILLO.

Celebre en tu hermosura,
igual á tu cordura,
España tu valor, para que imites,
del orbe maravillas
cuando á tu amante las prisiones quites
á la que al primer Conde de Castilla
sacó libre de riesgo semejante,
fiel á su esposo, como tú á tu amante. *(Vanse.)*

ESCENA VIII

Sale DON FERNANDO. *Luego* DOÑA FRANCISCA.

FERNAN. Tarde, cielos, á ver llego
que ha fundado la virtud
en las honras, la inquietud,
en el trabajo, el sosiego.

Ya con vista, si antes ciego,
puesto que el tiempo perdí,
conoceré desde aquí
que quien vanidades deja
cuanto más de ellas se aleja
más se va acercando á sí.
Nunca el alma tan cautiva
como cuando, toda sueño,
de otros se imagina dueño
pues de sí propia se priva;
nunca menos discursiva
que cuando en más dignidad,
porque la prosperidad
es madre de la torpeza,
como de la sutileza
la ingeniosa adversidad.
Esta prisión es mi escuela;
aquí enseña el escarmiento
materias al sufrimiento
que el necio estudiar recela;
aquí el peligro consuela,
la injuria enfrena sus labios,
vence la paciencia agravios
y atropella sin razones,
que solas persecuciones
sacan discípulos sabios.
¡Venturoso aquel que sabe
convertir lo malo en bueno
y transformar el veneno
en antídoto suave!

(Arrójale doña Francisca *desde arriba un papel y una llave de loba.)*

FRANCIS. En ese papel y llave,
Fernando, hallarás salida,
tu reputación y vida;
si es que estimas estas dos,
sé cuerdo.

FERNAN. ¡Válgame Dios!
¿Honra hasta aquí combatida?
¿Llave y papel? *(Cógelo.)* Dos asaltos
son del honor más crueles.
¿Cuándo no dieron papeles
á la opinión sobresaltos?
¿Qué importan los muros altos
si un poco de hierro sabe
abrir la cerca más grave
que la traición falseó?
Ni ¿qué puedo esperar yo
de un papel y de una llave?
Doña Francisca pretende,
en fe de lo mucho que ama,
que huyendo eclipse su fama,
pues su amor lealtades vende;
ignorante el que la enciende
de que es mi esposa Isabel,
la llave me ofrece infiel
que á mi fuga dé lugar;
mas ni ella me la ha de dar
ni aconsejarme el papel.

(Rásgale y arrójale.)

Lea en pedazos el viento
sospechosas persuasiones,
que quien escucha razones
ya las da consentimiento;
no parezca el instrumento
de esta traición, pues le arrojo.

(Arroja la llave al vestuario.)

Satisfaga el Rey su enojo
y sepa que, por no dar
á las malicias lugar,
morir inocente escojo.
¿Qué más la envidia quisiera,
sino que huyendo rigores
acreditara á traidores
y verdad su engaño hiciera?
Muriendo, mi fama espera
lo que vivo dificulta;
si mi inocencia está oculta
resucite mi lealtad
que, aunque entierren la verdad,
la virtud no se sepulta.

ESCENA IX

Tocan dentro chirimías y tiran cohetes. Dentro DON ALONSO MERCADO.—DICHOS.

MERCAD. No quede en la fortaleza
almena que no se vista
de luces; que, innumerables
con las del cielo compitan,
artificiales cometas
que, inquietando, regocijan,
tinieblas obscuras borden
de impresiones peregrinas;
músicas al vulgo alegren
que puesto que tanta dicha
agüen pesares caseros
lo más á lo menos priva.

FERNAN. ¡Válgame el cielo! ¿Qué nuevas
son las que al Alcaide obligan
á tales demostraciones?
¿De qué será esta alegría?
Siente, como amigo caro,
que envidiosos me persigan,
teme que el Rey me dé muerte,
mi inocencia patrocina;
¿y, en medio de estos desaires,
ostentaciones festivas
truecan recelos en gozos,
y contentos solemniza?
No sin causa los celebra.

MERCAD. *(Dentro.)* Los contentos de esta vida
para que no den la muerte
con el pesar se limitan.
Celebraremos mañana
las obsequias compasivas
de la malograda prenda
que la fortuna nos quita.
Córtense lutos groseros
que muestren en mi familia,
con demostración llorosa
mi justa melancolía;
vayan por mí á convidar
la nobleza de Medina,
porque mañana en las honras
deudos y amigos asistan;
prevénganse, para entonces,
Órdenes y Cofradías;
cubran el templo bayetas;
cera y pobres se aperciban;
el túmulo se levante;

no quede en toda la villa
campana que no se doble.

FERNAN. ¡Válgame Dios! Qué distintas
diligencias entretejen
acciones que atemorizan
¿fiestas á un tiempo y clamores?
¿Luto y galas? ¿Llanto y risa?
¿Si acaso ha dado la Reina
algún infante á Castilla,
de Carlos. Príncipe, hermano,
que asegure con su vista
la sucesión de estos reinos?
¿Si las flamencas provincias
á Filipo rebeladas
le reconocen vencidas?
¡Oh! quiera Dios que algo de esto
suceda, aunque pronostican
las tristezas que previene
trágico fin á mi vida.
Lutos, obsequias, campanas,
una prenda que lastima
á mi amigo don Alonso
con muestras tan compasivas,
¿quién duda de que se ordenan
por mí, y que el Rey determina
que esta noche me den muerte
y se vengue la malicia?
«Celebraremos mañana
las obsequias merecidas
(dijo mi amigo el Alcaide)
al bien que el cielo nos quita.»
De su amistad me prometo
las finezas, que le obligan
á lo que en estas razones
su pesar me significa.
Si es ansí esta noche muero,
quien con el papel me avisa
y con la llave me alienta,
¡bien mis riesgos adivina!
Pude y no quise librarme;
permanezca mi honra limpia
que al morir, tarde ó temprano,
es en todos común dita.
¡Ojalá salgamos ya
de las manos de la envidia
y libre de aduladores
vuelva á nacer mi justicia.
Ella ampare mi inocencia
que, siempre, de las cenizas
de leales mal premiados
las verdades resucitan!

ESCENA X

Salen de luto DON ALONSO MERCADO, DOÑA FRANCISCA, DON GONZALO VIVERO *y* CASTILLO.

MERCAD. Amigo, dispuso el cielo
con providencia divina,
como las fábulas cuentan:
(que, en efecto moralizan
los sucesos de los hombres)
que imitase nuestra vida
á una tela, que las Parcas
de varios colores hilan.
Si todo fuera dichoso,
como siempre desatinan
al hombre felicidades
y al soberbio precipitan,
¿quién con él se averiguara?
Si todas fueran desdichas,
más valiera nacer bruto,
peñasco, ó planta sin vida.
Tejió de lanas opuestas
nuestra duración fallida
el influjo de los cielos
que en lo mortal predominan;
ya los males, ya los bienes
mezclan diferentes listas,
más, como aquellos son tantos
poco estotros se divisan.
Fernando, empezar intento
á contar vuestras desdichas,
guardándoos para la postre
nuevas que os den alegría.
Murió Gonzalo Pizarro,
con lástima de las Indias,
á las manos del rigor
que ciego, tal vez castiga,
lo que amigos le engolfaron
en acciones, que peligran
cuando á los jueces se oponen
que el nombre Real apellidan,
dejándole al mejor tiempo
imitaron las hormigas
que huyendo las tempestades
la prosperidad esquilman.
Degollóle la entereza
que, atada á la ley, no mira
que el sumo celo en los cargos
sella la suma injusticia.
No pocos son en su abono
que, disculpándole afirman
la lealtad con que á sus plantas
el cetro ofrecido pisa.
Gobernador de aquel Reino
era por cédula y firma
del César, y de la Audiencia
que vino entonces á Lima.
Si es ansí ¿qué deslealtades
los envidiosos le intiman,
cuando, en nombre de su Rey,
defiende lo que conquista?
En efecto, en opiniones
la suya está dividida,
si sus émulos le cargan
los benévolos le libran.
No ha dejado descendencia
y así esta mancha no eclipsa
la sangre que dél nos toca.
¡Fenezca en él su mancilla!
Murió ¡ay cielos! Isabel
de congojas oprimida
que vuestros riesgos causaron,
porque el amor homicida
cuando aquilata finezas
á Roma las Porcias quita,
para que celebre España
como Caria otra Artemisa;
encerróse en un convento
de Trujillo, en que cautiva
por su propia voluntad

dió renombre á sus cenizas:
esposa vuestra se nombra,
yo os la ofrecí, aunque creía
que para tiempos más claros
el valor que os acredita
los tálamos reservara:
más, como amor todo es prisa
no me espanto que en prisiones
congojas su fuego alivia.
La herencia que me ha dejado
es un angel, en una hija,
perla del nácar honesto
que mi casa ha de hacer rica;
criaréla como vuestra,
pues la carta en que me avisa
que en secreto os desposó
su calidad legítima.
Yo espero en Dios que por ella
con estrella más propicia
goce España descendencias
que ilustren muchas familias.
Todo esto hasta aquí, Fernando,
es pesar, son compasivas
nuevas, que el alma os congojen,
penas que el pecho os aflijan.
Pero, ya en las tempestades
que os persiguieron prolijas
el San Telmo se aparece
que bonanzas certifica.
Filipo, prudente, santo,
á pesar de las malicias
de vuestros perseguidores,
cuando más os fiscalizan,
conoce vuestras lealtades,
lo que os debe en las conquistas
prodigiosas, que á sus plantas
le postra coronas Ingas;
la fidelidad, prudencia
y valor que os eterniza
tanto, que contra los tiempos
aras la fama os fabrica,
libertad noble os concede,
la hacienda, que detenida
por su fisco y sus embargos
creyó el engaño oprimirla,
que os restituyan ordena,
y la fortuna corrida,
confiesa que á vuestras plantas
es bien que su rueda os rinda.
A esta causa son las fiestas
que estas comarcas convidan,
si bien, funestos malogros
que de mi hermana nos privan,
mezclan los gozos con llantos,
demostraciones festivas
con lutos que, lastimosos,
compasiones solicitan.
Débeos alardes alegres
mi amistad, ya convertida
en nobles afinidades;
debo á mi Isabel querida
el sentimiento presente.
Llorad pérdida tan digna
de lástimas amorosas,
y alégreos la conseguida
libertad; saldrán á un tiempo
lágrimas, Fernando, ambiguas,
que, afirmando lo que niegan,
derramen pesar y risa.

FERNAN. Tan costosa libertad,
Alfonso, no es conseguirla,
es perderla. ¡Ojalá el cielo
trocara suertes y viva
mi cara esposa acabaran
con mi muerte apetecida!
Desgracias que ahora empiezan
más fieras y ejecutivas
sin mi Isabel, sin mi esposa.
¿De qué valor, de qué estima
será el vivir?

MERCAD. Don Fernando,
ya Isabel en las delicias,
estrellas pisando, entre ellas
riesgos caducos olvida;
su virtud nos lo promete,
y vuestro amor os obliga
á celebrar las mejoras
que goza en más quietas Indias.
El de la Gasca ha enviado
á España á vuestra sobrina,
del Marqués, hermano vuestro,
única heredera é hija;
su retrato hasta en el nombre,
pues llamándose Francisca,
mezcla, para nuevas famas,
los Pizarros con los Ingas.
El Rey casarla pretende
con un Grande de Castilla,
y para hacerlo, en su Corte
la aguarda desde Sevilla.
Licencia trae para veros,
y hoy he tenido noticia
que, en fe de lo que desea,
mañana entrará en Medina.
Amigo, pues que los hados
quieren en una hora misma
lloréis bodas y viudeces
de vuestra Isabel querida,
juntad segunda vez sangre,
añudad quebradas líneas,
dad á vuestro hermano nietos
porque eterno en ellos viva.
Dispensaciones remedian
estorbos, cuando encaminan
los cielos felicidades
que á tanto blasón aspiran.
Consolará su belleza
los pesares que os lastiman
con pérdidas restauradas
en vuestra hermosa sobrina.

FERNAN. Tal fineza de amistades
sólo es de un Mercado digna,
que, por mis dichas y medras,
las suyas propias olvida.
Consultaréme á mí mismo:
pero, entre tanto que elija
lo que mejor pueda estarme,
sabed que á doña Francisca,
vuestra hermana y mi señora,
está la palabra mía
empeñada, y que he de darla
prenda ilustre que la sirva.
Ya sabéis vos lo que debo
á la fe y amistad limpia

de don Gonzalo Vivero,
y que desde el primer día
que los dos la profesamos,
las almas juntas y unidas
á pesar de adversidades,
puesto que estas examinan
los amigos, le han mudado;
su nobleza es conocida,
su valor sin semejante.
Vivero, porque yo viva
contento, su esposo sea,
que como esto se consiga,
imposible de pagaros
obligaciones antiguas,
añadís otras mayores.

MERCAD. Esta será nueva dicha
para mi honor y mi casa.

VIVERO. Vuestra mano me permita (*A ella.*)
honrar mis labios en ella.

FRANCIS. Mi voluntad reducida
al imperio de mi hermano,
por dueño es bien que os reciba.

MERCAD. Vamos, pues, y celebremos
las obsequias en Medina,
de aquel angel malogrado
que eternas luces habita;
y aprenda el prudente, cuando
envidiosos le persigan,
en don Fernando, pues vence
la lealtad siempre á la envidia.

COMEDIA FAMOSA

ANTONA GARCÍA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

Reina Católica.
Marqués de Santillana.
Almirante de Castilla.
Antonio de Fonseca.
Malduerme, *pastor*.
Cuatro soldados.
Juan de Ulloa.
Antona García.
Juan de Monroy.
Bartolo, *pastor*.
Doña María Sarmiento.
Centeno, *pastor*.
Cuatro labradores.
Músicos.
Cuatro caballeros.
Conde de Penamacor.
Don Basco.
Cuatro pasajeros.
Gila, *pastora*.
Pero Alonso.
Cuatro castellanos.
Cuatro portugueses.
Chinchilla, *soldado*.
Fernando, *rey*.
Una ventera.
Velasco, *soldado*.
Don Alvaro de Mendoza.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Marchando la Reina, *el* Mariscal, *el* Almirante *y* Antonio de Fonseca, *con otros soldados.*

Reina. No nos recibe Zamora;
que el mariscal y su hermano,
Valencias en apellido,
portugueses en los bandos,
se han apoderado della.
Castronuño nos ha dado
con las puertas en los ojos,
por Alfonso, lusitano,
enarbolando pendones.
Toro se muestra contrario
al derecho de mi reino,
y leales desterrando
de la ciudad, Juan de Ulloa
por el marqués, animado,
de Villena, determina
dar al portugués amparo.
Doña María Sarmiento,
su mujer, vituperando
su misma naturaleza,
en el acero templado
trueca galas mujeriles;
plaza de armas es su estrado,
sus visitas, centinelas,
y sus doncellas, soldados.
Todos á Alfonso apellidan,
por reina legitimando,
á doña Juana, su esposa,
por muerte de Enrique cuarto,
mi hermano, que tiene el cielo:
sabiendo que á don Fernando,
mi esposo y señor, y á mí
los ricos hombres juraron
por Príncipes de Castilla
en los Toros de Guisando.
Mas ciégalos la pasión
y el interés. No me espanto:
la inocencia está por mí;
los más nobles castellanos
mi justicia favorecen;
la verdad deshará agravios.
Mis tíos, el Almirante
de Castilla, con su hermano
el conde de Alba de Aliste,
por mí arriesgan sus estados.

Toda la casa Mendoza
y el Cardenal, fiel y sabio,
don Pedro (que es su cabeza),
de Enrique testamentario,
por su reina me obedecen.
Reconóceme vasallo
don Rodrigo Pimentel,
en cuya experiencia y años
justifico mi derecho,
y en Benavente ha mostrado
contra quinas portuguesas
la lealtad que estima en tanto.
La casa de Guzmán tengo
en mi ayuda, y la de Castro,
con el duque de Alburquerque
que noble sigue mi campo.
Lo principal de Castilla
y León, vituperando
acciones de los inquietos,
rehusan reyes extraños.
Pocas ciudades me niegan.
En Burgos está sitiando
la fuerza el Rey, mi señor;
si Toledo es mi contrario,
su arzobispo le violenta,
(con ser él por cuya mano
fuí Princesa de Castilla).
Mal parecen en prelados
mudanzas escandalosas,
y peor en viejos que, varios
son, por seguir sus pasiones,
á sus consejos ingratos.
¿Qué importa que el de Villena
en armas ponga su bando
con Girones y Pachecos,
Ponces, Silvas y Arellanos?
Los Cabreras y Manriques,
los Cárdenas y Velascos,
valientes se les oponen,
resistiendo los hidalgos.
Dios ampara mi justicia,
ricos hombres, no temamos;
la verdad al cabo vence,
no la pasión. Marche el campo.

ALMIRAN. A valor tan generoso;
cuando fuera menos claro
el derecho que á estos reinos
intentan negar livianos;
cuando mi padre no fuera
agüelo del rey Fernando,
rey natural de Aragón,
de nuestra España milagro,
y una misma nuestra sangre,
el esfuerzo soberano
de esa virtud atractiva,
no los hombres, los peñascos
llevara, invicta Isabela,
tras sí. Mi vida, mi estado
ofrezco á vuestro servicio.

REINA. Tío Almirante, el reparo
de mi reino estriba en vos.

MARQUÉS. Yo, gran señora, no aguardo
sino ocasiones que muestren
la fe y lealtad con que os amo.
No os den recelo las quinas
portuguesas, si intentaron
ofenderos, que por vos
ya la fortuna echó el dado.
No rebeldes os asombren,
que sin justicia son flacos
ejércitos enemigos,
y ella sobra contra tantos.
Seis mil montañeses deudos
en vuestro servicio traigo;
si no bastan, haced gente,
vended mi Hita y Buitrago.

REINA. Vuestra persona, Marqués
de Santillana, es espanto
de todos nuestros opuestos;
con ella sola yo basto
á conquistar nuevos mundos.
Al Cardenal, vuestro hermano,
como á padre reverencio,
que es pastor discreto y santo.

ANTONIO. Yo, en nombre de los demás,
invicta señora, salgo
fiador que fieles sabremos
morir, pero no olvidaros.

REINA. Don Antonio de Fonseca,
de vuestros antepasados
heredastes generoso
lealtad y valor hidalgo.
Marchemos á Tordesillas,
que en ella el socorro aguardo
del conde de Benavente.

TODOS. ¡Viva Isabel y Fernando!

(Suenan dentro gaita y tamboril y fiesta.)

REINA. Aguardad. ¿Qué fiesta es esta?

ANTONIO. Una boda de villanos,
que en este pueblo vecino
sale á festejar á el prado.
Tengo en él alguna hacienda;
y aunque no son mis vasallos,
como señor me obedecen.
Habíanme convidado
á que fuese su padrino;
pero en negocios tan árduos
dejé, por lo más lo menos.
Entretuviérase un rato
vuestra alteza, á no venir
con la prisa y los cuidados
que la guerra trae consigo;
porque sencillos y llanos,
causan gusto sus simplezas;
mas no es tiempo de hacer caso
de rústicos pasatiempos.

REINA. No, don Antonio, hagan alto,
que adonde á vos os estiman,
pretendo yo con honrarlos
que sepan en lo que os tengo.
Lícito es en los trabajos
buscar honestos alivios,
que un pecho real es tan ancho
que pueden caber en él
aprietos y desenfados.
Gocemos la villanesca.

ANTONIO. Pues es la novia milagro
de las riberas del Duero,
y hay della sucesos raros.
Asombra con la hermosura
á cuantos la ven, y tanto,
que de Toro y de Zamora
generosos mayorazgos
se tuvieran por felices

de que, dándola la mano,
disculpara su belleza
algún ribete villano.
Mas es de suerte el extremo
en que estima su ser bajo,
que antepone el sayal pobre
á las telas y bordados.
Sus fuerzas son increíbles:
tira á la barra y al canto
con el labrador más diestro,
y hay carretero de Campos
que rodeando hartas leguas
por verla, desafiados,
á los dos tiros primeros
perdió las mulas y el carro.
Llevaban á ajusticiar
en Toro á un su primo hermano,
y al pasar junto á un convento,
llegándose paso á paso,
cogió al jumento y al hombre,
y llevándole en los brazos,
como si de paja fueran,
los metió en la iglesia á entrambos.
Echáronle los alcaldes
en su casa seis soldados,
que aunque labradora es rica,
y dándoles los regalos
caseros que un pueblo tiene,
porque no se contentaron,
cogió del fuego un tizón,
obligándolos á palos
á que en el corral se echasen
dentro de un silo, y cerrados
con la trampa en él los tuvo
hasta la mañana, dando
un convite á los gorgojos,
que el hambre en ellos vengaron.
Si me juzga vuestra alteza
en esto demasiado,
la boda sale al encuentro.
Porque vea que la alabo
con razón, experimente
en la novia dos contrarios
de hermosura y fortaleza
y en lo uno y otro milagro.

ESCENA II

Música de aldea. Labradores y, entre ellos, BARTOLO *y* CARRASCO: *detrás. de las manos,* ANTONA GARCÍA *á lo labrador, de novia, y* JUAN DE MONROY, *también labrador.*—DICHOS.

TODOS. (*Cantan.*) «Más valéis vos, Antona,
que la corte toda.
UNO. De cuantas el Duero
que estos valles moja
afeitando caras
tiene por hermosas,
aunque entren en ellas
cuantas labradoras
celebra Tudela.
TODOS. Más valéis vos, Antona.
OTRO. Sois ojiesmeralda,
sois cariredonda,
y en fin, sois de cuerpo
la más gentilhombra.
No hay quien vos semeje,
reinas ni señoras,
porque sois más linda.
TODOS. Que la corte toda.
Más valéis vos, Antona,
que la corte toda.»
ANTONIO. Llegad, Antona García,
con vuestro esposo á besar
los pies á quien quiere honrar
vuestras bodas este día.
La Reina, nuestra señora,
esta merced gusta haceros.
ANTONA. A la mi fe que con veros
tan apuesta y guerreadora,
nos dais de quien sois noticia.
Mal haya quien mal vos quiere,
y quien viéndoos no dijere
que vos sobra la justicia.
Todos los puebros y villas
que por aquí se derraman
la Valentona me llaman,
porque no sufro cosquillas;
no las sufráis vos tampoco,
pues Dios el reino os ha dado
que os viene pintiparado,
y quien lo niega es un loco.
Para ser emperadora
del mundo érades mijor,
pues venís, por dar amor,
con cara de regidora.
No es comparanza el abril
con vos, aunque lo encarecen;
vuesos dos ojos parecen
dos matas de peregil.
Toda vuesa cara es luz
que encandila desde lejos,
vuesos cabellos bermejos
parecen al orozuz.
De vuestra vista risueña
no hay voluntad que se parta;
gloria es veros carîharta
honrar la color trigueña.
En las dos mejillas solas
miro, segun son saladas,
rosas con leche mezcladas,
ó cebollas é amapolas.
Yo tengo el pergeño bajo;
más díganme los presentes
si igualen á vuesos dientes
los brancos dientes del ajo.
Pues ¿y el talle y la cintura?
Estas cuatro higas os doy,
que á la fe que loca estoy
viendo vuesa catadura.
REINA. Y yo, Antona, agradecida
al amor que me mostráis:
con sencillas muestras dais
señales de bien nacida.
ANTONA. Nuesa Señora del Canto
mi feligresía es;
en ella nací de pies,
dando á la comadre espanto.
Bautizáronme en su igreja;
mire ella si bien nací:
hidalga no, pero sí
sin raza y cristiana vieja.
REINA. ¿Y quién es el desposado?

ANTONA. Hinojaos, Juan de Monroy.
MONROY. (*De rodillas.*) Yo el novio, señora, soy
de la Antona á su mandado,
y en la ciudad también moro.
REINA. Pues ¿por qué en este lugar
os salís á desposar
si sois vecino de Toro?
MONROY. Tenemos la hacienda acá
y este puebro está mijor
para cuidar la labor.
Además que por allá
la ciudad toda está llena
de bandos que el rey derrama.
REINA. ¿Cómo este pueblo se llama?
ANTONA. ¿Quién? ¿éste? Tagarabuena.
REINA. Dios os haga bien casados.
MONROY. Mantenga Dios su presona.
REINA. Tomad esta joya, Antona,
(*Dale una cadena.*)
que si salgo de cuidados,
yo me acordaré de vos.
ANTONA. Más hijos para y más hijas
que tien la sarta sortijas,
y sean de dos en dos,
papas reinando á la par,
y el mayor el puesto ocupe
de Prior de Guadalupe,
que no hay más que desear.
BARTOL. Señora, si porque solo
se casa Antona García,
la ha dado su Reinería
cadenas, yo so Bartolo,
que huera marido ya
á topar á quien querer;
más cuando no haya mujer
no falta son la mitá.
Media cadena la pido
hasta que Gila me chera;
pues si Antona es novia entera,
Bartolo es medio marido;
y encadenados quizá
Gila y yo, haremos de modo
que después casado y todo
vaya por la otra mitá.
LABR. 1.° ¡Quita, necio!
IDEM 2.° ¡Bestia, calla!
BARTOL. Quitaos vos y callá vos.
Verá. Pues ¿no hay más de dos
maridos de media talla?
Pintadas vi muchas veces
figuras (verdad vos digo)
como hombres hasta el lombligo,
que de allí abajo son peces,
y yo en viéndolos decía:
medio maridos serán
que de noche huera están
y en casa duermen de día.
REINA. Antona, ya estáis casada;
vuestro esposo es la cabeza;
id con la naturaleza
en sus efectos templada.
No hagáis de hazañas alarde,
porque el mismo inconveniente
hallo en la mujer valiente
que en el marido cobarde.
Olvidad el ser bizarra,
viviréis en paz los dos;
aliñad la casa vos,
mientras él tira la barra.
No os preciéis de pelear,
que el honor de la mujer
consiste en obedecer,
como en el hombre el mandar,
y vedme cuando entre en Toro.
ANTONA. Por ser vueso ese consejo,
desde hoy mis bravuras dejo,
que á la mi fe que os adoro.
Mas, Reina, también vos digo
que en dando en cabecear,
quien no vos deja reinar
y vos persigue enemigo,
si en vuestro favor tomare
armas, no os dé maravilla,
que ha de ser vuestra Castilla,
pésele á quien le pesare.
En cuanto esto, no me pasa
por el pensamiento ser,
como me mandáis, mujer,
la cabeza sí de casa.
Obligada estoy por vos,
y he de pagar á quien debo;
la sarta que al cuello llevo
mos encadena á los dos.
Mande y rija mi marido,
pues Dios su yugo me ha puesto,
pero no me toque en esto,
que no será obedecido;
que en siguiendo armas tiranas
contra vuesa real corona,
entonces á fe de Antona,
que han de ir rocín y mazanas:
perdone padre y marido.
REINA. A ser todos como vos
no hubiera guerras, adiós.
ALMIRAN. ¡Brava mujer!
REINA. Yo he tenido
con ella un alegre día.
ANTONA. Bailemos y despidamos
la reina con fiesta.
REINA. Vamos,
notable Antona García.
(*Vanse y cantan los villanos.*)
TODOS. (*Cantan.*) «Por Morales van á Toro,
por Tagarabuena y todo.
UNO. Si á ver iban sus amores
por Morales los pastores,
las zagalas cogen flores
del Duero entre arenas de oro.
TODOS. Por Tagarabuena y todo.»

ESCENA III

Quédanse BARTOLO *y* CARRASCO.

BARTOLO. Carrasco, oid si os agrada.
CARRAS. ¿Qué tenemos?
BARTOLO. Dame pena
que Antona lleve cadena
por sólo que esté casada,
y Gila por no querer
conmigo matrimoniar,
en el puebro dé qué habrar
y mi amor eche á perder.
CARRAS. ¿Qué, en fin la tenéis amor?

BARTOLO. Yo no sé si es amorío
este desconcierto mío,
si es angustia, si sudor.
El pecho se me basuca
y me dan ciciones luego.
Si esto es amor, dole al huego,
que pardiez que es mala cuca:
si vuesa edad no me endilga
lo que es, abridme la huesa.
CARRAS. Bartolo, celera es esa.
BARTOLO. Estó hecho una pocilga
de celos, que por ser tercos,
poner al hombre de lodo
y andar gruñéndolo todo,
se comparan á los puercos.
CARRAS. Pues bien, ¿y ella sabe acaso
que la amáis?
BARTOLO. Sí.
CARRAS. Bueno está;
¿y habeisla habrado?
BARTOLO. Verá:
pullas la echo á cada paso.
CARRAS. Pescudo si la habéis dicho
vueso amor.
BARTOLO. Por comparanzas,
y ayer cerniendo las granzas
la declaré mi capricho.
CARRAS. ¿De qué modo?
BARTOLO. Darvos quiero
relación de esa demanda:
ya vos veis del modo que anda
el gaticinio en Enero.
Estaba una gata bisca
con cierto gato rabón
allá en el caramanchón,
éste tierno, la otra arisca.
Cual si le pegaran ascuas
y en su lenguaje gatuno
se decían cada uno
los enombres de las Pascuas.
Porque si explicallos quiero,
siempre que el gato maullaba
de maullera la llamaba,
y ella con *fuf*, de fullero.
En fin, con gritos feroces
andaban dando carreras,
que gatos y verduleras
sus faltas se echan á voces.
Escuchábalos allí
Gila, envidiosa de verlos,
y yo, que iba á componerlos,
la manga ¡pardiez! la así
para que no se me escape,
y como su amor me afrige,
miz, hocicándola, dije.
CARRAS. Y ella, ¿qué os repuso?
BARTOLO. ¡Zape!
y imprióme tal aruño
que el carrillo me pantó.
Agarréla entonces yo,
más ella cerrando el puño,
escopir hizo dos muelas
deshaciéndome un carrillo.
CARRAS. Hizo bien, porque un gatillo
de ordinario es sacamuelas;
y ese hué lindo favor.
BARTOLO. ¿Lindo? A otros dos, si me toca,
despobláreme la boca;
pero otro me hizo mayor.
CARRAS. ¿Mayor? ¿Cómo?
BARTOLO. Hué al molino,
y yo tras della antiyer,
y acabado de moler
llegué á cargarla el pollino,
y cuando el costal le pongo
dos yemas sin clara echó,
y á la primera que vió,
dijo: ¡pápate ese hongo!
Yo como la ví burlar,
las manos la así y beséselas,
y aruñómelas y aruñéselas
y volviómelas á aruñar.
Tiróme una coz después,
pronóstico de una potra,
y yo tirándola otra
jugamos ambos de pies.
Y durando el retozar,
volvióme dos y aparéselas,
y tirómelas y tiréselas
y volviómelas á tirar.

ESCENA IV

Dichos, y sale hilando ANTONA.

ANTONA. ¡Alto! al ganado, Bartolo,
que bueno de boda ha estado.
BARTOLO. ¡Mas matalla! ¿hoy al ganado?
ANTONA. Sí, que le dejaste solo,
y están cerca los majuelos
del cura, y si se entra allá,
la guarda los prenderá.
BARTOLO. No nos faltaban más duelos.
¿Hoy, que sois novia, hiláis vos
y á mí al hato me enviáis?
Temprano en casera dais;
enriqueceréis los dos.
Dejad que llegue mañana
y holguémonos entretanto.
ANTONA. Hoy, Bartolo, no es disanto;
mas gastemos la semana
en fiestas. Donde no hay renta
trabajar es menester.
Casera pretendo ser,
si he sido hasta aquí valienta:
¿el sermonador no puso
ayer una comparanza,
que como al reye la lanza
honra á la mujer el huso?
BARTOLO. Sí.
ANTONA. Pues las alforjas saca,
que yo hago lo que debo.
BARTOLO. Vaya, cedacico nuevo,
el primero día en estaca.
ANTONA. A estercolar fué mi Juan.
No me repliques, camina;
echa en la alforja cecina,
cebollas, nueces y pan,
y al hato con la mochila.
(Vase cantando.)
BARTOL. «Hilandera era la aldeana;
más come que gana, más come
que gana:
¡Ay!, que hilando estaba Gila;

más bebe que hila, más bebe
que hila.»

ESCENA V

Salen á lo soldado el Conde de Penamacor *y* Don Basco.

Penamacor.

Llaman á Alfonso Quinto desde Toro,
que ya á Zamora con su campo llega;
y aunque el partido de mi rey mejoro,
si esta plaza que es fuerte se le entrega,
como la fe con que le llama ignoro
y tanta gente de Castilla niega
de Alfonso y doña Juana el real derecho,
primero es bien que quede satisfecho.
Bien es verdad que siendo nuestro amigo
Juan de Ulloa, que tiene tanta mano
en la ciudad, y deja á don Rodrigo
contrario en opinión, con ser su hermano,
nos asegura; pero siempre sigo
el parecer de Cipión romano,
que el que cree su contrario, brevemente,
cuando falta el remedio, se arrepiente.
Capitán general, de mi rey tengo
á mi cargo su ejército, y procuro
facilitar estorbos que prevengo,
que en reino extraño nadie está seguro.
Para esto á Toro de Zamora vengo,
porque amparado del silencio obscuro,
cuando anochezca deje asegurada,
sin tratos dobles, á mi rey la entrada.

Basco.

Muestra el valor en eso Vueselencia
que á su sangre azañosa corresponde.
Más victorias alcanza la prudencia
que la osadía cuando no la esconde
el consejo que anima á la experiencia.
Ramo es del tronco real, y por su Conde
Penamacor le estima; en su milicia
nuestros reyes alientan su justicia.
Hija del Cuarto Enrique es doña Juana:
¿qué pretende Isabel, si el reino hereda
en Castillla la hija y no la hermana,
por más que la pasión en ella pueda?

Penamacor.

Reparad, dejando eso, en la villana,
don Basco, que al encuentro nos hospeda
en el alma con vista enamorada,
ojos las puertas, gloria la posada.
¿Vistes en Portugal más hermosura?

Basco.

¡Qué divina mujer!

Penamacor.

Parca es hilando
libertades, que fundan su hermosura
en los labios, que vidas están dando
á los copos que tocan. ¿Ya procura,
cuando Isabel no hubiera ni Fernando
con mi rey en Castilla opositores,
mezclar mi dicha hazañas con amores?
Retiraos entretanto que anochece,
don Basco, por el márgen dese río,
que quiero hablar con ella.

Basco.

Bien parece
que es amor portugués.

Penamacor.

Es desvarío.
¿Hay hilandera igual?

Basco.

Mientras que crece
sombras el sol, que en el ocaso frío
da á púrpuras de luz bosquejos de oro,
allí te aguardo para entrar en Toro. *(Vase.)*

ESCENA VI

Sale Antona *con delantal blanco y saca* Gila *rastrillo y lino; y siéntase* Antona *y rastrilla.*—Dicho.

Antona. Dame, Gila, que rastrille,
que no tengo ya que hilar.
¡Oh, qué tela que he de echar!
Penama. Amor sus penas humille
á tan superior belleza.
Antona. Aquí á la puerta veré
el campo y rastrillaré
con gusto hasta que anochezca.
Echa berzas y cebolla,
que vendrá de la labor
alentado tu señor;
y después de Dios, la olla.
(Vase Gila; *canta* Antona *y rastrilla.)*
«Rastrillábalo la aldeana
y ¡cómo lo rastrillaba!»
Penama. Si merece un pasajero
hallar, bella labradora,
mientras se llega la hora
de picar y un compañero
llega, por ser forastero
la gracia en vos, que esa cara
pregona, os acompañara
una alma, que en vuestros ojos,
aliviando sus enojos,
congojas tristes repara.
Si gustáis, le aguardaré
aquí, que presto vendrá.
Antona. Pues á mí, ¿qué se me da
que se vaya ó que se esté?
Pésame de verle en pie.
En casa no hay otras sillas
si dos ó tres de costillas.
Gila, saca la mejor
en que se asiente el señor.
Penama. Mejor fuera de rodillas.
Antona. Eso en la igreja al altar.
Gila. Esta es la mijor que he hallado.
(Saca una de costillas Gila, *pónela y vase.)*
Antona. Pósese si está cansado.
Penama. Mal puede amor reposar
cuando comienza á penar.
Antona. ¿Está malo?
Penama. Y lo desea
mi dicha.
Antona. Pues en la aldea
no hay doctor, si está doliente;

Dios mos mata soldemente.
No me estorbe la tarea. *(Canta.)*
«Rastrillábalo la aldeana», etc.

PANAMA. Advertid que rastrilláis
entre ese dichoso lino
un corazón peregrino
que cruel martirizáis.
Con una flecha el amor
hiere, no con tantas juntas;
vos, que ejércitos de puntas
multiplicáis, ¿no es rigor
que hiráis con armas prohibidas,
y con ojos bandoleros,
halaguéis á pasajeros
para quitarles las vidas?

ANTONA. Señor, poco de arrumacos,
que no se usan por acá.
Al compañero esperá
callando; que son bellacos
labradores, y sospechan
mal de todo palaciego,
y apenas habran que luego
cuidan que puyas mos echan.
Guardáos de gente villana
que no se sabe burlar,
y dejadnos trabajar. *(Canta.)*
«Rastrillábalo la aldeana», etc.

PENAMA. No afrenta en el trato hidalgo
la plática que entretiene.
Mientras que el que espero viene
gastemos el tiempo en algo.
Poco os puede deslucir
hablarme en este lugar:
del hombre es enamorar,
de la mujer resistir.
¿Qué importa que así pasemos
aqueste rato los dos?
No sois tan liviana vos
que os han de ablandar extremos,
principalmente de quien
tan presto se ha de ausentar.

ANTONA. Todo huésped se ha de honrar;
en eso habéis dicho bien.
Yo consentí la ocasión,
y así es fuerza el admitilla.
Quien en su casa da silla,
se obliga á conversación.
No falta en los labradores
cortesía, aunque grosera;
apartad la silla afuera
y no me tratéis de amores,
que eso nunca es permitido
en quien tiene dueño va,
y en lo demás conversá.

PENAMA. ¿Dueño tenéis?

ANTONA. Y marido.

PENAMA. ¡Ay, cielos!

ANTONA. Con esto atajo
principios que amor ignora,
pues casada y labradora,
ya veis si tendréis trabajo
en lo que nunca ha de ser.

PENAMA. ¿Casada, amor? ¡Bueno quedo!

ANTONA. Ea, empezad, que bien puedo
rastrillar y responder.

PENAMA. ¿Qué conversación no es vana
estando casada vos?

ANTONA. Pues casada estoy, adiós. *(Canta.)*
«Rastrillábalo la aldeana», etc.

PENAMA. Ahora bien, fuerza es pasar
el tiempo del mal lo menos.
(Ap.) ¡Ay, dulces ojos morenos,
la muerte me habéis de dar!
(A ella.) Yo tuve amor en mi tierra...

ANTONA. Ya vos digo que dejéis
amores, y que contéis
otra cosa.

PENAMA. ¿Qué?

ANTONA. ¿No hay guerra?
Está abrasada Castilla
en competencia mortal;
viene el rey de Portugal
con gente á ocupar su silla,
y siendo vos caballero
y yo á la guerra inclinada
¿os falta qué hablar?

PENAMA. La espada
fué mi profesión primero
que uso de razón tuviese.

ANTONA. Tratad de la guerra, pues.
¿Sois de acá?

PENAMA. Soy portugués.

(Levántase Antona.)

ANTONA. ¿Portugués? Pues aunque os pese
han de reinar Isabel
y Fernando, en nombre el Quinto.

PENAMA. ¿Fernando?

ANTONA. Como os lo pinto,
y yo de morir por él.
Si sois de enemigo bando,
perdonad, que á fe de Dios
que he de comenzar por vos.

PENAMA. Reine Isabel y Fernando.
Sosegáos, que yo no quiero
más de lo que vos queréis.

ANTONA. Portugués, no me engañéis.

PENAMA. Aunque amor es lisonjero,
amándoos yo ¿de qué modo
(cuando vuestro gusto sigo)
no tendré por enemigo
al vuestro? Ya yo soy todo
de la opinión castellana.

ANTONA. ¡Reine Isabel!

PENAMA. Soy contento.

ANTONA. Pues con eso va de cuento.

(Vuélvese á asentar y hace labor; canta.)
«Rastrillábalo la aldeana», etc.

PENAMA. ¿Hay rústica más donosa?

ANTONA. ¿Cómo os llamáis vos, señor?

PENAMA. Conde de Penamacor.

ANTONA. ¿Vos sois conde? ¡Huerte cosa!

PENAMA. Penamacor soy, en fin,
que mi corta suerte ordena
que empiece mi estado en *pena*
y que tenga en *cor* su fin,
porque con este blasón
sea, en tan confuso abismo,
péname el cor, que es lo mismo
que péname el corazón.

ANTONA. Ya otra vez os he rogado
que amores dejéis estar,
pues hay guerras de que hablar.

PENAMA. Noticia os doy de mi estado;
preguntáismele, y ansí

es fuerza el decirlo.
ANTONA. Pues,
siendo conde y portugués
¿á qué habéis venido aquí?
PENAMA. Mandóme hacer asistencia
mi rey en esta jornada;
salió con su esposa amada;
coronáronse en Plasencia
doña Juana, hija de Enrique
y nuestro rey su consorte;
y en la castellana corte,
porque la acción se publique
que al reino tienen, alzaron
por ellos reales pendones,
y con fiestas y pregones
por reyes los aclamaron.
Llegó á darlos obediencia
el maestre de Calatrava,
Conde de Ureña, que estaba
con el Duque de Plasencia;
el Primado de Toledo,
que es don Alfonso de Acuña,
portugués, de ilustre alcuña,
si en esto alabarle puedo;
el de Villena, y con ellos
otros mil, que de Castilla
y León, le dan la silla.
ANTONA. Malos años para ellos,
y aun para vos, que parece
que en decirlo os relaméis.
PENAMA. Yo quiero á quien vos queréis.
ANTONA. ¿Y qué hubo más?
PENAMA. Obedece
todo el pueblo humilde y llano,
y con aparato y fiesta
no era tan blanca como esta
de nuestra reina la mano;
más la lealtad los provoca
á llegar de dos en dos,
del modo que yo con vos,
sellando en ella la boca;
que en fe de que fuí testigo
desta facción, advertí
que la besaban ansí.
(Quiérela besar la mano.)
ANTONA. Manos quedas: ¡jo! le digo
PENAMA. Con ejemplos se declara
mejor lo que decir puedo.
ANTONA. ¿Qué va, si no se está quedo,
que le rastrillo la cara?
PENAMA. ¿A un conde?
ANTONA. Me maravillo
de más títulos que traiga,
que porque no se le caiga
le haré conde del Rastrillo.
Si él conociera la moza
con quien habla, á buen seguro
que él la soñara.
PENAMA. Yo os juro
que según lo que se goza
el alma en veros, es cierto
que lleva en vos que soñar;
si bien me holgara de estar,
por veros siempre, despierto.
Estimad á quien os ama;
volved.
ANTONA. No se descomida,
que me enojaré, por vida
de doña Isabel, nuesa ama.
PENAMA. Mucho la amáis.
ANTONA. Tal es ella.
PENAMA. ¿Qué tal es?
ANTONA. Angel de Dios.
PENAMA. Yo ya la quiero por vos.
ANTONA. Si es cuerdo, ¿no ha de querella?
PENAMA. Sí, pero ¿qué me daréis
porque yo á la reina siga?
ANTONA. A la fe que sea su amiga.
PENAMA. Si eso vos me prometéis
mi rey dejo.
ANTONA. Hará muy bien.
PENAMA. ¿Amaréisme?
ANTONA. Sin pecar.
PENAMA. ¿Si no?
ANTONA. Daráme pesar.
PENAMA. ¿Me aborreceréis?
ANTONA. También.
PENAMA. ¡Qué desdicha!
ANTONA. No es pequeña.
PENAMA. ¿Por qué la amáis?
ANTONA. Porque es santa.
PENAMA. ¿Que tanta es su gracia?
ANTONA. Tanta.
PENAMA. Mayor es la vuestra.
ANTONA. ¿Sueña?
PENAMA. ¿Es hermosa?
ANTONA. Como un sol.
PENAMA. ¿Es discreta?
ANTONA. Como un cura.
PENAMA. ¿Tanto?
ANTONA. Toda es hechizura.
PENAMA. ¿Tiene valor?
ANTONA. Español.
PENAMA. Será rubia.
ANTONA. Como el trigo
PENAMA. Será blanca.
ANTONA. Como el ampo.
PENAMA. Será gentil.
ANTONA. Como el campo.
PENAMA. Más lo sois vos. *(Vale á asir la mano.)*
ANTONA. Yo le digo,
hacerse allá y manos quedas,
que no conoce la Antona.
PENAMA. Amor todo lo perdona.
¿Cómo es posible que puedas,
labradora, cuando labras
una voluntad rendida,
dar con los ojos la vida
y muerte con las palabras?
ANTONA. El está muerto.
PENAMA. Aquí yace
un portugués, por despojos
del desdén de esos dos ojos.
ANTONA. ¿El? pues *Requiescat in pace.*
PENAMA. Si en paz y en descanso fuera,
no hubiera en mí pena tanta.
ANTONA. A los defuntos lo canta
el cura desta manera.
PENAMA. Mi tormento es más notorio,
pues el que paso es eterno.
ANTONA. Será ánima del infierno.
PENAMA. Sí, porque en el purgatorio
todavía hay esperanza.
ANTONA. Pues si en el infierno está

conde, hermano, hágase allá.
PENAMA. Si mi amor de vos alcanza
sufragios, tendré sosiego:
¿queréisme vos ayudar?
ANTONA. Mas ¿que me tien de quemar
el lino con tanto fuego?
PENAMA. ¡Ojalá el alma abrasada
comunicarse pudiera
á esa nieve!
ANTONA. Hágase á huera,
si es ánima condenada;
que se me sube el humillo
y podrá ser (si le topo)
que, ya que falta el guisopo,
le pegue con el rastrillo.
PENAMA. No es mi pena tan tirana
que el remedio no os avisa.
ANTONA. ¿Hay son decille una misa
(si pena) por la mañana?
PENAMA. Remedios quiero á lo humano:
tened de mi compasión
ANTONA. ¿Cuáles los remedios son?
PENAMA. Darme la mano.
ANTONA. ¿Esta mano?
PENAMA. Sí.
ANTONA. ¿No vé que es mano agena?
PENAMA. ¿Cúya es?
ANTONA. De mi marido.
PENAMA. ¿Qué importa?
ANTONA. ¿Está sin sentido?
PENAMA. Estoy en pena.
ANTONA. ¿Y qué pena?
PENAMA. De fuego.
ANTONA. Cerca está el rio.
PENAMA. No basta.
ANTONA. Pruébese á echar.
PENAMA. Ni el mar basta.
ANTONA. ¿Ni aún el mar?
PENAMA. Ni mil mares.
ANTONA. ¡Desvarío!
PENAMA. Estoy loco.
ANTONA. Bien lo prueba.
PENAMA. ¿Queréisme vos curar?
ANTONA. Id...
PENAMA. ¿Adónde?
ANTONA. A Valladolid.
PENAMA. ¿A qué?
AATONA. Al Hespital de Esgueva.
PENAMA. Pues ¿qué hay en él?
ANTONA. Curan locos.
PENAMA. ¿Locos de amor?
ANTONA. ¿Y que tal?
PENAMA. ¿Deste mal?
ANTONA. ¿Qué hay dese mal?
PENAMA. Sanan pocos.
ANTONA. ¿Qué tan pocos?
PENAMA. Ninguno.
ANTONA. Pues yo me obrigo.
PENAMA. ¿A qué?
ANTONA. A que esté presto sano.
PENAMA. ¿Yo?
ANTONA. Si le asiento la mano.
PENAMA. Dádmela, pues. (*Tómasela.*)
ANTONA. Yo le digo:
¡arre allá, suelte! (*Levántase.*)
PENAMA. No puedo
ANTONA. Suelte le digo otra vez,
pues si le aprieto, ¡pardiez!
que ha de sudar. (*Apriétasela.*)
PENAMA. ¡Quedo, quedo!
¡Ay, cielos!
ANTONA. A los traviesos
hago yo aqueste favor.
PENAMA. Que me la quiebras.
ANTONA. Mi amor
no es más que quebranta huesos.
¿Mas qué ya el suyo se enfría?
(*Suéltasela.*)
PENAMA. ¿Qué infierno fuerzas te dió?
ANTONA. ¡Miren con quien se topó
si con Antona García!

ESCENA VII

Sale DON BASCO.—DICHOS.

BASCO. ¡Gran don Lope de Alburquerque,
Conde de Penamacor,
dame albricias! Toro aclama
á la alegre sucesión
de Castilla á nuestro Alfonso,
y todo el pueblo, á una voz,
por doña Juana levanta
el real y invicto pendón;
la nobleza que la habita
(siendo Juan de Ulloa su autor
de la lealtad castellana)
sigue la cuerda opinión
del Arzobispo y Marqués
de Villena, y el valor
de doña María Sarmiento
asegura su temor.
Bien es verdad que lo impide
el plebeyo y labrador,
pero pecheros villanos
de poca importancia son.
Entra que todos te esperan.
PENAMA. ¡Viva Alfonso, mi señor,
y su esposa doña Juana,
en Castilla y en León!
ANTONA. ¿Y la promesa?
PENAMA. No tiene
poder, Antona, el amor
donde reinan la nobleza
y la lealtad.
ANTONA. ¿Cómo no?
Pues Isabel y Fernando
reinarán en Toro hoy,
que á pesar de desleales
y sebosos, sobro yo.
¡Aquí de mis labradores!
Avisa á Juan de Monroy,
mi marido, que hoy verá
Toro para lo que soy.
¡Alto! ¡A Toro, deudos mios!
PENAMA. ¡Extraña mujer!
ANTONA. No doy
un higo por Portugal.
Si aun vos dura el afición,
Conde, aquí tenéis la mano;
tomalda, que á fe de Dios
que os ha de costar bien cara.
PENAMA. Aun me dura su dolor.
TODOS. (*Dentro.*) ¡Viva Alfonso el Quinto!

ANTONA. ¡Viva
don Fernando, que es mijor,
y doña Isabel, y reinen
cuarenta siglos los dos! (*Vanse.*)

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Por una puerta cuatro CABALLEROS, *el* CONDE DE PENAMACOR, DON BASCO, DOÑA MARÍA *y* JUAN DE ULLOA; *por otra cuatro* LABRADORES *con el pendón de Castilla; los primeros con el de Portugal.*

ULLOA.

¡Oid, oid! ¡Castilla por Alfonso
y doña Juana!

CABALLEROS.

¡Vivan muchos años
rigiendo propios, conquistando extraños!

(*Esto se ha de hacer sobre un tablado, alzando tres veces los pendones, con clarines y trompetas.*)

LABRADOR 1.°

¡Oid, oid! ¡Castilla por Fernando
y Isabel!

LABRADORES.

¡Felices años vivan,
imperios gocen, su laurel reciban!

ULLOA. Labradores, hombres buenos,
oficiales, que la plebe
desta ciudad populosa
moráis leales y fieles:
¿qué desbocado furor
os ciega, para que aleves
constituyáis pueblo aparte
y amotinéis tanta gente?
Las ciudades de Castilla
cuando alzan por sus reyes
pendones, á los principios
al regimiento dan siempre
el derecho desta acción,
y la nobleza es quien tiene
por oficio el aclamar
al Príncipe que sucede.
Alférez mayor de Toro
soy, á quien sólo se debe
esta ceremonia ilustre:
¿quién, pues, se opone á su alférez?
Los nobles en forma y cuerpo
de ciudad festivos vienen
á justificar acciones
de doña Juana, que reine
con su esposo, Alfonso el Quinto,
siglos felices y alegres.
Desatinos refrenad,
que bárbaramente os pierden.
Hasta agora ¿quién ha visto
los plebeyos oponerse
á los nobles en alardes
generosos y solemnes?
¿Cómo sabrá el labrador
entre el azada y los bueyes
puntos que el jurisperito
con dificultad entiende?
Comprometed vuestras dudas
en cabeza que os gobierne:
regimiento tenéis sabio,
vuestro sosiego pretende.
Hombres buenos, reducíos;
y lo que no os pertenece
dejad á quien tiene el cargo.
Alfonso es santo y prudente,
doña Juana hija de Enrique:
divinas y humanas leyes
en Castilla los amparan.

LABRAD. No queremos portugueses.

ESCENA II

Sale DOÑA MARÍA SARMIENTO.—DICHOS.

MARÍA. ¡Barbaros, que sin discurso,
con desordenadas leyes,
siendo vulgo desbocado,
no hay persuasión que os enfrene!
¿Qué rústica ceguedad
con descaminos os mueve
á despeñaderos locos
que os pronostican la muerte?
¿Entendéis lo que aplaudís?
¿Conocéis lo que os conviene?
¿Qué derechos estudiasteis?
¿Qué escuela os dió pareceres?
Los surcos del tosco arado,
¿son cláusulas suficientes
que mano rústica escriba
y la aguijada margene?
¿Sabéis quien es don Alfonso;
la justa acción con que viene,
el valor de sus vasallos,
los héroes de quien desciende?
¿Conocéis á doña Juana?
¿Oisteis jamás que hereden
á Castilla (habiendo hijos)
hermanas que los ofenden?
Pues escuchad sosegados,
si la razón os convence,
que para acción tan notoria
basta aclamarla mujeres.
La casa de Portugal,
del tronco es un ramo verde
de los reyes de Castilla,
y su primero ascendiente,
don Alfonso Magno el Sexto,
que al Conde Enrique, el valiente,
ilustre en virtud y en armas,
sol de los Sirios franceses,
dió á su hija doña Elvira,
y en dote el Condado fértil
de Portugal, hasta entonces
estrecho, pobre y estéril;
mas ya dilatado reino,
tanto, que invencible extiende
su diadema á la Etiopía,
que sus Quinas obedece.
Con la sangre de Castilla,
sin esta, otras doce veces
sus príncipes se casaron.
Siendo esto ansí ¿habrá quien niegue
ser Alfonso castellano

en la sangre, descendiente
por todo un lustro de siglos
de nuestros invictos reyes?
Por sola esta acción pudiera,
á pesar de los rebeldes,
pretender la sucesión
que la malicia divierte.
Vuestra Princesa es su esposa;
por hija suya la tiene
Enrique el cuarto, jurada
por los mismos que la venden.
Si á las portuguesas quinas,
con que el cielo favorece
aquel reino, pues bajaron
de sus esferas celestes,
los castillos y leones
se juntan ¿qué imperio puede
contrastarnos? ¿Qué nación
ha de haber que no nos tiemble?
Abrid los apasionados
ojos, pues la verdad vence
nubes de apariencias falsas
que eclipsar su luz se atreven.
Vivan y reinen los dos,
que por diez años prometen
haceros francos y libres,
sin que los de Toro pechen.
Zamora, humilde y leal,
los recibe, y con solemne
demostración los aclama
por sus naturales reyes.
Vuestra vecina es Zamora;
razón será que os afrente
la fe de vuestros vecinos
y que la ventaja os lleven
en la lealtad que blasonan.
La nobleza toda viene
á persuadiros verdades:
permitid que os aconseje.
Las letras los adjudican
el reino, y los más prudentes
de Castilla se conforman
con sus sabios pareceres.
Las armas en su defensa
(si razones no convencen)
á costa de nuestras vidas
mostrar su valor prometen.
Nuestros vecinos sois todos;
derramar el amor teme
sangre de su cara patria:
unos muros y paredes
nos hospedan; unos frutos
nos sustentan y una gente
república nos conforma,
sólo en esto diferentes.
Vuestra rüina amenazan
vecinos de Toro; cesen
guerras civiles: Alfonso
y su esposa reinen.

CABALL. ¡Reinen!

LAB. 1.° Si los dos nos hacen libres,
deudos, amigos, parientes,
y ha de quedar franca Toro,
necio es quien tal dicha pierde.

LAB. 2.° Juren, que nos harán francos.

PENAMA. Yo os lo juro.

TODOS. Pues reinen.

ESCENA III

Sale ANTONA.—DICHOS.

ANTONA. ¿Quién ha de reinar, cobardes,
sino Fernando é Isabel?
Soltad el pendón, que en él
hará mi lealtad alarde. *(Quitaselé)*
Infame interés aguarde
quien de sus promesas fía;
que si vuestra villanía,
avarienta se rindió
al oro, no al menos yo,
que soy Antona García.
A ellos digo, los de allá;
que porque son caballeros
se precian de argumenteros
por lo que Alfonso les da.
Sepan que no es tiempo ya
de arguciones, porque es clara
la razón que nos ampara;
defiéndanlos sus doctores;
que acá somos labradores
y yo no he sido escolara.
Soldemente sé decillos
que no hay ley que el reino dé
á doña Juana; el por qué
pescúdenlo á los corrillos;
no oso yo contradecillos:
voz del puebro es voz de Dios.
Si sois de otro bando vos,
Marihidalga, bachillera,
contradecildo acá huera
y avendrémonos las dos.
A no dudar de ofender
honras, que acata el respeto,
de doña Juana el defeto
yo vos lo hiciera entender.
Soy mujer y ella es mujer;
yo honro mi naturaleza:
mas, ¿cuál, diga la nobreza,
es mijor que al reino acuda,
una hija de Enrique en duda
ó una hermana con certeza?
¿Quién puede saber mijor
esto, que el Duque leal
de Alburquerque? ¿ó qué señal
busca el dudoso mayor?
Su vida, hacienda y valor
á nuesa Isabel ofrece
y á la vuesa no obedece.
Privado del rey difunto
cuenta con aqueste punto,
que es más de lo que parece.
Por más que estodie, responda
quien huere letrado aquí,
si puede, que para mí
esta razón basta y bonda.
La verdad nubes esconda
de engaños: ¿el Duque deja
á doña Juana y se aleja
della por doña Isabel?
Pues aténgome con él,
como castellana vieja.

MARÍA. Pues, ¿tú te atreves, grosera,
á contradecir letrados
tan doctos?

ANTONA. Tan sobornados,

diréis mijor, caballera.
Bajad, salid acá huera,
veamos qué esfuerzo cría
la nobreza y hidalguía,
y quede esta duda llana.

PENAMA. ¿Quién reina, Isabel ó Juana?

LABRAD. Dígalo Antona García.

ANTONA. Digo que quien huere fiel
á doña Isabel reciba
por Señora.

LABRAD. ¡Isabel viva!

ULLOA. Temed vuestro fin cruel.

ANTONA. A Fernando y á Isabel
se les debe la corona:
esto la lealtad pregona.

ULLOA. ¡A ellos, pues, caballeros!

ANTONA. ¡Animo, mis compañeros!
que aquí tenéis vuesa Antona!

LABR. 1.º Mal podremos, desarmados,
pelear.

ANTONA. ¿No hay palas, bieldos,
trancas, arados? Traeldos,
que aquí bondan los arados.

ULLOA. Daldos por desbaratados,
sin orden y sin milicia.

ANTONA. Donde reina la codicia
vence siempre la razón;
con el asta del pendón
defienda Dios mi josticia.

(*Quita el asta y pelean unos con otros.*)

¡A ellos, mis labradores,
que ya se van retirando!
¡Nuesa Isabel y Fernando
vivan con sus valedores!

(*Retíranse y vuélvese á salir* Antona *con tres soldados, y sale el* Conde de Penamacor.)

PENAMA. ¡Soldados, haceos afuera,
no maltratéis el valor
que ha visto España mayor!
Guerreadora hermosa, espera;
detén la mano severa;
pues aunque airada, ofendida (1),
muerte intentas dar en vano,
si á cuantos mata tu mano
dan luego tus ojos vida.
Si vida mirando quitas,
¿para qué las armas tratas,
ó por qué los hombres matas,
si luego los resucitas?
Mata una vez, no permitas
dar vida para tornar
segunda vez á matar
á quien vencerte porfía,
que no es para cada día
morir y resucitar.

ANTONA. ¡A buen tiempo, á fe de Dios,
me resquiebra y enamora!
¡Pelead, seboso, agora;
que mala Pascua os dé Dios!

PENAMA. Oye.

ANTONA. Si os alcanzo á vos,
apostemos que vos quito
el mal.

PENAMA. Eso solicito.

ANTONA. Atendedme, pues, un rato,
veréis si esta vez os mato,
después cómo os resocito.

MARÍA. Mientras viva la villana
poco Toro se asegura:
adiéstreme la ventura
de Alfonso y de doña Juana.

(*Arriba doña María con una piedra grande que arroja sobre* Antona *y cae en el suelo desmayada.*)

ANTONA. ¡Ay, cielo! á traición me han muerto.

MARÍA. Hidalgos de Toro, aquí
con la victoria salí.
Murió Antona.

PENAMA. Si eso es cierto
no viva yo, pues sin ella
ya no tengo que esperar.

MARÍA. Acabalda de matar
y perderán con perdella
el ánimo los villanos.

TODOS. ¡Muera Antona, Alfonso viva!

MARÍA. En eso mi suerte estriba.

(*Quieren acabarla los soldados.*)

PENAMA. Tened las violentas manos;
dadme á mi muerte primero.

(*Defiéndela el* Conde.)

MARÍA. Conde de Penamacor,
¿Qué es esto?

PENAMA. Tener amor;
ser portugués caballero.
Al rendido es villanía
injuriarle, yo la adoro.
Hidalgos nobles de Toro,
¿qué es de vuestra cortesía?
Ya huyen los labradores,
¿qué queréis de una mujer
casi muerta?

LAB. 1.º No ha de haber
en nuestra ciudad traidores.
Si á vuestro rey sois leal
mirad á quien dais favor.

PENAMA. Yo sirvo al rey, mi señor,
y quien reina en Portugal
no se da por agraviado
de una mujer, cuya fama
para su alabanza llama
plumas que han eternizado
otras que menos han hecho.

MARÍA. Acabalda de matar.

PENAMA. Si hacéis eso han de pasar
vuestras armas por mi pecho.

MARÍA. Pues vaya presa.

PENAMA. Eso sí;
mas su alcaide seré yo,
porque de los que ofendió
pueda estar segura ansí.

LAB. 2.º Si la tenéis voluntad
librareisla.

MARÍA. Haced primero
como noble y caballero
pleito homenaje.

LAB. 1.º Jurad.

PENAMA. Por la cruz de aquesta espada
juro, pena de caer

(1) Falta un verso para completar la décima. Este trozo debe haber sufrido mucho, pues antes hay una redondilla en medio de dos décimas. Por desgracia, de esta comedia no existen más ediciones.

en mal caso, de tener
su persona tan guardada
como el mayor enemigo,
mientras Toro se sosiega;
y como el traidor que entrega
castillo ó fuerza me obligo
á pasar por cualquier ley
de menosprecio y afrenta,
si della no diere cuenta,
que ansí cumplo con mi rey,
con mi hidalga inclinación
y el fuego con que me abrasa.

MARÍA. Su cárcel es vuestra casa.

PENAMA. Su esfera mi corazón.

MARÍA. Ponga el regimiento en ella
gente de guarda.

PENAMA. ¡Ay de mí!
ponga el cielo guarda en mí
que no me deje ofendella.
¡Pobre de vos, alma mía,
si muere el daño que adoro!

MARÍA. Nunca Alfonso entrará en Toro
viviendo Antona García.

(Vanse, llevando el Conde *en braços á* Antona *desmayada.)*

ESCENA IV

Salen la REINA CATÓLICA, ANTONIO DE FONSECA *el* ALMIRANTE, *el* MARQUÉS DE SANTILLANA *y* SOLDADOS.

REINA CATÓLICA.

Alfonso está en Zamora
con doña Juana, y este trato ignora.
Alcaide es de su puente
Pedro de Mazariegos, tan valiente
como fiel; persuadido
por don Francisco de Valdés, que ha sido
de mi casa criado,
entregarnos la puente ha concertado,
Si el Rey, mi señor, lleva
gente de noche, que á fiar se atreva
de su palabra. Es noble;
no temo que nos haga trato doble.

ALMIRANTE.

Si al portugués prendemos
con su esposa en Zamora, no tenemos
á quien tema Castilla.

REINA CATÓLICA.

Antes espero que podré en la silla
suceder portuguesa,
si mi derecho anima nuestra empresa;
puesto que airado el cielo
se la negó á don Juan, mi bisabuelo.

ANTONIO DE FONSECA.

Todo el tiempo lo trueca

REINA CATÓLICA.

Tío Almirante, Antonio de Fonseca,
esto se nos ofrece;
Marqués de Santillana ¿qué os parece?

MARQUÉS DE SANTILLANA.

Que importa la presencia
del Rey, nuestro señor, cuya asistencia
hará seguro y cierto
lo que hay que recelar deste concierto.

REINA CATÓLICA.

Ya el Rey está avisado;
y puesto que el alcázar ha sitiado
de Burgos, no habrá duda
que con secreto y brevedad acuda
á lo que tanto importa.

ANTONIO DE FONSECA.

Si toma postas, la jornada es corta.

REINA CATÓLICA.

Esta noche en efeto
le aguardo.

ALMIRANTE.

En tales casos el secreto
y ejecución, señora,
á la fortuna sacan vencedora.

REINA CATÓLICA.

Esta pequeña aldea
alojamiento nuestro agora sea;
que de Toro vecina
á Zamora, mejor nos encamina,
pues (si cual pienso) viene
esta noche Fernando, cierta tiene
su dicha la victoria;
y si se tarda, gozaré la gloria
yo sola desta hazaña.

ALMIRANTE.

¡Valor de la Semiramis de España!

ESCENA V

Sale BARTOLO.—DICHOS.

BARTOL. ¡Ay, el mi amo malogrado,
la mi Antona mal herida,
la mi borrica prendida,
yo el solo y desmamparado!
Jumenta de ell alma mía,
sin vos ¿qué ha de hacer Bartolo,
pobre, sin amos y solo?
La flor de la burrería
¿qué es de vos?

REINA. Ved lo que tiene
ese pobre labrador,
sin borrica, sin señor
y sin Antona: no viene
un daño solo.

ANTONIO. ¿A quién lloras?

BARTOL. A la metá de la mi alma;
con la jáquima y la enjalma
se la llevan. En dos horas
perdida la Antona nuesa,
el amo y la burra mía.
Si es castellana ¿podía
ser mi burra portuguesa,
señor?

ANTONIO. Pues, Bartolomé,
sosiega; ¿no me conoces?

BARTOL. Si la viera tirar coces;
quedéme desde hoy á pié.
¿No es el señor Antón
de Fuenseca? ¡Ay! si sopiera

mi mala ventura y viera
á nuesa Antona en prisión,
á Juan de Monroy morido
y á mi burra caitivada,
Tagarabuena quemada,
el ganado destroido,
y todo en menos de una hora,
no me conortara ansí.

ANTONIO. Sosiégate, que está aquí
la Reina, nuestra señora.

REINA. ¿Qué hombre es ese?

ANTONIO. Es un pastor
que sirve á Antona García

REINA. ¿A mi amiga?

BARTOLO. La servía,
más desde hoy más ¡ay, dolor!
no la serviré; esta guerra
todo lo vino á asolar.

REINA. ¿Murió?

BARTOLO. Ya debe de estar
hendo bodoques de tierra.
Levantaron los de Toro
(los que son hidalgos digo)
pendón por ell enemigo.
Diga, el portugués ¿es moro,
ó cristiano?

ANTONIO. Cristiano es.

REINA. ¿Hay mayor simplicidad?

BARTOLO. ¿Cristiano? Creo que es verdad.
Saliéronlos al través
los labradores, y Antona
con las armas de Aragón
y Castilla en un pendón;
y al tiempo que uno pregona:
¡viva Alfonso y doña Juana!
la nuesa Antona García
que, ¡viva Isabel!, decía;
y con su gente aldeana,
arrancando del pendón
ell asta, y dando tras ellos,
hizo á todos retraellos
al puro del coscorrón.
Sin estorbarla la ropa,
diez mata y tantos heridos,
que para quedar guaridos
no tien Portugal estopa.
Y cuando ya los tenía
casi á pique de vencer
un dimuño de moger,
llamada doña María
Sarmiento, de una ventana
medio tabique arrojó
con que en la cholla la dió
¡hazaña, pardiez, villana!
y dando en tierra con ella
(á no guardalla un señor
Conde de Espinamelchor)
dolrado hubieran por ella.
Juró de guardarla presa:
dieron tras los labradores;
como no eran guerreadores
y en prisión la Antona nuesa,
fuera los echaron hoy
de la ciudad desterrados,
muertos, ó descalabrados,
y entre ellos Juan de Monroy,
nueso amo, que ya estará
donde ni comen ni beben;
con esto á robar se atreven
lo que quedado mos ha.
Hueron á Tagarabuena
los sebosos y robaron
cuanta hacienda dentro hallaron.
Mas lo que me da más pena
es mi burra la berrueca,
la mitad dell alma mía.
¡Ay, Dios! Bien la conocía
el buen Antón de Fuenseca.
Llévala el bando cruel
sin culpa (esto es cosa llana)
que ni ella vió á doña Juana
ni á Fernando ni á Isabel;
ni en su vida se metió
en que una ó otra quedase
vencedora ó que reinase;
soldemente, pienso yo,
por no ser de nengún bando
que diría en tal baraja:
«Dios me ayude con mi paja
y reine Alfonso ó Fernando.»
¿Qué ha de her Bartolo ahora
viudo sin tal compañía?

REINA. ¿Presa está Antona García?

BARTOLO. Herida y presa, señora.

REINA. Pesarame que se muera
tan valerosa mujer.

BARTOLO. Pues mi burra ¿qué ha de her,
que castellana vieja era,
si renegar y tornarse
de enojo portuguesera?

REINA. No sé qué diera, Almirante,
por ver esta labradora
libre.

ALMIRA. Paga, gran señora,
sentimiento semejante
su fe y amor justamente.

BARTOLO. ¡Ay, mi burra!

ANTONIO. Yo os daré
una yegua.

BARTOLO. No hallaré
desde Leviante á Puniente
quien desta pena me escurra,
que era muy linda mi burra,
no quitando lo presente.
Yo sé, si la conociera,
que al punto la enamorara;
si ell hocico, si la cara,
si el diente de á geme viera,
si el pescuezo, si la cola,
mal año para abanico
de dama oloroso y rico;
con una colada sola
mataba diez moscas juntas.
¿Pues qué, cuándo rebuznaba?
Cuatro barrios atronaba
aguzando dambas puntas.
Llegóse el tiempo importuno,
perdíla para más daños
en el Abril de sus años,
que aún no llegaba al veintiuno,
que veinte este Marzo hiciera.

MARQ. ¡Donoso pastor, por Dios!

ANTONIO. Ya os daré con que otras dos
compréis.

BARTOL. Pues desa manera
consuélome, que otramente,
¡pardiez! que pudiera ser
que hiciera...
ANTONIO. ¿Qué habéis de hacer?
BARTOL. Ahorcarme sofatamente
por ell alma de mi parda
ANTONIO. ¿Qué decís?
BARTOL. ¡Qué me sé yo!
ANTONIO. ¿Vos sois cristiano?
BARTOL. O si no...
ANTONIO. Decildo
BARTOL. Vender la albarda.

ESCENA VI

Sale DON ALVARO DE MENDOZA.—DICHOS.

ALVARO. El Rey está, gran señora,
media legua de aquí.
REINA. Ya,
Marqués, el cielo nos da
por conquistada á Zamora.
¿Quién viene con él?
ALVARO. Secreto
salió de Burgos ayer.
No ha cesado de correr
postas. Fingióse á este efeto
enfermo, y nos ha mandado
que nadie en su tienda entrase,
sino que se divulgase
que, porque estaba sangrado,
á ninguno daba audiencia;
y al tiempo que anocheció,
disimulado salió,
teniendo la diligencia
de Fernando Alvarez puestos
en las Huelgas dos caballos,
y con solos tres vasallos,
á morir por él dispuestos,
que es el uno don Rodrigo
de Ulloa, puesto que hermano
de Juan de Ulloa, que en vano
en Toro es nuestro enemigo,
yo el otro, y su secretario
Fernán Alvarez, se dió
tal prisa, que al fin llegó
donde si nuestro contrario
no ha sabido este suceso
ó el alcaide no se muda,
Zamora es nuestra, sin duda,
y Alfonso quedará preso.
Por lo que en serviros goza
mi fe, delante he venido.
REINA. Digno de vuestro apellido
sois, Alvaro de Mendoza,
Marche el campo á recebir
á Fernando, mi señor,
que su presencia y valor
esta noche ha de rendir
la portuguesa porfía.
ANTONIO. Es suya propia esta empresa.
REINA. Mucho siento dejar presa
á nuestra Antona García.
ANTONIO. Es gran mujer; no me espanto.
REINA. Yo premiaré sus hazañas.
BARTOLO. ¡Ay, burra de mis entrañas!
¡quién vos dijera otro tanto! *(Vanse.)*

ESCENA VII

El CONDE DE PENAMACOR *y* ANTONA, *presa*.

PENAMA. El cirujano os espera.
ANTONA. Bóndame una telaraña;
yo soy de buena calaña,
no hayáis miedo que me muera.
Basta que hayáis porfiado
en que me sangre.
PENAMA. La herida
pone á riesgo vuestra vida.
ANTONA. La Sarmiento me la ha dado;
poco mal hace un sarmiento.
Si la cojo, pobre della.
PENAMA. Creed, mi valiente bella,
que con tanto extremo siento
vuestro mal, que no me atrevo
á daros cierto pesar
que mi amor ha de alegrar.
ANTONA. Ya sé que la vida os debo
y que si no lo estorbaran
tres cosas, pudiera ser
que deudas de un buen querer
mis deseos os pagaran.
PENAMA. ¿Y son?
ANTONA. El tener marido
la primera y prencipal;
el ser vos de Portugal
la segunda, que he aborrido
gente de vuesa nación;
la otra el ser yo villana
y vos conde, que no gana
cosa con vos mi afición.
Porque pretender de mí
lo que el bien querer procura,
si no es por mano del cura,
es, ya lo veis, frenesí;
y imaginar que los dos
hemos de hacer compañía;
yo, villana, y señoría
en Portugal, conde vos;
vuestro oro junto á mi paja;
la seda junto al sayal,
fuerza es que parezca mal,
porque ni pega, ni cuaja;
y así será lo mijor
no cansaros sin provecho.
PENAMA. Como esas mezclas ha hecho
el artificioso amor.
De las tres dificultades
la mayor está ya suelta,
que la fortuna, resuelta
en ejecutar crueldades,
á vuestro esposo dió muerte.
ANTONA. ¿Qué decís?
PENAMA. Juan de Monroy
murió. La pena que os doy,
aunque en favor de mi suerte,
me llega hasta el corazón.
ANTONA. Si murió, venturoso él;
pues como vasallo fiel
dió á su rey satisfacción.
De que era, en fin, dueño mío

no le imagino llorar;
lágrimas trueque el pesar
en venganzas, que yo fío
que mi mudo sentimiento
por su muerte, ha de encender
á Toro, aunque soy mujer.
Yo haré, abrasando el *sarmiento*
que estas desdichas apoya,
que quien lo ofendió lo pague;
yo, sin que el mundo lo apague,
convertiré á Toro en Troya.
Andad, Conde, idos con Dios.
Si hasta agora quise mal
la gente de Portugal,
agora á toda y á vos
aborrezco de tal modo
que si no os vais, aunque herida...

PENAMA. Advertid que en vuestra vida
se cifra mi alivio todo;
no añadáis con el enojo
peligros á ese accidente.
Creed de mi amor ardiente,
que pues por dueño os escojo,
mejore, si vos queréis,
la suerte que el vuestro llora.

ANTONA. Idos, Conde, en la mala hora.

PENAMA. Pues sola ¿qué pretendéis?

ANTONA. Que os vais antes de apurarme
la paciencia que me queda.

PENAMA. Dadme permisión que pueda
curaros.

ANTONA. Ya no hay curarme,
mientras que sobre la herida
que me dieron á traición
no me ponga el corazón
de la Sarmiento homicida;
mas, presto hacerlo presumo.

PENAMA. Vuestro daño reparad.

ANTONA. Conde portugués, mirad
que se me sube el humo
á las narices: ¿queréis
verme sana?

PENAMA. Eso deseo.

ANTONA. Pues entretanto que os veo
presente, no lo esperéis.
Idos, acabemos ya.

PENAMA. Condición tenéis extraña.
La pasión, Antona, os daña
más que la herida. Si os da
alivio el que yo me ausente,
no pretendo yo añadiros
pesares á los suspiros
que os causa tanto accidente.
Cama tenéis, reposad
mientras os hago traer
de cenar. ¿Hay tal mujer? (*Vase.*)

ESCENA VIII

ANTONA.

Sola estoy. Antona, dad
á vuestro Juan de Monroy
venganza, pues ya se ha muerto.
Durmiendo á la gente advierto;
guardada con llave estoy;
valerme pienso del vino
que sepulta á los soldados
con mi herida descuidados;
quemar la puerta imagino
que me impide la salida.
El bálago de la cama
podrá dar prisa á la llama,
y su madera encendida
me abrirá franca la puerta.
No teme mi enojo al huego,
que el de mi venganza ciego
hará que esotro divierta.
Envolveréme en las mantas
y entre llamas y centellas
arrojándome por ellas
saldré, que no serán tantas
que estorben lo que presumo.
Ea, injurias vengadoras,
vamos, que entre labradoras
suele ser aceite el humo.
El candil voy á pegar
á la paja, y la madera
podrá con venganza fiera
estas puertas derribar.
Buscaré á la luz del huego
la Sarmiento que me incita,
que en esotro cuarto habita;
y si á descubrirla llego
podrá la cólera mía
vengarse de la pedrada:
sabrá (aunque descalabrada)
quien es Antona García. (*Vase.*)

ESCENA IX

DOÑA MARÍA SARMIENTO *y el* CONDE DE PENAMACOR.

MARÍA. Conde, vos habéis de ser
causa de perderse Toro,
si contra vuestro decoro
amparáis esta mujer.
Muerta ella, los labradores,
que en sus locuras se fían
aunque rebeldes porfían,
siguiendo avisos mejores,
con temor de sus castigos
defenderán nuestro bando
por Isabel y Fernando
domésticos enemigos
han de morir, mientras viva
la que su parcialidad
defiende.

PENAMA. Menos crueldad
ha de tener quien estriba
en la nobleza, señora,
que vuestro valor ampara.

MARÍA. Eclipsa su sangre clara
quien como vos se enamora
de una rústica villana,
y ponéis en opinión
vuestra fe y reputación
siendo tal la lusitana.

PENAMA. Mi rey sabe lo que tiene
en mí; y por ser vos mujer
no me tengo de ofender
de ese agravio, ni conviene
á la opinión portuguesa
que muestre temor liviano,

más que al campo castellano,
á una labradora presa.
Herida está y á la muerte;
¿qué más honroso blasón
deseará vuestra nacion
desluciendo nuestra suerte,
que decir que una mujer
nuestro crédito atropella,
y que por librarse della,
presa y en nuestro poder,
su sangre un conde derrama?
¿Qué opinión con esto crece
si nuestro nombre envilece
y nuestra nación infama?

MARÍA. Pues resolveos vos en eso,
Conde de Penamacor,
y veréis si era mejor
prevenir cuerdo el exceso,
que temo mientras Antona
nos diere desasosiego...

(Grita y alboroto dentro.)

UNOS. ¡Traigan agua!

OTROS. ¡Fuego, fuego!

MARÍA. ¿Qué es esto?

PENAMA. Fuego pregona
la confusión desta casa.

UNOS. ¡Favor, que todo se quema!

MARÍA. ¿Quién hay que morir no tema?

TODOS. ¡Agua, que todo se abrasa!

UNO. Las puertas nos han cogido.

OTROS. ¡Ayuda, cielos, favor!

PENAMA. Fuego es más vivo el amor,
pues el alma me ha encendido.

ESCENA X

Sale ANTONA *con un palo de cama.*—DICHOS.

ANTONA. Yo soy quien, no alevemente,
como quien piedras arroja,
del fuego, presa, me valgo:
elemento que acrisola
como el oro las lealtades.
Prueben tocas contra tocas
la fe que á sus reyes deben
las como vos generosas;
no desde las altas rejas
con piedras (armas traidoras),
que pues vos forzó á tirarlas,
mi envidia vos tiene loca.
A mis manos pagaredes
la viudez, que lastimosa
sin mi amada compañía
á vengarse me provoca.
Antona soy, la Sarmiento,
que quiere poner Antona
(mientras sarmientos abrasa)
en fe de tanta victoria,
luminarias á Isabel
y á Fernando. Aquí las obras
y no las palabras soberbias
remedio al peligro pongan.

MARÍA. Mujer ¿qué intentas?

ANTONA. Matarvos.

MARÍA. ¡Ayuda, soldados, postas;
criados, gentes, ayuda!

ANTONA. La del cielo buscad sola.

(Defiéndela el Conde.)

PENAMA. Parad, Antona; templad,
Semíramis belicosa,
el ímpetu vengativo,
que es fuerza que yo socorra
mi bando. Pagadme, cuerda,
la vida que me es deudora,
pues defendí yo la vuestra.
Huid en tanto, señora, *(á doña María.)*
que yo me opongo á su furia.

ANTONA. Aunque el infierno se oponga.

MARÍA. Mirad si fué profecía
mi recelo.

(Vase doña María. Tocan dentro rebato.)

PENAMA. Idos, Antona;
que contra vos la ciudad
toca alarma y se convoca.

ANTONA. Por vueso favor se escapa
la Sarmiento; mas no importa,
que para vos y para ella
mis fuerzas y brazos bondan.
Más días hay que longanizas.

PENAMA. ¿Hay mujer mas prodigiosa?

ANTONA. Labradores, nuesos reyes
vivan, pues vive su Antona.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Salen ANTONA *y* PERO ALONSO, *labrador.*

ANTONA. No creeréis, primo, el contento
que tengo viendo que os hallo
bueno y aquí fiel vasallo
sois de Isabel. Mucho siento
los que murieron en Toro;
pero, en fin, como leales:
acabaranse estos males,
que aunque en el alma los lloro,
los disimulo en la cara.
No tiene la fama atajos,
la honra engendra trabajos,
piérdela quien los repara.
Ya que os habéis escapado
de Toro y que en el camino
vos hallo, primo y vecino,
no por veros desterrado
y vuesa hacienda perdida,
de ser leal vos mudéis;
que por reina la perdéis
que es poco perder la vida.

PERO. Estando yo al lado vueso,
la mi prima, la leal,
reprocharé cualquier mal
que ya por bueno confieso.
¿Cómo venís por aquí?

ANTONA. Cuidé hallar en Salamanca
nuesa reina, y della manca,
cuando de Toro salí,
como vos dije, me dieron
noticia que estaba allá;
mintieron, creo que estará,
según otros me dijeron,
en Medina la del Campo,

y quiérome andar con ella
para consolarme en vella
y servirla.

PERO. Id en su campo;
que con vuesa compañía
no le irá á la reina mal,
pues ya tiembra Portugal
de oir á Antona García.

ANTONA. ¿Qué venta es esta vecina?

PERO. De el Mollorido se llama.

ANTONA. ¿Tién en esta tierra fama?

PERO. Por ella se va Medina,
desde Salamanca.

ANTONA. En ella
haremos noche, que estoy
cansada, y en todo hoy
no he comido.

PERO. Guardaos della;
que es redomado el ventero
y encaja á los más ladinos
los grajos por palominos
y la cabra por carnero.

ANTONA. Cocidos, no es mal regalo,
si tienen su salpimienta.

PERO. Eso al barajar la cuenta.

ANTONA. Para ell hambre no hay pan malo.
Acá salen.

ESCENA II

Cuatro PASAJEROS *y la* VENTERA.—DICHOS.

PAS. 1.° ¿Y qué hay más?

VENTER. Un conejo.

PAS. 2.° No sea gato.

VENTER. No es desta venta ese trato.

PAS. 3.° Si le comes, mayarás.

PAS. 4.° ¿Dó está el huésped?

VENTER. A Medina
partió ayer por una carga
de vino.

PAS. 1.° ¿Bueno?

PAS. 2.° ¿No amarga?

PAS. 3.° Asen, pues, esa gallina
y la olla apresurad,
que hay hambre capigorrona.

PERO. Portugueses son, Antona;
lo que hemos de hacer cuidad,
que si paramos aquí
temo vuesa condición.

ANTONA. En posadas no hay cuestión,
desde antiyer no comí;
como causa no me den,
Pero Alonso, no temáis.

PERO. No habrá, si no la buscáis.

ANTONA. ¡Loado sea Dios!

TODOS. Amén.

ANTONA. Huéspeda, ¿habrá que cenemos?

VENTER. No, hermana, ya está embargada
la olla.

ANTONA. ¿Ni una tajada
de vaca?

PAS. 2.° Si nos queremos
bien os la podremos dar,
mas no sufre ancas la olla.

ANTONA. ¿Hay son matar una polla?

VENTER. No hay pollas para matar;
sí para que pongan huevos.

PAS. 3.° ¿Polla vos y en ese traje?

PAS. 4.° No las comió su linaje.

ANTONA. Soseguémonos, mancebos,
que cada cual es persona
para comer lo que Dios
le ayudare.

PAS. 1.° ¿Y soislo vos?

PERO. Tened sufrimiento, Antona.

ANTONA. Huéspeda, una sartenada
de huevos y de tocino
hacen ligero el camino;
dádmela vos empedrada
de magro y gordo, que só
fraile franciscano en esto,
y echen ellos todo el resto
en aves, que buena pró
les haga, pero sin her
burla de los mal vestidos.

VENTER. Palominos hay cocidos;
no faltará que comer.

ANTONA. Para todo sobra gana.
Cansada estó; entraos acá
Pero Alonso. *(Entranse los tres.)*

VENTER. Y cama habrá.

ESCENA III

Salen cuatro CASTELLANOS.

CAS. 1.° Despejada es la villana.

CAS. 2.° Hay algunas por aquí
almas todas.

CAS. 5.° Buena prisa
nos habemos dado. Avisa
al huésped.

CAS. 6.° Apercebi
esas alforjas, que hay gente
y habránlo ocupado todo.

CAS. 7.° Malo fuera dese modo
haber sido negligente.
Dos perdices y un jamón
compré. *(Entrase al séptimo.)*

CAS. 8.° Poneldos á asar
y en acabando, picar.

CAS. 1.° Estos caballeros son.

CAS. 5.° ¡Loado sea Jesucristo
por siempre jamás, amén!

POR. 2.° E o corpo santo tamben
o sexa entradeiro de isto.

CAS. 5.° ¿Cuyo es ese cuerpo santo?

POR. 2.° San Pero Gonzalvez he.

CAS. 6.° Ese castellano fué;
harto es que le queráis tanto.

POR. 3.° Arrenegou de Castela
e enxergouse en Portugal;
por eso faz cavedal
dele.

POR. 2.° ¿Quien reina? ¿Isabela
ó doña Juana?

CAS. 6.° Señores,
aquí no somos soldados.

POR. 2.° ¿Pois?

CAS. 6.° Mercaderes honrados.

POR. 2.° O pois sindo mercaderes
naon facemos deles conta,
que saon de «viva quem vence»

Nenum peleja comence,
que en hostalagen he afronta:
volváimonos á falar,
castelano.

POR. 3.° Aquiso sim.

POR. 4.° Toda esa gente he roim
que naon sabe pelejar.

POR. 1.° ¡Buena guerra!

CAS. 6.° ¡Buena guerra!

CAS. 5.° A quien se la diere Dios
viva y reine de las dos
y goce en paz nuestra tierra,
mientras la mesa regala
los gustos.

POR. 3.° Esa es mi cuenta.

POR. 2.° La comodidad de venta
ya todos sabéis que es mala.
Mientras se asa, como dijo
el otro, gozad del viento.

CAS. 5.° En este banco me asiento.

(Asiéntanse los unos en un banco y los otros en otro, fronteros.)

POR. 3.° Yo estroto de enfrente elijo.

CAS. 7.° Sí, que fuera maravilla
juntaros con nuestra gente.

POR. 1.° Mejor está frente á frente
Portugal contra Castilla.

POR. 2.° ¿Vais á Salamanca vos?

CAS. 5.° Sí.

POR. 2.° ¿Y vos?

CAS. 6.° A Valladolid.

POR. 2.° ¿Y vos?

CAS. 7.° Vengo de Madrid,
huyendo casi.

POR. 2.° ¡Por Dios!
Pues ¿qué os sucedió?

CAS. 7.° Tener
enemigos y envidiosos.

POR. 3.° Eso es propio de ingeniosos.

CAS. 7.° De ricos lo había de ser;
que el oro los pone en precio
de discretos.

POR. 3.° No lo ignoro:
necio debe ser el oro,
pues siempre acompaña al necio.

POR. 1.° Riquezas son estímulos
de vicios.

POR. 2.° Siempre se ve.

CAS. 7.° Émulos tengo sin *e*.

POR. 1.° Émulos sin *e* son mulos.

CAS. 7.° Pues ¿qué queréis vos que sea
quien se pone á reprender
lo que nunca acertó á hacer
porque al discreto recrea?

POR. 4.° ¿Qué lleváis á vender vos?

CAS. 5.° A los bobos tropelías,
que gustan de boberías.

CAS. 6.° Sabemos hacer los dos
juegos de manos.

POR. 4.° Civil
ocupación.

CAS. 5.° Mi caudal
es alquilar un portal,
y tocando un tamboril
con diez títeres de nuevo
causar al simple deporte.

CAS. 7.° Idos con eso á la corte.

CAS. 5.° Allá voy; y á fe que llevo
una novedad extraña.

POR. 1.° ¿Extraña? ¿Qué puede ser?

CAS. 7.° Lo que apetece más ver
y menos espera España.

POR. 1.° ¿Es alguna abada?

CAS. 7.° Más.

POR. 1.° ¿Es ballena, es cocodrilo?

CAS. 6.° Esos en el mar ó el Nilo
se queden, que aquí hallarás
mujer que llorando mata.

CAS. 7.° ¿No será más de admirar,
para Castilla, enseñar
un real de á ocho y en plata?

CAS. 5.° ¿En plata? ¡Cuerpo de Cristo!
Darante cuanto les pidas.

CAS. 7.° ¿Sabéis vos lo que es?

CAS. 5.° De oidas,
que yo en mi vida le he visto.

POR. 1.° A enriquecer has venido.

CAS. 5.° ¿Real de á ocho, es animal?

CAS. 6.° ¿Dónde hallaste joya tal?

CAS. 7.° De Génova le he traído.

CAS. 6.° Solía decir mi agüelo,
aunque agora os maravilla,
que tuvo tantos Castilla
que rodaban por el suelo.

CAS. 7.° Ya pasó: solía...

POR. 1.° ¿Y qué
vendéis vos?

(Sale el 8.° y siéntase con los castellanos.)

CAS. 8.° Yo tengo oficio
de no menos artificio
que estotro.

POR. 1.° ¿Cómo?

CAS. 8.° Yo sé
teñir ojos.

POR. 1.° Cosa nueva.

CAS. 8.° Celebraban los amantes
los verdes y azules antes;
ya solamente se aprueba
el ojo negro rasgado.
De aquéllos soy tintorero.

CAS. 5.° Gran gitano es el dinero:
¡miren la invención que ha hallado!

CAS. 7.° Yo solamente creía
poderse teñir los cuellos,
las barbas y los cabellos,
¿mas los ojos?

POR. 1.° Cada día
hay que ver.

POR. 2.° Todo es antojo
del ocio, que el tiempo pierde.
¿De qué modo, siendo verde,
volveréis vos negro un ojo?

CAS. 8.° Tengo un escabeche yo
que á dos tintes le transformo
en azabache, y le formo
como quiero.

POR. 3.° ¡El diablo dió
tal traza! ¿Y de qué manera?

CAS. 8.° Oid y sabréis el cómo.
Meto una aguja de plomo,
y sacando el ojo fuera.

POR. 3.° ¿El ojo fuera?

POR. 4.° ¡Oxte puto!

CAS. 8.° No os admiréis hasta el cabo.
Dos ó tres veces le lavo
en la tinta, y luego, enjuto,
le encajo donde se estaba.
POR. 1.° ¿Y vé con él?
CAS. 8.° Pues si viera
¿quién enriquecer pudiera
como yo, ó qué me faltaba?
POR. 1.° ¿Que queda ciego?
CAS. 8.° Pues ¿no?
POR. 1.° Idos al rollo.
CAS. 8.° Yo, amigo,
á teñir ojos me obligo,
pero á darlos vista no.
Esto es por regocijaros;
que en ventas se sufre todo.
POR. 1.° Yo os perdono dese modo.
POR. 2.° Sí, más yo calza he de echaros.
POR. 3.° Y vos ¿qué mercaduría
vendéis?
CAS. 7.° ¿Yo? Envidia.
POR. 3.° ¿Qué?
CAS. 7.° En esto
todo mi caudal he puesto.
POR. 4.° ¡Buen caudal por vida mía!
CAS. 7.° Bueno ó malo, ya le gasta
gente que os admiraréis.
POR. 4.° Vos alabarle podéis,
pero no es de buena casta.
CAS. 7.° Pues véndese agora tanta
envidia é ingenios diversos,
que hay hombre que haciendo versos
á los demás se adelanta;
y aunque más fama le den
es tal (la verdad os digo)
que quita el habla á su amigo
cada vez que escribe bien.
POR. 1.° ¡Maldiga Dios tal bajeza!
POR. 2.° Poeta debéis ser vos.
CAS. 7.° Castigóme en serlo Dios.
POR. 2.° ¿Y escribís con agudeza?
CAS. 7.° Dícenlo todos, que yo
no me tengo por agudo.
POR. 2.° ¿Llamáisos?
CAS. 7.° Decirlo dudo,
que hasta el nombre me quitó
la envidia.
POR. 3.° ¿Satirizáis?
CAS. 7.° No se hallará quien presuma
de mí que muerda mi pluma
á nadie, antes si miráis
lo que he impreso y lo que he escrito,
por modo y estilo nuevo
solemnizo á quien no debo
buenas obras.
CAS. 5.° Ya es delito
saber mucho.
POR. 4.° Debéis ser
soberbio, hacéis menosprecio
de los otros.
CAS. 7.° Solo el necio
al discreto osa morder:
que yo venero de modo
á los de mi profesión
que el menor me da lición;
pero ni lo alabo todo,
ni de todo digo mal.
POR. 1.° De bobos es alabarlo
todo, y todo despreciarlo,
de perverso natural;
más castigad su porfía,
hablando bien siempre dellos,
que esto para convencellos
es socarrona ironía.

ESCENA IV

Sale ANTONA.—DICHOS.

ANTONA. Ya yo he cenado; gocemos
la buena conversación
todos.
POR. 1.° Puesto está en razón.
CAS. 5.° Asiento en medio la demos.
(Asiéntase entre los CASTELLANOS.*)*
ANTONA. Esta vez me poso aquí,
aunque bien allá me estaba.
Pues bien; ¿de qué se trataba?
POR. 2.° Conversación baladí;
vos la habéis de mejorar.
¿De dónde, hermosa aldeana?
ANTONA. Soy de Toro y castellana,
que cuido os ha de pesar.
POR. 2.° ¿De Toro? No sé que Antona
de allá nos venden guerrera
tanto y más que la Fornera
portuguesa.
ANTONA. ¡Oh! es gran presona.
POR. 2.° ¿Conocéisla vos?
ANTONA. Conmigo
ha dormido más de un mes.
POR. 1.° Dizque al nombre portugués
persigue.
ANTONA. También lo digo.
POR. 1.° Pues ¿por qué?
ANTONA. Porque es leal;
y mientras que ella viviere,
en Castilla nunca espere
coronarse Portugal.
POR. 4.° Pues ella ¿qué saca deso?
ANTONA. Lo que en esotro os va á vos.
POR. 4.° La culpa yo sé, por Dios,
quien la tiene.
POR. 2.° El poco seso
de mujer, que se ha metido
en lo que no va ni viene.
POR. 3.° Hile y barra.
POR. 4.° No la tiene
sino el mandria del marido.
Si ella fuera mi mujer
un roble descortezara,
cuando en aquello tratara,
en sus costillas.
POR. 1.° Querer
usurpar lo que le toca
al hombre, es mundo al revés,
y hacer cabeza á los pies.
POR. 3.° Ella debe ser gran loca.
POR. 2.° Muchos me cuentan que ha muerto.
POR. 1.° Cuentos de camino son,
que no es tan bravo el león
como lo pintan.
ANTONA. ¡Y cierto!
Pero hablar mal en ausencia

y de mujeres ¿no ven
que no es de gente de bien,
y que es cargo de conciencia?
Si ella lo oyera ¿qué haría?

POR. 1.° Llevarlo, hermana, en dos veces.

(Levántase y detrás ellos con el banco.)

ANTONA. Pues ¡fanfarrones soeces:
yo soy Antona García;
si no tiemblan de ofendella,
en cuanto han hablado mienten;
porque de la heria cuenten
del modo que les hué en ella,
aguarden, pues hombres son!

POR. 1.° ¡Ay, que me ha muerto!

POR. 2.° ¡Ay!

ANTONA. Al cabo
conocerán si es tan bravo
como se pinta el león.
Tomar las de Villadiego
y desocupar la venta:
presto.

POR. 2.° ¿Hay semejante afrenta?

ANTONA. ¿No pican?

POR. 3.° Ya.

ANTONA. ¡Luego, luego:
acabemos!

POR. 4.° Ya nos vamos.

POR. 3.° ¿Sin cenar?

ANTONA. No les dé pena,
que no engorrará la cena,
pues hartos acá quedamos.
Dense priesa que se enfría
la olla.

POR. 1.° ¿Hay demonio igual?

ANTONA. Y cuenten en Portugal
lo que es Antona García.

POR. 1.° Una pierna me ha quebrado.

POR. 2.° A mí los cascos.

POR. 3.° Y á mí
las costillas.

ANTONA. Que ¿aún aquí
se están?

POR. 4.° ¡Demonio encarnado!
ya nos vamos.

ANTONA. Paso franco
les doy; caminen, y adiós.

POR. 1.° Yo me acordaré de vos.

POR. 2.° ¡Oh, mujer!

POR. 3.° ¡Oh, Antona!

POR. 4.° ¡Oh, banco!

(Vanse los cuatro portugueses.)

ANTONA. Pero Alonso, echad la tranca
y volvamos á cenar;
dejen ellos de temblar,
y si van á Salamanca,
pues son todos castellanos,
buen ánimo, que la cena
mos convida á costa agena.
Ell enojo todo es manos;
entren.

CAS. 5.° ¡Mujer de los cielos,
no tema al mundo Castilla
contigo, ponga su silla
en Grecia!

ANTONA. Llore sus duelos
quien mal habla.

CAS. 6.° De admirar
no acabo su valentía.

ANTONA. Luego ¿desta niñería
hacen caso? Alto, á cenar.
Huéspeda, salid acá.

(Entranse los cuatro castellanos.)

VENTER. ¿Qué manda? (Temblando vó.)

ANTONA. Sabed que preñada estó.

VENTER. Pues parillo.

ANTONA. Rato ha
que los dolores me aprietan.
¿Sabreisme vos partijar?

VENTER. ¿No será mijor llamar
la comadre?

ANTONA. No me metan
con gente desa manera;
bonda que estéis aquí vos.
Parámoslo entre las dos,
que yo no só comadrera.

VENTER. Pues entraos en mi aposento.

ANTONA. ¡Ay! no lo puedo sofrir.

VENTER. Entrad, pues.

ANTONA. ¿Qué aquesto es parir?
No más matrimoñamiento.

VENTER. ¿Duele mucho?

ANTONA. Aunque me pesa
no vos lo puedo negar.
Paramos y, alto, á cenar,
mientras se pone la mesa.

VENTER. ¿Es buñuelo? Pregue á Dios
que aún después de haber parido
y un mes de cama cumplido
quedéis para mujer.

ANTONA. ¿Vos
cuidáis que es Antona dama?
Antes de empezar la cena
he de parir y estar buena.

VENTER. ¿Sin echaros en la cama?

ANTONA. ¿Cama? Qué gentil despacho.
¡Ay, dolores enfadosos!
Matara yo diez sebosos
por no parir un mochacho. *(Vanse.)*

ESCENA V

Sacan VELASCO *y* PADILLA *preso al* CONDE DE PENAMACOR.

VELASCO. Suceso, conde, son todos
de la guerra que se inclina:
como el juego á varias partes
gana y pierde la milicia.
Don Alvaro de Mendoza
os acometió á la vista
de Toro, cuando á Zamora
gozó Fernando rendida.
Peleastes como noble
y los vuestros con la vida
perpetuaron lealtades
que su valor solemnizan.
Consolaos, que el que os rindió
es un Mendoza, que estiman
por su acreedor la fama,
por hijo suyo Castilla.

PENAMA. Los hados y las batallas
usan unas suertes mismas;
no bastan, soldado, en ellos
alientos si faltan dichas.

Don Alvaro es generoso;
cuando la espada le rinda
un conde de Portugal,
no menoscaba su estima,
ni es eso lo que más siento.
(Aparte.) ¡Ay, labradora querida!
preso y sin ti ¿qué han de hacer
mis esperanzas marchitas?
(A ellos.) ¿Dónde manda el rey llevar-
[me?

PADILLA. A la Mota de Medina;
una fortaleza fuerte
que de aquí seis leguas dista.
En esta venta haréis noche;
y, cuando el alba se ría,
madrugando, llegaremos
á la Mota al medio día.

VELASCO. En fe de vuestra palabra
y de nuestra cortesía,
habéis hasta aquí llegado
sin prisiones; mas no fía
el riesgo con que os traemos,
de una venta, por antigua,
flaca, y en que, sin defensa,
el más seguro peligra.
Este es camino cosario
de Portugal y Castilla;
y andando todos de guerra,
si tienen de vos noticia,
procurarán libertaros.
Esta ocasión es precisa
para poneros prisiones.

PENAMA. Quien las tiene más prolijas
en el alma, no hará caso
de las que los pies me opriman.

VELASCO. Pues echalde esta cadena.

(Echanle la cadena.)

PENAMA. Si estos pleitos se averiguan
y hay paces, como se trata,
poco durarán desdichas,
donde el valor se acrisola
y la lealtad se ejercita.

VELASCO. Haced despejar la venta,
y dad vos orden, Padilla,
de que aderecen al Conde
cena breve y cama limpia.
En llegando los soldados
que en su guarda el Rey envía,
hagan sus cuartos de posta
y de seis en seis alistan.
Todas estas prevenciones
requiere la mucha estima
de tan noble prisionero.

PENAMA. ¡Ay, bella Antona García!

ESCENA VI

Salen ANTONA *y la* VENTERA. *Después* PERO ALONSO.—DICHOS.

VENTER. Mirad que es temeridad
la que hacéis; recién parida,
como una granada abierta,
la más valiente peligra.

ANTONA. No soy nada escolimosa;
ni porque esté dolorida
he de engorrarme en la cama.
¿Que es lo que salió?

VENTER. Una niña
tan hermosa como vos,
que llora de pura risa.

ANTONA. Lo peor que pudo ser,
mala noche y parir hija.
Lavalda por vida vuesa;
y, después que esté bien limpia,
hed de una sábana y manta
los pañales y mantillas,
que yo lo pagaré todo.

VENTER. Amamantalda, que es linda;
dalda el pecho, no se muera,
y echaos; comeréis torrijas
con canela, miel y güevos.

ANTONA. En mi tierra no se crian
los hijos tan regalones;
mas no si démosle guindas.
Apenas nace ¿y ya llora
por mamar? Ayune un día
ó sino váyase al cielo,
ahorrarase de desdichas.

VENTER. ¿Hay tal mujer?

ANTONA. Bautizalda
primero, viva ó no viva;
que esto es lo que más la importa.

VENTER. ¿Vos sois madre?

ANTONA. Estoy de prisa.

VENTER. ¿Si muere?

ANTONA. ¿Qué mayorazga
ó Infanta pierde Castilla?
Siendo mujer no hará falta.
Postemas son las nacidas;
habrá una postema menos.

VENTER. Andad, Antona García;
que aunque más disimuléis,
la amáis como á vuesa vida.

ANTONA. Si va á deciros verdades
á la fe, huéspeda mía,
que aunque esto digo, me muero
por besarla la boquilla.
Salió, en fin, de mis entrañas,
un pedazo es de mí misma,
y era su padre un buen hombre.

VENTER. Sois madre ¿qué maravilla?

ANTONA. Soldemente es mal agüero
que nazca aquí.

VENTER. ¡Boberia!

ANTONA. Mujer y en venta, ya veis
que de males pronostica.

VENTER. Pues aquí ¿qué se le pega?

ANTONA. Malas costumbres son tiña
de mesones y posadas,
donde vive la codicia.
Todo en la venta se vende;
y después me pesaría
que saliese á la querencia
mal criada y sacodida.

VENTER. De las cepas uvas nacen
y de los cardos espinas:
si sois vos honrada, Antona,
también lo será vuesa hija.
Andad acá, dalda el pecho.

ANTONA. Mijor será una escodilla
de sopas en vino.

VENTER. Ansí
se amamantan en Galicia.

ANTONA. Pues no le va en zaga Toro;

do las madres son sus viñas,
las amas son sus tinajas
y los pechos sus espitas.
Mas veamos la chicota.

VELASCO. Huéspeda, una escuadra envía
nuestro Rey con este preso
á la Mota; dejad limpia
de huéspedes la posada.

ANTONA. ¿Conde?

PENAMA. ¿Labradora mía?

ANTONA. ¿Preso vos? ¿Cómo ó por quién?

PENAMA. Ya con vuestra amada vista
estoy libre; ya no temo
desgracias que me persigan.
Don Alvaro de Mendoza
salió con seis compañías
de castellanos, sabiendo
donde estaba, por espías.
Peleamos junto á Toro;
quedó muerta y destruída
mi gente y yo prisionero
de su valor ¿qué más dicha,
pues os hallo por su causa?
Los reyes, en fin, me envían
preso, á fuer de buena guerra,
á la Mota de Medina.

ANTONA. ¿Y os traen estos dos no más?

PENAMA. Y una escuadra que camina
detrás con treinta mosquetes.

ANTONA. ¿Acordaisos cuando herida
me defendisteis en Toro
de aquella doña María
y de todos sus parientes?

PENAMA. Pendiendo de vos mi vida,
no hice mucho, si era fuerza
morir yo sin vos.

ANTONA. No olvidan
deudas de tanta importancia
las que son agradecidas.
Soldados, ó lo que son,
vuélvanse á Zamora y digan
al don Alvaro que lleva
al Conde Antona García,
que ella dará cuenta dél.

VELASCO. ¿Cómo es eso?

PADILLA. Desatina
la villana. *(Sale* Pero Alonso.)

ANTONA. Pero Alonso,
entre tanto que reprican,
quitalde al Conde esos hierros,
y entra en la caballeriza,
donde hallaréis una yegua;
ponelda el freno y la silla
en que vuelva á Toro el Conde.

VELASCO. ¡Oigan la mujer!

ANTONA. Aprisa,
primero que esotros lleguen;
que yo no estoy para riñas.

(Sale Pero Alonso *á quitar la cadena.)*

PADILLA. ¿Qué haces, hombre del diablo?

ANTONA. Él sabe lo que hace.

PADILLA. Mira
que á Fernando y á Isabel
ofendes.

ANTONA. Si los avisan
que es Antona quien lo manda,
y que así se desobriga
de otro tanto que hizo el Conde
por ella y que queda viva
y á su servicio como antes,
daráles buenas albricias.
Callar y sofrir conviene,
que no estó para porfías.

VELASCO. Parece que habla de veras.

ANTONA. ¡No sino el alba! *(Quitasela* Antona.)

VELASCO. ¿No es linda
la flema de la villana?
¡Vive Dios, que se la quita!

PADILLA. ¿Estás borracha, mujer?

VELASCO. ¡Y el Conde que se la mira,
elevado en contemplarla!

PADILLA. Dalda con esta petrina
tres ó cuatro latigazos,
que es la mejor medicina
para locos.

ANTONA. Mal conocen
con quien lo han.

PENAMA. Antona mía,
por mi causa no pongáis
en peligro vuestra vida,
que ya los soldados llegan
y os han de matar.

ANTONA. Daos prisa.
Huéspeda, vos entretanto
matad un par de gallinas
que estén tiernas para el Conde,
y mientras se asan ó guisan,
aparejad esa yegua
vos, Pero Alonso, que encima
llegará, aunque por rodeos,
nueso Conde, más aina
á dó los suyos están.

VENTER. La yegua, Antona, no es mía,
que es alquilada.

ANTONA. ¿Qué importa?
Pagarla. Démonos prisa.
Cincuenta coronas traigo:
tomaldas.

VENTER. Temo que riña
mi dueño.

ANTONA. No hablemos tanto,
que me toma la mohina.

VENTER. ¡Ay!

ANTONA. O somos ó no somos.

VENTER. Reguilando estoy de oirla,
Antona, hez lo que queréis,
que tiemblo en viéndoos con ira.

ANTONA. Ensillalda, Pero Alonso;
y ellos, si el consejo estiman,
antes que la murria vuelva
de quien en paz los avisa,
agarrar, la puerta huera,
el camino haldas en cinta,
ó saldrán por las ventanas.

VELASCO. ¡Oigan, que nos desafía!

PADILLA. ¡Oh, villana fanfarrona!
Aunque sea acción indigna
el poner en ti las manos,
¡vive el cielo!...

ANTONA. ¿Qué aun prohidian?
Pues miren, yo no he de her
mal de importancia á quien sirva
á la reina, de quien soy
leal vasalla y amiga;

pero por los cabezones,
(*Sácalos fuera deste modo.*)
agarrándolos ansina,
los he de poner á pares
en el campo de paticas.
Caminen vuesas mercedes;
y agradezcan de rodillas
á nuesa reina, que llevan
en su lugar las costillas.
VELASCO. ¡Que me ahoga!
PADILLA. ¡Que me mata!
ANTONA. ¿Qué se quejan?; que no lisian
tanto las manos de Antona.
PADILLA. ¿De quién?
ANTONA. De Antona García. (*Échalos.*)
Pero Alonso, por si acaso
vien la gente á la hostería,
echad la aldaba á la puerta
y arrimalda un par de vigas.
PENAMA. ¡Vive el cielo, que sospecho
que mis ojos desatinan
y que está fingiendo el alma
lo que entre sueños me pintan!
Aldeana portentosa,
basta que os deba la vida
y libertad; joyas traigo;
vencedme, si sois servida
en hazañas, no en largueza:
yo pagaré:
ANTONA. A quien convidan
coma y calle, y luego alon;
lo demás no es cortesía.
Callar, cenar y picar
es lo que importa. La chica,
huéspeda, vos encomiendo.
VENTER. Envuelta está ya y dormida.
ANTONA. Pues pelad luego las aves.
(*Vánse la* Ventera *y* Pero Alonso.)

ESCENA VII

ANTONA *y el* CONDE PENAMACOR.

PENAMA. Mejor, si gustáis, sería
antes que llegue la escuadra
caminar, Antona mía.
ANTONA. Habéis de cenar primero,
venga ó no venga.
PENAMA. Osadía
es la vuestra peligrosa.
ANTONA. No es valiente quien replica.
Tres trancas tiene la puerta;
si vienen y la derriban,
por la zaga del corral
buscaremos la guarida.
Contadme ahora despacio
qué hay de Zamora.
PENAMA. Perdida,
por trato de los de dentro,
á Toro el rey se retira.
ANTONA. ¿Que la perdió el rey Alfonso?
PENAMA. Sí, mi Antona.
ANTONA. Cuatro higas
para todo Portugal,
si Zamora es nuestra amiga.
PENAMA. Yo os prometo que se vió
mi Rey, á no darse prisa
al salir, casi en las manos
de los reyes de Castilla.
ANTONA. ¡Ojalá! Mas, ¿cómo hué?
Proseguid, por vuesa vida.
PENAMA. ¿Y si vienen los soldados?
ANTONA. Mientras se asan las gallinas.
PENAMA. Yo, es fuerza que os obedezca;
porque en vuestro gusto estriba
mi contento, aunque otra vez
me prendan.
ANTONA. Acabe, diga.
PENAMA. El alcaide de la puente
de Zamora, que traía
tratos con los castellanos...
ANTONA. ¡Ay!
PENAMA. ¿Qué tenéis?
ANTONA. Dolorida
estoy, desde un hora acá,
de cierto achaque; prosiga,
que no es nada.
PENAMA. ¿Cómo no,
si os adoro?
ANTONA. Ya se alivia.
Vaya aquello de la puente.
PENAMA. La cara se os amortigua.
ANTONA. Oyendo yo que mi reina
venció, todo se me quita.
Adelante.
PENAMA. A media noche,
al rey don Fernando avisa,
que llegaba por la posta
de Burgos.
ANTONA. ¡Virgen bendita,
qué gran dolor!
PENAMA. ¿Qué sentís?
Mirad que me martirizan
vuestros extremos.
ANTONA. No es nada.
Ya estoy buena. Diga, diga,
¿ganó mi Reina la puente?
PENAMA. Por más que la defendía
mi Rey con todo su campo.
La ciudad se le amotina;
y diciendo á voces todos
¡Fernando y Isabel vivan;
don Alfonso y doña Juana
mueran!...
ANTONA. ¡Qué bien que decían!
PENAMA. A no retirarse luego
los dos á Toro, peligran.
Quedó Zamora, en efecto,
por vuestros reyes, que sitian
la fortaleza, si bien
se defiende, guarnecida
por el Mariscal su alcaide.
ANTONA. ¡Ay!
PENAMA. ¿Qué es eso, Antona mía?
ANTONA. No es nada: atendedme un rato.
PENAMA. Dadme licencia que os siga.
ANTONA. No hay para qué; al punto vuelvo.
PENAMA. Pues ¿qué hay?
ANTONA. Rempujé una hija;
y debió de quedarme otra
acá. No haré son parirla
y al instante doy la vuelta,
PENAMA. ¿Cómo es eso?
ANTONA. ¿Mari Díaz?

¿Huéspeda?

VENTER. *(Dentro.)* ¿Quién llama?

ANTONA. Antona.
¡Ay, Jesús! aprisa, aprisa. *(Vase.)*

PENAMA. ¡Qué mujer es esta, cielos!
¿Ansí se paren dos niñas?

ESCENA VIII

CONDE DE PENAMACOR *y* PERO ALONSO.
Luego ANTONA *y la* VENTERA.

PERO. Si habemos de irnos, ya están
cena y yegua apercibidas.

PENAMA. ¿Venís con Antona vos,
hombre de bien?

PERO. Es mi prima.

PENAMA. ¿Y es de bronce esta mujer?

PERO. Tiene condición rolliza.
Pero ¿por qué lo pescuda?

PENAMA. Porque de una hora parida,
(como quien no dice nada)
segunda vez solicita
otro parto, y que la espere
dice, porque á la hora misma
que pariere, volverá
á que mi historia prosiga:
¿esto se puede creer?

PERO. Si á Antona se le encapricha
una cosa en el meollo,
el diabro que la resista.
Parirá, si se le antoja,
diez muchachos en un día,
y se irá sin hacer cama
al punto á podar las viñas:
es mujer de digo y hago.

PENAMA. Es prodigio de Castilla.
(Salen Antona *y la* Ventera.)

VENTER. Antona, mal vos queréis;
acostaos.

ANTONA. ¿Es chico ó chica?
(Vase Pero Alonso.)

VENTER. Chica como unas candelas.

ANTONA. Pues quillotrádmela, amiga,
de la manera que á esotra,
no se muera si se enfría,
que luego las daré el pecho.

PENAMA. Pues ¿ansí Antona querida,
os salís acá? ¿queréis
ser de vos misma homicida?

ANTONA. No hayais miedo que me muera.
Ya yo me siento guarida.
Vaya la hestoria adelante,
que á fe que me regocija.

PENAMA. ¿Qué decís?

ANTONA. No sea pesado.
Quedamos en que tenían
cercada la fortaleza
los nuesos, y que retira
los suyos el portugués
á Toro.

PENAMA. Es ansí.

ANTONA. Pues diga,
¿desafióle Fernando?
(Sale Pero Alonso.)

PERO. Antona, ya están á vista
los soldados de la venta.

ANTONA. Ansí, pues, para otro día
se quede el cuento. Envolved,
Pero Alonso, esas chiquillas
en vuesa capa y ataldas,
que llevándolas yo encima
las espaldas, como alforjas,
pareceré pelegrina,
destas que vienen de Francia.
Y vos, Conde, pues vos libra
quien vos paga lo que os debe,
sobí en la yegua y abrilda
por los hijares, picando
á Toro, si no camina.
Huéspeda, no me contento
con lo que os dí; agradecida
seré con vos á la vuelta.
¡Alto de aquí!

PENAMA. Maravillas
llevo á mi rey que contar.
Antona del alma mía,
no os olvidéis de mi amor.

ANTONA. Quien bien quiere, tarde olvida.

PENAMA. Pues ¿quereisme vos?

ANTONA. No sé.

PENAMA. ¿Qué soy digno de tal dicha?

ANTONA. Mirad, yo bien me casara
con vos, la guerra comprida,
pero temo...

PENAMA. ¿Qué teméis?

ANTONA. Esto de parir lastima.

PENAMA. Ojalá que os viera en eso
mi ventura.

PERO. Vamos, prima,
que todo está á punto.

ANTONA. Vamos.

PENAMA. En fin ¿prometéis ser mía?

ANTONA. Sí, con una condición.

PENAMA. ¿Y es?

ANTONA. ¿Juráis vos de cumplirla?

PENAMA. Claro está.

ANTONA. Que vos paráis
los hijos y yo las hijas. *(Vanse.)*

ESCENA IX

Salen los REYES CATÓLICOS, *el* ALMIRANTE, *el* MARQUÉS DE SANTILLANA, DON ANTONIO DE FONSECA *y* DON ALVARO DE MENDOZA.

ALMIRAN. Pues algo he yo de valer
con vuestra Alteza, Señor,
concédame este favor.

FERNAN. Cuanto pidáis he de hacer;
más la Reina, mi señora,
á los que rebeldes son
no gusta de dar perdón.

ALMIRAN. Ansí entréis, como en Zamora
en Toro, Isabel gloriosa;
que en el Duque de Plasencia
resplandezca la clemencia
que os da fama generosa.

REINA. El Rey, mi señor, podrá
hacer lo que sea servido.

FERNAN. Yo por mí, mi ofensa olvido.

REINA. Pues por mí olvidada está.

ALMIRAN. Dadme los dos esos pies.

MARQ. No he de valer menos yo

con vuestras altezas.
FERNAN. No:
alzad del suelo, Marqués;
que os debo yo esta corona.
MARQ. El de Villena que ordena
serviros.
REINA. Deje á Villena,
siendo duque de Escalona,
y el rey, mi señor, con esto
á su servicio le admite.
MARQ. Si vuestra alteza permite...
FERNAN. Fuera deste presupuesto
la reina no le perdona.
MARQ. Siquiera porque á estos pies...
REINA. Sin Villena sea marqués
y duque con Escalona.
MARQ. Contento con eso quedo.
FONSECA. El arzobispo, señor...,
FERNAN. Es mi padre intercesor
de la mitra de Toledo.
Don Antonio de Fonseca,
por él en Castilla entré.
REINA. El la total causa fué
de reinar los dos.
FERNAN. No trueca
la mudanza obligaciones
en el generoso pecho;
muchos servicios me ha hecho;
pervirtiéronle razones
de gente indiscreta y moza.
No pudo acabar consigo
ver privar á su enemigo
el Cardenal de Mendoza.
Pues mi padre, el rey don Juan
de Aragón, me lo ha mandado;
sus canas y el ser Prelado
á quien sujetos están
todas las mitras de España,
ablanden, Isabel mía,
sentimientos este día.
REINA. Vuestra es, señor, esa hazaña,
y mío el obedeceros.
Fuera de que nunca estuvo
el arzobispo (aunque tuvo
tanto ánimo de ofenderos)
lejos de la voluntad
que, como á padre, le tengo.
FERNAN. Perdón general prevengo
á todos.
ANTONIO. La adversidad
nunca indigna al generoso
tanto que venciendo intente
satisfacerse inclemente.
REINA. El pleito fué tan dudoso
entre doña Juana y mí
que los que la obedecieron
por hija de Enrique y dieron
en seguir su bando ansí,
no por esto han incurrido
en deslealtad, ni en traición.
Probable fué su opinión:
la nuestra ha favorecido
el cielo, que está animando,
señor, vuestra real clemencia.
MARQ. Sola es digna tal sentencia
de Isabel y de Fernando.

ESCENA X

Sale BARTOLO.—DICHOS.

BARTOL. ¡Señor! ¡Ah, señor! *(Desde lejos.)*
ALVARO. ¿A quién
llamas, pastor?
BARTOL. A nueso amo.
ALVARO. ¿A cuál?
BARTOL. Al rébede llamo.
FONSECA. ¿Bartolomé?
BARTOL. Y á él también.
FONSECA. ¿Qué quieres?
BARTOL. Es un secreto
que no les tien de pesar.
FONSECA. Llégate, pues.
BARTOL. No he de hablar
si en puridad. Só discreto
¿Piensan que vengo de vicio?
FERNAN. ¿Qué quiere aquese pastor?
BARTOL. Alléguese acá, señor;
háganos este servicio;
que á fe que he topado cosa
que no poco ha de importalle.
Si á solas no puedo habralle,
mi vuelta será forzosa.
FERNAN. No temas. ¿Qué quieres? Llega.
BARTOL. ¿Que me llegue? Llegaos vos,
que os importa, y si no adiós;
que aquí nenguno vos ruega.
Llegue ella también, señora,
y traiga al señor Antón
consigo, que todos son
amigos.
REINA. La labradora
nuestra amiga ¿no tenía
este pastor por criado?
ANTONIO. Sí, gran señora; el ganado
guardó de Antona García.
No haga vuestra Alteza caso
dél, que es un simple.
BARTOL. Verá;
¿qué temen llegarse acá?
Pues si el vado otra vez paso,
no ganará por ogaño
á Toro el rey.
FERNAN. ¿Cómo es ésto?
¿Vado tiene el río?
BARTOL. De presto
ó voime.
FERNAN. ¡Suceso extraño!
¿Que se puede vadear
Duero aquí cerca?
REINA. Lleguemos,
y dél la verdad sabremos.
ANTONIO. No tienen que sospechar,
vuestras Altezas, que en él
ni hay malicia ni hay traición.
BARTOL. No han de llegar más que Antón,
el rébede y su Isabel.
(Aléjanse los tres.)
FERNAN. Ya estamos solos: ¿qué dices?
BARTOL. ¿Es él el rébede?
FERNAN. Sí.
BARTOL. ¿Él no más?
FERNAN. Acaba, dí.
BARTOL. ¿Con sus ojos y narices?

¿Que no más aquesto es rey?
Por volverme all hato estó;
imaginábale yo
del tamaño de un gran buey.
Hará bien, ya que ha venido:
¿su altura holgárase entrar
esta noche en Toro y dar
sobre el portugués dormido?

FERNAN. ¿De qué modo?

BARTOLO. Aquesta noche
sí, por do yo vadeare
á Duero, no hay que repare;
bien puede pasalle un coche,
callando quiere seguirme,
con gente que sea de pró,
me atrevo á ponelle yo
en Toro; no hay son decirme
cuando ha de ser, y chitón.

FERNAN. Pues ¿por dónde hemos de entrar?

BARTOLO. Mire, por aquel lugar
los derrumbaderos son
tan ásperos y seguros,
que como el río, ya ve,
los baña y no tiene pie,
están sin guardas y muros.
Yo sé, días ha, un atajo
por do de Toro sacaba
el ganado y le llevaba
por esas cuestas abajo
al valle; y si se me antoja
entro y salgo en la ciudad
sin verme nadie.

ANTONIO. Es verdad;
hacia allí nadie se aloja.

BARTOLO. Señale su Señoría,
y créame, un escuadrón
que lleve el señor Antón,
y héndolos yo por guía
vadearé á Duero, y tras mí
irán subiendo después.
Ello enfecultoso es
saber trepar por allí:
no hay atajo sin trabajo;
mas yo los pondré en media hora
adonde, como en Zamora,
cuando repiqué el badajo
á rebato, sin chistar
les demos castellanada.

ANTONIO. Aquí no se pierde nada
y se aventura á ganar
mucho. Yo tomo esta empresa
á mi cargo.

FERNAN. Mirad bien
si es fiel ese pastor.

BARTOLO. ¿Quién?
Yo sirvo á la Antona nuesa;
y ella y yo (si imaginó
cosa que llegue á ofendella,
hace mal); porque yo y ella
somos (¿qué piensa?) ella y yo.

ANTONIO. No hay que recelar. Yo tomo
por cuenta mía esta hazaña.

FERNAN. Si sabéis que no os engaña.

BARTOL. ¿Engañar? ¿No digo el cómo?

FERNAN. Yo, Fonseca, os haré dar
gente de satisfacción
ó escogelda vos.

BARTOL. Si son
hombres que saben trepar
síganme y déjenme á mí.
Pero, por paga quisiera
que su reinura me diera...
¿pedirelo?

FERNAN. Pide, di.

BARTOL. Llamarme, en el mesmo dia
que yo la gente ganase
y su altura en Toro entrase,
Bartolomé de la Guía,
y quedar libre de pecho
y alcabala.

FERNAN. Yo te haré
hidalgo, pastor.

BARTOL. ¿A fe
que lo hará? Pues esto es hecho.

(Entrase Bartolo.*)*

FERNAN. Oid.

ANTONIO. A rebato toca
el campo.

ESCENA XI

Sale ANTONA *con dos muchachas al cuello, metidas en unas alforjas, una detrás y otra delante. Después* BARTOLO.—DICHOS.

ANTONA. ¿Señora mía?

REINA. ¿Qué es esto, Antona García?

ANTONA. ¿Qué sé yo? hazañas de loca.
Viene un ejército en zaga
de sebosos contra vos,
y divididos en dos,
que mal el cielo los haga;
dicen que es el capitán
del uno el hijo heredero
de Alfonso, y rige el zaguero
el duque de Guimarán.
Este me quiso prender,
más yo, hendo poco caso
dellos, por enmedio paso
hasta veniros á ver,
con aquestas dos chequillas
que he acabado de parir,
para que os puedan servir
en saliendo de mantillas.

REINA. Estimo yo, Antona amiga,
el veros con libertad
tanto y más que á la ciudad
de Toro.

ANTONA. Dios la bendiga.

REINA. Hablad al rey, mi señor.
Esta es la Antona García
que á vuestra alteza decía.
Hágala mucho favor.

FERNAN. Yo os haré merced, Antona,

ANTONA. ¡Qué presencia tan cabal!
En fin, sois tal para cual;
bien vos viene la corona.

FERNAN. Al camino los salgamos,
castellanos, si os parece,
que si el enemigo crece,
peligros acrecentamos.

ALMIRAN. Cansados, señor, vendrán;

la batalla presentemos.
ANTONIO. Eso sí, tras ellos demos.
Sepa el príncipe don Juan
quien es el rey don Fernando
y la su doña Isabel.
FERNAN. Marchad, pues.
ANTONIO. ¡Bien haya él
y los que siguen su bando!
(Sale Bartolo.)
BARTOL. Señor, deténgase, espere.
FERNAN. ¿Qué quieres?
BARTOL. Téngase, digo,
que no tien ya para que
seguir á los enemigos.
FERNAN. ¿Por qué causa?
BARTOL. Porque salen
con su gente Alfonso el Quinto,
los tamboriles tocando,
desde Toro á recibillos.
Yendo contra tres zuizas
su altura, ya ve el peligro
que tién, seyendo tan pocos.
Reciba el reye á su hijo
y huélguese en hora buena;
volveráse por do vino,
mientre que acá le ganamos
aqueste Toro ó novillo:
esta noche ha de quedar
por suya.
FERNAN. Discreto has sido.
Si la conquistó, él ausente,
darse puede por vencido.
MARQ. Esta es ocasión dichosa;
pues solamente el presidio
ha de dejar ordinario
el rey.
BARTOL. ¿Velo? Lo adivino.
FERNAN. Alto. Antonio de Fonseca,
de vuestro valor confío
el riesgo á que os arrojáis.
ANTONA. ¿Qué es esto, Bartolo amigo?
BARTOL. Esto es pasar por el vado,
agora que es de noche el río,
y subiendo aquellas cuestas
por do baja su cabrío,
ganar á Toro.
ANTONA. ¡Oh, qué bien!
BARTOL. ¿Qué la parece?
ANTONA. Que has dicho
verbos por aquesa boca.
Ténganme allá este envoltijo,
que yo he de ser la primera
que pase el Duero.
FERNAN. Este es brío
de española.
ANTONIO. Cumpliràlo
del modo que ha prometido.
FERNAN. Dénle mi caballo á Antona.
ANTONA. ¿El suyo? Dambos hocicos
pongo en estas dambas patas.
FERNAN. Alto, don Antonio amigo,
que os quiero ver vadear
desde aquí el Duero.
ANTONIO. Ya animo
el alma á mayores hechos
con tal merced.
BARTOL. Yo los guío.
ANTONA. Echad acá la bandera,
serviráme de corpiños
mientras cuelo todo el vado
que refresca y he parido;
que después yo la pondré
en el mango más prolijo
y en torno de aquellas torres
que acompañan el castillo.
ANTONIO. Vamos en nombre de Dios.
(Entranse los tres.)
BARTOL. Sobí, Antona.
ANTONA. Ya me aplico.
(De dentro hablan los tres.)
ANTONIO. ¿De un salto?
ANTONA. Pues ¿qué pensaba?
No sé de frenos ni estribos.
¡Dios me la depare buena!
BARTOL. Síganme á mí derechitos,
que tien Duero alrededore
muchas ollas sin tocino.
FERNAN. Ya llegan á la mitad.
REINA. Dios los saque de peligro.
BARTOL. Animo, Antón de Fonseca,
que ya colamos. *(Dentro.)*
ANTONA. Ea, hijos,
no hay que temer con Antona.
BARTOL. Guardáos deste remolino;
echad ancia man derecha.
ANTONIO. ¡Gracias á Dios que salimos!
MARQ. De la otra parte están ya
en seguro.
FERNAN. No ha mentido
el pastor. Yo, mi Isabel,
le premiaré este servicio.
Acudamos á la puente,
porque en dándonos aviso
de que están muertas las guardas,
es el socorro preciso.
BARTOL. No caigan, suban con tiento,
(De dentro).
que nos falta, como dijo
el otro, por desollar
el (ya me entienden) quedito.
ANTONIO. Yo he de trepar como un gamo.
ANTONA. Soy ágil.
ANTONIO. Y mógil.
BARTOL. ¡Vítor!
¿Agilimógili sois?
Abriréis el apetito.
ANTONA. ¡Ay de vos, María Sarmiento,
si os cojo!
ANTONIO. ¡Qué ásperos riscos!
BARTOL. Hablen paso, no despierten.
ANTONA. Pagaréisme á mi marido.
(Aparécense los tres sobre los muros.)
ANTONIO. Ya estamos sobre la cerca.
ANTONA. Sobí en ella de dos brincos.
FERNAN. ¡Al arma, mis castellanos!
TODOS. ¡Vivan los reyes invictos
don Fernando y su Isabel!
UNOS. Entrados; somos vecinos
y ciudadanos de Toro.
OTROS. ¡Aquí, que somos perdidos! *(Pelean.)*
ANTONA. ¡A ellos, que aquí está Antona!
BARTOL. Encerróse en el castillo
la Sarmienta.

[illegible]

COMEDIA FAMOSA

LA PEÑA DE FRANCIA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

DON JUAN II, *rey*.
DON ENRIQUE, *infante*.
DON PEDRO, *idem*.
DOÑA CATALINA, *infanta*.
DON GONZALO.
EL CONDE DE URGEL.
DON DIEGO.
RICARDO, *viejo*.
SIMÓN VELA.
FERNÁN ALONSO.
UN EMBAJADOR.
PADILLA, *criado*.
BENAVIDES, *idem*.
UN ALCAIDE.
CELIA, *dama*.
TIRSO, *pastor*.
MARTÍN, *idem*.
CRESPO, *idem*.
DOMINGO, *pastor*.
PAYO, *idem*.
ELVIRA, *serrana*.
MELISA, *idem*.
UNA GUARDA.
UN PAJE.
GUARDAS.
UNA VOZ.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Salen SIMÓN VELA, *de estudiante, con un Arte de Antonio (de Nebrija) en la mano, y* RICARDO, *viejo*.

RICARDO. Dos años, sobrino, habrá
que llevó á tu hermana Opia
el cielo, que luz la da,
dejándote larga copia
de hacienda, que aumentará
tu industria, tomando estado.
Pues Dios, Simón, te ha dejado
sin padres, ¿no es ya razón
que procures sucesión
á la sangre que te han dado?
Ya tu edad las flores pasa
de la adolescencia tierna,
y la juventud que abrasa;
treinta años tienes, gobierna,
sobrino, tu hacienda y casa,
que tu flojedad me espanta.
SIMÓN. Sin razón te maravillas.
RICARDO. Los pensamientos levanta.
SIMÓN. Sí, ¿pero con qué costillas
podré llevar carga tanta?
Que tienes razón confieso,
pues mi edad obliga al seso;
pero, tío y señor, ¿cómo
siendo la carga de plomo
podré sufrir tanto peso?
¿Agora quieres que entienda
en los pensamientos vanos
que la ambición encomienda?
¿Agora me atas las manos
con los lazos de la hacienda?
¿Grillos á los pies me pones,
de tantas obligaciones,
cuando librarme entendí?
¿Qué delito hallas en mí
que me cargas de prisiones?
Goza la hacienda que aprestas
y por mía manifiestas;
porque entregarme el poder
de estado y casa, es querer
echarme la casa á cuestas.
Ya mi poca habilidad
te consta, y que no he podido
desde mi primera edad,
aunque desvelo el sentido,
saber la latinidad;
ocho años ha que estudiando
gramática, estoy cansando

los ojos, sin que haya parte
que pierdan de vista al *Arte*,
y en los pretéritos ando.
Si en ocho años, pues, no sé
lo que un niño en medio sabe,
¿de qué manera podré
sustentar el peso grave
que á tus hombros confié?

RICARDO. Poco importa eso, sobrino;
que por diverso camino
reparte el cielo en las gentes
ciencias y artes diferentes.
No te quiere Dios latino;
mas, en otros ejercicios
querrá, que honrando tu tierra,
des de tu caudal indicios.
Valor se gana en la guerra,
hacienda en cargos y oficios;
no todos tienen de ser
soldados, ni han de querer
cursar las escuelas todos.
Estados hay de mil modos,
el hidalgo, el mercader,
el religioso, el letrado,
el rey, el duque, el pastor,
el Pontífice, el soldado,
el esclavo y el señor,
el rico y el despreciado,
todos, por modo diverso,
hacen un compuesto verso
de la máquina que ves;
porque la variedad es
adorno del universo.
En fe de lo que te quiero,
porque en mi vejez prolija
descansar contigo espero,
te has de casar con mi hija,
que aunque primos, si primero
viene la dispensación
de Roma, con sucesión
noble, si juntos vivís,
tendré nietos en París
que estime nuestra nación.
Esto es lo que te conviene.

SIMÓN. ¿Qué, con tan grandes cuidados,
cielos, el dinero viene?

(En un bufete se descubren tres fuentes de plata; en la primera esté un libro y un bonete con borla colorada; en la segunda broquel y una espada desnuda, y en la tercera un peso y una vara de medir.)

RICARDO. Estos son los tres estados
que el mundo en más precio tiene;
las letras, sobrino, son
éstas; si apeteces letras
(que te causen confusión)
y sus misterios penetras
honrarás su profesión;
que bien puedes ser casado
y juntamente letrado,
interpretando las leyes
que Emperadores y Reyes
escritas nos han dejado.

(Enséñale el primer plato.)

Casi sin número son
los que han ganado opinión,
y renombre soberano
en ellas, un Justiniano
Bártulo, Baldo, Gersón,
y otros mil, por quien confieso
que dura la paz propicia
y enfrenan cualquier exceso;
porque son de la justicia
los que gobiernan el peso.
Mas, ¿por qué dirás, sobrino,
que en balde para la ciencia
con mis consejos te inclino?
Pues natural impotencia
tienes, toma otro camino;
ejercicio más barato
te ofrece el plato segundo.

(Muéstrasele.)

con que intento hacerte el plato:
las armas dan en el mundo
honras de real aparato.
Este estado noble toma,
que altivas cervices doma;
verás que sólo por él
gozó César el laurel
que oprimió el cuello de Roma.
Si valor tu pecho encierra
para empresas de importancia,
que el miedo torpe destierra,
Carlos Octavo de Francia
marcha contra Ingalaterra;
sal con su gente en campaña,
defiende su Flor de Lis
de las armas de Bretaña;
porque triunfes en Paris
célebre con tanta hazaña;
que cuando la escala arrimes
y en poco la vida estimes
premiará el Rey tus trabajos,
pues suelen soldados bajos
subir á cargos sublimes.
Mas si te lleva á otra parte
tu pacífica costumbre,
y conoces inclinarte,
conforme tu mansedumbre,
más á Mercurio que á Marte,
en este plato repara,
Simón, que es ciencia más clara
y su ganancia en exceso.
No es de justicia este peso,

(Enséñasele.)

no de justicia esta vara;
pero es de mayor codicia
ésta con que medir ves
sus medras á la avaricia;
que la vara de interés
tuerce la de la justicia.
Por solo este plato precia
sus dueños Italia y Grecia,
y por ella valen tanto,
que al mundo han causado espanto,
las dos, Génova y Venecia.
Si este estado seguir quieres
los príncipes de más nombre
harán cuanto les pidieres;
que ya el más presumido hombre
adula á los mercaderes.
En fin, de estos tres estados
puedes despacio escoger
el de menores cuidados;
mas ha de ser tu mujer

mi hija.

SIMÓN. Ansí son doblados.

RICARDO. Es moza noble y honesta;
considéralo, y apresta
el gusto y la inclinación
á la mejor profesión
porque me des la respuesta. *(Vase.)*

ESCENA II

SIMÓN.

Dejado me han en tres platos
las armas, letras y tratos
con que vive el mercader,
y todos de la mujer
son verdaderos retratos.
Las letras, porque ellas son
tan sabias para engañar
que atropellan la razón
y obligan á idolatrar
las ciencias de Salomón.
Las armas, por ser extrañas
en el mundo las hazañas
con que atropellan rendidas,
Troyas en Asia, encendidas,
y mal ganadas Españas.
El peso y vara, es la vida
de su codicia fingida;
porque la mujer más cara
suele al medir de una vara
dar los gustos sin medida.
Letras habré menester
para que no me contrasten
ardides de su favor;
mas, ¿qué letras hay que basten
¡cielos! contra una mujer?
Armas, para que defienda
el honor, costosa prenda;
porque el hombre que se casa,
si tiene al ladrón en casa,
justo es que guarde su hacienda.
Escudo, porque ande armado
de la paciencia en que fundo
el gobierno de su estado;
que no hay mártir en el mundo
que sufra lo que un casado.
Y por conservar el seso,
he menester vara y peso
con que pese, á mi pesar,
las joyas que le he de dar
á este extraño contrapeso.
Pues si tanto es menester
para un casado, Dios mío,
¿quién sufrirlo ha de poder?
no permitáis que mi tío
me dé bienes y mujer.
Notable sueño me ha dado;
¿no es bueno que me ha cansado
no más que el imaginar
que me procuran casar?
Mas, de casado á cansado
va una letra solamente:
¡libre el cielo de mi cuello
el yugo que lo consiente!
Mas quiero dormir: sobre ello
veré si me es conveniente,
que, en fin, es perfecto estado
entre todos el casado.
Mas si el casamiento fuera
de veras, ¡cielos! ¿qué hiciera,
pues que cansa imaginado?

(Duerme sobre una silla y oye una voz que dice dentro.)

VOZ. Vela, Simón.

SIMÓN. *(Despierta.)* ¡Santo cielo!
O alguna imaginación
me inquieta con tal desvelo,
ó dijo: «Vela, Simón»
una voz. No; imaginélo;
que lo que el alma recela
tal vez en sueños desvela.
Dejadme, cuidados tristes,
ya que de tropel venistes,
este rato.

(Vuelve á dormirse y vuelve la voz.)

VOZ. Simón, vela.

SIMÓN. ¿Otra vez? Sin duda el cielo,
como en mis provechos anda,
para aliviar mi recelo,
agora velar me manda:
voz misteriosa, ya velo.
De aquí sé, que ha menester
velar, quien ha de escoger
esposa de honesto nombre;
que no es bien que duerma el hombre
cuando ha de elegir mujer.
El dormir fué desacierto;
despierto escucho y advierto
lo que mandas, voz sagrada.
¿Ninguno me dice nada?
Pues no me quieren despierto.
Si imaginación no ha sido
la que me desvela ansí,
voz que á inquietarme has venido,
di lo que quieres de mí
que velando estoy dormido.

(Duérmese y vuelve la voz y despierta.)

VOZ. Simón, vela...

SIMÓN. ¿Hay tal instancia?

VOZ. (1) Y si esposa de importancia
quieres hallar, santa y bella,
sal de Francia, y fuera de ella,
busca la Peña de Francia,
y vela, Simón.

SIMÓN. *(Levántase.)* Si haré.
Quien tan buenos sueños sueña
bien es que durmiendo esté.
¿Mujer me han de dar de Peña?
¡Qué dura esposa tendré!
Más buena debe de ser,
pues guardará ansí el decoro
que el honor ha menester;
que no la ablandará el oro
si es de peña la mujer.
Mas, ¡ay promesas risueñas
de esperanzas halagüeñas
que imposibles han de ser,

---

(1) En el original no dice que sea la *Voz* la que pronuncia esos versos; pero el descuido fué corregido en la impresión del siglo XVIII, hecha por D.ª Teresa de Guzmán. En el ms. 15.632 de la Bib. Nac. también consta la lección que adoptamos.

pues si es peña la mujer
dádivas quebrantan peñas!
Mas si me promete el cielo
una esposa de importancia,
velando en este desvelo,
salgamos, Simón, de Francia.
¡Adiós París, patrio suelo!
¡Adiós bienes con cautela!
que este estado me consuela,
libre de hacienda y pesar.
¿Dios me ha mandado velar?
Llamaréme Simón Vela.
¡Adiós mundana arrogancia;
laberinto en que me ofusco,
donde triunfa la ignorancia,
que fuera de Francia busco
desde hoy la Peña de Francia! *(Vase.)*

ESCENA III

Cúbrese la mesa de platos y sale DOÑA CATALINA, *Infanta, con un papel abierto, y* CELIA.

CATALIN. Ya tengo escrito el papel
al Infante y mi delito;
también mi vergüenza ha escrito,
pues va declarado en él.
Pero el ciego amor impele
al alma que teme y arde;
el aconsejarme es tarde;
dame la hostia y cerraréle;
quedara mi desacierto,
con mi atrevido cuidado,
dentro del papel, cerrado,
y dentro del alma, abierto.
Celia, acaba; la hostia venga.
CELIA. El lacre fuera mejor.
CATALIN. No tiene lacre mi amor
aunque mi fama le tenga.
Ve por la hostia mientras yo,
leyendo esta breve suma,
miro si escribió la pluma
lo que el alma la dictó. *(Vase* Celia.*)*
(Lee.) «Esta noche ó nunca, Infante.»
Breve y compendioso está,
pero es filósofo ya
en el hablar un amante.
Que vaya assí determino;
porque vergüenza y temor,
cuando comienza el amor
le notan de vizcaíno.
Extraña resolución
tenéis, intentos livianos;
sírvenme (aunque son hermanos)
los Infantes de Aragón.
Mas quiere amor que en mi medro
hoy el alma sacrifique
al mayor, que es don Enrique,
y olvide al menor, don Pedro.
Vituperaráme el mundo;
pues una Infanta se allana
hoy á un hombre, siendo hermana
del Rey don Juan el segundo.
(Sale Celia *con una escribanía.)*
CELIA. Aquí está la escribanía.
CATALIN. El papel cierre mi mengua
donde callando la lengua
hable sola la osadía. *(Ciérrale.)*
CELIA. Toma el sello.
CATALIN. Conocello
podría alguno por él,
y si es tercero el papel
bien puede sello sin sello.
Déjale, que con razón,
si impresas en él están
las armas se correrán
de Castilla y Aragón.
Sin ellas amor rapaz
quiere que el papel escriba,
porque al Infante reciba
(puesto que es guerra) de paz.
Dame por él un punzón.
(Dásele y pica la cerradura.)
CELIA. ¿Pues por qué le picas tanto?
CATALIN. ¡Ay, Celia!; porque otro tanto
me ha picado el corazón
Don Enrique; no me impidas
que á quien tiene de parlar
mis faltas, desee matar
y dé infinitas heridas.
Llámame á Padilla, el paje,
que á don Enrique le lleve.
Mas quien á tanto se atreve
digna es de cualquier ultraje.
Déjale, porque no sea
testigo de tanto error;
que traza dará mi amor
de que el Infante la lea.

ESCENA IV

Sale un PAJE.—DICHA.

PAJE. La Reina, señora, llama
á Vuestra Alteza.
CATALIN. Querrá
salir fuera.
PAJE. No, que está
algo indispuesta en la cama,
y quiérese entretener,
señora, un rato con vos.
CATALIN. ¿Mala está? ¡Válgame Dios!
Vamos, que la quiero ver.
(Aparte.) ¡Ciego dios, niño gigante,
pues que sabéis enredar,
trazad como pueda dar
este papel al Infante! *(Vanse.)*

ESCENA V

Salen DON ENRIQUE *y* DON PEDRO.

PEDRO.

Mi hermano eres mayor y así respeto,
Enrique, tu persona.

ENRIQUE.

No hagas cuenta
de edad, ni de hermandad, cuando indiscreto
usurparme mi amor, el tuyo intenta.
¿Tú servir á la Infanta?

PEDRO.

Estás sujeto
á tu poca razón, y no me afrenta
tu lengua, aunque arrojada desatina.

ENRIQUE.

¿Tú amar la Infanta doña Catalina?

PEDRO.

Yo amarla, pues ¿no soy como tú Infante,
hijo de don Fernando, rey Primero
de Aragón? Y si pasas adelante
como tú, ¿no soy nieto del tercero
Enrique de Castilla? Di arrogante,
si, como tú á la Infanta sirvo y quiero,
¿soy menos noble yo? ¿soy menos hombre?
El rey don Juan, de primo me da nombre;
Con mi hermana la Reina está casado,
y dos hermanos tengo, que en la silla
de Aragón y Navarra, me han dejado,
como á ti, posesiones en Castilla.
Don Pedro, Infante de Aragón, me ha dado
por nombre España ¿qué te maravilla,
si á la hermana del Rey por dama elijo?
¡Nieto de reyes soy, de reyes hijo!
Goza tu estado Enrique, enhorabuena,
y no lo quieras todo; sobre el pecho
traes la cruz que los bárbaros refrena;
Maestre de Santiago el Rey te ha hecho;
Marqués de Medellín y de Villena
te llama el mundo, que te viene estrecho.
Tuyo es Trujillo; déjame esta dama
que sé que te aborrece y que me ama.

ENRIQUE.

¿Que sabes que te ama y me aborrece?
¿Cómo puede eso ser, soberbio, loco;
si ha un mes que mis servicios agradece,
estimando el amor con que la invoco?

PEDRO.

Si el estado que así te desvanece
te obliga á que me estimes en tan poco
agora lo verás.

ENRIQUE.

¡Cobarde, espera!

PEDRO.

¡Si no saliera el Rey!...

ENRIQUE.

¡Si no saliera!...

ESCENA VI

Salen el REY *y la* INFANTA.—DICHOS.

CATALINA.

Poca es la calentura; en Dios espero
que no vendrá á ser nada. Vuestra Alteza
se vuelva.

REY.

Yo he de ser vuestro escudero.

CATALINA.

Queda sin vos la Reina, y no es fineza
dejarla sola.

REY.

Obedeceros quiero,
aunque juzgo á rigor esa extrañeza.
¿Infante?

LOS DOS.

¡Gran Señor!

REY.

Don Pedro digo.

PEDRO.

A tu servicio estoy.

REY.

Veníos conmigo.

(*Vanse los dos.*)

ESCENA VII

DOÑA CATALINA *y* DON ENRIQUE.

ENRIQUE.

No sienten tanto el verse atormentando
las almas tristes, que del fuego hambriento
son perpétua materia y alimento,
mi pecho entre sus penas retratando,
como el saber que han de vivir penando
del modo que mi altivo pensamiento;
y que ha de ser eterno aquel tormento
sin que de su descanso llegue el cuándo.
¿Cuándo, señora, pues, mi pecho tierno
podrá librarse de esta pena fiera
que mi tormento juzga por eterno?
¿Hasta cuándo queréis que por vos muera?
Mirad que es una imagen del infierno,
quien sin saber el cuándo, un cuándo espera.

CATALIN. La paciencia en la tardanza
convierte el acero en cera,
y algo espera, quien espera
el cuándo de su esperanza.
Y pues le estáis esperando,
primo, no desesperéis
que, cuando menos penséis
hallaréis el cómo y cuándo.

ENRIQUE. Con favor tan soberano
ya espera mi fe animosa,
con el título de esposa,
vivir.

CATALIN. Este es vuestro hermano,
adiós.

ESCENA VIII

Sale DON PEDRO.—DICHOS.

PEDRO. ¿Pues cómo, señora,
viendo lo que amándoos medro,
os vais?

CATALIN. ¡Oh, infante don Pedro!
Tengo de escribir agora
á Aragón y es fuerza acorte
esta merced, y me parta:
adiós.

PEDRO. Si por esa carta

me dejáis, yo pago el porte.

(Al entrarse, alzando los dos las partes del tapiz, la dice al oído don Enrique *lo que sigue y ella respondiéndole deja caer en el suelo un guante y vase.)*

ENRIQUE. El cuándo estoy esperando
que mi esperanza ha de ver
cumplida. ¿Cuándo ha de ser?

CATALIN. Buscad y hallaréis el cuándo. *(Vase.)*

ESCENA IX

DON ENRIQUE *y* DON PEDRO.

ENRIQUE. Un guante se le cayó;
alzaréle y gozaré
este favor. *(Cógenle los dos.)*

PEDRO. Suéltale,
si no pretendes que yo
suelte el nudo de tu vida.

ENRIQUE. No me provoques, Infante;
suelta el guante.

PEDRO. Suelta el guante.

ENRIQUE. ¿Que un parentesco me impida
castigar tal desacato?
Más mi justo enojo crece;
suelta el guante y agradece,
don Pedro, que no te mato.

PEDRO. Suéltale tú, no publique
mi agravio algún hecho cruel,
que te cortaré con él
esa mano, don Enrique.

ENRIQUE. ¡Cielos! ¿Esto oyendo estoy?

PEDRO. Venga el guante entero ó roto,
que por no hacer alboroto
dándote muerte me voy.

(Pártese por medio y llévase don Pedro *la mitad.)*

ESCENA X

DON ENRIQUE.

No harás, aunque te dé el viento
alas, que mi amor te sigue,
bárbaro, porque castigue
tu arrogante atrevimiento.
Pero ¿adónde voy, dejando
la dicha que hallar colijo?
La Infanta, al partir, me dijo:
«buscad y hallaréis el cuándo».
Ya los ojos van buscando,
como justicia al ladrón,
el cuándo; su posesión
verá mi esperanza verde;
porque quien el cuándo pierde
también pierde la ocasión.
Vos, medio guante, habéis sido
de mi naufragio el piloto,
tesoro que en saco roto
mi esperanza ha enriquecido.
Pues partido, sois partido
de mi esperado favor,
no sequéis mi dicha en flor;
mas ¡ay cielos! que sospecho
que como estáis tan deshecho
se ha de deshacer mi amor.
Medio guante he granjeado
y no será mal remedio
si por ser medio, es el medio
de mi amoroso cuidado;
mi pródigo desgarrado
de manirroto lo estáis;
mas, no lo sois, pues premiáis
mis amorosos enredos
en vez de manos á dedos,
que á dedos el bien me dais.
Si bien en esta ocasión
mil veces dichoso he sido,
pues entre ellos me ha cabido
el dedo del corazón.
Bolsa que rompió el ladrón,
sacando lo que tenía,
me parecéis, prenda mía;
ó, según dejado os han
sois casa, que por San Juan,
la deja el huésped vacía.
Una hermosa mano y palma
fué el alma que el ser os dió:
mas, como cuerpo, os dejó
muerto sin forma y en calma;
pues que sois cuerpo sin alma,
quien no os sepulta es cruel;
en mi pecho entrad, que en él
sepulcro os tengo labrado:
mas no estáis muerto que he hallado
una alma, en vos, de papel.

(Saca del medio guante la mitad del papel que escribió la Infanta.*)*

No hay escrito en lo rompido
sino parte de un renglón:
¿tuvo mayor confusión
jamás, humano sentido?
Breve la respuesta ha sido.
¿Qué teméis recelo amante?
Con sólo verle delante
sin leerle estoy temblando.
Mas sepamos de este cuándo
la respuesta. *(Lee.)* «Nunca, Infante».
¿Nunca, Infante? De esta suerte
la respuesta está aquí entera
de mi cuándo. ¡Ah, letra fiera!
nunca yo llegara á verte.
Sentencia de vuestra muerte
es esta, ocasión perdida;
no hay apelación que impida
el nunca que rehusáis;
que, porque nunca muráis,
un nunca os dan de por vida.
Nunca (ruego al cielo santo)
fenezca este nunca eterno,
porque al nunca del infierno
mire el nunca de mi llanto;
nunca se acabe el encanto
que hechiza este nunca cruel,
pues porque nunca haya en él,
sino un nunca que llorar,
nunca tengo de olvidar
el nunca de este papel. *(Vase.)*

ESCENA XI

Sale DON PEDRO *y saca el otro medio guante y medio papel.*

Medio guante, en vos elijo
de Salomón la sentencia,
en la civil competencia
de las dos madres y el hijo.
Pues si partir el Infante
mandó, en aquella ocasión,
yo, imitando á Salomón,
el papel partí y el guante.
Mi herencia sois, cara prenda;
pues, al fin de enojos vanos,
Enrique y yo, como hermanos,
hemos partido la hacienda.
Celos me abrasan el pecho
por ver con tanto favor
premiar mi competidor,
pero, yo gozo el provecho.
Que, si por tan vario modo,
la mitad vine á heredar,
seguro podré esperar,
pues llevo la parte, el todo.
A lo demás tengo acción,
pues merecí en mi poder
este papel, que ha de ser
mi carta de obligación.
Quiero verle, que aunque esté
en dos piezas dividido,
en la que aquí me ha cabido
algunas letras leeré.
Y el temor que me alborota,
con celos que me rodean
las entenderá, aunque sean
razones de carta rota.
Nueve letras solamente
hay en él. ¿Qué es esto cielo?
Cubierta el alma de yelo
peligros que ignora siente.
«Esta noche», y media *O*
mal escrita y destrozada
hay no más; ó es *C* ó no es nada;
rota por medio quedó;
sin duda que no escribió
más al que su amor contrasta
desta noche, que esto basta,
y para mi muerte sobra;
que el amor, puesto por obra,
poca retórica gasta.
Esta noche hay sólo escrito
en todo ese roto pliego;
mas será el caballo griego
que trae oculto el delito.
Como las letras de Egito,
son las que celoso escucho
que hablan poco y dicen mucho.
Letras, ¿qué queréis decir?
Acabad ya de parir
este monstruo con quien lucho.
Dirá que esta noche espera
insultos con que amor crece,
y que esta noche le ofrece
aumentar mi pena fiera;
pero, aunque con tal quimera
hace á su amor plato franco,
si Enrique el papel en blanco
llevó, mi dicha se alegra,
porque en esta noche negra
tengo de dejarle en blanco.
Esta noche he de gozar
con nombre y traje fingido
el bien que amor me ha ofrecido,
saldrame encuentro este azar.
Una escala he de llevar
á sus rejas, y el favor
dado á mi competidor
tengo de hurtar disfrazado;
que todo lo que es hurtado
dicen que sabe mejor. *(Vase.)*

ESCENA XII

Salen el REY, DON GONZALO DE ESTREMERA, FERNÁN ALONSO *y un* PAJE.

REY. Don Gonzalo de Estremera,
Fernán Alonso, templad
la lengua mordaz y fiera;
que no sé si es lealtad
el hablar de esa manera.
Mirad que no sea pasión
la que os ciega la razón;
no digáis tal de mi primo
don Enrique, que le estimo
como á Infante de Aragón.
De mis reinos desterré
á Ruiy López, el que fué
objeto de mi favor
un tiempo, y como á traidor
sus estados confisqué;
y advertid que no quisiera
que por tomar dél venganza,
en fe de tanta quimera,
del cielo de mi privanza
á tierra por vos cayera.
Pues para que califique
su crédito y le publique
por inocente y leal,
basta que me digáis mal
agora de don Enrique.

GONZALO. Vuestra Majestad advierta
que solamente á los dos
decir esto nos despierta
la lealtad, la ley de Dios
y el ser cosa ya tan cierta.
En Tordesillas entró
un año ha, y con mano armada
de vuestro palacio echó
toda la gente granada,
y luego se apoderó
del Reino y vuestra persona,
llevándoos hasta Escalona,
aunque libre, como preso.
¿No será indicio este exceso
que aspira é vuestra corona?
Si vuestra Alteza no huyera
de Escalona á Talavera,
y don Alvaro de Luna,
con armas y gente alguna,
al encuentro no os saliera,
¿estábades muy seguro
de alguna urgente desgracia?
Serviros siempre procuro;

en vuestro favor y gracia
estoy, pero conjeturo
de aquí, que ya no se mira
si no es con desprecio ó ira
en palacio la lealtad.
¡Quiera Dios que mi verdad
no se cumpla y sea mentira!
Con la Infanta, mi señora,
celebrar bodas pretende;
como es vuestra sucesora,
porque heredaros entiende,
viéndoos sin hijo agora;
y si sus hermanos son
de Navarra y Aragón
reyes, gran señor, ¿quién duda
que pidiéndoles ayuda
nos pongan en confusión?
Con Ruy López se cartea,
que está en Valencia, y desea
volver á la dignidad
que impidió su deslealtad.

FERNÁN. Vuestra Majestad nos crea;
y, pues la ambición le abrasa,
ponga á sus intentos tasa;
que echándole de Castilla,
asegurará su silla
y echará al ladrón de casa.

REY. Basta; yo de Enrique sé
que es vasallo muy leal
y he examinado su fe.

GONZAL. Señor...

REY. Nadie me hable mal
de él, porque me enojaré.
¿Don Diego?

PAJE. Señor.

REY. (*Aparte.*) Yo quiero
salir contigo á rondar
de mi palacio el terrero,
dando á cuidados lugar;
prevenme un casco de acero,
rodela, capa y espada.

PAJE. ¿Cuándo ha de ser?

REY. A la una.
que es hora más sosegada.

PAJE. Voy.

REY. Don Alvaro de Luna
no ha de saber desto nada.

(*Vanse el* Rey *y el* Paje.)

ESCENA XIII

DON GONZALO *y* DON FERNÁN ALONSO.

GONZAL. Entre tanto que estuviere
este Enrique en la privanza
del Rey, que oirnos no quiere,
la que nuestra industria alcanza
seguridad poca adquiere.
Mas su muerte tengo urdida
si me quieres ayudar.

FERNÁN. De ella depende mi vida,
pues, sin él, hemos de estar
libres; no hay temor que impida
mi ayuda, trázala y muera.

GONZAL. Cada noche á rondar sale
el terrero, donde espera
que la Infanta le regale
con su vista, y de manera
en su esfuerzo se confía
que sin otra compañía
de su secreto y valor
se valen los de su amor,
probemos su valentía.

FERNÁN. Probemos; ¿mas de qué suerte?

GONZAL. Abrazaraste con él
y daréle, que por fuerte
que sea, seguros dél
verá en tus brazos su muerte.

FERNÁN. Vamos, que la noche obscura
con su tiniebla asegura
nuestro intento.

GONZALO. Robles, vamos;
que si al Infante matamos
durará nuestra ventura. (*Vanse.*)

ESCENA XIV

Sale de peregrino SIMÓN VELA *y* DON ENRIQUE.

SIMÓN VELA.

Salí, señor, cual digo, de mi tierra,
entrando en Aragón por la montaña
de Jaca, que al francés el paso cierra;
los campos visité, que el Ebro baña
en busca de la Peña que te digo,
y juzgo que he de hallar en vuestra España.
En la ciudad de Huesca habló conmigo
un caballero pobre, y desterrado
por la persecución de un falso amigo;
pidiome con secreto y con cuidado,
pues á Castilla el paso encaminaba,
(de cuyo Rey fué un tiempo gran privado)
si á don Enrique, Infante, en ella hallaba
le diese, sin testigos, este pliego
por la seguridad que en mí llevaba.
Prometílo y partíme, Infante, luego
hasta Valladolid, donde he cumplido
con mi palabra y su amigable ruego.

ENRIQUE.

Contento con su carta he recibido;
que es un gran caballero y gran soldado,
aunque traidores le hayan perseguido;
restaurarle en Castilla he procurado;
mas como el Rey es mozo ha dado orejas
á dos malsines que andan á su lado.
Mas no tratando de esto ¿por qué dejas
la hacienda, que me dices que heredaste
y, peregrino, de París te alejas?

SIMÓN VELA.

Quisieron dar con mi esperanza al traste
nuevos cuidados de insufrible peso;
quisiéronme casar, aquesto baste;
de una mujer huyendo el grave peso
vengo cual ves.

ENRIQUE.

¡Oh, que discreto fuiste!

SIMÓN VELA.

La patria desprecié por no estar preso.

ENRIQUE.

(*Aparte.*) Ojalá yo también hubiera huído
y nunca, el *nunca* de un renglón leyera,

porque nunca viviera aborrecido.
¿Qué peña buscas, pues, de esta manera?

SIMÓN VELA.

Una que se intitula la de Francia
y donde mi descanso y paz me espera;
el cielo me promete allí ganancia
y una mujer de célebre renombre,
ejemplo de virtud y de constancia.

ENRIQUE.

Jamás he oído Peña de ese nombre,
ni juzgo yo que la haya en todo el mundo,
ni donde tal mujer merezca un nombre.

SIMÓN VELA.

Con todo eso, en registrar me fundo
á toda España.

ENRIQUE.

En esta villa, donde
tiene su Corte el rey don Juan segundo,
lo sabrás, porque aquí nada se esconde.
Vente conmigo, que eres muy discreto,
pues huyes los peligros.

SIMÓN VELA.

Corresponde
tu valor á tu fama, ¿aquí, en efeto,
sabré lo que deseo y me desvela?

ENRIQUE.

Informarme de todo te prometo.
¿Cómo es tu nombre?

SIMÓN VELA.

El mío es Simón Vela.

ENRIQUE.

Y el mío un hombre á una mujer sujeto,
que con medio renglón me desconsuela.

(Vanse.)

ESCENA XV

Sale la Infanta DOÑA CATALINA *á una ventana, de noche.*

Desnudo dios, rapaz invencionero,
¡qué ardides enseñas á un amante!
Tú me enseñaste á hacer que fuese un guante
de mi secreto amor, mudo tercero.
Aquí, dudosa, la respuesta espero,
que si escribí «Esta noche ó nunca, Infante»,
es porque amor se goza en un instante;
que tiene la ocasión vuelo ligero.
En esta noche mi amorosa llama,
aunque con la vergüenza y amor lucho,
hará que la honra sufra y amor venza.
Aquesta noche ó nunca pierdo fama;
porque una vez el arriesgarla es mucho,
pero arriesgarla dos poca vergüenza.

ESCENA XVI

Sale DON PEDRO *solo y con una escala.*—DICHA.

PEDRO. Hecho me habéis que trasnoche;
cumplid como prometéis,
papel, pues dicho me habéis
que busque al sol esta noche.
¡Cielo, haced mi dicha llana!
Saber si me esperan quiero.

CATALIN. Pasos oigo en el terrero.

PEDRO. Hablar siento en la ventana.
¡Oh, mas que dichoso amante!
¿Ah de arriba?

CATALIN. Pensamiento,
albricias de este contento
me pedid. ¿Es el Infante?

PEDRO. Es quien resucita agora;
puesto que estuve difunto.

CATALIN. Si es el Infante pregunto.

PEDRO. El Infante que os adora.

CATALIN. ¿Venís solo?

PEDRO. Acompañado,
más que yo quisiera, estoy.

CATALIN. Mal lo hiciste, yo me voy;
indiscreto habéis andado.
¿A tantos de mi flaqueza
dais parte?

PEDRO. Señora mía,
esperad, que es compañía
que adora vuestra belleza.
Acompáñanme recelos,
sospechas, deseos, temores,
memorias, gozos, favores,
pensamientos y desvelos.
De todos éstos soy centro;
más no me contentarán
estas dichas, porque están,
mi Infanta, puertas adentro.
Mas, ¿de qué sirve, mi bien,
que el tiempo gaste en preguntas?
Pues las almas están juntas
juntos los cuerpos estén.

CATALIN. Aunque vergüenza y temor
el alma oprimen confusa,
lo que la fama rehusa
hace fácil el amor.
Subid, que es bien; pues él reina,
que á vuestra fe corresponda.

(Empieza á subir.)

ESCENA XVII

Salen el REY *y* DON DIEGO, *Paje.*

REY. Quiero ver qué gente ronda
á las damas de la Reina;
que entre las cansadas leyes
del Gobierno, y los cuidados,
una es vivir encerrados
en sus palacios los Reyes.
¡Qué buena noche!

PAJE. Excelente,
aunque obscura.

REY. No hay rondantes.

PAJE. Valladolid tiene amantes,
no de rejas solamente;
que son amigos de ver
y tras el ver desear,
tras el desear, hablar
y tras hablar, poseer;
y, como las de palacio
dan tan escaso el favor,
no hay en la Corte, señor,

[illegible]

[illegible] en que estoy.
[illegible] miento.

[illegible] pasos
[illegible] esté,
[illegible] puntapié
[illegible] escasos:
[illegible] pasos.
[illegible] muerte son:
[illegible] de un ladrón.
[illegible] pasos dan.
[illegible] pasos están
[illegible] pasos de mi pasión.

ESCENA XXI

[illegible] Rey, don Gonzalo, Fernán Alonso, *gente y hachas.*—Dicho.

Gonzalo.

[illegible] pudo ser, sino el Infante.
[illegible] agresor, invicto Rey; advierte
[illegible] que te dije ayer, y que es amante
de la Infanta, y desea sucederte.
Información daré de esto bastante.

FERNÁN ALONSO.

ɔo fuere verdad, danos la muerte.

GONZALO.

er con cartas de Rui López, vino
francés, disfrazado en peregrino,
ien á tu paje echó, señor, los brazos
·yendo ser el Rey, y pasó el pecho.
·uién duda que quitar los embarazos
.iso de su ambición y vil provecho?

FERNÁN ALONSO.

)uién se atreve á su Rey á hacer pedazos
ıo quien ser rey quiere?

REY.

Ya sospecho
ıe la verdad me dices; en un cadahalso
ıgarás tu traición, Enrique falso.
¿ué gente es esta?

ENRIQUE.

Soy quien no quisiera
ner ser, por no ser tan desdichado.

GONZALO.

ɔon Enrique es.

REY.

Prendelde.

ENRIQUE.

¿Por qué? Espera.

REY.

Ah, lobo en piel de tigre disfrazado!
El preguntar por qué de esa manera
va sé que es por venir disimulado
i encubrir tu traición: ya lo sé todo.

ENRIQUE.

¿Qué sabes? ¿Cómo me hablas de ese modo?

REY.

Prendelde.

ENRIQUE.

Si la Infanta ha sido mala,
¿qué culpa tengo yo que no te ofendo?
Infórmate quién es el que á su sala
subió por esa escala que estás viendo.

REY.

¿Escala, cielos? ¡Ah traidor! ¿Escala
en mi palacio? Aleve, ya te entiendo.
No eches la culpa á nadie, que tú has sido
quien mi palacio escala, y me ha ofendido.
Las armas le quitad.

ESCENA XXII

Sale DON PEDRO.—DICHOS.

PEDRO.

Por ver si puedo
la escala descolgar, que dejé en vano,
vuelvo al terrero.

ENRIQUE.

¡Bueno, cielos, quedo!

GONZALO.

Este es don Pedro, del Maestre hermano.

REY.

Pues prendelde también.

ENRIQUE.

De tanto enredo,
la causa son traidores.

REY.

¡Ah tirano!

FERNÁN ALONSO.

Don Pedro, dad las armas.

PEDRO.

¿Quién me prende?

FERNÁN ALONSO.

El Rey.

PEDRO.

¿El Rey? ¿En qué de mí se ofende?

REY.

En que os hacéis también, don Pedro, cómplice
en los insultos del hermano vuestro.

PEDRO.

Poderoso señor, ¿qué insultos?

REY.

Basta;
miraldes los papeles que traen, que ellos
declararán lo que Ruy López Dávalos
les escribe en ofensa de mi vida.

PEDRO.

¿De tu vida, señor? ¡Primero el cielo...

ENRIQUE.

¡Ah traidor! Poco á poco vas echando
de Castilla á los buenos; que eres malo,
y temes no castiguen tus traiciones.

(*Mira* don Gonzalo *las faltriqueras á* don Enrique *y* Fernán Alonso *á* don Pedro, *y sácanlos los medios papeles*.)

FERNÁN ALONSO.

Don Pedro tiene aquí medio billete.

GONZALO.

Y otro medio el Maestre don Enrique.

REY.

Cifras deben de ser con que se entienden.
Dadlos acá; la letra es una misma
y en un solo renglón dicen sus partes:
(*Lee*.) «Aquesta noche ó nunca, Infante.»

GONZALO.

¿Veslo?
La muerte, por alzarse con Castilla
te concertaron dar en esta noche,
y por esa ocasión te acometieron
matándote á tu paje.

REY.

¡Ah, cielos santos,
que no sufrís traiciones! Esta noche

me libró mi inocencia de la muerte.
De Rui López serán estos consejos,
por volver á Castilla.

ENRIQUE.

¿Hay tal desdicha?

SIMÓN VELA.

¿Hay lástima mayor?

REY.

Llevaldos presos.

PEDRO.

Advierte, gran señor...

REY.

Y á ese criado
que traen consigo, le pondréis al punto
á cuestión de tormento, porque diga
la verdad de este insulto.

SIMÓN VELA.

¿A mí?

REY.

Llevalde.

SIMÓN VELA.

El cielo ampare mi inocente vida.

REY.

Esté también mi loca hermana presa,
con gentes en su cuarto que la guarden.

ENRIQUE.

¡Ea, venid de golpe, males fieros!
Mas ¿qué no hará un traidor de un rey privado?

PEDRO.

¡Qué buen suceso tuvo mi amor loco!

REY.

¡Ah, traidores infantes!

FERNÁN.

Bien se ha hecho.

GONZALO.

Desde hoy verás crecer nuestro provecho.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Sale DON GONZALO *y* DON PEDRO, *como preso.*

GONZAL. El buen fin de este suceso
os será muy importante
si hacéis lo que os digo, Infante.
Dos meses ha que estáis preso,
sin dejar que os comunique
vuestro hermano su pasión,
porque en diversa prisión
tiene el Rey á don Enrique.
La Infanta ama á vuestro hermano
con voluntad excesiva,
y mientras Enrique viva
la pretenderéis en vano;
romped parentesco y ley,
que á esto obliga el ser amante,
atropellad al Infante,
decilde, don Pedro, al Rey
que darle la muerte quiso
cuando al paje le mató,
y que de este caso os dió
en aquel billete aviso;
y afeando la maldad
de tan bárbaro remedio
os rompió el papel por medio
y se llevó la mitad;
que él aquella escala puso
para alcanzar á la Infanta,
cuando con locura tanta
á matarle se dispuso;
que con Rui López concierta
por cartas, esta traición,
y en fin, que su pretensión
hubiera salido cierta,
si el cielo no le librara
aquella noche de muerte,
y, que el hablar de esta suerte
es por ser verdad tan clara.
Sabrá el Rey que le servís,
y yo, entonces, os prometo
de trazar que tenga efeto
la esperanza en que vivís.
De don Alvaro de Luna
gozo toda la privanza,
yo, vos sabéis lo que alcanza
con ellos dos mi fortuna.
Libradme vos de esta pena;
que, en fe de ventura tanta,
yo haré que os den á la Infanta
y el Estado de Villena.
Determinaos brevemente;
y advertid que si perdéis
un hermano, cobraréis
honra, estado y juntamente
un amigo que os convida
en la ocasión, que os advierte,
si no lo hacéis, con la muerte,
y si lo hacéis, con la vida. (*Vase.*)

DON PEDRO.

¡Consejo riguroso, vil acuerdo!
¡Traidor!, vencerme intentas, pero en vano;
mucho gano si esposa y vida gano,
mucho pierdo si ley y hermano pierdo.
Dejar esta ocasión no es de hombre cuerdo.
locura es ser traidor contra mi hermano.
¡Oh extraña confusión, oh amor tirano!
duermo al honor y á la pasión recuerdo.
Mucho puede un traidor que manda y priva.
mucho el amor con que combato y lucho,
mucho la sangre en que mi fama estriba;
mucho todo... Mas ¡ay de mí! que escucho
decir que vence amor; pues amor viva;
que todo es poco cuando amor es mucho.
(*Vase.*)

ESCENA II

La Infanta DOÑA CATALINA *y* PADILLA.

CATALIN. El Rey es mozo y da oídos
á los dañosos consejos
de los traidores fingidos,
en años y engaños viejos,
y por eso son creidos;
y quiera Dios que no den
con el reino algun vaivén,
que quien los nobles destierra
hacer quiere á la paz, guerra.
PADILLA. Dices, gran señora, bien.
CATALIN. ¿Qué dirá el Rey de Aragón
y el de Navarra, Padilla,
viendo á su hermano en prisión,
y que así el Rey de Castilla
le atribuya tal traición?
¿Entiende que los soldados
de sus castillos dorados
(cuando á tantos hace injuria)
le han de librar de la furia
de dos reyes agraviados?
¿Entiende que no se ofende
el cielo de los rigores
con que sin culpa me prende?
Mas, quien trata con traidores,
traiciones solas entiende.
Estoy, Padilla, sin seso.
PADILLA. La Reina doña María
¿qué dice, que siente de eso?
CATALIN. Viendo con la tiranía
que al Infate tienen preso,
siéntelo como mujer:
mas no pudiendo vencer
del Rey injustos enojos
todo lo libra en los ojos.
PADILLA. ¡Que de un traidor el poder
llegue á tanto!
CATALIN. ¿Qué se suena
de don Pedro?
PADILLA. Que saldrá
libre y Marqués de Villena.
CATALIN. ¿Marqués de Villena ya?
Alguna traición se ordena.
PADILLA. Hace por él don Gonzalo.
CATALIN. De esa suerte ya le igualo
con él; porque si un traidor
de don Pedro es valedor,
no es por bueno, más por malo.
Más si la traza que he dado
la razona el cielo cierta,
poco valdrá su cuidado,
que, para que abra la puerta
de la prisión, tengo hallado
un medio. Pero el secreto
ya sabes que...
PADILLA. Yo prometo
guardarle como hasta aquí.
CATALIN. Sí, harás, porque tengo en ti
un confidente discreto.
Llama á Benavides, pues,
que es de quien se fía el Infante,
y sabrás esto después.
Más ya le tengo delante.

ESCENA III

Sale BENAVIDES.—DICHA.

BENAVID. Beso, señora, tus pies.
CATALIN. ¿Pues cómo te ha sucedido?
BENAVID. Del modo que lo has pedido
al cielo.
CATALIN. ¿De qué manera?
BENAVID. Llevé un pedazo de cera,
y cuando hallé entretenido
al tal Alcaide (jugando
con otros) como que allí
su juego estaba mirando,
cuatro llaves imprimí
que en la cinta hallé colgando;
y el oro las contrahizo
á pedir de boca.
CATALIN. Bien.
BENAVID. El interés es hechizo
de todo barbado.
CATALIN. Ven
que tu ingenio solenizo.
Trazas me ofrece el amor
con que de mi Enrique impida
el peligro y el temor,
que no han de ofender su vida
un Rey mozo, y un traidor. *(Vanse.)*

ESCENA IV

Salen DON PEDRO, *libre, el* REY, DON GONZALO *y* FERNÁN ALONSO DE ROBLES.

REY. En vos, don Pedro, desde hoy
muestras y señales hallo
de un leal y fiel vasallo.
PEDRO. A tus pies humilde estoy.
REY. Gozad en parte de pago
el Estado de Villena,
que dé á don Enrique pena;
que el Maestrazgo de Santiago
os diera también, á estar
en mi mano; mas después
que en el Convento de Uclés
los Treces haga juntar
y algunos Comendadores,
les diré, que será bien
que este ilustre cargo os den,
pues los merecéis mayores.
Don Alvaro el Condestable,
primo, se os ha de oponer,
y seréis cuerdo en temer
competidor tan notable;
pero, si de mano os gana
el Maestrazgo, yo os prometo
de hacer como llegue á efeto
el casaros con mi hermana.
PEDRO. Mil veces estos pies beso.
(Aparte.) Traidor he sido, mal hago;
mas si me han de dar tal pago
como el que agora intereso,
y á la hermosa Infanta gano,
perdone el mundo mi error,
que por comprar tal favor
poco es vender á un hermano.
(A los dos traidores.)
REY. Bien me habéis aconsejado;

y aunque la paga sea poca,
don Gonzalo goce á Coca,
que es un lugar del Estado
de don Enrique.

GONZAL. Esas plantas
sellen mis labios mil veces,
pues como yedra engrandeces
la humildad que en mí levantas.

REY. A Fernán de Robles doy
también la villa de Arnedo.

FERNÁN. Beso tus pies.

REY. Aún no quedo
contento.

FERNÁN. Tu hechura soy.

REY. El Rey don Alfonso el quinto
de Portugal viene á verme;
que quiere satisfacerme
sobre si es ó no distinto
su oriental descubrimiento,
del mío, en el nuevo mundo.
En Salamanca me fundo
hacerle el recibimiento.
Lleven preso allá al Infante;
porque en presencia del Rey,
con el rigor de la ley
le dé el castigo bastante
y pidan satisfacción
sus hermanos; que las barras
y las cadenas navarras
temblarán de mi león. *(Vase el* Rey.*)*

GONZALO. Por mi consejo, don Pedro,
estáis libre y sois Marqués,
y la Infanta, antes de un mes
será vuestra.

PEDRO. Por vos medro.

FERNÁN. El Rey don Juan el segundo
su Real palabra empeñó.

PEDRO. Venderé por ella yo
no á un hermano, á todo el mundo.
(Vanse.)

ESCENA V

Sale DON ENRIQUE, *preso, y una* GUARDA.

ENRIQUE. ¿Amor de la Infanta ha hecho
traidor á mi hermano?

GUARDA. Sí,
que el Rey se le da.

ENRIQUE. Perdí
el bien que alentó mi pecho.
¿Que, en fin, mi hermano es privado
del Rey? ¿Que su amigo es?

GUARDA. Y de Villena Marqués
porque todo vuestro estado,
ha dividido con él
con Estremera y con Robles.

ENRIQUE. Podrá el Rey hacerlos nobles,
pero á nadie dellos fiel.
¿Hay más de nuevo?

GUARDA. Más.

ENRIQUE. Pues
dilo, no tengas temor.

GUARDA. El Comendador mayor
ha convocado en Uclés
capítulo, como es ley;
que, como os da por desleal
contra la Corona Real
y os priva de todo el Rey,
quiere que elijan Maestre;
y don Alvaro de Luna
lo será, sin duda alguna.

ENRIQUE. Con él su privanza muestre;
enrisque más su subida,
será más terrible el salto
que, á no estar Faetón tan alto,
no diera tan gran caida.

GUARDA. Mándanme que os notifique
que la Cruz roja os quitéis
y que al Convento la enviéis
de Uclés, señor don Enrique,
para que libres estén
del homenaje que os dieron
el día que os eligieron.

ENRIQUE. ¿La cruz me quita? Hace bien.
¡Cruz del Patrón español;
del alarbe noble estrago;
(Vásela quitando.)
Cruz del Apostol Santiago
y de mis tinieblas sol;
pesar de dejaros siento,
mas, pues que de vos me quitan
conmigo, sin duda imitan,
de Cristo el descendimiento!
A imitarle me apercibo,
aunque á Cristo, si lo advierto,
quitáronle de vos, muerto,
y á mí, en fin, me quitan vivo.
Pero, señales son estas
que estoy cerca de acabarme,
pues para crucificarme
me quitan la cruz de á cuestas.
Dásela á los que en pasiones
y envidias triunfaron ya,
que, muy bien parecerá
la cruz entre dos ladrones;
(Bésala y pónela sobre una salvilla y váse la Guarda*).*
y, déjame agora un poco
á solas.

GUARDA. Infante, adiós. *(Vase.)*

ESCENA VI

DON ENRIQUE.

Hagamos cuenta con vos,
antes que me vuelva loco,
alma, que aunque me veis cuerdo
en sufrir y en padecer
ya no tengo que perder
si acaso el sexo no pierdo.
Ni mi peligro me espanta,
ni que traidor me haya sido
don Pedro, á su amor rendido.
Mas, que mi mudable Infanta
se me mostrase cruel
y premiase el rendimiento
de mi enemigo, esto siento,
pero no que aquel papel
que vino dentro del guante,
aunque corto, lisongero,
decía, leído entero,
«Esta noche ó nunca Infante».

El Rey así lo leyó
aunque el misterio no supo;
el «nunca Infante» me cupo;
pues ¿por qué la culpo yo?
Mas qué digo ¿si una escala
pendiente á sus rejas vi?
si la admitió contra mí
su insulto en ella señala.
¿Mas, si don Pedro la puso,
porque en el papel leyó
«esta noche»? Sí, mas no:
dejadme temor confuso,
que prisiones tan estrechas
no me dan tantos cuidados
como los grillos pesados
de celos y de sospechas.

ESCENA VII

El ALCAIDE, BENAVIDES *y* PADILLA.—DICHO.

BENAVIDES.

Ea, que ya pecáis de muy curioso;
¿no basta, que no hay vez que entre en la cárcel
que no me miren todos los vestidos,
sino que hasta la cena, que al Infante
traigo, me registréis?

ALCAIDE.

Este es mi oficio
y cumplo el orden que me tienen dado.

BENAVIDES.

Sí, pero más templado.

ENRIQUE.

Ola ¿qué es esto?

BENAVIDES.

El alcaide es, señor, que hasta los platos
me examina, por ver si traigo entre ellos
instrumentos, papeles ó quimeras,
que sueña con que rompas las prisiones,
hasta quitar la tapa de un conejo
que te traigo empanado.

ALCAIDE.

Benavides,
esta es orden del Rey.

ENRIQUE.

Y es justa cosa
hacer, Alcaide, lo que el Rey os manda.
Miraldo todo y registrad mi pecho,
que yo sé que no halléis en él afecto
menos que de leal y fiel vasallo.
Ojalá que también fueran visibles
los pensamientos que á mi Rey adulan,
saliera yo leal y ellos traidores.

ALCAIDE.

Para mí, gran Maestre, eso es sin duda;
pero es fuerza cumplir con lo que ordena
el Rey.

ENRIQUE.

Andad; hacedlo y no os dé pena.

(Vase el Alcaide.)

ESCENA VIII

DICHOS, *menos el* ALCAIDE.

BENAVID. Ya es hora, señor, que cenes.
ENRIQUE. No del manjar hagas cuenta;
que el alma que se sustenta
con pesares y desdenes,
al cuerpo ha dado alimento,
de recelos y pesar;
ya no admitiré manjar
que no le guise el tormento.

(Sácanle la mesa puesta.)

Padilla, ¿aquí estás? Perdona,
que quien todo es frenesí
aún no se conoce á sí,
¿qué hará con otra persona?
Sirves, en fin, á la Infanta
y debiera hacer estima
de ti.
PADILLA. Y ella se lastima
de tus riesgos.
ENRIQUE. Canta, canta.
PADILLA. ¿Qué quieres?
ENRIQUE. Algo que sea
congojoso.
PADILLA. ¿Para qué?
ENRIQUE. Estoilo yo y gustaré
de tonos de mi librea.

(Padilla canta y cena el Infante.)

PADILLA.

«Fernán Gozález, Conde perseguido,
asombro del Alarbe, estaba preso
en León, por la envidia, cuyo peso
el más firme valor tiene oprimido.
Pero su esposa, que contra el olvido
en bronce su renombre dejó impreso
la libertad le dió (notable exceso)
trocando con el Conde su vestido.
Durara eternamente lealtad tanta
en cuantas partes se despeña Febo,
porque en su luz su amor se comunique,
á no tener Castilla hoy otra Infanta
que con traza ingeniosa y amor nuevo
la libertad franquea á don Enrique.

ENRIQUE. ¿Libre yo? ¿Cómo lo sabes?
PADILLA. El cómo y el cuándo dejo
remitido á ese conejo?
ENRIQUE. ¡Jesús! ¿qué es esto?
BENAVID. Dos llaves
y una carta.
ENRIQUE. ¿Qué invención
me traes aquí Benavides?
BENAVID. Si al ingenio el amor mides,
llaves son de la prisión,
que para poder librarte
te envía la Infanta.
ENRIQUE. ¡Cielo!
que estoy soñando recelo.
PADILLA. La vida á venido á darte
quien te dió en su amor lugar.
ENRIQUE. Ya es dichosa mi prisión,
pues por ella la afición
conozco que he de adorar.
Padilla, ¿qué? ¿las envía
la Infanta?

PADILLA. Ella fué la autora
deste ardid.
ENRIQUE. Y será aurora
que á mis penas traiga el día. *(Papel.)*
(Lee.) «Aunque mi vida en tu ausencia
será muerte, por no verte
sin vida, elijo la muerte
que temo sin tu presencia.
Huye, Enrique, la violencia
de un lisonjero cobarde,
que haciendo engañoso alarde,
inventa traiciones nuevas:
contigo el alma me llevas:
muerta quedo. Dios te guarde».
(Habla.) Sólo con mudo silencio
estime el alma este bien,
que con razones no es bien
si imposibles reverencio.
BENAVID. La ocasión insta; dejemos
palabras que hiperbolizas:
las dos llaves son hechizas,
su favor aprovechemos
cuando se duerma la gente.
ENRIQUE. Simón Vela ¿no podrá
salir conmigo?
BENAVID. Será
ponerte á riesgo evidente;
porque un triste calabozo
tu favor hace imposible;
es el Alcaide terrible
y extranjero el poble mozo.
ENRIQUE. Líbrele el cielo, pues yo
no puedo.
PADILLA. Mira por ti;
y harás harto.
ENRIQUE. Amigo, di
á la Infanta, que salió
como el sol tras los nublados,
que venció su claridad,
como á darme libertad
á desmentir mis cuidados;
que en bronces de duración
eterna, ha dejado impreso
el favor que la confieso.
BENAVID. ¿Piensas partirte á Aragón?
ENRIQUE. No, amigo, que determino
desmentir las diligencias
que han de intentar las violencias
traidoras. Mejor camino
juzgo que es, por despoblados,
el guiar á Portugal.
PADILLA. Su Rey es, señor, tu tío.
ENRIQUE. Vivir á su sombra fío
mientras el riesgo mortal
en que traidores me han puesto
durare.
BENAVID. Si el de Aragón
sabe tu persecución
él pondrá remedio presto.
PADILLA. Sal con recato y cautela.
(Cubren la mesa.)
ENRIQUE. ¡Ah cielos, si en dicha tanta,
pudiera llevar la Infanta
y librar á Simón Vela! *(Vanse.)*

ESCENA IX

Salen el INFANTE DON PEDRO, DON GONZALO *y* FERNÁN ROBLES, *como de noche.* DON ENRIQUE *encubierto.*

GONZALO. Muy en la memoria tiene
el Rey lo que os prometió.
PEDRO. Es Rey, en fin.
GONZAL. Juzgo yo
que si á la Infanta entretiene,
es por partirse mañana
á Salamanca, y querrá,
Marqués, que os caséis allá,
porque va con él su hermana:
y puesto que no la ha dado
noticia de esto, barrunto
que quiere que vaya junto
el saberlo y darla estado.
PEDRO. Con esos dulces engaños
alivio melancolías,
juzgando las horas días,
midiendo las horas años.
GONZAL. Siempre el esperar fué malo.
PEDRO. Don Gonzalo de Extremera,
quien espera, desespera.
(Don Enrique, *rebozado.*)
ENRIQUE. Nombrar oí á don Gonzalo:
el amor que me encamina
como á su esfera, al terrero,
me manda que hable primero
á mi doña Catalina.
Mas hanme estorbado el paso
traidores que me han vendido.
PEDRO. Ya los dos habéis sabido
que en sus amores me abraso.
Si no es la Infanta mi esposa
mataréme ¡vive Dios!
ENRIQUE. Este es mi hermano y los dos
traidores. Difícil cosa
me parece acometellos.
FERNÁN. Otro rondante ha venido.
ENRIQUE. ¡Ánimo! Ya me han sentido;
solo estoy ¡venganza á ellos!
¡Haga aquí mi esfuerzo alarde!
PEDRO. Reconozcamos quien es.
ENRIQUE. Traidores son todos tres,
y el traidor siempre es cobarde.
PEDRO. ¿Quién es?
ENRIQUE. Un hombre que viene
con solamente una cara.
FERNÁN. Seña es singular y clara.
ENRIQUE. Hay alguno que dos tiene,
y en prueba de su interés
conozco tres hombres yo
en quien la traición pintó
seis caras, aunque son tres.
GONZAL. Algún loco debe ser.
FERNÁN. No hagáis caso dél, dejalde.
PEDRO. Diga quién es, ó matalde.
ENRIQUE. Soy, si lo queréis saber,
un hombre que á vuestra tienda,
donde vive el interés,
viene á comprar de los tres
su lealtad, si hay quien la venda.
PEDRO. ¿Qué dices, hombre?
ENRIQUE. Esto es llano
todos tres dais en vender,

y aún yo sé de un mercader
que puso en venta á su hermano.
Mas, discúlpale el amor.

PEDRO. ¡Mientes!

ENRIQUE. ¡Bueno el mentís es!
¿Luego no sois vos, Marqués,
marcado ya por traidor?

PEDRO. ¡Muera!

TODOS. ¡Muera!

ENRIQUE. ¡Aduladores!
llegad; que aunque es desigual
el número, el que es leal
vale más que mil traidores.

FERNÁN. ¡Muerto soy! *(Cae dentro.)*

ENRIQUE. Un traidor menos
tiene ya España.

GONZAL. El huir
es fuerza, por no morir. *(Vase.)*

ENRIQUE. Esperad, vasallos buenos.

PEDRO. La espada se me ha caido;
¿qué es éste, fortuna airada?
(Cógela don Enrique.)

ENRIQUE. No es mucho perder la espada
quien su lealtad ha perdido.
Castigaréte, villano,
con privarte de las armas,
que pues de traiciones te armas
y vendes tu mismo hermano,
la espada te es escusada;
que, quien se ocupa en vender
las honras, no ha menester
para tal oficio espada. *(Vase.)*

PEDRO. De cólera quedo loco.
¿Tal afrenta he de escuchar?
Mas, pues fuí traidor, callar,
que todo este oprobio es poco.
El que vive de esta suerte
á morir mal se convida,
que siempre á una mala vida
se sigue una mala muerte. *(Vase.)*

ESCENA X

Sale SIMÓN VELA, *alborotado, siguiendo una* VOZ *que dentro se habla en diversas partes.*

SIMÓN. Voz extraña y peregrina,
tu presencia me consuele;
sino es que mi muerte vele
¿ya qué he de velar?

VOZ. Camina,
por la parte que me escuchas
y saldrás de esa prisión.

SIMÓN. Para un miserable son,
voz santa, estas dichas muchas.
Sólo oigo la consonancia
de tu voz, y no te veo.

VOZ. Para cumplir tu deseo
busca la Peña de Francia;
que el cielo, con mano franca,
mil venturas te promete.

SIMÓN. ¿Pues dónde la hallaré?

VOZ. Vete,
Simón Vela, á Salamanca.

SIMÓN. Pues de este riesgo cruel
me libras, voz, y me guías,
llámeme el mundo Tobías,
llamaréte mi Rafael. *(Vase.)*

ESCENA XI

Habrá unas peñas lo más altas y ásperas que se pudiere y en lo enriscado de ellas saldrá CARDENCHO, *pastor, dando voces. Después* TIRSO, DORINGO, PAYO, CRESPO *y* MARTÍN.

CARD. ¡Ah, chivato! Verá el diabro
que dello que se encarama.
¡Ruchoo, manchado, á la rama!
Eso sí, huir; ¡por San Pabro!
que si desato la honda
que yo haga que bajéis.
¡Rucho, aho! ¿Qué, no queréis?
¿pues qué llamaros no bonda?
pues aguardad, cabra roin,
(Tira con la honda.)
y ahorraremos de trabajo.
(Vienen, bajando por la otra parte de las peñas, Tirso, Doringo, Payo *y* Martín, *serranos.)*

TIRSO. Crespo, Cardencho, á lo bajo;
Damón, Doringo, Martín,
á lo bajo.

DORINGO. Sancho, Payo,
bajad ya, si heis de escoger
el que esta vez ha de ser
quien ha de cortar el mayo.

PAYO. ¡Bueno va, gritar y dalle
tiesos tenés los gargueros!

TIRSO. ¡A lo bajo carboneros!

TODOS. ¡A lo bajo, al valle, al valle!
(Bajan todos.)

DORINGO. Anda, Tirso, que á Melisa
el mayo has hoy de cortar.

PAYO. Si, habíale de llevar
Tirso, bueno.

CARD. Andar á prisa.

PAYO. Si á mí me tocase el mayo
dichosa será Teruela.

MARTÍN. Buen cuidado vos desvela;
¿mas que no le lleváis, Payo?

PAYO. ¿Mas que me toca, Martín?

MARTÍN. Apostemos la pollina.

PAYO. Cuál ¿la rucia ó la mohina?

MARTÍN. La rucia y vueso mastín.

PAYO. No chero apuestas con vos.

CARD. Salve y guarde, buena genté.

TIRSO. Ea, cada cual se asiente.

CARD. ¿Tirso acá? Manténgaos Dios.
(Siéntanse en corro.)
¿Hase hecho mucho carbón?

CRESPO. De cargar seis carros vengo
de encina.

PAYO. De brezo tengo
un razonable montón;
pero parece de encina
según rececido está

DORINGO. Eso á Salamanca irá.

PAYO. Sí, pero no tan ahina,
que tengo dos bueyes malos.

TIRSO. Y yo echados á perder
dos carros.

MARTÍN. No hay son poner
ruedas, estacas y palos,
que allá ganaréis el dobre;
porque aquellos escolares
compran costales á pares

de encina y también de robre.

PAYO. Sí, allá no faltan dineros;
pero bien se satisfacen
con las burlas que mos hacen
á los pobres carboneros.

CARD. ¡Oh, qué bravo pescozón
me dió uno en el mercado
á coto jueves pasado!

DORIN. ¿Cómo?

CARD. Vendiendo carbón,
llegó un escolar roín,
y los ojos levantando,
como que estaba mirando
la torre de San Martín,
á decir, gritando, empieza:
¡Que se cae la torre al suelo!
Yo, que estaba sin recelo,
alzo, á verla, la cabeza
arriba, y á mala vez
que la alcé, me sacudió
un pasa acá, que me echó
al colodrillo la nuez.

CRESPO. Pues si yo á decir empiezo
mis burlas, no acabarán.

DORIN. ¡Huego de San Cebrián
los abrase!

CRESPO. En el pescuezo
me metieron dos avispas
que aun me duran los ronchones.

TIRSO. Malos son los avispones.

DORIN. ¡All herrero que echa chispas!

MARTÍN. ¿Quién ha de cortar el mayo
para prantarle en la alberca,
nueso puebro, que se acerca
el primero día?

PAYO. ¿Quién? Payo.

CRESPO. ¡Mas nonada!

PAYO. Para vos.

CARD. Yo le tengo de llevar.

PAYO. Crespo, ¿hemos de comenzar?

DORINGO. Presto os quillotráis los dos.
Echad suertes.

TIRSO. Buena traza.

MARTÍN. Eso es ahorrar de rencilla.

CARD. Si el Mayo llevo á Belilla
le he de prantar en la plaza
y mosicalla, de suerte
que no se ose el sacristén
competilla.

PAYO. ¿Cantáis bien?

CARD. Tengo el chorro claro y fuerte.

DORINGO. Cada cual meta un listón
en mi carapuza luego.

TIRSO. Si el Mayo saco, un borrego
le presento á San Antón.

CARD. Este encarnado, me dió
Belilla.

CARD. A mí este pajizo,
Gila.

TIRSO. Buen regalo os hizo;
del regazo se quitó
este azul, Melisa hermosa.

(Van echando cada cual su listón en la caperuza.)

PAYO. Huéralo si no afeara
con tanta peca la cara;
pero peca de pecosa.

TIRSO. Y aun de fácil.

PAYO. Este verde,
me dió Teresa.

MARTÍN. Y á mí
Liris, este carmesí.

CARD. Ya por vuestro amor se pierde.

DORINGO. Todos están dentro ya,
quiero revolverlos bien.

TIRSO. ¿Quién ha de sacarlos?

DORINGO. ¿Quién?
Cardencho los sacará,
que es simpre.

CARD. No os dé fatiga.

DORINGO. El primero que saliere
le lleve.

TIRSO. A quien Dios le diere
San Pedro se le bendiga.

(Saca el azul Cardencho.)

DORINGO. El azul salió.

TIRSO. Melisa
se lleva el Mayo.

PAYO. A pesar.

DORINGO. ¿De dó le cuidáis cortar?

TIRSO. Mirándose está en la risa
de ese río, que de Francia
se nombra, un álamo branco,
y un tronco me ofrece franco
para el Mayo, de importancia;
Crespo, trepando por él
me le podrás desgajar.

CARD. ¡Que le hubiese de llevar
Tirso! ¡Voto al sol cruel,
que he de cortar otro yo,
y á las puertas de Belilla
le he de hincar!

DORINGO. En una villa
no ha de haber si un Mayo.

MARTÍN. No.

CARD. Diérale la capa parda
de los disantos por él.

PAYO. ¿La capa?

CARD. La de buriel.

TIRSO. ¿Y qué os pondréis?

CARD. Una albarda.

MARTÍN. El álamo está muy alto,
¿heis de poderle trepar?

CARD. Dejadme vos desnudar,
veréis cuan ligero salto.

DORINGO. ¿Pues aquí os dejáis el sayo?

CARD. Quiero sobir en camisa.

TIRSO. ¡Qué alegre ha de estar Melisa
viendo á sus puertas el Mayo.

(Dejan el sayo allí y vánse.)

ESCENA XII

Sale DON ENRIQUE.

De Ciudad Rodrigo huyendo
he venido hoy hasta aquí,
porque en sus plazas oí
el pregón que estoy temiendo.
Pena tiene de la vida
quien no me entregare al Rey
ó el que quebrando esta ley
me diere hospicio y comida;
mil ducados por mí dan

y mi vida puesta en precio
alborota al vulgo necio.
Terribles peñas están
por aquí, riscos groseros;
buscando los hombres andan
mi vida; si no os ablandan,
como á todos, los dineros,
amparadme, pues tocáis
con vuestras cimas al cielo.
Si de vuestro altivo vuelo
su piedad participáis,
aquí en vuestra compañía
podrá vivir mi lealtad;
que la llaneza y verdad
en los desiertos se cría.
Mas, válgame Dios, ¿qué es esto?
mi pensamiento fué error,
el vestido de un pastor
delante el cielo me ha puesto;
en cuanto la vista alcanza
no hay humano por aquí;
fortuna, al hallarse ansí
vuelve á alentar mi esperanza.
Por este quiero trocalle,
mas, mi parecer no es bueno,
que á quien se viste de ajeno
le desnudan en la calle.
No sé el consejo que elija.

ESCENA XIII

Por lo más alto bajan el CONDE DE URGEL, *muy viejo, en traje de carbonero, y* ELVIRA, *de serrana, como andan en la Peña de Francia.*—DICHO.

CONDE. Baja con tiento la peña
que voy á hacer partir leña
para hacer el carbón, hija:
si bien dejar tu presencia
me obliga á que recelando
el alma que palpitando
la da aliento tu asistencia,
más es muerte; prenda mía
en el camino te aguardo
no vuelvas con paso tardo,
que sin ti, la sangre fría
rematará mi vejez
que ya no es más que un desmayo.

ELVIRA. En habiendo visto el Mayo
no más, padre, de una vez,
que pulen los carboneros
de la villa, junto al río,
éste que es de cristal frío,
volveré al momento á veros
de rosas y flores llena,
porque os pienso coronar
la frente, aunque llegue á hurtar
la juncia al valle, y verbena;
traeré rosas y retamas
que, ciñendo vuestras sienes,
vos remocen.

CONDE. Mientras vienes,
en pago de lo que me amas,
mi Elvira, te prevendré
un tarro de natas lleno,
pan blanco y no de centeno,
(Van bajando.)
sino de trigo y que esté
con miel y leche amasado,
y dos abrazos después
con que nueva vida des
al corazón desmayado.
No caigas, baja con tiento.

ELVIRA. No haré, padre.

CONDE. Por aquí.
que no es tan áspero.

ELVIRA. Si
no suele volar el viento
más ligero que yo bajo
por estas peñas; ya estoy
avezada.

CONDE. Yo me voy
al encinar, que el trabajo
siempre da poca ganancia
si su dueño no le mira.
Vuelve temprano, mi Elvira,
luz de la Peña de Francia.

ELVIRA. Yo iré luego.

CONDE. ¡Tiempo cruel! *(Ap.)*
grandes tus mudanzas son,
pues anda haciendo carbón
don Jaime, Conde de Urgel
(Entrase por arriba.)

ENRIQUE. Ahora bien, por no ser muerto
será fuerza el disfrazarme;
Dios debió de depararme
en medio de este desierto
este rústico vestido.

ELVIRA. ¡Santa Olalla! ¿Y qué es aquello?
Hombre parece.

ENRIQUE. Este cuello
y el acero aquí, escondido
estará con el sombrero
y la capa.

ELVIRA. ¿Qué querrá
her, que quitándose está
la ropa?

ENRIQUE. ¡Ay tiempo ligero!

ELVIRA. Que garrido sayo y bragas;
parécese al San Martín
que en somo del su rocín
da la capa al de las llagas.

ENRIQUE. Bien encubierto está aquí.

ELVIRA. Escondida quiero ver
que es lo que pretende her.
Un vestido tiene allí
de serrano, y se le pone
en somo del tafetán.

ENRIQUE. Traidores héchome han
pastor, el traje perdone.
de mis primeras hazañas,
pues que tan mal me han pagado.

ELVIRA. Ell alma me ha quillotrado
el garzón.

ENRIQUE. ¡Fieras montañas!
ya soy vuestro habitador.

ELVIRA. ¡Ay Dios y que mal me ha hecho
esto! ¿Quién es? En el pecho
siento como un arador
que no hace son picar
el corazón con abrojos,
después que miré sus ojos.
Aojada debo estar;
hablarle quiero; mas, no,

que debe de ser pecado.
Nunca en el pecho me ha dado
el mal que agora me dió.
Arabien, yo vo ¿qué espero?
Mas ¿si en viéndome se enoja
y me deja? ¿Hay tal congoja?
Habrarele pracencero;
pero mijor es reñirle
porque el sayo se vistió
que entre las matas halló,
que me muero por decirle
el no se qué, que me mata.

ENRIQUE. Podrá ser vuelva á buscar
su vestido á este lugar
el dueño, pues que me trata
ansí mi estrella traidora,
Esperar quiero que venga:
haréle que por bien tenga
el ampararme.

(*Llégase* Elvira *á* don Enrique.)

ELVIRA. En mal hora
don ladrón, hurtéis el sayo
que no es vuestro.

ENRIQUE. Una serrana
he visto, aurora ó mañana.

ELVIRA. ¿Están los otros el mayo
cortando, y deja el vestido
el que subió á desgajalle
y venisos vos á hurtalle,
para que esotro garrido
no se os manche, que debajo
traeis? Yo lo vi, ladrón.

ENRIQUE. ¿Ladrón?

ELVIRA. (*Ap.*) Sí que el corazón
me tien. (*A él.*) ¿Qué ventura os trajo
aquí? Yo se lo diré
al alcalde de la Alberca,
que os agarre, que aquí cerca
está.

ENRIQUE. Alcalde ¿para qué?
Vos tenéis la cara tal
y tales ojos tenéis
que libertades prendéis,
más no para hacerlas mal.
Este sayo hallé, sin dueño,
en este bosque escondido;
ando por aquí perdido
y con temor no pequeño.
Impórtame no ser muerto
el que no sepan quien soy
y por vos seguro estoy
que no seré descubierto;
pero amparado de vos,
porque esos hermosos ojos
no son para dar enojos
si no es de amores.

ELVIRA. ¡Ay Dios!
¡Qué bien que lo sermoniza!
No lo habra el cura tan bien
cuando junto al sacristén
sermona, casa ó bautiza,
como el polido garzón.
No se que tien en la boca
que cada razón me toca
las telas del corazón.

ENRIQUE. ¿Daisme licencia, serrana,
que así me quede vestido?
¿ó quitarele?

ELVIRA. Habéis sido
bien criado; mucho gana
la mesura, buen provecho
vos haga, no os le quitéis
que con él me parecéis
un pino de oro.

ENRIQUE. ¡Buen pecho!
que la rústica se ablanda.

ELVIRA. Si el dueño suyo viniere
y acaso le conociere
(que con los serranos anda
cortando el mayo) en mi casa
tiene el mi padre criados
para el carbón, y ganados,
porque es su hacienda sin tasa.
No vos faltarán vestidos,
uno de ellos le hurtaré
que mijor que este os esté.

ENRIQUE. Con favores tan crecidos
me obligas. Dame esa mano.

ELVIRA. ¿Pues qué queréis her con ella?

ENRIQUE. ¿Qué? Besarla.

ELVIRA. ¡Mas mordella!

ENRIQUE. Su donaire es soberano:
en besártela procura
mi dicha este bien pagar.

ELVIRA. ¿No hay son llegar y besar?
¿Es mi mano la del cura?

ENRIQUE. Sí, pues cura de mi bien.

ELVIRA. Esla ahí.

ENRIQUE. ¡Qué blanda y bella!
es cuajada, es leche, es pella
de nieve ¿qué es lo que ven
mis ojos? ¿Entre estas peñas
cria el cielo tales manos?
Palacio, que á cortesanos
natadas manos enseñas
ven y verás maravillas
en esta rústica sierra
que ninfas de plata encierra.

ELVIRA. (*Aparte.*) El alma me hace cosquillas
desde que su mano toco.

ENRIQUE. ¡Con qué donaire me mira!
¿cómo es vuestro nombre?

ELVIRA. **Elvira.**

ENRIQUE. Estoy oyéndola loco.
Ya mi amorosa arrogancia,
sus presunciones destierra.
¿Cómo se llama esta tierra?

ELVIRA. ¿Esta? La Peña de Francia.

ENRIQUE. (*Aparte.*) La que busca Simón Vela
será sin duda.

ELVIRA. ¡Ay de mí!

ENRIQUE. En fin ¿tienes padres?

ELVIRA. Sí,
aunque sin madre y agüela.

ENRIQUE. ¿Y querráme por criado?

ELVIRA. ¿Luego no? Cien carboneros
tien y treinta ganaderos:
yo le haré que de buen grado
vos reciba.

ENRIQUE. Pues, serrana,
desde hoy en tu casa estoy.

ELVIRA. Llena de contento voy.
¿Sabréis her carbón?

ENRIQUE. Mañana

pienso ensayarme.
ELVIRA. En buen hora,
dejad el vuestro vestido
en esta cueva escondido,
no le tope alguno agora,
que yo volveré por él,
y en la mi arca de castaño
vos le guardaré.
ENRIQUE. ¡Qué extraño
donaire!
ELVIRA. Daréos por él
(en llegando á casa) un sayo
con que conocer no os pueda
el dueño dese, que queda
con los otros por el mayo;
y cuando allá no le haya,
yo sé coser, y os haré
uno, que al vivo os esté,
aunque descosa una saya.
ENRIQUE. ¿Viose afición semejante?
Seguir este oficio quiero;
podrá ser que, carbonero,
tenga más dicha que Infante.
¡Ay, mi doña Catalina,
á no ser tanto tu amor,
pudiera ser que el favor
y hermosura peregrina
desta serrana, en tu ausencia,
de mí hiciera sacrificio;
porque obliga el beneficio
y enamora la frecuencia.
Pero está el alma obligada
á lo mucho que te debo.
ELVIRA. Chispas en ell alma llevo
á fe que vó quillotrada.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Salen catando los PASTORES *y* TIRSO *con el mayo.*

TODOS. *(Cantan.)* «Entra Mayo y sale Abril:
¡cuán garridico le vi venir!»
UNO. «Entra Mayo coronado
de rosas y de claveles,
dando alfombras y doseles,
en que duerma amor, al prado;
de trébol viene adornado,
de retama y torongil.
TODOS. «Entra Mayo y sale Abril,
¡cuán garridico le vi venir»!
TIRSO. Oído os habrá Melisa,
plantalde aquí, que si está
despierta, ella acudirá,
si es que mi amor le da prisa.
PAYO. Quizabes saldrá con ella
Elvira, la de nueso amo.
TIRSO. ¡Oh! en escuchando el reclamo
se erguirá, ¡bonita es ella!
MARTÍN. Diz que es muy inficionada
á la musquina.
TIRSO. No sé
que tién desde ayer, que hué
anoche mencolizada
á cenar, y en el garçón
que recibieron ayer,
no hacía son poner
los ojos.
MARTÍN. Malicias son.
TIRSO. ¡Pregue á Dios no dé la Elvira
con el Mayo algún traspié,
que temo algún daño á fe
después que tanto le mira!
CRESPO. ¡Y qué triste que está el viejo
cuidando es enfermedá!
TIRSO. Dejemos eso y cantá.
CRESPO. Canten que ya yo lo dejo.
TODOS. *(Cantan.)* «Si quieres, etc.»

ESCENA II

MELISA *y* ELVIRA.—DICHOS.

MELISA. Sal Elvira á la ventana
y verás el mayo verde
con que el mal no se te acuerde
que tienes, y á la mañana,
que cubiertos los carrillos
del encarnado arrebol,
la viene puniendo el sol
con sus rayos los zarcillos.
Vuelva á tus labios la risa
que hasta aquí mos alegraba.
ELVIRA. No puedo aunque quiera.
MELISA. Acaba.
ELVIRA. Duéleme el alma, Melisa.
DORINGO. ¡Tirso, Tirso! á la ventana
Elvira y Melisa están.
TIRSO. Templad pues, y escocharán
las dos el canto de gana.
TODOS. *(Cantan.)* «Si queréis, etc.».
TIRSO. ¿Qué decís de la mosica?
mi Melisa ¿haos contentado?
MELISA. Lindamente lo heis cantado.
TIRSO. Ansí mi amor se pobrica
la mi Melisa agraciada;
¡pardiez! que os me semejáis,
cuando escochándome estáis,
á la ventana asomada,
á la mi yegua que dejo
garrida cuando la cincho,
que alegre escucha el relincho
del cuartago del concejo.
MELISA. Y á mí la vuesa musquina
me semeja al dulce son
que hace con el carbón
la carreta si rechina.
ELVIRA. ¡Ay, Dios!
MELISA. ¿Agora sospira
tu dolor, Elvira hermosa?
ELVIRA. Estó muy melanconiosa.
TIRSO. ¿Qué tiene nuesa ama, Elvira?
ELVIRA. No sé.
TIRSO. ¿Quiere que tañamos
para que se alegre?
ELVIRA. No,
que antes el canto me dió
tristeza.
DORINGO. Pues bien cantamos.
TIRSO. ¿La musquina no resiste

el mal que causa la pena?

ELVIRA. No, que el alegría agena
es tormento para el triste.
Échalos de aquí, Melisa,
que tengo que te contar.

TIRSO. ¿Queréisme una cinta dar?

MELISA. Después, que ahora estó deprisa.
Ponte enfrente de la Igreja,
que en pellizcándote yo
es señal que te la dó.

TIRSO. Ya es tarde, que la madeja
del sol, las cabezas mira
de nuestros riscos. ¿Iréme?

MELISA. Sí.

TIRSO. ¿Y qué has de her?

MELISA. Tornaréme
á la cama con Elvira,
que está mala.

TIRSO. ¡Pese al mal!

MELISA. ¿A cantar no heis de volver?

TIRSO. Sí; mas por dónde ha de ser?

MELISA. ¿Por dó? Por el trascorral.

ELVIRA. Ven Melisa, que me muero.

MELISA. ¿Dónde?

ELVIRA. Bajemos abajo.
(*Aparte.*) Mi desdicha acá nos trajo
al polido forastero. (*Vanse.*)

DOMINGO. ¿Hase cantado bien?

TIRSO. Sí;
vamos, daréos de almorzar.

PATO. ¡Par Dios!

TIRSO. Hasta reventar.

DOMINGO. ¿Y el mayo?

TIRSO. Quédese así. (*Vanse.*)

ESCENA III

Salen ELVIRA *y* MELISA.

MELISA. Digasme tú, la serrana,
adamada de faciones,
aunque del sol ofendida
porque nunca dél te escondes;
así de tus pensamientos
los dulces empleos goces,
y contra lisonjas tiernas
tengas el pecho de bronce:
¿qué nuevo mal te entristece
desde ayer, que las colores
del abril de tu hermosura
muestran penas interiores?
¿Hizote mal con los ojos
algunos de los garzones
que por vengar los que matan
intenta añublar tus soles?
¿Has tomado alguna yerba,
entre el torongil que comes,
cuyo veneno te cría
tan desabridos humores?
¿Comes carbón, yeso ó tierra
como las damas de Corte,
que diz que adrede se opilan
por andar las estaciones?
¿Has visto alguna fantasma
del alma, que Dios perdone,
que se aparece en la Igreja
á los que pasan de noche?
Si es amor, la mi serrana,
y acaso no le conoces,
bachillera de su huego
sus travesuras me hicioren.
Una abeja es, pequeñita
que tiene dos aguijones
de amor y aborrecimiento,
¡huego en él, qué bien se esconde!
A quien le conoce olvida,
ruega á quien no le conoce;
no hay agravio que le venza,
no hay ausencia que le borre.
Antaño por este tiempo
á la sombra de aquel robre
me dió por alma un serrano:
¡hoguera soy desde entonces!
Ni sé lo que es libertad
ni que es quietud; que el chicote
ciego, mátalas callando,
no suelta si una vez coge.

ELVIRA. ¡Ay, mi Melisa! Esas señas
son las que al pie de aquel monte
conocí en la buena lanza
que dices; ¡nunca él se logre!
Ví (nunca yo le mirara)
de yuso un álamo, un hombre
que se me entró por la vista
á robarme el corazone.
Hice recibirle á padre,
sirve en casa; pero el joven,
si es de mi padre criado,
es dueño de mis pasiones.
¿Qué he de her, serrana mía,
que las entrañas me comen
unas cositas que siento
tamañas como aradores?
¡Ay, Dios!

MELISA. Que, en fin, es Mireno,
Elvira, el tu lindo amore?
¡Merécelo, que es garrido!
Sosiega y no te congojes,
que para que le encadenes
yo te daré dos liciones,
que en el su amor te hagan ducha
y su libertad quillotres.

ELVIRA. Chitón, que mi padre viene.
¿Vos sois amor, picarote?
¡Bellacas burlas tenedes;
quien no os conoce que os compre!

ESCENA IV

Sale el CONDE, *de carbonero.*—DICHAS.

CONDE. Tan de mañana, mi Elvira,
no es vuestro mal muy pequeño
pues tan poco os dura el sueño:
espejo donde se mira
mi vejez ¿cómo os sentís?
¿Permanece el mal pasado
de anoche? ¿Habéis reposado?
Pero los bellos rubís
de vuestras mejillas, hija,
según quebrados están,
cuenta, aunque mudos, me dan
de vuestra pasión prolija.
Respóndeme, ¿de qué son
tus males?

ELVIRA. No me los mientes.
CONDE. Dime, ¿dónde el dolor sientes?
ELVIRA. Padre, aquí, so el corazón.
MELISA. Alguna melancolía
tiene, lo mijor será
dar orden, si triste está,
de alegrarla.
CONDE. Elvira mía,
¿quieres ir á Salamanca?
ELVIRA. No, padre.
MELISA. Elvira, sí, sí.
CONDE. Ea, por amor de mí;
comprarás con mano franca
cuantas cosas imagines;
comprarás medias de grana,
gala, aunque gruesa, serrana,
y colorados botines;
cuentas de plata, labradas
que á tu pena den alivio;
cruces de Santo Toribio
y dos patenas, que, á osadas,
no las traiga en nuestra sierra
otra zagala mejores.
Contigo irán mis pastores,
con las cosas de la tierra,
que al mercado cada jueves
llevan.
ELVIRA. ¿Qué pastores son?
CONDE. Con los carros del carbón,
porque quien te sirva lleves,
irán Crespo y Tirso.
MELISA. Bueno,
y á Melisa llevarás,
¡vaya! ¿Pero no han de ir más?
CONDE. El nuevo zagal Mireno,
si gustas, irá también.
ELVIRA. Sí que es de entretenimiento.
(Ap.) ¿Con él de ir? ¡Qué contento!
(A su padre.) ¿Y ha de ser hoy?
CONDE. Sí.
ELVIRA. Pues ven,
quizaves sanaré allá.
CONDE. Pon á tus congojas treguas,
que, si bien catorce leguas
de aquí Salamanca está,
sobre tu manso pollino
podrás ó tu placer ir.
ELVIRA. *(Aparte.)* A Mireno he de decir
el mi amor por el camino.
CONDE. Durmiendo deben de estar
los mozos.
MELISA. ¿No han despertado?
CONDE. Duermen, en fin, sin cuidado,
¡siempre los he de llamar!
Tirso, Cardencho, Doringo,
Payo, Mireno.
TODOS. *(Dentro.)* ¿Quién llama?
CONDE. Alto, dejemos la cama.
¿Pensáis que es hoy el domingo?

ESCENA V

Salen DORINGO, MARTÍN, CARDENCHO, CRESPO, *cada uno de por sí, y luego* PAYO, *desnudo, con un candil.*—DICHOS.

PAYO. Ya vamos, no grite tanto.
CONDE. El sol ha salido ya.
MARTÍN. Sí, el sol; la luna será.
MELISA. Madrugad, que no es di santo.
CARDEN. Buenos días mos de Dios,
con toda la compañía.
CRESPO. Buenos días, si es de día.
CONDE. ¿Bostezando salís vos?
CRESPO. Y tras uno daré mil;
porque de sueño me cayo.
PAYO. ¿Quién llama?
MELISA. ¿Do, bueno Payo,
desnudo y con el candil?
DORINGO. Que es de día mentecato.
¿Do vas?
PAYO. Yo sé donde vo.
¿Nueso amo no me mandó
buscar el freno del gato?
Pues ando en busca del freno.
MELISA. Vete á vestir, ¿qué, aún porfías?

ESCENA VI

Sale DON ENRIQUE, *de carbonero.*—DICHOS.

ENRIQUE. ¡Oh, nueso amo, buenos días!
ELVIRA. ¡Qué garrido es mi Mireno!
MELISA. Como el sol.
PAYO. ¡Pardiez, que creo
que es de día!
DORINGO. ¿No lo ves?
PAYO. A vestir me vuelvo, pues. *(Vase.)*
ELVIRA. En su vista me recreo.
CONDE. A aderezar las carretas
que han de llevar el carbón.
ELVIRA. *(A don Enrique.)* También vais allá [garzón.
CRESPO. ¿Cuántos vamos?
CONDE. No te metas
en danza; ve á echar el heno
á los bueyes; tú á poner
los costales.
CRESPO. Voilo á her.
(Vanse los pastores.)
CONDE. Y vos, amigo Mireno,
también habéis de ir allá.
ENRIQUE. Que me prace.
CONDE. Tú, Melisa,
corre y adereza aprisa
de almorzar; mira si está
puesta la olla.
ELVIRA. Ve, y deja
ajos, pan, vino y cebolla.
MELISA. Ya lo tien todo la olla,
con cecina y con oveja.
CONDE. Parece que das indicios
de estar buena.
ELVIRA. Estarlo espero
presto.
ENRIQUE. Infante y carbonero.
¡Medrando voy en oficios! *(Vanse.)*

ESCENA VII

Salen el REY, DON PEDRO *y* DON GONZALO.

REY.

¿Que no se haya el infante descubierto,
ni nuestra diligencia haya bastado
á atajarle la fuga, vivo ó muerto?

GONZALO.

Algún traidor ayuda le habrá dado,
y puesto en Aragón.

REY.

Será esto cierto.
Pero, don Pedro, lo que me ha admirado
es que se fuese sin dejar abierta
de la prisión, pared, postigo ó puerta.

GONZALO.

Aunque el Alcaide atormentado ha sido
y las guardas con él, no hay quien confiese
haberle dado ayuda.

REY.

En fin, ha huído.

PEDRO.

(Aparte.) ¡Que aquella noche tan valiente fuese!
¡Que diese muerte al uno, el otro herido!
Mi vergüenza el silencio vil confiese.
¡Oh que valiente es siempre la inocencia!
¡Mas, para la verdad no hay reticencia!

REY.

Mañana haré que os dé su hermosa mano
quiera mi hermana ó no.

PEDRO.

La tuya franca
empuñe el Imperial globo romano.
(Aparte.) Hermosa Infanta, que tu mano blanca
gozar merezco ¡oh bien vendido hermano!

REY.

Haced que apreste fiestas Salamanca
para la boda, en toda esta semana,
que quiero ser padrino de mi hermana.

(Vanse.)

ESCENA VIII

Sale SIMÓN VELA, *vestido de estudiante.*

SIMÓN VELA.

¡Voz santa, que de Francia me sacaste
y libre en Salamanca me pusiste!
sin que diese don Juan Segundo al traste
con la vida que siempre defendiste.
En Salamanca estoy, tu me mandaste
que la Peña buscase ¿en qué consiste
de todo mi camino la importancia?
¿cuándo, pues, te he de hallar, Peña de Fran-
[cia?

ESCENA IX

Salen DORINGO *y* PAYO, *carboneros.*—DICHO.

PAYO.

Algún diabro mos trujo á Salamanca.
Huye, Doringo, que estos escolares
me tienen criba la mitad de una anca.

DORINGO.

Revienten ¡pregue á Dios! por los hijares,
hánme metido un alfiler de á branca,
tres veces pur de zaga.

PAYO.

A mi dos pares
de mamonas me han hecho, y con saliva
me dieren por la boca.

DORINGO.

Estó hecho criba.
Si en la Peña de Francia cojo á alguno,
yo os voto á San Antón y á su cochino,
que no se ha de volver á casa ayuno
sin probar la corteza á medio encino.

PAYO.

No quiere Dios que allá vaya nenguno.
¡Ay, Doringo!

DORINGO.

¿Qué tienes?

PAYO.

Que me fino:
á la Peña de Francia me vó luego.

SIMÓN VELA.

¿Peña de Francia? ¡Cielos!

DORINGO.

Ten sosiego.

PAYO.

Estoy de alfilerazos derrengado,
¿y quieres que sosiegue?

SIMÓN VELA.

Amigo, amigo,
¿á dónde está la Peña que has nombrado?

PAYO.

¿Otro escolar? Apártese, le digo.

SIMÓN VELA.

No tengas miedo.

PAYO.

No, que remilgado
llega á picarmos.

DORINGO.

¡Dóle al enemigo!

SIMÓN VELA.

Escucha.

PAYO.

No hay escuchas.

SIMÓN VELA.

¡Qué ignorancia!
¿Dónde la Peña está, decid, de Francia?

DORINGO.

No os lleguéis.

SIMÓN VELA.

Pues enséñame esa Peña
que nombraste de Francia.

PAYO.

La pescuda.
¿Para qué la queréis? ¿Para her leña
y acarrear carbón?

SIMÓN VELA.

Es fuerza acuda
á buscar cierta joya que me enseña
el cielo en ella.

PAYO.

Sí, santo es sin duda.
Vente, que es hora y van lejos los carros.
Si se llega, aquí llevo dos guijarros. *(Vanse.)*

SIMÓN VELA.

¡Peña de Francia mía, que he ya hallado
noticia vuestra! ¡Peña de mi vida!
loco de gozo estoy; todo el cuidado
de mis largos trabajos se me olvida.
Una mujer (en vos, Peña), me ha dado
mi suerte, hermosa, santa y escogida.
¿Qué aguardo que no os busco, pues me enseña
el cielo á donde estáis, divina Peña?
Yo hago á vuestros riscos juramento,
y á la voz que, piadosa, mis pies guía,
de no admitir desde hoy algún sustento
hasta hallar á la hermosa prenda mía.
Vos me daréis, sagrada Peña, aliento:
seguir quiero la simple compañía
de estos sencillos pobres carboneros.
¡Peña de Francia, muerto voy por veros!

(Vase.)

ESCENA X

Sale DON ENRIQUE, *de carbonero, y* PADILLA.

ENRIQUE. Hago de ti la confianza
que siempre.

PADILLA. Y yo, que te he visto,
el gozo apenas resisto,
aunque lloro esta mudanza.
¡Qué de ello que se ha de holgar
la Infanta, que por ti llora!

ENRIQUE. ¿Llora por mí?

PADILLA. Si te adora,
¿qué ha de hacer sino llorar?

ENRIQUE. ¿Cómo, si dicen que el Rey
la casa con el traidor
don Pedro?

PADILLA. Sólo en tu amor
funda su ventura y ley.

ENRIQUE. Padilla, mi ser y vida
está en tu mano; ya sé
tu lealtad, secreto y fe.
Dile á mi Infanta querida
de la manera que estoy,
y que si me da lugar
para que la pueda hablar,
puesto que á la muerte voy.
Esta noche será el día
en que mi firme esperanza
alcance alegre venganza
del pesar que antes tenía;
y por si á venir se allana
conmigo, yo te daré
un vestido que compré
hoy para cierta serrana,
que es hija del carbonero
á quien sirvo.

PADILLA. ¡Bueno estás!

ENRIQUE. Su belleza saldrá más
entre este traje grosero,
como el sol entre el nublado,
pues en la sierra escondida
la tendrá nuestro cuidado
hasta que permita Dios
librarnos de tiranías,
y desvaneciendo espías
á Aragón vamos los dos.

PADILLA. Bueno el disfraz me parece;
y nuestra constante Infanta,
si en nuevas de dicha tanta
al dárselas no enloquece,
aprobará cuanto ordenas.

ENRIQUE. Pues, Padilla, no te vayas;
llevarás botines, sayas,
cuentas, corales, patenas,
y un tocado á lo serrano
de los que consigo trajo
la pastora que te digo.

ESCENA XI

Salen ELVIRA *y* MELISA.—DICHOS.

MELISA. ¿No es el lugar muy galano?
¿No te parece muy bueno?

ELVIRA. No, Melisa.

MELISA. Eres novel.

ELVIRA. Ha mucho que no veo en él
al mi adorado Mireno.
¿Y quieres que me parezca
bien sin él?

MELISA. Pues vesle aquí.
¿Es bueno el puebro?

ELVIRA. Ahora, sí.
(A don Enrique.)
¿Qué os heis hecho, que ha gran pieza
que os busco por el lugar;
y ya casi que lloraba
como en todo él no os hallaba?

ENRIQUE. Mi serrana, fuí á comprar
estas cuentas para vos.

ELVIRA. ¿Son de prata?

ENRIQUE. Daros quiero
ferias.

ELVIRA. ¿De vueso dinero?

ENRIQUE. ¿Pues cuyo? Tomad.

ELVIRA. ¡Ay, Dios!
¡Y qué garridas, Melisa!

PADILLA. Esta es ángel, no es mujer.

ELVIRA. Téngomelas de coser.

MELISA. ¿Do?

ELVIRA. Al cuello de la camisa.
He de acostarme con ellas,
y en ell alma las metiera
si cuentas traer pudiera
por nunca vivir sin ellas.

ENRIQUE. *(A Melisa.)* Tomad vos esta patena.

MELISA. A la he que tenés franca
la bolsa hoy en Salamanca.
¡Qué garrida Madalena!
Aún no le debo otro tanto
á Tirso.

ELVIRA. No tien poder.

MELISA. Mas miento, que me dió ayer
una del Espritu Santo.

ENRIQUE. ¿No es buen lugar éste?
ELVIRA. Sí,
de ver su gente me admiro;
pero yo poco le miro,
mientras puedo verte á ti.
PADILLA. No os quiere mal la serrana.
ENRIQUE. Todo esto es pura inocencia.
PADILLA. Bien puede hacer competencia
á la Infanta, aunque sea hermana
del rey don Juan el Segundo,
y celebrarse en Castilla
por la más bella.
ENRIQUE. Padilla,
no hay tal Infanta en el mundo.
ELVIRA. Vámonos que no hay que her
y es muy tarde.
PADILLA. Por extremo
es bella.
ELVIRA. Venid, que temo
que os he otra vez de perder.
ENRIQUE. Id vos, mi Elvira, adelante,
que pues las carretas van
despacio, poco andarán;
yo os alcanzaré al instante;
que quiero sacar mi hermana
de la casa donde está
porque os sirva á vos allá,
que es propia para serrana.
ELVIRA. ¿Hermana tenéis aquí?
ENRIQUE. Sí, mi Elvira, y un tocado
de esos pide.
ELVIRA. De buen grado,
hoy le aliñé: heisle ahí.
Pero, no os he de dejar.
(Cógele el sayo.)
ENRIQUE. Sí, sí, que importa, mi Elvira.
PADILLA. Del sayo ¡por Dios! le tira.
ELVIRA. ¿Vos me queréis her llorar?
PADILLA. ¿Hay tal gracia?
ENRIQUE. *(Aparte.)* A no deber
á mi Infanta lo que debo,
por Dios, que con amor nuevo
me hechizara esta mujer. *(Vanse.)*

ESCENA XII

Salen el REY *y* DOÑA CATALINA.

CATALINA.

Mira, señor, primero lo que haces.

REY.

Infanta, este es mi gusto; no repliques.
Por fuerza, has de casarte con don Pedro,
si de grado no quieres; de esta suerte
tendrás en mí un hermano que te estime,
y de otro modo harás que verifique
que aplaudes la traición de don Enrique.
(Vase.)

CATALINA.

Primero el sol ligero
no ilustrará este globo tachonado;
será cera el acero;
no tendrá arena el mar, ni yerba el prado,
que á don Enrique olvide,
ni fuerce el Rey la mano que me pide.
¡Hoy verá en mi Castilla
la perdición que infama á don Rodrigo!
¿A dónde está Padilla?
No vivo, no sosiego, Enrique amigo
mal sacarán del pecho,
tu imagen, que el amor con fuego ha hecho.

ESCENA XIII

Sale PADILLA.—DICHA.

PADILLA.

¿Qué es esto, mi señora?
¿De qué son esas quejas?

CATALINA.

Mal conoces
el mal que el alma llora.

PADILLA.

¿Qué mal puede obligarte á que des voces?

CATALINA.

Quiere que dé la mano
el Rey, al mismo que vendió á su hermano.

PADILLA.

Pues pon fin á tu llanto
y de contento tus mejillas baña;
que Enrique te ama tanto
que en Salamanca está, y riesgos engaña.

CATALINA.

¿Qué dices?

PADILLA.

Carbonero
tu amor le ha disfrazado.

CATALINA.

Pues ¿qué espero?

PADILLA.

El traje de serrana
me dió con que te obligue á disfrazarte.

CATALINA.

¡Oh, noche! Que ya humana
á la fortuna ruegas de mi parte,
apresura tu coche.

PADILLA.

Por ti vendrá amparado de la noche.

CATALINA.

Dame, pues, el vestido,
verás que una mujer determinada
de amor ejemplo ha sido,
contra la voluntad desbaratada
de quien me tiene en poco:
¡quédate, ciego Rey, infante loco!

ESCENA XIV

Salen PAYO, DORINGO *y* SIMÓN VELA

DORINGO. No nos deja este escolar
con estar los dos tan cerca
de nueso pueblo, el Alberca.
SIMÓN. ¿Qué he merecido llegar

á este sitio, Peña amada?

PAYO. ¿Qué es lo que buscáis, decí,
buen escolar, por aquí?

SIMÓN. Busco una joya estimada
en ese monte escondida.

PAYO. Buen lance haréis, ¿y es de oro?

SIMÓN. Es de infinito tesoro.

DORINGO. ¡Gentil frema, por mi vida!

PAYO. Este debe de ser loco;
mientras que la joya os dan,
desayunaos; queso y pan
vos daremos.

SIMÓN. Poco á poco
subiré donde me enseña
mi adivino corazón
que ha de hallar mi devoción,
(Va subiendo.)
mi esposa dentro una peña;
que juré de no comer
hasta merecerla hallar,
alma, aliento y caminar.

DORINGO. Vos lleváis bien que entender
si arriba cuidáis sobir.

SIMÓN. Dios alivia mi trabajo.
(Éntrase arriba Simón Vela.)

PAYO. Escolar, no deis abajo,
que temo habéis de plañir.

ESCENA XV

Sale el CONDE DE URGEL.—DICHOS.

CONDE. Payo, Doringo, ¿y mi Elvira?

PAYO. En la ciudad se quedó
con los demás.

CONDE. ¿Pues tú?

PAYO. ¿Yo?
Vengo huyendo de la ira
escolariega, que en mí
hizo fuerte.

CONDE. ¿Y no venía?

DORINGO. Dijo que comprar tenía
unos corales allí;
y ella, Melisa y Mireno
se quedaron; mas ¡par Dios!
amo (aquí para los dos)
que no le tengo por bueno;
porque delante nosotros,
y aún en secreto, al garzón
miraba con enfición,
y aun se decían sus quillotros;
y como Elvira no es fea
y el mozo tien buen reclamo...

CONDE. ¿Qué?

DORINGO. Que pregue á Dios, nueso amo...

CONDE. Dilo.

DORINGO. Que orégano sea.

CONDE. ¿Que la cólera refreno
y no te mato, animal?

PAYO. ¿Luego vos cuidáis que el mal
no hué de amor de Mireno?

CONDE. *(Aparte.)* No hablan sin ocasión
éstos, que ya yo he notado
de Elvira el nuevo cuidado
y me causa confusión;
pero el fuego que la abrasa
cesará, si de quien es
le doy cuenta; harélo pues
luego que lleguen á casa.
(A ellos.) ¡Hola, la lengua templada,
que es muy honrada mi Elvira!

PAYO. ¡Pregue á Dios!; que amor que tira
da en ell alma virotada. *(Vanse.)*

ESCENA XVI

Sale SIMÓN VELA, *arriba, sobre las peñas.*

SIMÓN. Peñas que estimo y adoro
¿por qué me ocultáis ansí
la esposa que apetecí
por mi divino tesoro?
¡Jesús! un mortal desmayo
me impide el vital aliento;
en faltándole alimento
la flor desfallece en Mayo.
¡Vuestro nombre eterno invoco!
Mas, no es en balde esta pena,
que hallar una mujer buena
nunca suele costar poco.
(Abrese una peña y descúbrese una mesa proveída.)
¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?
Convidado soy, mi Dios,
una peña abierta en dos
banquete franco me ha puesto.
¡Milagrosa maravilla!
Plato el cielo me hace franco;
cecina, queso y pan blanco
me sirven, será mi silla *(Asiéntase.)*
este peñasco; yo he sido
dichoso en hallar mujer
que sabe dar de comer
sin ofensa del marido.
(Come. Sale agua de una peña.)
Brindando me está esta peña
como á Moisés y á Sansón.
Hacer quiero la razón; *(Bebe.)*
sabrosa es como risueña.
(Encúbrese todo.)
Púsome el cielo la mesa
como al celador Elías.
Durmiéndome estoy, que ha días
que mi cuidado no cesa
en desvelarme; aquí es trato,
cansancios, satisfacer,
que siempre tras el comer
es salud dormir un rato. *(Duérmese.)*

VOZ. Simón, vela; que no medra
quien busca y se duerme ansí.
(Desgájase un risco desde lo alto y dale en la cabeza, y sálele sangre y despierta.)

SIMÓN. ¡Jesús! ¿Qué es esto? ¡Ay de mí!
descalabróme una piedra.
Peligro corre mi vida
mas no hará, que si quisiera
matarme Dios, no me diera
tan sazonada comida.
(Sube y mira la rotura de la peña.)
Un agujero hasta dentro
llega en la peña, de donde
cayó el risco, en él se esconde
una imágen que es su centro.
¡Oh, Soberana Señora!

Vos mi esposa habéis de ser
que no se hallará mujer
como yo buscaba agora.
Quiero ver si quitar puedo
el peñasco que os sirvió
de sagrario; pero yo
soy solo, y herido quedo.

(Forceja con la peña.)

Voy á llamar quien me ayude
y este estorbo facilite;
¡qué buen postre de convite!
no es posible que se mude
si no viene mucha gente.
Muriéndome estoy por veros;
á llamar los carboneros
vaya mi amor diligente.
Vengan y con dulce celo
festeje mi fe dichosa
delante todos la esposa
con que hoy me enriquece el cielo.

(Vase.)

ESCENA XVII

Salen el CONDE *y* ELVIRA.

ELVIRA. Si noble, padre, he nacido
también lo debe de ser
Mireno. ¿Queréislo ver?
Pues yo os mostraré el vestido
que bajo el sayo encubrió
y agora de jerga tapa;
guardada tengo la capa
que aquí cerca se quitó,
y vos tal no la tenéis.

CONDE. ¡Notable caso!

ELVIRA. Su hermana,
aunque pensáis que es serrana,
padre, engañado os habéis.
De Salamanca la trajo,
sacóla de donde estaba
y como señora andaba.
Más desterróla un trabajo;
nobles son.

CONDE. Bien puede ser;
que pues tanto ha que se esconde
(Aparte) entre estas peñas el Conde
de Urgel, temiendo perder
la vida (que perseguida
buscó Aragón tantos años)
también temerán sus daños
estos, si andan tras su vida.
Vislumbres de su nobleza
entre el sayal han mostrado.
(A ella.) La capa que habéis guardado
quiero ver.

ELVIRA. De la cabeza
se quitó una caperuza
redonda como un mortero,
y un asador dentro un cuero
que con mil hierros se cruza.
Todo lo tengo escondido.
¿Pensaréis que esto es mentira?
Pues venid.

CONDE. ¿Qué es esto Elvira?

ELVIRA. ¿Qué? Que ha de ser mi marido,
ó sino abrirme la huesa.

CONDE. Ojalá tenga valor:
porque según es mi amor
te le daré, aunque me pesa. *(Vanse.)*

ESCENA XVIII

Salen DON ENRIQUE *y la* INFANTA DOÑA CATALINA, *de carboneros.*

CATALIN. Enrique, tu lengua acorte
agradecimientos vanos,
que entre estos simples serranos,
más contenta que en la corte
me alegra tu compañía.

ENRIQUE. Eres de firmeza espejo;
encarecimientos dejo,
que en amor, falta sería
solamente en esos brazos.

CATALIN. Paso que los carboneros
vienen.

ESCENA XIX

Sale SIMÓN VELA *y carboneros con picos y azadones.* DICHOS.

SIMÓN. ¡Ea, compañeros,
si la Peña hacéis pedazos,
yo os aseguro un tesoro
cuya divina ganancia,
la Peña ensalce de Francia,
más que á Ofir y á Arabia el oro.
Traed azadones todos.

PAYO. ¡Hao, diz que un tesoro ha hallado!

TIRSO. Debe de estar encantado,
desde el tiempo de los moros.

(Vanse por las peñas Simón *y los carboneros.)*

CATALIN. ¿Qué es esto?

ENRIQUE. Simplezas son
de estos rústicos.

CATALIN. Contigo
más corte es, Infante amigo,
esta desierta región,
donde la quietud se goza,
que la del Rey de Castilla;
más esta gente sencilla
que en Aragón Zaragoza.

ENRIQUE. ¡Ay, siempre amorosa Infanta!

(Abrázala.)

ESCENA XX

Salen el CONDE *y* ELVIRA.

ELVIRA. Padre, ¿no veis cual están?
¡Ay Dios! desmayos me dan
de rabia.

CONDE. Elvira, levanta,
que bien pueden abrazarse

(Desmáyase Elvi

si son hermanos los dos.
¿Qué hacéis, Elvira, aquí vos?
No es tiempo agora de estarse
con las manos en el seno:
idos vos á casa á hilar,
que no es fiesta.

ELVIRA. De pesar

estó finada.

CONDE. Mireno,
oye aquí aparte. Tú, Elvira,
vete á casa.

ELVIRA. Así lo haré. *(Vase.)*

CATALIN. Celosa, Elvira, se fué,
que me miraba con ira.

(Vase la Infanta.*)*

ESCENA XXI

DON ENRIQUE *y el* CONDE.

CONDE. Hoy he sabido, Mireno,
que entre aquesas ropas bastas
encubres, como oro en minas,
prendas de más nombre y fama.
La espada que te quitaste,
con el sombrero y la capa,
he visto que guarda alegre
quien en el pecho te guarda;
y deseando saber
la ocasión de tal mudanza,
para obligarte pretendo
contarte mi historia amarga.
Don Jaime, soy, de Aragón,
Conde de Urgel é Igualada.

ENRIQUE. ¡Válgame el cielo! ¿Qué dices?

CONDE. Oye atento mis desgracias.
El Rey don Martín primero,
con su hermana doña Sancha
me casó, dándome en dote
del reino las esperanzas.
Murió el Rey sin sucesión,
poniéndose á la demanda
de Aragón tres pretendientes,
que fueron: el Rey de Francia,
hijo de doña Isabel,
del Rey don Martín hermana,
y el otro fué don Fernando,
que los Reinos gobernaba
del Rey don Juan el segundo,
su sobrino, de la Casa
de Castilla.

ENRIQUE. *(Aparte.)* Y padre mío.
¡Ah, fortuna, qué no ultrajas!

CONDE. Yo fuí el tercer pretendiente,
aunque el primero en desgracias,
y aun pienso que en la justicia.
Dividióse en bandos y armas
la Corona de Aragón,
porque cada cual fundaba
en derecho su justicia;
y, en efecto, juntar mandan
los tres Estados en Cortes,
donde letrados de fama
alegan en su derecho
leyes con disputas largas.
Venció D. Fernando, en fin,
(si injustamente, ya paga
el cuerpo en polvos deshecho,
y en el otro mundo el alma).
No consintió Cataluña,
juzgando mi acción por clara,
la sentencia y compromisos;
antes, puesta toda en armas,
hizo que me prometiese
Fernando, entre villas varias,
cien mil florines de renta
y cuatro cargas de plata
porque no le compitiese.
Neguelo, vine á batalla;
prendióme con mi mujer,
(que estaba entonces preñada
de la serrana que hechizas,
por su desdicha serrana).
Trujéronnos á Toledo,
y puestos en el Alcázar
de Madrid, tuvimos modo
como, engañando á las guardas,
huyésemos á estos montes,
donde, oprimida y cansada
de peñas y años, murió
mi querida doña Sancha.
Quedé solo con mi Elvira,
y vendiendo en Salamanca
algunas joyas que truje,
compré prados, montes, cabras.
Convertido en carbonero,
aquí donde vi mis canas,
carbón agora, antes nieve,
por luto de mis desgracias.
Esta, joven, es mi historia;
si eres de ilustre prosapia
y trabajos te han traído
aquí, la hermosa serrana
que te adora, es hija mía
y tu esposa, si es que pagas
los quilates de su fe,
que es interés de las almas.

ENRIQUE. Lastimoso es tu suceso,
Conde; aventuras extrañas
he sabido de tu vida,
y aunque, con razón, me espantan
oye, don Jaime infelice,
tempestades y borrascas
de los golpes de mi suerte.

ESCENA XXII

Sale PAYO.—DICHOS.

PAYO. Nueso amo el Rébede en casa.

CONDE. ¿Qué dices, necio?

PAYO. Que viene
á nuesas pobres moradas
el Rébede de Castilla,
y ya á nuesas puertas llama.

ENRIQUE. ¿El Rey? ¡Ay de mí!

PAYO. ¿Qué avedes?
Diz que desde Salamanca
viene en busca de un su primo
que se acogió con la Infanta.
Hete que llega.

ENRIQUE. Yo soy
á quien don Enrique llama
el mundo.

CONDE. ¡Válgame el cielo!

ENRIQUE. Conde, entre estas breñas altas
quiero ocultarme, procura,
(así en vejez descansada
tus trabajos se conviertan)
esconder la que mi hermana
juzgas, siéndolo del Rey,

Vos mi esposa habéis de ser
que no se hallará mujer
como yo buscaba agora.
Quiero ver si quitar puedo
el peñasco que os sirvió
de sagrario; pero yo
soy solo, y herido quedo
(Force[jea].)
Voy á llamar quien m...
y este estorbo facilit[e]
¡qué buen postre d[e]...
no es posible que
si no viene much...
Muriéndome e[stoy]...
á llamar los ...
vaya mi am...
Vengan y ...
festeje m...
delante ...
con qu...

... ¿No has visto un traidor que anda,
de robusto traje oculto,
de buen talle y negra barba?
Aquí todos las traen negras;
pues con ser las mías tan blancas
tal vez el carbón las tiñe.
Moros hay de buena cara
que me sirven en la sierra.

ELVIR[A]. Esta es, gran señor, la Infanta;
que huyendo paró en mis manos.

(Vanse.)

ESCENA XXIV

Sacan á la Infanta, de serrana, y sale DOÑA ELVIRA.—DICHOS.

ELVIRA. Más que mala pro la haga
el Infantazgo, pues tengo
por ella perdida el alma.
REY. ¡Vergüenza tengo de verte!
¿y no la tienes, ingrata,
de asistir en mi presencia?
¡Qué bien honras tu prosapia!
¡Villano traje escogiste
por que, en fin, fuiste villana!
Yo castigaré tus culpas.
CATALIN. Las de aduladores...
REY. Calla.
CATALIN. Castiga, que no doy yo
la mano...
REY. Cesa, liviana.
CATALIN. A un hombre que hermanos vende.
PEDRO. Yo soy leal y á las armas
remito la prueba de esto.
CATALIN. ¿Perderás, como la espada
el respeto á quien se injuria
con tu sangre?
REY. ¡Loca, basta!
Que estoy yo aquí; más quien pierde
su opinión no mira en nada.

ESCENA XXV

Sobre lo alto de las peñas sale abrazado DON ENRIQUE *con* DON GONZALO.—DICHOS.

ENRIQUE. Aunque mi muerte está cerca,
pues el Rey matarme manda,
...les vendes,
...á España
...s con el tuyo.
CONDE. ¡Enrique, que me matas!
...ado has de pagar
traiciones.
(*Cae despeñado en el vestuario.*)
¡Virgen Santa,
que muero!
REY. ¿Estando yo aquí
tal atrevimiento? ¡Ah, guardas!
¿Cómo no le dais la muerte?
(*Sale* don Enrique.)
ENRIQUE. Ya yo castigué su infamia:
haz de mí lo que quisieres.
REY. Aquí fuera muerte honrada
la tuya. Valladolid
verá encima de una escarpia
tu cabeza, por traidor.
ENRIQUE. ¡Traidor! Si alguno se osara,
fuera de ti, que mi Rey
eres, á aquesas palabras,
no viviera un cuarto de hora.
Los desleales que amparas
son traidores á su sangre,
que huyendo dejan las armas.
(*Sacan dos pastores herido á* don Gonzalo.)
GONZAL. Llévenme antes que me muera,
pues el aliento me falta,
á la presencia del Rey.
REY. Si es á pedirme venganza,
yo te la daré cumplida.
GONZAL. No, Rey, que el cielo me manda
que mis traiciones te cuente
antes que despida el alma.
Yo he sido aleve y traidor
á Dios, á ti y á la Infanta,
á D. Enrique, á Ruy López,
pues salieron por mi causa
de tu Corte y de tus Reinos.
Con traiciones y marañas
los derribé de tu gusto
y los puse en tu desgracia;
yo quise darte la muerte
la noche que imaginabas
ser don Enrique quien dió
al paje de puñaladas;
á mi persuasión, don Pedro
te dió la relación falsa
que condenó á don Enrique;
él fué quien puso la escala
que hallaste en tus Reales muros;
no puedo hablar más; si basta
esto para que el Maestre
quede disculpado, manda... (*Muere.*)
REY. En el manda expiró el pobre.
Su vida el cielo alargara
para que en su castigo
ejemplo al mundo quedara.
(*Llevan al difunto.*)
¿Es esto verdad, don Pedro?
PEDRO. Confuso digo á tus plantas
que me inclinó á ser traidor
la pretensión de la Infanta;
y advierte que no fué cifra
la división de la carta

... nos hallaste á los dos,
... deservirte.
Basta.
... esos brazos, Enrique;
... con traiciones tantas
... vuestro hermano mismo
... persiguió, ya se acaban
vuestras desdichas. Desde hoy
vuelto á mi amistad y gracia
con nuevo estado y mercedes
gozaréis de mi privanza.
Mi hermana es ya esposa vuestra.

LOS DOS. Pisen esos pies la sacra
esfera.

ELVIRA. ¡Ay, cielos! ¿qué escucho?

REY. ¿Qué tiene aquesa serrana?

ENRIQUE. Celos, amor y ventura
de que á tal ocasión hayas
venido á hacerla mercedes.
Hija es de esas nobles canas
que á D. Jaime de Aragón,
porque te temen, disfrazan.

REY. ¿Don Jaime? Infante. ¿Qué dices?

CONDE. Yo soy quien desdichas tantas,
como ves, he padecido;
pero, ya á tus pies...

REY. Levanta,
ilustre Conde de Urgel,
que me enterneces el alma.

ENRIQUE. Yo quiero dar bien por mal
á mi hermano, que así pagan
los leales de mi esfera.
Su esposa será, si mandas,
doña Elvira, hija del Conde.

REY. Vuestro gusto, primo, se haga.

PEDRO. De tu mano es tanta dicha.

ELVIRA. Pues lo es vueso, Enrique, vaya.

ESCENA XXVI

Salen TIRSO *y* SIMÓN.—DICHOS.

TIRSO. Nueso amo, venga y verá
la maravilla más rara
que en el mundo ha sucedido.

CONDE. Quedo, necio.

TIRSO. Oiga que es brava.
El escolar que siguiendo
los carros de Salamanca
se nos vino tras nosotros,
descubrió una imagen santa
dentro de una dura peña,
de donde salió más crara
que el sol, y llevando todos
azadones y palancas,
desencajamos el risco
do la Imagen se encerraba,
y cortando de los robles,
de enebros y encinas, ramas,
para adornarla, hemos hecho
(aunque humilde) una cabaña.
Más hételo, se aparece.

(Descúbrese una cabaña de ramos en lo alto y en un altar de lo mismo una imagen de Nuestra Señora, con luces y á su lado Simón Vela.*)*

REY. ¡Oh Madre del gran Monarca,
que bajando del Empíreo
hizo trono tus entrañas!
A dichoso tiempo vine:
yo haré que te labren casa
donde estés con más decencia.

CONDE. ¡Gran milagro!

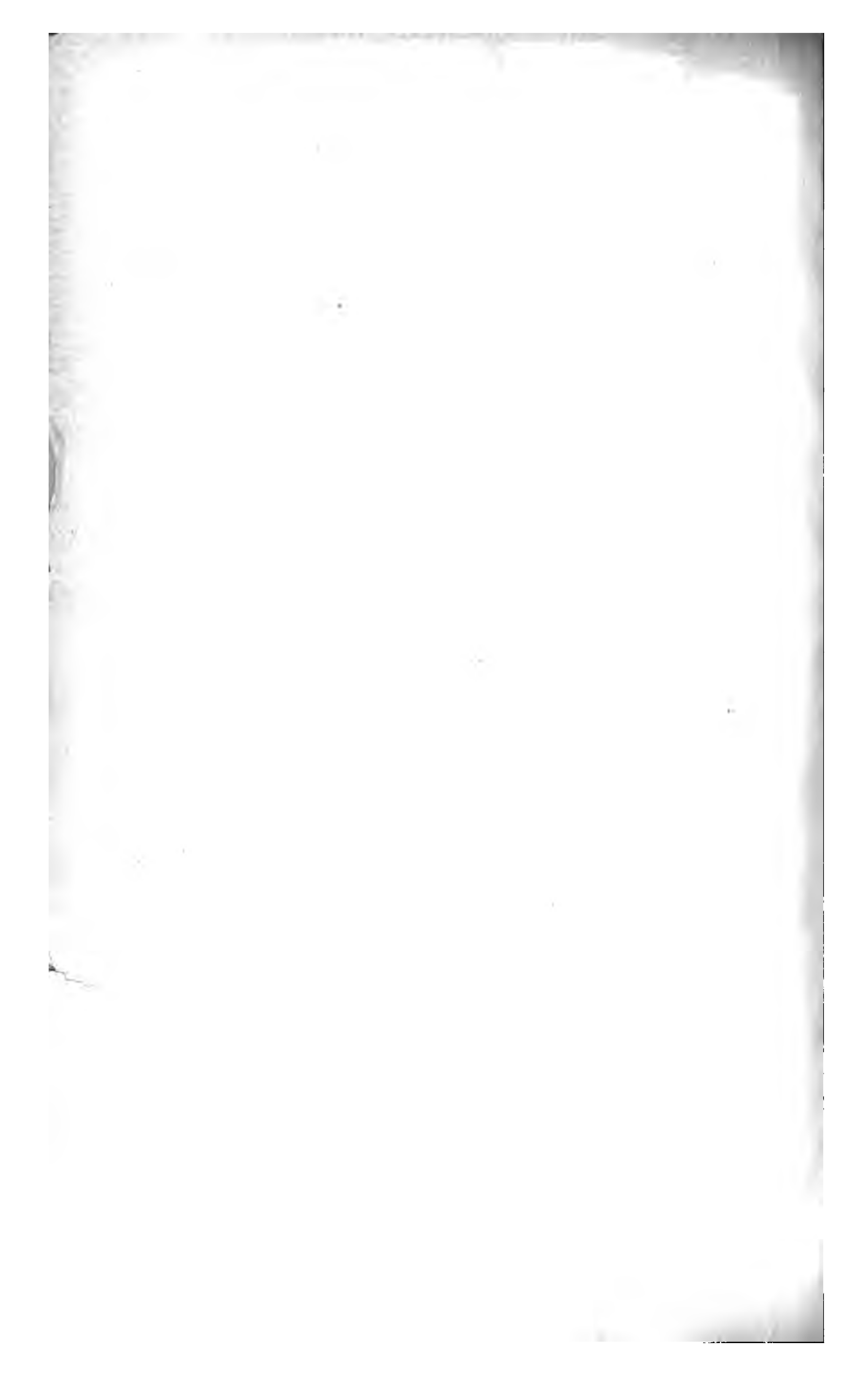
ENRIQUE. ¡Cosa extraña!
pero ¿aquél no es Simón Vela
y esta la Peña de Francia,
que con tanta devoción
por nuestros reinos buscaba?
Amigo, tu suerte envidio.

SIMÓN. Yo, señor, te doy colmadas
gracias por lo que te debo,
y el parabién de que salgas
del golfo de tus desdichas
al puerto de tu esperanza.
Rey don Juan, sol de Castilla,
esta Imagen soberana
está aquí desde los tiempos
que Rodrigo perdió á España;
haz pues que aquí se fabrique
una generosa casa
y que su gobierno tengan
los Padres de la orden sacra
del grande español Domingo;
porque ya el cielo me llama
para darme en dulce muerte
hallazgos de tal ganancia.

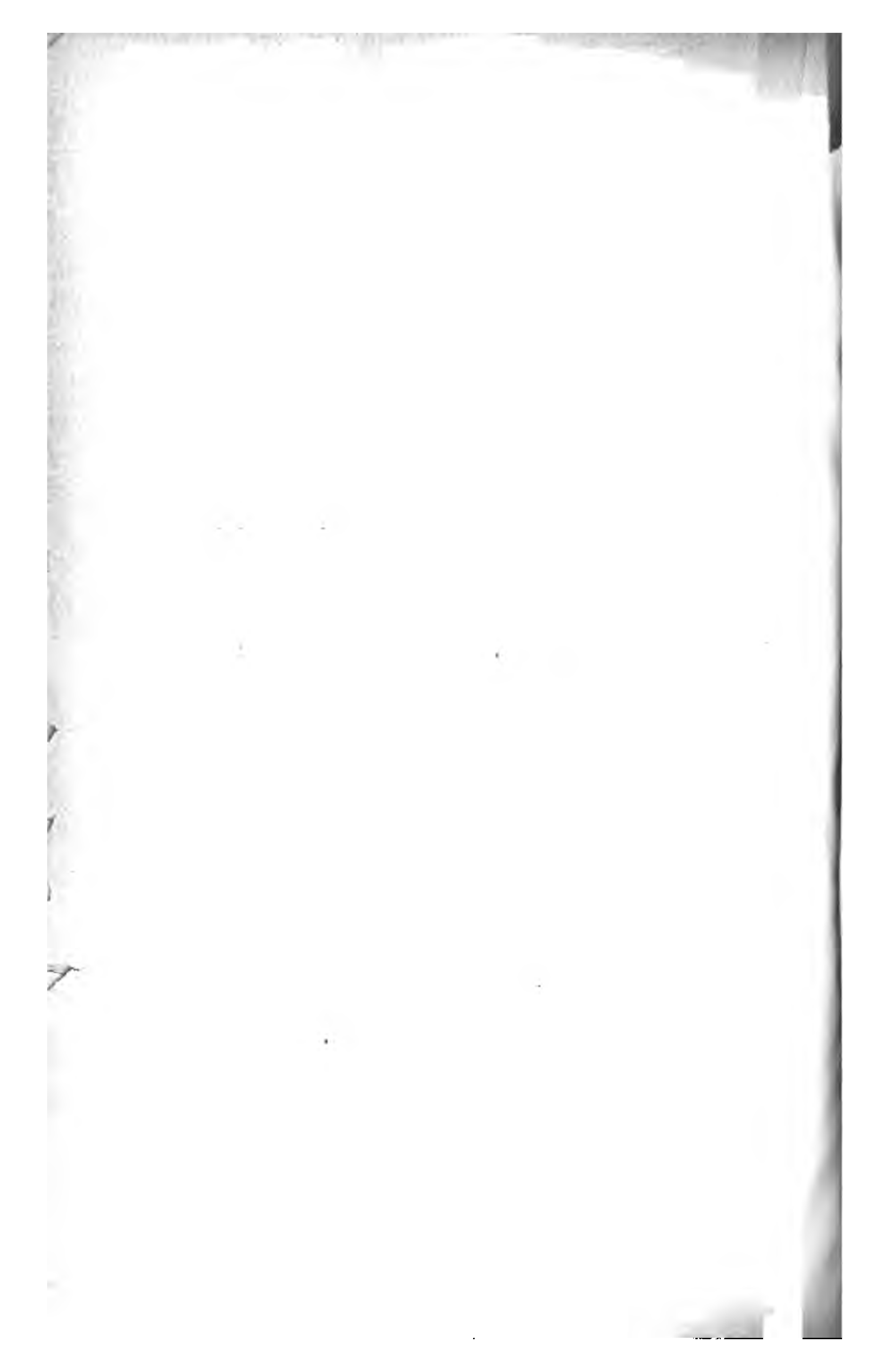
REY. Yo haré, Divina Señora,
lo que vuestro siervo manda.
Demos Enrique la vuelta
á mi corte, donde os hagan
recibimientos festivos;
y de Aragón y Navarra,
los Reyes á alegrar vengan
bodas de nobleza tanta;
que, al viejo Conde de Urgel
restituirán á mi instancia
los Estados que ha perdido,
pues ya sus desdichas pasan.

CONDE. Llámete su Augusto Roma.

ENRIQUE. Esta Imagen (de Dios Alba)
es la que España venera,
y ésta *la Peña de Francia*.



INDICE

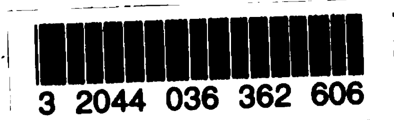


ERRATAS Y CORRECCIONES

PÁG.	COL.	LÍN.	DICE	LÉASE
2	2	7	Vez	Ved
2	2	48	fortunia	fortuna
3	1	55	si mi	si tu
12	1	51	encantamiento	encantamento
22	1	27	aquí en adelante	aquí adelante
26	1	11	tras de don	tras don
27	2	27	vas ayo	vasallo
30	2	9	IFACIO	ISACIO
40	2	28	mi espejo	su espejo
63	1	22	y sucede	y sucédele
73	1	43	nuso	nueso
90	1	24	alaju	alajú
91	1	10	deje	deja
91	2	56	Evendra	Evandra
97	2	1	que pasadas son	que cansadas son
99	1	17	también	tan bien
99	1	pent.	alabarte de necio	alabarte necio
100	1	19	¿Qué vos	¿Qué hacéis vos
100	1	42	campo nuevo	Tal vez «campo huero»
101	2	28	años y	años ni
112	1	23	*habita* primo	*habita primo*
114	1	42	aumenten	aumentan
120	2	32	pleito ya	pleitos ya
121	2	60 y 61	de un simple niño, de un bruto: pues así has de comparar la juventud licenciosa (Corríjase la puntuación en esta forma.)	
122	1	1		
123	1	61	no olvidaré	no me olvidaré
124	2	3	es Egipto	es de Egipto
132	2	9	mucho que digan	mucho digan
145	1	30	¡á mí un mendigo!	¡un mendigo!
153	2	27	Mi brazos	Mis brazos
162	1	53	en mi mano	de mi mano
165	1	9	á puesto	á puerto
165	2	56	gente	gentes
168	1	30	llegar al Rey	llegar el Rey
172	2	30	de más edad de setenta años (Este verso incompleto quizá deba leerse así:) de más edad; de más de setenta años.	
172	2	51	los cantares	los *Cantares*
173	2	10	los cantares	los *Cantares*
179	2	35	acudid al	acudí al
184	2	15	os puedo	os puede
185	1	29	cobarde	cobardes
189	1	26	adonde está, y no he sabido quién es. (Estos versos deben de leerse así:) adonde está. ¿Y no has sabido quién es?	
190	1	9	no han de decirse á mí (Verso incompleto que hay que leer:) no han de decírseme á mí	
190	2	36	tienes?	temes?
192	1	6	no lo niegan y en su favor	(Sobra el «no».)
192	2	1	justo	gusto
192	2	49	eres muy	eras muy
193	2	21	á hablarme y buscarme á mí. (Debe de ser:) á hablarle y buscarle allí.	
195	2	22 y sig.	alimentó las desgracias. Del Conde Don Pedro Anzures, cuya lealtad en su patria túmulos tiene, y altares por todo el orbe su fama, soy tercer nieto; (Esta debe de ser la puntuación de tales versos.)	
198	1	53	no lleno	no llevo
199	1	46	soy muy discreto	soy muy secreto
201	1	25	pues con divinas fuerzas	pues contra divinas fuerzas
208	2	11	porque la envidia que veis (Después de este verso falta otro que completa la redondilla.)	
209	1	3	retraro	retrato
211	2	12	á quererle	á quererme.
212	2	26	¡Celos que queréis de mí!	¿Celos q. q. de mí?
213	2	52	reyes	Reyes
215	1	54	me trae	me traes
216	1	17	embainada	envainada
223	1	11	atrevido honrado	atrevido osado
227	1	10	BLANCA Señor. Acabad, (Deberá leerse así:) BLANCA. Señor... REY. Acabad,	
233	1	11	hablastes	hablases
233	2	14	Levante	Levanta
235	2	8	MARQUÉS DE LUDOVICO	MARQUÉS LUDOVICO
238	1	42	pues yo	pues ya
249	1	49	mejor me	mejor no me
249	2	22	Mas Lusidoro	Más, Lusidoro
252	1	19	quien sea	quien sepa
253	2	30	el pájazo	el pajazo
259	1	37	y quiero casarme	y que quiero casarme
263	1	23	Tarde me levanto;	Tarde me he levantado;
266	1	32	vuestro aumento	nuestro aumento
266	1	41	con la hacienda	con hacienda
266	2	4	yo soy necio	ya soy necio
267	1	11	INFANTA.	INFANTE.
268	2	10	Es una luz	Es una su luz
268	2	23	la muestra	la nuestra
272	2	28	Sgundo	Segundo
272	2	37	¡Ay, que me mata	¡Ay, ay, que me máta
285	1	15	INFANTA.	INFANTE.
299	2	32	la daré	la dará
305	2	8	otra copla	otra cosa
312	1	39	sin que	son que
317	2	53	coronas rija	coronas teja
318	1	18	no quieren	no quiere

PÁG.	COL.	LÍN.	DICE	LÉASE
318	1	61	hermosura mejor	hermosura mayor
322	2	3	por ti esperar	por ti heredar
327	1	13	honrarás	honraras
330	2	21	¿Cómo es tu nombre? Masalón.	(Para que el verso conste debe leerse:) ¿Qué es tu nombre? Masalón.
331	1	10	señor, es justo	señor, esto es justo
332	1	32	atreve.	atreve,
332	1	33	El	el
334	1	15	embarrincha	emberrincha
334	1	54	Que he de dar	Que ha de dar
336	2	48	donde ponen	donde pone
336	2		(Desde la mitad hasta el fin de esta columna sobran los paréntesis que indebidamente abundan en el original.)	
337	1	23	hallé la viuda	halle la viuda
340	1	29	Nuevo amo	Nueso amo
344	1	5	Ya sé que has	Ya sé que me has
345	2	41	sacristán é	sacristán ó
348	1	25	cátedra sútil	cátedra sutil
364	2	47	Dios y el cielo	Dios del cielo
371	1	30	¿Que os la lave escamizón?	(Sobran los interrogantes.)
372	1	14	*galán, y los*	*galán*, SABINA *y* [*los*
373	1	39	llaman carrozas	llaman Carrozas
377	1	43	nominavo	nominativo
393	2	36	esquelas	escuelas
399	2	13	á mi disgusto	á su disgusto
411	2	24	en verla	en verdá
414	2	37	esfinge en quien	esfinge con quien
421	2	4	serás	serán
428	1	18	Ha por	ya por
429	1	15	Adonías, Salomón	Adonías y Salomón
431	2	5	hermanos,	hermano,
432	2	8	cinamono	cinamomo
433	1		(En los 12 últimos versos sobran las admiraciones é interrogaciones.)	
433	2	2	desvelos?	desvelos.
433	2	11	¡que es vuestro hermano!	(Sobran las admiraciones.)
433	2	27	¿si serán	¿si son
436	1	32	en otra	en estotra
438	2	7	nector	Nestor
439	1	62	poderosa	es poderosa
449	1	16	moquetas	mosquetas
457	1	26	*De encurbitis*	*De cucurbitis*
458	2	34	hallaste	hallastes
459	2	1	no caigas	no te caigas
466 y sig.			(En toda esta comedia han quedado multitud de paréntesis inútiles, que deben ser sustituidos por comas.)	
467	2	50	Nombre	nombre
469	1	últ.	carneceria	carniceria
462	2	21	dareisnosle	daréisnosle
472	1	29	encantamientos	encantamentos
473	1	44	entre apuestos	entre opuestos
476	2	63	¡Vive el Dios	¡Viva el Dios
477	1	3	Del Cedrón	Del Cisón
482	1	33	le resquebraba	le requebraba
486	1	29	Tiémbleme el mudo	Tiémbleme el mundo
486	1	41	Si historia	Su historia
486	1	64	añade mis	añade á mis
493	2	48	y todo	todo
500	2	44	Reina	reina
501	2	6	no es boda	no es lobo
505	1	24	(Falta el primer verso de la redondilla que sigue á dicha linea.)	
509	1	1	y que se	que se
509	1	2	os dé	y os dé
509	1	11	y Angélica	y angélica
509	1	20	Yo os hago	yo os hago
510	2	27	que de ello puede [un engaño	¡qué dello puede [un engaño
515	2	22	Escribira	escribirá
515	2	38	Los doctos	los doctos
523	1	38	no causaron	no cansaron
524	2	34	le veo	le vea
524	2	60	locura que riñais	locura regáis
538	2	51	aderecer	aderezar
543	1	58	volveis dos	volváis dos
545	2	14	los hombres	los hombros
552	1	6	bélica fortuna	(Quizá deba ser «bélica figura» para consonar con «hermosura».)
554	1	60	Más ha de trescientos siglos.	(Muchos son; pero así dice el original.)
556	2	3	derogáranse	derogaránse
556	2	4	juzgáranse	juzgaránse
560	1	32	señale	señala
567	1	8	Yanaconas	yanaconas
599	1	34	riesgos	riesgo
601	1	40	el oro midan	oro midan
605	1	3	yo la esperara	yo no la esperara
605	1	4	más dé	más de
605	2	57	si las dejo	si las digo
608	2		(La corrección que va al final no es buena, porque falta un verso para que el romance sea perfecto. El pasaje está viciado, aunque el sentido esté completo.)	
611	2	21	me des	me das
621	1	33	azañosa	hazañosa
621	1	56	¿Ya procura	Ya procura
621	1	59	con amores?	con amores.
622	2	32	y yo de morir	y yo he de morir
623	2	53	Él está muerto	¿Él está muerto?
625	2	51	de los Sirios	de los Lirios
627	2	41, 60 y 65	LAB.	CAB.
633	2	62	mercaderes	mercadores
634	2	44	De aquellos	De aques.os
636	2	45	Suceso	Sucesos
658	2	52	si acaso el sexo	Si acaso el seso
659	2	38	Durara	Durará
661	1	43	*dentro se*	*dentro le*
667	1	32 y sigs.	Este pasaje debe leerse así: MELISA. Bueno. CONDE. Y á Melisa llevarás. ELVIRA. Vaya; ¿pero no han de ir más?	
667	1	38	¿Con él de ir?	¿Con él he de ir?

Impreso en la Tipografía
de Archivos y Bibliotecas
para los editores
Sres. Bailly-Baillière é Hijos.
1906


3 2044 036 362 606

